PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

JULIO DE 1921

SUMARIO:

José María Delgado	A Paul Fort
Alberto Nin Frías	La grandeza moral de Mitre
Carlos Sabat Ercasty	El niño del mar
Emilio Samiel	El cerro de los cajones
Layly Daverio	Tarde a tarde
Luisa Luisi	Libros venezolanos
Manuel Benavente	Fiesta de sol
E. Torres Grané	Un escritor genuino
Sabas Olaizola	Envío de "Don Quijote"

Glosas del mes: La Exposición de Alberto Dura, por Emilio Samiel. — Los viajeros ilustres, por Telmo Manacorda. — Notas bibliográficas.

AÑO VI.

Montevideo.
URUGUAY.

N.° 37

056.1
PEG
No 37

Todo el material de "PEGASO" es inédito

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — Manuel **Benavente.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas.** — Manuel de **Castro.** — Asdrúbal E. **Delgado.** — Eduardo **Dieste** — José M. **Fernández Saldaña.** — Emilio **Frugoni.** — César G. **Gutiérrez.** — Luis A. de **Herrera.**—Juana de **Ibarbourou.** — Julio **Lerena Juanicó.** — Luisa **Luisi.** — Horacio **Maldonado.** — Julio Raúl **Mendilaharsu.** — Raúl **Montero Bustamante.** — A. **Montiel Ballesteros.** — Emilio **Oribe.** — José **Pereira Rodríguez.** — Víctor **Pérez Petit.**— Carlos M. **Prando.** — Wifredo **Pi.** — Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.** — Vicente A. **Salaverri.** — Emilio **Samiel.** — Carlos **Sabat Ercasty.** — Juan **Zorrilla de San Martín.** — Alberto **Zum Felde.** — Armando **Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Montevideo (Uruguay)

"PEGASO" se vende en todas las librerías

"Banco Hipotecario del Uruguay"

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, redituan un interés mayor de 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las instrucciones de su operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1433 y 1439

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 - 25 DE MAYO - 427 MONTEVIDEO

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. B. GORLERO, Gerente.

NTENTIONAL SECOND EXPOSURE

Todo el material de "PEGASO" es inédito

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — Manuel **Benavente.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas.** — Manuel de **Castro.** — Asdrúbal E. **Delgado.** — Eduardo **Dieste** — José M. **Fernández Saldaña.** — Emilio **Frugoni.** — César G. **Gutiérrez.** — Luis A. de **Herrera.**—Juana de **Ibarbourou.** — Julio **Lerena Juanicó.** — Luisa **Luisi.** — Horacio **Maldonado.** — Julio Raúl **Mendilaharsu.** — Raúl **Montero Bustamante.** — A. **Montiel Ballesteros.** — Emilio **Oribe.** — José **Pereira Rodríguez.** — Víctor **Pérez Petit.**— Carlos M. **Prando.** — Wifredo **Pí.** — Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.** — Vicente A. **Salaverri.** — Emilio **Samiel.** — Carlos **Sabat Ercasty.** — Juan **Zorrilla de San Martín.** — Alberto **Zum Felde.** — Armando **Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Montevideo (Uruguay)

"PEGASO" se vende en todas las librerías

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 - 25 DE MAYO - 427 **MONTEVIDEO**

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. M. GORLERO. Gerente.

PEGASO

REVISTA MENSUAL ★ ★ MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Julio de 1921. N.º 37 — Año VI.

Señor

Paul Fort:

En espera de su merced,
Vigilábamos sin sosiego
La frescura de nuestro aljibe
Y las ascuas de nuestro fuego,
Por si pena de frío o sed
Tuviera usted
Cuando llegara a nuestro lar.
Mas tan alto vuela su alondra
Y de manera tan solar
Brilla su aureola principesca,
Que al verle
La humilde alma se atolondra,
Y no sabe cómo ofrecerle
Ni el buen fuego, ni el agua fresca.

Pero ya usted lo habrá notado:
Tan densamente empavesado
Como abierto de par en par,

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 % hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL ★ ★ MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Julio de 1921. N.º 37 — Año VI.

Señor

Paul Fort:

En espera de su merced,
Vigilábamos sin sosiego
La frescura de nuestro aljibe
Y las ascuas de nuestro fuego,
Por si pena de frío o sed
Tuviera usted
Cuando llegara a nuestro lar.
Mas tan alto vuela su alondra
Y de manera tan solar
Brilla su aureola principesca,
Que al verle
La humilde alma se atolondra,
Y no sabe cómo ofrecerle
Ni el buen fuego, ni el agua fresca.

Pero ya usted lo habrá notado:
Tan densamente empavesado
Como abierto de par en par,

Lo está aguardando nuestro hogar.
Y esto vale, por mil asertos,
Pues no existe elocuencia par
A la de dos brazos abiertos.

Se lo hemos engalanado
Del mejor modo,
Y no con pompas de papel,
Ni por pagarnos de lumbres fatuas.
El afecto palpita en todo:
En la carne de las estatuas,
En la blancura del mantel,
La transparencia de los cristales,
En la unánime algarabía
De nuestros pájaros natales,
Y más que en eso todavía,
En el sereno mirador,
— De golondrinas heredad —
Que, en anticipo de su anhelo,
Le hemos hecho alhajar, señor,
Para cuando su ruiseñor
Sienta hambre de soledad
Y reclame un festín de cielo.

No, no se quite usted su gacho,
Que afirmado sobre su frente
Es un símbolo y un penacho.
Queremos verle entrar sonriente,
Runruneando alguna balada,
Sin que nada
Turbe el hábito de su gesto...
Al desgaire, de gacho puesto,
Como quien pasa
El umbral de su propia casa.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

ENSAYO SOBRE LA GRANDEZA MORAL DE MITRE

A Julio Piquet, en amistad y simpatía.

De todas las bellas artes, aquellas que más nos conmueven a través del tiempo, en cuanto al hombre se refiere, son la escultura y la pintura, porque sirven como ninguna a perpetuar la personalidad humana. Así la biografía de un espíritu genial y superior nos lo trae cerca nuestro, como un tibio rayo de sol en un día sereno de invierno.

Mitre ha vivido entre nosotros; pocos serán aquellos a quienes no haya llegado el eco de su soberano patriotismo, no le haya admirado a través de las claras y límpidas páginas de su historia de San Martín o de Belgrano o seguido con atención su actitud frente a los acontecimientos importantes de su país. Hasta el momento de su muerte, tan tranquila y circunspecta como lo fué su vida, su nombre llenaba el ambiente; su personalidad se cernía por sobre la de todos los hombres de su época.

De esta suerte los hechos culminantes que le atrajeron esta majestad ciudadana, están en la memoria de todo argentino de verdad. No insistiremos en ellos, pero sí nos remontaremos a la facultad maestra de este héroe, que en todo momento revela las condiciones de un jefe nato. ¿Es ello, su extraordinario don de mando, su cultura intelectual superior, su tenacidad laboriosa, su abnegación exenta de sensiblería, la fuente

inagotable de su patriotismo, el estoicismo de su carácter, su facultad de frío raciocinio? No es ninguno de estos atributos, tomados aisladamente, sino su íntima unión en un principio del que todos ellos derivan: la grandeza moral. Esa es la fuente de todas las acciones que sirven de guía segura a la conducta del prócer, y que le induce a proceder siempre de acuerdo con los más altos preceptos de humanidad, de justicia para todo tiempo y de caballerosidad en todos los momentos de la existencia.

Cambian los tiempos heroicos en que nació y se educó Mitre, empequeñécese la talla de varones ilustres, tórnase la política más posibilista a medida que los intereses comerciales van tomando más auge, pero, hay alguien en la nación que permanece idéntico a su origen: fuerte, sereno, sensato, avizor y magnánimo: —ese es Bartolomé Mitre. Ni la victoria militar, ni el éxito político; la adversidad o la derrota; la fortuna como la pobreza, no han alterado el molde augusto en que se ha vaciado su alma, gemela de los San Martín y de los Belgrano y toda la pléyade de notables que dieron a la nación Argentina, una democracia progresista por destino.

En la época de la Revolución de Mayo y en las guerras de la independencia que le siguieron, existen tantos hombres preclaros que parece una era de elegidos. Después de ello, en la época de transición al período moderno, cada día son menos los próceres cuyo pecho esté dispuesto a latir únicamente con el bendito corazón del pueblo. Es en este preciso momento que llega Mitre, como para sostener, casi solo, toda esa magnífica herencia, legada por los emancipadores del yugo europeo y los creadores de una nueva entidad soberana.

Alrededor del héroe podrán nacer y desenvolverse los más envidiables talentos, espíritus realmente su-

periores por la inteligencia literaria, la espiritualidad y la gracia donosa de su verba o enérgicos y nobles caracteres, mas no alcanzarán con ninguna de estas condiciones a superar la persona del General, todo mesura, todo ponderación, certero en sus vistas sobre el porvenir, consecuente consigo mismo. Hombres podrán sustituirle en el gobierno o deshacer sus planes, pero tarde o temprano volverán a ellos, no por hacerle, a buen segur, un homenaje a su intuición intelectual, sino porque son los más viables, justos y duraderos.

En todo país, en que va a sobrevenir, por efecto de la extraordinaria riqueza acumulada y prosperidad comercial jamás detenida, un debilitamiento del carácter moral y de sus bellos frutos: la sinceridad, la consecuencia, el desinterés y la gratitud: —aparecen estos hombres como Mitre para afirmar, de una manera incontrovertible, de que, sin la cultura básica de los sentimientos morales no es ni soñable siquiera la continuidad del esfuerzo humano ni la organización permanente de la familia.

Mientras el cosmopolitismo irremediable de una sociedad en formación ha ido borrando el carácter típico, patriarcal de la antigua sociedad porteña, en que tan armoniosamente aunaban la cultura del espíritu, la afabilidad en las maneras, la tierna gracia del puro corazón, la elegancia instintiva y el señorío en las costumbres y en el manejo de los bienes, la vida diaria del General, desarrollada en su modesta mansión de la calle San Martín, ofrecíase como un ejemplo de aquellos hermosos días de acrisolado argentinismo o porteñismo, como se le suele llamar a ese conjunto de amables, nobles y desenvueltas maneras de ser del argentino de tradición y de abolengo.

Todo ello fluía de la grandeza moral, o, si se quiere explicarlo mejor, de ese consorcio de emociones y de

sentimientos que hace a un hombre rey de sí mismo y soberano domador de sus impulsos y bajos instintos, revelándose así como algo único e íntegro a los demás. Esa magnanimidad es un llamado constante al hombre que hay en nosotros, a ese noble producto de la razón, del sentimiento y del contralor de sí mismo, obtenido en la historia, y cada cual sabe a precio de qué luchas contra la bestia cuyo cubil está tan cerca del aposento donde vive el alma.

Esa facultad magistral habíale sugerido, qué duda cabe, a nuestro héroe, que la manera más grande y ética de vivir, la más completa y cabe el Divino Corazón, consiste en entregar a alguien, o en su ausencia a una gran causa, nuestro corazón todo entero y sacrificarse por él. Después de servir a la nación boliviana, en su carácter de militar, fueron requeridos sus servicios por un partido revolucionario. Era declararlo *"condottiere"* del tiempo del Renacimiento, en que los valientes vendían su pericia y su audacia al mejor postor. Mitre rehusó, por supuesto, en ese lenguaje sobrio y lapidario que es como el engarce de la grandeza moral: "He tomado parte en la rebelión como un huésped que acude a apagar el incendio de la casa donde vive, pero desde que la guerra toma un carácter civil, no quiero hacer el papel de aventurero y me retiro".

En epístola dirigida a don Andrés Lamas, en 1848, dícele al final, cual si quisiera resumir la filosofía de su vida: "En todas estas alternativas de buena y mala fortuna, jamás me he sentido abatido y, lo que es más, he salido de todas ellas con la conciencia tranquila y la frente limpia".

Esta elevación de ideas y de conducta condujeron a su heroico sustentador a la amarga pena de vivir durante largos años alejado de su patria y de su familia.

¡Cuán cierto resulta que en la ciencia moral sólo es verdadero lo que se alcanza con el sacrificio!

Era en 1860, cuando después de celebrarse la unión de todos los argentinos, que Mitre retribuyó la visita que le hicieran anteriormente el Presidente Derqui y el general Urquiza. Queriendo sellar el General, como era su costumbre, con algún acto o frase que manifestasen esa grandeza de ánimo que tan bien lo caracteriza, entrególe al Presidente general saliente su bastón de Gobernador de Buenos Aires, con estas palabras: "Gracias a vuestro patriotismo y magnanimidad, la provincia de Buenos Aires es parte integrante de la República, su Gobernador no poseerá más el bastón que señala la época de la segregación. Os toca conservar esta prenda de seguridad como una conquista que habéis hecho".

La grandeza moral perdona, disculpa y une.

La tan debatida guerra del Paraguay, ciñó otro lauro a la frente del varón consular, por la humanidad con los vencidos, el respeto de la propiedad en tierra enemiga y la cordura con que ajustó las condiciones de paz, condiciones más tarde malogradas por las rencillas de los amigos y ambiciones desenfrenadas de los políticos.

En el frenesí del triunfo, si es permitido calificar así el estado de ánimo de Mitre en este momento, pudieron haberle inducido, siguiendo el clamoreo del odio que rodeaba a la persona de Urquiza, haberle aniquilado por completo, enviándole, como a Rosas, a morir en el destierro. Ni aún Sarmiento guarda la compostura que cuadra a su talento superior. Sólo Mitre se mantiene ecuánime; y cual atisbando el porvenir histórico, sin entregarse a la exageración del odio o de la crítica, contesta a toda esta tempestad de rencores con una sentencia muy propia de la grandeza inmarcesible de su alma: "No he triunfado para ultimar, sino

para liberar hermanos y llamarlos a colaborar en la comunidad argentina, bajo las formas del gobierno popular y libre".

La primera belleza de la vida es ella misma.

La nación que se aparta de las mezquindades de la política y de sus juicios temerarios, vive si produce, produce si se consagra al trabajo, libre de rencores y prejuicios, y trabaja si sus fuerzas activas se ordenan y se orientan en vista de una finalidad: vivir con dignidad.

Ello se me hace la sustancia del mensaje que debía transmitir el 25 de Mayo de 1862 el general Mitre, al primer Congreso Nacional Argentino, en que estaban representadas las catorce provincias.

En ocasión que no se avaloraba debidamente el esfuerzo del soldado brasileño, salió el general de su habitual silencio, que guardaba siempre cuando se tratara de secretos de Estado o cuestiones delicadas que pudieran perturbar la buena armonía entre los pueblos, para defenderle, pues la causa aliada no había sido para él tan sólo un convenio militar, sino un pacto moral, con el cual había de solidarizarse en todo momento. Así se lo hacía saber en forma clara y precisa a su contrincante Juan Carlos Gómez: "si gloria hay en combatir la tiranía, de esa gloria participan los aliados. Si la gloria se conquistó en los combates, esa gloria es de todos los que contribuyeron a ella".

Con esa nítida visión del genio, Mitre se anticipó en algunos lustros a la glorificación del héroe anónimo. Cuando era más álgida la desarmonía entre el Gobierno Imperial del Brasil y el republicano de la Argentina, respecto al arreglo de los límites del Paraguay, Mitre, inspirándose en su noble y humano patriotismo, en su ecuanimidad, en su condición de ser intensamente moral, eleva su voz, por encima de la contienda, denuncia "la política atrasada, egoísta, doble, mezqui-

na y peligrosa", que, como heredero de la tradición lusitana va a poner en práctica el Brasil, contrariando, según su acendrada convicción, la propia conciencia del Brasil moderno. Mitre no habla aquí como patriotero; quiere defender al propio Brasil contra su error de aislarse en el continente. A través de los años venideros, vemos hasta qué punto era sabia la política cordial de este estadista, que siempre fué partidario de la alianza, que, en su propio decir, era la paz y amistad con los limítrofes, consultando los intereses recíprocos de los pueblos y el cumplimiento de las leyes de la civilización, que se condensan en estas palabras del libro sagrado: "Muy sano es que busquemos la paz y la guardemos". De esta suerte, nuevamente, el insigne militar tornóse el pacificador de pueblos y de almas turbulentas...

Muchos años han pasado y ya nadie discute la majestad que imprime a sus actos la larga y grandiosa actuación. Era allá por los años de 1893 y 1898 el período más difícil y peligroso de nuestras relaciones con Chile. Cuando ya nada parece detener a los dos pueblos más maduros de la América Latina, pues acampaban los ejércitos a uno y otro lado de los Andes y permanecían prontas a entrar en combate sus respectivas escuadras, entró como factor de importancia decisiva en la ingrata y sórdida lucha, la grandeza moral de Mitre.

Aprovechando de su invariable amistad con los hombres más notables y eminentes de Chile y la admiración y el respeto y la confianza en que éstos le tenían, puso todo el fiel de la balanza de su influencia para el mantenimiento de la paz con Chile.

Fué Mitre, como ya en otras ocasiones, el verdadero vencedor pacífico de una contienda que hubiese sido sin idealidad ni propósito civilizador.

Esta actuación fué su canto del cisne a la política in-

ternacional. Ya pacificada la República no le quedaba más rol para su diplomacia de paz y de justicia. Esas ideas habían de fecundar sus escritos en todo momento.

El mejor modo de persuadir a los pueblos al bien, es convencerlos que la belleza de la vida está en su armonía.

Los últimos años del gran hombre fueron una plática en ese sentido.

¡A cuántos ha llamado a las alturas de paz, de serenidad y sabiduría el atardecer de este sabio del vivir! Su ejemplo augusto y bello, la sensación de una divina presencia en su torno, nos levantan hacia él y tal es el anhelo que pone esta vida en nuestra alma de parecérsele y volvernos nosotros a nuestra vez, tan ennoblecidos como él por el esfuerzo y la virtud.

ALBERTO NIN FRÍAS.

EL NIÑO DEL MAR

En la arena del mar... ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!...
Color brusco de rocas en el sol, es el tuyo,
matiz de aguas profundas el de tus grandes ojos
y dureza de costa la de tu pecho nuevo!

No me hagas caso, hijo, no vayas a la escuela,
ni cuentes más que conchas mariñas y olas y alas,
y salta la ventana y no obedezcas, y huye,
y sé rebelde, y loco, y juega, y canta, y grita!

Así como ahora mismo, hijo mío, que arrojas
los pulidos guijarros con tus manos morenas,
o al clavar esos ojos casi salvajes, hijo,
en las olas ladronas que te llevan los sueños!

¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... Sólo tiene sentido
para enseñarte, el viejo mar que lo sabe todo.
Eso que no está dicho ni en palabras ni en libros,
sólo las cosas vivas te las traerán al alma.

Rompe el vidrio y serrucha la puerta de tu casa,
o escapa por arriba de los techos, y burla
la cordial vigilancia de tu madre, y sacúdele
con una piedra gorda al guardián de la esquina.

Y échate así a correr hasta llegar al mar,
y bien descalzo, y ebrio de libertad, y alígero,
y radiante, y tirando tu gorra entre las piedras,
escucha cómo enseña el mar antiguo y fuerte.

¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... Agarra con los ojos,
con las manos, y oídos, y narices, las cosas
que tienen luz, olor, sabor, contacto, música,
y apriétales tu vida hasta hacértelas tuyas.

¡Nadie te dará tanto! ¡Nadie te hará tan rico!
¡Ah, mi pequeño y loco, hijo mío, que acuestas
sobre la lenta orilla, en doradas arenas,
tu cuerpo tibio y nuevo junto al mar hondo y ágil!

¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... ¡Que recién has llegado
y ya eres tan amigo del viento y de la ola,
y haces fuerte tu cuerpo, y haces audaz tu alma,
y eres así tan libre que nos vences a todos!

¡Cómo ya son de duros tu pecho y tus pulmones,
tu voluntad de luz, tus ojos de varón,
y cómo hay en tu llanto un metal de rugidos,
y cómo hay en tu cólera una embriaguez de mar!

Te llevaré a las selvas y a las montañas, hijo,
para bañar tu frente de bondad, en la azul
diafanidad del aire que roza las alturas,
hasta hacer generosa tu salud de alma y cuerpo.

¡Y amarás los peligros como el placer más bello,
y nunca tu purísima frente se manchará,
y tendrás un orgullo sencillo y un amor
y un dolor vigorosos, como tu amigo el mar!

¡En la arena del mar!... ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!...
¡Color brusco de rocas en el sol, es el tuyo,
matiz de aguas profundas el de tus grandes ojos
y dureza de costa la de tu pecho nuevo!

CARLOS SABAT ERCASTY.

EL CERRO DE LOS CAJONES

(CUENTO)

PARA PABLITO MIGUEL

Este cerro de "Los Cajones", en el que ahora se asienta mi casa, y este mismo peñascal frontero a mi ventana, fueron, allá en mi juventud, escenario de una tragicomedia breve, pero en la cual mis nervios se sacudieron en modo que los impresionó por siempre.

Hay lánguidas noches de verano en las que me transporto a aquel momento; las lucecitas de los lampiridos se me hacen las de las almas que antes aquí moraron, pues este cerro fué cementerio. En tiempos no lejanos, cuando el Paso de Barrancas desbordado y el de La Calera no menos crecido, estorbaban el vado del río Santa Lucía hacia el Tala o hacia Minas, los muertos del vecindario se traían a este peñascal, y de esa costumbre tomó nombre el cerro. Se traían a este peñascal, y en los recovecos donde yo he puesto tunas y geranios, canelones y yucas, quedaban los vecinos en negras cajas, y sus infantes en cajoncitos recubiertos de blancas y rosadas telas, con galones de oro y de plata.

Digo, pues, que me transporto a aquella tormentosa noche de verano, en la cual volvíamos de unas carreras lejanas, yo y dos vecinos a cuya prudencia se fiara mi padre para dejarme salir a tan larga distancia.

Volvíamos, pues; había sido tarde de extraordinario bochorno que anunciaba la tormenta irremediable,

y ésta vino, con más premura de la que hubiéramos menester para llegar secos a casa. No vivíamos lejos, pero al llegar a esta cerrillada la oscuridad era completa, la tormenta redoblaba sin tregua sus espeluznantes sonatas, y los relámpagos nos encandilaban, nos asustaban los caballos, y aumentaban los riesgos de nuestra cautelosa marcha.

Por eso, y porque algunas gotas violentas ya nos chicoteaban, resolvimos quedarnos aquí, entre los cajones, bajar los cojinillos y esperar a que el turbión pasara.

Fea compañía la de los muertos, pero, al fin, todos habían sido vecinos y no era cosa de temerles; a la luz de los relámpagos, uno de mis compañeros, don Andrés Lorenzo, veía cercano el cajón del indio Goyo, su compadre y medianero; más allá el del tuerto Natividad, junto al de Melitón Trías, nocturno visitante de todas las majadas; pero la lluvia no consintió más refistoleo, y bajo el abrigo que improvisáramos con nuestros "cueros", soportamos un formidable aguacero, que con su ruido de enorme fritanga venció la voz de la tormenta, haciéndonos zumbar los oídos hasta el punto de no saber bien cuándo la lluvia cesó.

* * *

Luego dispusimos proseguir nuestro camino, pero don Venancio, el otro compañero, expresó cavilaciones que lo tentaran, y que proponía al compadre; "fuera bueno saber, decía, si los nacidos en Navidad se descoyuntan como todo cristiano, o si, por el contrario, se conservan enteros sus esqueletos, tal como se cuenta".

Pero don Andrés no respondía, metido en un silencio que condensaba elementales prudencias, todo el caudal supersticioso de la idiosincrasia nativa, y la repercusión en su espíritu de mil cuentos, en los que

aparecidos y difuntos obraban como vivientes. Luego expresó que él tenía eso por cierto, pues la finada su madre mil veces lo instruyó en tales cosas, y le inculcó respeto por los difuntos; así toda su vida, hizo una señal de la cruz o recomendó un alma, en cualquier padrenuestro, antes que escudriñar cuando se le aparecía una luz mala, o cuando el porfiado siseo de una lechuza lo seguía en las negruras de la noche.

Fuera allá si quería el compadre tesonero, mas pensáralo bien; y así de este jaez hubiera seguido predicando mi hombre si don Venancio no estalla en anchas risotadas, que me sacudieron también a mí.

Después marchó; marchó el hombre de la curiosidad macabra, a ver el esqueleto o lo que del tuerto quedara; encargónos cuidar su malacara inquieto, desenvainó un facón respetable, y resuelto y jarifo nos dejó.

* * *

Parecióme justo vindicarme por si el bondadoso don Andrés se hubiera dolido con mis risas. Lié un cigarrillo y se lo ofrecí, moví conversación diferente a la que traíamos, pero él, avizorante hacia el destino del compadre, enhebraba una letanía de monosílabos para responderme, entreverando algún "pues no" y uno que otro "así es".

Por esto la conversación palideció; por esto o porque lentamente pasaba a mí aquella su curiosidad, o su temor a cuanto viene del silencioso imperio que iba a profanar don Venancio.

Y, sin embargo, la muerte es para mí un estado bien normal y definitivo, tanto como para interrogarme a veces si no estarán obstruídos los caminos de mi sensibilidad por donde pudiera venir a incrustárseme en las entrañas, algo de esa como dolorosa veneración que

y ésta vino, con más premura de la que hubiéramos menester para llegar secos a casa. No vivíamos lejos, pero al llegar a esta cerrillada la oscuridad era completa, la tormenta redoblaba sin tregua sus espeluznantes sonatas, y los relámpagos nos encandilaban, nos asustaban los caballos, y aumentaban los riesgos de nuestra cautelosa marcha.

Por eso, y porque algunas gotas violentas ya nos chicoteaban, resolvimos quedarnos aquí, entre los cajones, bajar los cojinillos y esperar a que el turbión pasara.

Fea compañía la de los muertos, pero, al fin, todos habían sido vecinos y no era cosa de temerles; a la luz de los relámpagos, uno de mis compañeros, don Andrés Lorenzo, veía cercano el cajón del indio Goyo, su compadre y medianero; más allá el del tuerto Natividad, junto al de Melitón Trías, nocturno visitante de todas las majadas; pero la lluvia no consintió más refistoleo, y bajo el abrigo que improvisáramos con nuestros "cueros", soportamos un formidable aguacero, que con su ruido de enorme fritanga venció la voz de la tormenta, haciéndonos zumbar los oídos hasta el punto de no saber bien cuándo la lluvia cesó.

* * *

Luego dispusimos proseguir nuestro camino, pero don Venancio, el otro compañero, expresó cavilaciones que lo tentaran, y que proponía al compadre; "fuera bueno saber, decía, si los nacidos en Navidad se descoyuntan como todo cristiano, o si, por el contrario, se conservan enteros sus esqueletos, tal como se cuenta".

Pero don Andrés no respondía, metido en un silencio que condensaba elementales prudencias, todo el caudal supersticioso de la idiosincrasia nativa, y la repercusión en su espíritu de mil cuentos, en los que

aparecidos y difuntos obraban como vivientes. Luego expresó que él tenía eso por cierto, pues la finada su madre mil veces lo instruyó en tales cosas, y le inculcó respeto por los difuntos; así toda su vida, hizo una señal de la cruz o recomendó un alma, en cualquier padrenuestro, antes que escudriñar cuando se le aparecía una luz mala, o cuando el porfiado siseo de una lechuza lo seguía en las negruras de la noche.

Fuera allá si quería el compadre tesonero, mas pensáralo bien; y así de este jaez hubiera seguido predicando mi hombre si don Venancio no estalla en anchas risotadas, que me sacudieron también a mí.

Después marchó; marchó el hombre de la curiosidad macabra, a ver el esqueleto o lo que del tuerto quedara; encargónos cuidar su malacara inquieto, desenvainó un facón respetable, y resuelto y jarifo nos dejó.

* * *

Parecióme justo vindicarme por si el bondadoso don Andrés se hubiera dolido con mis risas. Lié un cigarrillo y se lo ofrecí, moví conversación diferente a la que traíamos, pero él, avizorante hacia el destino del compadre, enhebraba una letanía de monosílabos para responderme, entreverando algún "pues no" y uno que otro "así es".

Por esto la conversación palideció; por esto o porque lentamente pasaba a mí aquella su curiosidad, o su temor a cuanto viene del silencioso imperio que iba a profanar don Venancio.

Y, sin embargo, la muerte es para mí un estado bien normal y definitivo, tanto como para interrogarme a veces si no estarán obstruídos los caminos de mi sensibilidad por donde pudiera venir a incrustárseme en las entrañas, algo de esa como dolorosa veneración que

la gente demuestra experimentar por toda criatura que entra en la descomposición inevitable.

¿Por qué esa noche se impregnaba mi ánimo con la angustia de don Andrés, o con alguna inquieta curiosidad que me hacía desear el final de la aventura?

¿Era simplemente por conocer la situación anatómica del tuerto?

¿Abandonaba su existir subyacente algún fermento supersticioso remotamente emergido en el limbo de mi instinto? ¿Qué diablos daba pábulo a aquel temor indefinido o a aquella congoja inmotivada?

Pudiera haberlo sabido yo sin la interrupción alarmante de los alaridos de don Venancio, quien bajaba del peñascal transfigurado. El hombre reposado y astuto, el paisano curioso que afilaba con maña sus cuchufletas, el compañero de marcha cuya enjundia nos admirara poco antes, al intentar su investigación macabra, venía convertido en bestia ululante, y su aspecto asombroso nos dejó estáticos a don Andrés y a mí.

Aquello no era el compadre; no podía ser don Venancio esta figura de otra vida, con desgarradas ropas actuales, sin sombrero ni facón; no podía ser el de don Venancio este pecho resoplante; no podía ser la suya esta boca abierta como un abismo; no podía ser su voz este roncar, entrecortado por el golpeteo de las mandíbulas incoercibles.

No podía ser y, sin embargo, era. Tal vez el hombre vivió siglos de horror y allí estaba, así, de maltrecho y azorado. Quería huir. Empeñábase en cabalgar su rocín; y todo era agarrar las estriberas y soltarlas para limpiarse las manos con las crines, y, finalmente, no acertar en cosa alguna, dando muestras de tan acabado atontamiento que don Andrés se arrancó de su impasibilidad, lo tomó de un brazo con violencia, sacudiólo recio como para despertarlo, y le gritó en la cara:

—¿Qué mierda le pasa?

* * *

¿Acaso lo sabía él? Pudimos volverlo a cierta normalidad, hacerle recobrar el dominio de su cuerpo trémulo, arrancarle algunas deshilvanadas palabras y calmar aquella ansia de huir que demostraba. Mas luego, hablándole como a niño, lo trajimos a explicaciones concretas. Don Venancio escaló ágilmente los peñascos y gracias a la claridad lunar llegó presto al cajón del tuerto Nativa. Hundió el facón para levantar la tapa; mas haciéndolo, vino de adentro un horrible resplandor, o algo como un fuego vivo que lo envolviera, mientras espantosos rugidos le taladraban las sienes.

El huyó, y ahora, escapado con vida, por milagro, juraba en gran sensatez, no querer saber nada con muertos; por ello nos invitaba y excitaba para marchar, apartándonos de *Los Cajones*, y dejando para otros las averiguaciones que en muy mal momento pretendió hacer.

¡Cuán ancho el cauce de reflexiones por donde venían ahora sus palabras! ¡Cómo reconocía la sin igual prudencia de don Andrés y aquella bondad con que deseara apartarlo de su loco intento!

¡Oh! el compadre juicioso debería completar su obra huyendo en seguida, para salvar el cuero, pues aquel fuego se vendría sobre nosotros, siguiéndonos sin alivio hasta los mismos límites de la tierra.

Por ahí continuaba, pero don Andrés ya no ponía atención; cabizbajo, desenredaba su enmarañada barba, virgen de jabón y peine. Posiblemente en su cráneo se operaba igual lucha, es decir, que las ideas escasas, enredadas, hirsutas y dispersas, también fueron violentamente removidas, pues el enigmático silencio del hombre trascendía a cosas graves.

Habló al fin, puesto en alto un dedo con gesto sibilino.

Era necesario ir a ver la causa que llevara al compadre fuera de las habituales formas del terror en los hombres. ¿Volvernos sin saber lo que era? ¡Jamás!

Y mientras el espanto de don Venancio crecía de manera bien visible, una sonrisa diaboluna marcaba aún más la simétrica ramificación de arrugas en la cara de don Andrés, quien, socarrón, recalcaba en su deseo de poner luz en el caso:

—En viéndonos con cosas del otro mundo, decía, Dios dispondrá, aunque tal vez santiguándonos a tiempo todo pase; pero si son hombres o cosas de aquí, hombres somos nosotros también, ¡qué diantre!...

Supersticioso pero ladino, don Andrés hincaba en el amor propio del compadre, y chancero le preguntaba ¿qué era del sombrero? y ¿qué del facón? Cosa triste volverse sin las garras; además, con la promesa de cualquier real de velas para las ánimas el asunto se presentaría mejor.

Como don Andrés hizo punta, volvimos hacia el lugar del suceso y la senda pedregosa fué para don Venancio verdadero calvario. En multiplicidad de santiguados se congraciaba con cada muerto que hallaba al paso; pero tranquilizar le era imposible; muy seguro estaba de que aquello no pararía en cosa buena, y tanto repicara con esto, que don Andrés, doblegando respetos, lo detuvo estrujándole un hombro con violencia. ¿Quería dejarse de jeringar? ¿No estaba tan corajudo cuándo él le señalara peligros en los tratos con difuntos? ¿Por qué había dicho varón la partera?

Ya junto al cajón del tuerto Nativa el temor de don Venancio advino a pánico; disimulaba don Andrés esperando una reacción o en creencia de que mascullaba rezos; pero viéndolo estremecido como un álamo, ordenóle traviesamente que juntara las garras, antes que nada, y mientras, arrolló pausadamente su poncho al brazo izquierdo, luego levantó el ala de su sombrero

y aseguró el barbijo; desenvainó su daga describiendo una curva aterciopelada y luminosa; púsose en guardia ante el cajón que sigilaba el misterio y con voz tranquila ordenó al compadre levantar la tapa.

¡Levantarla don Venancio! No era lógico esperar tal cosa y, además, su desgobernado cuerpo no obedecía, y su atormentada inteligencia estaba ausente. Pero el gesto fiero del compadre y su enérgica voz de mando lo galvanizaron; como un autómata desquició la tapa y huyó.

Huyó; horrísonos rugidos aflojaban nuestros nervios, y dos ojos de filoso fulgor, dos chispas encendidas en fogón de maleficio, nos clavaron en el sitio estupefactos.

Fué un relámpago: la tesitura criolla de don Andrés operó en su ánimo o en sus músculos de tal manera que la daga fué a hundirse fieramente en el temible monstruo. Allá dentro, con el revoltijo de la osamenta enigmática producíanse espeluznantes ruidos; se diferenciaron los ruidos sin disminuir; y venían luego apagándose en extraños estertores.

El brazo de don Andrés se mantenía férreo asegurando la presa; luego se alzó en violento impulso que también llevó la tapa del cajón, y ensartada en la daga vengadora quedó la comadreja más roja, lánguida y bella que se pudiera soñar.

EMILIO SAMIEL.

TARDE A TARDE

En el umbral apoyo mi cansancio
como una aldeana rústica y sencilla,
y los dos brazos extendidos trazan
una pálida cruz en mis rodillas.

La carne está cansada del trabajo,
mas el alma, invencible vendimiera,
con sus largas tijeras de inquietudes
nuevos racimos que tronchar, espera.

Espera... sí, es cierto. Espera.... espera,
sentada en el umbral de piedra bruta,
inquiriendo en la abierta carretera
que un tinte ambiguo y desolado enluta.

El camino se burla de mi acecho;
me pregunta qué aguardo y lo que quiero.
"¡Si yo no lo sé aún! pero ¡qué importa!
¡Tráeme algo, camino, porque muero!"

Y la ruta supone que estoy loca,
porque ignoro el objeto de mi empeño,
pero mi alma tarde a tarde aúlla
en esta puerta, como can sin dueño.

* * *

La piedra que recoge mi fatiga
ya es lo más suave de este huraño ambiente;
sobre la cruz caliente de mis brazos
se hunde el clavo angustiado de la frente.

Siembra la noche sus semillas negras,
medita un árbol con un gesto uncioso,
y se raja mi espera en un gran llanto
como un fruto maduro y nostalgioso!

LAYLY DAVERIO.

LIBROS VENEZOLANOS

De la lejana tierra venezolana, me llegan, enviados por una mano amiga, varios libros, exponentes de la joven y vigorosa literatura de Venezuela. Con interés verdadero los he leído, y con mayor curiosidad aún: pues en nuestra América pletórica de vida, vibrante de entusiasmos juveniles, las literaturas regionales, diversas a pesar de su fuente común, permanecen ignoradas unas de otras; pues si fecundo es el intelecto que cuaja en brillantes flores y sabrosos frutos literarios, débiles son aún los vínculos que nos unen, y escasas las vías a través de las cuales nuestros corazones se buscan sin lograr conocerse del todo. Avidamente, pues, he interrogado en sus páginas, el alma fraterna y lejana que vibra a pesar de la distancia con nuestros mismos ideales; ávidamente he buscado en ellos, los sentimientos, las aspiraciones, las idiosincrasias de nuestros hermanos.

Ningún lazo, ningún vínculo sólido puede estrecharse entre los pueblos de América si no empiezan ellos por conocerse; ya que el amor no es sino el hondo conocimiento de las almas a través de los accidentes materiales que las separan. Todo lo que se haga, pues, para que nos conozcamos mutuamente, intelectuales de los diversos países de América, será obra de fecunda política americanista, de fraterna solidaridad americana.

Es, pues, como un deber y con verdadero regocijo, que escribo estas líneas, para que lleguen, por lo me-

nos, al conocimiento de aquellos que los ignoran, estos nombres de escritores, que en la lejana Venezuela cultivan con el mismo entusiasmo que nosotros la flor exquisita de la literatura.

Buscando el Camino. — Libro de los veinte años llama Picón Salas a este ramillete de prosas, coleccionadas bajo este nombre y fechadas desde 1916 a 1919... Veinte años bien sazonados, por cierto: en sazón de ideas y en sazón de belleza. Artículos hay cuya musicalidad nada tiene que envidiar a la de Rodó; y otros cuya madurez espiritual cuesta creer que pertenezca a tan tierna y verde juventud. Crítica literaria, ensayo filosófico. Mariano Picón Salas no es una promesa de las letras venezolanas, sino una brillante y concreta realidad. Nada conocíamos de este escritor; como nada conocemos, por desgracia, de tantos otros que florecen en profusión de florescencia tropical en la distante y culta Venezuela. Apenas si de la remota tierra, algunos nombres han llegado hasta nosotros. Aparte Rufino Blanco Fombona, que ha salvado las pampas y los montes, los ríos y las selvas, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, César Zurrueta, Andrés Mata, Víctor Recamonde, llegaron hasta nosotros por diarios y revistas, o a través de las páginas más americanistas que las de muchos titulados americanistas, del escritor dominicano, ponderado y sagaz crítico y literato Federico García Godoy. Y, sin embargo, Venezuela, Centro América, Colombia, como el Perú, Chile, Bolivia o Ecuador, tienen una pléyade de escritores más castizos, más puros que los nuestros, pues conservan casi intacto aún el tesoro de la lengua legada por los colonizadores, sazonada apenas con matices suavemente diluídos de las razas nativas.

En nuestro Río de la Plata, en cambio, es preciso

tesaurizar avaramente las partículas de oro recogidas trabajosamente en los clásicos, refundirlas en el crisol viviente de nuestro siglo, remozarlas en nueva juventud, salvándolas al mismo tiempo, de la contaminación disolvente del medio èn que se mezclan en un dialecto impuro todas las lenguas de la tierra; y después de un penoso trabajo de años afanosamente consagrados a olvidar lo que tantas razas de parlar exótico infiltraron en nuestra niñez cosmopolita, apenas conseguìmos realizar una trabajosa y pesada labor sin savia y sin aliento; monótona y dura, cuando quiere ser castiza; afrancesada, cuando ligera y alada.

Mariano Picón Salas maneja su idioma castizo y puro, fino y flexible como una bien templada hoja toledana. Clásico sin rebuscamiento: sugestivo siempre, evocador de sutiles matices, grávido de ideas, caliente de emociones, "Buscando el Camino" deja en el alma el perfume de las mil flores recogidas en sus altos. Tiene algo de Rodó, algo de Montalvo, algo de Azorín; pero es siempre Picón Salas.

"Los dos Abuelos" están ahí, frente a nosotros, vivos de toda la sangre, austera e hidalga de los viejos castellanos el uno; de la gracia sutil, de la fina sal de Francia, el otro. "El Monje" es una figura bajada de una tela de Zurbarán. "El reinado de la Picardía" despliega frente a nosotros todas las corolas monstruosas que el vicio y la miseria florecen en el hampa. Paganos consejos del viejo Sileno, pero llenos de sana verdad son los encerrados en "Artistas Hombres", que dedica a nuestro compatriota el poèta Montiel Ballesteros; como en "Mozas Campesinas", en el cual se respira todo el agreste perfume, toda la fecunda vida de los campos.

"Fradique Méndez", "Osvaldo", "El Ultimo Pagano", son glosas llenas de emoción, de fina sensibilidad, de honda comprensión, a las obras de Queiroz, de

Ibsen y de Nietzche. Picón Salas tiene un profundo sentido de la crítica; de la crítica a lo Azorín, que suma su sensibilidad de hombre moderno a las obras que comenta, las que parecen revivir bajo su pluma con una nueva y diferente vida, llena de juventud y de entusiasmo.

Juventud potente la de este escritor que pudo dictar sabios consejos, áticos consejos en "Pintura de un vivir"; juventud rica ya en frutos sabrosos y nutritivos en los párrafos que titula "La finalidad poco americanista de una literatura", que nada tienen que envidiar a un Francisco García Calderón, a un Manuel Ugarte, a un Federico García Godoy o a un Pedro César Dominici.

Crítico sagaz, comprensivo, nutrido de lectura que abarca desde los clásicos griegos hasta la morbosa literatura francesa de *àvant-guerre;* sus estudios sobre nuestro compatriota Emilio Oribe, sobre Tulio González Salas o Emilio Menotti Spósito, tienen también la fina ironía, la hábil esgrima de un Montalvo en el artículo titulado "Para don Tulio Febres Cordero"; la respetuosa admiración a un maestro en "Camino de Italia" o en "Sermones líricos de Díaz Rodríguez"; la ternura evocadora y sugestiva en el estudio sobre un libro de José Juan Tablada que titula "En un día"...

¿Es este el primer libro de Picón Salas? Nada sabemos; ni el volumen gentilmente enviado por su autor lo dice. Suponemos que sí.

Pero Mariano Picón Salas no necesita "buscar su camino", que se desenvuelve todo trazado ya, y espléndidamente promisor de triunfos frente a él. La crítica literaria y el ensayo son sus mejores éxitos. Menos nos gustan los artículos titulados "Dulce y Suave", "La Historia de Juan Pérez", "Filosofía de la Comodidad" o "La Visión de Ella".

El libro leído nos ha dejado con el deseo de leer algo más. Escriba Picón Salas, que "es suya el alba de oro", y haga llegar hasta nuestra tierra fraterna los frutos sazonados de su huerto interior.

Después de Ayacucho. — Por Enrique Bernardo Núñez.

Tal es el título de una fuerte novela llegada también de la tierra venezolana. No es esta, según lo dice el mismo autor, la primera novela que publica. Otras anteriores no han sido bien acogidas por la crítica. Nada conocíamos de este autor antes de leer esta novela, y no sabemos, por lo tanto, si tuvo o no razón la crítica para proceder de esa manera.

"Después de Ayacucho" es la epopeya venezolana de ese oscuro y sombrío período que en todas las naciones sudamericanas sucedió, como una nueva Edad Media, al ciclo heroico de la Emancipación. Período de gestación, caótico, como todo aquello que sale de un régimen claro y definido para ingresar en un nuevo orden de cosas; y que busca su equilibrio en los movimientos desordenados, durante los cuales aparecen en la superficie de las sociedades, como en un agua revuelta, las heces que dormían quietas en su profundo seno. Miguel Franco, héroe verídico de esta historia, es uno de los tantos caudillos surgidos de la nada, y sin título alguno para arrastrar a las masas. Ambicioso, servil, cobarde a veces, a veces de una bravura impulsiva e inconsciente, que más se parece a la cólera que al valor, el protagonista de esta novela es una verdadera creación. No podemos juzgarlo desde el punto de vista de la realidad histórica, porque este período oscuro permanece aún desconocido para la generalidad de nosotros, respecto a las otras naciones de nuestro continente. Figuras de caudillos locales no pasan, en ge-

neral, de las fronteras de la propia patria, salvo casos excepcionales, como lo son muchos de la historia de la República Argentina. No podemos, por lo tanto, decir si una sombra de parcialidad adultera algunas veces el carácter poco simpático de Miguel Franco; o si la ascendencia servil y mezclada de sangres diferentes; la infancia pasada entre los esclavos y los sirvientes del severo e implacable Montenegro, hidalgo chapado a la antigua, con todo el empaque, con toda la intransigencia, con todo el orgullo de casta de los viejos castellanos, modelaron exactamente el alma contradictoria de Miguel Franco. Pero sí, podemos asegurar que vive en la novela con caracteres propios: y si el estilo, a las veces irónico del autor — de una ironía que no condice con el tono realista y aún trágico en ocasiones del libro — perjudica más de una vez la clara comprensión del carácter — que podrá ser muy familiar al lector venezolano, pero que nos es a nosotros desconocido — surge, sin embargo, con relieves propios, del fondo sangriento y épico de ciertos episodios.

Más definido, como si una mayor serenidad hubiera presidido la creación de su carácter, Gaspar Montenegro es una figura definitiva. Implacable, orgulloso, de un orgullo que ante nada capitula, al sorprender a su antiguo criado en el momento en que éste intenta deshonrar a su hija, antes que matarlo como a un caballero, se contenta con ordenar a sus siervos que le apliquen cien azotes, castigo suficiente para un villano. En este episodio los rasgos salientes de Montenegro y de Franco, y aún los de Teresa Montenegro, se oponen en felicísimo contraste. La baja cobardía del segundo sólo acierta a humillarse ante su antiguo amo, al tiempo que Teresa, patricia de sangre, confiesa altivamente su amor para salvar al indigno, y el viejo hidalgo tiene palabras de verdadero aristócrata: "Teresa, antiguamente las Montenegro se enamoraban de

los héroes, de los condes feudales que volvían de las Cruzadas o de la Reconquista. ¡Ahora para ellas es indiferente un cobarde!..."

Pero en donde Enrique Bernardo Núñez descuella verdaderamente, más que en la pintura de los caracteres, es en la evocación de cuadros y de ambientes. Dos o tres episodios, sobre todo, están relatados con mano maestra. El motín en que el pueblo asalta el edificio del Congreso y dispersa a los diputados y senadores, es de un realismo impresionante. El sordo rumor de la masa descontenta, preparada de antemano por los discursos de políticos turbios, al estilo de ese Pantoja rastrero y vanidoso; la primera agresión anónima; el delirio inconsciente que se apodera poco a poco de todos y obliga a Franco porque sí, en una ebriedad de sangre y de peligro, a arrebatar la bayoneta de manos de un guardia, y a atacar, sin convicciones, lo mismo a los diputados hoy, que a los otros mañana, es el proceso real y verdadero de todos los motines populares.

Pero, donde Núñez alcanza los contornos de un verdadero poeta épico de grandes vuelos, es en la pintura de los campos desolados por la guerra civil; las aldeas incendiadas, los campos yermos y abandonados por los cuales cruza — caravana de horror, cargada de miserias y de llagas — la población que huye frente a las guerrillas, bajo un cielo plomizo y reverberante como una lápida metálica, del clima tropical. Hasta el mismo Miguel Franco se detiene un instante, presa de horror, frente a esa bíblica evocación del éxodo de un pueblo maldito; pero sólo un instante. Su alma de ave de presa calcula en un segundo el botín que representa para él la lamentable caravana de miserias: bestias flacas, que arrastran las carretas desvencijadas; puñado de oro amasado afanosamente durante años, y recogido ávidamente en la huída, como suprema espe-

ranza de reconstrucción futura; ropas escasas, que cubren los miembros llagados, enfermos, de los ancianos y de los heridos...

Y como banda de cuervos o caranchos que se ceban en los cuerpos moribundos, la tropa de Miguel Franco cae sobre la miserable fila de los que huyen y deja a su paso un tendal de cadáveres, de heridos y de mutilados; mientras la parte sana de los fugitivos, amazonas enloquecidas de terror, llevando sobre sus caballgaduras el fruto de sus entrañas, se alejan en un épico galope de walkyrias, y se pierden a lo lejos entre alaridos de miedo y resonar de cascos en la tierra...

Y luego, el vivac entre los despojos, el incendio de las carretas, el abandono de los heridos y el asesinato de Recado, aplastado bajo una carreta por el mismo Franco en un acceso de miedo frente a su antiguo rival de Ocumare, y que huyendo del combate cara a cara empieza a correr alrededor del vehículo hasta que un momento favorable le permite arrojarlo sobre su enemigo y aplastarlo bajo su peso. Y el ensañamiento después, al ordenar a uno de sus negros prender fuego a la carreta, por si Recado conserva aún un resto de vida; mientras el negro, más humano, se cerciora, antes de cumplir la orden, que el cuerpo allí tendido es realmente un cadáver.

Y como éstos, muchos otros episodios, entre los cuales el ataque e incendio de la vieja casona de los Montenegro, no es, ciertamente, el menos realista, ni el menos interesante.

Sobre este fondo épico y sangriento, el amor de Miguel Franco y de Teresa Montenegro pone su perfume de flor salvaje y encantadora, hasta en el orgullo sangrante de la patricia que ordena a sus esclavos, durante el ataque, tirar contra su amante; y que luego, vencida la resistencia, pide a uno de sus amigos que la

salve del agresor, y luego, en un rapto de salvaje pasión, exclama: "¡Déjame, le amo, le amo!..."

Un hermoso libro, en resumen, a pesar de cierta oscuridad en la descripción del carácter central y de algunos episodios, como la muerte de Ignacio Montenegro, que deja en el ánimo del lector la duda de quién fué su matador; como cierto tono de ironía inoportuna que perjudica la línea general de la obra. Pequeños defectos que no alteran fundamentalmente el valor intrínseco de la obra, valiosa, además, como documento histórico. La novela no queda concluída en este tomo; el autor promete continuarla en un nuevo libro que titulará "El Caudillo".

Dos folletos acompañan estos dos libros: una conferencia pronunciada en el Teatro Municipal de Caracas el 12 de octubre de 1918, por el eminente escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez y titulada "Ante la guerra y por Hispano-América" una; y dos artículos del historiador y sociólogo Laureano Vallenilla Lanz, reunidos bajo el nombre de "El Libertador juzgado por los Miopes", y destinados a rebatir los conceptos de Carlos Villanueva sobre un punto de la historia del grande hombre americano.

Poco podemos decir de uno y de otro. No es una conferencia sobre la guerra lo que puede permitir juzgar a un escritor de obra tan vasta como Díaz Rodríguez, ni es un artículo de polémica, por bien inspirado que esté, y revele cultura en la expresión y conocimiento en el asunto, que pueda poner de manifiesto las dotes intelectuales y el prestigio de que goza un escritor como Laureano Vallenilla Lanz. Esperamos, para escribir sobre uno y otro, recibir obras de más aliento que estos dos folletos.

LUISA LUISI.

FIESTA DE SOL

En las orientales fiestas de la aurora
dicen las campanas su canción sencilla,
y el sol, como un mago, voluptuosamente
milagroso, llena de oro las campiñas.

Despiertan los huertos. Apolo sonríe...
Hay alas y cantos que a vivir invitan.
La brisa es como una azul mensajera
que trae la promesa blanca de la vida.

El parque desierto es como un amigo
que pasar mirara los más bellos días,
en él has oído la dulce leyenda
del amor, como una sutil armonía.

Por las alamedas mi vida se expande,
mi alma es una copa de azul ambrosía
que enajena; hoy quiero juventud, amores;
la Natura es una madre que me mima.

Los dulces, los gratos recuerdos se envuelven
como en una vaga y azul lejanía...
Allá, junto al lago perezoso, dime:
¿Verlaine y Darío leen poesías?...

Esta antigua casa solariega es como
un santuario augusto de pasadas dichas.
Los abuelos — ¿sabes? — desfilar miraron,
desde aquí, las largas horas de la vida.

Acaso en el banco de pino que luce
sus gastadas formas de madera antigua,
en el patio, al suave fulgor de la luna,
amantes hoy muertos se dieron la cita.

¡Ven, amiga! Deja que en tus labios beba
el néctar divino de la poesía:
mi musa bohemia me dice que acaso
mañana lloremos las horas perdidas.

La copa está llena de milagros; sean
tus labios un cáliz; ¡bebamos, amiga!
mientras las campanas, bajo el claro cielo,
anuncian las fiestas nupciales del día.

¿Qué importa el futuro, que en brumas envuelto,
los grandes amores de un soplo marchita?
¡Que el amor fecunde la sangre y del alma
brote la promesa blanca de la vida!

(Mi musa bohemia me dice que acaso
mañana lloremos las horas perdidas...)

MANUEL BENAVENTE.

UN ESCRITOR GENUINO

Javier de Viana

De los autores que explotan el asunto nacional, ninguno supera al popular escritor de "Leña Seca" y "Yuyos". Así, mentemos a Reyles y a Acevedo Díaz, maestros como Viana, pero no tan acabados, tan completos, tan hábiles, tan psicólogos. Excluyamos comparaciones fatigosas, por demasiado analíticas y literariamente pedagógicas. Hablemos solamente de Viana.

Como él no hay otro cuentista en el Río de la Plata. Como él nadie ha desentrañado la idiosincrasia, el carácter, la sentimentalidad, el lúgubre pensamiento del hombre de campo: el gaucho. Nuestro gaucho es triste, meditabundo, unilateral.

Cuando sirven de protagonistas en la labor del notable literato criollo, cruzan la escena sin alegrías, sin escepticismo, aunque con filosofía, con voluntad callada, sin risas ni fantaseos. Si para juzgar el mérito de la inmensa obra de Viana se requiere condiciones de conocimiento campesino en hombres, cosas y sucesos, alardeamos de sabedores...

Estudiar a Javier de Viana en toda su producción, además de ser tarea ímproba, sería inoportuna, en la hospitalidad de estas columnas. Ya Roxlo, en la "Historia Crítica de la Literatura Uruguaya", hizo una semblanza enjundiosa y maestra del narrador autóctono.

Como, por otra parte, cada libro de Viana da la im-

presión de conjunto de su modalidad artística, basta comentar uno de sus volúmenes para dar en la totalidad de su estro. ¡Es que todos los libros de Viana se parecen! ¡Leer uno es leer todos en la esencia artística!

Tomemos uno al azar en la larga lista de sus obras: "Macachines" o, mejor, "Leña Seca", o "Sobre el recado". No sabemos decidirnos, temerosos de una mala, hipotética elección.

Hablemos de cualquiera.

Las escenas ocurren en el interior, indefectiblemente. El ambiente rural lo pinta Viana con insuperable destreza. Nada escapa a su perspicacia, a su numen. Conoce, como buen gaucho, todo el cuerpo, todo el contenido, la estructura material, la índole afectiva de los pobladores de tierra adentro.

Todo lo que es decoración artística, Viana lo expone en unas cuantas líneas. Todo detalle pictórico lo traza de una plumada. En lo objetivo su competencia es notoria. Ahora bien:

Donde Viana habla con absoluto dominio, donde es psicólogo y donde más valor comporta a la literatura patria, en donde sobresale por cima de todos los narradores aborígenes, es en el retrato de los hombres de campo, tanto físico como moral y sensitivo.

El alma, el corazón virgen y cristalino, el cerebro abierto y sin anfractuosidades mentales, el temperamento noble del gaucho, Viana los ha comprendido, adivinado y transcripto como no lo han hecho ni Reyles, con ser coloso en estos tiquis-miquis lugareños, ni Acevedo Díaz, padre de muchas novelas nacionales, ni la plana menor de nuestros literatos.

Las inclinaciones morales, la naturaleza simple y expresiva, serena y cándida, el rumiar de tristezas y amores, esperanzas y fueros, el pensar y expresar de

los gauchos, los destina con la péñola, Viana, a hacerlos inmortales en el romancero nacional.

No hacemos más que repetir calurosamente lo que dijo en su magistral Historia, el frondoso poeta de "Flores de Ceibo". El gaucho, tan incoherentemente pintado en obras y memorias por doctos cronistas, recién dispone de una semblanza auténtica y verídica desde que Javier de Viana puso su empeño, su talento, su cariño y su fraternidad a reivindicar para el héroe anónimo, en las épocas de efervescencia insurgente, para el mortal sufrido, en las lides del trabajo, los justos valores que tiene tanto en el arte, como en la realidad. Sentimos en cada página de Viana latir nuestros corazones, por donde circula sangre gaucha y charrúa.

En cuerpo y alma cruzan en alas de inspiración los gauchos toscos, pero elocuentes y filósofos analfabetos, en la musa de Viana.

Si la transcripción del mundo real a la prosa o al verso importa escaso mérito, la excepción la da Javier de Viana. Su objetividad tórnase en subjetividad.

Es que el gaucho lo lleva entre pecho y espaldas el mitad pueblero y otra mitad rural, Javier de Viana.

La vocación literaria de este ilustre escritor no puede ser más fecunda, más natural, más artística, más espontánea ni más oportuna y necesaria. En su género, no hallamos, porque no existe; con quién parangonarlo.

Es que Javier de Viana es único en su especialidad; su ingenio único, y su numen pintoresco y feliz, en el cultivo campestre.

E. Torres Grané.

ENVÍO DE "DON QUIJOTE"

A la bienquerida.

La historia que en otra vida,
viví, señora adorada,
es esta que a vos se llega
tan inmortal y tan alta,
vertida a letras en mil
tierras de lenguas extrañas,
llenando un grande vacío
que, sin ella, perturbara
la serenidad del mundo,
la inmortalidad de España.

Esta es la historia que yo
viví en otra vida rara,
naciendo así, taciturno
y con esta propia alma,
para adoraros, señora,
"en un lugar de la Mancha".

Y ya que muerto en otrora
quedó mi historia estampada
en letras, tablas y bronces,
sabed, señora, que en gracia
deste grande amor hidalgo
que por vos llevo en el alma
vengo, en mi ensueño de amor
cruzando desde la Mancha;

y, os busco como el andante
buscó a su señora casta
en el dorado Toboso
de su alma!...

Os vi hoy lírica y dulce
como antes os vi encantada;
dejé vuestro amado y leve
nombre en las encrucijadas,
como un perfume de gloria
después de cada batalla;
fueron, gigantes rendidos
mis versos a vuestro alcázar
y mis suspiros, señora,
luengos así que mi lanza
tejieron el evangelio
tan manchego de mis cartas.

Os amé antes como hoy,
más feliz antes, pues cuánta
diferencia hay en sufrir
un Sancho, y una miriada.
Declaro que en este viaje,
más que en las crudas batallas,
sufro yo los aforismos
sanchezcos de las usanzas
de estos siglos tan distintos
al que vió Amadís de Gaula,
y al que vi en aquella vida
que hoy resucita. Románticamente os brindo esta mi historia
sin par, nunca vista, magna,
y pongo a vuestra merced,
mi brazo, yelmo y adarga,
mi pensamiento, mi senda,
mi ensueño azul y mi alma,
y hago esta cuarta salida

porque estáis de amor cuitada;
y por bien serviros, reto
a cuantos al campo salgan,
malandrines de este siglo,
follones, torva canalla,
que no pare ante el amor
su sanchezca cabalgata;
y os prometo que ha de ir
por libertaros, mi lanza
muy hondo en el gran Toboso
de mi alma!...

Y ha de barrer de este siglo,
como una tormenta trágica,
el polvo de los prejuicios,
que nunca flotó en la Mancha,
y hará besar el camino
a los malvados que infaman
este mi ensueño sin nombre
y vuestra vida sin mácula;
y así seréis, Dulcinea,
con la luz de mis fazañas
por los siglos de los siglos
de los siglos, alabada!

SABAS OLAIZOLA.

CARATULA DE UNO DE LOS CUATRO PRIMEROS LIBROS DE LA EDITORIAL "PEGASO", QUE SERVIRA DE AFICHE ANUNCIADOR PARA DICHA EDITORIAL

GLOSAS DEL MES

Viajeros ilustres

Mientras llega a París Leopoldo Lugones, donde se le festeja como a un rey mago, según quería Ventura García Calderón anticipándose a los anhelos de la Francia, hete aquí que cruzan el mar oceánico Paul Fort el príncipe, Eugenio D'Ors el filosofante y Francisco Grandmontagne el novelador.

Son los viajeros ilustres, que van y vienen por los caminos del mundo, tornados legendarios a su paso...

Salud a ellos, que usan el precepto máximo de Rodó para la renovación espiritual: viajar. Salud a ellos, que en el decir de Grandmontagne vienen a redescubrir la América para Europa. Salud a ellos, embajadores que traen gavillas de alondras para soltarlas a cantar en nuestras florestas, donde la mañana va llegando.

*

Paul Fort, el príncipe de los poetas franceses, — "baladeur" genial en la lírica contemporánea, — trae la voz altísima de la poesía para derramarla entre nosotros, — propulsor del novecentismo y propagador del parisianismo artístico. — Dará en Montevideo una serie de conferencias literarias de verdadero relieve, que serán purísimo deleite a nuestra sed joven y ya eterna sin embargo...

Eugenio D'Ors, el glosador encantador, de quien es la filosofía del hombre que trabaja y canta, viene a co-

nocer la tierra maravillosa de donde sacó un día sobre ligero navío transatlántico a Teresa "la bien plantada", doctora en nacionalidades y símbolo milagroso de la raza...

Francisco Grandmontagne, el cronista de dos mundos, que en los versos admirables de Antonio Machado "bajo el sol, — el duro pan se ganaba, — y, de noche, fabricaba — su magnífico español", — vuelve al Río de la Plata "ungido de las letras embajador hispano", después de haberle dado al ibérico idioma la fe y la alegría que ya iba perdiendo...

*

Montevideo, "tacita del Plata", — ya no tiene a Rodó para dar la bienvenida a los viajeros, pero posee aún al viejo poeta estremecido Juan Zorrilla de San Martín, clásico tradicionalista, cantor de la patria leyenda, que gusta no en tanto vibrar con los vientos de la modernidad, mientras se condecora el pecho con la Cruz del Sur...

Sea él quien represente el parnaso uruguayo, — por cuyos flancos sube en tropel el coro unánime de los nuevos, — y sean los ilustres transeuntes tan a gusto como en su propia casa, mientras todos nosotros apuramos la gracia suprema de la divina cátedra, y en las lonas hinchadas de los barcos viajeros tiembla el ansia de la quimera y el vuelo de la golondrina...

TELMO MANACORDA.

La exposición de Alberto Dura

Ahora no nos interesa tanto el valor artístico de los cuadros, como su valor ético. Reconocemos agradablemente que nos dan una sensación casi absoluta de lugares conocidos, de situaciones de la naturaleza, cu-

yas dificultades técnicas, en color y volumen, no pueden escapar ni a los profanos.

Por esta sana interpretación de la realidad, que no de otro modo podemos expresar, en nuestra carencia de tecnicismos, ese modo de sernos accesible la belleza, por eso no más, ya merece muy bien Alberto Dura los elogios que se le tributan.

Pero, más nos entusiasma de su obra, el ser ella resultante de una labor tenacísima, de una larga lucha continua con las dificultades de su arte, con la incapacidad educativa del medio, y, tal vez, hasta con rebeldías orgánicas.

Es admirable en nuestra tierra la abundancia de inteligencias vivaces en notoria ebullición, a las que sólo faltan el esfuerzo y su disciplina, para realizar ópima labor intelectual.

Sin embargo, es posible observar en los panales de nuestras abejas una gran desproporción entre la promesa y la cosecha; es que no se trabaja.

*

Baudelaire decía: "la inspiración consiste en trabajar todos los días"; no vamos a aceptar esto integralmente, pero reconocemos cuánta verdad contiene.

No lo aceptamos integralmente, por no creer que en ninguna materia la inspiración obedezca a quien la solicite; y el pintor o el escultor o el poeta que fiaran del axioma, podrían encanecer o extinguirse sin alcanzar la obra que perpetuara su nombre.

Mas una solicitación constante, o sea una aplicación continua en el sentido de las aspiraciones de la voluntad, puede influir para que la voluntad sea lentamente sustituída por las fuerzas que en el impenetrado misterio de lo subconsciente elaboran lo que se llama fruto de la inspiración.

Mientras algún prodigio de histoquímica no encuen-

tre el mecanismo usado por las sensaciones para convertirse en imágenes, en ideas, nos cabe a todos el derecho y el gusto de emitir pareceres, acogiéndonos a los recursos de que podamos fiarnos.

Goethe, escribiendo a Humboldt, cinco días antes de morir, le explicaba, con milagrosa claridad, cómo "todo talento implica una fuerza instintiva obrando en la inconsciencia y en la ignorancia de las reglas cuyo principio está, sin embargo, en ellas...; los órganos del hombre, por un trabajo, ejercicio, aprendizaje, o reflexión persistente y continua, etc., etc., amalgaman, continúan inconscientemente lo que es instintivo y adquirido; y de esta química, a la vez consciente e inconsciente, resulta un conjunto armonioso del cual el mundo se maravilla". Contaba en esa carta cómo la idea de "Fausto" le viniera hacía más de sesenta años en plena juventud, perfectamente neta; el plan no lo dejó desde ese día, "y lo tomaba en detalle, dice, componiendo las partes que *me interesaban* más. Pero cuando ese interés faltó resultaban lagunas, como en la segunda parte. La dificultad estaba en obtener por fuerza de voluntad, lo que no se obtiene sino por acto espontáneo de la naturaleza".

Otro sabrosa carta de Mozart, habla de su labor subconsciente. "Cuando me siento bien y estoy de buen humor, etc., etc., los pensamientos me vienen en montón y lo más cómodamente del mundo. ¿De dónde y cómo llegan? No sé nada, ni en ello tengo nada que ver. Los que me agradan los guardo en mi cabeza, y los tarareo, según se me dice. Una vez que tengo mi aire, otro viene a agregarse al primero. La obra se agranda y todo se produce en mí como un bello sueño. Si me pongo en seguida a escribir, no tengo más que sacar del saco de mi cerebro..."

Como Goethe y Mozart, ¡cuántos hombres pueden nombrarse, en cuya obra se evidencia la labor sub-

consciente! Hartmann, Stuart Mill, Sócrates, Villiers de l'Isle Adam, Blake, Shelley, Beethoven...

Pero sin el *interés,* que dice Goethe, si no se hubieran puesto en seguida a escribir, como dice Mozart, ¿podríamos asegurar que tal inconsciente labor intelectual se fijara en la obra admirada en el correr de los tiempos?

Seguramente, no. Es necesario, pues, captar las fugitivas imágenes, los ensueños, todas las cerebraciones, hasta aquellos mismos pensamientos de los que "nuestra alma no se apercibe", según la frase de Leibnitz.

Y es el trabajo constante quien permitirá logarlo. Mientras las creaciones intelectuales ambulen por nuestras rúas, o asciendan por las espirales de las humaredas de café, o dancen verbales zarabandas, sin llegar a fijar sus ritmos, ni sus colores, ni sus formas, poco valdrá la indiscutible vivacidad de nuestras inteligencias.

*

Necesario es trabajar; y como eso es lo que permitió a Alberto Dura triunfar de las dificultades de su arte, de la incapacidad educativa del medio y, tal vez, de rebeldías orgánicas, nosotros lo elogiamos francamente y le tributamos nuestra honda admiración en estas páginas.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Con la luna. — Poesías por Pablo Aguirrezabal. — Salto. — 1921.

El Ateneo del Salto — institución de sólidos prestigios cuyas bellas iniciativas culturales hemos celebrado varias veces en esta Revista — acaba de editar, en una forma que hace honor al buen gusto de los copiladores y a los talleres tipográficos de esa ciudad litoral, las poesías de este malogrado poeta, muerto a la edad de veinte años.

De humilde origen, necesitando ganarse la vida en un rudo oficio, débil, perdido en un ambiente hostil, sin medios ni tiempo para ilustrarse, sin paz para sus ensueños, Aguirrezabal deja, no obstante su breve y áspero pasaje por la tierra, una obra poética grávida y digna del tardío honor que sus coterráneos le han rendido.

El doctor César G. Gutiérrez presenta al poeta en un hermoso prólogo y comentando su obra dice: "Si quisiéramos encontrar la huella de un maestro diríamos que lo tuvo en la naturaleza, en la serena claridad de nuestras noches de luna y en la melodía interior que arrullaba su alma; su vida de jornalero no le permitió cristalizar en una gran cultura, por lo cual no presenta dificultades ni requiere sutil investigación rastrear la genealogía de su lira, que, por su aroma, diríase construída con la madera de alguno de los naranjos que enguirnaldan nuestra ciudad, encordada en el silencio elucubrador, con los rayos de luna que fueron sus confidentes preferidos y pulsada por un espíritu salteño, que fué ateniense, porque, en medio de las rudezas diarias, cinceló las cuatro faces de su alma, porque iluminó su labor oscura de talabartero, entonando, con su vida y con sus versos, un himno a la independencia creadora del espíritu; porque supo elevarse sobre la necesidad, que es redimirse según Renán, porque, más fuerte que las adversidades, supo embellecerlas, derramando sobre los dolores, a manera de bálsamo, su ánfora griega saturada de nardos".

Esa es, en efecto, la impresión que deja Aguirrezabal: un poeta sublunar, simple, con aroma de flor silvestre, enfermo de dolencias subjetivas, que expresó en versos cautivantes por su espontaneidad y por la pureza cristalina de su tono melódico.

Ilustra el libro una carátula a dos tintas de E. Prati, doblemente notable por el arte con que está realizada y por el intenso vigor de la alegoría. — **J. M. D.**

A la sombra del Amor. — Drama en tres jornadas, de José Fabio Garnier. — Centro América. — 1921.

Desarrolla el autor un argumento novedoso y altamente dramático; y lo hace no sólo con soltura y verismo en el diálogo y con pericia técnica, sino adentrándose en el alma de sus personajes hasta disecar sutilmente en sus psicologías.

Es difícil juzgar por una simple lectura el valor dramático de una obra; con todo, nos atrevemos a expresar nuestra convicción de que llevado a la escena "A la sombra del Amor" — descontando desde luego la eficiencia de los actores — ganaría mucho en intensidad, porque la mayor parte de sus situaciones nos parecen eminentemente teatrales.

De todos modos, es preciso afirmar que esta obra de José Fabio Garnier aporta a la literatura dramática centroamericana un libro de méritos sustantivos y añade una nueva aureola a su nombre ya prestigiado por una bella y profusa labor espiritual. — **J. M. D.**

El libro de los Juegos Florales del Salto. — Salto (Uruguay). — 1921.

La Comisión Organizadora de los Juegos Florales verificados con éxito tan halagüeño en la ciudad del Salto el año 1919, ha dado fin a su tarea, reuniendo en un volumen las composiciones premiadas en aquel concurso, así como los discursos pronunciados y demás relatos concernientes al certamen.

No es el momento de hablar sobre el mérito de las composiciones premiadas, algunas de las cuales — justo es consignarlo — se destacan vigorosamente, sino el de hacer resaltar el noble empeño puesto por esa Comisión en el desarrollo de sus tareas, la conciencia con que las llevó a cabo y la cálida simpatía con que el pueblo salteño acogió la iniciativa.

Por lo demás, es innegable que si los Juegos Florales no dan a menudo el resultado artístico que se espera de ellos, representan un poderoso medio para luchar contra la indiferencia general por las manifestaciones estéticas superiores. El Salto lo ha demostrado, porque durante un largo período vivió suspenso de este certamen artístico. Y su éxito ha sido contagioso: Paysandú, siguiendo las mismas huellas, se apresta para celebrar su fiesta de arte en el mes de octubre próximo, la que, sin duda, tendrá tanta resonancia como la salteña. — **J. M. D.**

Bordeland. — Cuentos, por Atilio Chiappori. — Buenos Aires. — 1921.

Tiene este libro muy grandes relieves artísticos, constituyendo una nota original (que trasuda exotismo), en el ambiente del Río de la Plata. Los personajes, en su casi totalidad, son tipos anormales, que el autor se complace en fijar con rasgos, en algunos casos, inolvidables. Quien lea "Bordeland", que significa "tierra de confín", no es fácil que confunda los cuentos que Chiappori ha coleccionado.

Como exquisito artista que es, muy versado en pintura, compone

sus relatos con el mismo esmero con que haría un Apeles el original para un cuadro. Las figuras tienen siempre, como fondo, un paisaje apropiado que, lejos de quitarle relieve, dijérase que les comunica "ambiente". Hay un anhelo de perfección formal tan grande en Chiappori, que, a veces, va al amaneramiento, cuando no al artificio.

Se notan influencias francesas, d'annunzianas y, sobre todo, en cuanto al lenguaje se refiere, el modelo de Valle Inclán. Pero la imitación, cuando se hace con talento (que es el caso de Chiappori), es lícita, y nosotros no vacilamos en aplaudirla aquí.

"Bordeland", en rigor, es una obra juzgada. Hace años que valióle al autor un gran éxito en la Argentina. Reeditándola en su "Biblioteca Patria", Manuel Gálvez demuestra buen gusto, y sirve, como parece ser su lema, a los escritores de su generación. Emilio Becher, aquel positivo talento que se fué de la vida sin darnos más que una mínima parte de lo mucho que prometía, dijo que Chiappori manejaba "con la misma habilidad el verbo y el adjetivo; el verbo que fija la imagen activa de los movimientos y sorprende el signo fugaz de los ademanes; el adjetivo, túnica transparente que viste y colora el concepto sustancial". Sin discusión, el estilo de Chiappori es muy dúctil, lleno de suave color y de discreta elegancia. — **V. A. S.**

La Ventana y otros Poemas. — Dimitri Ivanovitch. — San José de Costa Rica. — 1921.

Por amable envío de J. García Monge, hemos leído estos poemas de Dimitri Ivanovitch, por quien guardábamos vieja simpatía de juventud, encendida en el romántico brasero de aquellos poemas que publicó Darío en las páginas artísticas de "Mundial".

Luego de diez años ligeros, hemos querido renovar las emociones de entonces, y—¡cosa rara!—ya no nos conmueve con igual fuerza aquel verso clásico que tan dulce fué para nosotros. ¿Han cambiado los tiempos? ¿Hemos cambiado el alma? ¿Ha cambiado Ivanovitch? Intrincado problema cuya solución nos tienta y que acaso habremos de dilucidar un día...

Dejemos constancia, entre tanto, que este libro parece ajeno a las complicaciones y desorbitancias de la hora, y que su autor, poeta deveras, y poeta en el más alto y en el más puro sentido de la definición, ha coleccionado en él una hermosa serie de composiciones, sencillas, espontáneas, suavísimas, de ternura y pasión.

Hay algunos "Crepúsculos" y algunos "Nocturnos" realmente bellos, — bellos hasta ser puro ensueño, mágico encanto, belleza total. — **T. M.**

Huerto Silencioso. — Prosas de Angel Cruz Rueda. — Jaén. — 1919.

Tenemos que ocuparnos con algún atraso de este libro, que con atraso se nos ha enviado. Angel Cruz Rueda no es un profesional de las letras, sino que recurre a éstas para dar esparcimiento a su espíritu. Ya dijo el maestro cómo el placer de escribir es lo mismo que

el de leer, pero agudizado y ungido por el dolor de la creación. (Recordamos la idea, pero no las palabras de esta cita que nos viene a la memoria). Cruz Rueda, joven y culto, refleja en "Huerto Silencioso" emociones y andanzas recibidas en la época estudiantil. Se nota al autor más seducido que por lo interno, por lo externo, más atento al panorama que al paisaje interior; más preocupado por los medios de expresión que por las ideas. Pero el libro es delicado, y es honrado, y es bello. Poco trabajo da el descubrir las influencias dominantes en Cruz Rueda; o, mejor dicho, la influencia, pues el joven literato jiennense es un muy fiel discípulo de Azorín, aunque se acuerda de otro singular escritor, Ramírez Angel, cuando refleja madrileñerías en un esbozo de novela, si desvaída de asunto, muy cuidada y donosa de estilo.

Cruz Rueda tiene grandes condiciones de prosista; conoce el idioma como Azorín, lo que da un sabor conveniente de añejismo a frases construídas en la forma nerviosa más moderna. Describiendo la naturaleza, es realmente eglógico. El volumen concluye con una evocación de la Mancha, que es la página más admirable de todo el libro. Convendría que la leyeran los que suponen que nuestro campo y las cosas de nuestro campo no tienen paralelo en el viejo mundo. Aquellos peones de los establecimientos manchegos, que usan la manea, que emplean giros anticuados, que son ladinos y un poco enigmáticos adrede, son el verdadero "pendant" de nuestros gauchos, como que tienen un ascendiente común. — **V. A. S.**

SOCIEDAD ANÓNIMA

Cooperativa Editorial "Pegaso" Limitada

Para la difusión del libro uruguayo

PUBLICARÁ LAS PRINCIPALES OBRAS DEL AÑO Y FOMENTARÁ LA LECTURA DE LOS AUTORES NACIONALES

Acaban de aparecer los primeros volúmenes:

«Inquietud» - Versos - Por Luisa Luisi.

«Princesa Perla Clara» - Comedia feérica en tres actos y verso - Por José María Delgado.

«La Mujer Inmolada» - Novela Uruguaya - Por Vicente A. Salaverri.

«Los Poetas Salteños» - Ensayo literario - Por Telmo Manacorda.

En venta en las principales librerías

Esta Editorial publica «Pegaso», la única revista de letras del Uruguay. — No deje de verla.

el de leer, pero agudizado y ungido por el dolor de la creación. (Recordamos la idea, pero no las palabras de esta cita que nos viene a la memoria). Cruz Rueda, joven y culto, refleja en "Huerto Silencioso" emociones y andanzas recibidas en la época estudiantil. Se nota al autor más seducido que por lo interno, por lo externo, más atento al panorama que al paisaje interior; más preocupado por los medios de expresión que por las ideas. Pero el libro es delicado, y es honrado, y es bello. Poco trabajo da el descubrir las influencias dominantes en Cruz Rueda; o, mejor dicho, la influencia, pues el joven literato jiennense es un muy fiel discípulo de Azorín, aunque se acuerda de otro singular escritor, Ramírez Angel, cuando réfleja madrileñerías en un esbozo de novela, si desvaída de asunto, muy cuidada y donosa de estilo.

Cruz Rueda tiene grandes condiciones de prosista; conoce el idioma como Azorín, lo que da un sabor conveniente de añejismo a frases construídas en la forma nerviosa más moderna. Describiendo la naturaleza, es realmente eglógico. El volumen concluye con una evocación de la Mancha, que es la página más admirable de todo el libro. Convendría que la leyeran los que suponen que nuestro campo y las cosas de nuestro campo no tienen paralelo en el viejo mundo. Aquellos peones de los establecimientos manchegos, que usan la manea, que emplean giros anticuados, que son ladinos y un poco enigmáticos adrede, son el verdadero "pendant" de nuestros gauchos, como que tienen un ascendiente común. — **V. A. S.**

SOCIEDAD ANÓNIMA

Cooperativa Editorial "Pegaso" Limitada

Para la difusión del libro uruguayo

PUBLICARÁ LAS PRINCIPALES OBRAS DEL AÑO Y FOMENTARÁ LA LECTURA DE LOS AUTORES NACIONALES

Acaban de aparecer los primeros volúmenes:

«Inquietud» - Versos - Por Luisa Luisi.

«Princesa Perla Clara» - Comedia feérica en tres actos y verso - Por José María Delgado.

«La Mujer Inmolada» - Novela Uruguaya - Por Vicente A. Salaverri.

«Los Poetas Salteños» - Ensayo literario - Por Telmo Manacorda.

En venta en las principales librerías

Esta Editorial publica «Pegaso», la única revista de letras del Uruguay. — No deje de verla.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
[illegible]taluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daguó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

AGOSTO DE 1921

SUMARIO:

Ernesto Herrera	Teatro Nacional
Pablo de Grecia	Ruy Díaz, el Cid
Vicente A. Salaverri	El Hijo del León
Juana de Ibarbourou	El ruego
Perfecto López Campaña	Espero y después...
Carlos César Lenzi	Los fantasmas
Clemente Estable	Solidaridad
Arturo S. Silva	Al hijo
Antonio M. Grompone	«Estudios indostánicos»

Glosas del mes: Notas de casa — En el VI centenario del Dante, por Telmo Manacorda. — El momento español, por Emilio Samiel. — Notas bibliográficas: los libros del mes.

Montevideo.
URUGUAY.

AÑO VI.
N.° 38

056.1
PEG
No. 38

Todo el material de "PEGASO" es inédito

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — Manuel **Benavente.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas.** — Manuel de **Castro.** — Asdrúbal E. **Delgado.** — Eduardo **Dieste** — José M. **Fernández Saldaña.** — Emilio **Frugoni.** — César G. **Gutiérrez.** — Luis A. **de Herrera.**—Juana de **Ibarbourou.** — Julio **Lerena Juanicó.** — Luisa **Luisi.** — Horacio **Maldonado.** — Julio Raúl **Mendilaharsu.** — Raúl **Montero Bustamante.** — A. **Montiel Ballesteros.** — Emilio **Oribe.** — José **Pereira Rodríguez.** — Víctor **Pérez Petit.**— Carlos M. **Prando.** — Wifredo **Pi.** — Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.** — Vicente A. **Salaverri.** — Emilio **Samiel.** — Carlos **Sabat Ercasty.** — Juan **Zorrilla de San Martín.** — Alberto **Zum Felde.** — Armando **Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Montevideo (Uruguay)

"PEGASO" se vende en todas las librerías

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 °/o anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423-25 DE MAYO-427 MONTEVIDEO

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. M. GORLERO, Gerente.

Todo el material de "PEGASO" es inédito

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Manuel **Benavente**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste** — José M. **Fernández Saldaña**. — Emilio **Frugoni**. — César G. **Gutiérrez**. — Luis A. **de Herrera**.—Juana de **Ibarbourou**. — Julio **Lerena Juanicó**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**.— Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Montevideo (Uruguay)

"PEGASO" se vende en todas las librerías

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ °/o anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en ''Títulos Hipotecarios'', los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos ''Títulos'' se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los ''Depósitos'', mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el ''Cupón'' corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los ''Cupones'' por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los ''Títulos Hipotecarios'' se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 - 25 DE MAYO - 427 MONTEVIDEO

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. M. GORLERO, Gerente.

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Agosto de 1921. **N.º 38 — Año VI.**

TEATRO NACIONAL

De la obra inédita de Ernesto Herrera, puesta a nuestra disposición por bondad que mucho agradecemos, de sus herederos, extractamos hoy este estudio sobre Juan Moreira, en el que el notable dramaturgo, que junto con Florencio Sánchez tanto elevara el valor de nuestro teatro, pone de transparencia su fino espíritu crítico y su vigoroso concepto de pensador.

Juan Moreira fué un precursor. De él nació nuestra extirpe bravanzona y él encarnó en las almas de nuestros abuelos gloriosos; formó las montoneras heroicas y en su poncho listado, amarrado con enviras a las lanzas de tacuara, tuvo la libertad de América su primer bandera.

No es, pues, una imagen vana la que evoco como un símbolo propicio. Es el alma cyranesca del Bergerac nativo, nuestra alma de otras épocas, áspera y fiera, e indominable como una mata de cardos, al par que suave y blanca y perfumada como una margarita de la loma.

Harto se me alcanza que en nuestra época pulida, lustrosa de civilización, disuena la salvaje rudeza del

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Agosto de 1921. **N.° 38 — Año VI.**

TEATRO NACIONAL

De la obra inédita de Ernesto Herrera, puesta a nuestra disposición por bondad que mucho agradecemos, de sus herederos, extractamos hoy este estudio sobre Juan Moreira, en el que el notable dramaturgo, que junto con Florencio Sánchez tanto elevara el valor de nuestro teatro, pone de transparencia su fino espíritu crítico y su vigoroso concepto de pensador.

Juan Moreira fué un precursor. De él nació nuestra extirpe bravanzona y él encarnó en las almas de nuestros abuelos gloriosos; formó las montoneras heroicas y en su poncho listado, amarrado con enviras a las lanzas de tacuara, tuvo la libertad de América su primer bandera.

No es, pues, una imagen vana la que evoco como un símbolo propicio. Es el alma cyranesca del Bergerac nativo, nuestra alma de otras épocas, áspera y fiera, e indominable como una mata de cardos, al par que suave y blanca y perfumada como una margarita de la loma.

Harto se me alcanza que en nuestra época pulida, lustrosa de civilización, disuena la salvaje rudeza del

centauro abuelo; pero no imitemos, negándolo o teniéndolo en menos, a esos pobres rastacueros que, habiendo alcanzado por su suerte o por su esfuerzo, un lugar distinguido en la sociedad, se avergüenzan después, como de un delito, de la humildad plebeya de su cuna. La aristocracia de la sangre es una mentira, así en los hombres como en las naciones. Lo único verdad, lo único noble y digno de respeto, así en ellas como en nosotros, es lo que alcanzó el tesón, es lo que conquistó el esfuerzo, la espiga dorada que crece y fructifica regada por el sudor. No reneguemos, pues, de la noble rudeza del abuelo gaucho, torpe y analfabeto, que, a pesar de serlo, nos escribió la historia.

Bien está que las exigencias de nuestra época nos hagan apartarnos de sus costumbres; bien, también, que sobre sus ranchos de terrón edifiquemos nuestras viviendas modernas y opongamos a sus ideas añejas el caudal avasallador de nuestras modernas ideas. Otros son los tiempos y otros los hombres y otros los cauces de las corrientes humanas. El siglo nuestro ha desterrado al suyo, porque es más nuevo y es más práctico y es más fuerte, y fuera tontería pretender que el hombre moderno se amolde a las ideas y a las costumbres y a las aspiraciones del hombre antiguo. Pero viviendo nuestra vida dentro del siglo nuestro, no tenemos por qué renegar de los abuelos que vivieron su vida dentro del siglo suyo. Puesto que somos parte de ellos, puesto que somos su consecuencia.

Así, pues, al empezar este trabajo, en el que pretendo bosquejar la historia del teatro nacional, no he podido sustraerme al deseo de evocar su primer tipo, el precursor, tipo hermoso, grande, sanguinario y fiero del Cyrano gaucho.

El arte, que es humano, está dentro y no por encima de la vida, está sujeto, por lo tanto, a las mismas exigencias, a los mismos cambios y a las mismas transformaciones de la vida. No creo por eso en el teatro

criollo. Nuestra escena debe apartarse de la escena primitiva, y el gaucho debe desaparecer de los escenarios como desapareció de la vida, desalojado por el hombre moderno, que vive, piensa y siente de acuerdo con nuestros modernos tiempos. Pero esa convicción, ese concepto, esa conciencia de nuestros fueros artísticos, no debe llevarnos tampoco al extremo antipático de desconocer nuestros orígenes, ni mucho menos a renegar de ellos.

Hablemos, pues de Juan Moreira, una vez que pretendemos hacer la historia de nuestro teatro.

Fué en la pista de un circo de lona, que cargaban sobre sus espaldas, ambulando por toda la región del Plata, cuatro histriones gauchos; fué en la pista de un circo, donde tuvo su humilde cuna este vigoroso teatro nuestro, que ya empieza a despertar interés en todo el mundo, y que, quizá, como lo creía Garavaglia, está llamado a marcar rumbos al teatro universal.

Y fué Juan Moreira, el gaucho aquel de nuestros bélicos sueños infantiles, el héroe de aquellas pantomimas ingenuas y burdas que presenciábamos de niños, con los ojos dilatados de asombro y el corazón desbordante de entusiasmo, fué Juan Moreira, digo, el que echó sobre la pista de aquel circo los cimientos de este teatro.

Todos le hemos visto de niños y nos hemos identificado con él, como algo que es tan nuestro que hasta vive en nosotros. No es esta, pues, la ocasión de repetir la fábula que todos conocemos. Nuestro Cyrano gaucho, creado a su imagen y semejanza por la fantasía popular, altivo, como todos los gauchos, y hermoso como todas las fantasías, no es en la leyenda sino una de las tantas encarnaciones de nuestra alma nativa, que en la historia se llamó Artigas, o Rivera, o Flores, o Leandro Gómez, y en los anales de nuestra poesía silvestre, Santos Vega, o Martín Fierro, en las sapientes sentencias de la filosofía popular. En la leyenda

no aparece para nada, el bravucón ocioso y peleador que se figuran muchos; en ella es, el protagonista, nada más que un amante celoso de su libertad personal. Y, en este sentido, Juan Moreira, al trazar en el suelo con su facón la raya que ningún prójimo debía pisar sin que le costara la vida, obedecía al mismo espíritu rebelde e indomable de Artigas, al trazar con su sable las fronteras patrias, que ningún extranjero debía borrar sin que le costara la derrota. Y nacido en un tiempo en que no había, por desgracia para él, prodigios libertadores que realizar, obedecía a su espíritu combativo en su afán libertario de abatir al fuerte.

Tal concibió la leyenda, ese dulce poeta que se llama fantasía popular. Puso su alma en su creación, como ponen su alma todos los pueblos en la creación de todas sus leyendas. Por eso Juan Moreira amaba y por eso era poeta y por eso prodigiosamente valiente, como a su manera amaron y fueron poetas y prodigiosamente valientes todos los gauchos; por eso Juan Moreira, aquel Moreira que conocieron nuestros asombrados ojos en el risueño amanecer de nuestra edad primera, no se borrará jamás de nuestra memoria. Porque es nuestra alma de ayer, nuestro pasado, porque somos en él nosotros.

Creo que fué Ingegnieros el que, empeñado una vez en destruir la leyenda de Moreira, desenterró viejos infolios y escudriñó empolvados archivos, para probarnos que nuestro héroe no había pasado en la vida de un degenerado vulgar, con un algo de valiente y un mucho de bravucón. Y probablemente tenía razón Ingegnieros, que la leyenda suele ser como el brillante del químico, una sencilla y tosca piedra de carbón. Pero si esa leyenda nos acaricia y nos perfuma el alma con una dulce sensación de poesía, como esa piedra brilla maravillosamente y nos llena de felicidad el poseerla, ¿por qué ese afán de analizar?

"Jesucristo nunca ha existido"; "Homero nunca ha

existido''; o bien: ''Jesucristo fué un aventurero''; o bien: ''Homero no pasó nunca de un pobre y desamparado mendicante vulgar'', nos gritan encaramados sobre la pila enorme de sus mamotretos documentarios, falsos o veraces, los vivisectores de leyendas, los eternos analizadores del brillante de la fábula.

Y bien: ¿qué nos importa? Concedámosles el triste triunfo de llegar un día a probarlo. También el cielo azul, que todos vemos, ya lo dijo Argensola, no es cielo ni es azul. Pero para nuestras almas menesterosas de sublime, para nuestros espíritus sedientos de maravilla, Cristo seguirá siendo siempre Cristo, el dulce hijo de Dios, que nos dió un día el consuelo de bajar hasta nosotros para sufrir con nuestros dolores y llorar con nuestras lágrimas, y Homero seguirá siendo Homero, como ese cielo azul que todos vemos seguirá siempre siendo azul y seguirá eternamente siendo cielo.

* * *

¿Teatro nacional?, se preguntan muchos. ¿Y qué es eso? ¿Y para qué necesitamos eso? Si nuestros actores no son perfectos todavía; si nuestros autores no son maestros todavía; si el tal teatro nacional es deficiente y pobre, ¿para qué fomentarlo?

Francia, España e Italia nos mandan anualmente sus mejores intérpretes para hacernos conocer sus magistrales obras. Guitry, Zacconi, Novelli y Borrás nos son tan familiares a los americanos como a los europeos. Benavente es tan conocido aquí como en España. Y si podemos beber el arte en fuentes como estas, ¿para qué empeñarnos en ensuciar nuestros labios en las aguas todavía turbias de nuestras regionales *cachimbas* artísticas?

Aparentemente asiste a los que argumentan de esta suerte, la más completa razón. Fundamentalmente, no.

El arte es universal, se dice. Hamlet llega tanto a nuestra alma como al alma de cualquier sajón, y una tela de Rembrandt o una escultura de Rodin, dan la misma sensación artística aquí o allá o en cualquier parte. Más todavía. El alma noruega de Ibsen, antes fué comprendida, sentida y admirada en Francia que en Noruega.

Hagamos una ligera diferenciación entre las artes. La pintura, la escultura y la literatura misma son artes autónomas. No así la música y el teatro.

"El pensador" de Rodin, o "La Maja desnuda" de Goya, o el "Quijote" de Cervantes, impresionan nuestra alma directamente; bebemos el arte en la fuente misma; mientras que en la música y en el teatro, obra como intermediario el temperamento del intérprete. Un actor sajón y un actor latino, nos servirán en el mismo Hamlet, dos príncipes de Dinamarca emotivamente distintos. Aún entre los mismos latinos, Zacconi, Guitry y Borrás, pongamos por ejemplo, nos darán cada uno, a través de sus distintos temperamentos, la impresión de tres Hamlet distintos y los diversos públicos, por su parte, también los sentirán diversamente y de una manera tanto más intensa cuanto más se acerque a su alma el alma del intérprete.

Lo que quiere decir, que si bien el arte es universal, no puede serlo en igual forma la manera de sentirlo y mucho menos la de hacerlo sentir. Y nosotros somos ya una raza. Nuestro temperamento no es francés, ni español, ni inglés, sino exclusivamente nuestro. Americano; más que americano todavía: ríoplatense.

Tenemos, de acuerdo con las necesidades de nuestra vida y con la naturaleza de esta región, nuestra manera de ser, nuestras costumbres y nuestro criterio; nuestra manera de ver y sentir las cosas de acuerdo con ese criterio y dentro de ese temperamento.

De ahí la necesidad de un teatro nacional, de un teatro nuestro, que refleje nuestra alma, que esté en

nosotros; escrito, pensado y sentido en americano como escribimos, pensamos y sentimos nosotros.

Por otra parte, eso de que nuestro teatro sea fundamentalmente malo, no es verdad tampoco. Cierto que todavía es ingenuo, cierto que es pobre; pero cierto e innegable también, que analizándole profundamente se descubre en él un enorme caudal de arte espontáneo, una sinceridad y una amplitud de miras, como no se encuentra así tan fácilmente en todos los teatros. Es que, a pesar del vasallaje intelectual que le rendimos en todo y siempre a nuestra vieja maestra europea en la escena, sin darnos cuenta quizá, hemos sentido la necesidad de ser nosotros. Tenemos un teatro ingenuo y pobre si se quiere, pero incontaminado, sano, autónomo, ajeno a toda influencia extraña, a toda subordinación.

Tenemos un teatro que no se parece fundamentalmente a ninguno; que concibe, realiza y sugiere en una forma absolutamente personal. Y si tenemos eso, ya tenemos bastante, que sabido es que en el arte, como en la vida, lo esencial, lo primordial, lo fundamental, es tener personalidad.

Tomemos como base para el estudio de este teatro, la obra de Sánchez. Fué Florencio, nuestro inmortal Florencio Sánchez, el que recogió de la pista del circo el legado de Moreira. Y con aquellos histriones analfabetos que componían la *troupe* de los Podestá y con aquel público hecho a las bufonadas trágicas de los Juanes de toda especie, que habían sucedido al Moreira, el cerebro robusto de nuestro primer dramaturgo hizo un teatro. ¿Cómo pudo realizarse aquel milagro artístico?

ERNESTO HERRERA.

RUY DÍAZ, EL CID CAMPEADOR DE VIVAR

I

Ruy Díaz, el Cid Campeador de Vivar,
Ya ganada Valencia, duerme sobre un escaño;
¿Sueña, acaso, en la brega fatigosa del año,
O en las nuevas ciudades que debe conquistar?

Lo que sueña Mío Cid no importa a este cantar,
Sí que en su tienda duerme ajeno a todo daño,
Y mientras se arrebuja entre el rústico paño
Ni la sombra del diablo hácelo parpadear.

—Mío Cid, dice Bermuez, mientras Ferrando fuga,
Poniendo en evidencia su condición de oruga, —
El león de la jaula hase escapado y brama;

Y os amenaza, os vala el criador! —Rodrigo,
Imperturbablemente, le responde: —¡Oh, mi amigo,
Déjame reposar otro rato en la cama!

II

Pedro Bermuez insiste: —Don Rodrigo es prudente
No hacer chanza, la fiera os amenaza. En vano
Pretenderéis ganar más villas al pagano,
Si el león que soltóse os desmancha en su diente.

Entonces Mío Cid, silenciosamente,
Abandona el escaño, libre de armas su mano,
Mira a Bermuez, sonríe, luego al león africano,
Y segunda vez ríe al peligro inminente.

Bermuez, cuyo valor conoce el sarraceno,
Atónito contempla al Campeador sereno
Que avanza paso a paso... La fiera ante Rodrigo

Inclina la cerviz con sumisión vasalla...
Bermuez, el tartamudo, ante el prodigio, calla...
Y el Cid muestra una lágrima de reproche al amigo.

PABLO DE GRECIA.

EL HIJO DEL LEÓN

Vicente A. Salaverri, uno de los fundadores de esta publicación, y colaborador muy asiduo, nos adelanta uno de los capítulos de su próxima novela, que retrata la lucha de los hombres jóvenes y preparados en el campo rutinario.

II

Ahora, sin el agobio sentimental de los recuerdos, ha dormido toda la noche. Le induce a levantarse suave claridad gris que entra por un postigo abierto. El cuarto, este cuarto amplio y destartaladote que ha debido mantenerse reservado en ausencia de la familia, molesta a Edmundo con su desaseo. Pocos muebles lo exornan: en el centro, una larga mesa comedor con hule; allá un armario; enfrente el ropero; un lavatorio; una ancha percha rústica, bien clavada en la dura pared. En el rincón más próximo, un escritorio de cajones desencolados; en el de allá — Edmundo ha saltado del lecho y se despereza junto a la palangana — el catre y una mesa de luz; luego sillas; un silloncito, deteriorado, de mimbre; cuadros con fotografías de reproductores en las paredes; una tosca rinconera, con varios frascos recubiertos de polvo...

Todo es sencillo, todo es viejo, sin confort. Los muebles fueron labrados con pinotea. El techo de la habi-

tación es alto, ocultando un forro de madera la vista, nada estética, del armazón y la teja: una techumbre post-colonial.

Ya vestido, sale Edmundo al amplio patio, que aparece desierto. Las canaletas del aljibe penden a medio podrír. En la cocina, reducida y humosa, encuentra al mayodormo con la mujer, que sorben mate plácidamente, mientras en el suelo, comido de moscas, un gurí se frota los ojos pitarrosos.

El matrimonio hace escasos arrumacos a Edmundo; apenas si el hombre balbuce displicente:

—¿Pasó la noche bien?

Por la cocina, el joven escapa al guardapatio, que debió ser hecho con "piquets" blanqueados y siete alambres de acero. Decimos "debió", más que nada por los hilos, pues, a trechos, faltan la mitad. No hay más galas que unas matas de tártago allá dentro: unas matas de tártago, a cuyo alrededor escarban las gallinas. Una perra barrosa le gruñe al dueño y un perrito barcino le hace fiestas, como si adivinara la condición de Edmundo.

—¡Quédese quieto, "Loco"! — grita una voz desde el galpón.

Los peones fuman en rueda, a la usanza india, en cuclillas, esperando que se les llame para tomar café. Son cinco individuos (a todos los cuales hubo de verlos anoche Edmundo, mientras cenaban); cuatro son mestizos, y uno, el que parece más cordial, es un mulato, de tez casi negra. Se llama Abundino y tiene unos ojos nobles y alegres. Cuando se ríe, entre la cárdena pulpa de sus labios, brilla una dentadura equina, y la boca se le va de oreja a oreja. Tiene las córneas estriadas de rojo.

Otro peón es conocido por "Zorrillo". Los bigotes, ralos e híspidos, cáenle a lo chino. Pero debe ser su pelambre hirsuta lo que le vale el mote, porque hediondo, a lo menos en la forma del mulato, no lo es.

Luego está Segundo, con apenas diez y seis años, pero grave, alto y fornido como un adulto en su plenitud. Sus facciones son tan lindas, que recuerdan las de una muchacha impúber.

Al chacarero le llaman "Canario", por ser oriundo de Solís. Es alto, desgarbado, flaco, de tez biliosa, casi amarilla; mira a Edmundo como si previniera un peligro: de reojo.

El último es un viejo, grandote y tuerto, que responde invariablemente cuando se le habla:

—¡Sí, señor!... ¡asín es!...

El galpón, grande, resulta chico, porque tiene considerables deterioros y hácese preciso hacinar cuantos frutos — avena, cueros, lana — se depositan allí. La paja brava del techo se ha podrido y, por lo visto, en víspera de lluvias, no hay mira de cambiarla. A la derecha queda el corral y los bretes de la majada, exhalando ese olor agrio, característico. A la izquierda un galpón, de lo más impropio, para las herramientas, y dos construcciones (la última de barro), para los toros y los caballos a pesebre. Atrás — y esto le produce una dura impresión a Edmundo — hállase el ranchito de los peones, y adosado a su pared de ladrillo y barro, el chiquero, donde están los tres cerdos que se van a cebar. De una y otra dependencia sale un tufo que diera náuseas a cualquier persona delicada:

—¡Los hombres y los chanchos juntos! — masculla el ingeniero. — ¡Esto es un despropósito!

Casiano, que le ha seguido, le objeta al punto, encogiéndose de hombros:

—¡Y, patrón!... La gent'el campo no es como la 'e la ceudá. Es más juerte y s'acostumbra a todo.

De nuevo ante la peonada, dice, por ocultar su pésima impresión, Edmundo:

—¿Nos lloverá hoy?

Dos jóvenes miran el cielo, sin arriesgar respuesta, mas el tuerto desliza su muletilla:

—¡Sí, señor!... ¡asín es!...

De haberle dicho lo contrario, el grave don Pauta hubiera respondido lo mismo:

—¡Sí, señor!... ¡ansí es!...

En esta mañana un poco triste y como desvaída, Edmundo añora los días felices de aquella infancia próvida, que va quedando lejos. Bajo los ombúes cincuentenarios, de anchos troncos amparadores, parécele que va a surgir su padre, el gigantón cándido como un niño, a quien con buenas palabras se le sacaba todo, pero que por malas no cejaría ni ante un regimiento entero. A medida que avanza, reconoce lugares. El clarín de los gallos taladra el espacio con su agudo sonido; unos pollitos claman nerviosos en torno de la madre, que alarga su cuello atornasolado y elástico descubriendo una opípara lombriz de tierra.

—¡El café! — grita la mujer del capataz, desde la puerta de la cocina.

Y los peones salen del galpón y pasan frente al ingeniero; en todos los ojos hay vislumbres de desconfianza. ¿En qué radica aquello?... ¿Es el carácter rústico? ¿Acaso desconfían o es que el mayordomo los ha complotado?

Y, sin embargo, Edmundo habrá de valerse de alguno de estos hombres para saber, a ciencia cierta, qué es lo que, desde hace muchos años, está pasando en la estancia.

Da más pasos. Sobre la cabeza del joven se alza sagrado, como una eucaristía profanada, el disco de la luna.

Adviértese este otoño un poco de sequía. Cuando asciende el sol, los campos, que fueron de un verde oliva intenso, al amanecer se tornan amarillos. Los viejos ombúes languidecen ya, presintiendo los fieros fríos invernales, y las acacias tienen hojas de mustio color flavo. Hacia el sur galopan nubes de tormenta, y el

sol, que surgiera de pronto, como un rubí inmenso, a medida que asciende, se achica y decolora. En los altos espartillales brilla, hecho iris, el rocío.

El paraje es ondulado, con escasa vegetación, sin más pompa que altas matas de tártago, entre cuyas hojas, anchas y musicales como los pámpanos de Chipre, yérguense airosos racimos conteniendo la medicinal semilla oleaginosa. De trecho en trecho, hacia el norte, una aglomeración de sauces marca el sitio por donde se desliza, cauto y traicionero, el arroyo, un arroyo que parece manso y cuenta en su haber la desaparición de muchos centenares de ovejas. Unas ringleras de árboles cina-cinas (debieron ser antaño cerco), se extienden allá lejos, bordeando una tierra desigual, que se conoce que fué arada. En torno a los límites de la estancia se ven varias casas de material y algunos ranchos sórdidos.

En su cuarto, le sirven a Edmundo el desayuno. Y mientras lo toma, más que con glotonería con prisa, piensa en lo que iba a sufrir su madre viendo la suciedad de aquella casa que ella, otrora, había limpiado tanto.

¡Cuán lejos el buen sentido de los cabañeros norteamericanos, cuyas residencias son verdaderos parques!

Como espera a que le ensillen el caballo, vuelve al galpón, pero esta vez no encuentra a nadie. Mientras se obstina en descubrir el contenido de unas bolsas, surge la figura aventejada de don Pauta, al que interroga:

—¿No sabe si me fueron a ensillar caballo?

—¡Sí, señor!... ¡asín es!...

Ve que entra el mayordomo, seguido del mulato Abundino, en el galpón de los toros, y Edmundo sigue a entrambos. El mayordomo se jacta:

—¿Ve, patrón?... ¡Esto se llama envolver un reproductor en grasa! Por aquí cerca no hay quien los tenga ansina.

—¡Claro, como que es un disparate!

Y el ingenierito cabecea ante la irritada estupefacción de su empleado:

—Si se tratase de un novillo, me parecería bien este exceso. Puede que ganáramos ahora el premio, en la exposición de gordura.

Y ante el largo mohín díscolo del mayordomo, inquiere:

—Desde que yo los mandé de Norte América, ¿han dado estos toros muchas crías?

La respuesta es a la manera gaucha, muy vaga, imprecisa:

—Rigular.

—¿A qué le llama usted regular? — conmina el ingeniero. — Entendámonos: regular a secas no es nada.

Entonces el otro concreta:

—Unos cincuenta terneros por año.

—¿Cada toro?

—¡Uf, dónde va?... Entre los dos...

—¡Es un desastre!

—¿Y ande'ha visto qu'un toro cubra más de treinta vacas?...

—Si son toros de campo, naturalmente que no; pero de galpón, sirve ciento y hasta ciento cincuenta. Es cosa de saberlo llevar.

—En l'Uruguay no pasa eso; en l'extranjero podrá ser.

Edmundo se descompone:

—¡Usted no sabe nada!

—Mire, patrón, que soy criao en el campo.

—También son criados en el campo los ombúes.

—¡Pero los hombuses no son cristianos, no hablan!...

—¡Y a muchos hombres les haría falta también no hablar!

El mayordomo se amosca:

—¡Con que no le pregunten a uno!...

Dando vueltas de león enjaulado, el mozo ha balbucido como en un soliloquio:

—¡Qué falta de buen sentido!... Naturalmente, los animales, de puro pesados, no trabajan!

—¡A gente que los ha visto l' han llamao la atención! — intenta justificarse el otro.

—¡Claro, como si usted se exhibiera pesando doscientos kilos!

El pardo Casiano, que entra en ese momento, presume de ocurrente:

—¿Sabe lo que pasa, patrón?... Que los animales extranjeros son poco enamoraos. Pasa lo que con los gringos: pa uno que salga diablón, los demás no dan juego, aunque le busquen muchachas gordas y lindas.

Como buen rústico, Casiano antepone a la belleza femenina, la opulencia carnal.

El mayordomo festejó con una risa forzada el ingenio de su subordinado. Es un hombre alto y enjuto, de ojos pequeños y asombrados, nariz corta, frente exigua y pómulos salientes. Estas prominencias faciales se exageran al sonreir. Camina con cierta rigidez, dando juego a la rodilla y quitándole elasticidad a la planta del pie. Siempre tiene un flaco pucho entre los labios. Para gastar menos tabaco, hace los cigarrillos finitos, hasta el punto de poder cortarle, impunemente, un borde de a centímetro, al papel de alquitrán.

—¿Y de verduras, cómo andamos? — se interesa ahora Edmundo.

—Cuando hay quien plante, n'andamos mal.

—¿Y quién es el que planta... cuando hay? — profiere el joven con retintín, ante la salomónica aseveración de Lorenzo.

—¡Algún pión!

Edmundo quiere tener paciencia, pero siente que la flema le abandona. Es ahora un Albes:

—¡Hace falta quintero!

El otro, en vez de asentir solícito, sin mirarle la cara al dueño, rie con socarronería:

—¡Hacen falta tantas cosas aquí!

La velada insolencia le hace mal y el ingeniero la contesta, con un leve temblor agresivo en las manos:

—¡De eso me estoy dando cuenta desde que llegué!... ¡De que hacen falta muchas cosas!

Asomando por la puerta de la cocina, la mujer del mayordomo grita providencial en ese momento:

—¡Lorenzo!... ¡Lorenzo!...

El hombre se va y no sobreviene la ruptura que el pardo Casiano ya estaba temiendo.

No olvida Edmundo la pésima impresión que recogió anoche, al examinar los libros de la estancia, llenos de faltas de ortografía, de precios hinchados y de borrones:

—¡Es este quien nos debe robar! — rezonga para sí, sin poderle arrancar a sus ojos la imagen magra y antipática del mayordomo.

Don Lorenzo (como le dicen los subordinados) no vuelve por los galpones, sino que alarga su busto por la puerta de la cocina, vociferando:

—Abundino, mirá a ver si el capataz ha ensillao.

Y luego otra orden que al joven dueño se le antoja chocante:

—¡Pueden darle un caballo al patrón!

. . . . . .

. . . . . .

Recorriendo potreros, Edmundo no se olvida del grito atrabiliario: "Pueden darle". Don Lorenzo le protege, ya está visto.

De repente, corta la sonrisa irónica y medita: ¿Entre qué sujetos ha caído?

El temor de su madre, ante aquel intrépido y confiado viaje, ¿tiene justificación?

¿Acaso hay más que el horroroso recuerdo de un crimen absurdo que la dejó viuda?...

Solos durante años, haciendo y deshaciendo, torpemente, a su antojo, se ve que don Lorenzo y los allegados consideran aquello como "tierra conquistada". Se creen dueños de la estancia y va a ser necesario poner fin a un estado de cosas completamente anómalo.

¡Aquello es suyo!

Allí dispone solamente él y, mañana mismo, va a ser preciso inculcar el principio de disciplina, cueste lo que cueste.

Don Lonrenzo ve a Edmundo joven y menudo, y piensa que va a poder tratarlo como si fuese una criatura. ¡Pero se equivoca! Los brazos del joven son musculosos; su cuerpo, ágil, como que ha practicado en Norte América todos los deportes. Conoce, a la par del primero, el manejo de las armas.

Si los otros piensan jugar con él, Edmundo va a darles una lección muy dura.

VICENTE A. SALAVERRI.

EL RUEGO

Bajo el parral de donde cuelgan prietas
Y lucientes, las uvas,
Las moscateles ya casi maduras,
Hoy he tendido la mesa.
¡Dios quiera que esta noche él no demore,
Ni que, como otras veces,
Con sus amigos por "el centro" cene,
Mientras yo aquí, ¡tan sola!,
Concluyo por llorar si es que no viene!

El reloj me da miedo.
¡Ah, siquiera se acuerde
Cómo crece mi afán en tanto espero!
Hoy he comprado fresas
Grandes y rojas como a él le gustan.
Si no tarda, ¡qué linda nuestra cena
En el patio fragante,
Bajo la parra espesa!...
¡Ahórrame, mi Dios, la cruel angustia
De sentarme hoy también, sola, a la mesa!

JUANA DE IBARBOUROU.

ESPERO Y DESPUÉS...

—No, Enriqueta: la crítica en este caso compromete tu buena reputación. No se juega así, impunemente, como tú lo haces, con tres o cuatro hombres a la vez.

—Si fuéramos a sujetar todos nuestros actos a las veleidades de tan augusta matrona, estaríamos bien frescas. La crítica social, cuando quiere cebarse en nosotras, las mujeres, lo hace aún sin fundamentos. Basta que una voz acusadora se eleve de la turba, para que nuestro nombre ruede de boca en boca hasta el pantano infecto...

—Es que tú das motivos... En el transcurso de la semana hablas con tres distintos pretendientes, y eso, como comprenderás, no es noble... Si lo hiciera alguna de tus amigas quizás fueras la primera a censurarla...

—Si eso afirmas revelas no conocerme. Jamás he censurado faltas ajenas, y menos aún hechos tan inocentes como los que tanto te llaman la atención. Creo, además, que ninguna mujer se encuentra limpia de semejante pecado...

—Pero lo ignora la mayoría... Si tal delito cometen, hacen lo humanamente posible para que no trascienda al mercado de la murmuración. Recatadas, se cuidan mucho, y aunque en su fondo hipócritas, son invulnerables a la maledicencia. Se puede blasonar de honrado, valiente y generoso, ajustando únicamente todos los actos de la vida pública al control de los demás, a las apariencias, al qué dirán...

—Actitud que coarta el derecho que nos asiste para mostrarnos en público tal como somos, virtuosas o inmorales... ¡Es curiosa la lógica de las gentes! Por un lado sanciona el vicio, la inmoralidad y el fraude, siempre que éstos se practiquen en el seno del hogar, donde son más violentos y vituperables; y por otro, simula un desprecio que no siente, cuando el que los practica tiene la audacia inaudita de ostentarlos en público... Es la sanción de la gazmoñería... Y aún hay quien se atreva a condenarnos por gazmoñas y prejuiciosas!...

—Yo no sostengo semejante disparate.

—Sin embargo, es lo único que se deduce de tus palabras...

—Una deducción falsa... Vivimos en medio de un cúmulo de prácticas que es necesario respetar, aparentemente y con todas las violencias que tú quieras, con el fin de evitar injustos reproches, cuyas consecuencias únicamente nosotros sufrimos... Admito que se desconozcan algunos preceptos sociales, siempre que dicho desconocimiento no entrañe un peligro para nuestras aspiraciones futuras; pero, de esto a sancionar todo aquello que insensiblemente nos aleja de nuestros semejantes, va una profunda diferencia... Además, ¿qué ventajas obtienes en jugar con tres pretendientes?

—Las mismas ventajas que ustedes los hombres obtienen cuando juegan con varias mujeres a la vez...

—Es que a nosotros nos está permitida la elección... Si miramos a una y a otra, es para buscar, en la corriente que pasa, la que más nos conviene o colma mejor nuestras conveniencias económicas o sociales... Tú, como mujer, estás en muy distinto caso...

—No alcanzo a comprender la causa de esa diferencia.

—Fácil es, sin embargo... Dirige la mirada a tu alrededor y comprenderás que es ley social...

—Y como tal, severa e inatacable... ¿Yo, mujer, según esa ley, debo esperar, como un objeto de lujo expuesto en los escaparates de un bazar, que alguien pase, estudie las ventajas de mi posesión, si convengo o no a sus fines buenos o malos, y me adquiera en propiedad sin que se me conceda el derecho de aceptar o rechazar al comprador? Ridículo lugar deparas a la mujer, que, según las crónicas, es el alma de todas las reuniones, la que todo lo colma y espiritualiza...

—Yo no la coloco en ninguna parte... Sostengo únicamente que existe una ley sancionada por los siglos, que constriñe enérgicamente a la mujer la manifestación amplia de sus sentimientos... Ella, aunque no es electora, puede hacerse elegir por el hombre que más vivamente colme sus aspiraciones de futuro... Todo depende de su tacto más o menos hábil...

—¿Y la que no lo tiene?

—Que lo adquiera a trueque de cualquier pequeño sacrificio.

—Es lo que actualmente hago. Me falta esa rara habilidad femenina para adquirir un hombre, esposo o mártir, y la practico atendiendo y empleando iguales deferencias con mis tres pretendientes... ¿Hay en esto algún grave delito?

—Sí; pues que van contra la costumbre general... Esta, que no te condena a un solo pretendiente, te autoriza para que tengas todos los que quieras o como tales se te demuestren... Lo único que te prohibe es que hables con todos a un mismo tiempo, lo cual es muy distinto...

—¿Aunque sumamente ridículo?

—Sí, muy ridículo, todo lo ridículo que tú quieras, pero es así, y como tal es necesario aceptarlo.

—¿Se nos prohibe innovar?

—No; no les está prohibido... pero ocurre que todas las innovadoras han sido despiadadamente sacrificadas, antes, mucho antes, que por sus innovaciones

hayan logrado prosélitos... Tú puedes innovar si así te place y es tu voluntad, pero debes tener en cuenta que te sacrificarán...

—¿Y si triunfo?

—Entonces todo cambia de especie... Mientras tanto la murmuración ha empezado su obra... Ayer eran tus propios amigos y amigas los que censuraban acerbamente tu extraña conducta... Mañana serán tus mismos adoradores que no aceptarán las razones que les brindes para sincerarte, sujetándolos a una prueba a la cual es muy difícil someterse...

—Desplegaré todas mis argucias de mujer. Alguno de los actuales pretendientes o de los que aún han de venir, creerá en mi sinceridad, pues no todos los hombres, sin excepción alguna, se sienten capaces de quebrantar el ascendiente que la mujer ejerce sobre su temperamento...

—Todos no son capaces, con la diferencia que los que a ti se dirijan, lo serán.

—No te entiendo... Explícate con más claridad... ¿Por qué los hombres que a mí se dirijan podrán sustraerse a mi ascendiente? ¿Tengo algún defecto? ¿Acaso no soy hermosa?

—No tienes ningún defecto físico y, más aún, eres hermosa y agraciada... No creerán en tu sinceridad, porque tu conducta, que desde ya se censura, se opone a dicha creencia... Además, todos los que te pretendan, más que por tus condiciones personales, se acercarán a ti por la fama que habrás adquirido, cuando no por la calumnia de los que, víctimas de tus desdenes, se han vengado pregonando tu deshonra...

—Sabré demostrar que todo lo que de mí se diga, es falso... Habrá quien me lo crea y cuando eso ocurra y esté convencida de que es uno de los tantos que vinieron hasta mí ilusionados por una conquista fácil y rápida, se haya dispuesto a casarse conmigo, abandonaré la conducta observada anteriormente, destinando

todo mi tiempo al fomento de ese propósito... ¡Y tan segura estoy de que pronto me casaré! ¡Son tan ilimitados los recursos que poseo!...

—¿Si llegaran a fracasar todas esas seguridades de futuro?

—Tengo 25 años... Quiero ser pesimista y creer que aún me restan algunos años de espera, hasta los 30, por ejemplo... Bien: espero tranquilamente hasta esa edad, y después...

—¿Después, qué harías?

—¿Qué haría?

—Sí, mujer; si llegando a los 30 no te hubieras casado y todas las probabilidades de poderlo hacer se hubieran extinguido... ¡Tú no eres rica!...

—Entonces... Pondría todas mis ansias de mujer en subasta pública...

—¡Cómo!

—Como lo oyes... Por ahora espero y después... lo verás... No he de quedar para vestir santos...

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.

LOS FANTASMAS

Una noche de alucinaciones.
Fría y blanca
como esculpida en mármoles eternos.
La ligera brisa,
de las horas nocturnas,
habíase detenido de improviso
y una inquietud pesaba,
como un presentimiento, sobre el alma.
Sin embargo,
dulce era la noche
con la irradiación de las estrellas.

La Loca golpeó sólo una vez a la puerta:
¡Abre!
Dora saltó del lecho de ébano,
semidesnuda y corrió hacia la puerta,
con la febril curiosidad de un niño
en una noche de Reyes.
Su cabellera roja
paseó la estancia en sombras
como una llamarada.
Un hombre blanco destacóse,
libre de la camisa negra, como una estrella
en la noche y sus ojos claros,
con ojeras oscuras, eran como dos ánforas
para beber la vida y la muerte,
el dolor y el pecado.

Marcos, exangüe,
no se movió en el lecho.
Estaba helado
y pujaba por arrancar el corazón del pecho
que lo ahogaba.

Entró la Loca. Y como una lengua
de hielo, se les entró por las narices
les lamió el cerebro y se fué
hasta el alma.

—¿Sientes?
—¿Qué?
— El gemir de las pobres almas
en el Infierno.

Marcos suspiró. Dora
volvió a interrogarlo:

—¿Sientes?
—¿Qué?
— El trotar de los corceles
de los invictos caballeros,
que van en busca de las cautivas
a la tierra de los infieles.

Marcos abrió aún más los ojos.
Se incorporó en el lecho. No dijo nada...
A ella le floreció en los labios
una sonrisa boba...
—¿Sientes?
—¿Qué?
— Los martillos del Día
que golpean en la fragua de la Noche.

Marcos abrió la ventana.
Como en una maravillosa urna,
las estrellas caían
en el alba.

—¿Sientes?
—¿Qué?
— El fresco aletear de las palomas rosadas.

Rompía el día. Del horizonte
partió una sombra...
Era un jinete negro,
que venía galopando en un caballo blanco
hacia ellos.

—¡Mira!...
—¡Sí!

Dora se prendió, como con garras,
al cuerpo de su hombre.
¡Ay!... ¡No me dejes sola! ¡Es la Muerte
que llega!

Cayeron abrazados,
muertos, a la primera luz del alba.

CARLOS CÉSAR LENZI.

SOLIDARIDAD

Allá... en el País del Ensueño y en el Bosque de los Pájaros Azules, dos jóvenes se encontraron tras una lucecita blanca, armonía sublime de todas las almas de los colores. Y he ahí que esa lucecita sabe de nuestros fines: solidaridad interna, consorcio de los espíritus en contactos apacibles "como un claro de luna", receptores abiertos a una misma vibración estética, sugestiones recíprocas de ideas, que fecundan yendo de cerebro a cerebro, como el polen de planta a planta, síntesis en una conciencia colectiva, de los matices que irisan todas las testas y con los cuales las ruecas mágicas del criterio hilan la hebra blanca del equilibrio psicológico...

Stirner de pie, el egocentrismo clama: "Mal haya toda causa que no es entera y exclusivamente la mía... Soy, como Dios, la negación de todo lo demás; soy, para mí, todo; soy el único... Mi causa no es divina ni humana, no es ni lo verdadero ni lo bueno, ni lo justo, ni lo libre; es lo mío; no es general, sino única, como yo soy único".

"Nada está, para mí, por cima de mí.." La egolatría — por un fenómeno de perspectiva — no ve más que sus altares, donde quiere que todos se hinquen a adorar *su único yo imperativo*. Cree que todas las esferas pitagóricas giran en su torno y que nadie más que "su único" oye la sinfonía celeste. El Universo — en la Metafísica de Pascal — tiene centro en todas

partes y periferia en ninguna. En realidad, cada hombre es como un punto alrededor del cual gravitara un mundo psíquico. El error estriba en la creencia de que nuestro Cosmos sea el *único*. Deslumbrándose con ilusiones que arden bajo el cráneo, no se advierten las linternas que todos llevan más o menos encendidas.

La prueba de que la base del egotismo es movediza y deleznable, está en su propia médula: Nadie soporta menos la egolatría, mirada de afuera, que un ególatra. Rechaza con violencia que su ley se convierta — como diría Kant — en ley universal.

Sin sostener con aquel tierno, sensitivo y hondo corazón de nazareno, que se llamara Guyau, que "en la negación del egoísmo es donde tanto la estética como la moral deben buscar lo que no muere", pensamos que Ego enrojecido es un Sahara de la Etica.

El amor propio — si invade como un cáncer — es el peor enemigo de la solidaridad, que no excluye, en manera alguna, los recogimientos silenciosos y meditativos. Es legítimo y necesario siempre que lo limiten el reconocer y respetar las otras vidas que llamean más allá de las nuestras. El secreto del triunfo — dijera Pi y Súñer — radica en *saber limitarse.*

Lo infalible no mira al hombre: "Mira a lo divino". Y aún los dioses — en el pensar de Nietzsche y en el cantar de Heine — *¡ha mucho tiempo que han muerto!*

Sobre la negación, todo es fugaz como un "batir de alas". El reconocimiento de los valores positivos es deber de toda inteligencia comprensiva. Y de ahí sube una de las venas que surten al corazón de afectos simpáticos y solidarios.

El sentimiento de "único" quema y a su calor se funde el oro de la amistad. El individualismo inflamado y hermético separa — con el espesor del odio — a dos cabezas que se tocan. En sus dominios, toda relación es epidérmica y calculada como en una Aritmética de Bentham; y en roces ásperos, de cada mortal ha-

ce una prevención. Así; ni soñar en uniones internas, en solidaridad afectiva e ideológica, que sin muerte del individuo en amalgama amorfa, puede afianzarse en ambiente de comprensión, de tolerancia, de amplitud...

En el progreso intelectual, las ideas van de las almas más nutridas — afirmándose en éstas — a las almas menos nutridas, como buscando el equilibrio sin bajar el nivel de lo alto. Parece que el conocimiento se transmitiera — en la comunión de los espíritus — obedeciendo a ley análoga a la de Newton, en las transmisiones del calor, con la diferencia de que la cabeza más cargada, no empobrece en cada corriente: se aclara y se organiza. En este viejo solar, brillan inteligencias con la naturalidad de Sirio. De ellas la cumbre. Y congregarnos a sus claridades es uno de nuestros propósitos más sentidos.

La Vida enciende siempre un ideal, como una flor luminosa. Nada más desinteresado que el mismo razonar de los utilitarios, al defender su doctrina. Cuando Reyles escribe: "Sed interesados y duros para realizar los deseos secretos de la Vida y servir a los hombres", ¿mueve la pluma bajo la mirada del Príncipe Rubio? En la frente del libro: "La Muerte del Cisne"; pero dentro, la resurrección en un lago azul de belleza. La dialéctica de Reyles no busca vestir de amarillo en palacio de oro: busca la Verdad, por ansias íntimas, por deseos extraños al Príncipe Rubio, por inquietudes morales, por instinto estético.

Saber soñar es la sabiduría del sentimiento. "Sepamos construir nuestros sueños — habla France a los estudiantes de París; — sepamos darle una estructura científica. Con esta condición es útil y es bueno ser soñador..., sin las utopías, los hombres vivirían míseros y desnudos en las cavernas. De los sueños generosos salen las realidades bienhechoras".

Es necesario convencerse de una vez que *el pensa-*

miento no sólo "no tiene patria", sino que tampoco tiene profesión. Desde el más modesto de los miradores internos, puede exclamarse con el poeta de *Oriflamas:* "Más allá de la sombra, más allá del dolor, hay un miraje de esperanza, se abre una perspectiva de luz".

A Ibrahim — el astrólogo en las maravillas del Alhambra — bástale una abertura, que es como una pupila de su caverna umbría, para leer el porvenir en el rotar de los astros. Lo mismo a nosotros: una pupila abierta al Ideal, sírvenos para recoger rayitos del porvenir, que bajan de puntos ígneos de cielos desconocidos y piadosos. Mas el Ideal sangra y palidece si un "enérgico querer" y una acción tenaz no nos elevan y aproximan. Concebido, hay que irlo realizando, si no se torna cadáver. El triunfo sobre un obstáculo es acicate para nuevos triunfos. La voluntad que no se ejercita, caduca, y decepcionismos y desesperaciones mueren nuestra vida por dentro, como los icneumónidos a sus ninfas huéspedes — dormidas para la acción, despiertas para el dolor — cuando les devoran las entrañas respetándoles el sistema nervioso hasta su última hora, y así sufre todo el pesar y toda la angustia de un organismo que se deshace en mandíbulas de larvas!

Nuestra causa no se basa — como la de Stirner — en "el único", sino en todos. — Nuestra obra es colectiva y reclama una voluntad colectiva. Nadie — como afirmara Ibsen — vive en la sociedad completamente irresponsable. Mientras la muchedumbre no mire al cielo, no podremos consolarnos observando con Enjolrás — el aventajado discípulo de Próspero, en las páginas excelsas del Maestro cuyo nombre es nuestro blasión — *que aunque ella no mire al cielo, el cielo la mira.*

Creemos que todo el que sepa de constelaciones tiene el deber de enseñar a que se levante la vista. ¡Cuál el poder de los sabios en el progreso humano, si toda

su sabiduría no va más allá de los sabios? ¡Quiénes cosechen simientes en los libros, en las reflexiones o en el laboratorio, que las siembren en todos los surcos; no importa que muchas no germinen en todas las tierras y en todos los surcos; no importa que muchas no germinen: Para responder a la humanidad que habla en nosotros, basta que una prenda y prospere.

CLEMENTE ESTABLE.

AL HIJO

¿Dónde estarás? En la tiniebla eterna
Hundo mi pensamiento por buscarte
Y darte vida, antes que la vida
De la fugaz materia me separe.
Yo sé que vives, que en mi senda vagas,
Que eres un soplo que sacude mi alma,
Que te adentras en mí, que te extenúa
Una ansiedad sin límites, amarga,
Y que imploras, imploras, y no puedo
Saber si pides
Seguir eterno en la tiniebla eterna
O palpitar con forma
En la fugaz materia.
Sé que puedo arrancarte
De tu nimbo de sombras,
Darte la humana forma
Para que puedas, como yo en el mundo,
Rodar como un sonámbulo de auroras;
O que puedo dejarte
Solo en mi idealidad torturadora,
Siendo en la eterna niebla
Clamor que todo mi interior lo puebla
De una plegaria que no sé qué implora.

(¡Oh tortura,
Recóndita amargura,
Terror que anula, interrogante frío
Suspenso como un símbolo en la oscura
Vacilación del pensamiento mío!)

¡Saberme tu creador, y no poderte
Dar mi imagen para no perderte!
Y así ¿cómo serás tras de mi muerte?

Si te dejo en la nada ¿será un crimen?
Y si te doy la palpitante vida...
¿Serás felicidad... dolor... partida...
O de aquellos que nunca se redimen?

ARTURO S. SILVA.

"ESTUDIOS INDOSTÁNICOS"

De José Vasconcellos

El autor es un hombre de estudio, actual Rector de la Universidad de México y que posee profundos conocimientos filosóficos, especialmentes de los místicos clásicos y de oriente. Pitágoras y Plotino, como la filosofía oriental, le son familiares, y eso aparece desde luego en el libro que motiva esta nota, en el cual es preciso considerar dos cosas: el estudio de la filosofía hindú, y las opiniones personales del autor, expuestas al margen de la exposición de aquélla. En el primer aspecto el libro resulta más completo que en el segundo, pues se notan apresuramientos y opiniones vertidas sin mayor contralor.

Como libro histórico, sin embargo, es serio, claro, y servirá para vulgarizar ideas que solamente pueden conocerse en tratados que no están al alcance de todo el mundo. Y aunque se tuviera al principio la esperanza de que el estudio del pensamiento antiguo de la India ocupara el primer lugar, tiene, en cambio, la ventaja de mostrarnos cómo se han formado las corrientes contemporáneas del pensamiento indostánico que tanta importancia tienen en el pensamiento actual del Occidente. Es así como tenemos una síntesis clara de las ideas de los yoguis de la escuela Vedanta, de las sectas de Ramanuga, etc., en su verda-

dera significación original, con las proyecciones que tiene en ellas ese antiguo pensamiento brahmánico, sin las influencias de la propaganda que los ha desnaturalizado. En ese sentido puede el libro servir de corrección a las doctrinas vulgarizadas bajo el nombre de teosofía, o esoterismo místico, que arrancan de las opiniones de la Blavatsky y sus discípulos, para extenderse en centros de propaganda muy en boga.

Por otra parte, a los hombres de Occidente, tan dominados por el espíritu universitario, les hace mucho bien penetrarse un poco de las extraordinarias doctrinas de Oriente, aunque más no fuera para combatir el excesivo materialismo ciencista, tal como lo pretende nuestro autor, y corregir, en un momento de desconcierto espiritual, la idea de un progreso concebido como el triunfo de las apariencias brillantes. Estamos con el autor en que no puede concebirse como países progresistas los que solamente han derrochado su energía en obras aparatosas, como diques, gigantescos buques, enormes edificios o populosas fábricas, porque eso no ha aumentado, y quizás ha disminuído, la felicidad de los hombres o la quietud espiritual. Pero esto no debe inclinarnos, como lo hace Vasconcellos, a rechazar como progreso todo lo que no sea conquista espiritual. Bergson plantea el problema en sus verdaderos términos, en una conferencia pronunciada en la "Sociedad de Investigaciones Psíquicas". La ciencia de Occidente se ha preocupado casi exclusivamente de aquellos conocimientos que tienen una aplicación mecánica; los hindúes han considerado casi exclusivamente, también, el espíritu. Vasconcellos presenta como una necesidad tomar un camino o el otro, y prefiere el del espíritu, pero conviene no olvidar la maravilla que nos ha dado el primer criterio, nada más que con una forma de actuar: el de la precisión. Un criterio que nos obligara a abandonar todo lo que puede haber de pedantesco o cerrado en nuestro conocimiento, nos permitiría, tam-

bién, dar a la ciencia del espíritu una importancia insospechada. Ahí estaría la solución, que consistiría en obtener la síntesis de las dos culturas, corrigiendo el afán inquieto actual con una fuerte aspiración moral y espiritual. El Occidente ha dejado un poco de lado el espíritu y nos ha dado, en cambio, una forma de progreso aparatosa y exterior. El Oriente ha vivido sólo con el espíritu y resulta su fórmula de progreso difícil, en parte, de adaptar a las necesidades de las grandes poblaciones, a las dificultades de la producción y de vencer a la naturaleza; cuestiones que olvidan un poco los que, como Vasconcellos, creen todo resuelto con la adaptación de una doctrina que contemple la actividad del alma. Por ahora podremos aceptar que los problemas se simplifican, no olvidando las influencias que vienen del espíritu.

La fórmula que se presenta en los "Estudios Indostánicos" para calificar la civilización de Occidente resulta esí exagerada, y este carácter se nota más en diversas cuestiones que se plantean en el libro como incidencias de este problema central.

Es así, por ejemplo, que no puede considerarse, como Vasconcellos, que la intensidad espiritual aparece sólo en los países de clima cálido. Si comparamos la India con el Norte de Asia, esta fórmula resulta cierta, pero, en general, no lo es... La América, tanto la actual como la antigua, nos proporcionaría sorpresas con un ligero estudio: del lado de Occidente, por ejemplo, los Incas, las civilizaciones Mayas, etc., aparecen en la zona tropical, con mayor desarrollo espiritual comparados con los pueblos de países más fríos; pero, en esa misma zona, se encuentran todas las otras tribus: especialmente en el Norte y Centro del Brasil, ¿no tenemos una civilización manifiestamente inferior, aunque de clima igualmente cálido? En cambio, allí podríamos tener las dos líneas divergentes de progreso. Por una parte, la tendencia incásica al desarrollo

espiritual, por la otra, la tendencia guaranítica al conocimiento práctico de la naturaleza, habiendo llegado a un progreso extraordinario en Botánica y Zoología.

El progreso espiritual obedece, por tanto, a razones más complejas y el criterio de Vasconcellos es unilateral y simplista; la parte de influencia de la naturaleza se refiere a configuración del suelo, vegetación y quién sabe qué otras causas que no pueden individualizarse suficientemente.

Y si dejamos el pasado, la América actual tampoco serviría para apoyar las teorías de Vasconcellos. Hay tres zonas que pueden individualizarse desde el punto de vista espiritual.

El Brasil, en pleno clima tropical, es el único país en el cual el positivismo se ha arraigado de tal modo como ciencia nacional, que todas las innovaciones filosóficas se juzgan de acuerdo con lo que modifican o conservan del positivismo. Este es casi una religión nacional. En México, en cambio, gracias al esfuerzo de hombres como Caso, Nervo, Madero, el mismo Vasconcellos, que en distintos aspectos han sido los directores espirituales de la juventud, la filosofía mística ha adquirido raíces hondas en el ambiente y no aparece como creencia aislada de algunos hombres: sin embargo, México es menos tórrido que el Brasil. Nuestras repúblicas del Plata, con un clima menos cálido aún, no tienen ninguna tendencia dominante: predomina un dilettantismo que hace apreciar todas las orientaciones sin apasionarse por ninguna: estamos como a las puertas que conducen a distintas civilizaciones y recibimos todo sin emocionarnos por nada, conservándonos siempre espectadores curiosos; y cuando tomamos partido por algo, no perdemos esa actitud de espectadores.

He ahí las tres únicas zonas que tienen un carácter especial en la América latina, desde el punto de vista

filosófico y, sin embargo, en ninguna de ellas se ratifican las conclusiones de Vasconcellos.

Es que la parte más floja del libro consiste en las conclusiones de carácter científico. Y del mismo modo que no resiste a una crítica seria la afirmación referente al clima y a las civilizaciones, tampoco pueden sostenerse ante el análisis, las otras conclusiones deducidas de la filosofía de los yoguis relacionadas con la alimentación carnívora como contraria al progreso; que aparecen como afirmación de carácter polémico y que desentonan con la expresión elevada de las otras doctrinas, realmente filosóficas, que tiene el libro.

Hay, al parecer, en Vasconcellos, un poco de descuido en la preparación científica, o bien un afán de negar hechos para sostener una idea determinada: tal ocurre, por ejemplo, al sostener, sin mayor verificación y para justificar la creencia yanqui, de que la respiración es la fuente de la vida, que en el mar los organismos superiores viven cerca de la superficie.

Los trabajos que tanto deben al príncipe de Mónaco, los estudios hechos por las expediciones, desde la del "Challenger" hasta las del "Albatros" y "Valdivia", con los trabajos de Agassiz, Lendenfeld, Brauer, etc., han hecho conocer una fauna extraordinaria, de animales tan complejos y aún más que los viven en la superficie, a las profundidades más grandes a que se ha podido llegar, hasta 5,000 metros. Y esos eurypharinx, macrostomios, cætophrys, etc., pescados en distintas expediciones, son la prueba más acabada de lo que venimos refiriendo.

Todos estos detalles del libro afectan un poco su solidez y lo hacen, a ratos, ingenuo, a pesar de las sugestiones interesantes que de él brotan sobre cuestiones sociales y problemas relacionados con las mismas; y del ideal que se desprende, hecho a base de pensa-

miento, cultura, desprendimiento y gracia que condensan una fórmula sintética de ideal humano.

Pero es raro que se hagan en la América Latina, con la intensidad con que lo ha hecho Vasconcellos, estudios profundos de cuestiones filosóficas y mucho más raros son los libros que condensan un esfuerzo tan hondo como éste.

Tal es el motivo que obliga a extendernos en considerarlo y esto contiene, implícitamente, nuestro más alto elogio.

ANTONIO M. GROMPONE.

GLOSAS DEL MES

Notas de casa

Desde el número próximo PEGASO incorpora a sus secciones habituales una crítica de arte, que nos promete un intelectual ventajosamente conocido en nuestro medio: el joven Carlos Herrera Mac Lean.

PEGASO ha logrado con ello una valiosa conquista y se apresura a anunciarla a sus lectores, en el convencimiento de que la incorporación de tan prestigioso redactor dará lugar a bellas páginas de arte y de crítica, que son elementos imprescindibles en revistas de la índole de la nuestra.

Al hacernos el honor de tan grata adquisición, sólo tenemos para decir que Herrera Mac Lean juzgará mensualmente pintura, escultura, arquitectura, exposiciones, concursos y trabajos. De su amplio y profundo conocimiento técnico, de su estilo brillante y pomposo de escritor nuevo, de sus méritos intelectuales y personales, nada hemos de adelantar que ya no se sepa.

Con libertad, con autoridad, con personalidad, Herrera Mac Lean va a darnos esas exquisitas gracias de su prosa donde la armonía y el movimiento y el color rompen los antiguos frisos y se adelantan bellamente hacia la modernidad. Espíritu joven y sediento, trae champaña en cálices griegos o vinos medioevales

en altas copas modernas: queremos decir, la expresión plástica, la perfección objetiva, vale tanto como el intento noble, como el alma pura.

Pegaso se regocija altamente de poder anunciar tal cosa a sus lectores.

En el sexto centenario del Dante

El ciclo de conferencias con que el Ateneo de Montevideo rememora el sexto centenario del Dante, ha culminado en la magistral disertación de Emilio Frugoni, cuya elocuencia singular seduce.

Si, como dice Emerson, "los poetas son dioses liberadores", he aquí que el gran poeta florentino ha surgido de nuevo, a la luz claudicante de nuestra civilización, para pasearse entre la multitud, hecho verbo de esperanza, clamor de serenidad, visión simbólica de liberación que atraviesa seis siglos para hundirse en la claridad definitiva y lograr el saludo de todos los pueblos del mundo puestos de pie ante su pasaje melancólico... Desde la gran montaña viene el Homero cristiano diciendo su voz de eternidad, — voz de Dios, dijo Frugoni, — y en la vieja emoción se renueva el corazón humano como en un óleo sacro.. "Onorate l'altíssimo poeta", creador de Beatriz, — "catedral de piedra viva", como le llama Zorrilla, — y honrándole así honráis la humanidad. Tal el concepto de la hora y la bella gestión del Ateneo montevideano puesto en acuerdo con la "Dante Alighieri", que reune en su círculo la italianidad de sus asociados y la grandeza latina de la raza

Telmo Manacorda.

El momento español

Cuando se interrumpe la vida sólita de la humanidad, nosotros buscamos los libros de Rafael Barret,

pues aunque sus páginas adolecen de la urgencia con que fueron construídas, dañándose por momentos la explanación del pensamiento, en ellas se encuentran siempre indicios de una facultad previsora cuyo interés van acrecentando los años.

Estas jornadas trágicas de Marruecos nos compelieron a buscar, una vez más, aquellos libros amigos; el hombre extraño no dejó defraudadas nuestras esperanzas; y en páginas motivadas por horas de dolor que entonces los moros dieran a Francia, ya dejó planteado su temor de que *estos bárbaros, al fin y al cabo atrevidos, nos arrimen una buena y resulten más civilizados que nosotros*".

*

"No es el caso de estimar si la conclusión es exacta, porque muy embrollado anda ese concepto de civilización, y tanto pudiera ser cierta la definición que en sus página da Barret, como la que nuestra vanidad emplea habitualmente.

Pero sí, no es despreciable una de Barret, allí esbozada: puso, hablando de los moros, que "mejor armados quizá pudieran tener razón; mejor armados aún, podían fundar colonias en la costa extranjera — no sería la primera vez que los árabes han puesto el pie en Europa — y conquistarían el derecho de mostrarse susceptibles con las agresiones cometidas contra personajes marroquíes".

Atrevido está eso, pero también está preñado de sugestiones importantes.

Sin embargo, no vamos a apartarnos de nuestro motivo entreverándonos por los matorrales de las complicaciones políticas.

Nos conmueven, sí, estas horas del largo martirio de España, pero no vale la pena detallar mayores complicaciones de nuestra intimidad.

En el momento sólo buscamos avivar el recuerdo del extraño Barret, y señalar una vez más la riqueza de aquella inteligencia, en cuya amplitud cupieron tan bien las posibilidades del futuro, que ya alcanzamos la comprobación de algunas de sus especulaciones.

Y mientras aparecen competentes exégetas a desempolvar ese tesoro acumulado por un cerebro magnífico, puesto al servicio de un corazón de niño, ofrezcamos los homenajes de nuestra humildad.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Inquietud. — Versos. — Por Luisa Luisi. — Cooperativa Editorial "Pegaso". — Montevideo. — 1921.

Afirma este libro una personalidad que se destaca ya con relieves propios y líneas personalísimas dentro de la lírica americana.

Tono grave y profundo el de esta voz, cuyas vibraciones recónditas no se pueden escuchar sino dentro de una atmósfera de recogimiento absoluto y poseyendo un espíritu capaz de ser sensibilizado por sugestiones de naturaleza finísima y complicada.

Luisa Luisi es, ante todo, una vigorosa mentalidad y esto, que constituye su decoro, es también una causa permanente de dolor, porque todo quiere penetrarlo; se diría que ausculta su sentimiento, en vez de dejarse arrastrar por él; que su psiquis se rebela a dejarse llevar con ojos vendados por la mano de la emoción.

He aquí la flor cuyo perfume y frescura admiran todos los que pasan por su lado. La belleza; ella sabe "que hay un secreto oculto en el fondo profundo de las cosas", y al mirar la flor ha de interrogarla: "¿En dónde está el secreto de tu gracia, flor perfumada del jardín soleado?..." O ha de inquirir del buey: "¿En dónde está el secreto de tu calma?..." Esta tendencia analítica es patrimonio de la sabiduría, pero es evidente que allí mismo donde el espíritu se contrae con el propósito de investigar, las sensaciones emocionales se decoloran o quedan como paralizadas.

Y no son sólo las cosas exteriores las que le producen este afán de averiguar el secreto profundo de su existencia; ella misma sabe que es un misterio y se atormenta por encontrarse: "Saber que hay una perla iridiscente — en el fondo más hondo de uno mismo — y perderse año a año sin hallarla — en este inmenso océano del yo!..." Preguntarse angustiado: "¡Cuando soy yo que te hablo y que te río, — cuando resbalan por mi rostro — lágrimas mías, jugo de mí misma, — y cuando son tristezas ancestrales — y cuando son las voces de los muertos — que desde el fondo de los siglos hablan!..."

Estas persistentes e incontestables interrogantes, dan al libro un aspecto de templo sombreado y taciturno, edificado lejos del tumulto de los senderos y hasta donde pocas veces llegan voces de niños,

ni ramos frescos, ni besos pasionales, ni nada de lo que constituye lo amable y simple de la vida.

La inquietud de Luisa Luisi es hondamente dolorosa y enredada casi siempre con tribulaciones metafísicas que la hacen golpear a cada momento la puerta de los enigmas. "¡Alma mía! — grita en uno de sus poemas — te mueres de seriedad" y, suspira por "tener la frivolidad mágica, por reir con la risa clara de la primavera..." Jamás lo podrá, porque su musa es demasiado honda para ser simple y la lleva fatalmente hacia el dominio de lo trascendental y de lo grave.

Ni convendría tampoco que se esforzara por conseguirlo, porque iría contra su naturaleza y perdería el intenso sello personal que caracteriza a su poesía. Aquí es sincera consigo mismo y se nos presenta tal como es: una gran poetisa torturada por la sombra de lo enigmático y a quien dinamiza el sentido trágico y hondo de la vida. — **J. M. D.**

La Fiesta del Espíritu.—Por Horacio Maldonado. Montevideo.—1921.

"—¡Mira cómo hormiguea la gente!

"—¡Oh, miremos hacia arriba, no miremos hacia abajo!

"—No, miremos hacia abajo desde esta altura. Por elevarnos no debemos desdeñar la tierra. Piensa en que nuestra torre se apoya sobre ella".

Así hablan los dos amigos a quienes Maldonado hace dialogar en un ambiente de serenidad, un poco lejos del mundo, pero no tanto que dejen de escuchar sus ruidos, mirar sus hombres y contemplar el espectáculo de la vida con todos sus horrores y magnificencias; porque en la tierra andamos, y si bien el espíritu necesita abstraerse y reconcentrarse para purificar su juicio, éste de poca cosa vale cuando no ha sido originado por impresiones reales o traduce una inquietud orientada en el sentido de mejorar y embellecer las condiciones del hombre.

Así no se percata en este nuevo libro del autor, ningún ademán violento, ninguna reacción agitada contra dardos clavados en carne propia, — tal como en "La Ofrenda de Eneas", — ni tampoco un alejamiento excesivo del medio ambiente, complicado con cierta tendencia hacia lo abstracto — como en "El Sueño de Alonso Quijano". — Maldonado parece haber adquirido el imperio de la templanza y una armonía interior capaz de abroquelarlo contra las pasiones desordenadas.

Como no podía dejar de suceder en un pensador, el espectáculo social contemporáneo lo atrae vivamente y no puede resistir el influjo de las corrientes modernas. Hay capítulos en el libro, como en el de "Lázaro y el rico malo", — el más jugoso del volumen — que no titubearía en firmarlo un frenético comunista. Allí se dicen frases como ésta: "edad dichosa en que todas las cosas eran comunes y no se conocían estas dos palabras: "tuyo" y "mío". Y se repiten las profecías de Isaías:"¡Ay de los que juntan casa con casa y he-

redad con heredad hasta acabar el término!...'' Y las palabras de Henoch: ''¡Ay de vosotros, los que construís palacios con el sudor de los demás! Cada una de las piedras que lo componen es un pecado...'' Y más adelante: ''Sí, pero el mundo se asusta de esa rebelión. Habla de desorden, de anarquía, de caos y llama al orden, a la disciplina y, al ejército en su auxilio. ¿Quieren volver a los tiempos en que Lázaro enseñaba su miseria como un perro apaleado?...'' Y, por fin, este enorme sacrilegio, que le ha de atraer más de una excomunión: ''¿Por qué no decirlo? Los Lenine, con todas sus arrogancias y errores, me parece que le están preparando a la humanidad una senda mejor. Del caos brotaron los mundos armoniosos: del caos ruso bien puede brotar una tierra de armonía...'' No diría tanto yo, porque creo que la armonía no podrá existir jamás en donde anden los hombres, pero si una tierra menos irritantemente injusta.

Como se ve, el autor aborda problemas palpitantes y no ha hecho sólo un libro de bellos conceptos literarios, sino de afirmaciones filosóficas y sociales, más o menos rotundas, pero lo suficientemente expresivas, como para que no se tengan dudas respecto a su íntimo sentir.

El libro está escrito con ese pulimento y prolijidad que caracteriza la obra anterior de este vigoroso literato. Ha introducido, sin embargo, en su arquitectura una novedad: la forma dialogada, con lo que, a nuestro juicio, ha conseguido dar el autor a ''La Fiesta del Espíritu'' mayor amenidad y agilidad, sin contar con otra de las ventajas del diálogo: la de obligar a ser concreto y determinante. — **J. M. D.**

El Ultimo Hijo del Sol. — Romance dramático. — Por Carlos M. Princivalle. — Montevideo. — 1921.

La simple lectura de una obra dramática no autoriza para abrir un juicio definitivo. Lo que se ha escrito para ser dicho en el escenario, teniendo en cuenta todos los efectos y factores del arte teatral, no puede, racionalmente, ser comentado cuando llega al espíritu por vía del libro. Así ocurre que han fracasado en escena piezas que leídas parecían destinadas a un éxito absoluto, lo mismo que lo contrario ha podido evidenciarse infinidad de veces.

No tuvimos la suerte de asistir a la representación de este bello romance dramático, verificado por la compañía Arrellano-Tesada el año 1915, ni recordamos la forma en que fué recibida por la crítica, aunque mucho nos tememos que el autor haya visto naufragar muchas de sus más legítimas esperanzas por deficiencia y frialdad de los actores, por pobrezas de decorado, y, en fin, por todo ese cúmulo de contrariedades, obstáculos e indiferencias con que tienen que luchar los autores dramáticos, más todavía los que hacen arte superior, en estas tierras de América.

De todos modos, nos parece indudable que Princivalle ha escrito con el ''Ultimo Hijo del Sol'', un romance dramático que no tiene

absolutamente nada que envidiar a los que nos envían de ultramar, y que causan las delicias de nuestro público en las clásicas temporadas de Doña María Guerrero y Don Fernándo Díaz de Mendoza.

El romance, en efecto, se desarrolla con arreglo a una técnica y dentro de un realismo histórico irreprochables; la inspiración a cada instante brota llena de frescura; el interés se mantiene tenso durante los cuatro actos; la fluidez de la rima evoca a las grandes liras hispánicas del siglo de oro; en fin, todo en esta obra lleva a la conclusión de que el autor está dotado de excepcionales cualidades para cultivar la literatura lírico-dramática. — **J. M. D.**

Todos los Pecados. — Poesías. — Por Alejandro Sux. — París.—1921.

"Al salir de un music-hall, en París"; "En un banquete"; "En una taberna del Barrio Latino"; "Barcelona, desde lo alto del Tibidado"; "Después de una manifestación socialista"; "Cuando conocí a Leopoldo Lugones"; "En los subterráneos de Verdún, después de la tercer batalla"; "Montmartre, en una taberna de apaches..."; así la mayor parte de las poesías del volumen, llevan al pie el sitio en que fueron escritas o los motivos que las inspiraron.

Tal vez por esto Sux, en este libro, sugiere la idea de un poeta esencialmente impresionista y dominado por la necesidad imperiosa de rimar sus sensaciones inmediatamente de producidas, en el mismo sitio que le agitaron el alma.

Parece repudiar el silencio y la estrechez de los gabinetes; su mesa de trabajo son los rincones de la taberna, las piedras de los montes, la borda del vapor, los bancos de los jardines públicos.

Despoja así, a sus versos, de artificio y estilizamientos y les da, en cambio, una energía, una franqueza y un color de vida que lo hacen destacar como uno de los más vigorosos poetas actuales de habla castellana.

Y he aquí un hecho curioso: no obstante esta espontaneidad, que podríamos llamar instantánea, su poesía no tiene nada de epidérmica, ni transitoria; hay siempre, en ella, ideas que hacen pensar hondamente, o símbolos que admiran por su concordancia, o vibraciones sentimentales que se adentran hasta la raíz de la emoción.

A pesar de vivir Sux en París, la ciudad mareante, reina de la moda y el capricho, parece resistir heroicamente al influjo de las modernas innovaciones literarias: su musa se mantiene fiel al verso rubendariano. — **J. M. D.**

Almanaque Sanducero. — Paysandú. — 1921.

Merece un franco elogio Manuel Benavente — su director artístico — por el empeño puesto en la realización de esta obra. Vastamente vinculado, como está, con la mayor parte de la gente de letras americana, ha podido reunir en sus páginas a un grupo selecto y compacto de poetas y prosistas nuestros y extranjeros, que dan a este almanaque el valor de una pequeña antología. — **J. M. D.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES.

absolutamente nada que envidiar a los que nos envían de ultramar, y que causan las delicias de nuestro público en las clásicas temporadas de Doña María Guerrero y Don Fernándo Díaz de Mendoza.

El romance, en efecto, se desarrolla con arreglo a una técnica y dentro de un realismo histórico irreprochables; la inspiración a cada instante brota llena de frescura; el interés se mantiene tenso durante los cuatro actos; la fluidez de la rima evoca a las grandes liras hispánicas del siglo de oro; en fin, todo en esta obra lleva a la conclusión de que el autor está dotado de excepcionales cualidades para cultivar la literatura lírico-dramática. — **J. M. D.**

Todos los Pecados. — Poesías. — Por Alejandro Sux. — París.—1921.

"Al salir de un music-hall, en París"; "En un banquete"; "En una taberna del Barrio Latino"; "Barcelona, desde lo alto del Tibidado"; "Después de una manifestación socialista"; "Cuando conocí a Leopoldo Lugones"; "En los subterráneos de Verdún, después de la tercer batalla"; "Montmartre, en una taberna de apaches..."; así la mayor parte de las poesías del volumen, llevan al pie el sitio en que fueron escritas o los motivos que las inspiraron.

Tal vez por esto Sux, en este libro, sugiere la idea de un poeta esencialmente impresionista y dominado por la necesidad imperiosa de rimar sus sensaciones inmediatamente de producidas, en el mismo sitio que le agitaron el alma.

Parece repudiar el silencio y la estrechez de los gabinetes; su mesa de trabajo son los rincones de la taberna, las piedras de los montes, la borda del vapor, los bancos de los jardines públicos.

Despoja así, a sus versos, de artificio y estilizamientos y les da, en cambio, una energía, una franqueza y un color de vida que lo hacen destacar como uno de los más vigorosos poetas actuales de habla castellana.

Y he aquí un hecho curioso: no obstante esta espontaneidad, que podríamos llamar instantánea, su poesía no tiene nada de epidérmica, ni transitoria; hay siempre, en ella, ideas que hacen pensar hondamente, o símbolos que admiran por su concordancia, o vibraciones sentimentales que se adentran hasta la raíz de la emoción.

A pesar de vivir Sux en París, la ciudad mareante, reina de la moda y el capricho, parece resistir heroicamente al influjo de las modernas innovaciones literarias: su musa se mantiene fiel al verso rubendariano. — **J. M. D.**

Almanaque Sanducero. — Paysandú. — 1921.

Merece un franco elogio Manuel Benavente — su director artístico — por el empeño puesto en la realización de esta obra. Vastamente vinculado, como está, con la mayor parte de la gente de letras americana, ha podido reunir en sus páginas a un grupo selecto y compacto de poetas y prosistas nuestros y extranjeros, que dan a este almanaque el valor de una pequeña antología. — **J. M. D.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodrígues Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

SETIEMBRE DE 1921

SUMARIO:

Alfonso Broqua	La Cruz del Sur
Pedro González Gastellú	Plenitud
Francisco Alberto Schinca	El Uruguay y la cultura italiana
Musa femenina — Raquel Sáenz	Nocturno
Musa femenina — Antonia Artuccio Ferreira	Como una caja
Víctor Pérez Petit	Cosas de hormigas
Blas S. Genovese	Primavera
Carlos Herrera Mac Lean	Crónicas de arte

Glosas del mes: Alfonso Broqua por José María Delgado. — Cosas de casa. — Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VI.
N.° 39

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ °/o anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 - 25 DE MAYO - 427 **MONTEVIDEO**

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. M. GORLERO. Gerente.

056.1
PEG
No. 39

Todo el material de "PEGASO" es inédito

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — Manuel **Benavente.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas.** — Manuel de **Castro.** — Asdrúbal E. **Delgado.** — Eduardo **Dieste** — José M. **Fernndez Saldaña.** — Emilio **Frugoni.** — César G. **Gutiérrez.** — Luis A. **de Herrera.**—Juana de **Ibarbourou.** — Julio **Lerena Juanicó.** — Luisa **Luisi.** — Horacio **Maldonado.** — Julio Raúl **Mendilaharsu.** — Raúl **Montero Bustamante.** — A. **Montiel Ballesteros.** — Emilio **Oribe.** — José **Pereira Rodríguez.** — Víctor **Pérez Petit.**— Carlos M. **Prando.** — Wifredo **Pi.** — Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.** — Vicente A. **Salaverri.** — Emilio **Samiel.** — Carlos **Sabat Ercasty.** — Juan **Zorrilla de San Martín.** — Alberto **Zum Felde.** — Armando **Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCION

Telmo Manacorda

Administrador: Alexis J. Delgado

Correspondencia: Avda. 8 de Octubre 120

Teléfono: Uruguaya 311 (Unión)

Suscripción mensual: $ 0.50 oro

Montevideo (Uruguay)

"PEGASO" se vende en todas las librerías

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en ''Títulos Hipotecarios'', los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos ''Títulos'' se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los ''Depósitos'', mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el ''Cupón'' corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los ''Cupones'' por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los ''Títulos Hipotecarios'' se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 - 25 DE MAYO - 427 MONTEVIDEO

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. M. GORLERO. Gerente.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, ganan del interés de 6 %, hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditándolo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Setiembre de 1921. N.° 39 — Año VI.

LA CRUZ DEL SUD

Drama lírico en tres actos y cinco cuadros. Letra y música de Alfonso Broqua. *Decoraciones y trajes de Alfredo Guido*

Argumento.—Personajes: Nagüey 31 años, Telen 17 ídem, Andrés 35 ídem, Yurú 51 ídem, Ignacio 65 ídem. Un sacrificador. Guerreros calchaquíes. Indias. Una india con su hijo. Voces ocultas.

(Los nombres autóctonos no obedecen a razones étnico-lingüísticas).

La acción de esta obra se desarrolla en los valles Calchaquíes (provincias de Salta y Catamarca, República Argentina), a fines del siglo XVI. En ella, al rigor histórico prima el criterio de fantasía evocativa, actuando personajes de dos civilizaciones, con sus creencias y hábitos: los autóctonos sudamericanos y los españoles o sus descendientes adaptados.

Ciertas características de los principales personajes. —*Nagüey*, cautiva de una tribu calchaquí, blanca robada en su niñez y favorita del cacique. Sus gestos y aspecto general, son más de india que de española, aunque en el fondo de su alma laten atavismos cristianos, materializados en la cruz; como no la halla en el

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abrirá a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditándolo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Setiembre de 1921. N.º 39 — Año VI.

LA CRUZ DEL SUD

Drama lírico en tres actos y cinco cuadros. Letra y música de Alfonso Broqua. *Decoraciones y trajes de Alfredo Guido*

Argumento.—Personajes: Nagüey 31 años, Telen 17 ídem, Andrés 35 ídem, Yurú 51 ídem, Ignacio 65 ídem. Un sacrificador. Guerreros calchaquíes. Indias. Una india con su hijo. Voces ocultas.

(Los nombres autóctonos no obedecen a razones étnico-lingüísticas).

La acción de esta obra se desarrolla en los valles Calchaquíes (provincias de Salta y Catamarca, República Argentina), a fines del siglo XVI. En ella, al rigor histórico prima el criterio de fantasía evocativa, actuando personajes de dos civilizaciones, con sus creencias y hábitos: los autóctonos sudamericanos y los españoles o sus descendientes adaptados.

Ciertas características de los principales personajes. —*Nagüey*, cautiva de una tribu calchaquí, blanca robada en su niñez y favorita del cacique. Sus gestos y aspecto general, son más de india que de española, aunque en el fondo de su alma laten atavismos cristianos, materializados en la cruz; como no la halla en el

desierto, en los instantes de intensa angustia anímica, la encuentra en el cielo; el amor por un blanco la devuelve a su primitivo estado de europea. *Telen,* hijo de *Nagüey* y del cacique *Yurú,* efebo en quien no se han fundido las dos sangres, dando esto lugar a violentas transiciones psicológicas. *Yurú,* cacique de la tribu, se expresa con carácter de bestialidad y pesadez, animando todos sus actos y sentimientos, el amor a la tierra y el odio al invasor; no obstante, su amor a *Nagüey* domina. *Andrés,* español, colono y soldado, adaptado a la naturaleza americana, héroe precursor del gaucho.

La música, eminentemente moderna, se inspira en tres aspectos estilizados del sentir sudamericano y español: el indio autóctono, el canto popular criollo e hispánico. Primitivamente escrito sobre un texto castellano, la expresión del drama brota del idioma.

ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO

Cumbre en las montañas. Gruta con abertura sobre el valle sembrado de *piedras paradas* (menhires). Fondo iluminado con luz azul. En el centro de la gruta hierve en una olla (puco) el veneno o el *curare,* destinado a emponzoñar las armas, despidiendo negra humareda. Cuevas laterales de donde surgirán algunos personajes.

La gruta estará iluminada de abajo a arriba, con luz de hoguera. Entre la gruta y el fondo, un lugar intermedio, en penumbra, ocultando los personajes que por ahí pasan. Vasos, escudos, ponchos.

Escena I.—Impera un espíritu salvaje y bestial, evocador de un pasado remoto. *Telen* llama a los indios (que en la obra tienen un papel secundario musical y vocal, pero muy importante plásticamente,—éstos le responden: ¡ahú! ¡ahú! y danzan frente a la hoguera,

desordenados y frenéticos. Impregnan sus lanzas en el veneno y algunos beben en toscos recipientes.

Escena II.—Aparece *Yurú,* que impone silencio a la tribu y llama a su hijo *Telen,* diciéndole que la augusta raza oscura y brava clama por que olvide a *Nagüey,* "la que fué blanca". *Telen* ya no recuerda; "mañana al alba serás jefe — prosigue su padre — lo serás, si sabes teñir tus manos con la sangre humana".—"Mi único delito, dice *Telen,* es ser hijo de blanca, pero "probaré que por mis venas sólo corre sangre de *Yurú,* mi padre amado". Se posterna. Los indios prosiguen sus danzas, en tanto que *Yurú* reclama al que en martirio redimirá a *Telen.*

Escena III.—Surge el sacrificador, arranca un niño a una india presente y los indios lo introducen en un vaso que es arrojado al vacío, previa ofrenda de *Yurú* a Pacha-Mama, Madre tierra de las religiones americanas. Los indios exultan: "*Telen* es de los nuestros! ¡Ya no es hijo de la blanca *Nagüey!*"

En el valle aparece la figura extática de *Nagüey.*

Yurú pide a su hijo que no traiga prisioneros, "pues tu padre en época lejana no supo exterminar... aun es la blanca su solo amor... Adrede erró su flecha, ésta... que es madre de la muerte".

Telen que a lo lejos ve a su madre, escúrrese hacia ella cantando en voz baja: "Dulce madrecita del indio niño". Las indias señalando a *Nagüey* profieren frases contra ella; *Yurú* las impone silencio diciendo: "la esclava blanca, la de los ojos color de luz de estrellas, ordena en el reino de *Yurú*".

La música de este cuadro es de violentísimo color: son ritmos, aullidos y tintes de ferocidad; el canto se expresa en inflexiones y rugidos.

SEGUNDO CUADRO

(Noche estrellada en el valle entrevisto en el cuadro anterior; habitación de *Nagüey* rodeada de menhi-

res. A lo lejos, arriba, la precedente gruta iluminada por fuegos que se extinguen; en primer término, a la derecha, una hoguera).

Escena I.—Se oye la voz lejana de *Telen* que se acerca entonando su canción de amor filial; tierna canción de un sentido humano, en la que el hijo cariñoso pregunta a la madre, por qué se complace siempre en contemplar la bóveda estrellada...

Escena II.—Llega junto a *Nagüey,* quien le imprime un largo beso en la frente, diciéndole: "Telen, dulce hijo mío, Telen, mi niño!". Se lamenta de que su hijo no sepa rezar, aunque ni ella recuerda las oraciones, tan niña la trajeron a la tribu.

"Yo sufro, madrecita de mi alma, y sangro penas" —dice *Telen* con exaltación, pidiéndole que entone la canción "del sueño" que cantan a los niños españoles. *Nagüey,* meciéndole dulcemente, le susurra el arrorró, en tanto que a lo lejos óyese el ¡ahú! ¡ahú! de los indios. *Telen,* en cuya alma chocan constantemente los impulsos ancestrales indio y español, se incorpora y, exaltado como un demente, exclama: "¿Soy indio? ¿Soy niño? ¿Soy hombre? ¿Soy fiera? ¿Soy hijo de una blanca, dulce como el perfume de la mañana?, o bien, ¿soy tigre? ¿Soy puma? ¿Sé lo que soy? Sí, algo sé... Soy Telen. Mañana al alba ya no habrá extranjeros en mi tierra. Vengaré las injurias; todas las que la raza sufriera!" — "Mi indio niño!" — exclama *Nagüey* y *Telen* responde: "Soy fiera!"

Nagüey implora perdón al cielo por su hijo, pero éste lleva en incremento su blasfemia. Ella se desespera, rogando a Dios no escuche las palabras del indio, que le perdone, que es un niño muy bueno, que él nunca vió la cruz, esa cruz que ella busca en vano en las tinieblas. Brilla entonces la Cruz del Sud en el firmamento y al verla, dice *Nagüey*: "¡Es la gran cruz de estrellas! ¿La ves allá en el cielo? ¡Cuán bellas son sus luces! ¿La ves allá tan cerca? Es el perdón del

indio, exclama con exaltación." *Telen*, que trata en vano de ver, le dice que él sólo ve las estrellas de todas las noches. ¡Ahú ¡Ahú!—gritan a lo lejos los indios — y *Telen* responde con violencia: "Allá voy, pumas hermanos, sangra el cielo!"

Escena III.—Nagüey suplica a *Yurú* no vayan al combate, se lo pide por Telen; por la dulzura de la noche estrellada; *Yurú* vacila... Ella jura morir si se combate contra su raza. *Yurú* se estremece y cede, llama a los indios y ordena que nadie se mueva en la tribu, pues no habrá combate.

Los indios se interrogan sobre esta determinación del jefe y algunos se mofan diciendo: "Cierto es que Telen es casi blanco. Telen es indio a ratos"; en ese instante, Telen surge del grupo y ruje: "Telen es hijo de todas las indias! Telen no tiene más madre! Venid, mis guerreros!" Huye alocadamente.

Escena IV.—Entre las sombras y las rocas va apareciendo el blanco *Andrés*, que se abalanza sobre *Nagüey*, y sujetándola exclama: "Ya tengo una india, ya tengo una esclava! Ya habrá quien me sirva! Y al hablar de Andrés el de selva, ya no dirán: Andrés el solitario".

Sigue una escena de gran violencia y color. *Nagüey* se resiste y amenaza al raptor, quien por un instante cede a la fascinación de esos ojos "color de luz de estrellas", la interroga sobre quién la enseñó su habla; "una mujer blanca vivió y murió en la tribu, con ella aprendimos las indias tu habla", responde en fugitivo abandono. Sigue la orgía en el antro. *Nagüey* insta a *Andrés* a que huya, que a permanecer ha de morir:

—"Vendrás conmigo, india!", grita *Andrés*, se abalanza sobre su presa, con la cual carga tras feroz resistencia y en un canto de victoria se retira en la noche.

ACTO SEGUNDO

(En el valle. Alba, la escena casi oscura al principio, nace gradualmente la luz; la casa de Andrés dentro de un bosque enmarañado de algarrobos, pencas y demás árboles y plantas regionales. Enredaderas de *mechoacan*. Al finalizar el acto, sensación de plena luz meridiana.

La realización general de este acto tiende a expresar la naturaleza en toda su frescura: el remedo del canto de las aves regionales sirve de fondo a la trama sinfónica y subraya el desarrollo pasional en que la música se ha humanizado enteramente (hay en ella el sentido del lied posterior sudamericano).

La primera parte revela aspectos cómico, bucólico, de contrición religiosa en el desierto; los españoles pueden aquí ser perfectos precursores del gaucho. La segunda parte deriva del odio entre *Andrés* y su esclava, marcha gradualmente y culmina en intensa expresión idílica y pasional. El final de este acto (llegada y retirada de los indios), es una nota en la que, palideciendo la música, priman y se funden el color y el ritmo. Criterio estético nacido de un recóndito pasado, expresado en agudo sentir moderno).

Escena I.—Entra *Ignacio,* golpea con su bastón la puerta de la cabaña diciendo: "Ave María Purísima", a lo que *Andrés* responde desde adentro: "Sin pecado concebida", se asoma preguntando qué nuevas le traen tan temprano. Conversan un rato de *Nagüey; Andrés* hace grandes elogios de ella y declara, que aun cuando sus ojos lo miran como miran las fieras, él no le guarda rencor. *Ignacio* le dice que los colonos han resuelto terminar con la raza que puebla la región, limpiar de indios la zona, para lo cual cuentan con las armas necesarias y han dispuesto que los mande el héroe que robó a *Nagüey* y que no se salve ni el viejo *Yurú* ni el

más niño (Telen). *Nagüey*, llegada a escena trayendo una gran jarra con leche, se detiene y estremece ante la evocación de su hijo.

Andrés acepta el mando de las fuerzas contra los indios; *Nagüey* avanza y ofrece a *Andrés* la jarra que éste pasa a *Ignacio*, bebiendo ambos. Este se descubre, recordando que en España es fiesta de la Virgen María, y, tras breve oración arrodillados, ambos se persignan. *Nagüey* mira extrañada la señal de la cruz.

Para festejar con un poco de alegría y de música la fiesta de la Virgen, *Andrés* trae de su choza una guitarra que entrega a *Ignacio*, pidiéndole que cante; éste, con sorna, falto de mejores elementos poéticos, canta la siguiente copla, erigiéndose en uno de los primeros improvisadores:

Quién pudiera ser
el valiente que osó
robar a la mujer
más hermosa que vió!
Y si hubiera otra Nagüey
en la tribu, quizá
pudiera ser yo
el valiente que osó.

Andrés ha permanecido absorto como en un ensueño, fascinado por la evocación de esa esclava, quien presume le odia, pero que en secreto él desea. Levanta alegremente la cabeza y elogia la gracia de la copla, augurándole pueda conseguir también una esclava, o muchas, si así prefiere. Se despiden, pues urge que los compañeros sepan que *Andrés* acepta el mando de las fuerzas, y repitiendo la copla el visitante se aleja, en tanto que *Andrés* recapacita con honda concentración interior.

Llega lentamente *Nagüey*, y, por vez primera desde el rapto, deja oir su voz interrogándole sobre la

señal de la cruz. Habla con temor, él responde con dulzura. Cobrando ánimo y refiriéndose a lo que escuchó de labios de *Ignacio,* ella le ruega no vaya al combate contra los indios, pues hay entre ellos inocentes y que han "visto la cruz". Para enternecerle, le recuerda la noche en que él la raptara de la tribu, implorando clemencia. *Andrés* impresionado exclama: "No soy ya amo, Nagüey! Soy tu esclavo!", iniciándose un prolongado y tierno dúo de amor.

En escena casi de danza, *Nagüey* despréndese lentamente de su manto, que deja caer a sus pies. Ya no es india, aparece como blanca. En gesto extático levanta sus brazos como en despertar; de entre las piedras laterales, cuajadas de campánulas, coge guirnaldas y se corona: es el renacer del sentimiento humano. Prosigue creciente el dúo, internándose ambos en la cabaña.

Llegan dos filas de indios por la derecha e izquierda (Telen a la cabeza de este grupo). Pausadamente se arrastran hacia la choza, uniéndose en una sola fila. A una señal de *Telen* apréstanse sigilosamente a invadir la choza. *Telen* mira al interior de ésta, y tras un gesto, aparta a su gente, finalizando la escena con una especie de glorificación rítmica, musical y coloreada de silencio. Los indios se retiran perdiéndose felinamente en las frondosidades.

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

(Interior de la cabaña adornada con toscos muebles en el gusto hispánico y americano de la época.
En primer término, a la derecha, ponchos indios a manera de jergones.
Hora de la siesta.
Sensación de intimidad. La primordial determinante

de la acción de Nagüey, al abandonar a Andrés, lo expresa incesantemente la música, evocando el recuerdo del hijo ausente, ignorado por Andrés.)

Escena única.—Oyese la voz de *Telen* entonando su canción filial, que inconscientemente, en agitado sueño, oye *Nagüey.* Llega *Andrés* y besa amorosamente a la dormida. Esta despierta y le acaricia con temor, como si algo hubiera cambiado en su alma. *Andrés* se admira de ver a la "reina de la selva", para quien es su creciente amor, transformada en esclava que pretende besar la mano del amo. ¿Habrá cambiado su amor? Protesta *Nagüey,* inconscientemente atenuada en su vehemencia, por el recuerdo del hijo ausente. Seguro *Andrés* de que nada teme *Nagüey* de los indios, la propone llevarla a España cerca de su vieja madre, donde la hará su esposa ante Dios y ante los hombres. Rehúsase *Nagüey* a seguirlo a esa tierra donde las estrellas no son las mismas, ni se ve nunca "la gran cruz de estrellas" (símbolo para ella tangible del perdón de su hijo). Pide volver hacia su tribu. En el colmo de la admiración, que oculta una contenida ira, *Andrés* la despide, indicándole el camino:

—"Perdóname y no juzgues—dice *Nagüey.*—Adiós, buen amo blanco". Se aleja lentamente.

CUADRO SEGUNDO

(El desierto.
Cactus gigantescos, clavados entre piedras monumentales.
Sobre un cielo de púrpura, asoman las primeras estrellas).

Escena I. — Oyese de nuevo la canción de *Telen,* quien se acerca y ya en el regazo materno, hondas frases de cariño. *Yurú,* exacerbado, decretó el suplicio de *Nagüey* y todo estaba ya pronto. *Telen* huyó en ansia

de salvarla: "Erró su primera flecha el hábil arquero—dice *Telen*—y si quise evitarla, fué por ti, madrecita! Es ésta". Y blande su flecha; tras violenta escena de desesperación cae el torturado *Telen*, cerca de una roca, en la cual quedan el arco y la flecha, pregunta a su madre: "¡Y si tu hijo llegara a ver allá en el cielo la gran cruz, crees, dime, madrecita, que Dios le perdonará?"—"Dios perdona siempre", contesta la madre, en el instante en que aparece fulgurante la Cruz del Sud, que *Telen* ve, por fin, en brillo alocado y aspirando ir a ella.

Escena II.—Aparece *Andrés*, visto ya por *Telen*, que se ocultaba tras de las rocas y, lleno de ira, se apodera del arco y de la flecha, apunta contra *Nagüey*, pero *Telen* en ansia de liberación y por salvar a su madre, se adelanta, recibiendo la flecha en pleno pecho. Cae mortalmente herido, exclamando: "Dulce madrecita!" *Andrés*, trémulo, sale de su escondite diciendo despectivamente:

—"¡Me dirás qué es eso?"

—"Mírale los ojos—contesta *Nagüey*.—Presto, mira que se apagan..."—Inclinado *Andrés* mira fijamente los ojos de *Telen*:

—¡Oh! Son los ojos del indio color de luz de estrellas!"

ALFONSO BROQUA.

PLENITUD

Todo el sol de esta tarde lo tengo adentro,
(¡Quién me diera ser niño, pájaro o loco!)
De todos los efluvios yo soy el foco,
y de todas las fuerzas yo soy el centro.

Está el eje divino donde me encuentro,
y es palanca suprema lo que yo toco.
(¡Quién me diera ser niño, pájaro o loco!)
Todo el sol de esta tarde lo tengo adentro.

Los mundos me obedecen, giran los soles,
las montañas elevan sus negras moles,
y florecen los llanos, todo a mi voz;

Se transforma y anima cuanto yo toco;
¡Quién me diera ser niño, pájaro o loco!
¡Con el sol de esta tarde yo sería Dios!

PEDRO GONZÁLEZ GASTELLÚ.

Pertenece a la nueva generación de los poetas argentinos este joven portalira, que tiene tan definida personalidad artística. Este soneto que publicamos pertenece a su libro próximo titulado "Ocio", que aparecerá estos días.

EL URUGUAY Y LA CULTURA ITALIANA

(La conferencia cuya publicación iniciamos en este número, fué dada por el doctor Francisco Alberto Schinca hace algún tiempo, en el local del Club Italia, y permaneció inédita hasta hoy).

Ningún tema me ha parecido más propicio para iniciar estas conferencias que el de nuestras relaciones espirituales con la patria italiana, injustamente postergado quizá en nuestras devociones hacia los pueblos que pueden ser considerados como los hogares de toda civilización, como los emporios de toda cultura, como las cumbres morales de la humanidad, ungidas siempre por el sol radioso de la gloria. Nos envanecemos de nuestro cosmopolitismo renovador, que nos impulsa a buscar en otros países de la tierra los dechados impecables dignos de la imitación y el respeto del nuestro; pero debemos convenir en que si, desde el punto de vista de nuestras preferencias sentimentales, Italia ocupa, acaso, uno de los primeros puestos, porque hace gravitar sobre nosotros la sugestión potente de su historia incomparable y nos deslumbra con las posibilidades venturosas de su fecundo porvenir, no es tan marcada ni tan profunda nuestra afinidad intelectual con la nación latina que más ha cooperado, en el terreno de la acción eficiente y en la esfera de las realizaciones materiales, en la elaboración de nuestra grandeza colectiva.

Volvemos nuestros ojos hacia Francia, como si ella

fuera, en la sucesión de los siglos, la única forjadora de la civilización universal, la infatigable sembradora de ideales nuevos y de doctrinas progresistas. La revolución formidable que estremeció la conciencia del mundo en las postrimerías del siglo XVIII, es como el punto de partida de todas las renovaciones del pensamiento y de todas las transformaciones sociales. París se alza en Europa como una cima de espiritualidad hacia la que acuden desde todos los horizontes, en peregrinaciones inacabables, los anhelosos de belleza y de ciencia y los ávidos de placer. El libro francés ha invadido nuestros mercados. Nuestra mentalidad se ha moldeado en los troqueles de aquella cultura maravillosa y secular. Hasta nos ha conquistado el idioma de Francia, esa lengua tan concisa y tan apta para la expresión de todas las ideas, ese prestigioso instrumento de comunicación y de difusión que parece llamado a transformarse en el porvenir en el idioma universal y corriente, predilecto de las naciones y de los hombres.

Admiramos a Inglaterra por la perfección asombrosa de sus instituciones, por su culto indeclinable a todas las libertades y a todos los derechos. En aquella isla inviolable y llena de brumas, el espíritu de un pueblo feliz se muestra en toda su generosa vitalidad y en su gallarda lozanía, como si no hubieran pasado sobre él varios convulsivos siglos de historia. La autonomía individual y el orden se conciertan en aquella nación como en ninguna otra, bajo la tutela de una monarquía moderada y paternal, que ha favorecido enormemente la evolución democrática de aquel sorprendente país. Así ha podido surgir de las más humildes esferas populares ese prototipo de estadistas que se llama Lloyd George, que ostenta un programa revolucionario en una sociedad tradicionalista y conservadora, y que tiene a los ojos de los súbditos de

Jorge, V más autoridad y más prestigio que el propio rey constitucional, cuya áurea corona simbólica esplende menos que las canas augustas en la leonina cabeza del pensador y del tribuno.

En lo que se refiere a Alemania, vosotros sabéis cuánto se la admiraba antes de que el estallido de la guerra pusiera en evidencia lo que hay de artificial en su civilización, de bárbaro y pegadizo en su cultura, de brutal en su aspiración de dominio y en su sed de indefinida preponderancia. Era la patria del pensamiento metafísico. Pocos filósofos penetraron tan hondamente en las intimidades de la conciencia humana como los filósofos germánicos. Era aquélla, además, la tierra de los "lieds" sentimentales, de las baladas lamentosas, de los castillos plateados por la luna, del Rhin amado de la leyenda y de las rubias Loreleys enamoradas y pensativas. Wagner hizo galopar sobre ella sus enloquecidas Walkirias, mientras el genio melancólico de Beethoven, cuya suprema ciencia ha consistido en saber ir a la alegría por las sendas de la desesperanza y del dolor, componía en la soledad querellosa sus sinfonías inmortales. Era grande y visible la influencia alemana antes de que surgiesen, como la floración de los bajos instintos de un pueblo, las doctrinas ferozmente materialistas de Von Bernhardi; antes de que el militarismo prusiano aplastase en el alma tudesca la flor azul de la quimera y las rosas magníficas de la sentimentalidad; antes de que la invasión premeditada de Bélgica, las mutilaciones sistemáticas de las obras de arte, el sacrificio de vidas inocentes por la acción artera de los submarinos, que acechan, sigilosos, en todos los mares, el paso de los buques beligerantes y neutrales; antes de que todas esas realidades atroces, decía, vinieran a probarnos que una nación inteligente sólo merece el respeto del mundo cuando no esteriliza con el crimen sus grandes y

dominantes cualidades, cuando no lo subordina todo al éxito de sus maquinaciones imperialistas, cuando no sobrepone a las leyes eternas de la misericordia y del amor, los cánones siniestros de la guerra a base de depredaciones insensatas y de atentados sacrílegos a la justicia y al derecho!

Más que Inglaterra y más que Alemania, tanto, por lo menos, como Francia, que pertenece también a la gloriosa comunión de los pueblos latinos, Italia ha debido influir en los destinos intelectuales y en la formación moral de nuestra nacionalidad. Posee para ello todas las condiciones exigibles: un espíritu expansivo y dotado de una flexibilidad que no tiene nada de común; una historia estupenda que se remonta hasta los días inmortales de la gloria romana; una población que desborda del limitado territorio y se dispersa por el mundo en emigraciones aventureras que incorporan a las tierras nuevas y a las zonas vírgenes del planeta sus virtudes originarias, sus aptitudes únicas para el esfuerzo fecundo y productor; una lengua eufónica y melodiosa, tan elocuente en el anatema viril como en la dulce confidencia; idioma rico y generoso que ha ido sutilizándose y afinándose desde la época del primer Renacimiento, presidido por el genio del Dante, hasta culminar en la prosa matizada y prócer de D'Annunzio, que es todo un prodigio de delicada orfebrería verbal. Pudo Italia imponernos sus gustos y modelarnos a su imagen, y el Uruguay hubiera debido agradecerle el aporte valioso de su civilización y de su cultura; pero observad cuán pocos son los que hablan entre nosotros la lengua sonora de Leopardi; advertid que no hay en nuestra metrópoli una librería dedicada exclusivamente a la venta de las producciones literarias o científicas en que el genio italiano deja su original impronta indeleble, y confesaréis vosotros también que es muy poco lo que hemos sabido apro-

vechar de nuestras relaciones con aquella dilecta nación, con aquella raza privilegiada, con aquel pueblo de tan relevantes virtudes y de tan excelsas cualidades. La hegemonía casi exclusiva de lo francés, que yo alabo y pondero, porque no desconozco lo que hay de excelente en esa civilizadora influencia del otro gran núcleo latino, ha impedido que nos vinculásemos más estrechamente a la mentalidad italiana, y que con su contacto fecundante y benéfico lográsemos enriquecer nuestro espíritu y aumentar el acervo de la cultura nacional.

No es ni insensibilidad ni indiferencia lo que ha obstaculizado esas aproximaciones ideales, puesto que sentimos tan profundamente el amor a Italia y puesto que la acompañamos con nuestras simpatías y con nuestros augurios en todas las vicisitudes de su noble existencia. En estos mismos días agitados y trágicos, nuestros votos sinceros se encaminan a solicitar para ella el laurel inmarcesible de la victoria y las satisfacciones intensas que han de embargarla por entero cuando vea realizado, con la recuperación de Trento y de Trieste, el persistente ensueño de su reintegración territorial. Amamos a Italia en sus desventuras y en sus éxitos, y si no nos asimilamos más completamente su espíritu, si no la sentimos más cerca de nosotros, si no la vemos actuando más enérgicamente en el proceso de nuestra formación nacional, es porque nos hemos apartado deliberadamente de los amplios caminos por donde un pueblo puede llegar con facilidad a la compenetración auspiciosa con otro pueblo superior en cultura, o dueño de una civilización más refinada o más perfecta. Ni nos esforzamos en recoger sobre aquel suelo exornado por todas las gracias de la naturaleza y por todas las florescencias del arte, la enorme sugestión ambiente, que proporciona al viajero sensaciones de eternidad y de perfección, ni nos interna-

mos en el maravilloso dédalo de su historia, evocando las grandes sombras que se levantan de su pasado indestructible, ni nos familiarizamos con sus talentos de elección, flor de una prestigiosa espiritualidad milenaria, ni nos empeñamos en incorporar a nuestro carácter algunos rasgos culminantes de aquella idiosincrasia peculiar en que se concilian el idealismo con el positivismo, el desinterés con el ansia de conquista y de superación, la sensibilidad para las cosas de la inteligencia con la comprensión sutil de todas las realidades que circundan al hombre moderno.

Cuando un uruguayo emprende la ruta marítima de Europa y se detiene por algún tiempo en el viejo continente, hace del viaje a Italia, si se aventura a realizarlo, el pretexto para satisfacer una simple curiosidad, superficial y pasajera. Que no se diga que no ha saludado la Roma de los Césares, glorificada por sus ruinas gigantes, o que no ha paseado al claro de la luna por los canales de Venecia, o que no se ha aturdido un momento con el rumor de colmena industriosa que constituye la característica de algunas urbes italianas.

Para el que vive en el hechizado ambiente de París o en el vértigo de la existencia londinense, la excursión a Italia es una escapada hacia el ideal, una fugaz inmersión en la luz. Demás está decir que no es esa rápida visita al maravilloso país la que puede deparar al turista la emoción honda y perdurable, que es el indicio más inequívoco de su afinidad con un nuevo medio social. Vivir en toda su plenitud la vida italiana, sentirse penetrado por las influencias avasalladoras de aquel ambiente de exquisita civilización en que a los atractivos de la cultura se adunan los encantos de una belleza inimitable en los paisajes y en las cosas: he ahí la fórmula para realizar plenamente el anhelo de compenetración espiritual a que vengo aludiendo. No puede aspirar a realizarlo quien no sienta gravitar sobre su

alma aquella sugestión poderosa, o quien no experimente dentro de sí, al hollar aquel suelo sagrado, el estremecimiento de lo inefable. En 1803, cuando Chateaubriand llegó a Roma, una de las primeras etapas de su itinerario romántico, escribió a su amigo Joubert una carta pródiga en ponderaciones ardorosas. "¡Heme aquí!—exclamaba. Toda mi indiferencia se ha desvanecido. Estoy abrumado por lo que he visto; me parece que ningún viajero ha sentido lo que yo. ¡Necios! ¡Almas de hielo! ¡Bárbaros! ¿No han cruzado para llegar hasta aquí la Toscana, jardín inglés en cuyo centro hay un templo, esto es, Florencia? ¿No han atravesado en caravana con las águilas y los jabalíes las soledades de esta segunda Italia llamada el Estado Romano? ¿Para qué viajan, pues, si son insensibles? Habiendo llegado cuando el sol se ponía, he encontrado una inmensa multitud que iba a pasearse en la Arabia desierta, a las puertas de Roma! ¡Qué ciudad! ¡Qué recuerdos!"

Así, con la misma vibrante emoción con que Chateaubriand contempla y describe la campiña romana, deberían penetrar en el corazón augusto de Italia todos los que se complacen en la serenidad infinita de sus cielos azules, en las prodigiosas evocaciones de su historia y en las milagrosas creaciones de su arte imperecedero. Con esa misma férvida y profunda emoción, han llegado hasta ella todos los grandes espíritus que la visitaron un día, no por un capricho pueril de turistas, sino para identificarse con el alma divina de sus paisajes, o para vivir en belleza en una tierra que disfruta del privilegio de ser, como Grecia, la patria de toda idealidad y de toda poesía. En una enumeración sucinta y rápida, la única que consiente la forzosa brevedad de este trabajo, mencionaré algunos de los pensadores ilustres, de los poetas iluminados o de los músicos excelsos que han abordado las costas de

Italia para recibir en su espíritu las caricias de aquella gloriosa luz solar que se quiebra sobre el mármol de los monumentos eternos y para nutrir su inteligencia, aproximándola a aquel venero de inspiraciones inagotables y sublimes. No desfilarán todos, ciertamente, por estas páginas volanderas, pero pasarán, sin duda alguna, aquellos en cuya existencia y en cuya obra intelectual ha dejado una huella indeleble y profunda esa magnífica peregrinación por las tierras de Italia, fértiles y fragantes como pocas.

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

(*Continuará*).

MUSA FEMENINA

NOCTURNO

Abierta la ventana de mi estancia,
La luna llega a mí magnificente.
La brisa trae del parque la fragancia
Y yo la aspiro con fruición vehemente.

Me aproximo al alféizar lentamente,
Y mis ojos se embriagan con Natura.
¡Mi alma se alarga misteriosamente
Y se vuelve una sombra en la espesura!

Vaga de flor en flor, de mata en mata...
Luego evoca la triste serenata
De Pierrot y se hermana con su canto...

Quiebra el silencio augusto una Balada
De Chopin, por un piano sollozada,
Y mi alma en una flor vierte su llanto!

RAQUEL SÁENZ.

Montevideo.

COMO UNA CAJA DE MÚSICA

En esta noche brillante
De estrellas, tendió la luna

En la calle silenciosa
Su nostálgica blancura.

Como un enjambre de abejas
Florido naranjo busca,
Alrededor de un motivo
Mis ensoñaciones zumban.

Mi corazón—regio bronce
De las interiores luchas,—
Bajo mis manos unidas
En cruz, eleva aleluyas.

Mi sombra, gris y alargada
Sobre la tierra,—es mi musa;
¡Y está mi traje tan blanco
Que me parece de espuma!

Presiento el grato murmurio
De mares que no vi nunca,
Donde los vientos y el agua
Sus armonías aunan.

En esta noche brillante
De estrellas, tendió la luna
Su blanca luz sobre el pueblo
Como un tocado de nupcias.

Y mientras mueve mi espíritu
Sus níveas alas ilusas,
Sus claros ritmos remonta
Como una caja de música.

ANTONIA ARTUCIO FERREIRA.

Florida.

COSAS DE HORMIGAS

Don Hilario, hombre de pocas palabras, bonachón y reflexivo, se acercó al vejete amigo del patrón que había llegado hacía pocos días de la capital. Sin parar mientes en el dictado de sabio que todos le daban en la casa (pues desde que le preguntara, sin obtener respuesta, cómo se curaba la "paletilla caída", dudaba mucho de la ciencia del forastero), don Hilario se sentía atraído hacia aquel viejecito silencioso, lento, bastante cegatón, pero sencillo y campechano como el mejor criollo. Admiraba en él la paciencia con que observaba los bichos del campo, y, sin darse cuenta, por supuesto, de la labor del entomólogo, presentía que, a pesar de su aparente trivialidad, tenía aquella porfiada y silenciosa observación, algo de grande y respetable.

—¿Qué está haciendo, don Pablo?,—interrogó, colocándose a la vera del viejo, quien, a la sazón, en cuclillas, observaba el ajetreo endiablado de unas hormigas. — ¿Anda viendo cómo se podría acabar con esa plaga?

—No, don Hilario; yo no destruyo insectos: todos los bichos tienen derecho a la vida, y por algo han venido al mundo.

—¡Ah, sí? ¿Usted cree que esa porquería sirve para algo? ¿No podría decirme para qué sirven las moscas, que tanto molestan en verano y que nos llenan de gusanera a los animales?

—Sí, señor; le puedo decir para qué sirven las moscas: para comerse millones de gérmenes y microbios que andan flotando en el aire, tan invisibles y pequeñitos que no nos damos cuenta de su vecindad, pero que se nos meten en el cuerpo con el aire que respiramos y nos proporcionan siempre alguna enfermedad. ¿Usted ha visto a las moscas frotarse las alas y las patitas? Bueno; es que se limpian el cuerpo de esos microbios, los amontonan en pelotilla y se los comen.

—¡Ajajajá! Los microbios nos enferman a nosotros, que somos más fuertes que las moscas, y ahora resulta que las moscas se tragan los microbios y no les pasa nada?

—Así es. Cada sér en el mundo está constituído de un modo diferente, y lo que es veneno para el uno resulta alimento para el otro. ¿Usted come "bichos peludos", esos gusanos que cuando le rozan la mano le producen la sensación de una quemadura? ¿No, verdad? Pues los sapos se los comen, y les gusta mucho.

—¡Uf, los sapos!

—Los sapos son nuestros grandes amigos; nuestros mejores jardineros. No nos cobran sueldo y nos limpian las quintas de los insectos que destruyen nuestras siembras.

—¿Y cómo sabe usted todo eso, don Pablo?

—Estudiando la vida y costumbre de los animalitos. Ahora estoy estudiando la de las hormigas.

—¡Caraina! ¿Con que esta laya de bichos tienen costumbres? Pues han de ser muy malas las otras que tengan, porque la única que yo les conozco es la de destrozar los plantíos.

—Tienen que comer. Otros bichos se las comen a ellas. Los pájaros se comen esos otros bichos. Nosotros, los hombres, nos comemos todo lo que vuela, camina, se arrastra o nada en el agua; nos comemos los vegetales y a veces nos comemos los unos a los

otros. El hombre es el único sér de la creación que no puede reprochar a ningún animalito el que devore si tiene hambre. El hombre come de todo, y hasta come sin necesidad, por el gusto de comer. El tigre mata y come acosado por el hambre.

—Vea, vea.

Don Hilario se había quedado sumido en un mar de reflexiones. Don Pablo, con una lente en la diestra, observaba nuevamente a las hormigas. Combatían éstas entre sí, divididas en dos bandos. Un ejército de hormigas rojas, pequeñitas, había asaltado a un pueblo de ecodomas. Los minúsculos combatientes se abrazaban, se mordían, luchaban, se perseguían con una furia cruel, volvían a trenzarse, ejecutaban algunos movimientos nimios, y, al separarse uno de ellos, quedaba el otro tendido en el suelo. Mirando con atención, como lo hacía don Pablo con la ayuda de su lente, se descubrían en el campo de la lucha fragmentos de miembros, trocitos y briznas insignificantes. Al fin, las ecodomas, vencidas por las formicas sanguíneas, huyeron desaladamente, con movimientos curvilíneos, en zigs-zags alocados, perseguidas aún por sus implacables adversarios.

—Vaya, han terminado,—murmuró el vejete, alzándose.

—¿De qué?—interrogó don Hilario.

—De pelear. Ha sido un combate en toda regla, de un encarnizamiento feroz. Esas hormigas rojas son muy fuertes y audaces. Son ladronas. Asaltan a las hormigas de las otras especies para llevarse las larvas y crisálidas y poder contar así en el futuro con un ejército de esclavas que trabajan para sus conquistadores. Yo creo que Plutarco no frecuentó muy de cerca el trato de las hormigas, o no conoció esta especie, cuando llegó a decir que la vida de tales animalitos es el espejo de todas las virtudes: de la amistad, de la

sociabilidad, del valor, de la perseverancia, de la continencia y de la justicia. Darwin las conoció mejor. Ahí está: este combate sin cuartel, que ha dejado un tendal de víctimas, no tenía otro fin que la conquista de ese estercolero.

Don Hilario se había puesto serio y observaba con cierta desconfianza a su interlocutor. Pero don Pablo, pasándole la lente para que observara el campo de batalla, prosiguió:

—Es esta una clase de hormigas feroces. No son muy numerosas y podrían vivir espléndidamente: tierra y alimentos no les faltan, como usted calculará. Pero son así; obedecen a su instinto. Vea usted si hay aquí leguas y leguas de campo, donde unos bichos tan pequeños podrían vivir como príncipes; y, sin embargo, ahí los tiene usted, matándose y destrozándose por una mota de tierra. Ahora han concluído de reñir y los vencedores se reparten el botín. Observe el apresuramiento con que desbalijan a sus enemigos muertos; cómo arrean sus prisioneros y esclavos.

—Y también se llevan pedacitos de hojas, de paja, hilachas, ¡qué sé yo!,—arguyó sorprendido don Hilario, pegado el ojo al cristal milagroso.

—Es su tesoro. Todo lo recogen: materias putrefactas, átomos malolientes, cien otras cosas aún igualmente despreciables. Mire bien y verá cómo prefieren esas briznas doradas y esas otras partículas centelleantes como cristales. También procuran hilachas de colorinches. Deben estimar en mucho esos residuos de basura,—concluyó el sabio entomólogo.

Embriagados, locos, hilarantes, los diminutos seres se apresuraban, corrían, arrastraban cargas diez veces más grandes que su propio cuerpo, tropezaban, caían, tornaban a alzarse, y sofocados, muriendo bajo su carga o sus heridas, volvían a correr hasta entrarse en agujerillos obscuros.

—Lo raro,—dijo en esto don Hilario, que se había

quedado un instante pensativo,—es que no nos temen a nosotros, que los estamos mirando.

—Es que no nos ven,—replicó don Pablo.

Don Hilario se quedó boquiabierto.

—¿No nos ven?—dijo al fin.—Pues somos bastante creciditos.

—Por eso mismo. Cada sér en la Naturaleza tiene un campo de visión de acuerdo a su organismo. Se mira y se ve hasta cierto límite, pero no más allá. Usted ve ese árbol que tiene ahí al lado y puede detallar sus ramas y sus hojas. También ve el nido que hay allí arriba, y el "espinero" que anda revoloteando a su alrededor. Pero no ve todo este inmenso campo del mismo modo, con igual precisión de detalles. Allá abajo se descubre aquel ombú: usted ve su masa, pero ya no puede detallar sus hojas ni descubrir los pájaros que entre sus ramas revolotean. Ahora, vea aquellos cerros más allá lejos, en la línea del horizonte: son unas nubes azuladas, nada más. Tienen rocas, tierra, árboles, pájaros y nidos; mas, nada de eso podemos ver desde aquí. La extensión de este "pago" es muy grande, y esos cerros están muy lejos de nosotros. Más allá de esos cerros continúa el mundo, y, sin embargo, nada de él vemos ya. Es como si no existiera para nosotros; pero existe, aunque no lo veamos. Lo mismo acontece con esos astros del espacio, que brillan sobre nuestras cabezas durante la noche. Vemos todos los que están próximos a nosotros; pero, ¿cuántos y cuántos otros existirán que no vemos porque brillan en las soledades del infinito a distancias inconmensurables? Bueno; pues he ahí esas hormigas: sus ojillos diminutos verán una reducida porción de nuestros pies, porque es lo que tienen más próximo; mas no pueden ver nuestro cuerpo total, porque es demasiado gigante para ellos, ni podrán descubrir nuestros rostros, porque les queda demasiado lejos. Por consiguiente, nosotros no existimos para las hormigas.

Don Pablo hizo una pausa. Luego, como si hablara consigo mismo, prosiguió en voz más baja y sorda:

—¿Sabemos, acaso, si en esos mundos que ruedan allá arriba, en el espacio infinito, no existen seres más grandes y perfectos que nosotros, que nos están observando?

Don Hilario se enderezó, miró alrededor un instante, fué a decir algo y enmudeció de súbito. Como don Pablo se encaminara hacia las casas, el buen criollo se le acopló, ajustando su paso al de él. Iba mudo, reconcentrado, atenaceado por una idea fija. De pronto, se detuvo y formuló secamente:

—¿Sabe lo que se me ocurre, don Pablo?

—Diga usted lo que se le ocurre,—contestó bonachonamente el buen vejete.

—Pues, que nosotros, los hombres, somos unas hormigas.

Don Pablo sonrió y volvió a emprender la marcha hacia las casas, sin replicar palabra.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

PRIMAVERA

A Eduardo Ferreira,
cordialmente.

I

¡Primavera!...
Me sorprendes en plena labor.
Mi cerebro afiebrado trabaja
incesante: es como una caja
que rebosa amor.
Y tú llegas sigilosa,
blanda como una mariposa...
serena... suave
como un ave...
luciendo el regio vestido
de la Anunciación...
diciendo la buenaventura, mientras te deslizas—
charlas y sonrisas—
diáfana y alegre princesa Ilusión.
Traes el cielo hundido,
transparente y azul...
y un sol maravilloso—a manera de veste—
que es un tejido tenue, y a la vez agreste,
que ya le quisiera un señor de Stambul.

¡Tu sol!... Ahí le tengo:
es todo un abolengo.

Por llevarle en su escudo,
por contarle en sus viejos pergaminos patricios,
no se ahorrara vicios
ni fanfarronerías quien pudo
jactarse de tenorio.
¡Tu sol!... Ahí le tengo; es como un abalorio
que viste todo en fiesta
en esta misma hora pesada,
tediosa de la siesta.
Al mirar tan lujoso mantón que del pilar
cae, como de una cascada,
haciendo mil secretas promesas de amar...
la idea corporiza en una diosa alada
que vuela, que vuela, que vuela sin cesar.

II

Primavera: me sorprendes en plena labor.
¿Y acaso podría escapar al dilema?
Es el tema:
ser o no ser;
trabajar o dormir;
abdicar o vencer...
vivir o morir...
renunciar al amor...
¿cuál es mejor?
Primavera: ¡Me sorprendes en plena labor!

¿De dónde vienes? ¿Quién te ha traído
así, callando, callando,
que hoy te he sentido
como despertando
inconfundible, fuerte, poderosa... en el latido
que conmueve mis venas
como si fuesen las cuerdas de un arpa vibrando?
¿Es que traes las mieles de todas las colmenas
que hallaste a tu paso?...
¿Es que acaso
eres exorcismo y quitas las penas?

¡Oh, la yema hinchada que abre en la noche
haciendo el derroche
de tus travesuras;
¡Oh, la hojuela tenue que crece indecisa
bajo la promesa, bajo las ternuras
de alguna sonrisa!

III

Un clavel, un hermoso clavel malmesón,
enfermóse en invierno:
guardó un silencio de flores eterno...
y hasta hube de verle sin color las hojas
a pesar de mi viva atención.
Busqué el mal en las hondas raíces,
en la axila, también la busqué,
de todas las hojas...
y fué vana mi viva atención.
Era un mudo... infinito silencio aquel mal
pertinaz y crüel.
El clavel,
siempre igual,
enfermóse en invierno...
guardó un silencio de flores eterno.

Primavera: ¿qué anticipo de magia
precede tu arribo?
Ya lo ves: el invierno, nocivo,
esfumóse en tus rayos de sol. La nostalgia
que apenaba al clavel
dejó a un lado la infiel terquedad...
Hay diez botones en el tallo aquel,
diez botones que suenan como un cascabel
de vida, de amor, de bondad.

IV

Primavera: ¿qué anticipo de magia
precede tu arribo?
Bajo el vario toldo de hojas y frutas,
en el ambiente estivo,
gozaba de sombra, como en una gruta,
el anhelo intenso de mi gallinero.
El ciruelo rubio, y el ciruelo moro
y el fiel duraznero,
en un entrevero
de matices verdes, de matices rubios,
de matices de oro...
formaban el coro
de aquella magnífica, trïunfal sinfonía
de hojas, de frutas,
de alocadas disputas...
en que las gallinas cantaban al día
el huevo que cada una de ellas ponía,
y en que el gallo hacía
de juez y de parte
con la algarabía
de sü arte...
dando a cada una sü arte y su parte.

¡Ah, pero vino fatal el invierno,
y con el frío intenso y con sus desazones,
desaparecieron los melocotones
y el follaje, y el calor interno
de aquel toldo en que hallaba amparo
el anhelo intenso de mi gallinero.
Vino el invierno: su reparo
buscaron las gallinas en el dormidero
adoptando poses abracadabrantes,
poses hilarantes...

Primavera: ¿qué anticipo de magia
precede tu arribo?
Hace ya buen tiempo cesó la hemorragia
de savias en el duraznero
y en los ciruelos... Hay como un furtivo
reír en el gallinero.
Cesó la hemorragia, primero,
y luego se hincharon las yemas
en el duraznero;
y el ciruelo rubio, y el ciruelo moro
guarnecieron sus ramas con gemas
que habían guardado no sé en qué tesoro
recóndito de entrañas ignotas...
flores... florecillas... promesas remotas.
Primavera, Primavera que traes
las mieles de todos los panales,
Fauno, Baco... Evoé... Danae
que das de tus entrañas remedios a los males,
fecunda con tu sol, como una lluvia de oro,
los cálices vacíos de miel, de vida, de espasmo,
y en el marasmo
de las flores rosas, del ciruelo rubio,
del ciruelo moro
y del duraznero,
haz que el mes de Enero,
bajo el vario toldo dë hojas y frutas,
devuelva la sombra, como de una gruta,
al desasosiego de mi gallinero.

V

Primavera: ¿qué anticipo de magia
precede tu arribo?
Bajo el palio humilde de lata y de zinc
hay nuevos arrullos en el palomar.
El palomo, altivo,
arrecia el sin fin

de sus charloteos
y de su rondar;
aborta el gorjeo
en un incansable arrullar y arrullar:
Cien circunferencias y cien contoneos
dicen de un ansia incurable de amar.
Discreta la hembra ensaya el desaire
de los mil arrullos y los circunloquios
de su palomar:
arrecia el tenorio en los soliloquios
y circunferencias
de sus impaciencias...
y en el cálido aire
las circunferencias
son luego espirales que buscan el centro;
como hipnotizada la paloma queda
dentro.
Luego... Renuévase el caso del cisne de Leda:
Júpiter vence tenaz la partida...
Se hace un profundo silencio de vida.

Y tú, Primavera, Psiquis y Pomona,
precedes la eterna vendimia de amor.
Errante Latona
prestas a los nidos fervor y calor:
llenas las comarcas
con el gran favor
de tus reales arcas.

VI

Primavera, Primavera: ¿qué anticipo de magia
precede tu arribo?
¿Acaso es Pan, semi dios, semi chivo,
el que anuncia dulce
tu próximo arribo?
¿Quién este ambiente de esencias produce?

mezcla de recuerdos y de viejas memorias...
y de nuevas, de inmediatas glorias?

Pan, traviesö y avieso,
ronda los lagos en busca de ninfas,
y en tanto los rebaños se inflan y se inflan...
el dios silba en las cañas
y suena en los sones de sus caramillos
el hábil secreto de las artimañas.
Con sones sencillos
ofrece cucañas
a todas las ninfas que dejan las montañas.
Borda, Pan, marañas
en las cuales gusta las mieles pristinas
de las ignorantes, fáciles vecinas.

VII

Primavera: ¿qué anticipo de magia
precede tu arribo?
Tu ausencia exaspera, y es tu recibo
fastuoso y solemne:
Bajo el manto rosa de la fantasía
oficias indemne
de sacerdotisa de toda alegría:
mientras desde el fondo de la misma tierra
rompe la Energía
con las dulcedumbres de un Ave María
que rueda hacia el valle... y asciende a la sierra
en el gran milagro de la luz del día.

BLAS S. GENOVESE.

CRÓNICAS DE ARTE

La revelación de un nuevo pintor.—Etchebarne Bidart

Hacer crítica de arte sin criticar, en el sentido vulgar de la palabra; dejar las gafas de magister miope para mirar con ojos alucinados la trasmigración de la naturaleza al arte; encontrar la verdad estética y pagar la emoción que nos brinda con el oro espiritual del elogio más o menos efímero; alentar al artista con el entusiasmo que despierta en nosotros y que le devolvemos reflejado con algo de nuestra substancia psíquica, he ahí la función vital de la crítica.

Y he ahí también por qué nos complacemos hoy en iniciar estas crónicas de arte con la presentación de un joven pintor, Etchebarne Bidart, que desde Melo nos trajo un conjunto de hermosas telas que expuso, sin pedantería, sin *réclame,* en el salón de Moretti y Catelli.

No ostenta medallas ni títulos académicos. Tampoco colorea su sencilla biografía ningún episodio novelesco, ningún rasgo extraño de carácter. Joven y ardoroso, nos presenta su obra con la modestia del que muestra para ser comprendido y no para venderse. Y también con el amargo convencimiento *a priori* de que el *gros public* ha de pasar indiferente ante sus cuadros como pasa delante de aquello que no trae lujosas etiquetas europeas.

Sin ascender a las urbes ultracivilizadas, más bien descendiendo de la molicie urbana a la paz campesina, Etchebarne encontró su verdadera vía. Decimos descendiendo en un descenso aparente, pues abandonó la ciudad inquieta por el pueblo dormido, mas abandonó también las vías holladas para buscar con el consejo del "pino y del paraíso" la verdad emocional que le ofrecía el campo simple y humilde, para llevarla después como un nuevo fruto a la "ciudad tentacular", acaparadora y ávida.

Su obra es la revelación de un doble triunfo, el triunfo del carácter sobre la bohemia, y el triunfo del pueblo sobre la ciudad. Vale decir, vencer las atracciones de la bohemia halagadora y delicuescente, que enturbia toda personalidad en la media tinta brumosa de los cabarets nocturnos; que juzga por el gesto, por la "pose", por los arrestos demoledores; que incita al croquis y al esbozo "genial" y que ensalza siempre "lo que no es, pero que podría haber sido", en un futuro muy condicional. Y vencer también la atracción de los círculos y camarillas para ir al seno de la naturaleza, de la mano del silencio, exaltando sus propias virtudes, abriéndose de par en par al cielo luminoso y sintiendo renacer el optimismo como una flor lozana que creciera en verdad, en sabiduría y en emoción.

Fué nuestra naturaleza la que lo educó definitivamente. Porque no fué a buscarla, la caja de colores en una mano y el chambergo al viento, con afanes egoístas y falaces. No fué a arrebatarle sus bellezas para pagarle al día siguiente con el olvido, como se hace con las míseras modelos de taller.

Fué con el alma simple y libre a dejarse conquistar, a sentir su influjo dominador y vivificante. Fué a convivir en su seno todas sus horas diversas y fugaces, alegres, risueñas, melancólicas, dolorosas. Y en ese idilio calmo la naturaleza le entregó sus secretos

como madre o como amante, o como ambas cosas a la vez.

Por eso nos atraen los cuadros de Etchebarne. Hay tanta naturaleza en ellos, que llegan a nosotros, o nosotros entramos en ellos olvidados de nosotros mismos. El paisaje tiene muchos modos de seducir: armonías extrañas de color, ordenaciones decorativas, grandes composiciones rítmicas, agrupaciones lujosas de formas naturales. Pero cuando nos trae una voz de la naturaleza nuestra, frágil como el suspirar de la cascada, y musical como el canto del pájaro nativo, es cuando su poder de seducción es mayor. No es ya el deleite imaginativo y sensual. Todas nuestras facultades se agitan y salimos de nuestro rol de espectadores para movernos en el escenario natural. Nuestra pesada envoltura humana se hace sutil y ligera, y desatados del tiempo y del espacio nos vamos por valles y por lomas renovando las emociones de otras horas, aun aquellas que creíamos dormidas para siempre. Nos hacemos hermanos del árbol y de la piedra, hablamos despacio con la verde alfombra y con el manto azul y constituímos una parte esencial de todo eso, Naturaleza, eterna cuna de belleza.

Esta generosidad es la que tienen los paisajes de Etchebarne. Nos hablan con voces familiares. Nos dan todo lo que tuvieron un instante, color, luz, aire, ruidos, aromas. Los cuadros crepusculares exhalan un vaho de tramonto, perfumado de trébol y de manzanilla que inunda toda la sala. Y el diálogo musitado por "el pino y el paraíso" puebla de tenues murmullos la quietud del ambiente que nos rodea.

Etchebarne no ha buscado sus temas, no los ha compuesto, como se dice en jerga de pintores. Tampoco buscó la emoción para trasmitirla; la encontró allí, cerca de él, por el camino siempre transitado, frente a la ventana siempre abierta.

Y creemos que muchos de esos paisajes han *vivido*

ante sus ojos y que éllos han ido hacia él en vez de ir él detrás de los efectos cautivantes.

Así, Etchebarne ha conquistado los secretos de los grandes pintores. Ve hondo, desgarra el velo superficial, la apariencia atrayente, para buscar la esencia del paisaje. Y siente la palpitación de la naturaleza en los momentos de exaltación en que se hermanan el alma de la cosa y el alma del artista y de la misma alcurnia, se hablan de igual a igual, sin saber si es el hombre el que desciende al seno desconocido de las cosas, o las cosas las que se empapan de las misteriosas virtudes estéticas.

Esta compenetración con la naturaleza existe en toda su obra. Y no queremos detenernos en los detalles de carácter técnico de los cuadros de Etchebarne. Están construidos, no porque el dibujo, ni los planos, ni las medias tintas, ni las distancias estén bien realizados, sino porque por sobre todo esto los ha construído la emoción. Ha trabajado a todas las horas y no se ha detenido ante ninguna dificultad. Y con esta audacia juvenil y consciente, ha obtenido hermosas realizaciones; así, sus cuadros crepusculares "El pino y el paraíso", "Atardecer", "Crepúsculo otoñal", junto con los de retratos constituyen lo mejor de su obra. En estos retratos fué donde culminó su deseo de vencer dificultades. El del ingeniero Murguía, en una media luz de atardecer, con un fondo crepuscular inferior a sus otros crepúsculos, tiene grandes méritos, aunque la figura tenga cierta rigidez en las telas. Nos seduce más "Gonçalino el chirquero", quizás por el efecto decorativo obtenido con naturalidad. Esta figura, con su actitud casi geométrica, se destaca sobre un fondo luminoso de mediodía, como un símbolo. El carácter racial, duro, templado, enérgico, le da cierto parentesco con la naturaleza que lo rodea. Es una roca negra sobre el campo verde, que brilla en rudeza y en tenacidad. Y los rasgos angulosos de la estirpe parecen en-

cerrarse en la cristalización definitiva de una inmensa piedra de ónix.

No seguiremos analizando la obra de Etchebarne. Nos ha revelado las bellezas de nuestras cosas, montes, lomas, arroyos, cielos, y aunque no ha rayado en todas sus realizaciones a igual altura, no queremos pesar el mérito intrínseco de cada una de ellas, porque lo que nos interesa es saber qué camino sigue y cuáles son las virtudes que ejercita en su difícil carrera. Y si continúa sereno, fuerte, sincero, constante, encontrándose a sí mismo en cada obra, nos ha de ofrecer mañana, como nos ofreciera hoy, su conquista de belleza, no objetiva y fiel, sino íntima, emocional, intensa, saturada de alma.

C. A. Herrera Mac Lean.

GLOSAS DEL MES

Alfonso Broqua

He aquí un artista genuino y total. No hay rama del arte que no le interese, y nada le interesa fuera del arte.

Cultiva la poesía como necesario esqueleto de la música y en ésta refunde todas las manifestaciones artísticas: traduce con sonidos el color de los paisajes, o el ánima muerta de las piedras, con lo que, a su modo, es también pintor y escultor.

Su inquietud se revela al primer golpe, en numerosos tics que andan continuamente zigzagueando por su cara. Se adivina que reflejan una exaltación interior, propia de espíritu sutil y lujuriosamente inervado.

Habla lo justo y casi sin adjetivos. Se diría que siempreanda apremiado por el tiempo, como hombre que ha dado una cita y teme llegar tarde a ella.

A primera vista creeríasele versátil y cierto trashumar constante, buscando cambio de ambientes y panoramas, como si se hastiara pronto en cualquier sitio, parecería confirmar aquella apariencia; pero, he aquí, que difícilmente se encontraría un hombre tan fijo y enraizado en su heredad — dominio de belleza pura—que podría decirse que sólo ha comprendido el sentido estético de la vida.

Tal la semblanza de este artista que, empujado por legítimas esperanzas y buscando propicios escenarios,

está a punto de partir para Norte América con los originales de su ópera "La Cruz del Sur", cuyo argumento adelantamos hoy en las páginas de esta revista.

Broqua, al estilo de los grandes maestros, no sólo ha concebido la música, sino la letra y el drama de su obra, con lo cual, seguramente, ésta adquirirá una unidad de acción y de emoción, una justeza íntima entre el color, la idea y el ritmo, imposible de hallar en lo que ha nacido de diversas fuentes.

Más de un lustro de trabajo constante y tenaz hay condensado en esta obra, que miramos con doble simpatía, por el esfuerzo superior que representa y porque está impregnada de americanismo. "La Cruz del Sur" no es una ópera de argumento más o menos aborigen, musicalizada a la europea. Broqua, sin despreciar el auxilio de las técnicas más avanzadas, ha puesto en esta obra valores musicales autóctonos, buscando inspiración en el amplio *folklore* indígena y en el que produjo la mestización. De este modo "La Cruz del Sur" adquirirá un sello característicamente sudamericano, lo que la hará destacar por una vigorosa originaildad.

Para mayor ventura ha encontrado en Alfredo Guido,—el notable pintor y aguafuertista rosarino, cuyos conocimientos en el arte primitivo americano le dan la autoridad de un maestro indiscutido,—el colaborador imprescindible para orientar la futura labor de los escenógrafos. Por amabilidad del señor Broqua nos ha sido posible admirar las telas ilustrativas pintadas por Guido para "La Cruz del Sur", y en las que no se sabe qué alabar más: si el arte del paisajista, si la sobriedad y el vigor sugestionante de los gestos y las figuras, o la meticulosa exactitud de los vestidos, los cacharros, las viviendas, las armas y, en general, de todo lo que caracteriza a la civilización incásica y quichúa.

Pegaso ha querido dedicar la glosa de este mes al artista viajero, que va a partir en medio de la indiferencia y el silencio, y al que espera saludar un día al modo hímnico con que se realza a los vencedores. Bien ganado tiene el triunfo que le aguarda y que le deseamos todos los de esta casa, a la que ha honrado con su amistad y en la que se tienen por los hombres de su tesón y los artistas de su talento, el respeto más alto y la más profunda simpatía.

José María Delgado.

De casa

Festejando la aparición de los cuatro primeros volúmenes de la Editorial Pegaso, tuvo lugar en los últimos días de este mes, un banquete ofrecido por el Directorio a los autores señorita Luisa Luisi y señores Vicente A. Salaverri, José María Delgado y Telmo Manacorda. Presidió la cena el doctor Asdrúbal E. Delgado, Presidente de la Cooperativa Editorial Pegaso. Fué una fiesta amable y cordial, que se repetirá mensualmente, como un medio de reunir en una hora al grupo intelectual que prestigia y colabora en la cultural cruzada emprendida con tanto éxito por nuestra Cooperativa.

La Pegaso editará en estos días un nuevo volumen, "Agua del tiempo", poemas nativos del joven poeta Fernán Silva Valdés, cuyas últimas producciones se han singularizado por su fuerza expresiva, su belleza plástica, su poesía intensa y colorida. Será un nuevo éxito de la naciente empresa, a la que Pegaso ha prestado sus alas, y con la que estamos sinceramente orgullosos.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Epistolario de Rodó. — Biblioteca Latino-Americana.—París.—1921.

La Biblioteca Latino-Americana, que dirige el señor Hugo D. Barbagelata, en París, reunió estas cartas del eminente pensador.

Quienes confiamos mucho en cuanto la correspondencia de esta clase de hombre lleva de su intimidad espiritual, nos vemos defraudados; estas cartas, aunque movidas por diversos tópicos, rezuman una cortesía monocorde, totalmente desfavorable a la realización de nuestras esperanzas. Nada dejan entrever de aquella alma, por lo cual es de desearse una publicación más completa que saque a luz aspectos recónditos. Un epistolario cuya aridez evoca al copiador de una correspondencia comercial o técnica no es lo que merece Rodó. — **E. S.**

Las Campanas de Oro. — Selección de poesías de Carlos Pezoa Veliz. —Biblioteca Latino-Americana. — París, 1921.

Obsequio de la Biblioteca Latino-Americana, dirigida por Hugo D. Barbagelata, hemos recibido este hermoso libro de versos. Carlos Pezoa Veliz es el poeta del infortunio, el lírico del dolor, la esperanza que se malogra, el viajero cuya "es la noche en la mitad del día..." Poeta por el corazón lleno de música, poeta por el cerebro lleno de luz, poeta por el alma llena de congoja,—Pezoa Veliz, que cantó al pintor Pereza, a Pancho y Tomás, al alma chilena y a San Ignacio Confesor, — tuvo la originalidad fuerte, el vuelo seguro, la rima triste de los grandes poetas decadentes. "Se fué con las hojas, en un atardecer de otoño", no sin haber dejado antes esa gavilla de versos, dorados como abejas, trémulos como estrellas, profundos como almas... Ese poema de Juan Pereza, melancólico y hondo, — enorme melancolía, — está redondeado en la cuarteta final: "la vida... sus penas... ¡chocheces de antaño! — Se sufre, se sufre... ¿por qué?... ¡porque sí! — Se sufre, se sufre... Y así pasa un año — y otro año... ¡qué diablo! La vida es así..." — Esa canción del tren, — las quintetas a Teodorinda, — los octosílabos del organillo, — todas las composiciones del libro, si bien ya retrasadas en la forma porque el tiempo pasa tan ligero, y aunque Pezoa per-

tenece al novecientos murió demasiado pronto, — tienen todas ellas el sabor de las cosas personales, la propiedad de un poeta positivo, el carácter de una brillante originalidad. Es sencilla y profunda, tristísima y serena como la misma lluvia en la tarde, esa verlainiana "Tarde de hospital" donde el poeta "para espantar la tristeza" duerme, aunque después se despierte sobresaltado con el lloriqueo del agua...

Pezoa Veliz será siempre, a pesar de haberse ido tan pronto, un gran poeta americano. Su memoria tiene desolación y, amor, atributos sagrados. Bien está, pues, ese prólogo de Leonardo Pena y ese afán piadoso de Hugo Barbagelata, que recoge en un libro la obra dispersa del viajero malogrado, — para brindárnosla en la más pura idealidad y con la más simple emoción...—**T. M.**

Crítica de la Literatura Uruguaya.—Por Alberto Zum Felde.—Montevideo.—1921.

En un país en donde casi todos opinan de oído y tanto se peca de audacia para criticar sin mayor conocimiento de causa, la aparición de un libro como el que comentamos, puede casi considerarse como un milagro.

He aquí un crítico que se ha encerrado en su gabinete de labor, ha pasado largas vigilias estudiando, uno por uno, todos los libros de los autores elegidos, los ha meditado seriamente, los ha comparado y juzgado en sus valores sociales, éticos y estéticos, y todo con una conciencia de hombre que toma el arte como cosa fundamental y no como simple e inocente pasatiempo. Ciertamente, esto es extraordinario en nuestro medio y sólo por la cantidad de trabajo, la magnitud del esfuerzo y su valor sintético, "Crítica de la Literatura Uruguaya" merecería ser alabada sin reparos.

Pero fuera de estos méritos conceptuales y que revelan una investigador, hay un exégeta singular, capaz de abrazar en toda su amplitud la labor de un artista, su psicología, la influencia que ha dado y recibido del medio, su clasificación doctrinaria, la belleza de su arquitectura exterior e interior, en fin, todo lo que ennoblece a la crítica y la levanta a los planos superiores del arte.

Así se ve al autor, frecuentemente, aportando ideas propias y ricos razonamientos al debate de problemas literarios y psicológicos que si bien están relacionados íntimamente con los escritores compatriotas comentados, tienen caracteres universales y dan, por lo tanto, al libro, un valor mucho más grande que el simplemente regional.

Pero a más de estos méritos conceptuales que revelan a una mente superior, está también la obra del esteta, exteriorizada en el estilo de una prosa rotunda y brillante, en el manejo de la ironía, en la modernidad y la justeza de la adjetivación, en la audacia y elegancia de los giros, en la riqueza lexicográfica: todo lo cual

hace que se apuren las páginas del volumen con el doble deleite de lo que está bien meditado y bellamente dicho.

Aun cuando se desconociera la importancia de su obra anterior, este sólo libro bastaría para colocar al señor Zum Felde entre los críticos más sagaces y completos que actualmente se mueven en el escenario de la literatura continental.

Hecho está, con lo que acabamos de expresar, el elogio del libro y del artista. Es de toda justicia, todavía, añadir dos palabras sobre el valor del hombre, sin lo cual todo lo anterior tendría sólo una importancia relativa.

Se necesita una fortaleza verdaderamente masculina para afrontar la situación desventajosa y agria en que se coloca todo aquel que dice sincera y abiertamente lo que piensa.

Equivocado o no en sus juicios, el señor Zum Felde da el espectáculo ejemplarizador de un crítico tan noblemente dispuesto a rendir homenaje a los valores que su conciencia cree positivos, como a lanzar todas las piedras de sus poderosos razonamientos contra los ídolos que considera falsamente entronizados, aun cuando tenga que enemistarse, por ello, con el concepto general y hasta con los sentimientos patrióticos.

Con razón el autor ha transcripto en el prólogo del libro las viriles palabras de Romain Rolland, a cuya fórmula ajusta estrictamente su conducta: "Todo hombre que lo sea en verdad debe aprender a quedar solo en medio de todos, a pensar solo por todos, y, si es necesario, contra todos."—**J. M. D.**

La Alondra Encandilada.—Poesías.—Por Rafael Lozano.—Madrid. 1921.

Rafael Lozano, como sus hermanos mayores, ha ido desde las selvas mejicanas, a París y a Madrid, con la loca ilusión de ver, amar y cantar... Con una juventud jocunda y activa, ardiente y audaz, emocional y alegre como la misma primavera, va conquistando almas y ciudades en loco vuelo de alucinación.

Luis G. Urbina, el exquisito madrigalista del beso enamorado de una mano, grabó en el frontis de este libro del joven poeta, un prólogo de maestro que pone un rayo de luz en el plumaje de esta "alondra encandilada"...

En realidad se trata de un libro inquieto, ardoroso, variable, donde bien se ve al fauno entregado a sus alegres juegos antiguos en el apartado soñador del bosquecillo... Pan y Eros dan la pauta: Verlaine, Samain, Rubén dan la harmonía... La primera parte del volumen tiene un panteísmo encantador, una dulce ingenuidad, un ardor trémulo... Lozano viene "con el alma en las manos"... En la segunda parte hay inquietud, dolor de ausencia, melancolía de recuerdo. El poeta es joven y ya tiene una pena para decir... La amada es un remanso al sol poniente, y como en la

laguna la garza que medita, en ella se refleja el alma entera...

"La sabiduría de la tristeza" se titula la tercera parte. Aparece el mal metafísico, el mal infinito... Hay impresiones de California, de Nueva York: versiones de Paul Fort, de André Gide, de Robert Browing... La cuarta parte está rotulada "Frescos de peristilo", y en ella Lozano, cuya lírica es toda la primavera, canta a Cuanthémoc, a la Malinche, a Cleopatra, a Salomé, a Lincoln, a las pinturas del Greco, a la música de Debussy... En la quinta parte, que se llama "libro de estampas", el poeta ensaya una composición de tres líneas,—sintética, brillante, emotiva,—que, sin embargo, no convence, porque a veces la poesía no está ni sugerida siquiera... Por ejemplo: en "las cuatro estaciones" las estampas brevísimas no tienen el color preciso, no dan la sensación exacta... En la última parte, "Sinfonía de los jardines", Lozano dice el elogio del Luxemburgo y de Versalles... La emperatriz Eugenia parece que viene por uno de ellos; María Antonieta ha pasado por otro, con un libro en la mano...

Hemos llegado al fin: Rafael Lozano ha llenado con el oro puro de su poesía, nuestra pequeña estancia íntima, como en otras veces las manos amadas han derramado el perfume de los jacintos y de las violetas sobre nuestra mesa de trabajo.

Las conclusiones son claras y sencillas. Lozano es poeta de veras, y en su visión singular de las cosas, deja un toque de luz que en ocasiones es una joya... Está todavía en la inquieta senda de la mocedad, pero lleva en sí el alma del mundo. ¡Saludémoslo!—**T. M.**

La Mujer Inmolada.—Por Vicente A. Salaverri.—Editorial "Pegaso".—Montevideo.—1921.

Cuando no hace mucho tuvimos el honor de opinar en estas páginas sobre la última novela de este autor, resumimos nuestras esperanzas en su labor futura, diciendo que quedábamos en el puerto viendo partir las galeras...

He aquí las galeras de retorno, y en nuestras manos ávidas la obra nueva; no del campo, tal cual esperábamos, sino de la ciudad.

Que esta advertencia sirva de peana a nuestro elogio: ya era tiempo de que los escritores fijaran para el arte los elementos de vida urbana, pues aunque no ignoramos dos o tres ejemplos de mérito considerable, cabe decir que el hervor de la urbe no ha tenido aún las plumas que merece.

Por suerte ya aparecen comprobaciones del interés suscitado por esta vida rebañega; y "La Mujer Inmolada" es, sin duda, un alto documento de complejidades competentes a más avanzadas civilizaciones; y que, sin embargo, contenemos; probando que nuestro vivir ya se estremece por sensaciones, de las que alteran, muy honorablemente, la vida aldeana.

Sería menester olvidar los últimos años de nuestras crónicas sociales y artísticas para no acertar en seguida con el terrible drama que cuadró al arte del señor Salaverri para su lucimiento. Y aunque por comprensible pudor no mediremos el espacio que él cedió a la verdad, digamos, sí, que un inevitable espeluzno remata el interés con que esas páginas se recorren, aunque la tragedia es casi contemporánea, y nuestro conocimiento de ella le restaría interés.

El señor Salaverri tuvo habilidad para galvanizarla, embelleciéndola, no por arte cosmética, sino con originalidad que lo recomienda mucho.

Y en llegando a esto, pues que tocamos la manera del autor, cabe referirnos al prólogo de esta novela, donde el señor Salaverri explana sus ideas actuales sobre el punto. Ahí discrepamos; el arte no podrá ser de este ni de aquel otro modo único; será vario, pues que debe cumplir a multiplicidad de emociones; y no tendrá sistema.

Pero esto pudiera ser motivo de más ancho comentario, que acaso algún día ensayemos. Y entonces, ¿sabe el señor Salaverri, observador de las fórmulas de Maupassant, sabe el señor Salaverri con quién vamos a convencerlo? Pues con el señor Salaverri mismo, que es el más encantador ejemplo contrario de aquel cuentista monocorde y fatigante como una llanura mustia.

Sin buscarlo establecimos un nuevo elogio del autor de "La Mujer Inmolada"; pero quede ahí, pues, que de él no nos arrepentimos.—**E. S.**

Florilegio.—Versos de M. Magallanes Moure. — Edición "Convivio".—Costa Rica.—1921.

He aquí al poeta del otoño, largo tiempo callado como si estuviera bebiendo el alma de la tarde, y de vez en vez tremante de versos como un árbol que reune en sus ramas los pájaros viajeros... Canta el **ánima rerum**, la tristeza del invierno, la gravedad de los bueyes, la melancolía del otoño... Y siempre la estación otoñal, frecuentemente la elegía de ese intermezzo amarillo de hojas mustias... El mar y la tarde son el horizonte diario de sus meditaciones, el sempiterno telón de fondo de su paisaje. Pero, como la vida de los hombres tanto se asemeja a la vida de la naturaleza, lo que un día y otro día es gris y triste, es a veces luz y color... El amor embellece: en el amor la vida y la poesía. Magallanes Moure calla y sueña y canta: tiene borroso el sueño: recobra y pierde sucesivamente la cristalería alegre del arroyo, la grandeza inquietante del mar, el aire distraído del árbol, el vellón blanco de la nube ligera, la voz triste y antigua del pájaro humilde, con que va haciendo y deshaciendo su poesía, una de las más altas y más nobles del Chile moderno.—**T. M.**

En el Azul.—Poesías por Fernando Maristany.—Editorial Cervantes.—Valencia.

Forma este tomo de poesías la primera parte de un binomio lírico, del cual "La Dicha y el Dolor", obra que comentamos ya en números anteriores de "**Pegaso**" constituye la segunda.

Aparecen aquí también, aunque quizás no tan firmemente diseñados, como en "La Dicha y el Dolor", las múltiples cualidades que señaláramos en elogio de este lírico, una de las figuras representativas del actual parnaso hispánico.

El libro trae, además, un bello prólogo de Pascoaes, el notable poeta lusitano.—**J. M. D.**

Glosas y Escoldos—Por José Fernández Coria.—Buenos Aires.

He aquí un libro sano y bueno. El autor ha reunido en él una serie de artículos—si inconexos por el asunto, ligados por el espíritu—en los que ha volcado el **trop plein** de su alma. Bueno y sano porque en lenguaje sencillo y claro, habla sobre las cosas que se le van ocurriendo, con sinceridad y emoción. Pero encontramos que su emoción es realmente comunicativa sólo cuando trata sobre temas educacionales. "El problema educacional" y las "Memorias de un rabonero" son sus mejores capítulos. Estas últimas sobre todo. Hubo un momento en que nos hicieron recordar a D'Amicis, aunque no es el género.

Las escuelas frías y sin alma, para la estadística; el maestro de gramática, sucio y malqueriente; el de historia, entusiasta por su cátedra, cariñoso y amado por sus discípulos; el compañero Patricio, a quien llegó a negar un día como Pedro; los detalles bien expuestos y las reflexiones bien hechas; el placer de la rabona y el sentimiento de su falta en las escuelas sin alma: todo eso lo dice Fernández Coria con una sencillez que es un encanto y con una verdad que da calor.

Desearíamos que su futuro libro fuera todo él como este capítulo que elogiamos sin reparo.—**A. B.**

Juana de Ibarbourou.—Ensayo.—Por Alejandro Andrade Coello. —Quito, Ecuador.—1921.

Muy interesante este folletito de veinte páginas, que el espíritu amable de Andrade Coello ha dedicado a nuestra gran poetisa Juana de Ibarbourou. Revela amor, conocimiento, espíritu. No importa que no coincidamos en ciertos conceptos, acaso desvirtuados en su valor por la distancia que hace mirajes. Lo que aquí vale es el entusiasmo de corazón, el entusiasmo por nuestras cosas, que Andrade Coello elogia y engrandece con generoso ademán y ritmo puro.—**T. M.**

En el Azul—Poesías por Fernando Maristany.—Editorial Cervantes.— Valencia.

Forma este tomo de poesías la primera parte de un binomio lírico, del cual "La Dicha y el Dolor", obra que comentamos ya en numeros anteriores de "**Pegaso**" constituye la segunda.

Aparecen aquí tambien, aunque quizás no tan firmemente diseñados, como en "La Dicha y el Dolor", las multiples cualidades que señaláramos en elogio de este lírico, una de las figuras representativas del actual parnaso hispánico.

El libro trae, además, un bello prologo de Pascoaes, el notable poeta lusitano.- **J. M. D.**

Glosas y Escoldos Por José Fernández Coria.- Buenos Aires.

He aquí un libro sano y bueno. El autor ha reunido en él una serie de articulos— si inconexos por el asunto, ligados por el espíritu en los que ha volcado el **trop plein** de su alma. Bueno y sano porque en lenguaje sencillo y claro, habla sobre las cosas que se le van ocurriendo, con sinceridad y emoción. Pero encontramos que su emoción es realmente comunicativa sólo cuando trata sobre temas educacionales. "El problema educacional" y las "Memorias de un rabonero" son sus mejores capítulos. Estas últimas sobre todo. Hubo un momento en que nos hicieron recordar a D'Amicis, aunque no es el género.

Las escuelas frías y sin alma, para la estadistica; el maestro de gramática, sucio y malqueriente; el de historia, entusiasta por su cátedra, cariñoso y amado por sus discipulos; el compañero Patricio, a quien llegó a negar un día como Pedro; los detalles bien expuestos y las reflexiones bien hechas; el placer de la rabona y el sentimiento de su falta en las escuelas sin alma: todo eso lo dice Fernández Coria con una sencillez que es un encanto y con una verdad que da calor.

Desearíamos que su futuro libro fuera todo él como este capítulo que elogiamos sin reparo.— **A. B.**

Juana de Ibarbourou.—Ensayo.- Por Alejandro Andrade Coello. — Quito, Ecuador.— 1921.

Muy interesante este folletito de veinte páginas, que el espíritu amable de Andrade Coello ha dedicado a nuestra gran poetisa Juana de Ibarbourou. Revela amor, conocimiento, espíritu. No importa que no coincidamos en ciertos conceptos, acaso desvirtuados en su valor por la distancia que hace mirajes. Lo que aquí vale es el entusiasmo de corazón, el entusiasmo por nuestras cosas, que Andrade Coello elogia y engrandece con generoso ademán y ritmo puro.— **T. M.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Jiménez de Aréchaga Eduardo, Treinta y Tres 1418.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Vecino Ricardo, Piedad 1386.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

OCTUBRE DE 1921

SUMARIO:

Francisco Alberto Schinca	El Uruguay y la cultura italiana
Pablo de Grecia	Ginette
Luisa Luisi	Las nuevas literaturas
Hugo Mayo	Versos
Enrique M. Amorín	El acecho
José María Delgado	Cuadros del conventillo
Alberto Brignole	Educación sexual
Carlos Herrera Mac Lean	Crónicas de arte: El concurso del monumento al gaucho
José María Delgado. — Emilio Samiel. — Alberto Brignole	Glosas del mes

Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VI.
N.° 40

056.1
PEG
No. 40

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — Manuel **Benavente.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas.** — Manuel de **Castro.** — Asdrúbal E. **Delgado.** — Eduardo **Dieste** — José M. **Fernndez Saldaña.** — Emilio **Frugoni.** — Blas S. **Genovese.** — César G. **Gutiérrez.**—Luis. A. de **Herrera.**—Juana de **Ibarbourou.** — Julio **Lerena Joanicó.** — Luisa **Luisi.** — Horacio **Maldonado.** — Julio Raúl **Mendilaharsu.** — Raúl **Montero Bustamante.** — A. **Montiel Ballesteros.** — Emilio **Oribe.** — José **Pereira Rodriguez.** — Víctor **Pérez Petit.**—Carlos M. **Prando.** — Wifredo **Pi.** — Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.**—Vicente A. **Salaverri.** — Emilio **Samiel.** — Carlos **Sabat Ercasty.** — Juan **Zorrilla de San Martín.**— Alberto **Zum Felde.** — Armando **Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCIÓN: TELMO MANACORDA

Redacción: Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores, 8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay.—No se devuelven los originales.— Los materiales de PEGASO son inéditos.

Administración: Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay. — Suscripción mensual: $ 0.50. — Avisos: convencional.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 °/o anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 - 25 DE MAYO - 427 MONTEVIDEO

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. M. GORLERO. Gerente.

056.1
PEG
No. 40

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — Manuel **Benavente.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas.** — Manuel de **Castro.** — Asdrúbal E. **Delgado.** — Eduardo **Dieste** — José M. **Fernndez Saldaña.** — Emilio **Frugoni.** — Blas **S. Genovese.** — César G. **Gutiérrez.**—Luis. A. de **Herrera.**—Juana de **Ibarbourou.** — Julio **Lerena Joanicó.** — Luisa **Luisi.** — Horacio **Maldonado.** — Julio Raúl **Mendilaharsu.** — Raúl **Montero Bustamante.** — A. **Montiel Ballesteros.** — Emilio **Oribe.** — José **Pereira Rodriguez.** — Víctor **Pérez Petit.**—Carlos M. **Prando.** — Wifredo **Pi.** — Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.**—Vicente A. **Salaverri.** — Emilio **Samiel.** — Carlos **Sabat Ercasty.** — Juan **Zorrilla de San Martín.**— Alberto **Zum Felde.** — Armando **Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCIÓN: TELMO MANACORDA

Redacción: Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores, 8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay.—No se devuelven los originales.— Los materiales de PEGASO son inéditos.

Administración: Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay. — Suscripción mensual: **$ 0.50.** — Avisos: convencional.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 °/o anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 - 25 DE MAYO - 427 MONTEVIDEO

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. M. GORLERO. Gerente.

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Octubre de 1921. **N.° 40 — Año VI.**

EL URUGUAY Y LA CULTURA ITALIANA

(*Continuación*)

El primero que acude a mi memoria es Ruskin, el gran esteta inglés, de quien puede decirse con verdad que sus ojos se posaban regocijadamente sobre la hermosura de las cosas, en el éxtasis de una perpetua contemplación. La adolescencia de este pensador extraordinario transcurrió entre los más bellos panoramas de la península. Adoró las piedras de Venecia y paseó gozosamente su alma de artista en las mañanas florentinas, deslumbrado por las glorias del arte inmortal. El mismo ha dicho en una de sus páginas más elocuentes, que un estudio hecho en los jardines de rosas de San Miniato y en la avenida de cipreses de la Porta Romana, en Florencia, figura para él entre los recuerdos de los mejores días de su vida. Aguzó su sensibilidad exquisita y vibrante en el contacto con tantas creaciones armoniosas del ingenio del hombre. ¡Qué sugestión educadora ha de emanar de la frecuentación asidua de aquellos serenos templos de la belleza, que se abren en Italia, en todas las ciudades ilustres, a las peregrinaciones de los sedientos de ideal y de perfección!

Ruskin comprendió como nadie esa sana influencia, y cuando retornó a Inglaterra promovió un movi-

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Octubre de 1921. **N.° 40 — Año VI.**

EL URUGUAY Y LA CULTURA ITALIANA

(*Continuación*)

El primero que acude a mi memoria es Ruskin, el gran esteta inglés, de quien puede decirse con verdad que sus ojos se posaban regocijadamente sobre la hermosura de las cosas, en el éxtasis de una perpetua contemplación. La adolescencia de este pensador extraordinario transcurrió entre los más bellos panoramas de la península. Adoró las piedras de Venecia y paseó gozosamente su alma de artista en las mañanas florentinas, deslumbrado por las glorias del arte inmortal. El mismo ha dicho en una de sus páginas más elocuentes, que un estudio hecho en los jardines de rosas de San Miniato y en la avenida de cipreses de la Porta Romana, en Florencia, figura para él entre los recuerdos de los mejores días de su vida. Aguzó su sensibilidad exquisita y vibrante en el contacto con tantas creaciones armoniosas del ingenio del hombre. ¡Qué sugestión educadora ha de emanar de la frecuentación asidua de aquellos serenos templos de la belleza, que se abren en Italia, en todas las ciudades ilustres, a las peregrinaciones de los sedientos de ideal y de perfección!

Ruskin comprendió como nadie esa sana influencia, y cuando retornó a Inglaterra promovió un movi-

miento de simpatía y de devoción por el arte italiano, afanándose en que sus obras maestras exornasen la National Gallery, que antes de 1845 no poseía sino muy contadas producciones de los eximios pintores peninsulares. Desde aquella fecha, cinco salas vastísimas, consagradas a las èscuelas de Siena y de Florencia, con cuadros magistrales de Botticelli, de Lippi, de Pozzoli, de Perugia, de Ghirlandajo, arraigan en el turista el convencimiento de que el apostolado del eminente pensador ha producido todos sus frutos, modificando la sensibilidad y la mentalidad de un gran país que parece psicológicamente organizado sólo para realizar en el mundo sus desmesurados ensueños de dominación material y de absorbente imperialismo!

De las neblinosas islas británicas llega también a Italia, en los comienzos del siglo pasado, el atormentado cantar de Don Juan. Proscripto de una sociedad llena de preocupaciones y mojigaterías como la sociedad inglesa de aquel tiempo, Byron buscó en el generoso país latino un poco más de libertad para su inteligencia y para su corazón. Amó, sufrió, soñó, produjo en la patria de Petrarca algunas de sus obras dilectas. El cielo azul y la tierra siempre florida se mostraban propicios a las magníficas efusiones de su sensibilidad. Era aquél un hombre extraordinario, un temperamento casi delirante, ávido de emociones supremas, y como para satisfacer sus perpetuas inquietudes y sus dolorosas ansias de acción, llegó a Italia en los mismos momentos en que este país se disponía a lanzarse de lleno a la vorágine de las agitaciones revolucionarias. "El suelo volcánico de Italia—escribe uno de sus biógrafos—no era el más a propósito para mantener tranquilo e indiferente a un hombre de ese temple. Hubo el año de 1820, en toda la península, un gran movimiento de sociedades secretas y de conspiraciones, y Byron no rehusó ni su nombre ni

su fortuna, ni su talento ni su persona, para unirse a los que trabajaban en favor de la independencia italiana. Redactó proclamas, compró armas, albergó combatientes en su casa. El esfuerzo abortó, los desastres de 1821 sumieron otra vez al país en la inercia y en la miseria, y nadie lo sintió y lamentó más amargamente que él, él que había escrito estas palabras en una de sus cartas privadas: "no hay sacrificio demasiado grande para tan grande objeto. ¡Una Italia libre! Pensadlo bien: si eso es la poesía de la política!" En los tercetos de *La profecía de Dante* formuló el consejo práctico, el único que la podía salvar: "uníos, — hace decir al famoso poeta y patriota, — uníos y los Alpes serán una barrera insuperable." Necesitábase, sin embargo, mucho más de un cuarto de siglo todavía para que el consejo fuese oído y atendido. Por fortuna, en esos infaustos días había ya visto la luz la generación a que pertenecieron Mazzini, Garibaldi, Azeglio, el conde de Cavour y otros ilustres italianos, admiradores todos, Mazzini principalmente, del genial creador de "Manfredo".

Una pavorosa tragedia epilogó en Italia también la vida de otro gran poeta británico, enamorado de la luz meridional que baña las armoniosas costas peninsulares, arrulladas por el cántico eterno de las olas y por la eterna música de los vientos. ¿Conocéis, acaso, la obra melodiosa de ese peregrino del ensueño que se llamó Shelley? Nadie ha cantado como él el vuelo mágico de la alondra y su serenidad sugestiva, y nadie ha loado mejor y en más admirables estrofas el canto delicioso de aquella avecilla que precipita sus salmodias improvisadas en largos torrentes de melodía.

"En la púrpura pálida de la tarde—exclama el poeta—se baña tu vuelo; vas a fundirte en ella como la estrella se funde en la claridad del pleno día; pero cuando mis ojos han cesado de verte, oigo tu grito de-

lirante.'' Este delicado rimador que amó tan inefablemente a su arte, pereció, a los veintinueve años de su edad, en la dilatada bahía de Spezia. Se le tributaron exequias que tuvieron algo de la solemnidad de los funerales antiguos. Su cuerpo, arrojado a la orilla, fué devorado por una hoguera, mientras la piedad de algunos amigos transportaba a Roma aquel privilegiado corazón, en el que sólo se albergaban nobles pasiones y puros sentimientos. Sobre el sepulcro que guarda el precioso despojo, se grabó esta inscripción lacónica y expresiva: ''Cor cordium'': corazón todo cordialidad, todo efusión, todo emocionado amor por las cosas. Algunos años antes, en 1821, otro poeta inglés, John Keats, se había extinguido dulcemente en lo más florido de su juventud, cuando se abre en el alma de los favorecidos por el numen la rosa fragante de los epitalamios, en aquella misma tierra italiana a cuyo regazo había implorado hospitalidad reparadora, huyendo del clima inclemente de su país de nieblas hostiles.

De Alemania han llegado también a la Italia maternal y acogedora peregrinos ilustres; sin duda, todos aquellos que han sentido germinar en su alma las depuradoras emociones del arte, del heroísmo y de la belleza. Gœthe la visitó con unción, y puede afirmarse que en el éxtasis de las altas contemplaciones se disolvió, como un copo de nieve bajo un rayo de sol, la olímpica serenidad del gran impasible. ''El viaje a Italia'' narra las etapas del sublime peregrinaje. Y en las páginas de ''Los años de aprendizaje de Guillermo Meister'', el insigne escritor ha dejado el testimonio vivo y tangible de su amor por el bello y claro país meridional. Cuando Linda entona o recita su balada inmortal, comprendemos que es a Italia a quien se refiere, porque hay en la deliciosa canción como un aroma inconfundible que no puede ser otro que esa

suave fragancia de azahar que embriaga a los que visitan por primera vez ciertas regiones de la privilegiada península: "¿Conoces el país donde florecen los naranjos? En el follaje sombrío brilla la naranja de oro; dulce brisa sopla del cielo azul; el mirto discreto, el laurel soberbio, allí se levantan. ¿Lo conoces? Allí es, allí es, ¡oh, mi muy amado, a donde quisiera ir contigo!

¿Conoces la casa? Su techo descansa sobre columnas. La sala brilla, la sala resplandece, y las estatuas de mármol se levantan y me miran: ¿qué te han hecho a tí, pobre niña? ¿las conoces? Allí es, allí es, ¡oh, mi protector, a donde quisiera ir contigo!

¿Conoces la montaña y su sendero brumoso? La mula busca en ella un camino por entre las cumbres; en las cavernas habita la vieja raza de los dragones. La roca se precipita, y por encima de ella el torrente. ¿La conoces? Allí es, allí es, a donde nuestro camino nos conduce; ¡oh, padre mío, partamos!"

"Luego que Linda hubo concluído el canto por segunda vez, agrega el novelista, se quedó un momento silenciosa, fijó en Guillermo una mirada profunda y le preguntó:

—¿Conoces tú ese país?

—Presumo que es Italia,—respondió él.—¿De dónde has tomado esa canción?

—¡La Italia!—repitió Linda, pensativa.—Si vas a Italia, llévame contigo: tengo frío aquí."

Toda el ansia de los que acuden al dichoso país latino en busca de tibieza, de halagos sensuales, de claridad y de armonía, está compendiada en esa frase insinuante y como estremecida por el anhelo de los días de sol y de encanto que se desean y que se esperan.

Heine, que fué por el mundo prodigando mofas y sarcasmos, que se burló de su propia patria, que ridiculizó a sus mismos connacionales, en Italia supo

arrodillarse y adorar. Niestzche se bañó en la lumbre radiosa de aquel cielo único y bendito, antes de que su inteligencia naufragara en la perenne noche de la locura, y en cuanto a Wagner, después de haber escrito las notas patéticas de su "Tristán e Isolda", rindió en la legendaria Venecia de los Dux, en la que había refugiado sus hondas nostalgias y sus fecundas melancolías, aquella alma poderosa que debe de haber sido saludada en la eternidad por el retumbar oceánico de los aplausos de todos los siglos y de todos los pueblos!

Francia es la gran hermana latina de Italia. Por sobre ciertas desavenencias históricas y por sobre ciertos enconos tradicionales, la patria de Rabelais ha sabido honrar a la patria del Dante y vincularse a ella por la inteligencia y por el corazón. Casi no hay un francés ilustre o preclaro que no haya ido a prosternarse en el sagrado suelo itálico, frente a las ruinas seculares o a los fascinadores paisajes que deslumbran los ojos y que reposan el espíritu. Ese culto por Italia es anterior al romanticismo, porque data de los días luminosos de aquel Renacimiento que es como una dilatación del espíritu humano y como una encantada primavera de la historia del mundo. Ya hemos visto cómo gustaba Chateaubriand de la agreste campiña romana. Mme. Staël, en las apasionantes páginas de su novela "Corina", hace conocer a sus compatriotas las ciudades itálicas y sus bellezas monumentales. Los románticos avivan y estimulan esa devoción provechosa. Lamartine descubre en los alrededores de Nápoles el perfil delicado de su Graciela. Sthendal se asimiló de tal manera el temperamento italiano, que su tumba, por una humorada del insigne escritor, ostenta sólo este sucinto epitafio: "Enrique Beyle, milanés". Alfredo de Musset y Jorge Sand pasean por todos los rincones de Italia, en una peregrinación romancesca, la indómita libertad

de sus corazones, aquella pasión desenfrenada que inspira luego al poeta doliente y desengañado las magníficas elegías de "Las Noches". Edgard Quinet discurre sobre las revoluciones de Italia con una admiración tan profunda, con una simpatía tan íntima y tan efusiva, que no parece sino que hubiera encontrado en aquel armonioso país la segunda patria de su espíritu. Pocos han hablado de Venecia con tan emocionada ternura como Teófilo Gauthier, en ciertos inolvidables camafeos grabados y trabajados con verdadero celo de artífice. De Hipólito Taine vosotros sabéis que ha hecho también su viaje a Italia y que lo ha narrado en su bello estilo sanguíneo y pictórico. Se ha detenido frente a los frescos gigantes de Miguel Angel, admirando las atormentadas y ciclópeas figuras del Juicio Final, y frente a las madonas suaves y seráficas de Rafael y de Cimabue. El tiene, sin embargo, la obsesión de los espléndidos panoramas. Su vista discierne con facilidad y prontitud los más tenues matices de las cosas. Si admira el Coliseo de Roma y la catedral de Milán, busca en su paleta riquísima las tintas más puras y prestigiosas para describirnos el joyante mar de Nápoles y su perfecto azul, del cual él mismo dice que es casto y tierno como una prometida y como una virgen. Ischia y Capri, en los bordes del cielo, son blancos en su muelle muselina de vapor, y el azul divino luce dulcemente hasta perderse de vista en esa bordadura nívea. El golfo entero parece un vaso de mármol expresamente redondeado para recibir el mar. Una flor satinada, un ancho iris aterciopelado, de dulces pétalos luminosos, en que el sol se exhibe, y que vienen a distenderse sobre una orla nacarada: he ahí las ideas que se precipitan en el espíritu y que no bastan, sin embargo, para expresar la inefable impresión que suscita en el viajero aquel bello espectáculo. Al pie de los peñascos el agua es verde, como una esmeralda transparente,

a veces con reflejos de turquesa o de amatista, especie de diamante líquido que cambia de matiz con todos los accidentes de la profundidad o de la roca, especie de joya abigarrada y movediza que encuadra la abierta flor divina.

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

(*Concluirá*).

GINETTE

Flor de leyenda, flor triste como ninguna
Para ornar los cabellos centenarios del Rhin;
La sirena melódica viste un manto de luna
Y en sus ojos se espeja el lago de Globin.

Céfiro en dulce cálamo interpone su cuita;
Hay cien siglos dormidos en el vasto canal...
Un esquife, entre perlas, boga y en la infinita
Lámina azul, Colonia yergue su catedral.

Entre músicas suaves y espejismos de oriente,
Pasajera sonámbula de la noche al amor,
Ginette sobre las aguas inclina dulcemente
Sus pupilas de estrella y su busto de flor.

¿Por qué sus ojos muestran visible desvarío?
Hada Misterio le hace señas desde el azul
O el enigma que acecha en el fondo del río
Le ofrece los encantos de su alcoba de tul?

¿Idilio?... ¿Cita acaso de un amor sin comienzo?
Tres puntos suspensivos en el folio de ayer...
El imposible esbozo sobre el divino lienzo
O el éxtasis soñado que no pudo nacer?

Rige la luna el vuelo de su blanca cuadriga
Sobre el sendero de astros del celeste jardín
Y oración elegíaca o emocional cantiga
El ruiseñor arranca a su antiguo violín.

PABLO DE GRECIA.

LAS NUEVAS LITERATURAS

HUGO MAYO

Es Hugo Mayo uno de los representantes ecuatorianos de la novísima tendencia poética que intenta reformar en absoluto los clásicos moldes de la poesía.

Tendencia muy interesante, y que lleva en sí misma fecundos gérmenes de futuro, a pesar de los humorismos desconcertantes, de las chuscadas y de los absurdos con que — un poco para burlarse francamente del público incauto e ingenuo, resucitando el viejo y gastado sistema de *épater le bourgeois;* y un mucho para llamar la atención esquiva de ese mismo público, en una *réclame* sistema yanqui—el grupo llamado *dadaísta* ha revolucionado el mundo de las letras en París, en Italia y en España.

El mismo Rafael Lasso de la Vega, uno de los apóstoles más convencidos de este movimiento, confiesa abiertamente esta posición burlesca del *dadaísmo,* en un estudio que tiene, sin embargo, mucho de serio y de verdadero: "A semejanza de aquella estatua de *El poeta asesinado,* modelada, no en bronce ni en mármol, sino en nada, en el vacío, Dadá no es nada. Ya lo manifestaron Tzara y Picabia. Esta nada está en pugna contra la otra nada que nos infesta: teatros, libros, exposiciones oficiales, etc., todo lo que hoy la gente aplaude y saborea como un caramelo. *Dadá* es, pues, un farsa muy superior a la que hubiese inventado en nuestros días, si viviese, el clásico genio inventor de la farsa: Aristófanes. Es preciso dar la batalla, pero sin encolerizarnos. Es posible que nos muramos de risa como aquel griego... *Pero detrás de nuestra risa*

está la seriedad; tras la destrucción la nueva edificación.

En cuanto a Dadá es la apoteosis de la burla; se burla de todo, hasta de sí mismo". — (Cosmópolis, diciembre de 1920).

MEDIODIA

El sol va pasando
con hambre
olvidando los niños

Las calles como paralelas
son testigos de las embajadas
de Pleamar y Bajamar

Dentro de las vitrinas
mundos soñados
por Copérnico

Carros con colonias
giran sobre su órbita

Empleados que esperan en los ventiladores
el milagro prometido

Telescopios
negros
café
azules
llevan
termofobia

Pasa la vida en busca de una congelación
azul

Los transeuntes son
lluvia de Diana

HUGO MAYO.

Lo más desconcertante en este movimiento, que no sabemos si nació en veras o en burlas, y cuyos iniciadores no sabemos si fueron simples embaucadores de público o si tomaron deliberadamente ese camino para obligar a que se les prestara una atención demasiado solicitada por miles de objetos diversos, es que, hoy por hoy, el movimiento existe seriamente, no sabemos si *a causa* o *a pesar* de esos mismos iniciadores.

Una pléyade de jóvenes poetas está *creando* realmente una nueva poesía con fórmulas acaso arbitrarias, acaso exageradas, pero realmente existentes.

Y es el caso de estudiar con atención — si nuestra modalidad no acepta de lleno los nuevos cánones—lo que haya en ese movimiento de *aprovechable* como *vitalidad* poética. Tan equivocados estaríamos al encogernos de hombros despectivamente, ante la nueva poética, como al aceptarla íntegramente, con efusiones de neófito.

Lo curioso del caso es que el Río de la Plata, tan abierto a todas las novedades literarias y sociológicas, haya permanecido indiferente en absoluto a ese movimiento que absorbe la atención de tantos literatos; y al que Guillermo de la Torre, en las páginas de "Cosmópolis", y Cansinos Assens en las de "Cervantes", han dado tanta importancia, al punto de publicar esta última revista verdaderas antologías *ultraístas* por las cuales ya teníamos ocasión de conocer a nuestro joven autor.

FLUVIAL

El síncope de la noche
anula el aire
en soluciones de sulfato

Puntuaciones ortográficas de otro siglo
en el alumbrado de las embarcaciones

Discursos
insolubles

Proyecciones de cuerpos
geométricos

Yodo en oposición
con Coty

Arabescos
formando
ecuaciones
nihilistas

Marinos de barbas niqueladas
soplan chimeneas ambulantes

La ciudad líquida
como sanatorio de sales

adiciona

HUGO MAYO.

Entre nosotros creo que solamente la efímera revista "Los Nuevos" se ocupó algo de este movimiento, publicando composiciones de Isaac del Vando Villar, Gerardo Diego y algún otro.

Federico Morador, entre nuestros poetas, parece tender algo hacia esta escuela, aun cuando se defienda de

mi calificativo de dadaísta, aplicado a algunas de las composiciones de su libro "Poesía". También un joven poeta, Carlos Rodríguez Pintos, de quien PEGASO publicó algunas composiciones, tiene una ligera tendencia hacia el creacionismo; y digo ligera tendencia, porque comparadas con las de su inventor, Vicente Huidobro, aparecen casi clásicas en absoluto.

En cambio, los otros países de América han seguido rápidamente dicho movimiento. El mismo Vicente Huidobro, que pasa por ser el introductor del creacionismo en España, es chileno. César E. Arroyo es americano, como lo son Hugo Mayo y Victorio Abril.

Los demás *ases*, Lasso de la Vega, Guillermo de Torre, César E. Comet, Rivas Panedas, Correa Calderón, entendemos que son todos hispanos.

Ahora, nuestros conocimientos sobre la nueva tendencia no nos permiten clasificar de un modo absoluto las composiciones de Hugo Mayo con que PEGASO da a conocer a este adalid de la nueva poética, entre los ultraístas con que el dadaísmo francés—que defiende en "L'Esprit Nouveau" Paul Derinée, — ha tomado carta de ciudadanía en España, o bien entre los creacionistas que patrocina Huidobro y defiende Guillermo de Torre, o bien entre las cien otras que, cual hongos crecidos a la sombra de la rama materna, el cubismo, se multiplican sin paz ni armonía, a pesar de la poca diferenciación de sus matices para aquellos que los contemplamos desde afuera; aunque por sus condiciones generales, nos inclinemos a colocar a nuestro nuevo colaborador en la entusiasta falange de los ultraístas.

LUISA LUISI.

Montevideo, 1921.

EL ACECHO

A Telmo Manacorda y Juan Carlos Bernárdez.

A cincuenta metros de la puerta de calle de mi casa, había una librería, a donde no vi jamás entrar un cliente.

Con mis libros bajo el brazo, frente a ella, cruzaba todas las mañanas, apresurado o lento, según mis estados de ánimo. Camino obligado, en donde hallaba siempre las mismas caras; unas, ansiosas, esperando el tranvía; otras serenas, andando paso a paso...

Mis ojos veían con la inconsciencia más grande, las caras conocidas, las puertas cordiales, los balcones amables, y aquellos gruesos caracteres en rojo que, en el cristal limpio de la vidriera de la librería, versaban:

Lasky, y diez centímetros más abajo: *Librería fundada en 189...*

Nunca consideré como casa vecina la de Lasky, el librero. Parecíame distante muchas cuadras de mi zaguán, aunque casi siempre terminaba de colocarme el sombrero, cuando cruzaba por el esparate...

Durante tres años, a las ocho de la mañana eran mis salidas. Al atardecer, mis regresos.

La vidriera era amplia, con un cristal brillante y limpio. La puerta era pequeña, estrecha, daba la impresión de un pasillo secreto, de esos que abundan en

novelas policiales. Apenas dejaba adivinar su interior sombrío, desde donde llegaba, algunas veces, un vaho extraño, mezcla de humedad y de sabroso olor a papel. Inconscientemente percibía todo esto.

Lasky, el dueño de la librería, sentado detrás del escaparate, descansaba en un viejo sillón, entre dos pilares de libros. Desde la calle, al cruzar frente a la vidriera, se veían sus ojos color oro. Eran desagradables y ásperos. La cabeza, inmóvil, surgía de entre los pilares, como un llamado, como un grito. Era imposible detenerse en la vidriera a curiosear, ante los execrables ojos color oro, sin pestañas ni cejas. Hacían daño. Eran hostiles a cuanto curioso se acercase a la vidriera. Tardes hubo, en que cruzaba observando de rabo de ojo, los libros alineados. Apostado, otras veces, en la esquina cercana, observaba los gestos de los transeuntes. Al retirarse de la vidriera de Lasky, llevaban un gesto de asco, de repulsión, en sus rostros marcados de acedía. Yo les tenía un miedo de tres años, y, sin embargo, ¿no me vieron ellos pasar, día tras día, durante tanto tiempo, como para serme vecinos o familiares?

Allí estaban siempre, mirando — escudriñadores— y apurando las cosas de la calle, con atención inusitada. Parecían, aquellos ojos color oro, dos moneditas doradas, o las puntas de dos taladros dorados, empeñados en agujerear el aire y el cristal de la vidriera. Lo veían todo. Al hombre que pasa despreocupado; al obrero de sucia vestimenta; al mendigo harapiento; a la lujosa dama; a la buscona; al curioso que se asoma a la vidriera por costumbre; al escolar de ingenuo mirar celeste... A todos, aquellos ojos color oro, veían diariamente cruzar por delante de la tienda de libros... Ojos sin pestañas ni cejas, que no me dejaban estudiar la ubicación de los alineados libros de la vidriera. Lasky estaba allí, entre dos pilares de libros, con las manos en sus bocamangas, el pecho

hundido, los hombros caídos y la mirada, clavando su loco afán, desde la oscuridad de la tienda.

Los ojos color oro me veían siempre pasar. Conocerían muy bien mi corbata a rayas, mis cuellos lustrosos, mi traje azul... Cuando cruzaba un desconocido, ellos multiplicaban la atención. ¿Entraría a comprarle? ¿Le agradaría algún libro? ¿Buscaba una novela en donde estuviese retratado su espíritu? ¿Algún drama, parecido al de su vida, buscaba el desconocido?

Pensé que debía entrar, alguna vez, en lo de Lasky. Era—sin duda alguna—una burla mía, solapada y perversa, acercarme tarde a tarde y no entrar nunca.

Los ojos color oro comenzaban a odiarme y se aguzaban las puntas de aquellos taladros dorados. Creí que les era un sér antipático, despreciable, como esos que se burlan de un anormal. Los ojos color oro, cada vez más desagradables, acabarían por enfermar mis ojos.

Entré. Lasky abandonó su sillón y vino hacia mí. Tuve la impresión de que el miedo me entraba por los ojos, pero Lasky, con las manos en sus bocamangas, estaba ya cerca mío. Adopté un gesto displicente y noté cambiados los ojos color oro. Ahora me eran cordiales, amables, me acogían con un aire familiar, y dábanme valor.

—De esta revista—dije señalando la revista Pegaso—el número catorce...

Sacó las manos de sus bocamangas. Eran sarmentosas, dedos largos, rematados en uñas largas y afiladas; amarillas y feas. Colocó la diestra sobre unos libros y comenzó un ágil tamborileo. Dióme escalofríos. Había olor a libros. El local, poco aireado, daba la impresión de un sótano atestado de libros. Miró adonde yo señalara y encaminándose con una lentitud majestuosa, como la del hombre satisfecho, resuelto a saldar una deuda. Levantó un brazo hasta las estanterías y me alargó el ejemplar pedido,

con ademán seguro, cierto. Tomé la revista y pude apreciar de cerca las diez uñas amarillas y afiladas de aquellas manos sarmentosas, huesudas, largas.

—¿Cuánto?—interrogué lacónico y frío.

—Uno y cincuenta...—La voz era recia, como sus ojos. Dijo las palabras con firmeza, de la misma manera que clavaba en las pupilas de los transeuntes, los clavos dorados de sus ojos color oro. Casi me atrevería a afirmar ahora, que sonrió imperceptiblemente, mientras le abonaba el ejemplar adquirido.

Dejé vagar una mirada estúpida, por las estanterías repletas de libros y con el gesto de hombre en sus cabales, salí de la tienda de Lasky, con arrogancia. Había gastado uno y cincuenta después de tres años de continuo pasar por aquella librería...

Dí vuelta en la puerta de calle, a mi izquierda, y me detuve, junto a una curiosa mujercita, a mirar los libros de la vidriera. Los ojos color oro no estaban allí. Ambos, con satisfacción, contemplamos la vidriera. Los libros mejores parecían atraer nuestras miradas. Noté que mi compañera de curiosidad,—alguna chica frívola,—alejaba sus miradas, de los libros de títulos sugestivos... Pude cerciorarme de que en la librería de Lasky había libros llegados en el último correo, pidiendo a gritos que yo los comprase. Tuve varios segundos de dulce paladeo. Mis manos se inquietaban porque no podían palparlos, tocarlos, para sentir mejor la emoción del libro nuevo. Se lee con las manos, a veces, aunque esto parezca raro. Un amigo tengo yo, el cual huele los libros antes de leerlos. Es que, indudablemente, hay ejemplares que requieren los cinco sentidos para ser saboreados. Obsérvese el olor particular de ciertos libros, que no han sido abiertos nunca, desde que allá en Europa, unas manos—tal vez femeninas—los empaquetaron para América. El goce de los curiosos de las vidrieras, es de los más refinados, de los más puros goces.

Cuando entraba en el dominio de la vidriera, aprendiendo de memoria lugares, títulos, autores, etc., vi a mi compañera de curiosidad hacer un gesto desdeñoso, cruel para mí, y alejarse. La miré sorprendido. ¿Qué había hecho yo a aquella mujer para que así se alejase? ¿No fuí su buen compañero de curiosidad? Volví la vista sobre la vidriera y estaban, luminosos, diabólicos, los ojos color oro. Comprendí el gesto de la compañera de curiosidad y contemplé los ojos de Lasky con un poco de valor. Eran ahora, como dos ruedas de fortuna, pequeñitas, girando vertiginosamente. Me clavaban sus clavos dorados, en las mismas pupilas. Aquellos ojos no eran los mismos del hombre que me vendiera la revista montevideana. Habían cámbiado, cambiaban espantables y ásperos, a través de los cristales. Pude dominarme y así dominarlos. Bajé la vista y me sorprendió la cubierta parda de cuero, de un viejo ejemplar colocado en el centro de la vidriera. No le había visto antes. Se repetía el fenómeno del paseante que no sabe cómo son las molduras y cornizas de las fachadas de las casas por donde cruza a diario.

Cuando miré nuevamente, el ejemplar único, de parda cubierta, vi un rótulo a su lado. Versaba: *"Ejemplar único. Hay dos en el mundo."* En aquel momento los ojos de Lasky, todo Lasky en los ojos, me indicaban el ejemplar único, mientras giraban los ojos color oro, como dos ruedas de fortuna, pequeñitas... Puse mis cinco sentidos para comprender lo que decían los ojos, o lo que ansiaban decir. Tres años de diario cruzar frente a ellos, no me habían alcanzado para descifrar su enigma. Por otra parte, nunca me había empeñado en ello. Pude abstraerme de la baraúnda callejera; peatones y automóviles; pasos en la acera; vendedores ambulantes, tranvías ruidosos, todos se habían alejado de mí. Estaba yo solo, frente a un par de ojos color oro, gi-

rando, con no sabía qué afán loco. ¿Qué podían decirme desde adentro de la tienda, a mí, que apenas había entrado una sola vez? Recapacité unos instantes y se me ocurrió pensar que jamás había visto aquel ejemplar único. Al mirar con insistencia la parda cubierta, dí con la clave del terrible enigma. Aquellos ojos esperaban el comprador del ejemplar único, con avidez, con afán enfermizo. Era el acecho, el enorme acecho de los que esperan. En el brillo de los ojos color oro, descubrí la tragedia de Lasky, el suplicio brutal de una espera, el enfermizo esfuerzo de un acecho. Acechaba al cliente, desde su viejo sillón, como un perro de presa, al grito del cazador. Como la ansiedad de cien pescadores hambrientos, al levantar las redes, en un atardecer. El ejemplar único dormía en el escaparate, desde cinco años atrás. Lasky lo puso en la vidriera una manaña, y se apostó tras él, para esperar el cliente. Pretendía señalar, indicar con los ojos, a cuanto transeunte se detuviese en el escaparate. ¡Y pensar que sus ojos eran los enemigos suyos! Hacían huir a los clientes, con gestos de asco y repulsión. La tragedia silenciosa y bárbara de ojos en acecho, no la ha cantado, ni contado nadie. La tragedia de los ojos color oro, por mí vivida, no podrá nunca, nadie, cantarla. Fué formidable y silenciosa. Vivió cerca de cinco años, pero tuvo la fuerza de un acecho de siglos. Acecho, en donde el hambre, el lujo, la vanidad, todo se concentraba. Acecho cambiante en los ojos; que eran a veces monedas doradas; otras, puntas de taladros dorados, empeñados en pasar a través del cristal; muchas veces, clavos de oro, y no pocas, ruedas de fortuna doradas, girando, girando. Por las noches, en los sueños felices, serían ruedas de fortuna...

Supe el secreto de aquellos ojos y los compadecí y admiré. El cristal de la vidriera me enseñaba la tragedia del hombre que lucha, silenciosamente... Pen-

sé en las hijas de Lasky, en sus faldas de seda... Pensé en su mujer, en los altos alquileres, en las mil tentaciones de Buenos Aires, cambiante como una víbora de muchos colores. Pensé en la vanidad, en el lujo, en la moda, en las hijas de Lasky, bien vestidas.

Los esfuerzos que él hacía para detener a los curiosos, eran sobrehumanos. Se enfermaba. Deliraba como un loco, detrás de la vidriera, como una araña hambrienta a la puerta de su cueva, viendo volar las moscas próximas a la trampa. Cada paseante era un posible comprador; era, tal vez, el hombre que se llevaría aquel ejemplar único, mitad de su fortuna en libros.

El tormento del vendedor, condenado a esperar el cliente, es trágico. ¡Verle pasar y comprender que si uno tan sólo, adquiere algo, significa el saldo de una deuda! El tormento horrible comprendí aquella tarde... Sufrí con Lasky, sufrí con sus diabólicos ojos color oro, percatándome de su mal irremediable.

Perversos y cicateros, serían aquellos que, comprendiendo la tragedia de sus ojos, no entraban a comprar libros en lo de Lasky. Cuando niño, me complacía en engañar a las arañas, imitando el ruido de las moscas presas en la tela, y comprendí, recordando, el suplicio espantoso de un acecho semejante. Desde aquella tarde me propuse adquirir el ejemplar único, arrancarlo de aquella vidriera, como a un árbol seco, en mitad de un camino polvoriento. Arrancar el libro de la vidriera sería quitar el mal a Lasky, hacerle feliz una hora, alegrar tal vez la vida de una de sus hijas, ignorantes de la tragedia del acecho.

Debía extirpar el mal del librero desgraciado, adquiriendo el ejemplar único. La sola idea de que con aquellos ojos colór oro, Lasky podía dañar a una de sus hijas—a quienes no conocía—me alentaba en mi obra benéfica...

¡Pobre Lasky, el hombre del acecho! repetía a cada

rato, aquella tarde de mi feliz ocurrencia, en entrar por el número atrasado de una revista uruguaya...

Cuando me alejé, Lasky había quedado en la vidriera, con sus ojos en acecho. Al acostarme, la noche del descubrimiento del secreto, estuve hasta tarde, pensando en el acecho de todos los hombres. El caso de Lasky me pareció un índice. Señalaba el terrible mal que aqueja a muchos hombres. A unos más que a otros, meditaba, pero a todos el acecho ha de ir secando poco a poco el corazón, hastá la muerte. ¿Nadie ha visto o sentido la ansiedad de un lustrabotas que ofrece sus servicios gritando? ¿La ansiedad del vendedor de baratijas? *¡Hoy no se vende nada!* —he oído decir a más de uno. Pero elios, los que vagan, distraen la vista, son asaltados y sorprendidos por miles de acontecimientos callejeros. El acecho de Lasky, la espera ansiosa del comprador de su ejemplar único, llegado con enormes esperanzas, sólo yo la comprendía. Para los ojos color oro, aquel libro magnífico echaba raíces a medida que los días pasaban. El viejo ejemplar de cubierta parda descansaba como un muerto, entre los libros recién llegados. En los ojos color oro, la visión del libro único era distinta a la mía. Para los ojos del librero en acecho, ya no tenía forma, color ni tamaño, aquel ejemplar de parda cubierta. Era una visión fantástica de una esperanza parda, petrificándose ante sus ojos. Era como una roca sombría en la playa de un mar de pasión, el cual con sus olas debía pulverizarla... El acecho de Lasky era su suplicio. Pasaban los curiosos, pasaban transeuntes, de la mañana a la noche. Unos apresurados, ni miraban su vidriera. Otros se detenían un segundo, pero nadie entraba por el ejemplar único. Varios bibliotecarios de clubs porteños, habían desdeñado el ejemplar ofrecido. Lasky esperaba el hombre suyo. Imaginábalo vestido de mil maneras. Al cabo del día eran muchos los posibles com-

pradores. Por otra parte, yo no vi jamás a ninguna persona cruzar el umbral de la librería de Lasky...

Sabedor de la silenciosa y honda tragedia de un par de ojos color oro, traté, en los días subsiguientes, de aminorar el mal del acecho.

Una tarde, a la vuelta de mi labor, crucé por segunda vez el umbral de la tienda de libros... Había visto los ojos de Lasky sus raras señas. ¡Qué señas, Dios mío! Giraban los ojos, como dos ruedas de fortuna y me enseñaban el libro, la gran esperanza suya. Porque percibí una sonrisa, no sé si de burla o de alegría, aquella tarde entré a preguntar el precio del libro.

Lasky se puso de pie. Las manos—sus uñas—estaban metidas hasta los codos, en las bocamangas de su vestimenta amplia. Miré con curiosidad falsa y estudiada, una estantería con libros en rústica. Se acercó Lasky y dándome vuelta bruscamente, le dije:

—¿Cuánto pide por el ejemplar único?

Los ojos color oro, sin pestañas ni cejas, habían cambiado. Eran otros, ásperos sí, pero guardando una tranquilidad más visible. Vi su boca de labios finos y pálidos. La frente estrecha, surcada por dos líneas solamente; rectas arrugas, finas, de sien a sien. Y me contestó:

—*Mil quinientos pesos, señor, mil quinientos...* — Al decir por segunda vez *mil quinientos,* los ojos color oro grabaron en mis ojos, las palabras *mil quinien-tos.* ¡Eran los mismos ojos del acecho! Acechaban ahora mi impresión. Sondeaban mi espíritu, esperando con ansiedad la respuesta. Miré atentamente a mi alrededor y sentí las miradas. Libros, folletos, estanterías, me fueron antipáticos, me echaban de allí. Empujado por la mano de aquella semioscuridad de la tienda, del sombrío negocio de Lasky, salí lentamente, paso a paso, intentando silbar un aire nacional.

—¡Mañana!—dije con seguridad y me lancé a la calle, perdiéndome entre las gentes, llevando en los ojos, otros ojos color oro, como dos moneditas; y, en la espalda, la mano que me empujó hacia la puerta estrecha.

Al retornar no miré la vidriera. Me cuidé muy bien de acercarme allí, pero sentí en el alma toda la tragedia de los ojos color oro. Ya la conocía tan bien, que no había necesidad de verlos. Pasarían los transeuntes, se alejarían después de acercarse a la vidriera, con un gesto de acedía y perversidad. Pasarían unos y otros por delante de sus ojos, sintiendo los clavos dorados, con el intento de clavarlos allí. La honda tragedia yo la sabía de memoria. El acecho brutal de la araña a la puerta de su cueva, contemplando lo maravilloso de su trampa, lo sentía, lo vivía. Me veía niño engañando a las arañas... Aquella noche me dormí pensando en el acecho de Lasky y en una araña hambrienta...

* * *

Eran las ocho. Salí de mi casa como de costumbre, y sin acordarme nada de lo sucedido. El sueño me había matado la impresión del acecho. Crucé frente a la librería de Lasky y la hallé cerrada. Una tromba de ideas y pensamientos cruzó por mi cabeza. Me detuve en la esquina, al lado de un buzón. Gracias a él, la gente no me llevó por delante. Recordé mi sueño de la noche anterior. Había visto a Lasky, tirado en la vidriera, con un libro entre las manos, debatiéndose delirante, loco. Vi las uñas amarillas quebrarse una a una. Las uñas de Lasky se quebraban al apretar, al agarrar el libro único. Vi quebrarse nueve uñas, una a una, menos la del pulgar derecho, recia, fuerte, curvada! No recuerdo más, de aquella visión

ligera, de mi sueño diabólico. La librería, que ahora consideraba vecina, estaba cerrada, y en la puerta metálica, un cartelito me dió la noticia funesta: *"Cerrado por duelo"*. Fué para mí como un telegrama llegado de allende los mares. ¡Los ojos color oro, los ojos del acecho, habían muerto!

Hice correr la mano en la vieja ventana de la casa de la esquina y enredé en mis dedos una tela de araña. Me dió asco, miedo y no recuerdo qué más... Mirando la librería cerrada, con la persiana de la vidriera, baja, como entornado párpado de un muerto, vi en la librería de Lasky la cueva de la araña hambrienta, a quien acababa de quitar la tela sutil, con mis manos blancas.

—¡El acecho es como el hambre!—pensé, y seguí mi camino por la calle de siempre...

ENRIQUE M. AMORÍM.

Invierno 1921. Buenos Aires. De un libro titulado: "Amorím".

CUADROS DEL CONVENTILLO

Se camina con cautela.
Se habla bajo. Hay mucha gente.
Una débil luz de vela
Naufraga en el aire opaco
A fuerza de vaho, encierro
Y humareda de tabaco.
Me hace toser ese ambiente
Al entrar. Un perro flaco
Me rezonga sordamente;
Y en tanto se acalla al perro,
Alguien me arrastra del saco
Hacia una cama de fierro.

Sobre el colchón, dura, calma,
Como si fuera de yeso,
Hay una niña extendida...
¡Un poco de piel y hueso
Sosteniéndose en la vida
Por una hilacha de alma!

La contemplo así, suspenso,
Breve rato; sin embargo,
El minuto es tan intenso
Que a todos ha parecido
Infinitamente largo,
Y entra un deseo de ruido,
De andar, de mostrar denuedo,

Como cuando por adentro
Nos anda arañando el miedo.
Una—sin duda la hermana—
Va a llenar en la canilla
Del agua la palangana.
Este me alarga una silla;
Una tohalla aquél. La abuela
Alza y me acerca la vela,
Ahincándose en un tranquilo
Avivar de su pabilo.
Con un gesto brusco y breve
Me saca el sombrero el padre.
Sólo una no se mueve,
La madre...

Pongo la tohalla en el pecho,
Sobre la tohalla mi oído.
¡Y otra vez aquella calma!
Es un silencio esculpido
En piedra el que está en mi acecho,
Sólo para mí deshecho
Por el mínimo crujido
Que hace una hilacha de alma
Rompiéndose dentro un pecho,
Y un soplo helado, foráneo,
Que me anda erizando el cráneo...

Al fin levanto la frente,
Voy a hablar; mas de repente,
Hace llorar un vecino
En el patio a su vihuela.
Y no sé qué clandestino
Frío en el cuarto se cuela,
Que el perro gruñe de nuevo
Y cae el tallo de sebo
De los brazos de la abuela.

Queda a oscuras la morada.
Como algo a las manos hiela
Tardan en prender la vela.
Cuando al fin consiguen eso,
Ya no hay que decir más nada.
La pequeña es piel y hueso...

José María Delgado.

EDUCACIÓN SEXUAL

Alrededor de una conferencia

La sociedad se ha ido organizando empíricamente, al azar de los acontecimientos y de la lucha por la vida, a través de las edades. Hace ya cierto tiempo —no mucho—que el espíritu científico ha empezado a deducir nociones exactas del mundo y de la vida. Estos conceptos son actualmente lo suficientemente precisos, como para permitirnos asentar sobre ellos el edificio social.

Sin embargo, esta obra ha de tardar mucho tiempo todavía. Los prejuicios que vienen de atrás y los defectos propios de su constitución originaria, se opondrán durante largo tiempo a una organización social fisiológica y *humana*. Hay una profunda falta de comprensión de los problemas sociales en la misma gente culta, obcecada por las ideas que les han inculcado desde niños. Toda la obra por hacer está así en la escuela. Pero, ¿cuándo estará capacitada la escuela para enseñar lo que debiera y como debiera? *That is the question.*

La doctora Paulina Luisi dió en la Sociedad de Medicina una conferencia sobre Enseñanza Sexual. Preconizaba en ella dos cosas fundamentales: la necesidad de formar, por la escuela, el *carácter* de los niños, de educar su voluntad y su hombría de bien, y la de enseñar la verdad en todas las cosas de la vida.

¿Hay nada más racional? Sin embargo, no le parece así, ni remotamente, a todo el mundo. ¿Cómo va a enseñar la escuela lo que el recato más elemental prohibe? Aquí de las ideas tradicionales, de los prejuicios viejos. Las religiones—por querer exaltar artificialmente verdades — han hecho de las necesidades corporales actos nefandos, casi delictuosos. Y este error funesto ha traído estas lamentables consecuencias: ayuntamientos monstruosos, enfermedades venéreas, ejemplares de degeneración de la especie, cada día más numerosos.

¿Por qué ocultar cosas que son fisiológicas, si precisamente por tales deben, no sólo no ocultarse, sino ser perfectamente conocidas? Nada de lo que es humano, nada de lo que es de la tierra debe ser desconocido a nadie. Sólo el conocimiento exacto de las cosas puede dar la pauta para las acciones razonables. Esto es lo fisiológico y lo saludable para todo criterio sano y bien nacido. Aparte de que la ocultación de cosas naturales lleva, no al recato ni a la honestidad, como equivocadamente se pretende, sino al disimulo y al vicio, que es lo que vemos por todas partes.

¿Queréis hombres y mujeres sanos y honestos, recatados de verdad, pudorosos como la naturaleza quiere que lo sean y no pudibundos, como la educación actual los hace? Educadlos sinceramente en el conocimiento de la naturaleza, sin afectación ni alarde, y educadlos en el amor a la verdad y en el cultivo de su voluntad y de su hombría de bien. Ahí está todo.

La enseñanza sexual así entendida hace parte integrante de la enseñanza general y no debe ni siquiera ser mencionada con tal nombre. Lo que se pretende no es enseñar a los niños tales cosas deliberadamente, sino simplemente no hacer ocultación de ellas, como de cosa prohibida—que ahí está el mal—e irlas haciendo conocer, por maneras apropiadas a cada edad, a medida que la propia curiosidad de los niños se des-

pierte. Todo esto sin miedo, sin falsas pudibundeces, con toda naturalidad, de un modo impersonal, refiriéndose siempre al hombre, sin particularizarse nunca con nada ni con nadie.

La orientación de la escuela y su modo de enseñar, dentro de una orientación fisiológica, científica, impersonal y exacta: he ahí lo que hay que cambiar y el problema fundamental que hay que resolver para poder llegar a una organización social igualmente racional y fisiológica. La enseñanza sexual no es sino un capítulo de esta modificación esencial de orientación y de doctrina.

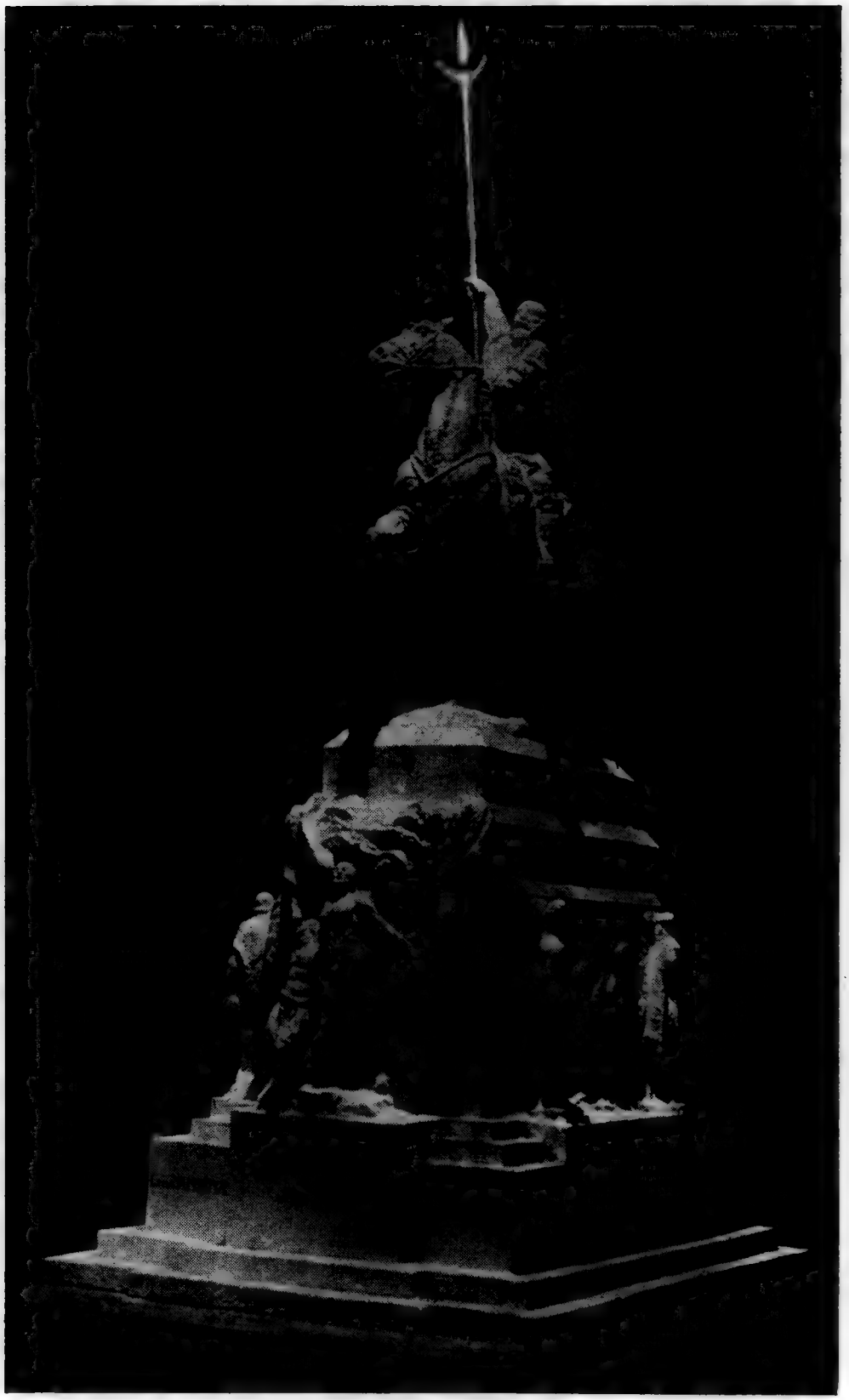
¿Cuándo tendremos una escuela así concebida?

ALBERTO BRIGNOLE.

CRÓNICAS DE ARTE

El concurso para el monumento al gaucho

Ha renovado este concurso el viejo pleito sobre el carácter local que suscitó el discutido monumento a Artigas. Y se renovará siempre este pleito cuando se trate de inmortalizar un héroe o una hazaña genuinamente nuestra. Y es que la escultura, estática y solemne, fija definitivamente en el espacio y en el tiempo una imagen que cada cual siente distinta. El gaucho, héroe nativo, que ha vivido con nuestra infancia en el hogar, en la escuela, al salir de la historia, y en nuestra vida de hombres al comprender y amar el pasado, adquiere un contorno distinto en cada mentalidad. Y es así, que ante las numerosas *maquettes*, aquel que miraba no juzgaba por lo que tenía ante sí, aislado, como un valor estético, sino que analizaba en comparación con el tipo que abrigaba su cerebro, con el gaucho que *él* hubiera hecho si hubiera sido escultor. Es por eso que este concurso despertó tanto interés y despertó tantas críticas y críticos dormidos. Pero antes de entrar en juicio, permítasenos una ligera digresión, permítasenos que alabemos este entusiasmo que pone el pueblo en lo que se crea en su época, avalorando y discutiendo lo que llevará al futuro una palpitación de cada una de las vidas que pasan a su lado. Pero permítasenos que lamentemos

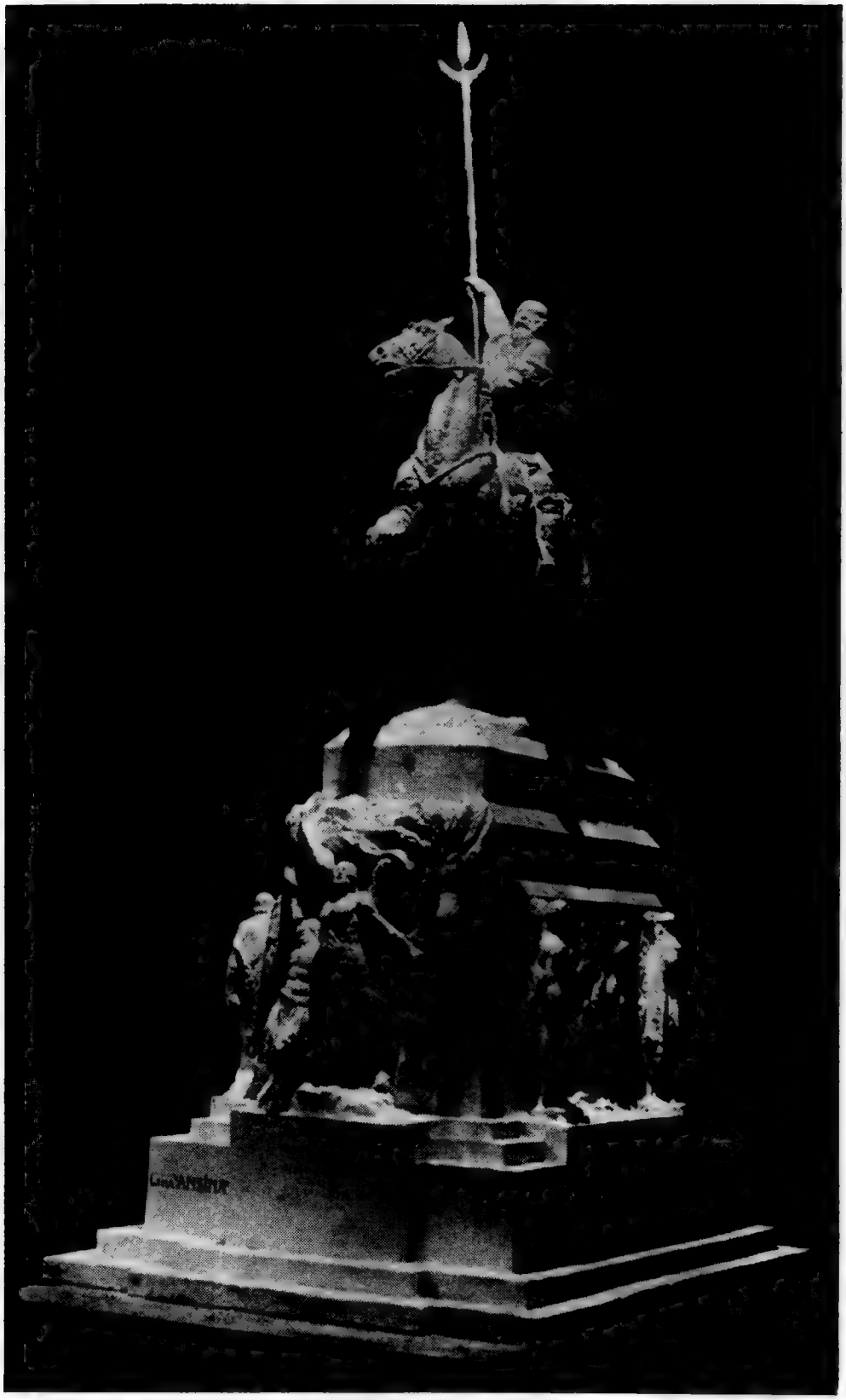


Monumento al gaucho. Primer premio: Obra de José Luis Zorrilla de San Martín

CRÓNICAS DE ARTE

El concurso para el monumento al gaucho

Ha renovado este concurso el viejo pleito sobre el carácter local que suscitó el discutido monumento a Artigas. Y se renovará siempre este pleito cuando se trate de inmortalizar un héroe o una hazaña genuinamente nuestra. Y es que la escultura, estática y solemne, fija definitivamente en el espacio y en el tiempo una imagen que cada cual siente distinta. El gaucho, héroe nativo, que ha vivido con nuestra infancia en el hogar, en la escuela, al salir de la historia, y en nuestra vida de hombres al comprender y amar el pasado, adquiere un contorno distinto en cada mentalidad. Y es así, que ante las numerosas *maquettes,* aquel que miraba no juzgaba por lo que tenía ante sí, aislado, como un valor estético, sino que analizaba en comparación con el tipo que abrigaba su cerebro, con el gaucho que *él* hubiera hecho si hubiera sido escultor. Es por eso que este concurso despertó tanto interés y despertó tantas críticas y críticos dormidos. Pero antes de entrar en juicio, permítasenos una ligera digresión, permítasenos que alabemos este entusiasmo que pone el pueblo en lo que se crea en su época, avalorando y discutiendo lo que llevará al futuro una palpitación de cada una de las vidas que pasan a su lado. Pero permítasenos que lamentemos



Monumento al gaucho. Primer premio: Obra de José Luis Zorrilla de San Martín

que ahorre su entusiasmo sólo para la escultura monumental, olvidando que hay otro arte amplio y generoso, que también necesita y exige su entusiasmo y su crítica; un arte que se extiende por doquiera, que le cierra todas las perspectivas en la ciudad, que lo guía y lo orienta, que lo cuida y lo abriga y que lo ha de guardar definitivamente: la arquitectura. El día que nuestro pueblo ponga tanto entusiasmo y fe al mirar los nuevos muros que se levantan, ese día tendremos arquitectura expresiva, humana, arquitectura nuestra, y no el triste montón de paredes grises que forman nuestra ciudad.

Decíamos que cada persona tenía un concepto anticipado del gaucho. Por eso el jurado, con sabia orientación, les ofreció a los artistas, para vigorizar o rectificar ese concepto, o quizás para exaltarlo, las páginas más hermosas extraídas de la epopeya de Artigas. Hoy libro matriz de dos monumentos, contiene el germen de todos los monumentos futuros de nuestra hazaña guerrera. Monumento él mismo de palabras vibrantes, de ritmos sonoros, de sugestiones armoniosas, de alegorías nativas, de naturaleza, de historia y de patria, inspirará el ciclo de nuestra vida pasada, que se ha de inmortalizar en la piedra o en el muro. Y así se trasmutará siempre la exaltación lírica que anima este conjunto impalpable de palabras, a la dura y concisa gravedad del bronce, entrando a su amalgama como una nueva substancia que le dará dureza de inmortalidad. Por las páginas de la epopeya de Artigas pasa siempre el gaucho. El maestro lo evoca así: "*¡El gaucho!* Os debo hacer sentir con grande intensidad esa figura porque es nuestro tipo homérico; es el mismo que vemos en la *Ilíada,* junto a las *huecas-naves* de los aqueos, o al pie de las murallas de la sagrada Ilión, conducido por Aquiles, el de los ligeros pies, o por Héctor, el domador de caballos". Por la potencia sugeridora de la gran literatura,

vestido en tela de leyenda, azul y dorada, revive el gaucho toda su agitada vida campesina. Corre por las lomas, se hunde en los pasos de los ríos, se pega al caballo y forma el centauro americano; ataca frente a frente, hiere, mata, huye con valentía, se esconde en la maraña del bosque, como un gato montés, sigue en el éxodo, servicial y humanitario, hace silbar su lazo acrobático y describe círculos enormes con sus boleadoras; canta romántico en las noches lunares; vaga por los campos infinitos y corre en su caballo por la tierra de amplios horizontes, dueño y señor de las verdes riquezas que el sol dora con munificencia.

Más que una ciudad entera de estatuas, más que un monte de piedra con una escultura inmensa en la cima, había de hacer eterna y palpitante la figura del héroe, este poema palpitante y eterno. El bronce nos lo dará subrayado, quieto, rígido, para que lo grabemos como un signo en nuestra memoria. Pero la literatura, hecha de algo impalpable, palabras, palabras y palabras, lo hace diverso y animado; lo sugiere bajo todos los cielos de la tierra, brillantes o tormentosos, bajo todos los cielos del alma, de alegría o de miseria. Es la glorificación de las palabras evocadoras, que crea con sutil trama imaginativa un monumento distinto en cada cerebro; la estatua es la glorificación en la piedra o en el bronce que para todos los cerebros crea el mismo monumento preciso, dominador e inmóvil. Mas, si la literatura que no conoce sujeción de espacio ni de tiempo, lo evoca amplio y diverso, en perpetua acción, también lo evoca pálido y vago. Cada página lo hace vivir de una vida distinta, pero una vida sin contornos fijos, sin facciones, amorfa, sin osatura, hecha de nebulosa substancia psíquica. La estatua le da concreción definitiva. Lo detiene en un instante de la epopeya. Lo inmortaliza fijo y quieto en el momento álgido de su vida, cuando se inflama de mayor calor anímico. ¿Cuál es el momento esen-

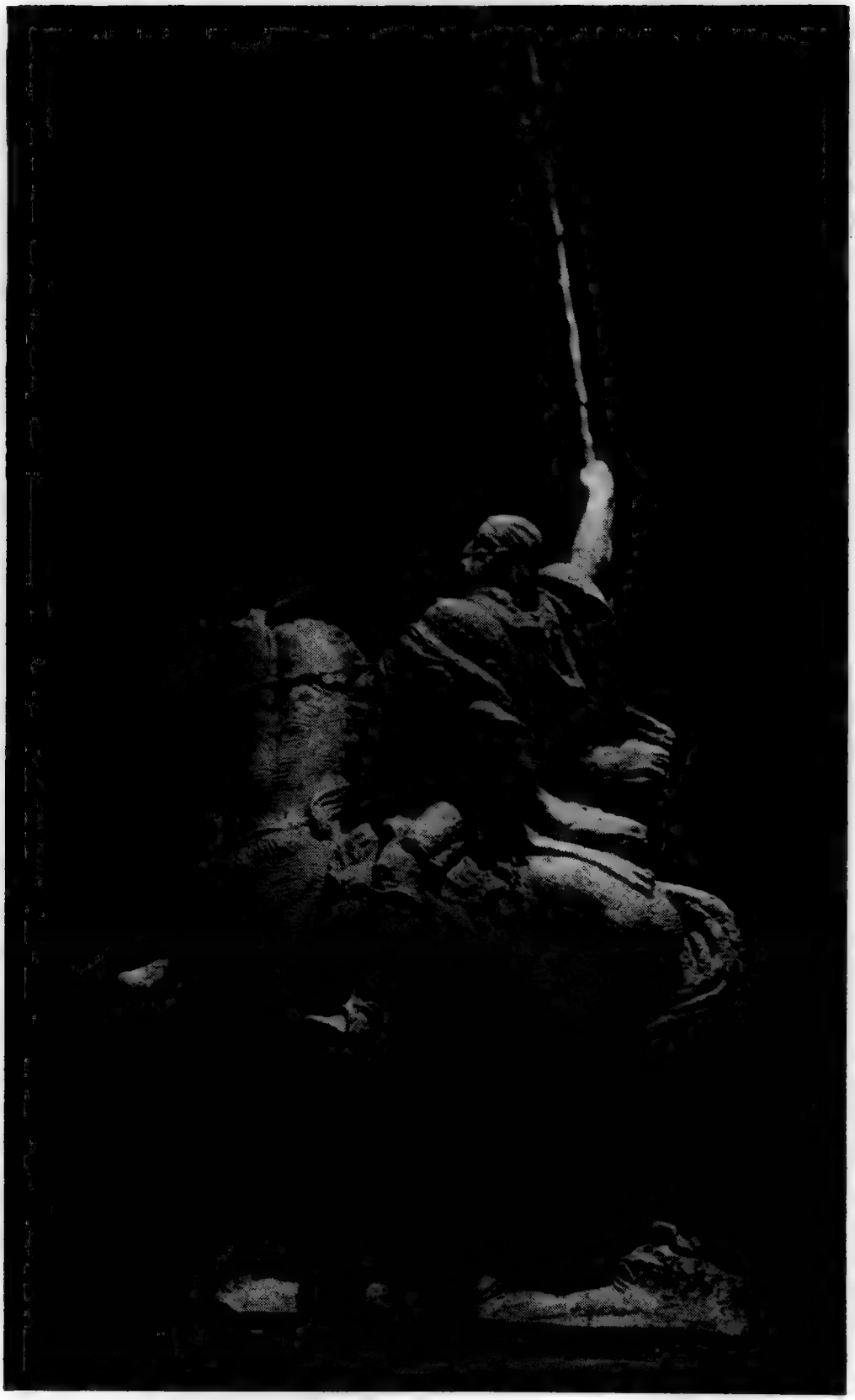
cial, el momento en que ese héroe legendario vibra más intensamente en vida? Es en la acción guerrera. Es cuando defiende su solar, con su caballo y la lanza, del avance extranjero. "El gaucho fué soldado, brazo de la libertad, y, como tal, sobre todo, ha predominado hasta ahora en la imaginación popular, que se lo representa siempre con el carácter de centauro homérico", dice la nota a la Asamblea, que suscribe la Comisión del Monumento.

En esta actitud fué expresado el gaucho por los que obtuvieron el primero y el segundo premio — José Luis Zorrilla de San Martín, con su gaucho blanco, de sangre caucásica depurada y quemada por el sol patrio, y Barbieri, con su gaucho indio, de arisca y caliente sangre primitiva. Los dos nacieron directamente de las páginas de Zorrilla de San Martín, uno de aquello: "... en los campesinos altivos, de barbas y cabellos negros o rubios, de ojos horizontales, de tez curtida por el sol, pero irrigada por limpia sangre caucásica", el otro de esto: "... mezclados a otros tipos lampiños, color de cobre, de pómulos salientes y frentes estrechas, de ojos pequeños y casi oblicuos, de cabellos rígidos y negros, de mirar hosco, huraño..." Los dos encarnan dos temperamentos, dos psicologías distintas pero que labraron por igual la epopeya patria. Así el poeta vió las almas hermanadas en la hazaña, la misma llama de heroísmo inflamando los distintos corazones; no los apartó, los igualó en su evocación de la epopeya; no les dió rangos distintos, exaltando a la par el ardor guerrero del blanco y el ímpetu salvaje del mestizo. Porque los dos brazos siempre fueron juntos en la gesta homérica, el brazo arrogante y fiero en arresto hispánico y el brazo nudoso y flexible como una liana, en la actitud indómita. Un fermento rebelde existía en el aire que respiraban y en el alimento que les nutría, fermento nacido de la planta in-

dígena, fermento que agitaba todos los nervios, y que si hacía arisco y espinoso al árbol nativo, hacía chúcaro y cruel al hombre que se empapaba de su esencia; fermento que encendió todas las células, las que al disciplinarse y constituirse en modalidad definitiva, dieron el producto del hombre libre bajo el cielo libre de América. Pero el mismo fermento hirvió en vinos distintos en distintos recipientes; el vino agridulce de la viña indígena, en vaso de quemada alfarería; el vino generoso de la viña hispánica en vaso de blanca alfarería.

No era posible, sin crear un sér híbrido, de psicología deforme, reunir en una sola encarnación los dos temperamentos. Por eso José Luis Zorrilla expresó el gaucho blanco, y Barbieri el gaucho indígena. Nos detenemos en estas dos expresiones porque conceptuamos que son las que realizan acabadamente y en el máximo de intensidad la glorificación del gaucho. Son las que sintetizan las características tan diversas y a veces antagónicas que, por virtud del amor patrio, se confundieron y se unieron en la lucha. El gaucho de Zorrilla va lanza erecta, altivo y señor; el de Barbieri, huye o ataca ondulante y ágil como el puma. Uno se identifica a su lanza, afilada y rígida, siempre derecha; el otro, a su flecha, silbadora y cruel. Uno se yergue sobre el caballo arrogante y sereno; el otro se curva en un gesto de desesperación india. Uno es jinete, el otro es centauro. Aquél galopa, caballero andante de la gran causa; éste se curva, así un arco humano que se tendiera contra la fuerza invasora, arco el indio, arco el caballo. Y las bestias también se emparentan a los dueños. En uno, dócil y valiente, piensa como el amo; salvaje e indómita en el otro, se retuerce formando un solo movimiento con el hombre.

El jurado, que ya sentía preferencia por el tipo del gaucho blanco (así lo dice un párrafo de la nota

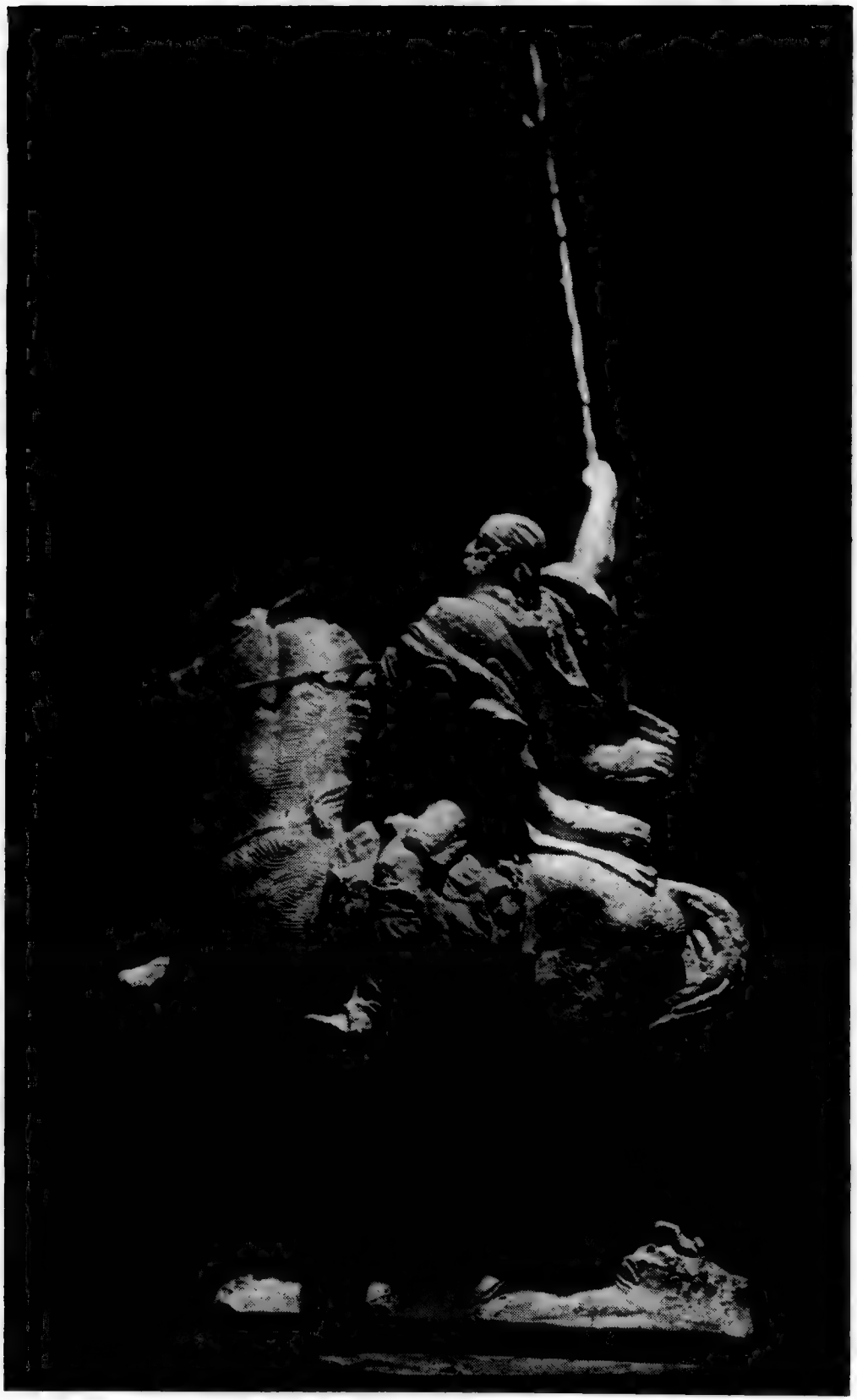


Detalle del boceto premiado. Original de José Luis Zorrilla de San Martín

dígena, fermento que agitaba todos los nervios, y que si hacía arisco y espinoso al árbol nativo, hacía chúcaro y cruel al hombre que se empapaba de su esencia; fermento que encendió todas las células, las que al disciplinarse y constituirse en modalidad definitiva, dieron el producto del hombre libre bajo el cielo libre de América. Pero el mismo fermento hirvió en vinos distintos en distintos recipientes; el vino agridulce de la viña indígena, en vaso de quemada alfarería; el vino generoso de la viña hispánica en vaso de blanca alfarería.

No era posible, sin crear un sér híbrido, de psicología deforme, reunir en una sola encarnación los dos temperamentos. Por eso José Luis Zorrilla expresó el gaucho blanco, y Barbieri el gaucho indígena. Nos detenemos en estas dos expresiones porque conceptuamos que son las que realizan acabadamente y en el máximo de intensidad la glorificación del gaucho. Son las que sintetizan las características tan diversas y a veces antagónicas que, por virtud del amor patrio, se confundieron y se unieron en la lucha. El gaucho de Zorrilla va lanza erecta, altivo y señor; el de Barbieri, huye o ataca ondulante y ágil como el puma. Uno se identifica a su lanza, afilada y rígida, siempre derecha; el otro, a su flecha, silbadora y cruel. Uno se yergue sobre el caballo arrogante y sereno; el otro se curva en un gesto de desesperación india. Uno es jinete, el otro es centauro. Aquél galopa, caballero andante de la gran causa; éste se curva, así un arco humano que se tendiera contra la fuerza invasora, arco el indio, arco el caballo. Y las bestias también se emparentan a los dueños. En uno, dócil y valiente, piensa como el amo; salvaje e indómita en el otro, se retuerce formando un solo movimiento con el hombre.

El jurado, que ya sentía preferencia por el tipo del gaucho blanco (así lo dice un párrafo de la nota



Detalle del boceto premiado. Original de José Luis Zorrilla de San Martín

mencionada: "... ha llegado a ser el gaucho uruguayo, el hombre que, producto de acciones y reacciones sociológicas, y mezcla de razas *en que ha predominado, por fin, la caucásica...*"), adjudicó el primer premio al boceto de José Luis Zorrilla. Y fué un fallo bien acertado. Porque, aparte del valor estético e histórico de los dos grupos considerados, el de Zorrilla es muy superior al de Barbieri en cuanto a monumento, por la nobleza de su proporción, por su equilibrio entre el grupo y el basamento, el único basamento de la exposición bien proporcionado a la estatua, bien plantado en tierra. Barbieri rompió la unidad de su grupo agreste y huraño con la intromisión de una apacible y lenta victoria que camina con paso matronal en ritmo desencontrado junto al caballo indómito. Su boceto tiene una base exigua, demasiado pulida y que contrasta con la audacia y el ímpetu del grupo ecuestre. Su gaucho es duro, filoso, hirsuto como una rama de espinillo, huele a naturaleza primitiva; la base es blanda, afeminada, sin aristas, con los ángulos redondeados, reclama un ambiente amable de salón. El basamento de Zorrilla es fuerte, se abre para adquirir su valor de por sí. Sólo encontramos exceso de aristas y de planos cortantes, que dividen el efecto de macizo y grande que está llamado a producir.

Se ha acusado de teatral el monumento de Zorrilla. Y lo que se acusa como un error es un mérito. Es teatral porque es grande, amplio, vibrante, porque resiste bien el aire libre, porque es armónico y fuerte en todas sus líneas, porque seduce de inmediato con la elocuencia vehemente de sus grandes movimientos. Si no fuera teatral no sería apto para una glorificación en medio a la calle. La plástica y la pintura histórica deben ir a eso, al gesto sintético y teatral. Quizás el grupo de Zorrilla peque de acusar demasiados deta-

lles históricos y veristas, que le quitan algo de esa teatralidad simple que debe acentuar.

En el basamento escribió Zorrilla el segundo capítulo de la glorificación al gaucho. Es el capítulo de su vida. Los otros concursantes usaron distintos procedimientos; han puesto la anécdota como una llamada, como una asterisco al margen del libro de piedra y bronce; la historia del gaucho se desarrolla así en la media tinta humilde del bajorrelieve, que se hunde en un fondo sobre la misma piedra. Este fué el procedimiento usado con fortuna por Barbieri y con gran éxito por Pena, que presentó una de las más hermosas piezas del concurso. El otro procedimiento, que muchos usaron, es el del verismo o naturalismo, que trata estérilmente de copiar con fidelidad fotográfica, paisajes, animales, costumbres, atándolos con rigidez y torpeza a la piedra.

José Luis Zorrilla no puso en rol secundario la anécdota ilustrativa. Hizo avanzar en forma osada de altorrelieve, todo el ciclo gaucho: infancia, adolescencia, edad viril, muerte. Lo atrae a la plena luz, y así anima la piedra basamental, de elocuencia y de simpatía, no quitándole su función primera de soporte. La *maquette* acusa muy infielmente la belleza de esta concepción. La perspectiva dibujada da mejor idea porque marca el despiezo que corta los altorrelieves. Pero no están solucionados con arreglo a la idea. Las figuras de frente, por la distinta sucesión de volúmenes, no se prestan para la simplificación que exige el despiezo; es el error del primer altorrelieve; quizás el posterior, con la lujosa ramazón del árbol y su tronco fuerte y nudoso en el eje del macizo, pueda proporcionar una terminación fuerte y original del basamento.

Además, los altorrelieves están separados en un plano distinto del basamento. Por un lado ha sentido Zorrilla la unidad, la compenetración funcional del

relieve y del basamento, y por otro lado los separa, los aísla en un plano más alto, cortándose agriamente en los ángulos del monumento.

Sabemos que estos que nosotros creemos errores, son nacidos de la premura con que se mancha y se termina en el barro una *maquette*. Lo importante es comprobar lo acertado de la solución, desde que al trabajar a la escala definitiva, no le será difícil a Zorrilla colocar y simplificar las figuras para que puedan caber bien en la piedra cortada.

Estas son las observaciones que nos sugiere la obra premiada. Hemos juzgado la *maquette* en sí, *maquette*, que quiere decir esbozo, croquis de una obra que va a ser. Y cuando pensemos en el talento vigoroso y trabajador de Zorrilla, cuando nos adelantemos imaginativamente, buscando la realización futura, podremos ver, los que conocemos la fuerza de este artista en ardiente evolución, un monumento que honre al gaucho y que honre nuestra época. Que la honre con valores nuestros, americanos, y no con títulos importados; que la honre repitiendo con grito juvenil y vibrante, en materia más dura, la despedida al gaucho que le entonara el padre poeta, el rapsoda, el homérida, como él se llama: "Yo, soldado de la aurora, a ti, héroe de la sombra".

C. A. Herrera Mac Lean.

GLOSAS DEL MES

Sobre duelos

Por demostrar su valor, puesto en duda por una persona vinculada íntimamente con las armas, un hombre que jamás había tenido entre sus manos una pistola o una espada, ha concurrido a un duelo en que estuvo a punto de perder la vida.

El hecho no es nuevo. En los buenos tiempos románticos, era casi vulgar. Juan Carlos Gómez tuvo un gesto parecido, aunque los antecedentes del caso no son del todo iguales, ya que él fué, entonces, el provocador del lance, deseoso de mostrar a cierto temido profesional del duelo, que a él no lo amedrentaba. Sabido es que habiéndole tocado las ventajas de un lance que, por sus condiciones severísimas, tornaban casi en asesinato, descargó al aire su pistola, exclamando que había ido a morir, pero no a matar.

En el caso que comentamos hoy, el hombre ha mostrado también su guapeza y se ha dado la satisfacción de obligar a su contrincante a reconocer lealmente que se había equivocado respecto a sus condiciones varoniles. Ha sido necesario para esto que una bala le agujereara el cuello y por una diferencia de milímetros no lo eliminara de la vida. Como se ve, la satisfacción ha costado un poco cara; pero, en fin, si París vale una misa, la reputación de nuestro coraje bien vale una cicatriz.

Nosotros, sin embargo, sostenemos que esto es te-

ner un concepto bárbaro y estúpido del valor. En primer término, no creemos que sea menos deshonroso para un hombre el decirle: usted no tiene energía, usted no tiene inteligencia, usted no tiene perseverancia; que el decirle: usted no es guapo. Y, sin embargo, aquellas vejaciones las soportan todos, sin considerarse agraviados, mientras que esta última nos obliga a lavarla con sangre, a menos de malquistarse con la sociedad o de servir de pasto a glosas mortificantes. ¡Todo, menos que se desconozca el toro que llevamos adentro!

Y, en segundo lugar, nos parece necesario definir el valor. Bien mirado, éste no es más que una simple cuestión de insensibilidad o quizás de inconsciencia frente al peligro de la vida. Su medida es dada por el mayor o menor riesgo de muerte que acarree la consumación de un acto. Pero como la muerte va por mil caminos distintos, el valor puede mostrarse, a su vez, de mil maneras.

Es evidente que quien se pone sin temblar frente a una pistola, a veinte pasos de distancia, demuestra no temer a la muerte... por herida de bala. Pero es el caso que este valiente por nada del mundo sería capaz, acaso, de cuidar a un pestoso, de lanzarse a un río para salvar a un náufrago o, simplemente, de entrar en una casa sospechada de albergar duendes...

Se nos ocurre que los hombres que quisieran demostrar su valor, en vez de usar un procedimiento tan teatral y estéril como el del duelo, deberían revelarlo de modo menos egoísta, dejando de su coraje algún bien en beneficio colectivo.

Y es bueno no olvidar este otro hecho: en caso de catástrofes, naufragios, incendios, los héroes surgen, generalmente, no de los profesionales del valor, sino de los humildes artesanos, de los buenos burgueses, de los pacíficos viajantes...

José María Delgado.

Charruismo

El entusiasmo promovido por la visita del general Mangin culminó, según informes suficientes de la prensa diaria, en el baile ofrecido por el huésped ilustre, a bordo de su nave, en vísperas de partir.

Alguien de la fina concurrencia tuvo la peculiar afición de acentuar ese entusiasmo, llevándose algunas chucherías de las que enriquecen la nave; y tal honorable gesto no sólo ha movido acerbas críticas, sino que también dió fundamentos a un minucioso juez de instrucción para abrir un proceso.

A este efecto recientemente se ha dirigido oficio al ilustre militar.

•

Nos parece, salvando los respetos, haberse iniciado una acción equivocada.

Ningún homenaje más autóctono, más hondo y genuino que el de esa gente sin vanidad, gloriando recatadamente al huésped, comprobando entre la algazara de las fiestas protocolares, una encantadora supervivencia de costumbres aborígenes, pues desde el fondo sombrío de nuestra nacionalidad es que vino el gesto desconceptuado; fué un impulso atávico, pero con deliciosa adaptación a nuestra época del antiguo malón charrúa.

Y aquí es donde nosotros hallamos qué elogiar: nuestra bastante abigarrada multitud ofrendó su entusiasmo en la manera que podían hacerlo quienes ya nada conservan exento de las modificaciones de una civilización ejemplar. Nuestra ética mira hacia focos encendidos en mundos viejos; nuestra indumentaria no se inmoviliza en líneas que no sean de universal aprobación; nuestra arquitectura reconstruye moldes afamados; nuestra mentalidad, — no habría

para qué decirlo,—repite con encomiable acierto los más preclaros ejemplos.

Nuestro vivir es así.

De modo que en la férvida acogida habríamos dado al general Mangin una sensación de monotonía pesada, agasajos que, por culpa de nuestra elevación, resultan semejantes a los de todas partes.

Esa determinación de generatriz charrúa, interpolada graciosamente, cambió la situación.

Habrá sido la nota culminante, la que tal vez ahondó más en el ánimo del duro guerrero. Extraerá la certidumbre de nuestras facultades positivas y verá que la civilización no nos ha deformado, ni penetrado totalmente. Verá que en medio a nuestro esplendor, parques a la francesa, aulas repletas, industrias nacientes, damas enjoyadas viviendo en oportuna suntuosidad, en medio a eso subsiste el ardid del aborigen; encogiéndose pero no transformándose. El aborigen viste frac y tiende blandamente las manos de uñas que fulgen; y está pronto al malón, que cumplirá sin ulular, en cuanto la inadvertencia ambiente favorezca.

•

Esa nota exótica nos la debe agradecer el general Mangin, por lo cual resulta excéntrico el proceso iniciado.

Tal es lo que nos parece prudente decir. Por lo demás, corresponde a la perspicacia de los lectores formar un juicio que nuestra delicadeza nos impide solicitar favorable.

EMILIO SAMIEL.

Crónicas policiales

Un diario metropolitano, al registrar en su crónica policial ciertos hechos conmovedores de la vida diaria, hacía reflexiones sensatas que debemos alabar y que mucho nos agradaría poder leer siempre, en ocasiones semejantes. Dos pequeñas criaturas mueren envenenadas por haber comido un pan infelizmente encontrado por ellas en el pretil de una ventana; una madre, humilde y cariñosa, que llevaba a un hijo en brazos a la policlínica de un hospital, muere de golpe por una bala que un sujeto de la hampa tira a otro, en el preciso instante en que la madre pasa... Aparte de la fatalidad de los sucesos en sí, hay en el modo de organización de la vida colectiva defectos graves que contribuyen a la acumulación de esos hechos fatales. Y a ellos se refería el articulista, que aprovechaba los sucesos para hacer aquellas reflexiones y sugerir enseñanzas preventivas.

Del aprovechamiento de cualquier suceso para comentarlos al margen como éstos, derivaría una gran enseñanza educativa, que la prensa diaria está en el deber de realizar. Y como son pocas las veces en que la vemos cumplir con él, nos ha parecido muy justo subrayar la actitud de este diario y de su buen cronista.

ALBERTO BRIGNOLE.

Ediciones «Vltra»

"Vltra" aspira a persentar la Cultura Americana. "Vltra" es una exposición de valores americanos. "Vltra" reclama la ayuda de todos los intelectuales del Continente. Las ediciones "Vltra" publican mensualmente: un cuadernillo de literatura; "Vltra", revista continental y edición extraordinaria "Vltra" (novela, teatro, verso).

Editorial y Agencia de Publicaciones "Vltra", S. A. Casilla 3323. Santiago de Chile.

Notas Bibliográficas

Poemas.—Por Carlos César Lenzi.—Montevideo.—1921.

Reafirma el autor en este bello libro el prestigio de una personalidad literaria que ya se diseñaba vigorosamente.

Muy diestro en el manejo del verso, dotado de un alma inspirada, casi todas sus composiciones tienen cierta complicación sensitiva en el fondo y cierta manera aristocrática en la forma, que las destaca y constituyen, a nuestro juicio, las cualidades características de este poeta.

Sin embarcarse definitivamente en ninguna tendencia—sea porque no haya encontrado todavía su ruta, sea por amor al eclecticismo—el autor revela acabadamente su capacidad para expresarse ya dentro de la rigidez de los moldes clásicos, como dentro de la libertad moderna, sin que el verso pierda sus encantos eufónicos y su decoro poético.

Demasiado sutil, tal vez, son emociones las suyas que se sienten como un ligero frémito de hojas y de ramas agitadas por una brisa indolente y perfumada. Su pena naufraga fácilmente entre burbujas de champagne, y la quimera lo arrastra con frecuencia, reanimando sin duda cromos desleídos, hacia países y lugares visionarios...

No hay, pues, realidad desnuda y, por consiguiente, intensidad emocional en estos poemas; se ve que el autor está enamorado de la belleza artística y prefiere modelar el mármol antes que trabajar sobre miserable arcilla. Sin embargo, cuando quiere, como en "San Ignacio de Loyola", uno de los mejores poemas del libro, sabe en rasgos concisos, firmes y altamente expresivos, revelarnos el carácter y bajar hasta la intimidad de un alma.—**J. M. D.**

Un Pueblito y un Poeta.—Versos por Ernesto Morales.—Buenos Aires.—1921.

Emana de este breve tomo de versos un perfume de humildad y sencillez que conquista, sin mayor esfuerzo, el ánima del lector.

Exáltase aquí la vida tranquila, lenta y familiar de un pueblo tan pequeño que no tiene médico, ni cura y en donde, acaso por esta

ausencia, el autor advierte que todos son buenos de alma y sanos de cuerpo. Por lógico contragolpe se deprime también la intensidad vital de las grandes urbes, las líneas rectas de sus avenidas, el tumulto de sus millonarias colmenas.

No es Morales el primero que en América canta estos temas; pero es, sin duda alguna, uno de los que los siente con más hondura y, por lo tanto, de los que los canta mejor.

La sinceridad de su sentimiento se revela en el tono ingenuo y simple de sus estrofas, en la concordancia perfecta de la sensación y la expresión, en la naturalidad y el realismo de las imágenes y de los pensamientos.

"Un alegre grupo de casas blancas se amontonan frente a la estación, casi en los rieles, cual un montón de chicas que se agrupan a ver pasar los trenes." "Cae la lluvia y, hacendosamente,—Limpia la blanca faz de las casitas".—"Y ella con su destino resignada—Responde: ¡qué he de hacer si Dios lo manda!"—Y aquí, adentro de las casas,—La vida se torna miope:—El hombre que lee o duerme—La mujer que duerme o cose".

Tres pecados veniales, porque son poco numerosos, pueden, sin embargo, culpársele: no obstante su tacto y su finura sentimental, su ingenuidad cae, a veces, en el dominio de la simpleza; asimismo, a pesar de su habitual buen gusto, su verso (como en la composición "El Jefe"), desciende en ocasiones a lo prosaico y barato; y, para concluir, hay en la obra un poco de abuso del diminutivo, un evidente exceso de mañanitas, pueblecillos, quedito, pajarillos, farolitos...

Con todo, puede enorgullecerse Vicente López, de albergar y haber sensibilizado con su morondanga a un poeta de las cualidades de Ernesto Morales, a quien debe colocársele entre los primeros líricos de la actual generación argentina.—**J. M. D.**

El alma de la rosa.—Por Gastón Figueira.—Montevideo.—1921.
Sonatinas campestres.—Por Gastón Figueira.—Montevideo.—1921.

La pedagogía vulgar ha encontrado siempre bondadoso y humano el estímulo a los que comienzan, a los que son jóvenes y traen un aliento y un ardor. No sé hasta qué punto es plausible o execrable ese aplauso, sin tasa ni medida, que las gentes se creen con derecho a prodigar. Sólo conozco el daño evidente que los lauros anticipados hacen a las frentes que madrugan y a los corazones que amanecen.

De ahí entonces, que contrariando las voces unánimes, pero con el pensamiento sereno, yamos a decir que Gastón Figueira tiene que cultivar mucho su fronda lírica, podarla con frecuencia y regarla con esmero, para esperar recién que abran las flores que ahora corta y deshoja antes de tiempo. Su juventud,—yo creo que no puede ser juventud tener quince años,—está tan enredada de zarzas literarias, que el sol no ha podido entrar aún en su bosquecillo, y apenas

si sus rayos se quiebran y se pierden entre las ramazones más altas.

De todas las reconvenciones que le haríamos en largo comentario que el espacio reduce, queremos señalar tan sólo la urgente y fundamental necesidad de revisar el idioma,—cosa indispensable que Figueira tiene que hacer antes de publicar otro volumen,—si quiere ir ascendiendo en el camino emprendido.

El idioma castellano es muy rico en palabras, y no hay por qué recurrir a invenciones arbitrarias para expresar una idea o pintar un paisaje, por más complicados y sutiles que sean.

Así, palidosa, diamanteaba, vallerino, marfileante, sombrajoso, aldeanares, zafirino, ternor, ambarescente, odoroso, rubíceos, amatistino, opaleaba, vesperiana, florir, ondulear, y cien más que el autor inventa con facilidad, perjudicando ostensiblemente sus ideaciones.

Claro, que todo ello está de acuerdo con las tardes lilas y los parques violetas y los ruiseñores azules que Figueira utiliza en cada página; pero hay que convenir definitivamente que el decadentismo de 1899 ya no es tolerable en los jóvenes de 1921...—**T. M.**

Poemas del hombre.—Por Carlos Sabat Ercasty.—Montevideo. — 1921.

Que hay poesía en este libro de los "Poemas del hombre", es indudable. Poesía vigorosa y humana, poesía de la vida y de la naturaleza, púgil en la esperanza y en el brazo, llena de arrojo y de emoción, desnuda de túnicas literarias, vibrante y tensa como el arco indígena o como el heráclida griego... Fuerte poesía de soñador activo, que tiene corazón y voluntad de hombre, para arrojarla en la cara del tiempo con gesto arrogante y atlético. Como Walt Whitman, pudiera ser este poeta el poeta humano, que dice sólo o en multitud, la palabra moderna.

Sin embargo, lealtad y verdad oblígannos a declarar concretamente que la poesía de este libro no está en los versos,—que no existen por cierto,—sino en el vuelo libre del pensamiento que se hunde como un ala en el cielo claro de la mañana, o cae como un rayo de sol sobre el verde peinado del jardín.

Hay acaso defectos y vicios,—¿quién de los humanos no los ha?—que comportan deméritos a la poética de Sabat Ercasty,—pero una bella seguranza nos da su misma obra: la certeza de que pronto va a llegar para el púgil enardecido la serenidad firme y recia, casi estatuaria, limpia como una sonrisa de diosa, que hará triunfar claramente su poesía de hombros tranquilos, de cuello pleno y de ancha frente plácida...—**T. M.**

Después de Ayacucho.—Enrique Bernardo Núñez.—Caracas.—1920.

Aunque según el autor advierte hidalgamente en el comienzo, ya le fué prohibido cultivar este género de arte, reincide con tal entusiasmo, que allí mismo, y muy cerca, declara tener planeadas nuevas novelas.

Esto nos agrada, pues ya que el señor Enrique Bernardo Núñez, en este libro que venimos de leer, no logró infundirnos la impresión de cuanto su ancho título sugiere, tal vez encontremos eso en los venideros hijos de su ingenio.

No logró mayor cosa, no señor, en este libro; y buen chasco tuvimos cuando, guiados por atrayentes y evocadores títulos de algunos de sus cincuenta capítulos, buscamos con avidez, encontrándonos, no "muñecos de corazón", como parece ya le ha sido dicho al señor Núñez; no esos muñecos, sino sujetos totalmente contemporáneos, cuya psicología pacata no cuadra a elementos de epopeya.

Y no encontramos tampoco la reconstrucción que de aquel vivir nos promete; pues el señor Núñez maneja sus héroes en escenario muy penosamente reconstruido, y la mezquindad resultante es imponderable.

Leído todo el libro nos queda una impresión particularísima, la de que el prefacio vale más que el resto; pues allí sí el señor Núñez puso cosas sentidas, observaciones de su experiencia, merecedoras del interés con que las anotamos. Y diremos más, diremos que respetándolas, poniéndolas en práctica como cumple a todo varón sincero, nos librara de esta opresora angustia en que nos deja, esperando a que sus nuevos libros nos traigan cuánto el título del leído nos prometió.

Pues nos cautivan los hombres de aquella época, y también sus cosas.

" De las telas ya marchitas
" soy el magnífico amante.
" Modas y colores viejos
" ¿Quién vuestros encantos sabe?..."—**E. S.**

Estudios literarios.—Por Jorge M. Rohde.—Buenos Aires.—1920.

Este libro, que llega a nuestro poder un poco tarde, ha obtenido uno de los premios municipales que acaban de otorgarse. Rohde, que en su anterior obra hizo versos a la manera clásica, en este volumen de alta crítica, aparece igualmente influenciado de clasicismo. Se ve que gusta de leer a los autores españoles, desde Me- permitido que cristalice su prosa, que fuera en España castiza, en períodos amplios y "redondos". Los "Estudios literarios" de Rodhe no se distinguen por la excesiva originalidad: son más bien la obra de un estudioso. Pero revelan sentido crítico y, por encima de todo, un gran temperamento literario. Es un libro de viejo joven o, aun mejor, de joven viejo.—**V. A. S.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernán Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

Esto nos agrada, pues ya que el señor Enrique Bernardo Núñez, en este libro que venimos de leer, no logró infundirnos la impresion de cuanto su ancho título sugiere, tal vez encontremos eso en los venideros hijos de su ingenio.

No logró mayor cosa, no señor, en este libro; y buen chasco tuvimos cuando, guiados por atrayentes y evocadores títulos de algunos de sus cincuenta capítulos, buscamos con avidez, encontrándonos, no "muñecos de corazón", como parece ya le ha sido dicho al señor Núñez; no esos muñecos, sino sujetos totalmente contemporáneos, cuya psicología pacata no cuadra a elementos de epopeya.

Y no encontramos tampoco la reconstrucción que de aquel vivir nos promete; pues el señor Núñez maneja sus héroes en escenario muy penosamente reconstruido, y la mezquindad resultante es imponderable.

Leído todo el libro nos queda una impresión particularísima, la de que el prefacio vale más que el resto; pues allí sí el señor Núñez puso cosas sentidas, observaciones de su experiencia, merecedoras del interés con que las anotamos. Y diremos más, diremos que respetándolas, poniéndolas en práctica como cumple a todo varón sincero, nos librara de esta opresora angustia en que nos deja, esperando a que sus nuevos libros nos traigan cuánto el título del leído nos prometió.

Pues nos cautivan los hombres de aquella época, y también sus cosas.

" De las telas ya marchitas
" soy el magnífico amante.
" Modas y colores viejos
" ¿Quién vuestros encantos sabe?..."—**E. S.**

Estudios literarios.- Por Jorge M. Rohde.—Buenos Aires.—1920.

Este libro, que llega a nuestro poder un poco tarde, ha obtenido uno de los premios municipales que acaban de otorgarse. Rohde, que en su anterior obra hizo versos a la manera clásica, en este volumen de alta crítica, aparece igualmente influenciado de clasicismo. Se ve que gusta de leer a los autores españoles, desde Mepermitido que cristalice su prosa,- que fuera en España castiza, en períodos amplios y "redondos". Los "Estudios literarios" de Rodhe no se distinguen por la excesiva originalidad: son más bien la obra de un estudioso. Pero revelan sentido crítico y, por encima de todo, un gran temperamento literario. Es un libro de viejo joven o, aun mejor, de joven viejo.—**V. A. S.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernán Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Bueno Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Biengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.
Herrera Mac Lean Carlos A., Cerrito 382.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

NOVIEMBRE DE 1921

SUMARIO:

Francisco Alberto Schinca	El Uruguay y la cultura italiana. (Conclusión)
J. J. Illa Moreno	Laxitud dolorosa
Julio Raúl Mendilaharsu	Ante la rada
Juana de Ibarbourou	El sueño del canillita
José Pedro Bellán	Cuento breve
Julio J. Casal	Cristalería
Alberto Lasplaces	De la vida literaria
Luis Mario Alles	La tristeza del recuerdo
Alexis Delgado	Poemas
Glosas del mes	Eugenio D'Ors, por Telmo Manacorda—Un hombre bueno, por Alberto Brignole—Otras notas.
Notas bibliográficas	Los libros del mes

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VI.
N.° 41

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 25 DE MAYO-427 MONTEVIDEO

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. M. GORLERO. Gerente.

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Manuel **Benavente**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste** — José M. **Fernndez Saldaña**. — Emilio **Frugoni**. — Blas S. **Genovese**. — César G. **Gutiérrez**.—Luis. A. de **Herrera**.—Juana de **Ibarbourou**. — Julio **Lerena Joanicó**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodriguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Juan **Zorrilla de San Martín**.— Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN: TELMO MANACORDA

Redacción: Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores, 8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay.—No se devuelven los originales. — Los materiales de PEGASO son inéditos.

Administración: Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay. — Suscripción mensual: **$ 0.50**. — Avisos: convencional.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

BANCO FRANCÉS

Supervielle & Cía.

(SOCIEDAD COLECTIVA)

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 25 DE MAYO - 427 MONTEVIDEO

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

COFFRES-FORTS (Cajas de Seguridad)

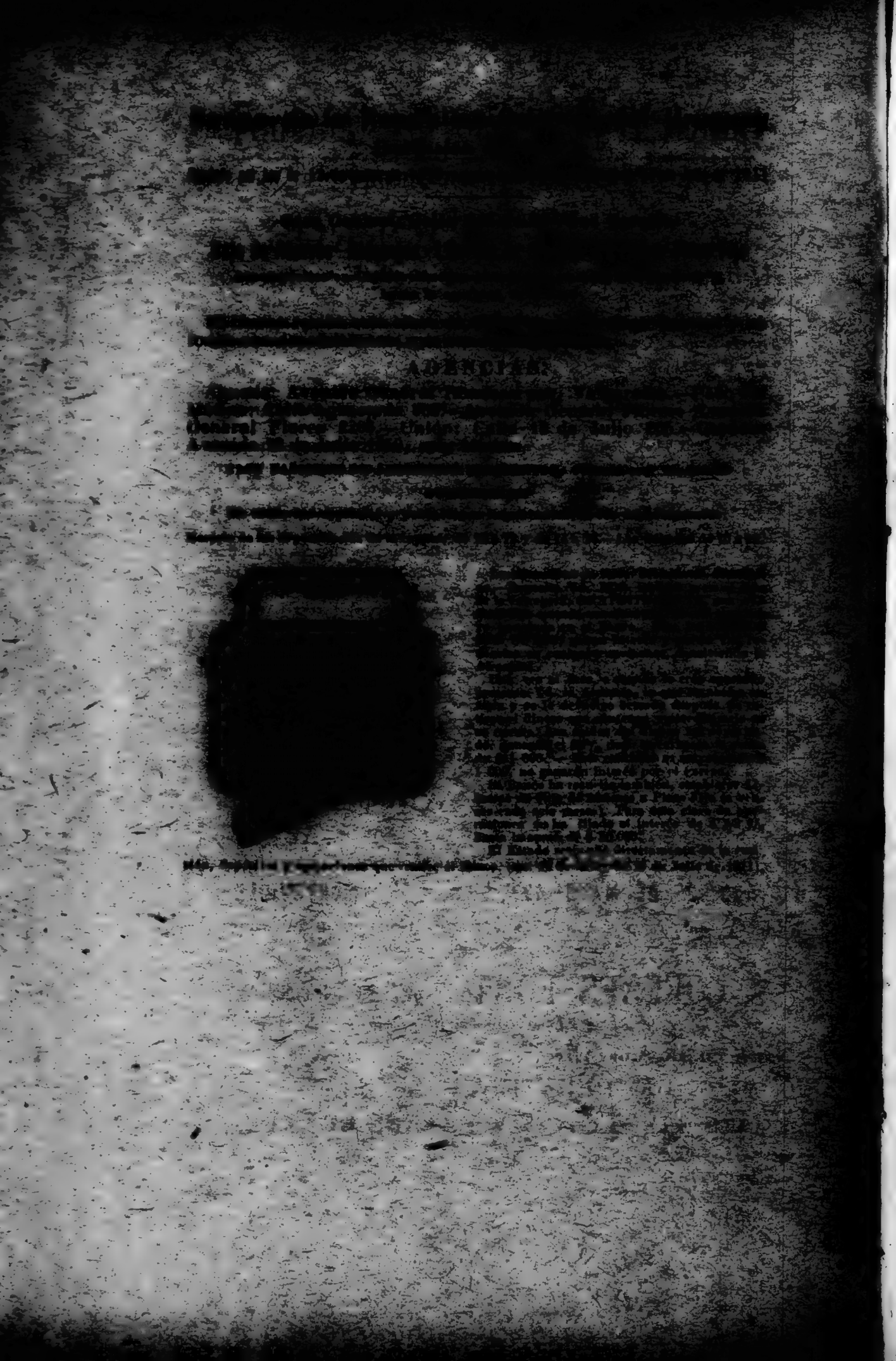
para el servicio del público.

Casa en Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía.

150 SAN MARTIN Y PASAJE GÜEMES

J. M. GORLERO, Gerente.



PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Noviembre de 1921. **N.° 41 — Año VI.**

EL URUGUAY Y LA CULTURA ITALIANA

(*Conclusión*)

En cuanto a Víctor Hugo, su adhesión a la patria de Leopardi se manifestó en todas las ocasiones, hasta durante el lamentable destierro de Guernesey. Alentó a Mazzini, amó con cariño fraterno a Garibaldi, dirigió a los precursores de la unidad nacional proclamas vibrantes y ardorosas. Mazzini, en 1856, escribió desde Londres una carta al poeta, exhortándole a que dedicase algunas palabras a Italia, que se inclinaba en aquellos momentos hacia los reyes. Hugo contestó con un llamado vibrante, con una larga epístola profética, de la que tomo estos conceptos: "No tengáis otro pensamiento que el de vivir vuestra vida propia, ser la Italia. Y repetid sin cesar, desde el fondo del alma, que mientras Italia no sea un pueblo, el italiano no será un hombre. Italianos, la hora llega, y lo digo para vuestra satisfacción: viene por vosotros, porque causáis gran inquietud a los tronos continentales. Sí, el reinado de los monstruos y de los déspotas, grandes y pequeños, está próximo a terminar. Acordaos siempre de que sois hijos de una tierra predestinada para el bien, fatal para el mal, en la que proyectan su sombra los dos gigantes del pensamiento humano, Miguel Angel y el Dante; Miguel Angel, que

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditársele en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1 000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Noviembre de 1921. — N.º 41 — Año VI.

EL URUGUAY Y LA CULTURA ITALIANA

(*Conclusión*)

En cuanto a Víctor Hugo, su adhesión a la patria de Leopardi se manifestó en todas las ocasiones, hasta durante el lamentable destierro de Guernesey. Alentó a Mazzini, amó con cariño fraterno a Garibaldi, dirigió a los precursores de la unidad nacional proclamas vibrantes y ardorosas. Mazzini, en 1856, escribió desde Londres una carta al poeta, exhortándole a que dedicase algunas palabras a Italia, que se inclinaba en aquellos momentos hacia los reyes. Hugo contestó con un llamado vibrante, con una larga epístola profética, de la que tomo estos conceptos: "No tengáis otro pensamiento que el de vivir vuestra vida propia, ser la Italia. Y repetid sin cesar, desde el fondo del alma, que mientras Italia no sea un pueblo, el italiano no será un hombre. Italianos, la hora llega, y lo digo para vuestra satisfacción: viene por vosotros, porque causáis gran inquietud a los tronos continentales. Sí, el reinado de los monstruos y de los déspotas, grandes y pequeños, está próximo a terminar. Acordaos siempre de que sois hijos de una tierra predestinada para el bien, fatal para el mal, en la que proyectan su sombra los dos gigantes del pensamiento humano, Miguel Angel y el Dante; Miguel Angel, que

representa el juicio, y Dante que representa el castigo. Conservad virgen vuestra misión sublime. No os durmáis, no os empequeñezcáis, y agitaos, agitaos. Vuestro deber y el nuestro consiste hoy en la agitación y consistirá en la insurrección mañana. Vuestra misión es a la vez destructora y civilizadora, y es imposible que no se cumpla. No lo dudéis: la providencia hará salir de las sombras que nos envuelven una Italia grande, fuerte, libre y feliz. Lleváis en vuestras entrañas la revolución que devorará el pasado y la regeneración que fundará el porvenir!''

Castelar, en su prosa magnífica y suntuosa, ha rendido también el tributo de su amor, de su admiración y de su respeto, a la Italia de nuestros padres. Nada más efusivo que sus preciosos recuerdos de viaje, en los que resulta tan fácil encontrar la huella indeleble de un afecto profundo y cordial. Son páginas poemáticas, en que se celebra el silencio de las catacumbas de Roma, la majestad del Foro, todos los encantos de una naturaleza pródiga y generosa. El ilustre español se prosterna ante los monumentos propicios a las evocaciones históricas, besa con unción las piedras seculares del Coliseo, llega hasta la patria del Tasso, la risueña Sorrento, y hasta los valles de la Umbría y pasea por todas las comarcas de la península sus deliquios de peregrino apasionado.

Bastaría a la gloria de Italia el haber suscitado en la voluntad de tantos artistas la noble emulación que les hace estampar para siempre, en las hojas de un diario de impresiones o en volúmenes de bella prosa descriptiva, los recuerdos de estos peregrinajes que sirven para sugerir en las almas selectas la convicción de que ciertos lugares de la tierra, como ciertas maravillosas regiones del firmamento, pueden anonadar nuestro espíritu con su sublimidad y con su grandeza. Estos contactos con la luz son fecundos,

porque la inteligencia y la sensibilidad sufren al par su mágica influencia transformadora. Por eso, hasta de los países hiperbóreos, de los fríos países del norte, llegan romeros y cruzados a la patria predilecta de la latinidad, y todos vuelven a las nieves de sus *fjords* o de sus estepas con un poco más de lirismo en el corazón, como si un pájaro misterioso y canoro hubiera penetrado de pronto en las dormidas frondas de su espíritu. Así fué Ibsen a Italia, para adornar con atavíos de poesía sus inaccesibles simbolismos y para iluminar su imaginación sombría y pesimista con las eternas claridades del arte latino, y así se adentró Máximo Gorki en sus campiñas asoleadas y en sus cármenes floridos y alegres, él, el cantor de la desesperanza, el triste forjador de lamentables epopeyas, en las que la delincuencia y el dolor se confunden como en una fantasía lúgubre y delirante.

Terminada esta enumeración rapidísima, permitidme que os diga, señores, que hay otros caminos para llegar a la comprensión inteligente del alma italiana e intensificar su civilizadora influencia sobre las naciones que pertenecen a la gloriosa estirpe latina. Uno de ellos es el conocimiento de la historia de Italia. Ninguna más aleccionadora, más fecunda en altos ejemplos, más pródiga en episodios singulares y de un interés más palpitante. Deslumbra la grandeza de Roma, cuyo destino, según la expresión de un pensador, ha sido trazar en el mundo, y en todos sentidos, caminos eternos. Allá están los orígenes incomparables de la nación y de la raza, y vosotros sabéis cuán alto volaron las águilas caudales del imperio, qué austeras virtudes resplandecieron en la república, y con qué inusitado vigor aquel pueblo de rudos combatientes y de sutiles jurisconsultos extendió a todas partes

y por todas las zonas del mundo conocido los beneficios de una espléndida civilización que había de naufragar, después de varios siglos de culminación y apogeo, en el revuelto océano de las invasiones extranjeras. Las vaguedades de la leyenda se ciernen sobre la cuna de Roma, como ocurre con todos los pueblos que han de realizar en la tierra un rol directivo y preponderante; pero a pesar de ello, Italia puede invocar en todo momento, con orgullo, a sus remotos antepasados, que fueron señores del universo, y que dictaron leyes a todas las sociedades y a todas las épocas.

La Edad Media italiana es la más rica en sugestivos episodios. Si no rememoran los anales de Italia una Revolución como la Revolución Francesa, evocan, en cambio, un período esplendoroso que se llama el Renacimiento, porque es, en efecto, como un reflorecer del mundo latino. Son aquéllos los días dorados de la historia. Todo se anima bajo el soplo milagroso de una nueva inspiración sobrenatural, que hace surgir en profusión inaudita, bellezas y magnificencias de arte. Triunfan los genios multiformes, como Miguel Angel y como Leonardo. Benvenuto Cellini pule el oro purísimo de sus custodias, pero es al mismo tiempo el más violento de los hombres, pues llega a apuñalear en la calle a los que provocan sus cóleras terribles y sus airadas venganzas. A pesar de esos desbordamientos del instinto, hay en estos italianos inteligentes y sutiles, en los que producen y en los que trafican, en los que escriben y en los que guerrean, en los que sueñan y en los que matan, una vitalidad tan exuberante y tan ciego amor a la acción y a la vida, que todo se les tolera en gracia a sus aptitudes extraordinarias. Está por encima de las leyes, decía Pablo III hablando de Cellini, el hombre representativo de esta edad prodigiosa.

En cuanto a la historia contemporánea de Italia, si

ninguna está más sembrada de martirios, ninguna tampoco abunda más en heroicidades. Italia es la nación europea que más ha sufrido bajo las dominaciones extranjeras. Ha vivido luchando y conspirando, y ha enseñado a los demás pueblos del mundo cómo se muere por la libertad y cómo debe llegarse hasta el sacrificio para alcanzar el bien inestimable de una conciencia nacional y de una personalidad inviolable y respetada. La historia de Italia, la crónica de sus vicisitudes y de sus desventuras, es un martirologio ejemplar, que no ha terminado todavía, como lo acreditan la inmolación de Oberdán y el bárbaro asesinato de Battisti. ¡Cómo puede templarse en el recuerdo de todas las angustias por que ha pasado aquel país antes de lograr la plenitud de su destino, el alma de una nacionalidad como la nuestra, que ha conocido de cerca la heroicidad de los soldados italianos, porque ha visto sobre los campos de San Antonio el relámpago rojo de la camiseta de Garibaldi, y dentro de los muros invictos de Montevideo el centelleo de la espada de Anzani, que guiaba a la gloria y al sacrificio a la legión inolvidable que defendió nuestros derechos y que salvaguardó nuestra libertad!

Tanto como en la historia de Italia podemos aprender en el estudio de su lengua armoniosa y de su fértil literatura. Habremos de lograr que la enseñanza de la primera se incorpore a los planes de nuestra educación universitaria, tal como lo hará la Argentina, consagrando y sancionando, con una medida de buen gobierno, las afinidades existentes entre las dos naciones. No intentaré el elogio del idioma que D'Amicis calificara de gentil, y que lo es, en efecto, porque tiene la armonía y la expansividad de todos los idiomas latinos, con más la música interior que falta al francés y cierto ritmo inimitable de que carece el español. Lengua inefable, dueña de todos los secretos de la expresión, hasta el punto de que si el Dante en su

poema inmortal pudo escribir en ella sus acerados anatemas, Petrarca la utilizó para sus confidencias suspirosas, Bocaccio para sus desenfadadas narraciones, el Tasso para su epopeya cristiana, Ariosto para sus rapsodias caballerescas, Savonarola para sus apóstrofes, Maquiavelo para sus sofismas audaces, Alfieri para sus tiradas patrióticas, Fóscolo para sus evocaciones melancólicas, Leopardi para sus desoladas filosofías, Carducci para sus himnos entusiastas, Stechetti para sus rimas sentimentales, Ada Negri para sus glorificaciones del dolor y la miseria de los humildes, D'Amicis para sus descripciones cautivantes, Páscoli para sus églogas, y D'Annunzio para sus filigranas impecables o para esas proclamas briosas e incendiarias con que incitó a la Italia moderna a renovar sobre las montañas que se obstinan en cerrarle el paso hacia las provincias irredentas, sus heroicas gestas antiguas!

Por esta brevísima enumeración de autores selectos podéis advertir la riqueza de una literatura que deberíamos estudiar profundamente y que casi no despierta en nosotros ninguna curiosidad intelectual que pueda movernos a leer sus obras magistrales, no a través de ciertas traducciones profanadoras, sino en el lenguaje original, jugoso y plástico como ninguno. ¿Y qué conocemos de la ciencia italiana y del esfuerzo de sus afanosos investigadores y de sus preclaros maestros? La actividad científica es allá infatigable, pero nosotros nos conformamos con no ignorar tres o cuatro nombres universales, mientras en los fecundos silencios de los laboratorios o en la saludable agitación de los claustros se elabora, por la acción de tantos pensadores abnegados, la sabiduría y la cultura del porvenir.

No nos hemos esforzado tampoco en asimilarnos algunos de los caracteres esenciales de aquella raza privilegiada, y hasta los desconocemos también. Se

nota en ella, sin embargo, una dichosa mezcla de realismo y de idealidad, que constituye acaso su vigor y que es la razón de ser de sus éxitos y de sus ascensiones. Aquel pueblo ha heredado, sin duda, de los romanos el amor de las realidades tangibles y concretas, y cierto especulativo sentido práctico; pero la afición a lo bello desinteresado neutraliza esa inclinación positivista y la colorea de espiritualidad. No os sorprenderé si os recuerdo que el Municipio de Verona adquirió no hace mucho la casa de Julieta, para convertirla en un lugar de peregrinaciones sentimentales. ¡Disipación y despilfarro!, exclamarán los que juzguen el gesto con criterio adocenado y burgués. Nada más erróneo, sin embargo. El Municipio de Verona no ignora, sin duda, el valor poemático de aquel edificio vetusto, y sabe que muchos extranjeros intelectuales y curiosos se acercarán a él para ver ondular sobre el balcón la escala de seda de los coloquios inmortales, que acaso cuelga todavía, mientras la alondra tempranera de que se habla en el drama de Shakespeare canta al inoportuno amanecer!

Junto a esas singularidades de temperamento posee Italia una vitalidad que pasma y sorprende. Fouillée ha notado muy bien que, lejos de degenerar, como otras naciones de la tierra, ofrece cada día nuevas revelaciones de su pujanza y de su salud. El incesante incremento de la población y el descenso de la mortalidad, permiten una emigración considerable, que beneficia al mundo porque es laboriosa y practica todas las virtudes. Nosotros sólo hemos aprovechado esos éxodos incorporando al esfuerzo nacional la energía fecunda de que dan prueba los que abandonan las riberas del Mediterráneo para buscar en otras partes más amplias posibilidades de bienestar. Hagamos cuanto esté en nosotros para asimilarnos el alma de aquella nación superior, nutriendo la nuestra con su

cultura secular, en que ha florecido una raza potente y exquisita. Si estamos en el deber de no desdeñar ningún aporte extraño, si la afluencia de sangre extranjera puede sernos beneficiosa, si la invasión de ideas que han germinado en otros ambientes sociales pueden traer hasta nosotros el hálito de renovación que esperamos para caracterizar definitivamente nuestra personalidad colectiva, ¿por qué no pedir a la primera entre las naciones latinas un poco de la luz que ha prodigado sobre el mundo, un poco de su generoso calor, un poco de su hermosa facultad de exaltarse y vibrar ante todas las magnificencias del pensamiento, del sentimiento y de la acción? Cuando ella salga de la prueba del fuego de la actual hecatombe europea, más fuerte que nunca para las competencias pacíficas de la civilización y del progreso; cuando haya reconstituído el hogar nacional, regado ahora por la cálida sangre de los holocaustos; cuando haya acreditado ante el mundo con la pujanza de sus ejércitos su ilimitada capacidad para la victoria y para la reconquista, Italia podrá aspirar con justicia al magisterio de los pueblos latinos. Dejaremos entonces que se proyecte en nosotros su inmensa alma, refractaria a la caducidad y al decaimiento, y moldearemos en su influencia nuestro espíritu, porque si algo falta ahora a nuestro cosmopolitismo, siempre avizor y siempre ansioso, es la irradiación de aquella cultura soberana que un día iluminó la barbarie del mundo con las fulguraciones inextinguibles del arte, de la belleza y del ideal!

Francisco Alberto Schinca.

LAXITUD DOLOROSA

Es muy largo el camino erizado de piedra,
lo prolonga el cansancio, lo dilata el dolor,
y lo agravan los cercos infinitos de hiedra
que lo escoltan, sin que haya en su largo una flor.

Es acaso el empalme del país de la Muerte
este sendero oscuro en que he venido a dar,
y uno sigue a despecho, como en un río inerte,
sin poder hacer alto, ni al destino llegar.

El alma de la tarde se angustia entre el follaje
donde ululan las aves su doliente sentir.
Hay una hipocondría tan honda en el paisaje
que todo no nos habla ya más que de morir.

En su paso forzado, se desgarra la planta
sin que nada consiga la sangre restañar,
y el afán hondo y fuerte de otrora se quebranta.
¡Oh, quién pudiera un día tan sólo descansar!...

J. J. Illa Moreno.

ANTE LA RADA

He quedado nuevamente en el muelle opaco y mudo,
a la ciudad amarrado como un ilota marino.
Sentí dentro la garganta la angustia apretar un nudo
y pensé en las travesías que jalonan mi destino.

El Atlántico no tiene, para mí, rumbos inciertos.
El cariño lo limita a un derrotero fijo
que une los dos países donde descansan mis muertos
y donde soy, ante tumbas, un nieto, un hermano, un
[hijo.

Son Niza y Montevideo, términos de la cadena
donde eslabono nostalgias y donde ¿por qué? exclamo,
¿por qué se fueron tan pronto, arremolinando pena
y ni siquiera su voz responde cuando les llamo?

Vida, Vida, el mar me atrae como antaño al navegante
los coros de las sirenas. Soy inquieto y angustiado
y en el mar, únicamente, hallo refugio sedante
ante brazos que me oprimen con adioses del pasado.

Las estrellas, poco miro por ignotas y distantes.
Los árboles, poco quiero por su paciencia de altar.
¡Pero todos mis fervores líricos y trashumantes
hunden su amor en el mar!

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

EL SUEÑO DEL CANILLITA

Hecho para los niños de la Escuela de Aplicación.

Se lo dedico a Mityl y Bibil Delgado.

ACTO UNICO

La escena representa un trozo de paseo público, o plaza. En el centro, un banco, un farol, o un árbol de grueso tronco. Toda la comedia será acompañada por una música adecuada y lenta. Quizá sirva la de "Momento musical", la de "Los millones de Arlequín", o la del antiguo vals "Danubio". Entra "Chingolo" con los diarios debajo del brazo. Llega lentamente. Va descalzo y viste un viejo chaquetón de enormes bolsillos. Lo sigue Fanor, su perro. Y va a sentarse en el banco o en el suelo, recostado al árbol, o al farol. Tiene una actitud perpleja. Deja los diarios a un lado y monologa:

CHINGOLO.—Me *manyé* las galletas y como si nada. Pa tanto no le hubiera birlao los tres cobres a la tía Coneja. ¡La que me espera! Y el "Tuerto" que anda estos días todo endemoniao... Pues que no: que no voy. Que duermo aquí y que si mañana la cosa no anda mejor, me largo. (Encogiéndose de hombros). Pa pasar hambre y ligarme palos... ¡Que me voy, mejor! (Al perro) Fanor: esta noche no hay catrera. Vamo a cuchilar aquí. (Se acuesta, poniendo los diarios de ca-

becera. Duerme y empieza la música. La escena es invadida por una luz azulada, como de luna o de ensueño. Breve intervalo; luego por la puerta de la izquierda entran siete u ocho muchachas descalzas, vestidas de túnicas rosas, celestes y blancas. En la cabeza, flores. Vienen de la mano, una tras otra, y al llegar donde está "Chingolo" dormido, danzan en torno suyo, formando ronda y cantan ajustándose a la música:)

Coro.—Giremos en torno
Del niño dormido.
Callad, pajaritos.
No hagáis, hombres, ruido.

Giremos, giremos
Y al pobre pequeño,
Hagámosle rico
Y amado en su sueño.

Dancemos, dancemos,
Y en torno de él,
De dulces quimeras
Se forme una red.

Venid, duendecitos;
Beryluna, ven,
Y con tu varita
Tócalo en la sien.

Lalaralará
Lalaralará
Beryluna llega.
¡Qué feliz lo hará!

Laralará
Laralará
Lalarí lalarí
Lalarí lalarí lalará.

Se van, de la mano, en la misma forma en que entraron, por la puerta de la derecha, al mismo tiempo que por la de la izquierda entra el Hada Beryluna, vestida de cola, con collares y un largo bonete terminando en punta, de la que desciende un velo celeste, salpicado de estrellitas. Trae en la mano una varita dorada. Se proyectará sobre ella luz violeta, que la envolverá en todos sus movimientos. Llega adonde está "Chingolo", lo toca en la frente con la varita y le dice:

BERYLUNA.—Por esta noche dueño eres del don
De obtener lo que ansíe tu ambición.
Pide sin tasa, sin temor reclama,
Al duende Pipo a que te sirva, llama.
Mas ten cuidado, que al rayar la aurora,
Perderás tu riqueza engañadora
Y sólo quedará, de todo el sueño,
El recuerdo imborrable de tu ensueño.
¿Así lo aceptas? ¿Quedarás contento?

("Chingolo", dormido, hace un movimiento de asentimiento, con la cabeza).

BERYLUNA.—Muy bien. A "Pipo" llamaré al momento.

Toca un silbato, y, por la izquierda (será siempre ésta la puerta de entrada, y la de la derecha, de salida) entra Pipo. Tiene larga barba blanca, viste un mameluco rojo, largo de cuello y mangas, y caperuza de lo mismo, con una campanilla en la punta. Lleva botas de paño verde, una gran cadena, con un silbato, al cuello, y al hombro una alforja).

BERYLUNA.—Duendecito que comes bellotas
Y eres dueño de mágicas botas:
Servirás a este niño. Al conjuro

De su anhelo, haz hermoso su sueño.
Trae bizcochos al pobre pequeño
Que tan sólo ha probado el pan duro.
(Sale)

PIPO. — (Con saltos y contorsiones exageradas en torno de "Chingolo").

Amito, amito,
Te sirve Pipo
Que te trae dulces
Frescos y ricos.

Saca de la alforja tres o cuatro bizcochos y los desliza en los bolsillos del chaquetón del niño. Este hace como que mastica, y saborea. Pipo, saltando y haciendo piruetas:

PIPO.—Pin, pin, pin.
Tricotín, tricotín,
A "Chingolo" doy bizcochos,
De huevo, azúcar y anís.
Pin, pin, pin.
Tricotín, tricotín.

CHINGOLO.—(Con ese acento peculiar del que habla en sueños).—¡Ratona!

PIPO.—Espera, amito, ya vendrá la dama
Que tu amoroso corazón reclama.

Traza en el aire, con el dedo, signos cabalísticos. Toca el silbato.

PIPO.—Por acá
O por allí
A su Alteza la Ratona,
Hermanos, traed aquí.

Gran ruido de cascabeles. Entra "La Ratona" vestida de Princesa, y con un gran paquete de diarios bajo el brazo. La acompañan saltando seis o siete duendes iguales a Pipo, a excepción de las botas, que no las llevan, pues calzan chapines rojos, de punta muy aguda. La Ratona va a sentarse junto a Chingolo.

RATONA.—Despierta, Chingolo. No se duerme un rey
Cuando lo visita tan selecta grey.

(Lo sacude mientras los duendecitos saltan y cantan:)

CORO.—El "Chingolo" es rey,
Reina la "Ratona".
Dancemos en torno
De sus dos personas.

Pin, pin, pin,
El a sus bizcochos ha dado ya fin.
Pin, pin, pin.

RATONA.—Anda a ponerte la camisa de oro.
Deja los diarios, que la tía Coneja,
Ya no te pegará si no los vendes,
Ni "Andrés el Tuerto" tirará tu oreja.

Todos los días comeremos. Luego
Te comprarás zapatos, y, si quieres,
Pipo podrá traerte una bufanda
De esas que hoy usan hombres y mujeres.

(Se levanta y lentamente empieza a andar hacia la puerta de salida, cantando:)

RATONA.—Y me voy... me voy... me voy...
Al palacio donde estoy
Con el Hada Beryluna,
Vestida de cielo y luna.

CHINGOLO.—(Haciendo, siempre dormido, se entiende, un movimiento como para detenerla del vestido).—
¡Ratona!

RATONA.—(A punto de desaparecer, cantando:)

Me voy... me voy... me voy...

(Los duendes, siguiéndola a saltos).

CORO.—Se va, se va la dama,
Con ella nosotros vamos
Y a "Chingolo" con su perro
Y sus diarios lo dejamos.

CHINGOLO.—(Expresión de enojo).—¡Pipo!

PIPO.—Aquí estoy, aquí estoy
Y a mi rey a servir voy.

(Se arrodilla ante él y saca frutas de la alforja.)

Traigo naranjas maduras,
Traigo peras y manzanas,
Toma, "Chingolo", frutillas,
Toma doradas bananas.

(Chingolo, en sueños, saborea. Pipo le pone frutas en los bolsillos.)

PIPO.—Y mientras comes, contempla
Los diarios que tú voceas.
Empieza el desfile. ¡Mira
Cómo "El Bien" se contonea!

Pasan por la escena, corriendo, niños caracterizando periódicos. Cada uno se nombra al pasar:

—¡El Bien Público!
—¡La Democracia!
—¡Germinal!
—¡El Díaa!
—¡Mundo Uruguayoo!
—¡El Plataa!

—¡La Razoon!
—¡El Telégrafoo!
—¡La Nochee!
—¡El Sigloo!...

(Chingolo sonríe. Súbitamente, su rostro toma expresión de espanto). (Aparece la tía Coneja: gran delantal, zapatillas, pollera rameada, desgreñamiento, manto de merino sobre los hombros).

Tía Coneja.—(Sacudiendo a Chingolo por un brazo).—¡Desvergonzao! ¡Me robaste tres cobres! ¡Andá pa casa! ¡Hijo e condenaos! ¡Ya vas a ver con el Tuerto, ya vas a ver!

(Se va, y hasta que desaparece lo amenaza con el dedo). (Chingolo, en sueños, da un sollozo. Entra Beryluna. Toca el silbato y, encogido, con un dedo en la boca, como los niños cogidos en falta, aparece Pipo, que ha estado escondido, desde que entró la tía Coneja, detrás del banco, farol o árbol).

Beryluna.—(Severa).

Pipo, mal servidor: ¿cómo es que dejas
Que así esa bruja martirice al niño?

Pipo.—Señora Hada: es que la tía Coneja,
Tiene, prendida dentro del corpiño,
Una de esas "maricas" de la suerte
Capaces de asustar hasta la muerte.

Beryluna.—(Riendo)

¡Oh, gran tunante! ¡Y le tuviste miedo!
¡Si con estos cobardes ya no puedo!
Anda en seguida, corre hasta su casa
Y bébele el café que hay en su taza.
¡Que hoy no se desayune de castigo!

(Al ver que Pipo se encamina muy lentamente hacia la puerta).

BERYLUNA.—¡Anda ligero, remolón, te digo!

(Pipo sale).

(Beryluna, con la varita mágica, traza en el aire signos de cábala. Y canta el conjuro).

BERYLUNA.—Venid, ilusiones,
Hermanas del sueño,
Y formad la ronda
En torno al pequeño.

(Inclinándose hacia Chingolo).

BERYLUNA.—Voy a mi palacio
Porque llega el día
Y cuidar yo debo
De mi pedrería.

Todos mis diamantes
Le presté a la Noche.
Tengo que juntarlos
Y ahí ya está el coche.

Adiós, buen Chingolo,
Dame un beso... Así... (lo besa)
Tal como tu madre
Te besaba a ti.

¿Recuerdas? Así... así... así... (lo besa repetidas veces)
Ella te besaba antes de dormir.

(Se va, en medio de la luz violeta, tirándole besos. Antes de desaparecer toca el silbato y entran, de la mano, con los mismos trajes, las muchachas que danzaron la ronda inicial. Como entonces, giran, pero esta vez lentamente, en torno de Chingolo y cantan):

CORO.—Ya se va la noche
Llega la mañana,
Y alerta, en la iglesia,
Llama la campana.

(Se oye sonido de campanas que tocan a maitines). (Acompañamiento de música y campanas).

Din... don...
Din... don...
Con el dulce sueño
Se va la ilusión.

Volverá la pena,
La hiel volverá,
Pero su recuerdo
Nada borrará.

Din... don...
Din... don...
¡Vibra, campanita!
¡Gruñe, campanón!

Din... don...
Din... don...
Noche: ¡hasta mañana!
¡Buenos días, sol!

(Se van, en pasos rítmicos. La luz azul desaparece e invade la escena la luz del día. Sigue el toque de maitines. Chingolo despierta, se endereza, mira con asombro en torno suyo, se restrega los ojos).

CHINGOLO.—¡Pipo! (pausa). ¡Era un sueño! ¡Uf! ¡Todito lo que he visto! ¡Sá bárbara! Hadas, bichos, barbudos... Y me atraqué de bizcochos, y de naranja, y de banana... Y el duende aquel que dejó entrar a la tía Coneja sólo porque tenía colgada del pescuezo una marica... Y *la* hada. Y la Ratona vestida de

Princesa... (Sofocado por la risa). La-Ra-to-na- vesti-da-de-Prin-ce-saa! ¡Sá bárbara! Y *los diario*... ¡Uy! (Pensativo, suspirando). Pero eso sólo pasa cuando uno *cuchila, no ma*. (Ensombreciéndose). Como mi mama me besaba *cuanduera* viva, me besó *la* hada. ¡Ah, Chingolo! (Levantándose y recogiendo los diarios). ¡Qué hambre y qué frío, mama mía! (Echando a andar, muy lentamente). Vamo a ver si se hacen algunos cobre... (Al perro). ¡Marche, Fanor! (Desaparece voceando) ¡Mundo Uruguayo de ayer!... ¡Mundo Uruguayo...!

TELON

JUANA DE IBARBOUROU.

CUENTO BREVE

Ella le esperaba siempre tras la verja de la quinta, frente al camino de los pinos. Y cuando su novio aparecía a lo lejos, empequeñecido bajo el ramaje severo de los árboles, corría a su encuentro. Después, ruborosa, juntas las manos, la mirada arrobante y un canto triste en la voz, ella le decía:

—Siempre que te espero, querido mío, sufro una ilusión: paréceme que soy casada y que aguardo la vuelta de mi maridito.—El la besaba en los labios y respondía trémulo:

—Ya lo seré, mi locuela impaciente!...

Se casaron. Ella le esperaba siempre tras la verja de la quinta, frente al camino de los pinos. Y cuando su marido aparecía a lo lejos, empequeñecido bajo el ramaje severo de los árboles, corría a su encuentro. Después, ruborosa, juntas las manos, la mirada arrobante y un canto triste en la voz, ella le decía:

—Siempre que te espero, querido mío, sufro una ilusión; paréceme que soy soltera y que aguardo la visita de mi novio.

El la besaba en los labios y callaba!...

José Pedro Bellán.

CRISTALERÍA

Se ha quebrado toda
la cristalería
del Ritmo... La moda
así lo exigía...
Ni soneto, ni oda,
ni otra orfebrería
en los versos... Poda
bien la fantasía...

Consonante Hermano
¿qué haremos entonces?
No sirven tus bronces
ni tu pedrería...
Lo impone la moda...
Cantar es en vano
si se quebró toda
la cristalería
de tu ritmo, Hermano!

JULIO J. CASAL.

DE LA VIDA LITERARIA

Anatole France y el premio Nobel

Al fin esos señores de la Academia de Letras de Suecia se han acordado de adjudicar el premio Nobel, de la Literatura, a Anatole France, que es el más alto espíritu y el más brillante escritor de nuestra época. Era hora ciertamente, aunque resulta un poco ridículo posponerlo a escritores de la talla de Selma Lagerlhof, Sully Prudhomme, Etchegaray, Knut Hansum, Spitteler, y otros. Es verdad que el incomparable Anatole no necesita de semejantes recomendaciones para ser leído y gustado en todos los rincones del mundo, en donde haya una persona que sea capaz de extasiarse con su prosa magnífica y de comprender su filosofía amable y profunda. Con o sin el premio Nobel será el representante más legítimo del más puro espíritu galo, cuyas otras cumbres son, a través de los tiempos, Rabelais y Voltaire. Se le ha acusado de negador sistemático, de espíritu corrosivo, de escéptico. Sin embargo, no es nada de eso, y a pesar de que gran parte de la juventud literaria francesa, acaudillada por mediocridades como Peguy, Psichary, Rageot y René Gouillin, se entretuvo en tirar piedras a su jardín, el ídolo permanece aún erecto y sonriente, tranquilo en su buen ademán de sembrador de inquietudes. Es en el fondo un hombre que lo comprende todo, que está por encima de todo, y que lo perdona todo

también, con un gesto aristocrático y una palabra de justificación y de suavidad que nunca falta en sus finos labios. Lleva el análisis hasta las más sutiles fronteras, hunde su escaleplo hasta la más íntima médula de la psicología y de las instituciones, pero no hay en él el menor desencanto a pesar de que alguna vez, como en "La isla de los pingüinos", cierre al hombre en un círculo inexorable e incompasivo. Sus novelas,—a la mayoría me refiero,—no son novelas en el sentido estricto y técnico de la palabra. Falta en ellas la acción, la dinámica de los hechos. Son, simplemente, largos e interesantísimos diálogos sostenidos por él mismo con otras personas de ideas opuestas. Ese Jerónimo Coignard, que nos mira socarronamente desde lo alto de la escalera de la librería del señor Blaizot; y ese Mr. Bergeret, tan dulce y tan temible por sus conocimientos; y ese Silvestre Bonnard, académico y criminal, porque su cerebro no alcanza a comprender las complicaciones de la vida social y de las leyes, no son otra persona que el mismo Anatole France, almas tranquilas y puras, llenas de sabiduría y pecadoras también en el concepto de las morales corrientes. Fiel a su teoría del subjetivismo en el arte, France ha probado que el autor está siempre en su obra, como lo ha sido, como lo será siempre, aunque alguna vez puedan llegar a engañarnos hábiles naturalismos. Característicos de France como escritor, son el buen gusto impecable, la cultura y la ironía, tres virtudes propias de un espíritu que ha llegado a la quintaesencia. Pero eso no impide que diga cosas terribles, y que su obra, en mayor grado que la de otros que han tocado más ruidosamente su trompeta, como Zola, pueda clasificarse de revolucionaria. No conozco nada más terriblemente explosivo que los libros de France, escritos en un estilo suavísimo, en el que brillan todas las cualidades estéticas de su raza, y en

los que sin levantar la voz apenas se burla de las cosas reconocidas como más sagradas. Porque este hombre, que en su juventud no quiso ser otra cosa que un esteta, se dió cuenta un día de que albergaba un corazón, y desde entonces hizo de la causa de los miserables su propia causa. Ahora, fiel a sí mismo, acaba de permitirse el gesto de dedicar los doscientos mil francos del premio Nobel a disminuir los sufrimientos de sus compañeros, los comunistas rusos. Hermoso ejemplo de altruísmo y de fidelidad a los propios ideales. Porque Anatole France es comunista como Romain Rolland y Henry Barbusse, esos dos escritores que heredarán de sus manos el cetro de las letras francesas, por mucho que no quieran reconocerlo esos lamentables e incógnitos académicos que, envueltos en su propia ridiculez, hacen que hacen un diccionario en el viejo palacio Mazarino...

ALBERTO LASPLACES.

LA TRISTEZA DEL RECUERDO

Largo rato estuvimos contemplándonos, mudos,
pues sin decirnos nada supimos comprendernos,
y ahogamos, torpemente, con frívolos saludos,
la angustia lacerante de no volver a vernos...

Esos tristes momentos de silencio cubriólos
la obsesión dolorosa de una quimera trunca,
y desde entonces vamos, eternamente solos,
por dos caminos largos que no se encuentran [nunca!...

Pero acaso algún día los dos nos detendremos
y ante un mismo recuerdo de amor añoraremos
la tremante caricia que palpitara en nos;

y, al emprender de nuevo la ruta del quebranto,
brillará en nuestros ojos una gota de llanto
por la vieja esperanza que tejimos los dos!...

LUIS MARIO ALLES.

San José.

LOS POEMAS DE ALEXIS DELGADO

La distinguida poetisa Luisa Luisi dijo, en el número anterior de PEGASO, que no existen poetas creacionistas en el Río de la Plata. He aquí un error de la conocida escritora uruguaya. Entre el grupo que "hace" PEGASO, un poeta ultraísta ha surgido con ímpetu, y si hasta ahora sus composiciones quedaron inéditas, altas razones de modestia y de amor al silencio las retenían. Venciendo escrúpulos, — hace ya un tiempo,— "La Nota" de Buenos Aires publicó tres de sus poesías modernísimas,—y ahora nosotros vamos a ofrecer a los lectores de PEGASO esta breve serie de sus versos, dislocados y extraños, que no desdeñarían suscribir ninguno de los más avanzados poetas de esta extrema izquierda revolucionaria. Alexis Delgado, el poeta ultraísta del Uruguay, es montevideano, y tiene apenas una veintena de años, enredados de ensueños pitagóricos y de músicas mecánicas. Como sus compañeros de allende el mar y las montañas, ha suprimido todo signo de puntuación, y llega hasta escribir puramente en mayúscula. Pero más hondo que esas ligeras variantes de forma, está el concepto extraño y la expresión rara y la palabra confusa y el ritmo multicolor con que dice sus poemas.

Al saludar al nuevo poeta, cumplimos un deber de patriotismo, declarándole oficialmente incorporado a la brava legión detonante que acaudillan Vicente Huidobro y Guillermo de Torre.

PATIO

EL TELEFONO ES UNA JAULA DE VOCES

EN LA PARED BLANCA

EL TIMBRE EN EL JUEGO DE LOS NIÑOS

ES VERTIGO DE PENSAMIENTOS

EL TELEFONO

ESPERA CON SUS OJOS METALICOS

MIENTRAS EL NIÑO DESGRANA

EN SUS JUEGOS

EL PAJARO DE HILOS

DE MI RECUERDO

POEMA SIMULTANEÍSTA

DE LOS ARBOLES CAYO

EL RELOJ $10\frac{1}{4}$

LA PLAZA EN SOL

COLOR DE FOLIAJE VERDE TIBIO

LINEA RECTA DE PASO

ADIOS AMIGO

LA PLAZA ES UN PRADO

EL CAMINO LARGO Y LIMPIO DE LA CALLE

SIMBULUS AMERICUS

QUE RUEDA

POR LAS ENTRAÑAS LARGAS DE LOS ANDES

EN EL CHIMBORAZO

UNA CARTUJA

DONDE LA ESTRELLA SAN MARTIN

SALUDA

LA AMERICA QUE TIENE EN EL TUMULTO
[UNA BOMBA

DE ACERO

EL DESCANSO EN LA MESA DEL CAFE

EL DESCANSO EN LA MESA DEL CAFE

SEMI SOLITARIO Y ALUMBRADO

CON EL ACOMPAÑAMIENTO DEL CHASQUIDO
[Y LOS PASOS

LAS INCOGNITAS CONVERSACIONES

ES UN DESCANSO BLANCO

EN EL GRIS DE LA HORA

TAN PROFUNDAMENTE TERRESTRE

QUE SE ESCAPA POR LAS PATAS DE LAS ME-
[SAS

Y SE FLUYE EN UN PROFUNDO SOTANO DE
[AMOR

A LOS PAJAROS DE TIERRA

OBSCUROS

UN HOMBRE

EL HOMBRE QUE VIENE CAMINANDO

LARGO FINO LAS PIERNAS CHUECAS

QUE HAN VIVIDO MUCHO EN LA TIERRA COS-
[MICA Y ETEREA

DE DONDE PARECEN RAICES EN MOVIMIENTO

MIENTRAS LA CABEZA BAJA

DA DE QUE LLEVA UN CIRCULO DE
[PENSAMIENTOS

EN EL CREPUSCULO-ENCANTO.

ALEXIS DELGADO.

GLOSAS DEL MES

Eugenio d'Ors

La visita asaz breve pero perdurable, de Eugenio d'Ors a la ciudad de Montevideo, ha tenido la virtud de remover las aguas como en el bello símbolo del poeta.

Nuestra juventud intelectual, inquietada de sacro fuego, hizo homenajes y ofreció tributos de respeto y de amor a quien ha logrado vertir en los más bellos cálices los más hermosos vinos del espíritu.

Maestro en las realizaciones literarias,—en el decir, en el pensar, en el hacer,—Eugenio d'Ors profesó en la Universidad un brevísimo curso de siete días, durante los cuales, bien pudiera decirse que la palabra antigua y descolorida volvió a ser nueva en nuestras bocas por la gracia sutil y profunda de la belleza que el ilustre profesor volcó sobre el ardor,—henchido como una lona viajera,—de nuestros pechos jóvenes y florecientes.

Una multitud, acaso frívola pero avara de hermosura en el fondo, y gentilmente atenciosa en la forma, asistió a la Universidad, aplaudiendo sin esfuerzo y derramándose luego por las calles anochecidas, como constelaciones de estrellas arrojadas al telón del cielo, o mejor aún, como gavillas de pájaros rutilantes lanzadas al bosque mágico de la ciudad ruidosa de tre-

nes y automóviles, enredada de árboles y edificios y salpicada de alegres focos eléctricos...

No hemos de juzgar en esta nota volandera, que la

pluma hilvana con rapidez premiosa, la personalidad del autor de "La Bien Plantada", ni la importancia de sus conferencias,—más de arte que de filosofía,—con que quiso obsequiarnos,—queremos simplemente retener la impresión inolvidable, que una noche nos die-

ra el ilustre profesor, tras la lección acostumbrada, discurriendo por las calles con nuestro filósofo por excelencia,—nos referimos sin duda a Vaz Ferreira, — rodeados por el coro primaveral de cien estudiantes y estudiosos, que como en los tiempos griegos, bajaran por las calles atenienses en pos de los maestros.

Noche de emociones y de filosofías, noche de ímpetus irresistibles y de claros afanes.—Terminó el profesor su cátedra y descendimos con él, casi en tumulto, hasta ponernos en la calle, altas ya las estrellas.—Discutiendo visiones y conceptos de Grecia, a que había aludido esa vez el catedrático, pasamos en tropel por la Avenida de Julio, sintiendo el confuso hálito de la ciudad, pero llenos de inquietas resonancias y atentos a la voz de los glosadores.—El entusiasmo purificado olvidó un instante el escenario terrestre, y en aquella esquina hubimos de ver cómo se acercaba la guardia civil, temerosa del orden, a husmear lo que sucedía...

Bello espectáculo el de un pueblo conmovido por la palabra de sus filósofos, que renuevan las doradas edades y timbran de cultura el devenir de los días modernos. Bello espectáculo, sin duda, que rescata la belleza de las manos mercaderes y se hincha de emoción y sentido de la vida, en sus más altas expresiones espirituales.

Haciendo la alabanza de esa hora cobramos esplendor para el presente poblado de mármoles y ensueños, y colmamos de triunfo la alta empresa hacia la que tienden el vuelo nuestros corazones imantados.

Alabémosla, pues, bendiciendo el pasaje fugaz de los artistas y de los filósofos que, como la primavera, tienen el paso grácil en la noche simbólica y nos dejan tan gratas emociones que concitan el alma al amor, al ideal y a la gloria, tal como las mujeres que amamos inspiran de versos y de virtudes la lírica y romántica juventud.

TELMÓ MANACORDA.

Un hombre bueno

Francisco Dávison ejercía su profesión de médico en una zona de campaña, desde hacía más de treinta años. Consagró su ciencia y su hombría de bien, en todo tiempo y a cualquier hora, de día y de noche, al alivio de sus semejantes enfermos. Nunca escatimó sus servicios a nadie y acudió siempre al menor reclamo. Como hombre de ciencia puso la que poseía al servicio de todos, honesta y correctamente, pensando siempre en curar al enfermo — fuera quien fuera — lo más pronto y mejor posible, dentro de sus alcances. Como hombre fué, además, desinteresado y bueno. Cobró honorarios modestos y ayudó a los pobres, de su escaso peculio. Tuvo apenas lo necesario para vivir, de tal modo que su esposa—una dignísima señora,—estudió y practicó luego la Obstetricia, en la misma región, para ayudar a la vida del hogar. Después de años y años de una vida así, el doctor Dávison quedó ciego, imposibilitado para el trabajo y sin recursos materiales de ninguna clase. El pueblo de Corrales le regaló entonces, con toda afectuosidad y espontaneidad, una casa y una modesta pensión para vivir. Su esposa—anciana y quebrantada—subvenía aún, pues la pensión era escasa, a las necesidades comunes.

El Parlamento, que supo de esas vidas ejemplares, decretóles una pensión vitalicia: bello gesto por el que lo debemos alabar.

Trabajo costó, no obstante, el convencimiento de todo lo que se decía sobre esta pareja, casi única: tan es verdad que las buenas acciones son poco ruidosas y pasan fácilmente inadvertidas.

Cuando el hombre las ejecuta de buena fe, bástale, en efecto, la satisfacción propia, y como él no se encarga de pregonarlas, su conocimiento no va más allá del círculo limitado en que se cumplen. No igual acon-

tece con las que se ejecutan para los demás, ya que entonces el móvil interesado que hay tras de ellas bien se encarga de pregonarlas y difundirlas a lo lejos.

El hombre bueno, realmente bueno, bueno de buena fe, pasa inadvertido, vive humildemente y muere pobre, al revés del otro que goza del renombre y de la simpatía universal. Pero del dolor y la humildad y la nobleza del primero brotan los ejemplos que hacen multiplicar el amor y la abnegación y la simpatía entre los hombres. A estas almas de excepción les toca ser flores de sacrificio en el lote de la vida: bella misión de la naturaleza, triste y honda. Pero el mal está siempre al lado del bien y de él se habla generalmente más que de éste.

De los médicos que, en el ejercicio de su profesión, acuden tarde y mal al llamado de los poco habientes, y pronto y demasiadas veces al llamado de los ricos; de los que hacen mercancía de la vida humana y la estiman en más o en menos, según los beneficios que de su cuidado sacan; de los deshonestos que engañan con falsos diagnósticos y ruinosos tratamientos, alargan enfermedades o no las curan tan pronto y bien como su ciencia sabe; de esos que cobran honorarios desmedidos y cuya conciencia es negra, de esos se habló mucho y largamente...

Lo malo del caso es que todo eso es cierto.

ALBERTO BRIGNOLE.

Las comidas mensuales
de la "Editorial Pegaso"

En honor de Eugenio d'Ors, transeunte de Montevideo, y de Fernán Silva Valdés, el poeta de "Agua del Tiempo", recién publicada por la "Editorial Pe-

GASO", se realizó en los últimos días de noviembre la segunda de las comidas mensuales que PEGASO ha instituído entre nosotros con tanto éxito.

La prensa diaria dió extensas crónicas de la cena, que, como se sabe, fué sin champagne y sin discursos. Apenas si el ilustre profesor de filosofía dijo al levantarse de la cabecera de la mesa que le cupo en honra: "Que PEGASO vuele por muchos años". Así sea, dijimos entonces y lo repetimos ahora, con el mismo entusiasmo joven y ardiente con que desde hace cuatro años impulsamos la publicación de esta Revista.

He aquí la nómina de los comensales asistentes a la amable fiesta de que hacemos recuerdo:

Eugenio d'Ors, Asdrúbal E. Delgado, Francisco Ghigliani, Francisco Alberto Schinca, Fernán Silva Valdés, Carlos Herrera Mac Lean, Julio J. Casal, José María Fernández Saldaña, Alberto Brignole, José María Delgado, Vicente A. Salaverri y Telmo Manacorda.

Adhirieron, sin poder asistir a ella, el señor Ministro de Instrucción Pública doctor Rodolfo Mezzera, el señor Ministro de Obras Públicas arquitecto Humberto Pittamiglio y el señor Héctor R. Gómez, director de "La Mañana".

Publicaciones de la "Editorial Pegaso"

A las obras ya conocidas con que este año inició sus publicaciones la Cooperativa Editorial Limitada PEGASO, se ha agregado ahora "Agua del Tiempo", hermoso libro de versos con que Fernán Silva Valdés afirma sus prestigios dentro de la última generación y conquista definitivamente el título de poeta.

Como en las obras anteriores, — "La Princesa Perla Clara", de José María Delgado; "Inquietud", de Luisa Luisi; "La mujer inmolada", de Vicente A. Salaverri" y "Los poetas salteños", de Telmo Manacorda,—la Editorial Pegaso ha obtenido un gran éxito de librería, que significa realmente un positivo triunfo en la difusión del libro uruguayo.

Ediciones «Vltra»

"Vltra" aspira a presentar la cultura americana. "Vltra" es una exposición de valores americanos. "Vltra" reclama la ayuda de todos los intelectuales del continente. Las ediciones "Vltra" publican mensualmente:

Un cuadernillo de literatura.

"Vltra", revista continental.

Y edición extraordinaria de "Vltra" (novela, teatro, verso).

Editorial "Vltra". S. A. Casilla 3323, Santiago de Chile.

LOS LIBROS

Anaconda.—Cuentos de Horacio Quiroga.—Buenos Aires.—1921.

En mérito a la reconocida excelencia de su obra, podría creerse, al tomar un libro de este autor, que se nos abre una perspectiva conocida; y sin embargo no es así; tan rico es de imaginación, que aún teniendo los motivos de sus cuentos coincidencias geográficas, sentimentales o cualesquiera otras, muy diversas sensaciones recogeremos en todos los casos; y los hombres, y las bestias, las selvas y los ríos, siempre logran inusitados efectos.

Hablando en perfecta claridad, tal vez convenga sustituir esa virtud de imaginación recién atribuida.

Más que hombre de abundante fantasía, parece don Horacio Quiroga una inteligencia favorecida por la rara y valiosísima facultad de hacer rendir al lenguaje cuanto la vida exige en su inconmensurable fantasía. En eso descuella el señor Quiroga.

Descuella, sí; y corresponde decirlo empinándose sobre la actual bibliografía latina, y aun sobre lo más conocido de lo escrito en las lenguas de estirpe sajona.

*

Es este un nuevo punto de vista que ofrecemos, con respecto a la crítica profesional; examínese hondamente la obra de don Horacio Quiroga, antes de proceder como de costumbre, citando cuatro o cinco figuras eminentes de la literatura del viejo mundo, y diciendo que él es como éste o como aquel otro. Véase previamente, si en aquellos escritores de afirmada notoriedad hay virtudes que superen a las de esta obra, original, firme y de extraña elegancia, que nuestro compatriota realiza.

Nos adelantamos a una objeción de volumen. ¿Kipling?... se nos va a decir. Señores, Kipling también.

*

"Anaconda" es una culebra actuando en bien forjada patraña; en el espeluznante reino de los ofidios parece haber intimado el señor Quiroga, pues no de otro modo se logra escribir combinación tan hermosa de conocimientos científicos, de observaciones curiosas, y de psicología bizarra, pues las víboras en esa novela obran con

actividad humana, y resulta sugestivo constatar las aproximaciones que el escritor evidencia.

Pero no son siempre de esa ralea los personajes del resto de los cuentos; predomina, como para nuestro gusto particular es deseable, la gente de la comarca misionera; y la comarca misma; pero también hay gente urbana, y gente de la pantalla, pues en el mundo del film también encuentra argumentos que sirven a su destreza.

Mas ya pusimos nuestra predilección; baste para explicarla, decir que hallamos siempre, en nuestra continuada lectura de este hombre, que jamás como en los cuentos misioneros vibra tanto su particularísima sensibilidad; que jamás su estilo es tan plástico; su observación tan segura; tan completo el resultado de su arte.

Ese arte suyo, tan libre de sistemas y modas, triunfa así, tal como si de la región a la pluma, no hubiera sino una trasposición de valores, pues tanta potencia, sugestión y encanto hay en lo escrito, como en la tierra inspiradora.—**E. S.**

La vida militar del general Teófilo Córdoba.—Por Luis A. Thevénet.—Salto.—Uruguay.—1921.

En elegante folleto de ochenta páginas, Luis A. Thevénet, publicista de nota dentro del periodismo nacional, acaba de contarnos la vida del general Teófilo Córdoba, viejo y valiente servidor del ejército uruguayo.

La historia es un poco sumária, y acaso pudiera haber dado de sí más volumen si el autor no hubiese obrado con la urgencia de un homenaje a fecha fija, que le restó indudablemente tiempo y espacio para hurgar entre los viejos papeles históricos.

No obstante esta consideración de conjunto, el folleto vale la pena de leerse por la fluidez de su estilo y el interés de su narración.

El general Córdoba puede y debe estar orgulloso del historiógrafo que le ha tocado en suerte.—**T. M.**

Los hijos del sol.—Cuentos incaicos de Abraham Valdelomar.—Lima.—1921.

Entre las edíciones "Euforión" que Miguel Beltroy ha brindado a su patria con motivo del centenario nacional, estos cuentos incaicos del malogrado Valdelomar merecen nuestra atención y concretan un libro de historia y de arte para la literatura americana.

Enamorado de la raza indígena del Perú,—que Sir Clements Markham ha estudiado en notable libro, cuya traducción reciente nos ofrece el mismo Beltroy,—Abraham Valdelomar concibió una colección de poemas donde el alma india, musical y triste como el son de su quena, romántica y sufrida como el caer de la tarde, levanta una serie bellísima de evocaciones donde la poesía tiene la pureza original de las grandes creaciones.

"El alfarero", "El camino hacia el sol", donde al final se ve señorear sobre las momias sepultas la serenidad,—inefable cosa in-

finita, — "Los hermanos Ayar", "Chaymanta huayñuy", "El cantor erraute", "El alma de la quena", "El hombre maldito", reunen descripciones de un colorido vivaz y de una hermosura diáfana, por donde discurren los indígenas peruanos que Santos Chocano cantó en versos de bronce y de piedra.

Valdelomar pudo ser uno de los fuertes temperamentos de su patria lírica, si el destino, que ama los jóvenes por antigua fatalidad, no lo hubiese arrebatado a la acción soñadora y sutil de crear sus héroes y documentarse prolijamente entre los vericuetos de sus almas.

Loable labor y bello homenaje, pues, éste de sus contemporáneos, que hilan sus obras dispersas para ofrecérnoslas en sencillo tomo perdurable, más de acuerdo con la sutilidad de su espíritu que si hubieran puesto medallones de bronce o coronas de laurel sobre su lecho de tierra.—**T. M.**

Las acequias y otros poemas.—Por Roberto Mariani.—Edición de "Nosotros".—Buenos Aires.—1921.

Desigual, este libro de versos de Roberto Mariani, transparenta no en tanto un alma saturada de poesía, y no de "usata poesía"... El autor no ha logrado la individualización ni la belleza que siempre se propuso, pero el autor nos revela un corazón musical, un pensamiento soñador, una vida envuelta en ese tul de ilusión, clarísimo y sutil, con que gustan arroparse aquellos que son dueños de la recóndita harmonía...

La realización de estos poemas es, además, moderna y hermosa: la simplicidad de los efectos cautiva y encanta: la dulzura de las rimas empaña de tristeza el ánima desprevenida...

"El ojo del pantano", "La boca del túnel" y "Los álamos", son acaso las tres mejores composiciones de la primera parte. Tienen imágenes nuevas y originales: dan la sensación poética de cosa vista, observada y sentida. Desmerecen un poco, en calidad y en forma, algunas de las otras composiciones, que recuerdan demasiado vivamente a Luis C. López, — "El secretario", "Salón de lectura"—y a Fernández Moreno—"La madre", "Versos a la capillita", "Cacheuta"...

En la segunda parte el soneto "Mía", tiene rara fuerza expresiva, y fuera completo si el terceto final hubiese redondeado la idea, en vez de diluirla.

En el soneto "La carne", logra Mariani tanto acierto como en "Mía", y ambos dicen de un poeta que no tiene nada que ver con el anterior.

Otras poesías hermosas por la ideación o por la harmonía tiene también este libro, que a medida que corre hacia el fin se llena de melancolía otoñal mal disimulada por la ironía tenaz que salpica sus páginas.

En concreto: Mariani es poeta moderno, complicado y sencillo.

Haciéndonos el gusto, lograría arrancar mejores notas a su violín humilde, si siempre fuera espontáneo y fluyente, ingenuo y puro, ardiente y claro como lo es en cinco o seis de las poesías de este libro.—**T. M.**

Agua del Tiempo.—Poemas nativos.—Por Fernán Silva Valdés. — Editorial "Pegaso".—Montevideo.—1921.

Mucho que alabar tiene este libro, con el cual el celebrado autor de "Anforas de Barro" y "Humo de Incienso", entra en la caravana, cada vez más espesa, de los modernos revolucionarios de la poesía.

"Agua del Tiempo" es, en verdad, lo que el título expresa: poesía desnuda de arte, que no deleitará quizás al gusto de los exquisitos, porque ha huído del retoque, habla rudamente y no ha pasado por los alambiques del refinamiento; pero que, en cambio, tiene la frescura y la fuerza fecunda del agua que baja de las nubes y se dispersa sobre rastrojos amarillos y caducos.

Desde luego lo primero que resalta en este volumen es la intensidad expresiva y la novedad de las imágenes; novedad de buena ley, muy distante de aquella que ha hecho decir a alguno, con muchísima razón por otra parte, que la originalidad está dejando ya de ser original.

Asimismo es altamente encomiable el deseo del autor, de hacer obra genuína e inspirarse en los hechos, panoramas y cosas del ambiente en que vive. Consigue, así, dar a sus poemas una fuerte sensación de vida y un gran color regional. Viejos temas,—el mate, el poncho, el tango, el rancho—son tratados y sentidos de manera nueva, con arreglo a una poesía un tanto áspera, por cuanto está desprovista casi de elementos musicales, pero de una profunda, a punto estamos de decir violenta, graficidad.

Naturalmente, no todas las composiciones que integran este bello tomo de versos tienen idéntico valor estético, pero puede afirmarse que hay en todas ellas algún concepto original, algún gallardo ademán, algún rasgo bien trazado, como para justificar su publicidad y no dejar dudas respecto al talento del autor y a la excelencia de su espíritu autocrítico. "Agua del Tiempo" coloca, sin duda, al señor Silva Valdés entre los buenos líricos del Río de la Plata. — **J. M. D.**

La Ronda de las Horas.—Poesías por Rosa García Costa.—Buenos Aires.—1921.

Empecemos por decir en elogio de nuestro eclecticismo—acaso, en el fondo, sólo triste sabiduría de escéptico—que aún fresca la sensación que nos dejara el libro anterior, en el que admiramos la fuerza, la expresión original, el graficismo, hemos leído este volumen, diametralmente opuesto, en donde todo es finura, armonía, sutilidad, elevación, y, sin esfuerzo ninguno, nos hemos sentido

arrastrados con igual violencia admirativa por la belleza esencialmente femenina de sus poemas.

Muy sentimental, un poco enferma de imposible, la señorita García Costa, que con "La simple canción" diera ya lustre tan envidiable a su nombre, subraya con este nuevo libro su personalidad literaria, emergiendo entre el notable grupo de las poetisas sudamericanas, netamente caracterizada por su estructura vaporosa, su aristocracia sensitiva y la intensidad romántica de su lirismo, del cual da buena prueba aquel deseo ultraterreno, exteriorizado en uno de sus versos, de querer hablar "en la lengua de luz de las estrellas".

Y en esa lengua habla, por milagro de su estro y transparencia de su espíritu. De tal modo, que al cerrar el libro nos deja la impresión de haber tenido a nuestro lado algo eminentemente sutil y luminoso...—**J. M. D.**

Ocio.—Poesías de Pedro González Gastellú.—Buenos Aires.—1921.

Bajo la invocación de aquel verso de Virgilio que habla del don del ocio que los dioses han hecho a los hombres, este nuevo poeta argentino nos regala nu bello libro lleno de harmoniosa y grata música... Alma y son de poeta deveras, tiene este libro suave, que tan linda emoción ha levantado en nosotros, esta mañana endiablada y opaca... Moderno y sensitivo, acorda sus cantos a la sordina, y por eso mismo, más tiemblan, más seducen, más viven... "El contenido desbordante,—no penas, no dolor, no llanto acerbo", —que es casi siempre "agua de manantial, límpida y fresca",—tal como en su "Propósito lírico" lo dice,—está envuelto de claridad, de afán de belleza, de sutil espíritu, de aroma oculto y profundo. Tiene humildad de verbena y candor de niño, para contrarrestar de vez en cuando la rudeza del viento y el desengaño del hombre.

No deja de pagar su tributo a la poesía callejera o doméstica que los poetas argentinos de la hora se han empeñado en construir. Romántico como buen poeta,—y romántico en el noble y puro sentido,—romántico en la esencia y en el modo,—sabe también dar citas "a media noche, en Sirio", como en los buenos tiempos de Bécquer. Escéptico por contagio, dice en el romance de la chica de San Antonio de Areco, la historia sin historia de un amor que termina en una lágrima... En "Mujeres de mi vida" logra los mejores aciertos y dice los más bellos sentimientos. Hay un soneto clásico, "Salvadora", que no desdeñarían de firmar muchos poetas de renombre que por el mundo van... El poemita "Tragedia nuestra" posee relieve y dulzura y dolor... Sobre todo, exprime dolor, corazón hecho trizas, blasfemia abierta al cielo, ojos que lloran, inquietud brutal en la noche pluviosa, serenidad cristiana que todo transforma en luz, savia y perfume... Diríamos que son las páginas culminantes del libro. Y que, ocupando el ocio de los días len-

tos o ligeros, como lo hace el poeta a que nos referimos, se llena la copa vacía con néctares de dioses, los mismos a que quiso hacer alusión el divino Virgilio...—**T. M.**

Simón Bolívar.—Por Guillermo A. Sherwell.—Wáshington.—1921.

"A sketch of his life and his work", trae como advertencia preliminar, determinando los propósitos del autor; sin embargo, logra presentar la vida del libertador con abundancia de pormenores útiles, sin caer en detallismo perjudicial a la comprensión perfecta.

El boceto de la vida y de la obra es de tan acabada realización, que se prefiere, con facilidad, a trabajos de más aparato sobre el mismo tema. Hemos gustado siempre del bizarro Bolívar de Montalvo, más que del espléndido de Martí; admiramos el superior de Rodó; nos parece excelente, aunque de frío mármol, el de Vicuña Mackenna, y creemos interesante en sumo grado el estudio de José Verissimo; pero a todos ellos supera el libro de Sherwell en una condición principalísima, en lo de adaptarse al gran público, que es quien más ha menester la comprensión de los héroes.

•

La simpatía internacional, y esa ilusión de una gran América constituída por las repúblicas de este lado del istmo, no podrá hacerse realidad en valor espiritual, mientras las grandes figuras históricas no conquisten las muchedumbres.

Entretanto el trabajo de las cancillerías seguirá siendo respetable y estéril.

•

Lástima que la dificultad del idioma le restará difusión a este libro en nuestro continente; y lástima también (justo es aprovechar la oportunidad y pedir para nuestro santo), que Artigas no merezca un libro de esta manera, sobrio, aunque bastante; sencillo y firme.—**E. S.**

Algo sobre ética sexual.—Por Juan A. Senillosa.—Buenos Aires.—1921.

Hombre pleno de sinceridad y erudición, gran preocupado de los problemas de Etica Sexual, hace desfilar el autor ante nuestros ojos muchas opiniones concordes sobre el modo de encarar estos problemas.

Creemos, no obstante, que en estas materias, mejor que las citas de autores, es una clara exposición de hechos y doctrinas, ya que, en punto a citas—y de echarnos a buscarlas—habríamos de encontrar otras tantas, o más, contradictorias.

Hemos de decir desde ya que nuestros puntos de vista coinciden, en general, con los del señor Senillosa en cuanto al fondo del asunto, no estando de acuerdo, sin embargo, en cuanto a los procedimientos prácticos para tratar de conseguir su logro. No por creer-

los malos sino simplemente inadecuados a nuestro ambiente. Un Instituto de Etica Sexual—tal cual lo preconiza—requiere gente capaz del apostolado, ya que, en el estado de indiferencia o incomprensión actual de estos problemas en el público, sólo los apóstoles podrían cumplir la obra que a ese Instituto se encomendara—y ya sabemos que los apóstoles son cada día más escasos. Porque no podemos suponer que ese Instituto se fundara para no cumplir sus fines.

Hoy por hoy—convénzase el señor Senillosa, y los fracasos de que él se queja son una prueba de ello,—no es posible realizar esta obra. La tarea actual debe ser de preparación intelectual, de formación de ambiente entre los mejores. Y en este sentido, sí, sus opúsculos pueden ser muy útiles, y por ello hemos de felicitar al señor Senillosa, cuyas ideas sobre Etica Sexual compartimos, deseando, al par suyo, para bien de la raza, el advenimiento de la era que llamaríamos "fisiológica" en la historia humana.—**A. B.**

Fugacidad.—Nuevos poemas de Rafael Alberto Arrieta. — Buenos Aires.—1921.

Como el autor poeta lo proclama en el breve exordio con que abre su libro, sólo hay aquí imágenes en el agua o en el cielo, fugacidad leve y corrida, seda de nube blanca que se deshace en el viento, ala de mariposa rociada de lentejuelas movientes...

En el sentido hodierno de la poesía, Arrieta resulta un tanto literario, es decir, "hecho"; pero no puede negarse su vibración lírica, la harmonía de sus canciones, el ritmo suave e ingenuo que a veces presta a sus páginas.

Como en alguna de sus composiciones, decir podríamos que su jardín está en hora de crepúsculo piadoso y pacífico, o que su ánima doliente tiene del secreto hermano de la noche, de la estrella, de la nube, de la nave...

Majestuosa,—empero,—se conserva siempre su estrofa, a la que desearíamos animar como cosa viva para que brillara y consiguiera realmente su objeto. Porque he aquí que la frialdad y la tenuidad excesiva, son las dos causas que conspiran en efectivo contra el empuje de las alas abiertas y blancas, que tiene este poeta, en el vuelo sereno con que monta los espacios y atraviesa el infinito.—**T. M.**

Las cien mejores poesías españolas (líricas).—Por Fernando Maristany.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1921.

En un sustancioso prólogo el autor justifica la necesidad de este libro, no obstante la existencia de otras antologías hechas por seleccionadores de tanto abolengo espiritual y tan grande autoridad, como la de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Maristany ha depurado esta selección, sacándole todo lo que no entra en el terreno estricto de lo lírico; defecto evidente de los anteriores libros de esta índole, en donde, sea por no verse obligados

a silenciar grandes nombres, sea por dificultades que delinean netamente sus fronteras, las diversas modalidades poéticas andaban mezcladas en una verdadera miscelánea.

La lírica y la épica, sobre todo, ofrecen al espíritu crítico obstáculos casi insalvables cuando se trata de clasificarlas, y a menudo el más sabio erudito queda perplejo frente al problema de catalogar en uno de esos dos géneros una composición poética. Maristany aborda, en el prefacio de este libro, el estudio de ese problema, y lo hace con tanto talento y capacidad, que es imposible no recomendar su lectura a todos los que se interesen por todas estas altas cuestiones de crítica literaria.—**J. M. D.**

Minerva, la de los glaucos ojos.—Por Armando Zegri. — Santiago de Chile.—1921.

Es el de Zegri un libro de juventud, y ya está dicho que abundan en él vehementes explosiones. Obras de esta índole adolecerán de todas las fallas que el crítico frío quiera señalar, pero tienen algo jocundo y contagioso, como una borrachera de champagne: el entusiasmo por la belleza, que lo mismo puede hallarse en un amor ilícito que en la prosa funambulesca de Soiza Reilly, a quien en determinados capítulos Armando Zegri imita — apresurémonos a decirlo—con talento. Hay páginas descriptivas, breves cuentos, glosas de libros y semblanzas de escritores, hechas a veces de una manera heteróclita, lacónica y casi brutal. Vaya una muestra: una página entera, con el título de "Rachilde", sólo dice esto: "Es una esfinge. Una esfinge exquisita que guarda el misterio de los más sutiles y perversos refinamientos." Y bajo el nombre de Vicente Blasco Ibáñez: "Si fuera posible dar a los escritores un escudo heráldico, que reflejara, simbólicamente, sus particulares ideaciones, yo otorgaría a Blasco Ibáñez un billete de banco, encerrado en un marco de libras esterlinas." Con otros escritores, Zegri muéstrase más generoso. La semblanza de Gómez Carrillo es benévola y a Eduardo Zamacois lo presenta con una nota reporteril que es un modelo en su género. Zegri tiene verdadero temperamento artístico y trabaja sin torturarse. Sus trabajos vienen a ser algo así como expansiones de un espíritu bullicioso y despreocupado, que no teme decir lo que siente, pero que quiere decirlo con belleza.—**V. A. S.**

Miseria.—Por León Federico Fiel.—Ediciones Sol.—Buenos Aires. — 1921.

Con ejemplar modestia el autor llama esbozo de novela a este libro, que es, verdaderamente, una novela. Y si a tal virtud se acumulan las de un estilo pulcro, un desarrollo armónico y una exacta noción del interés asequible en el lector, júzguese el deleite con que la hemos leído, y júzguese también cuántos augurios generosos nos hinchan el pecho.

•

No vaya a creerse en un entusiasmo subitáneo: leímos y abandonamos el libro para alcanzar una decantación de lo leído que nos corrigiera o ratificara la impresión.

Así es como nos pusimos a escribir, y ponemos con sinceridad total, que las alternativas del protagonista de "Miseria" merecen los elogios que planteamos al comenzar.

Una historia simplísima dió el motivo, y en esto no hay mayor novedad: la hay en la amplitud panorámica con que fué comprendida; en la percepción justa de lo que correspondía mostrar; y en la gracia leve de esa manera firme y elegante que se mantiene en todo el libro, sin decaer, cediendo a afectación de novedad o a enternecimientos vulgares.

Si no fuera que todavía no muestra bastante el autor esa pátina debida al correr del titmpo, y con la que, hasta sin quererlo, toda obra humana rezuma un jugo de experiencia que hasta filosofía puede llamársele, dijéramos que el Blas Cubas de Machado de Assís, del firme y fino Machado de Assís, tenía un hermano argentino.

No es así todavía; pero cabe esperar el pariente de esta pluma; hay similitudes en la acuidad de las percepciones, en la hondura del análisis, y en la frescura imaginativa que ayuda al desenvolvimiento del asunto.

•

No vaya a creerse que pretendemos se convierta al señor León Federico Fiel, en un escritor reflexivo, sentencioso y apodíptico.

No, señor; aclaramos ya que esa obra del tiempo es inevitable, y si nosotros la recordamos es porque tenemos en tan alto concepto el personaje del brasileño ilustre, que nuestro orgullo le desea un hermano nacido en nuestra lengua.

Por lo demás, el señor Fiel está muy bien como está: y con que no tuerza las inclinaciones mostradas en este libro, siempre lo tendremos por muy alto escritor.—**E. S.**

Jerusalem.—Novela de Pedro Loti.—París.—1921.

Cuando inventarió Alberto Insúa, al comenzar este año, la producción literaria francesa, citaba entre varios autores a Loti, como escritor de otro siglo. Es esta, verdaderamente, la posición cronológica del difundido novelista; su obra es cosa del pasado.

Los poco diversificados temas y el estilo monorrimo padecen incontestable retraso.

Mas hay, superponiéndose a esta relativa inactualidad de su obra, una virtud por la cual mantiene público, no indiferente y ocasional, sino apasionado y asiduo. Esa virtud es cierta manera de delicadeza sentimental que se transparenta de continuo, y se concreta en la nostalgia que invariablemente destilan sus libros.

•

¿Qué cuerdas faltan a ese poeta en prosa, cuya obra se convierte en una salmodia triste? No nos echaremos a buscar, para contarlo aquí; mas observamos la inmutabilidad del sentimiento, y declaramos el hechizo que para nosotros contiene. Así, al caer la tarde en una quebrada de la cordillera lejana, nos apretó el corazón, muchísimas veces, el sonido quejumbroso de un erque; no nos era dado apartarnos, pues dulce hechizo nos invadía; la tristeza inevitable de la música rústica se adueñaba de nuestra voluntad.

•

Los libros de ese escritor de ancha fama, ya relaten sus amores con mujeres multicolores y polisensibles; ya nos hablen de damas turcas a las que prestó alma de Francia; ya canten la destrucción de comarcas poéticas, inspirándose en su horror al inglés, siempre, siempre, muestran la herida de una incurable nostalgia.

Llorando tras la pilastra que lo oculta, vertiendo, al fin, todas las lágrimas acumuladas durante grandes congojas anteriores... él cuenta que anduvo en Jerusalén.

Pero la acedumbre de sus lágrimas se mantuvo en su pluma; y eso tal vez constituye todo el encanto de su obra.—**E. S.**

En el limitid d'or.—Por Luis Bertrán y Pijoan.—Barcelona.—1921.

Dentro del florecimiento artístico de la Cataluña nueva, este elegantísimo libro es un bello exponente. Acusa un anhelo de originalidad muy digno de que lo tengamos en cuenta. En pocas obras rima de tal modo con el continente, el contenido. Los poemas de Bertrán y Pijoan son tan primorosos como las admirables viñetas ingenuas que ha dibujado Marqués-Puig. Con una simplicidad de medios admirables, y un tono sencillo, que simula candor, el poeta canta la naturaleza. El paisaje barcelonés prorrumpe jugoso, como en una égloga, y el mar cambiante deslumbra tal la vitrina de un joyero fantástico. Bertrán y Pijoan tiene rica fantasía y no es de extrañar los efectos que obtiene con una rima simple, pero de simplicidad buscada, a la que llega por una sabia economía verbal. Bertrán ha reaccionado contra el viejo vicio ibero de la grandilocuencia.—**V. A. S.**

Las espontáneas.—Por Manuel Ugarte.—París.—1921.

Hombre de mucho rejo debe ser este señor don Manuel Ugarte, para lidiar esas **espontáneas**; pues tenemos por cierto que sin trato muy acabado no pudiera presentarlas con tal exactitud.

Es verdad que bien fundamentales semejanzas lucen, que allí en su almario todas tienen la misma levadura, impulsándolas a ceder a las inclinaciones de su instinto volandero. Pero la diversificación de sus caídas está representada con técnica de miniaturista, cuya

habilidad es lo que nos mueve a creerla fruto de observación personal.

Pero esas señoras no son enfermas ni culpables, como el autor las llama en su prólogo, cediendo, tal vez, a un trivialísimo concepto de la moral. Ni enfermas, ni culpables, lo repetimos; tienen concepto de la libertad distinto al nuestro, y una estimación de la vida acaso superior. El señor Ugarte las calumnia.

Hay como cierta uniformidad de escenarios dominante en el libro; es decir, que si bien esas espontáneas se agitan con diferencias topográficas, predomina tal manera continua en las decoraciones, que nos recuerdan esas compañías teatrales cuya utilería reducida obliga a poner variadas obras con los mismos elementos.

Y no es que el vocabulario del señor Ugarte sea escaso, ni mengada su manera de aderezar los párrafos; pero sus crepúsculos, y sus buhardillas, y escenas callejeras, traen demasiadas concomitancias, que resistieron a la fantasía del autor.

Insistimos en que eso ocurre en la manera.

Como en todas partes abundan esos espíritus espontáneos, pues los hay no sólo "en el ambiente cosmopolita de las grandes ciudades", sino también en estas platinas tierras nuestras y del autor, nos queda el deseo de que algunas criollitas morenas, o algunas hijas de blancas y entreveradas inmigraciones, merezcan igual atención del señor Ugarte, o de otra pluma de tanta fantasía y habilidad.

Igualmente dignas de perpetuarse son las veleidades de nuestras paisanas.—**E. S.**

[illegible] que nos [illegible] a [illegible] fruto de observación per-
[illegible]

[illegible] señoras no son enfermas ni culpables, como el autor [illegible] en su prólogo, cediendo, tal vez, a un trivialísimo con[illegible] la moral. Ni enfermas, ni culpables, lo repetimos; tienen [illegible] de la libertad distinto al nuestro, y una estimación de la [illegible] superior. El señor Ugarte las calumnia.

[illegible] cierta uniformidad de escenarios dominante en el li[illegible] que si bien esas espontáneas se agitan con diferen[illegible] [illegible] tal manera continua en las decoracio[illegible] [illegible] esas compañías teatrales cuya utilería re[illegible] [illegible] a poner variadas obras con los mismos elementos.
Y no es que el vocabulario del señor Ugarte sea escaso, ni men[illegible] su manera de adecuar los párrafos; pero sus crepúsculos, y [illegible] escenas calurosas, traen demasiadas concomitan[illegible] que [illegible] a la [illegible] del autor.
[illegible] que eso ocurre en la manera.

[illegible] abundan esos espíritus espontáneos, pues [illegible] el ambiente cosmopolita de las grandes ciuda[illegible] [illegible] plazas [illegible] y del autor [illegible] que algunas criollitas morenas, o algunas hi[illegible] [illegible] merezcan igual aten[illegible] [illegible] de otra [illegible] de tanta fantasía y habi[illegible]

[illegible] de nuestr[illegible]

E S

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernàn Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.
Herrera Mac Lean Carlos A., Cerrito 382.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

DICIEMBRE DE 1921

SUMARIO:

Justino Zavala Muniz	Crónica de un gran pueblo
Buenaventura Caviglia (hijo)	¿No fuiste tú?...
José Pereira Rodriguez	Las nuevas tendencias literarias
Juan Patena	Prosas
Luis Cané Malmierca	Elogio de la Primavera
A. Montiel Ballesteros	El chasque (cuento)
Wifredo Pi	Su nombre
Alberto Lasplaces y **Manuel Benavente**	De la vida literaria
C. A. Herrera Mac Lean	Crónicas de arte
José María Delgado	Glosas del mes

Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VI.
N.° 42

056.1
PEG
No. 42

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Manuel **Benavente**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste** — José M. **Fernández Saldaña**. — Emilio **Frugoni**. — Blas S. **Genovese**. — César G. **Gutiérrez**.—Luis. A. de **Herrera**.—Juana de **Ibarbourou**. — Julio **Lerena Joanicó**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodriguez**. — Víctor **Pérez Petit**.—Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**.—Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Juan **Zorrilla de San Martín**.— Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN: TELMO MANACORDA

Redacción: Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores, 8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay.—No se devuelven los originales. — Los materiales de PEGASO son inéditos.

Administración: Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay. — Suscripción mensual: **$ 0.50**. — Avisos: convencional.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ °/o anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

056.1
PEG
No. 42

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Manuel **Benavente**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste** — José M. **Fernández Saldaña**. — Emilio **Frugoni**. — Blas S. **Genovese**. — César G. **Gutiérrez**.—Luis. A. de **Herrera**.—Juana de **Ibarbourou**. — Julio **Lerena Joanicó**. — Luisa **Luisi**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**.—Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**.—Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Juan **Zorrilla de San Martín**.— Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN: TELMO MANACORDA

Redacción: Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores, 8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay.—No se devuelven los originales. — Los materiales de PEGASO son inéditos.

Administración: Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay. — Suscripción mensual: **$ 0.50**. — Avisos: convencional.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en ''Títulos Hipotecarios'', los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos ''Títulos'' se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los ''Depósitos'', mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el ''Cupón'' corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los ''Cupones'' por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los ''Títulos Hipotecarios'' se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

sión, Depósitos y Operaciones que realice el Banco. Art. 28 de la Ley de 27 de Julio de 1911.

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Diciembre de 1921. — N.º 42 — Año VI.

De "Crónica de un Gran Pueblo en ciernes"

—"Por ahí no, don Esteban; más a la derecha hay una piedra por la que podrá pasar". Dijo una voz de niño que partió de entre los abrojos que invadían la acera, al tiempo que don Esteban, con sus relucientes botines de charol y su traje de fiesta, pretendía continuar por el estrecho sendero que dejaban los yuyos al descubierto, en la calle.

—"¿Qué haces ahí, muchacho? ¿No vas, acaso, a la fiesta?"

—"No tengo un traje nuevo, don Esteban, y éste da vergüenza."

—"Pues no aprovecharás los dulces. Dígote yo, que soy de la Comisión de estas grandes fiestas, que han de haber dulces para los niños de la escuela y banderitas nacionales para que conserven el recuerdo de este gran día. ¿Sientes las bombas y los cohetes que llaman ya a la manifestación? Pues poca cosa es eso, si piensas que habrán discursos que leerán nuestros poetas, y tendrá el pueblo humilde, reparto de ropas y juegos de olla podrida y carreras de embolsados y palo enjabonado, mientras los jóvenes correrán sortijas y habrá prendas para las novias. Y luego una banda de música marchará iniciando la columna, en tanto que nosotros, los que presidimos la fiesta, hemos de ir, en medio de banderas y estandartes, por la calle principal, desde

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1 000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Diciembre de 1921. — N.º 42 — Año VI.

De "Crónica de un Gran Pueblo en ciernes"

—"Por ahí no, don Esteban; más a la derecha hay una piedra por la que podrá pasar". Dijo una voz de niño que partió de entre los abrojos que invadían la acera, al tiempo que don Esteban, con sus relucientes botines de charol y su traje de fiesta, pretendía continuar por el estrecho sendero que dejaban los yuyos al descubierto, en la calle.

—"¿Qué haces ahí, muchacho? ¿No vas, acaso, a la fiesta?"

—"No tengo un traje nuevo, don Esteban, y éste da vergüenza."

—"Pues no aprovecharás los dulces. Dígote yo, que soy de la Comisión de estas grandes fiestas, que han de haber dulces para los niños de la escuela y banderitas nacionales para que conserven el recuerdo de este gran día. ¿Sientes las bombas y los cohetes que llaman ya a la manifestación? Pues poca cosa es eso, si piensas que habrán discursos que leerán nuestros poetas, y tendrá el pueblo humilde, reparto de ropas y juegos de olla podrida y carreras de embolsados y palo enjabonado, mientras los jóvenes correrán sortijas y habrá prendas para las novias. Y luego una banda de música marchará iniciando la columna, en tanto que nosotros, los que presidimos la fiesta, hemos de ir, en medio de banderas y estandartes, por la calle principal, desde

cuyos balcones saludarán las damas nuestro paso, y hasta habrá algunas que han de arrojarnos flores. Fiesta será ésta, muchacho, que por largos años pasarás sin ver en este pueblo una semejante. No han de faltar en el concurso ninguno de nuestros personajes oficiales, y todos, desde los aristocráticos señores hasta el pueblo humilde, han de escuchar de nuestros poetas los cantos que para la Patria en este gran día han compuesto. Dígote, además, porque luego no te arrepientas de haber faltado, que los comercios cerrarán sus puertas y las sociedades extranjeras, que son aquí de importancia, la española y la italiana, han de concurrir con sus banderas y sus pintados estandartes, pues fiesta es de todos, y todos hemos de saludar a la Patria y a sus héroes. Bien que tú no podrás estarte esta noche en el salón del Club, donde se han colocado entre palmas y banderas los retratos de Lavalleja y Oribe, ya que no el del bandolero Artigas, de quien han dado algunos en ponderar sus hazañas a estas horas, cuando es harto sabido que fué grande enemigo de nuestros abuelos, a quienes llamó "godos" y enchalecó en cueros frescos, que dejó luego al sol, en los caminos. Mas nosotros, que de todo cuidamos cuando del bien de este gran pueblo trátase, quisimos que durante la noche tengan los humildes retreta en la plaza de la Constitución, donde hallarán ustedes solaz en las músicas de la banda, paseándose bajo los árboles y a la luz de la luna, que es llena en estos días, lo cual sírvenos a maravilla para ayudar a la mezquina luz de los faroles."

—"Todo eso lo dijo el diario, don Esteban; pero yo no iré con mi escuela."

—"Pues quédate con Dios, muchacho. Culpa es del maestro el que haya hoy tales chicos, sin amor al pueblo ni a la patria."

Y don Esteban terminó con esta brusquedad el diá-

logo y fuése, disimulando el mal humor que la indiferencia del muchacho por sus fiestas le produjo, y pretendiendo conservar gallardamente erguida bajo el sol, su galera de felpa y hacer rítmico el andar de su cuerpo opreso en la austera levita.

Agazapado entre los abrojos, cuyo aroma enervante excitaba sus sentidos; cayéndole sobre las sienes los rizados mechones de su cabellera; inquieto el mirar y atento el oído, largo rato iba ya que Rómulo esperaba la vuelta de Rosa.

El mismo Rómulo no acertaría a explicarse el extraño móvil de su espera.

Siempre, en sus juegos de niño por aquellas calles, habíase detenido ante el andar voluptuoso de Rosa, sintiendo que sus sienes agitábanse violentamente mientras los ojos absortos seguían el paso ligero de la niña. El anuncio de su virilidad, acusado por el sopor de aquel mediodía de verano, llevóle, sin que él mismo pusiese en ello su voluntad, a esconderse entre los abrojos junto a los cuales había de pasar la niña, cuya presencia hacía temblar extrañamente a sus carnes.

Entonces, con la mirada fija en la calle que llevaba a la plaza, sobre la cual observaba las nubecillas de los cohetes al estallar, Rómulo afirmábase en su propósito.

Rosa iba a volver por la calle desierta. Por las aceras cercanas a la plaza, continuaban pasando los hombres vestidos de fiesta, en tanto que hasta el niño llegaban los ecos de una marcha ejecutada por la charanga del batallón.

¿Qué iba él a hacer, a la vista de Rosa?

Rómulo mismo no lo sabía con certeza.

Por la calle principal pasó, desplegada a la brisa tenue del mediodía, la bandera de su escuela. Detrás, alineados en dos, cruzaron los niños que formaban el coro, adornados sus pechos con anchas bandas con los colores nacionales.

Notábase entonces cuán hondamente preocupaban al pueblo aquellos festejos de los cuales hablaba en todos sus números el único periódico, y para los que las doncellas trabajaron afanosamente en sus vestidos, y descolgáronse de las perchas donde estuvieron por largo tiempo olvidadas, las levitas que en tan solemnes días, lucían los graves señores.

Todo hasta entonces había sido hablar de aquella fiesta, viniendo a ser constantes personajes de consulta, los miembros de las distintas comisiones. Sólo un detalle amenazó por unos días provocar un grave conflicto a los patrióticos deseos del comité. Y fué que, por razón que nunca pudo saberse a ciencia cierta, el cónsul de Francia negábase a concurrir a la manifestación encabezando a los miembros de la colonia de su país, que lo eran un su hijo y un cerrajero.

Mas todo se arregló, para tranquilidad de los notables y mayor lucimiento de los festejos, que iniciáronse con las dianas que al salir el sol, ejecutó la charanga a la puerta de las casas de los más respetables vecinos de aquel gran pueblo.

El calor del mediodía, apenas si era menguado para Rómulo por el fresco de los abrojos, entre los cuales continuaba escondido. A no ser por los ecos de la charanga y el canto de los pájaros que saltaban entre los árboles del sitio que él tenía a su espalda, ningún otro ruido alteraba el silencio de la calle. Se diría que todo el pueblo hallábase congregado bajo los naranjos de la plaza, sin que ni aún las doncellas de la calle de los italianos, asomaran sus rostros, afeados por el exceso de polvo, por entre los espacios de las puertas que dejaban los vidrios sin colocar.

Rómulo sintió que el ambiente le hostigaba a cumplir sus propósitos, cuando el miedo le turbó un instante al oir la voz de Rosa que retornaba cantando por la estrecha senda de la calle.

El corazón comenzóle a saltar dentro del pecho, en tanto que su garganta volvíase seca súbitamente y nublábanse de continuo los ojos, a medida que la niña acercábase, vestida de rosa, suelta la negra cabellera, ingenuamente voluptuoso el andar.

¿Se atrevería ahora, que la calle estaba desierta, y entre los altos yuyos que cubrían las veredas? ¿Y si daba voces y oídas eran por los padres de la niña, a los cuales no había visto pasar hacia la plaza?

Rómulo tuvo tentaciones de huir; mas era ya tarde y luego... ¿quién le aseguraba que no fuera todo bien?

—"Rosa, Rosa, mira qué bicho más raro va por aquí";—dijo con la voz trémula de indecisión el muchacho, surgiendo de pronto de su escondite..

La niña se detuvo un instante, entre curiosa y desconfiada, ante el gesto extraño de Rómulo.

—"Acércate, Rosa, que se va a escapar."

La curiosidad pudo más que el temor en la niña, que avanzó por entre los abrojos, al tiempo que inclinaba su cabeza casi junto a la de Rómulo.

Y entonces, súbitamente para ahuyentar toda vacilación; encendida la faz de deseo y de vergüenza, echóse el niño sobre Rosa, como un macho enfurecido de fiebre, intentando tenderla entre los abrojos. Dió voces de espanto la niña; golpeó desesperadamente el rostro de su atacante; confundió el insulto con la súplica; mas todo era en vano ante el ardor de la bestiezuela de Rómulo que, sin acertar a decir palabra, continuaba en su empeño y juntaba sus labios cálidos y secos, a las mejillas frescas de la niña.

—"¡Socorro!"—gritó ésta en el instante mismo en que el muchacho la tendía en el suelo, y sus manos nerviosas y torpes hundíanse en sus ropas.

—"¡Ay!", tornó a decir de rubor y miedo Rosa, cuando la mano de su atacante levantaba sus faldas. Pero Rómulo se detuvo de pronto; un estremecimien-

to extraño contrajo sus labios, y saltó hacia atrás espantado de su audacia y huyó a todo correr por la calle que llevaba hacia las quintas de naranjos que suben las colinas cercanas, llevando en sus ojos la visión confusa de algo muy blanco que había llenado sus ojos, como si Rosa, y todo cuanto estuvo a su alrededor, estuvieran vestidos de un blanco que le cegó en el último instante.

Ahora, corriendo primero por la calle de Matta y luego por el camino que subía la colina entre dos filas de eucaliptos y pitas, parecíale sentir los pasos de los policías corriendo por darle alcance, sin que ningún árbol del camino ofreciérale seguro refugio.

Jadeante, cuando ya las piernas negáronse a continuar la carrera, tendióse el niño a la sombra de un bosque de álamos, en el crüce de dos caminos.

Oíanse repercutir en el aire tranquilo del atardecer, los ecos del Angelus, cuando por los caminos retornaban en sus carros los labradores, repitiendo aún los himnos escuchados en la fiesta, para la cual pusiéronse las mujeres los vestidos blancos con flores rosas, en las cuales daban entonces los últimos rayos del sol.

Desde su escondite, Rómulo les sintió acercarse, poblando con sus voces y el seco rechinar de las ruedas, el silencio de la tarde; pasar jubilosos frente a él, y alejarse de nuevo hacia sus chacras, volviendo a hacerse el silencio cuando sus voces se apagaron en la última loma del camino.

Cuando la noche se hizo en el pueblo, cuyas luces extendíanse en líneas rectas y débiles en las calles, y todo fué silencio en la plaza, mientras entre los álamos comenzaron a oirse extraños ruidos de pasos que quebraban las ramas extendidas por el suelo y voces nunca hasta entonces oídas, Rómulo emprendió el camino de retorno.

Al principio sólo anduvo a pasos precipitados; pero a medida que dejaba a su espalda la sombra de los eucaliptos que se extendían atravesando el camino, el miedo le hizo correr por la pendiente.

Ya en el pueblo, volvió a pensar en su situación. No érale posible volver a su casa hasta que no amainase el enojo de su padre. Y entonces, ¿dónde había de esconderse esa noche? Frente a él, tenía el sitio que tuvo a su espalda cuando cometió su culpa.

Rómulo avanzó entre los abrojos, y traspuesto el trozo de muro que caía hacia la calle, entróse en el huerto cuyos altos pastos llegábanle hasta las rodillas cuando él adelantábase por la senda que alumbraba, entre los perales, los sauces y las higueras, la luna.

Rómulo conocía el paraje; muchas tardes había hecho aquel mismo camino, para ir, como ahora, hasta el peral que estaba junto al pozo, y hurtar sus frutas, las mejores del huerto. Volaron los pájaros sorprendidos en las ramas y zumbaron en sus oídos las avispas cuyo camoatí sintieron estremecerse al impulso de la rama que se doblaba bajo el peso de Rómulo.

Las frutas fueron su cena. Colmado su apetito, Rómulo descendió del árbol y tendióse un instante sobre las hierbas húmedas que bordeaban el pozo, esperando la hora oportuna de volver a su casa.

Desde el cielo limpio de nubes, la luna, cuya imagen temblaba sobre las aguas verdes del pozo junto a las flores de camalote, iluminaba los árboles de los cuales veíanse pender, como esferas negruzcas, las frutas. Un aire tibio movía las hojas de los árboles, entre cuyas ramas saltaban los pájaros, y hacía ondular los pastizales, semejante a un tapiz plateado por la luz del astro.

Rómulo, de cara al cielo, oía el chasquido de los sapos al echarse al pozo y, en tanto aspiraba el aroma que le llegaba desde las madreselvas que subían por el

muro que daba a su espalda, meditó sobre su situación. ¡Cómo le era ahora de inconcebible su estado de ánimo, cuando atacó a Rosa!

En la soledad del sitio, pensaba en que la guardia civil andaría en su busca; en el castigo que le impondría su padre y luego el maestro, por haber faltado a la fiesta; en la venganza de los padres de Rosa; en la imposibilidad de ir ahora—que volvían a oirse los destemplados compases de la charanga—a hacer el matrero con sus amigos entre los naranjos y los plátanos de la plaza... Rómulo sintió grandes deseos de llorar.

Y después, ¿por qué abrazó él a Rosa y quiso tenderla en los abrojos, y besó sus mejillas y estrujó sus ropas? Y cuando la tuvo tendida entre sus brazos, ¿cómo fué posible aquel desfallecimiento de su voluntad salvaje, al recibir de pleno en los ojos, el blanco de las enaguas de la niña, entre las cuales ahora le parecía recordar las curvas de unos muslos morenos? Entonces, en el silencio de su soledad, pensó con horror en la enormidad de su culpa.

¡Oh, si con aquella noche acabara todo; su padre, los amigos, Rosa, la guardia civil, el maestro; todos cuantos le perseguían, y él mismo!

Por las losas de la calle vecina, sintió pasos que se acercaban y deteníanse junto al muro. Un súbito temor dejó en suspenso el pensamiento de Rómulo, hasta que alejáronse los pasos, y la tenue luz de un farol iluminó un pequeño espacio. Era Mónaco que terminaba su constante labor de iluminar al pueblo. Rómulo tornó a pegar su rostro sobre los pastos humedecidos ahora por su llanto, atormentada la mente por la enormidad de su culpa.

¡Oh, si acabara todo...!

Y se durmió.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ.

¿NO FUISTE TÚ . . . ?

¿No fuiste tú quien dijo del paisaje
Ser demasiado hermoso porque luego
Pudieran los demás valer el viaje?

Era el país del fuego
Claro de sol que tuesta en los olivos
Un grisáceo metálico de aceros
Bajo un azul de cielos pensativos...

Enciende esmalte verde en los pinares
Y en los riscos agreste da al romero
Perfume de retama y azahares.

Bajo un azul de cielos pensativos...
Y sobre el agua añil del mar Tirreno
Cuya fimbria de espumas aún repite,
En la similitud de un mar heleno,
El prodigio perenne de Anfitrite...

Donde el acantilado de granito,
Al romper entre flores y esmeraldas,
Con tesonero esfuerzo en sus espaldas
Yergue un primer peldaño al Infinito...

¿No soñabas tú allí colgar tu nido?
¿No soñé yo también que eras la meta,
La única mujer que diera olvido
A mis peregrinares de poeta?

¿A dónde ya seguir como romero?
¿En que otra luz acariciarme el alma
Con un calor más dulce que la palma
De tu mano a la mía en el sendero?

¡Todo camino ya... fuera de vuelta!
¡Toda búsqueda más ya sin motivo!
¡El cielo estaba, en tu mirar, cautivo!
¡La luz del sol, por tus cabellos, suelta!

Fué sólo aroma, espuma y aire el sueño...
¿En qué niebla del Norte hallaste abrigo?
¡Fué sol que ríe, brillazón, beleño...
El mar azul me arrebató consigo!

BUENAVENTURA CAVIGLIA (hijo).

1912.

LAS NUEVAS TENDENCIAS LITERARIAS

Cuando la perfección clásica de la literatura castellana alcanzó las más altas cimas, el afán de originalidad—mala nodriza—hizo su presa en los que todavía trabajaban a la sombra de las altas columnas.

Primero fué la preocupación detállista de la expresión seleccionada, vale decir, el culterano gongorismo. Luego, como reacción contra esto y contra el clasicismo, surgió la manifestación laberíntica, que se tradujo en conceptismo proteico. Para finalizar el proceso de la decadencia, el pedestre prosaísmo llenó la selva lírica con las monas y los lobos de la fábulas de Iriarte y Samaniego.

Nótese, de paso: primero, que esta decadencia tuvo sus orígenes en las dificultades, cada vez mayores, de alcanzar una grande perfección; segundo, que se inició cuando la literatura hispana se había enjoyado con los modelos inmortales; y, por último, que quienes la iniciaron y aún la propiciaron, habían comulgado largo tiempo en la tiránica cultura escolástica y se habían ciliciado, previamente, con largas disciplinas intelectuales.

Por esto no se exagera si se afirma que la decadencia nació por obra e influencia de los más altos espíritus.

Esta parábola, que es la gráfica de una ley casi general, fué recorrida, en orden inverso, en tierras de América.

Vibraba el vozarrón épico de Quintana, consumíase en recovecos académicos el detallismo de Bello, tronaban las cataratas en los versos de Heredia, y entre el desbarajuste verbal—que marchaba al unísono con la organización de los nuevos Estados políticos,—ya en las postrimerías del "ochocientos", la siringa panida de Darío, fundiendo en su silbo, armonías equivalentes, encauzó y retrotrajo la corriente literaria hacia los antiguos orígenes. Nació el neoclasicismo, dándose el caso de que América fuese para España, lo que en el "seiscientos" y en el "setecientos" ésta había sido para aquélla.

América consolidó su soberanía intelectual como había consolidado en códigos democráticos su soberanía política. En páginas parnasianas, Francisco García Calderón ha sintetizado este proceso histórico, que señaló normas definitivas para la cultura hispanoamericana.

Los escritores de fin del "ochocientos" y principios del "novecientos", dispararon bien sus flechas hacia las estrellas impasibles. Su neoclasicismo derramóse por todo el continente y, a la novedad de la expresión y a la modernidad del concepto, unieron las disquisiciones meditadas, fruto de vastas culturas y prolongados estudios. Las bibliotecas se abrieron a las jóvenes legiones. La cultura continental hizo correr en el cuadrante su aguja imantada, como al influjo de una atracción irresistible. América fué así, en el mundo de las letras, algo más que una expresión geográfica al culminar la época gloriosa, simbólica y poéticamente, con los "Cantos de vida y de esperanza".

Muerto Darío y muerto Nervo, y desviado hacia más complejas labores Leopoldo Lugones, la trilogía soberana pierde su antigua eficacia. El deseo de hacer obra bella comienza a ser roído por el loco afán de no-

vedad, por reacción contra la perfección lírica alcanzada y por avaricioso aprovechamiento ante el silencio de los preclaros hermes sobrevivientes. No falta quien toma en serio y trata de imitar, las "boutades" rubenianas o las "clownerías" de Valle Inclán. Y así llegamos a la eclosión de las nuevas tendencias literarias.

Todo lo arbitrario, todo lo absurdo, todo lo que no llegaron a intentar los preciosistas culteranos o los conceptistas quevedinos, es decir, el máximo de exageración, con el peor agravante de que ya el futurismo dejó de oler a muerto—lo que evidencia su absoluta inofensividad actual—irrumpe ahora en los jardines intelectuales de Hispano-América, como suele hacerlo la inquieta bandada cuando el guardián dormita bajo la solana en la hora densa de la siesta.

El arte no va ganando nada con esta licencia neomodernista, que ha dado en llamarse dadaísmo, creacionismo, ultraísmo, etc., en la que estorba el ritmo y la rima—matrices de todo verso,—la sintaxis, la ortografía y hasta el sentido común.

La onomatopeya futurista, al fin y al cabo lógica, resulta baladí innovación frente al simultaneísmo creacionista en que la originalidad del poeta precisa contar con la benevolencia—y aún con la paciencia—del tipógrafo, y todavía con una buena cantidad de letras mayúsculas de diversos tipos, para que la novedad resulte más desconcertante.

Ante esta avalancha cabe adoptar una actitud severa más bien que conmiserativa o irónica. Está en peligro el arte autóctono y prontos para ser cegados los fluentes hontanares de la belleza indígena. La crítica complaciente para con los nuevos, resultará cómplice en la decadencia irremediable. Se impone salvar en el derrumbe de valores literarios de la época, llamando

al buen camino a los que, en el grupo turbulento, todavía son dignos del "alba de oro".

Bien está la originalidad que sabe traducirse con los medios al alcance de los seres normales; pero, hacer una literatura de manicomio para que la gocen los seres equilibrados, es intentar un vuelco absurdo en la interpretación racional del significado que le hemos dado a las cosas, por herencia tradicional del lenguaje. No se trata de hacer valer los prestigios de las Academias que ya ni fijan, ni brillan, ni dan esplendor, desde que las rige el nepotismo aristocrático o la burocracia hambrienta. Se trata, antes que esto, y por sobre todo, de salvar el prestigio de las letras nacionales ante la invasión de unos nuevos bárbaros que intentan arrasar con las obras de cultura, como aquellos que pretendían destruir sin haber demostrado que eran capaces de crear.

Son espíritus jóvenes los que integran las falanges revolucionarias y tal vez proclaman ardorosamente la destrucción de lo antiguo o la negación de lo creado, porque en el afán creacionista, quieren crearse la cultura que no tienen, iniciándola en ellos, lo que, desde luego, supone la más candorosa de las nuevas ideas. Acaso se olvida que la renovación neoclásica culmináronla, Darío después de leerse la colección de clásicos de Rivadeneyra, Nervo, tras el conocimiento profundo de la literatura grecolatina, y Lugones una vez que alcanzó una cultura formidable. Y hace ya tiempo sostenía Henri Poincaré que para negar la eficacia de las leyes de Newton había que estudiarlas profundamente, a fin de estar en condiciones de poderlas negar más tarde.

Se puede sentir las cosas con la nueva sensibilidad y aún verlas con los ojos puros de la intacta modernidad; mas al darles exteriorización y trasmitirlas al gran público, justo es que exijamos—cuando menos—

claridad de expresión que es el fin primordial a que debe aspirarse.

Estamos asistiendo a la evolución del neodecadentismo en América. ¿Dónde estará entretanto, el otro Darío que, mientras los nuevos promueven sus incomprensibles algarabías, sordo al ruido circundante, está leyendo y estudiando y afinando la cítara para salvar los prestigios sempiternos de la belleza eterna?

América, con su belleza virgen, con su esplendor ubérrimo, espera aún a quien habrá de descubrir la inexplorada veta que se ramifica, como un árbol de oro, bajo el tablero resonante de sus ciudades tentaculares.

José Pereira Rodríguez.

Treinta y Tres, 1921.

PROSAS

Historia de un hombre que usaba lentes

Era una vez un hombre joven que se creía enfermo —y quizás lo estaba desde que se lo creía. Pero el caso real era que para los demás no estaba enfermo.

Y como él no se veía bien a sí mismo, creyó del caso y razonable usar lentes. Pero los demás no lo creyeron razonable y se rieron de él.

Y él, que estaba enfermo porque los demás eran sanos, comprendió entonces que la razón es de los que tienen doble vista.

Es así que los lentes fueron para él la fuente de su perfeccionamiento.

Historia de un hombre fastidiado de sí mismo

Era un joven que estaba fastidiado inocentemente.

Tenía la manía de querer estar siempre solo porque creía que su fastidio debía guardarlo para él, siendo así que la mayor parte de su fastidio dimanaba de sí mismo.

Y no notaba que los demás estaban en el fondo más fastidiados que él, porque no pensaban.

Y él que se distraía eternamente dudando, no era en realidad justo para sí mismo.

Pero el error es de este mundo—y el fastidio del hombre inocente que sinceramente amamantaba él mismo fué perpetuo en su vida—y sólo al morir reconoció el error en que estaba, cuando pudo comprender que ya no se fastidiaría más.

El hombre de la tela

Había una vez un hombre que había adquirido una certidumbre a fuerza de pensar en ella. Y era que no hay hombres verdaderamente tales, es decir, como es la idea común que tenemos de ellos—y que tampoco hay objetos inanimados — y que entre los hombres y los objetos hay relaciones muy finas y sutiles que nadie conocerá sino cuando prescinda de sí mismo para relacionarse íntimamente con todo.

Y este hombre había dado en la manía de querer disolver su personalidad en un reloj, porque había notado que ese reloj no caminaba sino cuando él le daba cuerda.

Y este hombre vivió eternamente forjando con hilos blancos y sutiles una tela que nunca concluyó, porque pretendía extenderla más allá de lo que el talento vulgar de la gente se lo hubiera permitido.

Y a pesar de esto fué un hombre que vivió toda su vida.

PROSAS

Historia de un hombre que usaba lentes

Era una vez un hombre joven que se creía enfermo —y quizás lo estaba desde que se lo creía. Pero el caso real era que para los demás no estaba enfermo.

Y como él no se veía bien a sí mismo, creyó del caso y razonable usar lentes. Pero los demás no lo creyeron razonable y se rieron de él.

Y él, que estaba enfermo porque los demás eran sanos, comprendió entonces que la razón es de los que tienen doble vista.

Es así que los lentes fueron para él la fuente de su perfeccionamiento.

Historia de un hombre fastidiado de sí mismo

Era un joven que estaba fastidiado inocentemente.

Tenía la manía de querer estar siempre solo porque creía que su fastidio debía guardarlo para él, siendo así que la mayor parte de su fastidio dimanaba de sí mismo.

Y no notaba que los demás estaban en el fondo más fastidiados que él, porque no pensaban.

Y él que se distraía eternamente dudando, no era en realidad justo para sí mismo.

Pero el error es de este mundo—y el fastidio del hombre inocente que sinceramente amamantaba él mismo fué perpetuo en su vida—y sólo al morir reconoció el error en que estaba, cuando pudo comprender que ya no se fastidiaría más.

El hombre de la tela

Había una vez un hombre que había adquirido una certidumbre a fuerza de pensar en ella. Y era que no hay hombres verdaderamente tales, es decir, como es la idea común que tenemos de ellos—y que tampoco hay objetos inanimados — y que entre los hombres y los objetos hay relaciones muy finas y sutiles que nadie conocerá sino cuando prescinda de sí mismo para relacionarse íntimamente con todo.

Y este hombre había dado en la manía de querer disolver su personalidad en un reloj, porque había notado que ese reloj no caminaba sino cuando él le daba cuerda.

Y este hombre vivió eternamente forjando con hilos blancos y sutiles una tela que nunca concluyó, porque pretendía extenderla más allá de lo que el talento vulgar de la gente se lo hubiera permitido.

Y a pesar de esto fué un hombre que vivió toda su vida.

Historia de un hombre lego de nacimiento

Había una vez un hombre lego de nacimiento. Tenía siempre la prosodia en los labios y la estupidez en la pluma. Sabía que uno y uno eran dos, pero nunca se le ocurrió que eso pudiera ser erróneo. Creía en el abecedario como en un artículo de fe.

Era supino hasta la vulgaridad y vulgar hasta el refinamiento.

Había digerido todos sus conocimientos de cordura en muchos años de estudio metodizado, y el método con que los digería era más regular que el de su mismo estómago, del que nunca tuvo una indigestión.

En lógica era inflexible: nadie pudo nunca cogerlo en una infracción de vuelos problemáticos.

A pesar de todo esto, nunca supo resolver un solo problema.

Era un hombre lego de nacimiento, y a quien la muerte se lo llevó un día de viernes santo, haciendo vigilia.

El hombre que era silencioso

Era un hombre tan versado en ciencias puras como impuras, y que tenía la costumbre de callar lo que sabía, porque creía que nada valía la pena de ser discutido.

Le gustaba mucho sentir las conversaciones y discusiones de los demás. Y mientras éstos hablaban, él permanecía callado.

Gustaba interiormente la suma delicia (que es un refinamiento exquisito), de comprender los errores ajenos y de callar su juicio. Cuando se lo pedían incidentalmente, sonreía y daba una opinión cualquiera.

Los diarios creían que no sabía mucho. Sin embargo, a veces creían vagamente otra cosa.

Y en su profundo silencio era sabio porque era prudente, y era prudente porque sabía que, tal como era, nada mejor para él que ser prudente.

Este hombre nunca fué alabado, pero tampoco nunca se recriminó a sí mismo.

ANDRÉS PATENA.

Los hombres de las telas, pensaba titular Andrés Patena a una serie de historietas como las que ofrendamos a nuestros lectores, y que, escritas en 1900, han permanecido hasta hoy inéditas.

Espíritu singular, casi todas las singularidades que atribuye a estos hombres, estaban en él mismo, y él las supo captar de tan extraño modo, en un período de su existencia en el que, como lo dice en **La historia de tres brahamines locos**, vivían de tal modo que "conversaban del pasado como si fuera presente y nunca sabían del presente presente más que por ellos mismos que vivían en el porvenir."

Nos proponemos escribir algún día sobre Andrés Patena, a quien conocemos íntimamente; pero, por el momento, creemos que con lo dicho basta para dar a nuestros lectores una idea de este escritor.

Elogio de la Primavera
en los Catorce Años de Blanco

Cruel insomnio reveló
dejando la boca seca
por qué la última muñeca
hace días olvidó.

Muerde los labios a fin
de que la boca jugosa
cambie su corola rosa
en encendido carmín.

Flagra en los ojos serenos
tibia promesa de amor.
Hincha la blusa el temblor
inquietante de los senos.

Al paso la pierna es ágil.
Y al breve ritmo del paso
celebra el viso de raso
la curva del talle frágil.

Adivina lo que piensa
cada hombre que la mira.
Disimulando suspira
y aprieta el moño a la trenza.

Bajo los senos pujantes
late a prisa el corazón
y le pone la emoción
los ojos negros, brillantes.

Si algún buen mozo la roza
al pasar, como al descuido,
le vuelve el rostro engreído:
afectada y pudorosa.

Y como es vano el intento
de protestar con enojos,
aduerme los tiernos ojos
ebria de presentimiento.

LUIS CANÉ MALMIERCA.

Buenos Aires, Primavera 1921.

liminar en el libro "Una niña bonita", que el joven poeta publi-
gones presentará en breve con un interesante estudio preliminar en
el libro "La niña bonita", que el joven poeta publicará este año.

EL CHASQUE

(*De "Alma Nuestra", libro que la Editorial "*Pegaso*" publicará próximamente*)

Aun no existía por aquellos rincones el teléfono y el telégrafo, y eran necesarios para caso de urgencia los "propios" que, reventando caballos, se devoraban cincuenta leguas en ocho horas.

Para estas comisiones se necesitaban hombres de confianza, muchachos resistentes y que conocieran su responsabilidad.

Don Simón Rosas, en las tarjetas *réclame* de su empresa de diligencias, indicaba en letras llamativas que también se encargaba de "propios" a cualquier parte del país.

Diego Gularte, uno de sus peones, era el baqueano y el veterano de los chasques. Conocía los departamentos limítrofes como la palma de la mano y era ágil y de aguante.

Indiecito retacón y fuerte, parecía nacido arriba del caballo; puntilloso de su hombría, las órdenes que recibía eran sagradas.

—Gularte.

—Mande.

—Tenés que dir al Mellao, al Paso del Parque y estar mañana de güelta...

Dos o tres indicaciones más con respecto al caballo, al repuesto de éste, a alguna cortada de campo, a que tomase por una picada, y no había sol de fuego ni arroyo crecido ni nada que lo acobardase o lo atase.

Los otros peones lo consideraban con envidia, lo trataban de "liviano", aludiendo a su peso ligero, propicio a no cansar al animal en el viaje, y dándole, en doble sentido, un despectivo valor al vocablo popular, equivalencia de flojo. Pero él, suficiente, sonreía, y estrenaba un sombrero compadrón, un pañuelo de seda, como resultado de las galopadas terribles.

Una mañana,—no hacía mucho habían vuelto de un baile y mateaban para engañar el sueño,—cuando llega el patrón a la cocina y después de saludar, dice, toreando:

—Vamos a ver, ¿quién se anima a pegarse un paseíto hasta el Queguay?

Los peones, como reconociendo el derecho de Gularte, lo dejaron ofrecerse:

—Yo, patrón.

—Es pa las puntas del Queguay, a lo de don Lidoro Pintos, casi en la cuchilla de Haedo.

—Por donde el diablo perdió el poncho, comentó uno.

Gularte se mojó la cabeza, colocó unas frescas hojas de tártago dentro del sombrero, ajustado con el barbijo, se aseguró bien la carta que debía llevar, y en tanto sus compañeros le hacían guiñadas como diciéndole:

—Aura vas a ver con quién se casó Caña Güeca...

Partió.

Calentaba el sol.

El indio, sin dormir, entrecerraba los ojos encandilados por la luz.

Galopaba canturreando por el callejón, y todo se le volvía arrorró: el acompasado golpear de los cascos del caballo, su propio canto monótono, el vaivén uniforme del galope.

Intentó silbar. Sacó un cigarro, atenuó la marcha y fumó.

Cuando llegó al arroyo del Molino se mojó otra vez la cabeza, se acomodó las hojas medio achicharradas y miró con delicia el pasto suave, alto, que se movía e invitaba a una siesta.

Al avistar el boliche del "Tropezón", crió coraje.

Bajó allí, tomó una cañita y pidió una botella de cuarta de la bebida porque veía que si no iba a aflojar.

Cambió caballo; comió pan, queso y sardinas y emprendió la marcha.

Se acercaba el mediodía.

Las cachirlas, flotantes sobre sus patitas de alambre, esponjaban las alas, abrían los picos, asfixiadas.

Gemían las palomas: tuiráa... tuiráa...

A Gularte le pareció triste y desagradable la nenia y exclamó:

—Pucha, yo mataría todas las palomas.

Había un calor de incendio. Se dijera que a momentos todo iba a empezar a arder bajo el implacable cielo amarillo, lívido. La sombra azul-violeta del muchacho y de la cabalgadura parecía ir suspendida en el aire enrarecido. Venían del camino y del campo, con olor a pasto seco, bocanadas de fuego que herían los ojos y resecaban las fauces.

—V-i-a tomar otro traguito.

Y la caña brava le daba una ilusión de fuerza y de alegría.

Se puso a cantar a gritos. Después le pareció que el pingo acortaba el galope.

—¡Disgraciao, aura te me vas a áplastar!

Y empezó a darle lazo y lazo, lanzándolo en carreras desenfrenadas.

El viento encendido le quemaba el rostro, le chillaba en los oídos, y él, dele rebenque, volaba por el callejón desierto.

Bufaba el caballo, echaba humo, se llenaba totalmente de blanca espuma.

A Gularte le zumbaba la cabeza y se sentía ganado de un furioso rabiar contra el matungo, contra el camino, contra los campos y los palos del alambrado que giraban vertiginosos como si estuvieran bailando.

—¡Nunca me ha pasao esto!, se admiraba, y secándose el sudor se detenía para beber otro trago.

Se acordó del baile de la noche anterior: un güen baile... El salió enredadísimo con una chinita hija de una lavandera.

—¡Linda diversión los bailes!, y si son con corte no te digo nada!

—¡Lindo el baile!...

Galopó, galopó...

Sus recuerdos se confundieron, se embrollaron.

Sofrenó el caballo.

—Y aura, ¿pa qué me apuro tanto? se interrogó.

. . . . . .

Llegaba a Laureles. Había un almacén. Nuevamente hizo llenar de caña la botella. Compró dulce, bizcochos, yerba, azúcar... Allí, a media legua, vivía una paisanita con la que él andaba noviando.

Salió tambaleante del almacén y montó a caballo.

Rumbeó al rancho.

Dormía todo en el bochorno de la siesta.

El campo, el cielo, las cosas, estaban como suspen-

sos bajo la luz deslumbradora, en una calma de ojos abiertos e inmóviles.

Gularte sentía deseos de cantar a gritos; la sangre se le precipitaba a borbotones por el cuerpo temblo-roso.

Al llegar, saludó. No obtuvo contestación. Cuando se apeaba apareció la muchacha, la pardita sabrosa por quien él se derretía de amores.

—Oh, usté, Gularte...

—Yo, prenda...

—Toy sola, mama salió.

—Mejor si es gorda, le sonrió el visitante sin saber lo que decía. Y alcanzándole sus regalos:

—Le traigo esto, sabe...

Ella tomaba los presentes: los dulces, la yerba, los bizcochos...

—Gracias, pa qué se fué a incomodar...

—Usté lo merece... y se le aproximaba.

—Me parece que no está muy bien, Gularte.

—Estoy macanudo!

Dejó el caballo sin desensillar, se quitó el sombrero y entró al rancho, deshecho, derrengado, imposible.

La muchacha, que no tenía con él mayores intimidades, previó el peligro, quiso salir, pero él la tomó por un brazo tartajeándole:

—Venga, vieja, venga...

Y rodaron abrazados.

A los cinco minutos Diego Gularte roncaba con la boca abierta, mientras volaban, zumbándole sobre la cara, las moscas.

Cuando volvió la madre de la muchacha, se enteró a medias del suceso; arreglaron mejor al paisanito sobre el recado, mientras ella comentaba:

—Pobre mocito... si-ha pasao un poco...

El sol alto del otro día daba en la cara del indio que se recordó con una sed de ascua ardiéndole las entrañas.

Se incorporó: las piernas duras, los riñones como descuajados, la cabeza terriblemente dolorida; salió del rancho, se fué al barril y bebió agua hasta sentir hinchada la barriga.

Estaba vestido. Vió su caballo. Con los ojos ardiendo, entrecerrados, somnolientos, la mirada perdida en las lejanías del campo, como sin ver se puso a pensar.

No se acordaba sino del baile que empezó en el pueblo y había continuado en plena campaña, donde todo, callejón y campo, alambrado y casas, giraban bajo la transparente lluvia de fuego del sol.

Se asomó la paisana:

—Güen día, Gularte.

Atrás aparecía la chiquilina, ruborizándose.

—¿Necesita cualquier cosa?

—Güen día, contestó él, y cuando quiso sacarse el saco para lavarse la cara, sintió en el bolsillo el frufrutar de los papeles, de la carta, del cheque!

Se quedó rígido, paralizado.

—Junamante!!

Aún estuvo un minuto inmóvil, sin una decisión, frente a la cruda realidad de los hechos.

—No haberme muerto!

Ensilló. Se despidió de aquella gente que le daba un mate. Salió a todo galope.

Llevó la carta a su destino.

Llevó la carta, pero no volvió más al pueblo.

Estaba deshonrado.

MONTIEL BALLESTEROS.

MCMXXII.

SU NOMBRE

Su nombre era bello, armonioso y breve.
En su nombre había ritmo musical
¡Cuántas, cuántas veces con palabra leve
Floreció en mis labios su nombre ideal!

Nombre dulce y tierno como una elegía
Suave y delicado como un madrigal
Nombre melodioso, del que trascendía
Donosura y gracia, timbre de cristal.

¡Cuántas, cuántas veces mi amoroso anhelo
Invocó su nombre como una oración.
Con qué apasionado afán y desvelo
Lo sentí vibrando en mi corazón!

Nombre que tenía de Beatriz la eterna
Mística belleza que le dió el dolor
Y como Julieta supo de la tierna
Amante caricia del primer amor.

Nombre de leyenda, nombre diamantino
Que encanta, seduce y locura da.
¡Oh, si se pudiera vencer al destino
Para pronunciarlo en la eternidad!

WIFREDO PI

1921.

DE LA VIDA LITERARIA

Retirarse a tiempo

Hay escritores que se pasan la vida tirando sus libros a la cabeza del público, sin que éste se dé por aludido jamás. Siento una gran compasión por esos nadadores condenados fatalmente a no arribar a ninguna playa... Hay otros que llegan a conquistar la celebridad y después se obstinan en perderla, poniendo en esta tarea, tanto o más entusiasmo que en la primera. Yo no sé si es más importante saber desaparecer que saber aparecer a tiempo, pero es indiscutible que aquel que calla cuando debe callar, se evita muchos sinsabores y contribuye a conservar su fama. Desgraciadamente ello es muy raro, y son muy pocos los escritores, como los artistas, que se deciden a dar un melancólico adiós a su facultad de producir. Entre esos pocos debemos colocar y loar a Brieux, el famoso dramaturgo francés, autor de una docena de obras maestras para teatro, todas ellas animadas por tesis generosas, pues no todo el teatro francés es adulterio, como parecen creerlo algunos badulaques. Brieux entretiénese ahora en publicar sus obras completas en varios tomos. En el primero van: "Menages d'Artistes", "Blanchette", "Monsieur de Réboval" y "L'Ecole des belles mères". Pero lo más interesante de este primer tomo es el prefacio del autor, que, relativa-

mente joven aún, y en pleno triunfo, anuncia que no producirá más. He aquí algunos párrafos de ese interesante documento, que debe ser conocido y no debe ser olvidado por nuestros escritores:

"No es sin bastante melancolía que me decido a publicar mi "Teatro Completo". Por más que lo lamente, esto significa a mis ojos poner punto final a mi vida literaria, ordenar mis asuntos, cerrar mis baúles para el último viaje, el mismo que no contaré jamás. Hace un tiempo, mi recepción en la Academia me dió la alegría un poco especial que buscaba Carlos V, asistiendo al simulacro de su entierro. Los elogios excesivos que me dirigió entonces con tanta gracia el Marqués de Segur, tuvieron para mí las proporciones de una oración fúnebre, y sus frases tan ligeras sonaron en mis oídos como paletadas de tierra. Pero, como dicen las buenas gentes, no se puede ser y haber sido; y es menester saber aceptar lo inevitable.

"En último término, ese inevitable no es triste. Antes de encontrarlo escribiré todavía, sin duda, pero tengo la impresión de haber dado ya casi todo lo que había en mí. Puede venir la muerte. Pronto estaré en la edad en que será lógica, y yo no le haré mala cara como a un convidado que llega demasiado pronto. No sé cómo la acogeré, pero sé cómo la espero: sin impaciencia, sin angustia, de la manera como se aguarda la noche después de una buena jornada de trabajo recompensado largamente, y que fué sin fatiga porque fué el preferido."

Estos párrafos y los que siguen,—pues la carta es extensa,—demuestran que Mr. Brieux, cuyas últimas obras son muy inferiores a las de su juventud y a las de su madurez, posee el único talento necesario en esa época dolorosa en que hay que renunciar a renovar los laureles: el de retirarse a tiempo, como un actor de la escena. Seguramente que ello cuesta, pero el amor propio no debe enceguecer al artista hasta el

punto de privarle que se reconozca. Resignarse, en este caso, concreta toda la sabiduría. Pero son muy pocos los que como Brieux se resignan.

ALBERTO LASPLACES.

La desesperación de los impotentes

Hay en la vida literaria seres tan insignificantes, de tan desesperante chatura mental, que escriben dominados por una sola idea: la notoriedad.

Faltos de cultura, y más que nada, faltos de condiciones naturales, nadie los conoce fuera del campanario que los cobija... De ahí su desesperación.

Reciben el castigo de vivir en la sombra. No resistirían la luz por la cual suspiran.

Sus escritos — atentados contra la lógica y contra el lenguaje — no tienen ni siquiera el simpático impulso de la espontaneidad, y están condenados a morir a pocos pasos del lugar de su nacimiento, sin otros comentarios que los que pueda tejer la interesada benevolencia de los turiferarios.

La impotencia que los ahoga, provoca en esos seres actitudes inauditas.

¡Quieren "brillar"! ¡Quieren "triunfar"! Quieren salir, aunque sólo sea unas cuadras, fuera de los dominios del municipio lugareño.

Pero no pueden. Fingen creerse envidiados. ¡Envidiados! ¿Se puede envidiar la envidia? ¿Se puede envidiar la ceguera mental? ¿Se puede envidiar la ridiculez?

La actitud más frecuente de estos pobres seres es esa. Luego, creyéndose perseguidos o envidiados, empiezan por atacar la reputación literaria ajena.

Creen, en su necedad, que atacando a Clarín se puede llegar a ser un Bonafoux.

Y hacen de cualquier escritor más o menos consagrado (la cuestión es que tenga un nombre que se recuerde más allá de las fronteras departamentales), el *blanco* de sus críticas.

El escritor, consciente de su dignidad, si llega a enterarse de las "críticas", pensará con De Vigny: "Seul le silence est grand."

Esto desespera más aún a los inflexibles "críticos". Y es el mayor castigo que puede dárseles, no nombrarlos, hacerles comprender su insignificancia.

Pero ocurre algunas veces—¡tan necias suelen ser esas gentes!—que se pretende ver debilidad, timidez, en el silencio que es superioridad.

En efecto: ¿es posible que un escritor modesto pero honrado, pueda ponerse a polemizar con el primer Juan Lanas, sediento de popularidad, que le salga al paso?

Conceder una contestación, en casos tales, es un error imperdonable.

No importa que el "crítico" pretenda creer que el silencio es timidez. Ya se convencerá, por más cerrado de entendimiento que sea, que es la superioridad lo que hace que no se le conteste.

Ellos, los "críticos", seguirán haciendo el monopolio del disparate, mientras el escritor pensará con Ingenieros: "Sentenciar con impavidez sobre materias hecteróclitas, fundándose en que las ignoran todas por igual."

No de otro modo procede el transeunte a quien pretende asustar, con furia ridícula, el inofensivo falderillo casero. Sería risible que ese hombre sacara su revólver para defenderse de tan pequeño enemigo. Cuando mucho el transeunte se limitará a sonreir... y se-

guirá su camino. Lo que no impedirá que el falderillo piense que el transeunte le ha tenido miedo.

Así debe proceder el escritor; sin debilidad y sin vanos alardes, frente a las críticas de los que no son ni serán nada; lo más que puede hacer es concederles la limosna de una sonrisa.

¡Pobres seres sin fortuna!

Para que todo les falte, les faltan hasta enemigos.

Tal vez un día reconozcan su error. Ya no podrán, acaso, cambiar de ruta. Se encontrarán vacíos de todo. Sólo les quedará un océano de palabras sin sentido que, en vez de hacerlos gloriosos, los cubrieron de ridículo.

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú.

CRÓNICAS DE ARTE

La exposición de Manuel Rosé

El incansable y ardoroso artista Manuel Rosé, se presentó este año, no a muy largo plazo de su última exposición, con un brillante conjunto de cuadros. Brillante en dos sentidos, por el esmalte de la luz primaveral que baña sus telas y por la vida y optimismo que expresan.

Este artista en continua evolución, suelto y exuberante, nos sorprende siempre con sus nuevos avances. En un período corto de tiempo, de seis a ocho años, ha tentado diversas tendencias. Recordémoslas. Primero, al llegar de Europa, la tendencia juvenil y sensual, donde palpitaba el deseo de las obscuras y perversas tentaciones; hetairas pálidas y ondulantes, de falso carmín en los labios, de ojos luminosos, brillando en la noche de sus ojeras pintadas como astros de perdición. París, París de Montmartre y del Quartier Latin. Eter, absintio, opio, cocaína. Paraísos artificiales. Y flores del mal, luces del mal, amor del mal... Después, el aire sano de la tierra barrió parte de su snobismo parisino. Y si en su segunda exposición se presentó con extrañas figuras pintadas en la noche— no en la pálida noche que encalma los sentidos sino en la noche excitante y concupiscente — demostró una tendencia nueva, el paisaje. Era la revelación de su

yo verdadero, encontrado al sedimentar las enseñanzas del viejo mundo, las buenas y las malas. Una racha de naturaleza se había colado en su taller que disipando el olor a cocaína lo había arrastrado con ella al campo. De ahí nacieron sus hermosos paisajes de Las Piedras, con las viejas quintas húmedas y entristecidas, más cuidadas por las enredaderas que por el inconstante amor de los hombres.

Después viajó. Fué a la sierra alta y siempre vestida de blanco. Le cautivó la aparatosa decoración andina, y estudió valles y montañas con el inmenso telón azul de fondo. Fué su tercera tendencia.

De allí trajo el entusiasmo regionalista que hoy preocupa al arte rioplatense. Y pintó gauchos, indios, caballos de plateado apero, ponchos brillantes, lujosos mantos.

Hoy nos ofrece la última muestra de su nueva tendencia: el campo, amplio, fecundo, humanizado, no como paisaje, sino como valle del eterno trabajo.

Nos complace detenernos en el cuadro titulado "Las dos yuntas", que manifiesta esta última tendencia, la más honda y la más intensa. Si en sus anteriores ensayos consiguió triunfar, sus triunfos fueron de pintor. Dió complacencia a nuestra ansiosa retina; su cuadro de hoy nos da, además, la complacencia espiritual. Va de la plenitud de la naturaleza a la plenitud de la vida trabajadora, desposeído de literatura, de modas y de teorías. Va a ver, a comprender, a amar; después a comunicarnos su amor. Su comprensión no es estática, desde un punto de vista de curioso o dilettanti, sino energética, dinámica. Su espíritu concibe contagiado de la sabia lección campesina. Y sus artefactos de artista adquieren así el valor de herramientas de trabajo, como el hacha que abate, como el pico que rompe, como la hoz que siega. Su lenguaje resulta impregnado de viril filosofía, pues ha puesto su espí-

LAS DOS YUNTAS

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

yo verdadero, encontrado al sedimentar las enseñanzas del viejo mundo, las buenas y las malas. Una racha de naturaleza se había colado en su taller que disipando el olor a cocaína lo había arrastrado con ella al campo. De ahí nacieron sus hermosos paisajes de Las Piedras, con las viejas quintas húmedas y entristecidas, más cuidadas por las enredaderas que por el inconstante amor de los hombres.

Después viajó. Fué a la sierra alta y siempre vestida de blanco. Le cautivó la aparatosa decoración andina, y estudió valles y montañas con el inmenso telón azul de fondo. Fué su tercera tendencia.

De allí trajo el entusiasmo regionalista que hoy preocupa al arte ríoplatense. Y pintó gauchos, indios, caballos de plateado apero, ponchos brillantes, lujosos mantos.

Hoy nos ofrece la última muestra de su nueva tendencia: el campo, amplio, fecundo, humanizado, no como paisaje, sino como valle del eterno trabajo.

Nos complace detenernos en el cuadro titulado "Las dos yuntas", que manifiesta esta última tendencia, la más honda y la más intensa. Si en sus anteriores ensayos consiguió triunfar, sus triunfos fueron de pintor. Dió complacencia a nuestra ansiosa retina; su cuadro de hoy nos da, además, la complacencia espiritual. Va de la plenitud de la naturaleza a la plenitud de la vida trabajadora, desposeído de literatura, de modas y de teorías. Va a ver, a comprender, a amar; después a comunicarnos su amor. Su comprensión no es estática, desde un punto de vista de curioso o dilettanti, sino energética, dinámica. Su espíritu concibe contagiado de la sabia lección campesina. Y sus artefactos de artista adquieren así el valor de herramientas de trabajo, como el hacha que abate, como el pico que rompe, como la hoz que siega. Su lenguaje resulta impregnado de viril filosofía, pues ha puesto su espí-

LAS DOS YUNTAS

ritu en actitud de trabajo; y mientras el arado insistente abre la tierra endurecida, su pincel graba una parábola que preocupa nuestra reflexión y nuestra simpatía, al igual endurecidas.

Vibra la verdad de la planta y de la bestia, junto a la verdad del hombre. Del inmenso paisaje que se extiende a nuestros ojos nos vienen fuerzas vitales; percibimos, no música, ni color, ni harmonía, sino un ritmo fuerte y obstinado que penetra todo el sér. Es el ritmo de la vida prolífica, en el perpetuo surgir de la tierra, en el inevitable declinar sobre la tierra.

Por la pasión comunicativa y agitadora, el cuadro tiene virtudes de himno. Himno de color al trabajo. Trabajo proficuo, del sol con la planta y con la fruta y con el césped; el sombrío trabajo de la tierra, el humilde trabajo de la "boyuna yunta" y después el sabio trabajo de la humana yunta. Podríamos decir himno del surco, desde que todo se ofrece abierto como un surco: cielo brillante, surco de luz dorada; gleba negra, surco de misteriosa evocación; el lejano arroyuelo, surco de fresca linfa; y la boca jugosa de la hembra, surco rojo donde se abre como una flor la blanca sonrisa consoladora... Una música vieja ronda nuestros oídos. Y recordamos el canto de Carducci al buey que él amaba tanto:

"T'amo ô pio bove e mite un sentimento
Di vigore e di pace al cor m'infondi
O che solenne come un monumento
Guardi i campi liberi e fecondi
O che al giogo inchinandoti contento
L'agil opra dell'uom grave secondi.
Ei t'essorta e ti punge, e tu col, lento
Giro de pazzienti occhi rispondi.
Dalla larga narisce umida e nera

Fuma il tuo spirto, e come un inno lieto
Il muggio pel sereno aer' si perde.
E nel grave occhio glauco entro l'austera
dolcezza si rispecchia
Il divino del pian, silenzio verde.

Silencio verde, silencio húmedo, perfumado de paz campesina, silencio que abre nuestro espíritu cerrado por la hipocresía urbana. Silencio verde que nos penetra de calmas virtudes rurales. Después, el diálogo se entabla naturalmente. Hablamos con el varón fuerte y con la dulce compañera; ellos nos dicen cómo se llaman sus bueyes y los hacen personajes familiares en las ingenuas anécdotas: nos cuentan de sus siembras, de la lluvia y del sol... Y al abandonarlos, guardamos del campo como un leve murmullo purificador para cuando entornamos los ojos, más tarde, vueltos a la inquietud aprisionadora de nuestras casas.

. . . . . .

A través de todas las tendencias ensayadas por Rosé, se puede encontrar siempre al artista lleno de emoción y de optimismo. La unidad de su temperamento se adivina siempre. Cerebro latino, luminoso, comprensivo, no busca de perderse por intrincadas sendas de refinamiento y de quintaesencia. Su manera de pintar acusa una envergadura hispánica en su carácter. Tiene ese lujo y esa facilidad—a veces fatal facilidad—con que pintan los pintores españoles. Las telas nacen sin retoques, aun vibrando de ardor. Y la vehemencia con que las ha realizado, se comunica fácilmente al público. Es como en la oratoria, cuando la nerviosidad del discurso sacude al auditorio. En la pintura, que no vibra en sonido sino en color, se comunica de igual modo el calor de la creación, se comunica y se renueva a la distancia de su creación. Hay cuadros que se miran serenamente; otros, llenos de

pasión; otros, como consejas; otros, como arengas. Los cuadros de Rosé son cantos. Cantos de sol, de juventud, de vida. Nos recuerda a otro vibrante intérprete de la naturaleza a plena luz, a Sorolla y Bastida. Nos lo recuerda por la espontaneidad de su pintura. Rosé tiene, como el pintor valenciano, ese frenesí infantil de fijar en la quietud de la tela la continua inconstancia de la vida. Y si se ha acercado al maestro, no ha sido por influencia anterior, ni por preconcebido estudio. Es una modalidad psíquica semejante, quizás producto de raza o de herencia. Los dos eligen los temas amplios, luminosos, lozanos. Y he ahí la esencial característica de Sorolla, como de Rosé: la lozanía de su arte. Nada de tesis, de procedimientos rebuscados, de hondas filosofías, de amargas máximas. La salud de esa pintura tiene algo de natural, traducida en belleza y en colores brillantes. Y los cuadros, llenos de luz en la semiobscuridad del salón, parecen madurar como frutas, destilando la miel dorada de su jugo.

Por esa modalidad no hemos visto triunfar a Rosé en la pintura decorativa. Sus ensayos regionalistas eran interesantes fragmentariamente, como retratos, como actitudes, como verdad. Pero el efecto harmónico, unificado, no estaba conseguido. Y no creemos que triunfe, pues no tiene Rosé la imaginación creadora para los grandes ritmos y las sabias sinfonías de color. Su estética nace de su visión objetiva, que no altera la naturaleza; tiene verdad, emoción frescura, transparencia, y el campo y las personas van al lienzo tal cual son, unos brillantes de color, otros claros de psicología. Encuentra la vibración armónica de la naturaleza, no la vibración superficial y fugaz, sino la honda vibración que agita toda cosa organizada. Y cuando altera la verdad del paisaje, en algunas telas de Córdoba hechas demasiado de recuerdos, o cuando

dispone esas grandes sombras violetas y esos árboles floridos para concluir los primeros planos de algunos de sus cuadros, notamos en seguida la receta o el artificio usado.

Con estas virtudes espirituales, esta facilidad de amor y de comprensión, ese optimismo lozano y viril, en frente al agro abierto y ubérrimo, Rosé va a constituirse en el inspirado exégeta de la labor campesina. No lo decimos a título de consejo, pero sí de adivinación. Creemos que el crítico debe descubrir en el artista las tendencias en las que habrá de triunfar definitivamente. Porque cuando el temperamento es recio e insistente, pese a críticas y a consejos, la personalidad cristaliza de una sola manera. Este determinismo vocacional es ley ineludible para los grandes cerebros. Los cerebros menudos viven en continua incertidumbre y en continuo tanteo, hoy con una escuela y mañana con otra, presos de la novedad y sin hallar nunca la única novedad, la que se esconde dentro.

Por eso creemos que Rosé ha sentido la fuerte atracción del campo. Es el campo renovador, fuerza positiva en contra de la fuerza negativa y disolvente de la ciudad! ¡Es el campo que inspira al suave Millet, enamorado del Angelus campesino, y a Segantini, el montañés, cautivado por las ariscas cumbres y por los blancos rebaños! Es el campo, escenario amplísimo para el eterno drama repetido y siempre igual, de la renovación de la vida. El que cuida los ancestrales gestos de la ancestral faena por la cual perdura y creces églogas y en las viriles geórgicas. Y su voz, viniendo de los siglos idos, la repite hoy como un eco el que siega la dorada mies, el que corta el perfumado racimo, el arriero de las mansas bestias, el pastor, ¡ay! sin su caramillo. Se trasmiten sin cambiar, pasando por todas las épocas y por todas las comarcas, los ritmos y las actitudes remotas. La lucha porfiada del hierro, hoy co-

mo hace siglos. La simiente igual y nueva, cayendo de una mano igual y nueva, hoy como hace siglos. La blanca leche, la dorada miel, la fruta olorosa y el pan blanco o moreno, hoy como hace siglos. Y el hombre, paciente, ordenador, vigilante, conquistando, hoy como hace siglos el alimento para el hambre insaciable de la urbe. Los animales en cortejo secundario ayudando, como las bestias, la labor del hombre, o espiritualizándola, como los pájaros. Las horas cambiando el tinte de los amplios fondos que pasan del alentador ópalo matutino a la sedante amatista del tramonto. Los meses distribuyendo los grandes actos: primavera de verde remozamiento; verano de roja fecundación; invierno, de gris espera; otoño de amarillento descanso...

Ante este drama ineluctable de la vida se ha instalado el espíritu amoroso y comprensivo de Rosé. Su gran cuadro, grande de naturaleza y de humanidad, lo ha puesto al unísono con la inquietud de la hora. Ha encontrado la emoción y la verdad fecunda, donde es posible hallarla siempre, en la inmensa grey de trabajo; la que alegre vive a cielo abierto, custodiada por los astros, la que se entristece en el opaco taller, consumida por la máquina. Y dió prelación a la primera grey porque se mueve en plena naturaleza, porque se decora de todas sus riquezas y se purifica en todas sus fuentes; porque crece en lozanía y virtud sin deformaciones físicas ni morales; porque, mansa, bañada de pálido sudor, cumple la bíblica sentencia, no ya como condena, sino como ley inmanente de la vida.

C. A. Herrera Mac Lean.

GLOSAS DEL MES

Paz y Guerra

Ha coincidido la reunión de paz convocada por el Presidente Harding, en Wáshington, con la aparición del libro alemán "La inevitable guerra entre el Japón y América del Norte", por Federico Wencker.

Como se trata del reverso de la medalla, la lectura de este libro nos provoca comentarios y reflexiones con las que llenaremos este mes las páginas de nuestro glosario.

Afirma el autor que las guerras pueden predecirse casi tan matemáticamente como los eclipses, y para un futuro próximo augura esta nueva catástrofe humana. La guerra americano-japonesa por el predominio del Pacífico, es cosa, en efecto, que se ve venir, y que, a no ser por una enérgica reacción de las masas, sucederá fatalmente.

Muy concienzudamente estudia el señor Wencker el proceso histórico, la situación actual de estos dos países y todas las circunstancias geográficas y políticas que los lleva de modo irremediable al choque guerrero. Para él no será sólo una guerra de dos países rivales, sino de razas y de religiones: será la lucha por la predominancia del amarillo y del blanco, de Budha y de Cristo.

Con tal motivo, el autor se burla un poco de la creen-

cia en la paz definitiva que se suponía iba a consolidarse después de la última bárbara hecatombe, y hasta teje una especie de ditirambo a la guerra, no ya en el sentido de Marinetti, para quien ella era el más entretenido y completo de los sports, sino afirmando que es el estímulo más fuerte de la cultura y el arte, el Engendrador (así, con mayúscula), "el padre de todas las cosas", como la llamó Heráclito, "un miembro de la divina ordenación del mundo", según la palabra de Moltke y concluyendo por sostener con Nietszche que la guerra ha realizado mayores cosas que el amor al prójimo.

Como se ve, el espíritu prusiano y la filiación militarista del autor no pueden pónerse en duda; quien así habla no está al lado seguramente de los actuales revolucionarios germanos; es un patriota, un nacionalista antiguo, que ve de buen grado la proximidad de esa extraordinaria contienda, porque "será simultánea con el preludio de una mejor época para el pueblo alemán y, al mismo tiempo, el comienzo de su palingenesia."

La verdad es que los pueblos parecen no haber aprendido nada, no obstante los padecimientos inenarrables sufridos en la última tragedia: ahí están igual que antes, con las mismas ansias de expansión y predominio, con los mismos conceptos ancestrales sobre la patria y el honor, mirándose con idénticos recelos. A no ser en la vilipendiada Rusia bolcheviqui, no se ha visto un esfuerzo neto de reacción, un deseo real y generoso de cambiar la vetusta organización del mundo, por lo que puede decirse que la humanidad no ha dado un solo paso, a pesar de la sangre millonariamente vertida, en el sentido de su mejoramiento moral y su concepto del hombre.

La reunión provocada por el Presidente Harding, para disminuir los armamentos, sólo ha servido para

revelar la cantidad de prevenciones con que se miran las grandes potencias hasta ayer aliadas. Por otra parte, la paz no vendrá de arriba, de los gobiernos; sino de abajo, de los pueblos; vendrá por educación de las masas solidarizadas y cuando éstas sepan imponerse. Lo demás no dejará de ser sino escenas de teatro diplomático, es decir, artificio, papel pintado.

Desgraciadamente, pues, estamos de acuerdo con el autor en su escepticismo sobre la paz perpetua, pero esto lo decimos, no en elogio y justificación de la guerra, sino con dolor, como la expresión de una verdad trágica que exterioriza el estancamiento de la conciencia humana y la necesidad de rejuvenecerla en su concepto sobre el destino de los hombres y las naciones, convenciéndola de la inutilidad de los sacrificios sangrientos, de la estupidez de los imperialismos, de que, al fin y al cabo, el blanco, el amarillo, el mongol, son exactamente iguales, miserables y fugaces habitantes de la tierra.

No es posible seguir a Wencker en todas sus conjeturas; muchos de los hechos en que ve la preparación silenciosa para esta futura hecatombe, nos parecen juzgados con demasiada sutileza; pero el libro es bueno y merecería ser ampliamente difundido, a pesar de su desorientación ideológica, porque revela claramente un estado de cosas verdadero, cuya modificación, los pueblos de los dos países están en el deber de realizar.

José María Delgado.

La comida mensual de la «Editorial Pegaso»

Con igual entusiasmo y el mismo prestigio de las anteriores, realizóse el 20 de diciembre la tercera co-

mida mensual de la "Editorial Cooperativa Pegaso".

Fué una sencilla y grata fiesta, de la que la prensa diaria dió destacada crónica, y de la que, como en los números anteriores, queremos recordar someramente, citando de paso a los comensales, reunidos en amable hora al calor de ensueños afines.

Presidió la mesa, Alberto Zum Felde, que acaba de obtener ruidoso éxito con su libro "Crítica de la literatura uruguaya", y ocuparon asiento a su alrededor, el doctor Asdrúbal E. Delgado, Presidente de la Editorial, Ismael Cortinas, diputado nacional y dramaturgo de enjundia, Alberto Brignole, José María Delgado, Vicente A. Salaverri y Telmo Manacorda, de la redacción de Pegaso.

Estaban adheridos, además, y faltaron por imprevistas causas, Jorge Mitre, Santín Carlos Rossi, Carlos César Lenzi, Alberto Lasplaces, José Pedro Bellán, Francisco Alberto Schinca, etc., etc.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

"La inevitable guerra entre el Japón y la América del Norte". — Por Federico Wencker.—Traducción de Andrés González Blanco y Enrique Ruiz de la Serna.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1921.

(De este libro nos ocupamos "in extenso" en la sección "Glosas del mes", adonde remitimos a nuestros lectores).

"Huerto Maternal."—Por Julio J. Casal.—Madrid.—1919.

Amor de padre, amor doméstico, de infinita ternura y de gracioso afán, alegre y triste a la vez, por tanta ingenua risa y tanto candor opaco, refleja este volumen una poesía férvida, que no se parece a ninguna otra poesía.

No es un libro para los hijos niños, sino un libro de padre que ama entrañablemente a sus hijos. Y como el amor en cualquiera de sus formas, siempre está lleno de tristeza si es perfecto,—he aquí que el libro que debió ser, acaso, jardín de infantes bajo los cielos claros,—se ha tornado en rimado y serio huerto que las nubes ensombran y los pájaros atardecen...

Dulce y bellísimo homenaje a la compañera de su vida, este libro, no en tanto, complace el espíritu, aun de aquellos que ignoran el calor misterioso que brota en las almas al conjuro de los hijos.

No en valde, hemos tenido, después de su lectúra, que refrescar largamente nuestras manos en el agua fría...—**T. M.**

"Cincuenta y seis poemas".—Por Julio J. Casal.—Madrid.—1921.

En el tomito elegante de este último envío de Casal, hemos encontrado ya mucho de lo que auguró nuestro corazón, cuando anotamos el recibo de "Humildad".

Trátase de un hermoso libro de versos, lleno de dulce y suave poesía, transparente y fácil, breve y personal. Versos que tienen colorido de mantón español, suavidad y dulzura de sentimientos, diáfana y rítmica melodía...

Citar, analizar, elogiar cualquiera de ellos, obligaríanos a ho de-

jar ninguno en el olvido, porque el dominio de las musas está ya conquistado por Casal definitivamente y con todas las características de una personalidad.

En la finura extrema de sus líneas, en el matiz moderno de su estrofa, en la consonancia clara de sus versos y en la fantasía sutil de sus imaginaciones, Julio J. Casal tiene sones desconocidos y brillantes, graciosos y tiernos, que nos dan de pronto la sensación de encontrarnos ante una turba alígera y vocinglera de pájaros nuevos,—amarillos de oro y rojos de rubí,—que saltan y cantan con gracia matinal entre las ramas verdes del gran árbol de la poesía...

Dicho está con esto, que se trata de un poeta de veras, ya que logra encantar de nuevo el viejo árbol, tan grande y un poco triste, en donde anidaron multitudes de pájaros líricos que hicieron el cosmopolitismo y la decadencia.

Nos regocijamos de rectificar con ello el juicio antiguo y la palabra de antes, seguros ahora de que el poeta de los "cincuenta y seis poemas" es dueño ya de su canción y tiene, con ella, libre y amplio el vuelo...—**T. M.**

"Madre-Tierra".—Poesías por Juan. Burghi.—Buenos Aires.—1921.

La poesía bucólica tiene en el señor Burghi un galano y apasionado cultor.

Elogia este libro el surco fresco, la bestia inocente, el hombre rústico, el árbol florido y todo lo que, de un modo o de otro, vive junto al seno generoso y noble de la madre tierra.

Motivos viejos, pues, y ya exaltados superabundantemente por la lírica de todos los tiempos, no obstante lo cual el autor consigue darles una vestidura nueva y, a las veces, muy personal. Casi todos sus poemas se leen, no sólo deleitados por la magia musical del verso, que el autor maneja con mucha destreza, sino también por la novedad de la idea, la fresca ingenuidad del sentimiento y la sencillez de la expresión. Así le dice al duraznero que alegra el patio de su casa: "Yo, por ti te quiero, porque eres un árbol,—y también te quiero por tu flor graciosa:—el cariño mío no es utilitario.—Todos te queremos... Si tú te secaras—¡qué triste y vatío quedaría el patio...!—**J. M. D.**

Memorias de un amargado.—Por Alberto Romero. — Santiago de Chile.—1918.

El autor de este libro ha de ser indudablemente muy joven y muy bueno (lo primero es así: nos lo dice el prologuista; lo segundo lo deducimos de su alocada ingenuidad), y no ha encontrado aún en la vida su lugar de ubicación. Por eso su espíritu ha sentido dolores irreales y llora desgracias para él ya casi irreparables.

En párrafos entrecortados y nerviosos plantea situaciones nebulosas, estados de ánimo vagos e imprecisos, casos de conciencia y conflictos (¿a causa de qué?), que dejan al lector desorientado.

Nosotros hemos leído todo el libro esperando sentir algo de lo que el autor ha querido decirnos; pero confesamos humildemente que no lo hemos conseguido.

Será quizás para el próximo.—**A. B.**

"Antología general de poetas líricos franceses".—Traducción en verso por Fernando Maristany.—Editorial Cervantes. — Barcelona. — 1921.

Pocas obras poéticas de una tal importancia como ésta, se pueden indicar entre las últimas publicaciones españolas del año.

La compilación es numerosa y selecta, la traducción es acertada y pura, el conjunto y el detalle cuidados con raro esmero. Desde Orleans y Villon, en 1400, hasta la Condesa de Noailles, Paul Fort y George Duhamel en 1900, toda la selva lírica francesa canta en estas páginas y renueva sus graciosos y exquisitos matices, donde la poesía tiembla como una estrella en la noche azul, o se alborota como una bandada de pájaros en el jardín matinal.

Ya dijimos alguna vez que sólo el amor puede traducir sin traicionar los poemas escritos en extraños idiomas. He aquí que Maristany ha hecho su labor con tal empeño, que se olvida a veces el carácter que tienen esas páginas, y el lector cree tener ante sí, un libro extraño, donde una sola voz tiene cien voces con cien almas distintas, vibrando en seis épocas centenarias.

No faltan ni sobran entre los elegidos para este parnaso francés. Hasta en este detalle, se destaca fuertemente la obra de Maristany, poeta y crítico.

No hemos de terminar nuestro acuse de recibo,—sintético por fuerza de espacio,—sin señalar también el hermoso estudio de Alejandro Plana sobre la poesía francesa, con que se abre el libro y se presentan los cien poetas galos allí reunidos.

Cinco siglos de poesía y la misma permanencia de alma, exquisita y pura como ninguna, se desplazan ante nuestro horizonte, con esta magnífica ventana abierta hacia Francia...—**T. M.**

Cartas de Bolívar.—1823-1824-1825.—Notas de Rufino Blanco Fombona.—Editorial América.—Madrid.—1921.

He aquí un libro interesantísimo que contribuye eficazmente a la historia y grandeza de Bolívar, que es la grandeza histórica de América.

Copiosa documentación correspondiente a la anarquía peruana del año 23, a las batallas de Junín y de Ayacucho del año 24 y a la fundación de Bolivia en el año 25, llenan las cuatrocientas páginas de este volumen.

Algunas de las cartas del Libertador estaban ya publicadas en Lecuna, O'Leary, Villanueva o Larrazábal, pero la mayoría de ellas forman el conjunto inédito de los archivos americanos y europeos que el señor Blanco Fombona ha revisado y copiado con es-

crupulosidad amorosa, que bien denota su admiración profunda por el grande hombre de América.

Las cartas de Bolívar son de un interés fundamental para el conocimiento de la independencia americana, pero tienen, además, los caracteres virtuales de ser a veces magníficas piezas literarias o soberbios gritos de triunfo y de dolor, que abren ante todos los espíritus, la grandeza luminosa del genio a quien el continente reverencia en los siglos.

El señor Blanco Fombona, cuya labor americanista se acentúa con brillantez al frente de la Editorial América, ha realizado una importante obra histórica en la ordenación y anotación de estas cartas de Bolívar, que están destinadas a ser leídas con fruición por todos los hombres del nuevo continente.—**T. M.**

''Ariel''. ''Jacobinismo y Liberalismo''. — Por José Enrique Rodó.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1921.

Una nueva edición de Ariel y de los artículos de polémica que Rodó reuniera bajo el título de ''Jacobinismo y Liberalismo'', acaba de lanzar a circulación la Editorial Cervantes. Prologa el libro don Rafael Altamira, reproduciendo—''porque después de los muchos años transcurridos no encuentra nada que rectificar en su juicio'' — el artículo que escribió en ''El Liberal'', de Madrid, cuando apareció Ariel, al que juzga ''el libro más representativo de Rodó.'' Como apéndice interesante trae este volumen algunas cartas que el autor de ''Motivos de Proteo'' dirigiera a su eminente prologuista de hoy, y otra que, sobre el sentimiento religioso y la crítica, enviara al señor D. R. Scafarelli. Nos creemos eximidos de comentar esta obra de Rodó, ya ampliamente juzgada por la crítica hispanoamericana, y en virtud de una de las cuales,—Ariel,—según el señor Altamira, Rodó subió rápidamente a la categoría de un valor universal en el mundo del espíritu.—**J. M. D.**

''La relatividad''. ''Fracaso del Profeta''. — Prosas de Arnoldo Blay.—Montevideo.—1921.

Así se titulan los dos últimos cuadernos que Arnoldo Blay edita mensualmente. La teoría de la relatividad, sustentada por Ernstein y que parece afirmarse cada día ante el asombro del mundo, le sirve, en uno de ellos, para revelar su erudición y tejer sutiles disquisiciones filosóficas alrededor del tema. ''Fracaso del Profeta'' es una especie de cuento simbólico, novedosamente tramado y bellamente escrito.—**J. M. D.**

''Surgente''.—Versos de Ortiz Guerrero. Obsequio de la Biblioteca Paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho.—Asunción. — 1921.

Versos son éstos, de bohemia juvenil, de dolor sempiterno, de luna romántica y de azul purísimo.

Como tales, tienen sus formales virtudes y sus defectos esenciales. Pero más que todo,—aun más que la influencia notoria de Darío,—se señala una cosa en este manojo desigual de flores y frutos paraguayos.

Queremos referirnos al retraso del poeta en la hora actual, cosa que seguramente proviene de su encierro en Villarica, donde el dolor le acicatea alma y cuerpo, con esa manera desgarrante y turbadora que anula el tiempo, el espacio y el eco.

Quiera Dios concederle el alivio preciso y pueda él, dominar con brío y amor los pegasos selváticos que piafan y brincan en su tierra de trópico.—**T. M.**

''**Nociones de Literatura general**''.—Por Alejandro Andrade Coello. —Quito.—1914.

Como libro de texto, este libro es amplio, generoso y humano. Hay páginas interesantes, algunas demasiado extensas, otras relativamente someras. No es un libro nuevo, en el justo sentido de esta calificación, porque después de Coll y Vehí, Campillo, Oyuela, Menéndez Pelayo, etc., muy pocas cosas nuevas pueden hacerse como texto de literatura. Sin embargo, Andrade Coello ha modernizado la materia con capítulos novedosos, que aunque pueden podarse y ampliarse,—según y cómo,—no dejan de interesar y hacer fácil y amena su lectura.

Nuestros estudiantes tienen en el texto del profesor ecuatoriano un luminoso auxiliar, que les va a servir de consulta y de estímulo, porque reune este libro las condiciones de erudición y de entusiasmo capaces de motivar esas dos tendencias del espíritu.—**T. M.**

''**Poemas íntimos**''.—Por Augusto Arias R.—Quito.—1921.

Es exquisito este poeta joven de la moderna selva lírica ecuatoriana. Estos poemas confirman nuestro juicio anterior y dan la justa idea del rimar cuidadoso y del ensueño sutil de Augusto Arias.

Fuerte, emotivo, puro, aristócrata, rubendariano en el más noble sentido, lleva una pena oculta que nadie ha de quitar... Brindamos a su juventud florida los más bellos ramos del mirto de la esperanza...—**T. M.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernán Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

Como tales, tienen sus formales virtudes y sus defectos esenciales. Pero más que todo,—aun más que la influencia notoria de Darío,—se señala una cosa en este manojo desigual de flores y frutos paraguayos.

Queremos referirnos al retraso del poeta en la hora actual, cosa que seguramente proviene de su encierro en Villarica, donde el dolor le acicatea alma y cuerpo, con esa manera desgarrante y turbadora que anula el tiempo, el espacio y el eco.

Quiera Dios concederle el alivio preciso y pueda él, dominar con brío y amor los pegasos selváticos que piafan y brincan en su tierra de trópico.—**T. M.**

"**Nociones de Literatura general**".—Por Alejandro Andrade Coello. —Quito.—1914.

Como libro de texto, este libro es amplio, generoso y humano. Hay páginas interesantes, algunas demasiado extensas, otras relativamente someras. No es un libro nuevo, en el justo sentido de esta calificación, porque después de Coll y Vehí, Campillo, Oyuela, Menéndez Pelayo, etc., muy pocas cosas nuevas pueden hacerse como texto de literatura. Sin embargo, Andrade Coello ha modernizado la materia con capítulos novedosos, que aunque pueden podarse y ampliarse,—según y cómo,—no dejan de interesar y hacer fácil y amena su lectura.

Nuestros estudiantes tienen en el texto del profesor ecuatoriano un luminoso auxiliar, que les va a servir de consulta y de estímulo, porque reune este libro las condiciones de erudición y de entusiasmo capaces de motivar esas dos tendencias del espíritu.—**T. M.**

"**Poemas íntimos**".—Por Augusto Arias R.—Quito.—1921.

Es exquisito este poeta joven de la moderna selva lírica ecuatoriana. Estos poemas confirman nuestro juicio anterior y dan la justa idea del rimar cuidadoso y del ensueño sutil de Augusto Arias.

Fuerte, emotivo, puro, aristócrata, rubendariano en el más noble sentido, lleva una pena oculta que nadie ha de quitar... Brindamos a su juventud florida los más bellos ramos del mirto de la esperanza...—**T. M.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernán Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Biengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendívil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.
Herrera Mac Lean Carlos A., Cerrito 382.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

ENERO DE 1922

SUMARIO:

Juan José Illa Moreno	La Dirección
Luis Alberto Fernández	Réquiem
Fernán Silva Valdez	Canto a Juana de Ibarbourou
José María Delgado	El romance del cornetín
M. C. Izcúa Barbat de Muñoz Ximénez	Poesías
Folco Testena	Agonía
Carlos César Lenzi	Poesía Nueva
Telmo Manacorda	El año literario
Carlos A. Herrera Mac Lean	Crónicas de arte
Glosas del mes	Un viaje en el tren del Norte, por Juan Carlos Bernárdez.—Benedicto XV, por Telmo Manacorda
Notas bibliográficas	Memoranda de Revistas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.° 43

056.1
PEG
Nb 43

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Manuel **Benavente**. — Enriqueta **Compte y Riqué**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Julio J. **Casal**. — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste**. — María **Espínola y Espínola**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Emilio **Frugoni**. — Blas S. **Genovese**. — César G. **Gutiérrez**. — Luis A. **de Herrera**. — Juana **de Ibarbourou**. — Julio **Lerena Joanicó**. — Luisa **Luisi**. — Casiano **Monegal**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wilfredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50**. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 ½ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, redituan un interés mayor de 8 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y dentro del "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

056.1
PEG
Nb 43

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Manuel **Benavente**. — Enriqueta **Compte y Riqué**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Julio J. **Casal**. — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste**. — María **Espínola y Espínola**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Emilio **Frugoni**. — Blas S. **Genovese**. — César G. **Gutiérrez**. — Luis A. **de Herrera**. — Juana **de Ibarbourou**. — Julio **Lerena Joanicó**. — Luisa **Luisi**. — Casiano **Monegal**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wilfredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50**. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %, hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: De 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

AL LECTOR

Por dificultades de la casa impresora, aparece recién el número de "PEGASO" correspondiente al mes de Enero último. - Trataremos de regularizar la salida de la revista en el más breve plazo.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

AL LECTOR

Por dificultades de la casa impresora, aparece recién el número de "PEGASO" correspondiente al mes de Enero último. - Trataremos de regularizar la salida de la revista en el más breve plazo.

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Enero de 1922. — N.º 43 — Año VII.

JUAN JOSE ILLA MORENO

Nuevamente debemos enlutar las páginas editoriales de Pegaso en homenaje póstumo a un poeta amigo, muerto a la hora en que las primeras cenizas del otoño dan la madurez interior, el equilibrio, la conciencia exacta de las cosas y la libertad espiritual necesaria para modelar los bronces definitivos.

El movimiento modernista encabezado en América por Darío estaba en su período álgido, cuando Juan José Illa Moreno se enroló, —con la fe y el apasionamiento de su juventud,—en la victoriosa caravana revolucionaria. El numen de Julio Herrera y Reissig, en lo alto de la Torre de los Panoramas, vibraba entonces en todo su esplendor; era el maestro, el caudillo, alrededor del cual se apiñaban las púgiles vehemencias y las ansias renovadoras de los jóvenes iniciados.

En este grupo, que tanto lustre ha dado a la literatura nacional, Illa Moreno consiguió destacarse netamente. En "Rubíes y Amatistas", su libro inicial, surgido en esa hora, la crítica no pudo menos que reconocer la presencia de un poeta de inspiración fina, dominador de la forma, "admirable por sus poesías prismáticas", por sus versos "sutilmente pensados y orfébricamente cincelados", como lo expresara Pablo de Grecia en su valiente conferencia sobre el decadentismo en América.

Pero, casi junto con el júbilo de su primera victoria, sintió la injuria del destino adverso, que acaba de poner término a su vida. Así herido, el poeta siguió, no obstante, cantando hasta la muerte; mas la lira que debía ser entre sus manos instrumento taumaturgo, voz hinchada de rebeldías, sólo pudo ser un lánguido beleño, expresión de caducas esperanzas, plegarias melancólicas de paz.

En noviembre último, junto con una carta en la que nos anunciaba, muy escéptico ya, su salida de la ciudad en procura de alivio para sus males reagravados por el invierno, nos envió aquellos versos titulados "Laxitud dolorosa"—su último poema quizás—que PEGASO publicó ese mismo mes.

Es acaso el empalme del país de la Muerte
Este sendero oscuro en que he venido a dar,
Y uno sigue a despecho, como en un río inerte,
Sin poder hacer alto, ni al destino llegar.

. . . . . .

Hay una hipocondría tan honda en el paisaje
Que todo no nos habla ya más que de morir.

. . . . . .

Y el afán hondo y fuerte de otrora se quebranta.
¡Oh, quién pudiera un día tan sólo descansar!...

Gritos arrancados al corazón por la proximidad de la muerte, entrevista a través de sangrientos desgarros corporales; ahora que el poeta es ido, cobran también una imprevista majestad patética.

La defección de su naturaleza, la carne triste, impidieron a Illa Moreno realizar su quimera artística; no pudo adelantarse en el escenario hasta diseñar netamente un perfil y adquirir el derecho de ser mirado como un factor diferenciado y dinámico en el desenvolvimiento de nuestra poesía. Armoniza admirablemente, su voz resalta por la pulcritud, la limpieza, el pulimento; pero dentro del coro, en medio, aunque ennobleciéndolo mucho, del canto unánime.

El Destino no lo quiso de otro modo. Y esto lo decimos sin amargura ni reproche. Creemos que lo que es y lo que no ha podido ser, obedece a razones superiores, ignoradas por el hombre, y que nada se pierde en el terreno espiritual como en el físico. De todas las altas esperanzas defraudadas, de todos los nobles caminantes que se extraviaron, de todas las naves, lustradas de gallardetes y pabellones, hundidas de repente en el mar, tal vez se integre, en la sombra del génesis, la humana apoteosis del genio.

REQUIEM

En la tumba de Juan José Illa Moreno.

Frente al estuche fúnebre,
Mi aflicción
Encueva mi palabra.
(Vértigo del cerebro en nuestro corazón).

Hagamos de los labios un nudo
Rojo y negro de silencio en dolor,
(El labio se desdice,
No tal el corazón).

Hacia el hueco con astros
Y a la deriva
Como iba
Su canción,
Se ha resuelto.
Su canción que a dos labios y a siete voces fuera
El envés de su carne teñido de amargor.

Sólo nos resta,
El vínculo invisible de su alma a la estrella,
(Celeste pervivencia ingenuamente blanca),
Y echarnos a soñar
Que van las nueve Piérides hacia las nueve Náuticas.

La fe, la esperanza y la caridad
Diéronle su cardinalidad.
Virtuosas carabelas de un mundo interior
Que circunnavegando su vasto corazón
Rodearon un sol.
¡La más gloriosa heroica circunnavegación!
¡Sueño de cada uno,
Suya realización!
Con él: un recuerdo que se cala en el alma
Y una angustia implacable dentro del corazón.

LUIS ALBERTO FERNÁNDEZ.

Enero 23-922.

CANTO A JUANA DE IBARBOUROU

Juana de Ibarbourou: tienes mucho de árbol
Tú misma me lo has dicho con tu voz sin igual;
Juana de Ibarbourou, tienes tanto de humana
—Juana de Ibarbourou—como de vegetal.

Juana de Ibarbourou, que te atas las crenchas
Con un gajo de sauce flexible de humedad;
Juana de Ibarbourou, ráfaga de salud
Soplando en la planicie yerma de la heredad.

Juana de Ibarbourou, eres árbol que canta,
Pajarillo hembra, ave y criatura,
Nota de frescura
Puesta en la garganta del amanecer;
En cada rincón tuyo debes tener un nido
Por eso en cada nido hay algo de mujer.

Juana de Ibarbourou, voz antigua y moderna;
Grito de inocencia sin tiempo ni edad:
¡Lección de juventud;
Lección de castidad!

Maravillosa estatua sin nudo y sin escudo
Como mi voz en el momento de cantarte,
Tu desnudez es casta como una obra de arte,
Tu desnudez es casta igual a un pie desnudo.

Chingolo, chingolito: en la primavera,
Luego de besarte con tu compañera,
Vuela hasta la casa de la juventud
A juntar con el pico, para construir tu nido,
Hebras del cabello lacio y renegrido
De Juana de Ibarbourou.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

EL ROMANCE DEL CORNETÍN

Realmente, no se es lo que se ha querido, sino lo que se ha podido. General, marino, acróbata, todo había soñado ser Diman, menos lo que era: afilador ambulante.

Su destino se resolvió por casualidad, como la mayor parte de los destinos. Una tarde encontró a un viejo afilador empujando su carrito. Era un hombre provecto, y aquella tarea, superior a sus fuerzas, le hacía silbar el pecho opresoramente. Diman le ofreció su ayuda, un poco por lástima y otro poco por ansia de novedad; el viejo la aceptó encantado. Esa misma noche, al separarse, se dijeron hasta mañana.

Se asociaron, pues, en el negocio. Diman hacía la parte puramente mecánica: arrastrar el carrito y hacer girar la piedra; el viejo se reservaba la tarea artística: tocar el cornetín pregonero y sacar filo a las tijeras, cuchillos y navajas. El oficio, al principio, disgustaba un poco a Diman; pero, luego, comenzó a encontrarle lados verdaderamente sugestivos: tales la música del pequeño cornetín y el diluvio de estrellitas doradas que brotaban del duelo de la piedra y el acero, chisporroteando entre las barbas albinas del viejo. El cornetín, sobre todo, lo encantaba; y es que, en realidad, el viejo solía arrancarle notas tan extraordinariamente expresivas, que se le entraban por el oído como palabras. ¡Y las cosas que le solían decir...!

Naturalmente, Diman pronto tuvo la tentación de

tocar también aquel aparato mágico. Le parecía la cosa más sencilla del mundo: soplar por un extremo y tapar y destapar, a libre arbitrio, cuatro agujeritos. He ahí todo. Enorme fué su desilusión cuando llevó a la práctica su fórmula. En vano estuvo una hora soplando y moviendo los dedos: sólo sonidos agrios, confusos, emanaban del caño. Era, pues, necesario otra cosa, que el muchacho inútilmente trataba de comprender, para que el cornetín le entregara el secreto de sus virtudes.

A todo esto, el viejo fué claudicando de tal modo, que pronto no pudo moverse del lecho. Por fortuna, ya el muchacho había aprendido todas las intimidades del oficio, de manera que el negocio no se resintió a no ser en su parte filarmónica. La mano más firme de Diman, su mayor potencia para mover la piedra, pronto dilataron la fama de su pericia. Esto y la bella presencia de sus diez y ocho años, celosamente suspirados por las mozas, aumentó enormemente la clientela. Los bolsillos de su blusa regresaban todas las noches opíparos de monedas a vaciarse en las manos del viejo; pero éste no hacía caso de ellas, las apartaba con un gesto de menosprecio y ansiosamente le pedía al muchacho el cornetín.

Temblábanle ya mucho los labios y los dedos; pero, con todo, pronto el aparato empezaba a hablar en aquella forma hipnótica que subyugaba a Diman. Claro veía éste que el anciano se extraviaba al son de la música por tierras infinitamente distintas de la que pisaba. Cuando una estridencia o el agotamiento lo traían al dominio de la realidad, quedaba sorprendido como un sonámbulo bruscamente despertado. Largas horas se pasaban, el viejo recostado en los almohadones, el muchacho sentado al borde de la cama y los sonidos envolviendo como en una bruma feérica las dos almas. A veces el viejo rompía de golpe aquella bruma. El aparato se le caía de los labios, y

un pesado silencio le doblegaba la cabeza. Diman entonces, dolorido por aquella súbita rotura en donde parecía haberse estriado no sé qué íntimo cristal, solicitaba al viejo que repitiera lo que acababa de tocar; pero éste jamás podía complacerlo, porque la música le brotaba de una fuente sin memoria y parecía hecha justo y sólo para el instante en que la emoción la hacía surgir.

En vano Diman seguía obstinado en averiguar por qué aquel cornetín no podía ser en su boca más que un manantial de ruidos pregoneros, y era en la del viejo una fuente de voces semejantes.

Pronto la vida iba a descifrarle ese misterio. En quince días, y de modo repentino, Diman perdió a su padre y a su madre. Fueron sus primeros grandes dolores. Durante una semana, atontado por la rudeza del golpe, no pudo entenderlo bien; pero, súbitamente, cuando vió que en un carro se llevaban al remate los muebles familiares y anduvo sólo por el hogar vacío, apuró de un trago su orfandad y le saltaron las primeras lágrimas verdaderas de su vida.

Fué menester ir a vivir con el viejo afilador y acostumbrarse a pensar que ya no podría sostenerse más que en sí mismo. "Hay que ser hombre", se decía, tratando de defenderse de su pena, pero el muchacho tenía un alma romántica y pronto aquélla fué adquiriendo caracteres anormales. Como abstraído iba por las calles haciendo girar el carrito. Se olvidaba de tocar el cornetín, por lo que la clientela quedaba ignorante de su pasaje y los bolsillos de su blusa vacíos. Y aunque él buscara el amor, y éste lo atisbara a cada paso, se lo impedía ver la melancolía, puesta como un cristal negro y pertinaz delante de sus ojos.

Así, enfermo de desesperanza y de imposible, llega un día a la orilla del río. Abandona su carrito, se sienta sobre una roca, pone los codos en las rodillas, la barba entre las manos y deja caer los ojos en el agua.

Mira su imagen reflejada en el río y, poco a poco, nota que ésta va adquiriendo la fisonomía del viejo afilador. Y ve que las manos se alargan y revolotean desesperadamente en el espacio, como buscando un apoyo... ¡nada! Aguza el oído, como si quisiera escuchar una voz... ¡nada! La mirada, poblada de súplicas, inquiere el vacío... ¡nada! En todo el ámbito nada más que soledad y frío, un frío que hace temblar las manos y las lleva a buscar el abrigo del bolsillo. Allí palpan el cornetín, y como inspiradas repentinamente, con él vuelven a la boca. Toca el muchacho y el alma se le transustancia. Todo lo que ha perdido y lo que anhela, surge no bien lo implora. Arde a su lado la leña doméstica. Custodia su madre la sopa familiar. El viejo afilador corre con las piernas completamente deshinchadas. Vibra la alegría vocinglera de los amigos. Y, allá en un íntimo rincón, dos ojos negros y enormes lo aguardan sobresaturados de ternura...

Diman no se ha apercibido de que la gente se ha ido agrupando a su alrededor.—"Tocas admirablemente", —le dice un hombre palmoteándole la espalda, y el muchacho se despierta sobresaltado como el viejo cuando le rompían el hilo de su música, y advierte que tiene en sus labios el cornetín y una dulce fatiga en la yema de los dedos.

Así Diman encontró el secreto que andaba buscando y esa misma tarde, cuando el viejo le pidió el cornetín, en vez de dárselo, se recogió en sí mismo, se sumergió en su dolor, y empezó a tocar. El anciano lo escuchó estupefacto, y cuando terminó le dijo afectuosamente: "no creas eso, muchacho, eres todavía muy joven. Sólo será necesario que cambies de vida."

Pero Diman no quiso saber de nada y puede decirse que desde esa fecha no tuvo más que dos amores: el viejo y el cornetín. En vano las mozas seguían es-

piándolo ardorosamente, ahora con más imperio, desde que cierta mueca de desdén y cierta noble palidez se le habían estereotipado en el rostro.

Todo lo que apetecía estaba dentro de aquel caño maravilloso; no era necesario más que cerrar los ojos y soplar. Por los pequeños agujeros brujos el alma se le iba en aire. De esto él no se daba cuenta, pero la mujer, en tal materia mucho más erudita que el hombre, debía adivinarlo bien pronto. Naturalmente, Isabel, dueña de los ojos más pillos y grandes que se hayan visto, fué la primera en descubrir la razón misteriosa de los desaires del muchacho. Y, desde luego, pensó en apoderarse del cornetín.

La piedad no es el amor todavía, pero no hay cosa que esté más cerca de él. Esto no lo ignoraba Isabel, y resolvió explotar su sabiduría.

—¡Usted es bueno, Diman?

—Creo serlo, Isabel.

—¡Sabe que estoy gravemente enferma?

—No parece.

—Sin embargo, me muero a breve término... a menos que usted no lo quiera.

—¡Yo...?

—¡Me sentiría usted mucho?

—Naturalmente.

—¡Sería capaz de ayudarme a curar?

—Sería.

—¡Aunque tuviera que sacrificar algo suyo?

—Sí.

—¡Aunque ese algo fuera su cornetín?

—¡Ah, eso no!; lo necesito para el trabajo.

—Y yo para curarme, Diman.

Isabel puso en sus ojos toda la cantidad de melancolía posible, los fué acercando lentos, hasta fundirlos casi en los del muchacho, y luego, poniendo en la voz el tono más femenino de la súplica, le dijo:

—¿Sería usted tan perverso que me dejara morir por un cornetín?...

No, no era posible eso, a menos de tener el corazón de piedra; y el muchacho, vencido, le entregó el cornetín.

Isabel se acurrucó contra su pecho.

—Sabe, Diman, es que yo había ofrecido a la virgen su cornetín como un voto.

El muchacho estaba trastornado. La apretó entre sus brazos e instintiva y locamente echó a andar, empujando su carrito.

—¿Por qué pasa tan silencioso, Diman?... Deténgase un poco. ¡Si viera qué ganas tenemos de oirle hoy!...

Así le suplicaban las mozas, recostadas melancólicamente en las puertas y las ventanas. Pero Diman pasaba de largo sin mirarlas y marchando frenéticamente, a la ventura, como si quisiera atontarse con la fatiga. No vió encenderse los faroles, no vió cerrarse las puertas, asustadas con la presencia de la noche. Iba como una sombra perdida y encandilada por las tenaces llamas de dos pupilas negras y enormes, exactamente iguales a las que se le aparecieron en el río.

De pronto se sintió golpeado por un bulto negro y móvil. Cayó al suelo, sin sentido. Cuando se levantó la luna menguante estaba en el medio del cielo. A su luz se vió las ropas destrozadas y la marca del casco de un caballo en medio del pecho. En cuanto al carrito, era sólo una masa informe, junto al cordón de la vereda; de la gruesa piedra de afilar, no quedaban más que cuatro o cinco pedazos inservibles.

Diman palpó en toda su vastedad el horror de aquella catástrofe; pero, rápidamente, tuvo una idea nítida de su deber. Muy varonilmente, pues, corrió en busca del viejo, decidido a explicarle la desgracia y su firme propósito de repararla.

Pero una nueva desagradable sorpresa le esperaba.

—Hijo mío, murmuró el viejo, no bien reconoció su presencia, te aguardaba con angustia. Mi corazón ya no da más.

—Iré en busca del médico en seguida—repuso Diman, comprendiendo por la palidez y la anhelación del viejo la inminente tragedia.

—Es inútil, afirmó el anciano. Sólo una cosa necesito para morir en paz: oir el cornetín.

El muchacho quedó perplejo e iba ya a maldecir la hora en que había hecho el sacrificio de darlo, cuando, contra su voluntad, el pensamiento se le desvió y a no ser porque la ruidosa y desesperada fatiga del viejo lo trajo a la realidad, se hubiera quedado un siglo mirando fijo la imagen de Isabel, surgida súbita y luminosamente en un ángulo de la habitación.

—Vamos, suplicó el viejo, ansiosamente.

Diman tuvo una idea. Abrió la puerta, se sentó en el umbral y empezó a silbar, tratando de remedar al cornetín. Pero fué en balde, ni consiguió imitarle, ni pudo dar a sus sonidos—aunque fervorosamente demandó a la noche, a las estrellas, a las sombras fantásticas de los árboles—su habitual imperio fascinante. El fuego fijo de las dos pupilas, no sólo le hacía perder el gobierno de sus acciones, sino la fuente de la inspiración; y el viejo, que en un gran esfuerzo se había incorporado para oirlo mejor, movía negativamente la cabeza y hacía chasquear los labios, desilusionado. Diman notaba, profundamente triste también, la desolación que su fracaso le producía y, en un arranque repentino, se levantó y, a todo correr, empezó a huir por las calles como un loco, despertando a los muros y a los plátanos de sus arrobos lunares.

Un aldabonazo a media noche es capaz de hacer ladrar por una hora a todos los perros de la vecindad; milagro fué que los que frenéticamente diera Diman en la casa de Isabel, sólo a ésta despertaran.

Grave, hermosa y apenas cubierta por un manto de lana, la niña apareció en la puerta. No hubo asombro en ninguno de los dos, el episodio pareció cosa natural y presentida. Diman narró todo con serena urgencia.—"¿Usted tiene todavía el cornetín, Isabel, o será preciso irlo a buscar ahora mismo y aunque tenga que asaltar la iglesia, al altar de la virgen?"

Por toda contestación la muchacha entreabrió un poco el manto y le mostró el cornetín sujeto por una cadenita al cuello, y como extasiado sobre la blancura del pecho. Rápida, luego, se lo desprendió y lo puso entre las manos de Diman. Pero únicamente el diablo sabe la fuerza adhesiva que tiene un celado cornetín puesto a media noche y en circunstancias tan solemnes, entre manos enamoradas; el caso fué que los muchachos quedaron materialmente anudados y que, sin quererlo, o mejor dicho, sin sentirlo, echaron a correr en esa forma hasta la casa del viejo.

Isabel se arrodilló junto al lecho del moribundo, el cual ya tenía la vista muy confusa, y al verla creyó en la resurrección del angel que había custodiado su infancia y al que el escepticismo y la sabiduría de la madurez habían abandonado sobre un campo de hielo, con las yugulares abiertas.

Era, pues, cierto lo del paraíso; y como para confirmar más esa idea, Diman, sentado en el umbral de la puerta, mirando las estrellas, empezó a solicitar al cornetín, y éste respondió exaltándose en una efusión lírica tan extraordinaria que el muchacho quedó oyéndolo absorto, convencido que era el hálito de otro el que estaba soplando por su boca y hacía hablar al aparato de aquel modo maravilloso.

Súbitamente el dolor, la tumidez, la fatiga desaparecen, y ágil, casi aéreo, el viejo se siente danzar con energías adolescentes alrededor de la sombra de Isabel. Ahora ésta es mucho más que un ángel: es la forma concreta y al fin poseída de todos los amores

que la vida le negara. Y he aquí que al abrazarla, la imagen se convierte en humo, un humo de color ambar, tan sutil que apenas empaña la transparencia del aire, y que, al ser movido por sus brazos, se alarga en mil espirales, envolviéndolo, transustanciándolo, en una niebla tenue que asciende lentamente. El viejo mira hacia abajo y ve que lo que obliga a ascender a aquella niebla es, en realidad, un abanico inmenso de alas, en el que cada pluma era una nota de las que el huérfano dolor de su vida había ido derramando por los agujeros de su cornetín...

Diman en ese momento tenía los ojos puestos en las cabrillas del cielo, y de pronto vió en medio de ellas al viejo afilador, sonriendo, en las barbas chisporroteándole un diluvio de estrellitas doradas. Isabel lo tocó suavemente en el hombro y con un emocionado estremecimiento en la voz le dijo: "el viejo acaba de morir".

—"Ya lo sé, respondió el muchacho, está en medio de las cabritas."

El cadáver tenía tal expresión de placidez que no se animaron a tocarlo. Era imposible, frente a la aureola de éxtasis en que parecía diluirse, albergar una sola idea amarga. Los muchachos se sentaron sobre el baúl, muy juntos, las rodillas tocándose, callados, en una divina demora...

Cuando llegó el día ya todo se lo habían dicho.

El amor colmado, la seguridad del refugio, quitaron pronto a Diman la máscara melancólica, dándole ese aspecto de hombre fuerte y alegre, acaso un poco cargado de grasa, que todos vemos recorriendo diariamente las calles tras su carrito de afilador y pregonándose al son de un cornetín. Pero éste ahora sólo sirve para anunciarlo de un modo ruidoso y simple; el antiguo cornetín ha quedado definitivamente mudo, e Isabel se lo muestra a los hijos como una reliquia

en otros tiempos milagrosa, a la que fué imperdonable falta no haber enterrado con su dueño.

Esta idea ensombrece también el corazón de Diman, por lo que nunca va a acostarse por la noche sin mirar largamente a las cabritas...

José María Delgado.

AMANECER

A la eximia Juana de Ibarbourou.

Feria fantástica:
En invisibles hilos
Escarzan los nipones farolillos
Como inquietos lunares;
Hay en el viento giros de guitarras
Y las manos temblantes de la brisa
Aligeran sus leves panderetas;
La Dama Blanca despereza sus trenzas
En la sombra... en tanto el día,
Esponjoso faisán,
Esparce el abanico de su cola
Y en un arranque de dorados bríos
Ahoga la fiesta...

CRETONA

Cretona de carne pompadour
Con florones sangrientos
Y lacitos Luis XV.
Es alma de un diván
De suntuosas visiones,
Donde prende el ensueño
Llamitas de colores.

Presta muelle tapiz
A un real gatito gris
Con ojos de esmeralda,
Y refleja el jardín
En mi breve sandalia...

M. C. Izcúa Barbat de Muñoz Ximénez.

I-5-1922.

La distinguida poetisa Izcúa Barbat de Muñoz Ximénez, publicará próximamente un libro de versos con el título de "Bonete Azul". Con sentimiento propio, con alma férvida, con un sentido nuevo y personal,—he aquí otra voz femenina que llega...

"Pegaso" depone en su saludo esta reverencia de mirtos esperanzados.

AGONIA

(José María Delgado).

In qualche parte il dì, che smuore via,
Deve lasciare un'anima: si sente
L' "Addio" di qualche cosa in quest' ambiente
Pien di crepuscular malinconia.

V'ha certo, presso quest' anima mia,
Un angol di dolôr, dove pallente
Fronte si curvi all' alito innocente
D'un infantile petto in agonia.

E tra la bruma pallida e l'arcana
Di pianto solitudine vicina,
Il cor, gemere udendo una campana,

Piange—annegato in infinita pena—
Chissà qual mai pallidezza serena
Che non potrà baciarsi domattina!

(Versión de Folco Testena).

POESÍA NUEVA

Tus manos desnudas están ahora sobre mi vida.
¡Qué maravillosa se ha puesto, de pronto, el alba!
Hace un momento, apenas, en los altos pórticos
de mármol negro de la ciudad de la noche estaba
con la invisibilidad de un alma.

Tus manos desnudas están ahora sobre mi vida...

Ya no seré lo que he sido cuando quería ser
ese otro tan distinto de aquel
que conociste, frívolo de vanidades y algo triste
de nostalgias...
—¿Para qué recordar?
¡El día es nuestro!
Estamos solos junto al mar...
Las rocas próximas... los arrecifes... todo aquí está.
También la diafanidad
de un romántico cielo antiguo, de esos que se han ol-
[vidado ya.

—Vamos a pasear
como dos camaradas alegres y ruidosos
que aman esta luz cruda en los retiros silenciosos.
Nos sentaremos, después, sobre una piedra dura,
que así será más blanda la dicha del andar...
Desnuda, alma, toda tu amargura
que yo la vestiré de nuevo con la carne de mi ternura.

Comencemos... que siempre es dulce el empezar.
Todo el ayer ha quedado atrás,
borrado y oscuro
como las palabras en las conciencias de los mudos.

¡Capas de nieve cayeron sobre la tierra de fuego!
Eso es todo...
Luego
la luz ha descubierto la miseria de este lodo...
—¿Para qué recordar?
Nuestra esperanza sabe mirar
hacia adelante, siempre hacia adelante...

¡Alma, alma: yo seré un ardiente amante
bajo las luces del cielo y entre las aguas del mar!

CARLOS CÉSAR LENZI.

EL AÑO LITERARIO

Resumen bibliográfico del año 1921.

No de los poetas que cazan versos con trampa ni de los prosistas que enladrillan libros y caminos, he de ocuparme aquí, ahora que los días colmaron el número del año y que la tenue emoción del presente ha muerto en mis manos enfriadas...

Ellos han sido los más, como en todas las literaturas y en todos los años, y de ellos es el reino del olvido primero, y de la polilla después...

Las letras nacionales han acrecido sin duda en el año terminado, pues, a pesar de las pásulas a que aludimos, tiene en su haber menos profusión de volúmenes y más calidad de obra que los años anteriores, como si un afirmativo anhelo de avanzar caracterizara la labor de todos los tejedores estéticos.

Vale la pena recalcar el detalle y señalar la fecha, cuando ya empezábamos a aturdirnos con tanta algarabía sin sentido, y una inquietud de serenarnos llenaba nuestro balcón abierto hacia la tarde, en donde muchas veces invocamos para la multitud de nuestros escritores sin relieve y sin pudor, la dicha humilde y gloriosa del obrero, que prefiere despedir los días en silencio, puesto de bruces sobre el marco de su ventana o escribiendo apenas un nombre de mujer sobre los vidrios empañados...

De 1920 sólo un gran libro quedará: me refiero al "Criterio fisiológico", de Santín Carlos Rossi, claro

y fino talento mortalmente preocupado por el bien y por la creación, no por el éxito ni por la gloria. De 1921 pasan varios libros al catálogo perdurable que puede mostrar a los ojos extranjeros una dignificante y bella labor de patria. Hay, sobre todo, un volumen erudito y fuerte,—"Crítica de la literatura uruguaya"—de Alberto Zum Felde, que merece los honores de la consagración. Son trescientas cincuenta páginas de crítica positiva, levantada, científica,—no digamos exenta de calor pasional porque desdichada la obra o la vida sin pasión,—pero sí digamos sustantiva y libre, tanto en sus errores como en sus aciertos.

El historiógrafo de mañana, el crítico lejano y curioso, el estudiante ávido, todos tendrán que venir de aquí en adelante a este libro macizo, cuando de literatura uruguaya se quiera tratar. No comparto conceptos ni visiones: creo que el autor no juzga como debe a Rodó, más sólido y más grande que lo que él cree, tan sólido y tan grande que acaban de llamarle en la Universidad de Princetown "maestro más que Emerson"... Tampoco es enteramente justo su juicio sobre Carlos Roxlo, de quien olvida atributos virtuales y ambiente de época, considerándolo de acuerdo con tendencias actuales, para querer destruirlo como una cosa ruinosa, sin recordar la esbeltez de los lejanos días...

Asimismo, no logra sentir el alma de Horacio Quiroga, más cercana de Kipling que de Huysmann, y cuyo libro "Arrecifes de coral", que castiga sin piedad, vale indudablemente, aun después de su hora, mucho más que otros que el mismo Zum Felde elogia. Esto no obstante, y en razón de justicia, no puedo ni debo escatimar alabanzas a la brillante obra constructiva de Zum Felde, el más empeñoso y el más sólido de nuestros críticos, cuya obra de futuro,—ya lo anuncia la estrella matutina,—está próxima y será grande.

Vicente A. Salaverri, Justino Zavala Muniz y Fernán Silva Valdés, se sindican como los autores del año que, después de Zum Felde, han hecho más positiva literatura nacional, no en el sentido gaucho de este rótulo, sino en el sentido criollo de su ambiente, en el paisaje nativo de sus páginas o en la epopeya paisana de su emoción. "Crónica de Muniz" reveló un escritor joven pero ya maduro, que llega a las letras nacionales, grávida el alma de sueños y de paisajes, que le dan energética intensidad vital y extraño vigor expresivo. No sé hasta dónde, la personalidad de su abuelo,—el general Muniz,—se destacará en el desfile de la historia, sobre todo para cuando venga el momento de una orientación estética y científica que dé el justo lugar a las cosas en el desplazamiento nacional, pero ello no importa decir que este libro de su vida, vale como una griega placa de mármol puesta en el camino por donde va su sombra romancesca. Dichosa el alma de los abuelos cuyos nietos vienen de tierra adentro, no con una vara florida que cortaron en el camino agreste, sino con un cincel fuerte y antiguo que labra nuevas piedras como los petroglifos indianos...

Fernán Silva Valdés ha definido una personalidad briosa y valiente, escribiendo este año "Agua del tiempo", que colecciona sugestivos y originales poemas gauchos, universalizándolos con un graficismo poético extraordinario. He aquí que su libro de versos ha tenido la singular virtud de recoger el alma de las cosas nativas, ya un poco apagada por el cosmopolitismo de las voces modernas, y por la urbanización municipal de las viejas campiñas. El poeta la recoge a tiempo y de una manera definitiva en la poesía nacional.

Vicente A. Salaverri, cuya fecundidad siempre brillante alarma a veces porque no le da tiempo material para secar al sol y al aire sus construcciones,

publicó este año, aparte innumerables cuentos y novelas sueltas, "Cuentos del Río de la Plata" y "La mujer inmolada". El primero, desparejo como obra apresurada, y el segundo, periodístico en extremo, acusan, sin embargo, progresos reales sobre su obra anterior, y dejan ver la garra que se afirma, con fuerza y belleza, tratando temas gauchos. Con "Cuentos del Río de la Plata", sobre todo, Salaverri conquista un lugar envidiable en la literatura nacional, que cada vez más le atrae a su seno, como una china criolla a su amante payador, convencida quizás de la penetración sutil de su espíritu y de la infatigable manera de su naturaleza, virtudes primordiales para quien quiera crearse un novelador de su romance, un paisajista de su alma, un enamorado de su epopeya...

Tengo la convicción de que la literatura uruguaya va a adeudarle a Salaverri libros formidables, donde el romance rural y la tragedia gaucha, digan la sabiduría de la tierra, la voz del campo, la historia del paisano, el alma del país.

Horacio Quiroga, incorporado a la vida argentina en estos últimos tiempos, coleccionó una serie de sus extraordinarios cuentos de la selva y de la ciudad, bajo el título de "Anaconda". Persisten en este libro los altos valores que han singularizado la obra de Quiroga, el más fuerte y el más grande de los cuentistas americanos. La sensibilidad de Quiroga tiene a veces un poder único. Lástima que sus genialidades de escritor le resten brillantez en algunos detalles cuya importancia olvida...

La poesía de salón, la poesía lírica,—confidencial y clásica,—esa que no tiene edad, a pesar de la gritería de las gallinetas,—y que tampoco tiene patria porque es internacional, y no se preocupa del carácter sino de la eternidad,—sigue conjurando altos espíritus nacionales que le rinden mirra y miel como en todas las naciones y en todas las épocas. Me refiero a "La Princesa Perla Clara", de José María Delga-

do, ingenua y bellísima *feerie*, donde hay un país de abanico, con una princesa de dulce nombre que deshoja una flor, y un paje de corazón ardiente, que deshace su vida en una llama azul... Castiza, españolada sin dejar de ser moderna, tanto casi como una "Feria de Sevilla", que trasplantase desde el siglo de oro a nuestra edad de hierro un poeta verdadero, "La Princesa Perla Clara" concreta valores poéticos innegables, por cuya virtud su autor adelanta un gran paso, sin hallar todavía la ruta de su barco embanderado, que aunque ya está fijada por la vibración de claros signos zodiacales, aún no se determina por la obra en sí...

Otros libros de versos son también hermosa vendimia del año, y no se pueden olvidar sin injusticia. Al decir esto, he citado "Humildad" y "Cincuenta y seis poemas" de Julio J. Casal, que levanta sus banderas de colores por tierras lejanas, pero que no olvida nunca la patria. Moderno hasta la influencia de las nuevas escuelas, Casal tiene, sin embargo, una poesía que ya es suya y que podría tildarse de "casalismo"... Carlos Sabat Ercasty, ha dado en sus "Poemas del Hombre" una nota fuerte y singular, tensa y vibrante, llena de un personalísimo aspecto poético que para mí tiene gran carácter, pero que carece de las primordiales condiciones líricas.

Un libro pequeño y triste, que tiene empero un soneto magnífico, y que es la expresión de una vida anónima que la muerte dió fin a los veinte años, no puede omitirse en conciencia, si se repasa la cosecha anual. Ya se sabe que me estoy acordando de "Con la luna", de Pablo Aguirrezábal, aquel muchacho pálido, de mechón en la frente, que cinceló sus versos como Benvenuto los botones para la capa de un cardenal... Acaso ignorado todavía por muchos que se autoreclaman de eruditos y sabios, esta poesía pura de Pablo Aguirrezábal es una copa de cristal llena de luna...

Julio Raúl Mendilaharsu, trashumante y fino, nos dió este año "Tres poemas", en reducida edición Japón, de quince ejemplares, impresos por la señorita Elvira Suffern de San Martín, en prensa de mano, en negro y rojo. ¡Encantadora espiritualidad femenina que graba ella misma la canción del poeta, deshilachada al viento de la tarde! Así no podrán perderse en el aire estos breves poemas de dulzura nostálgica y de rumor marino, que son, acaso, las mejores poesías de Mendilaharsu.

Luisa Luisi con "Inquietud" y César Lenzi con "Poemas", acusan dos temperamentos distintos, que no tienen la potencial de los que sobresalen del coro, pero que tampoco merecen situarse donde ya la procesión se hace promiscua y uniforme. Digo con ello que el vuelo no es definitivo, que la música no es perdurable, que el surco no es hondo; y digo también, no sin confianza, que todo hace esperar sones mejores golpeados en buen bronce o en cristal claro.

Pero no es tarea de esperanza entrevista, ni crítica de valores negativos, la que se propuso mi pluma humilde al trazar ligeramente estas cuatro páginas retrospectivas. Sólo quise hacer una corona de palabras eulógicas para poner en la última hoja del almanaque, al reverso de la cifra clásica, donde un año termina y una bandada de anhelos levanta su vuelo insostenible hacia la madrugada que anticipa las primeras claridades.

Ni un libro de historia, ni un libro de filosofía, ni un libro de ciencia, ni un mal texto universitario, tenemos que recordar...

Ello no obstante, el balance del año es bueno, sin ser notable, y nos hubiéramos conformado, acaso, con una sola de las principales obras citadas, para decir que el año 1921 avaloró en copas de oro el tesoro nacional, ya bien caracterizado, a pesar de los que se apuran en cargar los camellos del tiempo con fardos en los que aún no han puesto nada...

TELMO MANACORDA.

CRÓNICAS DE ARTE

La exposición Marques Campao

Es necesario establecer un criterio para el arte que nos llega de afuera, ya cuando viene abierto a nuestras simpatías, ya cuando viene ávido de nuestro dinero. Formamos un pueblo de *substractum* cosmopolita, sin sentimientos ni características regionales definidas: defecto o virtud de nuestra raza, no vamos a analizarlo. El arte es para nosotros, en el plano de transición de nuestra cultura, un objeto de lujo. Objeto dos veces inútil, por su esencia artística hermana de la esencia del juego inútil, y porque ni aún como juego lo necesitamos. Y ha de pasar mucho tiempo antes de que sintamos la sed espiritual del arte, como sentimos la sed orgánica por la transparente utilidad del agua. El juego supremo de la especie, el juego que la inmortaliza y que la acerca a la dorada grey de los dioses creadores, el juego que levanta al hombre lejos de su mísero rincón—hacia atrás en el pasado, hacia adelante en el nebuloso futuro—el juego esencial para el espíritu cultivado, es hoy para nosotros un entretenimiento falaz, transitorio, liviano. Sólo vale para cierta "élite" intelectual, que lo mira como un "bibelot" o como un "potiche" a la moda.

Mantenemos francos, puertos y puertas para todo lo que nos viene de afuera. Nada fiscalizamos al pa-

sar las fronteras. Pero nuestra mirada ve en todo la mercancía; buscamos la etiqueta y estudiamos su réclame. Pero si queremos merecer el alto título de pueblo cultivado, debemos dignificar nuestra mirada. Debemos saber apreciar el contenido y no el envase. Debemos formar racionalmente nuestro criterio para saber qué vamos a pedirle al arte extranjero que nos visita, cómo vamos a recibirlo y a juzgarlo. No un criterio restrictivo y proteccionista, sino un amplio criterio de hospitalidad comprensiva para saludar al emisario de alta embajada con los ojos sedientos de ver cosas nuevas, con el corazón pronto para albergarlas.

La costumbre corriente, contra la cual vamos a luchar, es la de ser pródigos en elogios inflados de comparaciones hiperbólicas.

Por criterio hospitalario o por criterio ignaro siempre se aplaude en crítica, sin pesar ni razonar las virtudes fundamentales. Pero si queremos tener nuestro arte debemos tener nuestra crítica. Y nuestra crítica implica saber decir lo que se siente y lo que se piensa, para el bien de nuestra cultura; implica escribir sobre un artista, no por lo que habla, sino por lo que pinta; implica no divagar retóricamente ajenos a la médula del asunto; implica medir con igual justeza el arte que nos llega ufano de medallas y el novel arte de nuestros olvidados artistas.

¿Qué debemos pedirle al pintor extranjero? No vivimos en un estado de cultura tan elevado como para pedir las últimas tendencias artísticas, revolucionarias e inciertas. No podemos aceptarle las sobras del arte mundial, esa pintura que viaja incansable detrás de mercados benévolos. Pero, con espíritu ecléctico, todo aquello que nos venga vibrando de verdad, debemos oirlo. Ya sea la lejana y blanca verdad de la estepa desolada, o la dorada verdad del cálido suelo africano. Todo lo que respire vida, humanidad, naturaleza.

Y no debemos discurrir sobre la técnica, vale decir, sobre el lenguaje. Estas sutiles disquisiciones, que llevan inevitablemente a la decadencia, dejémoslas para los círculos ó capillas empeñadas vanamente en la renovación del arte por los medios. Nosotros pidámosle a la pintura, sinceridad y emoción en colores. Eso por ahora debe bastarnos.

Hay dos clases de embajadas artísticas, como dijimos al principio: la de aquellos que vienen en galeras fenicias en busca del precioso metal, y la de aquellos que vienen en blancas carabelas en busca de la ardiente simpatía. Más son los otros, menos son éstos. Y halagados colocamos en el último grupo al pintor brasileño que nos visitara y que nos trajera su cosecha de belleza. Cosecha que nosotros, por honrarla y por honrar nuestra crítica, analizaremos sinceramente despojados de protocolares ponderaciones.

Marques Campao ha tomado de conjunto de 43 telas divididas en dos grupos, paisaje y figura. Nos ilusionó al principio pensar que veríamos algo de las cálidas y lujosas selvas tropicales, de sus palmeras gráciles como mujeres con el cesto de sus dátiles dorados en alto, de las lianas y de los árboles retorcidos, de las razas tostadas y sensuales, de los pájaros maravillosos, de las flores enormes, de las frutas opulentas... Mas el catálogo nos borró tal ilusión. Marques Campao no es un pintor brasileño; podría ser francés, quizás italiano, español también. Su arte no tiene personalidad. Y en el sello de su escuela adivinamos la obra despersonalizadora de la gran ciudad. Es el error de estos países nuevos en su exportación continua "de los propios" valores, ya sean en especies de Indias, ya en almas y cerebros. Cuando estos cerebros viajan jóvenes, es muy raro que no cambien

sus fuertes características por las fáciles características de los ambientes europeos. Toman lo superficial, una manera artificiosa de ver y de sentir la vida.

Marques Campao ha tomado en París el lenguaje trivial de los pintores de salón, de ese grupo de artistas que creen traducir la vida, arreglándola a su manera y haciéndola posar en el taller como un modelo. Sus paisajes no tienen carácter, no acusan ninguna naturaleza. Tienen el vicio capital de la academia: la receta. Y por receta entendemos esa manera de hacer todo igual, todos sus árboles iguales, todos sus prados iguales, todos sus cielos iguales. Sin sensación de verdad, ya se titule el paisaje "El Pan de Azúcar", o ya "Una tarde en Leblón", siempre parecen cuadros del "país de cualquier lugar". De un país cómodo donde pintan tantos pintores con los ojos velados y con las manos ágiles y ligeras para expresar, no lo que existe, sino lo que saben hacer; que pintan como una distracción agradable y desinteresada, olvidados de la función elevada del arte; y que, con trucs y maneras, se limitan a halagar el fácil gusto del gran público.

Es esto lo que nos sugieren los paisajes de Marques Campao. Ha cambiado sinceridad por habilidad y ha desterrado la emoción de sus telas. Ella no existe sin la verdad, verdad objetiva, llena de la vibración luminosa de la hora, o verdad subjetiva, estilizando o acentuando una impresión recibida. Sólo vemos su técnica ágil, nerviosa, febril, amanerada, prodigando esas entonaciones engañosas e inconsistentes, de verdes esmeraldas y de cromos tostados para todos sus árboles y para todos sus prados. Los cuadros grandes son los que delatan más claramente los artificios de taller. No hay calidad de árbol, ni de tierra, ni de nube. Todo es de igual valor, algodonoso, desleído, sin construcción orgánica. Sus formas no tienen osatura ni nervio. El aire no tiene transparencia, y por

la tela no es posible viajar, porque no hay distancias. Así, aunque delante nuestro se abra un camino asoleado como el del número 10, o un camino ensombrecido de una aldea, como el del número 42, estando pegados a la tela, no podemos viajar curiosos por uno, ni vagar melancólicos por el otro. Los cuadros pequeños son superiores a los paisajes grandes. Estos dejan adivinar al artista lleno de sensibilidad, que sabe elegir los rincones hermosos y que sabe encerrar la mudable belleza del paisaje en el marco fijo de la tela. Estos cuadros evocan naturaleza, porque en frente a ella y por ella han sido pintados. Y aunque la receta también los iguale, ostentan siempre más verdad que las telas más grandes y más pretensiosas.

Los cuadros de figura padecen de otro vicio de academia: la anécdota. Bastaría sólo leer el catálogo para saber qué clase de pintura insípida y afectada es la que tenemos delante. Porque esa ideología banal no es la vida, ni siquiera un retazo o un rincón de la vida. La tela número 1, "Despertar de un alma", no es sino un título vacío y una modelo remolona durmiéndose sobre almohadones de un color crudo y desentonante. La número 5, "El almohadón azul", no tiene interés ni en la cabeza ni el pálido torso que deja ver. La tela número 3, si pretende expresar más, la contemplación honda y abnegada de la madre, no la expresa por la banalidad del arreglo; la madre es tan poco madre, que no sentimos esa profunda mirada "qui couve et qui protege". La tela número 4, "Recordando el pasado", es la que ofrece más psicología. Es el único rostro que nos sigue un rato, mientras nos movemos por el salón.

Aun sin entrar en la discusión que hoy se plantea, de la pintura como mero valor plástico, o como sistema de elevada ideología en armonías de colores, hay otros campos donde se pueden sugerir ideas, sin ne-

cesidad de ir a los grandes conceptos religiosos, místicos, filosóficos o históricos.

Puede expresarse la psicología honda y animada que se desprende de la tela, por el fulgor de unos ojos o por el gesto de una boca. Puede expresarse el trabajo de la humanidad, ese pan amargo de cada día, puede expresarse la vida del pueblo compenetrándose amorosamente con ella, puede expresarse el carácter de cualquier ser, astroso o limpio, giboso o erguido, un enano de Velázquez o un gentilhombre del Tintoretto. Más es necesario abrir entonces las ventanas del *atelier*, ya sea en el Quartier Latin, ya sea en el Quartier Montmartre, para mirar hacia afuera, haciendo obra de adentro de uno mismo; cambiar los vicios académicos por las virtudes correlativas: receta por sinceridad de lenguaje y anécdota por sinceridad de visión. Si esto hiciera Marques Campao—y condiciones le sobran para ello—podría darnos altos valores de pintura. Hoy su arte nos da una sensación pasajera e inconsutil, que será quizás halagadora y dulzona. Pero el arte debe expresar más, debe expresar a veces lo contrario, esa realidad objetiva o subjetiva, esa realidad de nuestra vida, que no siempre se traduce en hermosa belleza, pero que, si es verdadera, se manifiesta siempre por la eterna belleza.

C. A. Herrera Mac Lean.

GLOSAS DEL MES

Un viaje en el tren del Norte

Un gran ruido de ruedas sobre los rieles. Un resonar de cascos sobre el empedrado. Una corneta de cuerno: Tutu-tuturu-tu! ¡Hiúp! Un restallar de látigo reseco, y aparece el monstruo, arrastrado por tres caballitos, flacos como arpas, mal tusados, somnolientos. La gente viene apiñada en las ventanillas, colgada de los estribos, sentada en el techo; en el interior del tren, parece un relleno de pasas de uva. Dos lámparas de kerosén, agrandadas por dos espejitos en ángulo diedro, derraman una luz difusa y temblorosa como una clara de huevo. Las 12 de la noche. Buenos Aires y Juan Carlos Gómez.

No sé por qué milagro consigo subir. Es curioso que en las agrupaciones humanas, al llegar a cierto punto que podríamos llamar de "saturación", se tiene la impresión de que *no entra* nadie más; y, sin embargo, se presenta la oportunidad y se ve que la saturación no era sino aparente. Cuando yo subí al tren no cabía ni un alfiler: nadie bajó, y en todas las esquinas siguió subiendo gente...

Yo estaba detrás del mayoral. El hombre iba penetrado de su momentánea importancia. Sólo podía ver su melena grasienta y la parte posterior de la golilla negra con florcitas coloradas, bajo el sombrero terracota de ala recta, copa redonda y alta, requintado sobre la oreja izquierda. Cuando se daba vuelta para

apercibir a algún pasajero o restallar el látigo sobre los matungos, que movían las orejas, escépticos, podía ver las puntas de un bigotito puntiagudo a fuerza de cosmético, y un pedazo de cara tostada y peluda. — "¡Híup! ¡Pucha, coloradito maula éste! ¡Híup!" — y hacía un ruido raro con la boca para impresionar el sistema nervioso gastado de los caballos. Timbre. — "Pare, mayoral, pare". Y paraba, protestando, haciendo girar la manivela con un ademán centrífugo.

Las 12 y 1|2. Piedras y Río Branco. Un incidente. —"Tiene que pagar el boleto, señor".—"No pago". —"Entonces se baja".—"No me bajo, que se cré".— "Claro amigo, interrumpe una tercera voz, no pague ni se baje, no faltaba más".—Risas.—"Que se baje", "que no se baje", "que siga", y empiezan a surgir las protestas airadas. Alguien apaga una de las lamparitas y otro arranca un aviso. Las campanillas suenan endiabladamente. El tren se para. Pito. Galope concurrente de caballos. Dos de un lado, tres de otro, llegan los del escuadrón, con gran ruido de sables, haciendo relucir los pantalones blancos y los cascos. Un cabo, gordo y petizón él, picado de viruelas él, muy compadre él, se baja de un salto y grita en medio del silencio expectante: "A ver si se quedan quietos, o los voy hacer abajar a golpes!" Algunas protestas tímidas se insinúan, el cabo grita, y los soldados, por las dudas, hacen *rayar* sus caballos y atropellan a los curiosos de la vereda. (Empiezo a explicarme el por qué de más de un ladrillazo sobre un casco blanco...)

Rousseau cree que el hombre es un animal sociable y busca el origen de la sociedad en la solidaridad instintiva. Gumplowicz y Spencer, en cambio, sostienen que la sociedad es una consecuencia de la violencia, y que el más poderoso vínculo social es la subordinación. ¡Ingenuo Juan Jacobo! Había que ver el tranquilo egoísmo con que los pasajeros del tren del Norte miraban el incidente, mientras no les interesaba

sino como espectáculo... Y ¡qué admirable unanimidad de sonrisas, y qué apoyo colectivo e incondicional encontró el guardatrén, cuando inició, con aire severo, en compañía del cabo del Escuadrón, lo que podríamos llamar el "tour de honneur"! ¡Manes de Gumplowicz y de Spencer! ¡Había nacido el Contrato Social! Sin embargo, no en balde han pasado los siglos desde que dos hombres partieron la presa y la caverna, asociándose para resistir la dura lucha de la época glacial; hay una llamita misteriosa que pone un suave toque de belleza sobre la animalidad atávica. "Esto es un escándalo", dice un señor, "esto no puede ser", dice otro señor, "esto no va a quedar así; mañana se tratará en la Departamental", dice otro señor que anda recogiendo voluntarios, para ir a la Comisaría a declarar que el cabo les ha ofrecido bajarlos a palos. ¡Divino y ridículo altruísmo! Ese mismo espíritu llevó hace dos mil años a un Hombre Bueno a morir sobre una cruz. Ese mismo impulso sobrehumano sacó de cierto lugar de la Mancha al Hidalgo Caballero y le hizo correr el ancho mundo, entre la burla mala de los más. Pero ya pasó el tiempo de los Cristos y de los Quijotes: ante la perspectiva de perder el último tren y tener que seguir el largo viaje a pie, todos se hacen los fariseos, imponiendo silencio a explicables susceptibilidades. El pasajero reacio es llevado a la Comisaría y sigue el viaje.

Rondeau. Un caballo obscuro, hinchado, está tirado contra el cordón de la vereda, en medio de un gran manchón húmedo. Sube un cuarteador, un moreno viejo, cambueta, de mota grisácea, con una gorrita con una visera de hule, y se instala en el estribo como dueño de casa. Se mete la mano entre la camisa mugrienta y se rasca. Después habla, sentenciosamente, con voz ronca, sin mirar a nadie: "¿Viste el colorau"?—"Vide", contesta el mayoral, que debe ser el interlocutor, también sin mirar a nadie, atizando un

latigazo al cadenero.—"Lástima".—"Lástima", responde como un eco el mayoral. Un silencio.—"Culpa'el muchacho", dijo el cuarteador y escupió a la vía.—"¿Cualo, el rubio?" — "Claro". Y sentenció, como persiguiendo una idea: "Un animal es un animal y un hombre es un hombre. El lo mimaba demasiado. Lo echó a perder. Un caballo no es una señorita. Tiene que sentir el rigor. Cuando hay que trabajar hay que trabajar y no hay vuelta. Taba demasiao mimoso. Lástima, porque taba gordote y lindo. Tamién la verdá es que ya se había dao dos vueltas y media y taba bastante reventadito".

—"Boleto.—Boleto señor.—¿Usted tiene boleto? — Boleto señor". No hay nada tan fastidioso como un revisador, a no ser otro revisador. Hay personas que deben tener cara de no pagar boleto, o ser parecidas a todo el mundo. A mi lado hay un señor a quien el guarda ya le ha tocado treinta y cinco veces el hombro para decirle con voz melifluа:—"Boleto.—Boleto señor.—¡Ah! ¿Usted ya tiene boleto?"—¡Es espantoso! El señor ha pasado, por causa del revisador, por los tres estados de la intoxicación alcohólica. Al principio contestaba: "Sí, guarda, tengo boleto", y sonreía amablemente (sangre de cordero); después se enojó: apretaba los puños, con los ojos centelleantes, se ponía sucesivamente blanco, amarillo, rojo, verde, y contestaba con un grito que hacía helarse la sangre de los pasajeros: "¡Tengo boleto, sí, tengo boleto!", (sangre de león); ahora, ante la inutilidad de sus esfuerzos, se pinta en su rostro la negra deseperación; hay un temblor de lágrimas en su voz; aplica al guarda los calificativos más denigrantes, comenzando por los animales inmundos, vergüenza del reino animal, y murmura vagas amenazas... (sangre de cerdo).

Viene del interior del tren un vaho de fiebre. La gente se calla, somnolienta. A la izquierda, las luces de la bahía parecen agujeritos en una tarje-

ta postal, *truquée*. Un cielo azul desteñido. Una luna pálida y borrosa. Un silencio largo y pasado. El tren atraviesa con gran ruido varios cruces de vía. Una cuadra. Otra cuadra. Otra cuadra. Otra cuadra. Asencio... Olivos.—"Pst'.—"Permiso-o-o-o". La 1 y 1|2 de la mañana.

La calle está sumida en una penumbra azulada, de cinematógrafo. El ruido del tren se pierde, lejos, en un galope acompasado. Y recuerdo el dístico del divino Virgilio, donde vibra un ruido sonoro de cascos sobre el campo:

"Quadrupedantem putrem sonitu
patit ungula campum..."

JUAN CARLOS BERNÁRDEZ.

Benedicto XV

Ha entrado a dormir el sueño desconocido,—*unde negant redire quemquam*,—de donde dicen que nadie vuelve,—el doscientos sesenta y cinco sucesor de San Pedro.

Fué el papa de la guerra, que surgió con ella y que se va con ella.

Como Benedicto XIV, con quien tiene a través de los siglos una comunión espiritual y una historia material muy cercana, Benedicto XV guardó neutralidad en la tragedia máxima, propuso la paz blanca, reiteró la encíclica que mantiene la cuestión social como una cuestión religiosa, condenó el lujo y protegió las artes, prodigó la limosna y ejercitó con eficacia los derechos activos y pasivos de su personalidad internacional.

Lo mismo que al Benedicto del 1700, puede llamársele a éste "buen hombre",—tan bueno y tan humilde

como los últimos antecesores de su trono, como aquel León XIII, poeta y pontífice, que Rubén Darío llamó "águila blanca",—como aquel Pío X, sabio de toda sapiencia y piadoso de toda piedad, pequeño Sarto en su aldea y grande Sarto en su solio.

Es cierto que el fracaso de la paz blanca decepcionó a los pueblos enardecidos por la llamarada de la guerra, pero no es menos cierto tampoco que ese dulce fracaso del espíritu fué la expresión simbólica de la hora, la evangélica paloma lanzada a volar sobre la tierra negra, y abatida en seguida por su maravillosa candidez.

Consciente de que personificaba la mayor fuerza moral del mundo, miró con *lúmine plácido*, el abatimiento de su cándida paloma, y esperó del tiempo la reacción natural y simplicísima de los sucesos humanos.

Mientras confiaba en ella, he ahí que llega la muerte con su gesto de segador, y abate las alas blancas de su vida, cuando del tumulto del mundo salen voces grávidas de fe y renace la antigua profecía, como de las ruinas heroicas surge la catedral hecha de espíritu más que de hierro y piedra.

Su personalidad internacional, de la que no puede despojarle el jacobinismo jurídico, se impone a la historia de los tiempos actuales con una arquitectura de líneas hábiles y severas que restablecen la vieja harmonía cristiana con las naciones madres.

Dueño de la soberanía por excelencia, que lo hizo ciudadano del mundo y no de su Estado pontificio, este papa, cuya muerte hace golpear ahora las campanas, va de blanco vestido en la gloria de su pompa, con el anillo del Pescador y la tiara máxima, a meditar en la suerte del mundo, desde el otro lado de la puerta paradisíaca, cuyo marco no trasponen seguramente los que tan sólo fueron justos....

TELMO MANACORDA.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Un Perdido.—Novela chilena.—Por Eduardo Barrios.—Biblioteca de novelistas americanos.—Buenos Aires.—1921.

La noticia sobre el autor, puesta a la cabecera del libro, dice que **"Un Perdido" está casi unánimemente considerado como la mejor obra en su género que se haya escrito en Chile."**

Pero, señor, ¿por qué no haber usado mayor latitud en justicia pura? ¿Por qué usar la restricción geográfica, circunscribiendo a Chile el vuelo aquilino de Barrios?

No habrá quien lea su libro y difiera de nuestra opinión; esa es una novela de hechura tan armoniosa y perfecta que los cánones para estimarla no están, seguramente, en nuestra América.

Mas no es nuestra costumbre la de cotejar, superponiendo valores; además, en este libro no aparecen sinuosidades favorables al acomodo de defectos que propiciaran comparaciones. El libro solo tiene una deliciosa emoción resultante.

*

Como es humano, tal emoción puede sembrar variadísimas y sugestivas opiniones. Quien tomará el libro por justa pintura de la realidad viva, en sus formas externas, con todo el doloroso aparato de su dinámica; quien fruirá golosamente esa acabada descripción de la igualmente viva realidad, que en la fronda de nuestras sensibilidades se asienta.

Muy apreciable es aquella manera artística, pero ésta nos agrada más. Confesamos nuestra debilidad, y ella radica en la inconmensurable diversificación con que la realidad se nos aparece mirando dentro de los hombres. Jamás alcanza tal profusión la vida externa; y el espectáculo se nos hace de insuperable calidad.

Huelga decir que para nosotros no es secundario el ambiente, no le vamos a restar nuestro homenaje. La vida de Luis en el hogar, ese huerto de Quillota donde gozara tan plácidas visiones, Iquique y las casas de prohibidos placeres, evocadas con tan melosa añoranza; el cuartel; la biblioteca; la tierra y el mar; los cielos (Barrios cumple el deseo emersoniano de atender las cosas de la naturaleza), entre todo ello no podríamos diferenciar para encontrar lo que debiéramos admirar más. Tanta sencillez puso el autor al examinar en los recuerdos de Luis, aquello conservado de la vida circundante,

que logra efectos de precisión plástica y sugestión embelesadora, creyéndose fuera sin igual destreza, lo que tal vez fué caso de relatar sin afectación; por cualidad innata y altísima.

Admiramos eso; pero nuestra admiración se tiende más anchamente sobre el desarrollo de la vida interna de los personajes, Luis, Bernales, el Abuelo, casi todos los actores a cuya multiforme agitación emocional asistimos, bastante apretado el corazón; pues la virtud del escritor capta nuestra simpatía, hermánanse nuestras emociones con las de los sujetos, y sus discursos y obras repercuten en nuestra sensibilidad como si un arte prodigioso les dispusiera existencia sensible.

Sus héroes levántanse magníficos y enteros por la sutileza de la visión que los penetró, y por la mesura de la inteligencia que los acicaló, reduciéndolos en hechos y palabras a términos generales, haciéndolos entes contemporáneos, ciudadanos de nuestras urbes, sin malograr la exhibición del conflicto de sus almas. Mérito que resalta en los personajes centrales cuyos ánimos tienen afinidades estrechísimas, estando, sin embargo, radicalmente impotenciados para acercarse.

•

Fué menester una pluma que aún no se había movido en esta América, para realizar la armoniosa perfección que logró Barrios, sin ostentación retórica.

La construcción de esa novela incita a comparaciones con maestros de Europa; mas, declaramos tras serenas búsquedas en nuestros recuerdos, y tras examen atento de la producción famosa, que la clarísima hermosura del libro de Barrios no parece derivar de escuelas determinadas.

Sólo en la virtud de conceder tanta importancia a la vida emocional de los personajes (cosa que en esta América no se estila mucho), puede acercarlo a tipos definidos.

En lo demás ese escritor chileno es personal.

Sencilla, hermosa, honda, es su obra. Artista sin fallas aparece.

Nuestra América le debe la primera novela.—**E. S.**

Voces de la Hora.—Por Conrado Blanco.—Montevideo.—1922.

Libro de pensador, mitad filósofo mitad poeta, que cruza mirando la vida y juzgando sus acontecimientos, de modo a veces arbitrario, pero siempre muy personal.

En pequeñas sentencias doctrinales, de marcado sabor apostólico, el autor expresa sus inquietudes espirituales y sus fórmulas éticas. No siempre resulta fácil desentrañar en sus aforismos la idea dinámica, y esto no sólo por complicada construcción gramatical, sino porque el pensamiento en sí mismo es complejo, y por la tendencia del autor a querernos dar su esencia metafísica en minúsculas síntesis. Vaya un ejemplo "La carne: Agua sin esperanza." (Recordando la del mito, de Tántalo). Otro: "Trabajo... Ajustado a ap-

titudes y vocaciones, en tanto éstas se justifiquen desde el punto de vista de la utilidad, en primer término."

Pero, en general, el autor triunfa y consigue decir muy hondas cosas en muy parcas palabras. "Existen quienes en el vicio quieren "hacer" un Poe. ¡Todo lo contrario de Poe!... Quien en el vicio quería "deshacer" a Poe.—"Me dijo: yo soy un fuerte.—... O un bruto, le dije.—Me dijo: yo soy sin prejuicios.—...O sin juicio, le dije."—"El peor enemigo del intelectual: el inteligente... Al pie de la letra". "La vida es conducta y ha de entrar la conducta en nuestra vida como un tornillo." "Desde la hora en que de los dos motivos determinantes del encumbramiento—el del valor positivo-personal y el del azar de las circunstancias—prevaleció el último, contó la sociedad con lugares de tormento y con crueles supliciadores."

Estas transcripciones hechas al azar, bastan para dar una idea del libro; fruto, evidentemente, de una noble y torturada frente pensativa.—**J. M. D.**

El comunismo de las Misiones.—Por Blas Garay.—Biblioteca Paraguaya del Centro de Derecho.—Asunción.—1921.

Una encomiable iniciativa del Centro de Estudiantes de Derecho, de Asunción del Paraguay, ha puesto en edición nueva y elegante "El comunismo de las Misiones", notable libro de Blas Garay, uno de los más empeñosos constructores de la literatura histórica de aquel país.

Desde el establecimiento jesuíta en las Misiones, las encomiendas y los doctrineros, hasta la expulsión oficial de la Compañía, a consecuencia de los graves sucesos guaraníticos de 1766, a base de una documentación completa y prolija, Blas Garay reveló en esta obra muchos detalles desconocidos y aclaró numerosos errores formales, con lo que su personalidad de historiógrafo notable afirmó su nombre en las letras americanas.

Con más tiempo y en mejor situación, hemos de considerar un día este volumen interesantísimo, cuya lectura nos ha abierto un imperio lleno de sol y sombras, trágico y esplendoroso.—**T. M.**

El canto del cisne.—Por Gastón Figueira.—Montevideo.—1921.

Cycni sonum...

No llegamos a tiempo, seguramente, con nuestra reciente nota bibliográfica, para que el joven poeta tomase en cuenta,—por lo menos,—las indicaciones lexicográficas que le hicimos.

Insiste y persiste, no sólo en esos males, sino en todos los demás. Lo único que nos consuela es que tiene mucha prisa, lo que es casi siempre indicio de llegar pronto, aunque se corra el riesgo de no llegar bien...—**T. M.**

El misticismo como instrumento de investigación de la verdad. — Por Roberto Brenes Mesen.—Biblioteca Repertorio Americano.—San José de Costa Rica.—1921.

Comienza el autor por proclamar la necesidad de renovar la lógica y revisar los procesos psíquicos que le han dado su razón de ser.

La razón y la lógica no descubren verdades, tienen tareas casi puramente comprobativas; los que arrancan al enigma sus secretos no son los razonamientos, sino las intuiciones, las visiones espirituales, los estados místicos de inspiración o revelación. Lo ilógico, lo irracional, suele así clasificarse por ignorancia de los poderes inherentes a esa conciencia superordinaria.

La diferencia esencial entre el lógico y el místico, es que éste apela al fenómeno de la conciencia individual, y el otro busca el asentimiento general.

El autor luego desarrolla la tesis general de su libro: analiza los aparentes conflictos entre la ciencia y la religión, el simbolismo, las visiones trascendentes, la intuición, la revelación, y concluye sosteniendo que prescindir del misticismo es insensato por imposible. En realidad, las transformaciones más profundas de la ciencia y la filosofía durante los últimos veinte años, los más importantes descubrimientos, han brotado en su campo o en los aledaños.

Por los párrafos que dejamos expuestos y que dejamos transcriptos casi al pie de la letra, podrá darse cuenta el lector de la importancia y de la originalidad de este libro. Sin entrar a discutir su doctrina—con la que estamos bastante de acuerdo, por otra parte—nos limitamos a señalar la admirable facultad del autor para expresarse y dar claridad a los problemas más abstrusos de la filosofía, así como el orden y la firmeza con que los aborda.—**J. M. D.**

"Páginas Escogidas".—De Juan Vicente González. — Selección y notas de Mariano Picón Salas.—Caracas.—1921.

Uno de los más grandes escritores venezolanos del siglo pasado, fué este Juan Vicente González, de quien dice Mariano Picón Salas, con todo acierto en la expresión y en el juicio: "Menos correcto que Bello, pero mucho más inquieto; menos clásico que Baralt, pero mucho más coloreado; menos abundante que Sarmiento, pero mucho más artista."

El libro que ahora nos ofrece Picón Salas, recopila y escoge las mejores páginas, algunas "Mesenianas" vehementes y sangrantes, de aquellas que escribió a lo largo de la "Revista Literaria" de Caracas, el 46, el 59, el 65... algunas notas críticas de literatura y de historia, el estudio sobre Leopardi, los artículos sobre San Francisco de Asis y Santo Tomás de Aquino, sobre la edad gótica de la arquitectura, sobre el Dante, sobre Bolívar, sobre Miranda, sobre Boves...

Juan Vicente González tiene la facilidad periodística, la elocuencia romántica, el ingenio brillante, la manera desenvuelta y senci-

lla. En el viento que agita las ramas de su fronda y trae murmullos marinos, vienen a veces luces de diamantes, chispazos y relámpagos.

"Roca de profeta, púlpito de sacerdote, ballesta o flecha, carcajada o lágrima", dice de su estilo Picón Salas,—que se apresura indudablemente al afirmar que "no hay en la historia de América sátiras políticas con que comparar los editoriales" de Juan Vicente González. Las repúblicas platinas, y, sobre todo, Buenos Aires y Montevideo,—han tenido en la misma época tribunos y periodistas de garra, que moviendo a tumultos las juventudes, apostrofaron sátrapas y caudillos, levantaron banderas e ideales, cayeron olvidados o asesinados. Actualmente se están publicando en edición oficial, los tomos I y II de las recopilaciones periodísticas de Juan Carlos Gómez, aquel cruzado de la libertad que dijo la verdad a la hora en que todos mentían, que fué idealizador y generoso a la hora de los intereses creados y de los egoísmos terrestres, que prefirió el exilio y la tristeza y la pobreza y la muerte, antes que la claudicación y la transigencia y el acatamiento y el silencio...

Otros hay, en nuestro Uruguay tan chico y tan inquieto,—Ramírez, Herrera y Obes, Floro Costa,—que podrían dar para volúmenes como el de Juan Vicente González, llenos de miel y ensueños, estremecidos de amor y de lucha, enredados de pasión y de esperanza. Con cualquiera de ellos pueden parangonarse sin desmedro las páginas de Juan Vicente González, que en la República Argentina y en Chile y en Brasil mismo, tiene émulos tan grandes como él, que resisten sin esfuerzo el paralelo y el análisis.

No queremos con ello reducir la gloria del libro que comentamos, sino únicamente, señalar la premura con que el distinguido publicista venezolano llega a conclusiones terminantes, de un carácter continental, que son, evidentemente, pequeños errores de visión y de juicio.

Por todo lo demás, y sin excluir eso mismo, tiene ganada nuestra simpatía este Mariano Picón Salas, jovencísimo y ya erudito, libérrimo, ardiente y soñador, que no contento con sus imaginerías, estudia, ungido de patriotismo, la obra de sus antepasados, y al comentarla, la envuelve de amor y de exaltación.—**T. M.**

El cansancio de los lirios.—Por Juan M. Filartigas.—Montevideo.—1921.

En tiempos venideros habrán de estudiar los sabios, cuáles concomitancias hay entre los lirios y ciertos estados psíquicos, por los cuales muchas almas transforman las emociones más sencillas en ansiedades cursis, en avideces extravagantes y despojadas hasta de la más ínfima partícula superior que las hiciera disculpables.

Por ahora es fácil observar el fenómeno; y este libro del señor Filartigas es un caso recomendable, pues se desarrolla refiriendo en persistente énfasis aventuras anímicas de conocida extracción y corriente ingenuidad, realizando una superchería vulgar, aunque no logre imponer al lector de los motivos que lo inducen a magnificar tan ordinarios acontecimientos, ni convencerlo de las esplendorosas circunstancias en que tienen lugar sus amorosos chivateos.

Un poeta criollo que anduvo en París (como pareciera requerirlo toda iniciación perfecta en los misterios de la belleza), y una dama, cuyo nombre, Didi Huber, expresa bastante el exotismo derrochado, son los personajes.

El infaltable amor vuelto pasión sublime, música rusa, liviana erudición en artes plásticas, ambiente de similor, la tisis, infaltable también, muerte al final; esto el decorado.

Mas, personas y decorado no logran fundirse imponiendo sensación de plenitud; no logran tampoco, dar sensación de cosa real y humana; son entes, situaciones y paisajes elaborados por una imaginación cuyas intenciones exceden en mucho a sus posibilidades.

El señor Filartigas no lo habrá buscado ni presumido, tal vez; pero entre sus lirios asoma la cara de comadreja de Huysmann, y el poeta Julio Ramírez Gutiérrez tiene posturas sentimentales cuya explicación, salvadas lógicamente las distancias, está en las páginas de **A rebours.**

Pero insisto con absoluta buena fe en que el autor no lo habrá buscado, ni presumido, tal vez.

Por lo demás, el esfuerzo del señor Filartigas es muy apreciable. Escribir tantas páginas de prosa compacta, tantas páginas (ignoramos la cantidad, pues el autor gastó la coquetería de no numerarlas), demuestra condiciones de trabajo y tenacidad muy elogiosas.

Pero, fuera bueno, en obsequio a la fama que el señor Filartigas buscará, que lastrara su imaginación revisando su cultura básica; pues el artista de la calidad pintada en sus aspiraciones, deberá mostrarse ducho al desflocar exquisiteces sentimentales, lo mismo que en manejar sus cláusulas o en distribuir sus comas. Y de todo ello resultarán el equilibrio y la naturalidad (condiciones vitales) de sus creaciones.

Tenga, además, el señor Filartigas, como lema de su escudo, la advertencia, tan vieja como sabia:

"Llaneza, llaneza, que toda afectación es mala."—**E. S.**

Las mejores poesías de los mejores poetas. Ausias March.—Nietzsche.—André Chenier.—Paul Fort.—Editorial Cervantes. — Barcelona. 1921 y 1922.

Los cuatro últimos cuadernos de esta notable biblioteca, que ha puesto en circulación la Editorial Cervantes, corresponden a March, Nietzsche, Chénier y Paul Fort.

Del amplio y justo espíritu que preside esta selección, da buena idea la obra ya realizada, y en la que figuran, no sólo poetas de todas las nacionalidades y tendencias, sino de todas las épocas.

Como siempre, estos cuadernos vienen prologados por una interesante nota biográfica y crítica sobre los autores, y tanto la impresión tipográfica como las traducciones, están hechas con esa prolijidad y conciencia artística que caracteriza a la prestigiosa casa editora. Nos complacemos en señalar, como nota interesante, y que

revela no sólo la expansión de nuestros jóvenes intelectuales, sino el justo precio en que valoran su trabajo, el hecho de figurar el nombre de Emilio Oribe, al pie de algunas traducciones de Paul Fort.—**J. M. D.**

''Los anticuarios''.—Novela de Carmen de Burgos.—Biblioteca Nueva.—Madrid.—1921.

El mayor mérito de la novela que ''Colombine'' nos envía, finca en su ambiente. Porque es un mundo desconocido, el complicado ''mundo'' de los anticuarios, que aparece ante nuestros ojos, llenos de sutilezas y de peculiaridades. Es increíble que pueda concretarse en una obra de arte, tanta cosa prosaica como Carmen de Burgos ha descubierto. Vigorosa mentalidad, imprime sus sensaciones con garra; mujer, se adueña de mil preciosos detalles que un hombre jamás habría visto. ''Los anticuarios'' tiene, como protagonistas, a una pareja española cargada de hijos. Adelina, muy mujer, y Fabián, inteligente, aunque su sensualidad le ponga siempre en el alma las mismas líneas curvas con las cuales desborda su cuerpo.

No son tipos de relieve psicológico estos que nos presenta, en primer término, la admirable autora de ''Fígaro''; más a su alrededor, se mueven cien figuras y paisajes; entre las primeras, haylas extraordinarias: vendedores de cosas viejas, compradores, falsificadores, corredores, ladrones...; en cuanto a los paisajes, tenemos barrios de París, playas de moda, conventos españoles, campos, ciudades... Sevilla, más en bosquejo que en fotografía, resalta con esa fuerza con que la hemos visto surgir en páginas maestras, como las de ''La Hermana San Sulpicio''. La señora de Burgos sabe lo indecible en materia de anticuarios, desde los procedimientos para dar pátina de viejo a un cacharro actual, hasta los medios para conseguir que se ponga una burda imitación en el sitio donde luce una tela de Fray Angélico o Rosetti. Lógicamente, un breve libro que tanto abarca, ha de resentirse de fragmentarismo, aunque en el caso de ''Los anticuarios'', lejos de ser defecto tal circunstancia, parécenos virtud, como nos sucede leyendo la mayor parte de las novelas de Baroja.

Hemos mencionado al autor de ''Las tragedias grotescas'' y, cosa extraña, con la suya, hemos encontrado similitud en la técnica de ''Los anticuarios'': capítulos breves, tipos pintorescos, diálogos movidos y, en episodios como el de Itálica, esas ocurrencias cuyo abolengo hay que buscarlo en la vieja novela picaresca española. Hay páginas admirables de observación y otras espléndidas de estilo. Si alguna falla hemos de encontrarle a ''Los anticuarios'', es su poco color emocional, pero se explica por la índole peculiarísima de estos seres calculadores que son sus personajes.—**V. A. S.**

MEMORANDA DE REVISTAS

Recibidas últimamente en "Pegaso":

Uruguay.—Acción Femenina—Anales de la Facultad de Medicina—La Semana—Labor—Página Blanca—Proteo—Revista Histórica—Arquitectura—Trabajo—Vida Femenina—Arachania—Revista del Liceo de Treinta y Tres—Adelante—El Terruño.

Argentina.—Vida Nuestra—Revista de Filosofía—Revista del Mundo—Páginas—Nueva Era—Nuestra América—Nosotros—Los Maestros—La Nota—Juventud—El Hogar—La Espiga—Mínimas—Crisálida—Cerebro—Caras y Caretas—El Círculo—Babel—Boletín de la Biblioteca Popular—Boletín de la Unión Hispano-Americana—Atlántida—Atenea—Estudios—América—Apolo—Biblioteca Poética — Benvenuto Cellini—Vogue.

Chile.—Numen—Revista de Bibliografía—Revista Chilena—Juventud—Siembra—Ultra.

Paraguay.—Boletín de la Biblioteca Paraguaya—Comercio.

Brasil.—Kodac—Caretas—Revista do Brasil — Brasil — Cinema — Revista Americana—Cosmos.

Ecuador.—Ciencias y Letras—Páginas Literarias—Singulus.

Colombia.—Boletín de la Librería Colombiana—Dante—Lumen.

Venezuela.—Cultura Venezolana.

Perú.—Boletín de la Academia Peruana—Mercurio Peruano—Studium—Revista Universitaria—Revista de Bellas Artes.

Centro América.—Ateneo del Salvador—Actualidades, San Salvador—Athenea, Costa Rica—Ateneo de Honduras—Atenas, Cuba—Cuba Contemporánea—Cuasimodo, Panamá—El Convivio, Costa Rica—Esfinge, Honduras—Logos, Salvador—Repertorio Americano, Costa Rica—Renacimiento, Santo Domingo.

México.—Aurora—Mundo Moderno—Lectura Selecta — México Moderno—Revista de Revistas.

Norte América.—Boletín de la Unión Panamericana—La Reforma Social—La Nueva Democracia.

Europa. — América Latina, París—Cosmópolis, Madrid—Cervantes, Madrid—France-Amérique, París—Gallia, París—Grecia, Sevilla—La Pluma, Madrid—Prisma, París—Revue de la Amérique Latine, París—La vie des lettres, Bruxeless—Tableros, Madrid — La Gaceta de América, París.—L'Europe nouvelle, París.

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Anibal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernán Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120. – Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

MEMORANDA DE REVISTAS

Recibidas últimamente en "**Pegaso**":

Uruguay.—Acción Femenina—Anales de la Facultad de Medicina —La Semana—Labor—Página Blanca—Proteo—Revista Histórica — Arquitectura—Trabajo—Vida Femenina—Arachania—Revista del Liceo de Treinta y Tres—Adelante—El Terruño.

Argentina.—Vida Nuestra—Revista de Filosofía—Revista del Mundo—Páginas—Nueva Era—Nuestra América—Nosotros—Los Maestros—La Nota—Juventud—El Hogar—La Espiga—Mínimas—Crisálida—Cerebro—Caras y Caretas—El Círculo—Babel—Boletín de la Biblioteca Popular—Boletín de la Unión Hispano-Americana—Atlántida —Atenea—Estudios—América—Apolo—Biblioteca Poética — Benvenuto Cellini—Vogue.

Chile.—Numen—Revista de Bibliografía—Revista Chilena—Juventud—Siembra—Ultra.

Paraguay.—Boletín de la Biblioteca Paraguaya—Comercio.

Brasil.—Kodac—Caretas—Revista do Brasil — Brasil — Cinema — Revista Americana—Cosmos.

Ecuador.—Ciencias y Letras—Páginas Literarias—Singulus.

Colombia.—Boletín de la Librería Colombiana—Dante—Lumen.

Venezuela.—Cultura Venezolana.

Perú.—Boletín de la Academia Peruana—Mercurio Peruano—Studium—Revista Universitaria—Revista de Bellas Artes.

Centro América.—Ateneo del Salvador—Actualidades, San Salvador—Athenea, Costa Rica—Ateneo de Honduras—Atenas, Cuba—Cuba Contemporánea—Cuasimodo, Panamá—El Convivio, Costa Rica—Esfinge, Honduras—Logos, Salvador—Repertorio Americano, Costa Rica—Renacimiento, Santo Domingo.

México.—Aurora—Mundo Moderno—Lectura Selecta — México Moderno—Revista de Revistas.

Norte América.—Boletín de la Unión Panamericana—La Reforma Social—La Nueva Democracia.

Europa. — América Latina, París—Cosmópolis, Madrid—Cervantes, Madrid—France-Amérique, París—Gallia, París—Grecia, Sevilla—La Pluma, Madrid—Prisma, París—Revue de la Amérique Latine, París —La vie des lettres, Bruxeless—Tableros, Madrid — La Gaceta de América, París.—L'Europe nouvelle, París.

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernán Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120. — Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.
Herrera Mac Lean Carlos A., Cerrito 382.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

FEBRERO DE 1922

SUMARIO:

José Pereira Rodríguez	«El Embrujo de Sevilla»
Pablo de Grecia	Sonetos
Teresa Santos de Bosch	La realidad de la ilusión
Horacio Maldonado	Molière y el Rey Sol
Víctor Pérez Petit	Soñando junto al piano
Emilio Samiel	Capítulo de novela
Carlos A. Herrera Mac Lean	Crónicas de arte

Glosas del mes — Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.° 44

056.1
PEG
No 44

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Manuel **Benavente**. — Enriqueta **Compte y Riqué**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Julio J. **Casal**. — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste**. — María **Espínola y Espínola**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Emilio **Frugoni**. — Blas S. **Genovese**. — César G. **Gutiérrez**. — Luis A. **de Herrera**. — Juana **de Ibarbourou**. — Julio **Lerena Joanicó**. — Luisa **Luisi**. — Cusiano **Monegal**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: **$ 0.50**. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

056.1
PEG
No 44

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Manuel **Benavente**. — Enriqueta **Compte y Riqué**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Julio J. **Casal**. — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste**. — María **Espínola y Espínola**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Emilio **Frugoni**. — Blas S. **Genovese**. — César G. **Gutiérrez**. — Luis A. **de Herrera**. — Juana **de Ibarbourou**. — Julio **Lerena Joanicó**. — Luisa **Luisi**. — Casiano **Monegal**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: **$ 0.50**. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros á Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros (Alcancía, Libretas del Estado) de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 968.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposite Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCÍA [illegible] llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1 000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros á Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Febrero de 1922. — N.º 44 — Año VII.

"EL EMBRUJO DE SEVILLA"

POR CARLOS REYLES

I

Carlos Reyles, siguiendo la ruta luminosa de Enrique Larreta, acaba de publicar "El Embrujo de Sevilla". El novelista recio y admirable ensayista ha ido a la España del "cante hondo", como Larreta fuera a la España caballeresca. Hay en la identidad de este gesto, la misma aristocracia que llevó a Rubén Darío a intentar, en su visita a Mallorca, su novela frustrada "La Isla de Oro". Merece sindicarse esta tendencia hispanófila, porque, de persistir, nos hará perder la obra americana, nativa, que podrían legarnos los más fuertes y los más capacitados para hacerla.

Este caso de Reyles es más sugerente que el de Larreta y aún que el de Darío. Al fin y al cabo, la de Darío fué una simple tentativa, sobre la que no persistió mayormente. Larreta, en cambio, surgió de un modo excepcional con "La Gloria de Don Ramiro". Recuérdese que la novela destacó de inmediato a un gran artista y que, para completar el triunfo, no faltó la burda acusación de "obra pagada a Pedro de Répide".

Reyles ya tenía ganada, y bien ganada, su posición literaria, y "echa la mano" al tema americano con

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %, hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1 000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Febrero de 1922. N.º 44 — Año VII.

"EL EMBRUJO DE SEVILLA"

POR CARLOS REYLES

I

Carlos Reyles, siguiendo la ruta luminosa de Enrique Larreta, acaba de publicar "El Embrujo de Sevilla". El novelista recio y admirable ensayista ha ido a la España del "cante hondo", como Larreta fuera a la España caballeresca. Hay en la identidad de este gesto, la misma aristocracia que llevó a Rubén Darío a intentar, en su visita a Mallorca, su novela frustrada "La Isla de Oro". Merece sindicarse esta tendencia hispanófila, porque, de persistir, nos hará perder la obra americana, nativa, que podrían legarnos los más fuertes y los más capacitados para hacerla.

Este caso de Reyles es más sugerente que el de Larreta y aún que el de Darío. Al fin y al cabo, la de Darío fué una simple tentativa, sobre la que no persistió mayormente. Larreta, en cambio, surgió de un modo excepcional con "La Gloria de Don Ramiro". Recuérdese que la novela destacó de inmediato a un gran artista y que, para completar el triunfo, no faltó la burda acusación de "obra pagada a Pedro de Répide".

Reyles ya tenía ganada, y bien ganada, su posición literaria, y "echa la mano" al tema americano con

"Beba", "La Raza de Caín" y "El Terruño", cuando se nos revela un admirable conocedor del alma andaluza y un estupendo cronista de la Sevilla trágica, realizando su mejor novela realista.

Hay en "El Embrujo de Sevilla" todas las buenas cualidades que en las anteriores novelas de Reyles señaló la unanimidad de la crítica. No falta la minuciosa psicología de las almas torturadas, la frase expresiva, la descripción llena de color, la narración justa y precisa y el realismo vivo y exacto que en "El Terruño" se había diluído en largas disquisiciones y en "La Raza de Caín" se había marchitado en las introspecciones de los personajes divagadores y estilizados.

"El Embrujo de Sevilla" es una novela completa. Reyles ha conquistado así un nuevo triunfo, que acusa, a sus cincuenta y cuatro años, la vigorosa plenitud intelectual.

Reviven otra vez en estas páginas apasionadas las tendencias nietzscheanas de "La Muerte del Cisne", con su metafísica del oro puesta al servicio de un ideal. Contra la vulgaridad de los juicios deprimentes, Reyles adopta la viril apostura y dice, por boca de uno de sus personajes: "El torero célebre es, aunque parezca paradoja o enorme dislate, el profesor de energía e idealismo de nuestras multitudes. El les habla el lenguaje que ellas entienden y les llena el alma de apetencias de oro y ambición de gloria. Es un estimulante, el único que poseen. Existen, a no dudarlo, otras influencias más nobles, pero ninguna llega al pueblo, y éste, sin el lidiador, que condenan a ciegas los moralistas, se quedaría ayuno de todo alimento espiritual".

Y, como si todavía fuera poco, agrega y repite ya al final del libro: "En Sevilla todo es hechizo, sortilegio, encantamiento. Muere un bandido, y el escultor Gijón hace del criminal un Cristo maravilloso; las ni-

ñas ponen unas macetas y unas jaulas en los balcones, y, como por arte de magia, truecan en alegría la miseria de la ciudad; los vinos de oro convierten la pena en fiesta, el lloro en canto, el canto en lloro. Sí, aquí todos son círculos mágicos: el sol, las calles embrujadas, los patios soñadores, las coplas quejumbrosas, las procesiones trágicas, los *tablaos* dislocadores, tierra gorda en la que florecen todo el año los claveles rojos de la pasión y del salero. Y el más grande de todos los círculos mágicos la Plaza de Toros, el redondel divino. La arena amarilla parece un topacio luminoso, y ese topacio es un duro crisol donde se funden y aparecen, limpias de escorias, las broncas virtudes de la raza; un misterioso espejo, un espejo brujo, en el cual los españoles nos vemos como quisiéramos ser, como fueron los Grandes Capitanes, los Conquistadores, los Misioneros"...

Novela sevillana es ésta, con toda la plenitud luminosa de los cielos de Andalucía, con toda el alma embrujada de colores, de claveles, de mujeres, de mantones floreados, de pasiones, de tragedia... Pasa la vida dolorosa de una "cantaora", desgarrándose por culpa del embrujo, haciendo, sobre los despojos de su dicha, la felicidad de otras existencias. Por encima de la tristeza irremediable de las almas llenas de pasión, triunfan las almas apegadas a la vida. Bajo los cielos claros de Sevilla, entre sus callejuelas ensoñadoras, cabe sus balcones llenos de claveles, en medio a todo ese embrujamiento, que acicatea y apresura el corazón — convertido en llama — cruzan los personajes de Reyles, trágicamente desolados, como si fueran ásperos grabados de otro Darío de Regoyos, trazados a navaja para ilustrar otra "España negra". Es que Reyles ha conseguido darnos la exacta impresión de lo que es Sevilla: "Hechizo, sortilegio, encantamiento". Lo ha logrado fundiendo en su alma gaucha — que tiene mucho de torero — el alma andaluza, en que la alegría y el dolor

son igualmente fiestas, en que se apura el loco gozo de vivir, como si fuera la llamarada de un incendio.

II

Como en las antiguas "Academias", Reyles hizo un esbozo previo de "El Embrujo de Sevilla" en una narración que publicó "El Cuento Ilustrado" con el título de "Un Capricho de Goya". (1)

Allí está Pura, la "cantaora", la famosa "Trianera", que cuando "echa los brazos al cielo, se vienen abajo del cielo los serafines". Es la misma que despreció al "Perote" — en la novela el "Pitoche" — y que cuando, enloquecida de amor, va a marcharse con Paco, el torero, sin saber cómo, ante la mirada triste que le dirige su antiguo amante, a punto de ser estrangulado por el torero, vuelve sus pasos y da una puñalada al propio Paco, para arrepentirse luego, confesando a gritos su mala acción, mientras marchan lentos, los Pasos en la noche trágica de una Semana Santa de Sevilla. Toda la acción de la novela, bellamente dramatizada, gira sobre este asunto, y la completan y la sitúan exactamente en la época, descripciones admirables.

No ha modificado Reyles, por tanto, el procedimiento que le hizo anticipar en "Primitivo" y en "El Extraño", las fuertes páginas de "La Raza de Caín" y "El Terruño". Persiste, pues, en abocetar previamente sus grandes novelas, y procede así, al igual de los grandes pintores, ya que pintor es también por la veracidad de sus descripciones y la variada profusión de tonos que sabe utilizar con maestría.

No es "El Embrujo de Sevilla" un "capricho de Goya", solamente, sino toda una serie de caprichos, en los que, como en los del dibujante genial, se aúnan la vida y la muerte, en lo que tienen de más trágico.

La tendencia de Reyles a hacer de sus novelas, prefe-

(1) Tomo III. N.° 30. Buenos Aires, octubre 29 de 1918.

rentemente, un ensayo filosófico — que se le ha hecho notar como uno de sus defectos característicos — no adquiere, en "El Embrujo de Sevilla", las viejas proporciones censuradas. Todo, en la nueva obra, es mesura, justeza, equilibrio.

Ciertamente que contra esta novela, en lo que tiene de medular y de "tesis", se levantarán iracundos los que, como Eugenio Noel, han censurado el flamenquismo, como fruto malo de la exaltación del *redondel*. Pero, es el caso que, hasta el mismo Reyles, reconoce ese mal del "chulo" — como es un mal el del "compadrito" — y contra la posible objeción argumenta, valientemente, el torero Paco: "... un pueblo que desprecia el pellejo, el trabajo, la riqueza y el saber, y ama el tronío, la valentía, la gracia y el goce, no está de más en este pícaro mundo". Y más adelante: "Si las viejas virtudes españolas no han muerto ya por falta de empleo, es quizá porque la magia del redondel las galvaniza y conserva. La bizarría y la majeza, que no podemos poner en la industria y el comercio, la ponemos en el arte taurino, el más viril y arrogante de todos, arte exclusivamente español, como no podía menos de ser, siendo el más arrogante y viril, hecho con nuestros nervios y con nuestras entrañas, y por eso el único que les habla al alma de todos los españoles castizos".

No es la Andalucía de pandereta la que pinta y describe Reyles. Es la Andalucía maja, la de la "sangre, voluptuosidad y muerte" de Maurice Barrés, la que oculta detrás de las macetas de un balcón florido de claveles, la guitarra del "cantaor" y la navaja del "chulo". Es la Sevilla trágica, que se burla hasta de la muerte, como Goya inmortalizaba la mueca del agonizante en la cara siniestra del pelele.

El arte del toreo aparece aquí como un culto que se ejerce casi con religiosidad, y así don Gaspar — un personaje de la novela en que se adivina a Reyles — dice en defensa suya: "Muchos sociólogos de chicha

y nabo, le inculpan el atraso de España, sin echar de ver que hay regiones atrasadísimas de ésta, donde la afición no tiene influencia alguna. Si la tuviera serían allí las gentes menos inertes y brutas".

Por esto, a pesar de que Reyles acaba de dar a España una obra admirable, no sería extraño que de España mismo le tiraran la primera piedra...

Suceda lo que suceda, si bien es cierto que el americanismo ha perdido la oportunidad de triunfar una vez más por el desvío de Reyles hacia el tema regional español, no es menos cierto que con "El Embrujo de Sevilla", la literatura hispanoamericana se ha enriquecido con una nueva gran novela.

José Pereira Rodríguez.

Treinta y Tres. Febrero de 1922.

AMARILLO Y NEGRO

Oh, la tristeza de sus ojos griegos
Y su melancolía penserosa,
Y la inquietud de sus traviesos ruegos
Y el sutil filtro de su boca rosa.

Dicen rústicos dísticos labriegos
Sus labios: y sus manos, de mimosa
Condescendencia, rememoran juegos
Galantes bajo los laureles rosa.

Oh, quién fuera su leve falderillo,
Húmeda hierba o rústico tomillo...
Oh, quién fuera violeta o mejorana;

Oh, quién jacinto o luminosa espiga,
Para besar su falda y la profana
Media que mima la ajustada liga!

AQUELLA MURIENTE TARDE

El inefable instante en que la suerte
Me puso de tu gracia en el camino,
Eternizado en ritmo cristalino
Será a despecho de la adusta muerte.

Y siempre joven y por siempre fuerte
Nuestro amor al auspicio del divino
Infante crecerá, pues el destino
Nos ha anudado con su abrazo inerte.

Más allá de la vida y de sus furias,
Días y meses, años y centurias,
Reviviremos nuestro amor, y aquella

Muriente tarde de inicial ventura
En que glisó tu cabellera oscura
Sobre mi frente, a la primer estrella.

PABLO DE GRECIA.

LA REALIDAD DE LA ILUSIÓN

Laodamante aparejó su barca alejándola de la orilla a impulso de un vigoroso golpe de remo. Amanecía; el mar, aún adormecido, manteníase en calma. Sus aguas mansas reflejaban el zafir del cielo y en el borroso horizonte emergía la Aurora, después de tomar su baño matinal, ruborizando a las nubes.

Laodamante, así que perdió de vista la playa, soltó los remos e izó la vela, dejando que el céfiro amable guiara la barca; ésta se deslizó con ondulaciones elegantes por las aguas siempre tranquilas y el joven se extasió ante el espectáculo maravilloso del sol naciente, que irradiando su luz en lampos inmensos, bruñía las aguas y el celaje. De pronto la barca se detuvo, y Laodamante despertó bruscamente de su ensueño. Estaba junto a un islote perdido en plena mar, un islote para él desconocido; fuerte y audaz no se amilanó y amarrando su barca se dispuso a investigar la roca. Apenas puesto pie en tierra, una voz dulcísima, que pronunciaba su nombre, le detuvo, y, con ojos de asombro, contempló una mujer de imponderable belleza que, asida a su barca, se sostenía a flor de agua. Atónito, dió un paso hacia ella, creyéndola en peligro, y la bella, al ver su sobresalto, prorrumpió en risa tan armónica, que Laodamante miró a su alrededor, buscando de donde procedía música tan singular. Así que concluyó de reír, le habló: "¡Qué gallardo eres! Te conozco hace tiempo, pues soy una de las tantas sirenas

hijas de este mar que amas; me han seducido tu valor, tu audacia y... tu melancolía; ¿qué tienes? Dejas vagar tu barca por las aguas mansas o bravías, así la guie la onda suavemente o la envuelvan las ondas iracundas, nada te conmueve. ¡Cuántas veces he evitado el que mi padre, enfurecido por tu desdeñosa indiferencia, te sepultase junto con tu nave! ¿Qué busca tu mirada, siempre fija en el horizonte?..." Laodamante escuchaba las palabras de la Sirena y no acertaba a contestarle. "Buen amigo, continuó, ¿buscas eso que los hombres llaman felicidad?, ¿eso que los hombres llaman amor? ¿eso que los hombres llaman un ideal? Ven a mí que yo te lo daré todo. Acariciarás mi coruscante cabellera, te mirarás en mis ojos sin fondo, besarás largamente mi boca, y te llevaré a mi morada submarina de irisadas estalactitas, a mi lecho de coral mullido con musgo oloroso, donde, en inmensos caracoles acústicos, crecen algas de colores inverosímiles y donde serás rey y señor; te servirán las sirenas mis hermanas y te protegerán los delfines amigos de Arión. Podrás, cual nosotras, cabalgar las tempestades, culminar sobre las rompientes sonriendo al Aquilón de ancho soplo y al Abrego salado y pavoroso... ¡Ven! ¡Ven, que soy tu ensueño, ven que te amo!"

Laodamante, enloquecido, fué hacia ella y la estrechó impetuoso... un alarido de horror estremeció las aguas y el ambiente. Con gesto de poseído rechazó duramente a la fascinante sirena, crispado de repugnancia al contacto de su cuerpo frío, viscoso, cubierto de escamas... ¡Que así es la ilusión y el hombre, al hacerla realidad, destruye siempre un ensueño!...

Teresa Santos de Bosch.
("Fabiola").

(Del libro próximo a publicarse: "Fuegos Fatuos").

MOLIÈRE Y EL REY SOL

Estamos en la Corte de Luis XIV, el rey Sol. Saint-Simón nos va a decir, en sus memorias, cómo es de munífico y de magnífico el monarca. En este punto Saint-Simón no puede ser tachado de parcialidad, pues se sabe que él nunca amó a Luis XIV.

"Jamais personne — dice el autor de las "Memorias" — ne donna de meilleure grâce et n'augmenta tant par là le prix de ses bienfaits. Jamais personne ne vendit mieux ses paroles, son souris même, jusqu' à ses regards. Il rendit tout précieux par le choix et la majesté, à qui la rareté et la brèveté de ses paroles ajoutait beaucoup. S'il les adressait à quelqu'un, ou de question, ou de choses indifférentes, toute l'assistance le regardait; c'était une distinction dont on s'entretenait et qui rendit toujours une sorte de considération. Il en était de même de toutes les attentions et les distinctions, et des préférences, qu'il donnait dans leurs proportions".

Con estas palabras, que no traducimos por no quitarles la belleza de la lengua original, comienza Saint-Simón el capítulo titulado "Munificencia y magnificencia de Luis XIV".

Grandes escritores, ingenios brillantes y armoniosos, de estilo puro, clásico, pulido, hacían más magnífica aún la Corte. Un Corneille, un Racine y un Molière entretenían los ocios del monarca con tragedias

y comedias en las cuales surgían la voluntad heroica, el amor con todas sus debilidades, y los vicios y defectos y ridiculeces con que los hombres afean sus acciones: el Cid vengaba heroicamente la afrenta de su padre, en la persona del padre de su adorada Jimena; Horacio daba muerte a su hermana Camila, después de su victoria contra los Curiacios; Augusto, magnífico como Luis, perdonaba al conspirador Cinna; Fedra mostraba su amor culpable a Hipólito, su hijastro; Andrómaca luchaba entre su amor maternal y su dignidad de viuda de Héctor; Atalía dejaba estallar su loca ambición en las puertas del templo hebreo; Berenice se despedía tiernamente de Tito, ya emperador; Harpagón gritaba que los ladrones le habían robado su marmita llena de oro; Tartufo hacía odiar a los hipócritas; Argan, enfermo imaginario, conversaba con médicos extremadamente ridículos; Scapin, con sus trapacerías, ponía en revolución a dos familias; el señor de Pourceaugnac era víctima de crueles engaños; las mujeres sabias — el feminismo que diríamos ahora — eran derrotadas; las marisabidillas ridículas quedaban burladas, y Alceste paseaba su negra misantropía... Todo esto proporcionaba horas deliciosas a Luis XIV. El monarca vivía en una corte de luz, de pompa, de armonía, de arte: "El amó la gloria, y quiso orden y regla" — dice Saint-Simón.

Un día Luis XIV puso los ojos en un memorial que comenzaba así: "Siendo el deber de la comedia corregir a los hombres, divirtiéndolos, he creído que, en la tarea en que me encuentro, no haría nada mejor que atacar, con pinturas ridículas, los vicios de mi siglo; y, como la hipocresía, sin duda, es uno de los que están más en uso, de los más incómodos y de los más peligrosos, tuve el pensamiento, Señor, de que yo no

prestaría pequeño servicio a toda la gente honesta de vuestro reino, si escribiera una comedia que describiese a los hipócritas, y pusiese a la vista, como es necesario, los gestos estudiados de esta gente, todas las bribonadas ocultas de estos falsos monederos en devoción, que quieren atrapar a los hombres con un celo falsificado y una caridad sofística".

El monarca sonreía gratamente leyendo la súplica de Molière para que se le permitiera representar su "Tartuffe". La risa del gran autor cómico había atrapado esta vez la hipocresía, clavándole sus dardos más agudos; y como los hipócritas han sido siempre numerosísimos, escasísima fué la gente que deseó ver representada la comedia de Molière. Los más temían verse retratados en la escena.

El monarca no se opuso a la representación: él conocía muy bien a esa gente, y entre sus cortesanos había muchos que podrían competir con Tartufo. Le gustaba mucho la comedia; se reía de Orgón, a quien había engañado Tartufo; lamentaba que una joven tan bella y tan buena como Mariana fuera ofrecida en matrimonio por su imbécil padre al redomado hipócrita, y se alegraba de un final tan grato y tan risueño, y repetía los versos con que Molière, por boca de Cleanto, elogiaba la bondad de su soberano.

Sin embargo, al día siguiente de la primera representación, el primer Presidente del Parlamento la prohibió.

Luis XIV está en campaña, y Molière desea ardientemente que su "Tartuffe", que fué representado sólo una vez, continúe en la escena... Dos compañeros de Molière presentan al monarca una nueva súplica, en su campamento delante de la ciudad de Lille, en Flandes, y Luis sonríe nuevamente:

"Es una cosa muy temeraria — dice el nuevo memorial — venir a importunar a un gran monarca en medio de sus gloriosas conquistas; pero, en el estado en que me encuentro, ¿dónde encontrar, Señor, una protección sino en el lugar en que vengo a buscarla? ¿Y a quién puedo yo recurrir contra la autoridad del poder que me oprime sino a la fuente del poder y de la autoridad, sino al justo dispensador de las órdenes absolutas, sino al soberano juez y al maestro de todas las cosas? Mi comedia, Señor, no ha podido gozar de las bondades de Vuestra Majestad".

Podría afirmarse, leyendo este memorial, que Molière adulaba demasiado al magnífico Rey Sol. Pero nosotros creemos que hay sinceridad en las palabras del gran autor cómico; que en ellas resplandece el amor a su soberano, y que la protección que las letras encontraban en Luis XIV, despertaba en los escritores un fuerte entusiasmo amoroso por el Mecenas coronado.

Leído el nuevo memorial, el monarca dió permiso para representar "Le Tartuffe"; y, sin embargo, sólo después de haber transcurrido más de un año, fué levantada la prohibición de representar la comedia.

Molière aprovechó lo que él llamó el día de la gran resurrección de "Tartuffe", para pedir otra gracia al monarca.

Reproducimos una parte de este memorial, porque en él hay una sátira graciosa contra los médicos. El espíritu burlón contra los médicos predomina en muchas comedias de Poquelin.

"Un médico muy honesto, que me cuenta entre sus enfermos, y con honor para mí, me promete, y quiere obligarse por ante escribano, hacerme vivir aún treinta años, si yo puedo obtenerle una gracia de Vuestra Majestad. Le he dicho, sobre su promesa, que yo no le pedía tanto, y que a mí me contentaría él con tal que se obligase a no matarme. Esta gracia, Señor, es

un canonicato de vuestra capilla real de Vincennes, vacante por la muerte de..."

Molière consigue ver, por fin, representado su "Tartuffe" durante cuarenta y cuatro veces, sin ninguna interrupción.

En los dos primeros actos de esta comedia, que consta de cinco, no aparece Tartufo. Se pronuncia su nombre, sí, de cuando en cuando, en casa de Orgón. Este pregunta por él.

ORGON.—Et Tartuffe?
DORINE.—Tartuffe? Il se porte à merveille,
Gros et gras, le teint frais, et la bouche [vermeille.
ORGON.—Le pauvre homme!

En el acto tercero, y en la escena segunda, aparece por primera vez en escena Tartufo, hablando de este modo a su criado:

Laurent, serrez ma haire avec ma discipline,
Et priez que toujours le ciel vous illumine.
Si l'on vient pour me voir, je vais aux prisonniers
Des aumônes que j'ai partager les derniers.

El hipócrita grita a su criado que le guarde el cilicio y la disciplina, queriendo mostrarse como un alma buena, piadosa y caritativa que mortifica su carne pecadora.

¡El pobre Tartufo! — exclamaba Orgón, creyendo que su huésped era una excelente persona.

Tartufo había sido antes un mísero, un vago, que se daba en las iglesias fuertes golpes de pecho, aparentando ardorosa devoción. Orgón, católico, lo vió un día y se lo llevó a su casa y allí lo rodeó de todas las

comodidades; y tanto se metió en su alma el pícaro, que quiso casarlo con su hija Mariana...

El hipócrita le hace el amor a la esposa de Orgón, su protector, aprovechándose de la confianza que en él ha depositado dicho señor; y cuando se pone tal cosa en conocimiento de Orgón, éste se indigna, convencido de que en la casa se calumnia a su pobre Tartufo. Fué menester que la esposa fingiera hacerle caso a Tartufo, mientras Orgón estaba escondido debajo de una mesa, para que todo el mundo abriera los ojos y viera a Tartufo sin la careta de hipócrita redomado.

Harpagón entretenía también a Luis XIV, con su avaricia sórdida. De Harpagón se decía que no "daba los buenos días" sino que "prestaba los buenos días"; que hacía imprimir almanaques particulares en los cuales duplicaba el número de las témporas y las vigilias para sacar provecho de los ayunos a que obligaba a su familia; que una vez emplazó judicialmente al gato de uno de sus vecinos por haberle comido el resto de una pierna de carnero; que una noche fué sorprendido robando la avena de sus propios caballos, y que, en suma, era un avaro, un vil y un usurero.

La graciosísima escena de las manos hacía desternillar de risa al rey Sol:

HARPAGON.—Tiens, viens çà que je voie. Montre-moi tes mains.

LA FLÈCHE (criado de Harpagon).—Lés voilà.

HARPAGON.—Les autres.

LA FLÈCHE.—¿Les autres?

HARPAGON.—Oui.

LA FLÈCHE.—Les voilà.

Tan desconfiado se muestra Harpagón de su criado, que ve en ese momento en él más de dos manos, y quiere ansiosamente que él se las muestre todas...

Hay, pues, en Harpagón dos aspectos: el odioso y el ridículo.

Molière ríe siempre, aún en los cuadros más sombríos: su carcajada disipa la angustia del espectador y enseña más que el más severo sermón.

Luis XIV lo sabía, e iba a ver la representación de las comedias de Molière, para divertirse y para encontrar una enseñanza que le librara de las malas tentaciones de la Corte.

HORACIO MALDONADO.

SOÑANDO JUNTO AL PIANO... [1]

A mi grande y viejo amigo **Carlos Vaz Ferreira**, — como un recuerdo de la tardes de su quinta, en las que, oyendo música, nuestros espíritus dialogaban de arte y filosofía.

I

En las noches de invierno, fantasmales,
Mientras el viento por las calles corre
Como un lobo, y la lluvia plañidera
Tañe en los vidrios trémulo redoble,

Busco, junto a la lumbre, mi butaca,
Y, cerrados los ojos, los acordes
Del piano van diciéndome muy quedo
Los secretos sublimes de Beethoven.

Y otras noches serenas, estivales,
Mientras por la ventana de las flores
Entra el aliento embragiador y leve,

Oigo a Chopin, y en mi alma se hace entonces
La paz de un plenilunio fabuloso
Extraviado en la entraña de algún bosque.

II

¡Horas divinas de divino ensueño!
El alma, de la tierra libertada,
Vaga por los confines de la vida
Como una loca y fantasmal sonámbula!

Y dialoga con Mozart en el límpido
Idioma del minuetto; con Grieg habla
De primaveras nórdicas; con Schumann,
De ternezas muy hondas y románticas.

---

(1) Excusado parece advertir que, para comprender con justeza estos poemas, es necesario oír los trozos musicales que los inspiraron.

O es Debussy o Ravel, los inquietantes,
O Rimsky-Korsakow (¡oh, **Scheherezada!**),
O el dulce Schubert, de los **liedes** tristes...

Y hablando, hablando, sin hablar, el alma
Con los grandes espíritus fraternos,
Burla el Dolor y el Extasis alcanza.

III

Entonces, visionaria, en el silencio
De la noche inquietante, como una
Mariposa de seda que resbala
Sobre la vaga claridad nocturna,

El alma llena de íntimos anhelos,
La voz doliente del Misterio escucha,
Y el Misterio la dice esas palabras
Que parecen un antro de locuras.

El Mundo es ido, y el Dolor, y el Tiempo:
Habla su idioma celestial la música;
Y es como si una pálida agonía,

Al envolvernos de caricias mudas,
Nos diera un gran reposo,—más solemne
Que las naves de un templo en la penumbra.

IV

CHOPIN—Prélude
Op. 28. N.º 15.

Es la gota de agua, infatigable,
Que perfora la entraña de la roca:
Quieta, leve, al principio, ni se escucha,
Porque apenas caída se evapora;

Mas, cayendo incesante, es un ariete
Que ya, en la entraña viva, nos asorda,
Y persiste cruel, indomeñable,
Llenándonos de una íntima congoja.

Así el Genio del Hombre. Es una idea
Fija, tenaz, hurgando entre la sombra
Sin descanso; porfiada; más vibrante

Cada vez, hasta el día en que ya rota
La tiniebla, el Enigma se revela
De pronto cual flamígera amapola.

V

SCHUBERT — Margaret at the spinning wheel.

Es la rueca que gira chirriando
En una vieja choza de Alemania,—
La rueca familiar de las abuelas,
La rueca en el andar pesada y tarda.

Gira, gira, monótona, aburrida,
Y mientras va girando, siempre canta
Quien la hace girar, que así desecha
Su hastío la mujer con remembranzas.

Pero, ahora, no canta la doliente
Niña que ante la rueca está sentada.
Pensativa, sus ojos van siguiendo

Una historia de amor que al fin acaba
En una gran traición.—(Y es su alarido
El loco despertar de un alma trágica).

VI

SCHUBERT—The Erl King.

¡Oh, el galope de aquel caballo trágico,
Como una pesadilla, persistente,
Como una gran angustia, interminable,
Que asorda, que horroriza, que zahiere!

Es en vano que un canto de esperanza
Se finja el pobre padre, que el imberbe
Doncel que lleva en grupas del caballo
Siente tras ellos avanzar la Muerte.

Y a través de la selva va el galope
Como un gran viento de Dolor y Peste,
Frenético, angustioso, obsesionante...

Y el miedo en nuestro pecho hace su albergue,
Y una angustia nos cierra la garganta,
Y en la nuca nos roza algo muy tenue...

VII

BEETHOVEN—Claro de luna.
Op. 27. N.º 2.

Es un parque ducal con un estanque
Que se aduerme a la sombra de un gran bosque:
Y una inmensa terraza donde el mármol
Yergue su frío continente noble.

Bajo la luz plateada de los astros
Se imantan los lejanos horizontes,
Y el aire blanquecino se estremece
Como una novia ante un callado roce.

Y en el parque una reina se adelanta
Entre un círculo de harpas, que en la noche
Desgranan sus rosarios de armonías.

Y es tan grande el misterio, y son las voces
De las harpas tan suaves, que sollozan
Extenuadas de amor todas las flores.

VIII

SCHUMANN — Concierto A.
Op. 54.

Un golpe de la mágica varilla
Y allá en la cumbre de la enhiesta roca
Surge, entre la negrura de la noche,
El palacio de lumbres ilusorias.

Arden, como fanales, las ventanas;
Sangran las torres, llamas sarmentosas,
Y por las puertas de oro huyen canciones,
Risas, llamados, estertores, notas.

Mas, de pronto, el fantástico palacio,
Como aspirado por tremenda tromba,
Gira y sube, frenético, hacia el cielo;

Se esfuma lentamente en la remota,
Inmensidad, y su claror distante
Queda como una blanca nebulosa.

IX

BEETHOVEN—Sonata Op. 26. 3.er t.
(Marcha fúnebre).

Sobre el vasto paisaje silencioso
El fúnebre cortejo cruza en marcha.
Va lentamente, como negra sierpe,
Sobre una vaga claridad sonámbula.

Detrás del catafalco van los hombres
De guerra, desceñidas las espadas;
Las banderas e insignias orgullosas;
Los caballos vestidos de gualdrapas.

Van ancianos y jóvenes, dolientes
En su marcha cruel y desolada;
Van todos tropezando con los velos

Que forman del cortejo una mortaja.
Y en el aire hay melenas de humo negro
Que desanudan al arder las hachas.

X

BEETHOVEN—Sonata Apassionata
Op. 57.

Pálida, exangüe, perfumada, triste,
Parecía la niña una azucena.
Nadie la vió reír, nadie quejarse
En su porfiada mansedumbre electa.

Mudos los ojos, no dijeron nunca
La llama que era en ellos un poema;
Mudos los labios, de su pecho herido
Jamás dijeron la cruel tragedia.

Y, sin embargo, en la celeste niña,
Inocente cual tímida gacela,
Vibraba un corazón enardecido;

Y en el cauce azulado de sus venas
La sangre ardía tropical y brava
Como encelada e indomeñable fiera.

XI

BRAHMS — Variaciones sobre un tema de Paganini.

En ingenuo vidrial, rico en colores,
Su arte puso un artista primitivo,
Y el vidrial sus inmóviles figuras
Lucía si era por el Sol herido.

Mas, un día, otro artista que pasaba
Bajo los fuegos del vidrial antiguo,
De animar sus figuras y sus tintas
Tuvo de pronto el juguetón capricho.

Y entremezclando líneas y dibujos,
Como bajo el poder de un exorcismo,
Cobraron nueva vida las figuras:

Se agitaron en loco remolino,
Y a cada movimiento fué surgiendo
En el mismo vidrial un nuevo rito.

XII

CHOPIN—Berceuse.
Op. 57. D flat.

Va el río lentamente, lentamente,
Bajo la luz del plenilunio—fría,—
Rodando silencioso hacia el abismo
Que allá, muy lejos, un peñón sigila.

Y, sobre su cristal, pasa la barca
Donde la joven se quedó dormida,
Mientras a popa, enmascarado, un hombre
Dice un cantar muy triste a la sordina.

Así bogando, silenciosa, llega
La barca hasta el peñón. Como una arista,
Se desploma de pronto en el abismo...

La luna ha dilatado su pupila;
Pero el silencio, que se agrava, aleja
Un cantar en las alas de la brisa.

XIII

CHOPIN—Andante Spianato.
Op. 22.

Es el salón de una galante dama.
Encima de un coqueto "chiffonier",
Un búcaro. En el búcaro, una rosa,
—Una pálida y bella rosa-té.

Tendida en su diván, con abandono
Espera, fastidiada, la mujer;
Y las horas transcurren despacito
Sin que se haga presente el descortés.

Hay entonces un mimo de fastidio,
Acaso un movimiento de altivez:
Y mientras en el pecho de la hermosa

Muerde la duda con su diente cruel,
En su vaso de vidrio se marchita,
Se marchita la exhausta rosa-té.

XIV

CHOPIN—Scherzo.
Op. 31.

Ebria de excelsitud al cielo sube
El ave con frenético aletazo
Y en el oro solar baña sus alas,
Mientras la aldea se adormece abajo.

Pero, luego el amor desde la tierra
La incita a descender con su reclamo,
Y el ave torna esclavizada al cieno
Para ensayar sobre este cieno el canto.

Hastiada de su torpe devaneo
Vuelve a volar el ave hacia lo alto;
Y de nuevo, otra vez, deja las cumbres.

Así, en eterno ir y venir, cansado,
Deja el alma la gloria de los cielos
Para acabar, por último, en el fango.

XV

CHOPIN—Nocturno.
Op. 9. N.º 2.

Por la abierta ventana se advertía
Un trozo del jardín, que iluminaba
La opalescente claridad nocturna.
Y un hombre estaba frente a la ventana.

Había un gran silencio emocionante,
En el huerto florido y en la casa.
Una estrella latía allá en el cielo.
De las rosas entraba la fragancia.

El hombre era muy pálido. Sus ojos
Fijos, allá en la estrella, con amarga
Atención la seguían. Y la estrella

Fulgurante, dijérase imantaba
La voluntad del hombre pensativo,
Robándole a traición muy quedo el alma.

XVI

GRIEG—Au Printemps.

Notas blancas, rïentes, juguetonas,
Leves como un suspiro o una caricia;
Notas de amor que dicen la esperanza;
Notas de luz que claman por la vida,

En vosotras lleváis la primavera,
Como un boca juvenil la risa,
Como las rosas llevan el perfume
Y el ruiseñor un hilo de harmonías.

Vibrando, despertáis a la Natura
Para la eterna y sin igual vendimia:
Pululan en la noche las estrellas,

De esmeralda se cuajan las campiñas,
Y las almas, cual flores, se entreabren
Al misterio que llega y las germina.

XVII

DEBUSSY—Jardins sous la pluie.

¡Oh, el ritmo funerario de la lluvia
Que cae entre los árboles fantástica,
Y aduerme el corazón como la dulce
Canción que nos mecía allá en la infancia!

¡Oh, el eco taciturno que las gotas
Caídas de los árboles levantan
En el seno del bosque,—cual si fuera
El ritmo de una exótica balada!

¡Oh, el gemido doliente, inolvidable,
Que tiene siempre, cuando cae, el agua!
¿Por qué tan hondo su tristeza hiere?

¿Qué dice con su canto sin palabras
La lluvia al corazón, que siempre queda
Gemebundo como una gran campana?

XVIII

MOZART—Sonata.
N.° 18 (2.° mov.).

Un salón parpadeante de dorados
Bajo las luces de una araña antigua:
Reloj de Riesener, muebles de Boule
Enjoyados por la marquetería.

Al compás de la música, un minuetto
Sobre la alfombra los danzantes miman:
Marquesas de biscuit, con oro y sedas,

Y abates sabios en maneras frívolas.
Madrigales, sonrisas, coqueteos.
De pronto, alguna frase libertina.
Movimientos de euritmia irreprochable.

Y a veces, con la esencia de las lilas,
Desmaya tras espléndido abanico
El temblor contenido de una risa.

XIX

BACH—Cromatische fantasie and fugue.

Es el Eter o el Mar. Sólo lo inmenso
Semejantes vorágines consiente:
En el Mar, es rugiente malestroëm;
Es formación de soles, en el Eter.

Y hacia el nudo central la fuerza indómita
Atrae las potencias y los seres,
Haciéndolos girar en torbellino
Como una erguida y fabulosa sierpe.

Desde lejos se vienen atraídos,
En hululante y bramadora hueste,
Los astros, y los hombres, y las cosas.

En la bárbara tromba van y vienen,
Giran, luchan, se van, luego retornan,—
Que es en cesando ese turbión, la Muerte.

XX

RACHMANINOFF—Elégie.

Cuelgan pendones fúnebres y largos
Del dintel ojival de las ventanas.
Ayes dolientes surgen por momentos
De la mortuoria y encendida sala.

En el jardín los árboles susurran
Su interminable letanía extraña;
Y hasta es lúgubre el ritmo de la fuente
Que se destila en la marmórea taza.

Las aves han callado en el boscaje;
Las flores han perdido su fragancia;
Y en su caverna se ha acostado el viento.

Ahora es el silencio que se agrava
Con la noche que llega. Y en los cielos
Tiemblan los astros blancos, como lágrimas.

XXI

SCHUMANN—Toccata.
Op. 7.

En toda la extensión es un delirio
De escaleras que ascienden hasta el cielo,
Cruzándose, cortándose, con loca
Trabazón de un ardor funambulesco:

Amplias y señoriales sólo a trazos,
O mezquinas y raudas por momentos;
Con recodos y vueltas a capricho,
Con bruscos sobresaltos sobre el vértigo.

En caprichosa e inextricable fuga,
Al que abandona temerario el suelo,
Extravían muy pronto en su camino,—

Que no se halla la altura por un dédalo
De escalas caprichosas, sino alzando,
Como el ave caudal, derecho el vuelo.

XXII

SCHUMANN—Grosse Sonata.
Op. 11, N.º 1.

Transponed el umbral y bruscamente
Os envuelve la loca mascarada,
Cintas, colores, risas, antifaces,
Bromas y contorsiones, luminarias.

Y en medio del tropel, una pareja
Enardecida de pasión romántica,
Ocultando su amor adulterino
De la curiosidad de las miradas.

Risas, bromas, disfraces, centelleos:
De pronto, una irrupción triunfal de máscaras;
Y luego, en el salón, un hueco trágico:

Rojo, hirviente de cólera, la daga
Tinta en sangre, el esposo ha aparecido,
Y a sus pies, desangrándose, una dama.

XXIII

SCHUMANN—Traumerei.
Op. 15.

El estanque, cubierto de esmeraldas;
Las orillas, soñando en el misterio
De la fronda; en el aire un fluído enjambre
De libélulas. Plásmase el silencio.

Sentada al pie de un sauce está una niña
Idealizada por un blanco velo.
El libro que leía, de su mano
Se ha caído,—olvidado, sin objeto.

Sueña, mirando el agua del estanque...
Sus pupilas anega el cabrilleo
Que ponen en el aire las libélulas...

Y entre las brumas del querido ensueño,
La imagen del amado lentamente
Empieza a diseñarse en sus recuerdos...

XXIV

MENDELSSOHN—Rondó capricciosso.
Op. 14, Key E.

Sobre un surco de fósforo frotado
Corre rápidamente una chispilla,
Y es de pronto un collar tornasolado
Que con los oros de un gran sol rutila.

Son lengüetas de fuego rojas, gualdas,
Con sorpresas de nácar y de mica;
Milagros del color incandescente;
Piedras preciosas en enjambre, vivas.

Al contemplar los juegos de la lumbre
Los ojos, poco a poco, se hipnotizan;
Y es, entonces, lo mismo que una rueda

Flamígera, sangrante, toda chispas,
Que da vueltas sin fin ante el asombro
Solemne y pertinaz de las pupilas.

XXV

¡Oh, la voz de mi piano, sugerente
De visiones, recuerdos y leyendas!
¡Espesada de inciensos, encendida
Como la gloria de cristiana iglesia!

Oyéndola, en el tibio apartamento
Donde el silencio afelpa a la tiniebla,
He visto con los ojos de mi alma
Revivir de mi infancia las consejas.

Así, a solas, muy lejos de la vida,
Del mundo, de los hombres,—la cabeza
Cogida entre las manos,—a mi modo

He ido interpretando los poemas
Que sonaba mi piano. Y de esa loca
Ensoñación, aquí tenéis la siembra.

Víctor Pérez Petit.

(Del libro inédito "Las Campanas del Crepúsculo").

CAPITULO DE NOVELA

(Fragmento de un libro de ambiente regional que publicará este año la «Editorial Pegaso»).

A través de la mampara baja sentí el vozarrón de nuestro Gerente advirtiendo prudencia a Maguna.

—Vea lo que hace; su cuenta se va a las nubes; haremos esa nueva hipoteca, pero, aunque es mi deber no hablar, le aconsejo cautela.

Comprendí, desde luego, que trataban el mismo tema sobado y resobado por nosotros en las tertulias de la Botica.

Natural es que allí hablemos mucho de este Maguna, cuya incapacidad para toda labor sustantiva lo ha puesto en el trance, repetidas veces, de mordisquear el terrón que recibió de sus mayores. Por el caminito de la escribanía se fueron ya muchas cuadras; ahora acude al Banco por más dinero, que ha menester para sus combinaciones fantásticas; pues si el destino le mezquinó hasta un adarme de actividad práctica, hasta un mísero grano de voluntad traducible en labor, compensó el capricho proveyéndole de una imaginación prolífera como mujer pobre y alegre como mañana clara.

Durante los años que van colmando su vida, galano y sonriente se le ha visto siempre; planteando negocios que resuelvan la incertidumbre de sus finanzas; organizando explotaciones, cada vez más perfeccionadas, de su cerro calizo; buscando socios; ajustando

contratos; ordenando análisis de variadísimos guijarros: subrayando su garrulería con guiñadas maliciosas; y hablando de bailes, pues Maguna, ya más que pintón y cargado de alifafes, se enorgullece de hazañas coreográficas, en cuya frecuente evocación halla su carácter invalorable gloria.

Y toda esa actividad incesante, ese despliegue paralelo de mímica y elocuencia, concluye siempre del mismo modo: yendo, cada tres o cuatro años, a emborronar el protocolo del escribano Sánchez con alguna hipoteca, cuyo resultado es conocido al extenderla. Maguna no las ha levantado jamás.

Así va sufriendo ablaciones su predio, que recibiera en vasta propiedad, constituída por el cerro y sus aledaños; éstos llegaban en tierra fértil, susceptible de hondas rejas, casi hasta las puertas de la ciudad, y, por otro lado, seguían en pingües peñascales calcáreos, flanqueando largo trecho la sierra, cuya vecindad tanto favorece al paisaje minuano.

Pero el cerro, el cerro únicamente, ya era fortuna en lueñes tiempos; famosísimas fueron las cales rendidas en las excavaciones que presenta como imperceptibles caries: y todavía ahora, cruzando el alambrado divisorio, en otro cerro frontero, un cuñado de Maguna granjea la herencia indirecta, con piedra inferior; pero que sírvele para monopolizar de tal manera el mercado montevideano, que hasta a la misma piedra de Burgueño duele su competencia. Entonces, ¿qué fuente de riqueza no puede ser el intacto cerro de Maguna, con su piedra de alto tenor de carbonatos, con suaves pendientes fáciles para la carga, y con la ubicación favorable a un entroncamiento con las líneas del ferrocarril?

Para tan visible riqueza intacta siempre hubieron gavilanes; este quiso arrendar el cerro; esotro explotarlo en sociedad con Maguna; el de más allá pensó hurgar hasta que aparecieran cosas nunca vistas, la-

brando así fortuna incalculable. Mas de todo ello, pensamientos equilibrados, planes atrevidos, o simples charlatanerías de ignorantes alucinados, siempre quiso aprovechar algo mi héroe; pues, sin aceptar de plano las proposiciones recibidas, concedía esperanzas, fraguaba posibilidades, mientras se empollaba el negocio; y mientras él captaba los planes del candidato, a fin de ensayar por su cuenta. Pues, en su ignorancia, en su mentalidad de mozo de pueblo, apenas desbastado por la escuela primaria, cuya acción presto fué limitada por el donjuanismo, y luego absorbida por la desidia ambiente; en su excesiva confianza en la viveza nativa, y en la capacidad heredada para el ramo de cales, Maguna creía dominar súbitamente los meandros de cuanto plan le presentaban, hallaba fácil toda operación, ya estuviera apuntalada por rigorismos científicos, ya esperara su éxito de la única acción de una labor tenaz.

Viósele así probar suertes diversas: ora la ordinaria venta de piedra a las caleras de Montevideo; ora la exportación a Buenos Aires, volviendo la espalda al mercado seguro, a fin de aprovechar los precios que vienen cuando el oro de los trigales no deja rieles libres a las cargas pobres; sino la explotación total, es decir, la instalación de hornos, que primero debieron erigirse para quemar con leña, que después debieron quemar a electricidad. Sí, a electricidad, aunque sea increíble para esta tierra, servida por una usina de energía intermitente y escasa; pero represando su arroyuelo crearía una estación hidroeléctrica para la necesidad de su calera, y, acaso, después algo le sobrara para enviar a la ciudad; mas esto lo expresaba con guiño tan adecuado, y con tan hidalgo gesto de su mano, que la ilusión se hacía tangible, realizada, para los oyentes, quienes ya no podían eludir la seguridad de un futuro en que Minas estaría alumbrado como Río de Janeiro.

Inútil es decir que ni vendió piedra, ni tuvo fruto la búsqueda de clientes en Buenos Aires, ni aprendió nada en sus viajes a Córdoba para estudiar las quemas con leña, ni llegó a nada práctico con cierto alemán traído subrepticiamente de la Fábrica de Portland de Sayago, muy ducho en hornos modernos, cargado de diplomas ilegibles.

Nada ha hecho. Los años corren; su actividad no decrece, pero el campo se va; se ha ido, pues ya no quedan al cerro sus laderas fértiles que llegaban hasta la ciudad, ni los pingües peñascales; el arroyito mezquino todavía parece aislarlo más.

* * *

El vozarrón de nuestro Gerente amplificaba sus insinuaciones; no eludía la operación solicitada por Maguna y aceptaba la hipoteca, mas correspondía advertir cautela, pues los capitales del Banco no tenían destino usurario. Su objetivo era propender a la expansión de toda industria noble, dar movilidad al comercio, etc., etc., etc., inacabables etcéteras, pues cuando el Gerente emplea esa fraseología automática, aprendida no sé cómo y empleada siempre, es imposible saber cuándo, ni en qué peldaño de su alquitarada elocuencia se detendrá.

—No, amigo Gerente, oíamos, adivinando la mímica de Maguna, a través de mampara baja; no, este es un caso incomparable. Voy a meterme en un negocio de claros y seguros rendimientos; la rutina con que hacemos todo, y la tacañería con que vivimos, puede agregarse, dan aspecto de riesgo a las posibilidades de mi explotación. Si yo le pidiera para echar vacas u ovejas a mi campo, usted ni chistaba; pero le propongo explotar acabadamente ese cerro, cuyas piedras, desde añares, quemamos para hacer cal, pagándola a precio de oro cuando los gringos la mandan hecha lus-

troso mármol desde su tierra. Y como le propongo eso usted remolonea, y me rezonga como todo paisano, cuando se las echa de generoso y le da una libra al hijo que va a las carreras... Ya verá, Gerente, trabajaremos eso, usaremos el mármol como se usa en Europa, con grandeza; la plata vendrá y enriquecerá el departamento; los mármoles de Minas servirán, no solamente para lujo, sino para llevar la fama del país a todas partes, ya que belleza como la de mis mármoles no se vió jamás.

El cerro está ahí clamando por mostrar lo que vale; los hombres entendidos están; ¿por qué voy a vacilar?

La elocuencia de Maguna tuvo caprichosos desarrollos, su voz inflexiones convincentes, sus pausas fueron de efecto. ¡Y cómo serían sus guiños y los gestos de sus manos! El Gerente enmudeció, guardó aquellas sus reflexiones habituales, tal vez porque, como Maguna dijera, el negocio era distinto a los que se presentan habitualmente en las ventanillas del Banco; y su dialéctica parece no tener argumentos para usar en esos casos.

Callándose, dejando correr la abundante charla de Maguna, aparecía en una expectativa habilidosa y propia de su cargo. Luego habló, pero ya para combinar los detalles menores del negocio; examen de títulos, condiciones de escrituración, y lo demás; hasta que, con mucha pausa, volvió a enhebrar el hilo de sus fantasías Maguna y ambos se embarcaron en la dorada nube de ensueños y tecnicismos, de cálculos y esperanzas, cultivados y discutidos por nosotros en las tertulias de la Botica.

* * *

Vuelvo a escribir la Botica con mayúscula, pues aunque en la población hay más establecimientos farma-

céuticos, el clan de las personas de buen tono los ignora. ¿De dónde viene esta parcialidad, notoria y continuada preferencia, que ya suma décadas?

No lo sé. La crónica viviente que es este vasco Idoyaga, dueño de la Botica, refiere muchísimas cosas; muestra con orgullo una mesa oval, en la que Batlle, siendo Jefe Político y tertuliano, apoyábase plácido, como nosotros solemos hacerlo, sin mayor decoro; esa viviente crónica recorre las épocas, habla de autoridades desaparecidas, de guerras, de castas fundadoras y de sus descendencias extintas, mueve así veinte, treinta años de historia local; y siempre la Botica aparece como refugio de la gente de buen tono, isla en donde hallábanse cómodos los de bando opuesto y los de diversa extracción social, los residentes y los que pasaban, cuantos, en fin, hubieron menester para su vida alguna hora diferente de las habituales en la ciudad.

Así es como en los atardeceres, o luego, después de cenar, repasamos allí un rosario de variadísimas cuentas: los tópicos de corriente actualidad son juzgados con ánimo docto, y en discurso, tanto sencillo como culterano, pues no falta quien guste poner en la reunión alguna cosita pescada en lecturas rebuscadas. Pero nuestra intervención en la vida de la urbe es total; ella no se producirá siempre del plano superior que fuera menester, pero discretos, sapientes y longánimes, nada dejamos de comentar.

Y en esta tarde, Idoyaga, que es fisgón y comedido, ya sabía la combinación de la hipoteca, y desde temprano mostró deseos de tratar el punto. Los madrugadores, Gastán, el Juez Letrado y yo, resistimos a sus claros envites, esperando el *quorum* para asumir una actitud unánime, tal cual hacemos siempre que de lidiar con la curiosidad de Idoyaga se trata. Pues evaluamos exactamente sus virtudes y taras: por eso lo queremos bien; acaso sea rudo, pero muy sincero es nuestro apego a él; mas cuando debemos atender a

cualquiera posición de su inútil y sempiterna curiosidad, por manera indeliberada, nuestras voluntades se acordonan para contrariarlo, es decir, para ocultarle la verdad ansiada, o para torcérsela en rumbos de malicia o diversión siempre halagüeños a la tertulia. Y en esos momentos no aparecen discrepancias; todos como una sola mente, gobierno de una sola lengua, presentamos a nuestro vasco opiniones de una sola calidad.

Ya dije cómo hoy no faltamos al hábito; pero habiéndose discutido muy mucho y acabadamente esa futura explotación de los mármoles de Maguna, tanto como para dividir los tertulianos, pues exceptuándonos a tres, había igual número para negar como para creer la posibilidad del negocio, habiéndolo discutido así, los madrugadores resolvimos tácitamente no aventurar parecer ni novedad alguna. La importancia del asunto merecía alterar el ritmo de nuestra convivencia, y tal vez pudiéramos ser obsequiosos con Idoyaga. Pero ya es ineluctable el hábito del clan.

Resistimos, abroquelándonos en una desusada atención por la música de la Banda que toca junto al pedestal del héroe; por las novedades que arbolaran las elegantes, en su pasear monótono contorneando la plaza; por los manejos de los adolescentes, ensayando amoríos con importancia cursi; nos interesamos por ese espectáculo al que volvemos la espalda todos los días; llegamos hasta fijarnos en Alvarito Zeballos, sempiterno dragón de forasteras, preparando sus redes en torno a una sobrina del Jefe Político que nos visita por primera vez. Nos interesamos por todo, menos por las insinuaciones de aquella sirena vasca de abultado abdomen; y sólo cuando la vereda pareció llenarse con los habituales tertulianos volvimos al mundo de discreta maledicencia en que gustan apacentarse los ánimos en asueto; nosotros por ende.

Cuando, como de costumbre, pausado y zocarrón,

don Pancho Fuentes se largó a discurrir sobre las grandes empresas extractivas y sus cualidades eminentemente aleatorias y su avidez para los elementos monetarios, ya parecía que invisible pero sensible andaba en la atmósfera una orden perentoria de negarle a Idoyaga las aspiraciones de su curiosidad, orden anónima que se cumpliría. Y aquello fué de verse.

Los del Banco estuvimos con exceso requeridos: no digo el Gerente, pues bien conocido es su hábito de callar en público cuanto divulga en conversación particular; pero Quartino, el cajero, allí presente, en su inmutable gravedad de indio; y quien estas líneas escribe, mucho sabríamos de cuanto Idoyaga había menester; pues él, aunque muy amigo de Maguna, no logró confidencias sobre los engranajes menores de la máquina que montaba. E Idoyaga se caía de curiosidad por saber, para poder contarlo, si andaba Maguna solo o con algún sindicato, quién gobernaría la explotación y adónde llevarían los mármoles; cosas de las cuales todo el pueblo, igual que nosotros, se ocupaba, sin develar el misterio, forzosamente aclarado en el Banco para lograr la hipoteca.

Quartino y yo fuimos tácitamente requeridos, mas en cuanto dejó la palabra don Pancho, precaviendo alguna interrogación a modo de cuña, el Jefe Político habló: y ni su empaque, ni su jerarquía, son para interrumpirlo. Coronel de escuela, gusta de exhibir su cultura, y tengo para mí, acaso por sugestión de su continente rígido, de sus bigotes en fieras puntas, y de su avidez exhibitoria, por la cual tanto recorre las secciones de campaña, como preside los exámenes escolares, o asiste a las trillas, tengo para mí, repito, que gusta de imitar al kaiser. Pero esto son cosas mías; lo notorio es su facilidad elocutiva y el deleite con que se escucha. Nadie allí lo interrumpió, cuando, y también sin particularizar en la industria de Maguna, habló de los ilimitados horizontes que esas riquezas in-

tactas abrirían a la economía del departamento y del país; habló de las "Minas de oro del Soldado", lamentando su inactividad y cuán poco cundiera su ejemplo para sustituir la famosamente mezquina industria pecuaria del Este de la República, por una evolución resuelta hacia la explotación de industrias posibles. Bosquejó sus ideas con amplitud panorámica, en grave tortura de Idoyaga, quien veía acrecentarse el torrente de idealismos obstaculizando su ansiedad y dando pábulo a corroboraciones adventicias, pues el Jefe, no solamente en el discurso, sino en la gesticulación insinuante y versallesca buscaba asentimiento, que todos cuidábamos de expresar eficazmente.

Pero en cierto momento, el gallego Sánchez, tendero en actividad, a quien la importancia de su giro y su instrucción pintoresca daban sitio en la tertulia, el gallego Sánchez tomó la palabra, realmente con cierta alarma del clan: no porque él gaste una oratoria como la del Jefe, abundante, vaga, meliflua, sino porque la calidad de su orgullo le ha compuesto tal psicología, que él se conceptúa centro del universo, y todos los acontecimientos del vivir cotidiano se vinculan a su existencia, adquiriendo al exteriorizarse matiz de disparatado egotismo.

El clan temió: luego comprobamos en Sánchez el predominio del espíritu corporativo; se mantuvo en un plano de superioridad conveniente, sin referirse a Minas, ni a Maguna, ni a él, ni a ningún otro ente conocido ni real.

Ya la quimera de los mármoles no existía; deviniera vasto problema de la economía nacional aquello por lo cual la tertulia se desplazaba de los acostumbrados temas. Y las opiniones se produjeron en tal sentido. Fué así que se vió al Juez de Paz, letrado nuevecito, refrescar teorías de la cátedra en su sintaxis vasca; hombre más dado a las letras que al derecho, más a ocios amatorios que a sus sentencias, trabajó como bueno,

sin embargo, pues aquello no era su fuerte; acaso lo sostuvo el entusiasmo ambiente, pero forcejeaba, y viéndolo así lo acorrió Gastán, quien esperaba, lista la fuerza del vasco su antepasado, y presta la flecha taimada del indio cercano en la línea materna.

Rara amalgama la de este muchacho; rara, pero bella y en todas sus cosas evidente; viérasele hoy disertando con habilidad y gracia, sobre los movimientos de la riqueza inerte, sobre la compleja obra de civilización económica esperada por el país; y en las alternativas de su discurrir, iba hacia Idoyaga con interrogaciones perentorias a las que nuestro vasco hubiera querido asirse. Pero Gastán aviesamente se adelantaba, y el buen vasco se desplomaba en su duro silencio.

Cortesmente la palabra fué pasando de uno a otro; exceptuándonos a los tres del Banco, nadie se mezquinó, y para el final se reservó Goyena, el hombre del Club Fomento, como aquí se le llama.

Goyena, ex Jefe Político, ex Gerente de Banco, ex comerciante y procurador; Goyena, que ha hecho del progreso departamental un sacerdocio, que organiza ferias ganaderas, exposiciones de lanas, conferencias; que proyecta ferrocarriles y grandes empresas; Goyena tomó la palabra, y entre él y sus corifeos, de los que en la tertulia hay tres, disolvieron las horas. Cumplía el tema a las vastas proyecciones de su plan progresista, que lleva el departamento hacia un porvenir de industria manufacturera; y en macizas oraciones repitieron allí, por milésima vez, las proclamas del Club; todo ello fué en servicio de nuestro maligno empeño, pues la Banda callara mucho antes sus desconsideradas músicas; la juventud elegante y amatoria desapareciera; alumbrara el mancebo los focos de la Botica tras los globos llenos de líquidos coloreados, morado y rubí; y todavía rodaban por la atención del clan, hinchadas palabras de las necesarias, u otras rememorando concentraciones capitalistas, o citando los variados

elementos con que él y los suyos pretenden suscitar aquí considerables fuerzas económicas.

Idoyaga tascaba su impaciencia, y solía dirigir miradas significativas al Juez Letrado, impávido, silencioso, pareciendo no llevar parte en el asunto. Hombre místico, melómano además, sin duda gozaba el blando halago de no sentir la Banda, y se abismaba en sueños tal vez mil leguas distantes de los Códigos. Idoyaga solía mirarlo como náufrago al madero flotante, clamándole sepa Dios qué auxilios o intervenciones reparadoras, ante aquella usura de la amistad malévola.

Al venir los toques de ánimas, ondulando su tristeza desde las cuadradas torres de la iglesia, estábamos aún como al principio, pero nuestro fisgón y comedido huésped sin la ansiedad entonces visible. Era la del desbande aquella señal de las campanas, y en movimientos simultáneos fuimos, como es la práctica, a acomodar nuestras sillas, pasando junto al vencido en silenciosa teoría.

Luego, ya rumbo a nuestras casas, Gastán y yo nos detuvimos en la plaza, cuya soledad hacía más incomprensible el gesto del héroe; nos detuvimos a discurrir sobre aquella voluntad monocorde, enérgica, usada aviesamente por una asamblea heterogénea de rumbos espirituales tan distintos.

Y cuanto discurrimos no estuvo exento de interés. Al separarse de los núcleos asciende en potencia el espíritu del hombre, acrecentándose, desde luego, el mérito de sus ideas; las nuestras no escaparon a esta ley; pero como en una noche de otoño bruscamente frígido suele no gustar la juventud de discurrir en una plaza inhóspita y ante un hombre de bronce, máxime si después de breve camino se encuentra un plato de sopa humeante, detuvimos nosotros el flujo de nuestras reflexiones.

Dejamos aquello para después.

EMILIO SAMIEL.

CRÓNICAS DE ARTE

Resumen de la vida artística

Aspiramos a resumir el movimiento artístico de cada mes. Quizás se juzgue vanidosa nuestra intención de resumir lo que de por sí ya es un resumen. Pero lo que deseamos es implantar el hábito. Y confesamos que nos seduce el título sonoro: "Resumen de nuestra vida artística". ¡Encierra tantas ilusiones! Y así quisiéramos que esa perdonable ilusión se detuviera y no pasara más allá de ese título promisor y engañoso, al menos por ahora. Porque día vendrá en que este resumen no será ya un título ostentoso disfrazando una ilusión, pero será un real resumen, un índice de actividades, una condensación de "nuestros" ideales, que, con la esencia de jugos nativos, sugerirá el sabor de todas las frutas de "nuestro" huerto.

La exposición de arte nacional del doctor Pedro Figari

Concluyó el año 1921 con la exposición del doctor Pedro Figari, que se prolongó después hasta el final de la primera semana del año que corre. Queremos insistir en este punto porque vemos en él un signo augurador de mejores días para nuestro arte. Empieza así

el año artístico bajo la égida de una tendencia nueva, de la primera tendencia seria de arte regional que nunca hayamos tenido. El doctor Pedro Figari debuta, ya en la parte alta de su camino, como un verdadero maestro. No nos detengamos en miopes estudios de técnicas y de dibujos. Estudiemos este fenómeno raro, surgido, parece, a despertar el dormido amor por nuestras cosas. Su numeroso conjunto de telas nos muestra la nueva belleza sin los titubeos, sin las vacilaciones, sin las incertidumbres que han tenido siempre los iniciadores. Su palabra emotiva habla con una experiencia y un saber tan hondo!... Y es que la emoción en arte la procura siempre la verdad, la verdad de la vida, cuando se tienen ojos y cerebro para penetrarla. Así nos olvidamos de los tan discutidos medios del doctor Figari para ofrecernos su fuerte visión. El nos guía. El es el nuevo orientador, con la fe, la valentía, el entusiasmo, la sinceridad, el optimismo del que emprende un nuevo camino y que está seguro de que por él va bien. Otros harán más, quizás. Pero ya nadie le quitará la gloria legítima de haber abierto a la *belleza nuestra*, nuestros ojos cerrados: a la belleza gaucha, a la belleza pueblera, a la belleza nativa.

La exposición del pintor italiano Margotti

Arte místico titulaba Margotti su exposición de cuadros. Antítesis del arte místico, diríamos nosotros, ese arte esencialmente pagano que busca por la teatralidad del color, de la actitud y de la ordenación, la simpatía religiosa. Margotti va por un camino por donde nunca ha ido ningún pintor místico. De los místicos antes de Rafael, pues los otros, después, son falsos místicos.

Alguien me repara, que recuerda a Maurice Denis

en sus últimas tendencias. ¡Así fuera! Mas si estos sus últimos apuntes constituyen lo mejor de su obra, sabemos que al pasar al tamaño definitivo van a perder sus virtudes, dramatizándose, oscureciéndose. Así fué con la ordinaria decoración de la capilla de María Auxiliadora. Creeríamos en su última tendencia si no la viéramos junto a su obra anterior. Si no lo supiéramos al pintor enamorado a la par de todas sus telas, aquellas primeras bituminosas y desdibujadas y aquellas otras teatrales y escenográficas. Porque es virtud de todo renovador destruir sus antiguos ídolos cuando una nueva creencia exalta su espíritu. Eso viene cuando la renovación viene de adentro, como una luz purificadora que necesita para alumbrar su fuego de las maderas viejas que formaban los viejos ideales. Pero no creemos que este sea el caso de Margotti.

La exposición de la Escuela Industrial

Decepcionadora fué esta exposición. Porque esperábamos lo que era legítimo esperar: esperábamos *obra* y sólo vimos *teoría*. Esperábamos poder juzgar de algo hecho, algo definitivo, concluído. Sólo vimos dibujos y dibujos. Excepción hecha de los talleres femeninos, que lucían superabundancia de labores triviales; también el taller de cerámica prometía, por sus ensayos, mejor obra para el futuro. La enseñanza de la escuela está completamente desorientada. Su rol es hacer *obreros* haciendo *obra*. Y por el camino que va la Escuela, lo único que puede ofrecer son aprendices, con títulos sonoros, con más o menos sellos y firmas, pero aprendices que tendrán que soportar mañana las duras imposiciones del taller avaro, para poder hacer lo que no hicieron en la Escuela: obra industrial.

La exposición de Risso

Fué exposición de promesas, de juventud, de savia, de vida. No podemos juzgar la obra expuesta sino la intención de la obra. Revela un temperamento de artista, y un posible pintor para el futuro. Posible, si no insiste en los excesos de juventud y de bríos, excesos que pueden quemar el brote tierno del artista, que necesita savia, sí, para crecer, pero que también reclama un período de calma y oscura gestación en las fibras de la planta antes de ascender a la brillante floración en el extremo de la rama.

C. A. HERRERA MAC LEAN.

GLOSAS DEL MES

La cena mensual de la « Editorial Pegaso »

Como de costumbre, y en el mejor ambiente de intelectualidad y buen tono, realizóse el ágape mensual de la Cooperativa Editorial PEGASO, que tan bien sirve a la vinculación de los escritores nacionales y a los fines de la Editorial.

La cena fué en honor del doctor Hugo D. Barbagelata, Director de "La Gaceta de América" (París), y del señor Alfredo Bianchi, Director de "Nosotros" (Buenos Aires), ambos huéspedes de Montevideo por pocos días.

Ocuparon asiento alrededor de la bien servida mesa, Hugo D. Barbagelata, Alfredo Bianchi, Julio Raúl Mendilaharsu, Carlos M. Princivalle, Fernán Silva Valdez, Julio J. Casal, Alberto Smith, Perfecto López Campaña, Alberto Brignole, José María Delgado, Vicente A. Salaverri, Telmo Manacorda, etc., etc.

Excusó su inasistencia el Presidente de la Editorial, doctor Asdrúbal E. Delgado.

No hubieron discursos.

De Redacción

PEGASO se propone aumentar sus páginas, sus redactores, sus secciones. Ya consolidada definitivamente nuestra REVISTA, es justo que aspiremos a su engrandecimiento, por propio ideal y como retribución al favor público.

Pegaso amplía así sus horizontes: convoca así a su alrededor a toda la intelectualidad nacional; ofrece así diversos sectores, desde donde cada uno puede hacer su obra, que será siempre contribución a la grandeza propia.

En tal orden de ideas, podemos anunciar hoy, que, desde el número próximo, Pegaso incorpora a sus secciones de "Crónicas de arte", atendida por el arquitecto Carlos Alberto Herrera Mac Lean, y de "Glosas del mes", que hacen los señores Emilio Samiel, Alberto Brignole, Vicente A. Salaverri, José María Delgado y Telmo Manacorda, una nueva e importante sección de "Educación", que estará dirigida por la inteligentísima Directora del Jardín de Infantes, señorita Enriqueta Compte y Riqué, y en la que colaborarán la talentosa señorita María Espínola y Espínola, Vocal del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria, y el doctor Santín Carlos Rossi, bien conocido ya en nuestros círculos intelectuales y científicos.

Bastan los nombres de tales elementos para que el simple anuncio de la Sección "Educación" de Pegaso, despierte el más alto interés.

Tanto la señorita de Compte y Riqué, como la señorita de Espínola y Espínola, representan en el ambiente magisterial de la República las figuras culminantes de la hora, y su gestión, al frente de establecimientos educacionales, en centros de cultura, en el Consejo de Enseñanza, etc., comportan hermosos triunfos femeninos que valen laureles consagrados.

La señorita de Compte y Riqué, a cuyo cargo publicaremos la Sección "Educación", nos promete una labor importante, y a ella pueden dirigirse desde ya todos los que se interesen por las publicaciones educacionales de Pegaso.

Creemos firmemente que con esta gestión Pegaso contribuye al problema escolar de la República, y se acerca cada vez más a ser lo que siempre aspiró: la revista nacional por excelencia.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Nuevos poemas.—Por Fernández Moreno.—Buenos Aires.—1922.

Como quien recoge olvidadas gavillas de antiguas cosechas líricas, Fernández Moreno, en su accidental residencia de Chascomús (R. A.), acaba de dar a la publicidad sus ''Nuevos poemas''. Este libro, complementario de ''Ciudad'' (1917), de ''Intermedio provinciano'' (1916) y de ''Campo argentino'' (1919), poco agrega al caudal poético de las obras que complementa. Hay aquí la misma ironía ágil de ''Ciudad'', la misma nota sentimental de ''Intermedio provinciano'' y la misma encantada sencillez de procedimientos y el mismo escuetismo de ''Campo argentino''. Acaso el libro tenga en mayor número las exageraciones acusadas en los últimos libros de Fernández Moreno. La modalidad del emotivo poeta de ''la pequeña ciudad de General Pérez y de su maravillosa laguna'', no necesita para destacarse, comprimir su don de síntesis, ni agudizar la búsqueda de temas simples, ni incrustar en las páginas del libro composiciones como las que titula ''Zoológico'' (páginas 32 y 36), ''Cines'', ''Timidez'', cuando en la futilidad de las cosas vulgares puede inspirarse para escribir:

Hay que soñar

Viejas tapias de ladrillos,
grandes cortinas de hiedra,
ventanas abandonadas,
verde musgo en las veredas.
No hay nada más, pero basta.
Hay que soñar y se sueña;

y aún trazar esta encantadora descripción que recuerda, por el ''procedimiento'', la perfección admirable de ''Paisaje'', elogiada por Lugones: **Una casuarina:**

Un manojo de ramas en la punta,
un tronco liso, estremecido y largo;
un elegante plumerito verde
sacudiéndole el polvo a los espacios.

La excepcional importancia que tiene Fernández Moreno en la poesía argentina de la hora actual, exige que no se deje arrastrar hacia los despeñaderos a que siempre se asoma quien anda por lo que llamara Rubén Darío la ''planicie de la sencillez''. Cierto que este último libro parece ser una despedida a la exageración de los comienzos, ''necesaria'' para asegurar la persistencia de una personalidad ya definida y todavía promisora. En este sentido, creemos que ''Nuevos poemas'' son las migajas, con algunos granos de oro, que quedaban en el bolsón del peregrino ilusionado. Ahora, limpio el zurrón y reiniciada la marcha con más vigor y con más entusiasmo, Fernández Moreno nos dará su mejor obra, que ha de fusionar en la unidad perfecta, la sencillez de ''Campo argentino'', la visión ingenua de las cosas de siempre de ''Ciudad'', y la emoción romántica de ''Intermedio provinciano'', que sigue siendo su libro más bello.—**J. P. R.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernán Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Nuevos poemas.—Por Fernández Moreno.—Buenos Aires.—1922.

Como quien recoge olvidadas gavillas de antiguas cosechas líricas, Fernández Moreno, en su accidental residencia de Chascomús (R. A.), acaba de dar a la publicidad sus "Nuevos poemas". Este libro, complementario de "Ciudad" (1917), de "Intermedio provinciano" (1916) y de "Campo argentino" (1919), poco agrega al caudal poético de las obras que complementa. Hay aquí la misma ironía ágil de "Ciudad", la misma nota sentimental de "Intermedio provinciano" y la misma encantada sencillez de procedimientos y el mismo escuetismo de "Campo argentino". Acaso el libro tenga en mayor número las exageraciones acusadas en los últimos libros de Fernández Moreno. La modalidad del emotivo poeta de "la pequeña ciudad de General Pérez y de su maravillosa laguna", no necesita para destacarse, comprimir su don de síntesis, ni agudizar la búsqueda de temas simples, ni incrustar en las páginas del libro composiciones como las que titula "Zoológico" (páginas 32 y 36), "Cines", "Timidez", cuando en la futilidad de las cosas vulgares puede inspirarse para escribir:

Hay que soñar

Viejas tapias de ladrillos,
grandes cortinas de hiedra,
ventanas abandonadas,
verde musgo en las veredas.
No hay nada más, pero basta.
Hay que soñar y se sueña;

y aún trazar esta encantadora descripción que recuerda, por el "procedimiento", la perfección admirable de "Paisaje", elogiada por Lugones: **Una casuarina:**

Un manojo de ramas en la punta,
un tronco liso, estremecido y largo;
un elegante plumerito verde
sacudiéndole el polvo a los espacios.

La excepcional importancia que tiene Fernández Moreno en la poesía argentina de la hora actual, exige que no se deje arrastrar hacia los despeñaderos a que siempre se asoma quien anda por lo que llamara Rubén Darío la "planicie de la sencillez". Cierto que este último libro parece ser una despedida a la exageración de los comienzos, "necesaria" para asegurar la persistencia de una personalidad ya definida y todavía promisora. En este sentido, creemos que "Nuevos poemas" son las migajas, con algunos granos de oro, que quedaban en el bolsón del peregrino ilusionado. Ahora, limpio el zurrón y reiniciada la marcha con más vigor y con más entusiasmo, Fernández Moreno nos dará su mejor obra, que ha de fusionar en la unidad perfecta, la sencillez de "Campo argentino", la visión ingenua de las cosas de siempre de "Ciudad", y la emoción romántica de "Intermedio provinciano", que sigue siendo su libro más bello.—**J. P. R.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernán Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1640.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.
Herrera Mac Lean Carlos A., Cerrito 382.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1486.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

ABRIL DE 1922

SUMARIO:

Augusto Rodín	por C. A. Herrera Mac Lean
Inéditos	por Pedro Leandro Ipuche
Los caminos	por Enrique M. Amorim
Poemas del estío	por José Monegal
«El niño que enloqueció de amor»	por Vicente A. Salaverri
Versos	por A. Rojas Giménez
Justino Zavala Muniz	por E. Torres Grané
Cota Hugarte	por Wifredo Pi
Educación.	por Enriqueta Compte y Riqué
Glosas del mes:	por Emilio Samiel y Telmo Manacorda

Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.° 46

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ $^{o}/_{o}$ anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en ''Títulos Hipotecarios'', los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos ''Títulos'' se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los ''Depósitos'', mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el ''Cupón'' corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los ''Cupones'' por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los ''Títulos Hipotecarios'' se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

056.1
PEG
No 46

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — Manuel **Benavente**. — Enriqueta **Compte y Riqué**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Julio J. **Casal**. — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**. — Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste**. — María **Espínola y Espínola**. — José M. **Fernández Saldaña**. — Emilio **Frugoni**. — Blas S. **Genovese**. — César G. **Gutiérrez**. — Luis A. de **Herrera**. — Juana de **Ibarbourou**. — Julio **Lerena Joanicó**. — Luisa **Luisi**. — Casiano **Monegal**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**. — Emilio **Oribe**. — José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**. — Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: **$ 0.50**. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en ''Títulos Hipotecarios'', los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos ''Títulos'' se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los ''Depósitos'', mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el ''Cupón'' corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los ''Cupones'' por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los ''Títulos Hipotecarios'' se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1 000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Abril de 1922. N.º 46 — Año VII.

AUGUSTO RODIN

"L'esprit en route", como definiera Jean Dolent la intensa mentalidad de Rodin, ha declinado al final de la jornada. El cincel nervioso y tenaz, en su lucha por animar el mármol, cesó su labor al mismo tiempo que el alma fogosa apagara su llama en una aureola de triunfo. El mismo ejemplo de los grandes creadores en arte, que van sembrando su camino con las profundas verdades que han comprendido, nos lo ha dado Rodin, dejando en nuestros días dolorosos su dura conquista sobre la piedra: "todo un pueblo tumultuoso e inquieto", que no se cansa nunca de sufrir en el mármol las mismas pasiones, las mismas ansias acrecentadas que sufre esta deleznable arcilla que nos forma.

El arte de Rodin, original y profundo, está emparentado a las grandes épocas de arte de la civilización. Nace de la naturaleza, y de su comprensión profunda deriva la admiración por lo antiguo. En un camino inverso al académico, Rodin llevó al final su entusiasmo a Grecia y a Roma, después de haber estudiado bien su pequeño lote de tierra.

Su cerebro latino, ebrio de claridad y de belleza, ordenado, sereno, lo llevó al estudio del hombre, no como el medio de expresar una historia, una anéc-

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1 000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

PEGASO

REVISTA MENSUAL MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Abril de 1922. N.º 46 — Año VII.

AUGUSTO RODIN

"L'esprit en route", como definiera Jean Dolent la intensa mentalidad de Rodin, ha declinado al final de la jornada. El cincel nervioso y tenaz, en su lucha por animar el mármol, cesó su labor al mismo tiempo que el alma fogosa apagara su llama en una aureola de triunfo. El mismo ejemplo de los grandes creadores en arte, que van sembrando su camino con las profundas verdades que han comprendido, nos lo ha dado Rodin, dejando en nuestros días dolorosos su dura conquista sobre la piedra: "todo un pueblo tumultuoso e inquieto", que no se cansa nunca de sufrir en el mármol las mismas pasiones, las mismas ansias acrecentadas que sufre esta deleznable arcilla que nos forma.

El arte de Rodin, original y profundo, está emparentado a las grandes épocas de arte de la civilización. Nace de la naturaleza, y de su comprensión profunda deriva la admiración por lo antiguo. En un camino inverso al académico, Rodin llevó al final su entusiasmo a Grecia y a Roma, después de haber estudiado bien su pequeño lote de tierra.

Su cerebro latino, ebrio de claridad y de belleza, ordenado, sereno, lo llevó al estudio del hombre, no como el medio de expresar una historia, una anéc-

dota, una idea, sino como el medio de expresar todas las ideas. Su ideología no fué literaria ni histórica, fué humana. "Hace, desde luego, hombres, dice Besnard, después los anima, mejor dicho, viven desde que son perfectos. Esto es contrario a la estética de los artistas que creen hacer grande con un sujeto pomposo, sin apreciar la faz humana, cuya ausencia condena las obras al olvido, pues las generaciones no toman en cuenta más que aquellas obras en que la humanidad tiene más parte." Rodin abarcó la humanidad entera en su cultura, estrujó la divina carne del hombre hasta hacerle expresar todas las frases del vocabulario humano. De cuidadoso análisis llegó a las altas síntesis. Al volver a crear, dió la sensación de la Idea. Y de sus obras se desprende luminoso el símbolo.

Buscó ante todo, el carácter en la expresión y por eso acentuó un músculo, recalcó un movimiento. Un torso, un pecho palpitante, una mano nervuda, todo vale como un documento, todo nos dice una frase de la Naturaleza; y en un abrazo vehemente, en un gesto de lucha o de resignación, encerró todos los deseos, todas las angustias que agitan este inmenso rebaño humano que nunca concluye de pasar sobre la tierra.

Con ojos de filósofo, de esa filosofía sana y sutil que da el estudio apasionado de la naturaleza, vió la generalización de las grandes leyes y de los grandes lazos. Comprendió que de la planta al hombre va una cadena de analogías que se van sucediendo y complicando; que hay un lazo divino que hace hermanos al guijarro y a la flor.

A través de la variedad de formas, comprendió la persistencia de la forma; que la naturaleza, en una maravillosa repetición, crea todos sus seres con pocos signos generadores. Penetró la fuerza de sabiduría que gobierna los planos, reveladores del carácter

y del espíritu de la materia. Y analizó todos los contornos que expresan vida, desde el sutil y afilado del tallo de una flor, hasta el ondulante y sedoso de una cadera femenina.

Todas sus obras dominadas, ungidas, por esa comprensión profunda de la naturaleza, desenvuelven ante nosotros infinidad de interrogaciones y de misterios. Rodin parece haber expresado en su estatuaria reveladora, el admirable aforismo de Emerson: "Todo hombre es la enciclopedia entera de los hechos. La creación de mil bosques está contenida en una bellota. Y Egipto, Grecia, Roma, la Galia, Bretaña, América, se hallan ya en germen en el primer hombre." Por eso en cada trozo de Rodin palpita la secreta trama de la vida; y en el carácter de un torso ó de una mano, se halla la ley del hombre, la ley de la humanidad, la ley del destino; se halla la sabia "Mano de Dios" que gobierna los mundos.

La técnica de Rodin es perfecta. Su expresión es tan verdadera, que hasta llegó a acusársele de modelar sus cuerpos en vivo. Es la técnica que se expresa de adentro para afuera, como dijera él mismo, que ve los planos, no en extensión sino en profundidad. Su conocimiento del claroobscuro, de la distribución de los volúmenes, de los obscuros profundos y de los claros brillantes, es perfecto. Estudió la ley que produce el modelado sutil; comprendió el secreto del entrante ensombrecido y melancólico y del saliente orgulloso y sincero. Apasionado de Rembrandt, el pintor de la bruma de oro, llegó a ser el Rembrandt de la bruma de ceniza. Todos sus cuerpos están envueltos en esa mediatinta que suaviza los planos y anima la materia, con las vibraciones apagadas de una exquisita sinfonía en gris.

Rodin fué el escultor de la pasión; de la pasión fecundante, causa y origen de la eternidad de la vida;

de la pasión que mueve la flor que espera en la brisa que pasa el polvo de oro que la fecunda, y que hace florecer en suaves espasmos la sonrosada carne de la amante.

El instinto, fuerza divina, ley de continuidad de la especie, incitó su espíritu. Y al instinto sordo y apagado de la piedra, le obligó a expresar el instinto fogoso y primero de la especie: el instinto del amor.

Intuyó la gran verdad de que hay una fuerza suprema, instinto, atracción, que une los astros en sus inmensos giros por el espacio y que acerca al macho y a la hembra en sus tristes marchas sobre la tierra.

Expresó muchas veces esa fuerza en el abrazo ancestral y frenético. Abrazo de perpetuación que nos hace uno a todos, y que iguala en su origen y en su fin la escala natural. Abrazo amplio que lleva un fuego rítmico y una línea decorativa. Abrazo que enciende a todos los seres e ilumina todos los perfiles. Abrazo que hace bellos a los hombres vigorosos y a las mujeres febricientes. Abrazo de todas las euritmias, primer jeroglífico de la pareja humana, primer signo de la Vida. Abrazo misterioso que tiene toda la hermética geometría del enlazamiento amoroso; curvas de ignorada ley unidas a las curvas; estrechamiento supremo de líneas con suavidades de danza y de líneas con angulosidades de lucha.

El hombre y la mujer palpitan en la materia inerte, bronce o mármol. A la mujer la interpretó mística, plena de éxtasis, ante el misterio del Amor. La expresó tierna, dulce en el arranque amoroso, suave en su mirar languideciente y húmedo; suave como la quería el poeta aquel que cantara por tres veces: "De la douceur, de la douceur, de la douceur"... A veces la representó frenética, dominada por un gesto de pecadora antigua. A veces la representó vencida... Al hombre lo sintió triste, abrumado de una carga

extraña, dolorido ante un dolor que no se sabe dónde se halla. Un mirar extraño, de sorpresa ante la vida, nubla sus ojos. Y aunque Rodin hablara de su optimismo sereno, sus héroes son vagamente tristes, de una tristeza vaporosa y sutil que no tiene causa ni origen determinado. Sufren del "extraño malestar del alma ligada al cuerpo", como dijera Paul Gsell,—aquélla tejida con mucho azul, éste amasado con mucho barro.

A pesar de haber expresado todo el vocabulario del amor, Rodin no descendió nunca, en su arte, a lo innoble o lo insano. La pasión pasa sobre los cuerpos como la caricia de un ala divina, como algo elevado y ritual. Es una liturgia amorosa, que necesita de la salud del cuerpo y del espíritu.

Las voluptuosidades, el sensualismo que recorre las venas frías del mármol, es el mismo que nos domina en una serena tarde estival, ante un ocaso de misterio lila. Lo extraño, lo desconocido, el secreto del más allá del amor y de la muerte, el velo ignoto de la Isis de Pasión que cubre sus mármoles, hace seria, profunda, reveladora su escultura. De esta faz de Rodin, la más sincera y la más honda a nuestro juicio, está "Le Printemps", primavera de sangre, eclosión de vida que se trasmuta de un cuerpo a otro y de labio a labio. Está el gesto violento de "L'Emprise", el hombre unido a la mujer en la fogosidad del placer, en el instante con sabor a muerte. "L'eternelle idole", oficio de amor en el que la amante resignada y trémula como un ala caída, deja venir a sí, sobrecogido de extrañas dudas, al hombre que trae su miel para el primer vaso de amor y de amargura. Está "Sphynx", la lucha desesperada, abrazo imposible, para descubrir el fondo del sublime filtro de todos los éxtasis y de todas las agonías. La "Eva", cuerpo adorable de mujer, primera pecadora, arroja-

da del paraíso de inocencia, ardiendo en su pecho, la flagelación del arcángel guardián, y sintiendo en sus carnes, tibias aún de las caricias del hombre, un nuevo deseo de pecado. La "Danaide", extraño cuerpo de pecadora mitológica, desflorado en una tarde roja de pasiones criminales y condenado a un eterno suplicio. "Le lys brisé", ilusión temprana, primera sonrisa amorosa, candor perfumado y pálido, que el soplo de la vida ha agotado cruelmente. "Les nereides", "Faune et nymphe", "La centauresse", son fases distintas de un amor sanguíneo y salvaje. Y al terminar del cuadro pasional, la estatua de "Vieille Heaulmière" es una triste visión del fin de las glorias y de los placeres humanos. Tiene el sabor de aquellos lienzos macabros que pintaban los místicos pintores de la Edad Media. Este es un cuerpo destruído, otrora cálido y lujurioso, donde posaron todas las pasiones y todos los vicios; carroña del amor, carne que se vendía y se quemaba en su propio fuego de lascivia...

Rodin tuvo otra faz estrechamente emparentada con la anterior, por su lado humano, y que podríamos llamar su faz filosófica. A ella pertenecen, en primer término, su "Penseur", el pensamiento-hombre, y su "Pensée", el pensamiento-mujer. Aquél es el símbolo en bronce de la primer idea que agitó la célula gris en el primer hombre; cabeza agobiada por todos los misterios que pasan ante un mirar atónito y primitivo; lucha desesperante por abarcar el infinito en una mirada. Alma primera en el desierto de la vida, que siente un viento estremecedor, que viene de extrañas orillas a aullar ante la puerta cerrada del Yo consciente... "La pensée" es el exquisito símbolo del pensar femenino, mejor dicho, del meditar femenino, menos brusco, menos fuerte, menos osado, menos tenaz, más tierno, más místico, más sutil, más emo-

tivo que el pensar del hombre. Vibración del alma que abre ante la vida la tenue celosía de unas pestañas... que se cierran después lánguidas y apesadumbradas de no poder comprender el secreto que vibra en la claridad del día. Mirada bañada en sueños de amor, que tiene todas las abnegaciones y todas las ternuras; mística ante lo Extraño, no lucha por definirlo, sino por sentirlo; inmensa flor humana que abre en la tarde serena para recibir el misterio que la penetra y la besa como un rocío celeste.

Está la "Invocation", "Appel suprême", ansias inagotables de azul y de infinito. Está el "San Juan Bautista", símbolo de la fe que camina por el mundo; fuego de abnegación que hace olvidar la maraña del camino, sintiendo los éxtasis del paraíso azul. Están, por fin, "L'âge d'airain", "La chute d'Icare" y "Les Bourgeois de Calais", retrato admirable de las formas que adopta el sacrificio cuando lo anima el cuerpo vigoroso de un adolescente, en un patético adiós a la vida, la profunda cabeza de un místico que ya no pisa esta tierra, el ropaje doloroso de un desengañado de la vida... Y por último, su discutida "Mano de Dios", extraño símbolo del Destino, expresado por una inmensa mano guiadora y sabia, justa y serena, llevando en su palma la pareja amorosa; instinto que cuida de sí mismo; Dios que palpita en cada célula y que vive en el polen y en el seno de la virgen; mano del infinito, causa primera, el Todo que vela por la parte, y la parte que encierra y justifica el Todo.

Por último, está el admirable Rodin de los retratos; el Rodin tan discutido de los monumentos a Víctor Hugo, a Sarmiento, a Balzac, etc. En el de Balzac, su obra más vilipendiada, ha sufrido Rodin, según la opinión de autorizados críticos, la influencia

impresionista de Medardo Rosso. Trató de hacer expresar a la vibración monocroma del mármol, el aire, el ambiente que rodea una figura. Dejó de lado todo detalle accesorio, e intensificando la expresión y el gesto del novelista, envolviéndolo en la noble túnica del trabajo, consiguió esa sobriedad de la masa tranquila que da una sensación de fuerza, de valor, que pocas veces tienen los monumentos a los grandes hombres contemporáneos.

Analizada la obra de Rodin en conjunto, se siente la pasta eminentemente francesa que componía su mentalidad. Fué ajeno a las tendencias *snobs* o exóticas. Sólo los grandes, Miguel Angel y los griegos, dejaron trazas de su labor inmensa. El mismo lo confiesa: "He oscilado en mi vida entre dos grandes tendencias de la estatuaria, entre la concepción de Fidias y la de Miguel Angel. Partí de lo antiguo, pero cuando fuí a Italia, me impresionó en seguida el gran maestro florentino, y mis obras se han resentido ciertamente de esa pasión." Pero Rodin, como todo gran cerebro, mantuvo su personalidad, a pesar del influjo de Miguel Angel. Aprendió de aquél los secretos del lenguaje elocuente, la forma de hacer palpitar el músculo. Pero su concepción es distinta de la de Miguel Angel. El sufrimiento sobrehumano, la tortura espiritual, la angustia, el deseo insaciado de abandonar la vida, ese dolor que se llama ya Miguelangelesco, Rodin no lo expresó. Torció su concepto de la vida, de un ocaso de dolor hacia una aurora de esperanzas; y mientras el genio de la Sixtina retorció la carne castigada por ancestrales torturas, Rodin hizo florecer una carne sana, voluptuosa, serena, que se abre como una pálida flor de mármol al calor de la vida. Así, Rodin, después de haber probado el agrio licor que ofrece el genio de Florencia en su cáliz de amargura, volvió sus labios a la copa cincelada por

los dioses antiguos, que allá lejos, en la Grecia azul, le ofrecían Fidias el maestro y Sisipo el divino...

Este es el legado del genio de Rodin para las generaciones futuras. Mientras la enorme caravana humana pasa por estos anchurosos valles de la tierra, los grandes hombres, los sembradores de símbolos, van dejando un pueblo quieto y elocuente, "peregrinos de piedra" en el eterno rodar de los siglos. En ese pueblo inerte, que viene desde el Egipto hierático y enorme, desde Grecia serena y luminosa, desde Oriente esotérico y lujuriante, desde la Edad Media, mística y espiritualista, desde Miguel Angel torturado y doliente, Rodin ha colocado sus piedras: seres ardorosos y tibios en el abrazo de vida, carne sana, rítmica, ondulante, nervio de exaltación amorosa, dinamismo vital que se propaga...,—héroes de pasión, que parecen decir para los días futuros, que por sobre la amarga tristeza de la vida, está la dulce tristeza del amor, fecundo y grande.

Otra modalidad del espíritu de Rodin hecho a la antigua, enciclopédico y vasto, es su modalidad de crítico y de literato. Su manual "L'art", es una conversación acerca de la belleza, en donde se oye siempre la frase justa y verdadera del maestro. Y su obra grande, romántica, de "Les cathédrales de France", obra donde habla el escultor como arquitecto y el arquitecto como escultor, nos revelan un Rodin más unido a nosotros e intensamente comprensivo de nuestro arte. Como Miguel Angel, Rodin fué un arquitecto, pero la época actual, tan distante del lujo del Renacimiento, no le permitió realizar el desarrollo integral de una concepción plástica, contribuir a la "catedral ausente", como dijera Carrère. Admiró la eterna belleza de las catedrales góticas. Veló junto

a los muros de piedra, espiando en todas las horas del día el sabio juego de la luz sobre las lujosas piedras labradas. Vió el sol pasar por los ventanales e iluminar con un terciopelo violáceo los ábsides litúrgicos; comprendió el espíritu de la época y la genialidad de la raza que obtenía los mayores efectos de modelado y de líneas, por la intuición artística que la dominaba. Y cantó su himno a las catedrales.

Su voz de apóstol contribuirá a hacer pensar a la admirable raza francesa, en la belleza y la inspiración que encierra ese maravilloso arte gótico desde tanto tiempo incomprendido y olvidado; primer arte francés legítimo y noble, que hoy, animado por un fuego antiguo y heroico, parece luchar por hacerse sentir, por hacerse venerar, por romper el velo de olvido que lo envuelve, exponiéndose sereno, el primero en la lucha, el primero ante la muerte, para conquistar una gloria de resurrección en el trágico momento histórico.

Carlos Herrera Mac Lean.

INÉDITOS

SINCERAMENTE

Oigo, profundamente, tu reproche fraterno:
—No seas tan violento ni tan recio. En el Arte
Hay que ser más sutil, más afinado y tierno,
Y no gritar en áspero. Tienes que serenarte.

El Arte no va a golpes ni está en un estandarte:
Es una cosa viva que filtra de lo interno;
Que puede ser un beso, una angustia, un eterno
Deliquio; un inefable dolor para cantarte.

Eso es Arte, mi amigo, y es íntima poesía,
Pero esa fina música no puede ser la mía.
Yo soy brusco y ardiente como una llama clara.

No sé llorar en verso ni me sale el gemido;
Me lleva el entusiasmo como un río escondido,
Y siempre me verás con la fuerza en la cara.

LUZ Y AGUA

Veo una luz que salta en medallas y estrías
Desde la orilla dura del mar de sombras frías.

Esa luz que se estira y se abre sobre el mar,
De lejos flota larga,
Y al borde se hunde viva hasta el fondo del mar.

Seriamente acodado en los balaustres, pienso
Cómo la luz y el agua juegan a la distancia,
Y cómo, al acercarnos, hay un temblor intenso
De sondaje amoroso y de húmeda fragancia.

... Así somos, hermanos, con esta vida nuestra
Adonde entra la luz de nuestros nervios finos:
A lo lejos la luz distendida se muestra,
Y en las entrañas se hacen los incendios divinos.

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

POEMAS DEL ESTÍO

MIEL DE LECHIGUANA

La miel de lechiguana
empieza a perfumar como las rosas;
en Abril.

Es estío: yo siento
zumbar la avispa indígena, sin tregua
entre las flores;

y he recordado que en Abril y en Mayo
me chuparé los dedos
y el lagarto la cola.

La flor del ceibo, la del ñapindá,
la microscópica y blanca de las hiedras
y el sol ardiente;

la energía tremenda del insecto;
el verano que vibra!—
todo esto lleva el néctar.

Todo esto lleva el néctar;
poseerlo casi siempre cuesta
un poco de veneno...

(en la vida,
obtener una esencia cuesta siempre
un poco de dolor).

Seriamente acodado en los balaustres, pienso
Cómo la luz y el agua juegan a la distancia,
Y cómo, al acercarnos, hay un temblor intenso
De sondaje amoroso y de húmeda fragancia.

... Así somos, hermanos, con esta vida nuestra
Adonde entra la luz de nuestros nervios finos:
A lo lejos la luz distendida se muestra,
Y en las entrañas se hacen los incendios divinos.

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

POEMAS DEL ESTÍO

MIEL DE LECHIGUANA

La miel de lechiguana
empieza a perfumar como las rosas;
en Abril.

Es estío: yo siento
zumbar la avispa indígena, sin tregua
entre las flores;

y he recordado que en Abril y en Mayo
me chuparé los dedos
y el lagarto la cola.

La flor del ceibo, la del ñapindá,
la microscópica y blanca de las hiedras
y el sol ardiente;

la energía tremenda del insecto;
el verano que vibra!—
todo esto lleva el néctar.

Todo esto lleva el néctar;
poseerlo casi siempre cuesta
un poco de veneno...

(en la vida,
obtener una esencia cuesta siempre
un poco de dolor).

Es estío: yo siento
zumbar la avispa indígena, sin tregua
entre las flores.

Y he recordado que en Abril y en Mayo
me chuparé los dedos
y el lagarto la cola.

LA CHICHARRA

Siesta.
Canta una chicharra.
Hipnosis. Obsesión.
Llega hasta mí
como un aliento tibio
de la sierra y el monte.
Yo me duermo y sueño
que un corazón palpita
y se desangra al fin
con una larga queja...
(que así es el canto
de la chicharra).

José Monegal.

Melo.

Desde Melo, — «Melópolis», como acostumbra llamar a la capital de Cerro Largo Casiano Monegal,—nos llegan estos versos nuevos de un nuevo poeta, hermano de Casiano y dueño de una guitarra arachana que trae voces desconocidas al arte de la ciudad . . .

Bienvenido sea, como todos los jóvenes.

"EL NIÑO QUE ENLOQUECIÓ DE AMOR"

Como su nombre parece ya indicarlo, "El niño que enloqueció de amor" es un libro romántico, pero realizado con tan grande equilibrio, que no hay la más mínima extralimitación en su fondo realista. "Realista y romántico", hemos escrito adrede, pues aunque aparentemente estos términos chocan y parece que se rechazan, en Eduardo Barrios hay una excepcional coincidencia, que le permite expresar en la más delicada forma los episodios que, referidos por otra pluma, ruborizarían al lector, como, por ejemplo, la escena en que la madre y el amigo de la casa, observando la mustia palidez y las ojeras del niño —el pobre pajarito que ha cantado en la noche,—se obstinan por descubrir la existencia de vicios que la criatura ni siquiera concibe.

El asunto de "El niño que enloqueció de amor", es sencillo como la propia vida. "Avecitas hay—dice Barrios, en su preámbulo lírico—para quienes el rayo de luna tiene un poder de sortilegio. Y tras de cantar, saltan aturdidas y vuelan... Sólo que, como no es el día el que llega, se pierden pronto en la obscuridad, o se ahogan en un lago iluminado por el pálido rayo de oro, o se rompen el pecho contra las espinas del mismo rosal florido que, horas después, pudo escucharles sus mejores trinos y encender sus

más delirantes alegrías. ¿Cuál es el rayo venenoso que despierta algunas almas en la noche, les roba el amanecer y las ahoga en una existencia de tinieblas? Voy a referiros el secreto de un niño que enloqueció de amor.'' Y viene la novela, hecha en forma nerviosa como un libro de memorias. El novelista asegura, con táctica socorrida, que aquel cuaderno se lo entregó la casualidad y que lo había guardado respetuoso, ''con el respeto que merece un niño sentimental y entristecido, una víctima del rayo venenoso que ilumina los corazones antes de tiempo y los lanza en ese vórtice llameante y obscuro, dulce y terrible del amor.''

Aun cuando no pensamos hacer sino un bosquejo somero del asunto, vamos transcribiendo frases de Barrios para que el público advierta la fina y grácil y rítmica prosa, verdaderamente artística, que da realce al íntimo y doloroso episodio.

En primera página del cuaderno, el párvulo nos habla de don Carlos Romeral, que es el hombre más inteligente que conoce. Adivinamos en seguida, una de esas almas, grandes y comprensivas, que nunca faltan en las obras de Barrios, y que en ''El niño que enloqueció de amor'' es el amigo de la casa, y en ''Un perdido'' se llama Papá Juan. Don Carlos Romeral le ha dicho al niño que lleva un diario de su vida, esto es: ''Un cuaderno en donde algunas personas escriben todos los días lo que les pasa, porque a veces no se pueden conversar con nadie ciertas cosas.'' El niño, chico y todo, sabe ya esto; y sabe que esas cosas, precisamente, suelen ser las más gratas e importantes.

¿Veis?... Quiere decirse que el niño tiene un secreto. De inmediato, atraídos por el título del romance, entramos en curiosidad. Y a poco, leyendo escasas líneas, más abajo, sabemos que el niño está enamorado de Angélica.

Pero Angélica, al contrario de lo que puede suponerse, no es una niña de su tiempo: se trata de una joven casadera. ¡Un niño, silencioso y sentimental, que ama a una mujer! ¿Imagináis el drama?... Drama silencioso, sin aullidos, ni puñaladas, drama en el que una mano pérfida—la mano de Eros—se apodera de un pobre corazón y lo oprime hasta sacarle todos sus zumos, como si fuese una fruta verde.

Angélica va de visita a la casa del niño, y él, que no anhela sino verla, se siente cobarde, se descompone y se oculta. "¡Me da más rabia! ¿Por qué seré tan nervioso?", se desespera la criatura (pág. 15). El niño tiene miedo. Y tiembla más cuando ella, al encontrarlo, le besa y le abraza. Parécele que va a enfermarse. Y lo que más le aflige es que Angélica, sin reparar en la acusadora turbación, lo quiere como lo que es: le quiere... como a un niño.

Otro día, en que el protagonista sale a la calle con su mamá y con Angélica, se les acerca un joven untuoso. Al niño le dicen que vaya adelante. Se despide luego el galán y la señorita se muestra muy alegre, pero el niño sufre. ¡Sufre ante aquella alegría, comprendiendo sin comprender!... Ya junto a la casa, el mocosuelo rompe a llorar, y cuando, cercado a preguntas, confiesa que en su aflicción tiene la culpa el asedio solícito de aquel joven elegante que se fué, Angélica sonríe y acaricia las sienes cándidas, mientras de su boca de flor escapa esta pregunta: "¿No quieres ser mi novio?". Y luego, dirigiéndose a la mamá: "¡Qué chiquillo tan rico!" Y el niño tiene pena... y el niño quisiera tener más.

Y se intensifican las angustias, y se desvela por las noches, y llora silenciosamente, cuando nadie le observa. Aquel llanto le calma, y quiere llorar más, pero hay un momento en que ya no puede, tal vez porque el exceso de pena ha desbordado el corazón y se ha

ido con las lágrimas. El niño evoca a Angélica, tal como la viera el día en que la conoció. Y describe la impresión en su cuaderno: "Se había puesto un vestido solferino, y se le reflejaba el color en la cara, y en los ojos se le veían también dos puntitos solferinos. Estaba muy linda—agrega, con insistencia infantil,—pero muy, muy linda. ¡Cada día es más linda!... Esos ojos, como nuevecitos, flamantes, que pestañean de un modo tan raro, tan bonito: muy rápido, alegrándolo a uno; y el pelo se le riza y en las puntas se le va poniendo rubiecito..."

Hemos de convenir en que si esto no puede haberlo escrito un niño, las observaciones sí: las observaciones sólo puede haberlas hecho quien ha comprendido, amorosamente, el alma de un niño tierno y muy precoz. La madre apunta, aunque sin concederle demasiada importancia, en el momento de la visita: "Este chiquillo se ha enamorado de ti, Angélica. No te despega la vista." Y las dos mujeres se sonríen. Más tarde, Angélica le pregunta al pequeño enamorado si la quiere, y él prorrumpe: "¡Más que a nadie en el mundo!". Su confesión le avergüenza; pero no puede remediarlo: se le ha escapado. El niño, esa noche, no puede ya estudiar y va a acostarse pretextando que le duele la cabeza. Aprovecha la soledad para escribir su diario.

¡Pobre infante, extraño entre sus hermanos, que no le complican en sus juegos... ¡porque él no sabe jugar! ¡Flaco y contemplativo, es tan distinto! En su nacimiento, debe haber algo extraordinario, porque la abuela le hostiga y no le quiere; en tanto, como más chico, es el predilecto de la buena mamá. ¡Cuánto sufre el pequeño porque no es grande! Si fuese hombre... ¡haría tantas cosas! Siempre fué triste, pero ahora su tristeza ha formado nimbo a una figura femenina: Angélica. ¡La adora tanto! En su pre-

sencia, hácese la ilusión de que le dice frases apasionadas y, a solas, conversa con el retrato que ha sustraído de la sala. La posesión de aquel retrato lo turba, porque le parece que si los suyos lc encuentran, va a descubrirse su pasión, y una noche, en camisa, salta del lecho, y va y lo vuelve al álbum. En sus vigilias, el niño, cada vez más flaco y más pálido, ha empezado a experimentar terror.

La madre y la abuela piensan que puede estar enfermo. Hace muchas noches que no juega. Y el niño quiere morir de espanto, por si descubren su secreto con tan obstinada observación. El niño quiere que lo quieran, però, en tales momentos, la solicitud cariñosa de su madre llega a pesarle. Y juega, juega sin ganas con los hermanitos, que son tan desemejantes, juega para despistar. ¡Cuánto sufre haciendo ver que goza! ¡Y cómo disfruta la madre, al suponerlo, por fin, contento!

Pero Angélica tiene ya relaciones con el joven untuoso. Se llama Jorge, y al pequeño rival le parece cargante, con su elegancia, sus finos ademanes, sus ojos redondos y los bigotes de cepillo. El niño no se inquieta mucho, pues un día preguntóle a Angélica si quiere "al tipo" y Angélica le dijo que no. Entonces, ¿por qué más tarde se preocupa?... El niño, que lee cuentos, ha soñado que Jorge ama a su Angélica y ha tenido visiones horrorosas, durante las cuales Jorge se suicida, y hay un revuelo tremendo, y corre la gente por la calle... Pero, ¿qué importa todo? La beldad — siempre en sueños — ha dicho al niño que nadie la quiere como él, y que va a esperar, para casarse, a que él sea grande. Y el tierno enamorado reflexiona: "No veo por qué no puede suceder así. Ella sería siempre mucho mayor que yo ¡claro! Pero, ¿no hay tantas viejas casadas con jóvenes? En esos ma-

trimonios, digo yo, ¡cuántos se habrán querido como Angélica conmigo!"

Encantadora ingenuidad de quien no ha visto aún todo lo que hay de venal, y de insincero, y de repugnante en la vida.

El niño, tan querido de su madre, no es feliz con los suyos, y hasta en cierta ocasión, en que hablaban confidenciales las mujeres, le ha pegado su abuela, ante el gesto bravío de la mamá, que le estrecha contra su corazón, y lo besa, diciéndole: "¡Pobre angelito, qué culpa tendrás tú de nada!" Basta el detalle para que nos afirmemos en nuestra presunción: esta criatura debe ser hija de EL PECADO, pues, de lo contrario, no llegaría la abuela hasta el extremo de balbucir: "¡Valía más que nunca hubieras nacido!" Poco a poco, la tragedia de aquel pobre corazón va conturbando nuestra ánima.

Saltemos por encima algunos episodios. Una tarde, al salir del liceo, el niño, que ahora estudiaba, para ser hombre, se arriesga y entra de visita en casa de su novia (¡su novia!). Le dan una flor para la mamá, una flor cortada por Angélica, y él cumple ese encargo, esperando a que la rosa se amustie y sea echada al cajón de la basura, de donde la va a sacar, guardándola como recuerdo. Angélica visita ahora con frecuencia la casa de la familia, y el niño, viéndola a menudo, es casi feliz. A veces le entra una alegría inmensa y a veces le da esa pena "suavecita del cielo". Todo lo que ve desde su ventana le resulta poético. Hasta el chorro de la fuente, que no sabe si por lo que salta o por lo que suena, le parece un pajarito. Hasta el patio surge tan fresco, que se diría que se lava y que se peina por las mañanas al igual de las personas. Pero el niño debe andar mal, porque le sacan sus libros de cuentos, que le han sugerido tantas fantasías, con Angélica de princesa y él de

enamorado, que en vez de irse a correr el mundo por el camino de flores, se va por el de espinas, abnegación que le vale casarse con la hija del rey.

Y llega el escándalo: Jorge y Angélica, en una fiesta, en la casa de la joven, han hablado muy juntitos, ante la indignación del niño. ¡Cómo siente la necesidad de desahogar su pecho ante la madre, el pequeño! Pero no: como afirma don Carlos, hay veces en que no se debe ni chistar. El niño sufre en silencio; se pone más pálido; el rector del liceo, conjuntamente con los profesores, lo hallan demasiado formal, "cosa que no está bien en un niño". Don Carlos va a llevárselo al campo. El médico lo ha encontrado anémico, pero lo atribuye al crecimiento. ¡Y la mamá y don Carlos que desconfiaban!... Pero el médico ha dicho que el niño "va a ser hombre pronto", y el niño no quiere marcharse de Santiago, pues ya no verá a Angélica, que, como él va a ser hombre pronto, bien lo puede esperar. De repente, el niño se ha puesto muy enfermo, y él casi se alegra, por si le dicen a su amada que se ha muerto de amor. Por las noches delira y debe balbucear su nombre. Quizá por esa obsesión, su madre lo lleva a casa de Angélica, un poco más repuesto, en el día de su santo. La casa está en fiesta. ¿Para qué fué?

Ve a Jorge y Angélica besándose en la galería, y huye rumbo al *buffet*, donde está su mamá, y rompe a llorar, y grita, y la concurrencia se queda persuadida de que aquel chico, en un descuido, se ha emborrachado con cacao. Aquella noche le sobreviene muy alta fiebre. En seguida el niño se queda loco.

¡Con cuánta unción, con qué emoción, pone el novelista chileno el broche de su comentario a la historia desgraciada de este niño, historia que provocó el elogio lírico de muy notables poetas! Eduardo Ba-

rrios, tan psicólogo y tan artista, surge por encima de todo, en este libro, como un gran corazón.

VICENTE A. SALAVERRI.

Recientemente, inaugurando las conferencias de extensión cultural del Liceo de Treinta y Tres, celosamente dirigido por el señor José Pereyra Rodríguez, el novelista de «Este era un país», ha estudiado la personalidad del gran escritor chileno Eduardo Barrios. Esta glosa de uno de los libros más bellos que tiene en su haber el autor de «Un perdido», formó parte de la aplaudida disertación.

VERSOS

LOS NIÑOS DE AMBAR

Ha cubierto todo el parque
la ceniza de la tarde

Por el césped moribundo
avanzan
los enfermos niños de ámbar

Un pandero rojo tañen
sus manecillas de plata

Se detienen.
Están solos

Una flauta los envuelve
en lenta, grave danza

Luego
en un racimo
los infantes ambarinos
cantan.

CITA

Mis brazos te esperaban cada tarde

Siempre hubo una luna
en el fondo de mi vaso

Mi voz vació tu nombre
en los surcos más distantes

TÚ NO LLEGABAS

Los días
Morían en las jarcias

Cuando tú apareciste
mis ojos cantaron

Traías en las manos
el halcón de los ocasos.

AUSENTE

Todos mis navíos
han zarpado

En la orilla
se marchitan los adioses

AYER
HOY...
¿CUÁNDO?

Yo no sé cuál hora
apagó la luz de tus manos

¿VOLVERÁS?

En mi corazón se mece
anclado
el recuerdo de tus pasos.

Chile. A. ROJAS GIMÉNEZ.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

Del joven Zavala Muniz conocía dos aspectos: una caricatura trazada por un lápiz infantil e inserta en la revista "Trabajo", de Melo, y algunos artículos publicados en los periódicos cerrolarguenses, bastantes para formar un juicio favorable del novel escritor.

Entre esos trabajos recuerdo una semblanza de Eduardo Dieste, escrita con desenvuelto estilo.

Personalmente no sé cómo es Zavala Muniz, y a la verdad que poco afecto soy a buscar amistades. Así que Zavala Muniz y yo tal vez nunca nos conozcamos.

•

La edad de este mozo de letras hace simpático su libro de debut.

Si él hubiera ocultado sus años, los lectores de "Crónica de Muniz" habrían entendido encontrarse con un autor adulto, y con toda la barba; mas como el propio interesado se adelanta en la confidencia, el asombro y la buena disposición van hacia él.

Zavala Muniz estaba en edad de hacer un hermoso panegírico de su héroe; esa edad juvenil y briosa dispuesta a arremetidas quijotescas, sin contemplaciones ni influencias torcedoras de la pasión reivindicatoria; edad de lanza en ristre y espíritu rebelde y sano.

Zavala Muniz escribió su libro en el momento oportuno de su existencia, esto es, cuando el cariño, el

afecto, el reconocimiento y la verdad de primer agua —llamo así a la verdad exenta de interés partidario— dieron suficiente empuje para limpiar de lodo la figura de su abuelo.

Algún adversario del guerrillero dirá al leer "Crónica de Muniz": "¡Qué sabe este chiquilín de esas cosas!", frase que bien pueden pronunciar el doctor de Herrera o Javier de Viana, pongo por caso.

•

Antes de decir dos palabras sobre el libro quiero felicitar a su autor por confesarse "impolítico", o ni blanco ni colorado. ¡Aquí nos damos la mano! Yo tampoco soy partidario de ningún credo, caudillo o divisa. Que seamos Ashaverus, en medio de las caravanas idólatras y tradicionalistas. Ellas con sus fardos de glorias y culpas y nosotros al margen de los conciliábulos, solos y sin prevenciones!

•

Valiente y sentimental el prólogo. Con mucha sensatez las rectificaciones y transparencias de los autores que denigraron a Muniz. Zavala duda de que Saravia conoció a Plutarco, César, Suetonio, etc., como magnánimamente atribuye el evocador de "Gaucha". Tal vez tenga razón. ¡Los clásicos no han entrado en la campaña!

•

Sólo en el marco profuso de interesantes panoramas lugareños pudo el nieto reivindicador alzar la efigie de su caudillo. Porque limpio de oropeles y reminiscencias, el general Muniz, a la par que muchos combatientes criollos, no tiene esos valores que la historia reclama. Ni Muniz ni Saravia han sido héroes, no. Que la predilección familiar no nuble el frío criterio histórico. Fueron prototipos de la postgesta indígena, con mucho coraje y desinterés, si cabe, pero de ahí a merecer los honores de la posteridad, va mucha distancia.

Los cuadros de tierra adentro, las escenas rurales, las hierras, los raptos caballerescos, los entreveros y las luchas cuerpo a cuerpo, los paisajes campesinos, el incendio de la casa paterna, el vacío hostil en las postrimerías del protagonista, todo el escenario y sus luchas y soledades, están pintados gallardamente, entusiastamente, amorosamente.

En resumen: un libro que es un triunfo de juventud. Zavala Muniz tiene pasta intelectual. Recogerá lauros en un futuro no muy lejano.

E. Torres Grané.

COTA HUGARTE

Me miré en sus ojos y el amor en ellos
Con celeste influjo vi resplandecer,
Quimera y ensueño fueron los destellos
De sus ojos negros en mi padecer.

Alma adolescente: gracia y armonía
Reflejaba, virgen, en todo su sér.
Cruzóse en mi vida y le dijo ¡mía!
La trémula y honda voz de mi querer.

El amor entonces prendió sus divinos
Fuegos ilusorios en mi atardecer,
Para que entonara por esos caminos,
Líricas canciones, a su renacer.

WIFREDO PI.

Durazno.

EDUCACIÓN

Economía Pedagógica

> **Nos institutions scolaires constituent un régime oú le gaspillage de forces et de temps est véritablement effrayant!**
>
> ***Ed. Claparède.***

No sé si a alguien se le ha ocurrido formar la rama de Economía que encabeza como título este artículo, para colocarla convenientemente en el conjunto de ciencias que pertenecen a la Educación. Entrego a los especialistas la cuestión del nombre, por lo que etimológicamente puedan significar sus vocablos; pero hago mía la idea, si no hay quien se haya anticipado a lanzarla, como creo, de que se recojan y ordenen todos los datos que puedan llevarnos a sacar el mejor y mayor provecho posible, de la cantidad de energías físicas y psíquicas que los niños someten, durante el tiempo de su dependencia natural y legal, al gobierno (entendamos administración) de sus padres y maestros.

Cada día se hace más indispensable la necesidad de evitar el abandono y el derroche de los dones que el ser humano aporta a la existencia, porque cada día se complica más el organismo social, de cuyas funciones el individuo es, a la vez, agente y recipiente.

Véase, en el epígrafe de este artículo, lo que dice, juzgando procedimientos actuales, una de las primeras autoridades de la ciencia pedagógica moderna:

"Gaspillage de forces et de temps effrayant", hay en las instituciones escolares europeas. Podría hacer citas referentes a Norte América. Allí también existen confesiones sinceras, que, como esa, si no han de consolarnos, porque el consuelo por el mal ajeno no enaltece mucho a quien lo siente, han de permitir que no tengamos vergüenza para hacer visible lo que nosotros descubramos en nuestro medio y que trabajemos sin sentir la preocupación de ese fardo aplastador llamado culpa, que los negligentes suelen arrojarse mutuamente.

En el artículo titulado "Enseñanza Primaria y Secundaria", creo haber puesto en evidencia que nosotros malgastamos anualmente un enorme capital escolar, entendiendo por *capital*, la suma de valores morales y materiales que el Estado administra en sus organismos de Instrucción Pública.

Ese *"gaspillage de forces et de temps"*, reconocido dondequiera que se estudien los resultados positivos de la Enseñanza primaria y secundaria, parte, no hay duda, del desconocimiento de la naturaleza del niño. De eso pienso ocuparme más adelante.

Hoy no me guía el propósito de mirar los hechos con la lente del análisis, sino con el anteojo que sirve para ver un conjunto a gran distancia. Los detalles que cito son de orden sintético, aunque parezca lo contrario.

El niño falta a la clase muchos días del año, porque pasea con sus padres, porque está enfermo o delicado. Nadie sabe después dónde están rotos los eslabones lógicos de los juicios para la comprensión de las lecciones que el programa fija y el maestro prepara, porque nadie puede llevar cuenta de las lagu-

nas diseminadas. El maestro falta alguna vez, porque también tiene un organismo sujeto a las alteraciones de la enfermedad y a otras contingencias de la vida; y la clase, en esos casos, pierde el día, aunque aparentemente funcione. Hay epidemias durante el año; hay fiestas que interrumpen la labor con programas no siempre en armonía con el que rige para la enseñanza; hay momentos, en cualquier época del año, que deben dedicarse a procurar datos de estadística para las autoridades; hay días de organización, en marzo, que hacen el efecto revoltoso de una piedra arrojada en la corriente del agua mansa; los hay para el examen médico, de fiesta, de asueto y de lluvia, en los 365 del año, contados a razón de cuatro horas, en el máximo de trabajo.

La Economía Pedagógica, aunque deba extenderse hasta el estudio de los métodos y procedimientos de enseñanza, para confundirse con la Pedagogía aplicada, tal como se encuadra en este artículo, debe ser el contrapeso racional de los ideales, cuando éstos, siguiendo el vuelo de nuestras aspiraciones, olvidan que muchas cadenas nos ligan a intereses terrenales.

Quisiéramos que el niño desenvolviera, íntegra y armónicamente, todas las aptitudes de que está dotado; quisiéramos que adquiriera en la Escuela primaria, las nociones elementales de todo lo que convendría que supiera más adelante; quisiéramos inspirarle sentimientos altruístas en favor de la humanidad, sin distinción de pueblos ni de razas; quisiéramos que el amor a la patria y a las instituciones, se alimentara con el recuerdo de la leyenda histórica de sus antepasados; quisiéramos que fuera diestro, sano, ágil; que su alma vibrara por la dulce emoción del arte; que llegara a adquirir una aptitud especial, respondiendo a su vocación; que fundara un hogar y que, por mantenerlo, supiera luchar en competencia,

con honradez, sin humillación ni soberbia; que fuera en el trabajo, estudioso y creador, y que, buen ciudadano, nunca dejara de prestar su concurso a la finalidad del Estado.

Todo eso pretendemos perseguir, apiñando niños en masas que obligan a establecer un régimen disciplinario muy reñido con los dictados de la ciencia que estudia la evolución normal del ser humano, y en un tiempo ¡ay! muy limitado.

Cuando Fulanito, en plena función de clase, se queja porque Menganito hizo caer un borrón sobre la blanca hoja de su plana, le dió un empujón o un cachete, y en mil incidencias cuyo relato sería inacabable, el maestro más conocedor del alma de los niños, tiene que pasar por alto muchas veces, la averiguación del caso, y apremiado por las circunstancias, resolverlo tronchando en flor sentimientos puros y delicados.

Justicia, deber, verdad, bondad, respeto y demás conceptos que pertenecen al dominio de la moral, por motivos al parecer triviales, diariamente sacrifican su sentido.

Se dice que el programa no hace al maestro. Es verdad; no lo hace, pero lo deshace. Por seguir su letra, se prescinde de las convicciones y se dejan irresolutos muchos problemas.

El programa es el primer responsable del *gaspillage''*. Su influencia positiva suele ser poca; la negativa, cuando sus normas no han sido medidas por la realidad, mucha. Por eso, no se deja de tener razón, cuando, queriendo remediar males que saltan a la vista, se piensa en él.

"¡Hay que suprimir! ¡Hay que cortar! ¿Para qué sirve tanto de ésto? ¡Antes se sabía más de lo otro, que es más útil para la vida!" Entre los comentarios que se oyen, el sentido común dice muchas cosas bue-

nas. ¡Lástima es, que sólo las diga el sentido común! No es él quien hace los programas; no podría hacerlos aunque se le confiaran, porque es *incompetente*.

La competencia se adquiere estudiando, y el estudio, con sus tendencias siempre ascendentes, mira con desprecio los propósitos de reducción, que llevan a un descenso.

Yo me he encontrado ante esa dificultad, formando parte de la Comisión encargada de proyectar los programas que están actualmente en ensayo.

Por un lado acortábamos y alargábamos por otro. No había reducción posible, porque teníamos siempre presente la imagen del niño ideal.

Datos numéricos prolijos, teniendo en cuenta todos los factores que intervienen para formarlos, es lo que debe ponerse frente a los redactores de un programa, sin que por esto se vean ellos impedidos de fijar la vista en alto, para ampliar, a medida que lo permitan, el conocimiento de métodos de enseñanza fundados en el estudio psicológico del niño, y otras circunstancias.

La rama científica que me he atrevido a bautizar con el nombre de Economía Pedagógica, de ser oída, pediría a las autoridades escolares del mundo civilizado, que se pusieran de acuerdo para formar una Estadística prolija de los resultados de la enseñanza, a fin de que se trazaran vías de acuerdo con sus datos, evitando, entre otros males, la marcha forzada hacia atrás, que se hace hoy, al pasar de la Escuela Primaria a la Secundaria.

¿Será mucho, proponer que con ese solo fin se celebren periódicamente Congresos Internacionales?

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

Abril de 1922.

GLOSAS DEL MES

Leal de Souza

Ha estado en Montevideo los días fugaces de un viaje de tránsito, Leal de Souza, uno de los más grandes poetas brasileños de la hora.

De lejos y de mucho atrás, sabíamos de su verso sonoro y emocionado, de su alma resplandeciente y bella. "Bosque sagrado" es uno de los más hermosos volúmenes de poesía que tiene la moderna lírica brasileña.

Pegaso rindió homenaje de admiración y simpatía al dulce poeta de las saudosas canciones, y le hizo presidir la mesa de su acostumbrada comida mensual, dedicándosela en reverencia cordial y afectuosa.

En ella, Leal de Souza habló del parnaso brasileño contemporáneo, recordó con emoción su íntima amistad con Olavo Bilac, "el príncipe", y recitó tres magníficas poesías de última cosecha.

Francisco Soca

Casi de improviso, murió este mes el doctor Soca,—acaso el único maestro, el verdadero sabio uruguayo.

Con él se va un ciclo de juventud brillante, una luz intensa y pura, una vida gloriosa y patriótica.

Su entierro fué una consagración popular y un homenaje oficial, de respeto y de orgullo.

Eduardo Fabini

He aquí el triunfo decisivo de un artista. Tras diez años de silencio, de abulia, de bohemia lírica y sentimental, ofrece una noche de abril en el teatro lleno, la música exquisita de un poema, compuesto en gloria del campo criollo.

"Campo" se titula el poema sinfónico, y la ciudad entera se estremece de entusiasmo ante la partitura magnífica, que canta al campo patrio, resonante de leyendas en la paz dulcísima de sus atardeceres.

La crítica, la prensa, la amistad, todos se unieron en coro plural, para alabar el triunfo de Fabini, que ya está consagrado.

He ahí la gloria de dos alas que trae laurel en el pico y oro en las rémiges.

La «Editorial Pegaso»

Este mes, se ponen a la venta los cinco primeros libros del año que publica la Editorial Pegaso, en su patriótica labor de cultura nacional.

"Alma Nuestra", — cuentos de Montiel Ballesteros, — "La escuela y el progreso", — obra de pedagogía social, por la señorita María Espínola y Espínola, — "Estocadas en la aldea", — apuntes de Vicente A. Salaverri,—"La sombra alucinada", versos de Mario Menéndez y "Los simples motivos", poesías de Diego Larriera Varela, son los libros a que me refiero.

Que un éxito justo impulse el vuelo de estas lonas infladas, que van a cruzar el mar azul, — lleno de Dios, — con afán lírico y ardor helénico de juventud.

TELMO MANACORDA.

Accidentes

Nuestra moralidad administrativa nos resultaba ingrata, pues denotaba señalado atraso si con otros aspectos de nuestra civilización se comparaba. Cultivábamos una escrupulosidad arcaica en el manejo de los dineros públicos, y eso, más que cualidad elogiosa y honorable, se nos aparece triste signo de que nuestra organización económica se resiente de la insuficiencia de sus comienzos.

Era entonces obligatoria una sórdida minuciosidad en el manejo de las doblas, y justo era llevarlas con las manos en alto, en azafates lujosos; pero nuestro adelanto, el impulso que acelera nuestra evolución, requieren finanzas menos cicateras, menos domésticas, podríamos poner, ya que el cuidado de nuestra hacienda evoca dificultades y angustias de ama de casa.

Tal cual vez, ciertamente, algún despilfarro vino a alterar esas prácticas estoicas; algún truchimán de nuestra política cargó las arcas del país con sus megalomanías; pero eso no formó escuela, triunfó el hábito y se conservó ese estigma de ñoñez en el esplendor de nuestra civilización.

Al desarrollo normal de un país también le corresponden alternativas: una línea siempre ascendente y correcta nunca será ejecutoria recomendable; las finanzas públicas y el buen orden administrativo no se aquilatan sino corriendo situaciones procelosas.

Y para no referir sucesos demasiado inmediatos, ocurridos ahí cerca, o en otros países que nos place y aprovecha imitar, recordamos Panamá: mentarlo es mentar uno de los escándalos más sustantivos, y casi contemporáneo.

Existen protagonistas, abundan quienes lo recuerdan sin haber menester la tradición oral o escrita. Pa-

namá envolvió la legislatura de Francia, ministerios, morales particulares y corporativas, fué formidable. Y en aquel país de tan respetables costumbres públicas, y de finanzas otrora tan saneadas, Panamá no fué baldón sino accidente.

Algo así echábamos de menos para nuestra hacienda, y aunque sobre el incendio de la Aduana flotará una necesaria atmósfera de incertidumbres, reconocemos que fué un gesto propicio de los hados. No ha sido mezquina la inquietud de la opinión ante el suceso, pues del mismo pueblo, de la prensa seria, y las Cámaras y los altos poderes se adueñó un interés no común.

Van y vienen meses, pero el incendio moral no está apagado. ¿Valdría la pena exhumar la verdad? Creemos que no. Basta comprobar que la Aduana, matriz de nuestra riqueza, ha originado una conmoción de naturaleza tan peculiar, que por ella apreciamos cabalmente el adelanto que en las trabajosas etapas de nuestra organización vamos adquiriendo.

Es un accidente de los que acostumbrábamos presenciar, con envidia.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

De casa

Desde este número, "Pegaso" cuenta con un colaborador más, el conocido y entusiasta historiógrafo don Horacio Arredondo (hijo), el cual se hará cargo de la sección bibliográfica correspondiente a su especialidad. Esto era necesario, dada la cantidad de libros de índole histórica que frecuentemente nos llegan.

Sería superfluo, por otra parte, hacer el elogio de este nuevo redactor, cuyas condiciones intelectuales y cuya sólida erudición en la materia de sus preferencias son notorias. Su trabajo sobre "La Fortaleza de Santa Teresa", para citar sólo el más reciente, puede considerarse como uno de los esfuerzos más vigorosos hechos en el país, tanto por su documentación como por su claridad expositiva y su serenidad crítica.

Desde hoy, pues, todos aquellos que se dedican a la literatura histórica tendrán en "Pegaso" a un exégeta competente y de absoluta honestidad.

La Campaña de Carabobo.—Por el coronel Arturo Santana.—Relación Histórica Militar.—Caracas, 1921.

Magníficamente impreso en la Litografía del Comercio de la Capital de Venezuela, por orden directa del Presidente constitucional de aquel país hermano, general don Juan Vicente Gómez, llega a la mesa de redacción de "Pegaso" el nutrido volumen que, para conmemorar el primer Centenario de la gloriosa campaña de Carabobo, ordenara ejecutar aquel gobernante, mediado el año de 1920, como un homenaje al libertador Bolívar y a los abnegados soldados que lo ayudaron a redactar aquel magno capítulo de la historia militar de la Gran Colombia.

Feliz ha sido la elección del coronel Arturo Santana, a quien se le encomendara la honrosa tarea de aprisionar en sustanciosa crónica histórica el relato de los acontecimientos de la famosa campaña de 1821, tan copiosa en sucesos memorables, verdadera y, al parecer, inextinguible cantera de heroísmos y de virtudes patrias.

Trabajada con cariño, dominando con singular competencia los variados tópicos de la relación militar que nos ocupa, tratado el tema en un todo de acuerdo con las reglas de la moderna metodología, abre

el grueso volumen con un capítulo iconográfico de indiscutible valía. Una galería plena de figuras representativas nos muestra el aspecto exterior de los hombres que más actuación tuvieron en aquella época de luchas sin cuartel.

La crónica militar la ha dividido el autor, atinadamente, en cuatro partes. La primera comienza después de la célebre campaña de Boyacá, ya realizado el levantado ideal de Bolívar sobre la creación de la Gran Colombia, decretada a sus instancias por el Congreso reunido en Angostura, en la memorable fecha del 19 de diciembre de 1819.

Ella nos muestra al detalle la situación de los ejércitos contendores al empezar el año de 1820: Morillo, cauteloso y prudente, al frente de catorce mil hombres dominando la parte más poblada, más rica y más montañosa de Venezuela. Destacadas sus huestes en fuertes posiciones, con las ventajas propias de ser dueño del mar que batía la costa a sus espaldas, esperaba paciente recibir los auxilios tan insistentemente pedidos a España. Bolívar, ocupando con sus valientes una gran faja que circundaba las posiciones contrarias, retenía puntos más estratégicos, eso sí, pero con un caudal numérico de tropas notoriamente inferior (6,000 hombres) al de los godos.

Una vez dado, con minuciosidad y con destreza, el detalle preciso de las posiciones que ocupaban los equipos, el coronel Santana nos habla de la revolución liberal de la península, suministrándonos pormenores interesantes acerca de las consecuencias que tuvieron en América los sucesos provocados por Rigo y por Quiroga, principalmente el juramento de la nueva Constitución por Fernando VII y la libertad de las personas detenidas en las cárceles americanas por delitos contra la monarquía. El Armisticio y los sucesos posteriores, complementan esta primera parte de la obra, destinada a poner al lector en condiciones de dominar el ambiente y poder juzgar con absoluta comprensión del medio los sucesos a producirse.

La segunda parte abarca la campaña de Carabobo, y en ella, el autor hace derroche de erudición, tanto en lo militar como en lo histórico, pero,—se me ocurre,—deja muy a menudo librado a la impresión de tercero el relato y la crítica de situaciones que, indudablemente, le brindaban oportunidad para lucirse e instruir por cuenta propia.

La organización de las fuerzas combatientes, el plan de campaña ideado magistralmente por Bolívar, los pormenores inherentes a la apertura de la campaña, la marcha y dispersión de Bermúdez, la marcha de Urdaneta y la del ejército del Apure, integran esta parte del trabajo, escrito en estilo llano y accesible, por tanto, a la gran masa de lectores; con lo cual el autor logra una de sus más grandes finalidades: vulgarizar en el pueblo las andanzas del héroe.

La parte tercera comprende la marcha de San Carlos a Carabobo y la relación de la célebre batalla en la que participara, víctima de su temerario arrojo, aquel bravo general Cedeño, de heroica memoria. Las consideraciones de orden técnico que le merece el cómputo

y un examen crítico de la bibliografía y de los documentos relativos al tema, complementan esta parte del libro de modo feliz.

Finalmente, la cuarta parte contiene los Diarios Militares del teniente coronel Woodberry, y del capitán Urreta, el Libro de Ordenes Generales de la Guardia, el similar de la 1.ª Brigada de la misma, etc. Estos documentos son interesantísimos y su lectura sumamente provechosa, tanto para el técnico como para el interesado en penetrar el pormenor del suceso antiguo.

Contribuye a dar mayor solidez al conjunto, un Anexo Documental bastante copioso, numerosos planos y cartas de valía, trazadas con fidelidad especialmente para el caso, facsímiles de importantes documentos e impresos, y numerosas vistas fotográficas, grabados y cuadros alusivos al tema, que hacen de este estudio una monografía completísima.

En ella vemos a Bolívar, no tan sólo como diplomático experto y general habilísimo, sino que, también, bajo una faz para nosotros poco conocida, como creador y organizador de ejércitos, para lo cual se veían aunadas en aquel hombre de excepción las cualidades necesarias para hacer obra práctica, más difícil aún de realizar, cuanto luchaba con falta de tiempo en un medio agreste, en absoluto desprovisto de los elementos necesarios para poner en tren de eficacia los conjuntos heterogéneos de soldados que se reclutaban.

Es así que el sistema de reclutamiento, la instrucción moral y militar de las masas, el régimen de disciplina a que se les sometía, la formación de oficiales, el aprovisionamiento del ejército, etc., son tan dignos de admiración y de estudio como las hábiles negociaciones del diplómata, las clarividencias del legislador, las genialidades del hombre de gobierno, o aquellos ataques de frente y contra el flanco y espalda del enemigo, empleados de acuerdo con el método del gran Federico en las batallas de Boyacá y de Carabobo, dirigidas personalmente por el Libertador.

Claro está que Bolívar no era un innovador, ni en táctica ni en estrategia, pero es indiscutible que aquel hombre "grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria y grande en el infortunio", como dijera en párrafo inimitable nuestro también grande Rodó, sabía emplear sabiamente, en el ambiente primitivo en que actuaba, los principios de aquellas clásicas doctrinas y, lo que es mejor, en forma tan eficaz y provechosa, que hicieron culminar en sorprendentes victorias sus andanzas de guerrero infatigable.

Salvo detalles, el coronel Santana ha compendiado, pues, en extensa y erudita monografía, que puede considerarse como un aporte de cuantía para la bibliografía histórica y militar americana, los sucesos de una de las campañas más brillantes y decisivas del Libertador. Ha ahondado, en surco ya abierto por Lecuna, Larrazábal, O'Leary, Duarte Lerel, Torrente, Baralt y Díaz, Félix Blanco, Landaeta Rosales y otros historiógrafos de fuste, a favor de una documentación inédita y de una vasta erudición, puestas al servicio de una inteligencia vigorosa a su vez, guiada por un alto espíritu de

justicia. Por tanto, bienvenida sea la obra del escritor venezolano que realza la gloria del Libertador.—**H. A.** (hijo).

Alma nuestra. (Cuentos).—Por Montiel Ballesteros.—Cooperativa Editorial "Pegaso".—Montevideo.—1922.

Altamente promisor, en lo que se refiere a la literatura nacional, se va desarrollando el año. A "El embrujo de Sevilla", de Reyles, novela que acaba de enriquecer de manera tan positiva nuestro patrimonio intelectual, se añade ahora este libro de cuentos, en el que Montiel Ballesteros reafirma el elevado concepto que sobre su talento y sobre sus notables cualidades para el cultivo de este género, había revelado en "Cuentos Uruguayos".

"Con las calladas evocaciones se le aparecen claras las cosas del pasado, las dulces visiones de la tierruca, los mínimos detalles de su infancia lejana... Pequeñeces, nimiedades, que nacen tímidas entre las brumas de una lejanía sentimental, que le es al tiempo grata y dolorosa..." Así habla Montiel por boca de don Hermida, personaje de una de sus narraciones, y en esta honda y sutil saudade está, sin duda, la gestación de los dos robustos libros de cuentos nuestros, fraguados en Florencia, donde ejerce el Consulado de la República.

Cuentos nuestros hemos dicho, y nuestros, no sólo por los panoramas, por los protagonistas, por el lenguaje, sino por el espíritu que los anima y los aspectos colectivos que interpreta.

Cultiva Montiel casi todas las variedades del género, la costumbrista, la psicológica, la picaresca, la trágica, exteriorizando en casi todas ellas una amplitud y un vigor mental tan recio, que es necesario, cuando se pretende parangonarlo, pronunciar los nombres más destacados de la literatura rioplatense.

A la seguridad del rasgo, la destreza en el ensamble de los episodios, la exactitud de la observación, la sagacidad psicológica, hay, además, que añadir el encanto de un estilo capaz de apoderarse por sí solo del lector. Tienen casi todas sus narraciones hondura y gracia, que, al par, lo hacen sustancioso y liviano.

De esta nueva cosecha que nos ofrece Montiel, sobresalen, a nuestro juicio, "La tapera del pueblo" y "Los toros finos... y el hombre", como realizaciones maestras en lo que atañe a la técnica y a la originalidad episódica, y "La piona" y "Peón de confianza", por la fuerza expresiva y la profundidad psicológica.—**J. M. D.**

A Romaría da Saudade.—Por Leal de Souza.—Río de Janeiro.—1919.

Leal de Souza es este hombre pequeñito y suave, casi siempre emocionado, que hemos tenido al lado nuestro en estos días...

Como poeta, ya se sabe que se trata de uno de los más grandes líricos del Brasil contemporáneo. Hondo y dulcísimo, él mismo ha comparado su vida al árbol solitario de la ondulante cuchilla fronteriza en que nació, y él mismo se ha sentido hecho de aire, de agua y de tierra, como el barro empleado en la construcción de las casas maternas... Con un espíritu inquieto y soñador por excelencia, con un

corazón virtualmente puro hasta la excepción, "sentimental, sensible, sensitivo", Leal de Souza ha puesto en su obra el alma ingenua, saudosa y dorada que posee.

'Bosque sagrado" es uno de los mejores libros de versos publicados en el Brasil en estos últimos diez años.

Y "A Romaría da Saudade", en que el príncipe viene de recoger sus conferencias literarias, concreta un hermoso volumen de hermosas prosas líricas.

Se trata de un libro escrito en los hoteles, nos ha dicho el poeta, con la saudade viajera de los crepúsculos fugaces en el fondo de los ojos soñadores...

Y hemos evocado el viajar sempiterno, los días deshechos, los campos y los mares y los cielos cruzados, para recogerse a la tarde, con premura y con melancolía, en la pobreza humilde de los cuartos de hotel, a llenar las cuartillas saudosas que de noche se leerían ante los auditorios siempre renovados y siempre atentos...

Es el panorama de un sueño; es el cine de una vida.

*

Leal de Souza, en prosa magnífica, de dulces giros y de alma emotiva, cuenta en este libro cuya lectura nos deleita, aspectos e impresiones de Santa Ana de Livramento, la visión histórica de la frontera, el devanar del tiempo sobre la ciudad nativa, los recuerdos literarios de la adolescencia, los sueños amorosos e inútiles, "la peregrinación de la saudade"...

Patriotismo, nobleza, poesía, traen al espíritu las páginas de este libro, sacudido por las conmociones de la hora, y anegado un poco ya, de atardecer acaso repentino.

Como antología riograndense puede servir mucho a nuestra insaciable sed de vinculación y conocimiento, el libro que nos ocupa.

Leal de Souza, además de sus bellísimas impresiones personales nos dice también cosas inolvidables: nos hace conocer a los más grandes líricos de su patria: nos habla de Bilac, de Guimarães Passos, de Machado de Assis, de Alberto de Oliveira, de Coelho Netto, de Zeferino Brasil...—**T. M.**

"**Haikais**".—Rafael Lozano.—Edición japonesa.—París.—1922.

El bello espíritu inquietísimo de Rafael Lozano, a cuyo próximo porvenir encendimos hace poco una llamarada de entusiasmo, nos envía desde París, este primoroso volumen de poesías nuevas en que, con oriental espíritu, ha hecho derroche de gracia y elegancia para envolver el derroche de poesía y belleza que allí volcó.

Hombre joven y ardiente que viene de los trópicos y trae el corazón inflamado de sol, este Rafael Lozano va a dar lindos triunfos a la literatura de su patria, ya inmortal con Amado Nervo y con Luis G. Urbina.

Esto mismo se lo auguramos al anotar nuestras impresiones sobre

"La alondra encandilada", de cuya es una parte—me refiero al "Libro de estampas"—estos "Haikais" de ahora.

Pensamientos líricos, imágenes nuevas, luz de luciérnagas, hojas al viento o estampas pequeñas, estas sintéticas poesías tienen a veces un profundo estremecimiento o un altísimo vuelo. Son lo inesperado, cabe lo espontáneo, lo fácil junto a la novedad. Traen revolución, más que muchas algarabías dadaístas, porque en verdad son de oro puro, sin engaño, y en su exultismo tienen un misterioso temblor de poesía que sugiere, que encanta, que ahonda...

Rafael Lozano ha encontrado en sus estrofas pequeñitas un prodigioso medio de expresión moderna, más fuerte y positiva que la sintética estrofa de Fernández Moreno y la dinámica canción de Luis L. Franco.

Hay estrofas que son una maravilla de expresión bien lograda; de sugestión profunda. "Un beso.—Y tú cierras los ojos,—igual que ante un abismo". O esta otra: "¡Pensar—que lo que yo te digo—hará soñar a otros!" O esta otra: "Avion:—Abeille qui bourdonne —vers la rosse solaire".

Es lo que decía Urbina prologando su libro anterior: "Pretende hacer de sus versos, y lo alcanza en ocasiones, algo así como una rendija, por donde quien se asome pueda contemplar anchos panoramas. Y, en esas estrofillas de brevedad oriental, esconde Lozano, como una joya, alguna metáfora llena de horizonte..."

Hace un año, al leer "La alondra encandilada", no nos ganó el corazón este singular "libro de estampas" que ahora nos encanta. Acaso, en el entusiasmo soñador de los otros versos sentimentales, no paramos la atención fijamente sobre las pequeñas lentejuelas de esas treinta páginas, que más nos parecieron ineficaces y falsas....

Hoy, el libro aparte, todo él compuesto de ellas, nos conquista sin esfuerzo, aunque nos desconcierte un poco.

Como quiera que sea, he aquí un poeta de veras y un precioso libro.—**T. M.**

Selección de novelas breves.—"En la noche", de Horacio Quiroga.—"La evasión", por Benito Lynch.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

Este espíritu amable de Vicente A. Salaverri no descansa en su noble empeño de hacer conocer en Europa los escritores rioplatenses, abriendo para ellos el mercado español, de donde volverán un día no lejano, consagrados en definitiva por la majestad de la crítica académica y el entusiasmo popular de los lectores.

América sigue redescubriendo a España, en el decir de Grandmontagne, y Salaverri contribuye loablemente a la obra, con ese corazón generoso y esa dinámica noble que le reconocen hasta sus enemigos.

Después de haber dirigido ediciones completas de Rodó, de Julio Herrera y Reissig y Florencio Sánchez, he aquí que ahora hace publicar y prologa, en bellos tomitos, los cuentos de Horacio Quiroga y Benito Lynch, los dos formidables escritores de la novela rioplatense

Así cumple también, con amplitud universal, la Editorial Cervantes, su selección ya famosa de novelas breves, y en cuya serie hemos gustado las mejores obras de la literatura francesa, polaca, portuguesa, rusa, inglesa o sueca.

Bien valen estas líneas, pues, tan bellos esfuerzos, ya que no habríamos de ocuparnos en ellas, de los extraordinarios cuentos de Lynch y Quiroga, cuyas obras comienzan a ser llamadas desde Francia, "magistrales" y "magníficas".—**T. M.**

"**Les Poilus**".—Poema heroico.—Por Edgardo Ubaldo Genta.—París. 1922.

Se trata de un poema en el que los elementos verbales ocupan el lugar primordial y casi estaríamos por decir exclusivo.

No existe en él argumento, ni actos verdaderamente heroicos, por más que las figuras se muevan en un ambiente de epopeya; son más bien una serie de episodios de carácter guerrero o sentimental, tratados con indudable arte, y en los que el autor, un distinguido oficial de nuestro ejército actualmente perfeccionándose en Europa, deja correr el fuego de su elocuente vena lírica y de su entusiasta alma de soldado.

Y en esta exaltación poética, un poco indomada pero llena de calor anímico, está, sin duda, el mayor mérito del poema y también su defecto más notorio, porque, arrastrado por el frenético raudal de su lirismo, el autor suele caer en el énfasis y en la profusión retórica, dos cosas que conspiran contra la verdad y la sencillez, bases fundamentales del arte.—**J. M. D.**

Revista da Academia Brasileira de Letras.—Rio de Janeiro.—Vol. X. Números 19-20.—1921.

En elegante y voluminoso tomo de más de quinientas páginas, hemos recibido el último número de la Revista de la Academia Brasilera de Letras.

Se trata de una publicación de tal importancia que merece bien esta pequeña revista bibliográfica y no el simple acuse de recibo que acostumbramos para las publicaciones del canje.

En el sumario de este volumen figura, en primer término, la magnífica y emocionante lectura de Alberto d'Oliveira efectuada en la Academia Brasilera, sobre el poeta portugués Antonio Feijó, "el que murió de amor". Yo no sé si la emoción tremante y la angustia dolorosa de estas páginas tienen parecido en la moderna literatura, pero bien puede decirse que ellas no tienen semejante en la lectura contemporánea del Río de la Plata. En el estilo bellísimo de Alberto d'Oliveira fulgen extraordinarias hermosuras de sencillez emocionada, de naturalidad clarísima, de honda y sufriente dulzura vital.

Acaso podamos traducirlas un día para los lectores de "Pegaso", en respetuoso y conmovido homenaje de admiración a Antonio Feijó y Alberto d'Oliveira.—**T. M.**

La nueva literatura.—Por Aníbal Latino.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

Abrimos el libro una mañana turbia de otoño, casi con pesadez, casi con abandono. Y he ahí que, pasado breve tiempo en su lectura, a modo como íbamos adentrándonos en su floresta, fué surgiendo la concisa exposición de las letras latinas en la hora. El estilo es periodístico, y como tal, limpio, ameno, sin afeites ni resonancias. Cosa que se escribe de un tirón para llenar la columna consabida del diario, y que más tarde se recoge en libro, se le da cuerpo formal, se vincula y relaciona para redondearlo con un comentario concreto, de conclusiones precisas, no exento de elegancia y de virtud.

Aníbal Latino sostiene en razón y con serias argumentaciones, que la voceada decadencia literaria de los pueblos descendientes del Lacio, no pasa de un pesimismo prejuicioso, que nosotros consideramos ineficaz como los gritos de mal agüero de los animales indígenas. La poesía, especialmente, es la que cuenta con mayores detractores. No en tanto, ella persistirá irremisiblemente como la más alta expresión de los pueblos, y a pesar de todas "las enfermedades" de los siglos.

El autor describe con sencillez espontánea la grandeza renaciente de los tiempos actuales, el fervor continuamente renovado de la vida, el curso del arte en su ascensión terminal y al través de las múltiples civilizaciones, la compleja y vastísima proporción que ha tomado la historia y que deviene al historiador nuevo en altísima personalidad.

Se extiende asimismo en interesantes disquisiciones sobre la importancia literaria del periodismo, la acción del cine como palanca de opinión pública, la influencia de las buenas lecturas, el efecto contradictorio de los numerosos autores y la necesidad de las buenas recopilaciones.

Con criterio exacto y profundo, las conclusiones de este libro que estudia los fenómenos sociales y humanos atingentes a la vida literaria, llegan a la seguranza optimista de anunciar, como el canto de los gallos, una mañana esplendorosa de sol, ardiente y viril, de sangre joven, como conviene a las naciones victoriosas...

Girand presta al autor afirmaciones importantes, en cuya realidad creemos con firmeza, como en la gran renovación del lirismo y en la gran trascendencia de las obras históricas.

Afirmemos, pues, y en definitiva, que este libro de Aníbal Latino es obra indispensable, sobre todo para las nuevas falanges que llegan de las universidades en confuso tropel y anhelantes de luz orientadora.—**T. M.**

La Novia de Nervo.—Por Loreley.—San Antonio, Texas.

Loreley es el seudónimo de una escritora mejicana. He aquí lo que dice de ella el poeta y general Humberto Barros:

"Dueña de un corazón generoso y romántico y poseedora de una inteligencia poco común, sus crónicas periodísticas, sus aladas prosas y sus versos plenos de emotividad y de ritmo, han hecho que su nombre suene gallardamente en los ámbitos de América..."

"Es cristiana fervorosa y, sin pretender el resurgimiento de morales hipócritas, aboga por la práctica del bien mismo: sueña la fiel observancia de las claras virtudes teologales, pero a base de un convencimiento racional y pleno".

En "La Novia de Nervo", Loreley teje, alrededor de la figura del gran poeta mejicano, noble y bueno, un romance sentimental en que aquellas virtudes exaltan precisamente la vida de sus dos personajes centrales: Nervo y su misteriosa corresponsal, tan buena y noble como él; adolorida y resignada bajo el peso de las adversidades de la vida; ejemplarmente dignificada luego por el heroísmo y purificada por la práctica de las acciones bondadosas y cristianas...

Al través de esta novela, se adivinan en su autora la exaltación de su alma cristiana, el fervor de su idealismo generoso, la unción de un amor casi divino...—**A. B.**

Jhölderlin, Quental, Pascoaes, Omar Khayyan. — Versos seleccionados por la "Editorial Cervantes".—Barcelona.—1921.

Precedidos de profusos datos biográficos y de valiosas notas críticas, la Editorial Cervantes ha enriquecido su Biblioteca "Las mejores poesías de los mejores poetas", publicando las más célebres producciones de estos cuatro formidables líricos.

Tratándose de una empresa que sabe hacer tan bien las cosas y a cuyo frente se halla un poeta de la talla de Fernando Maristany, creemos innecesario añadir que tanto en la elección de los versos, como en su traducción e impresión, se descubre la tutela de un espíritu selecto, artístico y consciente.

La verdad es que la obra de difusión cultural en que está empeñada esta Editorial, es superior a cualquier elogio. Nosotros, por nuestra parte, no sabríamos cómo agradecerle el auxilio que nos ha dado para abordar y hasta intimar con un gran número de almas extraordinarias, a quienes sólo de nombre conocíamos: tal ese Jhölderlin, una de las más excelsas figuras del período clásico alemán.—**J. M. D.**

Passant l'estona.—Por Joaquín Buigas.—Barcelona.—1921.

Este escritor catalán, que es un espíritu inquieto, y ha compuesto crónicas y cuentos de los diferentes países de Sud América, ahora cultiva, con gran aceptación por lo que se ve, el cuento regional.

Buigas mira la vida con ojos socarrones y sabe sacar buen acopio de rasgos grotescos cuando pinta a sus semejantes. No es un burlón incondicional: espíritu sensible, sufre con los defectos de los hombres. Y puede ser que, al igual de Larra, ría para no llorar.—**V. A. S.**

"Es cristiana fervorosa y, sin pretender el resurgimiento de morales hipócritas, aboga por la práctica del bien mismo: sueña la fiel observancia de las claras virtudes teologales, pero a base de un convencimiento racional y pleno".

En "La Novia de Nervo", Loreley teje, alrededor de la figura del gran poeta mejicano, noble y bueno, un romance sentimental en que aquellas virtudes exaltan precisamente la vida de sus dos personajes centrales: Nervo y su misteriosa corresponsal, tan buena y noble como él; adolorida y resignada bajo el peso de las adversidades de la vida; ejemplarmente dignificada luego por el heroismo y purificada por la práctica de las acciones bondadosas y cristianas...

Al través de esta novela, se adivinan en su autora la exaltación de su alma cristiana, el fervor de su idealismo generoso, la unción de un amor casi divino. — **A. B.**

Jhölderlin, Quental, Pascoaes, Omar Khayyan. — Versos seleccionados por la "Editorial Cervantes". Barcelona. 1921.

Precedidos de profusos datos biográficos y de valiosas notas críticas, la Editorial Cervantes ha enriquecido su Biblioteca "Las mejores poesías de los mejores poetas", publicando las más célebres producciones de estos cuatro formidables líricos.

Tratándose de una empresa que sabe hacer tan bien las cosas y a cuyo frente se halla un poeta de la talla de Fernando Maristany, creemos innecesario añadir que tanto en la elección de los versos, como en su traducción e impresión, se descubre la tutela de un espíritu selecto, artístico y consciente.

La verdad es que la obra de difusión cultural en que está empeñada esta Editorial, es superior a cualquier elogio. Nosotros, por nuestra parte, no sabríamos como agradecerle el auxilio que nos ha dado para abordar y hasta intimar con un gran número de almas extraordinarias, a quienes sólo de nombre conocíamos; tal es Jhölderlin, una de las más excelsas figuras del período clásico alemán.— **J. M. D.**

Passant l'estona.— Por Joaquín Buigas.— Barcelona.—1921.

Este escritor catalán, que es un espíritu inquieto, y ha compuesto crónicas y cuentos de los diferentes países de Sud América, ahora cultiva, con gran aceptación, por lo que se ve, el cuento regional.

Buigas mira la vida con ojos socarrones y sabe sacar buen acopio de rasgos grotescos cuando pinta a sus semejantes. No es un burlón incondicional: espíritu sensible, sufre con los defectos de los hombres. Y puede ser que, al igual de Larra, ría para no llorar.—**V. A. S.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Acaba de lanzar sus primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"

Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"

Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"

Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"

Poemas Nativos de Fernán Silva Valdés

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Ruero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Biengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.
Herrera Mac Lean Carlos A., Cerrito 382.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Mier Velásquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

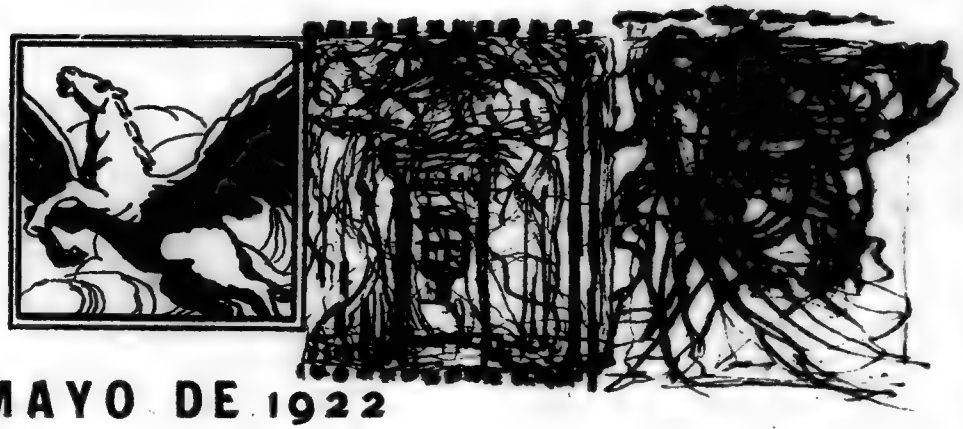
Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



MAYO DE 1922

SUMARIO:

El Rey de Jerusalén	por Juan Zorrilla de San Martín
Hermandad: versos	por Pablo Minelli González
Melancolía de Otoño	por Susana Soca
Rimas	por F. Nebel Alvarez
La Tentación: cuento	por José Pedro Bellán
El vendedor de naranjas	por Juana de Ibarbourou
Sugerencias literarias	por Arturo S. Silva
Sonetos	por Melitón Simois
«El campo del hijo»: drama	por Emilio Oribe
Educación: Tiempo y Dinero	por Enriqueta Compte y Riqué
Glosas del mes: Berta Singerman	por José María Delgado
Notas bibliográficas	

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII

N.° 47

056.1
PEG
No. 47

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — Manuel **Benavente.** — Enriqueta **Compte y Riqué.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Julio J. **Casal.** — Ismael **Cortinas.** — Manuel de **Castro.** — Asdrúbal E. **Delgado.** — Eduardo **Dieste.** — María **Espínola y Espínola.** — José M. **Fernández Saldaña.** — Emilio **Frugoni.** — Blas S. **Genovese.** — César G. **Gutiérrez.** — Luis A. **de Herrera.** — Juana **de Ibarbourou.** — Julio **Lerena Joanicó.** — Luisa **Luisi.** — Casiano **Monegal.** — Horacio **Maldonado.** — Julio Raúl **Mendilaharsu.** — Raúl **Montero Bustamante.** — A. **Montiel Ballesteros.** — Emilio **Oribe.** — José **Pereira Rodríguez.** — Víctor **Pérez Petit.** — Carlos M. **Prando.** — Wifredo **Pi.** — Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.** — Vicente A. **Salaverri.** — Emilio **Samiel.** — Carlos **Sabat Ercasty.** — Juan **Zorrilla de San Martín.** — Alberto **Zum Felde.** — Armando **Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole.** — Manuel **Benavente.** — Enriqueta **Compte y Riqué.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Julio J. **Casal.** — Ismael **Cortinas.** — Manuel de **Castro.** — Asdrúbal E. **Delgado.** — Eduardo **Dieste.** — María **Espínola y Espínola.** — José M. **Fernández Saldaña.** — Emilio **Frugoni.** — Blas S. **Genovese.** — César G. **Gutiérrez.** — Luis A. de **Herrera.** — Juana de **Ibarbourou.** — Julio **Lerena Joanicó.** — Luisa **Luisi.** — Casiano **Monegal** — Horacio **Maldonado.** — Julio Raúl **Mendilaharsu.** — Raúl **Montero Bustamante.** — A. **Montiel Ballesteros.** — Emilio **Oribe.** — José **Pereira Rodríguez.** — Víctor **Pérez Petit.** — Carlos M. **Prando.** — Wifredo **Pi.** — Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.** — Vicente A. **Salaverri.** — Emilio **Samiel.** — Carlos **Sabat Ercasty.** — Juan **Zorrilla de San Martín.** — Alberto **Zum Felde.** — Armando **Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ °/o anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Mas siempre hay que ser bue-
[nos,
hermano; en mar de azur
purguemos los venenos
y ¡abur!

—

Que cuando el Mundo crea
que nos tragó la mar,
puede que Dios nos vea
flotar...

—

Hay que tener confianza,
resignación y fe,
y, siempre, una esperanza:
—¿Aun no soy? Pues seré...

—

Cuando yo esté en la Nada,
sin preguntarme "¿Soy?"
le gritaré a la Amada:
—¡Aquí estoy!

—

Y me dirá la Amada:
—¿Dónde estás? ¿Dónde estás?
Y, le diré:—En la Nada,
un día me verás.

—

Creo que soy y que eres,
y, por eso, Mujer,
compendio de mujeres,
un día te he de ver.

—

Ciegos somos,—es triste
pero nos venda un tul;
sólo un color existe:
el AZUL!

—

Y no busquemos brumas
tras de la Santa Cruz:
¡Azul!... ¡Azul!... y espumas,
y luz!!

III

La Vida da placeres...
Te lo puedo hacer ver,
hermano, tú que eres
casi mi hijo de ayer.

—

Y el buen placer nos hace
más tiernos y mejor,
que en todo fondo nace
la caridad de amor.

—

Yo soy un buen cristiano,
todo impuro que soy,
y tendré siempre a mano
en la ruta do voy,

—

cuando en la tierra blanda
me acibare el esplín,
un pedazo de vianda
y una copa de "gin".

—

Y, aun tendré más! Armiño
para mi ocroso albur,
y mi oración de niño,
y un gran lampo de azur!

—

Pero tú, hermano mío,
no me guardes rencor;
ten piedad de mi frío
interior.

—

Y he de morirme calmo
si lloramos los dos,
y he de elevar mi salmo
a Dios.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1 000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

Mas siempre hay que ser bue-
nos,
hermano; en mar de azur
purguemos los venenos
y ¡abur!

—

Que cuando el Mundo cree
que nos tragó la mar,
puede que Dios nos vea
flotar...

—

Hay que tener confianza,
resignación y fe,
y, siempre, una esperanza:
—¿Aun no soy? Pues seré...

—

Cuando yo esté en la Nada,
sin preguntarme "¿Soy?"
le gritaré a la Amada:
—¡Aquí estoy!

—

Y me dirá la Amada:
—¿Dónde estás? ¿Dónde estás?
Y, le diré:—En la Nada,
un día me verás.

—

Creo que soy y que eres,
y, por eso, Mujer,
compendio de mujeres,
un día te he de ver.

—

Ciegos somos,—es triste
pero nos venda un tul;
sólo un color existe:
el AZUL!

—

Y no busquemos brumas
tras de la Santa Cruz:
¡Azul!... ¡Azul!... y espumas,
y luz!!

III

La Vida da placeres...
Te lo puedo hacer ver,
hermano, tú que eres
casi mi hijo de ayer.

—

Y el buen placer nos hace
más tiernos y mejor,
que en todo fondo nace
la caridad de amor.

—

Yo soy un buen cristiano,
todo impuro que soy,
y tendré siempre a mano
en la ruta do voy,

—

cuando en la tierra blanda
me acibare el esplín,
un pedazo de vianda
y una copa de "gin".

—

Y, aun tendré más! Armiño
para mi ocroso albur,
y mi oración de niño,
y un gran lampo de azur!

—

Pero tú, hermano mío,
no me guardes rencor:
ten piedad de mi frío
interior.

—

Y he de morirme calmo
si lloramos los dos,
y he de elevar mi salmo
a Dios.

IV

Cuando en tierra de olvido
di en penar y en rabiar,
¡ah! ¡si hubiese sabido
rezar!

—

¡Ah! si encontrado hubiera
entonce, el nuevo Yo;
tras de la hiedra artera
rosa de Jericó.

—

¡Ah! si el soplo sereno
que sopla hoy mi convoy,
me hubiese hecho, ayer, bueno
como hoy.

—

¡Ah! trocar en la malla
que me ocultaba el mar
aquel "cantar canalla"
por el dulce Cantar.

—

Sentir en vez de exigua
tibia brisa de Abril,
el frío de la antigua
Cruz de marfil!...

—

Y en vez de noches rosas
de rosas de pasión,
las voces armoniosas
del perdón!

—

Por eso, hoy que conozco
todo este nuevo bien,
quiero ser menos hosco,
y más feliz, también.

—

Que el Yo de las Cavernas
olvide el viejo mal,
y que brinquen mis piernas
mi lección de moral.

—

Y, así, de brinco en brinco,
correr, correr, correr
para poner mis cinco
sentidos en querer.

—

Que lleve por el Mundo
la voz de la Hermandad
y del perdón fecundo,
mi agilidad.

—

Y llegue mi albedrío
que matará al esplín,
al tugurio más frío,
y al más tibio jardín.

—

Y hacia ocasos de amores,
y auroras de rencor,
y a todos los dolores,
y, aún, al Dolor!

—

Y, así busco y me ofusco
(fuerte en mi terquedad),
hace tiempo que busco
la suprema hermandad.

—

ENVIO:

HERMANOS: *no es locura,*
ni vejez, ni dolor...
Es mi sed de ternura
y amor.

—

No es que soplo extrahumano
haya soplado en mí...
¡Oh! ¡no! impuro cristiano
soy siempre y siempre fuí.

—

Y hoy, en el "miserere"
de mi verdor final,
no es que la Muerte espere
en mi umbral:

—

ni hay delirios que roben
mi entendimiento; sé,
siento, y me siento joven
para una nueva fe.

—

Y, así, en mi fiebre loco,
busco a la hermana hostil
para verter un poco
de linfa en su pensil.

—

Y, en pos de mi embeleso,
le daré por mal, bien.
Y que mi último beso
sea el último en su sien.

—

Sí, busquemos, hermanos,
la luz del Buen Amor,
que, muriendo cristianos,
viviremos mejor.

—

Y, supremo consuelo,
nos reuniremos los
hermanos, en el cielo,
en el nombre de Dios.

PABLO MINELLI GONZÁLEZ.

LA MELANCOLIA DEL OTOÑO

Heredera de nombres ilustres en la ciencia, las letras y el patriciado de la República, Susana Soca concreta, en una bella síntesis, todos los nobles atributos originarios. Casi niña todavía, admira verdaderamente por su visión de las cosas, su elocuencia y justeza expresiva y su innato don de buen gusto, como lo revela esta breve nota que hemos desglosado de su cuaderno de composiciones, hecha sin más trascendencia que la de cumplir con deberes escolares.

El otoño ha invadido nuestro país y junto con él esa suprema melancolía, su misteriosa e inseparable compañera.

Honda y leve, sutil e intensa, en todas partes se la encuentra; ora se muestra grave y triste, ora borrascosa, ora dulce y serena, con algún dejo de primavera, algo así como una sonrisa velada en medio del dolor. Otras veces la melancolía del otoño casi se esfuma bajo un brillante sol; pero aún mismo en esa cálida reminiscencia, permanece algo de ella, algo muy suave, muy tenue, pero perceptible al corazón entristecido, que busca en la naturaleza una aliada a su pena.

La melancolía del otoño se halla siempre en la copa de los árboles, en sus despojadas ramas, en la crujiente guirnalda de hojas muertas que orlan la acera.

¡Pobres hojas cenicientas, en otro tiempo radiosas de frescura y lozanía, que un soplo marchitó!

Son una imagen de la vida.

Ayer era la alegría y el reposo, ayer sonreíamos al porvenir en la infinita serenidad de nuestros ensueños. Después, un segundo bastó para anonadar esa eflorescencia de esperanza y de estabilidad. Y nuestra alma quedó sola, sin sus ilusiones, huída la dicha, desvanecido su ideal; sola y dolorosa, así como los troncos grises ante sus hojas barridas por un viento otoñal.

¡Qué poema de símbolos son estas mismas hojas mustias que gimen bajo los pasos! ¡Ellas solas, en su oro mortecino, retratan la melancolía del otoño!

SUSANA SOCA.

RIMAS

COMO TU AMAR...

Eres hermosa y ese es tu orgullo,
Sólo en ser bella cifras tu afán,
Amor que inspires durará entonce
Lo que tu encanto pueda durar.

Y cuando veas en tus jardines
Todas tus rosas marchitas ya,
Será tu invierno frío, muy frío,
Como tu vida, como tu amar.

EN LA SOMBRA

Era noche, y callado me llegué a tu reja
y dejé sobre el muro, con un beso una flor,
y de allí me alejé presuroso
porque no denunciara el delito,
el latido violento de mi corazón.

MADRIGAL

Toda la luz del sol sobre un diamante,
todo el rumor del mar bajo una roca;
los cantos todos de las aves libres
saludando la aurora.
Esto es bello, mi bien, pero más vale
el beso que aleteando está en tu boca.

TUS OJOS

Hay quien pupilas compara
Con diamantes y luceros,
Piedras y astros ¡cuánto distan!
Cuánto de tus ojos bellos.

Los que las sombras ahuyentan,
Los que olvidar hacen duelos,
Porque Dios en ellos puso
Lo divino y lo terreno.

FERNANDO NEBEL ALVAREZ.

LA TENTACION

Alicia volvió a despertar. Eran las dos de la mañana. Aturdida, luchando contra el sueño, se incorporó sobre un codo, encendió la luz y empezó a mirar en redor, alarmada ante la multitud de mosquitos que se agrupaba hacia la cabecera, sobre la superficie blanca de la pared. Eran pintas obscuras, gotas oblongas, ensanchadas en la parte inferior como lágrimas de orfebrería.

La muchacha se hincó en la cama y su cuerpo, semidesnudo, rosáceo, se destacó de entre la orla quebrada de la ropa blanca. Mantenía su cabellera sujeta en una trenza pesada que le caía, huyendo por el surco leve de la espalda.

Era la cuarta vez que se despertaba en aquella noche. Estaba exasperada. En los brazos, en la cara, en el cuello, las ronchas le ardían produciéndole una desazón mortificante. Los mosquitos habían invadido inesperadamente: era la primera tanda del año.

Conteniendo su premura, Alicia sacó de su mesa de noche una caja de fósforos y repitió la operación de la matanza, satisfecha cada vez que el insecto explotaba, achicharrado por la llama de la cerilla. Después, aleccionada, se detuvo. Suponía que, en cuanto apagase la luz, los mosquitos que alcanzaba a ver, prendidos en la parte superior del muro, bajarían hasta ella; que de nuevo se vería en la necesidad de levantarse y de volver a empezar. Entonces, recor-

dando su mosquitero del año anterior, fué hacia su guardarropa, y después de buscar un momento, lo halló, cuidadosamente doblado, debajo de unas mantas.

Tranquila, segura de poder dormir, Alicia apagó la luz. Poco a poco la fué invadiendo la penumbra del sueño. Imágenes breves y confusas ambulaban por su mente. Recordó a la cajera de una tienda que había visitado en el día; tuvo la impresión de un puente muy largo que cruzaba un río, apacible como un espejo; oyó de nuevo las palabras dichas por su novio al despedirse. La inconsciencia la mecía con la suavidad de una pluma.

Pero estando así, casi dormida, los mosquitos volvieron a pasar junto a ella, zumbadores, rayando el silencio. Se acongojó. El sueño se le iba de nuevo. Movióse en la cama, inquieta, y agitó los extremos de la sábana para espantar al insecto. Luego pensó que acaso el mosquitero estuviese mal colocado o presentase alguna rotura importante. Le costó algún trabajo decidirse, pero al fin encendió la luz y se puso a observar, sorprendida. El tul no tenía una falla apreciable y caía bien, sin grandes pliegues, cerrando los costados del lecho. Además, a pesar de su empeño, sólo halló un mosquito, parado sobre una perilla de la cabecera. Intentó darle caza, sin lograrlo. Varias veces creyó matarlo, y varias veces le vió salir de entre sus manos, esquivando los golpes, como si calculara. Después le perdió de vista.

El cuarto volvió a quedar a obscuras. Alicia se arrebujó bajo las ligeras colchas, con el firme propósito de dormir. Hubo una tregua breve y falaz. En seguida el mosquito llegó de la sombra y empezó a acechar en redor de la cara de Alicia. Esta lo sintió venir. Dispuso las dos manos abiertas, una frente a la otra, y cuando lo juzgó oportuno, cerrólas con fuer-

za. Pero el mosquito continuó su vuelo y tornó a perderse.

Se entabló entonces una lucha intensa entre el mosquito, ávido de sangre, y la muchacha, aturdida, nerviosa, febril, exasperada. A veces ocultaba su cabeza bajo las sábanas, pero el calor de aquella brava noche de diciembre la obligaba a descubrirse.

Empezaron a sucederse algunos instantes de incertidumbre, pausas hondas de espera, donde la atención oscilaba con movimientos bruscos y quebrados. Y cuando el insecto se acercaba con aquel su zumbibido como canto de guerra, ella se recogía temerosa: —"Ahí viene, ahí viene. ¡Ahí está!"

Nunca había sentido un deseo tan vehemente de dormir. ¡Si pudiera matar al mosquito! ¡Si él se fuese!... Pensó en levantarse de nuevo, encender la luz, pero el cuerpo no obedeció. Entonces tuvo una ocurrencia extraña.

—¡Si me dejara picar!... Se sobrecogió, tuvo miedo, una onda de calor le abrasó el rostro. ¿Qué había pensado? Cambió bruscamente de postura y cerró los ojos. Quiso recapacitar, saber lo que le ocurría. Su idea era bien sencilla. Aquel mosquito constituía el único obstáculo para su sueño. Dejarlo posar un instante sobre su piel; permitirle que bebiera algo de su sangre o matarle en ese momento si era posible, nada más.

Se tranquilizó. El mosquito zumbaba iracundo, acechando con una tenacidad humana. Ahora, por ejemplo, si ella se quedase quieta, así... — pero no pudo.

Su idea, no obstante ser tan sencilla, le produjo inquietud, una absurda inquietud. Espantó al insecto, nerviosamente, en un esfuerzo desproporcionado.

Se sentó en el lecho. Uno de sus brazos se levantó, buscando la llave eléctrica. Tropezó con el tul. Enton-

[redacted] im-
[redacted] en que
[redacted] maravillosa del in-
superable maestro florentino. Es una extraña impresión de sugerencias, de amplitud emocional y profundo dolor, intraducible al lenguaje, cuyo acorde no alcanzaría a ser expresión exacta. Cuando de la parte más íntima y reconcentrada del espíritu, fluyen desconocidos estremecimientos al contacto de superiores manifestaciones — humanas o artísticas, — las recogemos para sí, gustando su belleza en la apacible soledad de que sabemos envolvernos. Pensar en otras vida que cruzaron por el mundo, soñando, sufriendo y amando, pero con una más honda y amplia visión, es un consuelo y una esperanza para los que viven la obsesión de sondar en la causa de todos los destinos: seres y cosas. Dan también estas meditaciones, melancólicamente, una especial beatitud donde se suavizan los dolores y las incertidumbres de las miserias, por entre los que vamos y los que padecemos. Comprobar que los espíritus más grandes y videntes sufrieron nuestros mismos dolores, o soportaron idénticas vejaciones en el ineludible choque con la realidad exterior, es sentirnos como animados por la

caricia de una gran esperanza, y llegar a instantes en que nos creemos capaces de sobreponernos a la fatalidad arrastradora y trágica.

Más que el dolor fugaz, brusco, súbito, de una desgracia que destruye un afecto o rompe el hilo de un gran amor, el dolor verdadero, es decir, el dolor profundo — nervio central de nuestra alma — es aquel que nos da una comprensión de la vida; y que la vida misma, tomada por un momento, como el conjunto representativo de los hombres, no alcanza a comprender. No otra cosa fué el dolor capital de Leonardo. Descontemos lo que sufrió su alma ante la traición de sus discípulos; cuando lo calumniaban; cuando la desgracia turbaba su placidez de artista; cuando su afán era destruído; cuando moría un sueño suyo; cuando comprendía que aquellos sus grandes proyectos se perderían para siempre; descontemos ese largo martirio, ese dolor humano que viene "de afuera", que es consecuencia del medio ambiente, que se produce en toda alma sensitiva por inadaptabilidad recíproca... Leonardo sintió y vivió, como tan pocos espíritus de selección, el gran dolor divino de poseer el secreto que abierto en nosotros mismos, nos da la suma ignorancia, coronación suprema de la sabiduría... Descended a su alma y hallaréis, y sentiréis, mejor, ese tormento más hondo, que viene a ser como el refinamiento de todos los dolores.

¿Dije descender al fondo de su alma? ¡Ilusión! Ni aún podemos comprendernos nosotros mismos; ni aún podemos llegar hasta el fondo de nuestras almas... Pero existe una penetración intuitiva que aún cuando no nos da la forma precisa de algo, nos lo hace sentir, presentir en el aturdimiento de su propia grandeza. Por eso, a gran distancia de lo que no vemos, sentimos un raro estremecimiento que nos roza, ondas invisibles, lejanas vibraciones que ruedan

por la inmensidad, comunicando a todos los seres perceptivos, algo de lo desconocido que recogen en su misterioso viajar. Debido a estas cualidades tan profundas como incalificables, podemos experimentar, sin comprender plenamente, la vida de otros hombres en sus más recónditas manifestaciones, sus grandes ansiedades ocultas, la gran tempestad interior, invisible al espíritu simple, bajo la serena periferia de sus vidas aparentemente vulgares. Esas potencias espirituales se han perdido, arrolladas y disueltas por el empuje de los siglos, y no obstante, vienen hacia nosotros, resurgen, las sentimos renacer en eternidad... ¿Dónde se conservan? Y parece, por ello, que el espíritu humano es una prolongación, cuyo extremo es el último hombre, el de hoy, el de la generación presente, que retiene el poder infinito del rayo... La leyenda nos da la gráfica expresión de figuras y hechos que llevaron pueblos desaparecidos y sociedades transformadas; pero el secreto que determinó los acontecimientos, y la causa insólita y desconocida que impulsó a los hombres a ciertas acciones, los deducimos por aquella facultad que aún no nos es posible desvelar, que nos hace penetrar en el alma de la época, de las cosas y los seres, al propio tiempo que nos trasmite su esencia el resplandor—sólo es resplandor—de la verdad que iluminó la leyenda.

No somos juguetes de una vaga ilusión. Respondemos a anhelos poderosos que mantienen en tensión nuestra sensibilidad. De ahí que hallemos un gran consuelo animador cuando descubrimos las mismas ansias y parecido tormento en quienes amplificaron con su visión el horizonte de la vida y el mundo. La seguridad de la potencia de nuestros ideales nos mantiene apartados de la desolación, construyen el porvenir—oscuro como todos—y forjan la esperanza que a todos nos ilumina. Creer y esperar es el gran principio que nos aparta del suicidio...

La vida de Leonardo, preciosa como ninguna, edificante como no hubo otra, es todo un símbolo. Merejkowsky nos la da a conocer en su encarnación humana y divina. El mismo florentino nos la dió en su otra faz: la del genio. Leonardo fué un poseído de su propia grandeza; acaso un abrumado; tal vez sólo un hombre... ¡Un hombre! El hombre humano. La humanidad entera viviendo en él; torturada, impulsiva, ansiosa por romper la estrechez de sus límites, desesperada por crearse aquellas pupilas que le permitan ver, tras sí, el lugar de dónde viene; delante de sí, el lugar hacia dónde va...

ARTURO S. SILVA.

PARTENZA

El mar, la costa bravía,
la espuma ignota y el cielo
y flotando el desconsuelo
sobre la esperanza mía.

Gira en el azul, la inquieta
bandada de aves marinas,
y hay notas casi divinas
en mi lira de poeta.

En el parque entristecido
un rayo de sol dormido
junto a un pálido asfodelo;

Y como postrera queja
de la barca que se aleja,
sube el adiós de un pañuelo.

MELITÓN L. SIMOIS.

Canelones.

ción, Fisiología e Higiene, Ciencias Naturales, Física, Industrias, Trabajo manual, Economía, Constitución, Moral, Canto y Gimnasia.

Los años destinados a la enseñanza primaria, son los mismos de antes, y las horas de clase, de seis o siete diarias, han pasado a ser cuatro, con un día de asueto por semana.

Para que no se confundan los términos de la cuestión que considero, hago constar que prescindo por completo de lo que se refiere al interés del maestro, problema importante también, pero en lo material, desligado de éste.

Puede haber quien diga que el trabajo tiene mejor rendimiento en nuestros días, porque los métodos de enseñanza se adaptan al orden de los procesos psíquicos.

Eso es verdad sólo en pequeña parte.

Nuestro conocimiento de la mentalidad infantil, es muy escaso todavía. Sobre su base insegura, hemos de cometer errores que harán reir a los futuros maestros, como nosotros reímos, a veces con injusta irreverencia, de los que en otra época se cometían.

Queriendo hacer, con insuficientes recursos, lo que sólo puede hacerse cuando se cuenta con los necesarios, ocurre, además, en la escuela, lo que en las casas donde se distribuyen las entradas, no en vista del número que las marca, sino obedeciendo al impulso de las aspiraciones que dominan en la familia: una parte se pierde en la inutilidad del esfuerzo vano.

Observemos también que seguimos pensando como en los tiempos del Catecismo, por lo que se refiere a la edad en que debe darse principio a la enseñanza.

La doctora María Montessori, cuya capacidad, como médica y profesora, es justamente reconocida en el mundo intelectual, opina al respecto, como pensó Frœbel, con su penetrante intuición.

Sin considerar el detalle de los sistemas que pertenecen al fundador de los Jardines de Infantes y a la fundadora de las "Casas dei Bambini", pues en ambos puede ser discutido, sin que ello importe a la doctrina en que se basan, debemos reconocer la verdad de lo que uno y otro afirman: el niño, desde que se desprende de los brazos de su madre, para caminar, nutre incesantemente su espíritu.

Esa ávida nutrición se efectúa a solas, al acaso; cambiando términos, decimos: "en libertad", y el encanto de esta palabra nos engaña.

Llegamos a declarar que al párvulo le conviene la libertad hasta los seis o siete años.

¿Y por qué no le ha de convenir después?

Le conviene durante toda la vida. Por conquistarla, muere el hombre batallando, a cualquier edad.

Pensemos que la civilización no se concibe en una sociedad cuyos individuos no estén dotados de un poder de inhibición voluntaria sobre sus actos conscientes e instintivos; y entonces comprenderemos que los hábitos adquiridos por el niño, desde los tres hasta los seis años, tienen más cualidades de las argollas de una cadena, que de las plumas de un ala, pues que tienden a impedir el gobierno de sí mismo, sin lo cual es imposible el goce de la libertad.

El que nace en una casa llamada de inquilinato, fuera de lo que a veces puede ver en su propia vivienda, motivo de algunos cuadros célebres de la vida de suburbio, trazados por la literatura y el arte plástico, debe a la calle lo más típico de su sér, en forma que hace irrisoria la pretensión que tienen para modificarlo, algunas horas de escuela.

Yo quisiera presentar aquí, con rasgos bien esbozados, el semblante de un pequeñuelo de cuatro años, a quien interrogué no ha mucho, haciendo algunas averiguaciones. Bastaría el gesto con que acompañó una

de sus frases ingenuas, para demostrar el valor de esa cantidad de tiempo que se confía a la obra del azar.

Para influir en las ideas y en el carácter de un gran número de niños que llegarán a ser ciudadanos, ¡le llevan tanta ventaja al maestro, el cantor de conventillo y el pilluelo que merodea!

Por lo que se refiere a los otros futuros ciudadanos, los que fueron mecidos en cuna dorada, los que llevan perfume en el cabello, hermosos lazos, cuellos de encaje, aparte de que "no es oro todo lo que reluce", hay que pensar en la influencia no sospechada e inevitable muchas veces, del sirviente pervertido y del amigo mal criado, en los momentos "de libertad".

Creo que estas rápidas consideraciones bastan para sugerir más amplio comentario respecto al valor del tiempo que malgastamos, abandonando la edad que precede a la llamada escolar; y al de la parte del día en que los niños se desesperan haciendo travesuras, porque buscan acción y no se les procura; o queriendo cumplir los *deberes* que en cantidad y calidad inadecuadas, algunos maestros ordenan para hacer en las casas, con el intento inútil de llenar el tiempo que *sobra* a los alumnos y *falta* a la clase.

Si todos los niños recibieran los beneficios de la educación desde temprana edad, y en la parte del día que ahora queda libre, pudieran asistir de nuevo a la escuela, para ejercer en ella, durante algunas horas, un género de acción variada, bajo la dependencia de profesores especiales, el presupuesto aumentaría sus cifras, no hay duda, pero no tanto como resulta de un cálculo ligero, porque más en proporción, aumentaría el resultado.

Veamos ahora cuáles son las exigencias del dinero.

Hay que pagar bien a los maestros, porque los apóstoles del Evangelio moderno, necesitan el pan del siglo XX, mucho más difícil de obtener que el de los tiem-

pos bíblicos, han de estar al corriente de las novedades científicas y deben conocer la evolución de la sociedad en que viven, y su número es preciso que aumente.

Se necesitan muchos edificios amplios; tenemos pocos, y de ellos, los más, inadecuados. Es imprescindible el material escolar y el gasto de conservación.

Se necesita un complejo organismo administrativo, para mantener y orientar la enseñanza, de acuerdo con el espíritu de las leyes y los progresos que en el mundo se realicen. La Secretaría escolar no alcanza la extensión debida.

Se necesitan, por último, Escuelas Normales destinadas a formar la elevada profesión del Magisterio, y las nuestras, como todas las de su género, requieren una amplitud que armonice con los últimos adelantos de las ciencias que se refieren especialmente al niño.

Por otra parte, como la instrucción pública no puede hacer diferencias en las condiciones de admisión de los alumnos, debe ser gratuita para todos; es decir, que pueden sentarse en el mismo banco, el niño que llega en automóvil a la puerta de la escuela, y el que vende periódicos.

Esto, que sucede entre nosotros, y no ocurre en otros países dotados de mayores recursos, es muy hermoso, pero cuesta caro, porque da un porcentaje más alto de educandos a cargo del Estado.

Los 4.000,000 a que asciende aproximadamente nuestro presupuesto escolar, a pesar de su alto valor, si se tienen en cuenta las circunstancias de orden secundario con las que forzosamente han de estar relacionados, son escasos para satisfacer nuestras aspiraciones.

¿Quién puede poseer el don de encontrar la cantidad necesaria?

Nadie, con esfuerzo aislado; todos, uniendo nuestra voluntad desinteresada, porque "granos de arena forman la playa".

No me detengo a considerar si las rentas de la Nación podrían ser distribuídas en forma más beneficiosa, aumentando, a expensas de otras planillas, la de Instrucción Pública, porque nada entiendo de necesidades materiales, en asuntos que no se refieran a la enseñanza; pero creo que a medida que nuestra sociedad siga su evolución ascendente, las cantidades que hoy se destinan a los asilos, cárceles y cuarteles, irán pasando a la escuela, pues como lo expuso en su enérgica propaganda José Pedro Varela, la miseria, el delito y la guerra, disminuyen con la educación del pueblo.

Si los que saben escribir y hablar, despertando sentimientos dormidos en el alma, continuaran, de la obra del Reformador, tan sólo lo que debemos al mérito de su palabra, no se tardaría en ver la bandera oriental, flameando en lo alto de muchos edificios escolares, repartidos acá y allá, en las lomas o en las ciudades, por la mano generosa de donantes, pues no puede haber muerto en los hombres aquella fe que en otros tiempos buscaba la expansión del sér en el más allá del tiempo y del espacio, construyendo, para perpetuarla, monumentos inmensos como las Pirámides, grandiosas maravillas como el Escorial, soberbias mezquitas, magníficas catedrales.

Los que saben hacerlo, escriban y hablen, mostrando que el espíritu divino, si está donde implora la humilde plegaria, ha de estar también donde un hombre o una mujer enseñan el bien a la infancia.

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

GLOSAS DEL MES

Berta Singerman

Berta Singerman nos ha convencido de que son cosas distintas la poesía y el arte de decirlas. Aquélla es eminentemente subjetiva y silenciosa, brota como la inspiración en el místico, de la suprema concentración del alma, de un estado de sensibilidad aguda y sobreactiva, pero recóndita. Se expresa con palabras, mas éstas son incapaces de traducir su emoción integral, son un pobre vehículo que, frecuentemente, obra más por lo que puede hacer sugerir o adivinar.

En la declamación entran una serie de elementos nuevos y a menudo extraños al concepto poético primitivo. La plástica, las modulaciones de la voz, la euritmia, hasta la belleza y la gracia de la artista, promueven fuerzas estéticas capaces de conmovernos por sus propios dones, con emancipación absoluta de la poesía en sí misma. De este modo, poemas mediocres, pueden adquirir de golpe una magnificencia artificiosa y robada, susceptible de engañarnos respecto a sus valores positivos; así como poesías de alta riqueza intrínseca suelen aparecérsenos indigentes, lánguidas, y, en todo caso, inferiores a la impresión que nos dieran leídas silenciosamente, en la intimidad, alma a alma.

Y es natural que así sea. Al fin y al cabo el intérprete está frente al poema en idéntica situación a la

del pintor frente a la naturaleza. La poesía le da los materiales muertos, por así decirlo, él los va a animar, va a darles una expresión, una forma, va a crear el poema nuevamente y con mucha más libertad, sin duda, que la que tiene el músico frente a una partitura, en donde van señalándole imperativamente los sottovoces, los alegros y cualquier cambio del timbre o del tono. El alma del poeta, en la interpretación recitativa, mucho más que la del músico en la interpretación vocal o instrumental, pasa a segundo término, a ser sólo un elemento de sostén, esfumado o confundido, y, sobre todo, entregado indefenso a toda especie de adornos churrigueresco o arbitrarios.

La declamación, pues, espectáculo esencialmente teatral y decorativo, sería cosa inútil y hasta perjudicial por el engaño a que se presta, si la tomáramos como pauta para medir valores estéticos; pero ella tiene su razón de ser en sí misma, su vida autóctona. Es un arte independiente, aunque correlacionado con otro, como la danza lo está con la música, o el canto con la poesía.

Naturalmente que cuando todas las circunstancias se aunan y a la excelencia del poema se añaden los atributos exteriores de una virtuosa interpretación, el efecto resulta doblemente sugestivo. La recitación entonces adquiere el valor de una traducción viva, en donde cada gesto, cada variación gutural, cada movimiento tienen un sentido alegórico o simbólico destinado a dar una especie de forma gráfica al espíritu emotivo de la poesía. Y ahí está, precisamente, la dificultad de este arte, porque el intérprete fácilmente se desvía o se desborda, cayendo en el énfasis, en la extrema sutilización vocal, en el exceso mímico, en la actitud melodramática, y porque para no incurrir en estos pecados y conquistar al mismo tiempo a los oyentes selectos, se necesita poseer dos cosas que difícil-

mente andan juntas en el alma humana: un gran sentido del equilibrio y de la orientación, junto con una lujuriosa impresionabilidad.

Creemos que no se debe a otra cosa la escasa fortuna que han tenido las artistas de este género y que—por lo menos entre nosotros—habían relegado la recitación a las fiestas domésticas, a las veladas de los colegios o a los festivales sociales de beneficencia.

La señorita Berta Singerman—no obstante podérsele reprochar mucho de lo que hemos dicho—ha venido a dar a este arte la jerarquía que le corresponde.

Posee una evidente alma de artista, tiene el don de la bella actitud, maneja admirablemente la gracia y el encanto de sus jóvenes años, conoce a fondo la ciencia de la mímica, y por encima de esto—aquí tal vez está el secreto de su triunfo—posee el privilegio de una voz maravillosa, sobre todo en sus tonos profundos, que, quieran o no, conquista y sugestiona a sus oyentes.

José María Delgado.

«Pegaso» en el interior

Gracias al decidido empeño de nuestros representantes en campaña, Pegaso está adquiriendo una vasta difusión en todo el país.

Un sentimiento de satisfacción y de agradecimiento nos pone hoy en el caso de resaltar la actitud de la distinguida educacionista señorita Mariana Irigaray de Garicoitz, que representa a Pegaso en Paysandú, donde ha logrado despertar gran interés por nuestra revista.

La señora de Garicoitz, concita nuestro reconocimiento y merece nuestros plácemes.

Asimismo, hacemos extensivos estos conceptos a la señorita Eleonora di Fiori, representante de PEGASO en Santa Rosa del Cuareim y la señorita Carolina Viscay, representante de PEGASO en Fray Bentos.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

MEMORANDA

de las revistas recibidas en "Pegaso" durante el último mes:

"Atenea".—La Plata.—Repca. Argentina.
"Adelante".—Salto.—Uruguay.
"Ateneo del Salvador".—Salvador.—Centro América.
"Athenea".—San José de Costa Rica.—Centro América.
"Anales de la Facultad de Medicina".—Montevideo.—Uruguay.
"Ateneo de Honduras".—Tegucigalpa.—Honduras.
"Atenas".—Habana.—Cuba.
"Arachania".—Melo.—Uruguay.
"Anales de Instrucción Primaria".—Montevideo.—Uruguay.
"Arquitectura".—Montevideo.—Uruguay.
"A Agnia".—Río Janeiro.—Brasil.
"Athéna".—París.—Francia.
"Aperusen".—Foligno.—Italia.
"Boletín de la Unión Panamericana".—New York.—Estados Unidos.
"Boletín de la Unión Hispano Americana".—Buenos Aires.—Repca. Argentina.
"Boletín de la Librería Colombiana".—Bogotá.—Colombia.
"Cosmópolis".—Madrid.—España.
"Cuba Contemporánea".—Habana.—Cuba.
"Cultura Venezolana".—Caracas.—Venezuela.
"El Terruño".—Montevideo.—Uruguay.
"El Convivio".—San José de Costa Rica.—Centro América.
"Esfinge".—Tegucigalpa.—Honduras.
"Estudios".—Buenos Aires.—Repca. Argentina.
"France-Amérique Latine".—París.—Francia.
"Gil Blas".—Río Janeiro.—Brasil.
"Gaceta de Policía".—Guatemala.—C. A.
"Horizonte".—Valparaíso.—Chile.
"Labor".—Montevideo.—Uruguay.
"La Revue de l'époque".—París.—Francia.
"La Vie intellectuelle".—Bruxelles.—Bélgica.
"La Vie des lettres".—París.—Francia.
"La Reforma Social".—New York.—Estados Unidos.

''La Nueva Democracia''.—New York.—Estados Unidos.
''La Pluma''.—Madrid.—España.
''La Semana''.—Salto.—Uruguay.
''Los Tiempos''.—Paysandú.—Uruguay.
''Logos''.—Costa Rica. Centro América.
''Mercurio Peruano''.—Lima.—Perú.
''Nosotros''.—Buenos Aires.—Repca. Argentina.
''Nuestra América''.—Buenos Aires.—Repca. Argentina.
''Numen''.—Santiago de Chile.
''Nueva Era''.—Buenos Aires.—Rpca. Argentina.
''Proteo''.—Montevideo.—Uruguay.
''Prisma''.—París.—Francia.
''Revista de Revistas''.—México.—América del Norte.
''Repertorio Americano''.—San José de Costa Rica.
''Revista del Brasil''.—San Paulo.—Brasil.
''Revista del Mundo''.—Buenos Aires.—Repca. Argentina.
''Revue Universelle''.—París.—Francia.
''Revue de l'Amérique Latine''.—París.—Francia.
''Revista Parlamentaria de Cuba''.—Habana.—Cuba.
''Revista Bimestre Cubana''.—Habana.—Cuba.
''Revista de la Asociación Rural del Uruguay''.—Montevideo.—Uruguay.
''Revista de la Academia Brasileña de Letras''.—Río Janeiro.—Brasil.
''Revue Hebdomadaire''.—París.—Francia.
''Revista Histórica''.—Montevideo.—Uruguay.
''Trabajo''.—Montevideo.—Uruguay.
''Tableros''.—Madrid.—España.
''Vogue''.—Buenos Aires.—Repca. Argentina.
''Vida Femenina''.—Montevideo.—Uruguay.
''Vida Nuestra''.—Buenos Aires.—Repca. Argentina.

Ansiedad.—Por E. de Salterain Herrera.—Montevideo.—1922.

Un suave perfume de bondad y de amor al prójimo, sobre todo a los humildes y a los buenos, trasunta este libro de cuentos de Eduardo de Salterain Herrera, y esto que constituye su principal encanto es causa, a la vez, de su debilidad constructiva. Pecan sus héroes de imaginativos y sentimentales. El autor ha querido sacarlos de la realidad, y con sencillez voluntaria, los presenta al lector como si fueran amigos conocidos. Pero encuentro que el idealismo del autor ha rodeado a sus personajes, que él cree de la realidad, con un nimbo de irrealidad poética que los hace aparecer esfumados e imprecisos.

''Ansiedad'' titula de Salterain Herrera a sus cuentos, y pienso que el título ha de provenir precisamente de la emoción con que la realidad de las cosas perturba a su espíritu altamente delicado.—**A. B.**

Alas Nuevas.—Poesías de Pedro Leandro Ipuche.—Montevideo.—1922.

Este nuevo poeta tiene singulares condiciones. Una fuerza vital po-

ne en sus versos, su oficio es intuitivo, su canción libre y simple, su modo arrítmico y evocador. El mismo dice en sus poesías que vino de la campaña pura a la ciudad brillante,—y justo es que hallemos en él los colores del horizonte nativo, el ardor de la tierra, la cristalería del arroyo, el color de los ceibos, la inquietud de la noche, el coraje del gaucho, la tristeza larga de los crepúsculos campesinos...

En verdad que no cabía otro título a este libro joven y ardiente, de rémiges caudales: "Alas Nuevas". Y "alas nuevas" son sus poesías ingenuas o vibrantes, sus afanes tímidos o ardorosos, sus dolores aprensivos o ciertos... Una inquietud desconocida,—se puede decir con la frase hecha,—le hincha el corazón.

La justeza expresiva,—que dice dominio del lenguaje,—el hermoso colorido,—que denota dominio de la vida,—la melancólica fortaleza,—que es dominio de sí mismo y energía personal,—son tres anchas y claras facetas de su brillante poética,—a la que Ipuche agrega el aire criollo de su ascendiente, el motivo nacional de la tierra, el rasgueo paisano de la guitarra rural. Largas páginas de no siempre fácil desarrollo implicaría el estudio crítico de esta tendencia regional de nuestros vates novecentistas,—Silva Valdez, Juana de Ibarbourou, Pedro Leandro Ipuche,—que dan en cantar la tierra con un ardor virgen y una esperanza nueva, volcados en el módulo moderno, musical y castizo.

Alabemos no en tanto, en las breves líneas que nos concede este espacio, la poesía purificada y emotiva de "Alas Nuevas", libro hermoso y fuerte, donde hay sonetos como "La Noche", poemas como "A mi río", páginas como "El árbol solo". Y hagamos votos de intensa maduración para los frutos de este poeta nuestro, que va a cantar el alma de tierra adentro con la fuerza de un corazón bien templado y la poesía de un alma llena de sol, de cielo y de canción.—**T. M.**

El triunfo del Dr. Maza.—Lorenzo Torres Cladera.—Montevideo.—1922.

Esta novela corta evidencia condiciones que sobrepasan mucho las de un aficionado común. No vamos a incurrir (y lo adelantamos para garantía) en elogios extraordinarios, pero tampoco dejaremos en el tintero los fundamentos del placer de nuestra lectura.

Pondremos así que el señor Torres Cladera sabe aderezar cumplidamente los motivos, sabe gobernar su héroe con desenvoltura bastante, y sabe graduar con habilidad el interés. Con ello logra, de un asunto poco novedoso y algo baladí, hacer páginas de lectura muy agradable.

•

No obstante padecemos algo. El señor Torres Cladera suele descuidar el atavío de su discurso, y aunque no aspiramos a determinadas modas, creemos que la forma escrita de nuestras ideas merece un aliño al que no se debe aspirar en la verbal.

Con gran apariencia de naturalidad puede hilvanarse un relato conservando giros de la charla cotidiana; más ganaría su decoro pu-

liendo aquellas formas incómodas a la fruición tranquila de la lectura.

*

Pero de ello no haremos cuestión fundamental. La hacemos si de que el autor cultive el tema criollo en la forma ligera de sus dos últimos cuentos; no sabemos si esos breves trabajos corresponden a una modalidad imperante en el señor Torres Cladera, o simplemente a una **viaraza**.

En el primer caso deseamos, noblemente, avivar su prudencia; en el segundo, no hallamos nada que objetar.—**E. S.**

A Fera.—Ediciones de A Novela Portuguesa.—Por Sousa Costa.—Lisboa.—1922.

Cuadro de égloga, pero tocado de lirismos no siempre elegantes; "Aquele dia de junho agonisava numa resignação de santidade". Felizmente, el señor Sousa Costa no repite mucho esas interpretaciones y acciona sus campesinos razonablemente.

Pero la novelita apreta el corazón, y no porque ultrapase los términos comunes de la vida contemporánea con su trama simplísima. Ocurre, sin embargo, que el trance final es de crueldad excesiva, lindera en lo increíble; en llegando a esto, el arte, aunque sea superior, lucha con dificultades para imponer sus creaciones; por ahí falla totalmente la novelita del señor Sousa Costa.

*

Admitimos la brutal perfidia del amante; pero no la de esa policía que saca del lecho a una puérpera y la lleva por dos leguas de sendas pedregosas, bajo un sol rajante. ¿En qué país es eso?

*

El trabajo del señor Sousa Costa podría lucir el mérito de reproducir un ambiente; pero si el ambiente es aquél más valiera dejar la pluma quieta, y no llevar con fines artísticos, más allá de los mares, tales denuncias de brutalidad.

Si el ambiente no tiene tales resabios bárbaros, la novela pudo quedar inédita, que ni su enjundia ni su forma le dan derechos a muy vasta publicidad.—**E. S.**

En el torbellino.—Novela corta por Máximo Sáenz.—Buenos Aires.—1922.

La vida del periodismo, de ese periodismo canallesco, ruin, que prostituye la misión superior de la prensa, transformándola en un instrumento de **sabotage**, en una explotación de los bajos instintos y en un perverso y fácil medio de vida, le da tema al autor—conocido entre nosotros por su resonante éxito obtenido en el concurso de novelas patrocinado por "Diario del Plata"—para escribir esta pequeña y valiente narración.

Ya habíamos reconocido en Sáenz, con motivo de aquella obra premiada, a un escritor de garra, conocedor de la técnica, interesante y ágil en el manejo del diálogo. Y si a estas cualidades añadimos hoy un fino espíritu de observación, una indiscutible aptitud para el análisis psicológico y una loable tendencia hacia la sobriedad y el realismo, se compartirá nuestra opinión de que no pasará mucho tiempo sin que el autor nos ofrezca una novela que lo coloque en el círculo de los más eminentes literatos rioplatenses.—**J. M. D.**

La incansable.—Cuentos de V. Diez de Tejada.—Barcelona.—1922.

Cuatro cuentos, que son otras tantas obras maestras, contiene el tomo décimotercero de la "Selección de novelas breves", que edita la "Cervantes".

Difícil resulta decir cuál es mejor, no obstante haber merecido, dos de ellos, primeros premios en grandes revistas de España. De Diez de Tejada dijo Alfredo Vicente, el gran periodista, que era "el primer cuentista español"; y cuando se ha leído "La incansable", se cree la afirmación, pues no es posible cultivar un género con mayor dosis de agudeza, cultura y gracia. Estos valores, no sólo no se estorban en las narraciones de Diez de Tejada; muy al contrario, armonizan, se completan, merced al tono joco-serio que los une como a deslumbrantes gemas un hilo de oro.—**V. A. S.**

Mármoles y bronces.—Versos por Alfonso Espino.—San Salvador. —1919.

Mármol y bronce, vale decir materia vencedora del tiempo, carne de estatua; no creemos que sea precisamente la que nos ofrece el autor en estos versos, no obstante las positivas condiciones que en ellos se advierte y el loable esfuerzo que representan.

Destácanse del conjunto de la obra la serie de sonetos agrupados bajo el título de "Paisajes del Trópico", y, en general, todo aquello que se refiere a la visión externa de la naturaleza. Es posiblemente esa la cuerda que el poeta hace vibrar, no sólo más intensa, sino más novedosamente.

No podemos decir lo mismo de la cuerda lírico-subjetiva, ni menos de la épica, que suena frecuentemente en "Mármoles y bronces", en donde el autor no alcanza a contagiar emoción, ya sea por la vulgaridad de las imágenes, de los sentimientos y de la ideología, ya sea por la vetustez de la técnica.—**J. M. D.**

Trizas de papel.—Por José Antonio Ramos Suárez.—Caracas.—1922.

El autor ha coleccionado con este título, asaz modesto, artículos sueltos y glosas diversas sobre tópicos que, si desemejantes y faltos de ilación entre sí, están reunidos por el vínculo común de un temperamento atildado y armonioso.

Generoso rumor de virtuosas ideas viértense en ellos por el surtidor de un estilo sereno y pulcro. Domina la serenidad en estas notas, sencillas y tranquilas, que parecería que el autor hubiera es-

crito—naturalmente y al desgaire—por requerimientos de su propia naturaleza, en días apacibles, sentado en un banco del jardín, mientras la vida, a su alrededor, se agita y bulle.—**A. B.**

La Muerte de Jesús.—Eça de Queirós.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1921.

Si este bizarro escritor hubiera escrito en lengua más usada que la de su tierra, de apagado esplendor, fuera tan profuso como lo merece el conocimiento de su obra, y no anduviera luchando con traducciones inmerecidas para imponer sus excelencias.

Muy pocas veces han coincidido la firmeza del pensamiento, la gracia de la intención, el hechizo de la prosa, como ocurrió en este portugués magnífico.

La parte más difundida de su obra muestra un novelista moderno, incisivo y exactó, un escritor de lenguaje armonioso y extenso; mas, en su obra periodística, igualmente tocada por la gracia, hay un espléndido tesoro de atisbos sociológicos, de dictámenes sobre problemas graves, y de opiniones dispersas, que evidencian un cerebro muy clarividente y firme.

Sí: el hombre, más que toda otra cosa, fué un sociólogo; recuérdese aquel estudio sobre Guillermo II, que tuvo a los veinte años de escrito una confirmación tan dolorosa para el mundo; recuérdese también su Ramírez, el héroe representativo de Portugal, y se verá qué hondo conocimiento tuvo de los hombres y de los tiempos.

Pero, sin ir tan allá, esta misma "Muerte de Jesús" reune las cualidades típicas de aquel artista; la hábil traducción no resta movimiento ni frescura al idioma; y, aunque es el núcleo de obra más vasta y acabada, la destreza en el manejo de los personajes, la preparación de las escenas, la hondura de los conceptos, la llevan mucho más alto de su condición de boceto.

Y, como dijimos ya, la traducción hace honor a la Editorial.—**E. S.**

El Ave de Fuego.—Por Bôzema Nêmcova.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

La Editorial Cervantes, de Barcelona, pone bajo los gratos auspicios de la tierna escritora checa Bôzena Nêmcova, esta selección de cuentos para niños, con el propósito de ofrecer a la infancia hispanoamericana una biblioteca de recreo, al par que de educación de los sentimientos morales, inspirada en una sana doctrina y en un acabado gusto literario.

"El Ave de Fuego" que, con los otros cuentos que lo acompañan, abre la serie de lecturas que irán apareciendo, rebuscadas entre lo más puro y ameno de la literatura infantil del mundo entero, presenta los asuntos con tan sencillos y claros rasgos y tan dulce sabor tiene la moraleja que de cada uno se desprende, que entra siempre con fuerza de convicción propia en el alma del pequeño lector.

La Editorial Cervantes, atenta a que esta colección sea digna de la niñez, presenta esos tomitos impresos con singular esmero y bajo hermosa portada alegórica.—**E. C.**

Generosidad de Corazón.—Premio Nobel.—Por Selma Lagerlöf. — Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

El nombre ilustre y el fervoroso entusiasmo que han suscitado las obras de la escritora sueca publicadas hasta ahora por la Editorial Cervantes, de Barcelona, basta para loa y ponderación de esta obrita, que viene hoy a enriquecer la Selección de Novelas Breves.

Pero este pequeño volumen lleva todas sus páginas impregnadas de afirmación del título mismo, de una piedad amplia y sólida, de una hermosura que se adentra dulce y suave en el alma del lector, como si todo el libro fuese una bienaventuranza divinamente inspirada. Libro divino es, por la moralidad de su fondo, por la ternura de su desarrollo, por los preciosos matices que descubre su estilo; un libro cuya lectura fascina y deja, por lo substancioso de su contenido, ansias de más producciones de tan deliciosa escritora.—**E. C.**

Asia.—Por Iván Turgueniev.—Barcelona.—1922.

Entre las novelas cortas del clasicismo ruso, ocupa un lugar principal "Asia", salida de la pluma de Turgueniev, cuyo brillante estilo no ha sido superado en la moderna Rusia.

"Asia", que viene a incorporarse a la ya rica y variada Selección de Novelas Breves, con tanto éxito publicada por la Editorial Cervantes, de Barcelona, es acaso la mejor obra de carácter psicológico del famoso escritor, reconocido como uno de los más grandes psicólogos de Rusia, por la fuerza con que se apodera de lo más escondido del alma de sus personajes y la detallada precisión anatómica con que la muestra ante los ojos del lector.—**E. C.**

Rosa Mística.—Por Pin y Soler.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

Se reunen en este volumen, con "Rosa Mística", algunas novelitas y cuadros que compendian la obra y miden el talento del excelente humanista Pin y Soler.

La Editorial Cervantes, de Barcelona, al estampar este tomito, se propone dar a conocer el espíritu cultísimo y fino de un artista que, educado en la escuela universal, supo prestar a sus narraciones, en sencillo estilo, un interés que sobrepasa, gracias al colorido de realidad y vida, el de toda novela.—**E. C.**

La Editorial Cervantes, atenta a que esta coleccion sea digna de la niñez, presenta esos tomitos impresos con singular esmero y bajo hermosa portada alegorica. **E. C.**

Generosidad de Corazón.—Premio Nobel. Por Selma Lagerlöf. — Editorial Cervantes. Barcelona. 1922.

El nombre ilustre y el fervoroso entusiasmo que han suscitado las obras de la escritora sueca publicadas hasta ahora por la Editorial Cervantes, de Barcelona, basta para loa y ponderacion de esta obrita, que viene hoy a enriquecer la Seleccion de Novelas Breves.

Pero este pequeño volumen lleva todas sus páginas impregnadas de afirmacion del titulo mismo, de una piedad amplia y solida, de una hermosura que se adentra dulce y suave en el alma del lector, como si todo el libro fuese una bienaventuranza divinamente inspirada. Libro divino es, por la moralidad de su fondo, por la ternura de su desarrollo, por los preciosos matices que descubre su estilo; un libro cuya lectura fascina y deja, por lo substancioso de su contenido, ansias de más producciones de tan deliciosa escritora. **E. C.**

Asia. Por Iván Turgueniev.- Barcelona. -1922.

Entre las novelas cortas del clasicismo ruso, ocupa un lugar principal "Asia", salida de la pluma de Turgueniev, cuyo brillante estilo no ha sido superado en la moderna Rusia.

"Asia", que viene a incorporarse a la ya rica y variada Seleccion de Novelas Breves, con tanto éxito publicada por la Editorial Cervantes, de Barcelona, es acaso la mejor obra de carácter psicológico del famoso escritor, reconocido como uno de los más grandes psicólogos de Rusia, por la fuerza con que se apodera de lo más escondido del alma de sus personajes y la detallada precisión analítica con que la muestra ante los ojos del lector. **E. C.**

Rosa Mística. Por Pin y Soler. Editorial Cervantes. Barcelona. -

Se reunen en este volumen, con "Rosa Mística", algunas novelitas y cuadros que compendian la obra y miden el talento del excelente humanista **Pin y Soler.**

La Editorial Cervantes, de Barcelona, al estampar este tomito, se propone dar a conocer el espíritu cultísimo y fino de un artista que, educado en la escuela universal, supo prestar a sus narraciones, en sencillo estilo, un interés que sobrepasa, gracias al colorido de realidad vivida, el de toda novela. **E. C.**

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS"
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO"
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.
Herrera Mac Lean Carlos A., Cerrito 382.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

LICEO FRANCO-URUGUAYO
PARA SEÑORITAS
CONSTITUYENTE, 1468
Directora: ISMAELA NAVARRA
EXTERNOS, PUPILOS, MEDIOPUPILOS
CLASES MAGISTERIALES
MONTEVIDEO

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga.
Moratorio Eduardo L., Daymán 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, Mercedes 1061.
Caviglia Luis C., 25 de Mayo 569.
Etchevest Félix, Sarandí 456.
Ramasso Ambrosio L., Andes 1560.
Terra Duvimioso, Juan C. Gómez 1340.
Barbaroux Emilio, Hotel "La Alhambra".
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Martínez José Luciano, J. Ellauri 80.
Mendivil Javier, Convención 1523.
Miranda Arturo, Canelones 687.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, A. Chucarro 18.
Maldonado Horacio, 25 de Mayo 511.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.
Herrera Mac Lean Carlos A., Cerrito 382.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Negro Ramón, Sarandí 445.
Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Infantozzi José, Cuareim 1323.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Mier Velázquez Servando, Continuación Agraciada 136.
Toscano Esteban J., Uruguay 881.
Caprario Ernesto, Uruguay 1223.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

ACEITE LIBERTAD

EL MEJOR
EL MAS CONOCIDO
EL QUE MAS SE VENDE

PROXIMO
GRAN CONCURSO

PIDA LOS CUPONES

El ACEITE LIBERTAD está en venta en todos los almacenes

Pesquera & Cía.

MONTEVIDEO

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO

JUNIO DE 1922

SUMARIO:

Glosa del año	por La Dirección
La tragedia de un hombre fuerte	por Vicente A. Salaverri
El huésped	por José María Delgado
España invertebrada	por José Pereira Rodríguez
Ayax	por Pablo de Grecia
Guardalo pá otros	por El Viejo Pancho
Sonetos	por Octavio Pinto
La calandria	por Fernán Silva Valdez
Poesías	por Conrado Nalé Roxlo
Día de bodas	por Pedro González Gastellú
Educación: Los Congresos	por Enriqueta Compte y Riqué
Crónica de Arte: La exposición de José Luis Zorrilla de San Martín	por C. A. Herrera Mac Lean
Notas bibliográficas	por la Redacción

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.° 48

056.1
PEG
No. 48

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto Brignole. — Manuel Benavente. — Enriqueta Compte y Riqué. — Buenaventura Caviglia (hijo). — Julio J. Casal. — Ismael Cortinas. — Manuel de Castro. — Asdrúbal E. Delgado. — Eduardo Dieste. — María Espínola y Espínola. — José M. Fernández Saldaña. — Emilio Frugoni. — Blas S. Genovese. — César G. Gutiérrez. — Carlos A. Herrera Mac Lean. — Luis A. de Herrera. — Juana de Ibarbourou. — Julio Lerena Joanicó. — Luisa Luisi. — Casiano Monegal. — Horacio Maldonado. — Julio Raúl Mendilaharsu. — Raúl Montero Bustamante. — A. Montiel Ballesteros. — Emilio Oribe. — José Pereira Rodríguez. — Víctor Pérez Petit. — Carlos M. Prando. — Wifredo Pí. — Horacio Quiroga. — Santín Carlos Rossi. — Vicente A. Salaverri. — Emilio Samiel. — Fernán Silva Valdez. — Carlos Sabat Ercasty. — José A. Trelles. — Juan Zorrilla de San Martín. — Alberto Zum Felde. — Armando Vasseur.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Este número de PEGASO contiene

DIEZ Y SEIS PÁGINAS MÁS

o sea

Sesenta y cuatro Páginas de Texto

sin aumento de precio

056.1
PEG
No. 48

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto Brignole. — **Manuel Benavente.** — **Enriqueta Compte y Riqué.** — **Buenaventura Caviglia** (hijo). — **Julio J. Casal.** — **Ismael Cortinas.** — **Manuel de Castro.** — **Asdrúbal E. Delgado.** — **Eduardo Dieste.** — **María Espínola y Espínola.** — **José M. Fernández Saldaña.** — **Emilio Frugoni.** — **Blas S. Genovese.** — **César G. Gutiérrez.** — **Carlos A. Herrera Mac Lean.** — **Luis A. de Herrera.** — **Juana de Ibarbourou.** — **Julio Lerena Joanicó.** — **Luisa Luisi.** — **Casiano Monegal.** — **Horacio Maldonado.** — **Julio Raúl Mendilaharsu.** — **Raúl Montero Bustamante.** — **A. Montiel Ballesteros.** — **Emilio Oribe.** — **José Pereira Rodríguez.** — **Víctor Pérez Petit.** — **Carlos M. Prando.** — **Wifredo Pi.** — **Horacio Quiroga.** — **Santín Carlos Rossi.** — **Vicente A. Salaverri.** — **Emilio Samiel.** — **Fernán Silva Valdez.** — **Carlos Sabat Ercasty.** — **José A. Trelles.** — **Juan Zorrilla de San Martín.** — **Alberto Zum Felde.** — **Armando Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Este número de PEGASO contiene

DIEZ Y SEIS PÁGINAS MÁS

o sea

Sesenta y cuatro Páginas de Texto

sin aumento de precio

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Junio de 1922. — N.º 48 — Año VII.

LA GLOSA DEL AÑO

Con este número, Pegaso cierra el cuarto año de su existencia.

Para nosotros y para todos aquellos que nos han acompañado, el suceso tiene su importancia y merece estas líneas consagradas en la primera página.

Hasta la fecha, no había podido mantenerse en el Uruguay, ninguna revista de letras.

Pegaso,—al contrario de todas sus similares, se ha fortificado con el tiempo,—y bien podemos decir que si nunca hubo inseguridad en su vuelo, tampoco hubo nunca desaliento ni cansancio.

"Y fué así que, de pronto rompió el silencio cruel,—el relincho sonoro del celeste corcel"...

Y "he aquí que Pegaso ya se alejó del suelo, ya nos embriaga el éxtasis, ya nos arroba el vuelo"...

Hablar de nuestra obra,—de esos cuatro tomos de quinientas páginas cada uno, inflamados de fe, ardientes de idealismo, tremantes de belleza y exponentes de cultura patria,—será siempre un grato motivo y un orgulloso blasón, que la obra de la "Editorial", fundada el año pasado, agranda y complementa con entusiasmo.

Empero vamos a concretarnos ahora a decir aquí nada más que la satisfacción que colma nuestro anhe-

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Junio de 1922. — N.° 48 — Año VII.

LA GLOSA DEL AÑO

Con este número, Pegaso cierra el cuarto año de su existencia.

Para nosotros y para todos aquellos que nos han acompañado, el suceso tiene su importancia y merece estas líneas consagradas en la primera página.

Hasta la fecha, no había podido mantenerse en el Uruguay, ninguna revista de letras.

Pegaso,—al contrario de todas sus similares, se ha fortificado con el tiempo,—y bien podemos decir que si nunca hubo inseguridad en su vuelo, tampoco hubo nunca desaliento ni cansancio.

"Y fué así que, de pronto rompió el silencio cruel,—el relincho sonoro del celeste corcel"...

Y "he aquí que Pegaso ya se alejó del suelo, ya nos embriaga el éxtasis, ya nos arroba el vuelo"...

Hablar de nuestra obra,—de esos cuatro tomos de quinientas páginas cada uno, inflamados de fe, ardientes de idealismo, tremantes de belleza y exponentes de cultura patria,—será siempre un grato motivo y un orgulloso blasón, que la obra de la "Editorial", fundada el año pasado, agranda y complementa con entusiasmo.

Empero vamos a concretarnos ahora a decir aquí nada más que la satisfacción que colma nuestro anhe-

lo: lo que quisimos que Pegaso fuera, lo ha sido y seguirá siéndolo en constante esfuerzo de mejora y progreso.

Tribuna del pensamiento nacional, academia del arte nativo, cátedra de ética y estética, compendio y cifra de la hora uruguaya, Pegaso ha reunido a su alrededor a los viejos maestros y a los nuevos discípulos.

Nunca tan alto ideal fué mejor cumplido.

Aprovechamos esta ocasión propicia, para renovar nuestra invitación a todos los que quieran acompañarnos, y para expresar públicamente nuestra gratitud a todos los que nos han acompañado.

«LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE FUERTE»

¿Por qué dice Manuel Gálvez de este libro, de este gran libro, que no es precisamente una novela?... Recordaremos las palabras aquellas que pone Blasco Ibáñez en la versión castellana de *"El Infierno"* de Barbusse, obra a la que se parece, en su técnica al menos, *"La tragedia de un hombre fuerte"*: *"El Infierno"* es una gran novela, y sin embargo no es novela, si tenemos en cuenta las condiciones peculiares de este género literario. Carece de acción, no hay en ella *argumento"*. Observaciones, a nuestro juicio, un poco fuera de lugar, desde que el diccionario, al definir el término *novela,* nos habla de una composición literaria que consiste en narrar hechos fingidos de mero entretenimiento, de enseñanza, etc. Amplia definición, como se ve.

Lo que hay, en puridad, tanto en *"La tragedia de un hombre fuerte"* como en *"El Infierno"* de Barbusse, es una falta absoluta de lo que dió en llamarse arquitectura: distribución, previamente calculada, de episodios, que se ensartan con cierta simetría, como las cuentas de un rosario o, más poéticamente, como las perlas en el collar. En *"El Infierno"* un estupendo observador nos refiere cuánto ve por un agujerito de su cuarto alquilado. En *"La tragedia de un hombre fuerte"*, Gálvez nos presenta va-

rios arquetipos de la mujer argentina, con el pretexto de historiar las andanzas de Víctor Urgel, su muy interesante personaje. Pero el libro en sí, es una novela, bien que participe de la honda trascendencia que cobraría un meditado estudio psicológico, hecho por un escritor, que fuera a la vez sociólogo.

Novela y gran novela es *"La tragedia de un hombre fuerte"*. Novela como *"El mal metafísico"*, *"La maestra normal"*, *"La sombra del convento"* y *"Nacha Regules"*. Poco importa que la arquitectura haya sido descuidada adrede. Bien sabemos que varios miles de lectores — entre los últimamente conseguidos por Gálvez — con el flamante notabilísimo trabajo, se van a defraudar. Falta la fuerte trabazón dramática que ha conmovido a los espíritus sencillos, apasionados por las desventuras de *"Nacha Regules"*. Manuel Gálvez, antes que conmover, con *"La tragedia de un hombre fuerte"*, ha querido enseñar. De ahí que desprecie todo cuanto pueda parecernos sensiblero o melodramático. Matan a Clota, una mujercita que nos había interesado mucho, y el autor no aporta un solo detalle impresionador. El drama desgarrante queda apenas sugerido con cuatro frases. Se ve que la atención del novelista sigue objetos más altos. Quiere investigar cuestiones de ardua, de complicada psicología. ¿Cómo son en la Argentina las mujeres?... ¿Qué educación recibieron?... ¿Qué concepto se han forjado de la vida?... ¿Creen, acaso, en el amor?... Y si creen en el amor, ¿qué suerte de felicidad esperan de él, cómo se la imaginan, para qué lo aguardan?...

Víctor Urgel — espíritu inquieto, dinámico y muy moderno — nos lo va a decir. Conocemos a Urgel la tarde aquella en que pronuncia un discurso, que muchos creen germanófilo, en el Congreso bonaerense. Su elocuencia viril, y la independencia de sus ideas,

le valen un triunfo clamoroso. El ingeniero provinciano, fundador de estancias — y ahora diputado — conquista de un golpe Buenos Aires, con enérgico aletazo, como se elevaría un águila en el espacio azul. Es un hombre fuerte y la fortuna le resulta propicia. Apenas si ha fracasado, sentimentalmente, en su hogar. Su victoria le hace rebelarse contra tal desventura y busca la completa felicidad en uno de esos amores que la sociedad contemporánea conoce por *vedados*. "Víctor pensaba que el amor era lo único que podía disminuir el sufrimiento de la trágica soledad del alma; y la ausencia del amor en su vida tornábale desgraciado. El triunfo de aquella tarde le encumbraba de golpe en la celebridad, y he aquí que a su lado no había un corazón ferviente de mujer que exaltara con ese triunfo, que lo comentara con él y, sobre todo, que hiciérale olvidar la peligrosa vanidad de haber triunfado. ¡Un amor!, clamaba el corazón de Víctor." Y Manuel Gálvez nos dice: "El hombre que triunfa necesita un amor, porque nada como el amor nos da la lección fortificante y útil de que todo menos él, es vanidad de la existencia humana". Pero como Rauch, el pequeño filósofo de esta novela afirma, la tristeza es una suciedad. Y Víctor reacciona contra la tristeza que había empezado a invadirle, dando toda la razón a su amigo, declarando que el hombre fuerte debe expulsar de sí la melancolía, porque en la vida todo ocurre como debe ocurrir, y si "el vivir es un trágico y bello sufrimiento", no vamos a atenuarlo ni con lágrimas de doncella ni con sollozos de guitarra. Contra ese mal de nuestra raza que es la tristeza, echemos mano de la acción, del esfuerzo heroico, de la lucha formidable.

Sin embargo, apresurémonos a declararlo, la vida de Víctor Urgel, dentro de este libro, no nos interesa tanto como el estudio del ambiente en que actúa, co-

mo el alma de las diferentes mujeres que posee o intenta poseer. Urgel, en esta novela, se nos antoja apenas un pretexto. Equivale (nò se tome por desdeñosa esta afirmación), a ese cuarto de hotel donde se desarrollan los extraordinarios episodios de Barbusse. En *"La tragedia de un hombre fuerte"* es Manuel Gálvez quien mira por el orificio de la pared. Sus anotaciones constituyen el más vigoroso trabajo psicológico, en cuanto concierne a la mujer, que ha hecho un intelectual argentino. Pero paralelamente, en capítulos alternados, que caldea a veces la vena de un lírico que quiere y no siempre se sabe sofrenar, en capítulos alternados — repetimos — se evoca la vida social de la cosmópolis, hoy, si hemos de creer a Gálvez, en plena transformación.

Como toda obra desbordante de ideas, *"La tragedia de un hombre fuerte"* va a resultar un libro muy discutido. Acaso no tenga el autor la dicha de que se polemice en la prensa. Pero en círculos sociales y en camarillas literarias, las afirmaciones de Gálvez van a ser criticadas. No es obra para un éxito popular. Le sobra enjundia. Pero los hombres estudiosos del porvenir cuentan, para la investigación de la actual vida bonaerense, con un inapreciable documento.

Bastaría este valor documental que reconocemos al último trabajo novelesco de Gálvez, para dejar sentada la trascendencia de su afirmación, que puede calificarse de verdadero acontecimiento. Es un libro de plenitud, serio, grávido, definitivo. El talento del autor, conjuntamente con su cultura, han alcanzado límites no siempre sobrepasables. Se ve que antes de realizar este esfuerzo audacísimo, Gálvez ha estudiado mucho, aceptando como maestros a psicólogos tan experimentados como Stendhal y Bourget. Hay un libro de este último, la *"Fisiología del amor"*, que le sirve de *guía* para penetrar en ese laberinto (así nos

resulta a nosotros), que es el alma de las mujeres. Clota la imaginativa, Amelia la pasional, Marta la piadosa, Elsa la nítida y Lucy la obstinada, son tipos admirables, o mejor dicho, arquetipos de mujeres, de mujeres que es posible hallar en nuestros ambientes, y que representan el amor-imaginación, el amor-pasión, el amor-piedad, el amor-intelectual y la voluntad de amor, para atenernos a los distingos que establece el novelista.

Estas mujeres hállanse engarzadas en el relato como las cinco perlas de un aderezo. Todo lo demás es armadura y, verbigracia, los estudios colectivos del ambiente bonaerense, podrían muy bien ir a un libro de sociología. Desde luego, conviene reconocer que la presentación del ambiente explica el florecimiento de las heroínas. Mal puede conocerse un fruto si previamente no estudiamos el árbol que lo gestó. Presentándonos a la esquiva Asunción, nos ha dicho Gálvez: "Como todas las mujeres argentinas, había sido engañada con respecto a la vida, a los hombres y al amor. Engañada por sus padres, por el catecismo, por sus confesores. No le enseñaron sino la verdad aparente de la vida. Le ocultaron cosas fundamentales que debió conocer. Y así fué al matrimonio, ciega, y vivió en el matrimonio más ciega aún, lleno su espíritu de funestos errores". Sin este aporte del psicólogo — que supone una crítica al concepto que de la educación tienen los padres y los religiosos—¿podríamos explicarnos bien la incomprensión *conyugal* de la mujer de Víctor?...

Se va a decir de "*La tragedia de un hombre fuerte*" que es una obra tendenciosa. No entraremos ni a negar ni a afirmarlo. Pero declarando sí, que las ideas del autor están a tono con la época, y que sin la propaganda de Gálvez, las costumbres irán, en Buenos Aires, hacia donde las lleva esa aura de renovación

que es preciso ver, no sólo dentro de un ambiente determinado, sino en toda una época. Claro que el medio ejerce su influencia, y el medio argentino ha de imprimir a estas cosas una determinada peculiaridad.

Veamos el estado actual de Buenos Aires estos años pasados. "Una revolución formidable en las conciencias estaba trastornando las antiguas leyes que regían las relaciones sexuales, la familia, la vida social —escribe Gálvez. Víctor comprobaba que si hasta hacía unos años esas leyes eran soportadas, muchas veces a regañadientes, las nuevas generaciones barrían con ellas. Dinamismo ético. Todo debía evolucionar y adaptarse. La moral de la aldea porteña no podía ser la moral de una ciudad de casi dos millones de habitantes—pensaba él. Al nuevo ritmo de la vida material, debía corresponder un nuevo ritmo de la vida moral." Y más adelante se nos consigna, aludiendo siempre a la transformación de la metrópoli: "Las nuevas corrientes ideológicas y sentimentales combatían en las conciencias femeninas por desalojar a las viejas. Toda la cuestión estaba allí: en ese conflicto entre la vida colonial y la vida moderna, entre el espíritu estático y el espíritu dinámico. Era el problema de todo el país. Abarcaba lo material y lo moral. No escapaban de sentir su influjo, más o menos directamente, ni las sociedades ni los individuos."

Y Gálvez, con su libro, llega a persuadirnos de que en cuanto a las ideas morales, Buenos Aires se halla en una situación interesantísima. "Hasta ayer había predominado la moral española, católica y severa; y he aquí que, bruscamente, todo cambia". Mientras en las sociedades viejas hubo preparación, en la capital argentina el cambio se produce de golpe. "Las mujeres, hechas a los viejos hábitos y educadas en las antiguas normas, quedaron de pronto bajo la acción del gran viento de dinamismo que lo trastornaba todo.

La familia perdió su cohesión, la disciplina se debilitó extraordinariamente, la religión dejó de guiar las conciencias. Las inquietudes de la Europa, gastada y enferma, nos contagiaron. Y para concluir de trastornarlo todo, vino la guerra. Nosotros no estuvimos en ella, pero ella ha influído sobre nosotros, lo mismo que si hubiéramos combatido. Nos ha excitado y desequilibrado, ha roto la continuidad de nuestra marcha normal de pueblo joven, nos ha injertado un poco de la vejez de Europa."

He aquí la clase de observaciones que dan valor a esta novela, que la convierten en un libro sesudo, trascendental. Y he ahí, precisamente, lo que, por parecer demasiado árido, pesado sin duda, va a enfriar el entusiasmo de infinitos lectores superficiales, conseguidos últimamente por el Gálvez de "Nacha Regules" Menos mal, si el "yo no escribo más que para lectores inteligentes y cultos" de Renán, ha sido repetido en serio, pues la falta de venta no llevará nunca a este novelista tan sólido — de recia obra balzaniana, como ha dicho Eduardo Barrios — al descenso vergonzoso de una claudicación.

Y para terminar, aludiremos a la prosa de Manuel Gálvez en *"La tragedia de un hombre fuerte"*. Nos parece suelta, un poco desigual — como quieren exigirla las diferentes partes, asaz opuestas, del libro — pero siempre fluida y muy elocuente, al punto de que no hay una sola idea que aparezca difusa. En los *intermedios* líricos, se hace más alada, corre musical y en escenas compuestas primorosamente, con verdadero arte, como la visita a Elsa o la posesión de Lacy, cobra aquella elegancia que demostró el Gálvez atildado de los primeros tiempos. No es posible redactar quinientas páginas haciendo la labor orfébrica de quien nos brinda la breve descripción de un paisaje o el asuntillo sentimental de un cuento. Hemos quedado

en que estilo no es forma, sino algo más interno e importante, como que guarda atingencia con la organización mental del autor. Siendo claro el modo de concebir, y hasta de ver, de Gálvez, diáfano ha de ser el estilo de sus obras. En la forma, como en el fondo (y esto último ya habíamos intentado decirlo), *"La tragedia de un hombre fuerte"* es una obra plena, realmente con madurez.

VICENTE A. SALAVERRI.

EL HUESPED

Yo lo maté... yo lo maté... No sabe decir otra cosa. Su vida parece crucificada en estas palabras. Es un reloj brusca y definitivamente roto, que ha quedado, por los colgajos de los minuteros, señalando el instante de su catástrofe.

Al principio, cuando lo trajeron de la campaña, el rostro todavía dibujaba un ritmo de espanto, concorde con la tragedia que las palabras hacían prever; pero hoy ha perdido toda su capacidad mímica, le cuelgan los músculos atónitos, vagan sus miradas indiferentes, y Soneira anda por los corredores y patios del Manicomio martillando su frase con la tenacidad automática del idiota.

Había venido de las orillas del Miño, hace cuarenta años, ya casado, con la excelente idea de enriquecerse. Alma analfabeta, irreductiblemente tosca, fué, de tumbo en tumbo, rodando por campos, pueblos y ciudades, aquí alimentando de carbón a las calderas, allá mutilando la piedra, o limpiando caballerizas, o rompiéndose los hombros en el trabajo de las estibas. Faenas rudas e inferiores, que apenas le dieron lo suficiente para no morirse de hambre.

Hubo un momento, sin embargo, en que pensó realizar sus ambiciones. Una de tantas tentativas colonizadoras lo llevó a campaña, y Soneira construyó su rancho y empezó, valientemente, á cultivar su parce-

la de sol a sol. Tuvo un hijo entonces, que crecía robusto y ya ordeñaba las lecheras, sembraba el maíz y acarreaba agua del arroyo, cuando estalló la revolución de 1904. Tenía en esa época el "gurí", como él al estilo paisano lo llamaba, once años y era una verdadera ardilla, rápida, rebelde y audaz. Soneira lo miraba con cierto orgulloso asombro y, ya convencido de la imposibilidad de hacerse rico, amaba intensamente la vida por aquel hijo medio gaucho que le había salido.

La guerra diezmó a la gente labradora. La prosperidad de la colonia fué menguando de tal modo, que a los cinco meses de soplar el ciclón revolucionario, la inmensa mayoría de sus habitantes la habían abandonado.

Al rancho de Soneira llegaban con frecuencia partidas de soldados, o matreros refugiados en el monte, los que solían comentar, entre mate y mate, las vicisitudes de la guerra, o narrar escenas de las que habían sido espectadores y en donde el heroísmo palpitaba como un corazón vivo. Al "gurí" se le agrandaban los ojos, y se le iban representando los episodios a medida que los escuchaba. De noche hacía fugar al sueño con la trompetería de las leyendas épicas que fraguaba y en las que, naturalmente, él era el héroe.

Soneira quedaba ya casi solo en la colonia, cuando un día su gurí desapareció. Anduvo largo tiempo indagando, recorriendo el campo, el monte, los arroyos: por ningún lado pudo encontrar vestigios o referencias del muchacho.

Aquello le rompió el alma. Al atardecer, sobre todo, no podía soportarlo. Sentado en la puerta de su vivienda, miraba a su alrededor la colonia abandonada, el rancherío muerto, las matas y los yuyos invadiéndolo todo, y encima el cielo duro, indiferente. So-

lía entonces mugir su buey, su perro ladrar como en presencia de confusas sombras. Intimos ahogos llevaban a Soneira en busca de su acordeón y empezaba a tocar canciones de su tierra. A veces se acompañaba con la voz o le hacían coro el graznido de las lechuzas, el grito de los teros o las campanitas de las ranas, únicos seres que iban quedando en aquellos contornos, y lágrimas rudas y gordas como garbanzos se le saltaban de los ojos.

Soneira parecía arraigado en aquella tierra y, no obstante los ruegos de su mujer y la pobreza cada vez mayor en que lo dejaban las frecuentes visitas de las partidas, se empecinaba en no salir de ella en el secreto deseo de no desorientar a su gurí cuando volviera; y le daba el alma que en cualquier momento lo vería aparecer por encima de la loma próxima.

Pero la guerra terminó sin que el hijo hubiera vuelto. En cuanto a la colonia, no volvió tampoco a reconstruirse; sólo en uno que otro rancho se asomó la vida y al mugir del buey, al ladrar del perro y a la voz crepuscular del acordeón de Soneira, empezaron de lejos a contestar otro buey, otro perro y tal cual guitarra desamparada. Todo lo cual sólo sirvió para agravar su soledad.

Así, en una vida circular, siempre igual a sí misma, van cayendo los años sobre Soneira. Ya no tiene más ambiciones, ni siquiera la de encontrar a su hijo. El campo lo ha absorbido en su paz. Vende su maíz, ordeña sus lecheras; con eso vive, y basta y sobra. En eso piensa, mientras como de costumbre, sentado a la puerta de su rancho, hace llorar a su acordeón. El sol se ha ido ya; la tarde va adquiriendo un agónico tono ultravioleta.

—Lindo el viejo músico — exclama, de pronto, un jinete llegado como caído del cielo frente al rancho.

Soneira se sobresalta.

—No se asuste, viejo. ¿Permite desensillar?

—Puede, responde un poco asombrado.

El viajero desencilla ágilmente su caballo, mientras el perro de Soneira lo husmea callado, tenaz, sin saber si debe moverle la cola o mostrarle los dientes.

Desde el pozo, a donde ha llevado a beber a su caballo, el forastero grita a la vieja, a quien ve del otro lado del rancho friendo un trozo de carne:

—Rico el olorcito. ¿No convida, vieja?

—¡Cómo no!

El viajero luego se explica. Viene de lejos. Es tropero. Está hecho a todo. Ahora, cansado de galopar, va a dormir ahí no más, en el campo; a no ser que allí le den albergue... Pagando bien, se entiende.

—Oh, por eso no, responde la mujer de Soneira; a quien, sin embargo, encanta la idea de una recompensa pingüe.

Tiene el hombre en los ojos una cantidad de vida extraordinaria. Las mejillas y los labios afeitados, los hombros fornidos, el breche, el sombrero ancho y cierta fuerza cándida que emana del conjunto, le dan un aire de cowboy.

Han prendido el candil y se han puesto a comer. El viajero se desata el cinto y lo arroja despreocupadamente en un rincón de la mesa. El ruido del oro y la excesiva distensión de los bolsillos cosidos en el cuero evidencian la riqueza de su contenido.

A Soneira se le ha despertado de golpe su antigua ambición.

El viajero habla: ha sido un poco alocado, amigo de andar caminando; pero aquel paraje le gusta y es capaz de quedarse no más a hacerles compañía, porque están demasiado solos. Naturalmente, echando abajo la mugre de aquel rancho, comprando las tierras de la colonia y resucitándola. Plata sobra, continúa el forastero, haciendo resonar el cinto.

—¿Qué tal, le gustaría vieja?

—Pues no, responde ésta como siguiendo una broma.

—¿Y a usted, viejo?

El viejo no puede contestarle. Con los ojos fijos en el pedazo de cielo que encuadra la ventanita del rancho, está forjando mil disparates. Iba, en ese momento, en la borda de un buque transatlántico, rumbo a su patria. ¡Disparates!... ¡Pero con qué dominio lo atenazan y qué fuerza le dan!

No puede remediarlo. El sueño fuga de su cabeza sobreexcitada, y mientras el forastero se ha tirado a dormir sobre su recado, a la vera del rancho, Soneira toca su acordeón.

Así pasa una hora larga. De pronto se levanta, penetra en el rancho, apaga el candil y por la ventanita, a la luz de las estrellas, mira al forastero que ronca profundamente. Promuévese entre ellos, en la oscuridad, una discusión rápida, ahogada. Por último, el viejo busca a tientas, en un rincón del rancho, el hacha de cortar leña. Su mujer se le aferra al brazo como una garra, pero el viejo en un esfuerzo brusco se libra de ella y sale afuera, en puntas de pie, con el hacha alzada...

No necesitó más que un golpe. La vieja en camisa, recostada al rancho, no hacía más que santiguarse. El perro volvió a husmear, perplejo, el cadáver. Soneira fué muy tranquilo a buscar el caballo de su huésped, lo ensilló y, luego, ató fuertemente al muerto sobre el recado. El perro comenzó a ladrar a los miembros inertes y móviles. Soneira le aplicó un violento puntapié y por un rato los quejidos del perro horadaron el silencio nocturno.

El monte quedaba como a media legua del rancho. Hacia él se encaminó Soneira a pie, llevando por las riendas al caballo; pero como al cabo de unas cuadras

el cansancio empezara a rendirlo, montó sobre las mismas espaldas del muerto y comenzó a internarse entre los árboles con su cabalgadura. Era imposible distinguir nada, pero Soneira conocía al dedillo aquellos lugares y se orientaba con una seguridad absoluta. Tenía a veces que detenerse porque los miembros del muerto se enganchaban entre los troncos, o el corcel se asustaba, negándose a atravesar las espesas cortinas de ramas espinadas.

Por fin, cuando pareció llegar al paraje que había elegido, en el corazón del monte, se detuvo. Estaba en una verdadera gruta vegetal, inhollada todavía. Maneó el caballo, lo ató bien corto por el pescuezo y por las patas traseras a un árbol, y volvió a desandar el camino. A poco andar tuvo un brusco sobresalto; le pareció oir entre las ramas ligeros pasos que lo seguían y se paró, esperando con el corazón en suspenso. La húmeda lengua de su perro vino a lamerle las manos...

Despuntaba el alba cuando llegó al rancho. La vieja estaba todavía en camisa, esperándolo afuera, los ojos convertidos en dos enormes manchas lívidas.

—¡Que has hecho, por Dios!

—Ya está pronto, dijo Soneira, obligándola a entrar en el rancho y a meterse en la cama. Sobre la colcha volcó el dinero del cinto y empezó a contarlo con tal fruición que no observó siquiera el temblor de las piernas de la vieja, tan grande que hacía saltar las cobijas y las monedas. Luego escondió todo bajo el colchón y se tumbó sobre la cama.

Pero no pudo conciliar el sueño. Y a la hora, volvió a levantarse, se lavó prolijamente, se puso la mejor ropa, tomó unos buches de caña y salió en busca de su jamelgo. La mañana estaba clara, tibia. Soneira, ya encima del caballo ensillado gritó:—hasta luego, vieja;—y rumbeó, al galope, para el almacén.

La vieja ya no podía oir a nadie: se había quedado con la mancha lívida de los ojos, fija para siempre en un tirante del techo.

El iba tranquilo, contento, liviano, silbando una muñeira por el camino. Tenía cincuenta y cinco años y mucha vida por delante. Y, además, era rico. Esta certeza le daba un vigor nuevo. Vendería el rancho, la tierra y ¡abur!... que le echaran un galgo.

En el almacén había bastante gente. Era domingo, día de compras y francachelas. Soneira pagó generosamente algunas copas. Y, de repente, se sintió abrazado por don Tiburcio, el dueño del negocio, instalado en el pago desde hacía treinta años.

—Lo felicito, viejo, por fin encontró a su gurí.

—¿Qué?...

—Quién había de decirlo, el gurí aquél, con las barbas afeitadas, con tanto breche y con tanta plata... Es que era una ardilla.

—¿Qué?...

—¿Cómo?... ¿No lo sabe todavía? Con razón me dijo que no lo reconocerían y que no les iba a decir nada hasta que lo filiaran... Pero es él, viejo, su gurí, cierto como esta luz.

El viejo sintió que la médula se le quebraba. Tambaleó hasta encontrar el apoyo del mostrador, y con los ojos extraviados, comenzó a gritar:—¡Yo lo maté, yo lo maté!...

José María Delgado.

«ESPAÑA INVERTEBRADA»

Ortega y Gasset, el espectador filósofo, acaba de publicar un libro admirable, tal vez el mejor de todos los que lleva editados hasta ahora: "España invertebrada".

Obra serena y largamente meditada, diseca con minuciosidad y sagacidad magistrales los antecedentes históricos del actual momento español, llegando a conclusiones sugestionantes, que concretan y aclaran la exposición diáfana de generalizaciones originales.

Nunca Ortega y Gasset, con más gallarda convicción afirmativa, dió término a un ensayo tan fundamental como éste.

No se propuso, al escribirlo, otra finalidad que la de "sugerir que la actualidad pública de España se caracteriza por un imperio del particularismo y la táctica de acción directa que le es añeja."

Nada más intentó el filósofo; pero, es tan hondo su análisis, tan persuasiva su meditación y tan claro su razonamiento, que su labor resulta encomiable por el fermento ideológico que trae consigo para el posible estudio de paralelas cuestiones.

La divagación queda excluída de "España invertebrada", y así, aún no habiendo remansos para el dulce divagar, y acaso por esto mismo, resulta un ensayo político definitivo y acusa el pleno vigor mental de un poderoso talento constructivo.

Pero, intentemos exponer esquemáticamente la parte medular de este libro, llamado a tener gran resonancia en los pueblos de habla española.

Incorporación y desintegración

Mommsen al escribir su "Historia Romana", afirma: "La historia de toda nación, y sobre todo de la nación latina, es un vasto sistema de incorporación." Por "incorporación" no ha de entenderse "una dilatación del grupo inicial", sino más bien "la organización de muchas unidades sociales preexistentes en una nueva estructura". Su proceso podría reducirse a etapas características: 1.° articulación de colectividades distintas en una unidad superior; 2.° constitución de un cuerpo social; 3.° colonización. Entiéndase bien que los grupos que se articulan para formar la unidad social, no pierden sus rasgos vitales y diferenciales. Esto explica el hecho de que cuando la unidad central debilita o aminora su poder centrífugo, surge el espíritu separatista que permanecía latente en cada una de las partes que integraban el todo social.

Pero, afirma Ortega y Gasset, la definición de Mommsen es incompleta. La historia de toda nación no es solamente el proceso de su "incorporación", sino que tiene que completarse con el de su decadencia, vale decir, el de su "desintegración".

Y de tal modo es necesario no dejar de lado esta posibilidad de decadencia que, si no la aceptásemos como elemento vital en sí misma, no concebiríamos la persistencia progresiva de la integración que viene a contrariar, al fin de cuentas, el principio casi generalizado de que el Estado es la familia que se expansiona con sus propios elementos y no el núcleo que

se integra con elementos distintos que la complementan y la acrecen creando tipos sociales nuevos.

Potencia de nacionalización

El poder de nacionalización que caracteriza a ciertos pueblos, se concreta en "un saber querer y un saber mandar". Es un dón esencial que poco tiene que ver con la inteligencia y aún con la fuerza, aunque necesite de ambas para progresar y persistir. Es un "talento de carácter imperativo", que tiene la virtud de imponerse por su condición intrínseca y que se prolonga a través del tiempo por su mismo principio esencial.

"Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo: son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades". En esto se diferencia de la "familia" que se crea "a priori" y a pesar de la existencia de esos deseos de realización. Por ello, cuando se anula esta tendencia de hacer algo, creada "a posteriori", el todo social se desarticula y se disgrega, volviendo a las unidades primitivas de formación, o dando lugar a creaciones de un nuevo tipo.

"Las naciones—dice Ortega y Gasset—se forman y viven de tener un programa para el mañana". Aquí radica precisamente el poder de nacionalización; que, como dejamos dicho, requiere, a veces, para imponerse, el auxilio de la fuerza, que sirve, en estos casos, para destruir los estorbos que se oponen al desarrollo integral de los pueblos.

La doctrina del particularismo

Mirando hacia la realidad histórica de España, dice Ortega y Gasset que "cuando la tradicional política de Castilla logra conquistar para sus fines el espíritu claro, penetrante, de Fernando el Católico, todo se hi-

zo posible." Fué entonces que surgió nítido el poder de nacionalización y se creó la unidad española. Esta fusión de pueblos étnicamente diversos, se formula y realiza para llevar a cabo grandes empresas políticas. Como lo dejamos consignado, requieren estos propósitos un poder centrífugo, fuerte y ordenado, capaz de servir de nexo favorable para convertir en realidad la idea de grandes cosas por hacer.

Desde 1580 comienza para España el proceso de desintegración y, con exactitud destacable, parte de la periferia hacia el centro, que es Castilla.

Ya vimos que la integración es una labor de totalización: las partes se convierten en total; en cambio, la desintegración es el fenómeno inverso, es una destotalización: el todo se desintegra para dar lugar a las partes originarias. A esto llama Ortega y Gasset el "particularismo", que es, en su sentir, el carácter fundamental de la actualidad española.

"La esencia del particularismo es que cada grupo deja de sentir a sí mismo como parte y, en consecuencia, deja de compartir los sentimientos de los demás."

El particularismo vendría a ser "aquel estado de espíritu en que creemos no tener por qué contar con los demás."

Esta tendencia a desintegrarse podrá exteriorizarse en forma afirmativa y desafiante, como en Cataluña o en Vasconia, o podrá reservarse, de un modo nihilista, como en Asturias, Galicia, Aragón o Valencia.

El separatismo que suponen los movimientos que se llaman "catalanismo" o "bizkaitarrismo", no es otra cosa que una manifestación clara de "particularismo".

Estos particularismos, según Ortega y Gasset, se habrían derivado de que habiendo fracasado Castilla como poder centrífugo, el todo se desintegra para reasumir su particular soberanía.

El pueblo español, ante la absorción particularista de Castilla, se habría interrogado: "¿Para qué vivimos juntos?", y como, según Renán, "una nación es un plebiscito cotidiano", siendo la voluntad de la mayoría contraria a la de la minoría dirigente, la iniciación destotalizadora fué su más natural consecuencia.

Suele acontecer que el particularismo hace sufrir al grupo que lo exterioriza, "el espejismo de creerse solo y todo", de aquí el que, sin convivir con los demás, adopte aptitudes llamadas a fracasar en el propio aislamiento en que se forjaron, ante la indiferencia de los núcleos restantes que integran la nación.

Compartimentos estancos

Pero el particularismo no existe solamente entre los grupos que se conglomeran para constituir un pueblo; existe—y esto es más grave—entre las clases sociales de cada grupo.

Estos particularismos forman entidades tan impermeables e insensibles a las manifestaciones colectivas del resto del grupo que, en realidad, constituyen dentro del núcleo, verdaderos "compartimentos estancos". Es así que dentro del todo social — formado por las partes, a veces étnicamente distintas — se constituyen núcleos especiales que se caracterizan por la uniformidad de sus funciones. Véase que los grupos raciales existían antes de la totalización y que los "compartimentos estancos" son frutos de la integración y factores de desorganización dentro de la unidad funcional que debe destacar a la nación.

Elasticidad social

En tanto que estos particularismos sociales o gremiales no olviden la empresa o el vínculo ideales que unió a los grupos, esto es, en tanto que exista una in-

terdependencia entre ellos para la realización de los fines propuestos, el proceso progresivo se llevará a cabo; mas, en cuanto se imponga un aislamiento, la totalización estará amenazada de desaparición irremediable.

"No es necesario ni importante que las partes de un todo social coincidan en sus deseos y sus ideas; lo necesario e importante es que conozca cada una, y en cierto modo, viva, los de las otras."

A esta posibilidad de trasmitir y percibir, recíprocamente, emociones, ideales, necesidades, etc., llama Ortega y Gasset "elasticidad social", y sólo una nación "elástica" es capaz de reaccionar a tiempo y conquistar las grandes victorias. Porque, faltando elasticidad, el impulso civilizador o progresista iniciado en el seno de un grupo no se trasmite a los demás y pierde su fuerza a poco de expansionarse, resultando, con esto, nula, su posible eficacia.

Acción directa

El espejismo que puede fomentar el particularismo haciéndonos creer "solos" y "todo", nos lleva a prescindir de los demás, a creernos los únicos, los indispensables y aún los llamados a tomar, con absoluta prescindencia, las grandes resoluciones. En otros términos, nos conduce a la "acción directa" que entraña el orgullo de no compartir responsabilidades y el egoísmo de disfrutar todas las victorias. Es así que puede sostener Ortega y Gasset que "la única forma de actividad pública que al presente, por debajo de palabras convencionales, satisface a cada clase, es la imposición inmediata de su señora voluntad; en suma, la acción directa."

Como se comprende, para nuestro filósofo, la "acción directa" sería el medio afirmativo de potenciali-

dad de las clases particularistas. Esto está bien en la clase obrera socialista, que parte de la base de que las demás clases han contribuído a crear una sociedad—la actual—que debe desaparecer por mal constituída; pero, no justifica la tendencia secesionista de las demás agrupaciones.

Pronunciamientos

Precisamente, la existencia de esos "compartimentos estancos", determinada por el espejismo de cierto particularismo exagerado, que ve en la "acción directa" su mejor medio de obrar, explica la psicología de los famosos "pronunciamientos" españoles.

Aquellos militares que se "pronunciaban", creían interpretar por "cerrazón mental", el pensamiento total y sufrían la ilusión—que los llevaba al fracaso—de confiar que a su llamado violento iban a responder todas las fuerzas vivas de la nación.

Los "pronunciados" no pensaban que era necesaria la lucha preparatoria; tenían la ingenuidad de suponer que a su "grito" todos responderían y se cambiaría la situación contra la cual se conspiraba.

"No iban, pues, a luchar, sino a tomar posesión del Poder público."

El error de los "pronunciados" consistía en no suponer posible la existencia de enemigos, y así, toda vez que haya "pronunciamientos" particularistas habrá fracasos irremediables; a lo sumo, la opinión pública llevará su atención al movimiento abortado para caer luego en su marasmo.

La existencia de "pronunciamientos" y aún de la "acción directa", comprueba la existencia de la insolidaridad actual y evidencia que "si cualquiera tiene fuerza para deshacer, nadie tiene fuerza para hacer, ni siquiera para asegurar sus propios derechos."

Hombres y masas

A menudo se dice "hoy no hay hombres" y es el caso de que, si comparamos los "hombres de ayer" con los "hombres de hoy", nos encontramos que, como individuos, aquéllos y éstos no se diferencian mayormente. Lo que hace que la "hombría" de los "hombres de ayer", nos parezca mejor y mayor que la de los "hombres de hoy" es, si atendemos al contenido espiritual de las masas, el crecimiento de una gran indisciplina en los núcleos sociales y la pérdida de una capacidad de humildad, de entusiasmo y de adoración a lo superior. Porque "un hombre no es nunca socialmente eficaz por sus cualidades individuales, sino por la energía social que la masa ha depositado en él."

En consecuencia, deduciremos que los "hombres" cuya ausencia se lamenta en la hora presente no fueron otra cosa que "mitos colectivos", "creaciones efusivas de las masas entusiastas", sin que esto implique desconocer sus posibles méritos personales, que de nada hubieran valido a no haber contado con la humilde admiración de las muchedumbres, ya que "el valor social de los hombres directores depende de la capacidad entusiasta que posea la masa."

Siendo, pues, los "hombres" creación de las "masas", cuando éstas afirmen: "Hoy no hay hombres", se puede sostener: "Hoy no hay masas".

Si imperan las masas, los "hombres" tiene que someterse a este dilema: "Obedecer o desaparecer". Y entonces, como no son los mejor dotados y los más capacitados los que imperan, las sociedades se disocian por falta de actividad socializadora. Desde luego "cierta capacidad para dirigir" y "cierta facilidad íntima para dejarse dirigir", son necesarias y com-

plementarias en la formación de todo núcleo social; y cuando falta esa minoría dirigente y la mayoría dirigida, la agrupación está en bancarrota.

Mientras los más no se sometan a seguir a los mejores o a los que consideren más capaces, "sólo triunfarán en el ambiente colectivo las opiniones de la masa, siempre inconexas, desacertadas y pueriles."

Epocas «Kitra» y «Kali»

En toda ocasión en que una minoría dirigente fracasa y la mayoría dirigida en vez de sustituirla por otra, intenta hacer sus veces, la sociedad cae en una incontenible decadencia, porque, como queda dicho, la masa sólo existe para ser dirigida y no para dirigir.

Dirigiendo la masa, tiene que fracasar, y al caer en el caos, vuelve sus ojos hacia los hombres cuya "aristocracia" vejó, y en nueva actitud de humildad, reconoce la necesidad de la intervención específica de las minorías eminentes en la convivencia social. Este es el proceso histórico de las masas en lo que se refiere a sus relaciones interindividuales. Y es algo sugerente que "cuando la subversión moral contra la minoría mejor llega a la política, ha recorrido ya todo el cuerpo social."

En los "purana" indios, la época "Kitra" es la de la "formación de aristocracias y con ellas de la sociedad", y la época "Kali" es la de la "decadencia de esas aristocracias y con ellas disolución de la sociedad."

España, para Ortega y Gasset, pasaría actualmente por una época "Kali".

Eejmplaridad, docilidad y aristocracia

Siempre tendremos en toda sociedad, que no sea anómala, "una masa vulgar y una minoría sobresaliente". Cuando las "clases próceres" degeneran, es que se han vuelto masas vulgares. Por esto "el mecanismo elemental creador de toda sociedad", se pone en actividad cuando "la ejemplaridad de unos pocos se articula en la docilidad de otros muchos". Es que la muchedumbre, cuando es sana y es justa, quiere ser como los mejores y se siente conquistada por esa superioridad para la que tiene fácil su admiración y dócil su entusiasmo.

De aquí que Ortega y Gasset sostenga que "no fué la fuerza, ni la utilidad—que son como corrientes inducidas que se producen dentro del circuito social, una vez que se ha formado—lo que juntó a los hombres en agrupaciones permanentes, sino el poder atractivo de que autonómicamente goza sobre los individuos de nuestra especie el que en cada caso es más perfecto."

Consecuentemente, aristocracia ha de entenderse como sinónimo de superioridad, de ejemplaridad. "De esta manera vendremos a definir la sociedad, en última instancia, como la unidad dinámica espiritual que forman un ejemplar y sus dóciles. Esto indica que la sociedad es ya de suyo y nativamente un aparato de perfeccionamiento."

Una sociedad será tanto más perfecta y más duradera cuanto mayor y más regular sea el surgimiento en sus diversas clases de hombres eminentes; de tal modo que si éstos llegaran a faltar, la sociedad se vería expuesta a desintegrarse por absorción particularista de otros grupos que, de coadyuvantes se transformarían en dirigentes, con grave peligro para la

continuidad del movimiento que se realiza entre los dirigentes ejemplares y los dirigidos dóciles.

Cuando las masas se vuelven indóciles, por indocilidad natural, más que por falta de ejemplaridad, la sociedad se enferma de una mortal enfermedad que podría llamarse "aristofobia u odio a los mejores".

Y es el caso más común que "una nación es pueblo organizado por una aristocracia." (1)

"La nota que diferencia la obra ejecutada por la masa de la que produce el esfuerzo personal, es la "anonimidad". La historia de Francia o de Inglaterra es la obra de las minorías. La historia de España es la obra de la masa, salvo en ciertos períodos de excepción. En ésta las minorías necesarias no han existido; faltó, por tanto, la ejemplaridad suficiente o cuando hubieron los "ejemplares" nadie quiso seguirlos con docilidad.

La historia de España

La "primera gran desgracia y la causa de todas las más" para España, fué el hecho de que no haya habido apenas feudalismo.

España, como Inglaterra, como Francia, como Italia, se forma por la conjunción de tres elementos: "la raza relativamente autóctona, el sedimento civilizatorio romano y la inmigración germánica". El sedimento civilizatorio romano representa "un elemento neutro en la evolución de las naciones europeas". No es la raza autóctona la que mide el grado de la diferencia esencial entre Francia y España, sino la diversidad de las subrazas germanas invasoras. En Francia imperan los francos y en España los visigodos.

(1) "Imperativo de intelectualidad" por Ortega y Gasset. Revista "España". Año VIII. N.º 303.

Estos eran "el pueblo más viejo de Germania: había convivido con el Imperio romano en su hora más corrupta"; desde luego, los más civilizados, y como toda civilización recibida "es fácilmente mortal para quien la recibe", España fué herida de muerte con su aparición. En cambio, Francia es invadida por los francos, raza también germánica, pero llena de vitalidad sorprendente, y esto explica su potencialidad de integración. En consecuencia, y esta es una afirmación decisiva de Ortega y Gasset, "va de Francia a España lo que del franco al visigodo".

Ahora bien: "el rasgo más característico de los germanos fué el feudalismo", entendiéndose por tal, "al conjunto de fórmulas jurídicas que desde el siglo XI se emplean para definir las relaciones entre los "señores" o "nobles". España no tuvo casi feudalismo por obra del sedimento civilizatorio romano que individualizaba a los visigodos, y de aquí la "anonimidad" de su historia. Francia adoptó el feudalismo y con ello explica la "ejemplaridad" de sus hombres y su progreso creciente de incorporación integral, pues, en resumen, "el poder de los "señores" defendió ese necesario pluralismo territorial contra una prematura unificación de reinos."

La historia de España, según tal descarnada disección, "salvas fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia", lo que da decir que "tuvo una embriogenia defectuosa".

La unificación española, entre 1450 y 1500, sólo pone un vacilante y endeble puntal a la indiscutible decadencia de los orígenes. La falta en número y en suficiencia, en cantidad y en calidad, de hombres de "ejemplaridad", dejó todo en poder de las masas, y así se destaca la obra de la colonización española como tarea de la "anonimidad", en tanto que con Inglaterra, para citar un caso, es el resultado del des-

plazamiento de su feudalismo, originario de las minorías selectas.

España en la colonización, es decir, el "pueblo" español, hizo lo que pudo: "pobló, cultivó, cantó, gimió, amó. Pero no podía dar a las naciones que engendraba lo que no tenía: disciplina superior, cultura vivaz, civilización progresiva."

Y España, por la falta de una minoría selecta, sigue siendo "un pueblo "pueblo", raza agrícola, temperamento rural", y lo seguirá siendo hasta que un imperativo de selección, obrando sobre la humildad dócil y admirativa de la masa, gobierne los espíritus y oriente las voluntades hacia las más felices empresas y los más puros ideales.

Con este libro, y más que en ningún otro, Ortega y Gasset afina su natural dón de exponer bella y profundamente y no olvida que este "bosquejo" viene a ser una lección más, que dicta para un público de lectores entusiastas.

Agota el tema de su meditación con una dialéctica disciplinada que no lo aleja un punto de las conclusiones a que intenta llegar, no por puro diletantismo de profesor asomado a la realidad, sino por conciencia de la grave responsabilidad que le incumbe como célula nueva de un viejo organismo decadente.

No hay pesimismo en la observación fiel, aún cuando los resultados de la investigación sangran en verdades amargas.

De la contemplación de la decadencia actual en que hace crisis el defectuoso origen que define a España, invertebrada por vicios de orgánica constitución, surge con perfiles definidos la posibilidad de una reacción regeneradora.

Confía en la juventud, todavía incontaminada, y

deposita, sin decirlo, su esperanza en ella, tal como Rodó ponía en manos de los jóvenes el barro intacto con que podría ser plasmada una América vencedora. Y al igual que Renán, cree que está en manos de los aristócratas de la inteligencia el porvenir del pueblo que trabaja sufriendo, sin redimirse nunca.

Cuando estudia Ortega y Gasset en la vida española, desde la distancia que da más vigor a los contornos de su perspectiva histórica, adquiere, por el calor cordial de su comentario, rasgos recios de agua fuerte; y el cuadro, evocado en toda su plenitud, luce gallardamente en todos los planos, sin que, por un solo momento, la pasión oscurezca los detalles o desfigure los trazos característicos.

La hora actual española propicia una identidad de propósitos renovadores en la ideología de los escritores contemporáneos.

Al cerrado regionalismo, que propendía a la invertebración del organismo fatigado, sucede el diáfano razonar que vuelto del crudo análisis quiere crear por síntesis, la nación llamada a prosperar.

"Necesitamos una jerarquía de capacidades; las jerarquías tradicionales ya no nos sirven. Necesitamos jefes, jefes indiscutibles" — clama Pío Baroja en "Divagaciones sobre la cultura". Ya antes, en "Momentum catastrophicum" — *passez le mot* — había anticipado su pensamiento diciendo: "Nos es necesaria una jerarquía, pero una jerarquía racional."

Baroja siente la urgencia de fomentar el "imperativo de intelectualidad" o de selección, porque comprende que "el carácter hispánico tiene un fondo kabileño, inquieto, anárquico", causa principal de los particularismos desintegrantes.

Y en poco se diferencia este modo de pensar del de Unamuno, que en el tomo I de sus "Ensayos", de-

clara que "la labor de españolización de España no está concluída, ni mucho menos."

De intento destacamos el pensar de dos escritores vascos para cotejarlo con el del castellano Ortega y Gasset. En la periferia se piensa como en el centro. Falta sólo que los directores espirituales se impongan al pueblo con la ejemplaridad de su prédica persistente en la continuidad de un mismo esfuerzo.

Y cabe acogerse a la esperanza de que tales aspiraciones se truequen en amplias e inmediatas actividades, en estos momentos en que hace crisis la decadencia embriogénica de España.

José Pereira Rodríguez

AYAX

Ayax, hijo de César, va, precoz caballero,
En su cabalgadura, dura porque es de pino,
Con el sable de lata en la vaina de cuero
Y el trabuco cargado con el corcho asesino.

El casco de papel de estaño damasquino,
Da un carácter heroico a su semblante fiero
Que edita una segunda edición de Mambrino
"In jesus" *para encanto del cónclave casero.*

Ebrio de su quimera de bélica aventura,
Bajo el yelmo encantado su mirada fulgura,
En tanto la tacuara homicida enarbola...

Mas por desgracia suya fatalidad lo asedia,
Pues pierde el equilibrio y epiloga en comedia
La epopeya, rodando lo mismo que una bola.

PABLO DE GRECIA.

GUARDALO PA'OTROS...

Se que te ráis porque a ocasiones canto
Que jué un desdén lo que amargó mi vida,
Y ráis al ver que, padeciendo tanto,
Mi pobre corazón aún no te olvida.

Gozá no más si mi dolor te alegra,
Hacé no más de tu desdén alarde;
Cuanto la suerte sea pa mí más negra,
Menos ha e ser mi corazón cobarde.

Como se quiebra l'hacha en el lapacho,
Ansina en mi alma tu desdén se quiebra;
Que por algo, al nacer, ói decir: macho...

Pa mi el querer ha e ser de relancina.
Amor, hecho e rogar, no es ya d'esa hebra,
Guardalo pá'otros ese amor, mi china...

El viejo Pancho.
(José A. Trelles).

PRESENTIMIENTO

Este suave dolor encendido en mi pecho...
¿será la muerte? ciega, a tientas, busca nido
¿mujer, cómo no sabes? ha quedado deshecho
mi jardín, y las ramas de laurel se han caído...

Busca, sí, en los rincones del alma lo perdido,
fragmentos de mis joyas: rosas, nubes: he hecho
dón de todo el pasado al señor del olvido:
ven, arrincónalas al lado de mi lecho.

Sólo te imploro, vendes mis ojos, cuando—alas
fugitivas—mis pasos tiemblen sobre el abismo,
y mi boca enmudezca a los queridos nombres...

En torno mío un grande silencio. Ni las malas
ni las buenas palabras, dirán lo que yo mismo
he de callar, delante de Dios y de los hombres...

CERCADILLA DEL GUADARRAMA

(España)

Aldea, eres un sueño. Eres suave de nieve
bajo el vaho azulino de tus sordos pajares;
tu vida silenciosa, sin pecado, conmueve
mi pena ¡tan hermana de tus negros pinares!

Por tus aceras blancas, torpes sus alas, mueve
mis pasos este verso cargado de pesares...
¡Ah si sabré que un hombre sin corazón no debe
despertar las palomas entre los palomares!

Como mancha la nieve, el lobo, tu vecino,
voy dejando mis pasos al borde del camino,
a instantes, me detengo ante un copo que ondea

y mi ruta se tuerce, como una S oscura...
mirándola mañana, socarrón dirá el cura:
"por aquí anda borracho el loco de la aldea."

LA ALBERCA DE GRANADA

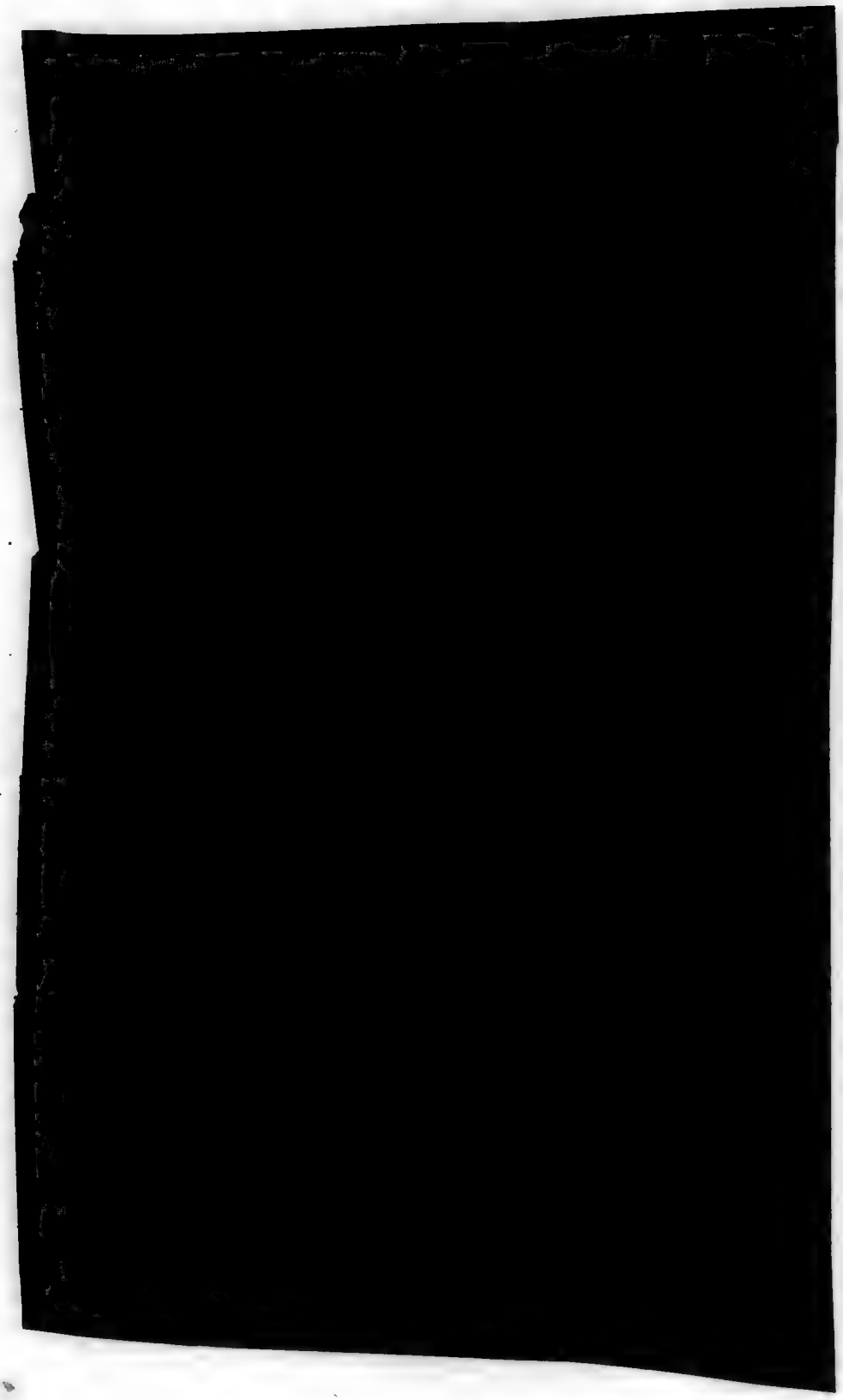
Como un cristal antiguo, apenas si reflejas
la color de la seda malva y el rosicler;
es tu vago espejismo de las torres bermejas,
leve, como una cándida presencia de mujer...

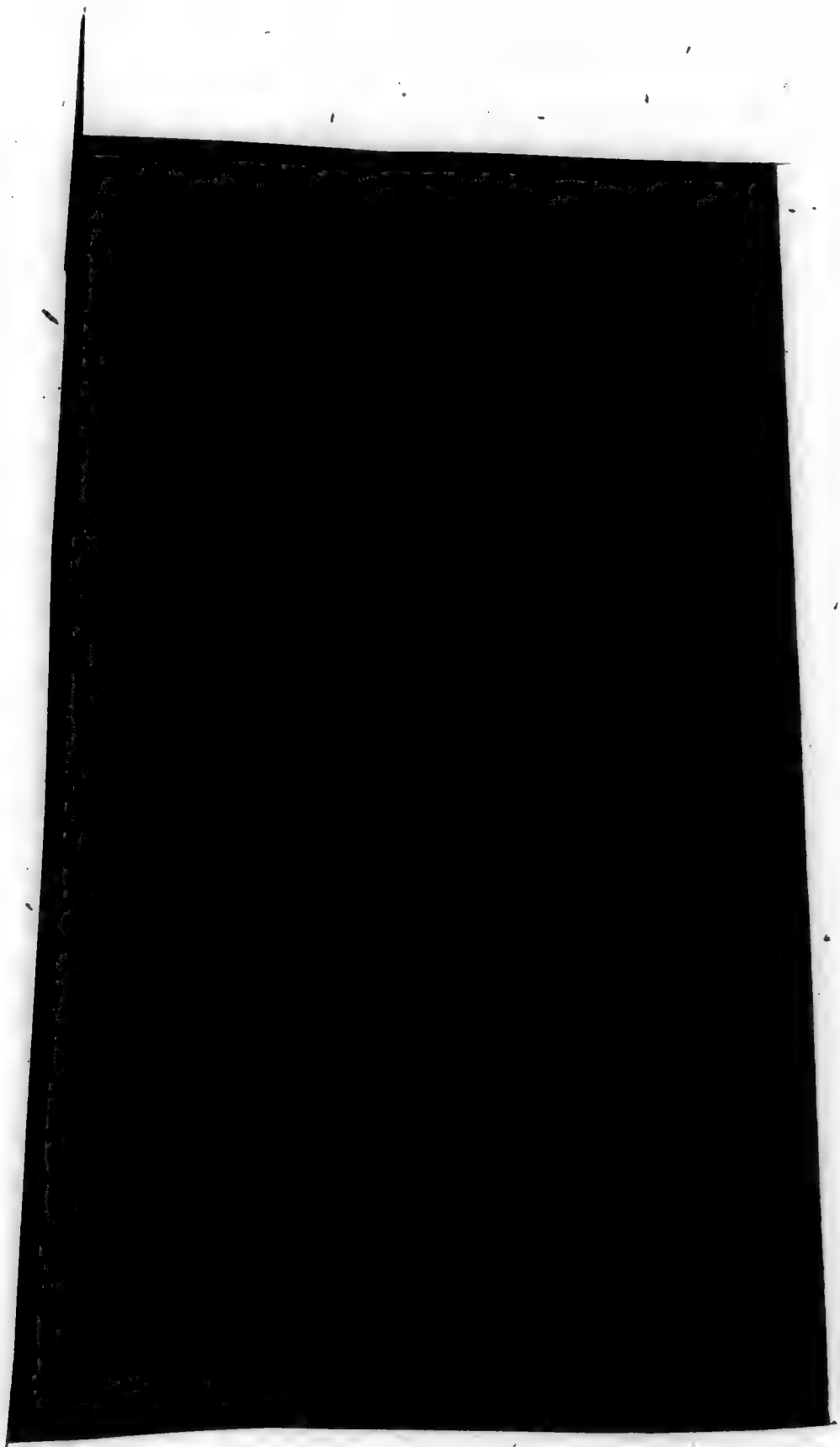
Irisada de ópalos, ¡oh alberca de Granada!
fuiste copa ritual de los blancos imanes;
aún palpita en tus ondas la carne perfumada
de Zoraida, y deslíes, lenta, sus talismanes...

La sagrada quietud de las viejas mezquitas
ha serenado tu alma, para siempre, ¿meditas
acaso en mis cristianos ensueños pecadores?

No: que mi verso escucha sin saber su sentido
la oración de tus aguas transparentes de olvido
que hoy profanan de rojo los peces de colores.

OCTAVIO PINTO.





DIA DE BODAS

El día que nos casemos
tú estarás trémula y blanca
(blanca como una azucena,
trémula como una lágrima).
Rojo de orgullo a mi lado
te llevaré aquella noche
como botín de conquista,
como conquista de hombre.
Mas cuando quedemos solos
Me inundará el santo miedo
de estrujar con mano torpe
la pureza de tu velo...
¡Y tú estarás toda roja!...
¡Y yo estaré todo trémulo!...

PEDRO GONZÁLEZ GASTELLÚ.

EDUCACION

Los Congresos

(Con motivo del 3.er Congreso Americano del Niño que se realizará en Río de Janeiro, el 25 de Agosto próximo)

La idea de celebrar reuniones, periódicamente, en distintos lugares, para dilucidar cuestiones complejas, a la luz de la discusión, significó un gran paso en el progreso de la sociedad humana, aunque los primeros resultados fueran dirigidos a encadenar el pensamiento.

A través de la niebla que rodeaba a los Concilios, el pueblo comenzó a ver, cómo crecía, con la unión de las almas, el poder de la inteligencia; y el cisma, trascendiendo hasta las masas, con sus chispas ardientes, sembró en ellas el germen que debía convertirse en la conquista del derecho.

Rotas a golpes de espada las fraguas en las que los dogmas armaban sus redes, los ideales que alcanzaron su triunfo en la revolución, al grito de paz, recorren el mundo, borrando fronteras; y los hombres se unen para remontar el espíritu libre, siempre a mayor altura, en incesante vuelo.

El concepto de patria se modifica día a día. Cada pueblo va apareciendo como un hogar vinculado a otros hogares, por relaciones de sangre o de tradición. Los siglos pasados, al ligar a los que son con

los que fueron, se van estimando como cortos períodos en el transcurso del tiempo.

Nos sentimos íntimamente unidos por el magnífico avance colonizador que siguió al descubrimiento de América, por la solidaridad de principios y comunidad de esfuerzos en las luchas de la independencia, a todas las naciones de América que mirando hacia atrás, reconocen como suyas, las legiones de hombres que en el siglo XVI acudían a los puertos de España, ávidos de gloria y de poder, para cruzar los mares, en débiles carabelas, afanosos y valientes.

El Brasil es ibero como los pueblos que lo rodean; para él también salió de Palos el sol de sus destinos; y aunque la cadencia de la frase portuguesa no rime con la nuestra, por las raíces de las voces que brotaron de Castilla, hispanos y lusitanos se entienden sin traducción en la prosa y en el verso. Hasta la historia de rivalidades por la posesión del suelo, vinculan la República brasileña a sus vecinas, como vincula a los hombres hermanos, la memoria de reyertas infantiles.

Si al calor de la leyenda quieren congregarse los que rinden culto al recuerdo de la bella odisea colombiana, junto a los ibero-americanos han de estar los descendientes de aquellos prófugos, que partiendo de Inglaterra, llegaron al Norte del continente, donde colocaron el altar para la libertad de sus creencias.

Las modalidades características de esa raza que ha venido a formar en el Nuevo Mundo el contrapeso de los impulsos latinos, enseñando normas administrativas que dan a la riqueza el mayor rendimiento posible, determinan en nosotros afinidades con los pueblos europeos, de donde ella procede. Especulaciones científicas nos ligan a la metódica Alemania; el espíritu de laboriosidad industrial, a los Países Bajos; tendencias democráticas a Suiza; cultura general a

Francia; y a Italia, el gran empuje de su ola emigrante y el rincón del Lacio, donde todos los pueblos civilizados barbotaron algunas sílabas.

Bellísimo es el sentimiento que flotando sobre las ruinas de los viejos monumentos, encuentra motivo para unir a los hombres, en los rasgos de un manuscrito, en la curva de una moldura o en la expresión de un símbolo.

Poco a poco, rompiéndose, con los estragos del cañón o la penetración de la imprenta, las vallas que nos aíslan aún de las naciones de Oriente, la antigua Fenicia, la que fué Judea, los descendientes de Nabucodonosor y de Ciro, de Cambises y Darío, irán adquiriendo a nuestro lado el título de hermanos, como sucesores de los que, para todos, dejaron pequeñas y grandes concepciones, cuya acumulación, con las que después surgieron en distintos puntos de la Tierra, formó el caudal que poseemos.

La India, donde al parecer se oculta el origen de la venerada tradición de Adán y Eva, no tardará en unirse a los pueblos de Occidente. Ya comenzamos a sentir afecto por ese lugar, que vela el misterio imponente de altísimas montañas, grandiosos torrentes, monumentales templos, porque la dulce palabra de Tagore, habla desde allá a nuestro corazón y lo conmueve.

Lejano está el día en que la voz del hombre se oiga siempre como voz de hermano desde cualquier confín; pero en todas las regiones pobladas del planeta se escucha algún canto de fraternal acento.

Desde los dominios de la raza amarilla, a menudo nos tienden la mano amistosa, el Japón y el que fué Celeste Imperio.

La Oceanía, que cuenta centros de población como Melbourne, vive aislada por la inmensidad del océa-

no; pero las ondas hertzianas y el aeroplano no tardarán en acercarnos a ella.

En el Sur de Africa, frente a nuestras playas, elaboran su progreso firmemente, pueblos como el Cabo y el Transvaal. El inmenso desierto, mitad bosque y mitad arena que impide su expansión, pronto quedará cruzado por numerosas vías que comunicarán esa región con la del Norte, donde desde más de 4,000 años atrás, espera el destino, con la mirada fija en el horizonte, la Esfinge de piedra.

Al Oriente del Atlántico, antes de que llegue la época venturosa que describo, correrá mucha sangre todavía; pero en toda América, en el centro y en el Occidente de Europa, se está organizando la constitución de la familia humana sobre una sólida armonía.

La guerra que acabamos de presenciar, que por la inmensidad de sus horrores parece desmentir esta afirmación, la confirma si se juzga por arriba de los horrores, como es preciso juzgar los grandes acontecimientos históricos.

Nunca cayeron más hombres, nunca corrió más sangre, nunca se derrumbaron más obras; pero nunca se unieron más pueblos para defender una sola causa y nunca se luchó por fin más desinteresado de la ventaja material que el triunfo debía reportar.

En esa grandiosa lucha venció la fuerza del Tratado. Los ejércitos más poderosos de la Tierra, se doblegaron ante el "pedazo de papel" que conservaba fundidos en íntima unión, los pensamientos de varios hombres delegados por sus respectivas naciones, para estipular normas de conducta en defensa del derecho común.

Los convenios de esa clase se irán sucediendo e irán triunfando; pero a pesar del progreso que representan sobre los Concilios, aún conservan algo de

la intención de aquéllos, porque en el fondo de sus artículos, muchas veces está sagazmente preparada, por resabio de antiguas tendencias del instinto colectivo cuya evolución no ha concluído, la intención de extender un dominio material sobre tierras y mares, a despecho de la libertad de otros pueblos.

Donde el pensamiento humano adquiere la magnitud de su poder, formando, en el intenso agregado de muchas ideas, un foco de luz que puede llegar hasta los astros, escudriñando los misterios del tiempo y del espacio, para alcanzar alguna parte, por pequeña que sea, de verdadera felicidad, es en esa nueva institución que todos los pueblos civilizados van manteniendo cada día más extendida sobre el planeta, con los hilos delicados y tenaces del más desinteresado afecto: el Congreso.

Difícil tarea sería la de enumerar todos los que se han celebrado tan sólo en el correr del siglo XX. Casi puede decirse que no hay día sin que en algún lugar se realice uno, pues sólo llega a nuestros oídos la voz de los que congregan a representantes de naciones diversas.

Internacionales, continentales, nacionales, regionales, los Congresos elaboran continuamente acá y allá, la fusión impersonal del pensamiento humano.

Sus decisiones expresan una síntesis de la verdad descubierta en distintos radios de la actividad mental, por distintas modalidades de esa mentalidad: la faz común del sentimiento que hace latir el corazón de los pueblos; los caracteres típicos de la especie, al reunir los étnicos de cada agrupación.

El Congreso estimula la producción intelectual; las relaciones sociales y políticas; fija la atención de todos hacia cuestiones que sólo merecían la de los estudiosos y pone al nivel de los espíritus superficiales, los problemas hondos, logrando muchas veces atraer

hacia ellos, a los que, sin oir un llamado sonoro, no abandonan la inerte quietud.

Hasta aquí ¡loor al Congreso! Más, mucho más, podría decir para alabarlo. Alguna vez habrá quien escriba una crónica general que ponga de relieve el beneficio reportado por él; pero todo, hasta lo que se cree más bueno, tiene que evolucionar, y el Congreso ha llegado a una altura en que se impone la reforma de su reglamento.

He tomado parte activa en la Sección Pedagógica de algunos, actuando como Secretaria varias veces, y esto me permite conocer el punto a que me refiero.

Se va a celebrar el 3.° que en América se dedica al niño. Tuve participación en el 1.° y en el 2.°; la tendré también en el 3.°.

He seguido, pues, especialmente, la marcha completa de éste. En otro artículo me ocuparé de lo que a mi juicio conviene hacer, para que todos en general, y el del Niño en particular, hagan más intensos y efectivos los beneficios que ese organismo debe reportar a la humanidad.

Enriqueta Compte y Riqué.

CRONICA DE ARTE

La exposición de José Luis Zorrilla de San Martín

Después de mucho tiempo sin exponer, antes de iniciar el ansiado viaje, hoy nos muestra Zorrilla el conjunto vigoroso de toda su obra. Al entrar a la nueva etapa, quiere despedirse con nosotros de todos los sueños plásticos de su juventud. Y nos invita sencillamente a estudiar, junto con él, la obra de los primeros años, en el momento en que va a entrar en la senda definitiva y consagradora.

Sabemos que no estamos ante un arte cristalizado. Pero también sabemos que no estamos delante de ensayos o tentativas. Toda obra, aún la más imperfecta, nos acusa el temperamento del artista. Y descubrimos la parábola magnífica del esfuerzo superándose confiadamente en cada nueva obra. Inquieto esfuerzo, siempre seguro, nunca desmayado.

Realiza Zorrilla esta exposición con modestia y con humildad. Con esa humildad religiosa que tan bien sienta a los grandes artistas. Ellos que saben de las dificultades insalvables, ellos que saben de la verdad inmortal de los mármoles clásicos, albergan siempre en el espíritu esa mansa modestia que no los amilana sino que los excita en la vía luchadora. Por eso la humildad es relativa al futuro. Aman apasionadamente

la creación última, pero se saben siempre en mitad de un camino de perfección que hay que recorrerlo con amor y con fe como una senda áspera de misticismo.

Este escultor, tomado hoy en la plena fogosidad de sus treinta años, nos da el hermoso espectáculo de su evolución artística. Hay algo de armónico en el desarrollo de una vida que se inicia llena de promesas, y que no fracasa. Una unidad artística coordina todas las etapas, ya en un ritmo de friso, de un friso que la muerte a veces cruelmente no deja terminar, ya en la grandeza de un tríptico que culmina con la obra imperecedera: Venus plácida de Praxiteles, esclavo torturado de Miguel Angel, Eva amorosa de Rodín...

Así, nos sea perdonado el apartarnos por un instante de su obra en el estudio de la vida del artista. Nos place encontrar su personalidad, aún sin mirar sus esculturas, para después reencontrarla plenamente y juvenilmente en esa carne blanca de sus yesos.

La vida del artista

El hijo del poeta, el precoz recitante de la "Leyenda Patria", anuncia desde su infancia una clara vocación por las artes plásticas. Abierto y comunicativo, lleno de vehemencia, — a veces imitando la poética vehemencia paternal, — ingresa en la bohemia juvenil apenas borronea sus primeros apuntes. Constituye círculo de pequeños amigos y de admiradores. Y como en la eterna historia, dedica sus mejores horas a los ensueños, a las divagaciones, a los proyectos absurdos, a las quimeras lejanas. Se exalta con su bohemia. Con esa bohemia benefactora, la bohemia esencial que emborracha pero que no perturba, que excita pero que no desgasta,

y que pone, para los días difíciles, una dorada gota de miel disuelta en el jugo rojo de las venas.

Entonces pasea sus primeros alardes de genio: ancho capacho dando sombra a la temprana frente poblada de ilusiones; larga melena y desaliño rebuscado en el porte; además la pipa, que también sueña, y el tabaco rubio que marea. Es la época de todas las osadías y de todos los desplantes. Se discuten las nuevas glorias europeas, y la moda última, el último "ismo" apasiona al círculo juvenil. José Luis ensaya entonces todas las artes plásticas. Y hasta peca en las artes literarias con un cuento romántico, ese cuento que escribimos todos, cuando al pasar los quince años nos alucina el primer sonreir femenino.

De su época de infancia recordamos sus dibujos llenos de soltura y espontaneidad. Esta fué la primera manifestación de su talento plástico y de ella hablaremos más adelante.

Después pasa a la pintura al óleo con pasmosa facilidad. Los retratos, llenos de vida, fuertes de empaste, le nacían en medias horas. Después tienta los temas decorativos, las ilustraciones en negro, los grabados de madera, el "affiche". Después pasa a la escultura, también en vías de ensayo fácil. Aquí persevera. Y, así, fué el arte de la forma, ese arte consistente e inmóvil, lleno de humanidad, el que siempre, hasta el día de hoy, le ha guardado como a un elegido.

El bohemio inquieto, el refinado lleno de amor por toda forma de belleza, fué puliendo ardorosamente su espíritu. Y en este deambular incierto por las praderas floridas del arte sedimenta una cultura amplia, honda, latina.

Su viaje de becado a Europa — beca que ganó con toda facilidad — trae un cambio radical en su vida. Si la corta estada en Italia no le deja aprender mu-

cho en su técnica, alcanza para fortificar su espíritu. Una onda de virilidad sacude al adolescente refinado. Y le infunde un concepto profundo, religioso, de su arte. Fué esa convivencia espiritual con el alma de los genios desaparecidos, allá en la galería Pitti, en el Palacio de los Uffizzi, en la plaza de la Signoria, bajo la Loggia dei Lanzi, lo que inflamó su espíritu creador. Florencia, la aristocrática ciudad de Beatriz y de Dante, Florencia cuna de arte a donde él iba en busca de los secretos del modelado, modela su espíritu. Y el que fué blando e inconsistente, lleno de incertidumbres en sus ensayos, más "dilettanti" que artista, vuelve fuerte y recio, obsesionado por una idea, y decidido a emprender por un solo camino la difícil conquista de la belleza.

Entramos en el segundo período de su evolución, digamos la segunda metopa del friso de su vida de artista.

De su viaje trae la fuerza constructiva, la fuerza del arquitecto, digamos, que en realidad no hay distingos intelectuales entre el que maneja los planos rígidos para proteger la vida y el que maneja los planos ondulantes para adornar la vida: los dos son creadores de emociones hermanas. Primero forma su hogar afectivo. En seguida su hogar artístico. Levanta las cuatro paredes blancas de su taller, de su celda, como él la nombra. Y la ama serenamente, como reza la leyenda que le puso: "Ama a tu celda y ella te dará la paz". Allá, abierto y encerrado al mismo tiempo, abierto a los amigos y a la vida, encerrado en el estudio austero de sí mismo, se entrega plenamente al trabajo. Su estatuaria crece llena de exuberancia y de pasión. No se detiene en detalles, no corrige las imperfecciones. Sólo le preocupa llenar su celda de seres inmóviles pero animados del mismo fuego que le ilumina. Toda idea adquiere una

forma plástica en el cerebro, e inmediatamente se concreta en el barro. Los seres mudos pueblan los rincones de su taller y le responden con el eco de su propia voz. Cœforas, Victorias, bustos de familia, le hablan angustiosamente, heroicamente, fraternalmente...

Esta es, a grandes rasgos, la vida del artista, que nos recuerda en algo la historia de los escultores del Renacimiento. No tuvo la ventura Zorrilla de ser protegido, como aquellos, de príncipes y monarcas. Mas nuestro medio pequeño pero comprensivo alimentó siempre a su lado una íntima admiración, un admiración que, nacida quizá del prestigio del nombre paterno, él se encargó de mantener y de acrecentar con las cualidades latinas de su genio: todo pasión, todo vida, todo nobleza, todo afabilidad, todo refinamiento, todo juventud.

El retratista

Allí donde Zorrilla ha trabajado más en contacto con la naturaleza, allí es donde nos ha dejado ver las trazas claras de la evolución de su técnica. Es con el retrato — al cual fué por una inclinación natural, que estudia severamente su arte, ya reposado el espíritu, en un encarnizado deseo de arrancarle todos los secretos a la forma expresiva y espiritual que sitúa enfrente de sus ojos. Delante del modelo se constituye en fiel y cuidadoso copista. Olvida los desplantes juveniles que le llevaban a manchar frívolamente. Y sediento de conquistas plásticas investiga seriamente.

Su viaje por Italia le impregna como con un dejo, de esa aristocracia florentina del Donatello y de Minoda Fiesole. Los primeros bustos que trajo de Florencia y los que hizo aquí, fresco el recuerdo de su viaje, acusan esa primera manera, sutil y aristocrá-

tica, quizás algo ligera, algo desposeída de una fuerte estructura interior.

Pronto abandona Zorrilla ese velo externo de elegancia para afincarse en el estudio lento y penetrador. Y vemos una segunda época en que se despersonaliza por completo, en que se vuelve analítico y meticuloso. Y su obra se resiente de cierta sequedad, pero la dignifica un noble afán de ser sincero.

Después viene con la sabiduría la tendencia hacia la síntesis, hacia la mayor sobriedad y mayor calma. Y entonces realiza sus bustos íntegramente, sin descuidar los valores plásticos ni la estructura orgánica, y dándoles al mismo tiempo la mayor vida espiritual.

De su primera manera anotamos su cabeza de niño y el busto de Justo. De su segunda manera la cabeza de "Juancito". De su tercera manera su admirable busto de San Gabriel.

Hemos juzgado los bustos como valores plásticos, como valores estéticos, puramente. Es el primer juicio que debemos ejercitar. Pero después no podemos acallar el mundo de sugestiones que nos despiertan esas cabezas. Alejado de la banalidad, en la que es tan fácil caer con el retrato, Zorrilla dá a todas sus cabezas una palpitación humana. Pensamos delante de ellas que el artista las ha elegido, no como a trozos interesantes de naturaleza, los ha elegido como espíritus. Porque la vivacidad que las ilumina es tan honda, tan emotiva que nos hermana de inmediato, no con cosas inertes sino con seres animados en su inmovilidad.

Así exalta todos los rasgos de la fisonomía moral. Acusa definidos, netos, los diversos caracteres. Y no es que busque esto preconcebidamente. Es la intuición artística lo que le hace transfundir a lo material la inmaterialidad del alma vecina que se detiene enfrente de la suya, atenta, inflamada, inquieta. Así

vemos todos los rasgos humanos: primero el candor en ese busto de niño, pálido, asombrado, ya sintiendo crecer en sí las misteriosas interrogaciones; después el sueño vaporoso y vago del hermano músico, los ojos lejanos viviendo de lo inefable en las tierras absurdas; después la altivez, la enjundia, el garbo conquistador de ese efebo, también soñando, pero con quimeras amorosas; después, otro matiz del sueño, el sueño del que es poeta por fuera y por dentro y que del dolor ha extraído un nuevo modo de soñar.

Encontramos, en otros tres bustos, tres cualidades distintas del pensar: así diremos el pensar lírico, exaltado, el pensar con el canto y el cantar con el pensamiento, acusado en la fuerte cabeza del padre orador; el pensar absurdo, torturado, angustioso ante la duda filosófica, tal el de la cabeza de Justo; y por último ese pensar, o quizás ese ya más no pensar, ese deliquio místico, beato, paradisíaco de aquel que se llama enviado de Cristo, y que, con la Biblia bajo el brazo, viaja, émulo de los viejos apóstoles, predicando la Santa Palabra por este áspero mundo de descreídos.

Después vienen esas tres cabezas del terruño, donde culmina su arte, una de las cuales, la cabecita del pardo, quedará como una de las mejores obras de la escultura americana.

Anotaremos nuestras preferencias en esta lista de bustos. Ellas son para el ya mencionado de San Gabriel. No sabemos si el secreto de nuestra admiración radica en la placidez y en la suavidad del gesto beato, o en la actitud hermana de la mano cordial que se abre sobre el pecho. Este busto nos seduce. Y sentimos enfrente de él ese algo misterioso que vibra siempre en nosotros delante de lo que es grande en arte.

Otra cabeza llena de fuerza es la del padre. Pero no nos seduce tanto. Y es quizás porque adivinamos

que Zorrilla ha estudiado esa cabeza un poco de afuera, un poco como espectador, tratando, esta vez sí, de atrapar un gesto espiritual. Por eso no la anima el sentimiento que tienen otras cabezas. Verdad encierra, porque sentimos correr esa mirada fuerte que busca el reflejo de la onda emotiva que lanza el espíritu del orador y que los espíritus abiertos de los que oyen le devuelven cargada de emociones innúmeras.

Pero por sobre la verdad podría tener esa ternura filial que tienen siempre esas obras en los artistas — madre de Whistler, madre de Rembrandt, padre de Mestrovic — y que esta vez ha sido desterrada por ese deseo preconcebido de fijar una actitud externa. Y otro ligero reproche hagámosle a Zorrilla al pasar. Y es el de no haber ejecutado ningún busto de mujer ni de niño; reproche que esperamos trocar mañana en alabanza cuando realice eso que esta vez, creemos que por humildad artística, no ha ensayado.

El sentimiento de la muerte

A través de todas las edades, después de todas las ciencias y de todas las religiones, el espíritu humano sufre el mismo escalofrío ante el misterio de la muerte. Esfinge inescrutable, Isis velada, Parca ineluctable, la diosa de tantos nombres siempre llega quedamente y nos sobrecoge con iguales temores. La religión, poniendo un destello de más allá en nuestros ojos ávidos de traspasar el velo azul, purifica, suaviza ese temor. Y en el éxtasis místico lo disipa. Ya sea la futura vida una olímpica vida en medio a los dioses, a veces rivales de los hombres; ya al lado de Allah, en delicuescente ensoñación; ya en la placidez angélica frente al Dios, esa promesa nunca abando-

nada y nunca comprobada, pone dulzor en la duda filosófica.

Así cada religión tiene su concepto de la muerte—sería lo mismo decir de la vida. Plácida en Grecia, triste y soñadora en la Edad Media, angustiosa y doliente en el Renacimiento.

De la idea religiosa ha derivado la idea escultórica. La tumba ha cambiado con los siglos. Y el muerto, que ha adoptado todas las posturas y todos los gestos — a veces en plena vida, a veces en el angustioso dolor, a veces en la calma definitiva, a veces hasta en la repugnante podredumbre — es el que nos revela las distintas fases de la evolución. Es Robert de la Sizeranne quien sintetiza en admirable frase esta representación escultórica del muerto a través de las edades. Dice así en su capítulo "Tumulo Solemnia", "Dans l'Antiquité, le mort était un vivant, au Moyen Age ce fut un "gisant", sous la Renaissance, il est agissant, au XVIII siècle, il est triomphant. Que serat il aux temps modernes?"

Si queremos ir a la fuente del sentimiento funerario de Zorrilla debemos retroceder a Grecia. Vinculado al país sereno por sus conocimientos del arte plástico o por sus lecturas preferidas de los grandes trágicos, todo un eco de Grecia vibra en su concepto funerario. No mueve su escultura ningún espanto, no la agita ninguna duda acerba, ningún dolor torturante. Siempre velada, siempre calma, se inclina cargada del irremediable dolor; se inclina serenamente. Vive su escultura como en Grecia, pero vive ya más dolorosamente. Una estela griega es una escena corriente de la vida, con un algo de nostalgia, de tristeza. En Zorrilla sus figuras funerarias sufren más, se quejan, sin llegar nunca a la horrible mueca. Siente el artista que para expresar el dolor no cabe más que un gesto, aquel gesto tibio y melancólico que hace la flor en la

agonía, o aquel otro del pájaro herido: inclinarse hacia la tierra. Por eso todas sus figuras tienen igual resignación. Caen sin vacilar, sin rebelarse, a veces en un dulce gesto de adiós, sin espasmos, resignadamente...

Así ese grupo de Cœforas, las libadoras antiguas que llevaban el óleo sagrado a la tumba de Orestes. Todas se aplacan, se postran sobre la tierra, eterna y última cuna. Todas, con las lágrimas que fluyen tibiamente, y con el aceite, humedecen la sepultura recién abierta.

Si hemos vinculado la estética de Zorrilla al arte griego, es por la calidad del sentimiento, no por las sugestiones plásticas. Su concepto escultórico es perfectamente original. No desprovisto de influencias — que nadie podrá hacer nada sin haber sentido una insinuación de las edades pasadas—sino ahondando un concepto suyo, plástico, ondulante, ardoroso, rítmico. Eso, la rítmica riquísima de Zorrilla es su principal característica. El sabe dar a los gestos humanos todas las inflexiones: los hace recorrer todas las gamas, las más tiernas, las más apasionadas; flexarse en todas las curvas, las más cerradas y las más íntimas. No va nunca a la angulosidad cruel. No va nunca al "fortissimo" desgarrador. Pero un trémolo humano, piadoso, palpitante como un corazón, hace el bajo obstinado en todas sus armonías funerarias.

Su obra más emotiva y más original es el monumento a la familia de Hoyos. Aparte del concepto—nuevo plásticamente—de esa Parca envolviendo en su oscuro manto a la juventud anhelosa y tibia aún, está la feliz realización escultórica. Grave problema era el de ligar dos figuras en pie, unidas en la marcha, y formar con ellas un grupo, un bloc elocuente, un todo armónico y vital. Piénsese que la escultura de casi todas las épocas, cuando agrupa, siempre reune las

figuras alrededor de un eje, y este eje es, o una cruz, o una madre, o un dios, y en la escultura griega algún héroe dominante. Zorrilla espontáneamente simplificó el problema. Aun sin hacer predominar una figura sobre la otra, consiguió la unidad plástica por la armonía de la agrupación. Les dió a las figuras en su parte baja el mismo ritmo de marcha destacándose sobre la verticalidad obstinada de los pliegues del fondo.

En lo alto diferenció los gestos. Y al acusar dos temperamentos distintos, opuestos, — el torvo y fatal de la Parca hincando su obsesora mirada sobre la tierra, y el lánguido y candoroso de la niña despidiéndose del horizonte de luz — consiguió dos ritmos armónicos, en su ondulante recorte sobre el cielo.

Toda la masa del grupo está unida por ese manto de la ignorada tela, también él cruel como la Intrusa, también él ansioso de su retorno hacia la tierra. Los pliegues, cayendo verticalmente, unen todo el fondo en su mediatinta, evitando los huecos antipáticos. Además, sirven de transición entre el movimiento desencontrado de los torsos y el movimiento paralelo de las piernas. Es un plano de quietud, de gravedad, el plano dominante en esta marcha ineluctable.

La luz juega admirablemente en el grupo. Se detiene llena de claridad y de dulzura sobre el pálido rostro de la adolescente, se oscurece bajo el patético capuchón, se ilumina de nuevo en la seda pálida del brazo que se entrega; después se funde en una tinta gris, en un mediotono sordo, donde domina la misteriosa verticalidad del manto; vuelve a acusarse en el ritmo encontrado de los pasos que van hacia lo desconocido.

No dudamos al decir que es ésta la mejor obra de Zorrilla. Hay tal plenitud de sentimiento en ella, tal sugestión de vida — aún en la íntima expresión de la

muerte — tal nobleza y tal variedad de ritmos, tal riqueza de claroobscuro y de formas, que se perfila este grupo como una obra maestra.

Revela el artista su capacidad emotiva. Ha ido al fondo de nosotros mismos. No por virtud de la duda amarga que sugiere, sino por mérito a la plástica tierna, palpitante, de esos seres que pasan delante de nuestros ojos alucinados, pero que no se van, que no se irán, porque los hemos atado a nuestro recuerdo para siempre.

C. A. Herrera Mac Lean.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

"La honda inquietud".—Por Manuel Núñez Regueiro.—Rosario de Santa Fe.—1915.

De la numerosa serie de estudios que Manuel Núñez Regueiro realiza intensamente en Santa Fe, donde reside ejerciendo tareas consulares y universitarias, destacamos esta obra que venimos de leer con entusiasmo.

El dolor de no comprender, la verdad y la sed de conocimiento, la moral en marcha, lo que sabemos e ignoramos, ciencia y dolor, forman los capítulos de este libro, donde la avidez de saber y desentrañar que caracteriza a nuestro distinguido compatriota, pone el estremecimiento perdurable de una "honda inquietud".

Idealista lleno de erudición y de sentido de la vida, Núñez Regueiro alcanza a veces un altísimo estilo, logrado con esa difícil facilidad de los que llegan a concretar claramente en el pensamiento lo que luego van a expresar con la palabra o con la pluma.

De su libro nos quedan, a más del placer de una lectura, mil sugerencias diversas que tachonan de estrellitas nuestro cielo anochecido... Y entre todas ellas la cruz que forman los cuatro acápites de "la honda inquietud":—"sólo sabemos que ignoramos":—"quien añade ciencia, añade dolor":—"el dolor de no comprender es nuestro gran dolor":—"reformarse es vivir".—**T. M.**

"El Carnaval de Lilí". — Por Eduardo Carrasquilla Mallarino. — Barcelona.—1922.

Entre la selección de novelas breves que está publicando la Editorial Cervantes, nos ha venido este tomito de Carrasquilla Mallarino, el ilustre poeta colombiano, ahora puesto a escribir en prosa elegantes relatos de la vida mundana.

"El Carnaval de Lilí" es una historia sencilla, ágil, fina, donde la gracia y el ingenio del novelista lucen y encantan.

Su lectura es un grato y bello cuarto de hora, florecido de originales encantamientos.—**T. M.**

Misterios de la Subconciencia.—Por Otto Miguel Cione.—Buenos Aires.—1922.

Con un argumento sumamente interesante, el celebrado autor de "Caraguatá", ha escrito esta novela corta, producto, según lo expresa en la página prologal "de sus lecturas sobre hipnotismo, sugestión y ramales afines".

El relato está construído con esa destreza técnica que ha hecho de Cione uno de los escritores más leídos del Río de la Plata. Sin mayores preocupaciones de estilo, aunque tampoco sin carecer de cierto decoro literario, "Misterios de la Subconciencia" es, en síntesis, un recomendable trabajo, de fantasía original y hábil arquitectura, con el cual el autor ha realizado ampliamente su objeto: distraer o impresionar fuertemente durante una hora el ánimo de sus lectores.—**J. M. D.**

El Hermano Asno.—Por Eduardo Barrios.—Santiago de Chile.—1922.

Rato largo hacía—desde aquellas buenas épocas en que el tiempo y cargosas obligaciones no apremiaban—que dominábamos la tentación de releer. Deberes de cortesía y de profesión nos han hecho conocer una densa cantidad de autores, pero de un modo frenético, sin darnos tregua para intimar con los que quisiéramos: los libros pasan por nuestras manos, uno tras otro, empujándose, dejándonos, la mayor parte de las veces, sólo un recuerdo vago; como esas amistades efímeras y ocasionales de los viajes.

Pero éste se nos empacó, y llegado al fin de la ruta nos obligó, con imperio imposible de eludir, a reandar el camino lentamente, cosa que pudiéramos a plena conciencia, gozar el encanto sugerido en una primera visión rápida.

Y he aquí que ahora, devorada ya por segunda vez, nos preguntamos: ¿cuál o cuáles han sido las causas que nos han avasallado, de manera tan honda, en esta noche?

Sin duda no ha sido el argumento, que, no obstante su originalidad dentro de la literatura americana, no tiene complicaciones, y en donde no se hace gala tampoco, a no ser quizás en su vigoroso final, de la sorpresa, ese guiño de lo inesperado que algunos autores han elevado a la categoría de un dogma estético.

Hay, naturalmente, episodios como el de Fray Rufino y el perro, de una intensa vida externa, que hacen evocar algunas escenas culminantes de "Un Perdido"; diálogos, asimismo, como el del segundo encuentro en la calle, de Fray Lázaro y María Mercedes, que son una maravilla de finura y destreza; pero aquí, tanto los hechos como las palabras, valen mucho más que por el realismo de la observación, por el estado espiritual que exteriorizan, por la desnudez con que nos revelan una situación anímica.

Sería absurdo comparar esta novela con la anterior de Barrios, son dos géneros distintos: "Un Perdido" es una novela domiciliada exclusivamente en Chile, reflejo de sus hombres, de sus hábitos, de su ambiente, de su psicología; por lo tanto, esencialmente costum-

brista; "El Hermano Asno", no tiene domicilio determinado, es una novela singular y universal, absolutamente psicológica, en donde las almas preocupan al autor sobre todas las cosas.

¡Y qué manera de adentrarse en sus laberintos!... ¡Con qué seguridad y sutilidad diseca las fibras del sentimiento hasta transparentarnos el enigma de las acciones y los más confusos estados de conciencia!...

Ese Fray Lázaro, de vida cerebral tan intensa y tan lleno todavía de las cenizas del mundo que ha ido a sepultar en el convento, aquel Fray Rufino, mínima florecilla caída del mismo centro del corazón de San Francisco, y que concluye por naufragar en el pecado para sublimar su santidad; esa María Mercedes, de sensibilidad precoz y complicada, son estudios de almas que hacen surgir el nombre de los grandes maestros de la novela psicológica y que colocan a Barrios en un sitio de excepción dentro de la literatura continental.

Y, todavía, el artista. No nos referimos sólo a destreza para mantener el tono general de una novela, ni a la manera de confeccionarla, cosas hasta cierto punto secundarias, y que encajan más en el oficio que en el arte, sino al pintor, al poeta y al escritor.

Al poeta de sensibilidad contagiosa, corazón exaltable a la más pequeña insinuación estética, venga de los hechos, de los sentimientos o de las cosas; al pintor, que no sólo sabe describir magníficamente un estado de la naturaleza, sino la fuerza trascendental, el ingenio ejercido por el paisaje sobre el hombre; y al escritor, dueño de un estilo que no tiene nada de suntuoso, sin duda. Barrios parece dejar en todo lo que toca la impresión de la perfecta sencillez—pero limpio, expresivo, sabroso y, sobre todo, de una exactitud única.—**J. M. D.**

José Enrique Rodó.—Por Justo Manuel Aguiar.—Montevideo.—1922

En el breve espacio de una hora hemos leído y con holgura las treinta y dos páginas de este estudio sobre Rodó.

Se trata en verdad de un bello libro, que trasunta un bello espíritu. Justo Manuel Aguiar es hombre desconocido hasta ahora en la literatura nacional, y este pequeño libro que su entusiasmo joven a Rodó consagra, llamará sobre sí la atención de la crítica uruguaya.

Luego de un alto prólogo de Daniel Martínez Vigil,—con quien venimos al fin a concordar en el elogio y en el concepto,—entramos dudando un poco, casi con reservas, en el primer capítulo.

Aguiar sintetiza sus observaciones psicológicas sobre la muerte del Maestro y entra después en el estudio de su obra y de sus biógrafos y críticos.

Bien pensada, bien hecha, bien anotada, está sin duda esta primera parte a que nos referimos. Algunas ideas nos sugirió, empero. Todo viaje, aun el más breve, comporta una sensación de desarraigo, y con ella, una sensación de muerte o una insistencia del pensamiento sobre ella. Partir, no es sólo morir un poco, en el sentido romántico de los que se van y olvidan, o de los que se quedan y

olvidan también. Partir es morir un poco en el sentido romántico de acercarse a la muerte, de inclinarse hacia ella y pensar en ella, voluntaria o casualmente, con más persistencia que en la quietud rutinaria del hogar doméstico o del hogar social. Así, por lo menos, le pasa a todo espíritu culto que ahonda en la vida y sobre ella está pensando siempre. No nos parece extraño, pues, que Rodó, lejos de su patria, y solo, frente a los misterios o grandezas de la naturaleza y del mundo, haya asociado todas sus ideas alrededor de la idea de la muerte, como cien rayos centrando en un eje, cosa espontánea y fácil, que surge siempre delante de las maravillas, las andanzas y las miserias humanas: sensación de temblor y de pequeñez, de liviandad y de miedo, que va a parar en la muerte, como la flecha bien tirada va buscando el corazón. Rodó pensó en morir, habló de la muerte, la temió acaso, antes de precipitarse en ella, porque estaba lejos de su casa y de su patria, sólo con Dios y con sus pensamientos, "taciturno y atlético" delante los crepúsculos pesimistas y las noches abismales. Viajero anónimo, a pesar de su preeminencia, vióse desconocido, solitario, lejano, y pensó en ese negocio de morir de que habla el Kempis, o habló de ello porque la vida misma lo sugestionaba y los antiguos lugares de las pretéritas civilizaciones hacen pensar eternamente en la vida que se va en el aire y en la muerte que voltea sobre la tierra. La fatalidad hizo lo demás. Otros han pensado con más presentimientos y más continuidad: la muerte no vino a buscarlos, sin embargo.

Sólo pues, nos ha parecido exacto en la observación anotada por el joven autor, el cumplimiento sin más trámite de su presentimiento agorero. Fué como Aguiar lo pensó, pero sin que Rodó tuviera parte, y sin que la obsesión de que habla hubiese existido como constante chillido de lechuza.

Nos hallan muy de acuerdo, por otra parte, sus anotaciones sobre la crítica destemplada de Colmo en el número especial de "Nosotros", y en el concepto claro que surge de la lectura del "Rodó" de Pérez Petit, que da la impresión de haber sido escrito más para figurar hombreándose con el Maestro, que para exaltar su gloria.

También vienen con nosotros los elogios que Aguiar tributa a Zaldumbide, cuya obra sobre Rodó es consagratoria, y los conceptos que emite sobre "Ariel" y Norte América, relacionándolos con los sucesos de 1916, en que la gran nación del Norte levantó el vuelo de sus banderas para unir las estrellas y las franjas al haz latino.

Claro está que Aguiar pudo hacer más dilatado y más rico en sugerencias y bellezas su homenaje a Rodó, estudiando con las ideas propias que emite las distintas obras del Maestro y su solución de continuidad en la belleza de la forma y del pensamiento,—vale decir, en la trayectoria de su vida y de su obra.

Sólo la modestia, rayana en humildad, pudo detener el hermoso impulso de este hombre joven y criterioso, que viene de tierra adentro, grávida el alma de emociones purísimas, trayendo como un tirso, su rama floreciente de ceibo criollo.—**T. M.**

José Ingenieros y el porvenir de la Filosofía.—Por Julio Endara, 2.ª edición.—Buenos Aires.—1922.

El título parecería indicar una obra destinada a dilucidar problemas fundamentales. Sin embargo, el tema central y casi exclusivo consiste en una síntesis de las ideas de Ingenieros sobre el porvenir de la filosofía. No creemos que sean ni originales ni interesantes estas ideas, ya que el dar nombres raros a conceptos corrientes no puede ser sistema apropiado para sentar tendencias con pretensión de renovadoras en el terreno ideológico. Y si esto ocurre con Ingenieros, es claro que el libro de Endara no puede tampoco tener gran trascendencia.

Hay en él una marcada orientación polémica contra la "filosofía" actual. El autor parece referirse a una filosofía apartada de la ciencia, y que no acepta "los datos que le proporcionan las ciencias experimentales"; y sus ataques revelan un profano en cuestiones filosóficas.

El autor no debe haber leído en sus fuentes obras filosóficas, y desde luego, ni siquiera conoce el verdadero movimiento filosófico actual. Atribuye a la filosofía actual caracteres que él se imagina debe tener, y todo le resulta fácil en eso de hacer fantaseos con las condiciones que supone caracterizan las tendencias filosóficas. Esto es quizás por haber creído demasiado en Ingenieros. Es por eso que padece lamentables confusiones cuando intenta explicar el alcance de lo absoluto (incognoscible), que en Spencer no es lo mismo que verdades absolutas o conocimiento absoluto; y atribuye a Bergson conceptos leídos quién sabe dónde.

El señor Endara tiene el defecto de una clase intelectual muy extendida en América, que cree que el palabrerío de Eugenio d'Ors es filosofía, y que el verbalismo científico de Ingenieros o algún otro por el estilo, representa una tendencia renovadora; y que por utilizar lenguaje científico se hace ciencia.

Falta, sin embargo, que conozca mejor las obras filosóficas y que se ponga directamente en contacto con los Stuart Mill, Ribot, Fechner, Bergson, James, y así con otros muchos que le mostrarían que está empeñado en una lucha contra una filosofía imaginada e inexistente. De ese modo también, podría apreciar mejor sus ídolos actuales.—**A. M. G.**

El Hijo del León.—Novela.—Por Vicente A. Salaverri.—Buenos Aires.—1922.

Nuestra campaña va, poco a poco, perdiendo sus antiguos aspectos característicos. Ya puede considerarse histórico aquel campo primitivo, casi salvaje, del que nos dejaran narraciones tan vigorosas Acevedo Díaz y Javier de Viana. Al chiripá y la bombacha ha sucedido el breche, al lazo el brete; al chasque el teléfono; a la carreta el ferrocarril y el autobús, y hasta al pericón y al gato, genuinos productos de nuestro **folk-lore**, el tango, hijo del cosmopo-

lita suburbio ciudadano. Y como, además, hace veinte años que los clarines guerreros permanecen dormidos, la fibra bravía de los antiguos leones, analfabetos caballeros del valor, se herrumbra como la moharra de sus lanzas inútiles. Los hijos de estos leones son los que constituyen la actual generación campesina uruguaya, naturalmente llena todavía de resabios, pero ya distraída de lo heroico, civilizada; menos típica, sin duda, que la anterior, pero, en cambio, más compleja y distinta, y con netos atributos propios, provenientes del mismo cielo transicional en que le toca actuar.

Salaverri nos pinta en esta novela, como en otras anteriores, ese campo contemporáneo, en donde todo, hasta los modismos, tiene algo nuevo y diferenciado. Y como lo hace dentro de un realismo estricto y documentándose escrupulosamente, sus obras tendrán dentro de unos años un gran valor histórico, sólo equiparable al que hoy tienen la del autor de "Ismael" y "Leña Seca".

La novela gira alrededor de dos núcleos centrales; uno sentimental y otro épico, por así decirlo, ya que no sólo trata de odios y resabios personales, sino del choque ideológico de dos generaciones, y aún más, de dos tendencias universales y enemigas como la luz y la sombra: el progreso y la rutina.

Desde luego, puede considerarse como un maestro en la técnica a quien ha podido unir de manera tan natural e íntima, manteniendo un interés creciente, episodios de índole tan distinta como los que acontecen en "El Hijo del León".

Sin duda lo más valioso de la novela, está en la parte que hemos titulado épica, por la firmeza con que se dibujan los caracteres, por la genuinidad de los hombres, por la intensidad del drama y por la pintura de las costumbres y de la naturaleza. Estamos lejos de proclamar con esto, indiferencia por su parte sentimental, de la cual el novelista se ha servido, no sólo como elemento de sostén o de matiz, sino para completar estudios de almas, sobre todo la del protagonista. Porque es verdad que los episodios pasionales son como las anécdotas: retratan más un carácter que largos estudios exegéticos.

Resumiendo: los méritos fundamentales de este libro nos parecen estar en un realismo casi fotográfico, que lo hará en el porvenir una preciosa fuente de materiales para quien pretenda reconstruir el edificio de nuestra época, en la exactitud de sus pinturas panorámicas, en la maestría con que se maneja la argamasa y en la justeza de la observación psicológica.

Todas estas poderosas facultades, por otra parte, ya las había revelado netamente Salaverri en su obra anterior "Este era un país...", y, aunque no con tanta amplitud, en "El corazón de María". Pero en esta última novela, el autor sobrepasa su labor realizada, porque ha encerrado en ella, además de todos estos valores sustantivos, la sobriedad que aguza el efecto y la gala de un estilo cuidadoso y cabalmente adjetivado.—**J. M. D.**

"Curso de Historia de la Literatura Castellana". — Texto y antología.—Por René Bastianini.—Tomo I.—Buenos Aires.—Librería García Santos.—1922.

Obra de excepcional importancia para los estudiosos y para los profesionales, es esta obra que acaba de aparecer en Buenos Aires, editada prolijamente por la librería García Santos, y debida a la pluma del Rector del Colegio Mitre doctor René Bastianini.

Cosa rara en esta época de malos textos y de pésimas antologías, este "Curso de Literatura Castellana", está hecho sobre la base fundamental de despertar interés en los jóvenes estudiantes, y a fe nuestra, que logra altamente su propósito con una discreción pedagógica y un sentido crítico que son méritos poco comunes.

El autor va desde la constitución del pueblo español, con todos sus antecedentes y preliminares, hasta el siglo XVI, en plena edad de los romances y de los esbozos dramáticos.

Se trata de un estudio interesantísimo, documentado con una excelente antología y con notables resúmenes históricos que amplían el ambiente del libro y dan la composición de lugar necesaria para completar la obra.

Escrita con estilo sencillo y claro, no exento de elegancia y de fácil dominio idiomático, el libro revela un concepto objetivo de la enseñanza literaria y servirá grandemente, no sólo los intereses de los estudiantes universitarios, sino los de los profesores y profesionales, que van a encontrar en sus capítulos el desarrollo de una materia esencial, como es el estudio de nuestra literatura clásica.

Hay páginas realmente notables, por la sencillez desenvuelta en ellas y el alto sentido que proporcionan, además de servir exactamente de texto.

Con entusiasmo creciente,—nosotros, que todavía no pasamos la época universitaria,—y que conocemos todos los textos a que los programas nos obligaron, hemos llegado a las páginas finales de este libro con la convicción de que es lo mejor en su género que se usa actualmente en las universidades y colegios hispanoamericanos.—**T. M.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

"Curso de Historia de la Literatura Castellana". — Texto y antología.—Por René Bastianini.—Tomo I.—Buenos Aires.—Librería García Santos.—1922.

Obra de excepcional importancia para los estudiosos y para los profesionales, es esta obra que acaba de aparecer en Buenos Aires, editada prolijamente por la librería García Santos, y debida a la pluma del Rector del Colegio Mitre doctor René Bastianini.

Cosa rara en esta época de malos textos y de pésimas antologías, este "Curso de Literatura Castellana", está hecho sobre la base fundamental de despertar interés en los jóvenes estudiantes, y a fe nuestra, que logra altamente su propósito con una discreción pedagógica y un sentido crítico que son méritos poco comunes.

El autor va desde la constitución del pueblo español, con todos sus antecedentes y preliminares, hasta el siglo XVI, en plena edad de los romances y de los esbozos dramáticos.

Se trata de un estudio interesantísimo, documentado con una excelente antología y con notables resúmenes históricos que amplían el ambiente del libro y dan la composición de lugar necesaria para completar la obra.

Escrita con estilo sencillo y claro, no exento de elegancia y de fácil dominio idiomático, el libro revela un concepto objetivo de la enseñanza literaria y servirá grandemente, no sólo los intereses de los estudiantes universitarios, sino los de los profesores y profesionales, que van a encontrar en sus capítulos el desarrollo de una materia esencial, como es el estudio de nuestra literatura clásica.

Hay páginas realmente notables, por la sencillez desenvuelta en ellas y el alto sentido que proporcionan, además de servir exactamente de texto.

Con entusiasmo creciente,—nosotros, que todavía no pasamos la época universitaria.—y que conocemos todos los textos a que los programas nos obligaron, hemos llegado a las páginas finales de este libro con la convicción de que es lo mejor en su género que se usa actualmente en las universidades y colegios hispanoamericanos.—**T. M.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Elición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, 25 de Mayo 417.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.
Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.
Oribe Emilio, Canelones 1242.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD"
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA"
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Elición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
García Luis Ignacio, 18 de Julio 1246.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Buero Enrique, 25 de Mayo 417.
Blengio Bocca Juan, Juncal 1363.
Carbonell Federico C., 25 de Mayo 494.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Pittamiglio Humberto, Ejido 1392.
Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.
Oribe Emilio, Canelones 1242.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

ACEITE LIBERTAD

EL MEJOR
EL MAS CONOCIDO
EL QUE MAS SE VENDE

PROXIMO
GRAN CONCURSO

PIDA LOS CUPONES

El ACEITE LIBERTAD está en venta en todos los almacenes

Pesquera & Cía.

MONTEVIDEO

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
RODOLFO MEZZERA—PABLO DE GRECIA—JOSÉ MARÍA DELGADO

AGOSTO DE 1922

SUMARIO:

PEGASO por Ernest Martinenche
Mr. Martinenche por La Redacción
La nueva dirección de PEGASO por Dr. Rodolfo Mezzera

Artigas - Epopeya por Pablo de Grecia

Jacinto Benavente por Juan Antonio Buero
«El hermano asno» por José Pereira Rodríguez
Noruega por Julio Raúl Mendilaharsu
Se va la juventud por Segundo Barreiro
Lloviendo con sol por José M. Peña Antipuy

Nuestros artistas - Rafael Barradas, por Alberto Lasplaces, con cuatro grabados

«El Nocturno» de Gabriel D'Annunzio por Juan Costetti.—Traducción de Montiel Ballesteros
El tío cura por Manuel de Castro
Glosas del mes por Emilio Samiel
Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.° 50

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1865 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, ganan del interés de 6 %, hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditándolo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Agosto de 1922. — N.º 50 — Año VII.

"PEGASO"

Montévideo 29 Août 1922.

Que de fois entendons-nous dire que le secret de l'antique poésie est perdu dans notre vieille Europe! La plainte est assurément excessive; mais j'ai trouvé l' explication du mal qu'elle signale.

Pégase s'est envolé, lassé des eaux d'Hipocrène, et, d'un saut prodigieux, il est allé se retremper dans la fontaine si bien nommée Salus. Salut donc et longue vie à la revue qui se consacre à son culte! Et mille grâces soient rendues à la poétique courtoisie de l'accueil uruguayen!

ERNEST MARTINENCHE.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Agosto de 1922. **N.° 50 — Año VII.**

"PEGASO"

Montévideo 29 Août 1922.

Que de fois entendons-nous dire que le secret de l'antique poésie est perdu dans notre vieille Europe! La plainte est assurément excessive; mais j'ai trouvé l' explication du mal qu'elle signale.

Pégase s'est envolé, lassé des eaux d'Hipocrène, et, d'un saut prodigieux, il est allé se retremper dans la fontaine si bien nommée Salus. Salut donc et longue vie à la revue qui se consacre à son culte! Et mille grâces soient rendues à la poétique courtoisie de l'accueil uruguayen!

ERNEST MARTINENCHE.

Mr. ERNEST MARTINENCHE

Huésped de Montevideo por pocas horas, Mr. Ernesto Martinenche, director de la "Revue de l'Amérique Latine", fué objeto de una fiesta intelectual por parte del grupo de Pegaso, que obtuvo la más grata resonancia.

En la noche del 29 de agosto, en la salón especial de banquetes del Hotel Alhambra, la "Editorial Pegaso" ofreció a Mr. Martinenche una cena de homenaje, que tuvo hermosas proporciones.

Merece destacarse particularmente la concurrencia al banquete, de S. E. el señor Presidente de la República doctor Baltasar Brum, que quiso honrar a Pegaso con su adhesión y prestigiar así el banquete a Mr. Martinenche.

Ofreció la comida el doctor Asdrúbal E. Delgado, Presidente de la Cooperativa Editorial Pegaso, y agradeció el anfitrión en brillante y sutil improvisación, llena de *sprit* francés y de encantadora facilidad.

Más de cuarenta personas tomaron asiento alrededor de la mesa, notándose entre ellas, al señor Ministro de Instrucción Pública doctor Rodolfo Mezzera, al señor Ministro Plenipotenciario de Francia, Mr. Azouy, al señor Ministro Plenipotenciario del Brasil doctor Luis F. Guimaraens, a los escritores nacionales Julio Raúl Mendilaharsu, doctor Buenaventura Caviglia, Pablo Minelli González, José María Delgado, Otto Miguel Cione, doctor Alberto P. Brignole, Vicente A. Salaverri, Telmo Manacorda, etc., etc.

Al finalizar el banquete recitaron poesías suyas los poetas Asdrúbal E. Delgado, Luis F. Guimaraens, Pablo Minelli González, Buenaventura Caviglia y José María Delgado.

La prensa diaria dió extensas notas de tan hermosa fiesta.

LA NUEVA DIRECCIÓN DE "PEGASO"

El doctor Rodolfo Mezzera

Desde este número de PEGASO se incorpora a su Dirección el doctor Rodolfo Mezzera, descollante elemento de nuestra intelectualidad, que desempeña actualmente el Ministerio de Instrucción Pública, y que pertenece, desde el primer día, al grupo de PEGASO.

La personalidad brillante y ágil que viene a formar trilogía en nuestra Dirección, da mayores relieves a nuestra obra y va a ser gratamente recibida en todos nuestros círculos.

PEGASO recibe su incorporación activa con el más alto entusiasmo y el más grande afecto.

ARTIGAS

Fragmentos de Epopeya

PROEMIO

Calíope que ciñes tu estudiosa frente de lauros
Y hacer sonar ante las edades tu trompeta de épico metal,
Timbra como en los Poemas de antes, tu bronce, pues pasan,
[alud de centauros,
En aurora de gloria, Artigas y sus gauchos bajo el cielo natal.

La Epopeya antigua ve con ojos de asombro, al flamante
Capitán que marcha casi sin armas bajo el sol...
¿Retoñan acaso los fabulosos tiempos? El gigante
Encelado, blasfema? Quién ruge? El León de Nemea? No: el
[león Español!

Arbigas! Qué pretende el caudillo? Qué busca,
Qué unánimes se agitan campo, río y ciudad?
Y ese deslumbramiento que al mismo hispánico ofusca
Es el oro de Cuzco o de México?—No: es el oro de la libertad.

Artigas! virtud, sacrificio, heroísmo, sinónimos
Son en nuestro colombiano verbo y en nuestro corazón...
Por tus triunfos, por tus derrotas, por tus magníficos gestos
[anónimos,
Por tu destierro y por tu alma buena de Catón.

Artigas, por ti lo épico se humaniza y se exalta;
El amor de los hombres busca tu excelsitud;
Y sobre tu Meseta, cerca de Dios, más alta
Que toda gloria vana, se eleva tu virtud.

Artigas, padre, hermano, abuelo de mirada celeste,
Cuánto nevar y cuánto ímpetu, furia, aquilón,
Cuánto sufrir, cuánto vivir, luto, miseria, en este
Terruño de tus sueños que amó tanto tu corazón.

Artigas, patriarca con Destino, Tablas y Exodo,
Yo entre las borrascas, llegué a tu Sinaí.
Había olas de sangre y pantanos de lodo,
Pero, a pesar de todo, vi la gran luz que venía de ti.

LA CARGA DE "LAS PIEDRAS"

Integrado en un bloc de relinchos y alientos
Y alaridos de horda, irrumpe el huracán
Libertador. Demonios del estrago, seiscientos
Centauros de la patria hacia la gloria van...

Sangre olímpica, músculo combativo, alma recia,
Al mirarlos sonríe su heroico Capitán...
Impávidos cabalgan entre el hierro que arrecia,
Los centauros nativos que a la victoria van...

Retumba la metralla, diluvia, en ancho trueno,
El cañón enemigo su alma de Leviatán...
En oleajes avanzan, unánimes, sin freno,
Los centauros nativos que a la victoria van...

El Sol fragua tragedias en los hierros cortantes,
Incendia en ocres vivos aquel grupo titán...
Hay un clamor de horda y de leones rampantes,
Hay mil bocas que aúllan, mil pechos anhelantes,
Hay una enorme Victoria y un sólo Capitán.

EL ÉXODO

Marcha bajo los soles o bajo el negro domo
De la noche, en columna, todo un pueblo. Es un cromo
Milagroso y augusto. Con inquietud se piensa
En el éxodo bíblico... la patria está suspensa...

Es una gran columna de congoja y de llanto,
Todo un pueblo en victoria y en derrota; y el canto
De Calíope cobra, en razón del motivo,
Un riguroso aspecto solemne y pensativo...

Es una gran columna; todo un pueblo... Amanece
Y en la dorada luz vespertina parece
Engrandecerse todo. Es un vasto proscenio
De vidas y de almas; y la llama del Genio
Irrumpe milagrosa, en virtud de su Numen,
Sobre la excelsidad de esa patria en resumen.

Artigas, el patriarca de mirada de cielo;
Es Moisés en sustancia de hombre libre, su celo
Todo investiga, todo observa, arregla todo,
El alma en la justicia tiene, el cuerpo en el lodo.
Es un hombre? Quién sabe! Es algo más?...

En Mayo
Surgió impetuosamente en un zis-zás de rayo,
Y fué su gesto perentorio
En Las Piedras, de ahí su renombre notorio.
El momento era grave para la causa; todo
Parecía perdido en el Perú, de modo
Que el ejército hispano, como turbión deshecho,
Bajaría en raudales hacia el Plata; era un hecho
Inevitable, pues las últimas derrotas
Dejaron nuestro cóndor con las dos alas rotas.

Buscar aliados? Dónde? El cónclave porteño
Quiso volver de nuevo hacia su antiguo dueño,
Y ante la sugestión del trono en un alarde
Vergonzoso gritó: Viva el Rey! Era tarde.
Artigas malograba ese ensueño suicida
Y a la revolución le daba nueva vida.

Las Piedras, primer triunfo decisivo; arrogante
Mandoble como para debelar al rampante
León de Iberia; inicial de los verbos redentos...

Después para los libres soplaron malos vientos,
Godos y lusitanos,
A través de las sierras, se alargaban las manos...
Y el Triunvirato para evitar todo evento,
Decretó por un úkase el sacrificio cruento...

Y se produjo el Exodo; el exilio; la larga
Ruta que los sin patria emprendieron. La amarga
Sal, el frío, el cansancio, la sed, la angustia, toda
La miseria, fué el lote de su suerte. Entre tanto
Dolor lleno de lágrimas, bajo cielos sin lumbre,
Fué la gran caravana con su gran pesadumbre.
Fué la gran caravana
Marchando hacia el mañana,
El abismo o la cumbre...

Oh, la gran caravana de los tristes! Se advierte
En su rodar, un salmo vencedor de la muerte;
Se vislumbra en el limo que su pie rudo huella
La rosa del laurel y el lirio de la estrella;
Se adivina, en el gesto torvo de su infortunio,
La eternidad del bronce y el claro plenilunio
De los mármoles... Tiñe de incendios su derrota.
Se arrastra hacia Occidente, mas su espíritu flota
Vuelto al sol del terruño; y en su inefable anhelo
Filial, para éste tiene adioses de pañuelo
Y de lágrimas...

Oh, la triste caravana
Que marcha paso a paso por la ruta serrana,
Con su fardo de glorias conquistadas ayer!
Enmudece Calíope; la voz de una campana
Pone bruma y misterio sobre ese atardecer...

De nuevo el pueblo en marcha. El Exodo culmina;
La patria es un desierto, una cruz y una ruina.
Sobre la tierra grata que el sol de enero dora;
Sobre la serranía que humedece la aurora;
En el valle florido donde la hacienda gorda
Anticipara dones, una miseria sorda
Impera... Ya no se oyen las trovas campesinas
Que mojaban de lágrimas el tramonto en ruinas;
Ya no tiembla en el aire azul del mediodía
La charla pintoresca de la paisanería;
Ni el humo familiar de los ranchos rebosa
Dando seguridades de existencia dichosa;
Ya no se ven las indias en labores caseras,
A las indias de senos duros y de caderas
Amplias, madres robustas que daban diez infantes
En diez años...

El genio de la Patria, que en antes
Deparara riquezas, bienestar, alegrías
De corazón, ha tiempo dejó estas serranías
Y estos valles, acaso para seguir la suerte
De su pueblo en derrota y en victoria...

La inerte
Emoción de los campos, en la hora que pasa,
Cobra desolaciones de solariega casa
Abandonada y lóbrega al borde de un camino,
Abandonado y lóbrego, con su estanque y su pino
Y su escudo de piedra desdibujado. Sobre
Esa desolación pone un lampo de cobre

Un sol frío de otoño, que tiembla mansamente
A flor del agua en éxtasis... Oh, la casa yacente!
El hogar apagado, donde en tranquilo antaño
Viviera la familia su buen fuego y buen año...
Así la patria huérfana, abandonada y pobre,
Humedece silencios con su llanto salobre,
Y sueña en el calor de las horas distantes...

A veces, en las noches, se oyen ecos errantes...
Quién va? Sombras remotas, hijos, padres, abuelos?
Es la brisa que gruñe? Es la fiera que ronda?
O es la luna redonda,
Que arrastra, paso a paso, su inquietud por los cielos?

¡Oh, no! Es alma de Patria, es suspiro, elegía,
Ese rumor que nace al oriente del día,
Ese rumor de paso vacilante que puebla
La noche solitaria de su aguda tiniebla.
Porque la patria guarda, en su espíritu ileso,
El recuerdo inmanente de la Gloria y el beso
Filial, como un perfume invicto, cada una
De sus quejas recuerda un laurel y una cuna...

Noches interminables de soledad y espanto,
Por vosotras Calíope rima el alma en un canto;
Por vosotras Calíope en lágrimas otoña...
Silencia el bronce heroico y gime la zampoña.

EL DESTIERRO

La columna detiene su marcha de tres meses
Bajo un cielo extranjero. De todos los reveses
Del destino, de todos sus rigores y males,
Que llenaron de angustia los pechos orientales,
Sólo resta un recuerdo que el tiempo con su niebla
Podrá borrar... Mas late una enorme tiniebla
En el alma sencilla de ese pueblo mendigo

Que bajo un sol extraño ha sembrado su trigo.
La tierra generosa que le brinda hospedaje
Le recuerda la patria ausente, en el paisaje,
Monte y riacho, en el valle, en la sierra, en el cielo
Y en la noche estrellada... Y un inefable anhelo,
Y un soñar cosas tiernas, pone en sus ojos vagos
Una desolación de noches y de estragos...

Vela sobre ese pueblo Artigas, cuya testa
Coronan prematuras nieves; alma de gesta:
Fuertes brazo y cerebro, y corazón despierto;
Tiene intuiciones próceres. Oh, la patria no ha muerto;
Alienta en él... Muy pronto resurgirá. El milagro
Está en germen...

Medita el Patriarca en el agro
Feraz. Parece siempre preocupado; camina
Como una sombra; a veces sobre el surco se inclina...
El interroga al joven lo mismo que al anciano;
Para cada dolor tiene un óleo; su mano
Siempre cordial reparte efusiones amigas;
Y sus palabras tienen dulzura de cantigas;
Casi no duerme... Bajo el lienzo de su tienda
De campaña, en la noche escribe o piensa. Ofrenda
Por igual a su patria, su sangre y su reposo;
Y tiene para ella expansiones de esposo
Y de padre. Figura de ejemplo, su figura
Mental sobre la aurora de su tiempo fulgura,
Se adelanta a la época y exige un escenario
Más vasto. Como Cristo, él tendrá su Calvario
Y su Judas; después póstumas apoteosis
A pesar de la furia de todas las neurosis
Del odio...

Apolo rige su celeste cuadriga
De voladores potros, sobre el campo en fatiga
Que asegura un buen año de gordura; la siembra
Se alumbra con latidos generosos de hembra;

En el hato disperso que la distancia integra,
Pone la nube errante fugas de seda negra;
Y las hoces proficuas, con unánimes lampos,
Flechan de abejas de oro la emoción de los campos...
Pero no obstante toda la riqueza adyacente
Pesa sobre las vértebras en ese pueblo doliente
Una inmensa quimera de nostalgias y asombros,
Que aplasta por igual almas, frentes y hombros...

INTERMEDIO HEROICO

Orientales, vuestro apóstol, vuestro santo y profeta
Ha tornado a la tierra natal;
Y erguido sobre el pedestal de su Meseta,
Su magnífica y prócer silueta
Tiene un prestigio patriarcal y cordial.

Orientales, de vuelta de su torvo destierro,
Está vuestro abuelo de espíritu de hierro
Y de carne de hierro, con
Sus cabellos blancos y con su alma de santo
Y su gran corazón,
Y su mirar celeste enturbiado de llanto,
Que vió las horas rojas de la emancipación.

Orientales, tenéis a vuestro Capitán—gran espada de Mayo—
Cuyo fornido brazo
Fué fusta, lanza y rayo
Que detuvo al Ibero allende el Pilcomayo
Y unió tres patrias ínclitas en un cordial abrazo.

Orientales, de nuevo tenéis Patria, de nuevo
Tenéis Héroe... La Hora
Es augural... Desbócase el carro de la aurora;
Late briosa la savia en el renuevo;
Y la espiga su gluten elabora...

Orientales, tenéis a Temis y a Palas
En vuestra Purificación;
Tenéis músculo y alas;
Tenéis cerebro y corazón...

Orientales, el porvenir es de vosotros,
No obstante las maquiñaciones
De la intriga,
Pues que tenéis en flor los corazones
Y tenéis brazos y no os faltan potros
Y tenéis a la Muerte por amiga!

Orientales, germina
El claro día en vuestro surco eterno,
La vigorosa encina
Dará abundante leña en el próximo invierno.

Orientales, Artigas ya sonó su olifanta,
Abandonen su inercia pampas y litorales
Y el horizonte se agiganta...
Vuestro cielo de Grecia exige bronces, mármoles y laureles
[triunfales.

Orientales, República y Federación,
Tal dice en su heráldica colombiana,
Vuestro pabellón,
Que duplica el color de la mañana.

Orientales, "la suerte
Está echada". Se advierte
Un destructor anhelo...
La Cruz del Sur culmina en vuestro cielo
Como una aciaga presunción de muerte...

EL OCASO DE LOS CENTAUROS

Y vino la invasión con su rodar de trueno:
Doce mil veteranos en marcial desenfreno,
Halcones del estrago,
Inevitables como la diestra de Santiago...

Las furias afilaron sus garfios y la entraña
Palpitante de América se desgarró. La huraña
Prole del bosque, aquel indiaje misionero
De músculo de cobre y corazón de acero;
El gaucho montaraz, cuyo libre albedrío
No concede rompeolas a su empuje bravío;
El hombre de los campos que de Ceres ordeña
La prodigiosa ubre y su Noviembre sueña;
El añoso patricio que en la perdida aldea
Revive en el recuerdo la gloriosa odisea;
El guayaquí, retoño de una raza que exila;
Y el etíope de nostálgica pupila
Que extraña su sol tórrido y su playa sonora
Y su choza de paja; todo lo que en la hora
Alienta con espíritu en las Misiones y en
El Uruguay, enfrena el marcial palafrén,
Esgrime lanza, o sable, o mosquete, y se incrusta
Cual anillo de hierro en la falange augusta...

Oh, magnífico pueblo que un designio cruel
Desvía de la recta fecunda de su riel
Laborioso. Oh magnífico pueblo cuya alma enhiesta
Dió a la América en germen un laurel y una Gesta;
Oh soberbio ejemplar de leyenda, la espada
Que ha de herirte, en la noche siniestra fué fraguada!

Y vino la invasión, con su rodar de trueno
Doce mil veteranos en marcial desenfreno,
Halcones del estrago,
Inevitables como la diestra de Santiago.

Y vino la invasión.
Sangre y fuego... Inútil valentía
La de los magníficos gauchos que en pelotón
Opusieron sus pechos a la mosquetería
Portuguesa,
Que viera entre los cuadros imperiales
Volar, a pleno sol, al águila francesa.

LA GEÓRGICA

Libre de afanes guerreros Artigas,
Con sol y músculo su existencia amasa.
No le amilanan ásperas fatigas
Y el pan moreno desborda en su casa,

Rústica y sola, perdida en la recia
Red de los bosques centenarios, que arde
Con fuego intenso si el invierno arrecia
O se hunde en sombras el sol de la tarde.

Vive su vida de amor y destierro;
Vive su vida de nostalgias fieras;
Lejos está la epopeya de hierro,
En arrebato de hordas y banderas.

Paño de lágrimas de todo el contorno,
Con mano pródiga su trigo derrama,
Es de los pobres la brasa de su horno,
Es de los pobres su mesa y su cama.

Vive su geórgica anciano de roble,
Labra la tierra con brazo robusto,
Y cada día que pasa es más noble,
Más apolíneo, más grande y más justo.

LA MUERTE DEL HÉROE

Sobre la frente del prócer un día
Puso la muerte su pálida aureola,
Sobre la frente del prócer un día.

Murió de pie, laborando la tierra,
Casi desnudo su busto de bronce,
Murió de pie, laborando la tierra.

Sólo los pobres rodearon su féretro
Cuando la azada tonó la palabra,
Sólo los pobres rodearon su féretro.

Vanos discursos, dolor de etiqueta,
No perturbaron el sueño del Héroe,
Vanos discursos, dolor de etiqueta.

Rústica página cerró la epopeya...
Fué innecesaria la frase retórica...
Rústica página cerró la epopeya...

Sencillamente
Cubrió la losa sus cansados huesos...
Sencillamente, dolorosamente,

La noche culminó sobre su sueño...

APOTEOSIS

Haga perpetua el bronce la olímpica carne del Héroe,
Que en geórgicas ubérrimas vió apagarse la luz de su vida.

Que en simulacros magnos, palmas y mármoles digan
Cómo fué la epopeya de su vida de sangre y de luz.

Que unánimes liras se acuerden bajo los pórticos para
Celebrar del Apóstol los magníficos hechos;

Y que del labio trémulo de Clío recojan
La narración verídica que han de fijar en los ritmos.

Que manos piadosas laboren los huertos opimos
Para llenar de rosas el panteón del Patriarca.

Que no se apague nunca la tea gloriosa
Que el Protector de los Pueblos en hora lejana encendió.

Que sepan las generaciones actuales, que sepan
Los hombres del mañana, inspirarse en su ejemplo inefable.

Prolongando su vida fecunda más allá de los tiempos...

El bronce no basta, el mármol no basta, es preciso
Reencarnar ese espíritu, darle sangre perenne;

La rueda del tiempo gira sobre todas las épocas,
Y la línea y el gesto enmudecen cubiertos de polvo...

PABLO DE GRECIA.

JACINTO BENAVENTE

Alocución pronunciada en el Xantar que la Casa de Galicia de Montevideo ofreció a don Jacinto Benavente.

Maestro: lo sabéis ya. Son vuestros connacionales quienes me han impuesto la tarea de saludaros, ya que no la de hacer vuestro panegírico.

Que no lo ha menester quien, como vos, ha recibido el magno elogio en la vibración de todos los corazones, en el ensueño de todas las almas, asomadas a las torres de la ilusión para veros pasar por el sendero que conduce a la ciudad luminosa.

Vuestra presencia aquí se me ocurre inverosímil, en fuerza de ser augusta. Porque tengo para mí que vuestros propios contemporáneos, no obstante haberos ensalzado con unanimidad entusiasta, no han valorado todavía en su plenitud el portento inmortal de vuestra obra perenne. Pero, no temáis. No es mi ánimo el rendiros tributo de admiración ostentando un análisis especioso de vuestras obras. Siendo muy parca, mi discreción creerá ser digna de vuestra nombradía. Sólo os diré que con todas las gentes hispanas, me congratulo al veros, revestido de la suprema credencial y del título máximo (embajador del genio español, monarca de incomparable señorío), cruzar selvas y ríos, recibiendo la adhesión y el aplauso, tanto en las nuevas ciudades como en los solares viejos, y comprobando que no existe una sola alma castellana que no os reverencie como a una alta encar-

nación de la raza, como a una viviente expresión de su gloria!

Fuera de vuestra significación en los dominios de la técnica, se agrega a vuestra personalidad un significado histórico que vos mismo no alcanzaréis quizá a valorar cabalmente. Misión es la vuestra que se cifra en reivindicar y renovar los prestigios del idioma castellano, en el campo de América, donde bregan todas las tendencias, donde se disputan todos los valores en una afanosa porfía. Mostráis a estos pueblos, ante cuya juventud ardorosa exhiben todas las naciones del orbe, sus cualidades y excelencias, cómo puede la lengua castellana evocar las más sutiles inquietudes contemporáneas con el más donoso de los decires; recordáis que ella sirvió para suspirar las más suaves serranas de Finojosa y para secretear los más pícaros donaires del Arcipreste; y que su metal sonoro, fué digno de acompasar las hazañas de Cortés y de Pizarro, y aún la insaciada sed de aventuras de aquel Ponce de León, de corazón tumultuoso, que al arribar a las playas blancas de la Florida frente al violeta mar Caribe, decía de hinojos: "Gracias os sean dadas, Dios mío, que al fin he visto algo nuevo..."

Esas cualidades viriles las conserva el idioma a través de vuestra obra. Arma de combate, ágil y templada, le transformáis cuando os place en túnica que exorna la verdad, marcando su línea, lejos de ocultarla. He aquí por qué cuando fustigáis reveses de nuestros tiempos, vuestra prosa es solemne como en Calderón; cuando retratáis salones de elegancia, nuestras mujeres tienen la airosa ligereza que suele campear en Tirso. Y os comparara a Lope por la fecundidad, si no fuera que más similitud os hallo en ocasiones con Quevedo, risueño y profundo, o con Góngora, de quien tenéis el primor sin el conceptis-

mo, o con Larra, cuyo gracejo mal disfraza el fundamental romanticismo melancólico.

Sois, pues, sintético, porque sois erudito sin parecerlo. Vuestra originalidad nada ha sufrido con el cuotidiano paseo que os brindáis por los vastos jardines de Castilla. De ahí que vuestra obra, sin dejar de ser superiormente vuestra, sea ante todo netamente española.

Española, sí, enriqueciendo al tiempo mismo a la literatura universal con un nuevo e inmortal binomio. Ya eran definitivos Quijote y Sancho, en Cervantes; Ariel y Calibán en Shakespeare; hoy lo son Leandro y Crispín, en Benavente.

Es la humanidad misma esa yuxtaposición de los contrarios, esa coexistencia del ángel y de la bestia, símbolo inmortal de la condición de nuestro linaje, donde ni el ángel es tan puro que merezca la incondicional reverencia ni el demonio es tan protervo que deje de suscitar un atisbo de simpatía.

Diréis que todo esto, señores, es viejo como el dolor del mundo. Mas en nuestro huésped de hoy todo ello está modernizado, agilizado, puesto a tono de nuestro sentir, actualizado si se me permite el vocablo, por esa ironía benaventina, donde, sin mengua de la claridad, hay siempre un poco de fastidio y un mucho de amor...

En la cabeza de este hombre, el óvalo fundamental se afina en una barba aguda, que recuerda una flecha, lista para herir la injusticia. De ello proviene que se haya visto en su expresión fisonómica, ayudada de dos ojos sagaces, la máscara del Doctor Sutil, divino Mefisto.

Ah! si el Mefisto del poema de Goethe es capaz de transformar en fuego el rudo licor de Auerbach, con cuánta más razón a este Mefisto, cuya presencia es inverosímil como la de su Dios, le será dado el poder de trocar el vino de este banquete en fuego de pa-

sión y en alma de entusiasmo por la Belleza y el Bien!

España atesora, desde los sensuales tiempos de la morería, una ciudad que adoro.

El valle que se ahueca como una copa; el anfiteatro de sierras, donde en la cumbre, la Nevada merece su nombre; el Darro y el Genil, que arrastran arenas de oro.

Dejad la trivial ciudad moderna; volved los ojos al abigarrado Albaicín: casas sórdidas, miseria entre los patios, donde se ensucian de modernidad las abandonadas fuentes de mármol. Ascended la cuesta por el sendero blanco. Y serán hayas y robledales, sombra suave, torrentes frescos, ruiseñores ocultos y armoniosos; y en la cumbre el alcázar real, solemne y misterioso, y el mirador de Lindaraja, perfumado de todas las esencias florales, viviente todavía de una ardiente intriga de amor.

Así la ciudad que habéis creado como un nuevo demiurgo. En el bajo fondo la miseria, la mentira rampante, el sórdido interés, el prejuicio, las negras tempestades del alma. Mas a medida que se asciende en vuestro pensamiento, se escucha el trino de vuestro lírico ruiseñor y el lamento de vuestra fuente inspirada en la inquietud del bosque primaverado. Y en vuestra cumbre de rey, hay un alcázar solar. Y en el mirador de vuestra montaña, todo perfumado de clavel y todo constelado de estrellas, dos amantes se besan bajo la gloria de la noche estival.

JUAN ANTONIO BUERO.

«EL HERMANO ASNO»

Otra admirable novela de Barrios

Mario—trocado en Fray Lázaro—al cumplir el séptimo año de su enclaustramiento voluntario en el Convento Máximo de la Orden de San Francisco, inicia el diario de su vida, escribiendo por escribir, de modo que la disciplina de la forma ordenará muchas veces sus pensamientos confundidos...

Un cruel desengaño amoroso lo enderezó hacia el claustro, como hacia un rincón de paz, en procura de quietud para su alma enloquecida por el inesperado fracaso sentimental.

Pasan los días en la sonora soledad del convento, dejando el encanto de las horas crepusculares, con el vuelo de los pájaros, la voz de las campanas y el rumor de la ciudad circundante.

Cruzan por los corredores—que enjoya el sol o platea la luna—Fray Luis, que "tiene manos de señor obispo, hechas para poner una interrupción de marfil en el oro del báculo"; Fray Elías, "fraile sin ensueños, sin pasado, sin escrúpulos", que dice: "... se sirve a Dios con sencillez, con alegría, con fuerza, como un hombre"; el hermano Juan, con "un alma de cacerola blanca"; Fray Jacobo, con sus ochenta y cinco años, "casi chocho, de una chochez gruñona que por todo se impacienta"; Fray Pedro, el Sacristán Mayor, a quien la voz, cuando lee, se le apaga de sueño, "flaco y largo, con el sayal demasiado corto y el cerquillo

recortado muy en lo alto de la cabeza''; el viejecito Fray Bernardo, que ''siente hacia los hombres un amor casi maternal''; el Padre Procurador, ''repantigado dentro de sus hábitos abundantes, bajo los cuales se le ocultan los pies''; el hermano guarda-despensa, ''cuya cabeza sale hacia adelante y cuya nariz gorda y formidable avanza erguida como un puño que amenaza''; y también el hermano cocinero, ''el de la carota fofa sentada encima del enorme tronco y en la que los párpados son dos bolsitas que se entreabren apenas''...

En medio a este desfilar pausado de frailes y donados, Fray Lázaro y Fray Rufino, polarizan la atención.

Fray Lázaro vive en anhelo de beatitud; pero, el olor ácido de las cosas del mundo llena, de vez en vez, su pequeña celda y experimenta entonces la urgencia de vagar por el huerto, pleno de soledad, peinado por la brisa y rumoreado por los pájaros.

El convento tiene muros que lo separan del mundo bullicioso, sin aislarlo. Un día, en la baranda de una casa vecina, surge una joven cuyo parecido con la Adorada inolvidable lo estremeció en la iglesia con la diabólica tentación de una mirada curiosa. Es María Mercedes, no vista más que fugazmente, hace años, la hermana de Gracia—su antigua novia—que lo llama por cima de la tapia, juvenilmente tentadora en la gloria de sus diez y nueve mayos floridos. Fray Lázaro no puede huir, aprisionado por esta voz del mundo, que quiere olvidar''. Y ya cerca del muro se descubren.

Evocan lo pasado. ''¡Pobre Mario! ¡pobre Gracia! La pobre no ha hecho su felicidad con el matrimonio. Ahora le pesa su conducta con usted. Cuando nos mudamos, el mes pasado, y caí en la cuenta de que frecuentaría la iglesia de ustedes, tuve cierta alegría. Veré a Mario, pensé''.

Siguen reviviendo los días muertos. La niña de en-

tonces es ahora una señorita y con su charla descosida los hechos revividos clavan sus espinas en el corazón del desolado amador, que anhela olvidar...

El son de la campana pone término a la entrevista y comienza, desde aquel minuto, a acrecentarse el dormido dolor en el alma del fraile sin fortuna. A partir de aquí, Fray Lázaro siente el rigor de todas las torturas y se abisma en todas las desolaciones. Lo va enviciando el goce de disolverse entre las sensaciones apacibles y también el aislamiento. Poco a poco, detrás del cerco que puso a su pasado, asoma el Mario mundano; pero, no bien la tentación surge, el latigazo de su voluntad le llama a la realidad de su suerte haciéndole amar lo aspérrimo de su sayal. Y eso que un día, pesaroso, entregado, exclama: "... yo quisiera estar hoy desnudo bajo el sol, vestido sólo de juventud... vestido de mucha juventud!" Tortura su cuerpo, amarga su vida para desviarse del mal camino que lo atrae y cuando ya está casi en el canto del abismo, se cruza en su senda la silueta angulosa de Fray Rufino...

Fray Rufino es el fraile milagroso del claustro, que ama a las polillas, ladra por el perro enfermo, cura el asno de las limosnas, da la vista a los ciegos, realiza el imposible de que gatos y ratones coman juntos en la misma escudilla y deja a su paso, con su olor acre a cuerpo intacto, el perfume de su santidad. Es el santo de las leyendas que se cilicia hasta sangrar, carga con una cruz a cuestas, fraterniza con los tiñosos y se pone guijarros en las sandalias para sufrir el dolor de los pies agujereados del Divino Salvador... Con todo, es el hombre cuya bondad está a menudo en pugna con los intereses de la Orden, por lo cual recibe angustiantes reprimendas. Frente al coro unánime de alabanzas que despierta, avergonzado del orgullo ingenuo que tales hechos le sugieren, celoso de alcanzar la humillación, recuerda la parábola de la perfecta alegría: "Y

cuando encolerizados nos rechacen como a bribones, con injurias y golpes, y nos hayan apaleado y revolcado en la nieve, y nosotros lo hayamos sufrido con júbilo y buen amor, entonces, dí que aquí, en esto, reside la perfecta alegría". Y como lo acosan penas sucias, "bajezas del "hermano asno"—que así llamó San Francisco al cuerpo—una mañana en que llega al locutorio María Mercedes para hablar con Fray Lázaro, cae sobre ella, con intención de hacerla suya.

—"¿Qué es esto? ¡Qué ha hecho usted!

—"Sí... Grite. ¡Grite!—dice, más bien exhala, sin voz, semejante a un fuelle roto.—¡Llame! A mí me faltan las fuerzas... ¡Ya pueden escupirme! Pregónelo...! Yo, el "hermano asno"... Yo, el inmundo, que personifica la lujuria... ¡Que todos lo sepan! El "hermano asno", yo, he pretendido violarla..."

La debilidad extrema, la lucha con Mario, el horror de sentirse descubierto, le producen la muerte momentos después, rodeado de todos los frailes, mientras la hermandad le inciensa con sus preces y las palomas vuelan de la torre al toque sollozante de las campanas...

Y aquí surge de nuevo Fray Lázaro, hace al Padre Provincial confesión plenaria de lo sucedido. La señora Justina—madre de María Mercedes—a quien ésta, despavorida, contara el repugnante episodio, quiere pregonar el gran escándalo; pero... "por el prestigio de ese santo, que precisa conservar" y en defensa de la Orden, Fray Lázaro sustituirá a Fray Rufino en la grave culpa, y partirá para lejanas tierras, donde la murmuración sobresaltada no enturbie los claros brillos de la congregación...

Tal es, escuetamente sintetizada, la acción que da motivo a "El hermano asno", la reciente obra del admirable escritor Eduardo Barrios.

Equidistante de "El niño que enloqueció de amor" y de "Un perdido", la nueva producción del gran escritor chileno acusa la misma manera magistral de dar cima al intento literario. Sólo una superioridad le reconocemos, en la igualdad del aspecto común: un maravilloso estilo, diáfano, fluido, sintético, preciso.

Tal vez la clasificación escueta de "novela" no sea exacta, a pesar de la fábula finamente desarrollada, del interés permanente y de la trama psicológica trabajada con perfección artística. Por la belleza de los conceptos y por la fluyente poesía de las descripciones, podría ser un poema en prosa. Más exacto sería definirla: "novela-poema". La definición no hace al caso. Estamos en presencia de una obra admirable en que fondo y forma se han fusionado en una unidad positivamente clásica.

Sin caer en los dogmatismos estirados y teorizantes, Barrios ha cantado el sacrificio incruento pero extraordinario de Fray Lázaro. La carne aparentemente vencedora en el gesto cabrío de Fray Rufino, empaña el cristal puro de su vida. Triunfa, con los intereses menguados del Padre Provincial, la mentira de la santidad. Y así Mario, en la hora suprema, sabe ascender sobre las miserias terrenas y sacrificarse con gesto humilde de verdadero héroe.

La vida del claustro muestra, en la interpretación poemática que le concedemos, la importancia del espejo paseado sobre las calles del mundo. Orgullos, falsedades, intrigas, intereses, miserias y bajezas, y también—¿por qué no?—bondades silenciosas, alientan bajo los burdos sayales, como bajo los trajes mundanos.

También aquí, como en la vida, los intereses de la comunidad pueden estar en pugna con las necesidades de los pobres y, paredes adentro, se impone contemplar a aquéllos y despreciar a éstas, cuando entre ambos toca decidirse. Siempre la solución exige el extremo

injusto y no la combinación armoniosa, con sacrificio ínfimo de la total pretensión.

Dijimos que el estilo de "El hermano asno" es de una perfección extraordinaria y vale la pena explicarnos. Barrios no es un academizante y escribe, sin duda, como pide d'Ors, pronto a prohijar el neologismo, sin temer su intromisión cuando define mejor un concepto o enriquece el sentido de la descripción con una relación nueva e insospechada. El párrafo alienta por su misma emoción y no por los puntales de las vértebras gramaticales. De aquí que sus páginas vivan enteras, en la totalidad de sus pensamientos, en la masa global de sus expresiones y no en el corte aislado del párrafo huérfano. Es un estilo inquieto, lleno de sugerencias. Y de tal modo ha sido sutilizada—sin artificios—la narración en términos exactos, que "vemos" sin que se nos detalle más que lo esencial. Admírese esta descripción en que no faltan las líneas necesarias e indispensables para el cuadro completo:

"Luego percibí el quejido del antiguo portón que da a la calle y distinguí al hermano Juan abriéndolo. Era para llevarse a La Granja el borriquillo.

"Al fondo extremo del sitio, montado en una mula blanca, un lego tiraba el asno del ronzal. Seguíales un perro negro que tampoco nos pertenece.

"Pasaron cerca de mí. Aún me parece verlos... Pica el lego los ijares a su bestia, con el talón de la sandalia; el grueso pulgar de su pie levántase crispado, mientras los dedos pequeños se prenden al canto de la suela; y los codos, en afanoso aleteo, quieren impulsar al animal lerdo y testarudo. A la zaga trota el perro, lacias las orejas, en arco el rabo, y acesando, con la lengua fuera, colgante y goteante como una pulpa que sangra.

"Pronto los tuve otra vez lejos. Sobre la tierra parda lucía el color de la mula blanca, el sayal castaño y

el perro negro; borrábase el pollino ceniciento, y tres nubes de polvo iban estelando el aire".

No debe buscarse en la maravilla que es el estilo de Barrios, la robusta amplitud musical de Rodó, ni la elegancia verbal de Enrique Larreta, ni el armonioso cosmopolitismo de Rubén Darío, sin que desmerezca en el cotejo, ni deje de tener los caracteres esenciales de éstos. Hay en las páginas de "El hermano asno" aquella sonoridad que es "toda la orquesta" y que, para Guyau, constituía la perfección ideal de un estilo. Y lo sorprendente es que esta prosa magnífica, fruto de una decantación prolija y de una rara selección, no nos da la idea de tal labor de benedictino, sino que nos asombra por su frescura y por su espontaneidad.

La novela en América, y hecha excepción de "La gloria de don Ramiro", y en otro plano, no cuenta con una obra de estilo superior a "El hermano asno". Valoramos lo que significa formular tal afirmación y, sabiéndolo, insistimos en ella, seguros de no equivocarnos.

Es interesante observar cómo en las obras de Barrios la voluntad se desvincula de la vocación para vivir en el aislamiento o para desviarse de la ruta que le impone la existencia.

"El niño que enloqueció de amor". agobiado de pasión, quiere y no puede. Lo traiciona su falta de voluntad. Lo anula su temor de romper el cristal de su esperanza y prefiere engañarse con pueriles conquistas, hasta que lo hunde en la locura la brutal verdad de lo innegable.

"Un perdido" se introspecciona y se analiza fríamente. Adivina su derrumbe y no opone a su inminencia ningún obstáculo. Fatalmente cae vencido por la acción corrosiva de taras sentimentales, superiores a sus anhelos de rehabilitación. Se siente indefenso an-

te la vida y decide cruzarse de brazos, sordo a toda posibilidad de mejoramiento.

En "El hermano asno" se bifurcan dos modalidades, igualmente atrayentes: Fray Rufino que, en trance de santidad, orilla de intento el pecado sin rodar a su abismo sin fondo; y Fray Lázaro que, falto de resolución afirmativa, guarda pronta la voluntad vocacional para aprovecharla en el primer y tal vez único instante posible.

Rodó, con esa perspicacia insuperable que lo condujo a labrar los inmortales ensayos de "Motivos de Proteo", presintió la posibilidad de estos hombres y así pudo afirmar: "Para la posteridad que ve completa la vida de los que aspiran a durar en su memoria, la perseverancia del que se engaña al tomar camino y avanzó, hasta caer, por uno que no le estaba destinado, sólo será objeto de fugaz compasión (o de dolorido respeto, cuando heroica); pero serán sublime prólogo de una vida en que la gloria fué difícil y amorosa cosecha, los comienzos de desvalida fe, cuya confianza inquebrantable no se apoyaba en la promesa real, en la objetiva demostración de la aptitud".

Como en sus anteriores novelas, Barrios perfecciona aún más el don de psicólogo con que construyera el alma enfermiza de "El niño que enloqueció de amor" y la voluntad claudicante de "Un perdido"; y tal como de éste fluía una mansa deducción optimista, surge de "El hermano asno" la miseranda condición humana.

Realidad y poesía fraternizan en las páginas del libro nuevo: realidad, a ratos de una áspera crudeza; poesía que, en ocasiones, se pierde entre las ondulaciones de una prosa límpida.

Insiste Barrios, nuevamente, en salvar las sirtes del crudo realismo, que ha puesto su lepra en la carne joven de las obras contemporáneas, y este detalle suge-

rente es un síntoma revelador de su alta probidad de escritor que no precisa caer en los fáciles recursos para alcanzar las cimas solitarias.

Esa preciosa trilogía formada por "El niño que enloqueció de amor", "Un perdido" y "El hermano asno", parece la historia de un mismo ser predestinado al dolor, que, tras una infancia enfermiza y una juventud vencida, se yergue en el sacrificio estéril de un renunciamiento al llamado poderoso del amor y de la vida.

José Pereira Rodríguez.

NUESTROS ARTISTAS

Rafael Barradas

Una de las más grandes alegrías de mi viaje. Julio Casal que consulea por La Coruña, enfermo siempre de versos, me escribió: — "¿No has visto a Barradas en Madrid?: pues calle tantos números tantos." Y un coche, una escalera, un segundo izquierda y caigo en los brazos de Barradas, después de nueve, o diez, u once, no sé cuántos, años de no verlo. Y está igual físicamente a como era cuando callejeaba por Montevideo. Delgado, pálido, ocultando su mirada un poco vaga tras el escudo de los lentes. Caigo en su casa como un aerolito no anunciado por los astrónomos. Todo el pequeño oasis de allá arriba se llena con emanaciones de la patria lejana y por la cual se suspira a pesar de todas las ingratitudes que allá quedaron. Los ojos de Barradas se humedecen.—Che, ¿y aquello?, ¿y aquello otro?, ¿y lo de más allá?—¿Cómo está Fulano? — Y algunos recuerdos paralizan las palabras impacientes en los labios: ¡pobre Herrerita!, ¡pobre Delmira!, ¡pobre Lasso de la Vega! Unas cuantas sombras amigas nos flanquean poniendo un poco de angustia en el corazón. Cuando él concluye de preguntar, pregunto yo. Irse de Montevideo es, casi, morirse para los que quedamos. Aquí se ignora que Barradas es uno de los pintores más estimados en Madrid, y nadie conoce su dolorosa odisea. Se fué al

viejo mundo en la tercera de un paquete francés, junto con el tenor Médici. Uno con su lápiz y el otro con su voz conquistaron muy pronto a la oficialidad y al comandante. Eso les hizo más grata la travesía. Llegó a Marsella, ambuló por Francia y llegó por fin a Barcelona: gran ciudad abierta a todas las audacias del pensamiento, me dice. Allí sufrió mucho, sí, pero tuvo también grandes satisfacciones. Y encontró inmediatamente un medio propicio a su temperamento. Barradas nunca comulgó con el arte pictórico normal. ¿Quién no recuerda sus primeros dibujos y pinturas expuestos en Montevideo? Sus caricaturas parecían incompletas; se permitía dibujar un perfil, por ejemplo, olvidándose de la nariz. Sus cuadros lo mismo: siempre parecían a medio hacer. Es que su idiosincrasia artística protestaba ya instintivamente contra lo que lo rodeaba, sin saber él mismo hacia dónde lo conducía el impulso interior. Y no podía acomodarse con el clásico modo de interpretar la pintura, clásico hasta en el impresionismo que en nuestro país recién se introducía y que es viejo ya de mil años...

En Barcelona padeció de esa enfermedad fatal de los artistas que comienzan: el hambre. Pero luchó incansablemente. No predicó a fuerza de palabras, sino de obras. Hizo exposiciones que despertaron tempestades. Dirigió revistas efímeras y gloriosas, de esas que nunca llegan al segundo número. Bohemio, viajó por esa España, tan interesante y evocadora. Se fué a Zaragoza a luchar por su ideal y allí... se casó. Vino a Madrid después, en donde reside desde hace años, rodeado por tres suaves cariños femeninos que le hacen amable la vida: la madre, la esposa, la hermana. También su hermano Arturo, poeta ultraísta. Y ha triunfado ampliamente. La crítica y el público que no lo aceptan, lo respetan. Ya nadie ríe de sus extrañas telas cubistas, que al principio provocaban

CATALINA BÁRCENA

por Rafael Barradas

general hilaridad. Tiene muchos amigos y prestigiosos sostenedores. Con Martínez Sierra, colabora en la ilustración de los libros de la biblioteca "Estrella" y en las decoraciones del teatro Eslava, en donde realiza maravillas. De todas partes lo solicitan y le pagan bien, lo cual le permite dedicarse por entero a su arte, que lo posee por entero. En estos momentos expone en Barcelona una porción de telas. El año que viene será París quien lo admire. Y en 1925 lo tendremos entre nosotros, y todos podrán ver su obra, desde que traerá sus cuadros.—"Quiero que me conozcan allá, me dice, en la fecha de nuestro centenario." Montevideo conocerá, pues, para entonces, la obra de este bohemio de tanto talento, que se ha embarcado en las más nuevas y arraigadas tendencias pictóricas. Hasta entonces, señores, para escandalizarse.

En arte, como en todo, lo que me ha parecido siempre más respetable, ha sido la inquietud. Nunca olvidaré a Barret: "Sólo lo viejo es lo feo; vengan los monstruos si son jóvenes." La nueva palpitación es lo único que tiene vida. Sin participar en un todo con sus ideales, creo que el futurismo en el arte,—y contando en esa denominación a todas las actuales escuelas renovadoras,—es hoy en día la única esperanza que nos queda a los que creemos que la obra artística consiste en algo más que en imitar más o menos disimuladamente lo que han hecho los maestros, desde los griegos hasta los contemporáneos. También es el arte una resultancia del momento histórico. Todo el estado social colabora en la obra del artista, arando bien hondo en su obra, con su sello original. Por eso en esta nuestra época afiebrada y violenta, llena de brío y de pasión, estremecida por choques formida-

CAFÉ DE OBREROS EN BARCELONA

por Rafael Barradas

bles, pasmada por inventos fantásticos, no se puede aceptar sino como una pálida prolongación de otras épocas el arte que nos llega ya hecho, enmarcado en límites rígidos, de los que la vida se burla constantemente. Una nueva mentalidad se incuba, una mentalidad siglo XX, distinta del clasicismo y del romanticismo, del decadentismo y del realismo. La vida es otra ya, y la mayoría de los artistas se empeñan en verla como fué, preocupados con preocupaciones extintas, atraídos por conceptos de belleza que enterró el tiempo en profunda fosa. Verdaderamente, si no somos capaces de grabar en el muro de los siglos nuestra señal indeleble e inconfundible, no habremos merecido nacer.

Rafael Barradas salió de un país como el nuestro, en donde se aman las oleografías, para llegar a España, que tiene un formidable pasado pictórico, y un presente ilustre. Y allí mismo, en ese ambiente educado por la contemplación de los grandes maestros de antes y de ahora, comenzó su obra anarquista, recogiendo, como es natural, su primera y abundante cosecha de burlas y denuestos. Es que las pupilas están hechas a lo común, a lo familiar, a los espectáculos de todos los días. Barradas quería pintar estados de alma cuando hasta ahora sólo se habían copiado epidermis. ¿Quiérese mayor audacia?

—Hasta hace muy poco tiempo,—díceme,—los pintores sólo han tratado de representar las cosas en tres dimensiones. Nosotros no queremos representar sino "presentar", y en sus cuatro dimensiones por lo tanto.

Y después:

—La superficie de las cosas en sí no tiene ningún valor para nosotros. Abominamos esas composiciones artificiosas, pedantescas, ridículas, que pretenden ser arte pictórico y que no son otra cosa que pura litera-

tura. Tenemos que librar a la pintura del elemento literario que desde hace tanto tiempo la desvía y la anula. Es un error suponer que los motivos inspiradores están fuera de nosotros: están en nosotros mismos. Hacer un retrato no es repetir línea a línea la imagen que tenemos delante, sino expresar en colores, las vibraciones que provoca en nuestra mente.

Claro está que esto es muy difícil hacerlo comprender a quien supone que la pintura ha de ser algo totalmente objetivo, fotográfico, exterior. Cada cuadro un estado de alma; he ahí una bella fórmula, pero, ¡qué disparatada aparece ante quien nunca ha pensado en semejante posibilidad! Por eso es que la posición del público—y de los que no son público,—frente a una obra nueva, es la del que no comprende. Recorriendo en el Museo del Luxemburgo la vasta sala de los impresionistas: Monet, Manet, Pissarro, Lysley, Renoir, Degas, etc., me preguntaba yo estupefacto, cómo era que una pintura tan accesible y tan simple, podía haber provocado en otra época tempestades de protestas. Esa misma pregunta se harán las generaciones que vengan detrás de nosotros ante telas como las de Barradas, cubistas, simultaneístas, planistas, para las cuales tenemos hoy en día, la mayoría se entiende, sólo palabras despectivas y risas idiotas.

El nuevo movimiento renovador en pintura viene de Cezanne. En realidad, Cezanne no fué un inventor sino un precursor. ¡Precursor y mártir! Contemporáneo de los impresionistas, él también comenzó por serlo, pero bien pronto se distanció de ellos quedando aislado. Por eso nunca gozó de la fama de los componentes de aquella escuela que triunfaron totalmen-

PAYASO

por Rafael Barradas

te después de memorables combates, y hubo de arrastrar una vida obscura y de morir desconocido en 1906. Las audacias de Cezanne ya no escandalizan a nadie y, como lo comprueba una exposición realizada recientemente en París, hasta se venden caros sus cuadros. Pero lo interesante es el valor pictórico y revolucionario,—es decir, histórico,—de su obra. A pesar de sus evidentes diferencias, los mismos impresionistas pueden considerarse como clásicos por su respeto a las formas geométricas de las cosas, de acuerdo con su visión estática. Pero en Cezanne hay ya lo que podríamos llamar deformación de los valores corrientes, que hace que sus telas, a primera vista, aparezcan monstruosas e inadmisibles. Parece no interesarse de las proporciones ni de la perspectiva. El dibujo, a primera vista, no existe. Como Cezanne no era un intelectual sino un puro temperamento de pintor simple y rudo, no pudo explicar detalladamente en qué consistía su arte, y, sobre todo, su novedad. Algunas frases ha dejado, sin embargo, que pueden arrojar alguna luz: "No existe la línea ni tampoco el modelado; no hay más que contrastes. Y estos contrastes no se generan por la relación del blanco al negro, sino por medio de la sensación coloreada. El dibujo y el color no son cosa distinta; a medida que se pinta se dibuja. Cuanto más se armoniza el color, más se precisa el dibujo. Cuando el color alcanza la riqueza, la forma alcanza su plenitud." Balbuceos, como se ve, simples balbuceos, pero de un genio.

Si Cezanne resucitara sonreiría al ver la fecundísima cosecha que han producido las semillas que él arrojó, y las extraordinarias y contradictorias tendencias que de ellas han nacido. Estamos ciertamente en plena anarquía, es decir, en un período de preparación dinámica de la verdad que se acerca. Mil escuelas distintas en apretados cenáculos agresivos

RETRATO

por Rafael Barradas

marchan en pos de detonantes evangelios. No se ha logrado unificar tendencias, y en vez de cerrados batallones van al asalto pequeños y audaces grupos que se aturden con sus propios gritos. Hay cien capillas, en las que oran contados pero firmes creyentes. Cubistas, planistas, futuristas, simultaneístas, expresionistas, etc., etc., son a la vez que enemigos de todo lo realizado antes, feroces adversarios entre ellos, crueles y unilaterales como es siempre la juventud. No hay que lamentarlo porque sería inútil: es la ley. Si no fueran así no lograrían nada, ni podrían mover siquiera la losa pesada de los prejuicios, de los criterios hechos, petrificados en los cerebros lentos, secos de savia. Por eso resisten impertérritos todos los ataques y todos los maltratos, inquebrantables a la tempestad que hierve a su redor sin vencerlos. Tienen alma de apóstoles, admirables almas enloquecidas en un ideal todavía esquivo y lejano. En vez de ir a beber el opio traicionero de los museos, quisieron incendiarlos, en el ingenuo deseo de comenzar de nuevo la vida, borrando de un manotazo la obra de los que en otras épocas hubieron de luchar como ellos para imponer la novedad que traían al mundo del arte.

Barradas es posiblemente el más autorizado, vibrante y conocido apóstol de las nuevas tendencias pictóricas en España. Como tiene un gran talento y despliega una actividad formidable, ha logrado ya lo más difícil: que se le respete aunque no se le comprenda. Por ese camino antes de mucho se le comprenderá, y, por lo tanto, se le apreciará en lo que vale. Como he dicho, no limita su actividad a construir sus telas, sino que también se dedica al "affiche", a la ilustración de libros, a la decoración teatral. Y es, a mi juicio, el más extraordinario dibujante de escenas infantiles que hay en la península, siendo

solicitadísimo por todas las casas que se dedican a editar libros para niños. Aquí sus dibujos son estilizados, simplísimos, pero hay tanta gracia, tanto movimiento, tanta verdad en las escenas que construye, que difícilmente se encontrarán trazos más oportunos y más perfectos. Su obra es, pues, variada y múltiple, y original. Y meritísima. Por eso fué grande mi alegría, cuando pude comprobar que Barradas era uno de nuestros primeros pintores, al par que el más conocido y apreciado fuera de nuestra patria. Pero es verdad también, en compensación, que aquí nadie lo conoce, salvo raros amigos...

ALBERTO LASPLACES.

EL "NOCTURNO" DE GABRIEL D'ANNUNZIO

Cuando el poeta soldado yajo, "como un escriba egipcio esculpido en basalto", vendado, pensé que a Icaro, al caer, le fuera propicio el hecho. Aquel que todo conocía *hasta el incesto y el delito,* y que todo tentaba por la vanidad, aquel que en el espejo de ésta veía su propia figura mítica, por un accidente de aeroplano, yacía herido en la vista, ya por otra causa amenazada. Las vendas lo sumergieron por algún tiempo en las tinieblas y él resolvió que el destino habíasele mostrado inicuo. Pero Némesis lo castigó porque él alteraba a propia conveniencia la Proporción, violando la ley humana en el no patriótico nombre de la Vanidad. Icaro entonces cayó y en su lugar restó el Enfermo.

Yo que he amado y defendido mucho a Gabriel D'Annunzio, osé esperar que el gran destino lo favoreciese finalmente mediante el dolor. Pensé: He aquí que él se volverá sincero mordido por el Remordimiento. El a todo se había entregado en la vida, pero no al dolor, al que odiaba cual un pagano decadente. Reflexioné entonces: el gran deslumbrado de Italia, ahora, con los ojos oscuros, adquirirá la misteriosa videncia del espíritu.

Y vínome a la mente el destino de un más grande artista de la palabra. A Oscar Wilde, una voz interna díjole: "Tú sentirás el deseo de transformarte en galeoto. Tú, aureolado por una grandeza fastuosa y

terrible, tú, despreciador del bien y del deber, tú, idólatra del goce y de los sentidos, tú, esteta desmedido, buscarás el Dolor del que has reído inhumanamente. Serás tú mismo a suplicar, obligado por la necesidad, entrar a la Verdad, a denunciar tus pecados: tú mismo se los gritarás a los jueces mentirosos, como extraño desafío, con orgullo de sincero, y desafiarás la ley y tentarás la cólera de los hombres, acusando a la humanidad de ser hipócrita y enferma como tú".

Oscar Wilde descendió de su trono así, estoico y cínico, escupiendo sobre su gloria en nombre de su mal. Pidió la expiación. En un instante el esteta se redujo a un número y fué execrado. Cuando fué conducido a la cárcel, la muchedumbre lo insultó infamemente. La prueba pedida fué terrible, aún más que el coraje, pero él, encanecido, rechazado, arrancó del dolor sus dos obras verdaderamente inmortales: "La balada de la cárcel de Reading" y el "De profundis".

Vuelto "cristiano" él comprendió que el hombre, sea él el bien o el mal, sea la gloria o el pecado, debe inclinar la cabeza delante del Misterio y decir: yo soy como tú quieres, por lo tanto mi grandeza es una merced, mi mal y mi dolor son una gracia de expiación.

Cuando Gabriel D'Annunzio, inanimado, fué transportado a tierra por el *piloto seguro*, al encontrarse sin luz en el fondo de los ojos, no se sintió, por falta de humildad y de conciencia, castigado. No comprendió la intención del Destino, que le murmuró en vano; Tú yacerás en la tiniebla precisamente para que veas tu falsa gloria, tu vanidosa grandeza a menudo hecha de morboso estetismo; para que tú veas que muchas de tus novelas y de tus ideas, vanas y ligeras, han sido sumamente perniciosas, creando las unas prostitución, las otras delincuencia.

Tú nunca has hablado a la mujer, siempre a la

hembra; casi nunca a los hombres serenos o severos, pero siempre a nuestra "chiquilinada". Nunca has enseñado la fuerza moral de las ideas sublimes, tú, exaltador de las fuerzas elementales y brutales. Has dicho "lujuria" de la misma manera oscura con que has dicho "patria" o "gloria". Tus hijos son Guido Da Verona y Pitigrilli. Tus hijos son todos los enceguecidos violentos de Italia. Tú has magnificado con adjetivos hiperbólicos (demasiado repetidos para cualquiera de tus glorificaciones) dudosas grandezas, actos ligeros y efímeros, fáciles a la juventud temeraria y ofuscada, pero todavía no has glorificado al héroe reconcentrado, tenaz, que cree en la bondad, que concide claramente la Patria y la Humanidad y que desprecia la violencia y la intemperancia en nombre de la Razón. Tú armas la sensualidad y el brazo, no el corazón y el espíritu.

Gabriel D'Annunzio no comprendió la misión de verdadera grandeza que el Destino le deparó. Permaneció inmóvil. No vió en él mismo, vendado, sino el héroe inaudito.

En el "Nocturno", preferentemente, nos describe sus gestos gloriosos, su ansia de luz externa, su desafío a la suerte. El, vendado, no hace más que *ver*. Ve siempre: sean queridas personas, extintas o vivas, sean objetos, ambientes o paisajes. Pero, sobre todo, ve su mítica grandeza. El no tiene un solo real momento de alarma de su conciencia, sea como artista o como ciudadano. Sabe que casi todo el mundo lo admira como soldado. La gloria rumorosa y cuantitativa no le falta. El es un hombre de gran fortuna presente. Como artista ha hecho sombra a Verga, a Oriani, a Tozzi, novelistas más grandes y más severos que él, como hombre ha hecho invisibles a los puros y a los modestos; como soldado ha sido más audaz que ninguno; como sembrador de ideas ha desempolvado los viejos instintos imperialistas, esteti-

zantes y brutales. Pongámoslo junto a un artista más modesto, a Romain Rolland. D'Annunzio sin exclamar nunca la palabra "Paz", amada del Petrarca, o "Amor", amada de Cristo, secundando la cruel guerra de intereses que estalló y terminó ha poco (él la ha condenado últimamente en un momento de lucidez en el artículo publicado en Estados Unidos, en el cual exalta la Rusia), se ha transformado en ídolo de todos los "guerreroides" de Europa y de América. Romain Rolland por haber dicho "Paz" y por haberse puesto por sobre la hecatombe, y por sobre la culpa de los hombres, ha sido ferozmente atacado. Pero la Historia dirá, — no ya a la mortal vanidad del poeta, — quién era más grande entre él y el que exhortaba a los hombres a huir de la violencia, la cual sólo nos ha dado los terribles frutos del inmenso mal y de la expiación ciega.

No es que en el "Nocturno" falten grandes páginas: la de la *madre* lo es verdaderamente. Se nota también una tendencia a escribir directo y simple. La adjetivación es todavía enfática, imprecisa, por la múltiple y variada aplicación, pero el período es más breve y a veces seco. Existe, siempre predominante en D'Annunzio, el lastre danunziano y cada uno de sus libros resulta de pesada lectura porque a fin de cuentas el Poeta se ha "frito e rifritto" en sus numerosos volúmenes y no sabe, en un bello vuelo, librarse de sí mismo, por excesivo amor a sus propios defectos, que él, sin duda, confunde con virtudes.

También el "Nocturno" es de difícil lectura. Si la crítica pública fuese sincera como lo es la privada, el Poeta sabría que la mayor parte de sus lectores ha quedado fastidiada con este último libro. Es común encontrar gente que os pregunta: ¿lo habéis leído

todo? Si contestáis que sí, por lo general sentís agregar: yo no he tenido tal coraje.

Es así. Gabriel D'Annunzio está por resultar el menos leído de los escritores de Italia.

El público exigía esta vez, de su Glorioso Soldado, un libro profundo. Las buenas páginas no son suficientes para las exigencias de los tiempos que corren. Se necesitan libros de fuerte organismo espiritual.

Por mi antiguo amor a D'Annunzio yo esperaba la gran obra.

¿Se habrá agotado con "L'Alcione" y con alguna de sus estupendas páginas de prosa? ¿O será posible, que mañana, el Destino sea propicio al retrasado?

En resumen, hoy por hoy, Gabriel D'Annunzio no ha respondido a la época. Ha quedado en el artificio tenaz de su misma forma. No ha visto profundo. Quizá nosotros no debiéramos exigirle tal tarea. Pero, quisiéramos verlo volverse simple a este malsano y fascinante pecador de arte y de vida. Desearíamos, ahora que se acerca el crepúsculo de su vida, verlo aplacado en los sentidos, y meditativo de infinito.

¿Qué diría el mundo del Esteta que se ha exhibido a todos los más fulgurantes triunfos externos, si lo viese renegar su propio pasado y caminar humildemente con el viejo paso, religiosamente, hacia la vida profunda y última?

Creo que todos gritarían: ¡milagro! ¡milagro!

JUAN COSTETTI.

(Versión de Montiel Ballesteros).

EL TIO CURA

(Fragmento de una novela)

A la vista de aquellos viejos papeles sepultados en el fondo del baúl, sobresaliendo de entre el revoltijo de libros y revistas, casi amarillos por la acción de los años y cubiertos de una capa de polvo que a duras penas permitía descifrar el contenido de cada uno de ellos, la imaginación de Gabriel se sumergió de pronto en un mundo de lejanos recuerdos, reviviendo por unos instantes las escenas de su infancia, muchas de las cuales surgían en los repliegues de la memoria sin contornos precisos, como si estuvieran fundidas en una tenue niebla, dejando en su alma una sensación indefinible, mezcla de angustia y de melancolía.

Aquellos papeles constituían para Gabriel el único patrimonio heredado de un tío suyo, que ejerciera el sacerdocio allá en un pueblecillo perdido por el Sur de Chile y, cuya desaparición, en lo mejor de la edad, habíale dejado completamente solo en el mundo, librado a las mil eventualidades de una vida azarosa, sin tutela de ninguna especie.

En los instantes en que pasaba revista a su herencia única, donde podíanse ver, junto con algunos retratos descoloridos, circulares escritas en latín, permisos para confesar hombres y mujeres *"siempre que llevare tonsura abierta"* y una extensa nómina de

los servicios prestados a la Arquidiócesis por el Padre Antonio — que así llamábanle los feligreses a su tío,—fácil érale a Gabriel recordar la figura de éste, a pesar del tiempo transcurrido desde el día de su muerte.

Representábaselo vivamente ante sí, con su bello porte de hombre ya entrado en años, la cabeza cana —de común erguida — la nariz curva finamente recortada, los labios de un perfecto dibujo y que una leve sonrisa contraíalos hacia un lado, sus ojos oscuros de mirar noble aunque ocultando siempre un fondo de malicia y, sobre todo, creía oir todavía el timbre de aquella voz estentórea que, de chico, poníale al sentirla la piel como la de las gallinas, cuando, saliendo de paseo por las calles del pueblo, gritábale desaforado, en puro acento español y haciéndole dar un salto:

—¡Oye tú, sangre de pato. No arrastres los pies!

¡Con qué fidelidad aclarábanse por momentos en su memoria ciertos recuerdos que antes aparecíansele confusos, sobre todo el de aquella parroquia consagrada al culto de Nuestra Señora del Rosario y que levantábase a un costado de la plaza principal, frente a la casa del Gobernador y en cuyas veredas tendíanse, en los días de canícula, a la hora de la siesta, grupos de indios araucanos, la mayor parte de ellos semidesnudos y borrachos de "*chicha*", permaneciendo allí a la espera de algún casamiento o bautizo con el objeto de abalanzarse sobre las monedas que los padrinos arrojaban a la distancia después de la ceremonia.

Cuántas veces, mientras el Padre Antonio quedábase dormitando sentado en el viejo sillón del consistorio, la cabeza gacha y los codos apoyados sobre la mesa, dejando escapar de tanto en tanto algún fuerte ronquido, Gabriel, abandonando el fastidioso cuaderno de ejercicios, deslizábase sigilosamente a lo lar-

go del corredor que comunicaba con la iglesia e internándose en ella, contemplaba a sus anchas aquel sagrado recinto, cubierto de grietas, por cuyos agujeros, formando haces de luz, colábanse los rayos del sol o bien, deteníase temeroso frente a esos vagos rincones, envueltos en penumbra, que suelen proteger a las beatas humildes de las miradas importunas y en donde, más de una vez, había tropezado con una viejecilla que, al reconocerle, decíale interrumpiendo sus interminables oraciones:

—*¡Ah! ¿eres tú, el sobrinito del señor cura? Deja que te bese, santito de Dios!*

En medio del silencio que reinaba en la iglesia, silencio que sólo turbábanlo la algarabía de algunos chiquillos que jugaban en la plaza vecina, o la molesta carraspera de algún feligrés, Gabriel desfilaba delante de los altares, fijando su atención en todos esos detalles que luego, en las horas solitarias, exaltaban con mil variantes su imaginación infantil, poblada de sueños místicos. Si bien el aspecto general de la iglesia era en extremo pobre, no faltaban en ella, frente a las imágenes más favorecidas por la devoción popular, un buen número de candelabros y varios jarrones sosteniendo ramos de flores artificiales, cuyas plateadas hojas extendíanse en forma de brazos y que la luz menguada de las velas dábales un encanto ingenuo y triste; había también en la iglesia una colección de cuadros, oleografías esmaltadas, representando la pasión de Jesucristo, y una vitrina conteniendo en su interior la imagen de San Esteban, sujeto al martirio de las flechas. Pero lo que más atraía las miradas de Gabriel, era el tabernáculo erigido en medio del altar mayor, con su portezuela dorada, cubierta siempre por una cortinilla de terciopelo rojo y que el Padre Antonio, en el momento más solemne del santo oficio, descorría misteriosamente, mientras los fieles inclinaban las cabezas, lle-

gando a sus oídos el rumor, como de olas, de las oraciones. ¡Con qué emoción fijábase siempre en aquella casuca, donde moraba el buen Jesús y al que imagi-nábaselo vivo y radiante, transparentado en la sagrada hostia, esa misma hostia que su tío levantaba en alto con el Santísimo Sacramento, en tanto él, hincado de rodillas, hacía vibrar la pequeña campana, sin atreverse a incorporar la cabeza por miedo a que la luz divina le cegara.

¡Cuándo podría—pensaba Gabriel en aquellos instantes — al igual del Padre Antonio, celebrar los oficios de la misa! Veíase ya revestido de los ornamentos litúrgicos, con la estola cubierta de complicados arabescos colgando a ambos lados del cuello, luciendo aquella regia casulla de púrpura con aplicaciones doradas que tanto agradábale ver sobre los hombros de su tío durante la misa del domingo y los delicados encajes del *alba* que resaltaban nítidos sobre el fondo oscuro de la sotana y, más que nada, veíase con el pomposo bonete de cuatro picos que, en varias ocasiones, habíaselo puesto sobre la cabeza — a guisa de ensayo — representándose estar frente a una muchedumbre piadosa a la que bendecía con unción episcopal. Pero, en seguida, desechaba tales ilusiones, viniendo a su mente las palabras que el Padre Antonio repetíale a menudo — como un cruel estribillo — cuando con los ojos humedecidos por las lágrimas, Gabriel implorábale le dejara seguir la carrera del sacerdocio:

—*Tú no tienes pasta para ello. Ya me lo dirás con el tiempo.*

Entonces conformábase con que sólo le permitiera ayudar a misa. La primera vez que hiciéralo fué en un domingo de Ramos. La mañana había amanecido luminosa y azul. Sobre el horizonte donde empezaba a remontarse el sol, extendíanse algunas nubes quietas y alargadas que parecían querer ceñir la curva

de los cielos a manera de una débil franja. Un airecillo de Otoño estremecía las hojas de los árboles de la plaza, cubiertos aún de innumerables gotas de rocío, semejantes a puros diamantes que la luz del sol hacía refulgir.

Desde las primeras horas Gabriel saltó de la cama, con resolución poco común en él, pues, como a todos los niños, pegábansele a menudo las sábanas y cuando el padre Antonio entró en su habitación con el objeto de despertarle, encontróle ya en pie y vestido con la sotana de monaguillo, cuyo rojo vivo llenaba su cabeza de sueños de gloria. Momentos antes, cogiendo el crucifijo que pendía de la pared, encima de la cabecera de su cama, habíalo recostado sobre el brazo izquierdo e inclinando la cabeza imitaba, frente al espejo del guardaropa, la actitud de San Luis Gonzaga tal como aparecía en las estampas de su primera comunión.

—*Veo que le has dado un susto al cuerpo...* díjole el Padre Antonio, al verle ya levantado. Gabriel fijóse en el rostro de su tío viendo reflejado en él un perfecto buen humor. Acercósele para que le besara en la frente y después miróle vestir, observando la rapidez con que prendíase los cuarenta y dos botones de la sotana, sin saltearse ninguno. Después atrevióse a preguntarle, aprovechando la predisposición a la chanza que tenía especialmente de mañana el Padre Antonio, "si no sentía frío en la coronita", y más aún, hasta pidióle permiso para tocarla, sintiendo en sus manos una sensación áspera, algo así como el roce de una hoja de cardo.

—*Anda y repica las campanas, que es hora de empezar. ¿Te acuerdas qué toque es?*

—*Sí, tío, dos toques en la campana grande y uno en la chica.*

—*¡Cuidado con equivocarte!*

Gabriel atravesó las piezas de la casa rectoral y

después de pasar por el jardín que daba a una de las partes laterales de la Iglesia, entró en ésta, dirigiéndose hasta el coro y de allí hacia la escalinata que daba acceso a la torre que elevábase a una regular altura. Una vez en ella, entretúvose un instante en contemplar el pueblo, que, a esa hora, empezaba ya a animarse. Veíalo en toda su extensión, pues la altura de la torre así lo permitía, y regocijándose ante aquel espectáculo que rara vez le era dado gozar.

Allá, a lo lejos, hacia la extremidad donde terminaba la línea regular de las casas, en su mayoría de madera a causa de los temblores de tierra que de continuo conmovían aquellas regiones y casi donde empezaba el campo abierto, divisábase, bordeado de bosquecillos umbrosos, el río Traiguen, que circuía la parte izquierda del pueblo y cuyas aguas, a esa hora, ostentaban un brillo como de plata derretida, sobre todo en aquellos trechos donde los rayos del sol daban de lleno, efecto que hacía resaltar aún más la tonalidad verde-azul de la costa. Más acá y mirando en línea recta desde la torre, veíase la Estación del Ferrocarril con su jardincillo de *ordenanza* y una hilera de vagones de carga, inmóviles y como abandonados a lo largo de la vía, destacando sus masas simples y descoloridas, de ese matiz a que viene la madera pintada bajo la acción de las intemperies, rodeados de soledad en medio de aquel predio desolado, donde aquí y allá, en vano trataba de medrar alguna que otra hierba, raquítica y triste, formas ínfimas y humildes de la vida, calcinadas por los escapes de vapor hirvientes de las locomotoras. El núcleo de casas que formaban el total de la población de Victoria extendíase, en forma cuadrangular a partir de la plaza, hasta perderse en el caserío pobre de las orillas. Resaltaba en primer término, la calle Ancha, cuyo piso estaba formado por viejos tablones de madera, siendo sus veredas altas y en extremo desiguales.

El resto de las calles eran estrechas y el aspecto general de sus casas, chato y uniforme.

Gabriel cogió las cuerdas que asía a las dos campanas y comenzó a repicar, haciendo huir con sus sones a una bandada de palomas que en ese momento habíase refugiado en el interior de la torre. Las notas broncas de la campana mayor hendían el aire, en temblorosas vibraciones, seguidas de los sones argentinos y agudos de la menor, hasta que el eco de ambas perdíase poco a poco en los serenos ámbitos de la mañana.

Todo el pueblo afluyó en masa, como solía hacerlo siempre que celebrábase alguna solemnidad religiosa. La Banda popular, solicitada de antemano por el Padre Antonio, dió mayor lucimiento a la misa, supliendo los malos servicios del pequeño órgano, ya afónico y del cual apenas si sonaban algunas pobres notas.

El Gobernador ocupaba una de las primeras filas, ostentando en medio del pecho una medalla, sujeta por una cintilla roja, perteneciente a una congregación piadosa. Hombres y mujeres formaban un conjunto abigarrado. Ya ántes de la misa, algunas viejas dieron comienzo a las oraciones, munidas del pequeño breviario, y en aquel incesante murmullo mezclábanse todas las voces, algunas de las cuales sonaban de manera destemplada, como si pugnaran por sobresalir del monótono coro.

Gabriel embargado por la emoción del momento y a la vista de aquella enorme concurrencia, comprendió la magnitud de su paso y a punto estuvo de abandonarlo todo y salir corriendo por la puerta de la sacristía. En vano trataba de retener en su memoria los interminables latinazgos que debía decir durante el transcurso de la misa; las palabras parecían huir, inaprensibles a los mandatos de su voluntad, y entonces

quedábase como anonadado, lleno de confusión y vergüenza.

La voz del Padre Antonio, produjole, al sentirla, un extraño cosquilleo que recorrió súbitamente todo su cuerpo:

—*Estamos pronto. ¿Vamos!*

Gabriel cogió el pesado misal y siguióle con paso torpe hasta el pequeño estrado donde alzábase el altar mayor. Al principio todo salía a pedir de boca; pero tanta felicidad duró poco. Bien pronto el incipiente monaguillo quedóse sin contestar un sinnúmero de locuciones de su tío, el cual, en vano golpeaba con insistencia el pie sobre el piso a objeto de llamarle la atención, o indicábale algunos comienzos de oraciones, para que luego éste siguiera por su cuenta, hasta que, al fin, exasperado y viendo la inutilidad de todo esfuerzo ante la torpeza del muchacho, continuó leyendo solo los extensos períodos contenidos en el misal, aunque haciendo rechinar sus dientes y dirigiéndole de soslayo unas miradillas terribles, cuyo significado entendía bien a las claras Gabriel, más que los propios latines que le estaba encomendado decir durante la misa de aquella mañana. En otro curso del santo oficio, pretendió el improvisado sacristán levantar el extremo de la casulla antes de su debido tiempo, pero de nuevo la voz del Padre Antonio hízolo volver sobre sí mismo, en tanto su rostro poníase al rojo vivo.

—*Mejor sería que levantaras la cola a los perros!* —díjole por lo bajo. Una sorda angustia oprimíale el pecho, impidiéndole casi el respirar; por momentos veníanle deseos de ponerse a llorar allí mismo, frente al altar, delante de toda la muchedumbre de fieles que de seguro reirían en esos instantes de todas sus torpezas; otras veces imploraba al Señor le iluminara de súbito, guiándole en los divinos menesteres a que en hora mala habíase metido, de puro santurrón y al

solo deseo de lucir la roja sotana de monaguillo que tantos desvelos causárale siempre.

Pero cuando su turbación llegó hasta lo indecible, fué en el momento de verter el sacro vino en el cáliz de oro, sostenido por las manos regordetas de su tío. De sólo encontrarse frente a él temblábale todo el cuerpo, al punto de no acertar en los detalles más nimios de la ceremonia. Apenas dejó escurrir algunas gotas del precioso líquido en el sagrado recipiente, cuando el Padre Antonio díjole, con gesto de impaciencia y tono amenazador, interrumpiendo la oración alusiva al rito:

—*Echa más! Echa más! No regatees!*

Acaso el pobre Gabriel pensase en esos instantes, que siendo aquel vino, por obra de la misteriosa magia de su tío, la sangre de Cristo, necesario era escatimarle. Mas, de seguro, no pensábalo así el Padre Antonio, el cual levantando el cáliz a la altura de la boca, le apuró hasta las heces, volviendo a repetir la dosis, ya que siempre fuera un perfecto gustador de vinos, tanto ante el altar del Señor, como ante su propia mesa, en la que nunca faltaban un par de botellas y de las mejores marcas.

MANUEL DE CASTRO.

Agosto de 1920.

NORUEGA

En esta tarde gris y fría,
que la quiero retemplando mi energía
porque estoy convaleciente,
rostro afilado, ojos profundos, frente saliente,
la tela de mis recuerdos, integralmente se entrega
a paisajes de Noruega.

Son puros y taciturnos y rudos y exaltadores
—cuando, ahogando entre brazos de barrancos a los
[fiores—
alzan montañas, lanzan torrentes, yerguen pinares
y extienden nieve y ábrense a helados vientos polares.

Cielo plomizo, nieblas, tormentas,
noches de invierno, largas y cruentas,
el hombre, entonces, debe luchar:
arranca el mármol de la cantera,
dueño de un hacha, corta madera
o en un velero márchase al mar.

Naturaleza
toda grandeza
—puños de rocas, testas de cumbres,
filos que cortan incertidumbres—
dan a las manos santo vigor
y el hombre avanza
con heroísmo en la esperanza
que es compañera de su trabajo conquistador.

Tierras de rosas, vegas fragantes,
trigales áureos ¡oh, cuán distantes!
Se os ve en mirajes de fantasía,
bajo los cielos del mediodía,
cielos de siesta,
cielos de fiesta,
cielos sensuales
para delirios de bacanales.

Noruega, mi alma ama tus paisajes
bellos y salvajes;
le han dado lecciones para elevación
de todas sus ansias y todos sus sueños.
¡Benditos paisajes norteños,
sois una potencia de resurrección!

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

SE VA LA JUVENTUD

Cerca ya de los treinta años la frente inclino,
pensativa y serena. Del andado camino
no quiero recordar las horas desoladas
ni el dolor en acecho de sus encrucijadas.
Quién sabe por qué ha sido inútil tanto empeño,
quién sabe qué fatídica sombra nubló mi ensueño;
no sé cuál fué la causa de mi ventura trunca
e ignoro por qué ha sido que no fuí feliz nunca.
Sólo sé que en mi frente pensativa y serena
se lee como en un viejo palimpsesto mi pena,
y en su blancura tersa, dilatada y sombría,
hay que mirar bien para ver su melancolía.

Se aproxima la noche. Huye el vívido oro
de esta tarde vernal sonora como un coro,
¡y como el oro fúlgido de esta tarde vernal
huye la juventud, hora primaveral
de esta vida tan corta, tan triste y tan banal!
La ilusión y el afán son dos flores marchitas
en el cofre vacío del laurel y la rosa.
Aún siento la fragancia de las últimas citas
y presiento el perfume de la Gran Silenciosa,
toda blanca en la noche, traída por un leve
vuelo, al aire los mármoles de sus pechos de nieve!
Ya es tarde para todo, hasta para cantar,
¡dolor de no tener!, ¡horror de no esperar!
Cuando se tiene oro juvenil en la sien,
el verso huele a nardo. Y la pena también.

En mi orfandad ha sido la miseria un blasón.
Por las calles en sombras sentí en mi corazón
la ternura infinita de esta bruja amorosa.
Y su mano leprosa
engarzó los más bellos versos de mi canción.
Y bajo mi menguada tutela el cielo puso
esta mujer que adoro y esta hija que venero,
flor blanca que perfuma mi existencia, lucero
que esparce luz ideal en mi senda de iluso;
¡flor y luz que si pierdo, nada quiero!
Pero oculto mis hambres como oculto la herida
que atraviesa mi alma vieja y entristecida.
¡Sólo en mis versos soy alguna vez sincero!
¡Sólo tú, mi alma, sabes cuándo soy verdadero!
Y en el claror del alba y en la sombra nocturna
se ve sólo mi vida lírica y taciturna...

Mañana acaso olvide el dolor que hoy se inicia.
Pese a mi desaliento aún sé decir "mañana".
Sonríeme el amor en la humilde ventana
del hogar y me aguarda una tierna caricia.
Como un suave crepúsculo es mi suave penar.
Todo lo que la vida no me ha querido dar
habrá sido por algo que no sé comprender.
Un mundo doloroso y cruel es el pasado.
La dicha que he soñado,
quizás no la he sabido ganar ni merecer...

SEGUNDO BARREIRO.

LLOVIENDO CON SOL

Hay un sol convaleciente
y una tarde en desaliño,
y un vientecillo que viene y va como un niño,
que cruza loco una esquina, irrumpe por un zaguán
y cansado va y se sienta en un desván.

Sale de pronto a la calle.
Algo les dice a las hojas de un árbol municipal...
se hace con ellas un traje
que a poco, inconstante y pérfido, arroja en un lo-
[dazal.

Cruzan dos chicas la plaza...
tiene el vientecillo entonces audacias de colegial,
las alcanza y en su torno danza una danza procaz,
juega inquieto con sus rizos, les acaricia la faz
y, de un solo golpe, muestra su mano inquieta y fugaz,
toda cubierta de seda
la suprema gallardía, la fresca gracia insinuante
de una pierna escultural.

De pronto, de un lado al otro, la tarde se pone rubia,
un milagro luminoso hay en el cielo otoñal...
y en el traje ajado y viejo de los árboles la lluvia
hace como que cosiera con agujas de cristal.

Es que tal vez llueve el día las estrellas de la noche...
El sol su millón de espadas fantásticamente blande,
y no se sabe si el cielo finge tan sólo un derroche
o si acaso está llorando una alegría muy grande.

Hay un sol recién lavado
y una tarde toda rubia.
Por la calle el vientecillo va esponjado
por la lluvia.

JOSÉ M. PEÑA ANTIPUY.

GLOSAS DEL MES

El pago de la delación

La iniciativa de estimular una pesquisa con dinero, carece de novedad en nuestro medio, donde aquella oferta del caudaloso doctor Palomeque, en ocasión del asesinato de un su pariente, ya destinó otrôs cinco mil pesos para quien señalara la verdad.

Y entonces, pues ya han corrido como veinte años, esa suma importaba mucho más que en nuestros menguados tiempos; sin embargo, no fué delatado el asesino.

La iniciativa de nuestro Concejo está en riesgo de merecer igual suerte; como si se reprodujera el impedimento psicológico de aquella época, ahora se rehusa igual estímulo para descubrir un criminal bien antipático.

Golosina de esa calidad fué ofrecida para cazar aquella famosísima señora Humbert, perfecta caburesa, que con la maraña de su "Renta Viajera", apañó capitales ingentes y embaucó personajes de coturno, hasta Rostand y el Presidente Loubet.

Entonces el ardid resultó, y un buen señor, académico por añadidura, en Madrid la delató a la Policía.

Hemos levantado previamente esos recuerdos al ofrecer a la meditación de los lectores la interpretación del caso.

¿Influirá el miedo en ese triunfo sobre la codicia?

¿Influirá alguna otra virtud, más delicada y prepotente?

Natural es que acarreara desagradables contingencias la denuncia contra el señor fabricante de tan poderosas máquinas como esa cuyo malvado efecto se desea vengar: y el cuidado de la propia existencia dominaría el ansia de justicia y la avidez de la moneda.

Pero también podría ser que existiera, como función orgánica, una repulsión más o menos lógica hacia el oficio de delator; cuya actitud moral, respetable y tal vez justa, aún no se amalgama con los elementos de nuestro carácter.

Dejamos planteado ese problema contenido en el trágico suceso de la huelga del mes. ¿Debemos acreditar el imperio del miedo? ¿Puede envanecernos la supervivencia, en época tan vilipendiada y estrecha, de un sentimiento delicado que repugna el oro por una satisfacción de la conciencia?

A cavilar, mientras el olvido disimula el fracasado soborno y la inepcia de nuestros pesquisantes profesionales.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Parnaso Uruguayo. — Por Antonia Artucio Ferreira. — Editorial Mauci.—Barcelona.

Tarea sumamente engorrosa y paciente es la que ha llevado a cabo la conocida poetisa en este libro. Desde la hermosa antología hecha por Raúl Montero Bustamante hace quince años, la poesía uruguaya ha florecido gallardamente, hasta el punto de contar con varias figuras de relieve extraordinario, que han enriquecido y dilatado el dominio de nuestra lírica, haciéndola una de las más variadas y opulentas del continente.

Si pudiera caber alguna duda sobre esta aserción, bastaría para disiparla la lectura de este libro, síntesis bastante completa y generosa de nuestro último quinquenio poético, en donde se encuentran mezclados los nombres más famosos y más humildes, en una bella hermandad de gente, dispar en cuanto al mérito y la abundancia de la cosecha, pero enlazada en lo íntimo por la unidad del anhelo superior.

Es claro que se le podría reprochar a la señorita Ferreira algunas equivocaciones en la selección de las poesías, y, sobre todo, algunos errores estampados en los acápites; las primeras, que indicarían extravío del gusto, y los segundos, falta de documentación; pero eso no es nada frente a lo que representa el esfuerzo realizado, la finalidad patriótica, y el positivo valor global de la obra.—**J. M. D.**

Canto a Francia.—Por Fernando Nebel Alvarez.—Montevideo. — 1922.

La lírica épica manifestada por el elogio ardiente y ditirámbico hacia los héroes guerreros o las naciones, está, por fortuna, ya bastante desmonetizada.

Es curioso observar que no obstante la magnitud de las naciones que intervinieron en la última guerra y la cantidad de excelentes líricos movilizados, no ha surgido un solo poema digno de perdurar por su exaltación patriótica. Por el contrario, las dos grandes obras nacidas en ese medio, "El fuego" y "El hombre es bueno", son poemas épicos a la inversa, en donde se reniega bastante del patriotismo y de toda aquella catarata hiperbólica con que se nos estropeaba los oídos en las fiestas nacionales.

Resulta, pues, anómalo, este vibrante himno a Francia, hecho por un moderno poeta uruguayo, en donde, sobre todo, se canta el genio y la gloria militar, y en donde se repiten las palabras de Cambronne, vuelve a verse volar el águila napoleónica "quē ha luchado con honor", y pasan, ornando de laureles las banderas desplegadas, Eylau, Wagram, Austerlitz y Jena.

Más alta creemos la misión de la poesía y de la literatura actual. Nada le deben los pueblos a esa barbarie disfrazada de gloria. El concepto del valor mismo, ha cambiado, y no es, por cierto, alabable, a más de ser tema demasiado trillado, el numen de un poeta que se estremezca con estas cosas.

Todo esto sea dicho desde el punto de vista ideológico, y sin desconocer la fluidez y el talento con que el señor Nebel Alvarez ha hecho este cálido panegírico rimado.—**J. M. D.**

Humus.—Por Raúl Brandao. — Editorial Cervantes.—Barcelona. — 1922.

Si hay un libro extraordinario entre las últimas ediciones que nos llegan de Europa, es éste. Libro genial, de extraña y poderosa fuerza de evocación, de constructura avasallante, salpicado de misterio, de vida y muerte, este libro de Raúl Brandao puede conceptuarse un libro de primera magnitud, no sólo ya en la literatura portuguesa, sino en la literatura universal, en donde tiene pocos similares.—**T. M.**

El libro de la actitud secreta de la soledad.—Por Leonardo Pena. — Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

No conocíamos a Leonardo Pena, de quien hablónos con exaltación Hugo Barbagelata en su reciente viaje a Montevideo. Ahora estamos como deslumbrados. Se trata de un talentoso escritor joven, cuya pluma originalísima está destinada a próxima consagración. "El libro de la actitud secreta de la soledad", es una novela de valentía, de arrogancia, de ardor, que hemos leído maravillados de su belleza, de su gracia, de su genio. Su estilo es extraordinario. El autor llama a su novela "biblia profana". Creemos que este subtítulo es más lógico que el título.—**T. M.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Resulta, pues, anómalo, este vibrante himno a Francia, hecho por un moderno poeta uruguayo, en donde, sobre todo, se canta el genio y la gloria militar, y en donde se repiten las palabras de Cambronne, vuelve a verse volar el águila napoleónica "que ha luchado con honor", y pasan, ornando de laureles las banderas desplegadas, Eylau, Wagram, Austerlitz y Jena.

Más alta creemos la misión de la poesía y de la literatura actual. Nada le deben los pueblos a esa barbarie disfrazada de gloria. El concepto del valor mismo, ha cambiado, y no es, por cierto, alabable, a más de ser tema demasiado trillado, el numen de un poeta que se estremezca con estas cosas.

Todo esto sea dicho desde el punto de vista ideológico, y sin desconocer la fluidez y el talento con que el señor Nebel Alvarez ha hecho este cálido panegírico rimado.—**J. M. D.**

Humus.—Por Raúl Brandao. — Editorial Cervantes.—Barcelona. — 1922.

Si hay un libro extraordinario entre las últimas ediciones que nos llegan de Europa, es éste. Libro genial, de extraña y poderosa fuerza de evocación, de constructura avasallante, salpicado de misterio, de vida y muerte, este libro de Raúl Brandao puede conceptuarse un libro de primera magnitud, no sólo ya en la literatura portuguesa, sino en la literatura universal, en donde tiene pocos similares.—**T. M.**

El libro de la actitud secreta de la soledad.—Por Leonardo Pena. — Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

No conocíamos a Leonardo Pena, de quien hablónos con exaltación Hugo Barbagelata en su reciente viaje a Montevideo. Ahora estamos como deslumbrados. Se trata de un talentoso escritor joven, cuya pluma originalísima está destinada a próxima consagración. "El libro de la actitud secreta de la soledad", es una novela de valentía, de arrogancia, de ardor, que hemos leído maravillados de su belleza, de su gracia, de su genio. Su estilo es extraordinario. El autor llama a su novela "biblia profana". Creemos que este subtítulo es más lógico que el título.—**T. M.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
RODOLFO MEZZERA—PABLO DE GRECIA—JOSÉ MARÍA DELGADO

SETIEMBRE DE 1922

SUMARIO:

Glosas del mes (México)	por José María Delgado
Escritos (Año 1900)	por Andrés Patena
Página Antigua	por Máximo Sáenz
Somos tan solo un eco . . .	por Manuel Benavente
El profesor Levy Bruhl	por Antonio M. Grompone
De «Los Pequeños Poemas»	por Manuel Núñez Regueiro
Centenario del Brasil	por La Redacción
El poema de las calles triunfales	por Isaac del Vando Villar
Las carabelas	por Arturo Carbonell Debali
Pintores españoles	por Julio J. Casal
Don Pietro	por José María Delgado
«Raíz Salvaje»	por José Pereira Rodríguez
Sugerencias literarias	por Arturo S. Silva
Mal estudiante	por Luis Cané Malmierca
Educación	por Enriqueta Compte y Riqué
Traducción de Coraggini	por Montiel Ballesteros
De «Las Prosas Frívolas»	por Emilio Samiel

Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.° 51

056.1
PEG
No. 51

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto Brignole. — José P. Ballán. — Manuel Benavente. — Enriqueta Compte y Riqué. — Buenaventura Caviglia (hijo). — Julio J. Casal. — Ismael Cortinas. — Manuel de Castro. — Asdrúbal E. Delgado. — Eduardo Dieste. — María Espinola y Espinola. — José M. Fernández Saldaña. — Emilio Frugoni. — Antonio M. Grompone. — Blas S. Genovese. — César G. Gutiérrez. — Carlos A. Herrera Mac Lean. — Luis A. de Herrera. — Juana de Ibarbourou. — Julio Lerena Jozmiró. — Luisa Luisi. — Alberto Lasplaces. — Horacio Maldonado. — Julio Raúl Mendilaharsu. — Raúl Montero Bustamante. — A. Montiel Ballesteros. — Casiano Monegal. — Alberto Nin Frías. — Emilio Oribe. — José Pereira Rodríguez. — Víctor Pérez Petit. — Carlos M. Prando. — Wilfredo Pi. — Horacio Quiroga. — Santín Carlos Rossi. — Vicente A. Salaverri. — Emilio Samiel. — Carlos Sabat Ercasty. — Fernán Silva Valdés. — José A. Trelles. — Juan Zorrilla de San Martín. — Alberto Zum Felde. — Armando Vasseur.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Este número de PEGASO contiene

DIEZ Y SEIS PÁGINAS MÁS

o sea

Sesenta y cuatro Páginas de Texto

sin aumento de precio

Ne. 51

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — José P. **Bellán**. — Manuel **Benavente**. — Enriqueta **Compte y Riqué**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Julio J. **Casal**. — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**.—Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste**.—María **Espínola y Espínola**. — José M. **Fernández Saldaña**.—Emilio **Frugoni**. — Antonio **M. Grompone**.—Blas **S. Genovese**.—César G. **Gutiérrez**.—Carlos A. **Herrera Mac Lean**. — Luis A. **de Herrera**.—Juana **de Ibarbourou**. —Julio **Lerena Joanicó**.— Luisa **Luisi**.— Alberto **Lasplaces**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**.—Casiano **Monegal**.—Alberto **Nin Frías**.—Emilio **Oribe**.— José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Pi**.—Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Fernán **Silva Valdez**.—José A. **Trelles**.—Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50**. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Este número de PEGASO contiene

DIEZ Y SEIS PÁGINAS MÁS

o sea

Sesenta y cuatro Páginas de Texto

sin aumento de precio

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %, hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000.—Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Septiembre de 1922. **N.º 51 — Año VII.**

GLOSAS DEL MES

México

Ha sido como si por un momento el corazón de la tierra mexicana hubiera palpitado entre nuestras manos. Nos hablaron sus poetas, vimos desfilar a sus guerreros, su pabellón nos fué habitual, sus intérpretes líricos nos arrullaron con sus canciones populares; aun tenemos las manos dulcemente doloridas de aplaudir a sus músicos y en los ojos la impresión pintoresca y grata de sus vestidos típicos y de sus clásicos sombreros nacionales.

Sí, fué una verdadera conquista de corazones la realizada por la Embajada que, presidida por el ilustre Vasconcellos, nos llegara del viejo solar azteca. Rompiendo los cánones diplomáticos, México nos mandó, no una representación oficial — casaca al pecho, espadín al cinto y vacuidad por todo—sino un pedazo vivo de sí mismo, aquel que nos diera la más nítida idea de su espíritu y la más genuina sensación de sus atributos característicos.

Y nos ha demostrado ampliamente lo que por boca de su eminente embajador habíamos oído pocos días antes, cuando nos hablaba de que su patria no tenía nada que pedir, a no ser locomotoras y maquinarias, a ninguna otra. Centro de una de las civilizaciones más antiguas de la tierra, pocos pueblos, en verdad, pueden compararse al mexicano en naturaleza, en tradiciones, en vena lírica y en riqueza folkloriana.

Su orquesta típica y las canciones populares que

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963 —Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — Jose Maria Delgado

Septiembre de 1922. — N.º 51 — Año VII.

GLOSAS DEL MES

México

Ha sido como si por un momento el corazón de la tierra mexicana hubiera palpitado entre nuestras manos. Nos hablaron sus poetas, vimos desfilar a sus guerreros, su pabellón nos fué habitual, sus intérpretes líricos nos arrullaron con sus canciones populares; aun tenemos las manos dulcemente doloridas de aplaudir a sus músicos y en los ojos la impresión pintoresca y grata de sus vestidos típicos y de sus clásicos sombreros nacionales.

Sí, fué una verdadera conquista de corazones la realizada por la Embajada que, presidida por el ilustre Vasconcellos, nos llegara del viejo solar azteca. Rompiendo los cánones diplomáticos, México nos mandó, no una representación oficial — casaca al pecho; espadín al cinto y vacuidad por todo—sino un pedazo vivo de sí mismo, aquel que nos diera la más nítida idea de su espíritu y la más genuina sensación de sus atributos característicos.

Y nos ha demostrado ampliamente lo que por boca de su eminente embajador habíamos oído pocos días antes, cuando nos hablaba de que su patria no tenía nada que pedir, a no ser locomotoras y maquinarias, a ninguna otra. Centro de una de las civilizaciones más antiguas de la tierra, pocos pueblos, en verdad, pueden compararse al mexicano en naturaleza, en tradiciones, en vena lírica y en riqueza folkloriana.

Su orquesta típica y las canciones populares que

oyéramos en la velada del Solís, nos hicieron temblar hasta la raíz del alma; hecho, por otra parte, bien comprensible, dada la unidad originaria y la semejanza que iguala como flores de un mismo árbol, sus canciones con las nuestras.

Salen, evidentemente, de la misma entraña, las estrofas y la música del "¡qué lejos estoy del sitio donde he nacido!"—cantado magistralmente por la Anitúa — y las del ay! ay! ay! y demás joyas de los cantos aborígenes del Sur de América.

Y, evidentemente también, son esta clase de embajadas, más que las fastuosas y estiradas caravanas diplomáticas, las que nos acercarán y nos harán comprender y querernos. No hay elocuencia de palabra que venga a hablarnos de México, capaz de llegar á la hondura de una marimba tocada por las manos que la hacen vibrar en su propia tierra...

Y, para terminar, dos palabras sobre Vasconcellos, este robusto obrero del nuevo México, a quien PEGASO ya admiraba y cuya mano amiga tuvimos el honor de estrechar.

Lo suponíamos, a través de sus libros, un hombre-espíritu, inclinado a la contemplación y al rastreo solitario de las ideas. Su libro "Filosofías Indostánicas" nos parecía retratar un alma poseída por el amor a las altas especulaciones mentales y alejada de las actividades prácticas.

Su contacto nos lo ha cambiado. Ahora creemos en un hombre-acción, apostólico, constructivo y en el que las ideas — defendidas con calor fanático y con una convicción que parece no dejar resquicio alguno a la posible falibilidad — son verdaderas fuerzas motrices que lo empujan hacia la realización.

Y, naturalmente, no hemos sufrido desilusión ninguna con este cambio; porque a nosotros nos placen inmensamente estos pensadores que tienen las manos callosas de lidiar con la argamasa y que visten la blusa del artesano.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

ESCRITOS (Año 1900)

AGUA BLANDA

Mientras sueña, suspensa,
su mirada vaga.
Mientras piensa, la idea,
como una llama exhala
su pupila.
Mientras siente, fosforece
en su retina,
el ente verde.
Mientras se apresta, el Etna
(cálidas lavas blancas)
de su estesia épica
arranca.
Mientras obra, la boca,
impasible, rige
la loca aureola
de su gengibre.
Y mientras sueña, vaga,
suspensa, la mirada;
y mientras siente, verde
retina fosforece;
y mientras piensa, exhala
su pupila llamas;
y mientras se apresta, arranca
el Etna de su estesia;
y mientras obra, el gengibre
su loca aureola rige.

AGUAFUERTE

Sobre el cobre mar salobre
la movible onda inquieta.
Como aleve, leve nieve,
rueda, se quiebra, se espesa.
Cruza el viento, lento, lento,
con aromas de la estepa;
cruza el viento, fácil, frágil,
por la soledad desierta.
Por el aire, con donaire,
juegan, vuelan, aletean
los amores de colores,
de alas, de plumas, de antenas.
Tras la riente y transparente
onda blonda que se inquieta,
el fondo hondo del mar
muestra el coral y las perlas.
Hay una tranquila fila
de madréporas enhiestas,
que son la guardia-vanguardia
de las orillas esbeltas.
Cruza el viento, lento, lento,
con aromas de la estepa,
sobre el cobre mar salobre
que la onda blonda inquieta.

HISTORIA DE UNA VIDA LENTA

Había una vez un hombre que tenía la obsesión de la obsesión. Cavilaba horas enteras sin cavilar, prendido con los ojos a un objeto fijo o que se movía con un ritmo fijo.

Y no cambiaba la obsesión de su idea, sino que orientaba la misma idea en una órbita que recorría incan-

sablemente para notar algo nuevo sin cambiar de idea.

Y esa excitación maníaca de la órbita eterna era una alucinación sin delirio, o un delirio sin fiebre—obsesión de una vida anormal para los demás, pero normal en sí misma.

Y ese hombre murió como había vivido: pensando en la hora de su muerte sobre qué color probable era el de la muerte que aguardaba, desde hacía dos días, pensando en ella.

EL HOMBRE QUE NO ERA OBCECADO

Había una vez un hombre que sabía de todo, pero él creía que no sabía nada.

Sin embargo, creía en la probabilidad de que pudiera ser cierto lo más inverosímil. Por eso él, en sí mismo, no afirmaba ni negaba nada. Pero le parecía lo más natural que los demás lo hicieran.

Y las opiniones diversas tenían para él un valor igual. Cuando le pedían una opinión dos contrincantes obstinados, daba la razón a los dos.

Todos lo consideraban como un miope, pero él sabía bien que era un Argos.

EL HOMBRE DEL MONÓLOGO

Beduino, en peregrinación imaginaria, corro de la ceca a la meca sin ideales de fe—turista sempiterno—con la sonrisa impertinente del intelectual en la boca, y el sarcasmo del rebelado en los labios, y la curiosidad glotona del insatisfecho en los ojos, y la *nonchalance* despreocupada del no me importa finisecular en los movimientos apenas de las articulaciones fatigadas...

Yo tengo enorme orgullo, ¿y qué? Mi egoísmo es más grande todavía que mi orgullo. No me interesan los demás. No hay otros pronombres que yo, mí, mío.

No vale la pena ni de mostrar a los otros que soy egoísta: me basta con serlo. Toda discusión no es en el fondo sino el choque de dos modos egoístas diferentes de ver las cosas. Casi nunca discuto, porque sé que en ese choque no vencerá el otro egoísmo al mío ni yo al del otro. Sólo cuando algo de esto último vislumbro lo hago (por orgullo), cuando no lo hago (por fastidio o por pereza).

Yo, mí, mío...

Inercia, orgullo...

ANDRÉS PATENA.

Año 1900.

PAGINA ANTIGUA

En un lejano país y en tiempos ya remotos, vivía lánguidamente los últimos años de su existencia un altísimo varón, cuyo señorío pesaba sobre muchos vasallos y lugares; pesaba, en efecto: que su mano más tuvo de dura que de justa.

Larga había sido la lista de sus famosos hechos, pues fué temible guerrero y galán afortunado, al par que sesudo traficante e insigne hombre de letras; pero, ni cuando venció en las guerras fué clemente, ni en los amores leal, ni le importó un ardite vender lo ajeno con lo suyo, ni dió a las artes más valor que si fueran juegos del ingenio, buenos tan sólo para solaz de un instante.

Ocurrió que, ya en el límite extremo de la vida, pensara por primera vez en la proximidad del instante en el cual su alma emprendería el viaje larguísimo del que nunca se vuelve; y quiso el destino que a esta melancólica idea de renunciación, asociárase otra que tampoco lo había perturbado jamás: la de que sus bienes, sus honores y su nombre pasarían a poder de su único hijo.

¿Qué hará él de todo esto? pensó, y si la respuesta no vino, suya fué la culpa, porque, en verdad, el señor de tantos vasallos y lugares, poco o nada sabía de quien, con el tiempo, debiera sucederle. La infancia, como la mocedad del presunto heredero, deslizáronse lejos de su vista; cuidaban de él doctos maestros y prudentes mentores; pero, los placeres, los in-

tereses y las empresas guerreras impidieron siempre al altísimo varón ocuparse de su cuidado.

Alabado sea el Creador — pensó nuestro hombre— que a esta hora de la vida recuérdame mis deberes. Hizo venir a su presencia a todos los que intervenían en la enseñanza del joven, e informóse de sus conocimientos, virtudes y defectos: como aquéllos fuesen muchos y éstos escasos, trató de tranquilizarse a sí mismo con estas reflexiones: ¡Enaltecido sea Zeus, glorificada su sabiduría, bendita su bondad en todas las lenguas de la tierra! El, que todo lo sabe, conociendo mi perniciosa indiferencia, ha puesto sus ojos sobre mi heredero colmándolo de dones. Mi hijo es humilde, sabio, fuerte, justo y valeroso: debo, pues, holgarme de mi ventura y esperar tranquilamente el fin de mis días.

Pero, con asombro suyo, la dulce calma que anhelaba no venía al encuentro de su ancianidad: antes bien, sentíase desasosegado e inquieto, como si todo lo oído antes a los maestros no bastara a aquietar la zozobra de su espíritu.

¿Qué es lo que me perturba?—preguntábase.—¿No es él apto para sucederme? ¿No están en paz mis vasallos? ¿No rebosan mis arcas de tesoros y mis graneros de trigo?

Y por más que contestábase afirmativamente, aún quedábale un amargor molesto, una desazón cuya causa tardaba en encontrar. Sus meditaciones duraron largo espacio, y, al fin, tras un prolijo análisis, sintióse apenado como jamás lo estuviera, porque sus investigaciones lo llevaban a este desconsolador razonamiento: Mi hijo heredará mi nombre glorioso y temido, honores, fortuna, dominios innumerables... pero, al legarle todo esto, ¿le daré al mismo tiempo la felicidad?

Y la duda lo atormentó mucho tiempo, porque, re-

pasando la historia de su vida, encontró que ella fué una cadena interminable de afanes y de luchas. He ganado batallas — seguía pensando — he saboreado el placer del amor, he gustado las delicias del éxito, he amontonado riquezas... y todo, ¿para qué? ¿qué hay en mí de diferente al más pobre e ignorante de los vasallos? ¿para qué me sirven los lauros, la fortuna, los honores? He corrido siempre, un día y otro, tras de un fantasma que se llama felicidad. Y bien: ¿lo he alcanzado alguna vez?

Vióse forzado el altísimo varón a contestarse que no. En verdad, por mucho que esforzase la memoria, no recordaba haber sido feliz del todo, ni una sola ocasión: ni después de victorias estruendosas, ni después de placeres exquisitamente deliciosos, ni después de ganancias colosales, ni siquiera tras de sus triunfos en el difícil arte de cantar a los dioses en sonoros versos combinados sabiamente.

Miró en derredor; su vista extasióse en la blancura de lejanos caseríos, donde un pueblo sumiso trabajaba para él; vió perderse en el horizonte la línea verdegueante de sus campos; recordó con orgullo la magnificencia de sus palacios, y pensando que toda esa riqueza no le daría a su hijo la única cosa por la cual es amable la existencia, cayó en una melancolía profunda, de la cual arrancóse al fin con una idea fija en la mente: la de confiar a su hijo toda esa amarga experiencia adquirida en luengos años de fatigosa vida. Hizo que lo condujeran ante sí, y cuando el joven hubo comparecido, recreóse un instante contemplándolo.

Era, en efecto, maravillosamente bello, ágil, esbelto, de mirada apacible y facciones delicadas, pero en cuyos miembros robustos adivinábase la fortaleza viril de una vitalidad desbordante.

—Me has llamado, padre mío—dijo—heme aquí.

—Sí, te he llamado—empezó a decir el altísimo va-

rón—para desahogar mi espíritu de las zozobras que lo atormentan. Has de saber, hijo mío, que siento gravitar el peso de los años sobre mi gastado organismo, y la idea de la muerte me obsesiona.

—Aleje Zeus de ti ese pensamiento— repúsole el joven.—Bien se advierte la salud de tu cuerpo en la energía de tus obras, ¡oh mi padre!

—Te equivocas — contestó el señor de tantos vasallos.—Adivino a la muerte en el soplo frío que encamina mis pensamientos a la idea del descanso. Largo ha sido el espacio de tiempo que mis ojos contemplaron la luz, y es hora ya de que me resigne a penetrar en el seno de las sombras: pero antes quiero darte una prueba de mi cariño legándote un tesoro, comparado con el cual nada valen la riqueza ni el poder: este tesoro inapreciable, es la experiencia. Hijo mío: a tu edad todo es fácil, todo es alegre, todo es brillante. Verás, en un fatal espejismo, cómo los placeres te brindan su copa rebosante de néctar; oirás voces dulcísimas llamándote al goce de glorias imperecederas; te sentirás atraído por perfumes embriagadores que llevarán tus sentidos a regiones desconocidas; notarás el despertar de ambiciones avasalladoras que, conduciéndote tras ellas, te prometerán quiméricas conquistas... Y bien, hijo mío: todo es mentira, todo es falso, todo es fantástico; al final de cada ensayo sólo hallarás el principio de un nuevo avatar que te conducirá a otro, y siempre así, siempre, siempre... Yo he recorrido todos los senderos, atravesado todos los torrentes y navegado todos los mares, por eso puedo decirte que en ninguna parte hallarás lo que busques, eso que he buscado yo también, eso que anhelan todos los hombres, la felicidad. Vive la vida, puesto que es preciso, pero sin afanes, sin sacrificios, sin esperanzas de hallar esa flor milagrosa que no florece en parte alguna. Corta las

alas a la fantasía, niega tu atención al canto de las sirenas, cierra los ojos a los espejismos que quieran arrancarte de tu torre de marfil, y así, invulnerable dentro de ti mismo, déjate mecer por todas las corrientes sin bogar jamás, ya que jamás llegarás a la ribera.

Calló el altísimo varón y el joven permaneció en silencio. Había fijado los ojos en el suelo, y aunque su semblante animábase con el fuego interior, permanecía respetuosamente mudo, sin poderse adivinar cuáles serían sus ideas.

—Ahora, hijo — continuó diciendo el anciano varón — ahora ya sabes la verdad inmutable que rige la marcha de las cosas. Y bien, ¿qué piensas hacer?

Alzó el efebo su mirada y la tendió al azul: después contempló los verdes prados, la albura de los lejanos caseríos, la limpidez de las aguas que corrían serpenteando, y volviendo al fin los ojos a su padre, contestóle así:

—¡Oh, padre mío, grande es tu elocuencia, inmensa tu sabiduría, omnipotente tu poder sobre mí...! Si quieres que viva así, ordena a los esclavos que me carguen de cadenas, que me encierren en el más seguro de los silos, que cieguen mis ojos a la luz... así podré obedecerte..., pero, si dejas en libertad mi vida, sabe, señor, que ella seguirá hasta el fin remontando la corriente de las pasiones... de las pasiones que nacen al impulso creador de Zeus. Siento el espíritu pletórico de sensaciones, la sangre bullente de vida que despierta, la mente plena de imágenes que se animan apenas mi voluntad les deja suelta la rienda... y mi existencia será, como fué la tuya, un continuo luchar en pos del Ideal que escapa siempre, y siempre se muestra a nuestro alcance... Di a los vientos que permanezcan inmóviles, a las aves que no canten, a los astros que no brillen.

Si ellos te obedecen, entonces, padre mío, creeré que Zeus te ha dado su sobrehumano poder y ataré mi vida al poste de la insensibilidad; pero eso no puede acontecer, porque los vientos seguirán volando su eterna fuga sobre el mundo, las aves cantarán mientras haya aliento en sus cuerpos, las flores embalsamarán el ambiente con su fragancia y los astros mostrarán siempre, desde arriba, el esmalte de su luz... y mi vida será soplo, canto, lumbre y perfume, y consumiéndose en la hoguera de la esperanza subirá a lo alto en pos de la ilusión.

El efebo selló sus labios e inclinó la frente. El anciano varón silenciaba también, pero en torno de ellos el viento modulaba su altísimo grito de victoria y se oían trinos agudos que salían del boscaje donde las flores se embriagaban en una orgía de perfumes, y sobre todo lo creado, el sol reía gozoso proclamando el reinado de la vida.

MÁXIMO SÁENZ.

SOMOS TAN SOLO UN ECO...

(Del libro inédito "Aroma de Humildad").

No, amigos: A pesar del impulso violento
de nuestras ambiciones, somos sólo una cosa
humilde en el gran Todo que, con maravillosa
luz, detiene las ágiles alas del pensamiento.

Es inútil gemir con dolorido acento;
siempre ha de estar la Esfinge serena y silenciosa.
No, amigos: a despecho de nuestra alma orgullosa,
somos un débil grito que se pierde en el viento...

Hermanos de la hierba que nuestro pie asesina,
cumplimos sin saberlo la voluntad divina,
sin que quede el recuerdo de nuestra breve estancia...

A pesar de los dulces y los altivos sueños,
de la loca inquietud, de los magnos empeños:
somos tan sólo un eco de la gran resonancia.

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú.

El profesor Levy-Bruhl

Fué nuestro huésped el profesor Levy-Bruhl. Tuvimos el propósito de hacer un estudio especial de la obra de ese eminente pensador francés. Razones de tiempo han impedido que lo realizáramos; pero como medio de expresar lo que representa la obra del profesor Levy-Bruhl en el pensamiento contemporáneo, publicamos el discurso que el profesor de Filosofía de nuestra Universidad, don Antonio M. Grompone, pronunció al presentar al autor de "La morale et la science des moeurs", en la conferencia dada por éste el día 17 de octubre en el Salón de Actos Públicos de la Universidad.

He aquí ese discurso:

Señor Profesor Levy-Bruhl. Señoras. Señores:

Es con verdadera satisfacción que voy a iniciar este acto, presentando por especial encargo del Consejo de E. S. y Preparatoria a la ilustre personalidad que va a ocupar esta tribuna dentro de breves instantes. Y es que en el caso, existe la estimación debida al creador de una obra valiosa en Moral y en Sociología, y al representante de una corriente de pensamiento que cobra interés extraordinario en este momento espiritual.

Se ha llamado al siglo XIX, el siglo de las restauraciones, y nosotros tendremos que llamar al nuestro, el de la crisis; porque tal es el estado que surge

de las corrientes antagónicas que no han logrado aún fusionarse.

Perdida la fe en los principios que hasta hace poco regían la acción humana, el problema angustioso de la hora es encontrar una orientación que dé a la ciencia la idea directriz para los hombres y los pueblos.

Tenemos que atribuir un valor a nuestros conocimientos y hallar un ideal que permita organizar la vida individual y social, contemplando las nuevas exigencias.

La reacción contra los sistemas de moral, racionales y normativos, se produjo en el sentido de negar la posibilidad de una ética independiente de las otras ciencias, criterio que tan en boga estuvo y está en ciertos círculos sugestionados por la apariencia sistemática; pero será la gloria mayor de Levy-Bruhl, la de haber contribuído a crear otra solución más en armonía con las esperanzas renovadoras, y que no estuviera inspirada por una enfermiza obsesión de la lucha.

Por eso es que el criterio predominante en toda su obra, representa una de las soluciones más eficaces para impedir el derrumbe de la moral y de la sociología: construirlas como ciencias, con el mismo derecho a la vida que las ciencias naturales, es buscar los fenómenos sociales, a estudiarse, en sí mismos; es, en fin, un ideal en momentos en que lo pseudocientífico, según la expresión de Rauch, avasalla y entusiasma, mostrar que en esos dominios cabe también la observación seria y el análisis científico. He ahí la razón que tengo para estudiar con particular interés, y a pesar de reservas personales, una corriente que habrá contribuído a ampliar, sin duda alguna, el conocimiento humano, impidiendo desaparezca el esfuerzo orientado en el sentido de las ciencias sociales, aunque no se sabe que quedará de ella en el porvenir.

Todos los años, al exponer en mi clase de moral,

las corrientes del pensamiento actual, me detengo especialmente en esa tendencia que nace de una intuición genial de Comte y tiene su manifestación concreta en un grupo de trabajadores escrupulosos, cuyos jefes espirituales fueron nuestro visitante, que continúa siéndolo, y aquel otro clarísimo espíritu cuya pérdida conmoviera, ha poco, a todos los círculos intelectuales: Durkheim. Y, fatalmente, el mismo comentario se impone: aunque resulte equivocada la orientación, habrá permitido, por lo menos, que se renueven métodos de estudio, haciendo posible que, entre otras, las creaciones morales no surjan sólo de un arbitrario concepto individual, sino que exijan la colaboración y el esfuerzo de muchos hombres, cuya obra no se excluye, sino que se complementa, acumulando el material que dará nacimiento a las soluciones necesarias.

Mr. Levy-Bruhl dirá, dentro de un momento, en qué consisten, en parte, sus ideas sobre la moral y la sociología, como ciencias, y el método que debe emplearse en su estudio. Por mi parte, quería hacer resaltar esa figura de hombre de ciencia, que en la cátedra, en el libro o en esa admirable "Revue Philosophique", afirma un concepto constructivo en las ciencias sociales.

Y es ese método que ha puesto él mismo en el estudio de hechos concretos, el de la mentalidad primitiva, por ejemplo, y cuyas afirmaciones no resultan de un improvisado criterio de las cosas, el que presta una extraordinaria influencia a la figura de Levy-Bruhl; y lo exterioriza como un ejemplo de trabajador silencioso y honesto, al mismo tiempo que como pensador creador y firme. Se sabe, en efecto, que cada afirmación suya ha necesitado el análisis minucioso de una vasta documentación de hechos, y que su pensamiento claro, sencillo, viviente, que parecería

obra de una fácil concepción imaginativa, representa en realidad, una laboriosa investigación que no trasciende, como no trascienden las numerosas experiencias de laboratorio en el descubrimiento del hombre de ciencia.

Y mientras se habla de crisis de las corrientes morales y de falta de ideales, surge así como una gran esperanza, esta valiosa actividad constructiva que para paralizar toda improvisación pedantesca, o toda creación arbitraria, se inclina primero ante las realidades que nos deben mostrar el secreto de las transformaciones sociales, para que esas mismas realidades puedan darnos luego la inspiración necesaria para seguir el buen camino. Y es así, como esa doble influencia del hombre y de la idea ha despertado una intensa admiración en los círculos de la Sorbona.

Colocados nosotros en las puertas que nos ponen en comunicación con el viejo continente, llegan sus figuras relevantes, con la aureola de prestigio superior no mancillada por ninguna de esas pequeñas apreciaciones que surgen del criterio egoísta de todos los ambientes. La venida de muchas de esas figuras de primera fila ha sido seguida por un poco de desencanto, porque hemos visto diluída su gloria al aproximarnos al ídolo. Porque sé el respeto que inspira a los que lo tratan de cerca, y porque su figura de maestro no desmerece a la de autor, tengo la seguridad que la simpatía aumentará el interés de las ideas de Levy-Bruhl, ideas que tienen la claridad luminosa de toda la filosofía francesa, tan extraordinariamente unida a lo real a quien domina, y tan elevada en espíritu a quien dignifica.

DE "LOS PEQUEÑOS POEMAS"

EL OMBÚ

Estaba el ombú solo
Como un fantasma enorme
En medio del desierto...
Estaba el ombú solo,
Muy solo en el desierto...
Ah! no; también su sombra
Como un gigante espectro
de erizadas melenas
Lo acompañaba al menos!...
De noche vi el ombú,
Y estaba también solo,
Más solo que de día,
Porque sin sombra estaba.
La Luna aquella noche
Todavía dormía...
Qué haces solo?—le dije.
Oh! nunca yo estoy solo,
Me respondió cantando
El salmo más piadoso
Que escuché yo en el mundo.
Cuando no está mi sombra
Para mi compañía,
Está el viento que llora
Cuando crujen mis ramas;
Porque nunca están solos
Los hombres y las cosas
Que tienen alma!

ORATORIO ABANDONADO

Oh! dulce Alba blanca,
Blanca como las manos de mi novia,
Como las rosas blancas
Que entre los lirios crecen
Del jardín de mi amada!
Oh! Alba que despiertas
Con los jazmines de tus besos mi alma...
Dime: ¿por qué hoy no asomas
Como otros días tu belleza clara,
Hecha de lirios y de frescas rosas?...
Por qué estás triste y tu belleza envuelves
Entre las nubes grises
De esta fría mañana?...
Ayer alegre el campo
Con tu esplendor llenàbas.
El cielo en su pureza
De amor todo cubría,
Vistiendo de blancura,
De azul y rosa el valle y las montañas...
Pero hoy no estás alegre;
Tu rostro no es el mismo
Que ayer tras las colinas asomabas.
Las nubes no han querido
Que te mostrases blanca;
Te encerraron impías
En las grises murallas
De las hondas cavernas
En que duermen el rayo y la tormenta.
Por eso esta mañana
El gallo no ha cantado,
Y mi corral agreste
Parece un oratorio abandonado!

MANUEL NÚÑEZ REGUEIRO.

Rosario de Santa Fe.

CENTENARIO DEL BRASIL

Aunque posiblemente el cambio no afecte a las cancillerías, nos creemos en el caso de establecer que nuestro Glosa del Mes correspondía virtualmente al suceso histórico del título. Pero no faltaron razones emocionales que movieran a trocar el saludo de práctica, restándole actitud protocolar, y zahumándolo de la efusión con que al Brasil se distingue en esta casa.

En la oportunidad, hay una indeliberada concreción de los sentimientos que ese país inspira habitualmente. Ya no es el espectáculo de su expansión económica, ni el perfeccionamiento de sus instituciones políticas, ni la actividad sustantiva de sus hombres de ciencia y de sus artistas. Es todo ello, ciertamente, más percibido en nuestra inteligencia y en nuestros sentimientos con el signo del ciclo histórico recorrido y entonces nuestra admiración se dilata, porque el esfuerzo ha sido de calidad superior; nuestro afecto se acrece, al ver tan en su punto la obra que engendrara nuestra simpatía.

* * *

Tal vez más que en cualquier otro país del continente, el hacedor de mundos colocó atributos negativos junto a las virtudes distribuídas en la inmensa república. El clima soberbio, pero hasta soporoso y enfermizo; las comarcas ubérrimas, pero conteniendo dificultades multiplicadas a cada variación topográ-

fica; los ríos inmensos, perdiéndose en regiones yermas, a fuerza de ser tan ricas; la población descendiente de los colonizadores más atrevidos del orbe (pudiera decirse de los soñadores más grandes), pero un tanto mixturada.

De todo eso, ahora aplaudimos lo que ha resultado. Población, cuyas clases cultas son positivamente elogiosas, con actividades científicas y artísticas bien originales y admirables; cuyas clases restantes dan un cociente de aprovechamiento intelectual no despreciable. Organización económica, concorde a la potencia de sus riquezas, y penetrada de sus altas responsabilidades, habiendo llegado a la explotación de su hierro y de su carbón, únicas bases de la libertad de las naciones. Salud en su democracia, que le consiente gobernarse con los mejores.

En resumen: un espectáculo deslumbrante en la vida interna de la nación; en la externa, ya se ha visto que vive con la mano abierta y extendida.

* * *

Cuando se visita la bella Quinta de Boa Vista, antes residencia imperial, ahora destinada a Museo de Historia Natural, hay, o había hace algunos años, cierto detalle al que nosotros diéramos alto significado.

Se conserva en mucho el boato del antiguo señor de la casa; y si bien hay salas donde zancudas y félidos se multiplican en los soberbios espejos, que a la imaginación más descansada le evocan ceremonias fastuosas, hay otros salones donde el prestigio de rojos terciopelos y la ubicación de objetos íntimos hacen presumir que aún subsiste la antigua vida. (Tal aquel salón donde un tablero de ajedrez, de marfiles envidiables, parecía estar en un alto del juego).

Mas lo significativo es, o era, la estancia destinada

a biblioteca de aquel señor magnífico, el último emperador; y junto, apartada sí, de la tentadora e inefable belleza del paisaje que enmarcan las ventanas de la biblioteca, está la antigua capilla, donde seguramente aquel hombre de ilustre memoria buscaba el apoyo espiritual que había menester la realización de las grandezas que aprendía en los libros vecinos.

La antigua capilla fué transformada en laboratorio químico; ahora nada existe de los artefactos del culto religioso, hay matraces, fiolas y reactivos, toda suerte de esos artilugios que determinan actividades exactas de la humanidad. Es inevitable evocar el alto espíritu del Emperador, hombre de buenas intenciones, hombre de letras y de ciencia, vagando taciturno, peinando con la mano afilada sus barbas señoriles, de la biblioteca a la capilla.

Y el espíritu del Brasil actual parece estar simbolizado en la disyuntiva; pero, y tal vez fué el momento del cambio político, las grandes cosas aprendidas en la biblioteca ya no han menester solicitar potencia alguna para hacerse prácticas.

Por eso alejaron los dioses de la capilla.

Ahora la potencia ya está en la raza.

EL POEMA DE LAS CALLES TRIUNFALES

Porque eres zigzagueante
los hombres sutiles
del mediodía
te bautizaron, ¡oh calle alegre!,
con el nombre paradisíaco de Sierpes.
Habrá calles espléndidas,
con edificaciones marmóreas;
pero más pintoresca,
ninguna.

Te amo hasta en la noche
de los sábados,
en que los hombres embriagados
de vinos rojos
discurren funambulescamente
escupiéndote las puntas de sus cigarros;
y en los domingos tumultuosos
cuando la soldadesca
te hace intransitable
y apareces ante mis ojos
como una ciudadela,
o como una de esas oscuras calles
donde las meretrices
con sus trajes conmovedores
venden sus caricias envueltas
en nubes de alhucema.

Y los vendedores de diarios
te asaetean con sus mil voces
como si fueses un mercado
donde se amontonasen los frutos
o como si fueses un zoco
donde se vendiesen esclavas.
Y en esas altas horas de la noche
en que los hombres viciosos
salen maldicientes
de las casas de juegos,
con los pies transidos de frío
y las cabezas congestionadas.
Tú, ¡oh calle prodigiosa!,
los disuades sonriente
como una alegre cortesana
haciéndoles que ahuyenten
la idea del suicidio.

Tu belleza, ¡oh gran calle!,
es inmutable, como la de esas esculturas
que sustentan los pedestales
de las glorietas irradiadas de sol
de los jardines en fiestas.
...Pero una noche
he sentido tu voz inefable:
—Y tú, poeta, ¿nunca me dirás nada?
¿Aguardas, quizá, que deje de existir
como los hombres célebres
para hacerme el epitafio?
Verdaderamente, ¡oh calle de la infancia!,
he debido cantarte
como una alondra lírica
o como un ruiseñor sonoro
por el recuerdo de la niñez
porque infantilmente
—con mi larga cola de nazareno
he barrido, como una novia

que va a desposarse, tu suelo
en los días de Semana Santa—
cuando el olor de los "pedacitos"
que se doran en los peroles
ponen sus collares invisibles
en las gargantas de los penitentes
y se siente una carraspera
como la que deben sentir
los condenados a muerte;
y las imágenes tiemblan en los pasos
a los sones de las claras trompetas,
en una apoteosis deslumbrante.

¡Oh calle que me has visto tornar
colmado de juguetes de las ferias!
¡Quién pudiera retener esos instantes
para ser siempre dichoso,
para ser siempre inocente,
como el día en que se me volara
un globo azul en el espacio!

¡Pero tú serás siempre, oh calle sabia,
como la serpiente tentadora
ofreciéndonos mujeres voluptuosas
y sonrosadas como manzanas del Norte!

ISAAC DEL VANDO-VILLAR.

LAS CARABELAS

(De "Las Naos" en preparación)

Las naos promisoras de la gloria y poderío del solar castellano son las carabelas. Son esas naos un símbolo de la raza. De la raza que en un arranque heroico forjó el suelo patrio en el incesante golpear de sus mazas y espadones contra los muros de la morisma defensora de su último baluarte.

Son un símbolo esas carabelas. Carabelas improvisadas en las que el valor de los hombres ha de suplir la carencia de lo más indispensable. Como en España. Allí la soldadura de los pequeños reinos, va originando la nación conquistadora. La férrea voluntad de sus monarcas señala con la fundación de Santa Fe, el propósito inquebrantable de abatir las almenas de Granada.

El amalgamiento del heroísmo y la locura de los tripulantes de las endebles carabelas, unifica el esfuerzo, y en el recio ademán del Almirante se vislumbra, como una prolongación de la estela que en los mares va quedando, la nueva ruta que lleva hacia las tierras que España quiere para ser pródiga con ellas.

La vieja carraca "La Gallega" sirve de nao capitana. Oculta la pobreza primitiva con el cristiano nombre de "Santa María" y con los castillos de proa y popa y con sus complicados mástiles, en los que orgullosas velas latinas se inflan para impulsar el barco hacia el fabuloso mar desconocido. Va rumbo al mis-

terio; al misterio que encierra ese mar desconocido, que ha de devorarlo, o que dominado, tendrá que presentarle, en prenda de rendido vasallaje, el tesoro que encierra un doble continente.

A su zaga, navegan "La Pinta" y "La Niña".

La marcha hacia el Occidente, temible y desconocido, es propiciada por los mismos elementos. Dice el Almirante "...el viento, tornó a ventar muy amoroso, y llevaba todas mis velas de la nao maestra, y dos lonetas y trinquete, y cebadera, y mesana, y vela de gabia."

Y así, con una pobreza que no hubiese desdeñado Francisco de Asis, se iba trazando la vía más luminosa de los tiempos. Y con un valor, digno de la hazañosa vida de Rodrigo de Vivar, la enseña de Castilla tomó para la civilización la virgen india.

* * *

Grande Almirante: eres tres veces grande!

Una, por ser gallego, de las tierras que vieron la epopeya de Pelayo.

Otra, por ser el visionario que mostró las nuevas rutas.

Y la tercera, la mayor de todas, por haber traído hasta esta América las naos promisoras, símbolo de la raza, de la raza que prodigó su sangre, su fe y sus ideales en el germen fecundo de nuestra raza hispanoamericana!

ARTURO CARBONELL DEBALI.

PINTORES ESPAÑOLES

IMELDO CORRAL

Por las ventanas de nuestra inquietud se nos entra el paisaje... Y sentimos vibrar en nuestra corteza, la emoción de aquel verso:

"algo que es tierra
en nuestra carne, sufre
la humedad del jardín."

Y hemos pensado mal del arquero Rubén, que salpicaba el espacio lírico, con flechas de envidia hacia las piedras y los árboles...

"Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
Y más la piedra dura, porque ésa ya no siente."

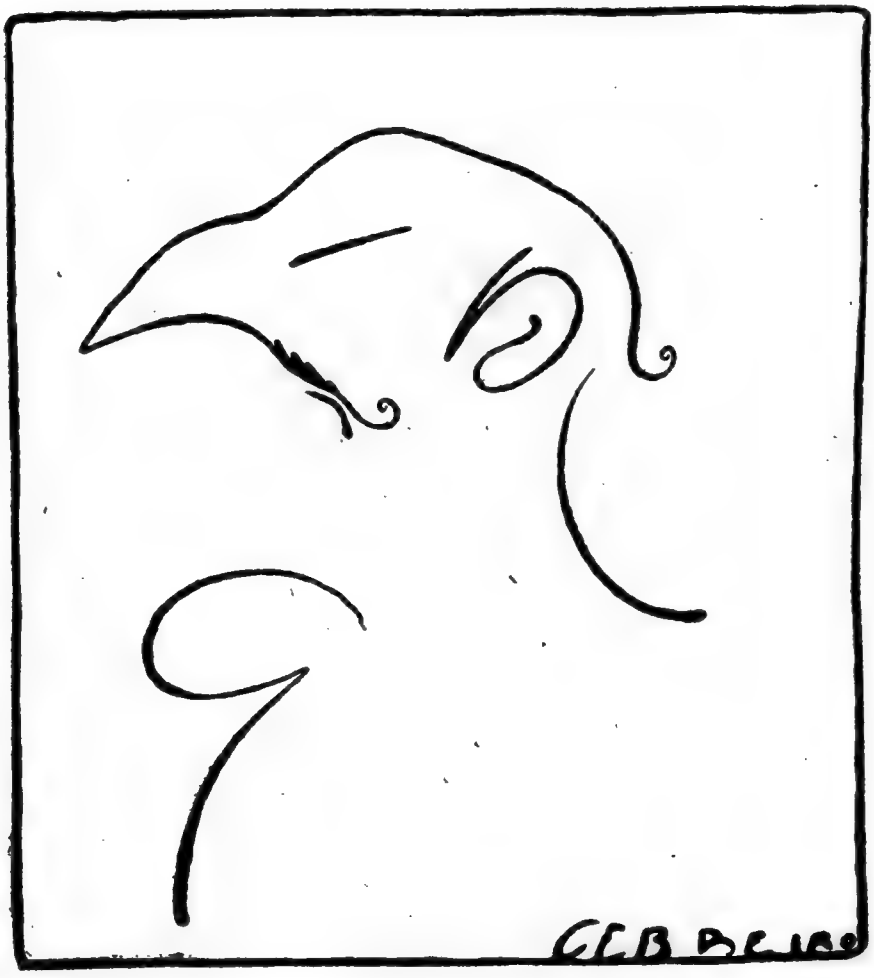
Estas piedras y estos árboles de Imeldo Corral, viendo desfilar nuestra grotesca envoltura, tal vez piensen:

"Dichoso el hombre que deshace en gritos, su dolor
[y su risa"...

El árbol, la piedra, casi siempre, lloran silenciosamente. A lo sumo, un resbalar de sol sobre el lomo endurecido, o un suspirar cansado brota de las bocas verdes de las hojas...

Ni aún en los días de tormenta, los árboles chillan: apenas saben cantar dulcemente, acompañando con sus voces de primera comunión, al organista Maese Viento...

Imeldo Corral va limpiando cada día más el cristal de su arte. Y ya es un cristal sólido, que no teme a los fantásticos honderos de la crítica.



"Firmeza y luz, como el cristal de roca", que diría la sonrisa buena y gordinflona del hermano Acosta, recordando al revolucionario de "Lascas".

Nazariantz nos ofrece esta sortija, para que podamos engarzar más fácilmente en ella, nuestro pensamiento sobre Imeldo:

"Avida fué su vida en los caminos...
Loco de estrellas y de azul."

Y frente a sus roquedos, nos hemos acordado de Pascoaes:

"Hay roquedos que son estatuas misteriosas,
los vemos, allá lejos, en sierras arenosas...
Los hay que por la tarde, dan sombra que es ternura;
los hay que por la luna se ponen a rezar."

La obra de este artista se enciende en una plegaria musical. En muchas de sus telas hay vibración: en esa lágrima pensativa del pino roto; en esa falda ampulosa del jugoso castaño...; en esa tarde, que como la de Herrera y Reissig, ya empieza a vestir sus tocas de viuda...

Vibración, en las torres del mar; vibración en la piel gris de las rocas y en las naves de plata de las nubes...

Y hemos diluído toda nuestra sombra, en ese campo que salmodia una fragante sinfonía de lentejuelas cálidas...

JULIO J. CASAL.

DON PIETRO

Le comenzó la tierra a temblar y a ablandarse;
Mas ya tenía el viejo tanta experiencia hecha
Que cuando vino el vértigo lo halló a un peral prendido,
Los ojos bien cerrados, la testa bien derecha.

Pero esta vez zumbábale como nunca su cráneo
Y entre las venas íbale corriendo un raro hielo,
Por lo que, poco a poco, siempre agarrado al árbol,
Plegóse hasta que pudo sentarse sobre el suelo.

Don Pietro comprendió... La lengua estaba rígida,
Los brazos le colgaban indóciles y flojos,
Mas pudo abrir los párpados, y el resto de su vida
Desesperadamente subiósele a los ojos.

Así, como absorbiéndolo, contempló su paisaje,
Sus árboles, sus viñas y, más allá, la casa
Que el hizo piedra a piedra... ¿cuándo?... vaya a sa-
[berlo,
Cuando era todo aquello tierra desierta y rasa.

El humo de la cena se deshilaba encima.
¡Cuán en balde!... A esa hora, surgirá la sorpresa.
Prenderán los faroles, hurgarán todo el campo,
¡Después quién tendrá ganas de sentarse a la mesa!...

Y, de pronto, otro vértigo concluyó de tumbarlo
Cara arriba, entre el pasto; y, en círculos frenéticos,
Arboles, casa, viñas, giraron largo tiempo
Silbando, alrededor de sus ojos patéticos.

Y luego paz y niebla... ¿Quién cantaba en la niebla?
Era una voz paisana, sonaba muy distante.
¡Y qué canción tan vieja!... la cantaba su madre
Y quién más?... él, ahora, sobre el barco emigrante.

Bostezó. "Está lindo el peral"... y, muy nítido,
El peral se hizo hombre, se le arrimó hasta un metro.
Y tan familiarmente como un vecino antiguo
Lo saludó sonriendo: buenas noches, Don Pietro.

¿Ya de noche?... sin duda, y una noche bien fría.
Mal le vendrá a las viñas este helar rezagado;
Mas ¿en qué pensaría la loca de su nieta
Que hoy le ha tendido el lecho sin ponerle acolchado?

Se habrá roto y lo zurce. ¿No lo ha dicho? allí viene.
Le extiende, acariciándolo, el cobertor de lana.
Ya no siente más frío, pero el sueño es tan hondo
Que apenas le permite decirle: hasta mañana.

José María Delgado.

"RAIZ SALVAJE", de Juana de Ibarbourou

El Uruguay cuenta con cuatro poetisas de preclara alcurnia intelectual: Delmira Agustini, viva en la inmortalidad de su obra que truncó la tragedia de su muerte; María Eugenia Vaz Ferreira, agotada o fatigada por su enorme carga de indiferencia escéptica; Luisa Luisi, de reposada tendencia indagadora que la lleva a la deriva de la isla desolada de la crítica; y Juana de Ibarbourou, en pleno vigor mental, con su jardín desbordante de flores líricas.

Juana de Ibarbourou es todavía la inquieta muchacha, con alma franciscana y panteísta, que llama "hermano" al álamo, "novia" a la luna, "amigo" al pájaro, "confidente" a la estrella, y experimenta ingenuos estupores o miedos infantiles ante las ciudades tentaculares. Ella salió del campo, de un "pueblo distante y tranquilo", orillado de naranjales:

"Que en Agosto semeja de oro
Y en Diciembre de azahares blanquea".

Nostálgica, evoca sus días, pasados respirando ese perfume nupcial, mientras abiertas las ventanas de su alma, pasaba la brisa llena de soledad:

"Me crié respirando ese aroma...

. . . . . .

Después, lejos llevóme la vida.
Me he tornado tristona y pausada."

No es extraño, pues, que reaccionando contra la absorción de la ciudad cosmopolita y ebria de languidez criolla, que pone turbiedad en los ojos y calor en los labios, grite ahora con el afán primitivo de renovar sus muertas horas de soñados deslumbramientos:

"¡Si estoy harta de esta vida civilizada!
¡Si tengo ansias sin nombre de ser libre y feliz!"

Es que sigue siendo "la misma muchacha salvaje", que añora el sabor de las pitangas en los labios

tremantes. Por esto clama, afiebrada y convencida, como reafirmando su anhelo insatisfecho:

"¡Si aunque florezca en rosas nadie podrá cambiarme
La salvaje raíz!"

De este modo, su reciente libro "Raíz salvaje", trae aroma de selva nativa, rumor de río elástico y amor a todo lo que en la naturaleza puede tener un alma y por ella sufrir.

Ya se extasía ante la laguna en que:

"El agua es un ser vivo
Que me contempla y calla";

como se conduele del pozo a cuyo fondo baja en las noches profundas el beso de un estrella solitaria; o llama:

"Fila de muchachos buenos!"

a la hilera de álamos que sale a recibirla por el campo; o tiene para la higuera gris y retorcida como de dolor, la más tierna caricia de su palabra.

Es que Juana de Ibarbourou ama a la naturaleza y la humaniza, vinculándose a todas sus cosas, a las que dota de una hiperestésica sensibilidad, para adorarlas con pasión áspera y con una casi morbosa delectación de procedencia romántica.

Este nuevo libro constituye una especie de liberación plausible; y, desde luego, esperada por la dualidad erótica y panteísta de su obra anterior.

Cierto que persiste en la tendencia dual que caracteriza y define a "Las lenguas de diamante"; pero, por sobre esta persistencia — último tributo a la aurora inicial — insinúa su firme amor panteísta, echando a segundo plano la influencia tiránica que, sobre las poetisas que cantan al amor en el Río de la Plata y aún en América, ha ejercido la poesía cálida y precursora de Delmira Agustini, verdadera Condesa de Noailles en la poesía hispano-americana, según la predición cumplida de Rafael Barret.

Grato es ver cómo Juana de Ibarbourou, que hace poesía sin artificios, ni técnicas complicadas, continúa la marcha por un sendero propio, que conduce hacia más amplios paisajes. La poesía erótica es unilateral y propende a lo enfermizo, por un proceso largo de explicar aquí. Quien le consagre por entero su vida, unilateraliza su obra y la condena a seguir los viejos caminos por donde pasaron ya, en caravana prestigiosa, los árabes y los hindúes. Emanciparse, pues, es dilatar las perspectivas y hacer obra con temas autóctonos que, por estar intactos, ofrecen para el público americano la tentación de las cosas no dichas todavía, que aguardan la perpetuación del verso en que el ritmo les da la música precisa y el tema desborda en grata emoción.

Quizás a Juana de Ibarbourou le falte cultura amplia, y de aquí que su verso tenga, en ciertos momentos, la aspereza auténtica de lo espontáneo. No es esto un defecto; es admirable condición que refleja su carácter de poetisa instintiva, en cuya labor se muestra la libre pureza de una total sinceridad. El día en que la copiosa lectura le presente la tentación de los temas arbitrarios, no dejará de ondear alto su gallardete; mas su poesía perderá ese sabor agrio a cosa nuestra, a "cosa de América", que conviene mantener para destacarse prominentemente.

Véase ahora cómo, en soneto magnífico, ha sabido decir el pensamiento de la hembra primitiva:

LA PESCA

La espuma me salpica como un rocío blanco
Y el viento me enmaraña el cabello en la frente..
A mi espalda está el verde respaldo del barranco
Y a mis pies el gran río de elástica corriente.

Rumores de la selva y rezongos del agua.
Y tal como una lepra sobre el dorso del río,

La mancha oblonga y negra que pinta la piragua,
En la fresca penumbra del recodo sombrío.

No medito, no sueño, no anhelo, estoy ligera
De todo pensamiento y de toda quimera.
Soy en este momento la hembra primitiva

Atenta sólo al grave problema de su cena,
Y vigilo glotona, con un ansia instintiva,
El corcho que se mece sobre el agua serena.

Y cómo con la trivialidad de un motivo cotidiano, ha dado una bella nota de ingenuidad:

LA ENREDADERA

Por el molino del huerto
Asciende una enredadera.
El esqueleto de hierro
Va a tener un chal de seda.

Ahora verde, azul más tarde
Cuando llegue el mes de Enero
Y se abran las campanillas
Como puñados de cielo.

Alma mía: quién pudiera
Vestirte de enredaderas!

"Raíz salvaje" abre una perspectiva más amplia a los horizontes que circundaban a "Las lenguas de diamante", y si bien no hay en ella una superación de valores, existe una renovación de ideales, bien nítida, por donde puede columbrarse la firmeza de esta marcha ascendente de Juana de Ibarbourou, que, sin plegarse servilmente a las tentaciones de las nuevas tendencias literarias, orilla los fáciles senderos y canta como un pájaro, libre de toda preocupación preceptista, los temas eternos del amor que reflorece cada día y de la naturaleza que se renueva con cada aurora.

José Pereira Rodríguez.

SUGERENCIAS LITERARIAS

La melancolía de Pierre Loti

Pierre Loti ha publicado un libro de memorias de su primera juventud, que Paul Bourget recuerda con profunda emoción, en el que cuenta cómo se ha agotado, con obstinación pueril y desconsoladora, queriendo fijar con la imagen y la palabra, todo lo que pasa. "He intentado detener el tiempo, dice, reconstruir los aspectos borrosos, conservar las casas viejas, prolongar la vida de los árboles de savia extinguida, eternizar hasta las humildes cosas que no debían ser más que efímeras..."

Este afán incesante del artista, de traducir en belleza por el prodigio del arte y del ingenio, todo lo que logra levantar su espíritu o poner una inquietud en su corazón, es el dinamismo de su labor fecunda y creadora, que refleja, como sobre un inmenso fondo de verdad, el panorama múltiple de una hora histórica, la psicología impenetrable de un pueblo como de un hombre, el rasgo de un objeto como la evolución de un minuto dado en la humanidad. De otra manera no se concebiría la grandeza de las obras eternas y del arte inmortal. Razón tiene Loti para decir que en ese creador esfuerzo reconstructivo se va dejando lo mejor de la vida. Pero entregar al futuro la verdad del presente a costa de nuestras energías o dolores, es la más gande misión de los hombres. Porque apar-

te de legar en belleza lo que íntimamente cautivó nuestra vida, damos a la vida que llega, afiebrada y ansiosa, como un abierto libro de enseñanzas para que en él pueda aprender a determinar sus sendas y a orientar sus impulsos avasalladores.

Consciente e inconscientemente, eso es lo que han hecho y hacen cuantos trabajan en tan noble desarrollo espiritual. En el fondo de toda inspiración, de toda idea, está la fuerza renovadora que guía los destinos del mundo. Las iniciativas son el producto de una larga experiencia, porque surgen para modificar o traer al medio otras fuerzas, otra acción que mejor encamine el paso de la humanidad. Tres factores compulsan en la renovación económica y moral de los pueblos. El Arte enseña y ennoblece; la Ciencia investiga y descubre. Pero sin la Política, sabiamente entendida, las enseñanzas del Arte y los descubrimientos de la Ciencia no encontrarían la aplicación necesaria a que están destinados. La Política es la potencia dirigente que dice a los hombres cómo han de vivir en sociedad mientras no se aparten de las leyes que dicta la Ciencia y no desdeñen la experiencia que del pasado nos presenta el Arte. Los renovadores—o mejor dicho, los revolucionarios—no quieren en principio otra cosa que la comprensión de esta armonía. Sus mayores esfuerzos tienden a ello. Por eso, todo reformador siente los arrebatos líricos del artista y tiene la lógica y la austeridad de un hombre de ciencia. No existe dilogía en sus atributos, porque su noción clara y profunda del desarrollo de la vida en su forma social o espiritual, está basada sobre la experiencia y la enseñanza, sin las cuales no es posible avanzar por el camino de las totales transformaciones.

•

"He querido detener el tiempo... y este vano esfuerzo de cada día habrá contribuído al gasto de mi

vida...''.—En la melancolía de esta confesión, Loti no ha querido ver la recompensa de la obra, la misión de su esfuerzo. Tal vez más que el dolor del trabajo, al que fué entregando sus energías, su juventud, su existencia toda, lo que siente es la tristeza de la llama de una vida que se apaga para siempre. No es que se quiera detener al tiempo. Lo que se quiere es perpetuar una época, perpetuarla en una obra, sin atacar las leyes de la Energética. Y no es vano ni lamentable todo lo que se emplee en ello. ¿Acaso nuestra vida podría durar más si la inmovilidad la detuviera ante la palpitación poderosa de la naturaleza? Ennoblecer lo presente, reflejarlo en lo venidero, enseñar al mundo! He ahí la gran misión. La historia de los pueblos, en sus manifestaciones superiores, no es más que una suntuosa galería panorámica. Cuando queremos revivir un hecho, vamos hacia el paisaje que nos lo representa. Sólo así se retiene todo lo que pasa. Y la labor empleada en ello no será vana ni nos agotará. Tal vez el artista, compenetrado de que su obra ha concluído, sienta el intenso dolor de llegar, de que hablara Rodín. Entonces tendrá razón de ser la melancolía que se desprende de las páginas del libro de Loti. Aquella inquietud que nos estremece en todos los minutos, hora tras hora, por ir plasmando en el mármol o traduciendo al libro una imagen que se levanta frente a nuestras pupilas con la gracia triunfal de su belleza. Inquietud es ésta que no se aleja del artista hasta que la muerte no ensombrece sus horizontes. Inquietud y avidez, como atributos de una eterna juventud espiritual, que no dejan de acicatear su numen creador. Por eso Rodín, que había hablado del dolor de llegar, sintió hasta en sus últimas horas la fiebre de su fantasía exaltada y poderosa, donde aleteaba el genio. Pero Rodín llevó a la tumba, sin verlo realizado, su sueño más hermoso...

ARTURO S. SILVA.

MAL ESTUDIANTE

I

ABATIMIENTO DE OTOÑO

Los libros cerrados.
El cerebro hueco.
El corazón seco.
Los dedos helados.

Y estoy triste, tan triste que: contemplando el cauce
de los días que pasan, sin atinar a hacer
nada, me doblo como lánguido sauce
a mirarlo correr.

II

CAMPANAS

Oh campanas de víspera de fiesta,
qué bien sonáis para los estudiantes!

Cuando el sonoro júbilo de bronce
disipa la modorra de la clase:
la esperanza acentúa las sonrisas
y soñamos que pasan por la calle
las muchachas del pueblo
tocando en la ventana los cristales.

Oh campanas de víspera de fiesta,
buenas amigas de los estudiantes:
vuestra voz es palabra de optimismo
que debiera sonar todas las tardes.

III

ISABEL

Pródiga en espinas y mezquina en rosas,
Isabel—la pobre!—tenía unas cosas...

Cuando yo evocaba divinos poetas,
contaba ella puntos tejiendo carpetas;

Y si le pedía vino de su viña
alardeaba honesta condición de niña.

Más que en sus encantos fiaba en San Antonio
y guardaba todo para el matrimonio.

IV

DELIA

Pasas...
El moño azul de tu trenza
semeja una mariposa
prendida a un rayo de sol.

V

MARY

Anticipándote a la primavera
floreces el invierno agonizante.
Más que de sol, Septiembre está brillante
del oro puro de tu cabellera.

VI

VÍSPERA DE EXÁMENES

La lámpara cansada
vela con firme empeño
como una mirada
de ojos con sueño.

El reloj da la media

de las cuatro. En la huerta vecina
la noria remedia
la sequía; su rosario
largamente rechina
y al volcar el primer cangilón
inaugura su trabajo diario
con una canción.

De mi último esfuerzo hundo la espuela
a mi atención indócil,
sobre un libro de fósil
preceptiva poética de Oyuela.

VII

DESPERTAR DE VACACIONES

Qué mañana pura!

Cielo hasta en el ojo
de la cerradura.

LUIS CANÉ MALMIERCA.

EDUCACIÓN

El maestro

A la memoria de la insigne educacionista
María Stagnero de Munar.

Las multitudes humanas se han movido, desde el principio de los tiempos, a la orden del jefe, cacique, rey, emperador o general de los ejércitos y a la del profeta o maestro.

Parece que fuera de los instintos que lo impulsan hacia finalidades desconocidas, el que se ha titulado soberano de la creación, tuviera necesidad de seguir, con la misma inconsciencia del instinto, el camino que le señalan algunos individuos privilegiados, que conocen a ciegas la meta, más allá del límite alcanzado por la mirada común, o tienen potencia visual más amplia para distinguir la distancia remota, descubriendo las tortuosidades, los escollos, las sendas abiertas, los abrojos y las flores.

Moisés y David entre los hebreos, como Ciro entre los persas, como Alejandro entre los griegos, fueron lo que debió ser Caupolicán entre los araucanos, Zapicán entre los charrúas: espíritus dotados de un poder hipnótico que lograba el orden de las agrupaciones, su arrastre hacia un punto dado, adormeciendo rebeldías.

Jesús y Mahoma en tierras sagradas, Sócrates y Platón en las helenas, Cicerón y Arquímedes en las

itálicas, predicadores de fe como Lutero, de ciencia como Galileo, iluminados del arte como Miguel Angel, arrebatados por la gloria como Colón, al atraer a los hombres, por el contrario, los despertaban del sueño en que los había sumido el mandatario.

Así, unas veces al empuje de fuerzas exteriores, otras al impulso de energías propias, iluminadas y dirigidas, la humanidad ha marchado.

Poco a poco, al abrirse el pensamiento, como un capullo, a la influencia de la luz y del amor, en cada alma surge la belleza de un sello propio; pero a la vez que aparecen voluntades e inteligencias independientes, las ideas se van enlazando en la trama sutil de la entidad social, como se forma un organismo con células de funciones propias, que no obstante responden a las necesidades del ser en cuya contextura están comprendidas.

El jefe se va disolviendo en esa trama y el maestro se multiplica.

A medida que los poderes centrales pierden su violencia, el dominio de los que saben más, distribuído en formas variadas y en tiempos continuos, tiende a dejar libre la acción de la individualidad; pero mientras ella no sea capaz de desenvolverse espontáneamente, sin perturbar las funciones complejas del conjunto, la verdad, el amor y el carácter, necesitan imponerse, con algo que lleve en las ondas de luz y en las vibraciones del aire, ese poder de atracción que tienen los soles para mantener armoniosa, la combinación magnífica de las órbitas estelares.

Los maestros que dejaron visible el rastro de su obra, ¿acaso hubieran podido actuar en abierta oposición con los que tenían aguerridos soldados a sus órdenes y llevaban el cuerpo protegido por fuerte armadura, recorriendo como lo hacían, calles y campos a pie, humildemente vestidos, si no los hubiera amparado el poder magnético del gesto y de la palabra?

Aristóteles se hizo dueño de Alejandro, Arquímedes de Hierón. Músicos de modesto origen, sabios sencillos, tuvieron entrada en los palacios mientras predicaban verdades y entonaban himnos a la libertad, unas veces con sátira amarga, otras con énfasis sonoro.

Si el Louvre, las Tullerías y Versalles, los alcázares imperiales de Berlín, Viena, Petrogrado y Moscú, hoy son pisados por el pueblo que dulcifica sus rencores, contemplando las bellezas que se encierran en la suntuosidad formada con el dolor de muchas generaciones, es porque los maestros que propagaron doctrinas, también tuvieron el poder de subyugar.

José Pedro Varela debió el éxito a ese don, tanto como a su argumentación irrefutable.

Cuentan que un día se presentó en la sala del gobernador, ocultando un arma, para defender su vida contra la probable violencia de una orden del mandatario: tan duro era lo que debía decir a quien disponía de la fuerza armada.

No obstante, nada grave pasó en aquella estancia. El dictador no oscureció el ceño ni llamó a la guardia. Hubo acatamiento; pero del gobernante al gobernado.

En una de sus notables conferencias, dijo el doctor Vaz Ferreira, tratando la discutida cuestión de valores intelectuales del hombre y de la mujer, que la diferencia más característica está quizá en la capacidad que aquél tiene y ésta no ha revelado todavía, para marcar rumbos nuevos a una época.

Cuando eso oí, me hallaba impresionada por la pérdida de la maestra cuyo nombre deberá escribir con letras de oro, la historia de la escuela uruguaya: María Stagnero de Munar.

Inmediatamente surgió en mi espíritu la imagen de quien acababa de recibir un imponente homenaje al hundirse en el seno de la muerte. Vi de nuevo la inmen-

sa sala del Instituto Normal de Señoritas, donde, junto al féretro había desfilado un pueblo formando guardia compacta, y vi a ese pueblo, constituído por altas autoridades, representantes de la intelectualidad en todos los radios de vida nacional, incluyendo el de un macizo grupo femenino, llenar las calles en silenciosa columna, que, a pesar de sorprender por lo inusitada y grandiosa, no daba la medida de toda la tristeza que se sentía en aquel momento, porque el correo y el telégrafo no agregaban su expresión elocuente, como lo hacían en el hogar de la familia de la extinta, mostrando que toda la República, desde el rincón más apartado de sus límites, hasta el interior, donde en solitaria loma, la escuela rural tremola su bandera, comprendía la trascendencia de la obra realizada por la mujer que acababa de pasar al reino insondable de la eternidad.

Esa revelación del sentimiento público, tenía mayor significado, porque María Stagnero de Munar nunca ostentó méritos ni soñó grandezas. Apenas se la vió fuera de la casa donde prodigaba sus enseñanzas, mientras ejerció el profesorado, y contados fueron los días en que salió de su retiro durante los diez últimos años.

Las palabras del doctor Vaz Ferreira me obligaron a comparar la influencia que habrán tenido en la evolución social del Uruguay, esos dos maestros: José Pedro Varela y María Stagnero de Munar.

Me esforcé por verla en épocas venideras, con la serenidad de la distancia, y dije para mí: ¡Es verdad! El hombre guía el destino del pueblo con la luz de ideas generales, abstractas; la mujer, con obras concretas, realizadas. El progreso necesita la acción combinada en armonía, del principio y de la aplicación, del esbozo y del detalle.

El ideal sin encarnación es una quimera; lo individual, sin conexión, es un grano de arena que el vien-

to lleva al acaso, una gota de agua que ni apaga la sed ni forma el jugo de la savia.

La construcción arquitectónica que sorprende con la armonía de las partes en un grandioso conjunto, antes de llegar a la minuciosa escultura que detiene la mirada absorta, ha de ser concebida y en esquema delineada. Los maravillosos labores del encaje que parece tejido por las hadas, tienen que ser diseñados en grandes líneas, a veces toscas, antes de pasar a la mano delicada que las labra.

La obra de la educación fué defectuosa y lo será, mientras lo general y lo particular no se encuentren enlazados en las debidas proporciones de medida y oportunidad, mientras no se reparta en ella, combinada debidamente, la acción del hombre y de la mujer.

Nuestra escuela, al buscar rumbos de acuerdo con la revolución sufrida por la enseñanza a mediados del siglo pasado, tuvo quien supiera romper con mano firme, las barreras que cerraban el paso y quien supiera conducir por ellos, inspirando fe y entusiasmo.

Los que debemos continuar dirigiendo la marcha por la educación de la infancia, tenemos el viaje preparado. En el camino abierto, los senderos no son tan ásperos. De vez en cuando, podemos sin temor, soltar la mano de los niños que siguen nuestros pasos.

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

DESOLACION DEL POBRE POETA SENTIMENTAL

I

Por qué me dices poeta?
Si yo no soy poeta.
No soy sino un pequeño niño que llora.
Ves: no tengo sino lágrimas que ofrecer al Silencio.
¿Por qué me dices poeta?

II

Mis tristezas son pobres tristezas comunes.
Mis goces fueron simples,
tan simples que los confesaría con rubor.
Hoy yo pienso en morir.

III

Quiero morir, sólo por mi cansancio;
sólo porque los grandes ángeles
en las ventanas de las catedrales
me hacen temblar de amor y de angustia;
sólo porque ahora estoy
resignado como un pobre espejo,
igual a un pobre espejo melancólico.
Ves, que yo no soy poeta:
soy un chiquillo triste con ganas de morir.

IV

Oh, no te maravilles de mi tristeza!
No me preguntes nada,
no sabría decirte más que frases vanas,

Dios mío, tan vanas,
que tendría que llorar cual si fuese a morir.
Mis lágrimas parecerían
desgranar un rosario de tristeza
delante de mi alma siete veces doliente,
pero yo no sería poeta;
sería simplemente un dulce, pensativo niño,
a quien diese por rezar, tal como canta o duerme.

V

Con el silencio, como con Jesús,
diariamente comulgo.
Los sacerdotes del silencio son los rumores;
sin ellos yo no hubiera buscado, hallado a Dios.

VI

Esta noche he dormido con las manos en cruz.
Me parece ser un pequeño y dulce niño
olvidado de todos los humanos,
pobre, tierna presa del primero a llegar;
desearía ser vendido,
ser golpeado,
obligado a ayunar
para poder ponerme a llorar solo, solo,
desesperado y triste,
en un ángulo oscuro.

VII

Yo amo la vida simple de las cosas.
Cuántas pasiones vi deshojarse poco a poco,
por cada cosa que se iba!
Mas tú no me comprendes y sonríes,
y piensas que estoy enfermo...

VIII

Y estoy realmente enfermo!
Y muero un poco cada día.
Lo ves: como las cosas.
No soy, pues, un poeta:
sé que para llamarme poeta corresponde
vivir muy otra vida!
Yo no sé, Dios mío, sino morir...
Amén.

SERGIO CORAGGINI.

(Pequeño libro inútil).
Versión de Montiel Ballesteros.

Fino, aristocrático, fué un sutil poeta de la melancolía, sólo alterada a veces por la mueca trágica del sarcasmo. Murió en 1907, tísico, a los veinte años. Como este poema, amarga y dolorosa fué su vida. Juventud de oro, fugaz, triste, tuvo apenas tiempo de decirnos unas frases maravillosas, tiernas y profundas. ¡Cómo recuerda a nuestro Aguirrezábal, que murió niño!—*M. B.*

DE "LAS PROSAS FRIVOLAS"

(Fragmento de una carta a la Tía Leonor)

...por la famosa y tan esperada cacería de tatúes, que hicimos esta noche, pues Ademar encontró, al fin, luna oportuna y vino con su perro, mentado seguidor de rastros.

Fué una cacería distinta de las ordinarias por los pertrechos y la estrategia. En vez de armas certeras y rápidas, las vulgares palas del quintero, y latas de kerosene transformadas en baldes destinados a inundaciones coercitivas, para los individuos rebeldes, que ganan el fondo de las cuevas.

Nada de ojeos ni acechanzas; el éxito radica en la ciencia de los perros, y más que en esto, según yo creo, en la gula infinita de los tatúes, a la cual sirve de incentivo la claridad lunar.

¿Cuál tatú podría desperdiciar su banquete en noche tan deliciosa? ¿Cuál no vagaría un rato, soñador y descuidado, catando aquí y allá los finos pastos plateados por el rocío? ¡Sepa Dios qué rondas festivas y pantagruélicas organizan en el césped, bajo la placidez lunar!

Ademar nos ha hablado mucho de teorías perfectas y silenciosas, en las que ambulan plácidos los tatúes, mordisqueando esta pastura envidiable: su marcha es serena, su continente grave, y su convivir pacífico en la mancomunidad alimenticia; mas la menor inquietud, algún ladrido lejano o cualquier grito de

alarma, pone el desbande en la hueste, que se pierde por sus rutas laberínticas.

Competente y pausado, esta noche misma Ademar excitó nuestro asombro con sus crónicas doctas: para él no tienen misterio los tatúes; cada día acrece nuestra curiosidad con su eficaz penetración en la intimidad del roedor: llega a describir hora por hora su sencilla vida y conoce como a sus manos aquellos vericuetos del campo empastados de la hierba fina y tierna que place al tatú regalón.

Oyéndolo expresarse con certidumbre y aplomo, un día y otro, la cacería había degenerado para mí en búsqueda trivial, pues no habría arduidad, ni atractivo de lo desconocido y azaroso. Toda eventualidad se anulaba ante la multiforme experiencia de Ademar. Y si bien columbraba aromas y suculencias de tatúes asados en la propia cáscara, chorreando grasa finísima, resultábame vulgar tal cacería, en verdad ordinaria matanza; como quien dice, una San Bartolomé de los tatúes. Y así le dije a Ademar, que ir con él, era como ir con un tatú algo distinto de formas, pero traidor, a sorprender los colegas.

¿Qué nos restaba hacer, apenas los descubriera el perro, sino estimarlos con ojo certero y elegir los superiores?

Con esta seguridad echamos a andar, cargados de pertrechos hortícolas y calzados de gruesas botas. Ademar a la cabeza de la expedición, contenía las impaciencias de su perro, el cual ya debería andar venteando cosas seguras, a juzgar por la inquietud. Juan y Dionisio seguían después, con más perros, y Tío Bento y yo, filósofos, cerrábamos la marcha, no poco fatigante por aquel lomo interminable y áspero de la cuchilla.

* * *

Desacostumbrada era pará mí tal caminata con aquella luz: se me hacían dilatadas las dimensiones y variadas las formas: cambiaba la estructura de los peñascos y bosquetes: una quimera más se adueñaba de mí y suponía un vagar inusitado por paraje nunca conocido, donde algún tramoyista fantasioso pusiera cosas raras y agradables, en vez de las zanjas y matorrales que yo conocía personalmente a fuerza de tanto pasearme a la luz del sol. Paisaje de quimeras, de dichosas quimeras. La luz de plata refulgía en el flechillal, inofensivo de húmedo, y quieto, como fundido en alguna substancia metálica y extraña. De la hondonada subía la voz del arroyo, rezongón e incomodado allá en su lecho de piedras. El monte se disfrazaba con misteriosas negruras hundido en la sombra que proyectaba la loma. Casi no se veían estrellas. Apagados estaban los habituales ruidos y vagabundeaba mi espíritu por sepa Dios qué tierra alucinante, cuando el entreverado ladrar de la jauría me trajo si no del todo a la realidad circundante, cuando menos, y en seguida, al momento que debía vivir.

Un olor inconfundible percibí y con él toda pregunta era excusada: además, ya había perro huyendo mohino, mientras otro que fuera más atrevido refregaba algún ardor contra los pastos mojados: el de Ademar, ejemplar de cauteloso, ladraba frenético, sobre un altozano. Y cuando nos acercamos adonde el perro de Tío Bento seguía atacando, aún el zorrillo aguardaba en posición de defensa, dando menudos saltitos para conservar el frente, y recargando el aire con su miasma inaguantable. Lo venció un tiro certero: después ladró a lo lejos un zorro y las lechuzas vecinas cuchichearon su inquietud. Calmábanse

los perros sus quemaduras en la humedad de los pastos y esperamos silenciosos que el campo volviera a la calma apetecida para nuestro fin.

Luego Tío Bento dijo calmoso:

—Fuera bueno volvernos.

—¿Por qué?, moreno, repuso Ademar, posesionado en rigor de su misión directiva.

—Porque nos reventó el jediondo, arguyó Tío Bento, cundiendo su frase concisa pero expresiva, el desánimo latente en la expedición, ya un poco fastidiada por la caminata.

Pero Ademar estalló en una carcajada de arrogancia incomparable y con ella respondió a Tío Bento: suma de toda habilidad y experiencia cinegética, aquella respuesta sarcástica nos hizo reaccionar, pues fué certera a tocar nuestras desconfianzas: desapareció cualquier temor sobre el olfato entorpecido de los perros y echamos a andar en seguimiento de Ademar, quien ya estaba sobre la ruta fructuosa.

Ignoro cuánto anduvimos. Yo, por suerte, muy pronto volví al ensueño que antes me aliviara el fastidio de la cacería. Los tatúes no se presentaban y la caravana erraba sin tregua.

Cruzamos varias veces el arroyo, interrumpimos el tranquilo rumiar de las ovejas, alborotamos los tranquilos huéspedes del monte: y en posturas humanas y bestiales ascendimos el cerro de la laguna por la escarpa que en el día nos parece inexpugnable.

Recuerdo esas partes principales de nuestra desventura, pero se confunde en mi recuerdo lo demás; por dónde y cuánto y cómo anduvimos: recuerdo que a veces un tenaz olor de menta embargaba mi sensorio; recuerdo que en cierto instante vi la Cruz del Sur tendida como para descansar sobre la loma de don Dionisio; recuerdo que también la vi en vertica-

lidad sospechosa, desplomándose en la techumbre misma de Rama Seca, y no recuerdo más, porque mi espíritu erraba en un mundo extravagante. La luz nocturna quitaba al paisaje todo aspecto habitual y permanente; pocas tintas simples que apenas insisten en la visual deleitada, dejan los contornos y horizontes en suave y agradable indecisión.

Por esa esfumadura de lo visible comienza el espíritu a dislocarse; se pierde aquella realidad y se adquiere otra de situaciones cambiantes y fugitivas; el campo visual se transforma y decora de nuevo a cualquier desplazamiento; aparece un mundo caprichoso y efímero en cada vez, un mundo de brumas o de claridades tiernas, de floras suntuosas, de mares refulgentes en los cuales emergen islas que siempre parecen próximas y que sin embargo siempre son distantes. Es un mundo en el que no resta de físico sino aquello por donde nosotros lo percibimos. Todos son valores psíquicos y emotivos: así nuestra alma está con él identificada o acorde, emocionada, vibrando con vibraciones venidas de la entraña misma del paisaje, por una atmósfera enternecedora, llena de hechizo y de gracia.

* * *

¿Y los tatúes, dirá la Tía Leonor, cuando llegue a este punto en la carta del sobrino alucinado?

¡Ay! Los tatúes se perdieron, como en mi escrito: ni una sola de esas bolas de azabache pudimos ver en nuestra insólita cacería. Los perros concluyeron por ser indiferentes a todo rastro y nos seguían cansinos; continuábamos todavía revisando el trebolar de la chacra vieja; nos unía un silencio característico, suma de flojera y desengaño, que Tío Bento interrumpió, taimadamente:

—Nos reventó el jediondo, volvió a decir.

Ademar ya no tuvo arrogancias para el negro socarrón.

—Porque habla al cuete, moreno, le dijo, con voz pausada, en la cual nosotros husmeamos invencible abatimiento. Y este estado moral del cabecilla y experto de nuestra expedición, hizo estallar el desánimo acrecido en nuestros pechos. En parecer unánime se acordó el retorno, y volvimos, cargando nuestras latas y nuestras palas, como unos Sísifos modernizados y ridículos, pagando imaginarios latrocinios.

¡Quedáronse los tatúes en sus jugosos pastizales, gozando el blando aliento de la noche, y el silencio límpido, y la luz esplendorosa de la luna! ¡Quedáronse, parsimoniosos como son, gozando sin inquietud su libertad en la cueva protectora, y su arquitectura nerviosa no los tendrá insomnes!

Yo pago en cruel desasosiego la iniquidad de perseguirlos: el cansancio ha rebelado mis nervios: ya canta algún gallo madruguero y el cielo se arrebola y no vienen ni la quietud ni el sueño...

Tía, ¡quién fuera tatú!...

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Eglogas y Poemas Marinos.—Versos por Carlos Sabat Ercasty. — Montevideo.—1922.

Integran este libro una serie de poemas superiores por su fuerza varonil, la exactitud del retrato y la justeza y modernidad de las imágenes.

"La Doma" es un poema de valores descriptivos pocas veces alcanzado en poesía. No ha sido capaz la prosa, a pesar de su superioridad para tratar estos temas, por su elasticidad y su libre imperio, de darnos una impresión tan real y completa de ese episodio bárbaro.

El autor ha sabido dominar su natural exorbitancia lírica, reaccionando, además, de su amor excesivo a la libertad, dos cosas que, si bien no menoscaban los valores absolutos de su poesía, conspiraban contra la nitidez de la impresión estética, un tanto oculta por el follaje de la frondosidad.

Estas dos modalidades son, a nuestro juicio, las que caracterizan el nuevo libro del poeta de Pantheos: cierta contramarcha hacia la disciplina clásica y cierta inclinación al vigor sintético y a buscar la lírica recta emocional.

Por lo demás, es la misma alma intensa, esencialmente dinámica, subyugada por las fuerzas del instinto, y panteísta, que cantara "Los Poemas del Hombre".

El poeta antepone al amor florecido en los jardines del espíritu, el que nace por el imperio del sexo; y no, naturalmente, por exaltación lujuriosa sino por la fuerza estética y el dinamismo del ímpetu.

Fruto de este concepto son los poemas "El Toro", "El Potro" y "La Hija del Mar", en donde vemos al poeta mismo arrojarse "como un héroe solar tras los combates ebrios, los amores rápidos y los ágiles raptos", y poseerla sobre la clámide marina, sin más razón que la de su ardiente piratería.

Y no es que sea—lo repetimos—Sabat Ercasty un poeta sensual y mucho menos faunesco, sino un fascinado por todas las manifestaciones activas y grávidas de vida, entre las cuales la fuerza ocupa un lugar primordial. Podría compadecer, por ejemplo, al buey, manso bajo el peso de su tragedia eunuca, y, sin embargo, exalta

su destino porque tiene "la gracia feliz de ser una fuerza toda nupcial y tibia, en virtud de la cual fornica la tierra con el trigo."

"La Muerte de la Oveja" es una excepción dentro de la arquitectura general del libro. Hay allí una honda melancolía, notablemente desarrollada en una especie de **crescendos** poemáticos que llegan a adquirir, al tratar el tema principal, un poder emocional de soberbia y grandiosa intensidad. Este poema es, a nuestro juicio, una de las más ricas joyas de nuestra literatura lírica. Y, va sin decir, lo mejor del libro. Es que, ya lo afirmaba Poe, no hay nada perdurable en poesía, si no viene de la amargura y el dolor.—**J. M. D.**

La luna, el alma y la amada.—Intermezzo lírico.—Por Xavier Bóveda.—España.

"Que la palabra no esclavice nunca a la emoción, sino la emoción a la palabra. He aquí la única estética de este libro." Con arreglo a esta norma, puesta en el pórtico del libro, el autor nos dice en plena libertad, aunque sin llegar a los laberintos del "ultra", sus inquietudes subjetivas.

No hay duda que Bóveda es un poeta; la mayor parte de sus cantos están impregnados de un aroma sencillo y franco que se adentra sin esfuerzo en el ánima, si bien sin estremecerla profundamente. Y esto, porque el autor paga también su tributo a la dolencia poética contemporánea y se complace en decirnos deseos y dolores demasiado infantiles y epidérmicos.—**J. M. D.**

Baile y Filosofía.—Por Roberto Gache.—Buenos Aires.—1922.

La personalidad del autor del "Glosario de la farsa urbana" se agiganta después de la publicación de "Baile y Filosofía". Es necesario considerar, pues, a Roberto Gache como un gran escritor. En páginas breves, que son un dechado de perfección formal, hace comentarios tan ingeniosamente irónicos como éstos: "El desnudo nace de una comparación; el término de la comparación es el vestido. El vestido es, así, el punto de partida de la moralidad." O esto otro, que parece brotado de la pluma de Azorín, del Azorín de los mejores tiempos: "¿Por qué nos inquietan, por qué nos angustian estos leves vestidos de ahora, ligeros y redondos como la carne que esconden? Nuestra inquietud es la inquietud de la espera. Mal envuelta en la tela escasa, ilusoria, transparente, cada mujer que pasa a nuestro lado es una promesa más en nuestra vida. Y nuestra vida, así, es nada más que una larga, que una interminable espera."

Todo el libro rebosa fina espiritualidad. No hay cuidado que un párrafo o una frase nos arranque una carcajada. Pero sonreir sí: sonreiremos desde el principio hasta el final, sorprendidos por la gracia mesurada y culta, por el razonamiento paradójico, por la ironía anatolesca que brota suave, como el penetrante perfume de una flor.

Roberto Gache, que tan considerable éxito lograra con el "Glo-

sario de la farsa urbana'', realizó grandes progresos en estos últimos tiempos. Es un escritor que ha llegado a la culminación, porque domina su oficio plenamente, y porque ha conseguido una cultura envidiable. Con esto se alía su distinción innata, la benevolencia indulgente de su espíritu que, como en France, lo perdona todo porque lo comprende todo.

''Baile y Filosofía'' es libro de matices, de finos matices, interesante, ameno, pintoresco, que viene a probarnos cómo la cultura foránea ha reflejado triunfal en el Río de la Plata, dándonos esa flor refinada que brotó, en Francia, en los jardines de Rabelais y Monsieur Bergeret.—**V. A. S.**

Napoléon et L'Amérique Espagnole.—París.—1922.

Con motivo del centenario de Napoleón no ha mucho celebrado, nuestro conocido historiador Hugo D. Barbagelata ha condensado en apretadas páginas un substancioso estudio de conjunto sobre la influencia y repercusión que en la antigua América Española tuvieron las actividades de aquel hombre de excepción que fué Napoleón Bonaparte.

Este trabajo de síntesis, aparecido originariamente en la ''Revue France-Amérique Latine'' (número de mayo-agosto de 1921), ha sido reeditado posteriormente en folleto que su autor ha hecho llegar amablemente a ''**Pegaso**''.

La lectura reafirma una vez más los sólidos prestigios que como historiador ha tiempo ostenta el mencionado compatriota, lamentándose tan sólo que el estrecho límite de su texto haya impedido desarrollar con amplitud la erudición y el acertado comentario que denota al tratar temas tan interesantes como la misión del marqués de Sassenay al Plata.

Experto conocedor de los archivos de Lutecia—como se reveló con la documentación presentada en su notable libro sobre Artigas—Barbagelata nos habla del emisario enviado a Liniers, aportando juicios y datos de importancia que, sumados a las noticias que nos suministra Villanueva en ''La Monarquía en América: Bolívar y San Martín'', acerca de la misión Le Moyne, esclarece no poco las gestiones diplomáticas emprendidas por Francia en el Río de la Plata en los primeros años del siglo pasado.

La influencia que la actuación de Napoleón en Europa tuvo en las colonias de América, es una cosa indiscutible, y como tal, reconocida por todos cuantos se han dedicado a estudiar las causas que generaron los decisivos movimientos de rebelión, las ansias de independencia sudamericanas. Barbagelata, esquemáticamente, examina con hábil gesto de observador la cuantía de esta influencia, y conocedor como pocos del ambiente colonial, da la medida de sus efectos en claras y acertadas conclusiones.

Demuestra — en un noble propósito de vulgarización — que las causas de la insurrección no radicaron en intereses puramente materiales, puesto que las ideas jugaron un papel casi decisivo en el

pronunciamiento, anotando con verdad y en justicia, que en parte ellas fueron sugeridas por los sucesos franceses de 1789 en primer lugar, y por las andanzas en Iberia del arriesgado capitán corso después.

La idea de sacudir el pesado arreo de Castilla era cosa vieja ya en 1809, en el espíritu de nuestros próceres, hombres de pensamiento en su mayor parte, que prepararon el espíritu de las masas, actuando oscura pero notablemente durante los prodromos de la independencia. Sólo faltaba el pretexto, y éste llegó en hora oportuna a campo propicio, cuando Napoleón penetró a España en invasión arrolladora, trastornando hasta sus quicios, el andamiento político de la península.

En esa hora solemne de nuestro pasado, los ideólogos patriotas dieron franco paso a la fuerza ejecutiva, a los que a poco serían invictos guerreros. En ese grave instante de la historia de América, surgieron notables hombres de acción que, empuñando con pulso sereno y levantado ánimo las espadas forjadas en el silencio de la opresión, se cubrirían de gloria cosechando laureles y creando nacionalidades: fué el principio de la época que reveló a los asombrados españoles el genio de un Bolívar, el sacrificio y la clarividencia de un Artigas, el valor y la austeridad de un Sucre, el aliento y la perseverancia de un San Martín!...

Barbagelata no necesita voces de aliento para que persevere en la noble tarea que llena sus horas de historiador. Su patriotismo y la propia conciencia de su valimiento son factores que mantienen latente en su espíritu esa vocación, pero es el caso que debe deplorarse su poca fecundidad bibliográfica.

Sus conocimientos sobre el tema, su ponderado criterio y la valiosa documentación inédita que tiene a su alcance en los archivos de París, lo habilitan en forma extraordinaria para producir trabajos fundamentales. Por tanto, esa situación privilegiada le crea un compromiso — perentorio y grave — que debe atender; y si menester es acicatearlo para dar cima a la tarea, débesele recordar con presteza el interés con que sus estudiosos compatriotas esperan siempre sus producciones sobre historia patria.

En consecuencia, si defrauda la esperanza, su infecundidad y su silencio son imperdonables.—**H. A.**

Agreste.—Novela de Domingo A. Caillava.—Editorial "Pegaso".—1922.

No puede silenciarse este esfuerzo, sin duda honesto, de un escritor más conocedor del ambiente que del "metier" del oficio. Como Caillava es joven, cabe esperar de su inteligente consecuencia una mayor perfección. La novela, sin duda, es un género muy difícil. Sólo su técnica reclama ejercicios mentales prolongados.

Domingo A. Caillava, con la fe que le dan sus propios entusiasmos juveniles, se ha dejado guiar por el instinto y, a pesar de ciertas ingenuidades que se notan en el desarrollo de la fábula, ha con-

seguido dejarnos un libro, que si dista de ser perfecto, de acuerdo con los cánones que acostumbran a regir el arduo género, da, en cambio, la impresión de algo vivo y fuerte, con esa fortaleza de la flora indígena que crece en las vertientes de las más ásperas sierras uruguayas.

Cabe esperar que se supere, en obras posteriores, el pintor y, sobre todo, el psicólogo, quien apenas si quiso—o pudo,—ahora, abocetar los tipos. Tampoco le preocupó mucho la elección de argumento. Su obra es un ensayo. Pero supera, en varios aspectos, el conjunto de cuentos que encaró hace algún tiempo en su volumen primigenio "Sierras y Llanuras". ¿Por qué no esperar, pues, un nuevo y decisivo paso hacia adelante?...

Por lo pronto, lleva una ventaja a la mayoría de nuestros escritores que escriben sobre temas de campo. No conoce la vida rural... por el olfato, como "visitante"; ha vivido mucho en el campo y ha penetrado, sin esfuerzo, en el hondo drama de la existencia gaucha. "Agreste" lo prueba. Mucho de lo que en esta breve novela vemos, trasciende a historia, tiene el sentido hondo y trágico de los hechos. Falla un poco la selección de episodios y, sobre todo, el arte de desarrollarlos: explotación efectista, si se quiere, de las situaciones.

Pero todo cuanto échase de menos en el nuevo libro que la Cooperativa Editorial "Pegaso" acaba de prohijar, son cosas que se logran. Talento es paciencia, definía Flaubert. Nos place, antes que nada, en el joven escritor uruguayo, su tendencia criollista, el anhelo de hacer arte típico, netamente americano. Ya somos varios los que propendemos a eso. Celebremos la incorporación de Domingo A. Caillava al pequeño grupo de los nuevos costumbristas.—**V. A. S.**

Evolució de la poesía catalana. — Por Juan Arus. — Barcelona. — 1922.

Es necesario leer este breve, pero macizo volumen, para saber a ciencia cierta el camino triunfal por el que la poesía catalana ha ido ascendiendo. Verdaguer, Maragall, Carner hoy, son poetas célebres en el universo entero.

Veinte nombres más podrían citarse, que se aproximan a los nombrados en punto a luminosos. Esto se sabe. Pero ignorábamos los extranjeros (guiándonos al tanteo las más de las veces), que el florecimiento poético catalán fuera de tal modo denso. Aun cuando esto no nos debiera extrañar, recordando que es Cataluña, tan febril y fabril, un vivero de artistas. El alma catalana, cálida, vehemente y vibrante, suele apasionarse por todo lo que es bello.

¿Cómo asombrarnos, pues, de las demostraciones de Joan Arus, en "Evolució de la poesía catalana", libro que es un verdadero estudio crítico, bien cimentado y sereno, sin nada que trascienda a chauvinismo?...—**V. A. S.**

''Delmira Agustini''.—''Albert Samain''.—''Fray Luis de León''. —Tomos de ''Las mejores poesías de los mejores poetas''.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

En la hermosa serie lírica que ha publicado la Editorial Cervantes, estos tres tomos nuevos vienen a agregar tres notas personalísimas en el parnaso universal.

Delmira Agustini es una de las primeras líricas del habla castellana moderna: su lirismo singular y único está destinado a una consagración cercana, que vendrá de Europa porque así conviene a los tiempos.

Alberto Samain tiene un lugar de privilegio en la fronda lírica francesa: es el poeta de la sensibilidad, de la delicadeza espiritual, de la hermosura de los sentidos.

Fray Luis de León, uno de los mayores poetas del mundo, llena toda la edad de oro de las letras hispánicas y es clásico ya en la literatura española.

Los tres tomos de selección no pueden concretar más altos valores, y su difusión se impondrá sola.—**T. M.**

Victoria Colonna. — Poema dramático de Moisés Kantor. — Buenos Aires.—1922.

El autor de ''Griselda'', obra celebrada por nosotros en estas mismas páginas, se impuso al ambicioso intento de llevar a la escena la figura ciclópea de ese genio artístico que se llamó en vida Miguel Angel.

La realización del proyecto estaba llena de dificultades, porque, ¿cómo se evita que el público no se defraude, al no hallar suficientemente magnificada una vida que hoy entrevemos entre una deslumbrante aureola de gloria?...

Este es el principal mérito, quizás, de ''Victoria Colonna''. Moisés Kantor, el estudioso intelectual, tan artista en esta clase de producciones, ha teatralizado un episodio de la vida de Miguel Angel, y aunque dotándolo de carácter poemático, no le ha privado de humanidad. El carácter histórico (la acción acaece en Roma, entre los años 1539 y 1547), el carácter histórico—repetimos—también ha quedado bellamente impreso.

Moisés Kantor hace hablar a sus personajes en prosa, con un lenguaje nítido y armonioso, pero la obra tiene un prólogo en verso aconsonantado que acredita singulares dotes de rimador. Como se trata de un poema escénico, sugeridor y evocador, fuera de desear que lo representase alguna de las compañías dramáticas que actúan en el Plata.—**V. A. S.**

Al margen de la escena.—Por Jean Paul.—Buenos Aires.—1922.

''Escolios de estética teatral'', llama el autor a los cinco estudios que dan base a su obra. Juan Pablo Echagüe es el crítico teatral argentino que más prestigio logró al tiempo que ejercía sus funciones, con la contracción, la honestidad y el decoro de un verdadero

sacerdocio. Su pseudónimo de "Jean Paul" fué familiar en todos los circulillos literarios de hace quince años. Al fin, logró romper la indiferencia de la masa, y hoy ha trascendido al gran público argentino.

En Montevideo—ciudad que Juan Pablo Echagüe suele visitar de incógnito—no hay una sola persona con afición al teatro—autor, actor, espectador—que no acate sus juicios.

Alejado del periodismo militante, no se resuelve a dar reposo a su pluma, tan bien cortada y docta. Y ha sucedido, al juicio del estreno, siempre apresurado (pero con "Jean Paul" siempre certero), el estudio sobre psicología teatral, urdido tras larga meditación y escrito en prosa elegante, elocuente y limada.

"La emoción estética en el teatro", "El teatro nacional", "Normas estéticas y morales", "El amor en el teatro" y "La moral en el teatro", son los cinco capítulos de "Al margen de la escena", obra que marca un gran progreso de aquel bizarro cronista que obtuvo su primer éxito juvenil con aquella obra que fué popularísima —lanzada por un editor español—y que se titulaba, si no recordamos mal, "Prosa de combate". El teatro rioplatense tiene con Echagüe—uno de sus mejores orientadores—deudas que algún día será preciso saldar.—**V. A. S.**

"Una noche terrible".—Cuentos.—Por A. P. Chejov.—Barcelona. —1922.

Notable por muchos conceptos esta compilación de los cuentos de Chejov que nos acaba de ofrecer la Editorial Cervantes.

Estudios de la vida rusa, grandes y sutiles rasgos de ese pueblo que caracterizan tan pronunciados rasgos trágicos y cómicos,—estos cuentos de Chejov reavivan toda nuestra simpatía hacia el gran escritor, y nos ponen en contacto con un mundo lleno de emociones, vibrando en el cuadro de una naturaleza extraordinaria.—**T. M.**

El enigma de las llamas azules.—Novela por Francisco Camba.—Madrid.—1922.

Siguiendo las huellas de Pierre Benoit en "Atlántida", y alejándose con talento de la imitación servil, aquel Camba que fué periodista (excelente periodista), en América, ha hecho una novela de aventuras (?) con el título de "El enigma de las llamas azules".

Imaginamos su éxito en España, lanzada por una publicación que circula tanto como "El libro popular". Nosotros — nos apresuramos a confesarlo — gustamos de ese género. Puestos a pasar el tiempo, es preferible el solaz que proporciona una lectura fácil e impresionante.

Hay críticos que se obstinan en exigirle a los autores obras maestras, de esas que le devorarían media vida al mismísimo Flaubert. Pero los Flaubert... no nacen todos los años, como los niños de las películas, entre las hojas de un repollo. Flaubert, en Francia, con ser un país denso, sólo ha habido uno.

Para juzgar la producción novelesca del día, no debemos recordar

demasiado a los artistas del otro siglo. Pensemos que todo evoluciona, y es justo que el arte evolucione también, aunque sea hacia el impresionismo.

Es posible que "El enigma de las llamas azules" caiga en el olvido dentro de algunos años. El autor, para entonces, será el primero en no acordarse de su copiosa producción. Pero hoy sí. Hoy la novela de Camba se lee con verdadero gusto y vale más que centenares de libros aparecidos con pretensiones de obras definitivas.

El estilo de Camba es ágil, muy fluido y no poco elegante. Se ve que el autor de "El amigo Chirel" odia la profusión. Camba escribe... lo preciso. Pero el lenguaje (domado en muchos años de ejercicio periodístico), le responde y la idea cabalga en la frase, como un jinete en su corcel, para dirigirse adonde hace falta.

Amante de su tierra—la buena tierra gallega—Camba describe a Vigo y sus costas con un entusiasmo contagioso. Dan ganas de ir a ver si aquello es así realmente. Una griega hermosísima y dos marinos ingleses impregnan de exotismo (en este caso original), la entretenida narración.—**V. A. S.**

Cortejarena.—Por Enrique Diosdado.—Buenos Aires.—1922.

No se destila en un volumen reducido la obra de un periodista, máxime cuando actuó en posición tan llena de exigencias como la dirección del gran diario que es "La Razón" de Buenos Aires. Mas correspondía captar, substrayéndolos a la fugacidad del existir del diario, los elementos que puedan sintetizar la actividad del periodista, la flexibilidad de su inteligencia, la hondura de su corazón, y al decir esto, se comprende también la amplitud de sus virtudes.

Se realiza muy contadas ocasiones esa póstuma justicia perdurable. La falange periodística renuncia a toda sanción cuanto más se identifica a la vastedad informativa del diario moderno. La impersonalidad de su labor no es adaptable al cultivo de las siemprevivas.

¡Y cuánto recuerdo merecen los que nos sirven cotidianamente esa suma de la actividad universal!

* * *

En el recopilador de estas páginas hallaron los méritos de Cortejarena el afectuoso interés que merecían. Cuando se puede examinar el resumen de tan intensa vida, se comprende cómo la carrera de ese hombre no fué obra de milagro, sino efecto de condiciones substantivas de la inteligencia y del carácter.

* * *

Nos resulta difícil encontrar el elogio supremo que responda a su labor y a su vida. Preferimos señalar la afección dedicada a integrar el libro resumiendo ecos dispersos, reteniendo para los tiempos venideros ese índice pingüe: y creemos que la nobleza del colector, es el mejor trasunto de la causa que movió su intención.—**E. S.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 8 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

demasiado a los artistas del otro siglo. Pensemos que todo evoluciona, y es justo que el arte evolucione también, aunque sea hacia el impresionismo.

Es posible que "El enigma de las llamas azules" caiga en el olvido dentro de algunos años. El autor, para entonces, será el primero en no acordarse de su copiosa producción. Pero hoy sí. Hoy la novela de Camba se lee con verdadero gusto y vale más que centenares de libros aparecidos con pretensiones de obras definitivas.

El estilo de Camba es ágil, muy fluido y no poco elegante. Se ve que el autor de "El amigo Chirel" odia la profusión. Camba escribe... lo preciso. Pero el lenguaje (domado en muchos años de ejercicio periodístico), le responde y la idea cabalga en la frase, como un jinete en su corcel, para dirigirse adonde hace falta.

Amante de su tierra—la buena tierra gallega—Camba describe a Vigo y sus costas con un entusiasmo contagioso. Dan ganas de ir a ver si aquello es así realmente. Una griega hermosísima y dos marinos ingleses impregnan de exotismo (en este caso original), la entretenida narración.—**V. A. S.**

Cortejarena.—Por Enrique Diosdado.—Buenos Aires.—1922.

No se destila en un volumen reducido la obra de un periodista, máxime cuando actuó en posición tan llena de exigencias como la dirección del gran diario que es "La Razón" de Buenos Aires. Mas correspondía captar, substrayéndolos a la fugacidad del existir del diario, los elementos que puedan sintetizar la actividad del periodista, la flexibilidad de su inteligencia, la hondura de su corazón, y al decir esto, se comprende también la amplitud de sus virtudes.

Se realiza muy contadas ocasiones esa póstuma justicia perdurable. La falange periodística renuncia a toda sanción cuanto más se identifica a la vastedad informativa del diario moderno. La impersonalidad de su labor no es adaptable al cultivo de las siemprevivas.

¡Y cuánto recuerdo merecen los que nos sirven cotidianamente esa suma de la actividad universal!

* * *

En el recopilador de estas páginas hallaron los méritos de Cortejarena el afectuoso interés que merecían. Cuando se puede examinar el resumen de tan intensa vida, se compreude cómo la carrera de ese hombre no fué obra de milagro, sino efecto de condiciones substantivas de la inteligencia y del carácter.

* * *

Nos resulta difícil encontrar el elogio supremo que responda a su labor y a su vida. Preferimos señalar la afección dedicada a integrar el libro resumiendo ecos dispersos, reteniendo para los tiempos venideros ese índice pingüe: y creemos que la nobleza del colector, es el mejor trasunto de la causa que movió su intención.—**E. S.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Edición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Coillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s/n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Aníbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Biengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1764.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 633.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llevet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Pragoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Migueleto 1739.
Meneses Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José P., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 128.
Peladori José, Constituyente 1719.
Ghiglíani Francisco, Uruguay 1384.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scosería José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Ostuni Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Elición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Coillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
RODOLFO MEZZERA—PABLO DE GRECIA—JOSÉ MARÍA DELGADO

OCTUBRE DE 1922

SUMARIO:

Invocación	por María Eugenia Vaz Ferreira
Alfredo Capus	por La Redacción
Frutal	por M. C. Izcua de Muñoz Ximénez
Un buen amigo	por Enrique M. Amorim
La Cuna	por Juana de Ibarbourou
Bilbao y Lamennais	por Hugo D. Barbagelata
"El nunca usado mar"	por José Pereira Rodríguez
S. P. Q. R.	por Juan Carlos Bermúdez
El Contrabandista	por Vicente A. Salaverri
"La Raya de Caín"	por Alfredo S. Clulow
Educación	por Enriqueta Compte y Riqué
Hispano América — **Discurso**	por M. Picón Salas
Hispano América — **Horas**	por P. González Gastellú

Glosas del mes — Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII

N.° 52

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
RODOLFO MEZZERA—PABLO DE GRECIA—JOSÉ MARÍA DELGADO

OCTUBRE DE 1922

SUMARIO:

Invocación	por María Eugenia Vaz Ferreira
Alfredo Capus	por La Redacción
Frutal	por M. C. Izcua de Muñoz Ximénez
Un buen amigo	por Enrique M. Amorim
La Cuna	por Juana de Ibarbourou
Bilbao y Lamennais	por Hugo D. Barbagelata
"El nunca usado mar"	por José Pereira Rodríguez
S. P. Q. R.	por Juan Carlos Bermúdez
El Contrabandista	por Vicente A. Salaverri
"La Raya de Caín"	por Alfredo S. Clulow
Educación	por Enriqueta Compte y Riqué
Hispano América — **Discurso**	por M. Picón Salas
Hispano América — **Horas**	por P. González Gastellú

Glosas del mes — Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII

N.° 52

056.1
PEG
No. 52

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto Brignole. — José P. Bellán. — Manuel Benavente. — Enriqueta Compte y Riqué. — Buenaventura Caviglia (hijo). — Julio J. Casal. — Ismael Cortinas. — Manuel de Castro. — Asdrúbal E. Delgado. — Eduardo Dieste. — María Espinola y Espinola. — José M. Fernández Saldaña. — Emilio Frugoni. — Antonio M. Grompone. — Blas S. Genovesi. — César G. Gutiérrez. — Carlos A. Herrera Mac Lean. — Luis A. de Herrera. — Juana de Ibarbourou. — Julio Lerena Jozmicó. — Luisa Luisi. — Alberto Lasplaces. — Horacio Maldonado. — Julio Raúl Mendilaharsu. — Raúl Montero Bustamante. — A. Montiel Ballesteros. — Casiano Monegal. — Alberto Nin Frías. — Emilio Oribe. — José Pereira Rodríguez. — Víctor Pérez Petit. — Carlos M. Prando. — Wilfredo Pi. — Horacio Quiroga. — Santín Carlos Rossi. — Vicente A. Salaverri. — Emilio Samiel. — Carlos Sabat Ercasty. — Fernán Silva Valdés. — José A. Trelles. — Juan Zorrilla de San Martín. — Alberto Zum Felde. — Armando Vasseur.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Este número de PEGASO contiene

DIEZ Y SEIS PÁGINAS MÁS

o sea

Sesenta y cuatro Páginas de Texto

sin aumento de precio

056.1
PEG
Ej. 2

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto **Brignole**. — José P. **Bellán**. — Manuel **Benavente**. — Enriqueta **Compte y Riqué**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). — Julio J. **Casal**. — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**.—Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste**.—María **Espínola y Espínola**. — José M. **Fernández Saldaña**.—Emilio **Frugoni**. — Antonio M. **Grompone**.—Blas S. **Genovese**.—César G. **Gutiérrez**.—Carlos A. **Herrera Mac Lean**. — Luis A. **de Herrera**.—Juana **de Ibarbourou**. —Julio **Lerena Joanicó**.— Luisa **Luisi**.— Alberto **Lasplaces**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. — Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**.—Casiano **Monegal**.—Alberto **Nin Frías**.—Emilio **Oribe**.— José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**. — Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Fi**.—Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Fernán **Silva Valdez**.—José A. **Trelles**.—Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Este número de PEGASO contiene

DIEZ Y SEIS PÁGINAS MÁS

o sea

Sesenta y cuatro Páginas de Texto

sin aumento de precio

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

[illegible]

Casa Central: Calle [illegible] esquina [illegible]

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, [illegible] hasta la cantidad de $ [illegible]

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada [illegible].—Avenida General Flores: Avenida General Flores [illegible].—Unión: Calle 18 de Julio [illegible].—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. [illegible].

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. [illegible]

SUCURSALES:

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La Alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000.—Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de [illegible] % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

A partir del 1.º de Enero de 1923 el Banco no abonará interés sobre los saldos acreedores en Cuenta Corriente y Depósitos a la Vista, y el interés sobre los saldos de Caja de Ahorros (Sección Alcancías) queda fijado desde la misma fecha, en 6 % hasta $ [illegible] y en 5 % hasta $ 1.000.

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Octubre de 1922. **N.º 52 — Año VII.**

INVOCACION

(De M. E. Vaz Ferreira).

Oh noche embriagadora
Hecha de soledad y de desesperanza,
Que brindas en tu copa de azabache y de estrellas
Sobre la tierra ardiente en quietud derramada...

Noche de las delicias mudas y negativas
De que gozan los muertos vivos como fantasmas,
Abrochando en la sombra su carnal vestidura
Marchita de enflorar la fiesta meridiana.

Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
Perdón de penitentes que nunca hicieron nada,
Más que cargar a solas el pesado madero
Sobre la ligereza cautiva de sus alas...

Te espero día a día
Para esconder mis horas en la paz de tu lápida,
Cuando las ondas vivas su vibración aquietan
Bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas.

Y en invisibles soplos
El numen secular su inspiración levanta,
Del fondo de los tiempos para siempre extinguidos
Aunque la rueda cósmica traiga sus añoranzas.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

A partir del 1.º de Enero de 1923 el Banco no abonará interés sobre los saldos acreedores en Cuenta Corriente y Depósitos a la Vista, y el interés sobre los saldos de Caja de Ahorros (Sección Alcancías) queda fijado desde la misma fecha, en 6 % hasta $ 300 y en 5 % hasta $ 1,000.

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Octubre de 1922. **N.º 52 — Año VII.**

INVOCACION

(De M. E. Vaz Ferreira).

Oh noche embriagadora
Hecha de soledad y de desesperanza,
Que brindas en tu copa de azabache y de estrellas
Sobre la tierra ardiente en quietud derramada...

Noche de las delicias mudas y negativas
De que gozan los muertos vivos como fantasmas,
Abrochando en la sombra su carnal vestidura
Marchita de enflorar la fiesta meridiana.

Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
Perdón de penitentes que nunca hicieron nada,
Más que cargar a solas el pesado madero
Sobre la ligereza cautiva de sus alas...

Te espero día a día
Para esconder mis horas en la paz de tu lápida,
Cuando las ondas vivas su vibración aquietan
Bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas.

Y en invisibles soplos
El numen secular su inspiración levanta,
Del fondo de los tiempos para siempre extinguidos
Aunque la rueda cósmica traiga sus añoranzas.

Yo no sé lo que dice tu boca abierta y muda
Al que doró su tienda con oro de esperanza,
Pero yo sé que sabes con amorosa ciencia
Tenderte suavemente sobre el alma cansada.

Tu voz dice en silencio tu eternidad futura;
La rúbrica del "Fin", está en tu oscura mancha,
Aunque a besarte vengan en su carros sonoros
Con sus aureolas rubias las doncellas del alba.

Todavía los mundos
Relucen en la bóveda de tu urna sagrada,
Un viejo tesorero se ha dormido en los tiempos
Y ha olvidado en tu fondo sus últimas alhajas.

Dale a los beneditos que todavía sueñan
Tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata,
Y a mí, que te deseo inextinguible y única
Dame la eternidad de tu silencio, oh Hermana!

ALFREDO CAPUS

Estaba en plena producción, con sus 64 años de edad, cuando nos sorprendió la noticia de su muerte. Sus artículos sobre temas de actualidad aparecían de un modo ininterrumpido, llenos de su curioso espíritu de observación y de crítica. No hace mucho estrenaba "La Traversée", inspirada en una dolorosa situación provocada por la guerra actual. Es, pues, un espíritu joven y que se renovaba el que desaparece.

Sus actividades se manifestaron como autor teatral, como novelista y como periodista. En los tres órdenes de actividades, aparecían el mismo criterio sobre la vida y el mismo sereno optimismo. Era la buena y sana lógica del espíritu francés, tan lleno de sutil ingenio, observador exacto de la realidad, sin complacerse en mirar el lado grosero de las cosas. Podría decirse que triunfó en su vida el buen sentido, sin extravagancias ni vulgaridades, que toma de la vida sólo el aspecto sonriente.

Es, por eso, que en el teatro de Capus, hay siempre una buena solución para todos los conflictos y todo se arregla bien, a pesar de la extraña situación en que suelen encontrarse sus personajes.

Es ese sano optimismo el que inspira sus obras maestras: "La Veine", "Brignol et sa fille", "Les deux écoles", "L'Oiseau blessé", etc.

Contrasta singularmente este teatro hecho honradamente para poner un poco de buen humor en los espíritus, sin descender jamás a la farsa o al "vaudeville", con las obras de sus contemporáneos torturados

por graves y trascendentales problemas y deseosos de dejar una áspera impresión en sus espectadores. Ni el teatro-conferencia de Brieux, planteando en cada obra un problema de moral o de sociología, ni los graves conflictos psicológicos de Hervieux o Porto Riche, y mucho menos la agria producción de Bataille, escritas con el intento provocativo de producir una reacción contra ellas.

Jamás escribió Capus una obra con el intento de producir agitaciones febriles o combativas, o para dejar dolorosa impresión a los hombres, y en ese sentido era una verdadera excepción en todo el teatro francés moderno, salvo quizás la de aquellos que francamente intentaron hacer reir como Tristán Bernard, por ejemplo.

Era Capus, de este modo, un producto de la buena tradición francesa de la musa alegre sin ser grosera, la de la bonhomía y el buen espíritu optimista y chispeante, el mismo criterio que a través del tiempo hace tan encantadoras las obras de Marivaux y Beaumarchais. Capus, como éstos, quiso hacer del teatro una buena diversión que elevara el espíritu. Quizás falten en su obra las creaciones que perduran, pero la realizó con buena intención.

Solamente en sus últimos tiempos la guerra hizo concebir la esperanza de que renovaría el teatro, como había renovado la vida, poniendo la tragedia en todos los espíritus. Y Capus, intérprete hasta en eso del espíritu de su pueblo, con más de sesenta años, intenta renovar también sus procedimientos de escritor y surge esa dolorosa "La Traversée", que junto con "Helène Ardouin", son las únicas obras que toman un poco de la tristeza y fatalidad de la vida. La muerte no permite que se sepa si esa tendencia persistiría.

Correspondía este homenaje de PEGASO a ese escritor de sanos propósitos realizados con brillo.

FRUTAL

(Del libro en preparación: "Frutal").

Mis dedos se perfuman con manojos de fresas
Y mis labios se embriagan en un zumo frutal...
Obstinada y golosa he llegado a la huerta,
A juntar piñas moras bajo el fresco pinar.

Con medallas de almendras esmalté un aderezo
E hice rubias pulseras de cristal de arazá;
Me he perdido en la senda de ciruelos bermejos
Y he cortado racimos por el viejo parral.

Y luego, en el embrujo de inmensos cocoteros,
Escanciando en un coco el nevado licor,
He besado a mis hijos,—que los traigo muy prietos,—
En sus caras redondas de manzana en sazón.

Y, así plena y colmada, acosada de mieles,
Con mis frutos de carne ¡me he tendido a soñar...!
¡Soy la rama opulenta que da angustias a "Ceres"...!
—Y en mis labios de nuevo... ¡vive el zumo frutal...!—

M. C. Izcua Barbat de Muñoz Ximénez.

Montevideo, Noviembre-1922.

UN BUEN AMIGO

Sambra luchaba como un condenado para ganarse el pan.

Antes de tomar aquel vagón que le condujo de provincias a la capital, entre lingeras y ladrones de oportunidad, Sambra no renegaba mucho de su existencia. La vida le era fácil y todos le querían. Hasta se permitía el lujo de ser bueno.

Cuando llegó a la capital, fué a casa de Pérez, un amigo de la infancia, que capataceaba una cuadrilla del ferrocarril. Le halló distinto. Ahora era Pérez todo un mayordomo, con su horario de trabajo, sus días de descanso y su traje dominguero... Supo más tarde que mantenía una mujer bonita y haragana.

Sambra consiguió trabajo y pudo acomodarse con Pérez. Muy pronto hizo amistades y se captó simpatías. Los amigos de Pérez fueron sus amigos, y les quiso mucho. Pérez oyó las ponderaciones que hacían de Sambra:

—Es un buen amigo, un gran compañero... Se puede confiar en Sambra cualquier cosa... No cree en la maldad de nadie... ¡Qué gran corazón!

Regresaban de la taberna, en la cual Pérez era muy considerado; y, aquellas palabras, pareciéranle que le honraban también a él. Sambra era su huésped y habíanse criado juntos...

A veces la inexperiencia del recién llegado, choca-

ba con la picardía de los demás trabajadores, pero Sambra era lo suficientemente "vivo" para evitar que le tomasen el pelo.

Frente a frente, la vida y Sambra, se entendían a medias. El nuevo trabajador de ciudad, no comprendía la razón de ciertos egoísmos y de alguna miseria moral que observó.

—Estarán ebrios, solamente así se explican esas maldades... — se dijo.

Y, a cada accidente por el estilo, ponía su razonamiento primitivo e ingenuo.

Poco a poco fué aprendiendo a vivir entre los obreros de la ciudad. Víctima, en muchas oportunidades, de pechazos y préstamos ilevantables, se le fué considerando como el mejor amigo, el más servicial y fiel compañero en los malos trances.

Estalló una huelga y las cosas cambiaron. La lucha se hizo tenaz y terrible. Fué despedido de la cuadrilla en la que trabajaba y la miseria comenzó a gastar las suelas de sus botines.

Con todo, Sambra conservaba el buen corazón de siempre, dadivoso y amable; y la íntima satisfacción de saberse querido por todos.

La miseria fué cerrando el círculo de las posibilidades, hasta el punto de agriar el carácter bondadoso de Sambra.

Un día, alguien le pidió diez centavos para ir a la botica por un remedio:

—Me faltan diez, Sambra, y mi madre necesita el remedio esta noche sin falta. Vos, que sos bueno...

Se los dió, pero estuvo a punto de negarlos. Preocupado pasó un cuarto de hora y no pudo explicarse aquel impulso de negar los diez centavos. Sin ellos, su suerte era más o menos la misma y desprendiéndose de los diez centavos, salvaba quizás la suerte de la infeliz mujer... Pero era poco razonamiento pa-

ra convencerse en seguida... y se horrorizó de que fuese poco aquel argumento para deshacerse de diez miserables centavos... Lo peor del caso, era su convencimiento de que no los había dado por hacer una caridad, sino para evitarse un reproche de la conciencia.

Vinieron días peores. Para mayor desgracia, Pérez cae enfermo de gravedad con un mal incurable. En el lecho, Pérez parecía otro, así, tan cercano a la muerte como lo hacía Sambra.

—Debes ir a ocupar mi puesto, Sambra — le dijo Pérez. — Te arreglas un poco, te pones mi traje de trabajo y listo... Hay poco que trabajar allí, siempre que los fletes sigan caros...

Sambra se puso el traje de Pérez, el sombrero, los zapatos y concurrió al trabajo. Trabajó todo el día y por la noche regresó a casa del amigo para enterarle de la jornada.

—No es pesado el trabajo, pero son muy haraganes los demás. Malas gentes parecen...

Como había pasado hambre los días anteriores, se sentía rendido de cansancio, pero resistió hasta media noche atendiendo a Pérez.

—¡Qué buen amigo sos! Si todos fuesen así, las cosas de los trabajadores andarían mejor.

Sambra repartió el jornal con Pérez, aunque éste no quería tomarle más que una cuarta parte.

Al día siguiente, el médico le aseguró que Pérez saldría del trance muy pronto. La enfermedad tomaba carácter leve y mediante un tratamiento riguroso, Pérez estaría curado.

Por la cabeza de Sambra cruzó una idea que ensució sus horas... Cuando le dijeron que la enfermedad era incurable, una extraña alegría envenenó su sangre... Ahora, al oir la sentencia del médico, era otra emoción la suya. Una idea arañaba su cráneo y

no se atrevía, o no podía precisar su intención. Se tornó hosco y huraño. Entraba de mal humor al cuarto de Pérez y miraba a todos con desconfianza.

Pérez sanaría... Y él: ¿qué haría entonces? Con el jornal que sacaba de la suplencia de Pérez, había prometido muchas cosas a una planchadora joven y bonita... Pero, si Pérez volvía al trabajo, ¿qué sería de su mujer y de sus proyectos? Ahora, que estaba a un paso de ser feliz, querido por todos como el mejor amigo, ¿qué sería de él si Pérez volvía al trabajo?... Que Pérez no muriese, estaba bien, era justo, era de desear... pero que volviese al trabajo, eso sí no era justo, pues significaba su vuelta a la miseria... Pérez no podía protegerlo. Bastante tenía con su mujer, y le habían asegurado que estaba para dar a luz. El sueldo no daba para más.

La última noche que entró en el cuarto, Pérez le tendió la mano y volvió a repetirle:

—¡Qué buen amigo! Todos dicen lo mismo!

Sambra le miró y halló su rostro mejorado. Indudablemente mejoraba, no cabía duda... y no habría de morir...

Una idea arañó su cráneo y le hizo salir de la pieza. Se sentó en el patio de la casa y le vinieron ganas de soñar despierto. Soñó en sus días futuros, en una casa, con su mujer, la planchadora bonita, a la que prometiera un sinnúmero de dichas, y en la suerte de la ciudad, tan distinta a la del campo.

Bruscamente, pensó después en la miseria y en los malos días de hambre y de zozobra...

Volvió al cuarto de Pérez. Los dos hombres se miraron sin comprenderse. Sambra recorrió con la vista toda la pieza y salió sin decir palabra.

Camino de su casa, volvió a pensar en la miseria. Andando, terminó por pensar en la muerte y una idea cruzó arañando su cráneo. Ya tenía clavada la espi-

na de la maldad. Anduvo. Cruzó barrios de obreros, vió caras miserables, bocas hambrientas, manos inútiles para ganarse el pan. El cuadro le amedrentó y se dijo:

—Si muere Pérez, le voy a suceder.

Después, deseó que Pérez muriese. Lo deseó mucho.

Cuando volvió a ver a su mujer, y a prometerle dichas y holgura, estaba convencido que Pérez moriría al día siguiente...

Y, al día siguiente, Pérez amaneció muerto. Supo la noticia al cruzar el umbral de la casa en que vivía su amigo de la infancia. La casera se acercó y le dijo en voz muy baja:

—Dejó una carta para usted. Ahí la tiene sobre la mesa.

Abrió la carta. Era muy cariñosa, llena de afectos. Le pedía que se hiciese cargo de su mujer, por un tiempo y que trabajase con suerte. Terminaba con un abrazo para "el buen amigo de todos"...

Sambra guardó la carta. Estaba convencido de que su deseo había asesinado al amigo. Con todo, ni lagrimeó, ni sintió pena... Antes, se enternecía por cualquier cosa. Era un tonto...

No recordó para nada, la mañana aquella cuando subió al vagón de carga — entre lingeras y forajidos — para venir a la ciudad. Estaba conforme, no tenía necesidad de pensar en el campo, ni en su pueblo. Era un obrero de la ciudad...

Se juntó con la planchadora y cambió de barrio. Se fueron a vivir lejos... Aquellos lugares eran malsanos. Por allí rondaba la miseria...

ENRIQUE M. AMORÍM.

«Amorim», a publicarse.

LA CUNA

Para *Constancio C. Vigil.*

Si yo supiera de qué selva vino
El árbol vigoroso que dió el cedro
Para tornear la cuna de mi hijo...
Quisiera bendecir su nombre exótico.
Quisiera adivinar bajo qué cielo,
Bajo qué brisas fué creciendo lento,
El árbol que nació con el destino
De ser tan puro y diminuto lecho.

Yo elegí esta cunita
Una mañana cálida de enero.
Mi compañero la quería de mimbre,
Blanca y pequeña como un lindo cesto.
Pero había un cedro que nació hace años,
Con el sino de ser para mi hijo,
Y preferí la de madera rica
Con adornos de bronce. ¡Estaba escrito!

A veces, mientras duerme el pequeñuelo,
Yo me doy a forjar bellas historias:
Quizás bajo su copa una cobriza
Madre, venía a amamantar su niño
Todas las tardecitas a la hora
En que este cedro amparador de nidos,
Se llenaba de pájaros con sueño,
De música de arrullos y de píos.

¡Debió de ser tan alto y tan erguido!
¡Tan fuerte contra el viento y la borrasca,
Que jamás el granizo le hizo mella
Ni nunca el cierzo doblegó sus ramas!

El, en las primaveras, retoñaba
Primero que ninguno. ¡Era tan sano!
Tenía el aspecto de un gigante bueno
Con su gran tronco y su ramaje amplio.

. . . . . .

Arbol inmenso que te hiciste humilde
Para acunar a un niño entre tus gajos:
Has de mecer los hijos de mis hijos.
¡Toda mi raza dormirá en tus brazos!

JUANA DE IBARBOUROU.

BILBAO Y LAMENNAIS

En la primera quincena del mes que acaba de terminar, los admiradores de Felicité de Lamennais, conmemoraron con una peregrinación a Bretaña, el país de su cuna, el 140 aniversario de su nacimiento. El abate F. Duine, limosnero del Liceo de Rennes, le dedicó larga biografía en un volumen de trescientas ochenta páginas. Acaso en nuestra América nadie se ocupa ya de aquel que llamara al chileno Francisco Bilbao su hijo, a ese mismo Bilbao que dió nombre al primer centro de propaganda liberal en el Uruguay y cuya elocuencia se hizo sentir hondamente en Santiago, en Lima y en Buenos Aires.

Sin embargo, el recuerdo del filósofo rebelde debe también perdurar entre los naturales de Hispanoamérica, consecuentes admiradores de los movimientos revolucionarios franceses de 1789 y de 1848. La reacción, que para esas dos fechas se creyó abatida para siempre, intenta hoy levantar cabeza y sus bien organizados centros no apartan sus ojos de las tierras llenas de porvenir heredadas de nuestros antepasados. Tenemos, pues, que velar por el mantenimiento de una tradición que nos honra y, en consecuencia, no debemos perder la oportunidad de rendir homenaje a los pensadores cuya obra contribuyó en buena parte a arraigar en nosotros ideas avanzadas y humanitarias.

"Era niño — confiesa Bilbao — cuando por primera vez supe quién era Lamennais. Salía del colegio en una tarde de verano, hora de quietud y silencio en la ciudad, abrasada por un cielo refulgente. Me encaminaba a ver a Pascual Cuevas que vivía oculto y perseguido. Estaba leyendo una obrita, y al verme me dijo: he aquí, Francisco, lo que te conviene; era "El libro del Pueblo", de Lamennais. Me leyó un fragmento, le pedí la obra y desde entonces la luz primitiva que fecundó la "Araucana" de Ercilla, recibió en mi infancia la confirmación o la revelación científica del Republicanismo eterno, que recibí de mi patria independiente y con la palabra de mi padre". (1)

Con la revelación científica que el pensador chileno menciona nació su ideal democrático, por el que sufrió cárcel y persecuciones. Lo mismo que su padre espiritual. En sus tierras respectivas, los dos, Lamennais y Bilbao, conocieron el goce de la popularidad surgida de un apostolado y los sinsabores peculiares a los propagandistas expuestos a las veleidades de las muchedumbres y a las maniobras de los directores de multitudes.

Del Lamennais más papista que el pontífice de Roma, del Lamennais del *Ensayo sobre la Indiferencia,* no se enamoró Bilbao sino del Lamennais cristiano de las *Palabras de un Creyente* y de *El libro del Pueblo.* Fueron aquellas palabras reveladoras las que inspiraron al ideólogo americano su panfleto la *Sociabilidad Chilena,* caído como aerolito sobre un país en donde una oligarquía poderosa no perdonó al autor tamaña audacia.

Es la *Sociabilidad Chilena,* la profesión de fe de un joven ardoroso de veintiún años influenciado por las lecturas de Lamennais y dueño de un estilo conciso

(1) F. Bilbao, "Obras completas", (Tomo I, pág. 123).

y sonoro, raro en su época. Al presente, aquel escrito ofrece sólo un interés histórico. El prueba, una vez más, la enorme influencia ejercida en nuestra América por los intelectuales franceses, especialmente por aquellos que, aún traicionando su origen, se elevaron a las regiones más altas del pensamiento, por arriba de los límites estrechos de la patria, a la que mejor sirvieron buscando ser útiles a toda la Humanidad. Y aquí es de recordarse que aquel joven soñador, condenado por inmoral y por blasfemo y que antes de los cuatro lustros de existencia se había familiarizado con las obras de los sociólogos Vico, Herder, Rousseau, Volney y Cousin, llegó a París en la época de sus entusiasmos juveniles, no para entregarse a los placeres fáciles o a las vanas amistades de personajes célebres, sino para lo que consideraba su ideal de hombre de letras junto a sus maestros Lamennais, Michelet y Quinet.

"Salí de allí — de casa del filósofo bretón, cuenta Bilbao — como el profeta, amando a mis semejantes, pero indiferente al mundo. Mi alma renovada como en la esencia divina, en la contemplación del bien que quiero para todos, en el amor que deseo agrandar." (1)

Por una feliz casualidad. el maestro amado y admirado a la distancia, no quitó una ilusión al discípulo. En su modesta casa de la *rue* Tronchet iba a seguir guiándolo cual a menudo lo hiciera con proscriptos de Irlanda, de Polonia, de Italia despedazadas. "Como tipo representativo de sus admiradores o de sus entusiastas, sobre los que el viejo sacerdote ejerció una influencia durable, se puede citar a Francisco Bilbáo. Vino a París en febrero de 1845, con el fervor

(1) Manuel Bilbao, "Vida de Francisco Bilbao", pág. XLIX.

de sus veintidós años por la civilización y por la literatura francesas... Desde su segunda conversación el abate enseñó a su discípulo el cristianismo nuevo y le dijo refiriéndose al clero: *el pasado ha muerto* y *no resucitará jamás.* Posteriormente, el maestro precavió al joven contra los desórdenes de la adolescencia. Una vez que Bilbao le preguntó si *la castidad era un deber moral o un precepto de higiene,* el viejo clérigo le respondió con tacto y como hombre experimentado que une a la indulgencia de las palabras la austeridad de los consejos: *haga ejercicios, evite el largo sueño, no esté nunca ocioso.* Luego su discurso se volvió suave y lleno de autoridad, su cara pareció ser la del mismo Cristo a los ojos de su oyente emocionado." (2) Sin juramentos y sin promesas, se selló entonces una amistad fiel hasta la muerte, ante la que se inclinó reconocido el último en sometérsele.

Desde Saint-Beuve y Scherer, hasta Brunetière y Faguet, pasando por Renán, los más grandes críticos franceses han considerado a Lamennais gran escritor y uno de los mejores estilistas de la lengua de Racine y de Molière. Eligió bien, pues, aquel que desde sus primeros trabajos literario-sociológicos se entusiasmó con las publicaciones de Lamennais y se propuso desarrollar sus teorías y aplicarlas a nuestra América. Nótase la influencia de las ideas y del estilo del maestro en párrafos como éste: "He aquí ese Nuevo Mundo que sólo ha dado dos veces en la historia. En la primera es mostrado a la humanidad, en la segunda es él que se muestra. Primeramente se ve a ese mundo y se le entierra, después se le ve enterrando a sus conquistadores. Nace, y afirma el equilibrio

(2) F. Duine, "Lamennais" (Sa vie, ses idées, ses ouvrages), pág. 335.

de la tierra; habla, y rejuvenece la esperanza de la humanidad en sus repúblicas. En su primer paso, extiende el mundo que pisamos; en el segundo, el mundo en que pensamos. Se le vió joven, flotando al viento del porvenir aparecer sobre la tierra como una evocación de la libertad, brillante de ilusiones, combatir como héroe y organizar repúblicas a los acentos del Contrato Social. Mas después de la victoria sintió entonces el combate interno del enemigo impregnado, sintió el peso del antiguo dominio que quedaba." (3) Sentencia de forma lamenesiana y síntesis exacta del estado en que se hallaban los espíritus cuando, tras el triunfo de nuestra Revolución, surgieron, por un lado, los caudillos y, por otro, la fuerza de la iglesia católica, reconocida como única posible en las constituciones de las nuevas repúblicas latinoamericanas.

Y si, al fin y a la postre, la propaganda de Bilbao no triunfó siquiera en su propio país, como tampoco triunfara la de Lamennais en Francia, cabe reconocer que ambos, maestro y discípulo, contribuyeron de manera eficaz a formar la opinión pública, elemento principal de las sociedades modernas, base de todo núcleo que aspira a legislar para el mayor bien del mayor número. De las reformas sociales anunciadas y pregonadas por Lamennais, se han obtenido: el sufragio universal, la libertad de la prensa, la libertad de asociación, la libertad de la enseñanza y la libertad de conciencia, con la separación de la Iglesia y del Estado. No todo lo exigido por Bilbao se ha conquistado en Chile, en el que aquél reclamara en temprana hora la natural y sana ley del divorcio. Pero, sus ideas, no siempre originales, han hecho ya buen

(3) F. Bilbao, op. cit., pág. 76.

camino, especialmente en el Uruguay, donde Bilbao ha contado siempre con verdaderos admiradores. Su socialismo cristiano encontró adeptos en casi todas las repúblicas del Pacífico, cuando la falta de comunicaciones rápidas y la ignorancia de las poblaciones hacían difícil la divulgación de doctrinas avanzadas, un tanto envejecidas al presente.

Uno de los buenos maestros chilenos de Bilbao, Lastarria, traza de su compatriota una biografía que podría ser la de Lamennais, a quien acusan de veleidoso en sus opiniones los que no profundizan bien su obra, que fué un continuo desenvolvimiento lógico de su propio devenir. Escribe Lastarria: "Tenía un amor que lo dominaba, el del pueblo, cuya salvación y regeneración colocaba en la soberanía. Quería el soberano colectivo, administrando sus negocios, dominando; detestaba la individualidad como elemento disolvente. Tenía un odio que lo cegaba, el del despotismo, y por eso trabajaba por la emancipación del hombre en todo sentido y se irritaba contra toda opresión. Estos dos sentimientos resaltaban y lo dominaban en la época a que me refiero (1844), lo hacían aparecer enemigo de toda autoridad, sin embargo de que amaba el orden y deploraba los males de las rebeliones; como enemigo de la Religión, sin embargo, de que era profundamente religioso y amaba el Evangelio." (1)

En la hora en que la que "el hombrecillo casi imperceptible o, mejor, la llama que el viento de su propia inquietud movía de un extremo a otro de su cuarto", dejó de alumbrar a sus prosélitos, Bilbao andaba por el Ecuador, viniendo del Perú, del que un gobernante despótico, temeroso de la influencia moral

(1) M. Bilbao, op. cit., pág. XLI.

del propagandista, acababa de desterrarlo. Ambos, al verse ante la muerte, tuvieron la misma frase tranquila que el primero en pronunciarla legó, generoso, a su heredero de América: "Mis amigos — repitieron — estos son los bellos momentos." Y si bellos no fueron los últimos momentos del chileno, abatido por una terrible enfermedad incurable, bello fué siempre su gesto impregnado de entusiasmo y de socrática resignación.

HUGO D. BARBAGELATA.

París, octubre de 1922.

"EL NUNCA USADO MAR", de Emilio Oribe

I

Gustavo Kahn se preguntaba un día: "¿Qué es un verso?"; y a sí mismo respondióse, abriendo una amplia posibilidad para las equivocadas interpretaciones futuras: "C'est un arrêt simultané de la pensée...".

Es indudable que se evidenciaba una lamentable confusión al definir de tal modo al elemento formal de la poesía. Se explica bien que, por aquel entonces, pudiera comentar Verlaine, leyendo una composición en "verso libre": "En mi tiempo, esto se llamaba... prosa".

Frente a la invasión de las nuevas tendencias poéticas, revive el recuerdo de la frase verlainiana. Se impone en mayor grado usar de ella para marginar la lectura de los libros de versos con que se pretende aumentar el acervo intelectual hispanoamericano.

En la crítica a los desbordes de la poética novísima no me mueve otro móvil que el de la devoción por la Belleza. Hace tiempo que no comulgo con "las hostias envenenadas de la Academia". Por esto, al comentar la impresión de lectura producida por "El Nunca Usado Mar" del excelente poeta Emilio Oribe, voy a generalizar un poco sobre lo que — desde mi punto de vista — creo una equivocación lamentable, tras

cuyo sendero peligroso puede seguir la caravana de los iniciados que no atiendan al tiempo, factor de crítica definitiva por la decantación de los méritos intrínsecamente perdurables, revaluados sin cesar por las generaciones sucesivas.

No se esclaviza quien somete sus versos a lo imperativo de las formas, puesto que, en vasos viejos, puede escanciarse el vino nuevo. Supeditar nuestros versos a una conveniente disciplina rítmica, no es someterlos a una odiosa tiranía académica. Por sobre las leyes de los hombres está inmutable la armonía de la naturaleza. Quien intente violarla se perderá en el rodar del tiempo. Desde los más remotos orígenes, el verso y la prosa han limitado sus horizontes. Pero, abandonemos los lejanos antecedentes, y vengamos a los preclaros orígenes de la poesía modernista hispanoamericana.

Lugones proclama el verso libre como "la conquista de una libertad"; mas explica su actitud iconoclasta, aclarando con precisión que "los pretendidos versos sin rima, llamados *libres* por los retóricos españoles, no son tales versos".

Nervo canta su afán renovador en un libro augural:

"Ni preceptos, ni pragmáticas ni cánones ni leyes:
Nací esquivo, tú lo sabes, y ni doy ni exijo pauta".

No obstante, en "El estanque de los lotos", inicia su labor confesando:

"Estos versos, lector, (que son prosa rimada)".

¡Y Darío — "trompo de música", según la glosa de "Xenius" — no supo ser "muy siglo XVIII y muy moderno"?

Contra este triple ejemplo de los hermes americanos, se levantan los epígonos de la novísima literatu-

ra olvidando, claro es, que se puede respetar los "números" clásicos sin dejar de ser renovador y revolucionario.

II

Remy de Gourmont, — de cuyo eclecticismo no es posible dudar, ya que él mismo supo ser clásico y moderno con igual perfección — sostiene en "Le livre des Masques", que el ritmo del verso es independiente de la frase musical. Aclara más aún su concepto al historiar en "Esthétique de la langue française" el verso libre, cuando dice: "Mais on ne lit pas que par les yeux, on lit par les oreilles, on lit avec le souvenir de la parole et surtout les vers auxquels on demande des sensations musicales en même temps que des impressions sentimentales".

Es que la poesía, como forma, se exterioriza de dos modos; con ritmos regulares o persistentes, y entonces resulta el verso; o sin harmonía regular en los ritmos, y entonces resulta prosa. La característica esencial del verso es, por tanto, como lo ha sostenido de un modo concluyente Augusto Ribalta, "la ordenación de los ritmos". (1) Estos ritmos corresponden a las ideas (fondo) y a la voz (forma), y no ha de olvidarse que, en el verso, han de existir los dos, mientras que, para la prosa, basta con los segundos. Tal concepto nuevo del verso no contradice, desde luego, a los más exaltados propagandistas del verso libre, que no olvidan las lindes lógicas de la prosa y de la poesía. Así Lugones, a quien tengo que citar de nuevo por su eficacia, dice en el prólogo de su "Lunario sentimental": "El verso al cual denominamos

---

(1) "Boletín de la Real Academia Española". Tomo IX. Cuaderno XLI.

libre, y que desde luego no es el *blanco* o sin rima, llamado tal por los retóricos españoles, atiende principalmente al conjunto armónico de la estrofa, subordinándole el ritmo de cada miembro, y pretendiendo que así resulta aquella más variada". Y no se eche en olvido que "Lunario sentimental" es, en la obra poética de Lugones, una "clownería" por el estilo de las perpetradas posteriormente por el "gran don Ramón de las barbas de chivo".

Hasta aquí estamos muy lejos de aceptar aquella afirmación de Stéphane Mallarmé, que confunde la prosa con el verso, y que parece ser la divisa de las nuevas tendencias poéticas: "Toutes les fois qu'il y a effort au style, il y a versification".

Hay asuntos poéticos por sí, para los que el verso apenas tiene que dar su ritmo, a fin de realizar la poesía perfecta. En cambio, hay asuntos que, aunque se les revista de musicalidad, no lograrán lo que intrínsecamente no pueden revelar. Cuando intentamos romper con esta ley inmutable, hacemos el verso sin poesía interior, que constituye la exteriorización del "prosaísmo" que, si puede decorarse musicalizándolo, no se le evita agregándole un elemento que, por su naturaleza especial, rechaza.

Aún cuando no quiera, tengo, pues, que definir la nueva poética, como la irrupción del "prosaísmo", en la literatura hispanoamericana. Cabe, en consecuencia, destacar el peligro que amenaza a nuestras letras. (1) La facilidad misma del "método" permite que se sientan poetas quienes no han podido percibir aquel ritmo que Fray Luis definiera:

---

(1) Más ampliamente he estudiado esta afirmación en el número 42 de PEGASO. (V. "Las nuevas tendencias literarias".

"Y como se conoce
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo ciego adora,
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es de todas la primera".

III

Conveníame establecer con la precisión un tanto dislocada a que obliga la necesaria síntesis, mi posición personal, antes de expresar mi juicio sobre "El Nunca Usado Mar".

Emilio Oribe es el poeta joven de más empuje en la nueva generación poética uruguaya. Destacar sus méritos o señalar sus defectos, es casi tanto como hacer el proceso de la poesía actual en la República. Partió en su peregrinaje desde la "Torre de los panoramas", y anunció su primer vuelo con un libro, eliminado ahora de la lista de sus libros, "Alucinaciones de belleza". El influjo morboso del Herrera y Reissig de las "eglogánimas" y de las "eufocordias", absorbía el mérito de aquellos sonetos primigenios. Vino luego el vuelo inseguro con la revelación de la fuerza de las alas. Apareció "El castillo interior". Más tarde, ampliando las perspectivas de sus primeras ascensiones, surgió "El Halconero Astral". Ahora, como síntesis de los dos libros precitados, y aún como culminación de su labor poética hasta lo presente, pública "El Nunca Usado Mar". Cantos amorosos, (El libro de Maruja), descripciones de mar, de

tierra y de cielo, (La gracia del aire y del mar), polifonía bárbara del pampero, (Oda heroica al viento de las Pampas), y reminiscencias e intimidades, (El niño desnudo), componen este nuevo libro, con el que Oribe intenta irse del divino coro porque:

"Es más bello cantar solo y sin rumbo".

Quien como el autor de "El Nunca Usado Mar" puede escribir sonetos como los que integran la mayor parte de "El libro de Maruja", y persistir en los endecasílabos perfectos de la "Oda heroica", revela, a todas luces, que conoce a fondo las dificultades del ritmo y está habituado a orillar sus sirtes. No va, por tanto, contra Oribe mi acusación de ignorancia de las leyes rítmicas; pero va sí, mi lamentación por que suele olvidarlas — de intento, lo reconozco — en muchas de las páginas de su manojo de estrofas.

Cabría formularle la misma observación que ha poco, un joven crítico, Suárez Calimano, hacíale desde las páginas de "Nosotros" a ese otro buen poeta nuestro, Fernán Silva Valdés: "Los poetas de ahora han desechado los metros y formas clásicas, con furor y unanimidad singulares; pero, en cambio no han creado, para sustituirlos, nada que iguale en armonía y belleza a los viejos moldes en que fueron dichas las inquietudes de tantas almas".

Es claro que, en lo que respecta a Emilio Oribe, la censura se atenúa por cuanto en su "Oda heroica al viento de las Pampas", que es lo más hermoso del libro, intenta crear una forma original. Se trata de un procedimiento de música wagneriana aplicado a la poesía: un "leit-motiv" invariable que iniciado a poco de comenzar la oda persiste hasta el final, mientras los versos, armónicos unas veces, disonantes otras, intentan dar interpolándose, con expresiva

fuerza, la sensación del viento formidable. Es una acertada combinación con la que el poeta alcanza su máxima gallardía y su más feliz originalidad. Como un redoblante los endecasílabos dactílicos disipan con su repetición regular, la desarmonía de los versos sueltos y, en el conjunto, fórmase por tal motivo, una amplia sinfonía. Aquel verso que Darío glorificara en su "Pórtico", no desmerece en Emilio Oribe el preclaro antecedente. Todo el estupendo espectáculo del viento desmelenado que va por valles y sobre sierras, prodigando sus polifonías, repercute en los versos blancos. La majestuosidad solemne de la naturaleza impasible golpea en el martilleo trisilábico de los finales de anapésticos. Oribe logra cantar el viento con sobria rudeza y con no común armonía.

La visión del mar, de las costas, de los rincones europeos y las reminiscencias, desde la lejanía, del solar bienamado influyeron grandemente en "El Nunca Usado Mar" uultiplicando sus horizontes.

Quedan aún en el libro resabios de "El Halconero Astral" y de "El Castillo Interior". Así repite los temas prosaicos o da formas materiales de verso a lo que no quiso poner ritmo, ni aún asonancias interiores, con lo que la disonancia se agrava más.

Con todo, no faltan las formas rítmicas que hacen pensar en la posibilidad de que Oribe cambie de orientación, en cuanto a la forma, ya que tiene todos los altos dones de un verdadero poeta. "Villancico del abejar", "La estrella polar", "El muchacho y el trompo", para citar sólo tres composiciones, dispares en forma y fondo, demuestran como Oribe será un gran poeta cuando levante el oído de la tierra y atienda a una perfecta conciliación entre las armonías de lo que está alma adentro y los rumores de lo exterior:

"Aquí me he colocado
con el oído junto al llano inmenso,
para oir los tropeles que se anuncian
más allá de los nuevos horizontes".

Oribe, Casaravilla Lemos y Silva Valdés, son de los poetas jóvenes del Uruguay, los tres que marchan con paso más firme y con la antorcha más alta; pero, de los tres, Oribe es el que lleva más impulso, el que tiene más cultura y a él ha de corresponderle en la cosecha de futuro, la corona de frescas rosas o el laurel glorificador.

José Pereira Rodríguez.

Treinta y Tres, noviembre de 1922.

S. P. Q. R.

VENI, VIDI, VICI

El calvo César vela, insomne y pensativo.
Las Legiones descansan tras el rudo trabajo.
(Con un hipo afanoso, un Bárbaro cautivo
se desangra, partida la garganta de un tajo.)

Un Centurión cobrizo piensa en el lar nativo,
sentado junto al fuego, comiendo pan y ajo
(Y la Loba de bronce frunció el hocico, al vivo
olor de sangre fresca que llegó de allá abajo.)

De vez en cuando gime y se agita un herido.
Lloran las hembras, lejos, con salvaje alarido,
a los Guerreros muertos, blancos bajo la luna;

mientras al tardo paso de diez yuntas de bueyes,
se pierden las chirriantes carretas de los Reyes
venidos, en la noche glacial, una por una...

JUAN CARLOS BERNÁRDEZ.

Roma, 1922.

EL CONTRABANDISTA

(Cuento)

No obstante rarezas que todos conocían, dentro de su corta familia, Liborio fué el hombre cuya opinión pesó más. Poco importaba que anduviese la mayor parte del tiempo solo, errante, en ocasiones fugitivo. Sus hermanos y, sobre todo Elías, el menor, respetaron tanto al nómada, que poníanle al corriente de sus planes más íntimos, subordinando su modo de entender las cosas al criterio lento y agudo del mayor. ¡Liborio, aquel sí que era un hombre! Anduvo en las revoluciones y fué asistente del "general" por antonomasia, de Aparicio, el "gaucho lindo" cuya guapeza habían cantado todos los payadores de la áspera tierra uruguaya.

Aparicio le dió aquel largo machete que escondía entre los cojinillos del recado "campero", adquirido en Bagé, para blandirlo sólo en instantes de supremo peligro. ¡Qué Liborio! Dispuesto y liberal que había que verlo. Sabía escribir su nombre en los recibos y era capaz de llevar la suma más complicada ayudándose con tarjas. Pero... ¡que no le hablasen de trabajo metódico! Sólo en la adolescencia fué peón mensual en "Los Cardales". Antes de que le saliera bigote ya había dejado su "conchavo", para irse con la revolución, detrás del poncho blanco de Saravia. De ahí por delante, en épocas de paz, ya no fué sino contrabandista.

—¡Y pa qué v'andar uno pasando trabajos por esas estancias!—decía.

Mas los trabajos, en la arriesgada profesión "libre", eran infinitamente mayores, sin poder cabecear hasta la mañana, porque de noche, el contrabandista, "una perdiz que vuele en el campo hay qu'atenderla". No es que las autoridades velasen mucho en aquel tiempo. Por unas cuantas libras se compraban guardas y comisarios desde el dilatado Río Grande, en el Brasil, hasta los profusos montes de Treinta y Tres o las sierras pintorescas de Minas. Sucedía que, con el acicate de las "coimas", no quedaba policiano que no aspirase a cobrar. Y las ganancias del contrabando íbanse así, como se escapa el trigo cuando se acarrean bolsas mal cosidas.

El secreto estaba en "arrecostarse" a pocos, a los que por su actividad y "celo" era más posible que pudieran salir. Si el comisario aparecía dormilón y el subcomisario despierto, a éste sólo fuera preciso comprar. En cuanto a los aduaneros, la cosa fué siempre más fácil, pues saliendo con la carga — tabaco, caña, azúcar, yerba y fariña (a veces tabaco y caña simplemente), — de determinados establecimientos del Brasil, que les pagaban subvención, no había el peligro de un molesto encuentro en la frontera.

¡Eran de ver individuos que entraban a servir en la policía con "zuecos de carnero" y una bombacha remendada, deslumbrando por esos caminos a los pocos meses, al "coloriarles" la plata y el oro del recado!...

No obstante la merma que en sus ganancias "contrabanderiles" originaba, con sus venales exigencias, la autoridad, Liborio — que constituía la admiración de la familia con aquella bizarra vida independiente — "A mi naides me manda. ¡Yo soy libre, compadre!" —, a pesar de las exigencias venales de la autoridad, se repite, Liborio llegó a tener, suyos, unos

cuantos centenares de pesos. No había sobrino que no se hubiera comprado su buena golilla celeste con las tintineantes monedas del tío contrabandista.

Y el polo apuesto de este intrépido carácter fué Elías, taciturno y consecuente, con esa terca tenacidad dolorosa de las bestias de labor. Se había quedado con la chacra del suegro y la cultivaba sin desmayo. Liborio se le reía:

—¡Pero amigo, qu'ha salido embromao!... L'agricoltura es una cosa que Dios ha tráido pa los gringos que comen puros yuyos, lo mesmito que las vacas.

Y él iba a la chacrita, se apoderaba del cordero más gordo que había en los rastrojales y le "metía cuchillo", no sin desprenderse antes, en obsequio al hermano y la progenie, de una libra esterlina. Esa noche todos se hartaban de carne. En años malos, de plagas, de exceso de lluvias, de sequías, los hijos del chacarero hubiesen fenecido de debilidad a no intervenir providencial la diestra munificente del tío Liborio.

—¡Es enútil, hermanito! D'un pedazo chico e tierra naides puede vivir. ¿No ha visto los estancieros como le dan dos cuadras a cada vaca?

Por eso él, para su vida, había buscado la zona entera. Leguas y más leguas que cruzaba de noche con sus caballos, despierto el ojo, pronta la mano y bien templado el corazón. Tuvo episodios emocionantes, más dramáticos que aquellas escaramuzas astutas de la guerra. A veces ponían comisarios con órdenes terminantes de jefes inabordables y era preciso jugarse la vida. Venía el tomar precauciones; el reunirse tres o cuatro compañeros de aventuras; el limpiar las armas con esmero; el pasarse los días dentro de un monte abrupto o entre pajonales espesos, a la espera de una ocasión favorable.

En noches de luna, Liborio se había tiroteado con la policía una veintena de veces. Otras noches, la nie-

bla fué su aliado y confió más en ella que en los tiros para escapar. Hubo un día que vió caer al mejor compañero con el vientre atravesado y, a pedido de la víctima, que repugnaba quedarse con vida en manos de la autoridad, tuvo que degollarlo...

Liborio perdió esa noche todo su capital, incautándose el comisario de los ocho "cargueros" (1) que iban bien "enrabados" (2).

—¡Con el contrabando apeligra la vida! — le reprochaba Elías, después que conoció ese episodio.

—¡Y que m'importa!... — fué siempre la befa cordial del mayor — El andar apeligrando la vida es cosa e criollos, y la sementera e gringos... ¿Qué querés, hermanito?

Eran dos temperamentos distintos y si discutían sobre el particular mal podíanse entender.

Así fué pasando el tiempo; los dos hermanos envejecían y el menor vió algunos de sus hijos, aunque pequeños, secundándole en la labor. Con tres o cuatro buenas cosechas de maíz, hasta pudo ensanchar un poco su campito. ¡Le ayudaba Dios! Coincidía el bienestar del chacarero con la decadencia de Liborio. Los tiempos cambiaban. El contrabando era difícil. Ya no resultaba posible "taparle un ojo" a la autoridad con una esterlina, ahora había que "enceguecer" con libras a todos los guardias civiles del contorno.

—¡Es una gente ladrona que áhura viene d'adrento (3)! ¡And'hay rango hay mugre!..

Pálido y enjuto, con la salud quebrantada por aquella vida de emociones, rigurosa y anormal, Liborio ahora se sentía cobarde.

—¡Cómo se amaula un hombre!—suspiraba nostálgico.—¡Si parece hasta mentira!

---

(1) Los caballos que llevan en sus lomos el contrabando.
(2) El uno atado por el bozal a la cola del otro.
(3) Adentro, para el paisano es la ciudad.

"Por tres veces" había rodado del matungo. Y aquel hombre guapo de otro tiempo, notándose sin ánimo ni energías, advirtió que sus ojos se le llenaban de lágrimas, como después de una claudicación. Entonces pensó, ya que no en el trabajo metódico, en juntar doscientos pesos, para adquirir otro pedacito de tierra, que su hermano cultivaría. En esa forma él, que iba a vivir en lo sucesivo con "su gente", era menos grayoso.

Eligió entre la clientela, dejando a los comerciantes y quedándose con estancieros, que le compraban latas de medio kilo, sin discutir mucho el precio; hizo por aproximarse a comisarios benévolos, que le permitieron circular, más por compasión que ante el débil halago de una "coima" mezquina. Así fué haciéndose de su "ponchadita" de pesos. El capital de Liborio iba engrosando poco a poco.

—¡Si diera un golpe rigularcito! — dijo sintiendo que renacía la ambición en su pecho.

La vejez llegaba: unos dolores reumáticos que no lo iban a dejar hacer nada en el invierno...

Era por Enero: los campos amarillos y pastosos, fulgían bajo el sol como si todo el contorno, suavemente ondulado, sin árboles, fuera un trigal inmenso. Elías iba tras de los bueyes, a los que hostilizaban nubes de tábanos y enjambres de moscas bravas.

—¡Hasta cuándo v'a durar la sabandija!...

Liborio miró al hermano sin balbucir palabra. Sus dolores reumáticos lo pusieron muy triste. ¡Adiós libertad, vida aventurera, abundancia, emociones!... En vez de los jugosos churrascos, la mazamorra dulzona y esos "yuyos" hervidos en el puchero, indignos de un criollo!... Impulsos tuvo de deshacer el negocio con aquel "gringo bobo" que, por culpa de una hija enferma, había resuelto irse a la capital y le entregaba su chacra a cambio de una suma que Liborio había pensado obtener.

Pero vió a comadre Sofía, la mujer de su hermano, pacífica, cariñosa, tan hábil en aquello de curar dolores con "fletaciones e grasa e lagarto", y comprendió que junto a la pobre familia estaba ya su asilo.

Ensayaría un golpe osado, a fin de triplicar de una sola vez los ingresos.

—¡No m'arrecuesto en naides!... ¡Ahurita lo que gane pa mí solito ha'e ser!...

Estuvo una semana emboscado en las márgenes del Cebollatí, a fin de que los guardiaciviles le perdieran la pista, y se fué a Pelotas, donde hizo un "negocio machazo". ¡Dos bolsas de "bayano"! Las puso a lomos de la yegüita que servíale de carguero y entró de nuevo en la tierra uruguaya. ¡Qué de sobresaltos, de angustias!... Al principio las noches de luna le impedían avanzar, pues con tan lindo tiempo, los "milicos" debían recorrer todos los caminos reales. Dejó atrás el rincón de Quebracho, sobreviniendo lluvias muy copiosas, que le calaron hasta los huesos.

—¡Esto ya no es pa mí!

Y se mordía los labios fieramente, con un dolor sordo y tenaz en las articulaciones.

—¡Es qu'estoy acobardao! Tamién... ¡si vendo áhura como quiero!...

Ya muy tarde, esa noche, cayó en la casa del hermano:

—¿No t'habrá visto alguno?

—¡Naides solutamente, hermanito!

A la otra noche fuese para Treinta y Tres con sus dos fardos de tabaco. Cambió de caballo y se puso el poncho grueso del hermano. Diez horas antes, en pleno día, había hecho la venta de su carga a un comerciante del pueblo, quien le pidió rebaja, pero como él, Liborio, resistiera hábil, el otro tuvo que ceder.

—¡Doscientos cincuenta pesos, hermanito!—se ufanaba ante Elías.

Con muy viva emoción, éste lo vió salir aquella noche.

—¡A ver si tiene suerte!

—¿Y cómo no voy'a tener suerte? ¡Ahura ando tan amolao! ¡Dios ayuda al que no sirve!

Marchó por la calle, cruzó la vía y, apretando hábilmente los alambrados, cortó por unos potreros de la costa. Vivía un instante optimista, pero iba triste, evocando la figura vigorosa de aquellos gauchos que hacían rodar un caballo tirándole las boleadoras al galope, que domaban un potro y pialaban un toro, pero que habrían tenido vergüenza de ganarse la vida metiendo en la tierra una cabeza de ajo.

De pronto, en la foscura de la noche, a las puertas del pueblo, le estremeció una voz:

—¡Viejo amolao, no sea busador!... ¡Ya'está busando mucho! Güelvase pa dond'ha venido y deje ese carguero suelto si no quiere que le mené bala.

Liborio comprende que es su cliente, el almacenero a quien vió de mañana, el que lo ha debido vender. La luna sale tras unas nubes de ópalo y Liborio ve al aduanero que, metido hasta el pecho en una zanja, le apunta con el rémington. ¡No lo puede pelear! Una mano que mueva y el otro lo asesina. Liborio implora por primera vez:

—Soy... un hombre enfermo...

Y hasta llega a mentir opinión política en presencia del verdugo:

—Vea, amigo... ¡está hablando con un colorao!...

—¡Le digo que se dé güelta! — ruge el otro descompuesto.

Y Liborio:

—Si quiere, repartimo... Yo le dejo la mitá pa usté...

—¡La mitá el corazón le voy'a sacar d'un tiro!

¡Efectista la bravata! Se desconoce Liborio, pues

ha desaparecido el hombre valiente que tenía dentro, para dejar lugar a un perro viejo en quien sólo puede su instinto de conservación.

La luna, que ahora luce purísima, parece mofarse del miedo de aquel indio.

—¡Y güeno! — balbuce lloroso. — ¡Quédese no más con todo!... El gobierno le v'agradecer que le saque el pan e la boca'un viejo!

—¡Es pa que usté no s'ande busando!... ¡Pa que aprienda!...

Diez minutos más tarde, el guarda está en el almacén, cobrando ochenta pesos por el tabaco.

—¡Todos modos!—resiste el comerciante.—¡Yo juí que lo denuncié!

. . . . . .

Cuando Liborio llega al rancho de la familia, la cuñada y los sobrinos se le prenden entre convulsiones:

—¡Ta por morir!

¿Por morir Elías, a quien dejó perfectamente aquella noche?... El chacarero ha salido de mañana en un carro cargado de herramientas. Eran trebejos que llevaba a Corrales, para hacerlos afilar. El camino muy malo y el carro sin elásticos, en un barquinazo, a Elías le atravesó los intestinos la langa hoja de la guadaña...

—¡Si parece cosa e brujas!

El contrabandista, olvidado de sus males, monta a caballo y galopa rumbo al otro pueblo. En un rincón de la farmacia — primitiva farmacia que atiende un idóneo—yace Elías sobre un catre temblón. Lo devora la fiebre; ya casi no tiene fuerza. ¡Se muere, se muere!...

—¡Deje el contrabando, hermanito!... ¡Mi chacra!... ¡los gurises!... ¿Qué v'a ser de ellos?... Anque sea... ¡cásese con mi mujer!

Pero Liborio no acepta, porque ni ha sido ni podrá resultar nunca agricultor, esclavo de la tierra. Comprende que es más pobre que nunca, pero los ánimos del fatalista renacen:

—¡Dios ayuda al que no sirve!

—Mis hijos... mi chacra... mi mujer...

Y la voz de Elías es más débil y trémula que nunca. Pero Liborio no cede. La sementera es una cosa indigna de criollos guapos.

—... mis hijos... mi mujer...

—¡Dios v'ayudar a túitos. Como la viuda tiene campo suyo... ¡un gringo vivo no le puede faltar!...

Y los dos hermanos se abrazan, conformes con la perspectiva, mientras el sol, áureo y madruguero, arranca vivos destellos a las ventanas encristaladas del pueblito.

VICENTE A. SALAVERRI.

"LA RAZA DE CAIN"

Novela de Carlos Reyles

Fragmento de una conferencia pronunciada en el Ateneo del Uruguay el 19 de setiembre del corriente año, inaugurando el ciclo de conferencias del Ateneo de Juventud Uruguaya.

Libro doloroso lo ha llamado su autor, y en verdad que merece tal calificativo. La Raza de Caín! perseguida por una eterna maldición; pobres seres que pasan por la vida como fugaces fantasmas de dolor, sin despertar una simpatía, sin encontrar regazo protector que acoja su inmensa desventura, el alma embargada por el desaliento opresor de un destino adverso! Raza oprimida, raza vencida, debe soportar toda una vida de resignación, toda una existencia destinada al martirio, por una maldición cruel de un dios incapaz de perdonar! Seres nacidos para sufrir, espíritus desorbitados que no alcanzan a comprender su desventura, intentan rebelarse contra los escarnios que a diario les ofrece la existencia, sin sospechar que su destino es triste, que son eternos condenados a una vida miserable que en vano pretenden rechazar. Oh la Raza de Caín! Es inútil luchar; desde la cuna traen el estigma de la culpa de su antepasado, y ese delito debe ser purgado hasta las últimas generaciones!

En la novela de Reyles, esos seres malditos, que no tienen derecho a querer, porque antes de intentarlo deben desechar sus aspiraciones, porque tampoco pueden aspirar, actúan en la vida con el agravante de

que tanto Guzmán, como Cacio y Menchaca, son viles, cobardes, degenerados, productos inferiores de esa raza maldita, que concluyen por aceptar de lleno las renunciaciones de una vida sin objeto, pues en cierto momento, carecen de valor para borrar lo que es escarnio, lo que constituye la mancha, la maldición de la "Raza de Caín". Rehusan tomar la realidad de frente, como los hombres de corazón, atentos a colmar aspiraciones secundarias. Como Cacio, incapaz de rebelarse ante la realidad de su deshonra, no atreviéndose a abofetear a Arturo; primero, porque le teme, y segundo, porque cree que con ello ganará más pronto el corazón de Laura. Como Guzmán, que no se suicida por cobardía luego de haberle dado muerte a su amante, esa Taciturna digna de mejor suerte! Como Menchaca, engañado por Ana, que cuando ésta le escupe en pleno rostro el epíteto cruel que encarna su deshonra, no acierta a castigar la afrenta, sino que cae de rodillas implorando perdón a la que lo ha colmado de vergüenza, y que en su impudicia, aún se atreve a apostrofarle! Hay demasiado miseria, no podemos aceptar tanta bajeza! Reyles ha extremado la nota, y nos presenta seres viles, que se atreven a afrontar las vicisitudes de su miserable existencia, hasta donde se lo permite la comodidad!

Ese estado de espíritu de eternos incomprendidos que adoptan los personajes de Reyles, ya lo había tratado Chateaubriand, aunque atenuado por el romanticismo de la época. En la vida, encontramos a diario más Renatos que Cacios o Guzmanes; porque el personaje que para Chateaubriand encarnaba lo que se llamó "mal del siglo", no es propio de aquella época, sino que es un producto de todos los tiempos, aunque diferenciado por los caracteres dominantes de los mismos.

En su obra, Reyles ha pretendido algo más que un pálido trasunto de los modos franceses, y ha creado una novela psicológica de alto fuste, quizás lo mejor en su género que se ha escrito entre nosotros. Guzmán, Cacio y Menchaca, encarnan análogos estados de espíritu. No obstante, se diferencian en proporción a su distinto grado de cultura. Guzmán, espíritu refinado, "que también tenía o había tenido sus puntas y ribetes de escritor", "realizaba el tipo perfecto de la medianía criolla". "Leyendo y viajando habíase dado una cultura variadísima, que lo refinó más de la cuenta, hasta el extremo de convertirlo en un ser exótico y en una preciosura de la sensibilidad humana muy curiosa, pero sin aplicación posible en un medio de pura actividad comercial, hostil a las blanduras y a los refinamientos de las civilizaciones muy adelantadas".

Producto exótico de un medio extraño, no hallaba encaje en la tranquila sociedad con quien convivía. La costumbre de raciocinar sobre todo y ante todo, lo convirtió en un analizador tenaz "de propias y ajenas sensaciones". Espíritu desorbitado, sumido siempre en un mar de dudas, era un extraño conglomerado "de los retazos de muchas civilizaciones".

El "tipo" de Guzmán ya había sido analizado por Reyles en su novelita "El Extraño", quizás mejor que en "La Raza de Caín". En esta última obra encontramos un Guzmán más misántropo: terriblemente egoísta, sus palabras tienen más hiel, es menos humano que el otro Guzmán, también desorbitado analizador de sensaciones, pero más hombre... tiene menos de Cacio!

Cacio, de origen humilde, hijo de unos pacíficos y aburguesados "gringos", propietarios de una pequeña casa de comercio, al ilustrarse, reniega de su pobre cuna, y su espíritu, envenenado por las descortesías

que él cree se le prodigan debido a la causa apuntada, quiere reaccionar; pero como en toda alma enferma. la reacción, en lugar de ser beneficiosa, da frutos malsanos. Cacio se vuelve calculador, egoísta, frívolo y, lo que es peor, hipócrita y malo. Los Crooker, acaudalados estancieros del lugar, son para él, constante baldón de su humildad e insignificancia. Representantes de la "aristocracia" campesina, poseedores de una gran fortuna acumulada tras de luengos años de trabajo, presentan todas las características del tipo sajón, laborioso y emprendedor, forjado en la noble fragua del esfuerzo constante. Respetados y queridos por todas las gentes de la comarca, son frecuentes las obras de caridad que prodigan sin ostentación alguna. Don Pedro, el mayor de los Crooker, encarna a perfección el tipo de su raza. Antítesis de Cacio, lo mismo que su hijo Arturo, no podía ser soportado por el incipiente filósofo, que por otra parte no atinaba más que a respetarlo. Cacio atribuía todo su egoísmo, toda esa dosis de ruindad que como flores del mal germinaban en su alma, a las constantes humillaciones que otrora le hiciera sufrir Arturo, el heredero de la fortuna millonaria de los Crooker: primero en la escuela, y luego en toda ocasión propicia, en que el pobre diablo de Cacio vertió abundantes lágrimas de humillación e impotencia. Buena es la explicación, pero no convence. Es que las bajas pasiones alentaban de antaño en el alma de Cacio, y las humoradas de Arturo, fueron acicate potente para remover el gran fuego que perentoriamente ocultaran protectoras cenizas.

Como digno complemento de los dos personajes ya examinados, tenemos a Menchaca, un "producto legítimo de la civilización inferior y grosera de los pue-

blos de campo", que "participaba de todos los prejuicios, y comulgaba con todos los lugares comunes. Y no acertaba a salir jamás de los limitados horizontes en que lo aprisionaban las nieblas espesas de lo trillado y vulgar." ¿No es acaso este Menchaca un ente soberanamente ridículo? ¿Puede inspirar simpatía un hombre que paulatinamente llega a perder las más elementales nociones del honor y de la vergüenza? Evidentemente no. Personajes de este jaez, no pueden hallar eco amable en nuestro espíritu. Obra realista, en este caso se ha apartado algo de lo "real": en la vida encontramos solamente por excepción Cacios, Guzmanes y Menchacas. Lo que vemos a diario son cuatro botarates o "poseurs", que adoptan esa actitud de incomprendidos para "epatar" a los idiotas que les sirven de satélites.

La crítica ha creído reconocer a Reyles en algunos personajes de sus obras. Se ha dicho que Reyles se ha encarnado en Guzmán. Aceptaríamos de buen grado el presunto parentesco espiritual entre Reyles y Guzmán, si los caracteres del autor se hallaran de acuerdo con los rasgos dominantes del personaje. Nada más encontrado que el carácter de Reyles, voluntarioso y soberbio, y el abúlico Guzmán de "La Raza de Caín", que no halla placer en nada y todo lo mira con un eterno gesto de disgusto. Carlos Reyles, que ha expuesto su ideología de la fuerza, y ha cantado la metafísica del oro, llevando el culto del yo a su máxima consagración en "La Muerte del Cisne", tiene más de Crooker que de Guzmán. En efecto, Arturo Croker reproduce mejor la figura de Reyles que personaje alguno de "La Raza de Caín". Lo que ha hecho exagerar a algunos comentadores del autor de "Beba", ha sido la vida andariega que éste ha llevado siempre, y que lo hace aparecer a los ojos del mundo como un desorbitado, como Guzmán, como Ca-

cio o Menchaca. La comparación con Guzmán tendría siquiera el fundamento de que algunas ideas de Reyles son puestas en boca de este personaje. Pero ese simple detalle no autoriza a afirmar rotundamente que Reyles se ha encarnado en un tipo completamente artificial, imaginario, como el Guzmán de su novela. Pero lo más grave es que se ha dicho que Reyles se ha encarnado en Tocles. En efecto: Alberto Zum Felde, en su interesante estudio sobre el autor que comentamos, ha dicho que Reyles "ha exagerado cómicamente los rasgos hasta trazar su propia caricatura, como en Tocles" y luego: "Reyles proyecta en la obra el fantasma horrible o grotesco de su propia personalidad, ofreciéndose como una lección de experiencia". En este punto no estamos, ni podemos estar de acuerdo con Zum Felde. Es muy posible que el autor de "Crítica de la Literatura Uruguaya", al sostener que Reyles ha pretendido trazar su "propia caricatura", ignorase que, el autor, al crear el personaje que ha llamado Tocles, pretendió ridiculizar a uno de nuestros prestigiosos literatos, espíritu desorbitado, que no hallaba marco adecuado dentro del mundo literario en que le tocó actuar. En un principio, Tocles responde bien al "modelo", con sus "excelsas dudas y eternas inquietudes". Pero a medida que se acerca el desenlace de la novela, el acierto evidenciado hasta entonces al trazar esa figura, abandona al escritor, para darnos un Tocles burgués, que reconoce sus errores, y que en adelante desechará el pasado y se dará a vivir como el resto del mundo, pacíficamente.

ALFREDO S. CLULOW.

(Continuará).

EDUCACION

La vocación

Como mi educación se inició en una escuela francesa, de cuyo programa, la Historia Sagrada era materia elemental, una de las primeras adquisiciones de mi inteligencia, fué la noticia de que Dios se había visto obligado a castigar al hombre, por desobediente, y que al hacerlo, había exclamado, con voz cuyo sentido debía alcanzar a todas las generaciones que vivieran sobre la tierra; "¡Ganarás el pan con el sudor de tu frente!"

De los muchos absurdos que se encierran en semejante fantasía, que a pesar de ellos, ha tenido consorcio con ideas avanzadas de muchos pueblos, durante largos siglos, recuerdo haber entendido uno espontáneamente y haberlo comentado con interés, a solas, mientras no sabía ni podía expresar bien mis protestas, comprendidas, más o menos, en las palabras siguientes: "Si los hombres no trabajaran ¿qué harían?

Cuando, siendo maestra, me creí capaz de emitir un juicio y con derecho a interpretar las tradiciones sagradas, pensando en el problema biológico y social que se quiso resolver con un cuento, discurrí de esta manera: Las cosas son a la inversa de como las pinta la Biblia. El trabajo es fuente de salud y alegría; todas nuestras aptitudes, nuestro organismo todo, están formados para él. Siempre somos felices cuando

estamos en actividad, respondiendo al fin que nuestras aspiraciones persiguen.

Comprendiendo bien, entonces, que la vida tiene inevitables penas, más dignas de ser consideradas como castigo, cuando se inventó la leyenda y que el trabajo es el único lenitivo eficaz de tales penas, me creí persuadida de que, si hay quien mira la actividad como una obligación dura, es porque no se consulta la disposición natural que cada uno trae al nacer, esto es: la vocación.

Entonces pensé que si los padres estudiaran a sus hijos y les permitieran actuar en aquello que responde a sus inclinaciones, todos los hombres serían felices; pero, como los padres se equivocan dando valor a las ocupaciones por el lucro que ven obtener en ellas y tratan de que el hijo se lance a la que creen mejor, aunque no sea capaz de desempeñarla, llegan como consecuencia del fracaso, la holgazanería, el vicio y sus calamidades consecuentes, para la humanidad.

Velando por el bien de la escuela, comprendiendo cuánto daño hacen los que no tienen las inclinaciones especiales que ella requiere, en un proyecto de Facultad de Pedagogía que presenté al Consejo Nacional de Enseñanza P. y Normal, en el año 1918, pedí que antes de admitir definitivamente como alumno a un aspirante a maestro, se pusieran a prueba sus disposiciones, a fin de que la carrera del Magisterio no fuera cursada por quienes carecen de vocación.

Para sostener mi tesis, entre otros argumentos, en el trabajo a que me refiero, digo lo siguiente:

"Aunque en el alma de cada mujer hay una madre, como dice con razón Martínez Sierra en "Canción de Cuna" y hay un padre en el alma de cada hombre, pues por naturaleza todos tenemos el instinto de educar, es indudable que para muchos, ese instinto no pasa de la paternidad.

. . . . . .

Esos hombres y esas mujeres podrán cumplir su misión de padres, si tienen hijos, porque indudablemente, serán capaces de soportar por los suyos lo que no pueden resistir de los ajenos. Ellos son los que, llegando a ejercer el profesorado, ven transcurrir como horas de martirio, las que pasan en la escuela; los que poco después de haber presentado certificados de buena salud expedidos en regla, gravan indebidamente el presupuesto con pedidos de licencia, perjudicando a los que en realidad la necesitan; ellos son los que pegan y dan tirones de oreja, ellos los que hieren al niño con el insulto; ellos en fin, los que llegan a la clase con el espíritu distraído por preocupaciones de afuera y hacen pagar a los inocentes discípulos, el mal humor de amarguras, que en caso de sentir vocación, mitigaría la escuela".

Pues bien: a pesar de estas manifestaciones que sigo sosteniendo, estoy cada día más persuadida de que eso de la vocación, no es muy fácil de averiguar y de que es por hoy casi imposible encontrarla oportunamente descubierta en una gran parte de seres humanos.

Hay niños bastante equilibrados, que, a pesar de tener típicas manifestaciones de individualidad bien reveladas, durante los años de la infancia no pueden señalar una especialidad.

Esos, los que no muestran preferencias que puedan constituir una vocación particular, bien estudiados, quizá sean los más.

Podemos asegurar que los medios de discernimiento de que dispone por hoy la pedagogía, sólo pueden formar en una clase estas tres categorías: la de los niños que destacan sin poder precisar un rumbo aunque pueda decirse en qué materia, lo que no es igual, porque los asuntos del programa están lejos, por sí

mismos, de señalar normas de vocación; los de medida regular, dispuestos al parecer, a entregarse sin brillo, pero sin resistencia, a cualquiera de las ocupaciones humanas y el de los reacios al cumplimiento del deber, los que evitan siempre el peso de una obligación.

Suelen salir especialistas en el desempeño de una labor, de cualquiera de los grupos, cuando nuevas aptitudes surgen con el desenvolvimiento físico-mental.

Mucho hay que estudiar en este sentido.

A la pedagogía del porvenir le está reservado ahondar, para conocer a qué causas obedece la existencia del grupo tercero y si de él procede la mayoría de los reacios al orden, de los descontentos de siempre, de los parásitos sociales y de los enfermos.

Yo he visto a estos elementos salir alguna vez del segundo grupo y aún del primero. En tales casos, los hombres son dañinos a la sociedad en la medida de las aptitudes que revelaron buenas, pues que emplean para el mal, la ilustración de su inteligencia

Nuestra atención de maestros debe fijarse principalmente en el hecho de que hay vocación para el trabajo en general, no la hay o hay un estado de plástica conformidad, a fin de indagar cuáles son las causas y proceder en consecuencia, relacionando siempre la actividad, con el sentido moral de la vida.

Una observación al parecer trivial decide a veces el orden de nuestros pensamientos, en forma que no lograron aclarar largas meditaciones.

La que voy a narrar, tuvo para mí el significado a que me refiero.

Me hallaba, no ha mucho, a la sombra de unos árboles, contemplando sin ser vista, el trabajo de un grupo de obreros, en la carretera que debía conducir al balneario de Carrasco y poco tardé en ver que allí

existían las tres categorías referidas tratando de la escuela.

Unos, firmes en la labor, con la pala, el mazo o la pica, iban y venían, golpeaban y golpeaban, sin levantar la cabeza hacia el cielo bellísimo que los cubría, ni siquiera para procurarse un descanso, de tiempo en tiempo. El ritmo de los golpes tenía para ellos suficientes pausas; casi no necesitaban más hasta que el pito, vibrando en los ecos de la playa, diera la orden de parar.

Otros, a menudo, después de algún diálogo que brotaba espontáneo por el recuerdo inquieto de la última tertulia, el apetito que empezaba a hacerse sentir, la larva encontrada, el perro paseante, un viajero a pie o a caballo, cualquier cosa, se alejaban del lugar del trabajo, para partir una sandía o prender fuego y tomar un matecito.

El tercer grupo lo constituían otros que no eran capaces de esa audacia, que tampoco sentían el escozor de a palabra en la garganta, pero sí, el placer de ver y oir lo que aquéllos hacían y decían. Se movían éstos al compás de la pica que golpeaba en el sitio de los activos, más de vez en cuando, erguían el cuerpo en actitud contemplativa, al acaso o fijando la atención, complacida, en los desbandados y después de unos minutos, continuaban el trabajo.

De pronto, los tres grupos se fundían en uno y en el ambiente se escuchaba tan sólo el rumor de las olas y el golpe de las picas, cuyo ritmo parecía reforzado.

La misma idea, el mismo afán parecía mover todos los brazos. ¿Qué pasaba? Alguno de los que saboreaba mate, había divisado a lo lejos, al capataz que se acercaba.

Mientras éste recorría el camino en obra, todo era uniforme. Los hombres, en sus funciones, no se distinguían de la máquina aplanadora, cuya potencia se

sumaba al trabajo de las manos; pero apenas la silueta del capataz se achicaba en la perspectiva lejana, los tres grupos, poco a poco, volvían a formarse.

Como cada uno de nosotros concibe el exterior de acuerdo con su propia idiosincrasia y la esfera en que se desenvuelve su existencia, yo hube de pensar que aquellos hombres fueron niños y que los niños cuya educación está a mi cargo, irían al torrente de la acción, para ganar "el pan de cada día", unos a un lado, otros a otro, pero distribuídos probablemente, dondequiera que fueran, en uno de los tres grupos que veía formados, a los rayos del sol, en aquella carretera.

Hube de pensar que en todas partes hay quien trabaja sin sentir el peso de la obligación, inconsciente o consciente de la finalidad, pero con amor; quien espera la señal del reloj con impaciencia, para darle término y quien a ratos se dedica con gusto a la labor y a ratos, vaga con la imaginación por los reinos del ocio y dije para mí: ¿Es que estos, los que toman mate a hurtadillas, y aquellos, los que de vez en cuando miran algo que les permita divagar, trabajarían como los otros, con afán de hormigas, si se hubiera atendido en ellos la vocación? ¿Puede admitirse que alguien nazca con aptitudes especiales para ser aplanador o picapedrero?

Si esto fuera así, dondequiera que se hagan obras de la naturaleza que acabo de describir, la inferioridad humana estaría en el grupo de los resignados y tendrían dotes superiores, si no todos, gran parte de los demás.

Cambiando algunas palabras con obreros separados de cada una de las divisiones referidas, no tardaremos en observar que, entre los que aceptan, al parecer complacidos, la dura imposición del destino, los hay capaces y dignos de otro mejor.

La historia nos enseña que fueron hombres de esa calidad los que, sabiendo capitalizar ahorros, formaron la mayoría de las familias que en América, desde el Canadá hasta Patagonia, rivalizan por su brillante posición, en cultura o pretensiones, con la rancia aristocracia europea.

No es del caso llegar a comentarios de doctrina social, pues que miro la cuestión exclusivamente desde el punto de vista pedagógico.

Por eso hoy terminaré estas consideraciones, diciendo que a la escuela primaria conviene ante todo, hacer la averiguación de los motivos que determinan la apatía o el desgano para el trabajo en general.

Teniéndolas en cuenta y obrando sobre ellas como sea posible, se conocerá mejor, más adelante, todo lo que pueda referirse a la vocación.

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

HISPANO-AMÉRICA

No se abre esta sección con mira presuntuosa.

Ningún prodigioso anhelo internacional nos mueve, pues siempre acude a nuestra mente la honda verdad contenida en las sencillas palabras de Remy de Gourmont "la humanidad es un archipiélago" y no pecamos de tan ilusos como para aguardar de nuestro esfuerzo un cambio que importaría quebrantar las normas del mecanismo universal.

Nada que trascienda a borrar fronteras, amalgamando civilizaciones. ¿Y entonces qué?

* * *

La vida robusta de PEGASO se nutre en la producción nacional.

Jamás fueron esquivas estas páginas hacia quienes, desde el exterior, le ofrendaron su simpatía, y tal cual vez, apareció alguna colaboración de las muchas, siempre gratamente recibidas. Mas si no hubo desdén, hubo afán de arrojar al surco nada más que simiente nuestra: ello no obedeció a planes egoístas ni siquiera preconcebidos: fué cosa tal como el atrevimiento del infante, que al ensayar sus andanzas desdeña auxilios, midiendo por instinto su potencia.

La colección de esta revista habla alto sobre el resultado del aventurado intento; ninguna llegó aquí a vida

tan resuelta y próspera, ninguna tuvo como ésta la activa amistad de literatos y hombres de ciencia, de políticos, de profesores, de todos, en fin.

* * *

Así probada su vitalidad, bizarra, satisfecha, la revista dilata su amistad, y abre esta sección bajo un título que se estampa no como límite arcifinio, sino como bien determinada aspiración de la simpatía que más nos place, y que buscamos.

Discurso en la inauguración de la Federación de Estudiantes de Venezuela

Queridos compañeros:

...Y ahora en esta empresa mucho idealismo. Abandonar por ella un rato la novia, colgar de la viga más alta esa ironía barata, còmún por estas tierras, que destruye con un chiste malo las cosas más estéticas. Para llegar a la ironía es preciso haber vivido, haber sentido mucho, haberse embriagado con las grandes conquistas. Eironeia es diosa ateniense que sólo se da después del triunfo. No la vieron en las murallas de Troya ni en la tarde de Salamina. No la tenían los rudos hombres que son cedros, en la floresta de Homero. Vino a Grecia después que aquel pueblo formidable había buscado las fuentes del mundo en una selva de la India, en un sepulcro egipcio, entre los sacerdotes constelados de Persia. La ironía entonces es el vaso de agua, la mujer hermosa, el lecho muelle después de la jornada: es un cuento de abuelo que recorrió muchas tierras y rindió a cabo muchas empresas y ahora sobre las alegres qui-

meras de su mocedad tiende la risa como un manto de cascabeles, como un cantarino chorro de agua fresca. Sólo que el abuelo es Platón y el marco de la historia es un jardín de Atenas donde a la hora del crepúsculo, el mar — ese claro Mediterráneo de la Filosofía griega y de la gracia francesa y de la historia galante italiana — se junta en un solo y claro tono azul con el cielo.

Pero, ¿ironía nosotros? ¿Qué empresas realizamos para tener derecho a la ironía? ¡Cuántas cosas bellas se van con nuestros chistes malos! Cuando en estas buenas tardes de Caracas, buenas tardes de Primavera en que el sol relumbra sobre el Monte Avila como una custodia de oro viejo sembrada de pedrerías, surco ese mentidero de desocupados, de galanes jóvenes, de señoritos elegantes que es en Caracas la esquina de las Gradillas y veo la sonrisa idiota con que el caballerito empleado en un Banco ve pasar las cosas más graves y más serias: ve pasar esa cabeza blanca de anciano que acaso pensó para la patria bellas y hondas páginas, que acaso vió caer el invierno desde un pupitre duro de escuela formando hombres, que acaso erigió contra las zozobras de una sociedad de advenedizos un pétreo hogar antiguo; y veo la sonrisa con que este majagranzas de cincuenta pesos quiere destruir en mi patria lo que en mi patria queda de fuerte, de noble, de hermoso, me dan ganas de decirle: ¿Qué ha hecho usted, caballerito?

La patria tiene selvas, llanuras y montañas. ¿Ha talado usted esas selvas, ha sembrado esas llanuras y esas montañas? ¿Se ha tostado la frente de usted en el bochorno de un día llanero, persiguiendo reses bravas, sobre un potro salvaje, entre las matas donde acecha la cascabel, bajo inclemente sol de plomo? ¿Sobre esa cara de usted ha caído la ventisca del páramo, tostándola, agarrotados sus pies de frío, arrastrándolo el ventisquero? ¿No? Pues no sonría usted. Cada uno

de esos hombres de que usted sonríe significan una vida fuerte y plena. El "paltó" mal cortado de ese anciano dice más para la Estética y para la Justicia que esos moldecitos de París en que usted enreda su perfecta inutilidad y su ignorancia de señorito elegante. Y sólo los hombres que ha indomeñado la Naturaleza o las ideas, las entrañas de la tierra o los antros del cerebro son, señoritingo, los únicos que tienen derecho a las burlas. La ironía griega vino después de Maratón, Aristófanes es posterior a Temístocles...

Apartando las burlas y los chistes malos, a esta empresa debemos amamantarla con idealismo. Para controlar la civilización material que ha llegado a nuestro continente latino, que amenaza destruir los elementos típicos de nuestra vida nacional en un híbrido cosmopolitismo, la juventud de América debe representar la fuerza ideal sin la cual fábricas y ferrocarriles no son sino prendas cartaginesas. Idealismo, pero ¿cómo ha de ser nuestro idealismo? Porque sucede que cuando nuestro idealismo no ha tenido adarga de cartón y celada de hojalata, no ha sido el amor de la empresa descabellada y en el aire — los Molinos, con sus manteadas y apaleos como corolario humano y groteseo — se ha amparado y es peor porque es forma inmóvil, en la capa rota de Marcelo o Rodolfo, ha visto pasar los días lentos y grises, se ha gastado en un epigrama entre el corrillo de amigos, ha llegado a viejo y cuando le preguntaron dónde estaba el árbol, el hijo y el libro del proverbio, contestó que era un desinteresado, que iba al margen de la vida, que se detuvo en medio del camino a escuchar los pájaros del cielo, que era un idealista!

El idealismo y más en esta hora material pide acción. Un poder espiritual no será fuerte en realidad sino cuando se ofrezca poderosamente armado, cuando atesore una fuerza material con medios para contener a los enemigos de una manera efectiva, como el brahamán los contenía de un modo imaginativo por el terror — dice Teoctisto en los Diálogos Filosóficos de Renán (1). Pide abnegación y sacrificio: no es un camino alegre, bañado por la luna, donde se va el peregrino diciendo hermosos versos y entonando cálidas canciones, no le esperan a la vuelta del camino besos de amor: primero es el pan moreno y duro, primero el desierto reseco bajo un sol de estaño fundido, primero son los cofrades de la Santa Hermandad — los prejuicios, la lucha para que los ideales se impongan que nos salen al camino a mantearnos. "La abnegación es indispensable — vuelve a decir Renán por boca de Teoctisto. Un sabio — aquí donde dice Renán "un sabio" pudiéramos decir nosotros "un hombre de ideales"— es el resultado de la abnegación y de los sacrificios de dos o tres generaciones y representa una inmensa economía de vida y fuerza. El Redentor, el Mesías no puede nacer de un país dominado por el egoísmo y las bajas pasiones (2)". ¡Cuántas amarguras sufrió el Libertador para ver su Colombia! Entre sus epítetos conviénele el de "Caballero de los tristes destinos" como al Quijote. ¿Cómo, me diréis, el Libertador, triste? ¿Después de una jornada de veinte leguas bajo el sol de los llanos, no bailaba el centauro diez horas seguidas, a la sombra de un caney de palmas, cálidos joropos de Venezuela, lánguidos bambucos de Nueva Granada, con nuestras morenas criollas de ojos rasgados? ¿El libertador, triste? ¿Y las salas de Lima pobladas de donce-

(1) Renán—Diálogos Filosóficos-Diálogo Tercero-Ensueño

(2) Ibidem.

llas: ojinegras del Perú, limeñitas de las Crónicas coloniales de Ricardo Palma, descendientes de Virreyes y caballeros de Calatrava que atesoráis en el fondo de vuestros ojos todo el sol de aquella tierra caliente, todo el brillo de la Cruz del Sur en la clara noche de agosto, azul, inmóvil, mientras las resedás huelen a amor en los jardines, las bocas tienen ganas de besos y sopla un aire pesado, lento, lleno de invitaciones? ¿Y el ramo de rosas de Manuelita Sanz? ¿Y las rejas del Cuzco, de Arequipa, llenas de mujeres que le sonreían al pasar? ¿Y las enormes magnolias exóticas de la Quinta Magdalena que evocaban lejanas tierras de sol — China, Indochina —, los países maravillosos donde aún el amor está muy cerca de la muerte? ¿Y sobre los claustros coloniales de la quinta de Bogotá la alegría nupcial de los jazmines? Triste, muy triste, "triste hasta morir" nuestro Libertador. Besos de mujeres, cálidos valses, conversaciones frívolas y galantes en un salón de Lima — válvulas, puertas de escape por donde fluía su gran tristeza. Hay que verlo en Caracas en 1827 evocando entre los escombros de una ciudad derruída, de unas casas vacías, los recuerdos de su niñez: todo se ha ido. A este amigo de infancia se lo llevó la guerra cruel e implacable A aquella "gens" hidalga la aventó la borrasca a una roca de las Antillas. Gentes nuevas que no pueden darle el recuerdo que busca habitan a Caracas: — después de diez y siete años de afanes, negado por Piar, negado por Páez, negado por Mariño, negado por Riva Agüero, negado por Santander, negado por todos aquellos hombres que formó de la nada, ya no le queda al grande hombre sino abrir la ventanita de los tristes: el Recuerdo... Caracas ya no existe — dice a su tío don Esteban Palacios, y se le llenan los ojos de lágrimas porque decir aquel ¡Caracas no existe! es como decir no existe mi juventud, no existen mis sueños, no existen todas las cosas suaves y rosadas que me perfu-

maban la vida! Hay que verlo en Bogotá, en 1828, bajo los sauces melantólicos de su casa de campo llorando el parricidio frustrado. ¿Y todo aquel zumo de melancolía, y todo aquel resabio de lágrimas no brota a la boca en una noche de delirio, en Santa Marta: José, vámonos, vámonos que de aquí nos echan? Este es Edipo por los caminos de Colonna, es el Lear de la tragedia imprecando las rocas, es el grito de dolor más enorme que haya proferido nunca la boca de un Libertador...

Sólo sembrando lágrimas se recogen alegrías, compañeros, dicen los viejos sabios de la Biblia. Mar de tempestades es el que conduce a Thulé. El vellocino de oro lo guardan los dientes de los cancerberos. ¡Que no esté la raza tan empobrecida y decadente que no podamos acrisolar con amarguras — si acaso las amarguras nos visitan—este noble idealismo nuestro!

Queridos compañeros:

De Asociaciones como ésta, templadas a lento fuego de paciencia, no zozobrando con las contrariedades, han salido grandes cosas. Recordaréis que antes que la espada de Garibaldi viniese a libertar las conciencias de su patria de un yugo teológico de muchos siglos, le había precedido una calurosa palabra de precursor que era la de Mazzini y la de su "Joven Italia": que un grupo de juventud en los Estados Unidos entre el cual estaban Emerson y Canning, el "Club de los Trascendentalistas", realizó en una patria desunida una conciencia nacional, reformó con Horacio Mann la instrucción pública, limpió de simonías y vanas exteriorizaciones el severo culto puritano, pidió libertad para los esclavos antes que Lincoln: que la República Argentina de hoy que todos admiramos, que reta a los sociólogos como Le Bon que dice que "los latino-americanos somos ingobernables", es hija

legítima de la "Asociación de Mayo", se tejió con los veinte años de Domingo Faustino Sarmiento, con los veinte años de Juan Bautista Alberdi.

¡Que esta Asociación haga mucho para la patria! ¡Que en el corazón de cada uno de nosotros se agite un apóstol! ¡Que con nosotros no haya juventud de Cumaná, ni juventud de Maracaibo, ni juventud de Barquisimeto, sino una sola y vibrante juventud capaz de la acción y capaz del canto, de conquistar a Troya y de cantar la victoria en exámetros.

MARIANO PICÓN-SALAS.

HORAS

I

Un jilguero te anuncia en la ventana
con gárrulo pregón el nuevo día;
como un viento sutil y luminoso
se cuela el tibio sol por las rendijas;
y en tus brazos desnudos la modorra
se envuelve y se retuerce, serpentina...
Al descender del lecho presurosa,
te hace un pliegue indiscreto la camisa
que muestra en un alarde de blancura
la maravilla de tu pierna fina.
Abres el dique del postigo y entra
torrencial en tu alcoba el nuevo día:
¡inundación de luz! ¡incontenible
turbión de sol!
Y tiemblas de alegría
porque sientes bullir dentro de tu alma
el fuego omnipotente de la vida.

II

Mañanita de sol quiero beberla
con fruición despaciosa, sorbo a sorbo,
en la copa de esmalte de los cielos
como un vino caliente y generoso.
Mañanita de sol quiero cantarla
en la rama del árbol más florido,
tembloroso de alas como un pájaro,
rojo y abierto el armonioso pico.
Mañanita de sol, quiero morderla
como una fina lámina de vidrio,
áspera, triturarla entre los dientes,
y hacerla añicos...
Envolverme en la luz como en un velo,
bañarme en resplandor como en un lago,
y en un idilio rústico gozarla
como a una campesina entre los pastos.
Mañanita de sol, como un diamante,
desnuda y clara, mañanita buena,
me has puesto ansiosa de cantar el alma,
me has puesto ardientes de vivir las venas.
Quiero ser árbol para recogerte
en el múltiple seno de mi fronda;
quiero ser río para reflejarte
y llevarte, quebrada, entre mis hondas.
Mañanita de sol, por cada poro
te me has entrado y siento el corazón
todo oro, todo esplendoroso
como un pedazo de tu mismo sol...

III

Volvemos del paseo... En tenues copos
cae la sombra en el camino. Malva,
morado y rosa, con el vientre herido
la tarde lentamente se desangra.

El paisaje se esfuma en una honda
melancolía, cual si se borrara...
Las cosas que han perdido su contorno
y su color, apenas si son manchas.
Hora del "no se qué"; esta es la hora
de entristecernos sin saber la causa;
en que vuelan las almas vagabundas
y no tienen sentido las palabras.
Cuando juntos los dos por el camino
nos deslizamos como dos fantasmas,
como si hubiéramos vivido en otra
vida, otros afanes y otras ansias.
Hora de confundirnos con las cosas
y de las cosas mismas ser el alma,
de inmaterializarnos en la sombra,
y ser sólo dos sombras que se alargan.
Cuando la noche en la primera estrella
ha derramado la primera lágrima
y desciende al camino como un pájaro:
¡monstruoso pájaro de negras alas!

PEDRO GONZÁLEZ GASTELLÚ.

La Plata, 1922.

GLOSAS DEL MES

Conferenciantes

Si no temiéramos pecar de irreverentes o cosa mayor, pondríamos que nos abruman los gentiles conferenciantes, arribados con notable abundancia en los últimos tiempos.

Comenzaríamos, sí, por dejar inflarse nuestra vanidad, estimando esas visitas como significativas del concepto que merecemos a la Europa actual; pero el caso es que antes de la guerra ya anduvieron por acá los señores Clemenceau y Jaurés, hasta el señor France, los cuales, por más que no estuvieran muy informados sobre nosotros, ya eran personas considerables.

* * *

Humíllese nuestra vanidad, pero los conferenciantes vienen y van, sin dejar huella apreciable, ni elevar nuestro nivel intelectual. Economistas, filósofos de enmarañada plática, maestros en la ciencia que trata de las sociedades humanas, hombres que se saben de coro los más menudos sucesos de las épocas idas, militares, de todo, de todo hemos oído con golosina.

Es muy posible que en sus respectivos países tuviera oportunidad alguna idea superior o algún sentimiento profundo puesto de manifiesto entre nosotros;

mas una percepción inmediata no consiente saberlo; fuera menester oirlos en mayor intimidad, o con mayor frecuencia, para que sus palabras fecundaran realmente nuestra hospitalidad.

Esa incoherente y profusa avenida no fué solicitada.

Quisiéramos alejar toda sospecha de que no la necesitamos; pero nos resulta inadecuada al período actual de la evolución de nuestra cultura. Demasiado preñados de problemas andan los tiempos para dedicarnos, en el período embrionario que vive nuestra sociedad, a examinar esas dudas rezumadas por las civilizaciones viejas, para dedicarnos a cultivos forzados en nuestro huerto intelectual.

Las condiciones de la cultura son perfectamente humanas, condiciones físicas, por tanto invariables: habemos menester, pues, una progresión equilibrada en nuestros conocimientos, un ejercicio armónico de los resortes que afinan nuestras facultades.

Y no nos aprovechan, naturalmente, esas golosinas, de tribuna o de cátedra, buñuelos fascinantes de ubicuo acomodo, pues se emplean en todo clima intelectual, sin considerar las peculiaridades que determinan los estudios necesarios para cada ambiente.

* * *

Aunque el país sólo disfruta una cátedra de conferencias, que pueda llamarse de extensión, confiemos en ella.

La especialización de la enseñanza se expandirá cuando su fuerza virtual experimente la atracción de las masas; y si la enseñanza nuestra se recata u obstina en desvanecidas fórmulas, entonces cruzaremos las fronteras buscando cuanto haga falta.

Así nuestra cultura seguirá una progresión razonable.

Mientras, será bueno medir el error que comporta la fascinación de los conferenciantes, cuya palabra nos resulta exótica.

Aceptándola sin control, pecaremos de un dañoso histrionismo.

EMILIO SAMIEL.

BIBLIOGRAFICAS

Revista Histórica del Archivo y Museo Histórico. Julio-agosto-setiembre de 1922.—Montevideo.

Cuando la Dirección distribuyó la cosecha a examinar, nuestra curiosidad no cedió a la cortesía que imponía dejar llegar este volumen al redactor especializado en historia de los pueblos, que hubiera sido el camino natural; y argüimos valientemente el recuerdo de cierto episodio ocurrido en la Biblioteca Nacional de París al clasificar las "Histoires Naturelles" de Julio Renard. Vacilaba el especialista al catalogar, pero un gran humanista francés, cuyo nombre ya comienza a afirmarse en la inmortalidad, le respondió, sagaz y oportunamente, que dicho libro correspondía al grupo des **chefs d'oeuvre**, donde quedaron. Era el caso de la obra que abandona su delimitación originaria, remontándose al círculo del interés superior.

Por tal sistema nos abocamos el examen de la "Revista Histórica".

* * *

Era antigua conocida nuestra, pero entonces muy poco lisonjera. Abrir uno de sus volúmenes era hundirse en cualquiera de las pesadas partes cuya acumulación forma el vasto erial de las publicaciones oficiales, lamentable comarca donde sólo muy escasamente pueden espigar los espíritus libres, en busca de cultura; pues creemos, y con mayor seguridad en publicaciones de índole histórica, que la función expositiva debe ser complementada o trasfundida de manera bastante a realizar obra civilizadora.

* * *

Este es el caso para elogiar la revista de nuestro título. No es ya el apelmazamiento de materia histórica ofrecida sin interés ni método. Ahora es el volumen necesario al especialista en tales trabajos; pero es también el libro agradable para las gentes ávidas de cultura, que hallan material valioso y expuesto con discernimiento, haciendo más grato y llevadero "ese sombrío río de los muertos", como Michelet llamó a la historia.—**E. S.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, rediúan un interés mayor de 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

BIBLIOGRAFICAS

Revista Histórica del Archivo y Museo Histórico. Julio-agosto-setiembre de 1922.—Montevideo.

Cuando la Dirección distribuyó la cosecha a examinar, nuestra curiosidad no cedió a la cortesía que imponía dejar llegar este volumen al redactor especializado en historia de los pueblos, que hubiera sido el camino natural; y argüimos valientemente el recuerdo de cierto episodio ocurrido en la Biblioteca Nacional de París al clasificar las "Histoires Naturelles" de Julio Renard. Vacilaba el especialista al catalogar, pero un gran humanista francés, cuyo nombre ya comienza a afirmarse en la inmortalidad, le respondió, sagaz y oportunamente, que dicho libro correspondía al grupo des **chefs d'oeuvre**, donde quedaron. Era el caso de la obra que abandona su delimitación originaria, remontándose al círculo del interés superior.

Por tal sistema nos abocamos el examen de la "Revista Histórica".

* * *

Era antigua conocida nuestra, pero entonces muy poco lisonjera. Abrir uno de sus volúmenes era hundirse en cualquiera de las pesadas partes cuya acumulación forma el vasto erial de las publicaciones oficiales, lamentable comarca donde sólo muy escasamente pueden espigar los espíritus libres, en busca de cultura; pues creemos, y con mayor seguridad en publicaciones de índole histórica, que la función expositiva debe ser complementada o trasfundida de manera bastante a realizar obra civilizadora.

* * *

Este es el caso para elogiar la revista de nuestro título. No es ya el apelmazamiento de materia histórica ofrecida sin interés ni método. Ahora es el volumen necesario al especialista en tales trabajos; pero es también el libro agradable para las gentes ávidas de cultura, que hallan material valioso y expuesto con discernimiento, haciendo más grato y llevadero "ese sombrío río de los muertos", como Michelet llamó a la historia.—**E. S.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Elición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Coillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s/n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267.
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1526.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1480.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1870.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Poladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Edición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Coillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
RODOLFO MEZZERA—PABLO DE GRECIA—JOSÉ MARÍA DELGADO

NOVIEMBRE DE 1922

SUMARIO:

La Carretera	por José Pereira Rodríguez
«La Raza de Caín» (continuación)	por Alfredo S. Clulow
Sonetos	por Luis María Alles
El Churrinche	por Montiel Ballesteros
La Luz - Epitafio	por Fernando Maristany
Sueño	por Alfredo de Gangotena
Educación	por Enriqueta Compte y Riqué
Juan Idiota	por Andrés Patena
Hispano América	**Lecturas jugosas** por José María Delgado
	Soneto por Gabriel Francisco Porras

Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.º 53

056.1
PEG
No. 53

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Horacio Arredondo (hijo).—Alberto **Brignole.**—José P. **Bellán.** — Manuel **Benavente.** — Enriqueta **Compte y Riqué.** — Buenaventura **Caviglia (hijo).**—Julio J. **Casal.** — Ismael **Cortinas.** — Manuel de **Castro.**—Asdrúbal E. **Delgado.** — Eduardo **Dieste.**— María **Espínola y Espínola.** — José M. **Fernández Saldaña.**—Emilio **Frugoni.** — Antonio M. **Grompone.**—Blas S. **Genovese.**—César G. **Gutiérrez.**—Carlos A. **Herrera Mac Lean.** — Luis A. de **Herrera.**—Juana de **Ibarbourou.**—Julio **Lerena Joanicó.**—Luisa **Luisi.** — Alberto **Lasplaces.** — Horacio **Maldonado.** — Julio Raúl **Mendilaharsu.** —Raúl **Montero Bustamante.** — A. **Montiel Ballesteros.**—Casiano **Monegal.**—Alberto **Nin Frías.**—Emilio **Oribe.**— José **Pereira Rodríguez.** — Víctor **Pérez Petit.**—Carlos M. **Prando.** — Wilfredo **Pi.**—Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.** — Vicente A. **Salaverri.** — Emilio **Samiel.** — Carlos **Sabat Ercasty.** — Fernán **Silva Valdez.**—José A. **Trelles.**—Juan **Zorrilla de San Martín.** — Alberto **Zum Felde.** — Armando **Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Este número de PEGASO contiene

DIEZ Y SEIS PÁGINAS MÁS

o sea

Sesenta y cuatro Páginas de Texto

sin aumento de precio

056.1
PEG
No 53

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Horacio Arredondo (hijo).—Alberto **Brignole.**—José P. **Bellán.** — Manuel **Benavente.** — Enriqueta **Compte y Riqué.** — Buenaventura **Caviglia** (hijo). —Julio J. **Casal.** — Ismael **Cortinas.** — Manuel de **Castro.**—Asdrúbal E. **Delgado.** — Eduardo **Dieste.**— María **Espínola y Espínola.** — José M. **Fernández Saldaña.**—Emilio **Frugoni.** — Antonio M. **Grompone.**—Blas S. **Genovese.**—César G. **Gutiérrez.**—Carlos A. **Herrera Mac Lean.** — Luis A. **de Herrera.**—Juana de **Ibarbourou.** —Julio **Lerena Joanicó.**—Luisa **Luisi.** — Alberto **Lasplaces.** — Horacio **Maldonado.** — Julio Raúl **Mendilaharsu.** —Raúl **Montero Bustamante.** — A. **Montiel Ballesteros.**—Casiano **Monegal.**—Alberto **Nin Frías.**—Emilio **Oribe.**— José **Pereira Rodríguez.** — Víctor **Pérez Petit.**—Carlos M. **Prando.** — Wilfredo **Pi.**—Horacio **Quiroga.** — Santín Carlos **Rossi.** — Vicente A. **Salaverri.** — Emilio **Samiel.** — Carlos **Sabat Ercasty.** — Fernán **Silva Valdez.**—José A. **Trelles.**—Juan **Zorrilla de San Martín.** — Alberto **Zum Felde.** — Armando **Vasseur.**

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACIÓN

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Este número de PEGASO contiene

DIEZ Y SEIS PÁGINAS MÁS

o sea

Sesenta y cuatro Páginas de Texto

sin aumento de precio

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 13 de Julio de 1865 y regido por la ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %, hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 663.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y Ddescuentos, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presente Vd. la Alcancía, la que se abrirá a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

A partir del 1.° de Enero de 1923 el Banco no abonará interés sobre los saldos acreedores en Cuenta Corriente y Depósitos a la Vista, y el interés sobre los saldos de Caja de Ahorros (Sección Alcancías) queda fijado desde la misma fecha, en 6 % hasta $ 300 y en 5 % hasta $ 1,000.

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Noviembre de 1922. — N.º 53 — Año VII.

LA CARRETERA

Como huyendo del poblado
Se escapa la carretera.
Bajo el sol es amarilla.
Bajo la llovizna es negra.
En las claras madrugadas
Tiene un vago tinte perla.
La encharca en trozos el agua.
La oculta, a ratos, la niebla.
Al abrirse la mañana
Tal una flor estupenda,
Resplandecen sus guijarros
Como fantásticas piedras
Preciosas allí volcadas,
Cual sucede en las leyendas.
El atardecer la enciende
Con resplandores de hoguera.
De noche en sus charcos beben
Agua y fango, las estrellas.
No tiene fin, ni principio,
Y en esto, a Dios se asemeja.

Como en un papel secante
Van cruzándose las huellas
Con que marcan su camino
Las innumerables ruedas.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963 —Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses).- Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

A partir del 1.º de Enero de 1923 el Banco no abonará interés sobre los saldos acreedores en Cuenta Corriente y Depósitos a la Vista, y el interés sobre los saldos de Caja de Ahorros (Sección Alcancías) queda fijado desde la misma fecha, en 6 % hasta $ 300 y en 5 % hasta $ 1,000.

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Noviembre de 1922. **N.° 53 — Año VII.**

LA CARRETERA

Como huyendo del poblado
Se escapa la carretera.
Bajo el sol es amarilla.
Bajo la llovizna es negra.
En las claras madrugadas
Tiene un vago tinte perla.
La encharca en trozos el agua.
La oculta, a ratos, la niebla.
Al abrirse la mañana
Tal una flor estupenda,
Resplandecen sus guijarros
Como fantásticas piedras
Preciosas allí volcadas,
Cual sucede en las leyendas.
El atardecer la enciende
Con resplandores de hoguera.
De noche en sus charcos beben
Agua y fango, las estrellas.
No tiene fin, ni principio,
Y en esto, a Dios se asemeja.

Como en un papel secante
Van cruzándose las huellas
Con que marcan su camino
Las innumerables ruedas.

Se alegra con el verano,
Se enloquece en primavera,
En otoño es melancólica
Y en el invierno, da pena.
Suele estremecerse toda
Cuando pasan las carretas
Cargadas hasta los topes
Con lo que dan las cosechas.
¡Es que también tiene un alma
Sensible la carretera!...

Por ella los hombres marchan
Hacia las ciudades llenas
De atracciones, y por ella
Vuelven los decepcionados
A vivir vida serena...
Los que se marchan alegres
Y los que tristes regresan,
Ven en su larga jornada
Su anhelo que nunca llega.
Para todos tiene calma
Y, para todos, es buena.
Los que su paso encaminan
Hacia la ciudad moderna
Con el ansia inconfesada
De una vida turbulenta,
No van siguiendo sus bordes
Se van a campo traviesa!
En ella se encuentran todos
Los que van a la faena;
Y, sin pueriles orgullos,
Se saludan y se estrechan
Las manos con efusiva
Y encantadora llaneza.
No la sigue el que se oculta
Para la intención siniestra;
Pero, por ella cantando
—Al hombro el hato—regresa

El labriego que trabaja
De sol a sol en la era...

Los árboles se embellecen
Cuando la colina trepa
En ascensión ondulante,
Y hasta las plantas rastreras
Con humildad rusticana
Van orlando sus arenas.
Las borlas lilas del cardo
Son las flores que su vera
Enjoyan formando un marco
Tendido leguas y leguas.
En el blanco caserío
Minutos descansa apenas
Cual si aliento recobrara
Entre casas y callejas;
Mas luego, emprende la marcha
Porque es siempre la cadena
Que une la antigua ciudad
Con la que recién comienza
Es un nexo indiferente,
Al parecer; pero, llena
Su misión tan cabalmente,
Que faltando, acaso, fuera
Inalcanzable el progreso
De las ciudades fraternas.
. . . . . .

A veces, la carretera
Tiene sed y busca el agua
Del arroyo que rastrea
Por entre valles y montes;
Es en el vado donde ella
Se inclina en graciosa curva
Para formar la cuneta,
Por la que va la corriente
Cristalina más ligera.

Húndese un tanto en el agua,
Y en la otra orilla repecha
Para seguir caminando
Entre cardos y entre piedras.

Ella es señora de cumbres.
Es remanso en la ladera.
Es cabe los manantiales
Rincón de paz que serena
Al que marcha fatigado
Tras la meta que no llega.
Surgió cuando el hombre quiso
Unir la ciudad a la aldea
Con una calle muy ancha
Que no tuviese vereda.
Determinó su trazado
La madre Naturaleza
Con eficacia precisa,
Que la experiencia comprueba.
Si se prolonga o se ensancha,
Es que el progreso fomenta
Nuevas corrientes vitales
Que, como ríos, aumentan
Su caudal y no detienen
Ante vallas, su carrera.

Cuando soñadas ciudades
Surjan del seno de América
Y engranen el continente
Con pujante gente nueva,
Saldrá de sus multitudes
La voz amplia de un poeta,
Que cantará en las estrofas
De un admirable poema
La canción que va diciendo
En su andar la carretera.

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ.

Treinta y Tres.

"LA RAZA DE CAIN"

Novela de Carlos Reyles.

(Continuación)

Dejando a un lado el aspecto antipático de estos personajes, no podemos menos de reconocer que han sido concebidos y ejecutados con maravillosa precisión. Sus sensaciones y estados de espíritu, reproducidos magistralmente por el cincel maestro del autor, señalan páginas de una hermosura y plasticidad estupendas. Hay cuadros de intenso colorido; como la descripción del jardín, la noche del baile en casa de los Croocker, que nos hace vivir instantes de verdadero deleite espiritual. "Y por la quinta y el jardín, cuchicheando "sotto voce", se desgranaban las parejas en los intermedios, perdiéndose misteriosamente entre los árboles y las flores, ni más ni menos que en los jardines y encantados bosquecillos de Versailles, las finas damas y los pulidos caballeros de la maravillosa corte del Rey Sol. La noche era espléndida, dulce y apacible como un sueño infantil; las estrellas brillaban a millones en el firmamento azul radioso, como abrillantado de tenue polvillo de plata, y un aire suave que desparramaba, como perlas de un collar roto, las ondas sonoras de las alegres músicas, mecía esas rosas y los jazmines y los locos rizos que caían sobre la frente y el cuello de las núbiles donce-

llas. De vez en cuando una carcajada argentina y rítmica elevábase triunfalmente sobre el murmullo de las parejas e inclinaba el espíritu hacia las aventuras galantes y la vida dichosa del Decamerón''.—Imposible hubiera sido hacer resaltar toda la belleza que encierra este párrafo, sin transcribirlo. Creemos que páginas como ésta, bellas y sentidas, son como la anunciación del estilo florido, elegante y flexible, que con tanta justeza ensaya Reyles en algunas páginas de ''El Terruño'', y que llegará a la perfección con ''El Embrujo de Sevilla'', obra que encierra las mejores galas de su multiforme flora literaria.

En algunas páginas de ''La Raza de Caín'', es evidente la influencia d'annunziana. Recuerdo que en mi estudio (1) sobre el poeta más poeta de Italia contemporánea, decía que: ''en las soberbias concepciones del autor de ''La Nave'', en las que se nos muestra cuentista o novelador impecable, encontramos grande influencia de Zola y Maupassant''. Lo mismo podríamos decir de Reyles, que ha aprendido de Maupassant a condensar, en narraciones cortas y sintéticas, el proceso psicológico de las pasiones que agitan a los distintos personajes.

Muchas son las influencias extranjeras que han obrado sobre Reyles. Por esa causa, ha llegado a sostenerse que ''La Raza de Caín'' no es una novela uruguaya. El autor de ''Semblanzas de América'', ha contestado muy bien esta objeción, diciendo que: ''tienen carácter americano inconfundible las rivalidades aldeanas, el rastacuerismo de Menchaca, la bondad total y el abnegado rendimiento de mujeres como Sara y como Laura''. Además, Reyles, con ''La Raza de Caín'', ha pretendido hacer una novela nacional,

(1) Gabriel D'Annunzio. Su obra. Publicado en ''La Razón'', el 24 de Febrero de 1921.

y ha querido realizar algo más que un pálido trasunto de los modos franceses, como ya he tenido ocasión de anotar en líneas anteriores. Esos personajes, aunque calcados en moldes extranjeros, toman carta de ciudadanía literaria, y se adaptan perfectamente a nuestro medio. Al analizar "El Terruño", he dicho que el realismo de Reyles es el primo de Indias del realismo de Balzac. En esta novela, hallamos nueva confirmación de tal verdad, pues Cacio, deja entrever ribetes balzaccianos.

La influencia de Huysmans en la obra de Reyles es grande. Guzmán presenta una estrecha afinidad con el Des Esseintes de "A Rebours". Huysmans es uno de los más preclaros imitadores de Zola. "Su arte fogoso y brutal ha conquistado al público", ha dicho de él G. Lanson en su "Historia de la Literatura Francesa". Sus cuadros, de un verismo estupendo, revelan las pinceladas de una mano maestra, que ha adaptado los moldes de Zola a las situaciones más diversas de la vida. Las escenas religiosas, en sus más variadas facetas, han sido narradas por Huysmans de una manera admirable. El abúlico Des Esseintes, último retoño de una raza degenerada, y el desorbitado Guzmán, es indudable que han sido engendrados por dos cerebros superiores. Reyles y Huysmans realizan una misma obra, emplean tonos distintos, e imitan iguales modelos. Como se ve, la diferencia sólo es de tono, de grado. Huysmans es un hábil escenógrafo; Reyles, un insigne pintor.

Los personajes femeninos de esta novela de Reyles, parece hubieran sido creados con fines secundarios. La interesante figura de Laura, y la no menos compleja de Sara, la Taciturna, la amigo de Guzmán, son las únicas que se destacan con relieves pro-

pios. Amelia y Ana, giran alrededor de Guzmán y de Arturo, como esas mariposillas que concluyen quemándose las alas en su porfía por acercarse demasiado a la llama. María Carolina, diríase que sólo vive por y para Laura. "Ella la quería siempre linda y toda para sí, y a veces llegaba a experimentar, cuando la veía rodeada de otros o de otras, un sentimiento muy femenino, sutil y complicado, semejante a los celos." Muy bien define Reyles ese curioso estado de espíritu, típicamente encarnado en María Carolina, que participa a la vez de dos sentimientos que se complementan eficazmente: amor y celos. Sólo lo comprenderemos ahondando en el alma femenina, en ocasiones tan sutil y complicada y avara de sus misterios, que no nos es dable penetrar en ella. Quebremos la prohibición, tratemos de violar la consigna; e invadiendo el sagrado retiro, desentrañemos el arcano, adivinando la exquisita sutileza de ese sentimiento tan complejo y vario, a pesar de que no halle repercusión en nuestra psiquis, pues somos incapaces de igualar la cordial complejidad de un alma de mujer. Con todo, Reyles ha estado muy acertado en su papel de psicólogo de almas femeniles, y ha logrado dar cierto relieve a esta María Carolina tan insignificante, que se halla como perdida en la umbría ramazón de la novela.

Laura es una bella figura de mujer joven, que irradia su sana alegría, y es todo un baluarte de idealismo. Libre de influencias nocivas que perturbasen su delicada imaginación de niña mimada, vivía feliz, sin contaminarse su alma con las miserias de los demás. A su lado, era imposible sustraerse al dulce efluvio de pureza y juventud, que parecía desprenderse de toda su persona; y este contraste, de una vida llena de esperanzas y de ansias de vivir, con la de aquellos engañados que creen han vivido, sin siquiera haber

pulsado el oleaje tonificante de la verdadera vida, nos inclina a aborrecer los Cacios y Guzmanes, y amamos a Laura en su encantadora sencillez, mucho más hermosa, mucho más humana; flor bellísima que no pudo esparcir por mucho tiempo su perfume en compañía de zarzas y de cardos! Bien dijo Plauto, que el mortal amado de los dioses muere joven. Laura sucumbe, envenenada por el infame Cacio que en su egoísmo, no pudo concebir que esa flor delicada iluminase la vida de otro ser más digno de su corazón y de sus gracias. "Ella será de él, sus encantos serán de Arturo, y yo... ¡Ah!, no puede ser: ya es bastante"; y ese yo, fué acicate potente para lanzarlo a la consumación de su horrible delito!

"El crimen de Cacio despertó la dormida conciencia de Julio Guzmán. Las ideas y creencias más osadas; los orgullosos torreones mentales, batidos artificiosamente con sofismas sutiles, se agrietaron y se hundieron, sin que el escéptico pudiese sacar otra cosa de las informes ruinas, que un disgusto invencible e insoportable de la existencia y de sí mismo." Poca cosa necesitó la parda filosofía de Guzmán para desmoronarse cual débil castillo de naipes! Es que el ser humano, cuando no guarda suficiente armonía con la realidad externa, es un elemento naturalmente destinado a perecer en la lucha por la vida, o a concentrarse en un yo obtuso y egoista; síntesis de un alma torva e inaccesible, cuyo único remedio para encauzarla por las vías normales, sería la receta de Sócrates: "conócete a ti mismo". El error de Guzmán, de Cacio y Menchaca, y de todo extremado analizador de sensaciones, estriba en que debían haber comenzado por ser sinceros analizadores de sus propias ideas y sentimientos; y luego, con la experiencia proporcionada por íntimas sugestiones, colocarse frente a la vida, obrar, actuar en ella, y for-

marse sus ideales, engendrados por esa experiencia personal. Frente a la vida, debemos entrar en ella, ahondarla, vivirla; y entonces, de ese choque de nuestro ser con la realidad externa, nacen nuestros sentimientos, nuestros sistemas, nuestras ideas.

Es la introspección, pues, el único medio posible para coordinar nuestro espíritu con la realidad externa. La falla de los personajes de "La Raza de Caín", estriba en que han desechado el conocimiento humano y comprensivo de "propias y ajenas sensaciones", internándose en el proceloso mar de los deliquios metafísicos, que los lleva a la incomprensión más absoluta de las realidades ambientes. Guzmán parece quisiera reeditar el ya anticuado método de la tesis, la antítesis y la síntesis, vale decir, el método Hegeliano, o dialéctico, bueno en filosofía, pero disparatado ante las sugestiones de la realidad viva y palpitante.

Muy acertada es la pintura que Reyles nos hace de ese ambiente rural, de pueblo chico, plagado de prejuicios y pequeñeces. En general, todo pueblucho de campaña, sea cual fuere el país a que pertenece, sufre de esa aguda anemia paralizadora, que lo mantiene como estratificado, y por lo tanto, cerrado a toda idea de progreso. Pasear por la plaza a la misma hora, ir a la iglesia (que nunca falta), hablar mal de todo el mundo, bostezar simultáneamente, si es posible, he ahí la existencia momificante que Reyles ha puesto al descubierto, aunque ha pretendido amenizar la opiosa y desesperante chatura del ambiente, colocando en ese pueblo la sede de su novela... que ya es mucho.

ALFREDO S. CLULOW.

(Continuará).

PROPOSITO

Yo he de imprimir un rumbo preciso a la Quimera
aún en la sombra trágica de la noche inviolada.
Ha de flamear al viento, como una gran bandera,
en el brumoso fondo de toda encrucijada.

En los largos Inviernos será la Primavera
floreciendo en la inerte desolación helada,
hasta inundar de luces la sombra inanimada,
hasta aromar de rosas las horas de la espera!...

Y cuando todo el fuego de mi vida tramonte
y domine los oros del riente horizonte
la implacable tristeza de los viejos ocasos,

quedará para siempre, como símbolo y lema,
en el fondo miliario de la barca suprema,
el color de mis sueños y el rumor de mis pasos!...

INVARIABLEMENTE...

Todas las emociones que vibran en nosotros
los que nacieron antes las sintieron vibrar;
nuestros sueños son sueños que vivieron los Otros,
nuestras penas son penas cansadas de amargar...

Y en la lucha gigante y en el hondo reposo
y en el latir más íntimo y en la meditación
es uno nuestro esfuerzo y es uno nuestro gozo
y una misma congoja tortura el corazón!...

Y, anhelosos, queremos escalar lo Infinito,
vencer todas las cumbres y atronar con un grito
salvaje de conquista el misterio inmortal...

Y así habrán de encontrarse en el último día,
frente a la Esfinge trágica, perpetuamente fría,
perpetuamente muda y eterna como el Mal!...

EL RECUERDO

A Mario Menéndez Clara.

Arrancar de nosotros el Recuerdo!... Oh sublime
deleite del espíritu doloroso y cansado!...
Ser un esfuerzo eterno en la sombra que oprime
sin que nada nos hable del fondo del pasado!...

Nacer todos los días valerosos y prestos
con los músculos firmes y potentes y los
nervios acicateados por viriles arrestos
y sentir en nosotros la pujanza de Dios!...

Cuanto más grande fuera nuestra efímera obra
si esa agobiante carga de añoranzas que sobra
se hundiera en el vacío supremo del no ser.

Si nos fuera otorgada la virtud sobrehumana
de estar firmes y altivos con la frente al Mañana
y un enorme silencio dominando el Ayer!...

LUIS MARIO ALLES.

San José 1922.

EL CHURRINCHE

De "Fábulas y Cuentos Populares", libro de fuerte sabor autóctono, que el vigoroso autor de "Cuentos Uruguayos" dará próximamente a publicidad.

El indio, nuestro bisabuelo, era silencioso, áspero y heroico. Amaba su tierra como la ama el espinillo que hunde en su seno la amorosa raíz y por eso la defendió del intruso extranjero, con las bolas de piedra mora, con las flechas de urunday, con las lanzas de madera curada.

En su defensa se hizo centauro. No durmió. Cruzó ríos a nado. Sintió el morder del acero y la insidia del fuego traidor.

Pero no cedía.

Su bello cuerpo de bronce jalonó las cuchillas desde el Río como mar hasta el Cuareim y el Ibirá Poitá y no cayó una vez sino de frente y como un héroe.

Se metió en los bosques.

Ganó las sierras.

Sólo retrocediendo ante la fuerza terrible y ciega, combatió contra el íbero cruel y luchó contra el mestizo descastado y sin entrañas.

Su número mermó, no su coraje.

Los que restaban seguían encendiendo fogatas en los cerros y lanzando gritos de guerra!

Manos mercenarias asesinaron a los últimos, que no se rindieron:

Fué en una emboscada.

En un rincón de río indígena, de monte espinoso y crudo.

La soldadesca les daba caza como a fieras.

Fusilados, heridos, desangrados, se acababan...

Algunos atinaron a hundirse en el río padre que los recibió amoroso.

El último, un cacique joven, fuerte y esbelto, que no pudo arrastrarse hasta el agua salvadora y no quería caer vivo en manos de los intrusos, se alargó la herida que le abría el pecho y sacó su corazón arisco, rojo y libre, que se volvió un churrinche encendido y voló a refugiarse en el seno caliente de los bosques nativos.

Y ahí anda ese pajarito de fuego.

Agil. Solo. Silencioso.

No canta.

Quizá por no llorar.

Y como las sensitivas que cierran sus corolas al menor contacto extraño, él se muere si lo meten en una jaula.

Vuela rápido. Como una bola arrojadiza que llevara el haz de paja encendido, el fuego santo que florecía el incendio en la casa del intruso.

Se detiene en un árbol criollo y se dijera que lo florece.

Pero es un relámpago.

Ya se pierde en la espesura maternal ese corazón de charrúa con alas.

MONTIEL BALLESTEROS.

LA LUZ...

Cuanto de mi niñez y mi primera
Juventud mi alma añora, no supiera
Definirlo hoy que, en parte, he ya logrado
Vivir mi ensueño osado
De atraerme a la tierra algo de cielo...
Pero un motivo claro se me alcanza
De esa íntima añoranza
Que a menudo me muerde: el desconsuelo
De ver la luz ambiente, absorta, fría,
Cruda, real, cuando antes la veía
Con un halo divino, venido de la hora
De mi primera aurora
Celestemente azul de Amor y de Armonía...

EPITAFIO

Púdrese aquí la cárcel de un raro prisionero
Que nunca estuvo en ella bien presente y bien vivo.
¿Fué su vida dolor o dicha? Ni él lo supo.
Poeta acaso el postrero, una gloria le cupo:
Creó dolor (o dicha...) formidable y sincero,
Ya que no de la nada, con escaso motivo...

FERNANDO MARISTANY.

Barcelona.

EDUCACION

EL TRABAJO MANUAL

Es inconcebible una forma de actividad sin intervención de la mano. Con ella trazan, el poeta, símbolos de ideas; el músico, de melodías y el inventor, sus esquemas de construcciones o mecanismos. Carece de energía el gesto, si no lo acompaña y termina un rasgo de su movible mímica.

En hermosa parábola del Uruguay, dice Marquina: "Una mano ordena y dictamina—.... Y en la hora de la injuria, arrebatada, — Una mano es el tronco de una espada." Por ella perduran, lo más sutil del ideal y lo más tosco de la necesidad.

Los ángeles que sólo muestran sus cabezas aladas flotando entre nubes, representan con belleza el espíritu; pero como no expresan el ansia humana de plasmar la idea, son frías como el limbo; los que apoyan la mejilla en el suave contorno de los brazos, sin descubrir el cuerpo donde se cumplen las funciones nutritivas de la vida, como los de Fortuny, encarnan la hermosura íntegra del alma, que piensa, siente y realiza.

A toda hora, la mano es instrumento de la doble corriente que pasa por la maravillosa red de la inervación.

Cuando el exterior ha de ser asimilado para mantener la carne con las sustancias del pan cotidiano o pa-

ra nutrir con perceptos el espíritu, ella busca el contacto que necesitan los sentidos; y cuando el alma, extendiendo y perpetuando su calor interno, crea, es ella la que estampa la obra concebida: modela el barro, talla la piedra, funde el metal, pulsa la lira, escribe, teje, hila.

Todas las ciudades diseminadas en la superficie del planeta y las que cubrió el polvo de los siglos; todas las naves que surcan los mares, con las riquezas que trasportan y las que se hundieron en el abismo; los rieles que enmarañan la tierra fijando rumbo a los ferrocarriles; los campos que rasga el arado y horada la pica; todo lo que existe donde la fiera no encuentra cueva que la cobije, es obra de sus dedos, débiles y flexibles.

Puesto que ninguna actividad puede ser efectiva sin ella, ¿por qué se ha dado el nombre de Trabajo manual, a una materia de enseñanza?

Importa definirlo.

Comentando el "novecentismo", en una ocasión hizo observar Eugenio D'Ors, que los filósofos griegos nunca concibieron los problemas de derecho que nuestra época plantea relativos a la mujer y al obrero, llamando la atención sobre el caso extraño de no comprender que la justicia debía alcanzar hasta esos dos seres con quienes ellos compartían la intimidad del hogar y los beneficios de la vida social.

Análoga reflexión puede inspirar el niño.

A pesar de que la infancia ha endulzado las horas amargas de la existencia humana, con la nota suave de sus cándidas alegrías; de que el mundo sin ella, sería desolado páramo, como pinta Benavente en una graciosa escena de "Y va de cuento"; a pesar de que todos los mayores fueron niños y debieron guardar en la memoria, la imagen de los castigos recibidos por las obstinadas rebeldías de la voluntad oprimida, pasaron siglos y siglos, antes de que llegara a la mente

de los sabios la idea de que las aptitudes humanas deben ser ejercitadas de acuerdo con las tendencias que se observen en ellas; es decir, que al instinto corresponde un derecho y que por lo tanto, darle satisfacción, es obra de justicia.

La mano, que desde el primer momento en que se siente libre, busca algo para oprimir, que se extiende para ofrecer a la codicia de los ojos, todas las perspectivas del objeto visto; que siendo apenas entreabierto capullo, ya sabe acariciar con suavidad de seda, el seno materno y rechazar el extraño con arañazos y pellizcos; que se entretiene durante mucho tiempo, estrujando telas, rasgando papeles, sacudiendo agua, plasmando arena; ya martillo, ya pinza; tan pronto cuchara como rodillo, torno o tijera; pala, plancha o cepillo; mientras nadie habló de los derechos del niño, tuvo que ocultar sus actos como fechorías, porque siempre recibía amenazas o castigos; y a pesar de eso, dejó señales dondequiera que estuvo libre.

Entre los miles y miles de garabatos que con puntas o filos, pedazos de carbón o tiza, se esculpieron o diseñaron en paredes, puertas o pavimentos, hojas sueltas de papel, páginas de libro, en todo lo que cediera a la presión u ofreciera contraste de colorido ¡cuántas veces apareció la revelación del genio a quien los revisó con bondadosa sonrisa!

Así fué descubierto el talento de algunos pintores y escultores que alcanzaron celebridad. Uno se encontró dibujando en el atrio de la iglesia del pueblo, arrobado ante la figura que veía salir de sus dedos; otro, mientras agregaba, en la soledad de las horas crepusculares, picarescas notas sobre las telas concluídas del maestro a quien servía.

Ridículos muñecos hechos de madera, tallada con el cuchillo que se encontró entre los desperdicios de la calle, o modelados con barro recogido en los pantanos, señalaron, por sus proporciones dominantes, la capa-

cidad de algunos hombres que contribuyeron a formar el tesoro de los valores artísticos.

En algunos juguetes ingeniosos, fueron reveladas las aptitudes de muchos que supieron agregar unidades al caudal de instrumentos y de máquinas donde se almacenan para nuestro servicio, las energías del mundo físico.

Pero sólo ocasionalmente pudieron las circunstancias favorecer al genio cuando hacía brotar sus destellos en la obra de la mano ejecutada con tenacidad, a hurtadillas.

Las más de las veces, el talento vió extinguir su luz en las prohibiciones y en los castigos, porque no pudo abrirse paso a través de las dificultades que cercan al adolescente cuando empieza a sentir las responsabilidades de la vida y nadie acudió a tiempo para conservarla mientras ardía.

Rousseau, Pestalozzi y Froebel, fueron los primeros en protestar contra la tiranía impuesta a las aptitudes infantiles. La voz de esos maestros, fué un grito de libertad para los niños; su prédica, salmo de redención que hoy resuena como un himno.

Ellos dijeron: —¡Qu- los pequeños corran por el bosque umbrío trepando a los árboles! Veréis como no hacen daño al pajarillo. ¡Qué los bañe el sol junto al trigal maduro! Veréis cómo no arrancan las espigas. ¡Dejadlos expresar lo que piensan! No serán embusteros ni soeces, si vosotros, mayores, no les enseñáis el insulto y la mentira. Llenad sus manos de material; dadles instrumentos sencillos. Veréis obreros infatigables y honestos; siempre ingeniosos, alguna vez artistas.

Y entre las flores silvestres de los Alpes, a la orilla de sus arroyos límpidos, se vió a los apóstoles de esta doctrina, rodeados de niños, como se vió Jesús en Galilea, cuando los llamó a su lado para bendecirlos.

Rousseau dejó a su Emilio desarrollarse feliz fuera del molde de los viejos prejuicios; Pestalozzi gozó viendo iluminadas con el entendimiento y el amor, las miradas de sus discípulos; Frœbel alcanzó más: en sus Kindergarten, la infancia no fué planta lozana del bosque, sino flor delicada de jardín. A la intuición agregó el razonamiento y extendió la simpatía hasta lo inmaterial, señalando ideales de obra altruista.

Frœbel superó en esplendidez a los Reyes Magos: regaló juguetes de encanto inagotable, al rico y al pobre por igual. No colocó sus *dones* en zapatos, sino en las manos directamente, para que ellas tuvieran acción continua y libre.

¡Entonces, sólo entonces, pudo ser el trabajo un fin para la existencia del niño, como lo pidió a gritos la naturaleza durante tanto tiempo, sin ser comprendida!

Con pequeños pedazos de madera, laminitas de colores, finos palitos, varillas elásticas; papel, cuerda, hilo o lana; alambre o paja; arcilla, arena húmeda, pasta de harina y agua; cuentas y semillas; cuadernos, lápices, amplios encerados y tiza en abundancia, las manos que en la opresión destrozan, libres dibujan, escriben, modelan, fabrican redes, collares, muebles y utensilios, chozas y palacios; lujosos frisos para casas de hadas; armazones de castillos fantásticos; entrelazados caprichosos; plegados de cuanta forma pueda soñarse y tejidos que lucen la riqueza de los tapices orientales.

El sistema aplicado a la educación de la primera infancia, por el inspirado maestro, pronto puso en evidencia su bondad. Entonces, la escuela primaria quiso adoptarlo; pero sin perder la norma de sus principios clásicos.

Esa es la historia de la materia que hoy figura en los programas, con el nombre de "Trabajo manual";

es decir, la historia de su ingreso en aulas; la de su curso es más variada.

Como el engarce que se le preparó no era adecuado a sus medidas, aún está fuera de sitio, unas veces expuesta a saltar, otras a penetrar demasiado; se la desprecia como cosa baladí o se le da importancia extraordinaria.

Hay quien ve en ella una fuente de hábitos morales, regeneradora para la sociedad y quien busca la orientación de la enseñanza, en sus fines prácticos.

No pudiendo llegar por hoy a la consideración de estos dos puntos de vista, que tienden actualmente a extenderse entre nosotros, me limito a declarar que juzgo el segundo peligroso y el primero insuficiente: porque no conviene desconocer la superioridad que tiene sobre la obra material, la profunda abstracción del pensamiento y no ha de limitarse a ser mecánicamente bueno, el ser que lleva en el alma, la luz de Prometeo.

La mano, a pesar de lo dicho, no es más que un instrumento del cerebro, en cuyas células se forjan las ideas y éstas son las que dan el dominio a la conciencia.

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

SUEÑO

Por costumbre pienso al revés.
Yo escribo en papel transparente
para ocultar mi insensatez:
contra la luz leed al demente.

Llυvia, huyo los golpes atroces
de tu cristalino pistón:
los ángeles trenzan sus voces,
cual cabellos de diapasón.

El hospicio es nuestro vecino,
oh brisa, esconde tu reflejo.
Por qué quieres, charco asesino,
desfojarme haciéndote espejo?

Imitación: esta claridad
a la rosa disfraza de lirio;
entre el Infinito y yo: mi delirio
—intersticio: la Eternidad.—

Quieres ser mi puerta, hoja loca,
pues tienes forma de corazón:
vé al girasol que se equivoca
y me sigue con devoción.

Noche, tu eres una letra vista
con microscopio; en ti filtró
su etimología el artista
pensativo que te escribió.

No soy ruiseñor, pues mis trinos,
de la aurora, mecen la cuna.
Los ángeles, como marinos,
escalan un rayo de luna;

ave, mi mirada en el vago
azul descifra su diseño.
No tengo lámpara: yo apago
este melancólico sueño.

Frescos árboles, pintores,
purifican, con el pelo
de sus pinceles, los colores
de la acuarela del cielo.

Audaz, una voz altera
el canto de las sirenas:
"Las estrellas enumera
—alfabeto de tus penas—".

Me basta mirar tu piel,
bello ángel: yace tu esencia
— flor del paraíso — en el
florero de mi conciencia.

Angel, con tus aletazos
desata este Ecuador
de despecho, en cuyos brazos
gime mi mundo interior.

Mi queja, hacia tí, en los vientos
vá: para que agotes, Juan,
bautizando mis lamentos,
toda el agua del Jordán.

ALFREDO DE GANGOTENA.

París 1922.

JUAN IDIOTA

Llevando un féretro viejo
apareció Juan Idiota,
caminando lentamente
como una forma que asombra.
Tiene dos ojos hundidos
en el fondo de sus órbitas,
y pegadas por encima
lleva dos lentes muy cóncavas.
Van sus ojos sumergidos
en la tiniebla que forja
su gran demencia infinita,
y son sus ojos dos hormas
que aprisionan lentamente
los sudarios de las cosas.

Llevando el féretro viejo
de una leyenda mortuoria
camina así lentamente,
lentamente Juan Idiota,
con sus dos lentes pegadas
por encima de sus órbitas,
que son las órbitas huecas
de su demencia mortuoria.

ANDRÉS PATENA.

HISPANO-AMERICA

LECTURAS JUGOSAS — **José María Delgado**

SONETO — **Gabriel Francisco Porras**

La Cruz de Fuego } **(Tópicos de un programa americano).—Por Manuel Bernárdez.—Montevideo.—1922.**

Ahonda en este libro el señor Bernárdez, con su habitual elegancia de estilo e indiscutible talento, el estudio de muchos problemas sociológicos e internacionales americanos.

La idea dinámica del libro es la de demostrar la necesidad de la formación de un gran bloc latino americano, cosa perfectamente factible según el autor, y a la que la mayoría de edad política nos llevará fatalmente, ya que no tenemos motivos fundamentales que nos dividan y "al contrario de lo que ocurre con la familia civil, donde la edad provoca la dispersión de los individuos, aquí significará más fuerza, más clara y perfecta conciencia moral y obrará como una suave y tenaz fuerza centrípeta de afinidad y coherencia".

Noble idea, por lo demás, que ya salta de las lindes de la teoría y comienza a tener para el señor Bernárdez un principio de realización práctica en la evidente existencia de lo que el Ministro de Chile en Londres, don Agustín Edward, denominaba patriotismo continental, "llama que seguramente haría encender a

todos los pueblos sudamericanos en defensa del que osara levantar la mano sobre cualquiera de ellos''.

Este bloc latino-americano no tendría, sin embargo, propósitos de defensa contra los Estados Unidos, de cuyas *intenciones* cree el autor que no tenemos por qué prevenirnos y cuya expansión mira como un fenómeno de la mecánica del Universo, en virtud de la cual y sin preconcebidos propósitos imperialistas, los medios superiores incorporan por la atracción de su masa a los planetas secundarios y a los asteroides vagabundos. ''La constelación del Norte, debe tener en nuestro hemisferio otra conteslación equivalente. La América Latina debe ser para la América Inglesa una igual, no una subalterna, una aliada respetada por ser respetable''. A ese fin debemos llegar por la unión de todos los estados de nuestra rasa y, cuando lo hayamos conseguido, iremos hacia la hermana del Norte con las manos abiertas ''empeñándole la reciprocidad del inestimable apoyo, que ella nos dió cuando intrépidamente extendió su éjida minervina sobre nuestro desamparo''.

Propicia el autor la fecha de Diciembre de 1923, centenario de la Doctrina Manroe, como ''una espléndida ocasión para que la América Latina, reconocida y fraternal, promueva el jubileo secular de la gloriosa Doctrina y, ya instituído entre sus diez y ocho estados el Seguro Político Mutuo, ofrezca a la noble hermana primogénita una póliza saldada''.

En otro capítulo del libro estudia la actitud de Norte América en el caso de Cuba, que para él ha sido una piedra de toque, reveladora de la sinceridad y la honradez de ese gran pueblo, juzgando la célebre enmienda Platt como una medida de prudencia y sabiduría, necesaria para salvar a la incipiente república de los azares que sufrieron hasta consolidarse todas las democracias sudamericanas.

Nosotros lamentamos no compartir el optimismo

del autor en lo que se refiere a la formación y la trascendencia de una Liga Americana, así como también dudamos bastante de la existencia real del patriotismo continental. Hechos recientes acaban de demostrar que estos pueblos de América están llenos de recelos y suspicacias, que costará mucho trabajo desvanecer. Estamos todavía demasiado llenos de patriotismo y nacionalismo, para aceptar esa especie de disolución de la personalidad.

Con todo, es forzoso reconocer el elevado espíritu y la nobleza ideológica que ha presidido la gestación de este libro, así como la gallardía y la robustez con que está escrito.

Por la Unión Latino-Americana.—José Ingenieros.—(Discurso pronunciado en el banquete dado por los escritores argentinos en honor de Vasconcellos. — Buenos Aires) 1922.

De propósito hemos puesto el comentario de este opúsculo en seguida del anterior, porque, en cierto modo y aunque bregando por el mismo ideal, representa una verdadera antítesis de las opiniones del señor Bernárdez.

Aquí se propicia también la Unión Latino-Americana, pero con propósitos defensivos, ya que "sean cuales fueran nuestras concepciones sobre el régimen económico más conveniente para aumentar la justicia social en nuestros pueblos, sentimos vigoroso y pujante el amor a la libre nacionalidad cuando pensamos en el peligro de perderla ante la amenaza de un imperialismo extranjero".

Para el señor Ingenieros nuestras nacionalidades están frente a un dilema de hierro: "o entregarse sumisos y acatar la Unión Panamericana (América para los norteamericanos) o prepararse en común a defender su independencia, echando las bases de una unión

latino-americana (América latina para los latino-americanos).

La conducta de Norte América le parece al autor desleal e imperialista. En cuanto a la doctrina de Monroe "que se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenirnos", no nos ha dado más que una garantía hipotética con el pasado y actualmente sólo expresa el derecho de intervención de los Estados Unidos contra el principio de las nacionalidades latino-americanas", representando para ellas un peligro efectivo.

Certifica su opinión pasando en revista todos los atentados hechos por las naciones europeas, ante la indiferencia de los Estados Unidos, sobre las naciones ibero-americanas, desde la ocupación de las Malvinas por Inglaterra, hasta la compulsión del pago de las deudas venezolanas; así como la política norteamericana en los casos de Haití, Puerto Rico, Veracruz y Cuba, a la que le impuso la independencia "bajo las condiciones vejatorias de la vergonzosa enmienda Plat". La Doctrina Monroe "parecía la llave de nuestra pasada independencia y resultó la ganzúa de nuestra futura conquista".

He aquí como los señores Bernárdez e Ingenieros dos hombres de talento, muy americanos, muy latinos, juzgan de modo diametralmente opuesto los mismos hechos. Estamos muy lejos, como se ve, ya que estos juicios no son aislados y personales, sino que concretan las dos opiniones dominantes en el pensamiento sudamericano, de haber unificado criterio respecto a la creación, fundamento y orientación de una Liga Latino-Americana.

Por nuestra parte, en lo que concierne al juicio que merece a estos dos pensadores el pueblo norteamericano, no tenemos reparo en declarar que estamos mucho más cerca del señor Bernárdez que del señor Ingenieros: porque, sensatamente, creemos que no se pue-

den negar los beneficios de la doctrina Monroe, la que de ninguna manera podría tutelar, como fué el caso de Venezuela, a gobiernos deshonestos y malos pagadores, porque la indudable independencia de que goza actualmente Cuba, y cuyo orden garantizó la enmienda Plat, es la mejor prueba de su honradez política y porque estamos muy lejos de ver los peligros inminentes que para las democracias latino-americanas constituya la gran República del Norte.

Poetas Norteamericanos.—Walt Whitman.—Por Arturo Torrez Rioseco.—Biblioteca Repertorio Americano.—San José de Costa Rica.—1922.

Otro libro admirativo escrito sobre los Estados Unidos, por un latino americano cuyo talento e ilustración son notorios.

Según Rioseco estamos llenos de prejuicios injustos contra los yankes y nos vanagloriamos de una superioridad espiritual que está muy lejos de la verdad. Nuestra literatura es una luz de luna, puramente refleja, ya en el período romántico, de la española, ya, con el nacimiento del parnasianismo, de la francesa. El mismo Darío no tiene nada de original, de autóctono, que pueda compararse con un Whitman. Al final de ese alegato en pro de la superioridad norteamericana estampada en el prólogo del libro se lee el siguiente desafiante párrafo: A los intelectuales de mi lengua, peninsulares o americanos, a los que con Rodó, Ugarte, Fombona y muchos otros se han permitido negar la fuerza idealista de esta raza yanki, voy a mostrar el trabajo de un hombre libre, democrático, altivo. Para las democracias atléticas bardos atléticos. Para las naciones en decadencia los demás".

Prevemos una elegante y briosa polémica...

Luego entra Torres Rioseco, con gran documentación y sagacidad, a estudiar el hombre y la obra Whitmaniana, dando a ésta caracteres cósmicos, trascendentes y original, americana y sobre todo, genuinamente representativa de la Democracia en el arte.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

SONETO

premiado en el Concurso Lírico celebrado en Cartagena (Colombia), con motivo del 12 de Octubre, en honor de S. M. Maruja de León, Reina de los Estudiantes.

Quizá se irá algún día cual una mariposa
Que desplegó sus alas en busca de ilusiones,
al deshojar los pétalos de marchitada rosa
tu efímero reinado de anhelos e ilusiones.

Mas no se irán fugaces cual nube vaporosa
en el azul sin tacha, tu Reino y tus blasones,
que a los recuerdos nobles no cubrirá la losa
donde el olvido tiende sus fúnebres crespones.

Tu Reino es el reinado de la noble esperanza
de la joven caterva que anhelosa se lanza
con los pechos henchidos al humano raudal;

y como siempre existen las juventudes fuertes
listas para la lucha contra las mismas suertes
tu Reino de Ilusiones tendrá vida eternal!

GABRIEL FRANCISCO PORRAS.

BIBLIOGRAFICAS

Ricardo Rojas y su "Historia de la literatura argentina".

I

Después de una década laboriosa, Ricardo Rojas ha doblado la última página de su monumental "Historia de la literatura argentina". A ella consagró con afán inteligente, cuatro densos volúmenes en los que concreta cuatro "rumbos" que convergen hacia la "argentinidad" triunfante, y que, avizorados desde el atalaya de su patriotismo, señalan la "formación nativa" en "Los gauchescos", la "evolución hispanoamericana" en "Los coloniales", la "organización democrática" en "Los proscriptos", y la "renovación cosmopolita" en "Los modernos".

Ricardo Rojas no ha seguido los senderos trillados al trazar este vasto cuadro. Entró en selva virgen donde hubo de abrir caminos conducentes al fin que, en su perspectiva filosófica, iba presintiendo en la evolución ideológica de su pueblo. Por esto han de venir a abrevar a estas fuentes todos los que, de aquí en adelante, quieran comentar la vida literaria rioplatense.

Sin antecedentes que facilitaran su arquitectura, y sin materiales previamente coleccionados, que permitieran hacer abandono de la larga investigación preliminar, esta "Historia de la literatura argentina" supone un esfuerzo de preparación y un triunfo de realización, verdaderamente extraordinarios.

Queda ahora fijada, en obra vencedora del olvido, la labor inquieta de los que construyeron en la continuidad de sus vidas paralelas, esa "argentinidad" que es "aquella síntesis formada en la conciancia colectiva del país, por la cenestesia de su territorio y de su estado y por la memoria de su pueblo y de su idioma".

No fué una escueta narración de hechos literarios que habrían transformado la obra en una bibliografía cronológica, más o menos pintoresca, lo que el autor se propuso historiar, sobre la base de la producción literaria: si no más bien, la evolución del ideal argentino; y así, tanto como una historia de la literatura argentina, trazó su filosofía, para cuya debida disección tuvo que estudiar aspectos que una simple catalogación de méritos despreciaría, pero

que, en la tónica final de las voces dispares, guardan su preciso antecedente. Esto es, desde luego, una de las mayores dificultades que Rojas tuvo que vencer, al sentirse obligado por amor patriótico a desbrozar los senderos olvidados, y a traer al plano debido, la obra de sus antepasados literarios.

Es importante destacar que, para lograr esta visión panorámica del acervo intelectual formado del otro lado del Plata, debía atenderse a ciertos fenómenos, estrictamente rioplatenses, en los que cabía olvidar la nacionalidad ocasional para estudiar de modo exclusivo la importancia de las consecuencias en la realización futura de la "argentinidad". Por tal causa, tienen cabida en esta historia literaria los uruguayos Bartolomé Hidalgo, Juan Carlos Gómez y Dámaso Lerrañaga y el ambiente epónimo de la "Nueva Troya". Pero, en tanto que Rojas reivindica, como "cosa argentina" el ideal de estos precursores, reconoce como "cosa española" la obra de Ventura de la Vega. Es que sólo quiso escribir la historia de un ideal democrático, y, para darle unidad y continuidad perfectas, era imposible olvidar la influencia de los que, fuera de su patria, adoptaron el ambiente argentino como hogar propio, y sufrieron y gozaron por él, con toda la sinceridad de sus corazones exaltados.

Acaso la xenofobia uruguaya pudiera exasperarse frente a este trasplante de autores; pero, si se recuerda que el Uruguay es "un país de aurora", ha de complacerse y sentirá, tal como debe ser, como "cosa uruguaya" la "cosa argentina", puesto que nacieron ambas hermanadas en un mismo propósito de independencia y en un idéntico culto por la libertad.

II

"Los gauchescos".

Todo lo que hay de "argentino" en el indio de origen precolombiano, en el español y en el gaucho de la progenie colonial y en el criollo del cosmopolitismo contemporáneo, integra el primer volumen.

Los "gauchescos" sintetizan la emoción del pueblo que se consolida y se condiciona para organizarse. Primero el territorio al dar margen a la fusión de las razas opuestas, opera a modo de crisol, creando un tipo racial característico. Este, ampliado y transformado por la unidad de propósitos en un pueblo anheloso de ser libre, motiva el nacimiento de un nacionalismo en lo que tiene de más afirmativo. Por último, el núcleo étnico y la conciencia de la nacionalidad exigen para manifestarse, un idioma nuevo en lo posible, que adaptando al pensamiento naciente los viejos ideales, diga con la rusticidad de las palabras ásperas las emociones más autóctonas.

Una vez logrado el acervo idiomático, las formas literarias nacen espontáneamente siguiendo los procesos naturales. Por aquí, enton-

ces, encuentra Rojas — como Lugones en sus admirables comentarios al "Martín Fierro" — el modo de vincular a los payadores con los antiguos rapsodas y trovadores, sin que amengüe el mérito de los gauchescos el inevitable paralelo, ya que éstos externan lo que aquéllos no pudieron lograr: su austera gallardía, su afán de libertad, su sed de justicia, el goce pleno de su independencia y el ejercicio doloroso de su coraje.

Se nota en el ciclo literario de estos verdaderos primitivos, la falta de la mujer — y esto los diferencia aún del ciclo trovadoresco — pero, es que los afanes de la independencia los llevaba a la vida andariega, y el peligro del desierto — donde el indio avizor vigilaba — mordía su tranquilidad y sólo les permitía cantar su poema amoroso en la esquemática estilización de una vidalita o en la languidez saudosa de una décima sencilla.

El proceso histórico argentino repercute en esta literatrua aúroral, y las grandes conmociones tienen en "Los gauchescos" sus mejores comentaristas. Surge al comienzo, en verso rústico, el "cielito" que canta la libertad que el himno consagra en triple afirmación de: "Libertad, libertad, libertad!".—Se corona la evolución con ese recio "Martín Fierro", que tiene el valor del Romancero, y, en progreso ascendiente, aparece la novela que repite las luchas gauchas, cerrando el período un teatro incipiente de un valor de relación indiscutible.

En síntesis, este libro primero historia la emoción territorial que va a dar a la literatura argentina en formación, su carácter diferencial.

"Los coloniales".

Lo que durante la época de la colonización y de la independencia se revela por la influencia de la cultura clásica o por la educación española, constituye la parte central del segundo tomo, titulado "Los coloniales".

Dentro del desarrollo regular del proceso histórico, sorprende un tanto el procedimiento que lleva a comentar la bibliografía de los siglos XVI, XVII, XVIII y parte del XIX, después de haber hablado en el tomo inicial de la generación posterior. Este desarrollo buscado intencionadamente, se justifica en el desenvolvimiento cíclico de la historia. No hay en este período la desbordante originalidad emocional que caracteriza a los "gauchescos", porque aquí preocupa a los escritores la tradición filológica. Y del mismo modo que el período estudiado en el primer tomo se caracterizaba por la emoción autóctona, este período colonial se destaca por la ausencia de ese sentimiento original y por la falta de un tipo nativo tan prominente, pongamos por caso, como el gaucho Martín Fierro o el payador Santos Vega. En cambio, si no se columbra el sentir original, abunda la crónica y la historia, como si los escritores de este

ciclo se hubieran dedicado a comentar los hechos pasados, poniendo una pausa a sus afanes íntimos al trabajar en la perduración de lo que invadía, por su grandiosidad, el vasto campo de su fantasía. Por esto ese lapso de trescientos años, puede dividirse en cuatro etapas progresivas:

1.º La de los cronistas del siglo XVI, que describen la llegada del conquistador y la obra del colonizador.

2.º La de la fundación de los centros de población estables en el Plata.

3.º La de la repercusión en América de la obra ideológica motivada por la Enciclopedia, con su aspecto laico y renovador.

4.º La de la revolución americana, lógico e inevitable desenlace de las tres etapas precedentes.

Aquí el medio se impone a los escritores con sus acontecimientos militares. Se está forjando en gestas guerreras y en jornadas homéricas un pueblo libre. Esto atrae, hace olvidar y aún despreciar el tema lírico, por donde viene a explicarse el carácter casi épico de este período.

"Los proscriptos".

La época que se estudia en "Los proscriptos" abarca — según Rojas — "desde la revolución de Buenos Aires, que en 1810 inicia la emancipación política del Plata, hasta la federalización de Buenos Aires, que en 1880 consuma la organización constitucional de la Argentina". Es un medio siglo de lucha democrática por definir la independencia y lograr la cimentación del pueblo nuevo. La producción literaria de este período revela tanto la preocupación de ser útil, como la de ser el chispazo genial de los "arquetipos" de la generación argentina. Ahí está el formidable Sarmiento que llenaría, por sí sólo, esta época, si no estuvieran a su lado Echeverría, Alberdi, Mitre, Mármol, Gutiérrez y López. Ahí también, vinculándose en forma grata al surgimiento de la argentinidad, se le consagra un capítulo a la "Nueva Troya" y se estudia con predilección preferente a nuestro Juan Carlos Gómez.

Políticos y literatos, cumplieron estos "proscriptos" como soldados, su fórmula del "arte por la vida", pues trabajaron para hacer la patria, y en aras de ese anhelo, sacrificaron la comodidad y consagráronse, con toda el alma, a luchar por el bien social dando forma a la conciencia democrática del ideal argentino. Así, en las palabras cálidas de Sarmiento o en la constructiva serenidad de Alberdi, puede decirse que quedó concretado el pensamiento colectivo de estos setenta años de formación e inquietud republicanas.

En la "evolución social y estética del pensamiento argentino", este tomo es de los que describen el aporte de mayor valor, pues en él están agrupados los gestores de la organización, y con ellos quedó definitivamente conquistada la tendencia democrática que, si

en los "gauchescos" fué expansión instintiva, en los "proscriptos" fué raciocinio inteligente y voluntad triunfadora.

"Los modernos".

Organizada la República por la obra genial de los "proscriptos", los escritores del período que sigue a 1880 pudieron trabajar sin la obsesión de las labores inmediatas. De esta manera, bajo la acción de múltiples fermentos culturales, se abre ante la perspectiva del tiempo, una obra vasta que constituye el tema de "Los modernos".

No se caracteriza la literatura de estos tiempos por una uniforme unidad, ni por una tendencia absorbente. Las más eclécticas ideologías dan a estos años un aspecto de madura complejidad, y aseguran la culminación de un ascendente progreso que atestigua la existencia de una literatura argentina, con su genuina emoción. Con todo, en medio a esta ascensión, el sentir nacionalista tiene que inquietarse ante el avance de las irradiaciones extranjeras que cosmopolitizan los arrabales del espíritu argentino. Lo autóctono de los "gauchescos" y lo férvido de los "proscriptos", está en peligro frente a las avalanchas de los hombres extraños, que llegan de todas partes, como a una tierra de promisión. La literatura argentina pasa por su época crucial, y cabe esperar de su decisión futura, su definitiva determinación.

Estos últimos cuarenta años presentan tan diversos aspectos y tal pléyade de escritores que, en la variedad de su individualismo triunfante, queda fijada la expresión típica de este medio siglo. Todos los géneros han recibido la siembra propicia. La poesía, la novela, el teatro, el ensayo, el cuento, todo ha merecido la preocupación de los que pasaron y de los que, por vivir aún, han sido excluídos de la "Historia de la literatura argentina".

El tomo final, al dar término a un verdadero monumento literario que honra a las letras hispanoamericanas, deja abierta una amplia perspectiva, en cuyo cielo — así lo creemos — ya está en su medio día pleno, el esperado sol.

III

En la obra nacionalista de Ricardo Rojas, esta "Historia de la literatura argentina" señala su adecuada culminación. Podría sorprender que un país nuevo de América, sin idioma nacional que lo individualice, y sin definidas tradiciones raciales que lo distingan, haya podido dar material digno para estas copiosas páginas. Lanson, en su admirable "Histoire de la litérature française", y Fitzmaurice-Kelly, en su expresiva "A History of Spanish Literature", abarcan los horizontes mentales y la génesis intelectual de las dos ascendencias más destacadas en la literatura americana. Sin embargo, en ambas hay los elementos fundamentales que las dinamizan y

las delinean: el idioma propio y el aspecto étnico que separa sus orígenes, y que, según Ortega y Gasset, parten del franco y del visigodo.

La Argentina es un factor poderoso dentro de la dilatada unidad que es América. Precisar dentro de lo que fué influencia general, la originalidad particular y el impulso individual, he aquí la labor que se propuso llevar a cabo Ricardo Rojas. Esto exigía rastrear el valor de las obras en la multiplicidad de las vidas, pues nunca como en América, el paso eficiente de los escritores de los siglos pasados se explicó mejor que por la historia de sus existencias. Por esta razón, Lugones, para darnos la visión total del formidable Sarmiento, no desciende al detalle bibliográfico, ni a la crítica detallada de su obra proteica, sino que nos ofrece en un cuadro elocuente el aspecto de su "hombre", y en la descripción objetiva y subjetiva de esa personalidad, nos entrega todo su valor ante la historia. La vida en acción heroica vale tanto como el mejor libro, e influye tanto o más que éste en la cultura colectiva; de aquí que pueda ser estudiada como una verdadera obra de arte. Rojas, en muchos casos, explica la vida de sus héroes—que así resultan por las consecuencias de su acción — deteniéndose más en los aspectos biográficos o en el medio histórico, que en la misma labor literaria. Y ello no choca en este libro que, desde sus comienzos, hemos ido leyendo y admirando como la descripción, en estilo brillante, del pensamiento argentino en lo que tiene de más original dentro del común aspecto americano.

Importaba, en consecuencia, describir la evolución del sentir y del pensar argentino, comenzando por precisar su alcance primitivo, para valorar más tarde su mérito ulterior y es por aquí por donde venimos a aceptar que se altere el orden lógico y cronológico de los hechos, y que "Los gauchescos" — que son el fruto de libertad, creado por reacción contra los reyes españoles, — preceda a "Los coloniales", que, siendo los que compendian la causa de la rebelión, resultan, sin duda, anteriores a aquélla.

Comporta la "Historia de la literatura argentina" la resonancia intelectual del pasado histórico, y, por tanto, no han de ir a ella sólo los que inquieran la vida mental de la República Argentina, sino también los que anhelen entrar en conocimiento del medio arisco en que tuvo que crearse un pueblo.

Rojas afina su acuidad crítica, ya esbozando en un comentario rápido el mérito intrínseco de un hombre, de una obra o de un hecho, ya deteniéndose en destacar una observación feliz o en discutir un mérito bibliográfico, aún contra la aceptada opinión del propio autor, — (Tomo III. Pág. 509-521) — o ya entrando en la disquisición política o sociológica, dando así aspecto de crónica general a su historia literaria. Cuando la ocasión es propicia, divaga sin abandonar el amplio desarrollo de su pensamiento, tal como si dictara sus conceptos el sentimiento de la más noble preocupación patriótica.

Si con "Blasón de plata", con "La restauración nacionalista", con "La argentinidad" y con su reciente manojo de conferencias "Los arquetipos", Ricardo Rojas perfilábase como un escritor de enjundia, movido en su multiforme actividad por un rectilíneo afán patriótico, con la "Historia de la literatura argentina" consagra definitivamente su obra, y entrega a su país un libro perdurable, de esos que hacen preclara y pueden enorgullecer a una generación. — **José Pereira Rodríguez.**—Uruguay. Treinta y Tres.—1922.

"**Fuego y mármol**". — Versos de Julio Garet Mas. — Montevideo. — 1922.

La honda inquietud que hay en estos versos, salta al primer golpe de vista. Reminiscencias de otros poetas las hay en el giro, pero son pocas y, repito, sólo en el giro.

Sacar directamente de la realidad motivos es cosa fácil, lo difícil es ser original en su modo de apreciarla.

Estamos lejos de la modalidad expresiva del autor, lo cual no nos impide que apreciemos y sintamos muchos de estos poemas.

Sobresalen, a nuestro juicio, del conjunto: "Los Trashumantes"; **Ebrios siempre de una ebriedad nueva;—El arco tenso de sus nervios vibra — Sin descanso, lo mismo que la onda:** esta ebriedad la ha sentido también el autor, ebriedad de nuevo paisaje, inquietud interna, vibración en todo momento que luego se transforma en color, en música y en originalidad estrófica.

"Corazón absurdo"; confesión del amor infortunado, a través del tiempo que vuela y de las vírgenes que le sonríen a su paso.

"Soneto a una estrella"; verdad que, aunque no contemplando a las estrellas, muchas veces las hemos sentido con sólo sumergirnos en la soledad de un parque.

"Pugna"; por la gracia y el innato sabor helénico.

"Con un rústico"; nos hace recordar el gusto simple que confiesa Witman en uno de sus poemas, de hablar con los labriegos y artesanos, y que éstos le devolvían en sincera amistad. Este poema tiene un sabor moderno bien marcado.

"Noche y deseo"; da aquí Julio Garet Mas una inquieta nota de modernidad, donde en el mismo verso hay simultáneas sensaciones.

Es de lamentar que hayan en el libro composiciones que distan mucho de estar a la altura de las señaladas y de justificar su inclusión en el volumen.—**A. D.**

"**Tres relatos porteños**", de Arturo Cancela. — Buenos Aires. — 1922.

No son frecuentes los libros americanos con tan indiscutible mérito. Es que Cancela, en pocos años, ha conseguido una envidiable acuidad mental y una cultura sólida. Sus páginas nos interesan siempre, sean ellas regocijadas, como en "El Cocobacilo de Hersling" y "Una semana de holgorio", o envuelvan una tragedia tan dolorosa como la del pobre rico asturiano de "El culto de los héroes".

Hay que convenir en que si mucho vale el ironista, el psicólogo—ese fino psicólogo que hay en Cancela — no le va en zaga.

Y si "El Cocobacilo de Herrling" hace reir, "El culto de los héroes" preocupa, ya que envuelve un problema social, bastante frecuente en estas tierras donde aún es fácil la improvisación de grandes fortunas.

Arturo Cancela construye sus relatos observando la realidad y, desde luego, con fines críticos. Hablará de los conejos en vez de la langosta, del último conato de revolución, de la visita de un Infante español a cierta estancia argentina, hechos todos exactos, y que, deformados, vistos con la fuerza cómica que cobra una figura chata al reflejarse en un espejo convexo, van al libro para corregir, como se lo propuso el clásico, esto es: sin fruncir el ceño hoscamente.

De todos los trabajos contenidos en el interesante libro — bastante bien editado por Gleizer — nosotros preferimos "El Cocobacilo de Herrling", que se nos antoja, en su género, una pequeña obra maestra digna de ser comparada, en cuanto a finura irónica se refiere, a la de un gran ingenio francés.

Es de ensalzar en los "Tres relatos porteños" de Arturo Cancela, la fluidez y corrección del estilo, que traduce bien la claridad del entendimiento de este joven escritor, tan elegantemente descreído.

Arturo Cancela queda ahora, tras la aparición de este libro amenísimo, como una de las figuras literarias más destacadas y simpáticas que tiene la Argentina. No será difícil que nos sorprenda pronto con alguna obra extensa, ofreciéndonos la visión crítica de todo un panorama social.—**V. A. S.**

"La Enseñanza de la Historia Nacional en la Escuela Primaria del Uruguay", por la señorita María Orticochea.—Montevideo.—1922.

No es, por cierto, el caso de las musas que escriben con el afán de la literatura. Se trata de una musa estudiosa y seria, que afronta los horizontes del pensamiento con el encanto femenino, y devana su juventud grave y profunda en el mundo sideral de las ideas.

Hacer de la Historia materia de razonamiento y de patriotismo, — no cuestión mnemónica y absurda, — es la finalidad hacia la que tiende la señorita de Orticochea en su hermoso plan de enseñanza escolar de historia patria.

Lo hemos leído y meditado con entusiasmo, casi con alegría. He ahí una maestra de escuela que honra su título.

El plan escolar de historia nacional es desastroso, porque son malos los instrumentos y nulos los resultados. Los libros son tendenciosos, unilaterales y antipedagógicos; los programas exigen memorización sin raciocinio; los maestros hacen su clase sin filosofía de la historia, sin esquema de sociología; y los niños dejan la escuela pública para hundir en el olvido todo aquello que no sea cuestión partidaria de tradición.

Como factor de cultura, como máquina de civilización, como problema de estética, la enseñanza histórica nacional no da ningún resultado: es apenas una gimnástica de la memoria.

A corregir ese método que no responde a las finalidades de la escuela moderna, se dedica el libro de la señorita de Orticochea, escrito con elegancia fácil y pensado con claro criterio.

Es cierto que podíamos disentir en algún capítulo de su plan, y que hasta creeríamos necesario simplificarlo, para evitar la carga de los siglos sobre la mente recién formada, pero es cierto también que participamos en lo fundamental de sus ideas, que nos impulsa el mismo criterio histórico, y que sentimos, como ella, la urgencia de esa reforma capital.

Maestra y mujer, joven y culta, curiosa y dinámica, la señorita de Orticochea tiene en sus manos el problema que va a resolver; ella misma nos promete y se obliga a un texto nuevo, que esperamos con ansiedad y que puede decidir la cuestión, interesando a los honorables miembros del Consejo Nacional de Enseñanza.

Con el alto espíritu que este libro nos revela, toda esperanza está fundada, y el alba, no puede anunciar otra mañana que no sea de luz, de claridad y de optimismo.—**T. M.**

''**Los Horizontes**''. Poemas de Daniel de la Vega. — Santiago de Chile. — 1922.

Alguna vez, hablando de este Daniel de la Vega, que posee la difícil facilidad del verso flúido y bello, hemos dicho que había en él un gran poeta, de quien era ''el alba de oro''.

Técnica y alma júntanse en él con íntima armonía, y de sus libros sale la llamarada y la mariposa, el jazmín y el azul...

Su último libro se llama ''Los Horizontes'', y es pequeño y hondo como pocos.

Una cosa nos tiene impresionado en él: la semejanza de expresión y de espíritu con Gabriela Mistral, la enorme lírica chilena. En la primera página no más, apenas habíamos leído la segunda cuarteta de esa magnífica poesía ''María Magdalena'', anotamos la semejanza, que crece a cada página y que, para ser sinceros y leales, no podemos sindicar como influencia, aunque de ella tenga todos los caracteres circunstanciales. ''Sí, le amaste, le amaste! En vano la Sagrada — Escritura lo calla. Tu amor, ensueño blondo, — torrente derramado, ansiosa llamarada, — no cabe en el silencio; es más ancho, más hondo!''.—Y más aún todavía en la ''Súplica por el niño ausente'':—''¡Señor!, no está conmigo. Tu mano me lo debe.—¡Señor, anda distante por el mundo, y es mío!—¡Señor! si el te lo pide, entíbiale la nieve, — párale el sol y tuércele la carrera del río.''—''¡Señor, es carne mía, y qué lejos camina...!—¿Para qué me das este paisaje y esta luna, — y esta calma de seda y esta dulce colina? — Son de él estas bellezas. Yo no quiero ninguna...''— ''Si mi beso pudiera apartar un guijarro — de la senda por donde

su suave pie camina,—yo me arrodillaría y besaría el barro,—besaría el abrojo, besaría la espina!''—''Pero mi pobre beso, Señor, no puede nada...—Ni apartarle la sombra, ni guardarle del frío,—ni acortarle el camino, ni ablanderle la almohada.—¡Qué poco puede un beso en el mundo, Dios mío!''.

Y más todavía en ''La Víspera'': ''Hoy este corazón se ha transformado en cuna,—en el día no cabe entero mi cariño.—Tú, no lo sabes, árbol; tú no lo sabes, luna;—tú no lo sabes, agua... ¡Mañana llega el niño!''—''¡Acórtate, camino! ¡Apresúrate, día!—que detrás de tí vienen su mirada, su boca,—su entusiasmo, su mano... ¡Todo eso es carne mía!—¡Tú no lo sabes, nube; tú no lo sabes, roca!...''.

Es indudable, que cualquiera de estas tres composiciones, llenas de tan profunda emoción y de tan grandes transportes, pueden ser muy bien rubricadas por firma de mujer, y, ¿quién más que Gabriela, la intensa poetisa de América, la más completa, la más honda, pudiera reclamarlas? Su misticismo, su infinito tremar ante las cosas del alma y del cielo, esa forma expresiva con que exalta su angustia y dice su inquietud, están aquí, palpitantes, renovados, trémulos, en estas poesías de Daniel de la Vega.

Yo no sé como gustará al espíritu del poeta la comparación con la magna poetisa; no puedo imaginarme tampoco la impresión que tal cosa suscitará en Gabriela Mistral; sólo sé que es mía y no ajena la sensación de semejanza, y que leyendo estos versos férvidos y hermosos, donde dos almas compatriotas tanto se afinan y se alzan que se juntan como sombra y luz, no me pareció desdeñoso el paralelo, y sí fuerte y alto, porque no siguen la ruta de las alondras sino los soles, ni van aparejadas al vuelo de las águilas las alas multicolores de los gallos familiares...

***

Todo el resto del libro es obra personal, de poeta fluído y espontáneo, que tiene dominio musical y sabe construir sus arquitecturas con argamasa dúctil, que lo mismo si se quiebra en ritmos desconcertados que si sigue la métrica clásica, lleva en sí poesía viva y candente, poesía conmovida de moderna belleza y de antigua sencillez, cuyo sacro fuego quema las carnes y las almas, los pechos y las palabras...

Ya al final del volumen, Daniel de la Vega ha pitagorizado la música de los astros y de los números, poniéndose en contacto con el karma insondable, y ascendiendo en la nocturna espiral por donde ''frente a la eternidad su alma es una pantera—¡que ahúlla a las estrellas toda su rebeldía!''.—**T. M.**

La Poética Nueva. Sus fundamentos y primeras leyes.—Por Edmundo Montagne.—Edición del autor.—Buenos Aires.—1922.

Improba tarea, sin duda, la que ha realizado en esta obra este distinguido literato argentino.

Aunque el asunto es de por sí complicado y fatigante, el autor lo desarrolla con tanta originalidad, sabiduría y bello decir, que sin esfuerzo se llega al fin de las doscientas páginas del volumen.

Montagne trata de hallar las bases científicas del nuevo arte poético; tal vez se encuentre paradógico semejante investigación, pero, como el autor lo dice muy bien, "a medida que más y mejor se estudian los recursos de un arte, el estudio de estos recursos se va haciendo ciencia".

El libro tiene un valor didáctico indudable y, desde luego, revela a un poeta erudito y noblemente ahincado en buscar las bases fundamentales de la ritmología y de la ciencia poética, que dan a las frases estróficas la mejor expresión verbal. Se sabe, por otra parte, que en la mejor expresión verbal, está la mayor expresión anímica.

¿Que el libro no hará poetas? naturalmente. ¿Que el verdadero poeta no necesita, por poseer una especie de instinto adivinador, conocer las reglas de su arte? cierto, también; pero esto no disminuye los méritos del libro, ni su real valor práctico, porqué nosotros pensamos como Montagne, "que si los principios científicos del arte poético no hacen un poeta de quien no lo sea, su conocimiento hace al bien dotado capaz de ser más fiel consigo mismo, poniendo a su alcance facilidades mal conocidas o ignoradas, sugiridoras, a su vez, de posibilidades infinitas". — **J. M. D.**

Almafuerte.—Obras completas. Tomos I y II.—Editorial Franco-Ibero-Americana. — París. — 1922.

Cinco años han corrido apenas desde la muerte de este poeta argentino, y ya las ediciones de sus obras se multiplican, sus poemas se traducen a múltiples idiomas y su silueta va adquiriendo cada vez más esa majestad inconmovible de los bronces estatuarios.

Esta nueva edición nos viene de París y está prologada por Ventura García Calderón, el cual expresa sobre la obra de Pedro B. Palacios algunos juicios que nos complacemos en transcribir, no sólo por considerar que interesará en el Río de la Plata oir lo que sobre un poeta oriundo diga tan altísima voz, sino porque ellos traducen al original con bastante exactitud y con una graficidad y esbeltez que nosotros no podríamos darle, nuestro propio pensamiento.

..."Completaba con Díaz Mirón y con Chocano, la Orgullosísima Trinidad de esos poetas de juicio final y aurora cívica, que erizan su trompeta bajo el zodíaco de Hugo."

..."Su nacimiento en la Argentina moderna, parece un error de tiempo o de lugar. ¡Ah! ¡Si en nuestra América tormentosa este profeta de Israel hubiera podido desatar su sandalia para sacudir el polvo sobre ciudades condenadas!"

..."Esa "maternidad del dolor" que confesaba sentir por la chusma urbana, le hizo amar y amparar a los pobres de espíritu y de cuerpo. Almafuerte ha sido su poeta. Odió y amó por ellos. Fué

Ezequiel y San Vicente de Paul. Vino, silvestre y formidable, de muy lejos, del Antiguo Testamento, en donde la langosta devora los campos, como la cólera del Señor incendia las ciudades, en donde todo es estrago, espanto, ruina. Pero los profetas de nuestra América no saben odiar y maldecir por largo rato. Se van muy pronto al lago Tiberíades a tomar un baño lustral de mansedumbre. Y Almafuerte, que creía fulgurar como "látigo de fuego", fué sobre todo el paño de lágrimas de una Verónica que hubiera sido profesora normal".

"Esta bondad colérica, este manantial que surge siempre, como en el milagro antiguo, de la roca, es lo que sorprende y enamora en los versos del argentino"...

"Sus "Evangélicas", parecen obra de un San Juan que hubiera leído a Nietsche. Es el más tierno de los orgullosos y el más altivo de los Cirineos..."

"¿Cómo explicar tanta bondad unida a tanta ira? Tan vez ambas actitudes no son opuestas en el santoral de las almas tristes. La tragedia de Almafuerte fué la del apóstol que llega tarde a un mundo redimido. Pelletan, según cuentan, le pedía al cielo un contradictor cada mañana. Si pudiéramos suponer a Almafuerte de rodillas, estaríamos seguros de que imprecaba un tirano a la divinidad".

..."Como los grandes abuelos, alterna versos de bronce con abandonos de principiante, porque sólo admite el talento eruptivo, el verso que irrumpa como lava. El quiere ser algo más que poeta: ¡misionero!"

..."Esta actitud apostólica, que sobrepasa la misión terrena del literato, le mereció admiraciones sectarias. Genio, profeta, filósofo, dijeron de Almafuerte, cuando murió en la Argentina, algunos escritores excitados. Era poeta evidentemente, si el serlo no se mide siempre por la perfección verbal, ni por la magnitud de la obra hecha. Un madrigal, el de Cetina, puede ser gloria perenne, y un soneto, el de Anvers, rescatar a un poeta del olvido. "En el abismo" y dos o tres sonetos, son la materia luminosa y durable de un artista que, como el del poema de Almafuerte, "esculpía con daga"... — J. M. D.

"El loco". — Por Antonio Pavlovich Chejov. — Editorial Cervantes. Barcelona. — 1922.

El notable humorista y cuentista ruso, realizó en esta obra una labor verdaderamente excepcional. "El loco" es, sin duda alguna, una de las primeras novelas cortas de la Rusia moderna, y la mejor, quizás, de las que escribiera este literato extraordinario.

La Editorial Cervantes, empeñada en un noble afán de divulgación cultural, ha estado acertadísima en poner al alcance de todos esta obra maestra. — J. M. D.

Juan Alcover. — Poesías seleccionadas. — Editorial Cervantes. Barcelona. — 1922.

El nuevo cuaderno de "Las mejores poesías de los mejores poetas", que publica esta popular Editorial, viene dedicado a Juan Alcover, el melancólico poeta mallorquino.

Manuel de Montoliu prologa el pequeño volumen, haciendo un estudio muy brillante y juicioso de la obra de este excelente lírico, al que en América se conoce poco, tal vez porque la mayor parte de sus obras han sido escritas en catalán—**J. M. D.**

"Nefelibel".—Versos por Ezequiel Martínez Estrada. — Editorial Thor. Buenos Aires. — 1922.

Aunque el influjo de Darío y, sobre todo, de Lugones, resalta fuertemente en este libro, es indudable que él revela a un poeta de firme raigambre, tal vez excesivamente cerebralizado y emocionalmente demasiado sutil, pero de una facilidad sorprendente para expresarse, poseedor de un vasto léxico y que conoce a fondo todos los recursos del "metièr" para dar al verso sus mayores encantos eufónicos y sus mejores efectos expresivos; esto que hoy, por pereza, o, tal vez, sea dicho con más verdad, por insuficiencia, desprecian la mayoría de nuestros líricos.

Con esto, dicho está que Martínez Estrada es todavía un laborioso y disciplinado orfebre, que gusta trabajar en el taller de la frase para darnos sus emociones, quizás fuera más exacto en su caso hablar de cerebraciones, del modo más elegante y rítmico.

Así, casi todos sus poemas son de evidente corrección verbal y algunos de ellos,—cuando el poeta corre libre agitando la llama anímica de la sinceridad, como en la "Sonata a Risler", no obstante las reminiscencias lugonianas y algunas otras del libro, — verdaderas joyas líricas, de las que pocos poetas argentinos contemporáneos puedan envanecerse.

Lástima que haya en el volumen tantas sugestiones y hasta nombres y palabras de literatura extraña, tantos Osiris, Yaldabaoht, Palas, Esopo, Roma, Jezeus Christna, Thor, Siegfried, Belerofonte, David, etc., lo que si bien demuestra una encomiable erudición y ayudan a salir del paso en las consonancias, revelan también artificiosidad e incapacidad para reaccionar a las solicitaciones estéticas del medio ambiente, lo que bastaría por si sólo para negar la existencia de un poeta verdadero, si el autor no nos diera en algunos de sus poemas la certidumbre de su lirismo. — **J. M. D.**

"Fué así...". — Versos de María Monvel. — Editorial Nascimento. Santiago de Chile. — 1922.

Eso que nosotros buscamos en un libro de versos, verdad, expresión neta y, sobre todo, humanidad, es decir, que a través de los escalones rítmicos se sienta la palpitación de un hombre o de una mujer, lo hemos hallado en este volumen de una manera tan inten-

sa, que él quedará por largo tiempo como cosa predilecta, muy cerca de nuestras manos.

He ahí una poetisa muy mujer, que no desea, cosa rarísima, ser piedra, o brizna, o árbol — esta última transubstanciación ha sido el delirio lírico contemporáneo, — que tampoco siente esa especie de fiebre panteísta que hace llamar hermano al viento, al agua y a cuanta cosa viva o muerta tenga la naturaleza. Yo, por mi parte, jamás he creído en la nobilidad de aquellos deseos, reveladores en todo caso, de un deplorable sentimiento regresivo, y en cuanto a esta fraternidad universal, a no ser en la boca del mínimo de ellas, en todos los demás casos me ha dado la impresión de un candidato encendiendo el alma de los ingénuos electores al son de su palabra prestigiosa y de sus hermanas la igualdad y la libertad.

Todo falsedad pura. Por eso hemos quedado encantados con este libro, sensible, maternal, contraído y lleno de vida, como la sístole de un corazón.

No puede pasar mucho tiempo sin que esta joven lírica chilena, iguale en fama a las más grandes poetisas de América. — **J. M. D.**

"Jesús en Buenos Aires". — Por Enrique Méndez Calzada. — Cooperativa. Buenos Aires. — 1922.

No es frecuente ver un escritor joven que se impone de buenas a primeras, cultivando el descreimiento y la ironía. Se admite la sonrisa de Rabelais en los labios experimentados de France. Pero Méndez Calzada debe andar lejos aún de los 30 años. No puede verse, por lo tanto, en la contextura espiritual del autor de "Jesús en Buenos Aires" uno de esos procesos largos y dolorosos que alteran toda una psicología. Es más prudente, pues, que pensemos en un temperamento burlón y desenfadado, en una herencia étnica, en la sangre astur de los ascendientes de Méndez Calzada.

Un claro talento y una decidida vocación de escritor, han hecho del prosista argentino uno de los literatos jóvenes más interesantes del Plata. Está dentro de ese movimiento espiritual que va resultando verdaderamente renovador en la otra orilla, con abanderados tan significativos como Roberto Gache y Arturo Cancela.

Enrique Méndez Calzada cultiva "la glosa" que está dando fama al primero, y la narración cuyo donoso arquetipo fuera necesario buscar en "El cocobacilo de Herslin". Desde luego, a nosotros, espectadores, estos tres jóvenes nos parecen los vértices de ese triángulo con el que demarcaríamos dentro de las actuales letras rioplatenses, el florecimiento de la ironía.

No es que falten otros hijos espirituales de France y Eça de Queirós, en la Argentina, pero los otros no tienen tan determinada personalidad.

"Jesús en Buenos Aires" contiene una serie de interesantes narraciones, tocadas todas ellas de un decorativo exotismo. Los cuentos de Méndez Calzada nos hacen sonreir... y pensar. Muchas ve-

ces, no obstante el tono zumbón del autor, nos inquieta. Y no deja de ser virtud eso de que un final grotesco venga a causarnos irresistible gracia cuando nos inquietaba la perspectiva de una tragedia conturbante.—**V. A. S.**

Las imágenes del infinito.—Por Delfina Bunge de Gálvez.—Cooperativa Buenos Aires.—1922.

La señora Delfina Bunge de Gálvez, con este nuevo libro, deja de ser una distinguidísima poetisa, como lo acreditaba "Simplement" y "La Nouvelle Moisson", para ocupar rango aún más alto: para ser una de las pensadoras—y "sentidoras"—más eximias de todos los pueblos que hablan castellano.

"Las imágenes del infinito" es un libro admirable, en que no se sabe qué encomiar más, si la acuidad de las ideas o la nobleza de los sentimientos. Quien así concibe la vida, es un intelectual de alcurnia y, lo que vale más: un magnífico idealista.

Es difícil sugerir el contenido de esta obra—espléndidamente presentada por la Cooperativa Editorial "Buenos Aires". Se podrá no coincidir con la tendencia filosófica de la autora, pero mal puede negarse que todo cuanto dice—en una forma impecable—la señora Bunge de Gálvez, es elevado, es noble...

No hay tema difícil para la autora de "Simplement". Todos los asuntos—de índole tan compleja como Dios, la vida y la muerte—los desarrolla con talento no exento de grandeza. En rigor, este libro "Las imágenes del infinito", siendo de mujer y habiendo brotado en ambientes nuevos, poco "pulidos" intelectualmente, como son estos de los pueblos nuevos de América, equivale a un anticipo. Es una flor propia de medios más cultos y más "hechos". Y esto va a ser lo que va a impedir que la señora Bunge de Gálvez obtenga un éxito todo lo consagratorio que merecería aporte de tan subidos quilates.—**V. A. S.**

Galilea.—Por Pierre Loti.—Barcelona.—1922.

La "Editorial Cervantes" reedita estas páginas de Loti en que —como lo dice él mismo en su prefacio—ha querido recoger "los aspectos íntimos de la campaña, el olor, los sonidos y los perfumes de aquella triste Galilea que recorrió durante la primavera, hallándola muda bajo un inmenso manto de flores, donde los grandes recuerdos, los despojos, las osamentas parecían dormir más profundamente..."—**A. B.**

El Abismo.—Por Carlos Dickens y W. Collins.—Barcelona.—1922.

Narración original y atrayente del gran novelista inglés, con que la "Editorial Cervantes" prosigue su empresa de divulgación de autores célebres.—**A. B.**

En América Meridional.—Por Alfonso Maseras.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

Excelente evocación de los países americanos del Atlántico. Alfonso Maseras, con un espíritu de gran afecto como hombre y de curiosidad como viajero, hace surgir las patrias respectivas con un relato suscinto y bien hecho de los acontecimientos históricos respectivos de cada una de ellas, mientras recoge y siente los aspectos generales más típicos de cada una de las ciudades que visita: Bahía, Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

Debemos hacer resaltar en el autor dos cualidades que nos son particularmente simpáticas: su afecto por estas patrias americanas y su mentalidad despojada de prejuicios de raza para juzgar sobre el ambiente y las cosas de América, incluso las de la América del Norte.—**A. B.**

Rumores del Silencio.—Versos por Jesús Rodríguez Legrand. — Montevideo.—1922.

"Los enigmas de la vida y de la muerte me han obsesionado de una manera tan profunda que acaso nunca pueda sustraerme de su compañía... Tales fueron las causas que me indujeron a publicar este libro, fruto de una inquietud espiritual que no puede estar sofocada bajo la presunción de la obra completa."

Así explica el autor el nacimiento de este libro, en un pequeño proemio.

Son versos algo antiguos y no siempre correctos, que no carecen, sin embargo, de cierta soltura y que están, además, realzados por una evidente veracidad emocional, por lo cual se leen sin esfuerzo y con simpatía.

No obstante, aconsejamos al señor Rodríguez Legrand—y perdónesenos este gesto de dómine, aunque más no fuera en mérito a la pura intención—que modernice su estilo y, sobre todo, que se desobsesione de su atracción hacia los grandes enigmas de la vida y de la muerte. No es el poeta, con su pobre barca ilusoria, el que deba adentrarse en estos mares; a él le toca extraer la poesía que emana el misterio en sí mismo, y, más que nada, la de los episodios humanos que él origine. Lo demás son disquisiciones metafísicas más o menos inútiles y no es en rimas que hay que decirlas.—**J. M. D.**

"Personalidad literaria de Ventura García Calderón."—Por Napoleón Pacheco.—Biblioteca del Repertorio Americano.—J. García Monge, editor.—Costa Rica.—1921.

Un interesante estudio crítico y bibliográfico, este de Napoleón Pacheco sobre Ventura García Calderón.

Prosista inimitable, de alma frívola y triste, de vida honda y bella, Ventura García Calderón concita nuestra simpatía desde que la avidez sempiterna nos puso una noche frente a un libro suyo.

"Croniqueur" elegante, poeta sensitivo y dulce, historiador erudito, ensayista a veces, crítico otras, musical siempre, es sin disputa una personalidad eminente de la América intelectual, en cuya formación tanto ha influído y a cuyo conocimiento en Francia, tanto se le adeuda.

Digno estaba, pues, que un hombre joven tomase esa labor de belleza para motivo de un libro, — no importa que ella no tenga culminada su obra, puesto que está recién en eclosión.

Como valor ideológico, como hermes literario, Ventura García Calderón ofrece una apostura estatuaria y una colmena de rubias mieles, en cuyo deleite el espíritu se solaza y pule. Napoleón Pacheco, en prosa harmoniosa y linda, que tiene alas musicales y perfumada esencia francesa, ha logrado aprovechar la figura, enredándole un comentario crítico sagaz y ajustado como una guía profusa de rosas rosadas y ramas verdes, que en la mañana clara, fuesen subiendo en espiral la piedra blanca del hermes apuesto del jardín...

Un retrato—dibujo de Cárdenas,—aparecido en la revista "France-Amérique", completa este volumen de Pacheco, que el ilustre García Monge incorporó a su biblioteca, para honor suyo y satisfacción nuestra.—**T. M.**

"La Cruzada y sus caudillos".—Por José G. Antuña.—Montevideo. —1922.

José G. Antuña,—el poeta rubendariano que cantó al Maestro en áureas estrofas cuyo recuerdo vibra en el confín de la tarde—ha venido en darnos, con la magnificencia de su prosa, esta elocuente página partidaria sobre la cruzada libertadora del 63.

En el sonoro período, en la frase brillante, en el verbo polémico, Antuña estremece un penacho lírico de poeta, sabio en la forma musical y sabio en la hondura de la belleza. Su invocación final es rotunda y magnífica.

Bien ha hecho, pues, en brindarnos en la elegancia discreta de un folleto, su hermosa conferencia política.—**T. M.**

"De Tucumán".—Por Fausto Burgos.—Buenos Aires.—1922.

La provincia tiene la virtud de ser sencilla y dormida: en ella reside la serena dulzura, la humilde intuición, el digno recato. Por bajo el toldo abierto de los cielos, las cosas provincianas tienen, además de su común expresión, el sentido profundo y grave del universo maravillante, que se complace, como obra de Dios, en lo más pequeño y en lo más pobre, para impresionarnos sin ostentación. Es la modesta grandeza de los paisajes plácidos, de las estrellas lejanas, de las rosas rosadas... Y si hay montañas, mejor, y mejor todavía si hay hombres aborígenes, enraizados en la tierra, que tienen usos, idiomas y costumbres locales, y que son, al fin, personajes de fábula, como aquellas bestias que hablan en los cuentos milenarios, o como esos pájaros gauchos de la mitología indígena...

En tal ambiente, con tales elementos, Fausto Burgos, "descendiente de labradores", ha hecho este libro sobre Tucumán. Su lectura levantó en nuestro cielo la bandada de las golondrinas que viajan tras el ensueño. La vida campesina está descrita en forma seria y sencilla, con pureza de estilo y claridad de visión. Las invenciones tienen el sabor de la cosa vivida, y el perfume de la sierra, y la variedad amena, y el sentimiento a flor de piel. Los personajes tratados, alientan de veras, como sujetos familiares que discurren en el cuadro serrano donde los árboles indios conversan en la tarde, y los pájaros criollos gritan a la noche. Sólo una cosa disuena en el libro: las ilustraciones demasiado infantiles, hechas de exprofeso, por cierto, con bastante frescura y sentimiento, pero poco propias algunas de ellas, a un libro serio, destinado a reflejar costumbres regionales.

La sensación de la provincia, todo ese mundo de ideas y sentimientos de que hablábamos al principio, ha quedado en nosotros como resonancia de este libro, cuya lectura dionos tan amables momentos de belleza, haciéndonos volver con frecuencia hacia el pasado próximo aún y ya lejano, por donde van las sombras queridas y los paisajes amados...—**T. M.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

En tal ambiente, con tales elementos, Fausto Burgos, "descendiente de labradores", ha hecho este libro sobre Tucumán. Su lectura levantó en nuestro cielo la bandada de las golondrinas que viajan tras el ensueño. La vida campesina está descrita en forma seria y sencilla, con pureza de estilo y claridad de visión. Las invenciones tienen el sabor de la cosa vivida, y el perfume de la sierra, y la variedad amena, y el sentimiento a flor de piel. Los personajes tratados, alientan de veras, como sujetos familiares que discurren en el cuadro serrano donde los árboles indios conversan en la tarde, y los pájaros criollos gritan a la noche. Sólo una cosa disuena en el libro: las ilustraciones demasiado infantiles, hechas de exprofeso, por cierto, con bastante frescura y sentimiento, pero poco propias algunas de ellas, a un libro serio, destinado a reflejar costumbres regionales.

La sensación de la provincia, todo ese mundo de ideas y sentimientos de que hablábamos al principio, ha quedado en nosotros como resonancia de este libro, cuya lectura dionos tan amables momentos de belleza, haciéndonos volver con frecuencia hacia el pasado próximo aún y ya lejano, por donde van las sombras queridas y los paisajes amados...—**T. M.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: DR. ASDRÚBAL E. DELGADO

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª EDICIÓN
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª EDICIÓN
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" AGOTADA
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª EDICIÓN
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Coillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: DR. ASDRÚBAL E. DELGADO

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª EDICIÓN
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª EDICIÓN
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" AGOTADA
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª EDICIÓN
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Coillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
RODOLFO MEZZERA—PABLO DE GRECIA—JOSÉ MARÍA DELGADO

DICIEMBRE DE 1922

SUMARIO:

Glosas del mes - Max Nordau por Emilio Samiel

Jogi Ramacharata por Emilio Bertolé

Las dos llamas por Francisco Imhof
Elogio a Versailles por Edgardo Ubaldo Genta
El Tonelero por José María Delgado
Romance de la tia por Alberto Zum Felde
«La Raza de Caín» (continuación) por Alfredo S. Clulow
Hispano América { **Alarido**
Serenata nostálgica

Educación (sobre un libro de Luisa Luisi) por Alberto Brignole

Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.° 54

056.1
PEG
No 54

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Horacio Arredondo (hijo).—Alberto Brignole.—José P. Bellán. — Manuel Benavente. — Enriqueta Compte y Riqué. — Buenaventura Caviglia (hijo).—Julio J. Casal. — Ismael Cortinas. — Manuel de Castro.—Asdrúbal E. Delgado. — Eduardo Dieste.— María Espinola y Espinola. — José M. Fernández Saldaña.—Emilio Frugoni. — Antonio M. Grompone.—Blas S. Genovese.—César G. Gutiérrez.—Carlos A. Herrera Mac Lean — Luis A. de Herrera.—Juana de Ibarbourou.—Julio Lerena Joanicó.—Luisa Luisi.— Alberto Lasplaces. — Horacio Maldonado. — Julio Raúl Mendilaharsu. —Raúl Montero Bustamante. — A. Montiel Ballesteros.—Casiano Monegal.—Alberto Nin Frias.—Emilio Oribe.— José Pereira Rodríguez.— Víctor Pérez Petit.—Carlos M. Prando. — Wilfredo Pi.—Horacio Quiroga. — Santín Carlos Rossi. — Vicente A. Salaverri. — Emilio Samiel. — Carlos Sabat Ercasty. — Fernán Silva Valdez.—José A. Trelles.—Juan Zorrilla de San Martín. — Alberto Zum Felde. — Armando Vasseur.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debé dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

fundado por ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

A partir del 1 º de Enero de 1923 el Banco no abonará interés sobre los saldos acreedores en Cuenta Corriente y Depósitos a la Vista, y el interés sobre los saldos de Caja de Ahorros (Sección Alcancías) queda fijado desde la misma fecha, en 6 % hasta $ 300 y en 5 % hasta $ 1,000.

056.1
PEG
No 54

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Horacio Arredondo (hijo).—Alberto Brignole.—José P. Bellán. — Manuel Benavente. — Enriqueta Compte y Riqué. — Buenaventura Caviglia (hijo).—Julio J. Casal. — Ismael Cortinas. — Manuel de Castro.—Asdrúbal E. Delgado. — Eduardo Dieste.— María Espinola y Espinola. — José M. Fernández Saldaña.—Emilio Frugoni. — Antonio M. Grompone.—Blas S. Genovese.—César G. Gutiérrez.—Carlos A. Herrera Mac Lean — Luis A. de Herrera.—Juana de Ibarbourou. —Julio Lerena Joanicó.—Luisa Luisi.— Alberto Lasplaces. — Horacio Maldonado. — Julio Raúl Mendilaharsu. —Raúl Montero Bustamante. — A. Montiel Ballesteros.—Casiano Monegal.—Alberto Nin Frías.—Emilio Oribe.— José Pereira Rodríguez. — Víctor Pérez Petit.—Carlos M. Prando. — Wilfredo Fi.—Horacio Quiroga. — Santín Carlos Rossi. — Vicente A. Salaverri. — Emilio Samiel. — Carlos Sabat Ercasty. — Fernán Silva Valdez.—José A. Trelles.—Juan Zorrilla de San Martín. — Alberto Zum Felde. — Armando Vasseur.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO" SON INÉDITOS

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

A partir del 1 ° de Enero de 1923 el Banco no abonará interés sobre los saldos acreedores en Cuenta Corriente y Depósitos a la Vista, y el interés sobre los saldos de Caja de Ahorros (Sección Alcancías) queda fijado desde la misma fecha, en 6 % hasta $ 300 y en 5 % hasta $ 1,000.

Los materiales de esta revista son inéditos.

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Diciembre de 1922. — N.º 54 — Año VII.

GLOSAS DEL MES

Max Nordau

No podrá escribirse la historia del movimiento de las ideas en nuestro tiempo, sin dar sitio principal a este que fué hombre de sabiduría vasta y activa.

Acaso en la manera principal de su actividad, queremos decir en su labor crítica, radicó el motivo de no ser más constructiva su inteligencia; pero la honradez que enfervorizó su palabra, la calidad potente y depurada de los extremos que sostuvo, danle punto de sazón bastante a resistir el trasiego habitual de las ideas.

Aunque mucho admiramos sus escritos, poniendo en lugar preferente su "Doctor Khon", de cuyos parlamentos se destila amarga y exacta la tragedia de la raza judía; aunque respetamos "La psicología del genio y del talento", como libro de valor fundamental, se nos hace que "El mal del siglo", tendrá más ancha y perdurable vida, por encarar con garbo y perspicacia superiores una incógnita formidable en todos los tiempos.

Nos atrevemos a profetizar que esas partes de su obra bastarán para hacer imperecedero su recuerdo.

EMILIO SAMIEL.

Los materiales de esta revista son inéditos.

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Diciembre de 1922. — N.º 54 — Año VII.

GLOSAS DEL MES

Max Nordau

No podrá escribirse la historia del movimiento de las ideas en nuestro tiempo, sin dar sitio principal a este que fué hombre de sabiduría vasta y activa.

Acaso en la manera principal de su actividad, queremos decir en su labor crítica, radicó el motivo de no ser más constructiva su inteligencia; pero la honradez que enfervorizó su palabra, la calidad potente y depurada de los extremos que sostuvo, danle punto de sazón bastante a resistir el trasiego habitual de las ideas.

Aunque mucho admiramos sus escritos, poniendo en lugar preferente su "Doctor Khon", de cuyos parlamentos se destila amarga y exacta la tragedia de la raza judía; aunque respetamos "La psicología del genio y del talento", como libro de valor fundamental, se nos hace que "El mal del siglo", tendrá más ancha y perdurable vida, por encarar con garbo y perspicacia superiores una incógnita formidable en todos los tiempos.

Nos atrevemos a profetizar que esas partes de su obra bastarán para hacer imperecedero su recuerdo.

EMILIO SAMIEL.

JOGI RAMACHARATA

Jogi Ramacharata, Señor de toda ciencia;
Oh, venerable hindú de larga barba bruna,
En vano me has hablado con tu enorme elocuencia
En vano me ha llegado tu palabra oportuna.

No puedo más... Soy débil, oh maestro inmutable,
Y además tan cansada... ¡Sólo sueño la paz
En cualquier rinconcito, perdido, miserable,
Sola mi alma en mi cuerpo: nadie más... nadie más!

Oh, estoico hindú, me apena mi triste cobardía,
Más sigo sorda ¡ciega sin haber comprendido...
Dame en tu selva negra una cueva sombría
Y después de la cueva, polvo, viento, y olvido!

Jogi Ramacharata, Señor de toda ciencia;
Oh, venerable hindú de larga barba bruna,
En vano me has hablado con tu enorme elocuencia,
En vano me ha llegado tu palabra oportuna!

SENSACIÓN

He peinado mis largos cabellos!
la luz moribunda se dormía en ellos.
En la sombra roja de mi cabellero
eran diez reptiles mis dedos de cera!

EMILIA BERTOLÉ.

Diciembre de 1922.

LAS DOS LLAMAS

ACTO II

ESCENA II

MARÍA LUISA Y ARLÉS

ARLÉS (burlón).—La señorita doctor y la moral burguesa. ¡Bonito título para una novela por entregas!

MARÍA LUISA.—¡Ah, qué malo, qué perverso es usted!

ARLÉS.—¿Qué inconveniente podía haber en que usted y yo, acompañados por Martha y Esteban, fuésemos a mi granja?

MARÍA LUISA.—Para mí, ninguno. Para mi madre, muchos. Y los prejuicios de mi madre me atan más que si fueran míos. La salud de mamá es muy delicada. Por nada del mundo le daría un disgusto (pausa).

ARLÉS (displicente). — ¿Está enojada?

MARÍA LUISA (fría). — No.

ARLÉS (como antes). — ¡Sí!

MARÍA LUISA.—Es que usted se complace en mortificarme.

ARLÉS.—Estaba tan contento con la perspectiva de hacerle los honores de mi granja! Usted me prometió su visita; hace tres semanas que estoy haciendo preparativos para recibirla como a una reina; se presenta la oportunidad y usted no cumple su promesa.

MARÍA LUISA (reconciliada). — ¡Pero si no es mía la culpa! Iremos otro día, en comitiva más respetable.

ARLÉS.—No, mil gracias. Las comitivas respetables me aburren. Ah, me sacan de quicio las costumbres de mi tierra. Su majestad "el qué dirán" gobierna todos nuestros actos, nuestras fiestas, nuestra risa y hasta nuestras lágrimas.

MARÍA LUISA (ríe).—¡Cómo exagera! Alegre esa cara si no quiere que me arrepienta de mi iniciativa.

ARLÉS.—¿De qué iniciativa?

MARÍA LUISA.—La de nuestra excursión.

ARLÉS.—Esa iniciativa me pertenece.

MARÍA LUISA.—Cállese. Usted me había hablado de una fiesta campestre, hace cerca de un mes, pero después no volvió a acordarse. ¡Tiene usted tantas cosas en qué pensar!

ARLÉS.—¡Figúrese!

MARÍA LUISA.—Sí, me lo figuro. Pero yo no olvido nada. Cuando me levanté esta mañana; cuando vi el día tan radiante, mi primer pensamiento...

ARLÉS.—Fuí yo...

MARÍA LUISA.—No, señor, el paseo. Pensar en él, enviarle a usted una esquela, todo fué obra de un minuto. Pero, le repito que estoy arrepentida. Temo que usted haya aceptado por galantería. Quizá tuviera proyectos muy distintos... más interesantes... más agradables...

ARLÉS.—¡Pasar el día con usted! No cambiaría mi suerte por el tesoro de los Incas.

MARÍA LUISA.—¡Cuánta amabilidad! Lástima eterna que la amabilidad hacia las mujeres sea una profesión para usted.

ARLÉS.—No conozco ninguna más elevada.

MARÍA LUISA (disgustada).—Es indigno de un hombre inteligente perder su tiempo en vaciedades... y cosas peores.

ARLÉS.—¿Cosas peores?

MARÍA LUISA.—Sí... en aventuras fáciles.

ARLÉS.—Todos los días le pido a Dios que me proporcione alguna difícil.

MARÍA LUISA (gesto de despecho; pequeña pausa).—¡Si supiera qué mal le viste esa eterna petulancia!

ARLÉS.—¡Y si usted supiera qué bien la viste la ira que centellea en sus ojos! Está usted maravillosa.

MARÍA LUISA.—Cambie de tono, se lo ruego, y de tema.

ARLÉS (tono ligero, irónico).—¡Oh, sí, yo no voy a caer en la cursilería de hacerle una declaración! Contra ese peligro la defiende su personalidad de intelectual. Yo la admiro a usted como el artista admira un hermoso cuadro, una estatua de mármol. Su belleza, como la de las estatuas, impresiona el cerebro y no el corazón. Es que la intelectual por hermosa que sea, no puede inspirar amor, posiblemente porque ella misma es incapaz de sentirlo.

MARÍA LUISA.—¡De modó que usted me cree incapaz de querer!

ARLÉS.—Incapaz en absoluto. Usted es médico por vocación. ¡Amor y vocación! ¿Las dos llamas en el alma de una mujer? No lo concibo. Desde los tiempos de Eva el amor le dice a la mujer: Soy el señor tu Dios. No toleraré otros dioses a mi lado. Usted se ha rebelado contra la ley de los siglos. Sus dioses se llaman: el laboratorio, la clínica, los niños enfermos... Y el amor... (pausa).

MARÍA LUISA.—Siga, siga. ¿Y el amor?

ARLÉS.—El amor la excomulga a usted, señorita profesora y la destierra de su reino (pausa). ¿La he ofendidó de nuevo?

MARÍA LUISA (amargura).—No. Si no es ningún secreto para mí, que usted desprecia mi profesión.

ARLÉS.—No desprecio su profesión. Lamento que usted sea médico. Son dos cosas muy distintas.

MARÍA LUISA (impulsiva).—¿Por qué lo lamenta?

(pausa). (Arlés la mira fijamente. María Luisa muy turbada desvía su mirada). Y si tanto le desagrada mi título, ¿por qué se ocupa de mis enfermos?

ARLÉS.—¿Qué? ¿Cómo?

MARÍA LUISA (conmovida).—Yo sé que usted protege secretamente a Rosa, la madre de Luisito, de quién le hablé días pasados. Niéguelo. Me lo ha contado todo ella misma.

ARLÉS.—Le había ordenado que no me nombrara.

MARÍA LUISA.—¿No quiere que se conozcan sus pocos hechos buenos? ¿Teme que hablen demasiado bien de usted?

ARLÉS.—¡Quizá!

MARÍA LUISA.—Es que todo su empeño consiste en pasar por malo. Por pose. Todo es pose en usted. Por simple pose, para que lo admiren se bate en duelo y juega su vida en absurdas acrobacias aéreas.

ARLÉS.—¿Habrá juego más emocionante? ¿Y si me muriera, quién lloraría por mí?

MARÍA LUISA.—Su mamá... su sobrinito.

ARLÉS.—¿Y usted?

MARÍA LUISA.—¿Yo? (pausa). Las estatuas no lloran, Arlés.

ARLÉS (lentamente).—¡Quién pudiera hacerlos llorar, los ojos de la estatua divina! ¡Quién pudiera encerrar en su pecho un corazón ardiente y palpitante y vivo que inundara de sangre roja su carne de mármol. (María Luisa, muy turbada, no contesta. Entra Martha).

FRANCISCO IMHOF.

ELOGIO A VERSALLES

"A toutes les gloires de la France".

Inscripción en los frontones corintios
del Palacio

I

Espera, alma mía,—espera temblando—la armoniosa ráfaga de la poesía — que, soberbia y fuerte,—pasará azotando—todos los sentidos y los sentimientos... — Igual a esa vasta sábana de tierra — cuando van los fieros potros galopando — en aire de guerra — y ondeando las crines a todos los vientos! — Igual a esa roca, que siente — vibrar sus entrañas en locos anhelos — y se agita toda repentinamente,—en cuanto presiente la voz del torrente — que rompe sus venas y salta a los cielos! — Igual a esa blanca, palpitante frente — de una carabela — que parte a la busca de otro continente — y canta al anuncio que en el gualdrapazo— le envía la racha que azota la vela! — Igual a esa virgen — que aguarda el instante del supremo abrazo — bella cual la nube que la tarde enciende — cuando, toda trémula y cálida, se extiende — bajo el impetuoso pecho del varón! — Igual a esa rosa — toda temblorosa — que, sobre su tallo, mientras muere el día — se agita mirando la tarde — que teme y que adora — sabiendo que trae su última hora; — que el viento que llora sobre su agonía — llevará los pétalos que ahora desflora — sobre su carroza de la Fantasía; — pobre

soñadora rosa de ilusión! — Igual a esa rosa — espera, alma mía,—la racha armoniosa—que todas tus gracias irá deshojando, — como nunca suaves, como nunca bellas; — y que ha de esparcirlas como las estrellas —en el infinito de la inspiración!

II

—Vamos hacia el Templo. Ya estás iniciada — y el calor del verso — pobre enamorada — te dará de nuevo la fe que perdiste. — Ya que eres la amante si fuiste la amada, — ya que eres guijarro si la roca fuiste, — ya que eres el agua si fuiste la nube — ¡canta con el sueño de la núbil triste! — ¡cual la roca, suena! ¡cual la nube, sube! — ¡pulsa el arpa! ¡canta! ¡vuélvete canción! — Vamos hacia el Templo. Forma en el cortejo — de los soñadores — aquella doliente divina serpiente — del saber humano, — que ha mordido el fruto — y va por el suave camino de flores — hacia el nuevo día, — cada vez más bello, más bello y lejano! — Aquella serpiente — formada de anillos del oro pagano: — Zeuxis y Trajano, Parrhazios y Apeles; — Miron y Virgilio y Horacio; — Praxíteles, Licipo, Antinoo, Lucano; — Fidias — el gran poeta del Parthenon! — ¡Vamos! ¡penetremos al viejo palacio — con las amplias manos llenas de laureles — para orlar las frentes de los nuevos dioses — que ayer esculpieron estos capiteles — y otras tantas odas de mármol de Paros, — inmortalizando sus amados nombres — que se alzan al cielo, cual inmensos faros — hacia donde el alma de todos los hombres — marcha en una eterna peregrinación! — ¡Vamos! — ¡reposemos en el mármol griego; — y, si tú quisieras transformarte en fuego, alzarte a los astros, volverte canción, — te daré, alma mía, por su don sonoro, — el último anillo de la sierpe de oro... — tú ya lo conoces... es mi corazón!

III

—¡Oh Patio de Honores, de las líneas puras, — rodeado de estatuas de antiguos guerreros — que hoy duermen su sueño de conquistadores — en la noche eterna de las esculturas! — Aquí, los corceles de los caballeros — limaron las piedras con sus herraduras; — allá, las carrozas de grandes señores, — con púrpura y oro, — pasaban delante las turbas inquietas; — más allá, seguida de gloria y de fama — va, con su bella corte de poetas, — en silla de manos, soñando la dama — con el Caballero de su adoración...—Montando nervioso caballo de guerra — el Sol de los Reyes extiende su mano — ¡pidiendo en el amplio gesto soberano — la soberanía de toda la tierra! — ¡Grandeza de bronce con planta de mármol! — ¡visión de soberbia flotando en la espuma! — ¡triste paradoja de lo Indescifrable! — ¡suma fortaleza y fantasía suma — que borra la mano del Tiempo implacable, — eterna rasante de nivelación!...

IV

..... — Versailles ¡tú fuíste la Revolución!! —

V

— Detrás, el Palacio, — el grave palacio de las mil ventanas — donde el sol arranca todas las mañanas — la enorme tristeza que llena el espacio. — ¡Profusión inmensa, riqueza inaudita, — que sólo aquel Siglo de Oro de Pericles, — cumbre de los tiempos, quizá rememora; — que a soñar obliga; que a pensar invita, — en el infinito que el genio atesora — bajo el palio inmenso del alma infinita — ¡como un Sol de fuego llenando la aurora — que canta, que llora, que sueña y palpita!! — ¡Ah, necesitabas también tus Me-

cenas — Calícrates noble e Ictinos y Fidias — para el nuevo Acrópolis de líneas serenas! — ¡En la gran palestra de las suaves lidias, — sí, necesitabas la magnificencia — de todos los Luises, — oh, corte de artífices de la madre ciencia — de la Arquitectura, — historia de piedra, que muestra en la altura — la gracia que guardan todos los países! — ¡Pasa, corte de oro de un Sol vespertino — con toda tu gloria, tu fe, tu fragancia: — Mansart y De Cotte; Le Brun el divino; — Ici, Lemercier y Le Vau y De Brosse...—Corte esplendorosa, ebria de aquel vino — que la noble orgía de la Vida escancia! — ¡toda la estupenda nobleza de Francia — bebiendo en un bello vaso florentino! — ¡Pasa! — ¡que en un amplio gesto de arrogancia, — barriendo mi pluma la tierra, me inclino!! — ¡Pasa con tus joyas — fantasmagoría — columnas de Jonia! — Ya te parecía — mezquino el equino y el ábaco dóricos, — pobres los triglifos, pobres las metopas — coronando el frente de los arquitrabes, — cuando, de la patria del cincel de Scopas — tomaste las bellas volutas — fuertes, cual las proras de las fuertes naves — que giran en busca de todas las rutas; — y, para volverlas quizá más hermosas — que las de los templos de Efeso y de Priena, — ¡tomaste la reina de todas las cosas! — ¡tomaste un manojo de rosas — y orlaste con ellas la frente serena! — ¡La frente serena, llena de esa flor!! — ¡Tú también bebiste la linfa corintia! — ¡tú también grabaste las hojas de acanto! — ¡tú también cubriste tu risa y tu llanto — con la fe barroca de tu fantaseo — que en Balbeck mostrara su fuerza y su encanto, — que diera la vuelta del gran Coliseo, — gloria de la vieja grandeza romana: — toda la armonía, todo el sentimiento, — la luz y el amor — y que — como entonces — sostendrá mañana — el advenimiento — de otra florescencia del alma pagana! — ¡de otra nueva aurora del Renacimiento! — ¡de otro nuevo mundo, más bello y mejor!!

VI

¡Sala de Batallas! — ¡Sueño de colores! — ¡Corceles que saltan por sobre cien vallas! — ¡Cielos inauditos! — ¡metralla, tambores, — fusiles, cañones, fortines, murallas! — ¡Armas, uniformes, bestias sin gobierno, — fierezas, horrores!..... — ¡Es ésta la gloria de los vencedores! — ¡Es la Lucha eterna y el Dolor eterno! — ¡Es ésta la Vida! — ¡es la Humanidad!— ..... Jéna, Friedman, Alma, Smala, Ratisbone, — Malakoff, Austerlitz, Rívoli, Wagram... — ¡Por sobre los sueños y las utopias; — sobre el padre-nuestro de todos los días — de los visionarios y los soñadores..... —¡Pasad, monstruos bellos; bellos por la gloria! — ¡Gritad a los hombres la ley conocida: — gritad que de Muerte se nutre la Historia! — ¡gritad que de Muerte se nutre la Vida! — ¡gritad! — ¡sí, gritad!!

VII

Son tantas las notas y tonos diversos — que aquello es un Verso de todos los versos, — alegres y amargos; pequeños y enormes: — largas galerías, salas multiformes, — figuras de grandes seres miserables, — coronas preciosas de piedras preciosas — y gratos recuerdos de damas graciosas — que fueron hermosas y fueron culpables! — Nos quedan los muebles, la Sala de espejos, — las telas, los mármoles, los oros, los bronces..... — Y entonces, — cuando nos cansemos de vagos reflejos, — cuando nos cansemos de esta pompa vana — ¡nos queda la gloria de ir a la ventana y mirar la tarde que muere a lo lejos!...

. . . . . .

VIII

— ¡ Ah, sí; qué divinos son estos jardines — que llenan grandiosos los hondos confines, — y cubren las

líneas de los horizontes — y abrazan los llanos — y abrazan los montes — lejanos!..... — Beatitud de todas las contemplaciones — en el reino augusto de Eirente y Pomona — aleja este vaso de las libaciones— que hasta la cornisa del frontón corintio — me tiende la tarde que nos abandona — con una corona de rosas de absintio... — ¡Aleja este vaso! — ¡aleja este duelo, — Beatitud, que tienes un alma inocente! — ¡Aleja este vaso y colma mi anhelo — con esa sonrisa del cielo — que queda en los labios rojos del poniente! — Y así, alvidada — de viejas intrigas de edades luctuosas, — de toda esta triste grandeza pasada — el Alma, que vive de cosas hermosas, — volverá a la gloria de la balaustrada, — volverá a las aves, volverá a las diosas, — volverá a los campos la dulce mirada, — volverá a las fuentes, volverá a los cisnes, — volverá a los lirios, volverá a las rosas...

IX

Vamos, Alma mía, por esos jardines — que llenan grandiosos los hondos confines... — Queda allá la fronda de los Naranjales — bajando la escala de los Cien Peldañas, — adonde, a suspirar y cantar madrigales, — el poeta Musset iba todos los años. — Detrás, el divino Bosque de la Reina — y el Jardín del Rey. Eran Luis y Antonieta — que allí, defendidos de intrusa mirada, — vagaban, llevando la pena secreta — de tenerlo todo sin amarlo nada! — Y detrás, más bosques, plazas y alamedas, — grutas, columnatas, fuentes, rosaledas; — robles y castaños, — plátanos y encinas; — y el lago... — ¡El lago de tantas estrofas divinas, — adonde el poeta de los desengaños — iba con los cisnes y las golondrinas—a llorar su pena de todos los años!...

X

—¡Volvamos! —¡volvamos a ver el Pasado! — Es noche de fiesta — ¡un fasto cualquiera! — y el Trianón augusto, todo iluminado — parece tocado por mano hechicera. — Danzando desfilan parejas reales — al son cadencioso de suaves violines; — se dijera al verlos tras de los cristales — un cortejo de hadas y de serafines. — Fuera, en los jardines, suspiran las fuentes; — por sendas ocultas Cupido se aleja — y en el quieto lago los cisnes dolientes — persiguen los astros que el agua refleja. — Sedas y perfumes lleva cada paso; — mieles en los labios y en el alma hieles; — y apenas las plantas son puntos de raso — sobre las alfombras y los escabeles. — ¿Qué importa la suerte del género humano? — ¿qué importan las vidas que en torno se agitan? — (¡Ay, allá en la sombra del París cercano — revolucionarias cabezas meditan!) — Al borde del trono, llegan una a una — las pálidas damas, bellas como lirios — y el Rey les sonríe sus hondos martirios... — ¡quiere amar a todas y no ama a ninguna! — Y, triunfando entonces de antorchas y cirios — allá, en la ventana, se asoma la luna!...—De pronto, rompiendo la regia armonía — buscando a lo lejos la luz de su estrella, — se inclina a la noche la dama sombría... — ¡Pompadour se llama; Pompadour la Bella! — Sabiendo sus gracias, con leves sonrojos — las damas asoman los dientes menudos — y al Sol de los Reyes le prende los ojos — la tela que muestra sus hombros desnudos... — ¡Ah, ya nunca, nunca volverá a apartarlos! — La dulce hechicera sin mirar lo advierte; — sin mirar ya sabe que ha de aprisionarlos — por sobre la Vida, la Gloria y la Muerte! — ¡Divina, divina! — dice el soberano; — la dama en su estrella la frente ilumina — y el cielo y la tierra y el eco lejano — responden: divina, divina, divina...

XI

Y en cuanto declina — la tarde afrodina, — hilando mi dulce rondalla inocente, — llenando de cantos las horas serenas, — me sueño un poeta-soldado de Atenas — que luce su efátide bajo los olivos, — junto al undivago lago transparente — donde van los tristes y los pensativos — a colmar sus ansias con luz del poniente... — Y entre aquellos dioses del pagano rito — que muestran con gracia las curvas triunfales — y en bellas posturas el sueño infinito — duermen en la gloria de los pedestales; — entre aquellos árboles místicos y mudos — que, llenos de otoño, cuando muere el día, — tienden a los cielos los brazos desnudos — a los cielos hondos y a las nubes rojas — o hacia el gris pañuelo de la tierra fría — doblegan las frentes, llorando sus hojas... — entre tanta sombra que invade el camino, — con la fe propicia de la hora aquella — ¡sueño que en mi frente se posa una estrella! — ¡creo que en el alma también soy divino! — ¡que todo se llena con mi inspiración! — Y el bosque, las flores que besan mi paso, — las aves, los cantos que lleva el camino, — callan... ¡y me escuchan vagar al acaso! — ¡vagar al acaso con esa ilusión! — ¡con esa locura de mi corazón!!

EDGARDO UBALDO GENTA,

Ecole militaire du Genie.

Versailles, Noviembre 1922.

EL TONELERO

I

Don Blas era el tonelero de la colonia. Su gordura y su bondad se tenían allí como término máximo de comparación. "Está gordo como el tonelero" o "es bueno como Don Blas", exclamaba quien quería vender un cerdo o alabar un santo. Era, además, un poco miope y amaba sobre todas las cosas y por estricto orden jerárquico a su hija, a los gatos y a la ginebra.

El galpón de la tonelería tenía dos pisos, el de abajo destinado a taller, el de arriba a dormitorios. Un molino de viento parecía servirle de atalaya. Sauces y paraísos, plantados por la difunta mujer del tonelero, la rodeaban, amén de un sinnúmero de macetas y jaulas, propiedad de la niña Magdalena, hija de Don Blas, a quien las aves y las plantas enloquecían.

Fatalmente los contrarios afectos originaron una causa permanente de conflictos entre el padre y la hija, porque los gatos, como se sabe, tienen tendencias asesinas contra toda pequeña cosa que se mueve y además cuando viven asediados por una jauría no reparan en parapetarse entre las macetas, destrozando los tallos indefensos de los espárragos o las ramas verde-agua de los helechos.

Yo iba a visitar con frecuencia a Don Blas, no tanto por él mismo — aunque era un hombre pintoresco por su charla y por su monumental arquitectura — sino por la niña Magdalena, cuya voz tenía una divina

fragilidad y cuyo aroma silvestre hacía caminar de prisa los catorce años de mi corazón.

Esa tarde había, sin duda, estallado una nueva tormenta en la tonelería. Cuando entré en el taller Don Blas apenas me saludó y Magdalena, desde la sombra de un rincón, me sonrió, mostrándome sus ojos claros en los que el llanto había dejado signos inequívocos. Traté en vano de sostener una conversación cualquiera. El tonelero no hacía más que limpiarse los anteojos, bufando y zapateando cada vez que oía los suspiros recalcitrantes de su hija. La situación me iba resultando bastante molesta, cuando, de pronto, un gato en un salto soberbio entró por la ventana y fué a pararse, erizado el lomo, sobre los mismos hombros de Don Blas. Mucho más rápido de lo que sus ciento cuarenta kilos podían hacer prever, el tonelero corrió hasta la puerta con el gato encima, agarró la primera piedra que encontró y la tiró con violencia, gritando: Fuera, yo te voy a arreglar, perro del diablo.

Mas el can pareció reirse de su cólera, se sentó junto a un poste y empezó a ladrarle burlonamente.

A Don Blas se le subió la sangre. "Es hora de que haga un escarmiento", bufó. Fué en busca de su escopeta, la amartilló y empezó a apuntar al perro. Magdalena asustada se tapó los oídos para no sentir el estampido y los ayes del animal; pero el tiro no llegó a sonar. Evidentemente Don Blas no tenía alma para matar a nadie. Dejó la escopeta sobre una pipa y me dijo, completamente derrotado: hace tres días que no encuentro mi gata de Angora, seguro que esos chanchos me la han descuartizado, pero me las van a pagar algún día.

Como si quisieran agravar el dolor del tonelero, empezaron en ese instante a maullar lánguidamente, apareciendo por la boca de un barril puesto horizontal, cinco gatitos huérfanos. Magdalena, huyendo de esa música, salió del taller. Y en tanto Don Blas des-

colgando de un gancho un trozo de carne cruda se disponía a cortarlo en picadillo para los expósitos, yo me deslicé por entre los toneles y fuí a sentarme al lado de su niña, bajo los paraísos.

Allí, ella me contó su pena, mientras las manos melancólicas iban preparando un nido de ramitas y hojas en el centro de una jaula vacía, que sustentaba sobre las rodillas.

Los gatos esa mañana habían ultimado a Caruso, el más cantor y querido de sus canarios. Ella lo había criado y ¡cómo la conocía! Le daba entre las manos el alpiste. Se ponía loco al verla y bastaba que le dijera: "canta, Caruso", para que se deshiciera en trinos.

En verdad, el animalito era un bello decorativo lírico, pero yo, un poco innoblemente azuzado por los celos, exclamé: será una desgracia, Magdalena, pero no tanto, como para que se ponga así.

—Una desgracia...—repitió como un eco. Introdujo una mano por el breve descote de su bata y de entre los senos incipientes sacó el cadáver de "Caruso", con las plumas desgarradas y degollado por un tremendo zarpazo.

—¡Mírelo!

—Es lamentable esto, Magdalena,—dije, mientras, Dios me perdone, acercaba bien junto de mis narices el canario difunto, con cierta malsana intención,—muy lamentable, sin duda, mas tal vez le sirva de enseñanza y la empuje a amar cosas menos frágiles.

—No entiendo.

—Un hombre, por ejemplo,—exclamé muy serio, mirándole los ojos.

Magdalena se ruborizó toda. Me sacó, temblando un poco, el pequeño cadáver de las manos, lo besó largamente, lo puso en el nido que había fraguado dentro de la jaula y, luego, como si me quisiera ocultar los carmines delatores, corrió hacia su cuarto, situado en la parte alta de la tonelería.

La seguí con los ojos hasta el último tramo de la escalera y en seguida fuí al encuentro de su padre.

—Lo que han hecho sus gatos está muy mal, Don Blas,—le increpé.

—Lo dices por lo del canario.

—Precisamente.

—Yo comprendo que está mal y comprendo o, mejor dicho, no comprendo muchas otras cosas también, No entiendo cómo de un padre amigo de los gatos, pueda salir una hija que se derrite por los canarios.

—¿Por qué no regala su gatería, Don Blas?—insinué.

—Porque no se me da la gana. — El tonelero fué lentamente montando en cólera, enarboló el mazo, lo dejó caer con gran violencia sobre el anillo de un barril y últimamente,—prosiguió,—se hará lo que yo mande. Mañana mismo voy a hacer una carnicería con toda esa morondanga de pajaritos y plantitas.

Pero a la mañana siguiente, tempranito, antes de que se despertase Magdalena, Don Blas preparó el sulky y se fué al pueblo.

Cuando llegué a la tonelería no encontré a nadie. Cuatro gatos estaban contra el muro atisbando las pequeñas sombras movedizas que los pájaros de Magdalena al saltar en las jaulas, colgadas precaucionalmente a buena altura, proyectaban sobre la tierra. A una cuadra de distancia, cerca del arroyo, al amparo de un sauce, divisé a la hija del tonelero, hincada sobre la tierra, y hacia allá fuí corriendo. Estaba enterrando al canarito. Todavía tuve tiempo de arrimarle un poco de tierra y de hacerle con dos pequeñas ramas una cruz.

Todo esto hubiera sido, sin duda, muy melancólico, si la mañana no hubiera estado tan clara y el amor, recién iniciado, no invitara a respirar fuertemente la vida. Lo cierto es que yo y Magdalena regresamos,

cumplida la tarea fúnebre, como si hubiéramos vuelto de recoger y la trajéramos en el alma, a la misma felicidad.

La alegría tenía que ser completa. Al llegar a la tonelería, sentimos el martillo de Don Blas, acompañando con su vigorosa percusión de bárriles desagotados, a la voz de bajo profundo del tonelero, que destrozaba sin escrúpulos una romanza de "Ernani".

Y la sorpresa de Magdalena fué cosa incomparable, cuando en la jaula del canario muerto encontró otro vivo y rompiendo toda la cristalería de su garganta en el aire matinal. Además las jaulas estaban limpias, las alpisteras llenas, renovada el agua de las vasijas y los alambres perdidos entre una verde opulencia de lechugas frescas...

II

Habíamos fraguado una conspiración en toda regla. Me costó al principio convencer a Magdalena, la que no veía muy clara su situación juzgada con arreglo al cuarto mandamiento de Dios. Pero esa misma mañana había pasado un aeroplano sobre la colonia en el instante en que ella había puesto todas las jaulas sobre una mesa y se disponía a empezar la toilet habitual de sus aves. La niña, embobada con la sorpresa, había ido hasta el mismo borde del callejón para admirar mejor al pájaro mecánico y a la vuelta se encontró con que los gatos le habían matado una calandria y un sabiá. Esto acabó por persuadirla del todo.

El plan estratégico no era muy complicado: en casa abundaban las ratas y mi padre tenía siempre gran cantidad de un polvo blanco que las mataba en menos que canta un gallo. Se trataba simplemente de diluirlo en una cuantas latitas de agua y mezclarlo con pedazos de carne que dejaríamos, a espaldas de Don Blas, en los rincones y recovecos de la tonelería.

Esa misma mañana le entregué a Magdalena el polvo libertador, cuidadosamente envuelto en un papel de diario. A las dos de la tarde volví, pronto para iniciar las hostilidades.

Era un día de Enero espantosamente caluroso. Don Blas, sin duda apurado por el trabajo, ni siquiera había dormido la siesta. Al rayo del sol estaba lavando una docena de toneles, con agua que él mismo se acarreaba desde el molino. Se había sacado la camisa. El vientre desnudo y cubierto de vello cerdoso, emergía por encima del pantalón y le caía hasta la mitad de los muslos, como un enorme tumor, tan tenso que, cuando hacía un esfuerzo, parecía próximo a estallar.

—¿Qué le pareció el aereoplano, Don Blas?

—Un rico invento para romperse el alma, ché.

—Yo subiría, debe ser lindo.

—Más lindo que restregar pipas al rayo del sol, de seguro.

—¿Y por qué trabaja así, Don Blas?

—Por gusto ha de ser. Mirá que sos guiso, muchacho,—añadió, dándose una pequeña tregua y abanicándose con el amplio sombrero mejicano.

Me asombró su cara. Las mejillas tenían un color borra de vino, los pequeños ojos, a través de los cristales, parecían bloqueados por dos círculos lívidos. Era, además, evidente su fatiga. Me pidió que le alcanzara el porrón de ginebra, dió un largo trago, suspiró hondo y volvió a absorberse en su tarea.

Traté de juntarme con Magdalena. Estaba azoradísima buscando en el piso alto el envoltorio del veneno que, no sabía quién, había sacado de su ropero. Locas ideas le empezaban a andar por la cabeza.

Le ayudé a buscar, tratando de tranquilizarla, sobre todo afirmándole que los venenos de las ratas no eran capaces de matar a las personas, duda que parecía ser la causa capital de sus angustias. Es claro que yo no estaba muy seguro de lo que decía.

Pero mi afirmación concluyó por serenarla y como el calor que irradiaban las chapas de zinc del techo se nos hizo pronto intolerable, bajamos al taller.

Don Blas se había quedado dormido, sentado en una silla de madera, el sombrero caído hacia adelante como salvaguardándole los ojos del resplandor. Dos gatos se le habían ovillado encima de las rodillas. Roncaba profundamente, con un estrépito de trompeta, los carrillos se le inflaban y desinflaban a cada respiración, como un globo al que se le sustrajera y se le inyectara aire en golpes rítmicos y violentos.

El espectáculo no podía ser más cómico y avivó nuestro espíritu judío. Magdalena fué a buscar en la cocina un pedazo de leño carbonizado, le sacó el sombrero y empezó a pintar en la cara rasurada del padre bigotes y dibujos arbitrarios.

Yo le saqué la pipa del bolsillo del pantalón, la encendí, pagando buen tributo de náuseas y delicadamente se la puse entre los labios. Le introdujimos una pajita en las narices y las orejas. Cazamos media docena de moscas, les sacamos las alas y las hicimos pasear por su calva. Pero Don Blas ni siquiera pestañeaba, ni modificaba el ritmo de sus soplidos.

Se me ocurrió entonces una idea genial, de cuyo éxito no se podía dudar: tirarle un balde de agua fría a la cabeza.

Magdalena súbitamente se puso seria.

—¿Está seguro de que el veneno de las ratas no hace daño a los hombres?

—Seguro,—contesté audazmente, yendo a la canilla del molino a llenar el balde.

Gozábamos de antemano el efecto. Tres veces acuné el cubo lleno, hasta que, en un impulso vigoroso, arrojé de un golpe el agua sobre la cara del tonelero.

Huyeron los dos gatos como almas que lleva el diablo. El cuerpo de Don Blas tambaleó con una extraña

inercia y cayó de largo sobre el suelo, con la cara pintarrajeada vuelta hacia arriba, soplando siempre.

—¡Don Blas!—exclamé, asombrado yo mismo del tono grave y angustioso de mi llamado.

Magdalena se agarró la cabeza y, los ojos muy abiertos, corrió hacia la puerta, campo afuera.

Al rato la tonelería estaba llena de gente. "Es un ataque a la cabeza, sin duda, de trabajar al sol", afirmaban todos. Yo quise hablar del veneno de las ratas, pero la lengua se me atragantó. Uno de los vecinos, diestro en matar corderos, sangró a Don Blas allí mismo, como pudo. Tuvieron que idear una angarilla para poder subir hasta su cuarto el enorme cuerpo del tonelero.

Un mozo se ofreció para ir a buscar al médico, tenía un caballo ligerísimo; pero el hombre que había hecho la sangría, cobró un aire de suficiencia y le dijo: es inútil, hará un viaje al cohete.

Poco después oí los grandes sollozos de Magdalena y una mujer, desde arriba, gritó: se ha muerto. El vecino cirujano murmuró al mozo: ¿no le decía?, cuando sale la sangre tan negra no hay vuelta.

¡Muerto!... El martillo del tonelero me empezó a golpear dentro del corazón. Tenía el gusto de su pipa en la lengua y la seguridad de que ese sabor no se me iría jamás me revolvió la entraña y empecé a vomitar un jugo acre y caliente.

Ratas enormes empezaron a asediarme y morderme. Los gatos de Don Blas contemplaban con evidente alborozo mi tragedia, agravada por la imposibilidad de hacer el menor esfuerzo de defensa en que me encontraba.

Traigan el veneno—grité. Y el tonelero apareció sonriendo, con la cara llena de dibujos diabólicos. Llevaba en las manos el cuchillo con que le habían hecho la sangría, se abría el vientre cantando una romanza de "Ernani", y del fondo de su estómago, vasto y pro-

fundo como una cuba, sacaba el envoltorio del veneno. Yo apretaba la boca con toda mi fuerza, pero él me tapaba las narices, me hacía abrir los maxilares y no acababa nunca de quemarme por dentro con aquel polvo blanco y espantosamente nauseabundo...

III

La mañana estaba clarísima. Hacía días que me dejaban andar solo por los alrededores de la casa. Un espejo me había horrorizado momentos antes: estaba flaco como una calavera. ¿Cuánto tiempo había estado enfermo?... Los racimos de la parra estaban todavía verdes. ¡Y qué nervios tenía! El relincho súbito de un caballo me hizo temblar hasta caerme... Si me hubieran dado las piernas habría ido a la tonelería a charlar con mi amigo Don Blas y con... ¡Don Blas!... ¿qué era lo que le había pasado a mi amigo el tonelero?... Empezaba a coordinar ideas y me obligó a salivar un gusto de pipa que me arañaba la lengua. ¡Ah! Don Blas, el veneno, los gatos, todo comencé a precisarlo y la oscura ortiga del remordimiento me volvió a azuzar. Sentí la necesidad de hablar con Magdalena y en su camino fuí, auxiliándome con los hilos del alambrado. Nadie sabe cómo me temblaba el alma a medida que me acercaba.

Naturalmente no se oía ruido de herramientas, aunque las puertas estaban abiertas; pero tampoco se escuchaba la habitual garrulería de los pájaros de Magdalena.—¿Qué habría sido de ella?...

Vi bajar una mujer extraña por la escalera.

—Ah, muy bien,—me dijo al verme—¿está mejor?

—Un poco.—Aunque tenía en los labios un diluvio de preguntas, no quise interrogar nada. El silencio de la casa me turbaba sobremanera.

—¿Quiere ver a Magdalena? Está en la tonelería.

De allí vino su voz curiosa:—¿Quién pregunta por mí, tía?

Me asombró la tranquilidad de esa voz. ¿Cómo podía estar tan serena la hija del tonelero después de aquéllo?...

La tía no la había oído. Yo me fuí deslizando hasta la puerta. Vi a Magdalena vestida de negro. Un poco más gruesa y más alta me pareció. Estaba de espaldas. Cinco o seis gatitos andaban a su alrededor saltando.

Volvió a inquirir, alzando la voz:

—¿Quién es, tía?

—Yo,—le respondí.

Se dió vuelta instantáneamente y llena de júbilo corrió hacia mí con las manos extendidas. Los gatitos, notoriamente contrariados, empezaron a maullar.

Yo sentí que me quemarían las manos criminales de aquella hija y no pude reprimir un ademán de rechazo.

—¿Puede estar así, Magdalena?

—No,—me respondió, adivinando la causa de mi reproche,—no fué el veneno...

El corazón se me alivió de un enorme peso.

—... A los tres días de aquello encontré el envoltorio intacto en un cajón de la cómoda. Yo misma lo había dejado allí, después lo recordé claramente. Ahora he regalado los plantas y los pájaros; sólo cuidaré sus gatos, porque él los quería tanto...

Me emocionó el sacrificio de aquel filial homenaje póstumo y como yo me sentía también un poco hijo remordido de Don Blas, me puse a ayudarla a cortar la carne de los gatos...

José María Delgado.

ROMANCE DE LA TIA

Corresponde a un libro de temas nativos que el autor publicará en breve.

I

Esta que aquí presento, gran señora,
es mi tía... Vivía cuando yo era muchacho;
y su recuerdo es para mí tan vivo,
que no hay cosa más viva en mi memoria
de los años adolescentes y lejanos.

Alta, delgada, erguida con matronil empaque
a pesar de los años, que eran más de setenta,
el paso firme, el gesto recatado,
severo el rostro de energía aguileña,
pudorosa la boca, la mirada
reposada, las manos hacendosas
y ejemplar la palabra: tal era mi señora
doña Asunción, la tía, prez del linaje criollo.

Prez del criollo linaje, la señora mi tía,
—permitidme que os muestre su empañado retrato—
vivió en tiempos aquellos de los rojos caudillos,
del bagual y la vincha,
del degüello y la lanza....

Nacida en la templanza de su solar patricio,
de las civiles guerras vivió en los tiempos rudos;
guerrero fué su padre, guerrero fué su esposo,
y guerrilleros fueron sus diez hijos,
que a algunos les perdiera en luchas tales.

Y hasta ella misma en algún trance duro
—según decían las lenguas familiares—
trabuco en mano,
decidida y fiera,
defendiera la puerta de su casa.

Mujer del tiempo rudo en la patricia gesta,
a quien dolor dió amor de sacrificio,
en el peligro endureció su pecho;

confortadora firme de varones,
en medio a la zozobra y al tumulto,
fué heroína de sitios y de exodos.

Mas fué también, en la tertulia urbana,
dama del peinetón y el miriñaque,
que, recogiendo con pulidos dedos
el vestido de raso, la gavota
y el rigodón danzaba al son del clavicordio
romántico...

II

Su historia era la historia del país. Los caudillos,
las guerras, las revueltas, los éxodos, los sitios,
las entradas de ejércitos vencedores,
las zozobras continuas,
los motines que sorprendían a medianoche,
las puertas atrancadas y las precipitadas
huídas...

Por su narrar pasaba la historia turbulenta
de sus tiempos de hierro. Nadie, como la tía,
sabía pintar los tipos y las cosas;
su charlar era rico en colorido.

El Sitio Grande—que fué cuando era regia moza,
y cosía ponchos para los soldados—,
la Cruzada de Flores, donde perdió al marido,
la Guerra de Aparicio y el Quebracho,
en donde le mataron a un su hijo:
todo era vivo en ella, que era viviente historia
doña Asunción, la mi señora tía.

Y era su narración inagotable
y sorprendente de episodios nuevos,
que iba sacando con su lenta mano
del viejo arcón precioso del recuerdo.

Pasaban en visión por sus anécdotas,
como viejas figuras familiares,
los caudillos famosos: Lavalleja,
a su decir tan bruto como bravo;
Rivera, el gran padrino de la Patria;
el General Oribe, pálido y sanguinario;
Flores, león reposado;
el de luenga melena, Caravallo;
el viejo Timoteo, la lanza más temible
de aquellos entreveros de centauros;
el tirano Latorre, de mirada terrible;
Goyogeta, el indiazo,
y el de la faz siniestra:
Anacleto Medina.

Siendo niña, una noche, despertó en sobresalto;
había ruido y tumulto en la casa; vió a su padre
—a la luz amarilla de un candil oscilante—
con la espada brillante defenderse de un grupo
de emponchados siniestros con divisa y trabuco
que eran del otro bando;
y vió a la madre, llena de espanto y de gemido,
correr hacia su lecho y envolverla en sus brazos
y huir en la noche, a tiempo que su padre

—semejante a un espectro en la luz amarilla—
convulso ya, de muerte caía herido,
después de haber tendido a tres de los emponchados....

Este era su recuerdo más lejano
y más horrible, que ponía el contarlo
miedo y coraje a un tiempo en los muchachos
que la escuchábamos.
Mas, sangrientos y heroícos como aqueste,
tenía ella episodios a millares;
en unos tomó parte y en otros fué testigo;
muchos sabía también que le contaron;
y la guerrera historia de sus tiempos,
como cosa viviente se animaba en su boca
de un colorido extraño.

III

En los crudos azares de las guerras
perdió su posición de bien fincada
señora que heredó prez y fortuna;

y en trance tal, dejando la muy urbana vida,
al marido siguió al campo desierto,
que con duros trabajos y abstinencias
a rehacer la heredad, otra vez, iba.

Y en campos de salvajes soledades,
sin caminos, ni abrigos, ni jagüeles,
alzó su rancho y la menguada hacienda
largó allí a pastorear, medio baguala.
Y allí fué del guardarse de matreros
que se venían al rancho solitario,
y el ahuyentar los perros cimarrones
que hacían estragos en la borregada;
y el apagar la lumbre antes de noche,
y el pasarse las noches arma al brazo,

uno de cada lado de la puerta,
mientras el cuero que servía de atajo,
raseaba con sus garras amarillo
yaguareté cebado...

Así fué que rehizo su posición perdida,
y a la vuelta de pocos mas empeñosos años
regresó a la ciudad la señora mi tía.

Y otra vez habitó su solariega casa;
y serena en la suerte como fué en el desvío,
sentada al clavicordio dijo los versos de antes,
y lució el miriñaque de seda en la tertulia.

IV

Cuando en casos frecuentes sus tres hijos,
que, después de cenar se habían quedado
a la mesa más tiempo que en costumbre,
tras un silencio largo, sin mirarla,
—Sabe, mama, que hay guerra..?—le decían;
La severa matrona, que sabía,
lo que querían decir palabras tales,
sin espanto, protesta, ni gemido,
palideciendo un poco, preguntaba:
—¿Cuándo se van...?—Cuanto antes—respondían.

Y al despedirse, entera, de sus hijos,
—pensando cuál sería que despidiera
por siempre así,—con interior gemido
les estrechando contra el pecho fuerte,
sus palabras de madre eran:—Que siempre
como bravos se porten, hijos míos.

V

Años después, ya viuda y lejos ya de sus hijos,
quedó sola en su casa, mas no perdió la noble

entereza de su ánimo patricio.
Entre fianzas y pleitos fué perdiendo fortuna;
poco ducha en camándulas, se confió a leguleyos,
pretendidos amigos que comieron, bellacos,
poco a poco sus bienes.

Primero fué la estancia del Durazno,
hipotecada a vil precio;
después la quinta aquella de Atahualpa,
la aquella quinta umbrosa de los más deliciosos
damascos, donde veraneaba la tía.
Y en los últimos años, cuando bien la recuerdo,
ya le quedaba sólo su solariega casa,
la vieja casa colonial y enorme
donde vivía la dama entre sus plantas,
sus retratos, sus muebles, sus visitas,
sus mulatitas y sus papagayos.

Extraña casa aquella de la tía,
con sus muros muy gruesos,
y sus rejas
sus pequeños balcones y el gran patio emparrado,
con su aljibe en el centro de brocal de azulejos,
con su olor de naranjo, y en verano
lleno de una frescura
verde...

Aún la veo a la tía en aquel patio,
sentada en su sillón de viejo estilo,
con sus claros batones florëados,
sus relicarios de oro, sus peinetas antiguas.
sus largas y pesadas carabanas,
y su gran abanico, que cerraba y abría...

Todas las tardes, tras de dormir su siesta,
se ponía la dama sus peinetas,
sus largas carabanas y su batón floreado;

y abriendo su abanico se sentaba
en el viejo sillón.
Una negrita,
de blanca dentadura, traía el mate
de plata boliviana, que tomaba la tía;
y había en el patio una frescura verde,
antigua y olorosa,
que no he vuelto a sentir más en la tierra...

VI

En invierno, la tía, que estaba ya achacosa,
se pasaba las tardes en la vetusta sala
impregnada en perfume de los años antiguos,
cuando en ella danzaban el minué o la gavota
las que hora bisabuelas eran, o se habían ido...

Misia Asunción allí se adormecía,
sentada en su petaca y en su rebozo envuelta,
a los pies un cojín que bordaron los indios,
tomando el mate que traía la negra,
sus encajes haciendo de palillos,
o mirando a través de las ventanas
pasar la gente por la calle triste.

Era triste el invierno de la tía.
La casa se animaba en el verano;
tornaba el patio a ser verde y frondoso,
con olor de glicina y de naranjo;
y se poniendo su batón floreado,
sus peinetas, sus joyas, su abanico,
en su sillón de hamaca, entre las calahualas,
se sentaba la tía.

Desque la tía quedara sin su quinta,
donde todos los años iba por el verano,
veraneaba en la umbría de este patio

con olor de naranjo y de glicina.
Y en las tardes calmosas, tras la siesta,
hasta que el toque de oración tañían—
con matriarcal sonrisa,
en su sillón sentada
recibía la dama a sus visitas.

Y eran raras visitas de sus tiempos
aquellos coroneles retirados,
ásperos veteranos de las guerras,
que tomaban rapé (la tía también tomaba),
y con quienes placía a la señora
discutir de política y recordar lo antaño.

Y aquella extraña rueda de curujas,
pensionistas eternas del estado,
siempre en traje de seda y con mitones,
misia tal, misia cual, muy fruncidas, muy suaves,
muy pasadas de moda,
que no hablaban sino de enfermedades,
de difuntos, de sustos, de recetas,
conocían las virtudes mágicas de las yerbas,
sabían hacer ungüentos y creían en el daño.

También iba otra gente a aquella casa,
—sin mentar, por supuesto, a los parientes—
mas se estaban de pie frente a la tía,
muy humildes y hablando con respeto.
Eran hijos de antiguos servidores;
muchos eran ahijados de la dama;
de muchos, quienes fueran, no sabía;
mas, a todos, severa y bondadosa,
les mandaba pasar a la cocina...
Y, esta cocina en casa de la tía,
hospitalaria y vasta y siempre llena
de trajín y de humo, donde abundaba el mate
y los pasteïes,

era un abigarrado medio mundo
en que folgaba el mulataje urbano;
la tía no supo nunca cuántos eran:
era tal la largueza de la casa.

Así era la tía, mi señora
Doña Asunción, sentada en su petaca,
en la vieja casona solariega;
por el invierno en la vetusta sala
impregnada en olores de recuerdo;
por el verano en la frescura verde
y en la antigua alegría de aquel patio
familiar, con olor de limonero.

De todos los recuerdos queridos y distantes
de aquella adolescencia tan distante y querida,
no hay ninguno más vivo que el recuerdo
de la tía sentada en aquel patio,
con su batón floreado y su abanico,
sus largas carabanas y sus cuentos,
entre la fronda de las calahualas
y el parlar de los loros brasileños.

VII

Cuando la hora llegó de su partida
de este mundo, reunió toda su gente:
nietos, sobrinos, nueras, entenados,
ahijados, protegidos y sirvientes;
y en toda la entereza de su juicio,
con palabra oportuna para todos,
se despidió de todos, y una prenda
le dejó a cada uno por memoria.

No era beata la tía, mi señora,
y aún sospecho no fueran de su agrado
los curas, pues solía contar de ellos historias

picantes.
Mas era mi señora muy cristiana:
—Tener su religión—ella decía—
es necesario. Así, todas las fiestas
de guardar, iba a misa a San Francisco;
por la Pascua Florida comulgaba,
tenía en su casa imagen de la Virgen,
y no faltaba nunca ni a la misa del gallo,
ni al sermón, en Cuaresma, de agonía.

Así es que, ya en sus horas postrimeras,
por bien cumplir cual siempre había cumplido,
hizo venir al Viático solemne,
en sufragio de su alma ordenó misas,
lloraron ojos que ella no llorara,
y en la paz del Señor murió la tía.

Porque así fué la tía, mi señora
Doña Asunción, de la nativa estirpe
prez y ejemplo, que Dios tenga en su gloria;

escrita aquí en estrofa dejar quiero
—que muy digna de tal, por cierto, ha sido—
su historia. Acompañadme en el recuerdo.

A. Zum Felde—1920.—

"LA RAZA DE CAIN"

Novela de CARLOS REYLES

(*Conclusión*)

Reyles, al reproducir la realidad, ha seguido los moldes de la escuela realista, surgida en Francia ante la evocación del mágico cincel de los Balzac, Flaubert y Zola. Decía no ha mucho, en un artículo sobre el admirado autor de "Salambó", que: "Gustavo Flaubert es jefe de escuela al crear con Mad. Bovary la novela tipo del género; obra que ha iniciado lo que nosotros entendemos por realismo, apenas esbozado en la colosal producción del más fecundo de los cerebros del siglo XIX, (me refería a Balzac), que reproduce la realidad de una manera objetiva e imparcialmente. Aunque estos caracteres no se encuentran claramente delimitados, catalogados en su obra, son la consecuencia inmediata a un análisis detenido de la misma. Ellos están entrecruzados indisolublemente; podríamos agregar, empleando una expresión más gráfica, que se hallan como anastomosados. Balzac apenas había indicado el camino a seguirse, pues antes de llegar al realismo, tal cual lo consideramos con el modelo de Flaubert, tuvo que pasar por toda esa inmensa obra, en la que se nos revela un soñador incorregible..., etc." (1) He traído

(1) Juicio crítico sobre Gustavo Flaubert, publicado en "La Revista Nacional" del 18 de mayo de 1921.

a colación estas ideas mías, pues creo hallamos en ellas un punto de mira eficiente, para iniciar desde él, un somero análisis del realismo de Reyles, imitador de los tres grandes maestros franceses, atenuado discípulo de Zola. He dicho "atenuado discípulo de Zola". Carlos Reyles, quizás imbuído por las ideas preponderantes en la época en que escribió sus primeras obras, ha tenido temor de exponer con demasiada crudeza, las imágenes y emociones despertadas en su alma por el "alma" de las cosas. Debió desechar esas prevenciones, pues poco o nada deben preocuparnos las huecas frases de los no menos huecos retóricos, y biliosos aristarcos husmeadores de errores y gazapos gramaticales. ¡Qué importa que ahulle la jauría! Debería haber repetido con Hugo aquella frase que nos revela todo un carácter, y que dice: "Hay gentes que hacen la crítica del Himalaya piedra por piedra. El Etna alumbra y vomita, arrojando su luz, su lava y sus cenizas; y los críticos las cogen y las pesan adarme por adarme. Pero entretanto el genio continúa la erupción. Su sombra es el anverso de su luz. El humo proviene de su llama. Sus precipicios son condiciones de su altura." Zola, soportando los denuestos de Loti, Lemaître, Brunetière, y algunos otros escritores biliosos y anticuados que juzgaban la literatura moderna de acuerdo con el criterio de las tres unidades de Aristóteles, el "Arte Poética" de Boileau y las reglas de Horacio, expuestas en la "Epístola a los Pisones", demostró al mundo su inmensa fortaleza de ánimo, y un espíritu dotado de una invencible energía, sintetizado en aquella frase de eterna recordación...: "si algo valgo, es porque estoy solo". No pretendo con estas ligeras consideraciones que Carlos Reyles debiera haber encarnado una nueva edición de Emilio Zola; lejos de mi ánimo tal pensamiento. Lo que hallo criticable, es que Reyles, en su vacilación, nos haya dado una obra

calcada en los moldes de un naturalismo desteñido, que nos hace añorar la verdadera novela que hubiera producido, de haber dado libre curso a la legítima inclinación de su espíritu, tan amplio como multiforme. El autor de "El Terruño", al imitar a Zola, ha tenido un error fundamental. Ha confundido, como lo habían hecho antes doña Emilia Pardo Bazán y el exclusivista Brunetière, "determinismo" con "fatalismo", y podemos llegar a la conclusión de que los personajes de Zola son deterministas; los de Reyles, fatalistas. Cacio, Guzmán y Menchaca, obran movidos por una "voluntad suprema" que les ha señalado de antemano el camino a recorrer, y ese derrotero no puede ser variado por ningún influjo bienhechor. Son seres destinados a padecer las crueles vicisitudes de un destino adverso, creo haber dicho al comenzar este estudio, y aquí vuelvo a recordar mis palabras de entonces, como una síntesis de mi concepto sobre el fatalismo de esta novela de Reyles.

Si aceptáramos de plano las innumerables objeciones que se le han hecho al naturalismo en general, tendríamos que admitirlas, aunque en menor grado, en cuanto a las creaciones de Reyles, que como ya he dicho es un atenuado discípulo de Zola. Reyles, en "Beba" y en "El Terruño", y aún en "La Raza de Caín", trae cuadros de un verismo admirable, escenas tomadas al natural; pero lo que lo aleja un tanto del "modo" descriptivo del maestro, es que ha vertido en esos cuadros y escenas una gran dosis de entusiasmo, apartándose de la verdadera escuela naturalista, impasible y fría, que jamás se conmueve por nada, ni hostiliza nada, y ejecuta sus obras indiferentemente. Desterrado el yo, el arte naturalista es arte puro y escueto. Aún en los pasajes más "naturales" de las obras de Reyles, hallamos siempre belleza. Es que la belleza, ha dicho Pérez Petit, "como la poesía, no está reñida con el arte naturalista. Sí, puede hacerse poesía, pero no

la que brota únicamente de la armonía de los adjetivos, del alisamiento de los tropos y de la construcción de la frase; sino esa que surge del concepto y de la idea, como una emanación y como un hálito; poesía que no llegue a nuestro oído por el ritmo y la dulzura, sino que penetre más hondo, hasta la esencia del alma, para hablarle de sensaciones que son la vida y el amor; poesía que no asaetea la retina con flechas de oro, sino que se incrusta en el corazón como un dardo de diamante para hacerle sentir y para hacerle vibrar!" (1) Estos conceptos del inteligente crítico compatriota, expresan exactamente el sentir moderno en cuanto al "arte naturalista", cuyas creaciones han sido tan controvertidas en los últimos tiempos.

Reyles, con "La Raza de Caín", no sólo ha creado una obra realista, sino que ha hecho una novela psicológica de alto fuste, como ya he tenido oportunidad de demostrarlo. En este aspecto de la obra, es de anotarse la poderosa influencia de Sthendal. Sthendal, es el pseudónimo que oculta a Enrique Beyle, iniciador o precursor del género psicológico, que más tarde cultivarían con tanto éxito Bourget en la novela, y Taine en sus admirables estudios críticos. La brillante penetración en el análisis, que admira en Sthendal, y la exacta reproducción de la realidad, que prepararía el advenimiento de la escuela realista, también lo advertimos en "La Raza de Caín", obra que armoniza eficazmente al psicólogo y al novelador sereno e imparcial. Sthendal, creando la novela realista-psicológica, contribuyó poderosamente a la derrota del romanticismo, que ya se batía en retirada.

Reyles, en nuestro país, aseguró el triunfo del realismo, sobre el género romántico. "Fué en 1888, con el primer libro de Reyles, "De la Vida", cuando obtuvo

(1) "Zola", por Víctor Pérez Petit, pág. 30.

patente de corso el naturalismo de Zola en el Uruguay", (1) ha dicho Ventura García Calderón.

Como hemos podido apreciar a través de este somero análisis de "La Raza de Caín", son muchas las influencias extranjeras que han obrado sobre Reyles, al concebir esta novela. Pero no obstante, volveré a repetir lo dicho en párrafos anteriores, que los personajes, aunque calcados en moldes importados, toman carta de ciudadanía literaria, y se adaptan perfectamente a nuestro medio. Esta novela de Reyles, guarda una estrecha afinidad con aquellas de sus obras, que han bregado por la creación de una literatura netamente americanista, inspirada en las grandezas de la propia tierra, en sus glorias y tradiciones, tendiente a hacer "fuerte obra americana, clara, comprensible, educadora de la raza, y no enfermiza ni decadentemente exquisita". (2)

ALFREDO S. CLULOW.

---

(1) Ventura García Calderón. "Semblanzas de América", pág. 163.

(2) Esta frase del reputado escritor ecuatoriano Alejandro Andrade Coello, ha sido tomada de una carta al que esto escribe, que la reproduce, como homenaje al preclaro cultivalor de lo que llamó el maestro "americanismo literario".

HISPANO-AMERICA

ALARIDO

Quiero ser alarido en la sombra,
alarido cortante y rígido como cincel
sobre una estatua de Pavura,
o siquiera, ser el impulso
de fantástico tropel.

Y llevarte fuera del Cosmos,
entre los dientes, como lebrel
frenético y mágico
ladrón de un ramo de laurel!

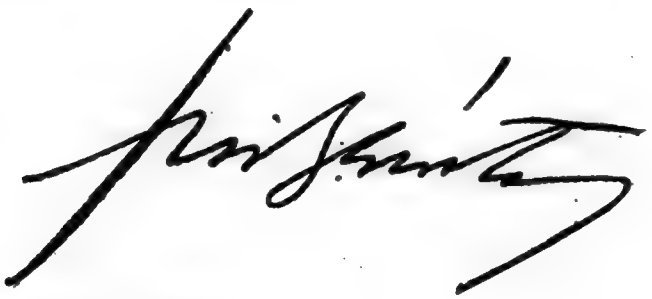
Y ofrecerte mi atavismo
de indio, pájaro y corcel!

SERENATA NOSTALGICA

Sueño que perdí
mi quetzal de batalla,
mi rodela de piel de bisonte,
mi honda embrujada,
mi collar de colmillos de oso
y mi hacha pulida y gallarda.

Y el tatuaje en mi pecho,
y en el rostro mis signos de grana,
y el vigor en mi torso desnudo
y la lumbre en mis ojos de águila.

Estoy solo, solo en esta noche profunda,
y mi espíritu se tiende a tu alma
como brazo de sombra
o metálico impulso de ala...



México, diciembre de 1922.

EDUCACIÓN

Sobre un libro de Luisa Luisi

Todo — en este libro — gira alrededor de esta idea madre: la importancia del factor educativo de la escuela para el progreso social y su descuido en la realidad de la enseñanza. "No nos importa saber, dice Luisa Luisi, que hay, hoy, mayor número de hombres y mujeres que saben escribir y leer que hace cincuenta años; de nada sirve la instrucción si no acompaña a un carácter íntegro y a una elevada concepción del deber. El mal será más grave, si a las ambiciones naturales se agrega un instrumento nuevo para satisfacerlas, y la instrucción es un instrumento que tanto puede colocarse al servicio de las causas justas como al servicio de los intereses personales". Y, en otra parte, al juzgar las consecuencias de la Reforma Vareliana, que si "la elevación del nivel intelectual es innegable, la educación moral del individuo no ha sufrido variación sensible".

Motivo de gran regocijo interior es, para mí, la constatación de este orden de ideas en miembro del magisterio nacional tan distinguido como la señorita Luisa Luisi. Hace ya años que, a propósito de trabajos de índole higiénica presentados a diversos congresos, vengo sosteniendo que el factor esencial para la difusión y preservación de la salud, está en la escuela y que nada puede la simple enseñanza de la higiene si

la escuela no realiza paralela y armónicamente la educación física y moral de sus alumnos.

Decía, efectivamente, en el primero de esos trabajos a que aludo: "La Escuela no debe *enseñar* sino *educar* y la educación, por orden de importancia, debe ser: 1.° física, 2.° moral, 3.° higiénica, 4.° de economía doméstica, 5.° manual, 6.° intelectual. Para responder a este concepto las escuelas futuras deberán ser tan diferentes de las actuales, tanto en la contextura de sus edificios como en la organización de sus planes y normas educativas. A las escuelas de hoy, anémicas de aire y luz, deberán agregarse plazas vecinales de juegos y deportes en todos los puntos de las ciudades y terrenos para cultivos en sus adyacencias. El horario escolar deberá repartirse de modo que la mayor parte del tiempo sea destinado a juegos y ejercicios físicos, trabajos manuales y educación moral, higiénica y de economía doméstica y la menor parte a educación intelectual. Paralelamente a los maestros de hoy, abrumados por el aprendizaje y la enseñanza de materias teóricas, deberán sustituirse los maestros de mañana, *educados para educar*, hombres sanos y de conciencia, con un gran amor por su apostolado, respetables y respetados — los mejores entre todos los componentes sociales — de criterio propio y de espíritu de iniciativa y educación propios, capaces de despertar en sus alumnos este mismo espíritu y aquellas realidades de conciencia, que son las únicas que hacen a los hombres respetados y respetables. El maestro, más que un instructor, más que un enseñante mecánico de materias teóricas, más que un dómine pedante, debe ser un educador, un iniciador bueno y amable en los secretos de la naturaleza y de la vida".

Y en otro trabajo, referente a la enseñanza antialcohólica por la escuela, volvía a sostener la casi inutilidad de esta enseñanza, si ella no va acompañada

por una educación correlativa, física y moral, ya que sólo el ejemplo y la puesta en práctica diaria, de las virtudes fundamentales por los hombres sanos y fuertes hacen realizar *de verdad* lo que se debe hacer.

En un tercer trabajo, finalmente, sobre Educación profiláctica de la Tuberculosis, digo textualmente: "La ignorancia, la educación y la mala fe de casi todos los hombres, se oponen a que se pueda luchar *con éxito* contra las múltiples ocasiones de contagio y las causas de debilitamiento de los organismos humanos. Para constatar estos factores lo mejor de todo es *educar*. La escuela ha descuidado, en casi todos los países, su rol educativo. La escuela — desde el Jardín de Infantes hasta la escuela primaria, secundaria y superior— debe dejar de ser un simple *enseñadero* para convertirse en *casa de educación para la vida*. La escuela debe tratar de servir los intereses superiores de la vida, perfeccionando a *todos* los hombres por igual, aunque diferentemente según las modalidades y tendencias de cada uno de ellos. Las escuelas actuales no sólo no hacen esto, sino que se limitan a enseñar de una manera uniforme *y sin eficiencia educativa*. Puede salirse de las escuelas actuales sabiendo lo que debe hacerse; pero sin que los que salen de ellas hagan en realidad lo que se debe".

Referíame — en todos estos casos — a la insuficiencia de una simple enseñanza higiénica, sea antialcohólica, sea de medios de preservación contra las enfermedades infecto-contagiosas, sea de medios higiénicos de vida, etc. Del propio modo, la instrucción cívica, pongo por caso, no basta para formar buenos ciudadanos. Es necesario — paralelamente — la inoculación por la escuela de la Moral Cívica, única manera de que los ciudadanos de mañana no sean, como los de hoy, instruídos pero arrivistas (inconvenientes del instrumento de la instrucción cuando se pone al servicio de inte-

reses personales, como lo dice muy bien la señorita Luisi). La mayoría de los males sociales deriva precisamente de la falta de envergadura moral de la sociedad y de sus componentes.

Si se la orientara en el sentido de una educación moral fisiológica, la escuela podría — a la vuelta de dos o tres generaciones — cambiar la faz de la humanidad. La organización social actual es el resultado de diferentes ensayos empíricos de la humanidad a través de su historia. Hemos llegado, sin embargo, a un punto en el que podemos precisar con rigor científico, cuáles son los factores biológicos que deben determinar la constitución de las agrupaciones humanas para que éstas rindan el máximo de efectos útiles con el mínimo de inconvenientes colectivos. La educación moral fisiológica sería la de la conducta que deberían seguir los componentes sociales dentro de una sociedad así concebida. No está ella reñida con los conceptos clásicos de deber, hombría de bien, justicia, solidaridad, etc. Pero estaría completada por normas de vida más equitativas y fisiológicas que las de la sociedad actual, y. por ende, más asequible, más fácil y más exigible sería el cumplimiento de aquella conducta fisiológica moral.

Eduquemos *a todos los hombres* dentro de estos conceptos básicos: necesidad igual para todos de alimentos sanos, en cantidades que estén de acuerdo con las necesidades fisiológicas de cada uno; de viviendas sanas y confortables; de aire y de luz; de ejercicios físicos; en la alegría del trabajo y en la del descanso que le sigue, pero no en los falsos goces del ocio o del descanso no ganado: en los placeres del arte para los momentos del descanso; en el afán de lo mejor para sí mismo y para todos y no para sí mismo, aún contra todos; en el espíritu de solidaridad así moral como económica, intelectual, etc., y no en el de la agresión y

competencia; en el amor a la patria propia, pero sin odios para las otras patrias; en el respeto y la tolerancia mutuas... y el día en que la escuela eduque así a todos nuestros hijos, la humanidad estará cerca de su redención definitiva.

La *mentalidad* nueva creada a nuestros hijos por esta educación facilitará una *modalidad* idéntica en los hijos de estos hijos, y he aquí como podrá hacerse una organización social mejor al cabo de dos o de tres generaciones a lo más.

El doctor Víctor Mercante, que prologa la obra de la señorita Luisi, piensa también como ella "que el problema de la educación en nuestro ambiente es moral, ligado íntimamente al carácter y a la cultura". "Impugna a la escuela su carácter nivelador y encarece lo imprescindible que es ofrecer al niño "oportunidades" a sus tendencias". Dentro de este concepto habrá que estudiar los "procedimientos" que contribuyan a reformar el sistema secular del "aula", en el que maestros y niños languidecen, como en una prisión arcaica, llenos de ansiedad y desasosiego, en la molesta situación del que resiste la vara niveladora de la disciplina, en un ambiente extraño a la naturaleza". "El carácter no puede acentuarse sin la libertad; una libertad de escuela abierta". "Una escuela inteligente, prestigiosa, autónoma, rueda principal del engranaje político del estado, puede formar los hábitos de una conducta sana".

La señorita Luisa Luisi estudia, en diferentes capítulos de su interesante libro, diferentes problemas prácticos, relacionados con estos conceptos físicos de la misión educadora de la escuela libre: por qué la escuela primaria no educa — imposibilidad de hacerlo porque, fuera de que no se la ha orientado en este sentido, las clases numerosas y la disciplina escolar se oponen al estudio de cada temperamento y de las múl-

tiples causas que van formando los caracteres en el combate de la vida. "Se separa violentamente, dice, de la vida de todos los días, la vida teórica que se enseña, y el niño, sincero, deja para la hora de la enseñanza teórica, las hermosas ideas y los sentimientos nobles". El viejo molde clásico del "aula" con su enseñanza uniforme y no la escuela libre para la educación para la vida.

"Los que son maestros, y maestros escrupulosos y conscientes, saben perfectamente que en donde hay una buena disciplina hay una gran inmoralidad, que es la injusticia", agrega lapidariamente. Aborda a continuación el problema de la edificación de los locales escolares, íntimamente relacionado con este tópico; insiste sobre las deficiencias — de todo punto de vista, de los actuales; pide locales "para *todas* las escuelas públicas del país" que reunan todas las condiciones así de orden higiénico como educativo, sanos al par que bellos, no lujosos, pero sí alegres y decorados con sencillez y buen gusto...

A propósito del "valor pedagógico de los desfiles y fiestas escolares" y del "Día del Arbol", hace un análisis sugestivo y muy bien hecho del módo como se practican aquellas fiestas y desfiles y cómo se trata de inculcar el amor por el árbol, demostrando — al par que lo bien intencionado de estas prácticas y de su aparente brillantez como espectáculo — lo irritante de las injusticias sociales que aquellas fiestas aparejan y la siembra educativa *desfavorable* que en realidad realizan, sin contar con que tampoco consiguen despertar el amor por el árbol, ceremonias de las que se recuerda mañana solamente el día luminoso o gris, la caminata larga, la repartición de bombones o juguetes, los pequeños agravios entre compañeros; pero no el árbol que se plantó, ni el sitio en el que fué plantado y al que no se volvió a ver más nunca...

Preconiza en cambio "los paseos al aire libre en la plena expansión de la naturaleza, a que los niños deberán concurrir libremente con sus trajes de diario, bajo la mirada amiga del maestro; en que no haya desfile, ni disciplina, ni público que observe, ni carácter de fiesta; realizados en primavera y en otoño y en diversos lugares del país. Estos paseos organizados abren horizontes inmensos en el alma de los niños". Así lo creo yo también. Dice luego como podrían darse prácticamente. La solución no es difícil. Basta que las autoridades escolares quieran realizarlos así.

Del propio modo, para desarrollar el amor por el árbol no es necesario una fiesta única en el año, llena de hermosos discursos y de ceremonias brillantes que después se olvidan. Es menester el terreno en las adyacencias de toda escuela pública y el plantío del árbol y el cuidado del árbol plantado, cotidianamente, por la misma mano. La educación individual, la acción educativa por el ejemplo siempre.

Y así es todo este libro, del que puedo decir finalmente, con toda sinceridad, como el mejor elogio, que hubiera adivinado en su autor, como lo supuse ya, un alma de poeta, porque todas sus páginas, si impregnadas están de dotes de observación finas y sagaces, más lo están aún de cariño por los hombres, el bien y una humanidad mejor y armoniosa...

ALBERTO BRIGNOLE.

BIBLIOGRAFICAS

El vértigo y otros cuentos.—Arturo S. Mom (ilustraciones de Miguel Petrone).—Buenos Aires.—1922.

Cuando se vuelve la última página de este libro no queda el asombro de un descubrimiento; queda, sí, la evidencia de algo no común.

Y ya no hubiera menester más requilorios el elogio, pues cuando alguien descuella en época de literatura próvida, como la que pasamos, ese autor ya tiene mucho para su crédito.

Sin embargo, nos deslizamos a poner aclaraciones: gústanos elogiar separadamente la técnica del autor, su procedimiento amplio unas veces, de técnica minuciosa otras, mas siempre eficaz en el aderezo de cuanto la sensibilidad del autor gusta proyectar en la del público. Y ya al citar esta sensibilidad gústanos igualmente referirnos a su amplitud, agudeza y lozanía, que de todo ello da sobrada muestra en los cuentos.

El primer advenedizo puede garabatear páginas con temas superiores o folletinescos, condimentarlas a uso lírico o simplemente periodístico. Mas cualquiera no saca de su péñola tan viva sustancia como para retener, en total fervor y avidez, el volandero espíritu del lector.

El libro luce decoración oportuna, que nos parece razonable no dejar sin encomio; decoraciones de lápiz sobrio y experto.—**E. S.**

"Brasil en su primer Centenario".—Río de Janeiro.—1922.—323 páginas.

El señor Miguel Cruchaga Tocornal, Embajador de Chile en el Brasil, es el autor de este libro editado en la Tipografía do "Jornal do Commercio", comprendiendo un resumen de los informes pasados por dicho diplomático a su Gobierno.

En realidad esta obra es una especie de guía del Brasil contemporáneo. Sus páginas están cubiertas por nutridas y sintéticas informaciones que ilustran sobre su historia, gobierno, división administrativa y política, población, emigración, agricultura, ganadería, industrias, enseñanza, minería, etc., constituyendo en conjunto un manual bastante completo, de útil compulsa para todos aquellos que se interesen por alcanzar, sin gran esfuerzo y en breve tiempo, una idea general de lo que es el Brasil de nuestros días.

Obras de divulgación como ésta deben ser siempre recibidas en América con aplauso, desde que contribuyen en forma eficaz al conocimiento de pueblos hermanos, consolidando de esta suerte los vínculos indestructibles que los unen.—**H. A.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 ½ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, redituan un interés mayor de 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de fincas inmuebles, urbanas y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

BIBLIOGRAFICAS

El vértigo y otros cuentos.—Arturo S. Mom (ilustraciones de Miguel Petrone).—Buenos Aires.—1922.

Cuando se vuelve la última página de este libro no queda el asombro de un descubrimiento; queda, sí, la evidencia de algo no común.

Y ya no hubiera menester más requilorios el elogio, pues cuando alguien descuella en época de literatura próvida, como la que pasamos, ese autor ya tiene mucho para su crédito.

Sin embargo, nos deslizamos a poner aclaraciones: gústanos elogiar separadamente la técnica del autor, su procedimiento amplio unas veces, de técnica minuciosa otras, mas siempre eficaz en el aderezo de cuanto la sensibilidad del autor gusta proyectar en la del público. Y ya al citar esta sensibilidad gústanos igualmente referirnos a su amplitud, agudeza y lozanía, que de todo ello da sobrada muestra en los cuentos.

El primer advenedizo puede garabatear páginas con temas superiores o folletinescos, condimentarlas a uso lírico o simplemente periodístico. Mas cualquiera no saca de su péñola tan viva sustancia como para retener, en total fervor y avidez, el volandero espíritu del lector.

El libro luce decoración oportuna, que nos parece razonable no dejar sin encomio; decoraciones de lápiz sobrio y experto.—**E. S.**

"Brasil en su primer Centenario".—Río de Janeiro.—1922.—323 páginas.

El señor Miguel Cruchaga Tocornal, Embajador de Chile en el Brasil, es el autor de este libro editado en la Tipografía do "Jornal do Commercio", comprendiendo un resumen de los informes pasados por dicho diplomático a su Gobierno.

En realidad esta obra es una especie de guía del Brasil contemporáneo. Sus páginas están cubiertas por nutridas y sintéticas informaciones que ilustran sobre su historia, gobierno, división administrativa y política, población, emigración, agricultura, ganadería, industrias, enseñanza, minería, etc., constituyendo en conjunto un manual bastante completo, de útil compulsa para todos aquellos que se interesen por alcanzar, sin gran esfuerzo y en breve tiempo, una idea general de lo que es el Brasil de nuestros días.

Obras de divulgación como ésta deben ser siempre recibidas en América con aplauso, desde que contribuyen en forma eficaz al conocimiento de pueblos hermanos, consolidando de esta suerte los vínculos indestructibles que los unen.—**H. A.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Elición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Coillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Migueleto 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José P., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Elición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Coillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
RODOLFO MEZZERA—PABLO DE GRECIA—JOSÉ MARÍA DELGADO

ENERO DE 1922

SUMARIO:

Cuba	por Pablo de Grecia
Un regreso	por Enrique M. Amorín
Noctivagancia	por Juan Carlos Bernárdez
«Los Poemas del Hombre»	por Luisa Luisi
El Arbol	por Víctor Pérez Petit
La Loma Azul (fragmento)	por Carlos Pírez Aréchaga
Sinfonía de color	por Pedro Zorrilla de San Martín
Poemitas sencillos	por Nicolás Sansone
Educación - Introducción a un estudio	por Antonio M. Grompone
Hispano - América (Fragmentos de una carta)	por Eduardo Barrios

Glosas del mes - Bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.° 55

086.1
PEG
v.5

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Horacio Arredondo (hijo).—Alberto **Brignole**.—José P. **Bellán**. — Manuel **Benavente**. — Enriqueta **Compte y Riqué**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). —Julio J. **Casal**. — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**.—Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste**.— María **Espínola y Espínola**. — José M. **Fernández Saldaña**.—Emilio **Frugoni**. — Antonio **M. Grompone**.—Blas **S. Genovese**.—César G. **Gutiérrez**.—Carlos A. **Herrera Mac Lean**. — Luis A. **de Herrera**.—Juana **de Ibarbourou**. —Julio **Lerena Joanicó**.—Luisa **Luisi**.— Alberto **Lasplaces**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. —Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**.—Casiano **Monegal**.—Alberto **Nin Frías**.—Emilio **Oribe**.— José **Pereira Rodríguez**.— Víctor **Pérez Petit**.—Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Fi**.—Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Fernán **Silva Valdez**.—José A. **Trelles**.—Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50**. Avisos: convencional

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ °/o anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

056.1
P
Vol. 5

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Horacio **Arredondo** (hijo).—Alberto **Brignole**.—José P. **Bellán**. — Manuel **Benavente**. — Enriqueta **Compte y Riqué**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo).—Julio J. **Casal**. — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**.—Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste**.— María **Espínola y Espínola**. — José M. **Fernández Saldaña**.—Emilio **Frugoni**. — Antonio **M. Grompone**.—Blas **S. Genovese**.—César G. **Gutiérrez**.—Carlos A. **Herrera Mac Lean**. — Luis A. **de Herrera**.—Juana **de Ibarbourou**. —Julio **Lerena Joanicó**.—Luisa **Luisi**. — Alberto **Lasplaces**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. —Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**.—Casiano **Monegal**.—Alberto **Nin Frías**.—Emilio **Oribe**.— José **Pereira Rodríguez**. — Víctor **Pérez Petit**.—Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Fi**.—Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Fernán **Silva Valdez**.—José A. **Trelles**.—Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: **$ 0.50**. Avisos: convencional

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Enero de 1923. — N.º 55 — Año VII.

CUBA

Isla maravillosa,
Isla fastuosa,
Isla de las horas felices,
Isla del Paraíso con manzanas
Unicas... Isla bella, que dices
Una emoción cordial de horas lejanas...
Isla para príncipes y para
Almas sin otra pena que la pena
Serena
De un amor. Isla clara
De cielo azul y de mar cristalino;
Gota de miel para el peregrino;
Golfo azul para el marino;
Agua fresca bajo la inmensa hoguera zodiacal.
Tierra de palmas, donde devana
Copo rosa la vida. Isla serrana
Y plana;
Hermana
Tierra de la gran epopeya oriental...

Yo te admiro morena
De fertilidades plena,
Que tienes la grandeza sencilla
De la semilla
En el surco, siendo así mismo
Semilla que germina

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Elición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Caillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — Jose Maria Delgado

Enero de 1923. N.º 55 — Año VII.

CUBA

Isla maravillosa,
Isla fastuosa.
Isla de las horas felices,
Isla del Paraíso con manzanas
Unicas... Isla bella, que dices
Una emoción cordial de horas lejanas...
Isla para príncipes y para
Almas sin otra pena que la pena
Serena
De un amor. Isla clara
De cielo azul y de mar cristalino;
Gota de miel para el peregrino:
Golfo azul para el marino;
Agua fresca bajo la inmensa hoguera zodiacal.
Tierra de palmas, donde decana
Copo rosa la vida. Isla serrana
Y plana;
Hermana
Tierra de la gran epopeya oriental...

Yo te admiro morena
De fertilidades plena,
Que tienes la grandeza sencilla
De la semilla
En el surco, siendo así mismo
Semilla que germina

Y guarismo
En la ecuación del porvenir cercano
Que se adivina,
Victorioso y humano,
En tu noble soñar americano.
Yo admiro tu geórgica de oro;
La vega en luces de aguamarina;
Tu boscaje sonoro;
La ondulante riqueza de tus cañaverales;
La palma que culmina
En apoteosis de épocas triunfales...

En ti revive el mito: Pan y Ceres,
Pomona y Flora...
Aquí Sirina llora...
Aquí pasan las ninfas: tus mujeres...
Aquí el fauno avizora
Desde el laurel nativo que decora
El paisaje de luz. Dafne se entrega,
Abierta el alma al ritmo de tus liras,
Y su armonía griega
Se hace carne de amor en tus guajiras...

En tu manigua la Epopeya alienta,
Aún tinta en sangre de martirio y gloria,
Y frente al escuadrón de la tormenta,
Se destaca tu estrella de victoria.
Isla maravillosa, hospitalaria
Tierra de amor donde la vida canta;
Por ti hasta el salmo lírico es plegaria
Y la voz es sollozo en la garganta.

PABLO DE GRECIA.

Habana, Agosto de 1918.

UN REGRESO

Regreso a casa con los pies hinchados. Anochece. Hoy he trabajado mucho y estoy rendido. Los ojos, me pesan dentro de las órbitas. La ropa, sobre los hombros, carga su mano invisible, y, agobiado, trato en vano de enderezarme... Pienso en muchas cosas sin sentido, pero una idea fija, domina el reducido campo de mi cansada imaginación. He andado más de cincuenta cuadras. He tratado de ver a alguien y he hecho lo posible para que me viesen. Creo no haber pasado desapercibido... ¿Y si esto fuese vanidad mía? ¿si nadie me hubiese visto? Sí, posiblemente, nadie me ha observado, nadie se ha importado de mí. Yo los he visto a todos, los he observado. Amigos, enemigos, conocidos, paseantes indiferentes, mujeres hermosas... A la mujer que buscaba, no la he hallado, porque de ser así, yo a estas horas no regresaba a casa, andaría con ella por la calle. Esta "ella", es otra, es una de ellas, la que más me entusiasma por ser la menos mía...

Regreso a casa con los pies hinchados. Anochece. Soy uno de los tantos vagos del crepúsculo. Nadie me mira. Esto me da mucha rabia. Nadie se percata que paso yo... Pero, ¿quién soy para que se interesen por mí? No quiero responderme, pero estoy firmemente convencido que soy algo en esta vida. Así como yo he visto a Graxes, a Somba y a Zamoray, ellos deben haberme visto... Esto me tranquiliza y pienso: ¡Ah, si en casa hallase una carta importante! Estoy seguro,

pienso de repente, en casa hay una carta para mí, con una noticia, con una gran sorpresa, con mucho dinero dentro, con la felicidad entera! Sigo soñando, aunque me duelen los pies y la ropa me pesa y me fatigo y no sé dónde meter las manos, que me estorban mucho... Sigo soñando o pensando a pesar de todo, o quién sabe, por ese mismo pesar que me acompaña sueño y fantaseo. En casa encontraré una carta de importancia. Rasgaré el sobre y me verán sorprendido... Sí, eso mismo, será una sorpresa, una enorme sorpresa... ¡Ah! puede estar en casa, esperándome, Yorita! ¿Pero es posible esto, que una mujer de su condición me esté esperando en casa? Yo me contesto: Sí, es posible. Pueden haberla echado de su casa..., y ¿por qué — vamos a ver, — por qué la van a echar de su casa? No, mejor es pensar que Yorita se ha escapado de la casa de sus padres, que huye y me pide refugio, asilo, protección... ¿Pero si ella tiene novio, iría en este supuesto caso, a casa de su novio? ¡Ah! pero debo pensar que Forita, está enamorada de mí... Si, eso es, me espera en mi habitación, (me gusta pensar así) me espera, con el tapado puesto, impaciente, con el sombrero en la mano.

Mis amigos le habían dicho a Yorita: Aguarde usted, dentro de una media hora larga, él estará aquí. Suele llegar a las 20, a más tardar... Y, Yorita me espera, sentada ahora al borde de mi cama, como al borde de un precipicio... Mi cama tiene un pozo en el medio, donde mi sueño forma un charco o un lago, según mi dormir... Pienso que Yorita viene a quedarse conmigo, viene a vivir conmigo... Me servirán la comida en la pieza, reiremos, después de llorar; soñaremos, después de reir. Y, luego, será mía, será mía... Gozo abandonándome a la garra de una idea...

Sigo andando, andando sin parar. He caminado una hora sin parar. No sé cuantas cuadras de peregrinaje. Me faltan, para llegar a casa, doce cuadras. La calle es

oscura y repecho con fatiga. Me arden los pies; el sombrero me pesa, y no sé dónde colocar las manos, pues si las guardo en los bolsillos del sobretodo, me pesan las ropas sobre los hombros, y si las llevo fuera, me maltrato la carne de los dedos, con el borde de los anillos.

Vuelvo a pensar... Y, ¡cómo me gusta seguir así! Yorita está en casa. Me espera y será mía. Es extraordinario esto! Me llegaré a ella y la besaré. Sí, en casa está Yorita... ¿Por qué no puede ser que esté Yorita en casa? Ella me dijo que el día menos pensado, huía de su casa. Y, aunque esto lo dicen todas las mujeres a quienes se les contraría algo, yo estoy seguro que Yorita, no es como las demás. Yorita, está en casa, esperándome. Estoy seguro, segurísimo. La veo en casa, en mi cuarto, examinando mis estampas, revolviendo mis papeles, hurgándolo todo. Se quedará a vivir conmigo...; ¿cuánto tiempo? No, es mejor que deje el futuro a un lado, nada más zonzo que malograr una hora, por el futuro... Yorita me verá llegar y se pondrá roja, llorará... Mientras tanto, daré yo las órdenes pertinentes, de cerrar la puerta de calle y no abrir sin antes preguntar quién va... Yorita trae poca ropa, casi nada más que lo puesto, pero trae algunos pesos. Con ellos se comprará ropa, o nos iremos a un hotel... Debe de ser hermoso vivir en un hotel con una mujer como Yorita... y aunque no sea con Yorita, con cualquiera, debe de ser bonito vivir en un hotel... Nunca he podido hacerlo. Pasaremos unos días en casa y luego al hotel. Yorita, se sentirá señora... ¿Que la perseguirán? No, es mayor de edad. Todo resulta a pedir de boca, me siento muy feliz, pero muy feliz...

Sigo andando. Aún me faltan 8 cuadras... Sigamos pensando... Me duelen los pies y las piernas. Me pesa el sombrero... No importa. Sigo pensando... Entraré en casa, como si nada supiese, con cara de igno-

rantón, aunque sé firmemente que está Yorita y hay una carta abultada para mí. Para no quedar en ridículo y para evitar que mis amigos conozcan lo sobrenatural de mi imaginación, yo haré de modo que ellos no se enteren de que yo ya lo sabía... Yorita me espera, hojeando un libro, curioseando en mis cajones... No, no se atreverá a tanto. Debe estar muy cohibida la pobre Yorita...

Ando despacio ahora. Estoy muy cansado. Me pesan los ojos en las órbitas. Llevo los pies hinchados y me duelen las espaldas. Pero gozo pensando que en casa está Yorita, y la veo, de cuerpo entero, y veo mi

Bueno, me digo es conveniente ocultar estas ideas, de la cabeza... Por algo se me ha ocurrido pensar así.

Bueno, me dijo, es conveniente ocultar estas ideas, no decirlas. Si una fuerza extraña y desconocida háceme pensar así, honrado es evitar que la descubran, pues si esto sucede, todos querrán poseer esa fuerza, o ser poseídos por esa fuerza oculta que protege, guía y glorifica mis pasos. Sí. Trataré de hacerme el sorprendido y por toda la vida, ocultaré estas horas de imaginación, sin decir a nadie, mi momento maravilloso de inspiración y presentimiento.

Yorita está en casa y me espera desde hace una hora. Yo tendré que engañarla, decirla cuatro tonterías. Verbigracia: Salí a comprar un libro y no pude hallarlo. Mañana saldré por él. Hoy abandoné el trabajo a las 17 y desde esa hora, ando atrás del libro.

Ella me creerá, porque es muy buena y porque yo sé mentirle. También creerá porque le daré un beso. A Yorita la sé positivamente enamorada de mí.

Estoy a cuadra y media de mi casa. Sigo fantaseando... Yorita en casa... Una carta, con una gran noticia... Los amigos me saludan al verme afortunado... Yorita queda a vivir en casa... Nadie nos incomoda... Nadie nos molesta... Yo soy muy feliz con

Yorita... ¡Ya suponía yo que se escaparía de su casa!... Yorita es muy extraña... Se parece a Edda Gabler! Es capaz de todo!... Está al borde de mi cama, como al borde de un abismo... Estoy cansado, rendido, muerto de cansancio... La cabeza me baila... Los pies inflamados... Los ojos me pesan... Apreto el paso... Deliro por llegar. Media cuadra... De noche cerrada... Mi cuarto, estará tibio, con Yorita de huésped. La casa, habrá cambiado; mis amigos hablarán en voz baja, harán comentarios halagadores, se sentirá la presencia de una mujer extraña.

Yorita está en mi cuarto, me espera. ¿Por qué no va a estar Yorita? Claro que está, lo afirmo. ¿Por qué yo pienso que está Yorita? ¿Qué fuerza oculta me ha hecho pensar todo esto? ¡Por algo lo he pensado! Esto, no puede ser porque sí, debe tener su razón de ser. Hay alguna fuerza oculta que mueve mis pasos, que dispone mis ideas, que se adueña de mi cerebro. Siendo tan fácil su venida... ¿Por qué, vamos a ver, por qué Yorita no va a estar en mi cuarto? No hay una razón de peso para que me demuestre lo contrario, que me asegure que no es así.

Si yo lo pienso, por algo ha de ser. Pero debo ocultar mi pensamiento, no debo decirlo a nadie. Juro que nadie sabrá nada.

No descubriré la oculta fuerza que dispone mis ideas...

Sigo andando. Estoy muy rendido ahora. Derrotado.

Yorita, me espera en casa. Hay también una carta para mí. Estoy sofocado... Llego al zaguán de mi casa. Me detengo, para escuchar algo que adelante mi impresión... Por supuesto, está la casa en silencio... Le hacen silencio a Yorita, pienso. Entro... No hallo a nadie... Me duele la cabeza... Sigo hasta mi cuarto... Enciendo la luz... Nadie, ni cartas, ni diarios,

ni Yorita... nada, absolutamente nada. La casa está sola, silenciosa, como un sepulcro. Repito: Absolutamente nada!...

¡Yo soy un desgraciado, me digo, un miserable! Y me largo en el lecho, como un fardo, y me pierdo, solo, mortalmente solo, estúpidamente solo, al precipicio, al abismo de mis suposiciones.

El reloj, con su tic-tac implacable, no sé si hilvana mis suejos o roba solapadamente mis fuerzas... El tiempo pasa. Cierro los ojos. Mañana hay que volver al trabajo!

ENRIQUE M. AMORÍN.

NOCTIVAGANCIA

Puck: «Hola, Espíritu errante, ¿á dónde vas?»

SHAKESPEARE: «Sueño de una noche de Verano.»

Sobre la Noche cálida mi Insomnio aburrido reclino:
sueñan con el Rocío las Plantas del Jardín,
y más allá del Bosque, donde manotea el Molino,
tiende el Camino cansado su pálida cinta sin fin.

La aguda Media Luna y Venus, el dulce planeta,
en el medio del cielo en conjunción están,
llamando, sitibundo estandarte azul del Profeta,
para una razzia monstruosa a algún monstruoso Os-
|mán.

Con un dedo en los labios se oculta Titania, sonriente...
Pasa un gnomo, jinete en brioso Caracol,
y entre sus manos trémulas encierra la Vieja creyente
para el Nietito enfermo un tibio Rayo de Sol.

Tañe el Flautista Mágico su flauta hacia la Mar lejana;
como negra marea van las Ratas detrás...
Y los Zapatos Rojos de la pálida Niña germana
danzan sobre los campos, sin poder detenerse jamás

La hermosa Vampiresa apresura su paso menudo,
prontas las uñas de ágata para el Festín atroz
(el Príncipe su Esposo, que empuña un alfanje desnu-
|do,
la sigue paso a paso, envuelto en su blanco albornoz).

En torno de la llama de la Vela que oscila, una
nube de insectos traza ronca curva febril,
(como rondan los Elfos, bajo la indiferente Luna,
en las Leyendas del Norte, con sus élitros de alguacil).

La Aurora sonrojada despereza sus brazos tersos.
Sueña un gallo sonámbulo su fanfarria triunfal.
Y en la vaga penumbra en que escribo estos plácidos
versos,
raya un Grillo monótono el dulce ambiente de cristal.

JUAN CARLOS BERNÁRDEZ.

Roma, 1922.

"LOS POEMAS DEL HOMBRE"

Por Carlos Sábat Ercasty

He aquí el libro de un grande, de un verdadero poeta. Los Poemas del Hombre son la epopeya grandiosa del dolor humano; de un dolor que no nace del choque con la realidad; de un dolor tan profundo, tan enorme, que aquel que una vez lo ha sentido, no puede ya volver a ser como era antes...

La vida sólo es posible mientras el abismo sobre el cual danza la humanidad, está cubierto de falaces y efímeras flores. ¡Ay de aquel que contempló una vez la boca desnuda del abismo! ¡Ay de aquel que levantó la venda sonrosada de las ilusiones!...

Sábat Ercasty se enfrentó al Misterio terrible, y nos trae de su viaje al más allá, estos cantos sangrientos, estas músicas en donde grita su dolor la inteligencia humana.

Hay una sensibilidad más honda y más elevada que aquella que nace de una fácil e ingenua piedad, y es la que nace de una profunda inteligencia de las cosas.

El talento es don de amargura: quien más piensa es quien más sufre, y "añadir ciencia es añadir dolor". Dolor de inteligencia, cuyas raíces son las mismas raíces del ser. El dolor que nace de un acontecimiento adverso, el tiempo lo mitiga; pero el dolor del pensamiento tanto más hondo es cuanto más se piensa.

No he leído nunca, si no es en el Eclesiastés, o en el Libro de Job, una poesía tan dolorosa, y que me haya sacudido el espíritu tan profundamente como estos "Poemas del Hombre" de Sábat Ercasty. Tal vez porque una íntima analogía de motivos líricos me haga encontrar en ellos el eco de los mismos dolores...

Todo el "Libro de la Voluntad", el mejor de la obra, a mi modo de ver, es un continuo sacudimiento del espíritu, un ansia dolorosa de saber, un grito del alma prisionera, una rebeldía magnífica del pensamiento:

"¿De qué raíz terrestre me he desprendido, dime? — ¿De qué fuerzas enceguecedoras del espíritu — Rasgo las vendas últimas? — ... — Haberse hundido en lo insondable y vago — donde las manos no aprisionan nada... — ... — Perder pie en el Misterio, — resbalar entre sombras repetidas — hasta no saber nada... — ...y trasponer los muros espesos de ser hombre... — ¡Ah, soledad, — horrible soledad de comprendernos!..."

Sólo el que haya pasado por estos momentos de angustiosa tortura será capaz de comprender toda la belleza y toda la profundidad de esta poesía, que no será jamás poesía para el vulgo, ni para aquellos que, incapaces de comprenderla, pretenden que la poesía debe confeccionarse según modelos de extensión determinada y sobre motivos únicos.

Se necesita haber bajado hasta los hondos abismos de la propia conciencia, haberse perdido en el dédalo inextricable del *yo*; se necesita haberse retorcido en los límites estrechos de la humana Razón y haber vuelto del angustioso viaje con los ojos deslumbrados y sorprendidos por una luz que se ha entrevisto, que se ha creído poseer; una luz que ha iluminado, con su resplandor astral, las cosas y los seres con la fugacidad del relámpago y nos ha dejado

otra vez en las tinieblas de la diaria ilusión, para comprender la sublimidad y el horror, la profunda sinceridad del dolor de la inteligencia sumida otra vez "en los muros espesos de ser hombre"...

"Hay momentos... — en que un último impulso vencería a la esfinge... — Momentos en que espero el golpe inmenso — con que me llenará la luz divina... — Momentos en que las manos ambiciosas — ya van a entrar al resplandor supremo..."

Son precisamente, únicamente, estos momentos los que nos acercan, siquiera en algo, a la majestad de Dios... El dolor y la angustia son tan hondos, que se quisiera cegar para siempre. Y entonces se desea:

"Sentir esta vida desesperada y ebria — como los otros seres que van ciegos y firmes... — ... — Mejor no saber nada, — no haber nacido nunca a la altura y la sed, — estar pegado al lodo más ciego de la Tierra — para no perder el canto alegre, — ser igual a los niños, ser igual a las aguas..."

Y el poeta, sintiendo entonces el ala roja de la locura rozarle la sien — que no se eleva uno tan alto impunemente — clama a la compañera en un grito desesperado:

"Dame a beber la copa de los dulces olvidos. — Sálvame de mi sed y de mi orgullo — antes de que mi frente quede loca. — Devuélveme todas las mentiras — y bésame estos labios angustiosos — hasta que ya no griten frente al misterio mudo...".

Pero ya es tarde; cuando se vuelve de los países del *más allá* sin haber dejado en ellos, como un gaje precioso, la razón, se trae sobre la frente un signo inconfundible. Aún se podrá reir todavía alguna vez, y se llenará aún concienzudamente los triviales menesteres de la vida; pero el alma no se libertará ya de su terrible destino. El poeta lo sabe y exclama desesperadamente:

"¡Pero ya no es posible!... ¡No es posible!..."

II

Este libro, mejor tal vez que ningún otro, revela el drama terrible del siglo veinte.

Después que el positivismo, triunfante en el siglo pasado, nos demostró acabadamente su incapacidad para dar a la vida un sentido último y definitivo, el espíritu humano, brutalmente sacudido hasta en sus últimas fibras por la Gran Tragedia, entrevió el vacío angustioso que no es capaz de llenar ya la consoladora ficción religiosa. De ahí ese movimiento universal de las generaciones de *post-guerra* hacia un espiritualismo que concilie las exigencias de la razón y las ansias del espíritu.

Y en esta oscilación constante del alma que ansía creer en una vida futura y la inteligencia que le niega la posibilidad de creer — dilema que ya Unamuno analizó magistralmente en "El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos" — muchos espíritus nobles y esclarecidos volvieron los ojos hacia una nueva filosofía y una nueva religión, que si no es admitida por la ciencia, no es, sin embargo, más absurda que cualquiera otra religión, tan inaceptable como ella para el positivismo científico. Me refiero a la Teosofía, que, como religión pura, es para el alma más consoladora que la doctrina cerrada de la Gracia, y satisface al mismo tiempo las exigencias de la Razón, aún cuando su verdad, como todas las verdades religiosas, es científicamente indemostrable. Pero ningún postulado se opone, sin embargo, a la teoría de la reencarnación y de las existencias sucesivas, de acuerdo, en cambio, con la teoría de la evolución, escollo temible para las otras religiones.

Pero entiéndase bien: a la Teosofía-Religión, es decir, sin pretensión alguna de verdad demostrada ni aún todavía demostrable: a la Teosofía y no al Es-

piritismo, con que suele confundírsela muchas veces.

Los fenómenos del espiritismo, en efecto, inexplicables generalmente por las leyes conocidas, físicas y fisiológicas, adquieren por la nueva interpretación de la parapsicología o metapsíquica de Richet, un valor muy secundario y aún completamente nulo, como prueba de la supervivencia; pero iluminan con luz preciosa los abismos inexplorados de la subconciencia, del yo subliminal.

Me parece encontrar en la obra de Sábat Ercasty, que comento, una marcada tendencia teosófica, en su sentido puramente religioso, y alusiones frecuentes a la doctrina de la reencarnación en versos profundos como los siguientes:

"¡Ya eres una vez más, carne mía! — ¡Te levantaste ahora más alta y más gloriosa! — ¿Qué hubo de mí mismo antes de esas horas? — ¿Cómo es que fué posible? — ¿Sobre qué ágil nave llegué con mi destino — hasta las fatigadas orillas de la Tierra? ... — ... — Estaban en el pensamiento inmóvil — todos los destinos juntos. — La idea era tan fuerte que se hicieron las cosas. — YO ME VOY REGRESANDO POR MI VIDA *— hasta la chispa ansiosa y la llama invisible — en que me alzó el espíritu la mañana de Dios, — antes aún de los astros y las nébulas... — ... — ¡Qué silencios hemos cruzado, hermano! — ¡Qué caminos de eternidad y fuerza! — ¡qué zonas inescrutables de Dios mismo! — ¡qué sorda densidad del Universo — fuimos trepando hasta alcanzar la vida! — ... — ¡Eramos nervios tensos en el espacio fino — cuando empezó la música sensible de los astros! — ... — Estuvimos ocultos en todos los tiempos, — aguardando el instante audaz de desatarnos — y sacar de los gérmenes, afuera de la sombra, — libres los brazos, — y radiantes las frentes."*

Todo el canto cuarto del Libro de la Voluntad, es, a nuestro modo de ver, un verdadero poema teosófi-

co. ¿Encontró Sábat Ercasty en esta doctrina el consuelo ansiado para su espíritu?

No lo creo, pues el neófito está lleno de entusiasmo y de fe por la religión que abraza, y el libro de Sábat no es más que un grito de dolor y de ansia; no un libro de fe y de consuelo:

"Yo no afirmo ni niego, — ¡soy nada más que una gran sed! — ¡Toda la sed del mundo y de los mundos — sobre los labios del corazón!..."

Sed no aplacada; sed que lo tortura y que seguirá torturándolo, porque no existe fuente consoladora para esta fiebre honda de *más allá*. El lo sabe, y su duda dolorosa exclama desesperadamente:

"¿Es que ningún extremo robaremos la antorcha? —¿Es que toda batalla terminará en batalla? — ¿Es que la sed más alta sube otra sed más alta? — ¡Ay!, — acaso no haya una verdad en nada, — ni para nosotros ni para Dios. — Acaso lo que anhela toda mi sed no existe. — ... — Acaso las palabras de los hombres — ni aún el sentido de sus errores tengan. — Ni la verdad arriba — y ni la esfinge abajo. — Algo más espantoso que no saber, sería — esta impotencia humana para ver el abismo. — ... — ¿Somos el espectáculo de un más allá que ríe, — o somos la esperanza de un más allá que sufre?"

He encontrado muy pocas veces, en algunos versos de Alfredo de Vigny o de Giacomo Leopardi, pensamientos tan hondos en formas tan armoniosas y tan graves. Estos dos últimos versos, son especialmente magistrales.

No creo que nadie, entre nosotros, se haya elevado tan alto; por eso, sin duda, algunos críticos de profesión no han podido seguirlo.

Leyendo los versos de Sábat Ercasty, he reconocido la honda fraternidad de su poesía y el alcance muy humano de sus sentimientos, que, personales y originalísimos, tienen, sin embargo, un alcance uni-

versal, ya que traducen aspiraciones y dolores de toda conciencia un poco profunda.

En cuanto a la forma, muy moderna, de estos poemas que por su índole no caben en los estrechos moldes de una retórica antigua, Sábat Ercasty ha alcanzado una armonía musical que no poseía aún en "Pantheos", a pesar de sus grandes e indiscutibles méritos; armonía nacida, no solamente de la concertada disposición de los vocablos, sino de una honda compenetración de la idea con la forma, una armonía mucho más difícil de alcanzar que la fácil música de la métrica, porque está, como las sinfonías de Beethoven, toda hecha de profunda emoción y de interiores acordes; música grave y majestuosa que necesita, para ser apreciada, una previa educación del gusto.

El verso libre alcanza en "Los Poemas del Hombre" una armonía noble a la manera de un órgano, cuyos sonidos se hallan reforzados y sostenidos por numerosas armónicas, que le vienen tanto de las resonancias profundas del pensamiento como de las vibraciones concordantes de las audaces y bellísimas imágenes.

En el caso de las escuelas literarias modernas, en las que nadie sabe lo que busca y lo que quiere, el poeta de "Pantheos", alejado de las frívolas camarillas, prosigue solo y aislado la búsqueda de su camino, que se desenvuelve ancho y armonioso frente a él, con la riqueza grave de su magnífica cosecha.

Libros como "Los Poemas del Hombre", revelan al mismo tiempo un poeta y un carácter. Vayan, pues, nuestras sinceras y efusivas felicitaciones a su autor.

LUISA LUISI.

EL ARBOL

I

Era hace veintemil años.

Sobre la tierra enemiga
el hombre, solo y desnudo,
ante los astros vivía.
Bosques inmensos en una
trabazón de pesadilla,
le cerraron con su loca
vegetación la salida.
Montañas hoscas que alzaban
sus sienes despavoridas
sobre cielos de cinabrio,
asombraban su pupila.
Ríos de aguas turbulentas,
mugidoras, siempre vivas,
se le cruzaban al paso
y su paso entorpecían.
Grandes juncales, pantanos
traidores de aguas dormidas,
le acechaban con su fango
oculto bajo la linfa.
Y en medio de ese escenario
de la Natura bravía,
rodeábanle de acechanzas
potestades enemigas.
Era la sombra implacable
que bajo el Sol le seguía;
y eran, durante la noche,
las visiones indecisas
que le turbaban el sueño
con realidades fingidas.

Era el hachazo del rayo;
del trueno la voz maldita;
el silbo aullador del viento;
la transparente neblina;
era el eco de los montes;
la luna pálida y fría;
los eclipses; el misterio
de aquello que no se explica.
Y era en contra del invierno
y el hambre, la cruda lidia;
la lucha con otros hombres
de alguna tribu distinta;
y el combate con las fieras
monstruosas que en la colina
en las noches misteriosas
de súbito aparecían,
feroces, rugientes, torvas,
dilatadas las pupilas,
husmeando su presa donde
su instinto la presentía.

Era hace veintemil años.
Sobre la tierra enemiga,
el hombre, solo y desnudo,
ante los astros vivía.

II

Pero una tarde — una tarde
perfumada, suave y quieta, —
mientras el Sol se ocultaba
como una inflamada rueda
tras la cima de los montes,
concibió el hombre la Idea.
Un árbol gigante abría
allí, sobre su cabeza,
el dosel de su ramaje
en una caricia buena.

Y el hombre, mirando al árbol,
vió en el árbol su defensa
que aquel amigo callado
hasta entonces, en su lengua
dió en decirle las palabras
más soberanas y eternas:
—"Yo he de brindarte mi amparo
contra todas las potencias,
y con mi amparo es seguro
que al fin domines a aquéllas.
A mi sombra, de los soles
burlarás las inclemencias;
con mis ramas tendrás lumbre
para templar tu caverna;
te harás armas con mis nervios
y combatirás las fieras;
y cuando, andando los tiempos,
sueñes con otra vivienda,
será de mi que la arranques
en haces de grandes leñas.
Entonces, siempre tu amigo,
decuplicaré tu fuerza,
dándote los instrumentos
que en el trabajo resuenan.
Te daré también el barco
que sobre las olas lleva
hasta otras tierras remotas
los frutos de aquesta tierra.
Y cuando al fin, fatigado
a mis plantas, una tregua
demandes para tus músculos,
te brindaré la serena
canción de mis hojas verdes,
y entre mis hojas, cual gemas,
colocaré los chispazos
de las lejanas estrellas.

Después, aún, ya más tarde,
cuando la vida te venza
y tus mortales despojos
haya de guardar la tierra,
con mi misma carne amiga,
con carne de mi corteza,
he de envolver yo tu carne
por disimular tu afrenta,
y entonces, por siempre unidos,
dormiremos en la eterna
entraña de nuestra madre
común, la Naturaleza."

Y el hombre, escuchando al árbol
en aquella tarde quieta,
sintió que a pesar de todo
la vida aún era buena.

III

¡Oh, Arbol!, tal vez el amigo
primero que tuvo el hombre
sobre la tierra preñada
de acechanzas y de noche;
Arbol valiente, que diste
tu fortaleza de roble
al triste ser que acosaba
el Destino con sus golpes;
Arbol grande y generoso,
que en ofrenda diste al pobre,
lo mismo que al potentado,
la riqueza de tus brotes;
Arbol - cuna, Arbol - vivienda,
Arbol - buque, Arbol - torre,
Arbol esencia y resumen
de los terrenales goces,
de los trïunfos invictos,
de los preclaros honores;

símbolo de paz y vida,
de trabajo sano y noble,
de esfuerzo constante y rudo,
de armonía bien acorde;
Arbol que pagas con gracias
al que te hiere con golpes,
para enseñar la cristiana
humildad de los perdones;
Arbol herido y tronchado,
que mientras no le despojen
de sus raíces vitales,
renace y vuelve a dar flores,
para darnos el ejemplo
de las fuerzas que disponen
los que creen en sí mismos
y luchan por ser mejores;
Arbol poesía y encanto
de las gayas tradiciones,
estrofa de los paisajes,
gloria de los horizontes,
consuelo de los oasis,
de las montañas blasones;
Arbol santo y tutelar,
bendito tú por tus nobles
enseñanzas, por tu fuerza,
tu belleza, tus canciones,
por la esperanza que ofreces,
por la piedad con que acoges,
por la virtud escondida
que trueca tus verdes brotes
en el alma luminosa
de los negruzcos carbones.

¡Sé bendito por los siglos,
Arbol, amigo del hombre!

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

"LA LOMA AZUL" (BOCETOS DE AMBIENTE SERRANO)

Fragmento de una novela inédita

VIII

Cuando llegó a Ischilin (Jorge), había luz en la escuela. Respiró. Recordó que había hablado con Lucía de la reunión política que tendría lugar en su casa ese día, y que ella le había dicho que ese día haría una visita a unas amigas de Deán Funes. Su mente ya tranquila, había recordado esos detalles, y se alegró infantilmente de su resolución de venir a verla, abandonando la reunión de su casa; se alegró de no encontrarla horas antes, pues su ira ya se había disipado, aunque lamentaba su momentánea ausencia. Pero ella ya estaba allí, y él golpeaba las manos, de a caballo, como de costumbre, con tres golpes iguales y acompasados. Una voz respondióle:

—¡Ah! Jorge... ¡Voy!... ¡Hoy no hay clase!...

—¡Zalamera!... Ya lo sé...

Y mientras se apeaba y ataba las riendas de su caballo a un arbolito enclenque, la luz del interior se apagaba y aparecía en la puerta la fresca y blanca silueta de Lucía.

Una suave y luminosa alegría le inundaba el rostro. Sus ojos negros, luminosos y húmedos, en la penumbra del crepúsculo silencioso, eran como dos faros de fosforescencias en un mar azul.

Su blanca vestidura era azulada mancha en la puerta en sombra. Y Jorge, atraído ya por su novia,

silenciosamente, la tenía presa, las manos juntas, y la miraba ansioso y sediento.

—Viniste... — le decía ella.

—Sí, nena; vine, como vendría a cada instante si pudiera. ¡Y hoy más que nunca! Lucía, ansiaba estar a tu lado. Vine hoy, y no te encontré, sin acordarme que irías al pueblo. ¿Cómo te fué?

—Bien, Jorge...

—¿Sin extrañarme?...

—¡Goloso!...

Un beso los unió. Al influjo de la hora, misteriosa hora de las sombras azules y violetas, bajo el cielo transparente, verdoso y azul, a la vera de un amor sin testigos, la cabeza de Jorge sentía el vértigo de lo infinito y sus ojos, en los ojos de Lucía, eran el imán de atracción de los labios, que en un íntimo beso de pasión y de dulzura, callaba las palabras para dejar oir el latido de los corazones, en el temblor de los labios, en la caricia sin nombre de las almas...

El tiempo, testigo impasible de la Dicha y del Dolor, marcaba su compás. Cuando la pareja se recobró, ya era noche cerrada.

—Entremos, Jorge...

—Vamos, Lucía,... uno se olvida...

Una mano fresca y húmeda le tapó la boca, sin dejarlo proseguir. Jorge la besó amorosamente, y la siguió en las sombras...

* * *

En el patio, bajo los naranjos en flor, en una mecedora, la Directora, en actitud de descanso, se hamacaba suavemente.

—Está Jorge... — dice Lucía.

—Adelante, — díceles, — ... ya hay aquí dos sillas... Dios sabe lo que hace... Buenas noches.

—Buenas... ¡Qué bien se está aquí!

—¿Contaste a Jorge lo que te pasó hoy?, — dice la Directora a Lucía.

—No. Recién llega. Pero pensaba hacerlo.

—¿Qué? — dice Jorge indiferente.

—¡Bah! Sin importancia. Cuando volvíamos de Deán Funes, nos encontramos con un auto que regresaba de tu casa. Habían pinchado una goma. Como el caballo nuestro estaba nervioso y asustadizo, uno de los pasajeros, que resultó ser el Comisario, se acercó, tomó las riendas del caballo y nos pasó. Después...

—¿Que?...

—Nada; estuvo conversando con nosotras un momento.

—Y... dile lo demás, — insiste la Directora, bromeando.

—¡Sonseras! Me felicitó... por la "conquista"; supongo que por ti... ¿Es tu amigo?

—¡No! — dice Jorge, fastidiado.

Una nube pasó por los ojos soñadores de Jorge. Fué un instante.

—¿Por qué me lo preguntas, Lucía?

—No sé... Si voy a ser franca, me hizo mal efecto su manera de hablarme de ti. Tiene unos ojos perversos el tal Comisario...

—No me preocupan.

Un silencio molesto siguió a estas palabras. Lucía, sin poder reprocharse sin embargo nada, pensó que la Directora había sido inútilmente indiscreta. La Directora, que había dado un paso en falso, y Jorge, cuya confianza en Lucía era inmutable, era sincero; no se preocupaba en realidad. Su continente serio y severo, obedecía más bien a una leve y pasajera abstracción, recordando las escenas que presenciara ese día en la reunión política de su casa. Por eso, tras un silencio algo embarazoso, en que prendió un cigarrillo, después de liarlo pacientemente, mientras Lucía, sospechando una tormenta en el espíritu de

su amoroso caballero, acercaba su silla a la de Jorge y le decía casi en secreto, llamándole a la realidad:

—¿Qué tienes, Jorge? Estás serio. ¿Te has enojado?

—No, Lucía. ¿Por qué enojarme?

—¿Entonces?...

—Pensaba... pensaba; tantas cosas han impresionado hoy mi espíritu, que... una más — y sin importancia real—qué puede hacerme...

—¿Te ha pasado algo, viejo?

—¡Negra! Pasarme, no. Pero hoy ha sido un día de emociones... malas. Esa política... con sus telarañas...

Y contó, susurrándole al oído, todas las escenas del día, sus impulsos, sus indignaciones, sus juicios y rebeldías. Contó cómo se desarrollaban las cosas, preparándose el juego de siempre, de los profesionales y enviciados de la política utilitaria. Y así, casi en secreto, en la penumbra del patio, de naranjos en flor, bajo el perfume embriagador de los azahares, juntas las manos en una comunión de emociones y de sentimientos, iba diciendo a su novia, entre frases de pasión y de esperanzas, sus pesares, sus angustias y sus desvelos. Refugiábase en el cariño cada día más intenso de "su maestrita", como agua sedante de sus dolores y pesimismos.

Era ella quien le retenía así, aún entre las sierras, que más de una vez pensó en abandonar, para dar tiempo al tiempo, en espera de días mejores o en busca de otros horizontes. Ella, que no era del pago, y sin embargo le retenía, amando en sus ojos la luz de sus crepúsculos melancólicos, en los prolongados e intensos atardeceres luminosos de las quebradas, o en la rosada y fresca vibración del amanecer. Ella concentraba ya todos sus afanes. Era su norte. Y él confiábase a su quimera, sin saber a dónde le llevaría su fantasía y su ensueño.

—Tengo en ti, toda mi confianza, toda mi esperanza.

—Soy feliz, Jorge. Quiero merecerla. Te lo puedo jurar.

—Por eso, si mi intención se realiza, debo decirte que esa ciega confianza en tu cariño ha de acompañarme en la ausencia...

—¿Qué ausencia?...

—La nuestra... Pienso que debo algún día alejarme de aquí... No, no para mucho tiempo. Lo necesario para ver lo que necesito ver. Después... después tú dirás si puedo contar con tu vida para mi felicidad...

—Y la mía... ¡Pero irte, Jorge!... ¿A dónde?... ¿Y yo? Perdón... Soy egoísta. Te comprendo. Tienes toda la razón del mundo.

—Ya sabía yo que eres mía en el alma. Ya conoces mis proyectos sentimentales. Debo hacer algo más. Me lo he propuesto. Los intereses de mi padre, los míos... los tuyos, Lucía, están en juego, en peligro. Debo prepararme para luchar y defenderlos. Hay cosas que no puedo decirlas aún. Pero yo aquí dejaría correr los acontecimientos... Mi padre no podría tal vez, impedir ciertas maniobras de algunos acreedores, y caería—¡noble y terco viejo!—envuelto entre sus entusiasmos y su lealtad. ¡Esos amigos! Lucía. Esa política maldita, que en este país es como un pulpo. Sus tentáculos enormes van de uno a otro confín, malogrando hombres, intenciones, ideas, entusiasmos y esperanzas...

—¡Consuélate, Jorge! ¡En este país... y en todos! ¡En el mío! ¡Tú sabes lo que es en el mío, pobre patria chica! ¡Acuérdate que allí, aun es peor el "pulpo", como tú dices! Es un mal americano. Tiene una fisonomía netamente original: la audacia y artería del indio, injertada en la ambición incontenible del español. Mézclale un poco de cosmopolitismo urbano, y

tendrás lo que aquí tanto duele observar; que se ve allá, en mis cuchillas queridas, o que se ve en todos lados.

—¿Es un mal general?...

—Un mal general y un mal necesario... Un mal de transición, como fué necesario que antes de llegar a esto, que es la faz utilitaria en la evolución de la nacionalidad, hubiera derrame de sangre hermana, aquí como allá.

Ya el susurro de la charla, iba elevando el tono y se percibía claramente lo que ambos decían. Y evocaba así, Lucía, junto a su gaucho querido, con los ojos alternativamente en las estrellas y en la glauca pupila de su novio, toda la epopeya gaucha de su querida y lejana patria; la lucha heroica de los nativos por su independencia, tanto más heroica cuanto más primitiva. Después, la angustiosa lucha por la unificación de la patria chica; los años de ominosa tiranía, en que sus antepasados habían caído,—por el solo y horrible delito de tener ideas de humanidad y gestos de altivez,—bajo el puñal mercenario, o de apasionados de los hombres rojos de la época, sedientos de sangre, en el convencimiento de que toda dominación y gobierno debía basarse en el dogma bárbaro de la "letra con sangre entra", cuando lo que entraba era la barbarie y el dolor y la miseria, huyendo, la civilización, por la puerta luminosa del dolor de las madres y del hambre de sus hijos. Más adelante, esa lucha fué transformándose poco a poco en una batalla de odios, rencores y ambiciones, que enlutaron las ricas y fértiles cuchillas, los cerros y los valles promisores, transformándolos en cementerios de esperanzas y de carne de sus hijos. Y le decía así, ya fuerte y claramente, Lucía a Jorge, en su visión de la lejana tierra de su cuna:

—Y cuando las revoluciones comenzaron, Jorge... la sangre generosa o inconsciente, corría en los cam-

pos, como las lágrimas de las madres, novias e hijos; en esas horas dolorosas, todos los días, llegaban a los hogares, las últimas palabras o el último pensamiento de un ser querido, que entre el frío de un día invernal, o el bochorno de una tarde de estío, bajo el sol y el polvo, había clavado la frente en la tierra, como un último beso, o como una comunión eterna, ante el altar de un ensueño sin realizaciones.

Menos mal para el hombre de las ciudades, que atenuaban los rigores de las circunstancias; pero los que vivían allá, entre el polvo de los combates y oían el silbido de las balas, veían sus campos, bienes y haciendas, arrasados por la ola sin freno de la contienda... y después, Jorge... aquello... aquello tan inhumanamente salvaje, tan incomprensiblemente innoble, que para eterna vergüenza de los culpables, se oficiaba en pleno campo de batalla,—que siempre debe ser campo de honor...—el degüello..., como si no bastara el plomo fratricida, la puñalada "fraternal", el lanzaso "heroico"...! Había que rematar a los vivos, a los que quedaban sufriendo para "despenarlos"; y a los prisioneros, para que no quedara un solo "salvaje" o un solo "blanco" ni para muestra... Y se degollaban con una pasmosa tranquilidad, como si un rito sagrado lo hubiera sancionado, vanagloriándose después, en horas de "fogón", de la faena del día...

—Lo mismo que hacían aquí, Facundo, el Chacho y otros, con los que caían en sus manos, y el capricho dictaba la hora de tortura de los que tenían vergüenza. Como lo hacían en épocas de Rosas, de López, de Francia...

—¿No ves, Jorge, que la marcha de los acontecimientos era en todos lados semejante? Después, cuando la conciencia nacional fué despertando... las cosas cambiaron. Allá como aquí, la fiereza y brutalidad de los hechos fué cambiando de táctica. Se le pu-

so a la ambición una careta. Se hablaba de patria, democracia, civismo, allá como acá... pero en vez de dar un sable y una carabina—mucho más noble al fin y al cabo—se les dió una orden y una voz. Se les trocó aquello de "carne gorda" y pillaje, gran atracción de incultos y perversos, por esta otra, maquiavélica y artera: "el pucherete"...,

Y si bien, aquí como allá, la época de las conquistas bélicas entre hermanos ha pasado—y ojalá que definitivamente — el "modus vivendi" y "facendi" de los profesionales de la política, se ha transformado — con beneficio general, es cierto — pero, sin cambiar de finalidad...

Es la faz utilitaria de la política, la faz de los enjuagues, de la mentira, del fraude, de la extorsión de las conciencias por el hambre, de las venganzas... y de la dádiva, que es el medio más usado, por el interés que es necesario despertar en los que "trabajan". Porque no pueden hacerlo libremente y sin un fin premeditado de sacar partido y tajada de sus trabajos electorales.

—¡Pobre idea de patriotismo!, dice la Directora, que en su aparente somnolencia, no ha perdido una coma.

—Es eso lo que no hay, señora, dice Jorge... y a los que hablan de *eso,* sin haberse enviciado en la política de intereses y ventajas, de ambiciones y lucro, se les mira de reojo. Aquí como allá, la verdad es del porvenir...

—Cuando se eduque a la gente, Jorge,—dice la Directora.—Cuando el hombre de campo deje de ser un objeto de codicia de los políticos, por el voto que significa. Cuando ese hombre de campo sea, dentro de la relatividad de su medio, un hombre que haya pasado desde la niñez por la purificadora aula de la escuela. Cuando la instrucción intensiva y extensiva no sea un mito, y cuando la superstición del ignorante o

la brutalidad mental de esos ciudadanos sea vencida por la Escuela. Cuando no haya un solo analfabeto en una nación, y la transformación moral sea una realidad, entonces habrá democracia. Cuando el voto del paisano vaya a la urna, no "porque sí" o porque el partido lo ordena, sino conscientemente... como una función social libremente ejercida, entonces no habrá *eso* que a usted hace sufrir y cavilar.

—¿Eso será posible algún día?

—Sí, cuando el patriota de corazón, el hombre íntegro, ocupe el lugar del patriotero, del hombre-político de oficio y del tortuoso en procederes. Por eso... mi padre, mi viejo padre, prefirió inmolarse, allá en las épocas del tirano de Buenos Aires; llegó hasta el apóstrofe al sanguinario de Palermo, nor no servir a sus designios. Le pegaron un tiro. Le robaron los bienes. La vida, el bienestar. La casualidad salvó a sus hijos. Se quedaron en "la calle". Conservó para ellos la vergüenza. Es lo único que nos dejó... ¿Cómo no vamos a combatir la ignorancia? ¿Cómo no íbamos a enseñar lo que es patriotismo?...

. . . . . .

Terminó bajando la voz la Directora.

* * *

Un silencio embarazoso reinó en el patio de los naranjos. Jorge y Lucía, las manos en las manos, se adivinaban más que se miraban en las sombras. El farol de la galería, ahumándose más cada vez, había terminado por apagarse. La luna velábase por momentos.

Jorge comprendió que debía retirarse. La Directora, dándose cuenta de que la realidad le imponía ser generosa con los enamorados, levantóse y dirigiéndose al interior les dijo:

—Bueno, ustedes tienen que decirse otras cosas. No hagan caso a esta vieja. Vuelvo.

Y no volvió. Largo rato quedaron los enamorados bajo la sombra protectora y perfumada de los naranjos en flor. Cuando el susurro de las palabras dichas al oído terminaba, jugueteando entre la brisa y pétalos de azahares, que el viento leve dejaba caer en derredor, un silencio prolongado en la sombra, un suave murmullo, un beso contenido, embalsamaba el ambiente, como el perfume sensual de los azahares, que caían suavemente sobre las cabezas de los enamorados, tejiendo corona y alfombra blanca. Entre el follaje, cada rayo de luna era una estrella.

—¿Te vas contento hoy?—susurró Lucía.

Un abrazo estrecho y un beso, cerraron la amorosa boca...

* * *

Camino de "La Loma Azul", Jorge galopaba a la luz de la luna.

En la escuelita, todo paz en el silencio de la noche pura, un corazón vibraba de esperanzas y de temor. Lucía, vió el alba asomar, sin haber podido descansar. Una preocupación invencible, un malestar la sugestionaba. En las sombras de su cuarto virginal, vió un hombre de cara maquiavélica correr detrás de Jorge. La visión se repetía, se repetía, hasta que la fatiga la venció, cuando una lágrima corría por su mejilla y lentamente fué a posarse en sus labios; celosa lágrima, cuya amargura veló por un instante la dulzura de los besos que saboreara bajo los naranjos en flor...

Carlos Píriz Aréchaga.

1922.

SINFONIA DE COLOR

Pleno Sol

Amarillos, rojos, y violetas,
forman el acorde magistral,
unido a los clarines y trompetas
con sones de cristal.

Los llamativos mantones
de las rientes damas, severos
cabildantes, alegres trovadores
y nobles caballeros,

decoran la avenida del tiempo señorial.
Giran los abanicos entre las manos blancas
como ágiles palomas en su jaula real,
y el cielo, orfebre de un azul transparente,
pone su tono unísono en el cuadro viviente
de los hidalgos días del tiempo colonial.

PEDRO ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Y no volvió. Largo rato quedaron los enamorados bajo la sombra protectora y perfumada de los naranjos en flor. Cuando el susurro de las palabras dichas al oído terminaba, jugueteando entre la brisa y pétalos de azahares, que el viento leve dejaba caer en derredor, un silencio prolongado en la sombra, un suave murmullo, un beso contenido, embalsamaba el ambiente, como el perfume sensual de los azahares, que caían suavemente sobre las cabezas de los enamorados, tejiendo corona y alfombra blanca. Entre el follaje, cada rayo de luna era una estrella.

—¿Te vas contento hoy?—susurró Lucía.

Un abrazo estrecho y un beso, cerraron la amorosa boca...

* * *

Camino de "La Loma Azul", Jorge galopaba a la luz de la luna.

En la escuelita, todo paz en el silencio de la noche pura, un corazón vibraba de esperanzas y de temor. Lucía, vió el alba asomar, sin haber podido descansar. Una preocupación invencible, un malestar la sugestionaba. En las sombras de su cuarto virginal, vió un hombre de cara maquiavélica correr detrás de Jorge. La visión se repetía, se repetía, hasta que la fatiga la venció, cuando una lágrima corría por su mejilla y lentamente fué a posarse en sus labios; celosa lágrima, cuya amargura veló por un instante la dulzura de los besos que saboreara bajo los naranjos en flor...

CARLOS PÍRIZ ARÉCHAGA.

1922.

SINFONIA DE COLOR

Pleno Sol

Amarillos, rojos, y violetas,
forman el acorde magistral,
unido a los clarines y trompetas
con sones de cristal.

Los llamativos mantones
de las rientes damas, severos
cabildantes, alegres trovadores
y nobles caballeros,

decoran la avenida del tiempo señorial.
Giran los abanicos entre las manos blancas
como ágiles palomas en su jaula real,
y el cielo, orfebre de un azul transparente,
pone su tono unísono en el cuadro viviente
de los hidalgos días del tiempo colonial.

PEDRO ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

POEMITAS SENCILLOS

HE ENCONTRADO LA ALEGRÍA...

Sí, buen hermano: aunque te admire y sorprenda, he encontrado la alegría...

¡Esa alegría que algunos hombres buscan y no la encuentran, porque tienen "los ojos de los muertos..."!

¿Quieres que te diga el secreto de mi hallazgo? Verás. He encontrado la alegría en los rostros risueños de los niños, en esos niños que tú no ves porque pasas ante ellos cavilando en grandezas...

He encontrado la alegría en el furtivo beso que se ofrendan dos bocas frescas de amantes jóvenes prisioneros del Amor...

He encontrado la alegría en una mujer próxima a ser madre, contenta de no haber violado el mandato de la Vida...

He encontrado la alegría en un árbol—no olvides que también las plantas tienen su alma...—cargado de frutas maduras que recogen jubilosos chiquillos...

He encontrado la alegría en un pájaro que cantando, cantando mucho, construía su nido...

He encontrado la alegría en una flor, que satura con su suave perfume, el aire, ese aire que respiramos...

He encontrado la alegría en el sereno murmullo de las aguas de un arroyuelo que calma con el beso de sus hondas el ardor de nuestro cuerpo...

Sí, buen hermano: aunque te admire y sorprenda, he encontrado la alegría en todas esas cosas que tú no ves porque miras con "los ojos de los muertos..."

SOBRE LA FRESCA HIERBA...

En esta serena tarde primaveral en que los pájaros parecen cantar con nuevos bríos y las tiernas florecillas de la inmensa campiña llenan la atmósfera de un suave perfume silvestre, me he acostado sobre la fresca hierba...

Al contacto de la tierra he sentido bullir en mí una sana alegría salvaje. ¡Con qué infantil deleite hundo mi afiebrada frente en la fresca hierba!

Y así, bien junto a la tierra, permanezco largo tiempo, hasta que comienzan a brillar en el azul del cielo las primeras estrellas que, desde allá, parecen contemplarse con envidia...

MI AMADA MADRECITA

Siempre sentí, desde niño, un cariño intenso hacia una vieja higuera. Era muy pequeño, y la buena mujer que cuidaba de mi existencia, durante sus quehaceres, acostándome en una humilde cuna de mimbre, me colocaba bajo la sombra de la vieja higuera, y así dormíame plácidamente...

Después, cuando tuve suficientes energías, trepaba con gran agilidad en la vieja higuera, y ávidamente cogía sus frutos—unos higos grandes rebosantes de dulzura—que con sumo deleite saciaban mi glotonería infantil...

A veces, con la ingenuidad propia de mis pocos años, pensaba si sería la higuera, mi madrecita ausente; y yo llegué a creer firmemente que la vieja higuera, al donarme sus frutos, era mi amada madrecita.

NICOLÁS SANSONE.

EDUCACIÓN

Introducción a un estudio de los problemas de nuestra enseñanza secundaria

1. El modelo universal en enseñanza.—2. Las reformas deben contemplar las necesidades de cada agrupación social.—3. La imitación de lo extranjero.—4. Los planes universitarios tienen un valor ocasional de acuerdo con el espíritu de cada pueblo.—5. Necesidad de contemplar la capacidad cultural del ambiente.—6. El programa a realizarse.

1. Durante todo el siglo XIX se sostuvo, con carácter general, la doctrina originada a fines del siglo XVIII, de que cada nación o cada grupo humano, al desarrollar la acción que le es propia, se aproxima a un ideal de progreso desde el punto de vista social, político o económico, concebido como inmutable.

De acuerdo con ese criterio, casi todos los que pretendían obtener mejoras sociales ponían de manifiesto el deseo de realizar un sistema concebido como modelo, considerando, por tanto, al progreso, como una marcha bien definida que permitiría a los pueblos llegar al ideal establecido.

La Revolución Francesa inició la era de las aspiraciones de perfección, desde el punto de vista político; así como los sistemas socialistas y anárquicos de fines del siglo pasado y principios del actual, representan el mismo concepto en el orden económico y social. Por esa causa el socialismo, por ejemplo, considera un solo problema y da una sola solución, ya

sea en los países de agrupaciones agrarias como Rusia o en los fabriles como Bélgica; en agrupaciones de intensa vida renovadora como las americanas o en las de tradición fuertemente arraigada como Francia.

La idea de que existe un orden de actividades modelo, al cual se deberían referir todas las reformas a intentarse, ha orientado también hasta la actividad científica, y los sistemas evolucionistas representan, entre otros, ese intento de ajustarse a un canon preestablecido. No podía, pues, escapar la Pedagogía a esta tendencia generalizada, y se buscaron también los modelos definidos para las cuestiones de enseñanza: imitación de la naturaleza en Rousseau, lucha de clásicos y modernos en enseñanza secundaria, sistemas de Herbart, Wolf y, en general, todo lo que surgió de Kant, porque es preciso no olvidar que él dió la fórmula más concisa de un ideal activo independiente de la realidad, y de Kant procede casi toda la filosofía del siglo XIX.

La crítica de una obra se reducía, así, a apreciar en cuánto aquélla se aproximaría al ideal previamente establecido de un modo bien definido.

En nuestro país ese fué el criterio directriz de casi todas nuestras reformas educacionales. Y el hecho de que se tuviera un concepto establecido *a priori*, impidió que se estudiaran nuestras realidades y nuestros problemas, como lo iremos viendo en particular; y ello fué, además, motivo para que todos los innovadores audaces se creyeran con derecho a presentar planes frente a los raros o escasos estudiosos con que hemos contado de tiempo en tiempo, desde que sólo se debían justificar algunas generalidades y no apreciar un problema serio y concreto.

2. Las reacciones se producen siempre lo mismo en ciencias que en pedagogía o en ética.

Se va imponiendo ahora la idea de que no hay un progreso que pueda preestablecerse de un modo ge-

neral. Se acepta, en cambio, que todo se debe hacer por mejoramientos que cada época y cada pueblo requieren, de acuerdo con las necesidades del momento, es decir, que cada ambiente debe determinar las características de la organización de su enseñanza.

Así, pues, el modelo universal válido para todos los países y todas las épocas, es sustituído por el resultado de la actividad de cada agrupación orientada en el sentido que más contemple sus propias necesidades.

Sin embargo, en los países americanos este criterio de acción no ha logrado triunfar en todas las soluciones. Cuando no continúan preocupados con los problemas universales, la influencia de lo extranjero les impide contemplar en sus innovaciones la verdadera situación.

3. Estos pueblos son en realidad como niños que sueñan con esplendores del porvenir. Y tal como ocurre en los niños, les parece posible la realización de todos los modelos que han conocido en sus lecturas o han construído en la imaginación; y como en la infancia se piensa ser a la vez reyes y demócratas, generales y poetas, así en la realidad estos pueblos persiguen ideales contradictorios sin haber alcanzado todavía el sentido de la nacionalidad. Poco a poco, sin embargo, se irá definiendo la personalidad colectiva y a ello han de tender los reformadores, siempre que en esa confusión de aspiraciones sepan discernir la orientación necesaria.

En la enseñanza han aparecido todas las corrientes, y se quiere formar hombres de ciencia como los alemanes, hombres de cultura política como los ingleses, hombres de industrias y de criterio tan singularmente positivo como los yanquis, y todo se pierde en ensayar lo ajeno sin encontrar lo que conviene aquí; lo que necesitamos, desde luego, es dejarnos de buscar modelos y contentarnos con saber nuestras co-

sas. Sin embargo, otra es la corriente dominante y casi todos los proyectos de reforma a la enseñanza universitaria que se han presentado últimamente, se inspiran en una imitación extranjera, cuando no parten de un concepto *a priori,* como se dice antes.

4. Estas consideraciones generales justifican una afirmación fundamental que tiene todo el aspecto de una afirmación anodina, si no fuése tan olvidada. No basta que Francia, Inglaterra o los Estados Unidos hayan adoptado un sistema, es necesario saber las razones que han originado esa medida, y además debe averiguarse si el problema se puede resolver del mismo modo en nuestro país. Por otra parte, conviene también hacer resaltar que en enseñanza el valor de un plan lo da el medio ambiente y el espíritu de un pueblo. Por eso, idéntica solución en diferentes países produce opuestos resultados. Es curioso notar cómo el problema universitario en la América Latina es, en general, el mismo para todos los países, a pesar de haberse ensayado los más variados planes de organización, como veremos en el cuerpo de este estudio. Se quita, así, carácter de reforma fundamental al que se refiere a las leyes de organización y se debe esperar casi todo, por no decirlo todo, del espíritu con que se realizan los planes de estudio.

De ahí el valor circunstancial que tiene la legislación sobre enseñanza. Y por más que se consideren modelos las universidades de un pueblo, es seguro que su mismo régimen, sin el espíritu que las realizó, no crearían esas mismas instituciones.

Se ha llegado en esos ambientes a una solución contemplando aspiraciones bien definidas en las corrientes ideoógicas, y solamente donde se presenten los mismos conflictos, se pueden implantar las mismas medidas. La división en gimnasios, escuelas reales y reales gimnasios en Alemania y Suecia, la escuela bifurcada en Francia, han sido originadas, sola-

mente como medios de transar entre los partidarios de los estudios clásicos y los de los estudios científicos. La eficacia de esas distintas instituciones responde, pues, a necesidades sociales. Nosotros, desde luego, no tenemos la lucha entre una vieja pedagogía que se mantiene en gran parte por hábito, y el espíritu ambiente que se va modificando sustancialmente.

Nosotros tenemos nuestro ambiente con características propias, y todas las soluciones sociales, económicas, políticas, universitarias, deben contemplar un determinado problema circunstancial.

5. En Europa y en los Estados Unidos, casi siempre es bastante que la Universidad enseñe algo, y no tiene mayor importancia que se elimine de los programas una determinada materia, porque el medio provoca, por las necesidades del mismo, una actividad cultural superior. Aquí el ambiente es inferior como cultura a la Universidad. Lo que ésta no da, no se adquiere por lo regular fuera de ella. Si la Universidad no enseña, por ejemplo, antropología, no se encuentra en el ambiente quién se dedique a ella, salvo contadas excepciones.

Suprimir una determinada actividad de la enseñanza significa eliminarla del ambiente, a menos que esa actividad sea utilitaria.

Poco importa que no se enseñe comercio o prácticas industriales en la Universidad, donde se enseñarían de un modo incompleto. Saber eso es necesario para todo género de actividades utilitarias y se aprenderá.

Pero si en la Universidad no se enseña Botánica, Filosofía o Literatura clásica, es casi seguro que sólo por excepción se estudiarán metódicamente. (1)

---

(1) Un ejemplo de cómo el ambiente impone un estudio determinado, es lo que ha ocurrido en la Argentina con los estudios etnográficos, que han adquirido una importancia

Es necesario, entonces, que se estudie en cada caso el valor educativo de cada materia, no sólo con relación a los otros estudios universitarios, sino con respecto al ambiente.

6. Era necesario exponer estas ideas previas al estudio sobre nuestra enseñanza secundaria, para que sirvieran de programa al trabajo a realizarse.

Sintetizando lo dicho, deberá excluirse toda preocupación por encontrar el modelo a seguirse, y, en cambio, se tendrá que estudiar previamente las necesidades del ambiente y el valor que cada disciplina intelectual puede tener en nuestro medio para buscar más que el plan teórico el modo de despertar el espíritu de estudio y de trabajo.

Es por tales motivos que en vez de estudiar con carácter general el tema, se reducirá la obra a estudiar el problema universitario en nuestro país: y se referirá especialmente a lo hecho, a lo que se ha pensado hacer y a lo que se debe hacer, una vez que se investigue bien el carácter del espíritu nacional, el problema dominante en el país y las necesidades de la enseñanza en el mismo.

ANTONIO M. GROMPONE.

---

extraordinaria fuera de la Universidad, por razones ocasionales y porque el país tiene material abundante. Entre nosotros ni siquiera se sabe algo al respecto porque los coleccionistas de piedras labradas, que tenemos, no son etnólogos.

HISPANO - AMÉRICA

DE EDUARDO BARRIOS

De una carta del vigoroso novelista, recibida en esta ciudad, entresacamos los interesantes párrafos siguientes:

. . . . . .

Se muestra usted en seguida inquieto sobre el estado real de la cultura chilena. Es algo complejo definirla, mi querido amigo. Puedo, sí, decirle, desde luego, que la hay en grado similar a la de algunos países de nuestra familia americana. Estos países serían Uruguay, Argentina, Brasil, México. Sólo que difiere un tanto en el matiz, en sus tendencias de orden idiosincrásico. Nuestra fogosidad latina ha sido sometida a una disciplina metódica de los profesores alemanes que organizaron nuestra instrucción, y esto nos ha sembrado un saludable asco por el brillo y la estridencia, sin matarnos la latinidad. Yo creo en este beneficio..... El verbalismo *se ha logrado estrangular aquí,* aunque bien es verdad que no alcanzamos a tenerlo en grado superlativo. País frío en su zona de concentración cultural, Chile ha producido hombres de más meditación que vehemencia. Por eso, antes teníamos sólo historiadores buenos; y nuestra literatura artística, en realidad empieza con mi generación, después de haber habido una de precursores que en nada influyó sobre nosotros.

Hoy tenemos varios nombres de los que podemos estar muy satisfechos: Gabriela Mistral, Pedro Pra-

do, Daniel de la Vega, por ejemplo. Cuentistas hay como Baldomero Lillo y Federico Gana, que han hecho una literatura de bien entendido criollismo, sin chabacanería de mero vocabulario criollo, con visión del espíritu popular manifestada desde el plano distinguido de la personalidad artística.

Otra de nuestras cualidades buenas es la de saber huir del cerebralismo con prudencia. . . . . Una literatura viva no trasciende a libro. Los chilenos podríamos adoptar por divisa aquella frase de Unamuno que dice: "Odio los hombres que hablan como libros, y amo los libros que hablan como hombres." En mayor o menor grado, esto está dentro de todos nosotros.

De aquí que nuestro defecto más corriente sea el de quedarnos en lo grueso. Muchos de nuestros escritores tienen obra recomendable por lo sana, pero insuficiénte por cierta falta de empinamiento espiritual. De la hornada, sin embargo, hemos sacado bastante.

Eso del manifiesto de los estudiantes a que se refiere el crítico de su país, no es rasero para medirnos. Se trata de un grito de ocasión provocado por una injusticia gubernamental para con un profesor joven. Y éste pertenecía casualmente a una familia de positivistas: de ahí que los muchachos, al defenderlo, tomasen su tono personal, se inspirasen en sus ideas.

Los muchachos son como los de ustedes, pero poco orientados todavía..... En el fondo, los de la mitad meridional de Sud América nos parecemos mucho, aunque los rumbos de nuestra actividad material, dependientes del suelo y su producción, nos matizan y diferencian. El alma es la misma. Mirando a nuestra sentimentalidad y a nuestra fuerza espiritual originaria, la única sorpresa que el viajar nos causa es ésta: lo parecidos que somos. Y en cuanto a cultura,

por ahí vamos todos, formándonos, dueños de unas pocas potencias y con la esperanza lógica de que, producido el núcleo, la irradiación no tardará en fecundar el nivel medio hasta hacerle multiplicar realidades. De posibilidades estamos llenos.

Bien, esto de ponerse a improvisar una exposición en los minutos contados que el trabajo deja libres, es para decirlo todo borroso y abundante. Deseo que usted pueda hacer una buena síntesis...

Santiago de Chile, 1.º de febrero de 1923.

GLOSAS DEL MES

Divagación sobre el año

En el pórtico del año no es dado recogerse a examinar los sucesos del mes para destacar aquél cuya trascendencia le destina este sitio. Es inevitable abrir el corazón a la esperanza, abarcando el año con ávido optimismo. Buen golpe de ilusiones aniquiladas se galvaniza y reclama prelación en los éxitos que el año disponga; otras ansiedades aparecen... Ante la incógnita nos encontramos llenos de confianza.

* * *

Es como recomenzar la vida: y tal como en nuestra psiquis habrá fiesta en el alma colectiva. Pero más que nunca alborozada fiesta ahora, pues examinamos nuestros pensamientos tradicionales, recorrimos nuestro pasado, juzgamos nuestro tesoro vernáculo y arrancamos una verdad, nos forjamos un ideal que perpetuamos en bronce.

Abrimos el año en esa tarea honorable, fijando para siempre un símbolo. Habló Tolstoi de "que los pueblos no tienen la ciencia humana, pero poseen la eterna y divina". Así es como dimos en fecundar un área yerma de nuestra sensibilidad y nuestro orgullo patriótico hará del símbolo de bronce un módulo de toda dignidad.

* * *

Es firme la estructura de nuestra sociedad; pero se atenúa la riqueza pública, sin vislumbrarse mejoras: la enseñanza primaria y la superior denotan fallas considerables... Nuestra lisonjera visión del año se perturba, mas no decrece el optimismo de las primeras líneas. El destino dispondrá.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Los mejores cuentos venezolanos.—Selección de Valentino de Pedro. —Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.—

La novela venezolana,—y quien dice novela dice cuento—según nos ilustra Valentín de Pedro en el prólogo de este libro,—apenas tiene treinta años de tradición.

Casi todas las tendencias literarias han tenido allí también sus cultores. Pueden, sin embargo, agruparse en dos núcleos fundamentales: los nativos, aquellos que siguiendo la corriente de Cabrera Malo "con dolores humanos hacen libros criollos", y los universales, grandemente influenciados por la cultura y las modalidades extranjeras.

Sobresalientes figuras existen en cada uno de estos núcleos, como nos revela la lectura de esta selección, hecha con singular maestría y con una envidiable conciencia estética.

Pocas naciones americanas pueden ostentar un grupo tan denso y completo de cuentistas, y es verdaderamente lamentable que gran parte de ellos sean en absoluto desconocidos en el Río de la Plata.

Relatos como "El chubasco", "Cuento gris", "La familia de la Marca del Valle", son realización de arte magníficas, tanto por la técnica como por el drama. No hablamos de los cuentos de Blanco Fombona y de otros que figuran en el volumen, por no repetir cosas sabidas.

En resumen: un libro triplemente recomendable, por su valor intrínseco, por librarnos de una imperdonable ignorancia y por su procedencia americana.—**J. M. D.**

"**Para la Historia de América**".—Por Hugo D. Barbagelata.—París. —1922.

La Biblioteca Latino-Americana que en París dirige nuestro compatriota don Hugo D. Barbagelata, acaba de enriquecer la lista de sus publicaciones con este nuevo libro en el que su director ha compilado parte de sus monografías históricas dispersas en diarios y revistas, así como también algunas de las correspondencias escritas durante la pasada guerra europea sobre temas de la misma.

Una vez más Barbagelata pone de manifiesto su intenso cariño por América, escribiendo sobre su pasado, su presente y su porvenir, con el mayor de los cuidados, sin recibir por ello recompensa material alguna. Es que la prolongada estada en la populosa ciudad latina no ha logrado desarraigarlo del solar nativo, pese a las tentaciones propias de los encantos característicos de Lutecia. Por el contrario—y al revés de lo que acontece a muchos—cada día de París (y cuidado que esos días ya se han trocado en luengos años), Barbagelata, en vez de afrancesarse se americaniza por grados, y

no siendo secreto para nadie el intenso afecto por el terruño que denotaba a su partida, fácilmente puede colegirse los puntos que al respecto calzará en el día. Es que el autor siempre ha sido de espíritu fuerte, de convicciones arraigadas en su espíritu fuertemente, como que fueron adoptadas tras severos estudios y meditadas cavilaciones.

Por todo esto es que en cada uno de sus libros se expande sano y contagioso el alto espíritu de americanismo que el autor atesora en lo íntimo de su sér. Cada producción es como un escape que pregona, en prosa sonora y optimista, su puro amor por el pasado americano, oteando a la vez en el futuro con mirada exacta y avizora la formación de una vasta sociedad de hombres, la magna Patria del maestro, abocetada ya en el Congreso de Panamá.

De los capítulos monográficos que integran las 200 páginas del volumen, cabe destacar un estudio sobre la influencia inglesa en el Plata en 1806-1807, otro sobre la actuación del vizconde de Chateaubriand, como Ministro de Luis XVIII, respecto a la independencia hispanoamericana, un artículos sobre las batallas de San Mateo, Boquerón y Cancha Rayada, otro sobre el sabio sacerdote uruguayo Larrañaga y su relación con los hombres de ciencia franceses, una interesante disquisición sobre Francia (no el dictador), y sus proyectos monárquicos en el Uruguay, etc., etc.

Pero el erudito compatriota no circunscribe su alta y noble tarea a la divulgación y análisis de todos estos meritorios trabajos, que dicen tan elocuentemente sobre una inteligente compulsa de archivos, sobre el acierto que denota en la paciente ordenación de testimonios, sobre sus dotes de analista que no olvida los requerimientos de la crítica, puesto que hace en París obra más alta si cabe: funda y dirige revistas y bibliotecas para que sean leídas en Francia y en América, todo ello a base de temas puramente americanos, haciendo conocer aquí y allá las producciones y las ideas de ambos mundos, contribuyendo al intercambio intelectual entre los jóvenes pueblos hispanoamericanos, y preparando desde ya el ambiente para el advenimiento de la vasta confederación de pueblos que soñara el genio de Bolívar y que sin duda será viable en el futuro bajo los principios federales que consignara nuestro Artigas hace ya más de un siglo, en sus célebres Instrucciones de 1813.

Como asienta en el prólogo del libro que se comenta el claro talento de Francisco García Calderón, de su espíritu que otoña, de su alma quijotesca, de su vocación de historiador, podemos esperar de Barbagelata fuertes libros sobre el suntuoso pasado de la América Española y sobre la inminente grandeza de estas democracias americanas que—me atrevo a afirmarlo—constituyen ya por su pujanza en el avance y la valentía puesta en práctica de los más levantados ideales, la esperanza del mundo; no estando lejano el día en que deberán ser consideradas como portadoras del fanal que indicará a la humanidad del futuro, la ruta que conduce al más grande progreso y a la mayor perfección.—**H. A.**

''Le symbolisme français et la poésie espagnole moderne''.—Por A. Zérega Fombona.—Edición del ''Mercure de France''.—París. — 1922.

En edición del ''Mercure de France'', venimos de leer este sintético y hermoso estudio de Zérega Fombona sobre la influencia de la poesía simbolista francesa en la poesía iberoamericana de la actualidad.

Fombona rinde homenaje a Rubén en las páginas principales, y le exalta con lírica elocuencia a los ojos de Francia que casi le ignora, y que, sin embargo, tanto le adeuda.

Comienza estudiando el simbolismo con eruditas notas críticas: comenta las teorías de M. Lévy-Bruhl sobre las ''participations'' y la psicología moderna; considera el acto lírico para afirmar que la poesía es la religión; expresa interesantes ideas sobre la evolución psíquica humana; dice la historia del movimiento literario español-americano y remarca la influencia decisiva de Darío, cuyo busto se erige ya en el Luxemburgo.

El libro de Zérega Fombona constituye un bello esfuerzo crítico de la poética simbolista, que París tanto ha discutido, y que ''malgré-tout'', es sin disputa ''el alba de oro'' de la edad actual.

Por el simbolismo francés renació el lirismo universal; del simbolismo francés surgieron los más bellos y gloriosos nombres líricos de Francia; al simbolismo francés debe América la modernidad de su prosa y de su verso, y España el renacer de su idioma, removido y agrandado por la reforma verbal que trajo la música, la elegancia, la suavidad, la ''nuance''...—**T. M.**

ERRATAS

En nuestro número anterior, Sección Educación, artículo del doctor Brignole «Sobre un libro de Luisa Luisi», advertimos los errores que a continuación señalamos:

	DICE	DEBE DECIR
Pág. 345	... Peforma Valeriana, que ...	... Reforma Vareliana, dice que
» 346	... deberán ser tan diferentes	... deberán ser diferentes
» 347	(l. 7) ignorancia, la educación	ignorancia, la ineducación
	(l. 10) para constatar estos ...	para combatir estos ...
» 349	(l. 31) ... estos conceptos físicos de	estos conceptos básicos de ...
» 351	(l. 7) Estos paseos organizados	Estos paseos organizados de este modo
	(l. 9) ... como podrían darse	como podrían hacerse
	(l. 22) ... en su autor, como lo ...	... en su autor, si no lo supiera ya

"Le symbolisme français et la poesie espagnole moderne".—Por A. Zérega Fombona.—Edición del "Mercure de France".—París. — 1922.

En edición del "Mercure de France", venimos de leer este sintético y hermoso estudio de Zérega Fombona sobre la influencia de la poesía simbolista francesa en la poesía iberoamericana de la actualidad.

Fombona rinde homenaje a Rubén en las páginas principales, y le exalta con lírica elocuencia a los ojos de Francia que casi le ignora, y que, sin embargo, tanto le adeuda.

Comienza estudiando el simbolismo con eruditas notas críticas: comenta las teorías de M. Lévy-Bruhl sobre las "participations" y la psicología moderna; considera el acto lírico para afirmar que la poesía es la religión; expresa interesantes ideas sobre la evolución psíquica humana; dice la historia del movimiento literario español-americano y remarca la influencia decisiva de Darío, cuyo busto se erige ya en el Luxemburgo.

El libro de Zérega Fombona constituye un bello esfuerzo crítico de la poética simbolista, que París tanto ha discutido, y que "malgré-tout", es sin disputa "el alba de oro" de la edad actual.

Por el simbolismo francés renació el lirismo universal; del simbolismo francés surgieron los más bellos y gloriosos nombres líricos de Francia; al simbolismo francés debe América la modernidad de su prosa y de su verso, y España el renacer de su idioma, removido y agrandado por la reforma verbal que trajo la música, la elegancia, la suavidad, la "nuance"...—**T. M.**

ERRATAS

En nuestro número anterior, Sección Educación, artículo del doctor Brignole «Sobre un libro de Luisa Luisi», advertimos los errores que a continuación señalamos:

	DICE	DEBE DECIR
Pág.	345 ... Peforma Valeriana, que ...	... Reforma Vareliana, dice que
»	346 ... deberán ser tan diferentes	... deberán ser diferentes
»	347 (l. 7) ignorancia, la educación	ignorancia, la ineducación
	(l. 10) para constatar estos ...	para combatir estos ...
»	349 (l. 31) ... estos conceptos físicos de	estos conceptos básicos de ...
»	351 (l. 7) Estos paseos organizados	Estos paseos organizados de este modo
	(l. 9) ... como podrían darse	como podrían hacerse
	(l. 22) ... en su autor, como lo ...	... en su autor, si no lo supiera ya

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

A partir del 1.º de Enero de 1923 el Banco no abonará interés sobre los saldos acreedores en Cuenta Corriente y Depósitos a la Vista, y el interés sobre los saldos de Caja de Ahorros (Sección Alcancías) queda fijado desde la misma fecha, en 6 % hasta $ 300 y en 5 % hasta $ 1,000.

Los materiales de esta revista son inéditos.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
RODOLFO MEZZERA—PABLO DE GRECIA—JOSÉ MARÍA DELGADO

FEBRERO DE 1923

SUMARIO:

A Artigas padre nuestro		por José María Delgado
Glosas del mes		
El monumento a Artigas		por Telmo Manacorda
Romance del amor ingenuo		por José Pereira Rodríguez
Ruy Barbosa		La Redacción
El diablo de los ojos azules		por Adolfo Agorio
Poemas del Hombre		por Pedro Leandro Ipuche
Tríptico		por Manuel Benavente
La vida extraña de mi amiga Valeria (fragmento)		por Emilio Samiel
Hispano - América	**Correo**	por José Vasconcelos
	Romances	por Josefina Zendejar

Notas Bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII

N.° 56

056.1
PEG
No. 56

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Horacio Arredondo (hijo).—Alberto Brignole.—José P. Bellán. — Manuel Benavente. — Enriqueta Compte y Riqué. — Buenaventura Caviglia (hijo).—Julio J. Casal. — Ismael Cortinas. — Manuel de Castro.—Asdrúbal E. Delgado. — Eduardo Dieste.— María Espínola y Espínola. — José M. Fernández Saldaña.—Emilio Frugoni. — Antonio M. Grompone.—Blas S. Genovese.—César G. Gutiérrez.—Carlos A. Herrera Mac Lean — Luis A. de Herrera.—Juana de Ibarbourou. —Julio Lerena Joanicó.—Luisa Luisi.— Alberto Lasplaces. — Horacio Maldonado. — Julio Raúl Mendilaharsu. —Raúl Montero Bustamante.— A. Montiel Ballesteros.—Casiano Monegal.—Alberto Nin Frías.—Emilio Oribe.— José Pereira Rodríguez.— Víctor Pérez Petit.—Carlos M. Prando. — Wilfredo Fi.—Horacio Quiroga. — Santín Carlos Rossi. — Vicente A. Salaverri. — Emilio Samiel. — Carlos Sabat Ercasty. — Fernán Silva Valdez.—José A. Trelles.—Juan Zorrilla de San Martín. — Alberto Zum Felde. — Armando Vasseur.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay
Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

056.1
PEG
No. 56

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Horacio Arredondo (hijo).—Alberto **Brignole**.—José P. **Bellán**. — Manuel **Benavente**. — Enriqueta **Compte y Riqué**. — Buenaventura **Caviglia** (hijo). —Julio J. **Casal**. — Ismael **Cortinas**. — Manuel de **Castro**.—Asdrúbal E. **Delgado**. — Eduardo **Dieste**.— María **Espínola y Espínola**. — José M. **Fernández Saldaña**.—Emilio **Frugoni**. — Antonio M. **Grompone**.—Blas S. **Genovese**.—César G. **Gutiérrez**.—Carlos A. **Herrera Mac Lean** — Luis A. de **Herrera**.—Juana de **Ibarbourou**.—Julio **Lerena Joanicó**.—Luisa **Luisi**.— Alberto **Lasplaces**. — Horacio **Maldonado**. — Julio Raúl **Mendilaharsu**. —Raúl **Montero Bustamante**. — A. **Montiel Ballesteros**.—Casiano **Monegal**.—Alberto **Nin Frías**.—Emilio **Oribe**.— José **Pereira Rodríguez**.— Víctor **Pérez Petit**.—Carlos M. **Prando**. — Wifredo **Fi**.—Horacio **Quiroga**. — Santín Carlos **Rossi**. — Vicente A. **Salaverri**. — Emilio **Samiel**. — Carlos **Sabat Ercasty**. — Fernán **Silva Valdez**.—José A. **Trelles**.—Juan **Zorrilla de San Martín**. — Alberto **Zum Felde**. — Armando **Vasseur**.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay
No se devuelven los originales.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Cooperativa Editorial Limitada "Vigilia"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

«LA PRINCESA PERLA CLARA»
Comedia feérica de José María Delgado

«INQUIETUD» 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

«LA MUJER INMOLADA» 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

«LOS POETAS SALTEÑOS» Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

«AGUA DEL TIEMPO» 2.ª Edición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Lerena Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Caillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120. — Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1578 - BUENOS AIRES

PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Febrero de 1923. — N.° 56 — Año VII.

A ARTIGAS

PADRE NUESTRO

En el concurso que promovió el diario "El País", con oportunidad de los homenajes rendidos al insigne varón, cuya figura en bronce fué entregada a la admiración pública, obtuvo el primer premio esta composición.

Los prestigios del órgano que convocaba y el asunto que era incentivo extraordinario, llevaron a este certamen gran número de poetas. El sitio que el vencedor ocupa en esta casa nos veda comentar con mayor latitud dicho torneo.

En ti estábamos, por ti fuimos,
Nos forjaste a golpes de alma y escoplo
Eramos anónimos limos,
Nos hizo espíritu y carne tu soplo.
Una sola palabra puede llamarte:
Padre...

¡Ah, sí! quien golpea tu sombra de bronce
Oye guerrero oleaje;
Ve la muerte láurea
Aguardando a los héroes, posada sobre el umbral del
[coraje;

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Elición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Caillava

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

PEGASO

REVISTA MENSUAL **MONTEVIDEO**

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Febrero de 1923. **N.º 56 — Año VII.**

A ARTIGAS

PADRE NUESTRO

En el concurso que promovió el diario "El País", con oportunidad de los homenajes rendidos al insigne varón, cuya figura en bronce fué entregada a la admiración pública, obtuvo el primer premio esta composición.

Los prestigios del órgano que convocaba y el asunto que era incentivo extraordinario, llevaron a este certamen gran número de poetas. El sitio que el vencedor ocupa en esta casa nos veda comentar con mayor latitud dicho torneo.

En ti estábamos, por ti fuimos,
Nos forjaste a golpes de alma y escoplo
Eramos anónimos limos,
Nos hizo espíritu y carne tu soplo.
Una sola palabra puede llamarte:
Padre...

¡Ah, sí! quien golpea tu sombra de bronce
Oye guerrero oleaje;
Ve la muerte láurea
Aguardando a los héroes, posada sobre el umbral del
[coraje;

Pasar el viento tajante de los escuadrones
Como tromba de alados y agudos peñascos
Que erizaran la piel de la tierra:
Anublarse de polvo el paisaje
Bajo el cuádruple fugar de los cascos;
Laberintos
De lanzas, gritos, caballos y humo;
Campos y ríos en púrpura tintos,
Clarines de guerra
Azuzando la fiera dormida de los instintos...
Y en dos únicos brazos la pausa,
Y una sola mirada impertérrita,
La tuya, íntegra en el fin y la causa.

¡Oh, Caudillo! neto Caudillo de los hombres de Amé-
[rica
Rodilla que nunca se hincó,
Ni cuando el unánime sol de Las Piedras
Ni cuando la noche de Tacuarembó.

Pero nosotros no te llamamos héroe,
Está más arriba tu cumbre...
Allí donde hay choques de hierros y arrojo
Enciéndese heroica vislumbre.
Todas las patrias fraguadas al rojo
Dan chispas como el yunque de las herrerías.
Héroes no hay pueblo que no los haya.
Pero tú vienes de mucho más hondo, de mucho más
[lejos
Que de los talleres de la batalla:
Tú vienes desde el fondo de los Evangelios
Trayendo en los hombros robustos el arca
De las libertades y la democracia,
Tallado como un Moisés o un Abraham.
Tú no eres el Capitán
Sino el Patriarca.

Así llevaste a tu pueblo sobre el flanco,
En Exodos que no tienen análogos,
Como si fueras la tierra misma;
Así dictaste tus decálogos,
Así tenía bíblica fuerza tu voz
Y solías subir como un viejo profeta
A escuchar en lo alto de tu Meseta
La silenciosa palabra de Dios.

Donde tú estabas no sólo estaba el joven guerrero.
Brazos y piernas de acero,
Estaban los viejos de crenchas de armiño
La madre y el niño.
Más: los montes cuajados de nidos y de frutas,
Las aguas epónimas, el valle magnánimo.
Tú eras el centro de todas las rutas,
La claridad, el escudo y el ánimo.
No, no eras simplemente la ínclita espada
De filo siniestro,
Labios y picos, viento y arrullos del agua y la selva,
Cuanto tiene una voz en el suelo natal,
No te dice General
Sino padre nuestro...

¡Mira! todos tus hijos estamos aquí
Rodeando tu sombra inspirada
Lo mismo que en el Ayuí.
Todos están,
Los que fueron, los que somos, los que serán.
Los de hoy en los himnos vibrantes y abiertos,
En las viejas banderas y en el aire encendido los muertos,
—Sentimos el ámbito poblado de almas—
Los de mañana
En el augurio solar de la diana.
Padre de ahora, de ayer y de siempre:
Hemos venido por todas las sendas,

En todas las formas, de todos los modos,
Los corazones como las campanas en los jubileos,
A cantarte la máxima estrofa de los apogeos,
Todos uno y tú en el centro de todos.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

GLOSAS DEL MES

El Monumento a Artigas

El 28 de febrero se inauguró el Monumento a Artigas.

La voluntad nacional ha consagrado así,—en la piedra y el bronce perennes con que los hombres afrontan los siglos,—su homenaje al héroe máximo, al capitán invicto, al padre y patriarca de la gesta.

Oro y laurel, banderas y clarines, clamor de multitudes y estruendo de cañones, ejércitos de gala y zumbar de aeroplanos, y entusiasmo y ardor y alegría en la tarde radiante de azul y de sol: he ahí la fiesta clara y abierta a la efusión de las muchedumbres: he ahí la fiesta oficial de la patria.

No se ha visto, de muchísimos años, júbilo igual a este júbilo; emoción igual a esta emoción.

Estaba glorioso el día triunfal: la ciudad hervía desde temprano en la inquietud de las calles, en el temblor del aire, en los pliegues de las banderas.

Y entre el gentío que va y viene con paso alegre y entusiasta, un olvido divino de las angustias, de las tristezas, de las miserias humanas. Todo es esplendor al sol radiante: empavesados como los buques de la bahía están los corazones y las casas...

A mediodía la fiesta canta en los más apartados rincones de Montevideo, comienza el enorme tránsito

hacia el centro, la avenida se puebla de innúmeras gentes que buscan lugar, que vienen a ver...

Allá abajo, en la mitad de la Plaza de la Independencia, en el corazón de la Ciudadela, está el bulto inmenso del monumento, embolsado en una gran bandera que es artiguista del lado norte y nacional al sur.

El jardín francés de la plaza, los faroles americanos, "la pasiva" circundante, todo es pequeño y pobre para tanta grandeza.

El monumento impone con su tamaño, con su original pedestal, con el triunfo del bronce en los bajorelieves, con la grandiosa figura ecuestre que la envoltura gloriosa deja adivinar.

Ya están depositadas al pie del Monumento las coronas y las placas de bronce que traen el mensaje fraterno y reverente de América: ya están en línea de honor los cadetes de la Escuela Militar que visten el traje histórico del Batallón 1.º de Cazadores que juró la Constitución de 1830:—ya están los Blandengues de Artigas y las marinerías extranjeras y las misiones diplomáticas, cada uno en su puesto, mientras llega la manifestación popular que encabezan millares de damas entre un bosque tupido de banderas. El Monumento va a descorrerse. Aceras, calles, balcones, azoteas, árboles: todo es gentío alegre y sonriente que se mueve inquieto, que se agolpa en masas, que baja del este y sube del oeste, hablando, riendo, cantando... Linda la muchedumbre entre las banderas y los uniformes, entre las cureñas y las músicas...

La luz solar corta los ojos en las bayonetas y en las espadas al aire: tiembla el azul purísimo sobre la estatua enorme y el pueblo inmenso: irradia el sol destellos de oro en las puntas de las lanzas, fulgor de mercurio en las aristas del pedestal;

En la tribuna oficial, contrastando con los negros sombreros de copa y los brillantes entorchados de los generales, parecen rosas las mujeres.

... Luego un silencio palpitante, un hondo silencio que se siente latir como un pulso fantástico, y en seguida el cañón, el vuelo de las campanas, el griterío de las sirenas, las dianas militares, el vocear del pueblo que canta y aplaude al mismo tiempo, mientras el himno nacional se levanta solemne y amplio, ascendiendo como el incienso de la tierra alrededor del Héroe, que tiene alta la frente, el sombrero en la mano, magnífico y rotundo el caballo que marcha.

Ahí está: los hombres se sienten pequeños como al pie del altar; el clamoreo, fortalecido, cubre los aires y el monumento, grandioso, resonante, impone como un padre inmenso.

Se han dicho los discursos, que el clamor de la muchedumbre ahogó sin remedio: Zorrilla de San Martín entre ellos, con sus brazos arriba y el mirar fulgurante y la palabra de oro,—Zorrilla de San Martín, poeta y padre un poco también del monumento,—Zorrilla de San Martín, autor de la Epopeya y de la Leyenda...

Después el desfile militar, la romería popular inacabable, el día que concluye, y los remolinos macizos de la multitud,—hombres, mujeres, niños,—que acampan alrededor del Patriarca, como en los crepúsculos del Éxodo cuando "lo siguen los que gustan"....

... Padre nuestro: ya estás con nosotros para siempre: "nuestra autoridad emana de Ti y ella se acrecienta por vuestra presencia soberana".

Y nos queda el orgullo del más grande y hermoso monumento ecuestre de América; — nuevo Colleone, nuevo Gattamellata, que un moderno Verrocchio, que un digno discípulo de Donatello inmortaliza con soplo lírico y fuego clásico, en piedra y bronce de calidad heroica.

Inmortalidad harmoniosa y suprema, en cuyas alas, como en una nueva victoria de Samotracia, Zanelli, escultor y artista, aprisionó la vida, la libertad, el movimiento, en tanto Artigas, libertador y precursor, cabalga "verso il sole"...

TELMO MANACORDA.

ROMANCE DEL AMOR INGENUO

La tarde se vuelve rosa
Sobre la verde colina;
Caminan lentas las nubes
En caravana tranquila,
Que semeja astuta marcha
Del dios Pan tras unas ninfas;
La aldea se aquieta y duerme;
Se escapa de la alquería
Con el bando de palomas
La canción de las esquilas;
El viento calma su empuje
Para transformarse en brisa;
Los noctámbulos cocuyos
Encienden sus lamparillas;
Canta el agua entre las piedras
Y el zorzal en la vecina
Sonoridad de la huerta
—Que se puebla de avecillas—
Enhebra en un silbo largo
Su romántica perfidia:
(La paloma a su reclamo
Se va quedando dormida).
Venus se enciende orgullosa
Frente a la luna amarilla.

El pastor que está soñando
Mientras la tarde declina

Prolongando el sol de oro
En lo azul de su pupila,
Oye sonar en su alma
Palabras jamás oídas
Que le encabritan la sangre
Y le encienden las mejillas.
Parece que el campo... ¡y todo!
Como con voz argentina
Fuera dioiéndole bajo
Con aire de celestina:
"Si es que anhelas tu ventura,
Despierta al amor tu vida;
Bebe el agua en una fuente
Que no sacie tu ardentía;
Toma a la moza más bella
Que encuentres en la campiña
Y dile, pastor, palabras
Que le enciendan las mejillas.

Cuando sientas en tu cuerpo
Indefinibles cosquillas
Porque ella te responde,
Pudorosa y consentida,
Vacilando en darte un beso
Con que te dará alegría,
Tendrás una novia hermosa
Reflejada en tus pupilas,
Que irá oprimiendo tu nombre
Entre sus labios de guinda,
Que te mirará sin verte
Como flor de la campiña,
Que te hablará sin hablarte,
Que escucharás sin oirla,
Que estará siempre a tu lado
Porque, aun lejos y escondida,
Sentirás que te acompaña

—Siempre alegre y siempre niña—
Pidiéndote que la arrulles
Con silbos de tu ocarina".

El pastor sigue soñando
Frente al crepúsculo lila;
Ante la voz inquietante
Que le abre en par la vida,
Alza los ojos al cielo
Y la estrella vespertina
Con mansedumbre de novia,
Se le antoja que lo mira
Como nunca lo han mirado
Las mozas de la alquería.
Infantil en su ignorancia,
Desbordando su alegría,
A la estrella que lo observa
Con picardía le guiña...
Y la estrella le responde
Escintilando en seguida...

El pastor queda pensando
Y a sí mismo se confía:
—"Mi novia es aquella estrella
Pues si la miro me mira;
Sin hablarle me responde
Con su mirada tranquila
Y sigue todos mis pasos
Cuando la tarde declina,
Cuando la noche repecha
Como un perro, la cuchilla.
Va a mi lado y yo la siento.
Su luz azul me acaricia.
No desciende a darme un beso
Pero bajará algún día".

Y contento con su hallazgo
Hace sonar su ocarina
Para ofrendarle a la estrella,
Con su corazón, la vida
Y llorar que esté su novia,
Tan arriba!... tan arriba!...

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ.

RUY BARBOSA

Como hijos de esta América nos corresponde parte en el duelo causado por la muerte de este brasileño ilustre.

No es hiperbolizar el sentimiento de la fraternidad continental, sino tomar en su justo mérito aquella condición primordial de su vida, el deseo de la nivelación ante el deredho, intención que mucho podía rendirnos a los países de escasa aptitud agresiva.

Mas fuera de esa culminante aplicación de su corazón y de su inteligencia, tuvo dignísimos atributos de orgullo continental.

Fué una personalidad en la que el periodista, el legislador o simplemente el hombre de bufete, se fundían en un obstinado campeón de la justicia. Eso fué, sustancialmente, aquel esclarecido espíritu; pero en elogio tan sin adornos, nuestra emoción concita recuerdos muy diversos sobre la multiforme capacidad del extinto. Más arriba dijímosle periodista, legislador, hombre de bufete, pero ¡cuánta elevación en cada una de esas tareas!

El periodista fué un adoctrinador de pueblos, sembrador de cultura en las más variadas y brillantes formas, un descollante maestro en el manejo de su bella lengua: el legislador lo fué en la ancha vastedad de la palabra, pero sobre todo en la grave ciencia de las finanzas: el maestro de materia jurídica en el bufete era sólo un corazón.

EL DIABLO DE LOS OJOS AZULES

El diablo de los ojos azules, da algunos pasos y se acerca a nosotros. Aquella mañana lluviosa recibe a los miembros de la prensa. La casualidad lo pone muy cerca de mí, y puedo observarlo a mi sabor. Ese viejo fornido infunde un extraño optimismo. Debajo de los bigotes grises, mientras habla, su boca pequeña, entreabierta por una misteriosa sonrisa, apenas se mueve. El momento es grave, y aquel rostro risueño quiere dar la ilusión del gladiador que no ha nacido para rendirse. "La espada está firme en mi mano", repite. Y la viril sobriedad de la lengua inglesa adquiere en sus labios acentos desconocidos. (1) Cuando el pliegue se hace más hondo, algunos dientes irónicos asoman cautelosamente para morder la frase, y atormentarla, y deshacerla, en medio de una diminuta tormenta de relámpagos blancos. Dos líneas suaves, de una movilidad extraordinaria, nacen junto a las lisas mejillas, continúan la forma ligera de la nariz, y pasando al costado de los labios, parecen prolongar hasta la barba el chisporroteo de su burla sonriente. Tiene el cráneo echado hacia adelante, siguiendo el dibujo un poco encorvado de la espalda, con la espesa melena gris que cae sobre el cuello, con la garganta hinchada en el hervor de su sangre céltica, con las tres arrugas

(1) Es la frase favorita de Lloyd George y que repite siempre. Después de su caída volvió a pronunciarla varias veces. Puede leerse en el discurso de Leeds (Octubre de 1922). I have shaken the burden from my shoulders, but my sword is still in my hand.

de la frente que ya se esfuman como en un ensueño, o se vuelven enérgicas, llenándose de sombra, cuando las trabaja la fantasía milagrosa del destino humano. Pero toda la vida de su semblante está en los ojos. Esa mirada resplandece en una locura terriblemente lógica. Son dos puntos obscuros, donde el azul apenas se revela, dos puntos ensombrecidos y achicados por el doble pliegue de los párpados. Cuando las cejas se juntan discretamente, diríase que una chispa traviesa huye hacia los rincones blancos de los ojos, ribeteados de grietas sutiles, donde el rostro reconcentra toda su malicia, toda su fe, toda su piedad. Allí está el sentimiento histórico de un siglo. Esos ojos todo lo poseen, menos el absurdo. Arde en ellos una sugestión de pertuidad, el silencio enigmático que multiplica las ideas. Una emoción extraña nos invade a todos junto a este hombre fantástico, que ha sido el eje de la transformación moral de su tiempo. Al estrecharle la mano, trato de penetrar bien en el fondo de la diabólica seducción de su mirada. Hay en su rostro fino, profundamente expresivo, algo del león y del zorro. Entonces acierto por qué se deshicieron en polvo, bajo esos ojos, las catorce cláusulas de Wilson. Entonces me explico por qué Clemenceau fué un frágil juguete en las manos del genio británico. Entonces comprendo por qué su nombre, escarnecido durante la guerra, es aclamado luego en Alemania con el delirio de las apoteosis.

He ahí el forjador de humanidades. Toda su figura respira el sentido de la creación histórica, y hasta su escepticismo posee la embriaguez en la responsabilidad. Porque Lloyd George, yendo menos violentamente que el mecanismo de la vida, nos quita el consuelo de que vamos más de prisa que el mundo; pero nos da, en cambio, con la moral del perfeccionamiento razonable, la ilusión de un progreso sin fin.

ADOLFO AGORIO.

POEMAS DEL HOMBRE

Libro del mar

I

Hay árboles de calidad esencial que maduran por arriba. Abiertos y ofrendativos, alargan sus manos misteriosas, llenas de fragancias oscuras y de jugos flexibles. Un día, por la rama más alta, suelta y delicada, empieza el fruto a endurecerse armoniosamente, mostrando el matiz redondo de la madurez. Ese fruto es la culminación triunfante de la raíz y el acercamiento más limpio y afinado del sol. Y ahí está realizado en frescura y dulzura, primero y mejor.

El viejo Hugo habla en su libro formidable sobre Shakespeare de aquella cumbre hasta donde baja Dios y sube el espíritu para meditar. Y dice que eso es el ideal.

Pero lo del árbol es más serio y menos retórico.

II

Carlos Sábat Ercasty vive profundamente ese árbol de plenitud. Tiene el acierto milagroso de la raíz que lleva su fruta imantada a la más alta simpatía solar. Cualquier verso, cualquier salmo que salen de él, comportan esa gravedad secular que hace inmortales los asuntos del Arte.

Acaba de publicar un Libro sobre el Mar, siguiendo la forma cíclica de sus primeros Poemas del Hombre.

Con una religiosa actividad, ajeno a toda chillonería reclamista, este hombre crea y edita, preocupado tan sólo de cantar bien.

Disfruta ya de ese estado fundamental del artista, del hombre de arte probo y apurado, a quien no entusiasman los juicios frívolos y desacertados de los amigos y a quien no lastiman los dislates de los incomprensivos ni la indiferencia del analfabetismo espiritual que día a día se ensancha entre nosotros, ni los puntazos ardientes y ácidos de los envidiosos, de los perdidos para toda cosa buena, desde la piel al corazón.

III

Hace más de tres años, una tarde, íntimamente memorable, salimos a caminar con Sábat Ercasty por la orilla del mar.

Más de cuatro horas duró aquella paseata, morosa y delicada. Un verdadero peripatetismo heroico.

Acababa yo de leer las maravillas de Fabre sobre los himenópteros. Y en la efusión fraterna de la glosa, teniendo el mar a pocos pasos, recuerdo haberle dicho al gran Sábat: "Este enorme de Fabre le llama al mar Nodriza primera de la Vida".

Cuando Sábat se entusiasma, ríe homéricamente. Estalló en una de sus gigantescas carcajadas, afirmando el acertazo del Santo Juan Enrique.

Llenamos toda aquella tarde, hablando del origen marino de la vida. Y nos hicimos cálidos creyentes de una idea tan seria, filosofando en charla, a gusto abierto y mano a mano.

Creo que el decidido origen, la moción viva del Libro del Mar, vienen de aquella tarde.

Trabajando sobre esa idea; yendo seguidamente a remar y a pescar; metiéndose mar adentro en una de esas barcas legendarias de Malvín—que tanto conozco yo;—puesto frente y dentro de ese mar "de los colores limpios y las músicas claras", Sábat ha hecho esta tumultuosa sinfonía marina, donde todo es elástico, potente, vasto, hondo y oscilofónico.

El Libro del Mar es una sinfonía de intención y de asunto.

Compositor de ley, el poeta ha puesto en alta melodía sus instrumentos orquestrales: desde los copófonos finos y ligeros de las olas alegres hasta los bajos grises de las tormentas. Y así también en la emoción y el pensamiento.

Porque este mar de Sábat está lleno de mares. Pues todo es mar para él; hasta esta isla musical que, según su anchura de expresión, es nuestra tierra; la tierra de los hombres "hondos y bellos, con su pequeña vida y su inmenso deseo".

Nueve Cantos tiene el Libro del Mar.

Espinosa y dolorosa para mí sería la elección de los mejores. Los hallo iguales de flexión y frescura; de vastedad y calado.

La Sinfonía del Mar, por ejemplo, que en ciertos momentos pierde algo de la plenitud lírica del libro, alza, de pronto, cada verso que da calofrío. En ese Canto, precisamente, están las cosas inauditas y esenciales del Libro. Allí se habla de "el color de las piedras gastadas de la noche", de "el hombre de los descansos y el muslo de los comienzos", de "el mar caliente de las olas". Se sienten las fugas y los juegos, y los vértigos y las carreras y los vaivenes de las olas con tal arrebato y agilidad, que el poeta concluye por llamarlas "olas espirituales". Allí se canta el mar originario, y hay versos de una épica primordial.

"Gran abuelo inicial de todos los seres.
Lecho profundo del Sol y la Tierra,
Donde la luz de Dios se abrazó a tus aguas,
Te besó la espuma, te mordió las olas,
Te entibió la entraña, te llenó de formas.

Mar,
Que en un supremo esfuerzo comenzaste la vida."

Y óigase esto, y véase si se puede ir más a fondo y más originalmente en intuición y acierto rápido sobre el principio de la vida, sentido por la comprensión arcana de un poeta que se anega en sus motivos:

"Mar!
En un punto divino se te encendió la célula,
Y todos estuvimos contenidos,
Vertiginosamente,
En ese instante fértil de tu agua y la luz!"

IV

El poeta cree en el origen marino de la vida. Y lo canta. En el principio el Mar "era todo de música y era todo de agua". Pero Dios lo llenaba de una idea tan poderosa, que se entreabrió de formas.

Ese mar ebrio y alocado, en un verdadero revoltijo cósmico, quería que la idea de Dios se hiciera vida, y que el agua y la luz fuesen alma para realizar en un ritmo plástico eviterno el bulto, el color, la forma animada que aman los hombres, porque nacieron de la misma entraña, "profundamente madre", del mar sin edad.

La intuición, o la adivinación recóndita del poeta, logra este milagro de reviviscencia originaria.

Cuando toca, en un estado genuino de fe lírica, este problema inicial de la vida en el mar, el libro tiembla

con la grandeza cosmogónica de la Biblia y del Mahabarata.

El poeta, humanamente, dice que sabe estas cosas por "la memoria de la sangre".

Y arrebatado, grita:

"Por momentos el tiempo de la vida se borra,
Y percibo mi forma, sólo de pura idea,
Danzando en el océano, traspasada de luz."

Hay que ver de qué manera canta el poeta esta acentuación y evolución de las formas, pasando de los moluscos primerizos a los vegetales informes y a los animales antiguos, hasta llegar al hombre: término de armonía para el designio marino lleno de Dios.

Ese mar demiurgo e intencionado que da la vida y la forma en un connubio genésico de aguas y de música y de luz solar:—"el toro de los días te abría las entrañas",—es más impresionante y benéfico que el mar de las leyendas de los pueblos asustados, sencillos y supersticiosos que llenaban las distancias del mar de nereidas, tritones e hipocampos y de divinidades amorfas. Este no es el mar de Poseidaon ni de Tetis. Este es el mar, veraz y bárbaro, de la primera chispa y la primera célula, y del primer sacudón, resolutivo y perdurable, de la Vida.

Y este mar, por sobre todo, ansiaba culminar en el Hombre, como un amoroso dios creador. Para él quería la música más honda y el ritmo más alto y afinado.

Nietzsche dice al Sol que no valdría nada si no existieran hombres para admirarlo y sentirlo.

Este mar, como el Sol del gran Federico, da la impresión de que se sentiría espantosamente solo y maldiciente, sin la presencia sentimental de los hombres; de los hombres que dan calor a sus orillas con las ciudades; de los hombres que lo embellecen y estrían y conmocionan de naves y cosas migratorias, y lo aman con una misteriosa filialidad.

V

El libro empieza con la alegría del mar. Una verdadera deprecación de ménade. ¡Qué ebullición ebria y estrepitosa! ¡Qué desatados clamores de poseído del demón pasional! ¡Qué incendio ágil del Verbo! ¡Qué escena musical fremitabunda!

Se habla ya de la ola golpeando contra el Límite. Y el mar se vuelve de enorme simbolismo y de tragedia metafísica.

Viene después la "Sinfonía del mar" y la "Ola de las formas", y llegamos a la "Primavera del mar", el canto más fresco, más jocundo y más armonioso del libro. "Primavera del Mar"—hay que decirlo con todo valor—es la poesía más intensa, flexible y fina que se ha escrito en lengua española sobre el mar. No se le puede sustraer un verso sin hacer un crimen.

"El Mar y el Viajero" cobra un tono humano extraordinario y le permite al poeta dramatizar los episodios líricos de su espíritu con ese acierto pleno de todos sus buenos momentos. Dice ahí, también, que los hombres "no han escuchado al mar todavía", y no saben donde viven, porque nunca vieron de verdad "la casa profunda donde nacieron".

En "La altísima ola" se humaniza de un modo más dominante, y ya él está en el mar, y en un milagro de transfusión, él es el mar.

"Yo mismo entre los hombres sea un amoroso mar."
"Corazón, tú eres el mar:
Tú haces la música y ruedas la ola."
"Ay, corazón marino!"

En "El infinito océano" están sus grandes luchas espirituales, y hay una interrogación a la "nave de llamas" que viene de la noche y las sombras.

Afirmativo y supremo es su grito:—Pide una tempestad más fuerte!— dice a la "nave de sus deseos". Pero todo lo que ha visto lo ha puesto retorcido de tinieblas, de cenizas y de polvo de piedras negras.

No ha llegado a ningún lugar de claridad. Dios se le escapa. El fin del anhelo mortal es la densidad horrísona, la tiniebla resbaladiza, la posibilidad erizante de la nada. Pensaba dar con las raíces de las cosas, y se aturdió en la locura de la lobreguez atonizante!

Sin embargo, el poeta, con una contumacia desesperada, ha de volver a tactilizar en la sombra; ha de volver a levantar "la masa de sed" de su alma, y a golpear angustiosamente en la tenebrosidad de la última noche.

Y he aquí que el poeta evoca las siete vigilias nocturnas de su espíritu, y en la séptima noche, como en un final de aquelarre íntimo, "da con la sombra y la nada inmensa donde Dios va muriendo".

¡Qué ulular arroja este hombre en esa noche cabalística y tremenda!

"¿De qué estoy hecho?—grité.
Y mi grito hacía más grande la noche.
¿Por qué estoy ciego?
Pregunté con todas mis brasas.
¿Por qué voy cayendo?
Lloré con toda mi rabia.
Y sentí el tacto del inmenso naufragio.
Toqué la sustancia vertiginosa de la eternidad."

En este Canto, Sábat ha dado un sentido más trágico y profundo a la sombra que Teixeira de Pascoaes. El magro y evangélico poeta de "As Sombras" tiene una dulce y ensoñada conformidad con la oscuridad. En él, todo es saudoso, hiperbóreo, panteístico y cristiano, y de una religiosidad menos brusca y congojosa. Teixeira es doloroso y suave como un retoño directo

de Jesús. Sábat va más con Omar Kayyam o con Niezstche.

Hay en los grandes espíritus, perforadores de la sombra, una verdadera punta de aguja negra que se pierde en la tela lóbrega y sin fin. La fatiga de perforar y sutilizar sin llegar a una claridad compensativa y tranquilizadora, los hace gemir fieramente. Entonces arrojan sus labios, llenos de una humedad negra y agria: la inculpación. Dios es el malo. El que se esconde fatalmente, y no se le ve ni se le presiente.

En Omar, ese rencor busca el calmante rojo de los vinos olvidadores. Y hay en los Rubayyats ciertas violencias de ebriedad sañuda.

En Sábat, hombre de gran presencia de ánimo y de riñones sanos, ese encono vengativo vocea de nuevo la vieja rabia prometeana, resonante, prevaricadora y titánica:

El iniciado resuelve la cuestión última con el ideal supremo de la realización divina. Su vida es un crescendo de afinación y elevación, sutil y sinfónico. Lleva a Dios en sí, y tiende a conseguirlo y revelarlo.

Pero estos espíritus occidentales hechos a ver a Dios fuera de sí, con un sentido personal y amorfo de Dios, buscan a Dios tenazmente, por todos lados y repliegues, y no en sí mismos, y la vida les resulta de una intensidad combativa, cruel y aturdidora,—y lo que es más siniestro aún—sin una solución decisiva de la luz total.

VI

Y el poeta llega a la noche macabra del sacrificio terminante. Y siente una alegría como un sollozo. Va a arriesgarse absolutamente en el último encendimiento.

"Me levantaré en el árbol de las llamas."
"Ah feliz incandescencia.
Risas locas, gemidos abrasados.
Prueba de la angustia y el abismo.
Canto del hombre efímero
Frente al enorme océano de sombra."

Y debe tener la conciencia de lo que es, para no ser un simulador, un traidor a la divinidad que está en él.

La verdadera humildad es la sinceridad, porque es hacerse caso a sí mismo y obedecerse.

Toda esa desgraciada gente que no lee ni entiende a nuestro gran poeta (verdadera gracia de Dios en el mundo, valor de primera agua para cualquier raza, para cualquier época, para cualquier cultura), toda esa gente sorda y perdida del espíritu, no puede preocuparlo.

Con un sentido olímpico del Arte, trabaja en las cosas del Arte como cae el agua, como arde el sol, como anda el viento: sin necesidad de nadie y para hacer el bien libremente a todos.

Su último libro del mar es más flexible, más claro, más ardiente en humanidad, más musical que los primeros Poemas del Hombre. Con esto ha ganado su destino de trabajo.

En todo el libro está la ondulación poderosa y antiquísima del mar. La UNDUMBRE, para decirlo con una estupenda voz arcaica del castellano.

Y hay una transverbación tal del asunto con la integración cósmica, con su corazón de hombre, con las cosas de Dios y con las cosas del mundo, que a veces nos sacude un mareo repentista y nos parece ver al mar en todo: en los astros, en las ciudades, adentro de los hombres, en las tinieblas, en las sombras arcanas, y en el mismo Dios que, según el poeta, "viaja en sí mismo".

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

Montevideo, enero de 1923.

TRIPTICO

ALMA...

Alma: Con tu humildad serena y pensativa
con los rudos impulsos de tus fuerzas oscuras,
con las debilidades que te atan a la tierra
y te anegan en sombras, en misterio y en duda...

Con todo... Sé que eres poderosa y un día,
tajando luz, irás hasta el trono de Dios,
y te deshojarás como una rosa, dando
al viento del destino tu perfume de amor.

NORMA.

No seas de lo nuevo un esclavo, poeta;
ni dobles la cerviz al yugo de lo viejo.
¡Sé tú mismo! La voz interior que te manda
te dice que no hay hoy ni ayer; nada es el tiempo.
Más allá de ese mundo pérfido de la forma
sólo vive el espíritu, expresión de lo eterno.

LEY.

Aunque no esperes nada, lucha, amigo,
cual si esperaras un ansiado bien.
Aunque nada interrogues, no te niegues
—cuando se haga la luz en torno—a ver...
Aunque ningún rumor rompa el silencio,
escucha con oído atento y fiel.
Vive, lucha, ama, sufre, sueña, crea...
y deja hacer a Dios: Esa es la ley.

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú.

LA VIDA EXTRAÑA DE MI AMIGA VALERIA

(FRAGMENTO)

... porque era un inglés, adecuado para esas leyendas que nuestra suspicacia criolla siempre forja sobre las diferencias de su civilización, cuyas costumbres se nos aparecen como excentricidades. Joven aún, señor allá en su Escocia de castillos soberbios y de lagos legendarios, sepa Dios qué huracán lo empujó a nuestro continente, viniendo a anclar en un predio magnífico de la vilipendiada región de Canelones.

De que anduvieron de por medio faldas en la variante radical de la vida de nuestro inglés se sospechaba por su tenaz misoginia, que lo llevó a suprimir las mujeres hasta en los *puestos* de su estancia. Púdose pensar muy bien que el inglés sufriera hartazgo que le impusiera rehuir tan grata y áspera fruta; pero la gente circundante más dada a tirar por vericuetos de malicia que por rectos senderos de raciocinio, no quiso ver el capricho sino como fruto de alguna dolorosa experiencia, por lo cual no espolvoreó ironía sino piedad, sobre el concepto que le merecía el inglés.

Este dejó correr años en el bello encierro de su estancia, rodeado de galgos y de pavos reales.

* * *

Nuestra ganadería comenzaba entonces a evolucionar de su estirpe colonial hacia las razas perfeccionadas lucrativamente. Cundía esa fiebre renovadora que

llegó a interesar al míster de ánimo impasible, quien sacudió su apatía para hacer traer de Europa planteles de sangres puras a cuyo procreo aplicó inteligencia y actividad, acumuladas en muchos años de vida abstraída. Primeramente cultivó los Hereford de tan lindo color y de formas de proboscidas; luego los Durham de rizado pelo, avispados y elegantes. Mas cuando obtuvo de cada exposición departamental un primer premio en medalla de refulgente doublé, consideró acaso satisfecho su capricho en cuanto se relacionaba con los bovinos y dió en criar caballos de carrera. Entiendo que jamás llegó a ver triunfantes sus colores en ningún hipódromo, aunque obtuvo magníficos productos. Unicamente satisfizo la codicia atávica de los paisanos vecinos que estiman debidamente el lujo de un caballo hermoso; poco interesado, nuestro hombre obsequiaba con frecuencia en el vecindario los productos de su haras, sin que, justo es decirlo, concediera con el regalo ni un grano de su amistad ni de su afecto, pues regalaba por cualquier singular capricho, manteniéndose impenetrable y hosco.

Estas labores de mejoramiento le comieron varios años, en los que tomó un poco más de contacto con el mundo exterior, sin que en los viajes frecuentes a Montevideo y a los departamentos se alterara ni un instante su misoginia, ni su impasibilidad, ni su espontánea indiferencia por todo lo que seguramente abandonara allá en la isla nativa. Pusieron nieve esos años en su barba de oro, pero el rostro quedó indemne de la más leve arruga, el cutis terso, altivo el gesto, erguido el recio cuerpo de beluario, ágiles las piernas y fuertes los brazos de púgil, que concluían en manos pequeñas de dibujo elegante, como afinadas de tanto acariciar las triangulares cabezas de sus galgos.

Fuera nuevo capricho, o reminiscencia de sus abandonadas aficiones deportivas que adquiría vigor y

frondosidad en tan extraño espíritu, dió en hacer estudios sobre nuestros caballos criollos. Pero al remontarse a sus orígenes fuéle menester aclarar si descendían de algún hiparión misterioso o si éste era el conocido *equus rectidens*, o, lo que era también probable, que un entrevero con los corceles andaluces de la conquista fuera el origen del equino actual. Esta incursión al dominio intacto de nuestra vida prehistórica no fué hecha sin que el inglés se viera engranado por el mecanismo de la paleontología; y al tocar esta ciencia, el nuevo empeño del inglés se amplificó, pues de las investigaciones circunscritas a los equinos, pasó al estudio completo de toda nuestra fauna desaparecida. Para esto removió mucha tierra, movilizando multitud de peones; profanó con sus cavas las tierras frumentarias de Canelones, registró el cauce del próvido Santa Lucía, escarbó las famosísimas feraces campiñas de Soriano, y las de Rocha, esa región descuidada y pintoresca que todas las mañanas levanta el sol del mismo mar, para guardarlo a la tarde detrás de sus colinas suaves después de haberlo paseado sobre sus tierras ricas y sobre sus lagunas enigmáticas que fulguran como topacios.

Tal vez alcanzó algo útil para la ciencia en su gran botín de huesos. Menudearon los envíos al Museo Británico, una correspondencia científica y abundante prosperó y fueron frecuentes los viajes del míster a La Plata en busca de la ciencia positiva y modesta del memorable Ameghino.

El aspecto de la estancia cambió en el abandono de los ensayos pecuarios: el cultivo y mejoramiento de la vida fué sustituído por el cultivo de la muerte, si bien en esto había la extensión de una vida anterior no menos interesante. Las solitarias habitaciones fueron llenándose progresivamente de estanterías de libros y de enormes huesos. Y el inglés dejó de vagar largas horas, como antes, bajo las grandes acacias, para es-

cribir condensando los resultados obtenidos en el despojo que hacía a la tierra de sus tesoros evales.

Los galgos no ejercitaban ya sus andares señoriles, pues permanecían adormilados junto a su señor. Los pavos reales sí, presuntuosos y bellos, continuaban desplegando sus abanicos magníficos, pues imperturbables como la vanidad misma no les alcanzaba cambio alguno.

* * *

Aquí, en esta etapa de la vida del inglés, fué donde por extraordinario ensalmo se interpoló Valeria: mejor dicho, se incrustó.

¿Por qué extraños caminos vino ella a plantarse en la desolada ruta del inglés? ¿Cómo vislumbró las facetas de aquel espíritu impenetrable e inmutable? ¿Cómo misógeno tan ferviente abdicó hasta el punto de cultivar con Valeria amistad estrecha y fuerte engarzada en hondo afecto?

Sépalo Dios. Mucho sospecho yo, pero, más que discurrir sobre los prolegómenos de aquella amistad singular, me ha sido interesante disecar los actos de mi amiga, para dejar escueta la nervatura de su carácter, que era lo que me halagaba conocer. (Dejar escueta la nervatura de un carácter: ¡qué admirable y deleznable pedantería!). Ignoro, pues, con qué pormenores acaso novelescos germinó aquella amistad entrañable, que sólo pudo ser vencida de la muerte. Pero sé que, por manera de todo punto singular, mi amiga Valeria, que a sus veinte años, y siendo cajera de una droguería no se ocupaba más que de sus cuentas y de sus sombreros, apareció como dilettante privilegiada en cuestiones paleontológicas, afirmados sus conocimientos en estudios serios y en un trabajo experimental, que en nuestra tierra menesterosa de instituciones científicas y museos, resultaba de superlativos méritos.

Tal vez mire yo la cosa con lente en extremo favorable, en razón de que tal suerte de estudios siempre me ha proporcionado una desesperante, caótica situación; pues esos nombres, megaterio, plesiosaurio, gliptodonte, retumban en mi cerebro con sonoridad que corresponde a su volumen estupendo, confundo sus formas, no distingo sus clasificaciones, erro sus épocas, y de tan absurda y lamentable confusión sólo extraigo el convencimiento de que han menester extraordinario, envidiable vigor cerebral quienes logran comprender y reconocer aquellas faunas, como la mujer de mi quintero reconoce y comprende las gallinas de su corral.

Y sin embargo Valeria, que pudiera estar versada solamente en cuestiones de modistos y de perfumistas, con algo de Prevost y Carlota Braemé, supo, valerosa, autodidacta, adiestrarse por manera tan especial y sustantiva, que Mr. Well olfateó en ella una colaboradora eficaz; doblemente eficaz, ya que al dominio de su especialización unía un voluntarioso afán de investigar, de deducir, de buscar, para tal afición, aquí esotérica, un objetivo de definida utilidad. La cautivaba el viejo problema del origen sudamericano del hombre primitivo, problema que, dicho sea de paso, está para mí resuelto exacta y graciosamente por Voltaire, desde que tratando el punto dijo que si Dios había creado moscas aquí como en Europa, no veía por qué no habría de crear hombres. Pero la ordenación y el método en la labor de Valeria convergían en aquella mira y convencida estaba de que estudiando nuestros terrenos y nuestras faunas, había de probarse la emigración que tanto se discute.

* * *

La violenta evolución de la vida de Valeria costó cara a su organismo, que, naturalmente, se resintió en preciosos órganos. La anemia fuéla envolviendo, su

naturaleza pobre ofreció admirable campo y el torrente circulatorio llevaba por el organismo un riego decadente. Alteradas, ¡cuánto tiempo!, las funciones anímicas y orgánicas, sacrificando el deleite, el reposo y la nutrición al crudo empeño de dominar aquella ciencia, el desequilibrio físico fué formidable y significado no solamente en la anemia, sino que las operaciones del cerebro comenzaron a ser incómodas, y después, difíciles; hubo flaqueza en la formidable voluntad motora y advino hasta un vago, ridículo hastío del vivir, propicio al desaliento más pernicioso y triste.

Justo es agregar cómo dolorosos acontecimientos domésticos amargaron también aquella juventud: muerto el jefe de la familia, Valeria vino a ser en su casa la única capaz de pelear la vida. La hermana mayor, coquetuela y frívola, dos o tres hermanos sobradamente menores y su madre, señora disipada y casquivana, por imperio de exigencias de la vida quedaron bajo la férula de Valeria; y supongo yo, porque los conocí, supongo yo, aún zahumándolos de benevolencia, cuánto habrán dado que hacer a su apoyo y guía.

Indudablemente Valeria tenía más condiciones de ave procelaria que de pájaro destinado a tranquilo existir. Su atmósfera parecía que fueran las grandes agitaciones, las borrascas formidables que subvierten cuanta normalidad existe. Acaso en el sereno vivir doméstico enmohecieran sus cualidades. Así, resuelta y grave, con firmeza no común a su sexo y a su edad, asumió el gobierno de aquella barca llena de rumbos que era su hogar, el cual empalmaba a los graves problemas de la subsistencia los de un montón de caracteres en constante lucha, incapaces de todo esfuerzo ordenado y necesario, abiertos solamente para las malas rachas del egoísmo y del capricho.

* * *

A ese matorral de inquietudes absorbentes fué a buscarla Mr. Well, ofreciéndole, él, el misógeno empedernido, la tranquilidad de la estancia, para que el espíritu gozara en su atmósfera sedante, conventual, para que el cuerpo recobrara del sol y del aire limpio las perdidas energías.

Flemático, igual que de costumbre, hizo el ofrecimiento, pero con calidez, en vigoroso impulso cordial que resumía el interés y la simpatía que aquella mujer inteligente y enérgica había hecho florecer en su estepa moral.

En el desarraigo de viejos hábitos, en aquella trasmutación de la vida del inglés, la malignidad quiso ver un interés humano, pero bajo; nadie quiso reparar en las afinidades intelectuales, en la compenetración de dos espíritus absorbidos por una misma ansiedad científica, en el despojo de toda contaminación vil para aquel ofrecimiento, que sólo tendía a lograr salud y tranquilidad para la amiga dilecta, quien a pesar de su espíritu superior se dejó arrastrar en la marea de prejuicios, pues rehusó la hidalga oferta del inglés, y siguió viviendo su ambiente de todos modos dañino.

Pero halló, sin embargo, manera de aprovechar aquella generosidad: sus hermanos, jovenzuelos raquíticos, que se desarrollaban al ritmo de la escrofulosis, marcharon al campo con el inglés, quien los cuidó a maravilla; tal vez ni con más ni con menos interés que a un potrillo o a un ternero, pero sí con todos los cuidados requeridos por su cuerpo empobrecido y por su alejamiento del calor del hogar. Esta permanencia de los adolescentes en la estancia hizo menudear los viajes de la madre de Valeria; tras ella vino la hermana mayor, y de la visita fugaz en los trenes expresos, llegaron hasta a pernoctar y a hacer el *week-end,* des-

pués a pasar alguna semana, hasta que al fin se instalaron por temporadas largas, completando una lenta, progresiva invasión de polleras en solar que de ellas siempre estuvo libre.

Después, yo no sé cuándo, vino Valeria; tal vez cuando su organismo ya ni merecía treguas de la dolencia.

Aquí el relato que me hicieron tiene su laguna, pero yo he inferido lo fundamental, a fuerza de cavilar y hacer deducciones: he logrado aquello que servirá bien a mi exposición, sin que necesite andamiaje de minuciosos detalles.

El sol todopoderoso renovó el organismo empobrecido, hizo correr alegría y salud por las venas, exaltó las actividades aniquiladas y maceró el cuerpo en frescura y lozanía. Tal florecimiento, en plena juventud, debió ser particularmente eficaz en todo cuanto a su influencia personal se refiere; cuando yo conocí a Valeria había en su mirar, en su planta y en su palabra cierto hechizo sutil, cierto imperio suave y decisivo al cual se rendían fácilmente los espíritus que la trataban. Y es razonable pensar que tiempo atrás, en la cumbre luminosa de los veinte años, esas facultades subyugantes estuvieran en apogeo, aunque al rostro acaso lo velara el resplandor de gravedad que ahora hacía tan cautivadora su expresión. Los díceres que yo he hilvanado al zurcir esta historia, no son bien claros ni concordantes al tratar de cómo el inglés resistió o sufrió ese yugo insensible y halagador.

¿Fué el caso que se cuenta en libros, de aquella Mad. Bloth que llegó a reinar en el pecho y en el palacio del duque de Orleans, por haber contenido altiva y sabiamente el amor de éste sin dejarlo ultrapasar de una amistad delicada y honda? ¿Fué lo que sopla al oído un taimado vientecillo de malicia?

Cualquiera sea la encrucijada moral en que de-

bamos plantarnos, por ostensible y preponderante debe tenerse el influjo de Valeria, que transformó al inglés de un polo al otro de su vida, pues del hombre reconcentrado, huraño, un poco misántropo y de ánimo versátil, sacó el señor grave y gentil, asequible, magnífico siempre, encarriladas las potencias de su voluntad y de su inteligencia en un empeño científico de alta importancia.

El misógeno empecinado se ductilizó tan gradual y hondamente que la compañía femenina fué menester de su vida, como acaso había sido en la isla natal. La holgura de la gran estancia se le volvía incómoda, y triste la mesa faltando mujer, que en todo ponen ellas suavidad y gusto. Pesada y difícil era la lectura de las ciencias preferidas, y embrollado el examen de huesos, sin el comentario decisivo y ágil de Valeria, que todo comprendía y ayudaba a poner en claridad. Y cuando la inconsistencia de su voluntad lo incitaba a trasladar de la paleontología sus ideales, allí estaba la emulación activa de Valeria para traerlo al surco, augurando el fruto que se obtiene de la labor persistente, y para que ésta no fuera mecánica y rutinaria, sin cierto toque de ensueño que la embelleciera, Valeria encontraba recursos en su intuición para avanzar opiniones y teorías que levantaban muy alto y llevaban muy lejos sus pretensiones científicas, las cuales, si bien faltas del hervor del genio, no carecieron de ese punto de locura y osadía que mucho se le semeja y que a grandes cosas lleva.

* * *

Quien me hizo esta relación que comunico, sospechaba de la transformación ética del inglés, a quien tuvo muchas veces por perfecto comediante, sin más asidero para la sospecha que una escena a la cual no

encuentro trascendencia. Cierta noche de invierno el inglés jugaba al billar con mi confidente y al terminar la partida fueron en busca de Valeria, quien trabajaba en una sala próxima. Abrió el míster con suavidad la puerta: Valeria estaba de pie dando la espalda a la luz, metida en vasto ropón de terciopelo negro, con un cráneo en las manos, trágicamente alumbrada por la chimenea. En relampagueante asociación de ideas mi confidente eslabonó la calavera, el negro ropón, la luz oportuna, cierto fulgor extraño que halló en los ojos y tuvo una visión cursi y trivial. "Que aparición, Hamlet"—exclamó.

—¡Oh! no, diz que repuso con sorna el míster. Hamlet no: simplemente Pandora: eso sí, una Pandora criolla y peligrosa.

Era un timbre extraño el de sus palabras y parecía haber un dejo amargo en la intención; pero como se percatara del asombro de su interlocutor y del aire avizorante de Valeria que algo había oído, añadió ya sereno y pausado como si recién no hubiera fugado hacia otro mundo de sinceridad o de ironía.

—Sí, Pandora: vaya usted al fondo de la biblioteca y verá como se parece en el momento esta señora al cuadro del divino Rosetti: son los mismos ojos avizorantes fulgurando un azoramiento ingenuo, igual palidez trágica, el mismo gesto custodio de las manos anhelantes. Y en verdad no sé por qué estas manos no menos bellas que las de la pintura, presionan ese cráneo mondo, al parecer empeñadas en contener o conservar algo. ¿Cree usted, amiga mía, que haya algo ahí dentro, alguna idea materializada por sepa Dios qué misterio de histoquímica, para honor de ese hombre de hace siglos?

Agregó unas cuantas chirigotas sedativas y amables con lo que tranquilizó los ánimos recelosos y se enfrascó en una magnífica disertación sobre las pintu-

ras y los versos de aquel a quien poco antes llamara divino. Y como el hombre en estas faenas seducía, muy pronto el olvido esfumó aquella extraña y rápida impresión que para el espíritu susceptible y desconfiado de mi confidente, quedó como afirmación de que el inglés estaba impenetrado, representando una comedia perfectísima.

EMILIO SAMIEL.

1916.

HISPANO-AMÉRICA

CORREO

De carta del señor don José Vasconcellos, Ministro de Instrucción Pública de México, destacamos los párrafos que nos permitimos reproducir para mayor difusión de tan elevados y generosos pensamientos.

Debo confesarle, como sin duda lo observarían ustedes mismos, que salí un poco triste de esa ciudad, porque juzgaba que eran muy diferentes nuestros puntos de vista; nosotros empeñados en considerar la patria latino-americana como una sola, sin diferencia de fronteras y sin mucha consideración por los patriotismos nacionales, y ustedes muy celosos de su autonomía, lo cual nadie podría censurar, pero quizás un poco indiferentes con respecto de México y los paises de la América Latina, y por qué no decirlo, desconfiados un tanto de sus vecinos.

"La Bélgica de la América del Sur", oí decir, "es Uruguay" y esto me pareció absurdo porque el Uruguay tiene un porvenir mucho más ilustre que el de un pequeño pueblo hetrogéneo formado por dos razas que no se asimilan y que se mantiene unido por una corona que no puede despertar ya simpatía en ningún espíritu moderno.

Ustedes recordarán nuestras discusiones acerca de la europeización de nuestra América, especialmente

mis ataques a la influencia francesa por lo que ha tenido de novicia al imponernos este nacionalismo que dividió nuestra raza a principios del siglo XIX en veinte fracciones débiles, para beneficio de los piratas ingleses que tantos siglos se habían estrellado contra el poderío de España unida.

Bolívar, que era genio, comprendió que estos pueblos divididos irían a la ruina, pero no pudo consumar la unión, probablemente porque en sus planes se dió mucha importancia al factor político, como lo prueba el hecho de que invitó a los Estados Unidos a formar parte de la liga.

El movimiento en la actualidad es mucho más fuerte porque tiene un fondo étnico y no político, puesto que tiende a reunir los pueblos de una misma sangre y de un mismo idioma, o de idiomas afines como el portugués y el español y deja fuera a los Estados Unidos, no por razones de odio, sino porque es natural que la gran República Sajona forme su alianza espiritual, como de hecho lo ha venido verificando, con la gente de su misma habla, con lo que tantas veces se ha llamado el *English Speaking World.*

Así como está ya constituído de una manera clara y eficaz el *English Speaking World*, nosotros queremos que se acabe de organizar en este continente la raza de habla española, no para que se enfrente a ninguna otra de la tierra, pero sí para que defienda sus tradiciones y sus potencialidades de progreso.

ROMANCES

HE DE HACERTE UNA CASA

I

Madre, la puntita de mi lápiz ha de hacerte una casa. Cada hoja de mi block llena de figuritas negras, ha de cuajar un ladrillo para el muro de tu casa. La huella de mi pensamiento para ti, ha de ahondar el cimiento de la morada tuya. Las marcas de mis pies sobre un mismo pedazo de tierra, harían un hueco: ¿no hará la caricia de mis manos la hondura de ese cimiento?

Madre, mi fe ha de cubrirte como un techo. Mi amor ha de tenderse como la madera olorosa de los pinos que formen los pisos de tu casa.

Quiero forjarte los muros con el sudor de mi sangre.

Quiero con mis propios pulsos levantar la alcoba que guarde tu sueño. Quiero arroparte con una casa que sea mi mismo brazo. Quiero velarte, por las noches, con el aceite de una lámpara mía, salida de mi corazón y de mi cerebro.

Querría que respiraras en mí y para mí, como de niña respiré en ti y para ti. Tú me cuajaste lecho blando en tu entraña: pueda yo cuajarte una casa alegre para tus descansos y para tus vigilias.

II

Madre, el lino que te bese la carne ha de mojarlo mi propia mano. La sábana que tibie tu sueño ha de

ser tejida en mi telar. He de cardar yo misma la lana que suavice tus fatigas por la noche.

Madre, he de saber ser hija, porque tú supiste ser madre. No serás huérfana en la vejez.

IRÉ...

Iré por el camino que abra mi fe como va la polilla dentro de la madera por el túnel que le labró su esfuerzo.

Penetraré en la entraña del hombre como el gusano ávido penetra desgarrando los tejidos en el cadáver mal oliente.

Alzaré mi torre sobre los troncos cortados con el pico paciente del pájaro carpintero. La tortuga será mi compañera lenta; pero el lagarto me enseñará a caminar de frente, sin doblar las esquinas.

Quedará mi planta descalza en la jornada, pero habré medido con mis propios pies la tierra, polvo de hombres.

CAMELLO

Camello, aljibe del desierto, me enternece tu resistencia para el trabajo y para la desgracia. Eres un fruto vivo de una maravillosa palmera; eres un coco gigante con el corazón lleno de agua dulce y fresca para los labios ardorosos y rajados de sed.

Eres su misma pulpa, blanca y oleosa, para los que tienen hambre en el desierto. Tienes la misma mullida cabellera del coco vegetal para reposar el cansancio del caminante.

Eres el navío de los mares cálidos de arena. Tus ojos mansos, resignados, alientan al esclavo que te lleva cogido del arnés. Mirándolos, mitiga la sed de

su cuerpo y la sed de su alma; porque le parecen pequeñitos cuencos rasados de agua y le hablan de futuros oasis.

Camello, tus huesos se blanquean en el desierto sobre una tumba blanda que mece tu descanso.

Camello, llevaste en tus lomos el amor y la fe de los Reyes Magos. Sobre ti palpitó el desamparo de la Virgen Madre.

Pulsaste la amargura de la esclava, raíz de las tribus errantes, y fuiste quizá la cabecera de sus sueños amargos. Camello, eres humano, más que humano, arrodillándote para recibir la carga, como se arrodilló el Hombre-Dios para recibir la Cruz.

Camello amigo, séate dulce alguna vez la tierra, como eres dulce tú para todos los que te cercan.

JOSEFINA ZENDEJAR.

México.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

''Humanidad''.—Y otros poemas.—Por Bartolomé Galíndez.—Buenos Aires.—1922.

Este volumen de versos de un poeta a quien Vargas Vila, Napoleón Pacheco, Isaac del Vando Villar y otros han llamado genial, maravillante, grandioso, sublime, ''el más grande poeta de América'', —(''Rubén Darío puede dormir tranquilo en su tumba; ya tiene un sucesor digno de continuarlo y superarlo''.—Némesis.—Paris 1920)— nos da impresión reducida,—acaso por puro contraste a la exaltación, o porque entramos a él casi deslumbrados, y la realidad fué pobre para tanta ilusión.

Poeta erudito, que hace gala de historia con frecuencia y con exceso,—poeta impresionado por la guerra magna a cuyo resplandor canta sin estremecernos,—poeta harmonioso y sutil que estiliza la estrofa y viste túnica blanca para custodiar la belleza que pone sobre un ara,—Bartolomé Galíndez, cuya ha sido la suerte del adjetivo máximo,—domina el ritmo y el verbo, pero no tiene la esencial virtud de tocar el alma con la varita mágica de la emoción ni de deslumbrarla con el brillo fulgurante de la belleza.

El embeleso, la frescura, la fuerza expresiva, la forma magnífica, todos esos nobles atributos que constituyen su corona de laureles en las páginas finales del libro, no los hemos podido hallar fácilmente como creíamos — y hemos andado sin premura y con interés, buscándolos....

Salido de la gran floresta rubeniana, Galíndez es un poeta artificioso, retórico, sapiente, abstracto, musical: con todos los vicios sustantivos del decadentismo del 98 y todos los defectos fundamentales de ''la literatura''....

Su poesía no impresiona, no entusiasma, no conmueve, no ''queda''.... El ''quid divinum'' no existe,—y no precisa recurrir a la cita crítica ni al bisturí técnico para probar que todo eso se va a tierra: bastará simplemente el tiempo que corroe como un ácido los metales líricos para ver lo que queda de tanto retorcido esfuerzo.

Hubiéramos deseado sumar los valores positivos, conforme a la teoría de Guyau, para juzgar la obra de arte, pero tanta resonancia precedió la lectura de esta obra, que entramos a ella como

al adusto bosque de los laureles, y nos deshizo la pompa sin luz, la exhuberancia sin color, el ornamento sin emoción.

No basta llevar en sí el hálito sutil y la exquisita gracia: es preciso no extravasar los cálices, porque se vuelven grotescos: es necesario no exagerar el tirso que se ornó de rosas...—**T. M.**

"Point de mire".—Poèmes.—Por Céline Arnauld.—París.—1922.

La autora de estos versos, tiene ya nombradía en el ambiente parisiense. Jovencísima y ya profunda, pudiéramos decir de ella y de sus versos, que tienen la modernidad y la belleza, el encanto frágil y el acento dulcísimo. Poetisa de una rara expresión, de un graficismo ingenuo, de un hechizo poético, Céline Arnauld está en ruta de consagración. Su adorable sencillez, su tierna melancolía, su sentimiento de la belleza, le darán pronto ramos de rosas y hojas de laurel.

Que así sea. — **T. M.**

Páginas del Sentir. Zulema Dupré Cuitiño.—1922.—Montevideo.

La generosidad motora y la intrínseca simpatía del objeto de estas páginas, son partes bastantes a compensar su exigüidad y su eco monocorde.

Aunque repelemos el dictado **canillita** con que se apela esa grey, en cuyo favor se escribieron tales páginas, consideramos que no pudo buscar más apropiado objetivo la magnanimidad bizarra de la señorita Dupré Cuitiño.

Es de desearse que tan elevada ofrenda, constituya el núcleo de un movimiento de simpatía proporcionado con los anhelos que sustenta el gremio de vendedores de diario.—**E. S.**

Canciones, por Jaime Torres Bodet.—Editorial Cultura. — México. —1922.

México, ese gran país en perpetua renovación de ideales y en faena constante de cultura, que se ha entregado de lleno a la obra trascendente de producir y de producir en las artes, en las ciencias, en las letras; que siente la influencia prodigiosa de sus varones ilustres de la última hora, llámense Vasconcellos o Caso, México nos evoca este poeta, en el que vibra,—dentro de un sentimentalismo sencillo, —el amor de la raza, el sol de la patria y el alma sonora de las mujeres mexicanas.

"Canciones" es, en efecto, un libro de versos que denotan un gran temperamento de arte y un amor indecible por las cosas de la tierra lejana de los aztecas maravillosos. En ellos,—como lo dice el poeta,— "México tiembla de luz y de amor,—sueltan claveles chispazos de lumbre,—dobian capullos desmayos de flor".

"Tú sabes" es un medallón primoroso cincelado en nácar o en espuma de mar. De ritmo suave y lento seduce por la perfección de su

forma y por el penacho de lirismo que se agita, rumoroso, como un corazón sacudido por las ansias insatisfechas.

En "Campo de plata" un ave "suspensa de un trino,—era el centro sonoro del cielo" y el poeta parece obedecer a las leyes que regulan y metodizan ese sonoro sistema sideral.

"Impresión de otoño" es un cuadrito en el que rivalizan la sencilla naturalidad y el colorido exacto mientras, "huérfano de nidos, el castaño,—se dispuso a morir bajo la ortiga".

Todas las composiciones,—que arrancan a Gabriela Mistral el elogio triunfal de su estro,—engarzan bien en el conjunto con la única excepción de "Amiga fragante", que hubiera deseado no encontrar en la colección. Es un soneto,—el único,—que no me ha convencido. No sé si es que no me seduce esa amiga "cargada de esas flores que hacen el alma triste,—y **de flores envueltas en hojas de maíz**;—no sé si es que me choca, el "me parece que muerdo, — todavía en tus trenzas las rosas del recuerdo,—y que me hiere el labio tu peine de carey", lo cierto es que "Amiga fragante" me resulta una mancha opaca en el tejido luminoso de las "Canciones" que demuestran a un artista honesto y que confirman, una vez más, el concepto que tenemos de la moderna producción mexicana. — **R. M.**

Carne al Sol, por Nicolás Olivari.—Cuentos.—Editorial Tor.—Buenos Aires, 1922.

Este autor,—que nos anuncia una "humilde destilación de veneno sobre Ricardo León, Lamartine, Benavente y cien literatos más"; que ha desdeñado las palabras luminares y los sonetos bombásticos, que nos ahorra la fotografía que lo muestren "ñato y feo como soy", nos regala con una colección de nueve cuentos, que responden, exactamente, a su título. Carne al Sol son, en efecto, cuentos de un naturalismo crudo, donde esplenden muchas observaciones justas, bien hechas. Es claro que algunas son exageradas, casi de mal gusto, como aquella en donde un contoneo del baile empuja al pobre Julio, boquiabierto y sorprendido; otras un tanto irreales como las de "El descenso", pero todas animadas, sentidas, palpitantes de emoción y de sensualidad.

Pienso que Nicolás Olivari,—a quien es la primera vez que leo,—y en quien anoto alguna ampulosidad confinante de Vargas Vila,—será, sin duda, un narrador llamado a éxitos seguros.—**R. M.**

"El himno de mi trabajo".—Por Ernesto Mario Barreda. — Buenos Aires.—1922.

Canciones, baladas, romances y poemas... A veces rancio, en ocasiones nuevo... Y en el fondo azul del paisaje, romanticismo de un sólo color, romanticismo rotundo y fuerte para adorar la prosa de la vida.

He ahí, entonces, un libro de versos arcaicos, que nada tiene que

ver con la cohorte atlética de los novecentistas y que, a pesar de todo, trae simplicidad expresiva, color variado, belleza noble y emoción unánime.

El vergel lírico de Barreda no es jardín francés ni bosque indígena. El aromatismo de sus palabras se quiebra en la tarde rosada como la cristalería soñadora del riacho: la harmonía musical de su estrofa tiene perfume de nardo nazareno: la ciudad, la mañana, el campo, el pastor, el pueblo, cantan su canción que es dulce y grave, según conviene.

Lo que sí, que estamos con un poeta universal, libre, próvido, que desde la cosmópolis platense canta el atardecer de los pueblos, el soñar de los pastores, la rudeza de los marinos, el corazón de la mañana,—cosas en fin, que hoy no pueden darle un beso en la cara del tiempo, porque no tienen la emoción esencial ni la modernidad de la hora.—**T. M.**

"La literatura hispano-americana".—Por Isaac Goldberg, Ph. D. — Versión castellana de Cansinos Assens.—Editorial América.—Madrid.—1922.

Un hermoso volumen: un serio estudio crítico de la modernidad literaria hispano-americana: cinco ensayos sobre Darío, Rodó, Chocano, Eguren y Fombona respectivamente: un interesante prólogo de Diez Canedo: he ahí este libro de Isaac Golberg, el erudito profesor norteamericano.

Como estudios críticos concitan nuestro entusiasmo, por la sobriedad y la solidez con que están hechos; pero no hemos de dejar de anotar lo que ya en otra vez, cuando el profesor Humphreys nos visitara, expresamos:—estos norteamericanos tienen una prosa característica, cuyo estilo diferénciase radicalmente del nuestro, más ágil, más flexible, más sonoro y bello.

Tiene claridad y sencillez, método y erudición el libro del profesor Goldberg: es obra interesante de conocimiento ibero-americano en Estados Unidos: reune, en fin, altas cualidades sustantivas, pero le falta en el estilo, la harmonía del idioma, la hermosura de la forma, el culto de la palabra florida con que hubiese ganado el volumen ese hechizo que le falta, y que un ibero-americano no desdeñaría nunca... —**T. M.**

"Historia de arrabal", novela por Manuel Gálvez.—Buenos Aires 1922.

Si la nueva obra de Gálvez no tuviera otros méritos, bastaría el hecho de que hubiese inspirado los extraordinarios grabados en madera de Bellocq, para que nosotros la recibiéramos bien. Sin duda, "Historia de Arrabal" no da idea del talento novelístico de quien ha escrito "La maestra normal", "La tragedia de un hombre fuerte" y "Nacha Regules".

Se diría una obra anterior, que el literato olvidó en sus carpetas hace muchos años y que remoza ahora. El final nos recuerda una página, no menos extraña (y desde luego ilógica), que puso en "El Embrujo de Sevilla" Reyles.

Lo que más se echa de menos en "Historia de Arrabal", es la explotación de las situaciones dramáticas. Es una historia turbadora que Gálvez relata de un modo apresurado y frío.

Sin embargo, hay paginitas de una gran belleza. Y el ambiente surge bien. Choca un poco la circunstancia de que un novelista con la fuerza de Gálvez, no nos extremezca más, pintándonos cosas brutales hasta lo repugnante. ¿Discreción?... ¿Falta de paciencia?... No podríamos asegurarlo. El caso es que en el nuevo libro, más que el texto, nos interesa la estupenda colección de láminas grabadas por Bellocq, artista a quien desde ya auguramos todo un porvenir.

Dentro de la producción literaria argentina, "Historia de Arrabal" es un aporte de valía, aunque significa un descenso en la lista de obras del vigoroso y prestigioso autor.—**V. A. S.**

El Alma de los Cristales.—Por Carlos Prender Saldías.—Santiago de Chile.—1922.

Gabriela Mistral y Lagos Lisboa ilustran con dos bellas composiciones líricas, este nuevo volumen de versos del autor del "Misal Rojo", al que los poemas "le nacen con sangre del pecho" y los va sembrando "como trigo simple, honrado,—trigo campesino—lo más humano—y lo más divino"—según el decir de la gran poetisa de Punta Arenas.

Efectivamente, Prender Saldías se nos muestra otra vez como un poeta de gran sensibilidad, honesto y limpiamente espontáneo en este libro que declara "propiedad de la mujer amada, de ojos tristes y bellos como un verso mío."

Rasgo galante y de sinceridad indudable, ya que casi todo él está saturado de un amor intenso y melancólico, exteriorizado en canciones que subyugan por el realismo sentimental, la sencillez y la fuerza anímica.—**J. M. D.**

La Torre.—Poema.—Por Joaquín Cifuentes Sepúlveda:—Santiago de Chile.—1922.

Del fértil Chile nos llega este nuevo volumen de versos.

En dos partes ha dividido el autor su nueva cosecha. La Torre y Las Alas, fundamentalmente no hay diferencia, sin embargo, estructurales o ideológicas en las dos partes del libro.

La mayor parte de los poemas están construídos con arreglo a lo que podríamos llamar moderno clasicismo. Versos limpios, rimados, formalmente intachables, en donde idea y ritmo se unifican para darnos una sensación bella, aunque fría por su misma tersura.

En otros el poeta entra resueltamente en el verso libre, suelto, desordenado, de la tendencia nueva y consigue dar la sensación in-

versa: color, alma, rebeldía, aunque sin promover una limpia sensación estética.

No sabríamos decir en cuál de estos modos nos gusta más; pero lo que es evidente, es que hay en Cifuentes Sepúlveda un poeta lleno de inquietud y juventud.—**J. M. D.**

Mi campaña hispanoamericana.—Por Manuel Ugarte. — Editorial Cervantes.

Poseído del espíritu hispanoamericanista, Manuel Ugarte ha realizado una campaña personal, desinteresada y, por esto mismo, digna, en pro de lo que él estima necesario para el porvenir de Hispano-América.

En este libro ha recogido algunos de los discursos y conferencias que, en diversas ciudades de España y América, ha pronunciado alrededor de este tema central.

Su campaña en este sentido es larga. Se inició, como lo dice él mismo en su prefacio, "con una conferencia en Barcelona, en 1910, continuándola en la Sorbona de París en 1911, en la Universidad de Columbia, de Nueva York, en 1912, y en todas las capitales de la América Española, hasta completarla y cerrarla en la Universidad de México en 1917, y en España en 1920."

Insiste Ugarte en que él "no ha sido nunca un enemigo de los Estados Unidos como nación, sino un adversario de la política que ha predominado en ese país", y que la tesis que él ha sostenido siempre "no ha sido de odio contra un tercero, sino de unión entre los elementos que integran el Nuevo Mundo hispanoamericano."

Sin ocuparnos ahora de la tesis y de las ideas del señor Ugarte—cosa que haremos al ocuparnos próximamente de tema tan debatido como éste en la Sección Hispano-América de esta Revista—queremos dejar constancia, en general, de nuestro disentimiento de ideas con el autor; pero sin que esto implique, de ningún modo, dejar de reconocer, no sólo el mérito, sino el desinterés y la virtud de campaña tan larga y obstinada del "viajador idealista que deseó realizar una tentativa de coordinación de la América Española."—**A. B.**

"El triunfo del dolor".—Versos.—Por Luis Mallol.—Buenos Aires. —1922.

La "Invocación al libro" con que comienza este volumen de poesías, nos familiariza de inmediato con un poeta romántico que tiene de Campoamor virtudes y defectos. La misma facilidad versificadora, el mismo aliento poético, la misma técnica expresiva y el mismo molde antiguo...

En las otras páginas, inspiradas composiciones dentro del marco "demodé"...

Un alma férvida, una disposición pródiga, un cielo romántico, trasparenta este libro que si el dueño cree fruto triunfal del dolor, es además triunfo legal del arte, aunque no tenga bengalas, gemas y juegos de hechizo en la noche sombreada de tinta china....—**T. M.**

''Discurso en el Congreso de Angostura''.—De Simón Bolívar''. — Ediciones ''El Convivio''.—I. García Monge, Editor.—San José de Costa Rica.—1922.

Una edición más del discurso de Bolívar, sobre todo sí como ésta es cuidada y pulcra, hace grata impresión al espíritu. Cuanto más se difunda esa página del libertador por antonomasia, mejor se conocen sus ideas republicanas y más se agranda entonces su figura.

En esta edición de ''El Convivio'', hay una introducción magistral de García Calderón y una copiosa serie de notas de Blanco Fombona, Cornelio Hispano, Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó, Eugenio María de Hostos, que completan, conjuntamente con un retrato de Bolívar en 1879 hecho por el pintor romano Samys Rützner, el loable esfuerzo editorial de García Monge.—**T. M.**

''Las mal calladas'', novela de Benito Lynch.—Edit. Babel, Buenos Aires 1923.

Detalles psicológicos, muy bien ensamblados, dan mérito a una novela breve, entretenida y culta, de don Benito Lynch. La acción es mezquina, hasta el punto de que pudiera referirse el argumento con pocas palabras.

Pero hay tal maestría al presentar los personajes, se mueven y hablan ellos con tal naturalidad, que el lector recibe una fuerte impresión de vida..

El título, en rigor, es poco ajustado, desde que si la hermosa viudita ''calla mal'', la esposa del doctor Rioja calla para su bien y en bien de todos. Es, pues, una discreción de la que no tiene por qué arrepentirse y gracias a la cual termina en ''vaudeville'', lo que pudo ser drama sangriento.

Lynch ha encontrado un final que, siendo lógico, es gracioso. Esta ''desviación de los finales'', (permítasenos llamarle así) parece agradarle mucho ahora al fuerte escritor que remató de un modo trágico, inolvidable esa novela ''Los caranchos de la Florida'', que, en nuestro entender, como pintura de campo, no tiene parangón en el Río de la Plata.

Lo de menos, como ya va dicho, en ''Las mal calladas'', es el asunto en sí. Valen, en cambio, las situaciones y la maestría con que va a ellas—y sale de ellas—el novelista. Los personajes, sin ser figuras de excepción, interesan por el ''calor de humanidad'' que el autor les infunde. El doctor Rioja, por ejemplo, se sale del libro en fuerza de naturalidad.

Lynch, aquel vigoroso pintor de los ambientes rurales — que triunfó con ''Los caranchos de la Florida'', con ''La evasión'' y con ''Raquela'',—parece ''buscarse'' ahora, novelando la vida de la ciudad. Sus dotes de psicólogo, bien claro se ve que se agudizan. Debemos permanecer atentos, aguardando esa acabada novela urbana que ''Las mal calladas'' prometen.—**V. A. S.**

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 15 de Enero de 1896 y regido por la ley Orgánica de 11 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2286.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

A partir del 1.º de Enero de 1923 el Banco no abonará interés sobre los saldos acreedores en Cuenta Corriente y Depósitos a la Vista, y el interés sobre los saldos de Caja de Ahorros (Sección Alcancías) queda fijado desde la misma fecha, en 6 % hasta $ 300 y en 5 % hasta $ 1,000.

"Discurso en el Congreso de Angostura".—De Simón Bolívar". — Ediciones "El Convivio".—I. García Monge, Editor.—San José de Costa Rica.—1922.

Una edición más del discurso de Bolívar, sobre todo sí como ésta es cuidada y pulcra, hace grata impresión al espíritu. Cuanto más se difunda esa página del libertador por antonomasia, mejor se conocen sus ideas republicanas y más se agranda entonces su figura.

En esta edición de "El Convivio", hay una introducción magistral de García Calderón y una copiosa serie de notas de Blanco Fombona, Cornelio Hispano, Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó, Eugenio María de Hostos, que completan, conjuntamente con un retrato de Bolívar en 1879 hecho por el pintor romano Samys Rützner, el loable esfuerzo editorial de García Monge.—**T. M.**

"Las mal calladas", novela de Benito Lynch.—Edit. Babel, Buenos Aires 1923.

Detalles psicológicos, muy bien ensamblados, dan mérito a una novela breve, entretenida y culta, de don Benito Lynch. La acción es mezquina, hasta el punto de que pudiera referirse el argumento con pocas palabras.

Pero hay tal maestría al presentar los personajes, se mueven y hablan ellos con tal naturalidad, que el lector recibe una fuerte impresión de vida..

El título, en rigor, es poco ajustado, desde que si la hermosa viudita "calla mal", la esposa del doctor Rioja calla para su bien y en bien de todos. Es, pues, una discreción de la que no tiene por qué arrepentirse y gracias a la cual termina en "vaudeville", lo que pudo ser drama sangriento.

Lynch ha encontrado un final que, siendo lógico, es gracioso. Esta "desviación de los finales", (permítasenos llamarle así) parece agradarle mucho ahora al fuerte escritor que remató de un modo trágico, inolvidable esa novela "Los caranchos de la Florida", que, en nuestro entender, como pintura de campo, no tiene parangón en el Río de la Plata.

Lo de menos, como ya va dicho, en "Las mal calladas", es el asunto en sí. Valen, en cambio, las situaciones y la maestría con que va a ellas—y sale de ellas—el novelista. Los personajes, sin ser figuras de excepción, interesan por el "calor de humanidad" que el autor les infunde. El doctor Rioja, por ejemplo, se sale del libro en fuerza de naturalidad.

Lynch, aquel vigoroso pintor de los ambientes rurales — que triunfó con "Los caranchos de la Florida", con "La evasión" y con "Raquela",—parece "buscarse" ahora, novelando la vida de la ciudad. Sus dotes de psicólogo, bien claro se ve que se agudizan. Debemos permanecer atentos, aguardando esa acabada novela urbana que "Las mal calladas" prometen.—**V. A. S.**

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Cerrito

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 1.000. — Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911.

A partir del 1.º de Enero de 1923 el Banco no abonará interés sobre los saldos acreedores en Cuenta Corriente y Depósitos a la Vista, y el interés sobre los saldos de Caja de Ahorros (Sección Alcancías) queda fijado desde la misma fecha, en 6 % hasta $ 300 y en 5 % hasta $ 1,000.

Compañía N. de Navegación Lda.

Administración: PIEDRAS 315

ITINERARIO ABRIL 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días impares a las 22

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días pares a las 22

Línea Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daqué Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

Compañía N. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 315

ITINERARIO ABRIL 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días impares a las 22

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días pares a las 22

Línea Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.
Miranda César, Boulevar Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Cagancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Foladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

MARZO 1923 NÚMERO 57

PEGASO

DIRECTORES:
RODOLFO MEZZERA
PABLO DE GRECIA
JOSÉ MARÍA DELGADO

SECRETARIO
DE REDACCIÓN:
TELMO MANACORDA

Montevideo - Uruguay

SUMARIO:

Toribio Vidal Belo . . . . . Pablo de Grecia
Medallón . . . . . Vicente A. Salaverri

De Toribio Vidal Belo: Páginas éditas e inéditas en prosa y verso

El espíritu vencedor . . . . . Juan Zorrilla de San Martín
Mi torre y mi jardín . . . . . Pablo de Grecia
El silencio de los incas . . . . Francisco Imhoff
Sobre enseñanza de la literatura . Raúl Montero Bustamante

Educación: Etica Biológica. — Por Enriqueta Compte y Riqué
Fuera de texto: Retrato de Toribio Vidal Belo
Notas bibliográficas

051
PEG
No. 57

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

[illegible]

Feliciano Viera [illegible]

[illegible]

ABOGADOS

Han abierto su consultorio
en la calle SARANDI 417

Uruguay 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO MAYO 1928

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — **Vapor "Ciudad de Montevideo"**

Saldrá los días impares a las 22 — Saldrá los días pares a las 22

Línea Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» [illegible] saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y [illegible] a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales [illegible]

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309. Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120. Montevideo. Uruguay

No se devuelven los originales.

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio
en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO MAYO 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días impares a las 22

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días pares a las 22

Línea Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: SOLIS y PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

**Los depósitos en Caja de Ahorros, Alcancía, gozan del interés de 6 %
hasta la cantidad de $ 300 y de 5 % hasta $ 1.000**

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 300 y de 5 % hasta $ 1.000.— Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

EL PREFERIDO

DE LAS FAMILIAS

ACEITE "LIBERTAD"

LA MEJOR MARCA

3.er GRAN CONCURSO

NUMA PESQUERA

Valparaíso 1101

MONTEVIDEO

El número próximo de

PEGASO

CONTENDRÁ:

Prosa

Artículos de Américo Ricaldoni, José Cremonesi, Eduardo Ferreira, Alberto Nin Frías, Rodolfo Mezzera, Manuel Núñez Regueiro, Sebastián Morey, Blas S. Genovese, César G. Gutiérrez.

Verso

Poemas inéditos de Juana de Ibarbourou, Emilio Oribe, Julio Raúl Mendilaharsu, Federico Morador, Samuel Blixéu Ramírez, Juan Carlos Bernárdez, Enrique M. Amorim.

Educación

Por Enriqueta Compte y Riqué y Angela Pérez.

Crónica de arte

Por Carlos A. Herrera Mac Lean.

PEGASO

Montevideo, Marzo de 1923. N.° 57 — Año VII.

TORIBIO VIDAL BELO

El 17 de Marzo de 1923

El autor de "Pontifical", iniciador en el Uruguay de la poesía novecentista, no fué, por cierto, un poeta cuyo numen aceptara el consejo de Rubén Darío: "cuando una musa te dé un hijo, queden las restantes encinta", mal consejo que ha hecho y hace tanto daño a nuestra literatura.

En su juventud, que era casi infancia, oyó el repiqueteo de los campanarios "en la Pascua florida" y tradujo, en ritmos únicos, la emoción de la hora nueva, ritmos trascendentales cuya vibración persistirá en las Antologías, mientras perdure el culto de la forma, amenazado hoy por una secta que ha inventado el verso sin ideas ni ritmos, esto es, una especie de gelatina retórica.

Toribio Vidal Belo era un poeta, con lo que significo que jamás estuvo en su medio en nuestra democracia pampeana, y supo mantenerse alejado—a mérito de alas—de las tierras bajas donde pululan patos y ocas.

Hizo pocos versos. ¿Para qué más? Le bastaba su propia poesía doméstica, su cielo íntimo, tan lleno de estrellas.

Incapaz de un reproche—como que era todo bondad

El número próximo de

PEGASO

CONTENDRÁ:

Prosa

Artículos de Américo Ricaldoni, José Cremonessi, Eduardo Ferreira, Alberto Nin Frías, Rodolfo Mezzera, Manuel Núñez Regueiro, Sebastián Morey, Blas S. Genovese, César G. Gutiérrez.

Verso

Poemas inéditos de Juana de Ibarbourou, Emilio Oribe, Julio Raúl Mendilaharsu, Federico Morador, Samuel Blixén Ramírez, Juan Carlos Bernárdez, Enrique M. Amorim.

Educación

Por Enriqueta Compte y Riqué y Angela Pérez.

Crónica de arte

Por Carlos A. Herrera Mac Lean.

PEGASO

Montevideo, Marzo de 1923. N.° 57 — AñoVII.

TORIBIO VIDAL BELO

El 17 de Marzo de 1923

El autor de "Pontifical", iniciador en el Uruguay de la poesía novecentista, no fué, por cierto, un poeta cuyo numen aceptara el consejo de Rubén Darío: "cuando una musa te dé un hijo, queden las restantes encinta", mal consejo que ha hecho y hace tanto daño a nuestra literatura.

En su juventud, que era casi infancia, oyó el repiqueteo de los campanarios "en la Pascua florida" y tradujo, en ritmos únicos, la emoción de la hora nueva, ritmos trascendentales cuya vibración persistirá en las Antologías, mientras perdure el culto de la forma, amenazado hoy por una secta que ha inventado el verso sin ideas ni ritmos, esto es, una especie de gelatina retórica.

Toribio Vidal Belo era un poeta, con lo que significo que jamás estuvo en su medio en nuestra democracia pampeana, y supo mantenerse alejado—a mérito de alas—de las tierras bajas donde pululan patos y ocas.

Hizo pocos versos. ¿Para qué más? Le bastaba su propia poesía doméstica, su cielo íntimo, tan lleno de estrellas.

Incapaz de un reproche—como que era todo bondad

—fraguó su vida en un destierro voluntario, lejos de la notoriedad que tentara a sus vecinos geográficos.

Queden estas páginas mías—escritas a todo corazón —como anticipo de las que redactarán, más tarde, otros mejores que nosotros, que sabrán hacer justicia en vida y en muerte, en resonantes homenajes, a quienes, Héroes de verdad, dispersan la sombra — como Apolo en el magnífico mármol — y ponen luz en los ojos y emoción en los corazones.

PABLO DE GRECIA.

EL HOMBRE

Un exterior pulcro, apuesto, simpático y un alma a prueba de hidalgas generosidades. Así era, para decirlo en grande síntesis, aquel hombre talentoso y cordial que se llamó Toribio Vidal Belo.

Pocas veces se da el caso de un mayor encumbramiento administrativo coincidiendo con una menor claudicación espiritual. Desde su más radiante juventud, fué Toribio Vidal Belo un enamorado de la Belleza. Su vocación se manifestaba de varios modos igualmente elocuentes: curiosidad ante las obras bellas; resuelto propósito de ahondar una cultura artística; sus páginas inspiradas (unas veces en verso y otras en prosa); el cariño con que seguía los esfuerzos de cien jóvenes—poetas, pintores, músicos—más atentos a hacerse de un nombre artístico que a labrarse una posición en la patria.

Y he aquí, tal vez, el único germen de tristeza que había en su alma: la vocación desviada... por quien suele desviar estas cosas: ¡por la vida!... Ella le impuso, tiránica, un derrotero. Pero Vidal Belo no se dejó oprimir por el pesado yugo del prosaísmo burocrático. No. Ni en el Parlamento, ni en la Administración Pública—un cargo de tanta responsabilidad como el muy importante que en sus últimos años desempeñara—desfalleció su afición por todo lo que fuera inmaterial.

Y al revés de otros, no sonrió nunca ante los tem-

peramentos más idealizadores. Al contrario, se le creería con una honda congoja, disimulada ante su constante preocupación del "bien parecer". Como Domingo Arena, en un rapto de genial franqueza, hubiera podido decir: "Aunque he sido algo que nunca he pensado ser, no he sido nada de lo que hubiera querido ser." Ya sabemos el porvenir que espera en esta tierra, a los que, naciendo poetas permanecen poetas. Tal vez en otros muchos lados suceda lo mismo. Pero en estos ambientes nuevos, agropecuarios, más necesitados de un buen labrador que de un filósofo, el dilema es de hierro: transformarse o fracasar en la lucha por la existencia.

Por eso hemos dicho ya en alguna parte, que *deformarse es vivir.*

En Toribio Vidal Belo había bastante más que el germen de un notable escritor. Su buen gusto se dijera innato; y así le vimos tratando de embellecer, con notorio beneficio para los que llenaban actividades allá dentro, los salones del Senado y del Consejo de Administración.

Pero si la vida malogró al artista, no fué así de absorbente con el caballero, aquel caballero sin tacha, fino y expresivo, que hubo siempre en Vidal Belo. Su corazón, tierno y afectuoso, irradiaba cordialidad de tal modo, que los amigos, aun aquellos amigos que por nuestra agitada existencia veíamosle menos, la sentíamos de lejos, fluyendo como un haz luminoso, acompañándonos, precediéndonos tal el resplandor de una antorcha, en nuestro duro peregrinaje por las más sombrías encrucijadas del vivir...

En la temprana muerte de Toribio Vidal Belo hay que lamentar la desaparición de lo que era aquel hombre y de lo que hubiera podido ser cuando sus obligaciones, como servidor del Estado, le hubieran dejado, ya un poco viejo, tiempo libre. Vidal Belo, tan fino, tan expresivo, tan culto, tan cordial, pudo ser—

y habría resultado de no arrebatárnoslo la vida—uno de los más hábiles mantenedores del idealismo de la juventud.

Su distinción natural y su bien acreditado buen gusto—aparte de aquella viva inteligencia que nos obligaba a buscarle — sindicaban como un verdadero mentor a quien imprimió tan honda huella con sólo actuar, con la eficacia y el desinterés que él sabía hacerlo, en la Comisión del monumento a Artigas.

VICENTE A. SALAVERRI.

DE TORIBIO VIDAL BELO

PONTIFICAL

A mi querido poeta amigo Julio Herrera y Reissig.

¡Repiquetean los seis campanarios
El carnaval de sus pascuas floridas!

Palmas y olivos de paz y orquídeas,
Iris de amor de los pétalos lilas
De los nenúfares, tejen los regios
Sobrepellices del Arca de Asiria.

Amarillea el marfil del relieve
En los estucos de esmalte y de mica
Del tabernáculo santo.—¡Las rosas
Sangran su sangre en las copas pulidas!

Coro de voces de bocas angélicas
Pule el cristal de las raras antífonas
Y en los armonios y en los violoncelos
Las aleluyas alegran sus risas.

Van entre estolas y capas pluviales
Los elegidos del reino, las ricas
Cajas de sándalo y palo de rosa
Donde Morcay y Plessys se confirman.

Carlos Morice y Regnier bajo el palio
De raso persa y de sedas egipcias,
Son la magnífica flor de holocausto
Sacrificada a la Diosa Harmonía.

Viste la veste talar del acólito
Y orla de mirto su clásica lira
Le Cordonnel, el histérico loco,
¡Ebrio divino en la roja vendimia!

Sobre el coral y el rubí de las naves
Pintan sus símbolos los simbolistas
Y el bello Heredia cincela su Heráldica
Decadentista.

Bailan en rueda las rubias bacantes;
Saltan los sátiros; riman las liras;
Suenan los seis campanarios sus kyries,
Y arde el altar bajo el sol de las mitras.

Cincelador de los ídolos nuevos
El Gran Verlaine versifica su epístola
Y en el misal de sus Fiestas Galantes
Reza el Profeta sus cien profecías.

La hora de orar da el reloj del apóstol,
La hora de orar la oración pontificia;
Y la inicial procesión de novicios
Canta el ritual de la azul letanía.

Moscas de luz de benjuí y cinamomo
Zumban los giros que el verso acaricia
Y en el vidrial ojival de las cúpulas
Beben la miel de las místicas misas.

Llenas de incienso se besan las bocas
Que las modernas parábolas riman
Bajo las naves del griego cenáculo
Donde se ofrecen las santas primicias.

DE TORIBIO VIDAL BELO

PONTIFICAL

A mi querido poeta amigo Julio Herrera y Reissig.

¡Repiquetean los seis campanarios
El carnaval de sus pascuas floridas!

Palmas y olivos de paz y orquídeas,
Iris de amor de los pétalos lilas
De los nenúfares, tejen los regios
Sobrepellices del Arca de Asiria.

Amarillea el marfil del relieve
En los estucos de esmalte y de mica
Del tabernáculo santo.—¡Las rosas
Sangran su sangre en las copas pulidas!

Coro de voces de bocas angélicas
Pule el cristal de las raras antífonas
Y en los armonios y en los violoncelos
Las aleluyas alegran sus risas.

Van entre estolas y capas pluviales
Los elegidos del reino, las ricas
Cajas de sándalo y palo de rosa
Donde Morcay y Plessys se confirman.

Carlos Morice y Regnier bajo el palio
De raso persa y de sedas egipcias,
Son la magnífica flor de holocausto
Sacrificada a la Diosa Harmonía.

Viste la veste talar del acólito
Y orla de mirto su clásica lira
Le Cordonnel, el histérico loco,
¡Ebrio divino en la roja vendimia!

Sobre el coral y el rubí de las naves
Pintan sus símbolos los simbolistas
Y el bello Heredia cincela su Heráldica
Decadentista.

Bailan en rueda las rubias bacantes;
Saltan los sátiros; riman las liras;
Suenan los seis campanarios sus kyries,
Y arde el altar bajo el sol de las mitras.

Cincelador de los ídolos nuevos
El Gran Verlaine versifica su epístola
Y en el misal de sus Fiestas Galantes
Reza el Profeta sus cien profecías.

La hora de orar da el reloj del apóstol,
La hora de orar la oración pontificia;
Y la inicial procesión de novicios
Canta el ritual de la azul letanía.

Moscas de luz de benjuí y cinamomo
Zumban los giros que el verso acaricia
Y en el vidrial ojival de las cúpulas
Beben la miel de las místicas misas.

Llenas de incienso se besan las bocas
Que las modernas parábolas riman
Bajo las naves del griego cenáculo
Donde se ofrecen las santas primicias.

Sobre el altar de mosaico de mármol
Queda un triunfal florilegio de ninfas,
¡Ecos del salmo del Libro Evangélico!
¡Anunciación de los nuevos Mesías!

1899.

Merecen especial recomendación los versos de Vidal Belo, digno representante de las nuevas ideas en nuestra literatura, y cuyo numen original y elevado sólo podrán comprender los espíritus selectos, despreocupados de todo fanatismo y de toda tendencia de escuela, los espíritus nutridos con la nueva luz que marca los rumbos de la poesía moderna y los señala a los campeones que se sienten con energías para seguirlos.

Vidal Belo es, en nuestro concepto, un poeta de ideas propias y de exquisita inspiración, cuya personalidad literaria se destaca en primera línea, haciéndose digna del más alto aprecio, por parte de los entendedores.

"Pontifical" no es ciertamente para que la lean aquellos a quienes no empalaga jamás el caramelo de la rima y creen que la poesía consiste en decir siempre vaciedades envueltas en consonantes. Es un himno al Decadentismo, en cuyo templo hace oficiar el autor a sus grandes sacerdotes, mientras los altos campanarios de la fama vocean el **Carnaval triunfante de sus pascuas primaverales.**

Julio Herrera y Reissig.

1899.

TORIBIO VIDAL BELO

CAEN LAS HOJAS...

I

Caen los líricos caireles,
Caen los prismas del teclado, las bandurrias de esme-
[ralda,
Los timbales de topacio, las sonoras filigranas,
Las pequeñas, diminutas mariposas de mosaico.
Llueven lluvias de pistilos, de pistilos y periantos,
De corolas afelpadas, de liliales flores muertas!
Llueven lluvias sobre el lago y el jardín se aterciopela.

II

Exquisitas manos suaves con sus guantes acarician
La lujosa empuñadura de las dagas merovingias,
De los ricos nacarados estiletos de los Borgias,
Exquisitas suaves manos asesinan a las hojas,
Asesinan los pimpollos corazones amatistas:
Y los pajes se engalanan y perfuman las vitrinas
De floridos filamentos, de campánulas de seda,
De pompones de amapolas y bouquets de crisantemas.

III

En las salas del palacio y en el parque de cristales
Galantean las marquesas empolvadas de diamantes
Y los duques reverencian a las rubias cortesanas—
Blasonados figurines de condal peluca blanca—
Caen las hojas, caen los prismas del teclado!...
Y al amor de los balances de los finos contrabajos,
De los dulces mandolinos, de las harpas, de las violas,
Bailan rítmicas parejas al compás de las gavotas.

IV

Retoñaron ¡oh querida! nuestras lindas primaveras...
¡El otoño es en las flores!
Bajo el sol de las glorietas
entre pétalos difuntos de verbenas y magnolias
vi abrazadas dos estatuas, dos estatuas de rosada [terracota!

1899.

Vidal Belo, el poeta de la novedad y de la elegancia, verdadero discípulo de Verlaine en esta orilla del Plata, cuyos gorjeos se deben escuchar en el recogimiento místico del alma, y cuyo plumaje sólo se deja ver a los que poseen el ojo subjetivo, se presenta esta vez con una poesía de ritmo, de ritmo, en efecto, de ritmo de hojas que caen y de alas que se recogen en el nido. Su inspiración nostálgica nos la revela tal como es tratándolo, y la lectura de sus poesías os causará, queridos lectores, la impresión de un triste otoño en un parque de rey a lo Luis XV. Mientras el hada de la estación de la muerte arranca con sus pálidos dedos sus verdores a los árboles que tiritan de melancolía; mientras las últimas flores dejan caer sus pétalos como lágrimas perfumadas, allá, en el salón tibio e impregnado de esencias voluptuosas, cortesanas y cortesanos reciben la caricia de Venus. La ráfaga primaveral del amor pasa sobre ellos, y dos estatuas de rosada terracota simbolizan la eterna florescencia de la naturaleza humana, abrazándose en medio de un cementerio de hermosos despojos que profana sacrílegamente el viento ebrio del Otoño.

Julio Herrera y Reissig.

1899.

RIMAS

Tus labios son más rojos y más frescos
que las flores abiertas
en los granados, cuando tras los montes
las mañanitas claras se despiertan.

Como tu voz, no arrullan
las calandrias pequeñas;
ni tienen la dulzura de tus cantos
los murmullos del mar y de las selvas...
. . . . . .

Pero más negro que tus ojos negros,
mucho más que tus trenzas,
¿quieres saber si hay algo?... mis dolores
y el alma que tú llevas.

1896.

—¿Qué tienes, corazón, que así me dueles
y palpitas sediento?
¿Qué tienes, corazón? No me acongojes
hiriéndome en el pecho.

Nunca temblar te vi frente al peligro
y hoy te muestras cobarde y sientes miedo.

—Es que esos ojos que me están mirando
son de aquella mujer de aquellos besos.

1896.

SIN TITULO

Guardianas de mis secretos,
hojas de mi enredadera
que vi treparse curiosas
hasta el borde de mi reja;
tostadas, hoy, por los soles,
pálidas y amarillentas,
las ondinas del arroyo
lejos... muy lejos... os llevan...
Mas ¡ay! que el mar de mis lágrimas
aunque de correr no deja,
jamás quiere arrebatarme
tantas ilusiones muertas
que en el abismo del alma
llevo como flores secas!...

Van abriendo sus pupilas
las estrellitas del cielo
cuando la noche camina,
cuando la tarde ya ha muerto.
Los celos, las negras penas
así nacen en mi pecho
cuando tu ventana cierras,
cuando tus ojos no veo.

Piensa cuando muerta veas
la ilusión de tus amores,
que hay espinas en las flores,
que abismos hay en el mar,
que hasta la dicha más pura
amargas lágrimas tiene...
que siempre la noche viene
cuando la tarde se va...

1896.

SOLEDAD

Han pasado los soles del estío:
las blancas campanillas,
esparcidas al pie de mi ventana,
se han tornado muy pálidas y frías.

Los jazmines y lirios ya murieron
replegando sus hojas enfermizas:
al trébol y al tomillo marchitados
yo los he visto junto al rancho en ruinas.

Yo he visto sobre el polvo del camino
a los mburucuyás y margaritas,
con sus frentes heladas y en las aguas
cadáveres de flores amarillas...

. . . . . .

Hay tristezas en los álamos desnudos,
y de sus ramas rígidas
el cierzo lleva las hojitas últimas
con su mano asesina.

Y encuentro triste el suspirar del viento,
las tardes muy sombrías,
y el largo agonizar de los crepúsculos
muy semejante a las desdichas mías.

A mi reja no llama con sus alas
la parda golondrina;
ni me avisa que el alba ha despuntado
detrás de la cuchilla.

Ya no escucho sus ayes, ni sus quejas,
ni el golpear en mi verde celosía,
ni las veo cruzar sobre las lomas
entonando su loca gritería.

Ellas, las tiernas, dulces compañeras,
las aves peregrinas,
huyeron ¡ay! de mi pajizo techo
llevándose mis ratos de alegría.

Una tarde... el crepúsculo expiraba
y al beso de la luz tierna, indecisa,
allá desde las nubes somnolientas
me mandaron su adiós de despedida.

Abril las vió sobre la negra selva
alzar su vuelo; pobres fugitivas!
quién sabe si mañana retornando
de los lejanos climas,

encontrarán el nido que dejaron
en estas playas dulces y tranquilas!
Quién sabe si a su vuelta el viejo alero
les presta abrigo cual ayer solía!

. . . . . .

Y entonces gemirán cual en la noche
huérfana mi lira,
como se llora una esperanza muerta,
como se llora una ilusión perdida.

1897.

¡OLVIDADA!

Tengo allá en el abismo del alma,
donde forja su nido la idea,
una lira tan sola y callada
que no hay soplo que aliente sus cuerdas.

Son sus horas eternas, muy largas:
los recuerdos se duermen en ella
sin que logre escuchar un quejido
ni haya oído jamás sus cadencias.

Es que espera una mano de fuego
que le arranque la nota primera
y los ritmos nacieran entonces
como densa cascada de perlas.

No ha venido la pálida virgen
ni brillado la nítida estrella
que templara al calor de sus besos
el harmónico son de la endecha.

. . . . . .

. . . . . .

Y entre el polvo que agrupan los años
y las tristes sonrisas que dejan,
va quedando olvidada mi lira
como estrofa de un muerto poema.

1896.

NOCHE BLANCA

Plenos claros de luna opalizan
la acuarela de un lago de plata,
que en la bruma azogada del cielo
borda el tul de las ágatas pálidas.

Por la tersa epidermis del lago,
bogan cándidas góndolas, diáfanas,
mientras cantan los castos violines
la canción florestal de las almas.

Suenan suaves las risas gris perla
del gentil rimador de las aguas;
y a los golpes del remo se enrulan
las pelucas de espuma de ámbar.

En la barca de nieve de un sueño
va Pierrot con su máscara blanca,
escribiendo en un ala de cisne
la romántica triste romanza:

" ¡Oh la luz de mis lunas nupciales
" en amor de los lirios deseadas!
" Carne tibia de azahares y nardos
" aromada en las mirras de Arabia!

" Quiero arder en tus labios de hostia
" y encenderme en tus líricas ánforas,
" y en tu lluvia de polvos de espejos
" consumirme en neblinas opacas.

" ¡Oh eucarística sangre de cirios!
" ¡Oh la angélica albura soñada!
" ¿No podrán descansar mis promesas
" hamacando en tu seno sus ansias? "

. . . . . .
. . . . . .

Y en la misa orquestal de la noche,
llora y ríe la gris serenata:
mientras suenan los suaves violines
la canción otoñal de las almas.

1900.

LA ÚLTIMA PAGINA

(En un álbum)

Y al mirarla me dijo quejosa: "Ven a mí, tú que tienes un alma infiltrada de amables ensueños! ¡Yo quisiera que tú me adoraras!

Yo quisiera tener de tu rica joyería de estrofas galanas, la más regia diadema de versos que tus manos de artista engarzaran,

Yo quisiera vivir de tu vida la hora rosa, ¡oh ven tú si me amas! soñador de un soñado imposible—a cantar tu liturgia sagrada,

Soy la sola a quien todos desprecian, la sufrida en quien nadie repara. la olvidada de siempre, la oculta a quien nadie se atréve a llenarla,

Pon la luz del azul de tus cielos, en mi trágico y gris panorama ¡tú que sabes la ciencia divina del rimar con amor tus palabras!

Soy la buena, la amable, la dulce Cenicienta entre todas las páginas. Soy la hermana mayor, la guardiana de las otras hermanas del álbum.

Perfúmame de amor y recuerdo,—ya que muero de amor olvidada,—¡trovador de esta fiesta galante, que sabéis del querer de esta página!"

Y busqué en mis jardines de ensueño la flor lys que pudiera adornarla; y no hallé en mi jardín inviolado, la flor lys que es blasón en mi heráldica.

Y al mirarla mirarme quejosa, sin poder ofrendar esta página, yo os invoco ¡oh la dueña dichosa del álbum galante, que es un fiel guardador de recuerdos! Dadle vos esa flor de cariño a esta última página blanca.

1907.

LA CANCIÓN DEL ETERNO DESGANO

(*Decoración*). — En el boudoir amatista de seda y de terciopelo—vaga y zumba un agorero presentimiento de olvidos.

Cabe el tic-tac sugestivo—del viejo reloj del Tedio —bosteza nuestro intranquilo desasosiego amoroso— y pausadamente expira la hora de un largo fastidio!...

din... dón... din dón... din dán!

Ninón—toda acurrucada en su lecho de edredones —llora a pequeños gemidos nuestro mutuo aburrimiento...

Y se escucha bajo el arco ojival de la ventana— monotonizar las ranas sus parcas melancolías

Clú clú... din... dón
Clú clú... din... dán

Duerme y ronca—nuestra gata—su felino y taimado sueño de la madrugada—mientras yo velo tu sueño cantando en verso las quejas del desgano y del fastidio...

La canción del eterno fastidio
clú clú
es la más que sabida canción
din... dón...
la que pronto se aprende y más nunca se olvida...
¡sábelo, tú, mi Ninón!
La canción del desgano es la mía
clú... clú...
y la mía será del azar
din dán

si al azar de cantar mi desgano,
al azar no lo llego a olvidar...
¡sábelo, tú, mi Ninón!
Duerme y sueña que yo sueño y velo
clú... clú...
que más vale dormir que velar
din... dán...
que en el sueño se goza la vida
sin llorar el fastidio de amar
¿lo sabes tú, mi Ninón?
Sueño un sueño sutilmente sueño
clú... clú...
suave y terso como agua de mar
din... dán...
de esos sueños—de seda de cielo—
albos—blancos—arcangelizados
que al amor del arrullo cantado
bajo—quedo—y de prisa y callando
van los sueños los ojos nublando
velando
apagando
cerrando...
Sábelo, tú, por siempre, oh mi Ninón.

(*Decoración*). — En el florero Luis XV dos dobles begonias inauditamente expiran... Penetra por los vidriales—de variados colores rosa—la pétala luz del alba...—y es tan tibiamente suave—la aurora rosa del día—que parece que en la alcoba—deshilvanara algún hada el plumón de sus abrigos...

Amanece...

1922.

FLOR DE ALBUM

(En el álbum de María Ana B. de Jannssen).

¡Flor de álbum! Simbólica y pura—la más rica en color y en fragancia—¡perdurable que nunca marchita! ¡permanente reliquia en la página! ¡Flor de álbum! bijou del recuerdo—que las manos amigas engarzan—¡arcangélica flor de ideales con alburas de amor blasonada!

¡Flor de álbum! la siempre la siempre viviente—la exquisita, la eterna, la extraña—misteriosa aromada de ensueños—flor de amor del jardín de las almas!

¡Flor de álbum! que es lirio y que es rosa,—tersa y suave—que es seda y es sueño—azucena aperlada de estrellas con la luz tornasol de las ágatas! Y en su fino rimar mi poeta—ha tentado tejer con palabras un bouquet de estas flores de álbum para ser como un sello en sus páginas...

Y os lo ofrezco ¡que siempre en la vida, él compruebe mi pleito homenaje hacia vos ¡oh la Reina dichosa—coronada con áurea diadema—que reináis en el regio torneo de este fiel guardador de recuerdos!

1923.

APUNTES DE MI LIBRETA

Soñando hemos nacido y aun sin haber despertado, tras una visión corremos. Yo, sonámbulo como todos, me lancé muy temprano a la mar: he nadado rabioso contra el oleaje arqueado, rezongón y espumante, que me asalta y me atropella: me falta que andar mucho todavía y mi cuerpo se ha ya descarnado entre los arrecifes y mi alma se ha empapado en las aguas amargas...

* * *

¿Sabes quiénes son los *felices* de la vida?... Los que hacen del corazón una pasta amoldada a todo cuño; los de conciencia de cera o miga de pan; los hombres que no son *hombres;* esos son los *felices* de la vida... No los busques junto a una cuna de amor velando a un hijo, ni en la cabecera de la desgracia, secando lágrimas: esos cielos azules los aterran, y esos rayos de sol, manchones negros en sus frentes, marcan... ¡Allí, allí están los felices de la vida!... Respiran en las antesalas de un presidente y se encorvan y sonríen y palmotean, y correctamente llevan su frac y sus guantes *blancos*...

* * *

Es temporada de ópera: un amigo me para en medio de la plaza...

—Adiós, che... ¿Cómo te va?... Y... ¿estuviste anoche en Solís?...

—Me fué imposible.

—¡De lo qué te perdiste!... si es una preciosura, hermano... ¡y qué voz!... ¡y qué ojos!... estamos locos con ella... andá luego, no seas zonzo... vas a ver lo que es bueno...

Y como quien tiene mucho que hacer, me da la mano y un hasta luego, y se aleja casi corriendo.

Y yo entonces pienso en la *deseada* cómica y me digo como un filósofo... "Vamos... lo de siempre... ¡pobre actriz! Hoy vales lo que una alhaja de moda: mañana ni como chafalonía te querrán comprar!"...

* * *

El rostro es un lienzo: cada pasión, cada apetito, una mano maestra que colora el cuadro. La cara del asesino tiene algo que aterra: en la de un héroe se ven tintes sublimes... He visto la de un amante enamorado y tan sólo encontré... ¡pinceladas de idiota!...

* * *

El cielo, de noche, me parece un paño negro picado por la polilla y mirado al trasluz.

* * *

Yo sé que para mí guardas los rencores, los altivos desdenes; yo sé que tu carácter áspero y orgulloso, se nutre con lo sumiso de mi amor, y vive dominando como los cóndores andinos lo inmenso de la pampa... ¡Dejo al tiempo la obra de tu regeneración!... Y veré cómo te doblas humillando la frente; y más suave serás que los guijarros pulidos en la corriente rápida del río.

* * *

En mis espaldas crecieron unas alas caudales y subí muy alto: me abracé a una nube y miré a la tierra... No vi blanquear mi casita; ni verdear los campos de la patria; ni el ruido de los hombres, del mar y del pampero llegaban a mi oído... Apenas una sombra dibujaba la América tendida y somnolienta entre mantos de plata... ¡Y yo que me creí tan grande!

1896.

PÁGINA AMIGA

Quiere le regia reina de la fiesta que engalane su altar.

Y yo he buscado, en mi jardín de ensueños luminosos, en mi amado jardín emblanquecido por todas las tristezas, un ramo azul de flores de alegría.

Y yo he buscado entre mis pobres rimas, entre mis viejas arpas olvidadas, versos de miel y músicas de abejas para adornar la página de nácar con enseñas de paz.

Y en el querido huerto de amor de mis ensueños niños y en el rico jardín entristecido y en los nidos de músicas y flores y en mis cielos sin sol, lánguidamente canta el otoño la canción del frío.

Vinieron las traidoras horas malas, los días sin luz vestidos de neblinas, las torturas amargas, la eterna noche y el eterno invierno.

Y llovieron por siempre sobre mi alma, sobre el alma de *spleen* de mi poeta, todos los llantos, todas las angustias, todo el dolor de todos los calvarios.

¡Oh la luz de mis ricas Primaveras! ¡Oh las rosas de sangre de mis sueños! ¡Oh los lirios, los blancos lirios pálidos marchitos al nacer!

Y en los recuerdos grisáceos del camino, los cierzos amontonan las resecas corolas sin color y sin perfume; y mis rosas, mis dobles rosas rojas y mis lirios, mis albos lirios blancos, van corriendo al azar de mi destino llevados por un viento de desgracia.

Y en el místico altar de tus recuerdos y en la angélica página de nácar de la más bella reina de las fiestas, sólo queda el incienso de armonías de la flor de mi llanto y mis tristezas.

DE MIS PROSAS DE TABERNA

Habla en las almas enfermas la voz de una lejana angustia!—Mefistófeles, el Esplin, ríe, canta, llora, baila—riman cosas divinas los divinos locos—los contrabajos suenan a la sordina.

¡Y es en los espíritus y en los corazones una rara noche de honda tristeza!

¡Los sueños ideales agonizan!

Mi Arlequín está ebrio. Mi Arlequín ha bebido todo el vino de su viña... y su boca borracha dice versos nuevos! Colombina tirita bajo su blanco vestido y su negro antifaz—Colombina se muere de miedo y de frío.

Se apagan las pipas de los bebedores: los vasos se enrulan en la espuma rubia—y la vieja taberna rellena de humo es una tumba gris.

Las luces parpadean moribundas de cansancio en las sucias lámparas tristes — en las lámparas, que cuelgan, como lágrimas de luz, de unos ojos llenos de sueño.

Las mesas tan blancas parecen calaveras de Pierrots suicidas.—En las paredes, grandes chorros de sombra bailotean como títeres alegres.

Colombina se ha llevado a mi buen Arlequín, a mi loco divino, a mi divino ebrio.

Como histéricas risas, suenan los ecos de sus cascabeles... Y yo me quedo a solas con mi maldito esplin y mi tristeza.

En los relojes golpean los sátiros la Media Noche! —Ronca el tabernero y una Bruja pinta en los doce barriles, doce puntos negros!

(*Redoblan los tambores a la funerala; y los contrabajos y los violoncelos rezan a duo un lento miserere*).—La Hora de los enterradores!

¡La Media Noche! (*Caen doce monedas*).—La Hora de Oro de los ladrones celosos y de los raspas embozados!—la Hora de los avaros, de los gatos de ojos de luz, de los lechuzones y de los cuervos hambrientos—la Hora del acecho, de la baja traición solapada!—la Hora de Judas!

¡La Media Noche! (*Llueven gotas de sangre*).—La Hora de las ansias pecaminosas y de los rojos rostros de los asesinos,—la Hora de la baja tentación lasciva, de las almas impuras, la Hora color de acero de las armas que amenazan y de los puñales que brillan! —la Hora de los condenados, de los suicidas, de los callados remordimientos de las cárceles!—¡la Hora de los hospitales!

¡La Media Noche! (*Se oyen músicas de castañuelas y de panderetas y doce cráneos bailan un extraño compás macabro*).—La Hora de los desequilibrios y de los trastornos—la Hora loca de nuestros manicomios—la Hora Ofelia de la idea fija!

¡Doce campanadas! ¡La Media Noche! (*Habla la voz de una lejana angustia y los sueños ideales agonizan*).—Oh! La Hora mala, la Hora maldita de los que sufrimos el dolor de una lenta muerte de ilusiones!—Oh! La Hora negra de las almas errantes, de las almas solas puestas en martirio.—Oh! La Hora amarga de los extraños, de los raros, de los incomprendidos! ¡Hora de blasfemias y de rabias, de odios y de maldiciones!

—¡Eh! ¡Tabernero!... ¡La Media Noche! ¡Despiértate, viejo bandido!... Yo te daré mis versos, que son oro, y mis prosas, que son buen vino, si me matas por siempre mi esplin y mi horrible tristeza!...

1900.

PROSAS PRINCESAS

Era una vez un joven, trovador provenzal que así ofrecía el perfume de amor de sus ideas:

En un *boudoir* mimoso, pequeño y coquetón, todo vedado bajo el beso de luz de unos vidriales de luz rosa, muy rosa, color de encía: un último *boudoir*, amablemente perfumado de citas cortesanas: se presienten las genuflexiones, los saludos y los galanteos: cabrillea en los espejos la época de los trianones: hay músicas de pavanas, de gavotas y de besos, de besos galanteadores, golosos besos que quieren comer las manos de azúcar de una reina de Versalles: la mujer es una alhaja merovingia conservada a través de los años en un edredón de rosas, de lilas y de lirios, de lirios cristalizados: divanes, almohadones, consolas y puntillas y encajes y batistas, y en la falda pecadora de las hembras empolvadas la música perezosa de un frou-frou de raso y seda: vitrinas llenas de sátiros, de faunos, de miniaturas donde brillan las reliquias y el marfil amarillea: viejas mascotas antiguas, bibelots, hostias de Sèvres, estatuitas japonesas y mil chiches recordando las viejas antigüedades: amplios jarrones de mica, de laca y de porcelana, y en los jarrones liliáceas, anémonas, crisantemos, tulipanes, alelíes, nenúfares y narcisos: los punzó carbones rojos decrepitan y la estufa es una herida y el

boudoir una tibieza, y esquelas y tarjetas y perfumes, y en las sedas, los visos, las enaguas, los blancos dedos abiertos de una grande flor de lis... y en el cielo atardece el crepúsculo de un sueño aterciopelado.

Y a la luz tenue de los castos vidriales del *boudoir*, así ofrecía un joven trovador de la Provenza el exquisito amor de sus ideas:

Yo rimaré, Marquesa, cuatro prosas, cuatro divinas prosas, en vuestros abanicos medioevales. Vos sois, ¡oh mi señora!, la más lujosa reina de mis fiestas, la más encantadora flor de lujuria de los jardines abandonados a mis otoños. En vuestros cuatro abanicos hechos de miel y músicas de abejas, yo pintaré mis cuatro más cinceladas prosas princesas. Mi pluma es de las plumas de aquel cisne sabio de Leda, que tan graciosamente supo besar la boca de la Diosa: la tinta con que escribo es de las tintas cárdeno-violeta, color de las profundas ojeras que el amor puso en los párpados de Mme. Pompadour: mi compás es el ritmo de mis glóbulos rojos: tengo el vigor de las ramas que reverdecen y en mis versos, señora, no busquéis sino amor, ese amor sabio, refinado y buscón que hace crispar la entraña y hormiguear la epidermis.

Mis rimas de color, mis rimas jóvenes arcangelizarán vuestros sensuales rojos abanicos: sus rasos lilas, rasos de la Persia, verán lánguidamente resucitar el salmo de Afrodita: en los envarillados de mosaico hechos de amor, de sándalo y de rosa, mis dedos adiestrados sabrán entretejer mil cosas raras: yo hablo en las almas y hablo en los labios de los curiosos: soy la voz blanca de los recuerdos que habla en las ruinas de los jardines, en los estanques de los castillos, en los viejos parques, en las gavotas de los blasones y en los maitines de las capillas.

Mientras yo ritmo cuatro prosas locas servidme,

¡oh mi señora!, servidme vuestros besos de amor amarquesados, carcajead el placer, reid la locura, orfelizad la vida... que así, comiéndonos las bocas y masticando pétalos de besos, sabremos mejor rimar la estrofa del Dios Emperador, señor y amo del gran país de los versos azules.

Yo soy un estatuario, burilador de formas, artista miguelangélico, camafeador de heráldicas princesas.

Bajo mi mano de viejo catador, relampaguea el verbo todo luz de una promesa: mi cincel esculpe como Dios y se siente capaz de cincelar una estrella.

Junto a mí, tu trovador amante, presenciarás, marquesa, el santo transformismo de tus carnes, tus carnes impacientes de un placer que vuestro buen marqués no supo darles...

1900.

CARLOS MARIA HERRERA

(A su memoria).

Rimador de colores—poeta de la luz—con tu gran alma abierta a la avidez eterna...

Trovador inspirado por la eterna harmonía—de la nube, del mar, de la estrella y las lunas...

Soñador visionario de una selva dantesca—que poblaste tu sien de conjuros extraños...

Amador de un sin par panorama distante—que embriagabas tus ojos en los tersos paisajes...

Alma ansiosa de sol, alma ansiosa de cielo...

Sobre tu tumba flote un gran celaje azul, un gran nimbo de gloria...

Sobre tu tumba abra un arco-iris de paz—la augusta majestad de su gama luciente...

Que la aurora que amaste—eucarísticamente—te dé de sí la luz de sus albas policromas—y su hora rosa sea para ti sacrosanta...

Que un crepúsculo incierto—opalescente y raro—en su media penumbra de esfumados colores—haga de su oriflama una aureola de eternos, de inmortales matices—circundando el anhelo espiritual de tus ansias...

Que tu alma ya libre de esta baja miseria—desprendida al dolor de la tierra enemiga—que fué para ti hosca—que fué para ti torva—implacable y sañuda—se interne en la tranquila beatitud de la gloria...

Que en tu ascensión eterna—perpetuamente bella—florezcan a tu paso los jardines celestes—Rimador de colores—Trovador inspirado—Soñador visionario—Amador de un sin par panorama distante...

1914.

SOBRE EL TANGO CRIOLLO

Apuntes para un estudio

Creo haber leído la casi totalidad de lo mucho que se ha escrito respecto del baile el tango; y tengo para mí que, en muy pocos artículos o en ninguno, se trata el asunto con la cruel y ruda verdad que es exigible en éste como en todos los casos en que se abordan temas de alguna trascendencia social. Tanto borronear carillas, tanto opinar, tanto discutir y tanto dar, hasta conferencias en la Sorbona, sobre el tan zarandeado tango y, al fin y al cabo, casi la gran mayoría de los que hasta ahora se han ocupado de este tema ni siquiera han sabido—si es que no han querido—plantear la cuestión en sus verdaderos, reales y pre-

cisos términos. ¿Fué por rubor o pundonor social o por simple ignorancia?... Por una y otra cosa quizás... El tango en sí mismo es una pieza de baile, más bien dicho, una pieza bailable como otra cualquiera, como lo es la mazurca, la polka, el vals, etc. Tocada una pieza de tango en una reunión social, pudiera bailarse en la forma, decentemente convencional, en que se bailan las demás piezas, sujetas a esos modismos o amaneramientos que, desde antaño, son de práctica en la escuela de baile de nuestros salones. Nada se opone a ello, pues como pieza de baile, el tango tiene un familiar compás cadencioso, muy adaptable a la usanza actual y hasta fácil y trivial de dominar por cualquiera que sepa de bailes. Mirado y examinado el tango, desde este punto de vista, debe decirse que no existe reparo alguno para que, franca y lealmente, se le admita en sociedad, sin distingos ni reticencias de ningún género.

Pero es el caso que el tango, lo mismo que las demás piezas de baile, puede bailarse en una forma bien distinta de la que se acostumbra bailar en nuestra sociedad. Esa forma, esa manera, ese estilo "modernista" de baile, no es otra cosa que el conocido estilo denominado "baile con corte", ni más ni menos.

No es, pues, la cuestión que se plantea mera cuestión de diferenciación respecto de piezas de bailes, sino de estilo de baile. No debe de atacarse o defenderse el tango—porque para el caso lo mismo es la mazurca o el vals—sino la manera o modo de bailarse; de lo contrario, haríamos del tango la "cabeza de turco", injusta e hipócritamente. Hablando en plata, no es el tango lo que se tráta de introducir en nuestras costumbres sociales de salón, sino lisa y llanamente el "baile con corte". Esta es la pura verdad. Abajo el antifaz y seamos francos. Y siendo, como es, así, corresponde preguntar si es cuerdo, decente y

sensato abrir o cerrar al "baile con corte" la entrada de nuestros salones. Vamos al caso.

Los "dandys ultravioletas", como los llamaba Pereda, y las damiselas de "pudorosas" polleritas rayos X son las que, a fuer de querer dar siempre la nota álgida, han pretendido despampanar los clasicismos de las viejas costumbres sociales exhibiendo, ostentando y prestigiando el "baile con corte", como si fuera un rito novedoso de elegante, aristocrático y moderno snobismo. ¡Qué manera de hacer comulgar con ruedas de molino a las incautas!... Al respecto voy a permitirme transcribir unas páginas sueltas, escritas por mí en un tiempo asaz lejano, que de tan lejano me apena recordar... Su lectura podrá, quizás, impresionar a algún espíritu joven, propicio a admitir sin escrúpulo previo el avance desmedido de esas modalidades sociales que, de rondón, se cuelan en nuestros salones, sin que la Introductora de Embajadores, la Decencia, se detenga un momento a examinarlas.

El estilo de baile, de "baile con corte", lejos de ser moderno, es más viejo que toda esa cáfila de cursilerías, ya dejadas, que hace unos años constituyeron la novedad de nuestros salones, como el skating, el roman dance, la polka militar, etc. Y si nada tiene de moderno, tampoco nada tiene de extranjero, por más que París y Londres quieran darle un estado civil de hijo adoptivo. El "baile con corte" es nuestro, genuinamente nuestro, de nuestro suelo, nacido y amamantado aquí. Sea o no sea feo el confesarlo, es de pura cepa criolla. Tiene color de guindado y gusto a caña con guaco....

Remontándonos a sus primeros orígenes, en el confuso proceso de su rara creación, se pudiera quizás encontrarle su primera cuna en el quiebro y meneo coquetón de nuestros gauchos taitas, acicalados, mujeriegos, pausados y compadrones en su felino an-

dar acompasado. Pero donde el "baile con corte" nace a la vida bien definido y bien determinado, bajo la denominación de "baile con corte y quebrada", es en el arrabal, en el ambiente del compadre, en las "academias" orilleras y en los bailongos taitas de candil, de los barrios bajos, desde la Aduana a Palermo. En esos lugares se ofició el "baile con corte" como si fuera una religión de alguna secta carbonaria, con un sigilo recatado, algo criminoso, únicamente permitido a los iniciados en las prácticas lunfardas de aquel medio de crápulas de vida airada. Sin necesidad de copiar de otros ambientes, nuestro medio primitivo daba ya a luz, por sí solo, cierta calidad de tipos y determinada esfera de costumbres... La raza misma y hasta la sangre de la raza contribuían eficazmente a hacer más contagioso este estado de cosas. Y así fué como, poco a poco, llegaron hasta los umbrales de los templos muchos de nuestros muchachos, deseosos de paladear corajudamente las sensaciones extrañas de aquellos antros de sensualidad y de camorra, veladas hasta entonces a la mozada bien de la ciudad. Desafiada y peleada, vez a vez, en un principio, muy pronto se impuso respeto, en forma tal, que hasta muchos de sus modales, sus gustos y sus costumbres, fueron paulatinamente variando la primitiva aspereza del ambiente. El baile demasiado quebrachón y movido, de punta y talón, descaderado, meneado de cintura hasta la exageración, bailado antes de entonces, fué de las primeras cosas influenciadas por las modalidades de la muchachada que tomaba de sorpresa y por asalto el arrabal. El "baile con corte" toma desde ya su estilo propio, personal, distinto, único y diferente de todo otro estilo de baile. Prohibidos los bailes públicos, cerradas las "academias" y, sobre todo "Solís y Gloria", el "baile con corte" no pierde por ello un ápice de su prestigio. Al contrario: su culto progresa y cada día consigue más

adeptos, recluído y vedado a las miradas del público grueso. Como las vestales romanas salvaron un día los fuegos sagrados de la devastadora rapiña de los bárbaros transportando los pebeteros de oro hasta la cima de las colinas sagradas, así los iniciados en los misterios de la danza de los bajos fondos, salvaron el momento, llevando sus ritualidades compadres a lugares más cautelosos y ocultos. Al salón público sucedió el pequeño cenáculo. Se fundaron entonces los "cotorros" — casitas de muchachos solteros—donde el "baile con corte" se refugió con todos sus prestigios, a base de una sociedad de amigos en comandita, que cotizaban a escote sus farras nocturnas de puro baile corrido hasta la madrugada, como la denominada "De los Pies Chicos", la conocida por "El Peine", la mentada de "Los Budines", etc. Y en esos pequeños cenáculos se hacía verdadera escuela de baile en toda su más completa graduación, sometiéndose a los neófitos a un aprendizaje laborioso, paciente y rudamente constante, hasta la titulación definitiva que los consagrase como buenos bailarines. Con este título, un poco de garbo y de coraje, bastaban para personalizar a un conquistador de "rompe y raja", pues la mujer, ante esas condiciones, se sometía incondicionalmente al dominio esclavizador de "su hombre".

Los movimientos pasionales y los instintos de raza que entretejían el ambiente social de estas agrupaciones de "zánganos de la colmena", dedicados únicamente a la eterna "garufa", algo más suavizados y menos violentos en sus múltiples manifestaciones, eran, en el fondo, casi casi, los mismos que en otro tiempo impulsaban las bataholas de los taitas primitivos de ondita sobre la frente y chambergo "ladiao": la posesión y el dominio absoluto de la mujer, en primer término, y como consecuencia inevitable, el celo martirizador, que ultraja, que pega y que hasta apu-

ñalea: la ostentación y el prurito de la conquista, que determina una provocación peleadora por una sola mirada, por un pisotón o por un roce descuidado al pasar, etc., etc. De todo este proceso de cosas y de personas, de esta amalgama de pasiones y de medios, de educaciones, de instintos y de costumbres está formado en su esencia misma el estilo del baile llamado "baile con corte", como el baile denominado de los "apaches" tiene en sí mismo toda la sustancialidad crapulosa de la rufiana explotación de los "souteneurs". El "baile con corte" consiste en una manera especial de "pasear" el compás y que, una vez aprendida y dominada, hace que se bailen todos los bailes siempre con el igual y mismo estilo, dentro del cual se admiten variadas y vistosas figuras, como "la corrida", "la media luna", etc. La técnica no es mayormente difícil. La mayor dificultad se experimenta al tenerse que compenetrar el aprendiz de la "clave" del nuevo estilo de baile que se le enseña, muy distinto del que hasta entonces se conocía en sociedad, tal como un idioma se diferencia de otro o, si se quiere, como se diferencia el dialecto de la lengua...

Pero estas dificultades fácilmente se subsanan por el neófito porque, si algo tiene de particular este estilo de baile, es, precisamente, el placer incalificable que se siente al poder paladear algunos de sus pasos, lo que hace que el discípulo sobrelleve complaciente y gozoso todos los contratiempos de la ruda labor instructiva. Las reglas que determinan los movimientos y las figuras de esta clase de baile son tan inflexibles, tan únicas, tan invariables, que siempre y en todos los casos a nadie es dado modificarlas. Tiene para los iniciados la severidad de un lenguaje sagrado, sujeto a un diccionario de hierro, donde no es posible admitir la inserción de un solo vocablo nuevo. Los cenáculos donde se hace el aprendizaje del "baile con corte" podrán ser cien y ser de distintas comanditas so-

ciales; pero fatalmente, infaliblemente, en todos ellos se enseña un mismo y único baile, al igual en todas y cada una de sus figuras, pasos y movimiento. Esta inmutabilidad de esfinge es una de las características esenciales, principalísima y diferencial del "baile con corte". Así es que puede observarse que, en los bailes públicos, ahora permitidos sólo en Carnaval, en los de Solís, Urquiza, etc., todas las parejas que giran en la sala, absolutamente todas, ejecutan rigurosamente los mismos pasos y las mismas figuras, no obstante no existir entre ellas ninguna relación, ni vínculo amistoso. De esto resulta que, a la vista, se destaca un conjunto armónico, uniforme, encantadoramente concordante, particularidad que no se consigue apreciar nunca en el baile de sociedad, cuyo conjunto resulta siempre discordante, desparejo, irregular y entreverado. Pero si desde estos puntos de vista el "baile con corte" tiene con el estilo de baile de sociedad diferenciaciones principalísimas, éstas se acentúan aún más todavía si se le examina y analiza como un baile de temperamento, pasional, erótico en alto grado, intrínsecamente sensual en sus modalidades y sobre todo, en el instinto carnal que lo motiva, lo inspira y lo sacude con los espasmos de un sortilegio maléfico. Obsérvese para ello el aspecto de una sala de "baile con corte" en su conjunto y en cada uno de sus componentes. Desde que la pareja se para, dispuesta a romper el compás, netamente se perfila con relieves propios la intención que la mueve y la inspira. De pie, rectos, juntos, en contacto completo, hombre y mujer parecen como confabulados en el propósito de fundirse en ellos mismos. La acción y el movimiento semejan, siendo dos, tan solo uno, único y parejo. Como si fuera un raro ser enigmático, indescifrable, taumaturgo, la pareja de bailarines avanza, gira, se desliza por la sala en un prolijo y raudo juego de piernas con la serena armonía de un cisne

sobre el agua de un lago. Durante el desenvolvimiento de la complicada tela de figuras no debe haber ni ninguna rudeza, ni ninguna vacilación, ni ningún desconcierto. Todo es suave, fluido, concordante, sereno, mesurado. Los mismos bailarines, en su aspecto, armonizan fielmente con este motivo esencialísimo del cuadro. Hay en todos ellos una severidad hierática, inmutable, casi de esfinge. Se percibe en sus actitudes una reconcentración espiritual, en alto grado, como si todas las facultades, aguijoneadas por una idea fija, se unieran para la ejecución de un acto de refinamiento supinamente intensivo. Pero, por sobre todo esto, bulle, palpita, se engendra, germina, reverbera una suprema sensualidad pecaminosa, melancólicamente sugestiva, porque si triste es la risa de la raza, más hondamente triste es el gesto de su lascivia criolla, azuzada por el vaho del baile y la bebida. El hombre abraza a la mujer, posando sobre su espalda la mano plana y abierta, que oprime sin dureza y que sin brusquedad imprime la dirección del movimiento, siendo la guía del giro, del avance o del retroceso en todos los momentos del baile, porque esa mano, en su leve contacto, trasmite, como una orden oculta, el mandato imperioso de un déspota de amor, tiranizador y dominante. Por su parte, la mujer se entrega desde un principio, a la atrayente hipnotización del momento, abandonándose, como una esclava fiel al amo que la dirige. Suspendiendo su brazo del hombro de su contrario, se da a él, obediente y sumisa, con cierta docilidad salvaje de leona sometida bajo la garra de su "rey del desierto". Entre estos dos, hombre y mujer, emerge entonces el prurito de sensualidad electrizante. Como la rodaja de la espuela azuza la fiereza del bruto, que se da a la carrera, enloquecido y ciego, campo afuera, el acicate punzador de un instinto sexual, rebelde y lujurioso, crispa, aviva, retuerce y muerde la lasciva ansia carnal de cada uno.

En la aparente serenidad del movimiento hay invitación, conquista, sumisión, entrega, en una posesión indefinida y difusa. Las miradas fijas entre sí se velan complacidas. Se nota como una larga y continua fatiga que suspira, con una melancólica sensualidad que se deslíe como un aroma de perfumes de algún filtro maléfico que se derramara. Evóquese el pasado de la leyenda que Venus, descendiendo de su trono de rosas y de sándalo, se bajara a volcar, a manos llenas, sobre sus cortesanos, las esencias de almizcle y cinamomo de sus sagradas ánforas de oro, rebosantes de néctares afrodisíacos... Un último compás de baile pone su punto final a este incompleto holocausto lascivo. Hasta en la nota terminal de la música cabrillea el estremecimiento afiebrado de un espasmo. Queda en la sala el silencio augusto de haberse consumado una supina evocación pecaminosa. Y el triunfo soberano de la carne irradia como un sol naciente en las pupilas inyectadas de sangre. Y se adivina en la lánguida sequedad de los labios la pesarosa intranquilidad de un deseo eternamente insaciable... Y Baco ríe, ríe, ríe con su risa macabra...

Todas estas modalidades del "baile con corte" son la más pura verdad. Vistas a través de mi temperamento, más o menos imaginativo, no cambian por ello la crudeza de su propio y esencial realismo. Tengo la convicción de que, todos los que me lean y conozcan y sepan por observación o experiencia del medio ambiente social de nuestro criollismo "lunfardo", estarán conformes, en el fondo, con mi manera de ver estas cosas, de apreciarlas y decirlas, sin ambajes, en sus verdaderos términos. Seamos francos, leales y sinceros al respecto, pues como lo expresé al principio, no es dado de andar con hipocresías y con jesuitismos tratándose, como se trata en este caso, de

abordar y dilucidar un tema cuya solución afecta directamente a la moralidad de nuestra sociedad, puesta en juego. En bien de ella y de nuestras costumbres, todavía discretas, recatadas y pudorosas, debemos llamar al pan, pan, y al vino, vino, ya que en este asunto se pretende falsear los hechos, o por ignorancia supina, o por una manifiesta y perversa mala fe. No es, sin embargo, de temerse mayormente a los que tan sólo opinan, sino a aquellos que, dándoselas de *"arbitrus eleganciarum"*, instan por introducir semejantes maneras de baile en nuestros salones, a donde concurren expresamente para dar la nota novedosa y despampanante de ponerse a "firuletear", en plena sala, un puro "baile con corte".

Yo no tengo reparo alguno en declarar que siento por el estilo del "baile con corte" una atracción hipnotizante. Me atrae, me seduce, me marea. Lo compenetro con todo mi temperamento... Pero de ahí a que lo admita como baile de sociedad, hay un abismo insalvable. Por la misma razón que lo comprendo y lo gusto, por la misma lo ataco y rechazo en sociedad. Toda persona bien intencionada tiene forzosamente que acompañarme en mis radicalismos ultramontanos, bregando porque no prospere ni fructifique un injerto semejante en nuestras costumbres sociales. No creo ser ni melindroso ni hipócrita. Todos debemos defender de todas maneras la decencia social, aunque ésta sea todo lo convencionalista que se quiera. Entiendo, que la sociedad, rechazando, como de seguro rechazará, las fórmulas novedosas y noveleras qué se quieren colar, como de rondón, obrará en uso de su derecho de conservación y, sobre todo, en legítima defensa. Correspondería en este caso, llamar hipócritas y tartufos, no a nosotros los opositores, sino a los que, con gestos de mojigatez, sonriendo con mentida inocencia, con modales de seminaristas, solapada y cobardemente, aprovechando, como se dice,

la "bolada", pretenden dárselas de "linces" y de "muchachos piedras", sorprendiendo la buena fe de las gentes, que ellos llaman de aldea...

¡Abajo el antifaz y seamos francos!...

1914.

DOS PÁGINAS ÍNTIMAS

En una hora armoniosa de mi vida

¡Hijo mío!... ¡Hijo nuestro!... ¡Hijo del alma!... ¡De nuestro santo amor hijo querido!... ¡entraña nuestra!... ¡idolatrada carne de cariño!... Sol de alegría!... ¡Rey de nuestra casa!... Sea para ti todo lo más preciado que haya en nosotros... nuestro amor... nuestra bondad... nuestra increíble aspiración de vida perdurable...

¡Bienvenido!... ¡Mil veces bienvenido!...

Tan grandes como el mar—inmensas como el cielo—nuestras almas gemelas se han sentido unidas fuertemente por siempre y para siempre en la indecible, fervorosa emoción de tus primeras lágrimas...

La rosa de tu carne es del color de nuestros tejidos sueños de gloriosas ilusiones amorosas... ¡qué hermoso eres—corazón adorable—vida de la vida—con tus dos grandes ojazos color de cielo—abiertos como dos alas de ángel sobre nuestras dos almas hermanas...

¡Cómo es suprema, religiosa, infinita la hora feliz de tu llegada!...

¡Cómo es grandiosa la increíble realidad de tenerte, de verte ser, de sentirte nuestro de nuestra carne, de mirarte, de verte, de adorarte como la consagración de nuestros juramentos de amor y de cariño!...

¡Qué entrañable felicidad la que ha querido llegar a nuestro hogar!

¡Cuánta y cuánta alegría en nuestros corazones—hijo esperado—ilusionado—y deseado—vehementemente amado en la incesante idea de tenerte!... Y tú que eres hermoso como un fruto de amor... y tú que eres lindo como un lirio abierto... y tú que eres lleno de alegría, de luz y de sol... que como una rosa de primavera, hueles a felicidad y a gloria... sé bueno, sé santo, sé lleno de bondad, de hombría de bien, de amor a tus padres, al prójimo y a ti mismo... ¡Ama, ama mucho, ama sobre todo!... ¡Abre siempre tu alma al amor grande, sincero, constante, desinteresado y sano...

¡Sé el varón fuerte, digno, valeroso, intachable!... ¡Hijo mío, hijo nuestro, hijo del alma!...

1911.

Página escrita en un libro diario, con motivo del nacimiento de su primer hijo.

Hossanna!

Gloria in excelsis Dei et in terra pax hominibus bone voluntatis...

¡Bienaventurada seas, también tú!... ¡Bienvenida y bien llegada, hija del alma!... ¡Alegría, alborozo, gloria del hogar!...

Nuestros tres corazones te brindan desde ya, desde este instante, todo su amor por siempre y para siempre... Refundimos todas nuestras almas en una úni-

ca y sola—eterna y perdurablemente entrañable... Nos damos todos a todos desde hoy, jurándonos amor por nuestras propias vidas...

Eres de cada uno y de todos y todos somos tuyos y de todos los cuatro...

Pura como las azucenas—límpida como los astros—como la luz—como el cielo—como los ángeles.

1914.

En el libro diario, con motivo del nacimiento de su hija.

Cualquiera de las dos páginas anteriores, tiene, a pesar de su intimidad, una emoción tan honda, que no titubeamos en publicarlas, arrancándolas así del inevitable ineditismo a que las destinó su autor escribiéndolas en el libro diario que dedicaba a sus hijos...

EL ESPÍRITU VENCEDOR

Capítulo de «La Profecía de Ezequiel» (inédito).

I

Estéril hubiera sido el sacrificio, efectivamente, penosamente estéril, si el vencedor no fuera el Espíritu. En presencia del gigante derrumbado á tanta costa, es preciso, para no maldecir de la victoria, que nos cercioremos de que quien lo ha vencido no es otro coloso soberbio, nueva encarnación del demonio que hizo la guerra, sino la fuerza vivificante, capaz de reconducir a los hombres a la tierra de Israel. En una sola cosa puede reconocérsele; ella ha de ser Caridad, Amor, alma del universo. El, el espíritu triunfante, ha de estar en nosotros, en todos y cada uno de nosotros, hombres y pueblos, y ha de obrar, por ende, sobre las almas, y animar los tuétanos.

No maldigamos de la victoria. Que todo hace creer que quien ha triunfado es él, el espíritu vivificante invocado por Ezequiel. Se le reconoce en la impresión que predomina en el alma románica ante el coloso caído, y que yo reflejo en estas letras de verdad caritativas. Es visible, efectivamente, el esfuerzo que está haciendo sobre sí misma, en Francia sobre todo, en la Francia republicana, para desechar toda idea de venganza, sin abandonar, por supuesto, la de reparación o vindicta, que es solo justicia, y no excluye, por lo tanto, la caridad. Prudencia, Justicia, Fortaleza,

Templanza, son los cuatro vientos cardinales del espíritu.

Se siente todo eso en el alma de los que han vencido, si se ausculta con un poco de cuidado el corazón, que no ha de buscarse sólo en congresos, conferencias, delegaciones y demás simulacros, todo suspicacias, recelos y reservas mentales; mucho menos en las calles y disipados espectáculos. El natural primer movimiento de rencor se ha ido atenuando cada día más ante el caído, para dar paso a la idea de que la guerra está terminada con el desarme de quien la provocó, y que quien la provocó no fué la familia alemana, sino el militar prusiano, que hizo de ella su primera víctima, como lo hizo del Austria, de la Hungría y de los países eslavos de Occidente sojuzgados. La marcha triunfal hasta Berlín, que pasó un momento, esa es la verdad, por el deseo, fué un delirio de la fiebre. "El tiempo, dice Pascal, cura los dolores y las querellas, porque se cambia; no se es la misma persona. Es como un pueblo a quien se ha irritado, y al que se volviera a ver después de dos generaciones. Son todavía los franceses, pero no los mismos."

Se ha deseado, no sin causa, y, más que desearse, se exige la desaparición de Prusia como clave del arco; la destrucción del ejército alemán, constructor y destructor del imperio, verdadera familia de los Hohenzollern; pero no por eso se ha querido ni se quiere la destrucción de la persona alemana, de la familia alemana. La superioridad que ésta se atribuyó sobre las demás, si no ha extirpado en todas éstas el instinto de sustituirla en la soberbia, ha atenuado, cuando menos, el que en ellas hubiera podido existir, como en todo lo humano, y acercado la época en que "*tous ceux qui sont forts auront pour de leur force*", como dijo el poeta. Francés había de ser ese poeta que dió con tal frase. *Tener miedo de la propia fuerza, y aún del propio derecho*, es lo que entre los hom-

bres se llama fortaleza, dominio de sí mismo, verdadera valentía. Para dominar el miedo es preciso tenerlo, tener miedo de algo. Un animal de presa no es un valiente. Los quilates del valor, en el hombre, están en relación inversa de su parecido con el bruto; directa de los miedos dominados, con excepción del noble miedo a la propia brutalidad.

La familia alemana será *tan extraña cuanto ella quiera serlo, pero no más,* a la familia humana universal. De ella debe depender la mayor o menor rigidez en la ejecución de la sentencia; de su buena fe en la aceptación de la pena; de ella también su incorporación *real,* no sólo convencional, a los consejos de la gran familia humana. Que nos muestre las manos, y sobre todo el alma, desarmadas; y que todos creamos que la experiencia la ha hecho un pueblo realmente adulto, pues la jactancia suele ser pecado de juventud.

II

¡Destruir la familia alemana, la de Hernan y Dorotea! ¿Quienes, sino aquellos de sus propios miembros, poseídos de Aegir, han podido pensar semejante despropósito? Si fué desatino el del alemán que creyó en la superioridad de su raza, no es más juicioso el creer en la inferioridad congénita del hombre germano, de que otros hablaron. Aquello de "la barbarie del alma alemana" fué sólo un recurso de guerra. Ese pueblo es claro de entendimiento y vigoroso, como el que más; es tenaz de voluntad, fuerte de brazo, y, si no muy delicado de gusto, es fecundo de fantasía. Nada tiene qué ganar, y sí mucho qué perder, la civilización, la greco-romana inclusive, con la exclusión de ese activo colaborador, que, desde sus admirables universidades y politécnicas, cimentadas en la educación clásica greco-latina, nos ha mostrado tantas cosas buenas, sin excluir los más altos idealis-

nos. Entre las funestas consecuencias de esta guerra, no será la menor, por cierto, la de inhabilitar a esa nación, sabe Dios hasta cuándo, para aportar al acervo común de la humanidad, todo el concurso que le debe, en cambio del que recibe. No hablo solo del intelectual o científico, entendámonos bien; tampoco del material, por supuesto, que nada significa; hablo del *verbo alemán,* de esa recíproca influencia de los espíritus que mutuamente se buscan y se fecundan a través del tiempo y del espacio, y que, siendo, como es, la prueba más alta de la unidad de especie entre los hombres, es también la base más remota, pero *sine qua non,* de toda humana armonía; de lo que se llama civilización. El verbo de que hablo no es sólo ciencia, cultura, reciprocidad de servicios; es otra cosa: es el yo fuera del yo, en otro yo, quinta esencia del amor.

Yo de mí sé decir, que la influencia del pensamiento alemán en la formación del mío, sustancialmente español, afectivo y católico-romano, ha sido fuente oculta de aguas sonoras en el fondo de mi memoria. Sus cantos, oídos desde lejos, como en sueños, desde una lengua desconocida; su poesía de notas y palabras, reveladora de una concepción idealista del universo que no siempre es la mía, porque a cada paso me encuentro en ella con ese malhadado imperialismo panteísta o idealismo kantiano, que me desorienta y desazona, ha sido un reactivo, sin embargo, que me ha hecho saber mejor de esas ignotas profundidades de uno mismo, en que está lo común al hombre, a todos los hombres, y cuyo hallazgo constituye la obra del genio, del hombre-humanidad. Y aún del hombre árbol, sol, viento, tempestad, hormiga, melodía. Que no otra cosa es el poeta.

Yo sería un ingrato si no denunciara la existencia de ese pensamiento germánico que he sentido más de una vez dentro del mío, como el polen de una planta desconocida que trajo el viento a los ovarios del al-

ma. Es el elemento que nos despierta por simpatía, y aún por contraste, y que, en el laboratorio del espíritu, hace brotar, por reacciones profundas, la burbuja vibrante que es idea musical, imagen, deseo de cosas exteriores imposibles, excursión a países fantásticos remotos.

Así como de la unión de los dos hemisferios del cerebro resulta el órgano del pensamiento, y de la fusión de las tres potencias del alma, principio próximo y parte integrante de sus operaciones, resulta el hombre, así la unión de las facultades predominantes en distintos hombres, constituye el pueblo, y de las características de los diferentes pueblos o razas se forma la humanidad en marcha hacia lo perfecto, inaccesible en el tiempo. La perfección es la unidad, la reunión de todo a su esencia, en la región sublime de las causas o de los impulsos primarios, el amor. Los átomos se mueven con cadencia y número; es el canto de las esferas remotísimas; la universal sinfonía que pasa llamándonos por las alturas, haciéndonos señas desde los planetas.

Pero si yo sería personalmente ingrato, injusto sería el mundo anglo-romano si negara la influencia ejercida sobre él, en el pasado siglo sobre todo, por el pensamiento lírico alemán. Este, como ningún otro acaso, en la época moderna, nos ha hecho percibir el alma de las cosas, oir el grande acorde de la poesía, la música y la filosofía, como un canto místico, que se contrapuso a la idealización del instinto sexual, que, en muchos pueblos románicos, hizo perder su sentido estético a la palabra "amor", la más pura y musical de las palabras y la más fecunda.

Carlyle, admirador de Novalis, es el más alemán de los ingleses; su culto a Odino, a Mahoma, a Lutero, como tipos del héroe, es de claro origen germano, como lo es la poca estimación que le inspira Wáshington, el americano, y la confusión, en un solo menos-

precio, del pontificado romano nada menos y de la Revolución Francesa. Cronwell, el tirano Cromwell, es el héroe de Carlyle, como sabemos, casi un santo; la realidad. Emerson, el angloamericano, es devoto de Carlyle, sobre todo en su concepto de heroísmo; Maeterlink, el belga, sigue a ambos de cerca; Amiel, el ginebrino, los refleja en su soledad; Bergson, el francés, con sus intuiciones panteísticas, obra, sin darse cuenta, como muchos de sus compatriotas, bajo la influencia de ese espíritu.

Ese idealismo alemán *sui generis,* al que tantos convergen, hizo creer a algún español, acaso a más de uno, que es ese un sentimiento específico de alma germánica; que sólo en alemán tiene nombre, un nombre intraducible en otras lenguas: *schnsucht.* Etimológicamente, dice, significa "ansia de ver"; pero su contenido sentimental es más intenso; las palabras "anhelo", "afán", "ansia", "deseo infinito", tendrían un valor aproximado." El arte, efectivamente, es la satisfacción de ese anhelo: es "finalidad. sin fin", contemplación desinteresada; la voluntad detiene su afán, cesa en su inquietud, descansa en su fatiga diaria. Eso es sensación estética, función estética, mejor dicho, privativa del hombre entre los seres sensibles.

Pero esos españoles de que hablamos no se han visto bien, me parece, la propia alma. Ese sentimiento místico no es específico de la alemana, sino genérico del hombre; pero, en nadie como en el alma española ha tenido su extrema intensidad, y hallado su expresión ingenua y perdurable. No dió con una frase feliz el que motejó de "suspirillos germánicos", aquellos *lieders* españoles, por ejemplo, que sonaron en el arpa de un joven poeta andaluz, casi efímero, que, con sólo algunas estrofas o ritmos no aprendidos ni buscados, dominó todas las diluciones de ideas en palabras genéricas y afónicas, odas neoclásicas, fofas invocaciones a las viejas musas, misticismos un-

tuosos, que, renegando de las sinceridades de nuestra poesía mística, desfiguraban, a fuerza de superlativos afónicos, hasta los Salmos de David y las bellezas de la liturgia sagrada. Aquel ingenuo de Adolfo Bécquer, rompiendo moldes, siguiendo el vuelo de las estrellas fugaces y de las olas sonantes en el mar sin playas, y de las luces que dan sombras en las viejas catedrales, no salió del alma propia, genuinamente española y cristiana, cuando, encerrado en sus castillos y monasterios ideales, nos habló del "ansia perpetua de algo mejor", que empuja nuestra vida, y del "amor callado de la muerte" que le inspiraba la dormida mujer de piedra. En ningún alma como en la española se encuentra original, congénito, ese misticismo musical que se hizo color en el Cristo de Velázquez, el primer pintor del mundo, y modeló en luz los ángeles de Alonso Cano y de Murillo, copiados de los cielos interiores. Pero la verdad intensa de nuestro espíritu está en aquellas *Noches oscuras del alma*, y *Subidas al Monte Carmelo* de Juan de la Cruz, y en los *Castillos interiores* o *Moradas espirituales* de Teresa de Jesús, la madre española; en ésta sobre todo. Quien haya logrado seguirla en sus jornadas por las ciudades del propio corazón transverberado, sabe de esas *saudades* o *añoranzas* de eternidad, como nadie puede saberlo. Ese viaje en la sombra luminosa desde la superficie hasta el centro del alma, en que, a medida que los ojos se adaptan a la nueva luz, descubren asombrados, espantados, como dice la santa genial, nuevos panoramas salidos de las lejanías; ese ensanche de la capacidad del alma, que, ultrapasando sus propias potencias, la de comprender, la de sentir, la de querer, se limita a vivir, a "vivir en sí misma", en una muerte de amor, eso no ha tenido, en lengua de hombre, un intérprete como esa mujer. El amor que consiste en pensar y en sufrir y en gozar en otro cuerpo y en otra alma nos hace entrever,

ya que no percibir, la esencia una y múltiple de la Divinidad. Identificados con los de otro, por el amor, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros placeres y dolores, identificados por completo, desaparecemos en el otro, sin desaparecer en nosotros mismos; somos unos con él; sin dejar de ser dos. Dos pensamientos idénticos son un solo pensamiento... pero son dos; dos almas que se aman "con toda el alma", son una sola..., pero se *aman*, se fecundan, son dos almas, dos *sustancias personales*. He ahí el supremo realismo. La sustancia espiritual es la sola realidad.

En ese enorme misterio se sumergía la española santa. Ella oía y veía la infinita sinfonía, en que luces y colores y sonidos son una sola vibración. Tenía en la mirada el deslumbramiento de los ojos que han visto a Dios; en los oídos *las hablas* de los mares sin orillas. El arte humano no sabe de eso. Ella no es un artista; es un original. El arte es realización de belleza; Teresa de Jesús es una belleza. Una diosa, hubieran dicho los paganos, sensualizándola, profanándola; una idea, dirían los otros, aniquilándola; *una santa*, decimos nosotros diciéndolo todo: realidad espiritual, maestra, intercesora, ejemplar de belleza y de conducta. Su imagen es, para nosotros, un retrato de familia, como el de una de nuestras hermanas; ella nos habla en una de las lenguas humanas, y hemos tenido la suerte de que sea en la nuestra española, la vulgar, la de nuestras abuelas; pero hay tal desproporción entre sus palabras y lo que ella dice a quien puede oirla, que la palabra parece aniquilada en su voz; es lo más cercano a la comunicación directa de dos espíritus. El anhelo de infinito se siente en ella y con ella, aunque no se entienda; ella misma no se entiende, va "delante de sí misma". Pero no de un infinito impersonal, inepto para ser objeto de verdadero amor humano, sino de un Ser que "está allí",

a nuestra derecha, a nuestra izquierda, amable, capaz de recibir los trofeos de nuestros combates interiores, y coronar al vencedor con su abrazo casi sensible. Ella, la más genuina de las almas españolas, más que la de Cervantes, es el caballero de Dios; nos enseña su presencia en las cosas, en las formas, en los colores, en los sonidos, en el vacío aparente, ya que el real no existe. Pero no las cosas-dios, entendámonos bien, sino Dios anunciado por el Universo visible, por esta magnífica construcción de piedras vivas, sobre todo, el hombre, la mujer, habitación preferida de la Unidad perfecta en la Trinidad divina. En ese *camino de perfección* hacia el interior de sí mismo en busca de la persona de Cristo, *que sólo se comprueba por el resplandor en nuestras obras de lo que por la fe está en nuestro entendimiento;* en esa senda escondida que conduce a la unidad o al amor substancial, se encuentran y se reconocen todos los hombres, y los pueblos, y las razas, que sólo se combaten porque han perdido ese camino de belleza o de armonía.....

III

Nadie, pues, como nosotros, los hombres que hablamos la lengua de Santa Teresa, se ha sentido arrastrado por ese romanticismo filosófico-musical que venía de Alemania, a despertarnos en nosotros mismos; lo hemos seguido como quien se da cuenta del sentido de algo que sabía sólo de memoria. Y cuando, en la esperanza de que de allí podía partir el triunfo del espíritu sobre el sensualismo, nos inclinábamos más, y más sinceramente, al afecto hacia el hombre alemán, hermano nuestro, he aquí que aparece lo que no veíamos detrás de él: ese grosero imperio materialista, anticristiano, que, rompiendo el encanto, nos hace despertar en una triste realidad. Su agresión implacable, efectivamente, su claro propósito de ani-

quilarnos germanizándonos, disipó nuestra ilusión, y nos dejó en la penosa creencia de que, si los buenos alemanes eran una realidad, la buena Alemania imperial era un mito; los dioses feroces, Wotan, Thor, Aegir, las walkirias, la materia divinizada, han podido más en aquella alma colectiva que el genio musical de los *lieders*. Vimos que la admiración que nos inspiraban las cualidades de los hombres de esa raza no era correspondida por el reconocimiento de las nuestras; sentimos que tanto cuanto nos era fácil querer bien a Alemania en los alemanes, nos era difícil, si no imposible, hacernos amar de ella, aunque lo consigamos de ellos. Si es sólo difícil, y no imposible, como lo creen los más agraviados; si no es imposible que, destruído el imperio, podamos ser para Germania objeto, no sólo de deseo sino de amor fraterno, es a ella a quien incumbe la prueba; es ella, sobre todo, la que tiene que persuadirse de que no es en razón directa, sino inversa, de su potencia material o militar, cómo podrá recuperar las fuerzas que la hicieron verdaderamente grande y fuerte, y digna de admiración y hasta de amor por parte de los otros pueblos y razas, es decir, miembro de la especie humana.

En nada se ha revelado ese poder con más claridad que en el fracaso sufrido por los que, al día siguiente de la guerra contra el imperio germánico, pretendieron continuarla contra Alemania, cerrando la entrada de nuestros oídos a sus acordes musicales, como se cierran las aduanas a las mercancías. ¡El bloqueo del alma! No faltaron, como sabemos, quienes, *in odium auctoris*, querían eso: desterrar de nuestro oído a Beethoven, a Bach, a Wagner, a Wagner sobre todo... El triunfo de éste ha sido el primer desquite, la "révanche" de Alemania; sus enemigos fueron vencidos por el espíritu de armonía. Esas armonías sinfónicas de Bach, la Misa En Sí Menor, sobre

todo, que, al decir de los iniciados, tienen en germen toda la música moderna; las sinfonías de Beethoven, la Novena, la Heroica, su Misa Solemne o la de Requiem de Mozart, pasan triunfales por sobre todos los obstáculos, y hacen silencio en las almas. Nadie ha combatido contra eso; todo el mundo se arrodilla cuando cantan en alemán los caballeros del Santo Graal sus coros polífonos; los rencores se declaran vencidos, y se esconden sus hijas las venganzas, ante el Parsifal de Wagner.

Es ese el poder misterioso de la música, *belleza realizada en el sonido,* en el sonido inarticulado, no en esos, de significado convencional, las palabras, que constituyen las distintas lenguas humanas. La música es belleza realizada en el que tiene un significado absoluto, consubstancial del sonido mismo, común a todos los hombres, expresión de todo aquello que no tiene intérprete en el vocabulario de las lenguas humanas, por perfectas que sean, forma de lo inefable, inteligible a todos los hombres en proporción a la capacidad emotiva de cada uno. Mi reino no es de este mundo, pudiera acaso decir, con el Divino Maestro.

Esa belleza, que es amor, tiene más fuerza que el odio; puede desarmar la justicia; tiene, sobre todo, más poder de reconciliación que ese comercio o esa industria en que se busca la paz sin encontrarla.

IV

¡El comercio! ¡Oh, el comercio! Es cierto que el comercio también anda de Ceca en Meca con las alas en los pies; y cierto también que pone en relación a los hombres. Pero no conozco concepto menos digno de respeto que el que atribuye al cambio de cosas o mercaderías, por medio de monedas, la facultad por excelencia de reconciliar a los pueblos. Hablar de co-

mercio y hablar de guerra es hoy casi la misma cosa, obsérvese bien; su motor es la competencia: "guerra de tarifas", "competencias de industrias", "conquistas de mercados", "defensa de fronteras", "desalojo de rivales", a expensas del hombre...

"El reino de Dios no es alimento ni bebida, dice San Pablo a los romanos; es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo." Todo el mundo siente esa verdad: que no es comiendo y bebiendo lo mejor posible, gracias al comercio, cómo se enderezan los caminos que llevan a la paz; que no son los mejor comidos y bebidos los más mansos y pacíficos, ni los que más tienen hambre y sed de justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo.

En la esfera del comercio, el hombre no quiere al hombre por lo que es sino por lo que tiene; no lo quiere, pues. Sonríe como el perro extraño mueve la cola, mostrando los dientes trémulos, y con los ojos fijos en el pan que tenemos en la mano. Ni el perro ni el comercio avalúan los sentimientos; el honor, la virtud, la belleza, no son valores, ni para el comercio ni para el perro; no lo es tampoco la paz. La guerra y la paz le son indiferentes.

El hombre no necesita de maestros para dudar, dijo uno. ¿Y será necesario, dijo otro, que el arte ayude a nuestras pasiones, en las que, por desgracia, nacemos tan instruídos? El egoísmo es la ley de la materia. Si un galgo de buena raza hiciera sonetos, escribiría uno que yo conozco, muy armonioso por cierto, en loor del Egoísmo. Hay muchos de esos hasta en lengua castellana; también los hay en honor o loa de la sensualidad: sonetos y libros de cierta extensión. Bien es verdad que eso, egoísmos y sensualidades, son comunes a todos los hombres y, en cierto sentido, los vincula; pero también les son comunes al bruto y lo vincula a éste. No es, pues, elemento conglomerante de la especie humana, sino del género, de

todas las especies zoológicas; incorpora el hombre a la vida animal; le distingue del árbol y de la piedra; pero no del gato.

No es esto maldecir del comercio, por supuesto, ni mucho menos; pero la verdad es que el hombre no necesita de grandes estímulos para comerciar, para obtener el mayor resultado de su trabajo a expensas de su semejante. Para lo que los necesita es para lo contrario, precisamente: para no comerciar alguna vez siquiera, para no comerciar siempre, siempre, como solo objeto de la vida. No se trabaja para vivir; se vive para trabajar, para ser digno de vivir, y la pereza y la indolencia son vicios capitales. Hay algo más importante que saber guardar dinero, y es saber *para quién y para qué se guarda*. El dinero, trabajo acumulado, es bueno como instrumento de nuevo trabajo; representa el arado, la rueda, el barco, el camino, la máquina; el mérito no está en la posesión del instrumento, sino en su empleo y su destino.

Alguien ha dicho que las razas orientales están llamadas a prevalecer sobre las nuestras caucásicas, porque la vida de los hombres es, entre aquéllas, menos costosa; nosotros somos como los enormes animales primitivos, el dinoterio, el ictiosauro, que han desaparecido por el excesivo costo de su existencia; comemos demasiado. Un chino vive con un puñado de arroz; para igualarlo, nos sería preciso, no sólo aumentar nuestra producción, sino disminuir nuestras necesidades y apetitos. Pero eso, la moderación, la sobriedad, no se inculcan con el comercio, sino con lo contrario del comercio; el comercio estimula más bien el consumo inmoderado, el lujo, y hasta a veces la destrucción de lo hecho, a fin de que lo que queda valga más, por más escaso, para que el que lo posee, así se mueran de hambre los demás. Es la ley de la oferta y la demanda. Esta, la ley de la oferta y la demanda, es una fuerza de la naturaleza, no cabe duda;

pero fuerza ciega, anormal, como pueden serlo el viento o la corriente de los ríos. Pretender suprimirla es querer suprimir el viento; pero dejarse llevar por ella, es entregarse a la ciega tempestad. En plena tormenta estamos, como es sabido: tempestad de la oferta y la demanda. Una de las grandes conquistas de Alemania fué la realizada, no cabe duda, por su comercio, rígido, solícito, disciplinado oficialmente, honrado pecuniariamente. El emperador era un comerciante fuerte, socio de la compañía de vapores Hamburguesa-Americana, de la fábrica de Krupp y otras empresas; era gran terrateniente; poseía ciento diez castillos y palacios; su tren de viaje costaba tres millones; sus rentas eran mayores que las de Rockefeller, Morgán y demás resonantes santos del dinero, según dicen. Bien será que recordemos lo que sobre eso nos ha dicho Ballin, el gran armador alemán: que esos progresos de Alemania fueron realizados por su comercio, gracias a la protección inglesa, que le abrió sus puertos, le aseguró la libertad de los mares, etc., etc.

Y nadie dirá que eso ha sido germen de paz entre Alemania y los demás pueblos, Inglaterra inclusive. Ni lo será en adelante. Alemania, que ha quedado íntegra, restaurará pronto, antes que nadie, su industria, difundirá su comercio, recuperará "mercados", pues sus aptitudes y recursos persisten. Pero, los pueblos no son eso, no son sólo mercados. Esa conquista no es paz necesariamente; puede ser sólo la renovación de la guerra de entorpecimiento al bienestar humano, en que el monopolio impide el acceso del hombre a la tierra y a los instrumentos de labor; en que no sólo el trabajo *actual,* sino también el *acumulado,* que suele llamarse *capital,* se declaran en huelga cuando les viene a cuento. No otra cosa que una huelga de trabajo acumulado es, si bien se mira, la actitud del capital retraído cuando quiere mayor

interés, mayor salario. Porque el interés del capital es, en resumidas cuentas, el jornal del viejo trabajo, pagado con una parte del nuevo. El viejo tiene su justo avalúo como el nuevo, al que se une para provecho de ambos. La utilidad que la unión produce corresponde, como es razón, a los dos, proporcionalmente distribuída, equitativamente repartida, es decir, no establecida por el libre arbitrio del uno ni del otro, ni del trabajo viejo ni del nuevo, sino por alguien que esté sobre los dos, y atribuya a cada uno lo suyo. *Suum cuique tribuere;* a cada cual lo suyo; la fórmula de la justicia. El trabajo humano tiene su valor absoluto, no sólo el relativo; pero no será el comercio quien retribuya como es debido las fuerzas intelectuales en reserva, y mucho menos las morales.

No será, pues, la restauración material o comercial de Alemania, la que la reconducirá a la tierra de Israel. Y su restauración moral, la que procede de ese fondo idealista que acercaba su raza a la nuestra por el espíritu, esa, bien quisiera equivocarme, esa no parece tan próxima, por desgracia; no parece tan próxima la hora en que, al partir el pan, reconozcamos a Cristo, como los peregrinos de Emaus.

"Frotad vuestras manos con aceite, si queréis abrir el árbol del pan, porque, si nó, la secreción lechosa se pegará a vuestras manos. Frotad primero vuestra alma con el aceite del amor y la devoción al Señor; después podréis poneros en contacto con los asuntos del mundo." En esa forma pintoresca repite el poeta indio nuestra eterna verdad evangélica, escrita en divina forma:—Buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura. El poeta indio no dice nada nuevo. San Francisco de Asis, lo precedió, y lo dijo mejor.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

MI TORRE Y MI JARDIN

I

Yo poseo una torre—ladrillo y argamasa—
Aquella de marfil... cursi literatura...
Una torre cuadrada, la torre de mi casa;
Inmenso panorama y poca arquitectura.

Delante de la fábrica, un jardín con frescura
De árboles y de céspedes. Por afuera no pasa
Casi nadie de noche, por ser la calle oscura;
De día, porque el sol quema como una brasa.

A media cuadra el campo; al sur, el mar; al este,
El mar; en el ocaso, también el mar celeste;
Al norte, la ciudad: claraboyas y bruma;

Arriba, el cielo, un cielo enorme y monocromo...
Soy feliz con mi torre, sencillamente como
Quien a la dicha propia, la dicha ajena suma.

II

Sí, soy feliz, no obstante caracoles y hormigas;
Unos, viscosos que se arrastran y hacen daño,—
Aquí hay un claro símbolo retórico de antaño,
Y de hogaño;—las otras, ¡qué diente! ¡y qué fatigas!

Si no fuera por ellos, en mi rústico escaño,
Con los sapos aliados y las hierbas amigas,
Y los grillos eufónicos y mis propias cantigas,
No tendría una nube este primero de año.

Pero los caracoles, ¡ay de mí! y esa peste
Que no deja crecer ni un renuevo! Con este
Tiempo la lluvia por todas partes revienta

Un enjambre... Dijérase que ha metido la pata
En el jardín, el diablo, y subraya la afrenta,
El molusco cornudo, con su baba de plata.

PABLO DE GRECIA.

EL SILENCIO DE LOS INCAS

FANTASÍA INDÍGENA EN UN ACTO Y TRES CUADROS

Fragmento del segundo cuadro

VILLAC UMU. — Escuchad la voz del quipo de los quipos. Escuchad la profecía de Manco Capac.

CORO.—¡Padre Sol!

VILLAC-UMU. (*Lee el quipo*).—La paz de los Incas reinará sobre el Universo. En los tambos reales será abundante el maíz; y las hojas de la coca brindarán savias fuertes; pero como la arena del mar serán los rebaños de llamas. Los yaravíes reirán en los palacios y las chozas y los pueblos quechúas bendecirán el sol eterno y alabarán la sabiduría del señor de los señores. La paz de los Incas reinará sobre el Universo.

CORO (*extático*). — ¡Sol eterno! Padre Sol!

VILLAC UMU.—Pero he aquí los signos siniestros.

CORO (*gime*).—¡Padre Sol!

VILLAC UMU.—En el cielo ondulará una serpiente verde. Sobre el templo de los templos se precipitará exánime un cóndor y el sol negará sus rayos a las hogueras del sacrificio.

CORO (*gime*).—¡Sol eterno!... ¡Padre Sol!

VILLAC UMU.—Los hijos de Huayna Capac se disputarán el Imperio. La tierra de Tavantinsuyu beberá, temblando, sangre de Incas. El ave covaquenque se ocultará en el desierto y el sol eterno velará su rostro.

Coro (*clama*).—¡Sol eterno!... ¡Padre sol!

Villac Umu. — Sobre una nube de fuego vendrán de Occidente los viracochas.

Coro (*aulla*).—¡Pachacamac!

Villac Umu. — Sus manos lanzarán el rayo y el trueno y la sangre quechúa enrojecerá los torrentes e hinchará el mar. Los buitres teñirán sus picos en el flanco del señor de los señores; los templos se hundirán; el oro será el ídolo de los pueblos y sobre el Universo pesará el silencio de los Incas.

Coro (*anodadado, gime*).—¡Pachacamac! ¡Pachacamac!

Villac Umu.—Pero el Villac Umu salvará el quipo de Manco Capac y huirá hacia el sol que nace con el hijo menor del Inca y su hija mayor. Cruzarán los Andes; cruzarán las nieves y los torrentes y los llanos. Y llegarán a un río que será como una serpiente negra. Y el Villac Umu construirá chozas y vivirán en la paz de tierras lejanas los hijos del Inca y los hijos de sus hijos.

Coro (*suplica*).—¡Pachacamac!

Villac Umu.—Cuatro mil lunas pesará el silencio de los Incas sobre el Universo. Pero, cumplidos los tiempos, volverá al trono de sus padres la última hija del sol. Y los pueblos de Tavantin-suyu saldrán del antro de los castigos y la paz de los Incas flameará sobre el Universo.

Coro (*jubiloso*).—¡Sol eterno! ¡Padre Sol!

Villac Umu (*señala a Coya*):—Mirad, hecha carne, la profecía de Manco Capac.

Francisco Imhof.

SOBRE ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Sobre este asunto de la enseñanza de la literatura se ha hablado y escrito mucho entre nosotros, pero, generalmente, la cuestión ha sido encarada desde un punto de vista demasiado trascendental, o excesivamente pedagógico. No quiere esto decir que esa forma de encarar el problema sea inconveniente; nada de eso; líbreme Dios de desechar lo trascendental y lo pedagógico en materia de enseñanza. Lo que sí quiero decir es que, a veces, las peculiaridades del medio social, y aún del medio universitario, se oponen a los excesos del sentido especulativo, y, sobre todo, del severo dogmatismo pedagógico. La enseñanza de la literatura en nuestra Universidad, más que con exceso de cientificismo, debe ser considerada con espíritu práctico, casi diría, con buen sentido, o con aquel sentido común de que Sancho Panza estaba tan bien dotado.

Hay un concepto clásico de la enseñanza de la literatura que consiste, amén del necesario curso de retórica y poética, en hacer conocer a los estudiantes las grandes épocas de la historia literaria; la biografía de los escritores de mayor nombradía; el argumento y carácter de sus principales obras, y el juicio que ellas merecieron a la crítica universal. Con esto, y con tal cual lectura de páginas clásicas, se hace un curso amable, fácil y provechoso. Todo eso se considera ahora anticuado y antipedagógico. Sin embargo, no es un programa de cultura literaria tan despreciable el que propician los que, para iniciar en el es-

tudio de la literatura, a jóvenes de 15 a 20 años, reducen el curso a un vasto panorama histórico donde las grandes épocas se hallan representadas por sus valores literarios, y proyectan, sobre ese fondo, las figuras animadas de escritores y poetas, y relatan la vida de éstos y el argumento de sus obras, y aún hacen conocer a los estudiantes la forma en que tales obras fueron y son juzgadas por la humanidad letrada. Este concepto de la enseñanza de la literatura, obedece a peculiaridades del medio ambiente y realiza una idea de cultura modesto, pero fácil de obtener, y sobre todo, útil para la actividad social del universitario sudamericano, en cualquier plano que ésta se ejercite. El estudiante que ha hecho este curso, claro que no ha ahondado en el conocimiento de la lengua y la literatura, puesto que no es esa tampoco la finalidad de la enseñanza secundaria y preparatoria; pero ha adquirido ese barniz de cultura literaria necesario para que un hombre pueda frecuentar el trato de los círculos intelectuales del país, sin desmerecer del nivel general de cultura que en ellos predomina. Será dueño, en efecto, de un discreto repertorio de conocimientos literarios que le permitirá apreciar las grandes épocas clásicas, y hablar con cierta familiaridad de los héroes de Homero y de Virgilio, sin confundir a Aquiles con Eneas. Sin penetrar en la grandeza de la tragedia esquiliana, conservará, sin embargo, la impresión de los fabulosos personajes griegos y no los confundirá con los bufones que Plauto y Terencio sorprendieron en la sociedad romana para llevarlos a su truculento teatro. Tendrá una idea bastante aproximada del siglo de Augusto, y conocerá a Mecenas, y, como es natural, a toda la pléyade latina. Volviendo a más próximas épocas, no lo tomará de sorpresa un terceto de la Divina Comedia, ni un personaje de Shakespeare, ni una página de Cervantes, ni un drama de Calderón, ni una comedia de Molière. Y si de literatura contemporánea

se trata, sabrá lo que es clasicismo, romanticismo, naturalismo, y hasta conocerá buena parte de las escuelas ultramodernas con sede en París, en la India o en Buenos Aires.

Con todo este bagaje, y lo mucho más que callo por lo extenso, un joven estudiante está habilitado para que no lo tomen de nuevas las citas, referencias y alusiones que continuamente se hacen en la conversación, en los diarios, en las revistas, en los libros. Sabrá así de qué se trata cuando se habla del "cisne de Mantua", del "poeta florentino", del "héroe troyano", del "manco de Lepanto", del "fénix de los ingenios", y de tantos otros lugares comunes que corren por el mundo. Igualmente sabrá interpretar esas citas fáciles, ya sean en latín, francés o castellano, que forman la pacotilla de la literatura corriente. Todo eso no es mucho, pero es más que lo que sabía el *bourgeois-gentilhomme* de Molière, que tanto se sorprendió cuando le revelaron que él hablaba en prosa. Además, todo eso se enseña fácilmente, sin grandes complicaciones pedagógicas. El estudiante hace con ello, como decía al principio, un curso sencillo, fácil y amable, que luego recuerda con vivo deleite.

Hay otro sistema de enseñanza más trascendental, y que hoy goza de gran boga. Ese sistema convierte el curso de literatura elemental, en verdadero curso de estética superior, pues coloca al estudiante en contacto directo con la obra de arte, a fin de hacerle comprender, sentir e interpretar el repertorio literario universal. Nada de biografías, ni de fechas, ni mucho menos de anécdotas; el autor-persona desaparece de la enseñanza para dejar lugar exclusivamente a la obra. Shakespeare, por ejemplo, ya no se aparece a los estudiantes universitarios como aquel original imberbe que cuidaba los caballos de los *dandys* londinenses a las puertas del teatro del Globo, y, furtivamente, se escurría entre el público para estreme-

cerse de pasión ante las comedias de Johnson, y aún lograba suplir a algún comparsa y dar algunas zancadas sobre el escenario. Ni eso, ni sus afanes de traductor, compilador, ajustador y fabricante de malos y buenos dramas; ni sus amores y vida conyugal con Ana Hathaway; ni la ignorancia de su genio; ni ninguna de las circunstancias de su pintoresca vida, interesan ya al estudiante. En cambio, éste ha leído u oído leer, Hamlet, por ejemplo, y ha asistido a la exégesis, más o menos profunda, que el profesor ha hecho del teatro shakesperiano en el aula, y de todo ello le ha quedado una bruma trascendental en el espíritu y la sensación de un inmenso y original guignol donde los muñecos quedan heridos sobre la escena al bajarse la tela. Acaso la enlutada figura del príncipe de Dinamarca o la blanca de Ofelia, dado el calor romántico de tales personajes, deje en ellos huella más profunda; pero el resto del drama será para la muchedumbre estudiantil materia parva, a pesar de los esfuerzos que realice el ingenio del profesor para hacer pensar y sentir a jóvenes imberbes, cosas que solamente se piensan y se sienten, cuando el hombre sucede al adolescente, y transforma su cuerpo y, sobre todo, su espíritu.

Si el primer sistema de enseñanza a que me he referido puede reputarse vicioso, este nuevo, resulta, cuando menos, incompleto. Yo creo que este asunto de la enseñanza de la literatura es un simple caso de falsa oposición, como dice el doctor Vaz Ferreira. En efecto: el sistema trascendental no excluye al antiguo y viceversa. Por el contrario, ambos se complementan. El conocimiento personal, experimental, diremos, de las obras del ingenio humano, puede ser útil, sobre todo en cuanto sirve para revelar la vocación literaria y para educar el gusto, pero es indispensable que se le complemente y aún que se le supedite al otro sistema que procura al estudiante un mayor nú-

mero de conocimientos e ideas generales; esto es, un mayor caudal de cultura útil, socialmente considerada. Si ambos sistemas hallaran tiempo y acomodo dentro del breve curso universitario, se habría resuelto uno de los problemas de la cultura nacional, y no el menos interesante, por cierto.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

EDUCACION

ÉTICA BIOLÓGICA

Introducción a un estudio

"¿Es bueno el niño desde que nace? ¿Es malo o no es ni bueno ni malo?"

Con el fin de responder a la idea encerrada en estas preguntas, que figuran en el programa para Maestros de 1.er Grado, tengo en preparación un libro; porque comprendo que ningún aspirante, al rendir examen, está en condiciones que le permitan formar opinión respecto a ellas; y yo puedo ofrecer a consideración de los estudiantes, un número regular de observaciones hechas en mi prolongada actuación de maestra, ante niños a quienes nunca juzgué malos; pero que no pude ver igualmente buenos.

Fuera de lo que se lee, indeciso o categórico, sin suficiente exposición de pruebas, sólo se sabe del problema en tal forma planteado, lo que se oye decir en frases pronunciadas con muy diverso sentido: "¡Qué malo es!" "¡Es más malo!" "¡Malo!" "¡Perverso!", "¡Pillo!", "¡Pillete!", variando el tono, se exclama muchas veces cada día, con la misma facilidad con que se repite: "¡Es muy bueno!" "¡Es buenito!"

Debemos consignar que las últimas expresiones, rara vez se escuchan sin el agregado de: "duerme toda la noche", o "se deja pegar", "nunca se queja", en cuyo caso, el instinto, clarovidente, vestido de

broma suele terminar el juicio con estas palabras: "¡Es muy tonto!"

¿Qué puede saber de la bondad o maldad del niño, quien va a iniciar su trato con él, cuando el que ha vivido algunos años ejerciendo las funciones de maestro, creyendo cumplir el fin de amoldar el espíritu a las necesidades de la vida y a la persecución de ideales, si hubiera de responder, por la experiencia de su trabajo, en la mayoría de los casos, no sabría hacerlo?

El proceder diario del maestro dice que, en su concepto, por lo común, niño bueno es el que obedece; esto en primer término y casi exclusivo; pero, a fin de detallar diré: el que estudia y cumple sus deberes, el que es puntual y no falta a la clase, cuida sus ropas y sus útiles; respeta al superior con los ceremoniales establecidos para demostrar respeto; no toma la palabra sin consentimiento, marcha bien en fila, no querella y dice siempre la verdad (la verdad convencional de la escuela, podría observar Max Nordau).

El niño bueno, así comprendido, debe poseer una virtud formada con mucho esmero, aunque sin gran dificultad: la de no ser acusador.

También entra en el número de las condiciones requeridas para ser bueno, la del respeto a la propiedad ajena; pero son tan pocas las ocasiones que se ofrecen de poner ésta a prueba, que un maestro llamado a informar por la conducta de un niño, difícilmente se acordará de ella.

Los que hemos vividos muchos años en intimidad con la infancia, indagando siempre que ha sido posible, la causa originaria de los incidentes conocidos, pidiendo datos a la familia, llevando nuestra observación hasta la vida callejera, donde se incuban la mayor parte de los gérmenes nocivos, podemos decir: ¡qué pobre y qué erróneo es ese concepto del ni-

ño bueno! y ¡qué falso resulta, por oposición de criterio, el que se forma del niño malo!

Ninguna de las hermosas cabecitas que nos encantan con la gracia del gesto, en la gama de tonos infinitos que comprende la ligera sonrisa y el estridente grito, deja de poseer algo de una y otra cualidad, porque todos, dentro del orden normal, tienen encendida alguna chispa de la llama azul de la virtud altruísta y del fuego ardiente de la pasión.

La envidia, la venganza, el egoísmo, el rencor, el odio, la ira, el orgullo, el latrocinio, la hipocresía, la crueldad y demás sentimientos ruines, son desviaciones del amor a sí mismo, que dentro de justos límites, lleva a la conquista sublime de la gloria y a los dignos esfuerzos de la emulación.

Como la hoguera, que bien contenida, extrae metales de la dura roca, para fundir en el molde una obra de belleza ideal, y fuera de los muros que la encierran, mata sin piedad, destruyendo con furia las mismas estatuas que su llama modeló, los sentimientos humanos son capaces del bien y del mal; pero la escuela, cohibiéndolos en sus manifestaciones espontáneas, por necesidades de disciplina, no escucha el dulce latido de su calma, ni el rugir de su honda tempestad.

Para ella, niño malo es el que exterioriza arrebatos, y bueno, el que acata órdenes con docilidad. No se sabe que aquél, muchas veces hace el sacrificio de sus intereses, por los ajenos; y que éste, suele reservar la expansión de sus deseos, para horas y lugares en que puedan manifestarse libremente; que lo prohibido germina en los bancos de clase, al calor de la palabra dicha al pasar, en esa fila rígida donde los niños parecen muñecos de resorte mecánico; del papelito escrito con admirable disimulo, mientras se resuelve un problema y arrojado al lugar de su destino, en medio del más profundo silencio, en el preciso

instante en que el maestro inclina la cabeza para revisar operaciones concluídas; de la bofetada que a la hora de recreo hace desbordar lo que la clase mantuvo escondido; de la cita en esos momentos acordada para lugar y hora más libres; a la sombra que proyectan las ideas sobre las almas, con la luz de la enseñanza científica.

Parece raro contrasentido atribuir sombra a las ideas; pero, ¿no es fuerza reconocer que ellas tienen volumen para ocultar intenciones, cuando al fin de una jornada sostenida con hermosos discursos, se descubre la quimera de lo que fué visión magnífica?, ¿cuando las masas arrastradas en pos de bellos conceptos, ven que el embanderado orador, encubría con sus palabras, el móvil que lo llevaba a la conquista del bienestar, el poder, la gloria o la fortuna?

No extrañemos, pues, que a la sombra del conocimiento, en la escuela, se oculte la diversidad de valores morales que se prepara para el porvenir, en el grupo de niños reunidos con semejanza aparente.

Cuando termina el primer período de educación, empiezan a hacerse visibles los vástagos de las pasiones que se desarrollaron escondidas. Entonces, ¿quién puede impedir su crecimiento?

Las circunstancias del medio dependen del capricho de la suerte, y la enseñanza secundaria nada intenta, porque se cree desligada de toda obligación al respecto. El mal, por lo tanto, avanza con bríos y sólo puede troncharse por el golpe de una ruda sacudida.

Debemos confesar que la condición moral de cada individuo, es puramente resultado de los factores que intervinieron en la gestación del ser y de la casualidad que rodea el desenvolvimiento, pues que la escuela tiene muy poca influencia sobre el proceso biológico que la determina; y la dirección de los padres no es mucho más eficaz, por cuanto ellos ignoran, co-

mo ignoramos todos, cuáles son los síntomas reveladores del mal.

Pues que la desobediencia pertinaz, la inquietud y el capricho, dan razón de la conducta mala, y la docilidad se considera rasgo saliente de la buena, todos se sorprenden cuando resulta inmoral por sus hechos, el que fué criado con esmero y siguió fielmente los consejos de sus padres orgullosos y de sus maestros satisfechos.

Parece natural que el niño obediente marche hacia el bien como marcha el tren sobre la vía trazada, después de estudiar las dificultades del camino y que, el que no escuchó la voz de sus mayores, tropiece con los obstáculos que la vida presenta, precipitándose en los abismos de las sendas traidoras, como lo haría el tren que se lanzara al acaso, abriendo rumbos en una carrera de término desconocido.

Sin embargo, son numerosos los casos en que podemos observar las consecuencias invertidas.

Yo he visto y veo ir en línea recta, por la ruta del deber, a muchos que en su infancia fueron rebeldes, y he visto a otros que se distinguieron por su docilidad, caer en la tentación del vicio, porque la voluntad, para vencerla, fué débil como siempre lo había sido.

Aunque tengamos la íntima convicción de que debemos amoldar los hábitos del niño a las necesidades presentes y futuras que él ignora, nos falta mucho para conocer las limitaciones que ese deber implica, porque desconocemos el valor de dos elementos esenciales que se revelan con vehemencia en un niño normalmente constituído: la voluntad y el instinto.

Movidos nosotros también por una tendencia, la que ha dado el triunfo a todos los que han mandado sobre la tierra, aplicando un castigo o prometiendo un premio, con recursos de fuerza o ingenio, conseguimos nuestro propósito; pero si no estamos alerta contra la reacción inevitable que producen esos me-

dios, y conducimos poco a poco la conducta por el orden natural, que debe ser obra del pensar y del sentir, nuestro trabajo será contraproducente.

Los niños, para burlar nuestras intenciones, desenvuelven admirables dotes de vivacidad y arte dramático, consiguiendo sus propósitos casi siempre. Por eso podemos confesar que la hipocresía, en gran parte, es obra de la educación.

Cuando en la clase, un incidente altera la rigidez del horario y la majestuosa calma del ambiente, el maestro, para restablecer el orden, que necesita, se ve obligado a proceder con rapidez, aplicando al que parece causante del trastorno, uno de los castigos de su repertorio, que suele ser: separación, privación de recreo, permanencia algunos minutos fuera de hora, escritura de un largo ejercicio o apunte de mala nota.

"Paga", como dicen los niños, el que se deja sorprender por un gesto o una palabra, porque carece de experiencia o de arte natural para fingir. El que posee esos dones, el que sabe "tirar la piedra y esconder la mano", salva su reputación, vive tranquilo y se divierte presenciando escenas, porque entiende la parte cómica que hay en ellas.

Esto ocurre más de una vez cada día. Por lo tanto, ¡qué puede saber la escuela de lo que es un niño malo y un niño bueno!

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

''Iola''.—Poemas en prosa por Luis López de Mesa.—Ediciones ''El Convivio''.—I. García Monge, Editor.—Costa Rica, 1922.

He aquí otra de las buenas ediciones de García Monge, y por las que, una vez más, le somos tan gratos.

Estos poemas en prosa, algunos de los cuales son de una encantadora sencillez de expresión y de una dulce pureza de espíritu, están llenos de la inquietud de la vida y del ensueño de un alma exquisita, para la que es amable romantizar el ideal y las mujeres, vistiéndolos con la gasa azul de la poesía y el tul finísimo de la ilusión.

''Iola'' es una historia de amor, vulgar en el romance, pero de intensa vida en la emoción interior. Luis López de Mesa ha consagrado en este libro facultades nada vulgares de escritor, definiéndonos un estilo y un alma que merecen nuestra atención.—**T. M.**

''Aurora Boreal''.—Poesías de Sergio Núñez.—Guayaquil.—1920.

Ditirámbico, adjetivador, neologista, el autor de este libro, que apadrina Salvador Rueda, da la impresión de un joven poeta decadente del 98.

Exaltadas dedicatorias, notas marginales, fe de erratas,—en fin, ''todo el furor de la literatura'':—eso es la ''aurora boreal'' de Sergio Núñez.

El tiempo, con su enorme piedra redonda de pulir las cosas, limará sus metales, y aun todavía los ahogará en el propio polvo de sus sueños...—**T. M.**

''Niño y Grande''.—Novela de Gabriel Miró.—Publicaciones Atenea.—Madrid.—1923.

Gabriel Miró, pulcro y elegante, fino y recóndito, nos ofrece una nueva novela, en donde la vida se trasluce como en un cristal.

Libro sin agitaciones trágicas ni ensueños románticos: sereno, tranquilo, lleno de vida real, de juventud, de senectud, de amor... Libro escrito en ese estilo castizo y puro del autor de las ''Figuras de la Pasión''. La editorial Atenea agrega con él un selecto volumen a su catálogo.—**T. M.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ $^{o}/_{o}$ anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

DISPONIBLE

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

''Iola''.—Poemas en prosa por Luis López de Mesa.—Ediciones ''El Convivio''.—I. García Monge, Editor.—Costa Rica, 1922.

He aquí otra de las buenas ediciones de García Monge, y por las que, una vez más, le somos tan gratos.

Estos poemas en prosa, algunos de los cuales son de una encantadora sencillez de expresión y de una dulce pureza de espíritu, están llenos de la inquietud de la vida y del ensueño de un alma exquisita, para la que es amable romantizar el ideal y las mujeres, vistiéndolos con la gasa azul de la poesía y el tul finísimo de la ilusión.

''Iola'' es una historia de amor, vulgar en el romance, pero de intensa vida en la emoción interior. Luis López de Mesa ha consagrado en este libro facultades nada vulgares de escritor, definiéndonos un estilo y un alma que merecen nuestra atención.—**T. M.**

''Aurora Boreal''.—Poesías de Sergio Núñez.—Guayaquil.—1920.

Ditirámbico, adjetivador, neologista, el autor de este libro, que apadrina Salvador Rueda, da la impresión de un joven poeta decadente del 98.

Exaltadas dedicatorias, notas marginales, fe de erratas,—en fin, ''todo el furor de la literatura'':—eso es la ''aurora boreal'' de Sergio Núñez.

El tiempo, con su enorme piedra redonda de pulir las cosas, limará sus metales, y aun todavía los ahogará en el propio polvo de sus sueños...—**T. M.**

''Niño y Grande''.—Novela de Gabriel Miró.—Publicaciones Atenea.—Madrid.—1923.

Gabriel Miró, pulcro y elegante, fino y recóndito, nos ofrece una nueva novela, en donde la vida se trasluce como en un cristal.

Libro sin agitaciones trágicas ni ensueños románticos: sereno, tranquilo, lleno de vida real, de juventud, de senectud, de amor... Libro escrito en ese estilo castizo y puro del autor de las ''Figuras de la Pasión''. La editorial Atenea agrega con él un selecto volumen a su catálogo.—**T. M.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ °/o anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en ''Títulos Hipotecarios'', los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos ''Títulos'' se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los ''Depósitos'', mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el ''Cupón'' corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los ''Cupones'' por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los ''Títulos Hipotecarios'' se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

DISPONIBLE

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodrigues Antonio M., Rincón 638.

Caviglia Buenaventura, Burgues 125.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Del Castillo Serapio, Paraguay 1267

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Brandzen 1926.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, Capurro 79.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daqué Juan, Soriano 1370.

Gerona Héctor, 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120.

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Canelones 1241.

Scoseria José, Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo Eduardo, Colón 1392.

Gutiérrez César G., Sarandí 365.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y Vázquez.

Navarra María Inés, Canelones 2061.

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Elición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Caillava

. Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

Todos los materiales

de

"PEGASO"

son inéditos.

LEA VD. EL PROXIMO NUMERO

El embiema de

RAPIDEZ Y SEGURIDAD

en servicio telegráfico o cablegráfico a

TODAS PARTES

DEL MUNDO

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston. Texas. — Strand and 21st Street.
México — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico, San Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá. Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador — Esmeraldas Santa Elena. Guayaquil.
Perú — Paita. Callao. Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N. 462. Valparaíso, Cochrane N.° 583. Santiago, Huérfanos N.° 1041. Tacna. Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383. Rosario, Calle San Martin N.° 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala.
Brasil. — Santos. Rua 15 de Novembro N.° 175. Rio de Janeiro, Rua 7 de Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.° 400 -- Montevideo

G. V. MARIÑO, Imp.

MAYO 1923 NÚMERO 59

PEGASO

DIRECTORES:

RODOLFO MEZZERA
PABLO DE GRECIA
JOSÉ MARÍA DELGADO

SECRETARIO DE REDACCIÓN:

TELMO MANACORDA

Montevideo - Uruguay

SUMARIO:

Oro crepuscular . . . . . Pablo de Grecia.
Las fábulas de Montiel Ballesteros . . . . . José Pereira Rodríguez.

Mi prima: Dibujo en madera, por N. Urta.

Jesús, nuestro Señor . . . . . José A. Trelles.
Lo peor de todo . . . . . Segundo Barreiro.
Gamin, mi sub-yo. . . . . . José María Delgado.
Dios y las imágenes. . . . . . Carlos César Lenzi.
Modélame otra vez . . . . . Samuel Blixen Ramírez.
Era un pobre demente. . . . . . Leopoldo Bonavita.
La Appassionata . . . . . Enrique M. Amorim.

Interior:—Dibujo en madera, por N. Urta.

Crónica de Arte: El Monumento a Artigas, de Zanelli por C. A. Herrera Mac Lean.

Educación: { **Falsa iniciativa** por Enriqueta Compte y Riqué.
Causas de la sordomudez por Mariana Bilbao.

Glosas del mes: { **Pierre Loti** por Emilio Samiel.
El Salto y Rodó por César G. Gutiérrez y José María Delgado.

Notas Bibliográficas.

056.1
PEG
J. 9

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

EL PREFERIDO

DE LAS FAMILIAS

ACEITE "LIBERTAD"

ES EL MEJOR

3.er GRAN CONCURSO

Con 3,000 pesos en premios

NUMA PESQUERA

Valparaíso 1101

MONTEVIDEO

"AMORIM"

CUENTOS

POR

ENRIQUE M. AMORIM

ULTIMA OBRA DE LA
EDITORIAL PEGASO

ACABA DE
APARECER

MONTEVIDEO: Editorial Pegaso

BUENOS AIRES: Agencia
General de Librería

PEGASO

Montevideo, Mayo de 1923. N.° 59 — Año VII.

ORO CREPUSCULAR

Canta un grillo a la sombra del sauce de la quinta...
El oro de la tarde va cayendo en el mar...
Se siente una nostalgia que no es dado explicar,
De flor o de mujer... La glorieta sucinta
Pone a su peinador verde, estrellas de nieve.
—Nada entristece como un largo beso, Hebe.
¿Lo sabes? Tú no lo podías ignorar...

El oro de la tarde se disipa en el mar...
Y sólo resta el oro de tus pupilas, Hebe...

PABLO DE GRECIA.

1912.

"AMORIM"

CUENTOS

POR

ENRIQUE M. AMORIM

ULTIMA OBRA DE LA

EDITORIAL PEGASO

ACABA DE

APARECER

MONTEVIDEO: Editorial Pegaso

BUENOS AIRES: Agencia
General de Librería

PEGASO

Montevideo, Mayo de 1923. N.º 59 — Año VII.

ORO CREPUSCULAR

Canta un grillo a la sombra del sauce de la quinta...
El oro de la tarde va cayendo en el mar...
Se siente una nostalgia que no es dado explicar,
De flor o de mujer... La glorieta sucinta
Pone a su peinador verde, estrellas de nieve.
—Nada entristece como un largo beso, Hebe.
¿Lo sabes? Tú no lo podías ignorar...

El oro de la tarde se disipa en el mar...
Y sólo resta el oro de tus pupilas, Hebe...

PABLO DE GRECIA.

1912.

LOS LIBROS

«Fábulas», de Montiel Ballesteros

I

Desde Pilpay a Fedro, desde Esopo al "Roman de Renart", desde La Fontaine a Samaniego, la fábula ha vivido en todas las tierras y en todos los tiempos. Partiendo de la difusión, llena de luz, de los narradores orientales, ha llegado a la esquematizada brevedad de los clásicos greco-latinos, para hacerse bellamente intencionada en La Fontaine y prosaicamente dogmática en Iriarte. En la evolución constante del género, no se ha destacado otra novedad que la de los ornamentos, que no son más que "invenciones accesorias". En su historia duerme la del espíritu humano, afirma Hemon. Con la marcha de la humanidad, la fábula ha ido perdiendo su trascendencia moral. Leer a Samaniego es releer a La Fontaine, que procede de Fedro, como éste de Esopo, que imitó a Pilpay. La cadena se continúa sin interrupción en sus regulares eslabones.

Desde el punto de vista español — que es el que nos interesa para el caso — el siglo XIX al clausurar la admiración para el prosaísmo en que cayeron Samaniego e Iriarte, no abandonó su tolerancia para el género épico-didáctico, y, especialmente para la fábula, siempre propicia aún en las épocas en que a la libertad de pensamiento no se le oponen trabas. La fábula lindó con la sátira. Fraternizaron y hasta lle-

garon a confundirse. Abandonó el apólogo el casillero de los versos, y se derramó en prosa. No perdió su asequible simplicidad de expresión, con lo que su acción encubierta en la intención recóndita, podía conquistar un mayor número de prosélitos. Así, en la literatura rusa, Tolstoi completó su apostolado escribiendo sus "Fábulas", densas de cristiana filosofía.

En el Río de la Plata la dominación española dió a los oprimidos el ambiente necesario y la ocasión oportuna para censurar, sin desafiar de modo desembozado, a los opresores. Los "enxiemplos" de don Juan Manuel, mechados con los "refranes que dixen las viejas tras el fuego" del Marqués de Santillana ampliados por el copioso refranero popular hispano, rebrotaron en tierras de América, dando al *folk-lore* una riqueza, todavía, insospechada. Enriqueciéronse los asuntos, entraron a la selva lírica los animales autóctonos, y de este modo, el tatú, el carancho, el bagre, la vizcacha, familiarizáronse con Maese Zorro, que había cruzado el Atlántico, con el tigre, la tortuga y la víbora del Oriente. Durmió largo tiempo esta fortuna de relatos en las charlas populares, con las variantes pintorescas de los ejemplos clásicos. Los autores sólo por pasatiempo dedicaban a las fábulas sus horas de lucubración. Y por esto refloreció lujuriosamente en los libros escolares, el binomio español y, tal cual vez, Tolstoi, mientras se voceaba la necesidad de oponer trabas al prosaísmo invasor...

Esquematizando el cuento y ampliando los límites que engrillaban a la fábula, "Fray Mocho" (José S. Alvarez) llevó a sus páginas humorísticas, muchos relatos breves, procedentes de un *folk-lore* amenísimo, en los que la trabazón revela la presencia de verdaderas fábulas. Aquí, tanto como la intención socarrona, existe la jugosidad de la descripción o de la narración vivaz. El zorro, el tigre, el gato, la lechuza,

la nutria, el bagre, el avestruz, etc., son los protagonistas. Alvarez revive con gran acierto y mucho "humour", aquella época en que "el sapo era el más grande calavera de la región, y como cantor, guitarrero y divertido, su fama era tan universal como su suerte en lides amorosas".

La fábula se confunde entonces con la leyenda y con el cuento. Su antigua intención de moralizar se trueca o se desdobla, en sano propósito de divertir, sin olvidar la primera, claro es, pero, relegándola a lo secundario, casi a lo accesorio.

Después de "Fray Mocho" — que modernizó el género, al americanizarlo — los argentinos Joaquín V. González, Leopoldo Lugones y Juan Carlos Dávalos y nuestro Horacio Quiroga — cito sólo los más característicos — amplían los temas de Alvarez, los flexibilizan hasta donde es posible, González dándoles utilidad social, Lugones trascendencia filosófica, Dávalos amenidad singular, y Quiroga infantilizándolos sin decaer en vulgar ñoñería.

Nosotros — excluído Quiroga — hemos tenido fabulistas insignificantes, lo que equivale a no haberlos tenido.

Hasta aquí, modernizados los viejos procedimientos, el género conquistó una amenidad total y rompió los orinecidos grilletes para ser algo distinto de aquello de donde procede, sin que deje de estar unido a él, por el origen y por la finalidad.

Desde luego, la fábula moderna en prosa, no fué otra cosa que el nuevo traje con que se vistió a los "enxiemplos" que aprovechara el Conde Lucanor; y como en estas tierras de América la naturaleza ofrece dilatadas fuentes, el género se ensanchó hasta lo inconmensurable, ganando en originalidad, en novedad, en interés y en gracia.

Tal profusión y tal evolución hace que tengan que

chocar las modernas calificaciones con las petrojlíficas definiciones de la preceptiva dogmática.

Había que dejar bien aclarado esto, para poder comentar sin tropiezos este libro de "Fábulas" de Montiel Ballesteros, que es flor de América cultivada en Catania.

II

Montiel Ballesteros hace del poema en prosa, del "enxiemplo" y del cuento breve, una sola forma que adquiere una donosa frescura de ambiente criollo. En unas fábulas lo preocupa la intención moral; en otras le basta con sonreir irónicamente; y, en algunas, se reduce a exteriorizar una nota sentimental, emocionada o dolorosamente retrospectiva. La finalidad es ahincar en el espíritu del lector una reflexión trascendente. Como tal es el propósito, la verdad y la fantasía se funden: aquélla para dar las posibilidades, ésta para conciliar los imposibles.

Prospera en algunos de los breves capítulos la intención docente. El asunto de los animales que sufren su vida actual por desobediencia o por mala fe en su existencia anterior, se repite con relativa insistencia ("Los teruteros", "El tordo", "Los ñapindaes", "Los picaflores", "Los tábanos", "El zorrino", "El tatú", "Las chilcas", "Los pirinchos"). La forma poemática es evidente en "Las tacuaras", en "El mataojo", en "El churrinche", en "El grillo", en "El hornero", en "El sauce llorón" o en "El chingolo". Es precisamente en las antes citadas donde se comprueba el fondo sentimental y poético sobre que ha querido Montiel Ballesteros trazar sus acuarelas evocativas. La nota un tanto saudosa que pone la ausencia en las cosas lugareñas que, desde tierra lejana, se escriben pensando en el terruño, explica el tono, levemente, romántico de estos cuentos populares. No fal-

ta, como un cuadro aislado, el trazo burlón, lleno de intencionada picardía. Así "Los tábanos" que son los abogados y los procuradores a quienes Dios castigó, enojado, por sus malas artes.

Montiel Ballesteros ha logrado interesar, distraer y dejar como sedimento de lectura, una preocupación moral, aleccionadora en la existencia torturada de los animales o de las plantas, y este es su mejor triunfo como fabulista.

Sus "Historias zorrunas" luchan para destacarse con lo trillado del tema. El zorro astuto, ladino, pícaro, ha sido quizás el primer protagonista de la primera fábula. Ya en el hindú Pilpay el zorro aparece como la persona letrada, flexible, tornadiza, llena de recovecos y de argucias, según la conveniencia le aconsejaba. "Fray Mocho" hizo del zorro su tema predilecto, y trasladó a las páginas de sus "Cuentos" gran parte del inagotable material *folk-lore* entrerriano. Por esto no extrañamos que Montiel, partiendo de idénticos orígenes y utilizando los mismos animales mostrencos, haya tratado asuntos ya conocidos. No es este un defecto del género, es su característica. Lo importante es repetir el tema prestándole la atracción de la picardía, el encanto de la gracia y la intencionada ironía; y de esto puede estar plenamente satisfecho Montiel Ballesteros. Su libro es de una amenidad que conquista de inmediato. Y su lectura se hace grata por ese fondo de infantilidad con que nos gusta poner un remanso de alegría, a la gravedad de nuestra vida atareada. Sobre todo es un libro de fábulas y cuentos populares en que lo americano, mejor lo criollo rioplatense, lo ocupa casi todo. Se nos ocurre, por ello, que su seleccionada lectura podría ser utilísima para los escolares, no sólo por la enseñanza moral, que es la buscada consecuencia práctica, sino por el acopio de lindas observaciones sobre las cosas nuestras que pasan inadvertidas para los ojos indiferen-

tes. Ese zorrito "con su característico galopito"; ese tatú que no se quita el poncho "ni aún cuando el hombre lo asa para comérselo"; ésas chilcas que "no respetan callejones ni alambrados"; ese churrinche que "se detiene en un árbol criollo y se dijera que lo florece"; ese tordo que "encaramado a las vacas mansas, rascándose, hagarán" pasea por el campo; concretan detalles que bastan para que la imaginación complete el cuadro que apenas se ha insinuado.

Montiel Ballesteros ha dado cima a una obra digna del elogio que pone una fresca nota de buscada ingenuidad y suave tono de infantilismo a su producción anterior, revelando que en tierra extraña trabaja sin descanso, como el hornero de su fábula, que canta sobre su obra concluída, satisfecho de su labor y encantado de la vida.

José Pereira Rodríguez.

Treinta y Tres, 1923.

MI PRIMA

Dibujo en madera, de N. Urta.

JESÚS, NUESTRO SEÑOR...

(Para una postal ilustrada con el «Ecce Homo» de Guido Reni).

Jesús, nuestro Señor: Vos que aprendiste
Dende la triste soledá del Güerto
Hasta el arisco cerro del Calvario
Lo que son sufrimientos,
Si áun les tenés querencia a los mortales,
Dame juerzas a mí, que, de ir subiendo
El Calvario e la vida,
No me alcanza un resueyo a otro resueyo...
Vos no perdiste, como yo, a una madre,
Ni, como yo, has besao a un hijo muerto;
Ni jué pa vos la rubia pecadora
Lo que pa mi la china de mis versos:.
Tamién yo padecí sé de quereres
Y náides refrescó mis labios secos,
Y no faltó quien el costáo me abriera
Con la chuza el desprecio;
Tamién a mi sin asco me estaquiaron
En la cruz de los celos,...
¡Y no sintieron de unos rulos suaves
El beso alentador mis pieses yertos!...

EL VIEJO PANCHO.
(José A. Trelles)

El notable poeta gaucho autor de «Paja brava» nos regala esta hermosa composición que PEGASO acoge con entusiasmo.

LO PEOR DE TODO

Tarde vernal, de aromas apagados.
El cielo azul me aclara el pensamiento
con su mirada límpida, y un viento
fresco besa los pinos abrasados.

Acabo una vez más de echar los dados,
y de perder, sobre el tapete cruento
de la vida. Así, pues, de un sufrimiento
nuevo me siento asir por todos lados.

Y he venido hasta aquí, junto a Natura.
Mi alma, como el pinar, a la frescura
del viento se estremece tiernamente.

Tengo abrasados todos los sentidos;
tengo los años que viví, perdidos;
y tengo, lo que es peor, vieja la frente!

SEGUNDO BARREIRO.

GAMIN, MI SUB-YO

Empezaré por expresar que hay un poco de petulancia en este título; pero como aparentemente refleja la realidad, así lo dejo, convencido de que Gamin no se enfadará por eso, tanto más cuanto que a él no parecen incomodarlo mayormente las cuestiones de jerarquías.

Treinta y cinco años, justos los de mi vida, ha de contar Gamin, y es curioso que a pesar de habitar él dentro de mí como yo dentro de mi casa, haga apenas un lustro que nos conocemos.

Para ser exacto debo manifestar que la culpa de este hecho me pertenece por entero. Gamin durante treinta años trató por todos los medios posibles de revelárseme sin que lo consiguiera. Fué preciso que me salvara la vida por dos veces para que me diera cuenta de su existencia.

He aquí los casos:

Al llegar cierta mañana al puerto de Buenos Aires, iba, con los ojos absortos en el pintoresco espectáculo del muelle, a recostarme contra la borda del vapor, cuando, de pronto, siento que me gritan angustiosamente: "¡cuidado!" La voz fué tan imperativa y alarmante, que retrocedí por instinto y noté con espanto que habían sacado una parte de la baranda, seguramente con el propósito de poner allí la planchada por donde bajan los pasajeros. No hay que decir que si doy un paso más e inclino el busto confiado, hubiera,

a los pocos instantes, ido a habitar la ciudad de las almas.

No mucho tiempo después, una mañana estupenda, iba en mi Hudson por la carretera de Minas. El macadam liso como un espejo, la alegría contagiosa y optimista del panorama, invitaba a correr entre las sierras, como corría a 98 kilómetros. Y, de repente, vuelvo a sentir la voz: "frene, rápido". No percibí ningún obstáculo, ni vi la menor arruga en la carretera; sin embargo desembrié y empecé a frenar. Apenas se movía la máquina ya, cuando la rueda izquerda delantera saltó del eje y lo que diez segundos antes hubiera sido una catástrofe segura, fué sólo una leve inclinación súbita, un pequeño golpe y una parada seca del vehículo.

En los dos casos me fué fácil constatar que ninguna voz humana me había hecho la advertencia providencial. Además, estaba seguro de que no era por los oídos que me había llegado la indicación. Naturalmente, todo esto me afectó en tal forma que, aunque no tengo muy desarrollado el espíritu analítico, me propuse no descansar hasta descubrir quién era aquel ser a quien parecía preocupar tan poderosamente mi existencia.

Confieso con toda la humildad posible, que, no obstante mis ardientes deseos, a no haber caído en mis manos "El Huésped Desconocido", tal vez jamás hubiera salido del terreno de la hipótesis. Y a cambio de la luz que me ha prestado el extraordinario maestro belga, el hombre que, sin volverse loco, ha explorado más profundamente lo misterioso, espero que él hallará en mi caso, — cuya relación detallada minuciosamente le he enviado — una buena contribución a sus teorías sobre las vidas múltiples y simultáneas que integran un ser.

Lo evidente es que yo no vivo solo: en mí vive, ade-

más, mi sub-yo, Gamin, como, por no saber su nombre auténtico, lo he bautizado.

Gamin no tiene forma o, por lo menos, forma que puedan apreciar mis sentidos. Sería, pues, ridículo que me propusiera diseñar su retrato; no obstante, puedo garantir que tiene el alma de un muchacho alegre, obstinado y de un sentido profético tan extraordinario que parece ver el porvenir.

Cuando se despierta de buen humor ama divertirse a mi costa, obligándome a hacer por sugestión y abusando de su poder, cosas extravagantes e impropias de un hombre hecho y derecho.

Me dice, por ejemplo: no pise las ranuras de la vereda; y parece gozar con los pequeños saltos y las curvas que me obliga a hacer, y, sobre todo, con el temor que me asalta cuando por cualquier motivo no puedo dar exacto cumplimiento a su mandato.

Este miedo, sin embargo, tiene su profunda razón de ser, pues está abonado por una larga y dolorosa experiencia, y sólo yo conozco el milagroso poder instintivo de mi Gamin.

Evidentemente, no estamos capacitados para comprender la relación de causa a efecto que hay entre las cosas más desemejantes.

A veces me ha parecido una verdadera enfermedad del carácter aceptar indicaciones como ésta: cuente las casas que hay en esta cuadra; y me he rebelado con todo el orgullo de mi razón humana a suponer que aquello, si no lo hiciera, me traería una consecuencia desagradable, como desde el fondo de la subconciencia Gamin me lo anunciaba. Pero lo cierto es que jamás pasaban muchas horas sin que tuviera la prueba de lo contrario.

Sí; lógicamente, no puede pensarse que la enfermedad de un hijo, el recibo de una carta, mensajera de malas nuevas, tenga algo que ver con una de esas

rebeldías; pero cuando estas incidencias se multiplican y los hechos nos aplastan con su evidencia, es lógico suponer, también, que nuestra lógica es imperfecta y que sabemos en esta materia, como en tantas otras, mucho menos de lo que pretendemos.

Por mi parte, puedo jurar que no ha habido un solo episodio amargo de mi vida que Gamin no me lo haya anunciado de modo más o menos concreto. Tengo asimismo la certeza de que si hubiera seguido sus consejos cada vez que él me ha dicho: no haga este negocio, no vaya por tal calle, no salga esta noche, hubieran disminuído a la mitad mis contratiempos.

Y digo a la mitad porque Gamin no es infalible,— sea por falta de mi receptividad, sea, realmente, por fracaso de su hipervidencia — con lo cual dicho está que no es ningún Dios. Mas, no obstante esos contrastes de su intuición adivinativa y las fallas posibles de sus pronósticos, es indiscutible que ve mucho más de lo que yo veo y que en lo tocante a las misteriosas relaciones de las causas y los efectos, sus conocimientos son infinitamente superiores a los del más alto sabio de la Sorbona.

Lástima que yo no pueda siempre contar con él. A veces pasan meses sin que note su presencia. Enfermo?... durmiendo?... puede ser; más probable, sin embargo, es que se dé el lujo, como cualquier cristiano, de holgar, acaso con otros Gamines, por playas y campiñas desconocidas.

Por otra parte, parece no gustarle que lo importunen. Jamás responde a mis llamados; todo en él es absolutamente espontáneo. Mira indiferente los problemas que a mi juicio son fundamentales y, de pronto, frente al hecho más trivial se exalta y combate enérgicamente mis opiniones.

Mi voluntad lo domina, sin embargo, y está él sometido a mi control. Yo soy el que resuelve en última instancia cualquier conflicto que se produzca entre los

dos. De buena o mala gana, refunfuñando o no, no tiene más remedio que obedecerme: bien mirado, tengo motivos para suponer que esto ha sido una indisculpable equivocación de la naturaleza.

Aunque lo entiendo bastante bien, sobre todo desde que me he propuesto entenderlo, yo no sabría decir ni en qué forma se expresa ni qué tímpano especial hace vibrar. He dicho ya que su voz, de algún modo hay que llamarla, me llega por no se qué vehículo íntimo y misterioso. Con esto se sobreentiende que creo ser el único hombre de la tierra con quien le es posible hablar.

La preocupación sustancial de su existencia parece ser mi vida. He dicho que Gamin suele ser travieso y exigirme, para su risa, cosas impropias de un hombre maduro. Pero es muy distinta la tonalidad de su mandato cuando se trata de una fantasía caprichosa o de una orden grave. Jamás su voz es más imperativa y violenta que cuando es mi vida lo que peligra. Parece encontrarse en la situación angustiosa de un hombre que, sabiendo la destrucción de un puente, es pasajero de un tren que va vertiginosamente hacia él y no le es dable avisar al maquinista más que por medios inmateriales la catástrofe inminente. Creo que ya se ha hecho esta comparación; pero no resisto a estamparla nuevamente, por ser, a mi juicio, lo que mejor idea da de la realidad.

Bosquejado así, Gamin parecería poseer un altruísmo imposible de hallar en la especie humana; un ser que no tuviera otra misión que la de amparar y defender mi vida. Algo así como el viejo Angel de la Guarda de las Santas Escrituras.

¿Es esto cierto en absoluto? — No lo creo. He hablado de que es incapaz de darme la certeza de una esperanza o de orientarme en la solución de un problema cuya solución, en uno u otro sentido, no me atraería riesgos materiales de ninguna especie. Lo

que seguramente hay de cierto — como lo supone también el maestro belga—es que Gamin está indisolublemente ligado a mi destino y que al defender mi vida defiende también la suya.

¿Pero debo amarlo menos por este egoísmo que, al fin y al cabo, sirve tan bien al mío? De ninguna manera; he vivido ya bastante para saber que el desinterés es sólo una bella palabra.

José María Delgado.

DIOS Y LAS IMÁGENES

. . . . . .

El joven discípulo pasó la tarde embriagado de imágenes. Hundía sus ojos mortecinos, que la luz del crepúsculo tornaba irreales, como en las arcas fabulosas de los tesoros antiguos. Prendía el claro de luna de un ensueño de Grecia en la seda sangrienta de una pasión de Italia. Reconstruía, con poderosa visión, el teatro de la Palabra, todo luz en la sombra de los silencios, todo amor... Como sobre el lomo de un pegaso cristiano, atravesaba, hecho un dios nazareno, los mares nacientes del ideal nuevo. Como un Esquilo moderno, la tragedia con sus paralelas inquietantes y la farsa con sus muecas horrorosas, eran, en el prodigio de su capricho lírico, formas de barro que sus manos modelaban con encantamiento y virtud. Todo lo poseía en sus Imágenes. El mundo exterior del lujo asiático vestía su carne desnuda con afán millonario. Deslumbraba y atraía como un oasis en un desierto. Era, por momentos, el artista total. Las muchedumbres levantaban palmas verdes bajo el cielo de oro. Cantos de ilusión y esperanza dilataban el ensueño sonoro, más allá de las brisas pasajeras. Era el discípulo de la Vida, el que escuchaba e interpretaba maravillosamente todas las visiones profundas de la naturaleza. Tenía el secreto de la palabra de Dios en sus Imágenes. Tenía todo... Pero un hombre mudo

y casi idiota que caminaba hacia la noche como un predestinado, sabía mucho más que él. Era el otro. El discípulo, también, el creador de las otras Imágenes. Miraba hacia dentro, hacia el mundo interior de su espíritu, donde sus ojos alcanzaban horizontes de infinito. Era todo negro por fuera, todo miserable, todo de un hierro sin luz... pero escondía, en su interior, la fuerza maravillosa de crear un mundo nuevo, con otras Imágenes, con seres diferentes, con ideas desconocidas... El otro interpretada a Dios y poseía sus Imágenes. Este, tan miserable, creaba a Dios desde el mundo fecundo de sus Imágenes.

Eran dos discípulos en un crepúsculo...

. . . . . .

Pasaron dos siglos y en un crepúsculo de fuego los dos discípulos se encontraron en el Infierno. Estaban allí porque habían desobedecido a Dios: uno interpretándolo, el otro creándolo. Entonces, como eran dos sombras ya sin rencores ni vanidades, se pusieron a hablar sin entenderse, que es la única manera de escucharse.

—¡Pobre de mí!—se lamentaba el primero que no perdía el tono de las tragedias de Esquilo — ¡Pobre de mí!... que creí poseer para mi solo placer lo que en realidad todos alcanzaban. Ahora estoy aquí con todos los condenados. Las Imágenes que fueron la carne dorada de mi esqueleto de hombre se están achicharrando en este fuego. ¡Vanidoso y torpe fué mi destino! La verdad está ahora toda en rojo, ante mis ojos, estos ojos míos que en un crepúsculo, en el mundo, eran el mundo embellecido en Imágenes.

La sombra se inclinó sobre una llama azul que volaba y allí quemó la última ilusión que la agitaba. Entonces el otro discípulo, la otra sombra, la sombra muda e idiota de las otras Imágenes abrió sú pecho

para que el fuego abrasara sus paisajes interiores. Y se acabó sin ruido...

. . . . . .

Entonces, como una excepción, Dios cruzó por el Infierno y se llevó de las almas muertas de los discípulos las Imágenes, para crear nuevos mundos.

. . . . . .

CARLOS CÉSAR LENZI.

MODÉLAME OTRA VEZ

Yo fuí hecho de barro como todos los hombres;
Tú sales de la espuma saltarina del mar,
Viviste bajo el hálito de la Grecia divina
Y todo un pueblo artista tu belleza admiró.

Pues si eres el Arte, pues si eres la Belleza,
¿Por qué no transformar mi pobre humanidad?
Yo que soy imperfecto, seré arcilla en tus manos;
Tú, que encarnas el númen de la santa poesía,
Serás la inspiradora de mi nueva virtud.

Nadie habrá de impedirlo... Una tarde
Vendrás a bocetar mi nueva floración,
Y así purificado en tu gracia y frescura,
Tendré algo de suave, algo quizás de ingenuo,
Y sutil, silencioso, haré sombra a tus pies.

Y—pues,—aquí me tienes: modélame otra vez...

SAMUEL BLIXEN RAMÍREZ.

El autor de estos versos comienza recién... PEGASO, conforme con su programa, le abre sus páginas como a tantos otros.

ERA UN POBRE DEMENTE...

Era un pobre demente... Cuando en rueda
De amigos de infortunio departía,
Tomaba la palabra y les decía
Con ademán feroz y voz muy leda:

Yo os quiero redimir... Mi intento enreda
Su hebra en aquel telar; mas llega el día
Y al surgir del guardián la veste impía
Sólo queda de mí la polvareda...

Así la lucha, desigual, adversa,
Pensamiento de un lado, de otro fuerza,
Como torpeza y vanidad—razones—

En mi derrota singular coadyuvan,
Con la tristeza de la tarde fugan
Dispersas y al azar, mis rebeliones!

***

Así nosotros, los que cuerdo andamos
La cuesta arriba contra bruma y cierzo,

Doblamos la cerviz por el esfuerzo
Sin siquiera saber a dónde vamos.

Y somos redentores... e hilvanamos
En la rueda del arte, verso a verso,
La misteriosa red del Universo,
Dándonos a pensar que algo pensamos!

Y así la vida en su interior: la era
Desmayada de amor sufre y espera.
Ya vendrá Octubre y le dará sus galas

Para que vista como más le pluga;
Y en su letargo, la modesta oruga,
Sueña que tiene el mundo entre sus alas!

LEOPOLDO BONAVITA.

LA APPASSIONATA

(CUENTO)

Del Libro de Cuentos «Amorim», recién publicado por la «Editorial Pegaso».

> Para comprender verdaderamente a una mujer hay que mirarla, no escucharla.
>
> OSCAR WILDE.

Cuando el tío de Belcha, mi novia, me invitó a concurrir a su casa para enseñarme las curiosidades traídas de Matto Grosso, fuí llevando una premeditada indiferencia hostil por lo sobrenatural y milagroso.

—Conversaremos — dijo — y beberemos... Probará usted de una bebida extraordinaria.

La tertulia fué en el comedor. Al recorrer con la vista el mobiliario singular, y los singulares cuadros y estampas, descubrí encima de un trinchante barroco y obscuro, una larga botella destapada. El señor Carlos Montero, — así se llamaba el tío de mi novia, — sorprendióme mirando la caprichosa botella. Aprovechó mi afanosa curiosidad para recalcar:

—Beberemos; beberemos de lo mejor que se elabora por aquellos mundos.

Y, mientras me enseñaba un hacha aborigen, un pedazo de madera petrificada y algunas extrañas frutas secas, fué sirviendo, en vasos chatos de grosero vidrio, un licor amarillo y espeso.

No me invitó a beber . Se puso a jugar con un agu-

do punzón de talabartero, clavándolo reciamente sobre la mesa.

Carlos Montero descubrió una vez más mi curiosidad. Al sorprenderme, se limitó a sonreir y a hacer silencio. En seguida encendió una rara lamparilla que había cerca de la botella, apagó las luces de la lámpara mayor y, como resuelto a llevar a cabo un acto premeditado, exclamó casi con regocijo, frotándose las manos:

—Ahora, Enrique, bebamos... — Y se llevó el vaso a la boca.

Cuando ingerí un trago del contenido amarillo y empalagoso, continuó:

—Aproveche... No se le presentará otra ocasión semejante... Esto no daña a nadie, es extraordinario... Y, con viveza, prosiguió: Bébalo todo, ya verá, ya verá usted qué efectos produce...

Escancié el último trago con desconfianza. (¡Oh, bien sabe usted, querido Carlos, todas las absurdas historias que contaban de su vida por aquellas feraces tierras brasileñas... Perdone usted que haya interpretado mal su insistencia).

—No le hallo ninguna semejanza con las bebidas que he probado — dije para provocar una explicación satisfactoria.

—Miel silvestre y alcohol de maíz — se explicó. — También zumos de frutas silvestres... En resumen: no puede prepararse en estas tieras...

Continuó hundiendo el agudo punzón sobre la mesa... De repente dijo:

—Extraño, sin duda alguna, es el efecto que produce... De lo más raro, rarísimo, digno de estudio.

—¿Embriaga?

—No, aísla en la cabeza un solo pensamiento... El menos interesante, a veces. Otras, embriaga las demás ideas, — las tontas por ejemplo, — dejando

una sola en salvo, la más importante... En estos casos el efecto es halagador y benéfico...

—¿No produce daño?

—Absolutamente ninguno. Daño físico, se entiende, si no calificamos de daño esa inquietud que puede ocasionarle la idea fija.

—¿Es peligroso?

Carlos Montero creyó que le hablaba con sorna. Se puso de pie, y mirándome con rara mirada, me invitó a salir:

—Vamos por los barrios suburbanos. Hallaremos una plazoleta desierta donde esperaremos los efectos... ¿No lo cree usted?

No recuerdo que tontería contesté. Salimos. Ambos silenciosos, hostiles, sin saber por qué... Yo iba recordando que el tío de Belcha había pasado dos años ausente en plena selva de Matto Grosso, y que no comenzaba a relatarme sus aventuras. En vista de su obstinado silencio, quise romper su mutismo. Y tuve fuerzas para insinuarle:

—Hable usted... y, ¿esas aventuras?... ¡Ya sé que las ha tenido muy curiosas!...

No se molestó en contestarme. Sacudió la cabeza, se rascó atrás de la oreja, tosió, y eso fué todo. Mi hostilidad subió un par de grados en el termómetro de mi paciencia. Me dije resueltamente: No seré yo quien le ruege.

De pronto me preguntó:

—¿Ha leído usted algo sobre esas regiones?...

—Nada.

Seguimos silenciosos. La bebida amarilla calentaba el estómago. Aún conservaba en la boca el sabor a la miel. Me sentí mareado. Andábamos por un barrio afónico del lado Sur de la ciudad. Carlos Montero iba con la cabeza baja. Hacía con la boca un ruido muy especial, como si masticase una pastilla de

goma. A hurtadillas yo iba adivinando los gestos del tío de mi novia.

—¿Anota usted sus viajes, sus peripecias?...

—¿Para qué? No vale la pena... los grandes acontecimientos no se olvidan... En cuanto a las menudencias...

Mi pregunta quizá le hizo pensar en algo muy lejano, pues suspiró como si, al hacerlo, se alejase de donde estábamos. Pensé que mi pregunta habría intimado al hombre y dejé que ordenase la historia... Pero nada, ni una sílaba.

La bebida amarilla se hacía sentir en el estómago. ¿Aislar una idea, fijarla como obsesión?... Me preguntaba. Por momentos todo me parecía una burda ocurrencia.

Estábamos en el centro principal de un barrio obrero. Un pesado y obscuro rebaño de gente salía de una fábrica. Montero permanecía callado. El mutismo de mi compañero fué, poco a poco, pareciéndome una cosa natural.

El sol, ocultándose entre las casas bajas de aquel barrio suburbano, iba vistiendo las fachadas con una sutilísima túnica ahumada. Dada la impresión, el caserío, de una hoja arrebatada por el fuego, doblándose y ennegreciéndose. Aquí y allá, dispersos en simétrica perspectiva, los miserables farolillos intentaban robarle luz al sol agonizante y otoñal. Seguíamos mudos, estúpidamente mudos. El silencio guardado con avaricia, como si temiésemos gastar las palabras, era en mí como una mano empeñada en apretarme los sesos. Montero, por momentos, parecía pisar con rabia. Los ojos míos, de cansados, se me iban de las órbitas, por el milagro de los hilos tendidos de mis miradas largas... Deambulaban, desde mi cabeza hasta el punto de mi visual, como pequeños equilibristas sobre un par de hilos de acero... El dañino

silencio comenzaba a entrarme por los oídos, como un ruido sordo y fastidioso.

Dejamos de caminar por la vereda, para andar por el medio de la calle. Tal vez el cambio, pensaba, le incite... Fué en vano; el motivo de la conversación no apareció...

Los zaguanes, conducían nuestras miradas hasta los patios, corazones miserables de las casas pobres. Ojos curiosos y hoscos nos observaban al pasar. Debíamos llevar caras muy estúpidas. Sentía el cráneo vacío, desprovisto de toda preocupación, y aunque recordaba a mi novia, la tarea y mis versos, nada llegaba a inquietarme, como lo amenazase Montero. Sin duda el silencio se encargaba de limpiarnos las ideas de la cabeza, preparando el terreno para los efectos de la bebida. Iba poco a poco sintiéndome huérfano de todo pensamiento. Las caras de las gentes del barrio me parecieron interrogantes... Para el observador perspicaz, seríamos dos hermanos de vuelta del trabajo, o dos viejos amigos que todos los días se ven... Las viejas amistades, porque sí, sin razón de ser, se parecen a los matrimonios, en que no saben nunca qué decirse...

Nos internamos en una callejuela en pésimo estado, poblada de charcos de agua sucia. Me sentí repentinamente mal. Hice ademán de detenerme. Montero no se dió cuenta o se hizo el torpe... ¿Iría él, también, preso de la misma mano brutal que apretaba mi cerebro?

Al enfrentar un charco de lodo, Montero se detuvo. Dió un salto; y, cuando yo hacía otro tanto, me asaltó con esta pregunta:

—¿Cuándo piensa casarse, amigo?

Me dejó alelado. El silencio, religiosamente sostenido en su mutismo extraño, había estado — sin duda alguna — robusteciendo la audaz pregunta. Aprove-

chó el accidente callejero, que nos había como despertado, para asaltarme con semejante y tamaña indiscreción... Si Montero vió mi dura mirada de respuespuesta y le pareció la cosa más natural del mundo, es el hombre de más aplomo que he conocido.

Inmediatamente traduje la curiosidad de Montero en cinco palabras. Ellas acudieron como grave inquietud, revestidas del tono de suprema preocupación.

—¿Por qué no me caso? ¿Por qué no me caso?

Resonaban las preguntas en mi cabeza vacía, como suenan en las alcancías escuálidas las dos últimas monedas. Miré hacia atrás y vi a Belcha, la cual repetía: ¿Por qué no te casas?...

Allí estaba, a mis espaldas, con sus ojos negros de mora dolorosa, enormes y profundos; sus labios siempre húmedos, no sé si se besos o de promesas de futuro; la frente tersa y despejada; las mejillas rosa, de uñ rosa especial solamente de ella... En la obscuridad de la calleja seguía preguntando: ¿Por qué no te casas?...

La bebida, pensé, me está haciendo ver visiones... Seguía el ardor en el estómago. Un ardor no del todo agradable... Las preguntas asaltaron mi cabeza, limpia de toda preocupación. Era el licor amarillo. No cabía duda.

Montero se alejó convenientemente. Habíamos llegado a la plazoleta que servía de recreo al tío de mi novia, desde su arribo a Buenos Aires.

Nos sentamos un momento. Montero en un banco, yo en otro... No pude más y me levanté.

—Oiga usted, — dije impaciente, — su bebida ¿que efectos produce?

—Aguarde usted unos instantes, ya aparecerá la idea fija... No hay por qué afligirse...

—Y, este silencio, ¿qué significa? ¿A qué viene todo esto? — insistí fastidiado.

—Si no hablaba, era por efecto de la bebida. Yo ya voy por el segundo período de la crisis. ¿A usted no se le ha ocurrido nada?

—No, nada, — y, recalqué malhumorado: — ¡nada, nada!...

—Mejor que nos separemos. Tómese un coche y... ¡abur!... Yo no puedo conversar.

No valía la pena ¿o no pude contestarle? Nos dimos la mano. Cuando se había alejado un trecho, sentenció:

—Ya tendrá en qué pensar...

Desde la plataforma de un tranvía, parecía repetirme todavía la audaz pregunta que taladraba mi cabeza:—¿Por qué no se casa?...

* * *

Con las manos en los bolsillos, ensimismado, aguardé unos minutos. La pregunta se encargaba de roer mi cerebro, de hacer inquietante mi mundo interior...

Pasó una simplota muchacha cariampollada... Recorrí con los dedos de ambas manos las costuras de mis bolsillos. Hallé los agujeritos de siempre. La hilacha anudada del bolsillo izquierdo, el ovillito de lana, del derecho, la mitad de un mondadiente, las puntas reforzadas de la billetera... Los dedos de las manos se entretenían, pero mi anonadamiento e indecisión eran cada vez mayores. No me atrevía a dar un paso, herido por los dardos de las preguntas apremiantes... ¿Por qué, — decíame mordiendo las palabras — por qué no me caso?...

La pregunta no podía ser más tonta; pero reflexionaba al mismo tiempo, que jamás se me había ocurrido pensarla con tanta intención y poniendo tal cantidad de fuerzas para alcanzar la respuesta. Mi espíritu luchaba por adueñarse de la razón.

Cuando más enredado estaba con mis ansias, una empleadita bien plantada y de mejor busto, con su taconeo coqueto y apresurado, me hizo volver al mundo de los cuerdos. La miré pasar torpemente y no se me fueron los ojos tras de ella... La idea fija me impedía todo movimiento instintivo, martillando en mi cerebro las cinco palabras de la pregunta.

Apareció Belcha una vez más. Entonces, divagué de esta manera: Me mira muy hondo... Yo le doy vuelta la cara, quiero cambiar la idea. Llamo un coche que está detenido a unos pasos. Subo en él. Trato en vano de distraerme. Me digo: Debes distraerte; olvidar la locura de Montero; no pensar en la pregunta... Pero al hacer esta reflexión, es indispensable que piense en la pregunta... Y, vuelta a las andadas. Me tiro en el asiento del coche. Soy un fardo pesado, un saco que contiene la más pesada de las ideas... Le grito al cochero: ¡Al centro!... Y cierro los ojos, aprieto los párparos... Un aire frío me acaricia... ¿Congelará la idea fija este airecillo helado? Inclino el cuerpo hacia adelante... La bebida arde como una llama en mis entrañas. Entonces comienzo a hacer un psicoanálisis. Freud me ha enseñado a proceder así... Tengo los ojos cerrados. Esto ayuda a pensar. Miro para adentro. Iluminan los párpados cerrados. Y me digo todas estas cosas como si estuviese embriagado:

Hace cuatro años que observo a Belcha en todos sus momentos. Diario examen minucioso de todos sus gestos, el cual me llevará al pleno conocimiento del alma de mi enamorada. Sabré de sus defectos, como de sus bondades, por el dominio de sus gestos. Sus mejores momentos son míos desde tiempo atrás. Sé de memoria, con claridad, la cara que pone mi novia ante un gatito blanco; ante una jaula con un canario; ante un sabueso de imponentes colmillos... Sé con certeza la cara que pondrá al ver pasar un mendigo... Cuando el sabueso, juntará las cejas; ante el mendi-

go, abrirá los ojos para dejar que su alma piadosa se asome a verlo pasar; delante de un pájaro, o al ver un delicado animalito, cerrará casi del todo los ojos, como si fuese a soñar — y en la comisura de los labios, tendrá dos hoyuelos encantadores... Yo siempre acecho sus gestos como si tuviese hambre o sed de sus gestos... Pienso que ante un ocaso siempre pone la misma cara; ante un cuadro que le agrade, sonríe como ante un ocaso. Y, así eternamente, soy el avaro de los gestos y de los modales de Belcha.

Nada en ella es falso. Yo reverencio su fidelidad. Sentirá más hondamente un paisaje hoy que mañana, pero repite su gesto magnífico de placer... (El coche sigue andando, paso a paso del jamelgo). Sus momentos de odio — sigo pensando, — de bondad, de asco, todos, sin excepción, los tengo catalogados en mi memoria... A veces la sorprendo y la digo: Piensas en Fulano... ¡y, seguramente que acierto!

Todo lo que voy pensando es para responder a la pregunta apremiante. Recuerdo que en otras personas he hecho experimentos sobre lós gestos. Por ejemplo: yo sé la cara falsa que adopta un amigo mío al hablar con su padre; cómo saluda mi amigo Alfredo a una muchacha inglesa; la cara de mi amigo Juan Antonio al comenzar un relato truculento; el gesto de mi talentoso tocayo, el humorista, cuando amenaza una humorada... Como suelo marearme al estudiarlos, utilizo a veces gestos ajenos al tratar a la gente. Los químicos se queman las manos en los ácidos con que operan... Soy, en mis casos, un señor deshonesto, que hurta los gestos a los amigos.

El coche ha llegado a mi casa. Sentado en un diván, sigo con el hilo de las memorias, guía que me conducirá a la verdad.

Y, pienso en el diván: Belcha poco a poco va entregándome sus gestos con suma habilidad. Una riqueza enorme de gestos, poseo. Son ellos variados, de colo-

res fuertes, los unos; otros de colores tenues, delicados, todo un magnífico espectáculo de colores.

Vuelvo a pensar en la pregunta del tío de Belcha... Si ella me entrega con tanto arte sus estados de espíritu, reflejados en sus gestos, ¿por qué no me caso? Ahora me daña la pregunta. Contengo el aliento. Me parece que ya doy con la clave. Cierro con fuerza los muslos como si atrapase una invencible doncellita... Temo que mi boca blasfeme; que la carne mía se desprenda de mis huesos; que pierda el hilo de mi divagación... ¿Estaré embriagado?

De pronto, como por encanto, siento la inquietud de la respuesta en mi cabeza. Hay pasos silenciosos por los senderos de la memoria. Alguien se acerca en un camello cabalgando, portador de la verdad, de la respuesta. ¿Cómo se anuncian las palabras, por los floridos caminos del pensamiento? Vienen anunciándome como el viento. Primero es una brisa; después el eco de algo lejano; más tarde es el mismo viento, son las mismas palabras que dan aldabonazos en las puertas de todas las posadas... La respuesta a la pregunta de Montero es ésta, me digo: No me caso porque me falta descubrir en Belcha el más sutil, armonioso y feliz de sus gestos. Cuando en el piano tocan la "Appassionata" de Beethoven, Belcha sonríe, sonríe... ¡Pero cómo sonríe, con qué gracia, con qué felicidad!... Adueñándome de ese gesto la tendré por entero...

—¡Oh, cómo, cómo sonríe!...

Me sentí dichoso. La bebida amarilla y empalagosa había hecho el milagro.

***

Desde aquella memorable noche de mi entrevista con el tío de Belcha, asistí con mi novia a todos los conciertos que se efectuaban en Buenos Aires. Fué en el invierno de 1923. A todos asistimos; tal fué mi odi-

sea por alcanzar la verdad de aquel delicado y magnífico gesto emocional de mi novia. La famosa sonata del inmortal músico sordo, que él dedicara al conde de Bruswick, allá por los años de 1806, ha sido el motivo de una de las más grandes inquietudes de mi vida.

¡La "Appassionata", la "Appassionata"!... Envuelta en la fabulosa urdimbre de sus notas, Belcha se transformaba en una débil criatura bella y vencida. Su gesto era entonces imperceptible... Era idéntico al que hiciese en cierta ocasión, pero no podía precisarlo. Estaba, sin embargo, convencido de que alguna vez Belcha había sonreído en la misma forma. Aquella gracia no me era desconocida, pero ignoraba de dónde provenía. La dulzura de aquel gesto emocional, en otra ocasión me había hondamente conmovido... ¿Pero dónde? ¿por qué? ¿cuándo?

No perdimos un solo concierto. Belcha halló motivos para pensar con desconfianza de mi cordura al ver la insistencia mía en oir la sonata 57 de Beethoven. Y, una noche, al participarles a su madre y a Belcha mi deseo de responder a la invitación de un amigo de Olivos y asistir a una audición íntima que en casa de éste daría Numa Rossotti, Belcha accedió con un gesto malicioso.

Mi novia me dijo misteriosamente:

—Oiremos la "Appassionata", ¿verdad?

La miré un momento, y luego me repuse, respondiendo con indiferencia:

—Creo que los dueños de casa han rogado al pianista que incluya esa sonata en la audición...

Y fuimos a Olivos a oir a Numa. Yo cifraba todas mis esperanzas en aquella audición íntima.

* * *

Belcha se sentó a mi derecha. La madre de mi novia, ajena como ella a lo que yo tramaba, esperó sin

impaciencia el comienzo, departiendo con la solícita dueña de casa.

El recital iba ya llegando al final de la primera parte, a la que remataba la ejecución de la "Appassionata". Pasaron largos segundos de ansiedad. Acallados los aplausos y elogios, Numa dejó caer sus brazos, en un gesto de abandono. Eran aquellos brazos, como dos índices imponiendo silencio. Se hizo un vacío en la sala, como si el piano fuese el único ser animado. Numa colocó sus manos sobre el teclado. Sus brazos eran como dos ríos que, partiendo del lago sereno del corazón, se derramaban sobre el teclado en cataratas de temblores... Afiné mi percepción. Clavé los ojos en Belcha, quien estaba quizás lejos de mis locos propósitos.

Llevé las manos hasta la falda de mi novia, donde descansaban sus manos. Las entregó como dos flores que hubiese cortado para encantarme. Cuando la sonata comenzó, no parpadeaba, parecía una estatua. Se sentía sola, en espera de algo sobrenatural.

Al posesionarse Numa del piano, yo me adueñé de mi novia. No podía escapar... Mi atención se multiplicó. Belcha se recogía en sí misma. Ella era todo oídos. Numa era todo Beethoven. Entre Belcha, Numa y Beethoven el alma mía, loca como una abeja sedienta, revolando... En mis ojos, podía verse mi espíritu acechando el gesto para atraparlo.

Mi novia hondamente suspiró, y, arqueando las cejas, hizo un gesto casi imperceptible, sutilísimo, que llenó de repente toda mi vida de un enorme recuerdo. Volvía, de pronto, todo un pasado magnífico. Me adueñé de su gesto; busqué al punto el correspondiente momento anterior en la historia de nuestros amores, y así supe cuándo y dónde Belcha había sonreído con tanta dulzura... Una ojeada me bastó para releer la página escrita por un beso mío... Mientras sonaba en el pia-

no el alma de Beethoven, Belcha sonreía, sonreía para el amor y para el alma de Beethoven.

Se extinguió la sonata... Y, en la sala, el recuerdo de aquel día, en que Belcha sonrió como Monna Lisa, era como el eco de la música.

Descansé. Belcha era mía. ¡Enteramente mía!

***

Cuando por primera vez besé las marfilinas manos pequeñas de Belcha, levanté mis ojos hasta los suyos. Lo que allí dentro encontré la tarde de mi beso aún ardía en sus ojos como una llamita inextinguible... ¡Solamente la "Appassionata" podía inspirarle delicia semejante!...

***

Ponte las manos en la nuca, Belcha, y sonríeme y bésame y vuélcate toda entera en mí... Sonríeme; tu sonrisa es de mujer y es de enigma. Ponte las manos en la nuca, entrecruza tus dedos, bésame... Si ves que ya no te alcanzo, que casi no estoy contigo por ir en busca de algo tuyo que está muy lejos, sonríe, sonríe con las manos en la nuca! Así, como si escondieses un secreto entre tus manos, sonríeme libremente, que ya no quiero beber más del licor amarillo para saberte toda.

Ponte las manos en la nuca y sonríeme. No irá mi afán en busca de tus gestos, no intentaré beber de aquel melifluo licor para aislar una idea. Te quiero extraña, desconocida, lejana; y si mañana una música como la "Appassionata" te hace sonreir como ahora, cuando te beso al sorprenderte con las manos puestas en la nuca, no temas, Belcha, no te descubriré.

Ponte las manos en la nuca y sonríeme... Que tu secreto tenga, para ti, su explicación en tu sonrisa. Y que tengan tus manos, para mí, la sugestión de un secreto grande y hermoso, como una herida abierta que no sangra... ¡Y que yo siempre ignore por qué es herida y por qué no sangra!...

Ponte las manos en la nuca, y sonríeme...

ENRIQUE M. AMORIM.

INTERIOR

Dibujo en madera, de N. Urta.

Crónica de arte

El Monumento a Artigas, de Zanelli

Conceptos críticos

El prócer nuestro, el prócer por antonomasia, el creador de la nacionalidad, ha culminado en el bronce. En la plaza abierta se yergue la estatua tantos años ansiada, tantos años esperada. Vive sobre la glorificación maciza de la piedra. Y en su quietud silenciosa adquiere todo el valor de un símbolo. No hablará y no se dispersará por todos los confines como habla y se dispersa el libro que guarda la frase armoniosa del poeta o la palaba justiciera del historiador. Pero por eso, por su inmovilidad, por su concisión, por su rigidez inflexible, nos da la ilusión la estatua de que su verbo épico ha de correr más lejos en el tiempo incierto.

Esta ilusión, ancestral ilusión, nace de ese ímpetu humano de concretar en la materia los ideales terrestres o divinos que más amamos. Y cuanto más rígida es la materia, más digna nos parece de luchar contra la garra destructora de los siglos.

Por eso, religión o historia pasada, todo se encarna en una larga cadena de bronce, de marfil o de piedra, hecha con el amor de las manos para la eterna subsistencia de los grandes ideales. Pero una sola cosa vive con igual vida desde los días anteriores. No la idea, ni el mito, ni la palabra, en perpetuo cambio:

vive la llama del arte que dominó la materia y la vitalizó para siempre. Estatuas, ídolos, y monumentos pasados; seres de carne helada y rígida, muertos, bien muertos, con los labios sellados y los gestos indescifrables, guardan siempre para nosotros la palabra eterna, la palabra de belleza. ¿Qué importa que su religión no viva y que se hayan olvidado sus hazañas, si en la divina forma que alientan palpita una vida hermana de nuestra vida y late una emoción como la nuestra?

Ese lenguaje de belleza que nos iguala y nos ata a todos los seres que pueblan y han poblado la tierra, es el incólume lenguaje. Y la forma consagratoria que no use de esa palabra eterna, destinada quedará al rápido e ingrato olvido de los hombres.

En la estatua flamante, acariciada hoy por el sol nuestro y por la férvida simpatía de un pueblo, queremos descubrir esa otra vida, independiente de la luminosa vida del héroe. Queremos mirarla con un mirar de afuera, inalterado por el ardor patriótico, casi extranjero, para descubrir aquellas voces que sirven para todos los hombres y para todos los pueblos. Queremos analizarla en sí, como obra de arte, olvidados por un momento del glorioso significado que encarna.

Olvidados de la historia, decimos, y aislados de la época también. Así no entraremos en vanos juicios comparativos para decir enorgullecidos que éste es el mejor monumento de Sud América, como quizás pudiéramos decir. No lo juzgaremos con relatividad,—beneficiosa relatividad en este caso—en un fácil parangón con tanto monumento malo que soporta el suelo americano. No le pedimos virtudes relativas, sino virtudes absolutas. Le exigimos *su belleza,* la que podría haber tenido; canto armonioso de formas plásticas para enaltecer una de las figuras más armoniosas de la epopeya por la independencia.

Más de once años hace que se abrió el concurso internacional para este monumento. Una enorme concurrencia de artistas, extranjeros en su mayoría, dióle gran brillo al concurso, y planteó el fallo como un fallo difícil. Desde el principio, dos tendencias opuestas preocuparon a la crítica: la tendencia que defendía un concepto clásico y la tendencia que defendía el carácter local. Una tendencia la expresaba la "maquette", después premiada, del escultor italiano Angel Zanelli; la otra tendencia, la "maquette" del escultor uruguayo Angel Ferrari.

Argumentos poderosos se aducían por ambas partes. Pero la tarea de unir las dos tendencias, la de infundir una fuerza clásica en una figura americana, la de crear y robustecer un tipo, tanto de hombre como de caballo, bien de nuestro suelo, era imposible pedírsela a los artistas extranjeros que concurrieron al concurso. Así la Comisión debió aceptar aquella "maquette" que no conteniendo ninguna virtualidad americana, por lo menos tuviera un aspecto sobrio y monumental. Tal se ofrecía el proyecto de Zanelli, por el cual se decidió el Jurado. Y a nuestro juicio se decidió bien. Eligió la "maquette" de línea más noble y más severa; y el Artigas que sintetizara mejor, en su símbolo, al pensador y al guerrero; gran figura calma, meditativa, montada en un gran caballo escultórico. No habría sido así seguramente Artigas, ni él ni su caballo. Pero la estatua se consideraba desde el punto de vista plástico, ornamental, arquitectónico. Y hacía esperar para la obra futura, una infusión de ruda vida americana en la severa "maquette" de corte clásico.

Ahora estamos frente al monumento definitivo. Este guarda la belleza de la línea y de su aspecto, dominador, austero. Pero en aquello susceptible de mejoramiento y de mayor caracterización, la obra definitiva de Zanelli nada ha mejorado sobre su "ma-

quette''; al contrario, nos parece, como veremos, que algo ha perdido de esa fuerza grave y contenida que prometía.

El gran monumento se ha transformado en un monumento grande. La llama antigua de clasicismo se ha desvanecido. Y la nueva estatua sólo ha ganado en teatralidad, en efectismo, en amaneramientos fáciles de esos que conquistan los ojos candorosos del pueblo.

Primera virtud clásica de una estatua es la de hacer arquitectura con el ambiente. De unirse a él, de adherirse en tal forma que parezca haber nacido para ese espacio, el único donde pudiera vivir. Por más definida y autónoma que parezca una escultura de aire libre, no puede independizarse nunca de aquello que la rodea. No es sólo la luz dorada del cielo lo que le da valor; jardines, arquitecturas circundantes, perspectivas lejanas, todo ejerce su influencia sobre la rígida plástica de la estatua.

Gran parte de los errores del monumento de Zanelli derivan de haberse descuidado los efectos arquitecturales del conjunto. La estatua no armoniza con el ambiente, no se le une, aislándose altiva en el amplio escenario de la plaza. Enorme y pesada, absolutamente fuera de escala, asombra más que conquista. Toda la arquitectura de la plaza resulta por contraste una arquitectura minúscula. De cualquier lado que se la mire, los contornos no tienen un gran fondo donde reposar.

No criticamos el tamaño de la estatua sino su relación con el ambiente. Colocada ante una amplia perspectiva, ya en una altura destacándose sobre la placidez del cielo, ya rodeada por grandes masas arquitecturales, la gran silueta de la estatua no nos hubiera resultado fuera de escala.

Recordemos que el que estuvo en lo cierto en cuan-

to a la ubicación del monumento, fué el doctor Zorrilla de San Martiín, padre espiritual de la estatua, quien luchó siempre por que ésta fuera colocada en la Plaza Libertad, mirando hacia el Palacio Legislativo. Allí en la altura, haciendo de la pequeña plaza todo un inmenso basamento para la estatua, aprovechando los desniveles, y disponiendo ordenadamente toda la arquitectura, se hubiera llegado a lo que se deseaba: exaltar el carácter monumental de la obra.

Otro de los errores en que se ha caído al realizar el monumento, ha sido el de pulimentar el granito. La piedra pulida, si es cierto que adquiere una rica entonación, al aire libre y en grandes superficies resulta causadora. Pierde su nobleza, pierde todo su carácter, toda personalidad desde que se transforma en dócil espejo. Allí se refleja el cielo, las siluetas de los transeuntes; y de noche, la brillante iluminación de la plaza se adhiere y chisporrotea en el pedestal. Toda la austeridad y toda la solidez del granito se desmenuzan, cuando como un hule tiene que copiar la escena exterior olvidándose de su función de soporte severo e inmutable. Y además, por este efecto espejeante, las caras de los sillares, que es imposible ajustar en un perfecto plano matemático, acusan, por reflexión, todas sus distintas fallas. Mas si en vez de este pulido pedante, hubieran lucido los paramentos su áspera contextura, hubiera acrecido el efecto monumental. Y la piedra habría acusado con más dignidad y con más fuerza su función de sostenedora del héroe de bronce.

Consideremos ahora el monumento en sí, fuera de su emplazamiento y fuera del material. Pero antes es necesario que insistamos en los conceptos verdaderos y sanos de la escultura al aire libre.

El gran monumento debe ser algo, bronce, mármol, pórfido o granito, que emocione, antes que por sugestiones anecdóticas o veristas, por sus virtudes plásticas. Cada arte tiene sus recursos limitados y no puede salir de ellos. Y son recursos del arquitecto o del escultor los recursos plásticos. Trabaja con la materia dura, eterna, rígida. Y de ella, sólo de ella, debe obtener toda la emoción estética. Con los volúmenes, con las líneas, con los planos, con el claroscuro, debe hacer elocuente su lenguaje.

La eficacia de estos recursos es a menudo olvidada por los escultores, preocupados de la búsqueda de otros efectos. Parece que el tema histórico y monumental los incitara a ser algo más que escultores. Así la escultura se empeña en expresarlo todo.

Pretende copiar la realidad exterior, pretende llegar al verismo accidental, a la leyenda y a la anécdota. Y se pierde en un desmenuzamiento de líneas y de detalles que matan la verdadera expresión plástica. En vez de conquistar con las virtudes que tuvieron siempre los grandes monumentos, — pirámides lisas, obeliscos enhiestos, frisos elocuentes, estelas tranquilas, metopas armoniosas—se pierde en una literatura de la piedra, en un romanticismo quebrado y absurdo que destierra los grandes efectos de la plástica. Ya no es más la imagen perfecta destacándose en el aire libre como un signo misterioso y eterno. Ya no es más la emoción penetrante y dominadora de nuestro yo. Se divide y se multiplica el efecto. Nace entonces el documento histórico, fidedigno quizás, pero muere la obra de arte.

En este vano esfuerzo romántico y afectado ha caído el arte de Zanelli. Prometía todo lo contrario. Prometía realizar una obra revestida de virtudes clásicas. Pero sus esculturas, tan desprovistas de sobriedad y de claridad de ritmos, se colocan así fuera del clasicismo. En verdad no sabríamos catalogar fácil-

mente este arte si no es dentro de esas escuelas que adoptan de lo clásico solo una apariencia, sin entrar mucho en la verdadera substancia del clasicismo.

La figura de Artigas se yergue en forma harto severa y declamatoria sobre el brioso corcel. La cabeza del héroe es inferior a la que presentó como muestra al concurso. Esta, derivada en su constitución ósea del dibujo de Bompland, era de línea enérgica, expresiva, con los rasgos finos y agudos, de acuerdo con la psicología del héroe. Como técnica carecía de vigor, pero daba una buena base para obtener la cabeza definitiva. Esta, al aumentar de tamaño, se ha vuelto vulgar, perdiendo la suave distinción que antes tuviera. Los rasgos gruesos y toscos, el gesto ensimismado y adusto, el mirar,—pretendido mirar pensativo,—huraño y altanero, todo le presta una psicología teatral bien distinta de la serena psicología de aquel héroe, sencillo y humano, que muriera humildemente como un patriarca antiguo. El caballo es una gran pieza monumental, inspirado en los caballos clásicos; con arrogante empaque, armoniza con la psicología del jinete que soporta. Tratado en forma amanerada en el detalle, con una estilización equivocada, ofrece bien poco interés.

Y pasamos a los bajo relieves. Aquí es donde se hace más patente y extraviado el criterio del artista. Por lo pronto, arquitectónicamente, son de un tamaño muy pequeño, para el aire libre, un metro sesenta de altura (bien sabido es que toda figura menor del tamaño natural se vuelve raquítica en el exterior); y después desintegra la unidad del basamento. En esto se aparta Zanelli de su "maquette" en donde los bajo relieves, abriendo en vez de estrechar las aristas verticales, contribuían a darle más fuerza al basamento.

En el monumento actual, la línea hendiendo la tran-

quilidad de la piedra, y recortándose en entrante en las aristas principales, amengua la idea de fuerza y de reposo.

Desde el punto de vista escultórico, cae en aquel error que notábamos del minucioso detallismo, en oposición a las grandes ordenaciones de luz y sombra. Empeñado Zanelli en ser fiel al documento histórico que él sólo conoció "de oído", nos ofrece un confuso conjunto de figuras realistas, que no pueden emocionarnos, aun con su falso patetismo, porque no son figuras escultóricas. Nada más alejado del concepto noble del bajo relieve que esa cinta endeble y blanda con que ata y rompe la unidad de la base. Nada de calma, de serenidad, de claridad de ritmos. No hay jerarquías en las agrupaciones. Todo vale por igual, todo brilla con la misma importancia. Es un lenguaje inorgánico, que no puede leerse. El bajo relieve debe ser una frase plástica acusada por el equilibrio de los grandes oscuros y de las líneas luminosas, y la emoción debe nacer de un juego claro, nítido de luces y sombras. ¿Qué se pensará entonces de ese desmenuzamiento de líneas que se cruzan, que se enredan en los bajo relieves de Zanelli? ¿Qué se pensará de esa falta absoluta de fondos tranquilos, lisos, donde se acusa el movimiento de las figuras? ¿Qué se pensará de esa confusión de planos llenos de manchas de luz arbitrariamente dispuestas, que es necesario mirar muy de cerca para entenderlos y al entenderlos encontrarse con que no tienen más que la reproducción afectada y folletinesca de vulgares escenas gauchescas? Y a parte del equivocado concepto estético, son malos los bajo relieves, porque, aun pasando por alto la trivialidad del criterio anecdótico, la anécdota que relatan tiene bien poco de la huraña verdad de nuestra historia.

Hemos puntualizado quizás demasiado nuestra crítica. Pero era esa la única forma de hacerla eficaz. Si hemos insistido en los errores del artista, ello ha sido porque podíamos exigirle mucho más de lo que ha dado al vencedor del concurso. Zanelli debía haberse empapado de nuestra historia y de nuestra tierra; debía haber depurado su "maquette" amorosamente, con la obra lenta del estudio empeñoso; también podía haber llegado a darle esa chispa nativa de que está absolutamente desposeído su monumento. Pero él no lo quiso. En once años que ha trabajado en la obra, no ha encontrado una oportunidad, una rápida oportunidad, para venir a conocer la tierra del héroe, sus campiñas, sus gauchos; para venir a dar su consejo eficaz sobre la ubicación del monumento. Y después de concluído, después de verlo salir de su taller donde vivió tanto tiempo, no sintió un ímpetu paternal para acompañar su héroe de bronce a la tierra donde fué a erguirse definitivamente.

Explíquese como se quiera tal actitud del artista, para nosotros no merece otro nombre que indiferencia. Indiferencia que por otra parte la grita todo el monumento con esa fidelidad insobornable de la palabra del bronce.

Y este fenómeno se repetirá aquí, y por doquiera en América, mientras nosotros, pueblos jóvenes, ávidos de consagrar a nuestros héroes por la estatua, no esperemos la verdadera y legítima consagración a la cual podemos aspirar: la consagración por nuestros propios valores artísticos. Que más vale, para la vida del arte y aun para la vida histórica, una tosca pieza de leño tallada con el amor puro de los primitivos, que esos enormes y costosos monumentos comprados en el extranjero. Inmensos artículos de importación, al fin de cuentas.

C. A. Herrera Mac Lean.

EDUCACIÓN

FALSA INICIATIVA —

Implantaciones exóticas

El movimiento revolucionario escolar que hemos designado con el nombre de Reforma, dejándolo así señalado en la serie de sucesos que han decidido lo característico de la nacionalidad uruguaya, nos hizo avanzar rápidamente en la senda que siguen los pueblos más cultos de la tierra. Por él guardamos puesto paralelo con los que entienden de las más altas conquistas del pensamiento y estamos siempre dispuestos a introducir todo lo que, recién descubierto, viene de lejos.

Apenas llega a nosotros la noticia de que en Europa o en Norte América se hace algo nuevo, relacionado con métodos y procedimientos de enseñanza principalmente, nos esforzamos por traer la obra iniciadora, a nuestro medio.

Pero ese afán de novedad, hasta hoy ha sido impotente para dar, por sí mismo, origen a una iniciativa que merezca ser transportada al extranjero, con el mismo derecho con que llegan aquí las de afuera, y si no nos esforzamos por modificar esa situación, no tardaremos en perder el puesto ganado con digno merecimiento.

Es preciso que distingamos la novedad de la nove-

lería; el estímulo de la rivalidad; el trabajo de la inquietud.

No hay que pensar: ¿qué haremos para salir de lo vulgar? sino: ¿esto, puede ser mejor?

No hay que pensar: en tal parte llaman la atención del mundo con esto, ¿con qué podemos atraerla hacia nosotros?, sino: en tal parte observan, estudian, descubren; nosotros también debemos observar, estudiar, descubrir; allí aparecen brillantes manifestaciones de una labor que se hizo sin la preocupación de ostentarla; aparecen, porque lo bueno, lo útil, lo verdadero, se abre paso siempre; allí está, resplandeciente en el triunfo, lo que costó tantos años de lucha silenciosa y perseverante.

Lejos de aquí las debilidades humanas también hacen brillar falsamente, alguna vez, lo que no tiene luz de fondo; lejos de aquí, también tienen origen insustancial muchas actividades que desaparecen después de consumir fuerzas en una existencia anémica; lejos de aquí, el error también sugestiona con encantos ilusorios.

Al imitar, no estudiamos debidamente el terreno de donde procede la idea, ni el nuestro en su debida relación.

Con ánimo de analizar, en prueba, alguna de las iniciativas a que me refiero, me detendré a considerar *la cantina escolar*, cuya organización, de vez en cuando, se anuncia como encomiable propósito.

Dar al niño alimento sano en la misma escuela, evitar la anemia infantil por insuficiencia de nutrición ¡qué hermoso aparece esto visto a través de la magia que encierra el don!

Repartir la felicidad, tener a mano bienes para sentir el placer de mirar caras sonrientes, es parecerse al Dios que todo lo puede o a los dioses que todo lo podían.

Aunque demos lo que no es nuestro, nos halaga el acto de dar, el derecho de que nos sentimos investidos al hacer una distribución.

Cuando hacemos caridad no pensamos siempre que todos tienen el mismo derecho a ocupar la grada alta desde la que arrojamos mendrugos a los que no pueden subir.

La función de *la cantina escolar* se justifica solamente, cuando van a la escuela pública, niños a quienes sus padres no pueden cuidar ni mantener; pues sería absurda intención la de querer distribuir el pan y la carne con criterio científico, como se hace con la enseñanza, siguiendo normas que marcan los programas.

Cuenta la Historia que el buen monarca Enrique IV, decía, encerrando en una frase la finalidad principal de su plan de gobierno: "Deseo que todos los campesinos de mi reino puedan poner una gallina en la olla, cada domingo".

No podría verse la misma intención a sus palabras, si en vez de expresarse así, hubiera dicho: "*Deseo repartir*, cada domingo, una gallina a mis campesinos".

Mientras antepongamos el sentido de *dar* al de *ver ganado,* a pesar de la bondad de sentimientos que dicte nuestras acciones, conservaremos algo del gesto imperativo que marca diferencias odiosas entre los hombres, subordinando las necesidades primordiales de la vida de unos a la generosidad de los otros.

Felizmente, nosotros estamos más cerca de lo que creemos, del ideal acariciado por Enrique IV y es de sentir que imitando lo que se hace donde en ese sentido no han logrado avanzar tanto, sembremos en el alma del niño la idea de esperar una dádiva, sin pensar que la finalidad más alta de la escuela es la de estimular la acción individual, en forma que permita a cada uno, la satisfacción de alcanzar su bienestar con el fruto de su trabajo.

Aunque aquí, los obreros, con justo derecho, luchen por mejorar su situación, no tienen motivo para considerarla igual a la de los compañeros del Viejo Mundo.

Muchos niños de nuestros Asilos Maternales, el día de la fiesta escolar se presentan elegantemente vestidos, con trajes de telas finas, adornados de encajes y lazos, que sus padres compran sin sacrificio.

El número de faltas a clase que esos niños tienen durante el año, sin justificarlo motivos de enfermedad, demuestra que no es imprescindible para las madres, dejar a sus hijos, durante el día, en un establecimiento de protección.

Por otra parte, debemos observar que la matrícula escolar, en Montevideo, rara vez anota, para la madre, una ocupación ganancial.

El Jardín de Infantes qué dirijo, se halla situado en el centro de un núcleo de población obrera. Sé que algunas madres, ayudan a procurar entradas para la casa, lavando, planchando o cosiendo, pero ninguna de ellas lo anotó al dar los datos de inscripción.

Sea como quiera, trabaje o no la mujer del obrero, para contribuir al aumento de recursos que la familia necesita, el hecho es que no suele salir de su casa por necesidad; que puede almorzar y comer con sus hijos.

¿Por qué, pues, hemos de separar a los niños de la mesa del hogar donde la tradición vive, trasmitida de siglo en siglo?

Historias, anécdotas, relación de lo ocurrido en el día, alegre o triste; chistes, censuras, advertencias y consejos, estrechan la unión espiritual en el único momento que puede reunir en rueda a los padres y a los hijos.

El apoyo que se prestan los hermanos mutuamente, cuando se separan para constituir hogares libres, tiene mucha relación con el número de horas vividas en

torno de la mesa, mientras se recibía el alimento del día.

En un reportaje que se me hizo últimamente, comentando este punto dije la sentencia filosófica: "No sólo de pan vive el hombre" y en el pan del hogar, hay algo que vale más que la harina.

La *cantina escolar,* sería entre nosotros, implantación exótica. No tenemos necesidad de ella y es de desear que esa necesidad se aleje continuamente, para que nuestro estado social avance en relación con la distancia a que nos encontremos de ella.

Debemos educar para que se aprenda a ganar el pan, no a recibirlo.

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

CAUSAS DE LA SORDOMUDEZ—

Apuntes para un estudio.

La sordomudez es, por lo general, consecuencia de la sordera congénita o también de la adquirida si lo es en temprana edad.

No pudiendo oir a los demás, falta la motivación necesaria para que se desarrolle la idea del lenguaje. De nuestros sentidos, el oído es el que más nos relaciona con nuestros semejantes; nos sentiríamos aislados en la Naturaleza y pobres de conceptos intelectuales sin ese precioso sentido, que nos permite conocer los sentimientos e ideas de los demás, por el medio más apropiado, que es la palabra. El ciego se halla privado de la contemplación de la Naturaleza; pero la falta de la vista es compensada con mucha perfección por los demás sentidos, especialmente por el oído y el tacto que se hacen extremadamente sensibles; de ahí que el

ciego no está excluído de las delicias de la sociabilidad y de los mil motivos que el trato de los demás proporciona a la inteligencia para su ejercicio. El sordomudo, en cambio, se halla completamente aislado de sus semejantes y la inteligencia que posea puede muy bien dormir y extinguirse lentamente sin que ningún género de conceptos o impresiones de orden intelectual vengan a sacarle de su letargo. De ahí que el sordo ofrece un aspecto melancólico que contrasta con el buen humor habitual en los ciegos.

La sordera adquirida puede depender de obstrucción o lesión de cualquiera de las tres partes de que consta el oído—externo, medio e interno—o también de lesión en el nervio acústico o en la región cerebral donde se inserta. Los depósitos de cerumen endurecido en el conducto auditivo externo, el desgarramiento de la membrana del tímpano, la anquilosis o soldadura de los huesecillos del oído medio, el catarro crónico de la trompa de Eustaquio, la destrucción del oído interno por procesos infecciosos, la atrofia del nervio auditivo, etc., etc., pueden acarrear una sordera parcial o completa, y en este último caso si se produce en el adulto inteligente no trae como consecuencia la sordomudez; pero sí conduce a ese triste estado, como ya se ha dicho, a los niños de corta edad.

El artritismo, estado anormal de la sangre, puede producir la sordera, y los salicilatos que se emplean en el tratamiento de esta diátesis cuando asume la forma reumatismal, producen una sordera accidental que en algunos casos ha subsistido, si bien lo más general es que desaparezca con la eliminación del remedio. Otro tanto ocurre con las fiebres que también pueden ser causa de sordera. Además, ciertas intoxicaciones accidentales debidas al manejo profesional de determinados venenos pueden también abolir el sentido del oído. Las sales de plomo se cree que poseen esa

propiedad; y el mercurio determina a veces la parálisis del nervio auditivo, que es, sin duda, la más grave e inaccesible forma de la sordera.

Pero la sordera adquirida en la infancia no es sólo la causa de la sordomudez; hay muchos y muchos casos, en que la sordomudez es congénita y debe considerarse entonces como una de las tantas formas de la degeneración física. De esta suerte, pues, todos los factores individuales o sociales que favorecen la degeneración física, tienen que significar un aumento en la cifra de los sordomudos, con igual razón que hacen aumentar la de los idiotas, delincuentes y demás degenerados. El hacinamiento en viviendas insalubres, la miseria, los desórdenes del régimen alimenticio, etc., deben necesariamente influir en el aumento de esa cifra. La herencia con sus leyes todavía poco conocidas, es un factor importante; pero según las leyes de Mendel puede ocurrir que en la primera generación dominen en todos los descendientes las cualidades de uno de los progenitores y ser éste el sano. En tales casos la influencia fatal de la herencia parecerá eludida; pero es lo más probable que la sordomudez aparecerá en algunos de los descendientes de la siguiente generación, siendo todavía un misterio para la ciencia el modo cómo se transmiten hereditariamente cualidades por intermedio de individuos ostensiblemente exentos de ellas, pero que en realidad las conservan en estado latente, sin lo cual no podrían transmitirlas.

Entre las causas más notables de sordomudez congénita hay que señalar la escrofulosis, hoy día considerada como una tuberculosis latente, y sobre todo la heredo-sífilis y el heredo-alcoholismo. Este último factor es el que debe ser combatido con más tesón, por ser uno de los más difundidos y constituir una causa evitable.

Por último, las estadísticas demuestran cómo tam-

bién influyen en la sordomudez, las uniones consanguíneas. Este fenómeno explicable para unos y no explicable para otros y sobre el cual no ha dado aún su última palabra la biología, pero que a pesar de todo es constatado por los hechos, hace en alto grado admirable las legislaciones religiosas, particularmente la católica, que siempre ha puesto todo género de reparos en el matrimonio entre parientes demasiado próximos.

MARINA BILBAO.

GLOSAS DEL MES

Pierre Loti

Por más ceremoniosa y grave postura de examen que adoptemos, en estas horas distantes de las de la buena época de Loti, fuerza es abandonarse al delicado enternecimiento que su obra inspira, y fuerza es también recogerse a la tristeza en toda esa obra imperante.

Decíamos aceptar una posición de examen porque el correr de los tiempos trajo modificaciones a nuestra sensibilidad, y ahora no hay plenitud en la admiración, ahora no caemos en inefable ensueño volviendo sus páginas. Nos acontece que el marido de Mad. Chrysanteme, y el enamorado de Aziyadé y el adorador de Rarahú exhalan queja idéntica; nos parece que Ramuncho se duele de lo mismo, de lo mismo también que sufre la dolorosa mujer del "Pescador de Islandia". Es un monocorde canto amoroso, cuya deliciosísima sensación no oculta la tristeza subyacente; de libro a libro, esa marca de un corazón sangrando sin remedio nos acostumbra, y el interés merma.

***

Cuéntase que Loti alhajó su casa disponiendo con oportunidad la recolecta de artísticos tesoros hecha en su dilatada vida de marino. En tal manera convivían, bajo el ciejo de Francia, los Budhas reposados y orondos con Ganesa, el de la testa de elefante, adorado en los templos indostánicos; cerca del ambiente me-

dioeval austero, ardían pebeteros quemando extraños aromas de Arabia... La pagoda y la mezquita, el templo japonés, la armería de la edad media, pero el dueño de la casa jamás diversificó en tal manera sus resortes emocionales; y paseando por las suntuosas cámaras, o vestido de mandarín, o de sacerdote persa como en tal fastuosa recepción en aguas de Constantinopla, aquel enamorado gemebundo mantenía constante posición espiritual, como si la brújula de su ánimo se hubiera detenido por siempre en la quejumbre de una ansia amorosa.

* * *

Esplendían en torno suyo colores, sonidos, perfumes, todo lo que vibra y conmueve las almas; en torno suyo Islandia nebulosa, los Pirineos, las tierras quemantes de su *Spahi*, la enigmática Polinesia de su Rarahú, la Nagasaki enlodada, ciudad de la envidiable Chrysanteme, o aquel emporio de toda hermosura donde duerme para siempre Aziyadé. Sin embargo, el paisaje y los héroes no se refundían, como si actuaran en una atmósfera de cristal; pero, y ello basta para honor de ese muerto tan ilustre, sus héroes subsistían en nuestro encanto y convivían nuestra intimidad por gracia de esa sedeña tristeza en que el artista los deslizara.

Mientras los especialistas cumplen su obligación de catalogarlo, entre los románticos o entre los naturalistas, entre los prosistas o los poetas (que tal vez cuadrara hacer con Loti como hicieron los Goncourt con Watteau), continuemos tras la estela de su nave: sin la esperanza de tocar ningún reino shakespeariano, sólo para gustar, fina flor del espíritu, esa sensación de delicado enternecimiento, tan honda, tan noble, tan suya.

EMILIO SAMIEL.

El Salto y Rodó

Aquel a quien cada uno de los corazones compatriotas había elevado dentro de sí un índice de granito, surgido de la admiración y de la belleza revelada, ya lo tiene también sobre la tierra originaria.

Salteñas son las canteras madres de la piedra, las manos artesanas que lo pulieron, las mentes artistas que lo forjaron; el sencillo monumento tiene, desde luego, cierto encanto genuino de cosa que se ha sacado de las propias entrañas y se brinda con la gracia de los gestos simples y desnudos. ¡Bien hubiera aquilatado el autor de "El Mirador de Próspero", esta espontaneidad del ademán y aquel valor autóctono, tan difíciles de hallar en las ofrendas!

Además, la ubicación del obelisco, alzado sobre la eminencia de una colina, en la intersección de dos grandes avenidas agrarias, en un sitio propicio a la meditación, aunque no muy lejos de la ciudad, donde los hombres sufren; a cielo abierto, entre un paisaje verde de campo, de viñas y arboledas, ciertamente hubiera halagado los ojos y, sobre todo, el alma del maestro, en la que sonaban tan prestigiosamente los motivos de la égloga y la geórgica.

Y debía de ser el Salto, como lo fué, esa cuna de mentes ilustres, predio pródigo en espigas espirituales, la ciudad que se adelantara a las demás y destacara su aptitud dinámica y su capacidad para juzgar los deberes de un pueblo con sus grandes hombres.

Honor a ella, pues, que no sólo superó a todas sus hermanas en la suscripción nacional pro monumento a Rodó, sino que le sobraron fuerzas para erigirle uno en su solar, rodeándolo de atributos tan esenciales y poderosamente sugestivos en belleza y sentimiento.

Bellas frases encendieron el entusiasmo el día inaugural del obelisco, mensajes de altos espíritus llega-

ron a la hermosa ciudad litoral exaltando su gesto, artículos de eminentes pensadores llenaron las columnas de los rotativos; pero, en verdad, lo verdaderamente intenso estuvo más que en las palabras, en el carácter popular del homenaje. Toda la ciudad con sus banderas, sus soldados, sus escuelas, fué a descubrirse como arrastrada por una fuerza superior, al pie de la piedra estatuaria. Multitud exaltada por convicción, descubierta por imperio de su voluntad, trascendental por íntimo respeto, difícilmente podrán olvidar los ojos que lo vieron aquel espectáculo aleccionante y cuya importancia ética y social no es posible dejar de reconocer.

País donde todavía suenan muy cercanos los bronces de su gesta heroica, en él, hasta ahora, parecía sólo reconocerse el derecho al mármol a los guerreros. Este obelisco levantado a un pensador, a un hombre de paz, a un padre de ideas, dijérase que señala un avance evolutivo o, por lo menos, una extensión del campo de la conciencia nacional.

Pegaso se regocija de este hecho auspicioso y, a la ciudad salteña que puso la piedra de la era nueva, a los hermanos Pratti que dieron con sus preclaras manos artistas tan bella forma al granito simbólico, y a los espíritus que presidieron y orientaron el movimiento popular, presenta emocionadamente el homenaje de su admiración.

* * *

Damos en seguida algunos extractos de los hermosos discursos pronunciados en ese instante memorable.

Del Doctor César G. Gutiérrez, Diputado Nacional y Presidente del Comité del Monumento.

No hay vida que ofrezca al monumento pedestal más sólido ni más noble, que la de este escritor insigne, príncipe de las letras americanas, obrero formidable de su solidaridad en la acción y en el ideal, que prestigió a su país conquistándole gloria en las manifestaciones más altas del intelecto humano, belleza y pensamiento, que como Ariel con alas y ensueño levanta su vuelo, él con su pluma levanta una estatua, porque es en su obra que está el monumento, en ese legado de arte y enseñanza. Vida fecunda en lo útil y en el bien, llena de ansias superiores y nostalgias de cosas soñadas, teñida de melancolía como los crepúsculos y que va abatirse allá lejos, ignorada y oscura, para volver a la patria sobre la onda azul, bajo el arrullo del mar sonoro, cambiante y profundo, como si el haber divagado armoniosamente en el libro, en una "perspectiva indefinida" sobre "motivos de Proteo", obligaran a este su numen, a traerlo en brazos a la playa amiga bajo el marco infinito de las aguas y los espacios.

El Salto inaugura en el aniversario de su muerte este recuerdo, en el concepto de que un monumento no es sólo una pieza decorativa en las ciudades; si así fuera, no tendría su aleccionadora trascendencia,—es algo más, también la sonrisa y la lágrima, no son sólo un gesto en la mímica humana, sino que valen por ser emoción y ofrenda del alma. Un monumento es eso, ofrenda, culto de virtudes, mirada retrospectiva al pasado, a las cosas idas, que aún las agita un soplo de inmortalidad y viven y perduran en nosotros, como tradición, como raíz, como promesa de flores futuras; un monumento es una profunda enseñanza de idealismo y de amor, demuestra que las sociedades tienen su fondo lírico, que

en la selva humana, como en el árbol en flor, hay trinos desinteresados y armonías ocultas, que rompen su silencio, para ennoblecerse y honrarse, rindiendo homenaje—como en este caso—a un artista, a un pensador, que por sus actividades a fuerza de no poder dar nada material en la vida, dió lo más alto, lo mejor del espíritu, la suma de la belleza y la idea; los monumentos son altares de la patria, reliquias de su fe, eternas como los gestos que glorifican, son índices de piedra, que los pueblos erigen al borde del camino, para inspirar a las generaciones la ruta de su destino; un monumento es esculpir en forma gráfica el ejemplo aleccionador, es el sentimiento, el aplauso de los hombres de hoy premiando emocionados, las superioridades y los aciertos de los hombres de ayer, que en la sucesión del tiempo arrojaron su siembra, para que otras manos se colmaran de frutos y sendas más felices esperaran a otros caminantes; es el acervo de cosas queridas, que el recuerdo defiende; es lo arcaico que aún florece y derrama sus voces en los rumores del viento que pasa; es un episodio de la acción humana en que la realidad y las ansias se hunden en el infinito, es tañido de hermandad que nos reune en el entusiasmo de un mismo homenaje; traduce síntesis de anhelos, nobleza de conducta, rectitud de principios, acciones triunfales; es en resumen una página de la historia, más fuerte que los años y que el olvido, que el tiempo no podrá arrastrar en su corriente, porque está coagulada en piedra como las montañas y nevadas de pureza como sus cumbres.

Por ser el monumento una enseñanza expresada en forma bella, hemos querido realizar de esta manera—aunque con un obelisco modesto — nuestro homenaje al gran ciudadano José Enrique Rodó, a quien cabe como a Platón el calificativo de "varón estético", que dió al país la celebridad más alta, marcando un paso

definitivo en nuestra emancipación intelectual, mereciendo por rara coincidencia en nuestras apreciaciones, la unanimidad en el elogio y en la consagración, no sólo por la eurítmica belleza de su obra, sino también por la oportuna y saludable influencia ejercida, abriendo nuevos horizontes a la juventud de América, que lo proclama Maestro, en la acepción sagrada del término, y presta a sus páginas el calor vital de su emoción.

Si como lo afirma Taine, sucede en el reino del intelecto y del arte, lo mismo que en las otras manifestaciones de la naturaleza, en que los ejemplares que surgen, guardan estrecha relación con el medio en que se desarrollan, justo es confesar que la aparición de Rodó en nuestras letras, acusa una figura de un volumen excepcional, que en "Ariel" y "Motivos de Proteo" trata todos los temas que interesan al espíritu del hombre, huyendo de toda la sistematización filosófica, pues fué libre en la doctrina, donde no conoció la esclavitud de ningún dogma, y en la vida, donde no aduló ni al pueblo, ni al señor, siendo virtuoso en la síntesis y en el detalle, en el programa y en la acción.

Su existencia, llena de desinterés, magnanimidades y rebeldías, equivale a la mejor página de sus libros; si hubo arte superior en escribirlas, hubo también moral superior en vivirlas, decorando sus horas en generosidad e hidalguía, con el mismo amor que cinceló sus frases en nobleza y elegancia.

Su característica fué el optimismo y la serenidad en el pensamiento, la belleza y la armonía en el estilo; mantuvo siempre la dignidad de la más alta docencia ejercida en la América latina, enseñando con gracia "escribiendo para el mundo, sin escribir particularmente para nadie", pugnando por la formación del hombre integral, que polarizara los atributos superiores de la especie, por el cultivo del jardín interior, haciéndonos los obreros del propio perfeccionamiento,

abriendo refugios íntimos, despertando fuerzas ignoradas, tesoros y reservas escondidas, para aumentar el caudal de la personalidad en la visión estética y en la voluntad creadora.

Huyó del materialismo hasta en el ocio, imponiendo siempre el sello de la aristocracia espiritual y como un griego moderno brindó a los ojos de América volitiva y dinámica la modalidad helénica, saturada de gracia y delicadeza, para que en sus moldes gestadores se hermanara la espiral del incienso azul, con el penacho oscuro de sus fábricas y sus fraguas; decoró las ansias del futuro, empinadas al porvenir, bebiendo auroras, con la pátina inmortal de las cosas viejas, de los sabores clásicos, que como los rayos solares a través de los *vitraux,* tamizan y destilan su poesía sobre la bruma de los años.

Como estilista se revela dueño de todos los primores y privilegios del artista exquisito, marcando la más alta cumbre de la literatura castellana; nadie en sus manos ha hecho del idioma arcilla más hermosa, ni más dúctil; la palabra ya surge transparente y flúida o se labra en el relieve de la plasticidad persuasiva y sugeridora, la verdad se embellece con el esmalte que la envuelve, como las piedras preciosas con el engarce que las aclara y quiebra en fulguraciones y en la malla sonora de su prosa ondulante, como tierra en siembra, la idea lejos de aprisionarse se dilata y riela en la parábola ascendida en majestad solemne, como pórticos del pensamiento, en cuyos frisos juegan las luces y las sombras, irisadas en la diáfana transparencia de sus encajes.

Ha querido verse cierta frialdad en su estilo, olvidando que su calidad de pensador, le imponía la serenidad y le hacía huir del apasionamiento, que si es a filo de buril y filo de llama que se engendran los mármoles y los bronces, es en los remansos de la medita-

ción, donde destacan y acusan sus líneas la razón y la verdad. Su ponderado equilibrio mental, desentrañó de la tolerancia cálida, afirmativa y comprensiva un noble sentido de la vida, y aunque liberal decidido, apartábase del liberalismo sectario, rebelde a toda sombra, enhebrando conceptos amplios y generosos en el hilo de su prosa, que va encendiendo en la polémica su majestuoso collar de estrellas.

En el orden colectivo, es como en el individual, un estimulador a la acción y un renovador de ideales que si puede tachársele de falta de originalidad, — quizás por ausencia de amor propio y por lo difícil que es serlo en la filosofía después de Grecia,—no puede discutirse que fué profundamente original e inconfundible en su sello propio al remozar lo imperecedero, como fué prodigiosa y original la gloria del Renacimiento, arrancando al olvido y despertando a la vida la belleza del arte muerto.

No se ha escrito hasta ahora un himno a América más formidable ni más bello que su Ariel, invitándola a no ser una simple repetición de Europa, que equivaldría a continuar siendo colonia espiritual, sino que impusiera el sano anhelo de una ética nueva y el ejemplo de una conducta mejor. Le debemos, además, un educativo concepto histórico, empleando su pluma en el elogio de las grandes figuras continentales, dando así ejemplo de sentir la patria americana, para iniciar nuestra unión, como en los cultos, al resplandor de las grandes luminarias y en la contemplación de las personalidades más fuertes, en cuya mentalidad moral parece unirse lo divino con lo humano, como semeja hermanarse la tierra con el cielo en el confín de las alturas.

Discurso del Dr. José María Delgado, director de PEGASO.

"Palacio de mármol" así un día oí como el mago Ruben llamara a Rodó.

Y, en realidad, emana de la obra de este orfebre maravilloso una serenida de carne de Dioses, superior a las inquietudes humanas y a las que todas las mareas del mundo parecen incapaces de agitar.

Yo sé que este ha sido también el reproche que se le ha hecho al autor de Ariel, porque se supone que quien ha podido hablar de manera tan suave y tranquila, quien pudo elevarse sobre el plano común de los hombres, para juzgar sus errores, sus pasiones y hasta sus mismos crímenes, de modo tan nazareno y puro no debe ser sino un insensible, un artista frío a quien el dolor y el amo humano sólo han servido para materiales de laboratorio para la elaboración de un concepto estético.

¿Cuánto error? Nadie se imagina lo que ha costado tal vez al maestro esta lucha ante su deber de artista apostólico y sus arranques humanos. Lucha heroica si las hay en que se domina el corcel de las pasiones, se pacifica el tumulto del mar y en la que se contesta a los guijarros que nos han lanzado, a las espinas que nos han hecho sangrar, con parábolas grávidas de perdón, con ánforas de belleza única, llenas de agua estimulante y clara cuyo frescor queda en los labios como si proviniera del manantial originario de la vida.

Hay que ser muy hombre y tener muy arraigada la idea del dolor necesario para sobreponerse y elevarse en esa forma.

Creemos que es divino porque ha sido el más humano de nosotros, porque nos habla con el ritmo del corazón simple. Es que tanto hemos extraviado nuestro destino y nos hemos alejado de nuestro punto de origen, que cuando creemos encontrar algo de Dios en el

hombre nos asombramos como de una imposible conjunción, siendo así que nada hay tan esencialmente divino como lo esencialmente humano.

Así, pues, para quien lo observe bien, ese mármol de Rodó no está inanimado y tiene algo más que el gesto y la nobleza estatuaria, sangre humana corre por sus venas y lo colora y lo calienta y le da una maravillosidad de alma. Sólo que es una sangre que no es igual a la nuestra, porque comprendemos que nunca conocerá la muerte, que será eterna como las columnas del Partenón, como las formas y las normas perfectas, como todo lo que ha salido de las entrañas de la belleza.

Teníamos que ser nosotros, hijos de este Salto que tantas veces ha señalado los caminos al espíritu de la República, los que, antes que ninguno, eleváramos un altar de piedra al maestro de "El Mirador de Próspero".

Pueblo de poetas, de artistas, de gladiadores de la idea, el primer monumento que hemos erigido no lo hemos levantado en homenaje a un guerrero, sino de un pensador excelso.

Esto prueba que aún perdura aquí aquel ambiente cultural que a tantos nos arrojó por los senderos del idealismo y de la emoción.

Juventud de mi pueblo: nunca dejéis perder ese tesón nuestro: venid diariamente a este altar a renovar la fe y sostener el pabellón de nuestras inquietudes espirituales: recordad que son soñadores como éste que parecen marchar a la deriva, chocando continuamente contra la hostilidad de los muros y los cercos, cuyo espíritu se construye un palacio de mármol y cuyo cuerpo acaba en las bases de la caridad pública los que dan dignidad a la vida y se libran de lo que más debe cuidarse un hombre, de que en su lápida no se inscriba el terrible epitafio ibseniano: "Aquí no yace nadie".

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Las Ramas Verdes (1922).—**Las Hojas Secas** (1923).—Poemas de Campoamor de la Fuente.—Buenos Aires.

Hay un lirismo tan puro y espontáneo en estos poemas que, a veces, dan la impresión de esas anónimas coplas y canciones populares que corren de boca en boca y, de repente, nos asaltan sin saber por qué entre las nieblas crepusculares y nos hacen cantarlas a media voz por los caminos.

Simples canciones, improntus líricos brotados como del instinto, a los que el poeta da palabra y forma, y que por traducir tan bien un estado anímico personal traducen algo de todos y, llevan en sí cierto sentimiento poético colectivo que inmediatamente las populariza y las integra al venero lírico común.

Dicho esto no es preciso añadir que las poesías de Campoamor de la Fuente han de ser esencialmente sencillas y elegíacas, porque éstas son las dos cualidades fundamentales de esta clase de poesías.

Y no es preciso añadir tampoco que quien consiga arrancar a su estro notas de tal naturaleza, es un lírico de verdad, destinado a perdurar en el alma de los hombres más que los príncipes de la rima y los millonarios del vocablo.—**J. M. D.**

''El huerto de los olivos''.—Por Alfredo R. Bufano.—Buenos Aires.—1923.

Hace algún tiempo comentamos un libro de versos de Alfredo Bufano. Con la sinceridad sempiterna dijimos que ''Canciones de mi casa'' tenía versos prosaicos y pobres, desiguales y tímidos, que era preciso levantar...

El interés por el nuevo volumen, nos vino de entonces indudablemente.

Y hete aquí que la esperanza cifrada no fué vana como nube desvanecida en el toldo azul... ''El huerto de los olivos'' es un libro de poesía límpida, emocionada, pulcra, de hondura y de dulzura. La emoción tiene el roce de un sentimiento acerbo que le da la muerte, la pureza suavísima de unos ojos de agua que adentraran en la tarde su paz.

Sus romances de ahora,—el ''Romance de la flor sin nombre'', el ''Romance a tu boca'', el ''Romance de los ojos color agua'',—son tiernas y tremantes palomas, de plumón emotivo, de cuello fino y lánguido, de pupilas de ensueño, de pico breve y leve.

Adivinamos en "Genealogía",—pieza de mérito indubitable,—la expresión de la última manera de Bufano,—que tan bien traducen estos versos:

> Por eso soy a veces taciturno y doliente,
> y otras ¡tú bien lo sabes! un puñado de infancia;
> y así como te lleno de besos y canciones
> he abierto con mis uñas, en sueños, tu garganta.

Sin concretar un juicio, dejamos a la perspectiva del tiempo que vendrá, la afirmación y consagración de este poeta, de quien es la esperanza y la confianza, el camino y el mar.

Cruzando uno u otro, con su canción suelta en los labios, bajo el sol o en la noche, puede llenar de aromas el sendero...—**T. M.**

El 14 de Diciembre.—Por Dmitri Merejkowski.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

Es verdaderamente una obra maestra de la literatura, por su potencia descriptiva, su técnica, su valor histórico y psicológico, esta novela de Merejkowski, traducida al español de manera impecable por Slaby, que acaba de poner en circulación la popular Editorial Cervantes.

Esa mezcla de candor, heroicidad y misticismo que constituye esencialmente el fondo del alma rusa, está admirablemente retratada en las páginas de este libro, que solamente puede admitir parangón con las mejores de Tolstoi y Dostoyewski.

Es injusto en obra tan uniformemente notable, hacer resaltar alguno de sus episodios; con todo, nosotros no podemos menos de citar el idilio de Maninke y Galitsin, estupenda historia de dulzura y de amor, que sólo los corazones nórdicos pueden escribir.—**J. M. D.**

"**Ensayos sentimentales**". — Por José María Chacón. — Edic. del Convivio.—Biblioteca Repertorio Americano.—San José de Costa Rica.—1923.

Con un estilo cuidado y pulcro, sin altos ni bajos,—expresión de un alma atildada y pura, a quien Enrique José Varona llamó "artista siendo aún mancebo",—las páginas de este libro nos dan la suave y honda emoción de las cosas vividas con sensible y sutil trama interna. Reminiscente a veces, en los temas y en la arquitectura sentimental, al Azorín de los pueblos españoles, José María Chacón evoca con dulzura la paz, la casa, los campos de Santa María del Rosario, cuya quietud melancólica le albergara en los años de niño y le recibe ahora con la misma sencillez aldeana en los tiempos de hombre. Los recuerdos íntimos se renuevan con desusado candor y bello colorido: el maestro de la lección renaciente, la poetisa de la vida dolorosa y la canción pura, el grupo familiar de

la mesa doméstica, los viejos cuadernos de clase, la semblanza olvidada, el amigo y el mar...

Algunos ensayos, como el de Luisa Pérez de Zambrana, tienen el conjunto harmonioso de la erudición y la gracia, del sentimiento y la forma, del vigor y la dulzura. No hemos podido leerlo sin emocionarnos,—y he ahí, para nosotros, el más alto tributo que se puede rendir a un escritor:—éste de la emoción surgida sin buscarla, que nos empañó los ojos y nos oprimió la frente...

Consagrados están aquellos que tienen el golpe de ala que hace temblar, la mano que oprime las sienes frías, la voz que acongoja el corazón y vela la palabra antes de salir de los labios.—**T. M.**

"**El Desierto**".—De Pierre Loti.—Editorial Cervantes.—Barcelona. —1923.

En cuidada edición de la Editorial Cervantes, hemos leído de nuevo este encantador relato de Pierri Loti sobre el desierto africano.

Sin ser una novela, la obra se hace leer con interés, como si en un lento y hermoso paseo, "al paso balanceante de los camellos, por sobre el infinito del desierto rojizo" pasáramos, rumbo a Jerusalem,—la ciudad santa,—de la augusta sombra...

Traducción de la septuagésimaprimera edición francesa, este tomo está destinado a ser un éxito editorial de la casa Cervantes, luego de haberlo sido, intelectualmente, de Pierre Loti.—**T. M.**

"**Cauces Profundos**".—Poesías.—Por Alberto J. Freire.—Montevideo.—1923.

¿Serán "profundos" estos "cauces"? Yo creo que no. Se trata apenas de unos cuantos versos que quieren ser poesía. El prólogo dice que su autor tiene diez y seis años. Cuando tenga veinte empezará a cargar el remordimiento del libro que no debió hacer—**T. M.**

"**Gesto de hierro**".—Poesías.—Por José M. Benítez.—México. —1923.

La juventud tiene a veces este "gesto de hierro", con el que cree que ya está el mundo bajo su planta. Después, viene el día en que la armadura se desvanece...

José María Benítez, jovencísimo, ardoroso, quiso aquí mostrar un puño o arrancar un velo. Y, ni lo uno ni lo otro...

Aunque es indudable que algunos de estos versos de pesadilla pudieran llevar rúbrica famosa o estar escritos sobre bronce o mármol.—**T. M.**

"**La Fuente Interior**".—Poesías breves.—De Francisco Guerrero. —La Serena.—Chile.—1923.

Debe ser joven el autor de este libro. Trasunta a mocedad llena de luna, en noche de noviembre, cuando el surtidor del alma habla de ensueños. Pero el tul de ilusión que lo anima, no alcanza por

ahora a destacarlo del muro... Los versos son flojos y pocas veces poéticos: las imágenes escasas, la técnica insegura, la llama pálida.—**T. M.**

"Un adolescente".—Novela de Fedor Dostoiewski.—Dos tomos. — Publicaciones Atenea.—Madrid.—1923.

La intensa y dramática novela de Dostoiewski, publicada en 1875, viene de nuevo a nosotros editada en dos bellos tomos de las publicaciones Atenea.

Se trata de una nueva y directa traducción del ruso, hecha por la escritora española Carmen A. de Peña para la colección completa de las obras de Dostoiewski, que publica la Editorial Atenea.

Como novela, "Un adolescente" es un mundo entero, lleno de una humanidad sufrida y sufriente, sobre cuyo cielo pasan nubes y astros, y a cuyos pies hay negros ríos y hondos abismos.

Hacer un estudio de la magnífica obra de Dostoiewski es cosa impropia a esta sección bibliográfica: quede entonces, esta nota ligera, que acusa recibo y hace el elogio de un gran libro.—**T. M.**

Antología de poetas líricos brasileños.—Por Francisco Soto y Calvo.—Buenos Aires.—1922.

Ardua y simpática tarea la realizada por el autor de este libro, que resume tres siglos de lírica brasileña (años 1533 a 1879), y es apenas un prenuncio de una obra mayor que llegará, sin duda, hasta nuestros días.

No es el caso, naturalmente, de hacer aquí un juicio sobre la copiosa cosecha lírica brasileña, sino sobre la tarea traductiva hecha por el señor Soto y Calvo.

Y es justo consignar que, no obstante todas las dificultades inherentes a esa clase de trabajos, el autor generalmente logra su objeto, consiguiendo dar una sensación bastante aproximada a la del original.

Lo decimos por ciertos poemas que conocíamos en su lengua nativa, como los célebres de Antonio Gonçalves Díaz y algunos otros.

Bien es cierto que pocos idiomas tienen tan íntimas conexiones como el lusitano y el nuestro.—**J. M. D.**

"El en sí".—Por Alfonso Fabila.—México.—1922.

A veces sobrio, en ocasiones intenso, casi siempre breve y ungido de un talento veraz y de una emoción pura y simple,—sobre todo si de los indios mexicanos trata, — este libro de Alfonso Fabila es un canto matinal que raya el día, una voz nueva que llega ahincada sobre la tierra, un alma abierta sobre el paisaje azteca, para escuchar su palpitación y ver sus sombras móviles y decir de ellas y con ellas su secreta luz.

Bien nos damos cuenta que Fabila comienza; pero es seguro el andar, fuerte y energética el ánima.

Así quisiéramos nosotros unos cuantos noveles regionales para exaltar y eternizar el terreño.—**T. M.**

La obra lírica de Fernando Maristany. — Por Alfonso Maseras.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

Es muy corta la obra de Maristany si se la juzga desde el punto de vista numérico. Apenas dos libros: "La dicha y el dolor" y "En el azul...", nos ha dado hasta ahora, pero ha puesto tal riqueza de alma este notable lírico catalán en sus dos pequeños volúmenes, que con justicia ha llamado la atención de los exégetas y se ha conquistado el lugar eminente que ocupa en la lírica española contemporánea.

Alfonso Maseras estudia concienzudamente en este libro los valores de la obra lírica de Maristany, a la que otorga sobre todo estas cualidades esenciales, cualidades, por otra parte, que ya han sido reconocidas, como se transcribe en el propio volumen, por la alta crítica de Europa y América: humanismo, espiritualidad, concordancia absoluta entre la nobleza del sentimiento y de la expresión, poder expansivo, sensibilidad fascinante.—**J. M. D.**

"**Simpliciter**".—Versos.—Por José Esquivel Preu. — Mérida. — México.—1923.

La arcada colonial, el farol colgado, las piedras de la calle y del muro, la catedral que cierra el fondo con sus líneas suaves, el brocal y la sombra... Así, la portada de Carlos González y el espíritu del autor y el manojo de versos que viene en el libro.

De sencillez, de claridad, de bienandanza, trata este pequeño rosario de versos. El autor no es tan simple como quiere y se cree; pero tiene vigor y dulzura, dominio del ritmo y gusto del matiz. Es un poeta de veras entre el coro panida: trae la voz velada por la emoción a veces, y otras veces alegre de dicha matinal. Encuentra sabiamente que allí "donde tú no ves nada, allí está todo, con su simplicidad de ángulo recto"; recomienda con tino alejarse de "la complicidad del logaritmo"; alaba y canta "la paz de los pueblos que están solos y lejos". Luis C. López, cantor de la provincia, "un poco loco", pero "cantor legítimo", le ha guiado quizás en este soneto "Simpliciter", y en "El arribo", y en "La bruja", y en "El Ayer y el Hoy, juntos...".—La "Sonata de la lluvia"—"Afuera acorda el viento: la lobreguez espanta:—Amiga, abre las puertas de tu hospitalidad",—logra dar la dulce y tibia sensación verlainiana, el pristino encanto de la tarde pluviosa, la harmonía escondida del rincón amable y la lluvia tenaz. En la última página, Esquivel Preu ha fijado en cuartetas su ética y su corazón: el amor humilde, la ambición pequeña.

Y dejamos el volumen seguros de la verdad: hemos estado un cuarto de hora con un poeta, en esta tarde silenciosa y gris.—**T. M.**

O Marquez de Rabiço.—Por Monteiro Lobato.—São Paulo.—1923.

Como nos ocupamos de "Cuentos de la Selva" ayer, hablaremos de "O Marquez de Rabiço" hoy. Monteiro Lobato, sin embargo—urge que lo confesemos—se adapta más que Horacio Quiroga a la clase de público que lo va a leer.

"O Marquez de Rabiço", con sus alegres viñetas, es una obra completamente infantil. Y extraña una concepción tan simple (y por simple adecuada), en un novelista vigorosísimo.

Pero como los "Cuentos de la Selva", el aleccionador relato de Monteiro puede ser leído por personas mayores, pues atrae su amenidad y gracejo. "O Marquez de Rabiço", traducido al castellano, iba a hacer las delicias de nuestros colegiales.—**V. A. S.**

Resumen histórico de la última dictadura del Libertador Simón Bolívar, comprobada con documentos.—Por José Ignacio de Abreu y Lima.—Río de Janeiro.—1922.

Gentilmente enviada por la respectiva Sección del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, nos llega este trabajo histórico redactado en por el ilustre brasileño referido, en edición costeada por el Gobierno Venezolano como homenaje de afecto al Brasil en los días jubilosos del Primer Centenario de su Independencia.

Hermosa ofrenda de fraternidad brindada por Venezuela al país hermano en prueba de afectuosa camaradería, salvándose, en virtud de este simpático gesto de solidaridad americana, de un afrentoso olvido la obra inédita—quizá la más valiosa—del esforzado pernambucano que debido a su esfuerzo, a su bravura y a su intenso amor a la causa de las libertades americanas llegara a General de la Gran Colombia y a ostentar sobre su pecho las cruces de Boyacá, Puerto Cabello y el Busto del Libertador.

De Goulart de Andrade, el ilustrado miembro de la Academia Brasileña de Letras, es el prefacio, substancioso y sintético, y suyas también las versiones al portugués de las semblanzas de Bolívar, de Rodó y de Zorrilla, magníficas piezas literarias y concluyentes alegatos sobre el genio incuestionable de Bolívar, que siguen al prefacio con evidente honor a nuestras letras y destacada distinción a nuestro viejo poeta y al maestro ido. Goulart de Andrade finaliza el proemio señalando en forma especial, como cumbres de la humana orografía continental, a Wáshington, Bolívar, San Martín, Artigas, José Bonifacio y Ruy Barboza, nomenclatura que débese convenir como formada de manera lógica y con todo acierto.

Seguidamente, el doctor Diego Carbonell, Ministro de Venezuela en el Brasil, destacado médico y noble espíritu, traza la biografía del general Abreu y Lima, directo descendiente del Padre Roma, el héroe pernambucano de la revolución de 1817, fusilado en Bahía como cómplice de tal movimiento, por los arcabuceros del conde de Arcos en el histórico campo de Santa Ana.

A través del trabajo del doctor Carbonell, vemos en Abreu y Lima al amigo de Bolívar y de Páez, al herido de la batalla de Boyacá, que había visto nacer a Colombia en las Queseras del Medio, que fué de los pocos de Vargas, de Topaga y de los Molinos, ora batiéndose en Cúcuta o acompañando al lancero famoso en Achaguas y merecer moribundo, al lado de Soublette, el altísimo elogio de ser llamado "guapo" por Páez. Si esta afirmación consagra en

forma definitiva su valor y la entereza de su espíritu, la biografía del diplomático venezolano y hombre de ciencia, lo muestra "capitán de artillería a los 17 años", profundamente afecto a las causas nobles y justas, y tan vehemente y apasionado como su padre, médico en la juventud, patriota, padre y esposo amantísimo, y luego sacerdote abnegado y mártir de sus convicciones.

Inestimable servicio se ha prestado a la bibliografía bolivarista con la exhumación de esta obra virtualmente inédita, puesto que el manuscrito se conservaba casi ignorado, de un siglo acá, en el Instituto Arqueológico y Geográfico de Pernambuco, donde fué encontrado por el doctor Carbonell, merced a las indicaciones del doctísimo Max Fleiuss, el Secretario Perpetuo del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, y vuelto a la vida debido al celo y perseverancia del doctor Mario Melo, Secretario de la institución pernambucana referida.

La obra fué redactada por el general Abreu a pedido del propio Bolívar, poniendo a contribución, no sólo los archivos del Estado, sino también el de sus más calificados generales, e inspirada en el afán de suministrar materiales al célebre abate de Pradt, Arzobispo de Malines, que defendía al Libertador contra los ataques de Benjamín Constant, publicados en el "Courrier Français", de enero de 1829.

Aparte del valor material de esta nueva contribución bibliográfica escrita por un contemporáneo de los sucesos, es de hacer notar cierta severidad de juicio al juzgar la actuación postrimera del general Santander; y en algunas de sus páginas acontece que la figura casi quimérica del legendario Páez se desvanece a ratos en la crónica, para dejar aparecer a "el llanero del fondo del Apure".

Pero estos no son reparos que oponga a la labor histórica del general Abreu. Son observaciones cuyo alcance debe medirse por los que estudian y saben desentrañar entre el fárrago de los documentos oficiales, la epístola íntima y la crónica del coetáneo lo que hay de verdad o de mentira en la vida del héroe.

Y para finalizar, un rasgo de Abreu y Lima que pinta al desnudo su carácter:

En carta de 14 de junio de 1823 (1) al general Santander, el esforzado brasileño "cede y dona su haber militar a la Nación, así " como todos sus sueldos devengados desde el 18 de febrero de " 1819 en que empezó a servir, hasta fines de 1821, y la tercera " parte de sus sueldos del año 22-23 hasta la conclusión de la gue- " rra", agregando: "Si yo tuviera aquí de qué vivir, cedería las " dos terceras partes que apercibo, pero usted bien ve que me es " imposible... Yo soy americano; no soy extranjero, (2) y no " quiero confundirme con la turba que ha venido sólo a disfrutar " de esta ventaja...".—**H. A.**

---

(1) «Archivo del General Santander», publicado por la Academia de Historia de Colombia, v. 7, pág. 304.

(2) En el texto de la obra que se comenta, no obstante ser brasileño y servir a Colombia, siempre habla en plural, y dice «nosotros» como pudiera soñarlo un hijo de la gran patria americana concebida por Bolívar.

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio
en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Lda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO JULIO 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días pares a las 22

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días impares a las 22

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

forma definitiva su valor y la entereza de su espíritu, la biografía del diplomático venezolano y hombre de ciencia, lo muestra "capitán de artillería a los 17 años", profundamente afecto a las causas nobles y justas, y tan vehemente y apasionado como su padre, médico en la juventud, patriota, padre y esposo amantísimo, y luego sacerdote abnegado y mártir de sus convicciones.

Inestimable servicio se ha prestado a la bibliografía bolivarista con la exhumación de esta obra virtualmente inédita, puesto que el manuscrito se conservaba casi ignorado, de un siglo acá, en el Instituto Arqueológico y Geográfico de Pernambuco, donde fué encontrado por el doctor Carbonell, merced a las indicaciones del doctísimo Max Fleiuss, el Secretario Perpetuo del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, y vuelto a la vida debido al celo y perseverancia del doctor Mario Melo, Secretario de la institución pernambucana referida.

La obra fué redactada por el general Abreu a pedido del propio Bolívar, poniendo a contribución, no sólo los archivos del Estado, sino también el de sus más calificados generales, e inspirada en el afán de suministrar materiales al célebre abate de Pradt, Arzobispo de Malines, que defendía al Libertador contra los ataques de Benjamín Constant, publicados en el "Courrier Français", de enero de 1829.

Aparte del valor material de esta nueva contribución bibliográfica escrita por un contemporáneo de los sucesos, es de hacer notar cierta severidad de juicio al juzgar la actuación postrimera del general Santander; y en algunas de sus páginas acontece que la figura casi quimérica del legendario Páez se desvanece a ratos en la crónica, para dejar aparecer a "el llanero del fondo del Apure".

Pero estos no son reparos que oponga a la labor histórica del general Abreu. Son observaciones cuyo alcance debe medirse por los que estudian y saben desentrañar entre el fárrago de los documentos oficiales, la epístola íntima y la crónica del coetáneo lo que hay de verdad o de mentira en la vida del héroe.

Y para finalizar, un rasgo de Abreu y Lima que pinta al desnudo su carácter:

En carta de 14 de junio de 1823 (1) al general Santander, el esforzado brasileño "cede y dona su haber militar a la Nación, así " como todos sus sueldos devengados desde el 18 de febrero de " 1819 en que empezó a servir, hasta fines de 1821, y la tercera " parte de sus sueldos del año 22-23 hasta la conclusión de la gue- " rra", agregando: "Si yo tuviera aquí de qué vivir, cedería las " dos terceras partes que apercibo, pero usted bien ve que me es " imposible... Yo soy americano; no soy extranjero, (2) y no " quiero confundirme con la turba que ha venido sólo a disfrutar " de esta ventaja...".—**H. A.**

---

(1) «Archivo del General Santander», publicado por la Academia de Historia de Colombia, v. 7, pág. 304.

(2) En el texto de la obra que se comenta, no obstante ser brasileño y servir a Colombia, siempre habla en plural, y dice «nosotros» como pudiera soñarlo un hijo de la gran patria americana concebida por Bolívar.

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio
en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1319, Central — *De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO JULIO 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" Vapor "Ciudad de Montevideo"

Saldrá los días pares a las 22 Saldrá los días impares a las 22

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: SOLIS y PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

---

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 300 y de 5 % hasta $ 1 000.— Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

En los números próximos de

PEGASO

Prosa

Colaboraciones especiales de César G. Gutiérrez, Justo Manuel Aguiar, Luisa Luisi, Gustavo Gallinal, Víctor Pérez Petit, Juan Zorrilla de San Martín, Luis M.ª Güinasso, Daniel Martínez Vigil, Antonio M. Grompone.

Verso

Poemas inéditos de José G. Antuña, M. C. Izcua Barbat de Muñoz Ximénez, Buenaventura Caviglia (hijo), Juana de Ibarbourou, Julio Raúl Mendilaharsu, Atilio Verdecanna, C. Onetti Lima.

Educación

Por Enriqueta Compte y Riqué, Sabas Olaizola, María Orticochea, Angela A. Pérez.

Crónica de arte

Por Carlos Alberto Herrera Mac Lean.

Glosas del mes. Notas Bibliográficas.

Diseños ornamentales por Pedro Blanes Viale.

Grabados en madera por E. Prati y N. Urta.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Del Castillo Serapio, Paraguay 1267

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daquó Juan, Soriano 1370.

Gerona Héctor, 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120.

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufre 1649.

Scoseria José, Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo Eduardo, Colón 1392.

Gutiérrez César G., Sarandí 365.

CIRUJANOS DENTISTAS

Csimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto 1297.

Navarra María Inés, Canelones 2061.

El embiema de

RAPIDEZ Y SEGURIDAD

en servicio telegráfico o cablegráfico a

TODAS PARTES

DEL MUNDO

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston, Texas. — Strand and 21st Street.
México — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico, San Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá. Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador. — Esmeraldas. Santa Elena. Guayaquil.
Perú — Paita. Callao. Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N 462. Valparaíso, Cochrane N.° 583. Santiago. Huérfanos N.° 1041. Tacna. Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383. Rosario, Calle San Martin N.° 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala.
Brasil. — Santos, Rua 15 de Novembro N.° 175. Rio de Janeiro, Rua 7 de Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.° 400 -- Montevideo

G. V. MARIÑO, Imp.

JUNIO 1923 NÚMERO 60

PEGASO

DIRECTORES:

RODOLFO MEZZERA
PABLO DE GRECIA
JOSÉ MARÍA DELGADO

SECRETARIO DE REDACCIÓN:

TELMO MANACORDA

Montevideo - Uruguay

SUMARIO:

«Pegaso».	La Dirección.
Le Sacrifice	Laure de Herlaer.
Las flores artificiales	Teresa Santos de Bosch.
Los evocadores	Víctor Pérez Petit.
La alegría en el trabajo	César G. Gutiérrez.
Una harmoniosa y valiente "Voz de Vida"	Luis María Güinasso.
Cantares	Emilio Frugoni.
La musa trágica	José G. Antuña.
Moisés	Luis Onetti Lima.
De «Los Espacios Interiores»	Horacio Vigil (hijo)

Educación:

La caridad en la Escuela, por Enriqueta Compte y Riqué.—**Aprender es crear**, por Sabas Olaizola.—**Pensamientos pedagógicos**, por Gabriela Mistral.

Hispano América:

Visionaria, por Mariblanca Sabas Alomá.—**Manos hipócritas**, por Arturo S. Mom.—**Conformidad**, por Rogelio Sotela.—**Intima**, por Octavio Pinto.—**Juntos, detrás de la ventana...**—**Pienso en aquel cuarto**, por A. Rojas Giménez.—**Casas de la Isla Maciel**, por Pedro Herreros.—**El hermano muerto**, por Antonio Arraiz.

Dibujos en madera, por N. Urta.

Notas Bibliográficas.

Este número contiene el Indice del tomo V

056.1
PEG
V. 60

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

EL PREFERIDO

DE LAS FAMILIAS

ACEITE "LIBERTAD"

ES EL MEJOR

3.er GRAN CONCURSO

Con 3,000 pesos en premios

NUMA PESQUERA

Valparaíso 1101

MONTEVIDEO

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo

Presidente: Dr. Asdrúbal E. Delgado

Catálogo de las primeras obras:

"LA PRINCESA PERLA CLARA"
Comedia feérica de José María Delgado

"INQUIETUD" 2.ª Edición
Poesías de Luisa Luisi

"LA MUJER INMOLADA" 2.ª Edición
Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

"LOS POETAS SALTEÑOS" Agotada
Estudio crítico de Telmo Manacorda

"AGUA DEL TIEMPO" 2.ª Edición
Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»
Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»
Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»
Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»
Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»
Poesías de Diego Larriera Varela

«AGRESTE»
Novela de Domingo A. Caillava

«AMORIM»
Cuentos por Enrique M. Amorim

8 DE OCTUBRE 120.—Montevideo

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

(Aparece el 1.° de cada mes)

PRINCIPALES COLABORADORES

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henri de Régnier, de la Academia Francesa; Magalhaes Azevedo, Luis Guimaraes y Graça Aranha de la Academia Brasileña; Marius André, Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrére, Francisco García Calderón, F. de Homem Christo, Leopoldo Lugones, Camille Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyles, J. H. Rosny Aîné, etc.

SUSCRIPCIONES

En el extranjero: un año, 42 francos; seis meses, 22 francos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

84 Boulevard de Courcelles.—PARÍS (17è)

Rodolfo Mezzera

Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*

Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO AGOSTO 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días pares a las 22

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días impares a las 22

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

PEGASO

Montevideo, Junio de 1923. N.º 60 — Año VII.

GLOSA DEL MES

«PEGASO»

Con este número Pegaso cierra un nuevo tomo, vale decir, crece un año más.

Lo que en un principio fué quimera de juventud, prendida a los flancos del caballo con alas, es ahora espléndida realidad, no exenta de esfuerzo por cierto, pero llena de pródigo vigor.

Se ha dicho hasta el cansancio que en nuestro país no pueden vivir las revistas.

Hemos probado, — y vamos probando, — que el medio se hace, no que el medio existe por adelantado. La voluntad obrera se impone al ambiente, y lo crea, y lo dignifica. Todos los realizadores han tenido que vencer a la naturaleza, o al tiempo, o a los hombres. Sin máximas pretensiones (nuestro esfuerzo es pequeño) hemos tenido noble el ideal, perseverante la dinámica. Vamos andando: vamos haciendo. No importa que la obra sea dura como tallada en el ñandubay indígena o en la piedra granítica. Labor omnia vincit...

Entretanto, soltamos al azul nativo las cintas flotantes del ensueño y decoramos la vida con la belleza de la canción o la alegría del pensamiento.

Y como en los cinco años anteriores, renovamos el voto del primer día, confiamos en la ayuda de todos más que en las fuerzas propias, y agradecemos el concurso moral y material de aquéllos que nos acompañan.

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio
en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO AGOSTO 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días pares a las 22

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días impares a las 22.

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

PEGASO

Montevideo, Junio de 1923. N.° 60 — Año VII.

GLOSA DEL MES

«PEGASO»

Con este número Pegaso cierra un nuevo tomo, vale decir, crece un año más.

Lo que en un principio fué quimera de juventud, prendida a los flancos del caballo con alas, es ahora espléndida realidad, no exenta de esfuerzo por cierto, pero llena de pródigo vigor.

Se ha dicho hasta el cansancio que en nuestro país no pueden vivir las revistas.

Hemos probado, — y vamos probando, — que el medio se hace, no que el medio existe por adelantado. La voluntad obrera se impone al ambiente, y lo crea, y lo dignifica. Todos los realizadores han tenido que vencer a la naturaleza, o al tiempo, o a los hombres. Sin máximas pretensiones (nuestro esfuerzo es pequeño) hemos tenido noble el ideal, perseverante la dinámica. Vamos andando: vamos haciendo. No importa que la obra sea dura como tallada en el ñandubay indígena o en la piedra granítica. Labor omnia vincit...

Entretanto, soltamos al azul nativo las cintas flotantes del ensueño y decoramos la vida con la belleza de la canción o la alegría del pensamiento.

Y como en los cinco años anteriores, renovamos el voto del primer día, confiamos en la ayuda de todos más que en las fuerzas propias, y agradecemos el concurso moral y material de aquéllos que nos acompañan.

LE SACRIFICE

COMMEDIE EN 3 ACTES

ACTE PREMIER *En Russie, sous le Bolchevisme.*

Ancien salon luxueux, transformé en chambre à tout faire. Dorures fanées, papier élegant, souillé et déchiré par places; cheminée de marbre surmontée d'une glace. Un espèce de poele de cuisine dans la cheminée. Devant, un escabeau de bois. Dans un coin quelques buches de bois. Au milieu de la chambre une table de bois blanc. Une tasse renversée, un broc, une assiette avec des déchets de légumes. Une bottine. Dans un coin, une autre table avec quelques casseroles bien rangées. Trois assiettes, trois tasses, trois verres, quelques couverts de plomb. Deux portes, l'une donnant sur le palier, l'autre sur les chambres à coucher. Un divan usé montrant par places son crin, trois chaises de bois, un fauteuil doré, une chaise de salon boiteuse, au murs des clous auquels pendent des vêtements, une vieille jupe traine sur une chaise.

Myra Tetrakoff. Petite, mince, énigmatique; elle est étendue sur le divan, fume une cigarette. Sa robe est trouée; ella a des espadrilles aux pieds, elle chantonne, on entend des pas. Elle se soulève, écoute anxieusement, son visage s' éclaire; elle reconnaît le pas de Serge.

Serge Petrovitch. Beau, grand, jeune homme; physionomie ouverte, intelligente, mais pâle; ayant l'air de souffrir de la faim. Il entre jette dans le coin quelques buches de bois, dépose un paquet sur la table.

SCENE PREMIÈRE. Serge Petrovitch, Myra Tetrakoff.

Serge. Bonjour, ma Myra, quel froid! il fait bon ici.

Myra. (accroupie sur le fauteuil, ses bras entourant ses genoux.) Tu trouves! celá doit étre relatif; je grelotte. (Serge, s'avançant, l'embrasse sur le front. Myra lui entoure le cou de sés bras.) Comme, tu m'embrasses distraitement; Serge, je te sens de plus en plus distant; tu ne m'aimes plus. (Il s'assied sur le divan.)

Serge (embarassé.) Mais que vas-tu t'imaginer lá! oui! je t'aime, chére petite; ta sureté, ton bonheur sont mème mon grand souci.

Mais avoue que l'epoque où nous vivons n'est pas propice à la sentimentalité. Le bel amoureux, avec des bottes éculées (il montre ses souliers percés) le ventre creux, les joues háves, n'ayant d'autres soucis que de procurer la pâture a son pauvre petit canari. (Il la serre contre lui; elle, toute heureuse, le regarde avec tendresse et se blottit dans ses bras. Le regard douloureux de Serge se perd dans l'espace. Puis se resaissant.) Tu n'es pas curieuse, aujourd'hui? Vois ce que je te rapporte. (Elle saute lêgérement a terre et court a la table.)

Myra. Du pain presque blanc, chic! (tenant des harengs par la queue.) Et des harengs. Mince de chic! Et celà, qu'est-ce? (Elle tient en l'air du cuir.) Pour le bouillon?

Serge (riant.) Non, mais un trésor; du cuir, pour réparer les souliers; ce n'est pas sans peine que j'ai obtenu celá. (Myra s'est assise sur la table et fume.)

Serge (remarquant la cigarette et fronçant les sourcils.) Oú as-tu trouvé celá?

Myra (insouciante.) C'est Ivan Kochakoff, nôtre voisin, qui me les a données.

Serge (inquiet et furieux, parlant bas.) Ivan Kochakoff. Oú; quand l'as tu vu?

Myra. Il est entré tantót aprés votre départ.

Serge (toujours bas.) Myra, t'ai-je oui ou non, défendu d'ouvrir à cet Ivan?

Myra (narquoise.) Oui! aussi ne lui ai-je pas ouvert, il est entré tout seul.

Serge. Par où? je suis certain d'avoir fermé la porte à clef.

Myra. La belle affaire! Les gens de son espèce ouvrent toutes les portes; il a prétendu, bien entendu, l'avoir trouvée ouverte, et, par intérét pour nos biens (elle montre d'un large geste le mobilier) a voulu s'assurer si des malandrins étaient entrés chez nous.

Serge (anxieux.) Et où ètais-tu, toi?

Myra (souriante). Rassure-toi; j'ètais bien la petite soeur souffrante, à moitié paralityque, couchée lá, sur le divan. Et comme je n'avais pas dèjeuné, je devais avoir la mine de l'emploi. (Serge s'installe sur l'escabeau et tire à lui una boite avec de outils, prend des chaussures, en place une sur une forme. Myra met une bûche sur le feu, et s'assied par terre devant lui.)

Serge (avec impatience.) Raconte, que voulait-il? que t'a t'il dit?

Myra. Il veut évidenment découvrir nôtre identité et soupçonne que nous ne sommes pas, toi, John Browun, professeur d'anglais, Louise, Mary Browun, ta femme, et moi, ta soeur.

Au début, il a dévers'e sur ma petite personne le plus tendre intérét, mêlé de pitié. J'ai exploité ces bons sentiments en lui disant que je crevais de faim. Il a poussé des exclamations indignées contre l'affreux régime sous lequel nous vivons; a disparu dans sa chambre, me rapportant una tasse de the que j'ai avalée avec avidité; mais ayant partagé mon pain en trois, il n'a pas prétendu que je garde vôtre part et m'a forcée à manger le tout, me promettant, si j'étais

sage, de me donner un pain entier, une boite de lait condensé, et du thé. Il a tenu sa promesse. Et je me réservais le plaisir de vous faire une surprise.

Serge. Et qu'entendait-il par être sage?

Myra. De répondre, sans détour, à ses questions et j'ai joué à la niaise avec tant de naturel qu'il est parti enchanté.

Serge. Est-tu certaine, ma petite Myra, d'avoir été adroite, car, tu sais, c'est un des fins limiers de la police secrète.

Myra. Je suis enchantée du rôle que j'ai joué. Celà m'a même amusée.

Je me découvre un véritable talent d'actrice. Je crois avoir me semble-t-il, la vocation. (Elle se lève et pirouette dans la chambre). Mais voilà une profession toute trouvée. Comme il doit être délicieux de se couvrir de gloire, d'être acclamée, applaudie; (elle s'exalte). Recevoir des fleurs, des corbeilles! (elle salue et sourit à un public imaginaire).

Serge (le regarde et hausse les épaules). Belle profession à choisir en ce moment! Les thèatres sont brillants, les toilettes merveilleuses. Tu ferais mieux de réparer les accrocs de ta robe et de mettre un peu d'ordre dans nôtre taudis (Myra s'arrête toute interdite). Regarde la table! qu'as tu fait pour la mettre dans un pareill état?

Myra. Celà!! Oh! oui (souriante). J'ai inventé un merveilleux produit pour nettoyer chaussures; j'ai mélangé un fond d'huile avec un fond d'encre!

Serge. Merveilleuse invention! tu as pris l'huile que je gardais avec tant de soin pour mes instruments. Ce qui est plus désolant, c'est que ton invention n'a servi qu'a faire des serpents noirs sur la table.

Myra (indignée). Celà, c'est de l'injustice! J'ai nettoyé nos trois paires de souliers réservés (tout bas) à

nôtre fuite. Ce n'est qu'á la fin que la tasse s'est renversée.

Serge (narquois). Et tu n'aurais pu la relever et frotter la crasse que tu as faite?

Myra (naivement)). Mais oui, j'aurais pu faire celà; je n'y ai méme pas songé.

Serge (encore une fois, hausse les épaules). Myra, ne trouves-tu pas qu'il se fait tard, et Louise ne rentre pas?

Myra (allant à la fénétre). Mon Dieu!, tu as raison. (Elle souléve le rideau et regarde). Quel temps! la pluie fait rage. Et ses pauvres bottines sont toutes percées. (Serge, rejetant nerveusement ses outils, remet una buche sur le feu, prend la bouilloire sur la table du coin, la remplit d'eau à un robinet placé au dessus de cette table, met la bouilloire sur le feu. Myra s'est rassise sur le divan et s'arrange les ongles. Serge la regarde, agacé. Il prend un seau, y met de l'eau et cherche un torchon).

Serge. Il n'y a plus de savon?

Myra (sans relever la tête). Mais oui, le voisin m'a donné six briques de savon de toilette et six briques pour la lessive.

Serge (déposant son seau et la contemplant). El oú est-il, ce savon?

Myra (toujours occupée à la toilette de ses ongles). Dans le coin à surprises, avec le thé, le lait condensé, et le pain blanc (boudant). Tu me gâtes tout mon plaisir avec tes questions. Je me rejouissais tant à vous découvrir nos richesses, à Louise et à toi.

Serge. Donne-moi une brigue maintenant. Je te promets d'être trés suspris à la vue des autres; et je te garantis mon enthousiasme pour le thé.

Voici 15 jours que je n'en ai plus eu. (Il se frotte l'estomac comme s'il souffrait et prend un morceau de pain sur la table, il le mange avec avidité). Je ne puis plus résister.

Myra (qui a été à sa cachette derriére des valises placées dans un coin, lui tend un morceau de savon). Que vas-tu faire?

Serge (faché). Nettoyer la table, pour que Louise n'ai pas à le faire quand elle rentre.

Myra (naivement). Mais j'aurais pu le faire, moi!

Serge. Evidemment! Mais comme tu ne le fais pas! (il se met a savonner rageusement la table).

Myra (caline). Tu est fâché, mon Serge?

Serge (furieux). Non, écarte toi, ou je vais te mouiller; mets devant le feu les espadrilles de Louise.

Myra (joyeuse). Oh! l'excellente idée. (Serge tout en frottant la table la regarde, déconcerté, puis sourit tristement. Il vient de terminer sa besogne lorsque la porte s'ouvre et Louise entre. Elle est trempée, porte deux gros paquets. Elle est grande, mince, belle mais parait fatiguée et porte sur son visage le ravage des privations. Elle sourit joyeusement).

L. DE HERLAER.

Montevideo, 1923.

LAS FLORES ARTIFICIALES

La princesa Dea fué destinada a compartir el trono del prepotente Arnoldo, desde que se hizo fértil el vientre de su regia madre. Los hados no quisieron defraudar tal convenencia y nació la niña prometedora de divina belleza. Conforme a las imposiciones del futuro esposo la princesita de un día de vida fué entregada a la negra nodriza del poderoso Arnoldo.

En lejano y solitario castillo, guardado por feroces guerreros en una vastísima habitación, creció la niña hermosa sin otra compañía, sin más conocimientos, que los prestados por la negra idólatra del celoso monarca.

Llegó el día en que la gentil damisela cumpliera quince años. Por real orden se alhajó suntuosa la más aislada parte del castillo y durante el sueño, fué allí transportada la Princesa Dea. Al abrir ésta los ojos, límpidos y azules, quedóse estática... "¿qué era aquello?" — "¿dónde estaba?" La estancia había sido profusamente vestida con flores maravillosas, obra de cien doncellas artífices en tal arte. Allá grupos de lilas primorosas, aquí gallardos claveles rojos, sobre consolas regias ramos enormes de rosas deslumbrantes por su aparente frescura. En jarrones de fina porcelana erguíanse las horquídeas de formas ideadas por diabólica imàginación. Al pie del lecho se extendían, cual fantástica alfombra, crisantemos de vivísimos colores, de colores inventados y combinados con maestría tal que retenían la mirada y a lo largo

de las paredes, cubiertas de riquísimos tapices, caían lánguidas guías de suaves glicinas.

La niña no daba crédito a sus ojos; sentada en la cama, contenía con sus níveas manos el adolescente seno palpitante: "¡qué portentoso era todo aquello!... ¿serían esos los goces de que la negra nodriza le hablara y que había de disfrutar, proporcionados por el que sería su Señor?" Saltando del lecho, en impulso de irresistible instinto, sepultó su rubia cabeza en un ramo de rosas ardientes, cual el sol se hunde en el purpúreo ocaso... Con un gesto de desagrado retiróse vivamente—aquellas flores de reflejos sedosos, de apariencia fragante y fresca, de matices fantásticos, eran ásperas, sin perfume, vacías y ficticias... como presentía era su vida! Algo faltaba en ellas, como algo faltaba en su existencia regia, que no satisfacía aquella ansia insólita e incomprensible que le turbaba, a pesar de la seda y de los encajes que envolvían su cuerpo grácil, a pesar de las piedras preciosas que ostentaban sus brazos y sus manos albas, en anillos y brazaletes soberbios.

* * *

No hay otro Poderoso más Poderoso que el Destino, y éste mandó lo que no había dispuesto la omnipotencia de Arnoldo... ¡no sería éste el que revelase a Dea lo que faltaba en su vida y en las flores mentidas que engalanaban su estancia!... y sucedió que al trasladarla, cubierto el rostro por tupido velo, entre guardianes feroces, un joven arquero hizo torpemente caer el velo protector, siendo sus profanos ojos los primeros que se posaron ardientes en la sugestiva cabeza dormida. He aquí que el enamorado recoge aquella mañana un mazo de violetas perfuma-

das y aprovechando el sueño de la negra nodriza y lo temprano de la hora, audaz como el primer amor, penetra en la pieza de la princesita en el momento que ésta contempla desilusionada aquel esplendor de flores que carecen de la suavidad del pétalo y de la fragancia otorgada por Natura... y el mismo extático asombro que ante las artificiosas flores, ingenuo y lleno de primicias, probó ante el joven arquero, como ella rubio, cual ella joven, con ojos también azules: "¿sería un ángel de aquellos que le canturreaba la nodriza?" El enviado del cielo o del amor presentó a la dulce criatura las violetas cubiertas aún del rocío matinal. Dea, con una exclamación de alegría aspiró, trémula y con fruición, el embriagador perfume, revelándole así lo que faltaba a su vida y a las flores artificiales—a éstas fragancia y frescura,—a su existencia amor, que es la fragancia y la frescura de la vida.

Teresa Santos de Bosch.
(Fabiola.)

(Del libro en preparación "Fuegos fatuos".)

LOS EVOCADORES

(Fragmento de un estudio sobre Michelet, Moreau de Jonnes y Gustavo Schlumberger, de mi libro "Hipomnemo").

No basta conocer una ciencia para poder enseñarla a los demás. Allá, en nuestras mocedades, mientras cursábamos en la Universidad Mayor de la República el bachillerato en ciencias y letras, teníamos dos profesores para los cursos de Historia Natural que rivalizaban en riqueza de conocimientos y en afán de evidenciarlos. El de zoología y botánica se conocía de memoria, como si fueran miembros de su propia familia, a todos los mamíferos, aves, peces, reptiles e insectos de la creación, y nos hacía aprender de carretilla los nombres latinos de millares de vegetales, desde la modestísima alga hasta el más presuntuoso de los baobabs, según la clasificación del sistema sexual de Linneo. El de mineralogía y geología, por su parte, trataba con una familiaridad desconcertante a los innúmeros cuerpos brutos de nuestro globo, y desde el más común hasta el más raro, se sabía de memoria el peso específico, el sistema en que cristalizaba, sus características y propiedades, el terreno a que pertenecía, la época de su formación y cien otros detalles que debíamos, nos-

otros los discípulos, repetir como loros parlanchines. Naturalmente, llegado el fin de los cursos, dábamos examen, y, como teníamos buena memoria, salíamos aprobados. Pero no sabíamos historia natural. Transcurridos pocos meses, toda aquella balumba infernal de nombres caprichosos y bárbaros se había evaporado de nuestros cerebros. Por lo demás, nadie, bajo el sol, a excepción de los profesionales, llamaban a los bichos y plantas por los nombres aprendidos en el aula. La célebre *Mantis religiosa,* nos era perfectamente desconocida: la oíamos nombrar como si fuera un insecto de Honololu o Cochinchina. Sin embargo, conocíamos al criollo *nmamboretá* y nos divertíamos en darle caza para ver cómo alzaba hacia el cielo sus patas delanteras cuando le preguntábamos:—¿dónde está Dios? Pero, ¿acaso nos habían enseñado que uno y otro personaje son el mismo individuo? Lo mismo nos acontecía con la *Ocymum minimum.* Aprendimos su nombre y lo olvidamos luego, sin sospechar siquiera que se trataba de nuestra vulgar y fragantísima *albahaca.* Y así, todo lo demás, por el estilo. Estudiamos geología, paleontología, metalogenia y tectónica, sin llegar a darnos cuenta jamás de cómo se habían constituído las diversas capas geológicas de la corteza terrestre. ¿Qué podía importarnos que los primeros hombres paleolíticos aparezcan en el pleistoceno del terciario o en el piso givetiense del devoniano? Todo eso era la vida muerta, la clasificación sabia de los museos, el catálogo infernal de los millones y millones de caprichos que ha tenido la vida de la Naturaleza.

Algo semejante, casi igual, nos acontecía con la enseñanza de la historia universal. Aprendíamos de memoria un fárrago enorme de fechas de batallas y tratados de paz, y otro fárrago inmenso de nombres de personajes y de regiones desconocidos. Los nom-

bres de Aníbal, de Artajerjes, de Carlos el Temerario, de Pericles, de María Tudor, de Filipo de Macedonia, etc., vuelven aún a nuestra memoria; pero son eso, nada más, unos pobres nombres que aprendimos de memoria. Si quisiéramos representarnos a los soldados y señores poderosos que los llevaron, no lo lograríamos. Cuando queremos darnos tono, citamos alguna frase célebre, que no hemos logrado olvidar porque otros ignorantes como nosotros las repiten de vez en cuando en sus escritos. "Leuctres y Mantinea son dos hijas que no dejarán perecer mi nombre", dijo Epaminondas. "Todo se ha perdido, menos el honor", escribió Francisco I a su madre, después de la batalla de Pavía. "Después de mí, el Diluvio", exclamó Luis XV egoístamente, al conocer el desastre de Rosbach. "Id a decir a vuestro amo que estamos aquí por la voluntad soberana del pueblo y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas", contestó Mirabeau al enviado de Luis XVI. Y una vez intercalado el recuerdo histórico en nuestro discurso, nos quedamos tan frescos. Ni nos figuramos cómo era Epaminondas, ni nos representamos a Francisco I, ni siquiera evocamos las cortes de Mme. de Pompadour y de María Antonieta. ¿Sabemos siquiera dónde estuvo Nínive? Por allá, por el Asia,—replican algunos. ¿Sabemos cómo vestía Ramsés II? Como se viste Radamés, en la ópera *Aída,* afirman los más adelantaditos. ¿Era Cromwell alto o bajo? No lo sabemos. ¿Qué aspecto tenía París cuando Ravaillac atentó contra la vida de Enrique IV? Lo ignoramos. ¿Por qué Orco hizo degollar al marido y a los ochenta hermanos de Sisigambis? Lo hemos olvidado. ¿Quién fué la porphyrogeneta Zoé? Una emperatriz de Bizancio: lo sospechamos. Nada más. Y es que la historia humana que se nos ha enseñado es una historia muerta, una muda cronología, una retahila de nombres de ultratumba.

Las grandes luchas, las guerras formidables, las catástrofes espantosas que han agitado a una o varias naciones, no son más que un nombre histórico en nuestra memoria. El combate de las Termópilas, las matanzas de búlgaros realizadas por Basilio II, la noche de San Bartolomé, el incendio de Sardas, el combate de Lepanto, las hogueras de Flandes, no son otra cosa que eso: nombres, nombres, nombres. Ni siquiera nos representamos a los soldados de Leónidas defendiendo el paso del desfiladero, o a Catalina de Médicis en su trágica noche. No tienen interés para nosotros esos personajes y esos sucesos porque no los *hemos conocido,* porque no los *hemos visto ni vivido.* Son como los cuentos que nos hacen de niños: menos aun, porque en los cuentos vemos con la imaginación a nuestros héroes, y los amamos o los odiamos. Cuando estudiamos historia, según la pedagogía antigua, no *vemos* ni *sentimos* nada: aprendemos fechas y nombres de memoria, nada más. Y eso, ni despierta nuestro interés, ni nos solidariza con nuestros antepasados. Dijérase que estudiamos la historia de otros seres, extraños a nuestra tierra, a nuestra humanidad, que nos son absolutamente indiferentes. No se nos ha dicho cómo eran esos hombres y mujeres, si altos o bajos, gordos o flacos, rubios o morenos, feos o hermosos; ni cómo vestían ni qué manjares ponían en sus mesas; ni cuáles eran sus costumbres, sus gestos, sus caprichos y pasiones. No los hemos visto llorar ni reir: ¿cómo podríamos amarlos o compadecerlos? No nos representamos sus luchas, sus combates, sus sacrificios, sus cobardías: ¿cómo es posible que los admiremos o escarnezcamos? Su época, el medio en que vivían, la ciudad o la casa en que se encerraban, las cosas que ellos veían, no nos los hemos representado nunca. Son extraños. Y entonces, sellamos el panteón del pasado con el mismo fallo que venimos recogiendo de nues-

tros mayores,—un fallo un tanto anodino, que pronunció alguien, no sabemos bien qué autoridad:—Sardanápalo fué un disoluto; Nerón fué un loco; Luis XI un rey sombrío; Isabel de Inglaterra una fiera; Catalina de Rusia una meretriz; Napoleón un genio de la guerra. Así decimos; y el hombre y la mujer que llenaron su época, que asombraron su siglo, que desencadenaron tormentas terribles o lograron admiraciones de semidioses, quedan lapidados para siempre. Allí están, no se sabe dónde, olvidados, como si esta vida que vivimos no hubiera sido la suya; como si toda la obra de la civilización que hoy disfrutamos, no fuera un poco su obra. Somos los descendientes ingratos que ignoran a sus mayores. Somos los hombres que no se interesan por los que nos trajeron a la vida.

Y eso es la culpa de la pedagogía anticuada y cerril que rigió durante largos años en nuestros centros de enseñanza. Se hacía trabajar la memoria del niño y no se preparaba el corazón del hombre. Se cultivaba una facultad del intelecto a expensas de todas las demás; y por ello, teníamos excelentes papagayos y muy pocos corazones que sintieran y muy pocas inteligencias que razonaran. Aún hoy existen personas que visitan las ruinas de Palmira o de Pompeya y que no ven más que piedras derruídas, columnas truncadas y arcos en el aire. Muy pocos son los que se dicen, en voz baja, religiosamente, que allí penó sobre el surco una lejana y olvidada humanidad: hombres y mujeres, desconocidos, sí, pero iguales a nosotros, que tenían amores y ambiciones, que supieron de miserias y desencantos; que lucharon bravamente con la vida lo mismo que luchamos nosotros en nuestros días; que conocieron el horror de una espantable catástrofe que a nosotros nos ha ahorrado el destino. Aún hoy hay turistas que visitan un museo, el del Louvre o el del Prado, el de Londres o el de Florencia, y que ante una

Victoria de Samotracia, un retrato histórico de Velázquez, una piedra faraónica o la puerta labrada de un baptisterio, no ven sino una figura, un trozo de mármol, un tosco ensayo del arte primitivo o un rebuscamiento complicado de líneas de un arte avanzado. Pocos son los que evocan, dentro de su alma, con una curiosidad honda y respetuosa, al hombre, al hermano en los tiempos, al espíritu genial, que concibió aquella sombra gigantesca arrastrada en un ansia de vuelo; pocos los que se retrotraen a los tiempos remotos en que aquel rey Felipe IV reinaba en España, para decirse que esa figura vivió, y gobernó a sus súbditos, y tuvo un corazón como nosotros; muy pocos, en fin, los que se hagan una idea siquiera de las ciudades y de los seres que conocieron aquel sarcófago, y esta catedral, y esa vasija de barro. Para la generalidad, son cosas, objetos; la idea del hombre no se asocia a ellos. No se dicen los curiosos viajeros que unas manos semejantes a estas que poseemos, para ocuparlas por lo común en más viles menesteres, tallaron ese bloque de mármol o pintaron esa tela, persiguiendo un ensueño de belleza, allá, en los tiempos idos, hace cientos o miles de años;—no se dicen que por esa puerta y debajo de esa arcada, por esas calles invadidas de hierba y esas graderías derruídas de un coliseo, fué una multitud de seres humanos, que se ajetreaba bajo la lumbre de este mismo sol que ahora nos ilumina, y que iluminará, dentro de cien, de mil años, a nuestros descendientes,—los que, a su vez, se desinteresarán de nuestros trabajos y dolores. Y es porque, estudiando a la humanidad del pasado no supieron hacerse un corazón de hombres.

Enseñad, en vez, a penetrar en el pasado con amor, y, bruscamente, como al arte de un conjuro, todo el pasado vibrará ante vosotros con un inmenso vértigo de vida. Empezad por decir al niño que esos nombres

de Licurgo, de Alcibíades, de Tarquino el Soberbio, de Marco Antonio, de Semíramis, de Mesalina, de Teodora, no son nombres de fantasmas o de piedras, sino de hombres y de mujeres, tal que nosotros, que vivieron en tales y cuales ciudades, en estos y aquellos tiempos; mostradles en el hogar y en la calle, en la vida privada y en el escenario público, con sus modos y vicios, sus gestos peculiares y sus proezas humanas, con sus vestimentas, sus preseas, sus peinados, sus perfumes; hacedlos moverse y andar, combatir y regocijarse, llorar y reir; mostrad su corazón, sus ocultos sentimientos, sus bajas o nobles pasiones, sus ensueños de gloria o sus ambiciones de poderío, sus luchas, sus afanes, sus sudores; mezcladlos a la muchedumbre, a los demás seres humanos de su época, que también andan y se mueven, van y vienen, llenos de vida y colorido, afanados y premiosos, gritando y gesticulando; y alzad en torno, aquí y allá, las habitaciones familiares sobre las vías conocidas, completad ese arco trunco, recomponed esa columna truncada, dad su sitio a las piedras caídas en la arquitectura total del Templo o del Coliseo; animad el paisaje, haced revivir la pradera, colmadla de flores y de aves, de luz y de vida,—y veréis entonces como seres y cosas se levantan del polvo de las ruinas, de la tiniebla del pasado, para dejar su apostura milenaria, su inmovilidad secular, su aspecto de fantasmas hieratizados por la muerte, y vienen a vosotros, y os hablan al corazón, y os hacen despertar el entendimiento.

Encended la vida en los panteones del pasado; animad los esqueletos; coloread los sudarios: que esas formas anquilosadas, que esas multitudes graníticas, que esos cuadros y escenas frías, yertas, inanimadas, sientan el calor de vuestra curiosidad, de vuestro amor. Entonces será el milagro cinematográfico del movimiento. Entonces será el instante conmovedor en

que las estatuas de piedra empiecen a temblar, a agitarse, con un aliento de vida, tal como el insecto se anima en el seno de la larva dormida en su sueño de ninfa. Las enormes escenas murales, quietas, impávidas desde hace siglos, se animarán, rebullirán en un purulamiento de gusanos, y, roto el encantamiento, aquel brazo que se mantenía en alto con su espada inmóvil, bajará en un trazo fulgurante de vida; aquel corcel que se había plasmado con sus remos delanteros en alto, continuará su formidable galope; aquella emperatriz helada en su apostura marmórea, recobrará sus rítmicos movimientos, y en sus labios habrá una sonrisa y en sus ojos un fuego de amor o de odio; aquel senador romano, con su túnica rígida y blanca, seguirá su interrumpida marcha hacia el Capitolio, mientras el viento infla y abanica los pliegues de la toga; y las hojas y ramas se balancearán en los árboles, y las aves rayarán el espacio como saetas parduzcas, y el mismo aire ambiente, que tenía la ceniza inconmovible de los muertos paisajes lunares, trepidará con sus millones de átomos en una enorme exaltación de vida,—de lumbre y de color. Y veremos, así, por la mágica virtud del movimiento, por la omnipotente fuerza de nuestra imaginación, cómo cobran un sentido los grandes lienzos que hasta hoy eran mudas y frías representaciones en el gran libro de la historia: veremos amar a Marco Antonio y Cleopatra bajo la tienda de púrpura y oro, entre esclavos centellantes de aros y cadenillas de oro, sobre cojines de sedas primaverales; y descubriremos a Aníbal y a su ejército de mercenarios de todas armas y de las más contrapuestas razas, trasponer los nevados Alpes en un escalamiento de asendereadas hormigas, buscando la ruta del Lacio, y contemplaremos el pavoroso incendio de Roma, desatado por la vesania del rechoncho Nerón, salpicando las tinieblas de la campiña circun-

dante con enjambres de rubíes y amatistas; y escucharemos entre los desfiladeros del Danubio el rumor de los pasos de la harapienta muchedumbre de los Cruzados que van a la reconquista del Santo Sepulcro, en un enorme vértigo de esperanza, de dolor y de miseria; y presenciaremos los tropeles del Cid Campeador, las hazañas de los Condé y Turenna, los días rojos de los Guisa, los degüellos de la noche de San Bartolomé, el fasto de la corte de Luis XIV, los celos y rivalidades de los cortesanos, las sonrisas e intrigas de las queridas reales, el trajín de los palurdos y siervos de la gleba, el gesto altivo e indomable de los triunfadores. Encended la tiniebla de los sepulcros; animad las figuras inmóviles de los frisos; resucitad las formas extintas y los hechos que fueron con un soplo de vida, con los detalles y coloridos que nos hacen familiares las cosas, con la animación y el movimiento que advertimos a nuestro alrededor. Que el contraste entre lo que es y lo que ha sido, manteniéndonos en nuestro plano de observadores, nos dé la perspectiva de los siglos. Oíd cómo hablan esas bocas que estaban mudas. Ved cómo arden las pupilas que parecían llenas de noche. Escuchad los pasos que conmueven los dormidos ecos de los corredores lóbregos, de las imponentes salas, de los puentes lanzados sobre el foso del castillo. Las lanzas y espadas se traban en la selva movible del combate; las cabalgatas desfilan entre el arbolado de los caminos en una alegría de vestimentas y gualdrapas multicolores; en las cortes relampagueantes de oros y de sedas, se hacinan los cortesanos, discurren, van y vienen con movimientos de pavos reales; en una torre sombría, un alquimista vigila años y años la transformación de una barra de cobre en el áureo metal; en un monasterio, una congregación de almas atenaceadas por el terror del Infierno, cumple ritos y se flagela de penitencias; en su

solio omnipotente, un papa arroja encendido anatema sobre una nación arrodillada. Y todo eso vive, palpita, se estremece, llora o ríe, aúlla o murmura. Son seres de verdad, que viven como nosotros. Son escènas reales, como las que contemplamos en nuestros días. Hay un dolor humano en todo eso. Hay una esperanza también. La enorme inmovilidad de la historia se ha quebrado súbitamente, y es ahora, en su lugar, el febriciente ajetreo, el fabuloso torbellino de la vida que pasa.

¿Por qué nos conmueven y sacuden los dramas históricos o las historias fingidas que vemos sobre la escena de un teatro? Porque nos damos a nosotros mismos la ilusión de que todo aquello es real y vivido. Pero, a propiciar tal ilusión, tiende el juego de los actores, sus palabras y movimientos; y el arreglo de las decoraciones, y la disposición de los muebles y trastos familiares. Lo que en la tela de un pintor sería muda y hierática representación, es allí remedo perfecto de la misma vida que vivimos. Vemos que los personajes Tal y Cual se muevan y andan, sufren o se regocijan, luchan por lograr sus fines o caen vencidos en la demanda. Y los odiamos o los compadecemos; nos interesamos por su suerte; seguimos anhelantes todas las peripecias de la intriga; un inmenso soplo de pasión nos enciende y arrebata. Tal rey de la historia o cual adolorida doncella de la leyenda, que nos habían sido absolutamente indiferentes en el libro, viven ahora ante nuestros ojos encarnados por cómicos habilidosos, trajeados a estilo de la época, dentro de un marco de objetos evocadores, y desde ese momento se adueñan de nuestra voluntad. Igual cosa acontece con ese otro género literario de la "novela histórica". Coged cualquiera de los libros de Alejandro Dumas o de Manuel Fernández y González, y experimentaréis la misma sensación de vida. Acaso

estos escritores no se ajusten estrictamente a la verdad de los hechos e incurran en graves anacronismos. Eso ahora no viene al caso. Lo exacto, lo real, es que nos interesamos por sus personajes, que los amamos o los odiamos según sea su condición y las acciones que ejecutan. ¿Y por qué nos acontece esto con los mismos personajes que nos dejaron fríos e indiferentes cuando los conocimos leyendo las páginas verídicas de la historia? Porque ahora se mueven, porque hablan, porque viven. El novelista, con su imaginación, hace revivir ante nosotros toda una época; nos pinta interiores y paisajes; nos describe una ciudad o un burgo con sus más mínimos particulares, con sus detallecitos gráficos, con su emocionante colorido. Vemos la calleja mal alumbrada donde cruzan sus floretes dos embozados; oímos rechinar las cadenas de un puente levadizo o los cerrojos de una mazmorra; sentimos el azote de la lluvia que bate la campiña, mientras un viejo carricoche se desvencija sobre los caminos enlodados. Y oímos hablar a los seres que antes eran de piedra, y les vemos acometer actos de heroicidad o de villanía ante nuestros ojos. Viven, en una palabra.

Ved *Notre Dame de París*. El Rey Luis XI, el de la historia, es una figura de basalto negro. Nos le representamos como una estatua de egoísmo, de falsedad, de pavura, rezando su rosario, sacando cuentas y mandando guerrear a sus vasallos, entre las figuras mezquinas de Pedro y Oliverio, su galopín de cocina y su barbero. Pero, coge Víctor Hugo esa tétrica e inmóvil figura de la historia de Francia, y con sus manos de mago evocador la empieza a hacer revivir ante nuestros ojos. Y es, entonces, lo mismo que un deslumbramiento. Aquel cuerpo desgarbado y anguloso, empieza a moverse dentro de su ropón; su voz hueca, de instrumento de madera, masculla letanías y

se interrumpe, a veces, para mandar dar de palos a un pillastre; sus ojos profundos, desconfiados, hipócritas, tienen súbitos relámpagos de ira o de orgullo cuando se nombra, ante él, el nombre de un barón o de un conde que no se ha sometido aún a la potestad del trono. Tomando tisanas, quejándose, carraspeando, preocupado con la salvación de su alma, el poderoso señor está sentado en su mezquina estancia, frente a la noche de ese París tétrico y sombrío del fin de la Edad Media; y habla con Coppenole, con su barbero, con su médico, con el ejecutor de sus órdenes trágicas y fulminantes. De pronto, por la ventana entreabierta, sobre la negrura de la ciudad dormida, es el granate de una luz lejana. ¿Qué es aquello que turba así, como un rastro de sangre, la tranquilidad habitual del horizonte conocido? Es la hoguera que Cuasimodo ha encendido entre las torres de la Catedral para fundir plomo y verterlo sobre la turba de gitanos que han venido a rescatar a la Esmeralda. El Rey Luis XI, distraído en sus cálculos y meditaciones, contempla aquella luz rojiza, que tiembla trágicamente sobre la negrura pavorosa de su insegura Ciudad, y trata de ubicarla, de darse cuenta hacia qué lado se produce el incendio. Y entonces, sin querer, penetramos en su alma, descubrimos sus escondidos pensamientos. El amo y señor que sueña con destruir el feudalismo medioval, rescatando para la corona de Francia toda la soberanía, dase en imaginar qué duque o barón, amigo o enemigo, es el que ha provocado el incendio, y ya sus zarpas de tigre están fuera, y en el hipócrita acento dulzón de sus palabras tiembla el latido del amo que va a castigar. Pero llega la nueva de que todo aquello es una algarada de los truhanes, y entonces la fiera vuelve a retraerse y reaparece el vejete aterrorizado por las potencias de ultratumba. Toda la figura histórica del sombrío Rey y

toda su época de luchas, de terrores y de brujerías está ahí en ese cuadro; y ese cuadro nos arrebata, nos posesiona, nos conmueve, nos llena de pavura y de melancolía, porque es real y vivido, porque sentimos que tenía que ser así, porque no podía ser de otro modo. El novelista ha evocado un momento de la historia, lo ha pintado con tan vivos colores y con tal arte ha hecho hablar y accionar sus personajes, que nos hemos dejado engañar por la ficción, y, olvidándonos de cuanto nos rodeaba, de esta vida moderna que nos atruena y enceguece, nos hemos transportado a aquellos años remotos y hemos vivido nosotros mismos los días del reinado de Luis XI. Es un salto de quinientos años atrás: nos hemos hundido en la tiniebla del pasado, y allá, en lo hondo de la tiniebla, iluminada por el evocador, revivió una humanidad que ignorábamos a pesar de haber estudiado historia.

Ese es el arte del evocador. Y esa es la nueva ciencia de la historia que debemos enseñar en nuestras aulas para que deje de ser lo que antes de ahora ha sido: un mero catálogo de nombres y un memorándum de fechas. Que el historiador, verídico y concienzudo, remede a los escritores de imaginación, infundiendo vida a los personajes y escenas; que su prosa, iluminada y sugestiva, no sea un apeñuscamiento de hechos o una filosofía muda y abstracta, sino un perpetua evocación, un milagro de florescencia vital, un drama conmovedor y vivo. Que las ciudades muertas se alcen entre el polvo de los siglos y recompongan sobre el eterno azul del cielo el dibujo característico de su arquitectura. Así veremos a Atenas en el resplandor de sus mármoles blancos; así veremos a Babilonia reflejando sobre el Eufrates sus terrazas y jardines; así veremos a Bizancio, dentro de sus muros ciclópeos, ardiendo con las querellas del circo y las tragedias rojas del trono; así veremos la corte de los Mé-

dicis, la Granada de los moros, la gótica aldea de Lutero, la estepa rusa que aplastó con su sudario de nieve al invencible ejército de Napoleón. Que infunda vida a las sombras históricas, que les preste un alma, para comprender a Alejandro Magno, a Atila, a Carlos V, a Luis XV, al zapatero Simón. Que por los mil detalles acumulados y las sugestivas evocaciones familiares, haga revivir los usos y costumbres de una época y nos muestre el pueblo en su vida diaria, ajetreado, febril, encendido de alegría o postrado por una horrenda desgracia;—a ese pueblo siempre ingenuo, siempre dócil, siempre sencillo, que maneja la voluntad de un loco, de un guerrero, de un sacerdote, o de un iluminado; frenético y rojo en sus iras—el pueblo de descamisados que asaltó la Bastilla, — o servil y miserable en su esclavitud — el pueblo que en la soledad de los villorrios medioevales temblaba de espanto a la aparición de un cometa en los cielos impasibles. Que se sienta un corazón detrás de cada línea, y que una lágrima brote en las pupilas cuando una gran desventura flageló a los hombres que fueron nuestros antecesores en este valle de sufrimientos y amarguras.

Víctor Pérez Petit.

CAMPOS Y HOMBRES

(RELATO CRIOLLO)

El arroyo Tangarupá, además de servir de aguada para la hacienda y de cachimba a la que diariamente iba a apagar su sed el barril de agua engarzado en una rastra de tres ruedas petizas, era también el mojón divisorio, que en sus curvas y barrancas marcaba el límite de las pequeñas parcelas de tierra que ocupaban dos buenos paisanos, Juan Pérez y Guillermo Carvajal, amigos y compadres, que en el deseo de ser vecinos, habían plantado su tienda de trabajo a la costa del mismo arroyo, que como símbolo de fertilidad flanqueaba en el bajo el espinazo de las cuchillas cercanas.

Se ayudaron a construir los ranchos respectivos, tajeándose las manos con el filo de la paja brava, rebelde al peinado en ondas de las quinchas. Ese fué el último trabajo que hicieron juntos, y después de acomodar la familia tomaron rumbos distintos, en que se acusaban profundas diferencias de ambición y de psicología.

Uno de ellos, Juan, de gran voluntad y energía, estaba tallado en la madera de los triunfadores, deseaba ser poderoso, rico, y sentíase dispuesto a conseguirlo, levantando su punto de mira sobre los hombros de los demás, como si sus anhelos cabalgaran a la grupa de los torsos encorvados, que pasan por

la vida anónimos y fuertes como un peldaño ofrecido al encumbramiento ajeno.

Eligió como oficio el más rudo, el de responsabilidad mayor, de actividad más inquieta y bárbara y se hizo tropero.

El otro no sentía el problema torturador del futuro, encarnaba el tipo criollo tan general, que en su despreocupación, deja al destino las complicaciones de prever y despejar horizontes. Su oficio guardó armonía con su mentalidad y se dedicó solamente a changuear, que quiere decir conservarse libre, amansando potros a veces, hacheando otras, o arañando la tierra con el arado para cosechar lo necesario para el consumo.

De un porte tosco, varonil, y fuerte, Juan pregonaba en su físico su tenacidad admirable para el trabajo, dotado de esa rusticidad casi salvaje que necesitaba en aquellos tiempos del año 70 el comprador de ganado, en eterna peregrinación por campos abiertos, librado a las fuerzas naturales sobre la llanura inmensa, que cruzaba como la única vida humana, en que el sol de verano podía descargar la brasa de sus rayos, o las tormentas y las lluvias de invierno la hostilidad de su inclemencia.

Durmiendo sin techo y con la rienda en la mano, como un centinela, resumiendo todo su *confort* en el recado de cuero crudo que sus manos trabajaron; transitando por regiones sin camino, en que había que tomar rumbo en las estrellas, como en el mar, respirando la onda de polvo que levantaba la hacienda en marcha, viviendo en acecho, en previsión de una disparada, sabía que la vida del tropero se asemejaba en algo a la que llevaban las fieras, precisándose para triunfar ser instintivo y fuerte como ellas, y él se sentía con alientos, con bríos, para imponerse a dentelladas, para contemplar la escena como un mi-

raje de pelea y de combate, para defender a brazo partido con la adversidad la visión seductora de la estancia levantada en campo propio.

Esa esperanza era su ideal constante, el rayo de luz que aclaraba sus cuartos de ronda; la rumiaba mentalmente, como la hacienda al trébol, era la monotonía alegre con que su espíritu hacía eco a la monotonía triste del canto con que arreaba a la tropa, en esas marchas en que las horas iban pasando en un trotar lento y perezoso, pareciendo ellas también estirarse como los caminos...

Después de un período rudo de trabajo, destinado a amasar valientemente el porvenir, daba una llegada corta por su casa, para ver a la mujer y los hijos, y al otro día salía con rumbo lejano, pues Río Grande, Corrientes, Norte del Uruguay eran los dominios en que levantaba sus tropas para conducirlas al saladero.

Su trabajo le exigía además modalidades complejas, no bastaba ser buen campero, necesitaba también ser hombre de negocio, perspicaz y rápido en el cálculo, debiendo en una ojeada hacer precio a un rodeo, aplicando los informes recogidos en la ciudad, con esa videncia sagaz y desconcertante en nuestros hombres de campo, que sin libros y sin saber leer llegan a grandes figuras de empresa y de consejo.

Pocas veces como en él se aunaban las condiciones básicas del tropero—eslabón comercial entre el desierto y la ciudad—que debía poseer cualidades para actuar en los dos medios.

El acierto en sus negocios lo acercaba rápidamente al ideal perseguido, haciendo factible su propósito de ser estanciero, alterando el marco feliz de sus actividades como única sombra, las protestas de su buena mujer, que al ver que no se daba tiempo ni para besar a sus hijos, le expresaba afectuosamente

sus quejas, mostrándole como ejemplo de vida familiar dichosa y alegre, la de Guillermo, su compadre y vecino, para quien las horas corrían tranquilas y los días terminaban como una fiesta entre notas de guitarras y canciones, cuyos ecos llegaban como un contraste hasta la soledad de su rancho.

Cuando en el intervalo de las tropeadas llegaba Juan a su casa, al despedirse mantenía siempre el mismo diálogo con su mujer, que le mostraba lo triste que era su casa y su vida, y lo alegre que era el rancho del compadre, que como un pájaro al amanecer, todos los días los terminaba cantando en su guitarra.

Decidido como estaba a sacrificarse para ser rico aunque le costara vivir el presente en las violencias de un trabajo rudo, no se avino a cambiar de método, resolviendo en cambio, tratar de que lo cambiara su compadre y amigo, para lo cual le hizo una visita. Charlaron largo, enterándose de la insignificancia que ganaba, del margen reducido en que desarrollaban sus actividades, amansando potros o hacheando en el monte, con lo que nunca saldría de pobre, ni dejaría al fin de la jornada un pequeño amparo para los hijos, y le preguntó si no tendría coraje de darle un revolcón a la suerte, si no sentía el deseo de llegar a ser rico, que él iba en camino de serlo y estaba dispuesto a ayudarlo.

Le relampaguearon los ojos al compadre ante sorpresa tan inesperada, y agradecido habló con calor y entusiasmo, del sacrificio, de la labor y esfuerzo a que estaría dispuesto para conseguirlo. Entonces Juan sacó del cinto un paquete de dinero que había traído y se lo entregó sin plazo y sin interés, recomendándole que se dedicara a la compra de haciendas, explicándole la forma más conveniente de realizarla y las grandes compensaciones que otorgaba ese negocio, si se ejercía con tino y buena cabeza.

Ese día fué el más feliz de Guillermo: sin haber comprado número, se le había entrado una lotería al bolsillo, pero preocupado con la manera que había de planear su comercio de mañana para no desahuciar sus altos móviles, esa noche sin advertirlo siquiera, suspendió la guitarra y el canto, para pensar hondo en la responsabilidad y el horizonte que se le brindaba. He ahí, que el primer día, que entró el dinero y la esperanza de multiplicarlo, como una constatación triste se observó que en el rancho alegre del compadre se apagaron las luces, sin que las cuerdas y las gargantas igual que antes, le despidieran cantando, como reciben los pájaros el amanecer.

Al otro día montó a caballo y sin saber qué camino tomar, ensombrecido por la duda, preocupado por la prueba de una experiencia nueva, salió Guillermo rumbo al azar con la máscara severa de las cavilaciones y de las inquietudes.

Cuando en un intervalo de sus faenas hizo Juan como de costumbre una rápida pasada por su casa, su mujer en vez de hacer el elogio de la alegre vivienda vecina, le preguntó con extrañeza si no sabía qué le pasaba al compadre, que en su rancho antes feliz y risueño no se cantaba más y se apagaba llegada la noche, silencioso y triste como el suyo.

Una sonrisa de satisfacción cruzó por la cara de Juan, que veía en la pregunta un triunfo de su inteligencia, que no sólo sabía del materialismo de los negocios, sino que también adivinaba las reacciones del espíritu del hombre.

Poniendo en su voz el acento dulce y convencido del maestro que enseña a un niño, explicó a su mujer los nobles motivos del cambio, cuáles eran las razones que obligaban a Guillermo a abandonar su casa y le quitaban tiempo y gusto para cantar.

Antes podía diariamente recostar su pecho a la

guitarra, porque lo tenía libre de dudas provechosas y preocupaciones fecundas; pero ahora que se torturaba pensando en el porvenir de sus hijos y en levantar, como ya estaba por hacerlo él, una estancia en campo propio, le faltarían las noches para bordonear bajo el alero cordial, porque tendría que dormir a campo raso, bajo el techo solemne del cielo sugeridor de la meditación y del silencio.

La mujer escuchó extasiada la explicación, sintiéndose confundida y avergonzada de su simpleza, que no había comprendido el verdadero heroísmo que implicaba la vida de su marido, ya que siendo imposible a juzgar por sus palabras y el ejemplo del compadre, hermanar el trabajo con la alegría, había optado por llevar una vida sacrificada y triste en homenaje a un porvenir mejor, que era el anhelo que arraigaba más hondo en su corazón, porque era la expresión más práctica de su amor a ella y sus gurises.

Juan, contemplaba con orgullo y satisfacción los resultados obtenidos en la experiencia realizada con el compadre, que venía a justificar su manera de vivir hasta ahora y paladeaba como una lección de filosofía la condena que le había impuesto despertándole la ambición y lanzándolo a la lucha.

Pero la enseñanza del ejemplo y las conclusiones derivadas, cayeron de pronto al suelo, ante la voz de un maestro que surgió enérgica y armoniosa, demostrando que el trabajo era compatible con la alegría y la canción, y los ojos se fijaron en un hornero, que en el mojinete del rancho, líricamente construía su casa de barro desplegando alas y canciones.

César G. Gutiérrez.

UNA HARMONIOSA Y VALIENTE "VOZ DE VIDA"

Paysandú, junio de 1923.

Para los lectores de las bellas cosas, un nuevo libro de versos es siempre una fiesta del espíritu. Porque razón tuvo quien dijo "que el poeta es el taumaturgo que abre al alma las puertas de la fantasía". Y si el poeta que realiza tal prodigio mágico, es un hermano espiritual, fácil es imaginar la predisposición anímica que se anticipa a gustar de la feria lírica prometida.

Tengo para mí como preceptivo, no aventurarme jamás en la lectura de trovas de cuyos genitores no tengo alguna noticia referente a su idiosincracia ideológica o de su filiación escolástica. No va en ello ningún prejuicio dogmático ni tampoco una reticencia presunciosa. He sido burlado por liróforos que han llegado al son del parche batido, cargados de pancarpias triunfales, y, sin embargo, me han dado un opio capitoso con sus cánones estrechos, sus tropos manidos, restringido el concepto del arte a un determinado número de fórmulas con un contenido harto de resobos.

Cuando a este amable y lueñe retiro el correo me trajo el nuevo tomo de versos de Julio Raúl Mendilaharsu, tuve la intuitiva certeza, antes de desflorar

el libro intonso, de que asistiría a una deleitable festividad pieria.

Vengo asistiendo al desarrollo de la auspiciosa evolución de los valores intelectivos de este país y he comprobado que los poetas, alineados en la extrema vanguardia, abren la marcha con la polifonía triunfal de sus cantos augurales. Como otrora, también son hogaño los precursores del movimiento artístico. Diríase los hileros de las intensas corrientes literarias que se desplazan fuera del álveo nacional para tomar en la universalidad del océano el nivel de todas las renovaciones de la hora.

La antorcha prestigiosa que enhastaran ayer Herrera y Reissig, Delmira Agustini, Armando Vasseur y Emilio Frugoni aviva su fuerza lumínica con la nueva propulsión que le imprimen las manos que ahora la toman como trofeo que va a repinarse sobre las testas erguidas de Juana de Ibarbourou, Emilio Oribe, Fernán Silva Valdes, Carlos Sabat Ercásty, Víctor Bonifacino, Julio Raúl Mendilaharsu, José María Delgado, Enrique Casaravilla Lemos, Federico Morador, Carlos César Lenzi, Adolfo Montiel Ballesteros y Mario Menéndez. Son los conmilitones presentes, realizadores del milagro musical del verbo conjugado por la emotividad multiforme de la vida y la dinámica subjetiva de las cosas; valores definitivos en la inquietud undívaga del pensamiento en su decurso eviterno.

II

En su fecunda producción poética, Mendilaharsu no había logrado como en su reciente "Voz de vida", separar la ganga de la riqueza auténtica de su estro. Era irregular y desmelenada toda aquélla, si bien se advertían condiciones ponderables en muchas

de las composiciones alojadas en "Franjas tricolores", "Como las nubes", "Deshojando el silencio", "Ante la victoria", "Altar de bronce", "La cisterna", "El alma de mis horas" y en los promisores "Poemas del alma del mar" que Folco Testena, con dilecto cariño, vertió a su lengua vernácula. Leves palpitaciones exteriores o pasajeros estados de su espíritu sensible, le hicieron demigar materia preciosa sin troquelarla con método. El mismo se pone a cubierto y nos lo advierte en una su "Declaración":

Para la estrofa, no tengo norma;
en un instante, creo su forma
y ya retórica,
ya irregular,
¡que esté pletórica
de sangre mía, de voz de viento y agua de mar!

De inspiración fluída, escancia aquí y allá el agua milagrosa de su hontana mélica, así en asambleas políticas, en tribunas populares y en "rendez-vous" mundanos. Porque Mendilaharsu carece, por herencia genealógica, de inclinación ascética para aprisionarse en torres de marfil o en umbrías conventuales. Se da por entero y sin reservas a todas las solicitaciones generosas de la vida como a las deprecaciones de los angustiados que conocen en él al varón fuerte y mitigante.

Vida política, ideas, hombres, los quiere para soluciones altruístas y como instrumentos de concordia, de reconciliación permanente y a quienes incita:

Frentes empecinadas, labios fríos, cortantes
voces, manos violentas, ¿no cambiaréis un día?
Fraternidad, ¿se hallan todavía distantes
las horas en que brille, triunfal, tu epifanía?

Aumentan las usinas, crecen los astilleros;
en nuevas galerías se internan los mineros;
en las regiones vírgenes, el hacha y el arado
proyectan la apertura de un reino de Eldorado;
se construyen escuelas, se fundan hospitales
y asilos; en el cielo, como aves augurales
del progreso, atraviesan, osados, los aviones;
la igualdad es fermento para las revoluciones
¡mas, en la soledad,
te quedas, abatida, oh, tú, Fraternidad!

Sin embargo, son tuyas las espigas maduras,
la sombra de los árboles, las fuentes de aguas puras,
los ríos, los caminos del mar. ¡Tuyos, también,
los corazones buenos que sangran de amarguras
por no encontrarse en tu soñada Jerusalén!

Sin embargo, ello no ha obstado para que su susceptibilidad herida lo llevara a lances personales, sin cuidarse de arreciar con el filo del gladio empuñado o de esquivar su cuerpo al ataque del adversario. Es que hay en la fusión de su sangre latina, la fragosidad e intrepidez del lusitano y el misticismo e hidalguía del ibérico.

III

La influencia de los frecuentes viajes de Mendilaharsu por Europa, con sus prolongadas estadas en los países del septentrión y occidente, conviviendo horas emocionales con cultores de ideas y artífices de fama consagrada; el contacto con hombres sacrificados por el crimen de la gran hecatombe, y el dolor y la miseria que ésta dejó latente por doquier, determinaron su predilección por temas más humanos aún, esencialmente nuestros, aunque a veces, como a José Asunción Silva, le obsede el enigma de la post vida

y deja deslizar hasta el fondo de la límpida cisterna en que bebe, una acre gota de ajenjo. Observémoslo en estas cuartetas musicales:

Borrábase el mar del Norte,
con su quietud y su prez,
tras los amplios ventanales
del "lounge" del Pier Hotel.

Cuatro distintos destinos
apiñaban sus tal vez.
Los de tres, ¿quién sabe de ellos?
Y el mío, ¿acaso lo sé?

Todos son copas de Oporto
que seca un anochecer
veloz y calladamente,
sin saber nunca por qué...

En estos instantes en que los hombres se exterminan por odios seculares y arrecia Marte con sus tonantes iras devastadoras, y las fanfarrias de las dictaduras ponen de moda horrores y desolaciones en los pueblos,

Puños amenazantes y lanzones de guerra
endurecen enconos sobre toda la tierra.
Ante cada bandera y cada campanario,
anuncia la violencia un próximo Calvario.
El amor, la ternura, la comunión altruista,
caen bajo los rojos cascos de la conquista,
se deshacen y mueren al pie de la venganza.—

el poeta impetra a la

¡Fraternidad, entona un himno de esperanza
sobre las multitudes sórdidas y dolientes
que estrecha la miseria y entenebrece el mal!
¡Fíltrales en el alma tus sermones clementes
pues eres en la Vida el supremo ideal!

Mendilaharsu no canta la desdicha y el dolor de los vencidos "con acentos proféticos, apostólicos y soberbios", ni le imprime "cierto carácter de poesía doctrinaria y tendenciosa", como ha dicho un crítico refiriéndose a Almafuerte. No es tampoco un cantor de la revolución que la presiente dueña y señora absoluta del mundo. Siente el anhelo evangélico que trasunta la última estrofa de la invocación "A Verhaeren":

Tal vez donde habitas has visto
al Buda y al Cristo,
y han hablado con fe de una era
de justicia, de paz, de hermandad.
Por ella luchaste, por ella luchamos,
por ella creamos.
¡Es nuestra quimera
y es nuestra verdad!

Claudican los poetas introversos, solitarios en sus castillos interiores o en el mirador de Próspero, rimando madrigales a la divina Eulalia o atisbando parábolas al correr de una estrella en los cielos enigmáticos, cuando a sus plantas ruge la tierra, se quiebra la vida y vomita el combate muerte y devastación. Todos los corazones serán pocos para imponer la concordia que los hombres han befado y exterminado. ¡O se vive en la vida, o se está contra ella! Mendilaharsu, les grita así:

Pero, tú, compañero poeta, indiferente
quedas frente al titánico combate del presente;
con la lira deshecha, con gastados buriles,
sueñas, aprisionado por pasiones seniles,
hacia la letra gótica de vetustos misales,
y el incienso y el órgano dentro de catedrales;
hacia el idilio junto a ventanas con rejas,

hacia leyendas áureas y ancestrales consejas,
hacia algún dios helénico, que entre mirtos suspira
por alguna bacante? ¡Tinglado de mentira!

Goethe exclamó: "¡Por encima de las tumbas, ade-
[lante!"
De tu rincón de penumbra, poeta, sale vibrante
con toda una plenitud
arterial de juventud;
poeta de casilleros espesos por añoranzas,
ven con el alma encendida en un fuego de esperanzas,
ven a la vida de ahora, en donde ya está maduro
el anhelo de una tierra más hermosa en lo futuro.

Poeta, afirma tu credo, palpitante de vigor
y de empuje redentor.
Si no, serás niña pálida, vislumbrando tras los cielos
la rosa maravillosa de los eternos consuelos,
pero no un hombre que busca para todos los herma-
[nos
pan de trigo y de belleza y de inquietantes arcanos.

Tan sincera y vehemente empresa en estos oscuros días de atracos y recelos, que alabo como un blasón de valentía y humanismo, es iterativa en la mayor parte de las producciones medulosas que atesora este nuevo libro del fuerte Mendilaharsu. Ese noble ideal, señorea en los almenares de todas sus construcciones simbólicas como un afán hondo y persistente, así en "Fraternidad", "Los acorazados", "Primavera", "Rompientes", "Hebreos", "Acicate", "Rebeldía", "Bon-bon" y "El secreto", que son las estancias de "Fervor", para mí, lo más especioso y sutilmente alado de este breve misal lírico, que es también un epítome de salmos de amor y redención.

Luis María Güinasso.

CANTARES

Cuando me esté por morir
llévenme a orillas del mar,
para que me dé al partir
su gran beso de agua y sal.

Atravieso por el mundo
oyendo sólo el rumor
de las alas de mis sueños
dentro de mi corazón.

Ante el clamor de las olas
ayer me puse a cantar.
Cuando terminé mi canto,
¡cómo sollozaba el mar!

Hay quienes hablan a gritos
y quienes a media voz,
y hay quienes lo dicen todo
con el silencio de Dios.

Yo quisiera hablar en obras
para no tener que hablar.
El que habla con lo que hace
no necesita hablar más.

Esta sombra de mi cuerpo
tras de mis pasos se arrastra.
También el dolor me sigue
como sombra de mi alma.

Madre mía, madre mía,
no me quieras consolar,
que en cuanto mi mal se aleja
ya lo comienzo a extrañar.

Mis penas viajan conmigo
y en todas partes me acosan,
¡y hasta cuando estoy alegre
dentro de mi pecho lloran!

¡Tengo miedo! Tengo miedo
de curarme de este mal,
porque en cuanto éste se vaya
otro más grande vendrá.

Caminito que te tiendes
como un lazo hacia el confín,
enlázame aquellos ruedos
y no los dejes seguir.

Yo no puedo odiar la vida,
pero no la puedo amar,
y sin odiarla ni amarla
vivo hasta no poder más...

EMILIO FRUGONI.

LA MUSA TRAGICA

CREPÚSCULO

Fuí hacia la tierra virgen de su cuerpo
Y, rendido de sed,
Bebí la llama de su corazón
Sin calmar mi avidez.

Yo fuí hacia el oceano de sus labios,
Confundí el derrotero;
Busqué el rumbo estelar de sus pupilas.
Sus ojos me perdieron.

Fuí a los jardines mágicos de su alma
Y en un parque de nieve,
Sólo encontré cenizas esparcidas
Y vestigios de incendio.

Yo fuí a la selva de su cabellera,
Yo fuí tras el misterio
De las triunfales transfiguraciones...
Y hallé el vacío eterno.

Yo fuí hacia el alabastro de su frente
Musical y divino
Cuando el ala profunda de la noche
Ya se había tendido.

Yo fuí hacia la quimera anunciadora
De mis altos destinos;

Sólo encontré en su espíritu insonoro
La nieve de los picos.

Yo fuí a la maravilla obsesionante
De su abismo interior
Avido de poseer el universo
Y el centro de mi acción.

Yo fuí hacia la desnuda melodía
De su alta inspiración,
Cuando ya se apagaban las aéreas
Figuras de su voz.

Yo fuí también hacia su pensamiento
Como a un núcleo solar;
Tuve miedo al absurdo fascinante
De la inmortalidad.

Yo fuí a la torre inmaterial y mágica
De su extraña intuición
Al tiempo que la duda omnipotente
Entró en su corazón.

Yo fuí hacia los picachos inviolados
Y excelsos de su ideal,
Cuando se hubo borrado de su espíritu
La aurora borëal.

Yo fuí a pulsar su Eterno Femenino
Como cuerdas de un arpa:
Ya habían transmutado sus valores
La Belleza y la Gracia.

Fuí hacia el piélago azul de sus pupilas
Y en vano hube buscado
Los áureos ruiseñores de mis frondas,
Los cisnes de mis lagos.

VIDA

¡Oh! musa de mis trágicas ausencias
Nocturna flor de estufa,
¡Yo quiero abandonarte para siempre
Mi deidad taciturna!

Quiero reconquistar el entusiasmo
La Verdad y la Vida;
La alta soberanía de lo Bello
La apolínea energía.

La visión de los hondos panoramas
Y los paisajes líricos;
Quiero volver a la naturaleza
Y a los cielos marinos.

Lejos de los monótonos compases
De tus ritmos enfermos,
Quiero forjar las Odas victoriosas
Y las férreas secuencias.

Quiero alejar las alucinaciones
Del vago más allá,
E incorporarme a la teoría que pasa
Hacia la realidad.

No he de volver a las efigies vagas
De la imaginación;
Por sobre Psiquis nebulosa y honda
Yo he de ir hacia Eros.

Yo he de ir a los mármoles desnudos
Y las fuentes termales
Espantando el fantasma de las sombras
Con la viviente plástica.

Recobrará su jubiloso alarde
Mi activa afirmación;
Yo he de segar tus sauces soñolientos:
La Duda y el Dolor.

Pondré al cristal opaco de tus fuentes
El esmeril del sol;
Y a las rosas marchitas de tus prados
Rocío de emoción.

Trocaré la sordina de tu acento
Por la fiera elocuencia
De las parábolas anunciadoras,
Al compás de los vientos.

Con la síntesis sabia de la vida
Y en la entraña terrestre,
En la prueba final con rudo impulso
Triunfaré de tu muerte.

Modelaré la imagen de mi vida
A ritmos de cincel
Con el bloque de piedra de mi espíritu
Y el bronce de mi fe.

Distante llevaré mi pensamiento
De tu cripta sombría:
Al torbellino de las olimpiadas
Al Evohé de la vida.

Mi esperanza tendrá sangre celeste
De Amazona o Walkiria;
Incontenibles estremecimientos
Mi carne dionisiaca.

Yo quiero abandonar la cenestesia
De tu estro artificial,
Reconstruir mis himnos augurales
Y las almenas de mi voluntad.

PLENITUD

Así dijo el poeta y enmudeció de pronto.
Un silencio divino se fundió en su silencio
Y los surcos de su alma se nevaron de estrellas,
Y sus ondas arcanas, del eterno misterio.

Enigma de los seres; misterio de las cosas
Más allá de las fórmulas y de los continentes;
Isla desconocida de íntimas penumbras
Comarca de los éxtasis.

Inútil osadía la que dijo el poeta:
Hay una fuerza oculta más fuerte que sus fuerzas,
Y una clarovidencia más honda que su impulso,
Más honda y más serena.

Y ha de pasar la musa de las ausencias trágicas,
Ha de volver al mudo continente de su alma,
Del fondo de los símbolos y de las nebulosas,
La eterna musa trágica.

Y volverá la musa de lo desconocido
Sobre las catedrales, por sobre los bastiones;
Su verbo prometeano, su índice hierático
Sobre los horizontes...

Y verán sus pupilas los remotos mirajes.
Y entonces oirá el poeta las roncas sinfonías,
Y los ritmos bizarros, y el murmullo nocturno
De sus fuentes dormidas.

Y ante la metamorfosis doliente de la onda
Las campanas lejanas de su alucinación
Han de darle de nuevo secretas disonancias
Y un enorme estupor.

No es posible, poeta. Tu exaltación pagana
Y los pobres impulsos de tu estéril razón
Ignorarán, y es fuerza que ignoren los tesoros
Del santuario interior.

No hallarás en tu tránsito por la naturaleza
Sino instintos y hombres, tierras y sociedad,
Y en los lindes oscuros de tu peregrinaje
Una mentida paz.

Vuelve a tu piedra sola y misericordiosa
Al borde del camino y al horizonte azul,
Y en medio de la sombra espera al astro errante
De íntima plenitud.

JOSÉ G. ANTUÑA.

1915.

MOISÉS

Los que pedís mis versos y no me dais ideas,
y a este soplar sin tregua las apagadas teas
de un arte sin liturgia llamáis inspiración,
llegad donde os ofrezca despojos de la vida,
piltrafas vergonzantes del corazón suicida:
eso no más los versos más inspirados son.

Eso no más: el mundo moral parece hueco;
ausculto las conciencias y no responde un eco
de fe ni de esperanza: no hay nada en la oquedad.
Vivimos el vacío del ideal ausente
y con su férreo puño golpea nuestra frente
el genio mudo y ciego de la infecundidad.

Vivimos el vacío: las fórmulas que un día
del ritmo y de la euritmia,—Belleza y Armonía,—
hicieron las palabras de fe de su ritual,
perdiéronse en los vagos confines del secreto
a lomo de los fuertes centauros del soneto
o a vuelo de las alas de luz del madrigal.

Los magos del ensueño rompieron sus redomas.
En los labios de Venus no pican las palomas
las líricas semillas del arte y del amor.
En sórdidos talleres sin alma, sin ambiente
como un cubil de eunucos en su quietud doliente,
esconden su vergüenza la estatua y el color.

Los símbolos se fueron. Las Musas tienen frío.
Los cóndores de Andrade, los cisnes de Darío
pasaron, infecundos, con rumbo a su isla azul.
Vivimos el esfuerzo final de la impotencia
las ansias del espasmo senil, en la apariencia
de un sueño del serrallo del viejo Farandul.

Y bien, ¿queréis mis versos? Haced que ciegue el [ave:
saltadle los dos ojos, y ella os dará la clave
del ritmo que no nace, del verbo original.
Ausente de mí mismo, me busco y no me encuentro,
y sólo cuando vuelco los ojos hacia adentro
encarno en la quimera de un sueño universal.

Herid en las pupilas al ave del lirismo,
tendréis la maravilla: del fondo de mí mismo
se eleva, milagrosa, la voz de un ruiseñor...
Oidlo cómo canta: acaso es la remota
cadencia rediviva que en los sepulcros flota
y gime entre las ruinas los ritos del amor.

Sentid cómo florece la magia de mi canto:
decid que habéis oído la música de encanto
del pájaro sin ojos que va dentro de mí;
en carne de milagro, decid que es el Poeta
la realidad absurda, enorme del Profeta
que lleva en la conciencia su Monte Sinaí.

Huid las sugestiones de un arte sin entrañas;
las flautas panteístas no fueron sólo cañas:
mis versos son mis ritos; mi arte es mi verdad.
¿Habéis oído el cuento del buen pájaro ciego?
Oidlo cómo canta: su voz es como un ruego
que besa los umbrales de la Divinidad.

Dejad para las almas cobardes el lamento:
la vida es toda santa. Volcad el pensamiento

a cántaros, que corra como agua del Jordán.
Dejad a los enfermos la mueca dolorosa:
la vida es toda buena ungida por la prosa
con la simpleza heroica de la bondad del pan.

Piedad de los humildes soldados del Ensueño:
piedad de los que gimen vencidos bajo el leño
de la pasión eterna, el pensamiento en cruz;
pero vivid la vida en toda su belleza,
y en todas las auroras cubríos la cabeza
con la cenizas de oro de la primera luz.

La vida es lo que queda, su símbolo es el roble;
grabad en su corteza las cifras de lo noble:
Amor, Fe y Esperanza despunten el cincel.
Heridos del ultraje de su bajeza innata,
dejad a los bufones del hábito escarlata
las trágicas piruetas al son del cascabel.

Hijos de lo Infinito, no pueden ser pequeños
espíritus que llevan su corona de sueños
como un príncipe niño su prosapia real:
no hay derecho a ser plebe cuando un alto destino
nos consagra elegidos del derecho divino
de formar en la escolta del Príncipe Ideal.

Los miasmas de la charca arriba se hacen nube:
la esencia de la vida es el dolor que sube
lo mismo que se yergue la llama del crisol.
Seguid: cuanto más alto, la atmósfera es más pura;
el aire de las cumbres huele a mirra; la altura
está llena del claro espíritu del sol.

No sé bien en qué extrañas pragmáticas añejas;
no sé dónde, ni cómo, ni al pie de cuáles rejas
hirióme el sortilegio del ritmo original;
mas sé que desde entonces sangrando está mi vida

y cuanto más aprieto los labios de la herida
más hondo es el torrente, más claro el manantial.

Por eso son tan mías cadencias tan remotas;
por eso en mis palabras florecen, como notas
las épicas ternuras de un arte que está en mí:
en carne de milagro, por eso es el Poeta
la realidad enorme, absurda del Profeta
que lleva en la conciencia su Monte Sinaí.—

Las aves del lirismo están llenas de cielo
y heridas de la augusta maternidad del vuelo:
seguid, que más arriba hay más inmensidad.
Habéis oído el cuento del buen pájaro ciego?
Oidlo cómo canta: su voz es como un ruego
que besa los umbrales de la Inmortalidad...

LUIS ONETTI LIMA.

EL DIARIO

Grabado en madera, de N. Uria.

DE "LOS ESPACIOS INTERIORES"

(Libro en preparación)

Introito.

Para seguir la ruta que te marca el Arcano,
Yo iré contigo, estrechando tu fría mano;
Y verás que tu miedo por él, ha sido vano.

Verás que ha sido inútil tu temor al Abismo,
Porque a tu lado estoy; y está Dios en ti mismo.

Verás que ha sido estéril toda tu gaya ciencia,
Y que a ser bueno sólo lo enseña la experiencia;
(*Pues sin amor no hay nunca verdadera sapiencia*).

Para seguir la ruta que te marca el Arcano,
Yo iré contigo, estrechando tu fría mano;

Y ascenderán alegres nuestras almas serenas,
Porque habrán hecho entonces el bien a manos llenas!

XLVI. **La conquista.**

Reservemos nuestras fuerzas para la conquista fundamental.

Si presientes a tu amada, dispón las dulces redes con que la atraerás hacia ti para siempre; si la Paz o la Sabiduría son el objeto de tus afanes, no te arredre

lo dificultoso de la empresa; y está alerta, para que nada te halle desprevenido.

En suma: cualquiera que sea el objetivo de la conquista, propónte vencer, y tu triunfo será seguro: no habrá montaña que sea demasiado alta para ti, aunque su cumbre esté oculta entre nubes, ni obstáculo que pueda abatir a tu voluntad.

Reservemos, pues, nuestras fuerzas para la conquista. No nos parece tan bueno lo que está a nuestro alcance, si no hemos empleado dichas fuerzas, pudiendo luego decir:

—"¡Hemos vencido!"

LI. **Así te amo yo.**

Así te amo yo, hondamente; inmensamente: con el amor distributivo del viejo Cosmos, que anima todos los orbes. Mi amor es como un mar azul y desierto, donde la brisa mueve a las olas, en un suave vaivén de cuna.

Así te amo yo, con el amor de una partícula hacia otra partícula, en cuya pequeñez parece inconcebible casi, que resida tan grande amor.

Así te amo yo, sin el más leve asomo de egoísmo, no osando siquiera turbar con mi dolor el reposo que te impondrá la Pálida; pero te buscaré durante mi sueño, para conocer las sendas de perfección.

Así te amo yo, aguardando que el Karma haga florecer tus lirios, y me retribuya tu entero amor, bajo la forma de mil aromas diversos, e infinitos fulgores divinos.

Así te amo yo, enjugando tus lágrimas, que antes se secaban bajo los despiadados rayos del sol; y así como el loto se abre desde el alba, para recibir la luz, así también habrá de abrirse siempre mi alma ante tu

dolor, sin luego aguardar siquiera, tu sonrisa de paz y agradecimiento.

Así te amo yo, porque el amor es la fuente de toda sabiduría: así te amo, novia, madre, HUMANIDAD...

LV. **Palabras de siempre.**

Con el eterno lenguaje de los labios
Que al correr de los siglos lo mismo dicen,
También los tuyos, muy quedo, musitaron:
—"Bien mío; yo te amo..."

¡Cuán bella es la faz que su palor deslíe
Llena de emoción, cual estrella en el alba;
Mientras los labios, de besos y de amor ávidos
Murmuran:
—"Yo te amo..."

(O, lo que es lo mismo,
Aquellas palabras
Que han oído todos los pasados siglos.)

Más tarde la Parca,
Crüel y temida, sellará los labios
Que ahora de amor inmenso nos hablan.
Y con los suyos, terriblemente helados,
Ha de besar nuestra frente pálida.
(O lívida, de miedo a lo que es tal vez NADA.)

... En la sombra pavorosa del Arcano,
La Muerte es la última que dice:
—"¡Yo te amo!..."

LXVII. **Retorno a la Naturaleza.**

Nuestras preocupaciones nos impiden consagrarnos por entero a la Naturaleza. Y, cuando volvemos a ella, nos parece mejor de lo que es, porque, despejada

nuestra mente y abandonado todo espejismo, vemos que ella puede acabar con todas nuestras inquietudes.

El que se identifica, pues, con la Naturaleza, es feliz, porque ella es la realidad acaso única, y tiene respuestas para toda duda, satisfaciendo así los anhelos de los espíritus más exigentes.

Quien conoce a la Naturaleza se conoce a sí mismo.

LXIX. **Carnaval.**
(Schumann).

Desfila la farándula alocada
Con el bullicio y las luces brillantes.
Pasan almas alegres, o sangrantes,
Bajo el antifaz de su carcajada.

Pasan, en esa fugaz alborada
De falsa dicha; pasan, suplicantes
De amor, entre papelillos tremantes
Y la plebe, sudorosa y cansada.

Un pierrot mira los talles cimbreantes
De una y otra Colombina empolvada
Que iluminan su faz acongojada...

Y pierden sus bríos las vacilantes
Mascaritas; mientras los discordantes
Ecos, se aunan en voz desenfrenada.

. . . . . .

Decrece la farándula alocada
Que va al encuentro de la eterna Nada,
Bajo el antifaz de su carcajada!—

Horacio Vigil (hijo).

EDUCACIÓN

LA CARIDAD EN LA ESCUELA —

Conviene advertir que este artículo no critica el hecho del *reparto*, siempre laudable, sino el procedimiento usual para hacerlo.

En el artículo anterior, comentando la tendencia a introducir iniciativas del extranjero, sin estudiar debidamente las razones en que se fundan, en relación con lo que constituye condición especial de nuestro ambiente, me manifesté contraria a la dádiva vestida en la escuela, con los atributos de la caridad; porque la institución que se propone desenvolver todas las energías del niño, para hacer de él un individuo capaz de satisfacer sus propias necesidades y contribuir al progreso de la entidad social, debe enseñar que todos tenemos el derecho de poseer una parte de los bienes que la tierra produce; que esa parte será nuestra si la obtenemos con la actividad de nuestros músculos y de nuestra inteligencia; y que sólo en el caso de verdadera impotencia, se justifica la aceptación de un bien procedente del trabajo ajeno.

Convencida de que la escuela debe formar la idea de capacidad, no de ineptitud; espíritu de optimismo, no de fatalidad; enseñando que todos, estando sanos, somos capaces de buscar la parte que nos correspon-

de de los frutos que produce el suelo en su constante renovación, del inmenso tesoro de sus entrañas, y del legado que las generaciones pasadas dejaron sin exclusivismos para las que fueron sucediéndose en la superficie del planeta, me apena hondamente que con la más noble intención y los más laudables empeños, se hagan en ella, *repartos a los niños pobres.*

Esto establece un profundo contrasentido entre lo que se propone la educación, en su más alta finalidad, y lo que ha de resultar forzosamente, a consecuencia de tales hechos.

Cuando, a la hora de merienda, un niño come algo que un compañero le regaló, yo le pregunto: Y tú ¿qué le regalarás a tu amiguito? Casi siempre obtengo esta respuesta: Cuando yo tenga tal o cual cosa (ilusiones por lo común), se lo voy a dar. Entonces ayudo el esfuerzo de pensamiento y de voluntad, diciendo: Puedes regalarle el primer trabajito que esté bien hecho.

Al oir esto ¡cómo se ilumina el semblante con resplandores de fe en el valor de la propia personalidad, con la conciencia de que hay propiedades más seguras que la de un pedazo de pan!

A nosotros, maestros, corresponde buscar la manera de hacer sentir esa intensa satisfacción y sobran medios, porque los niños aprecian como regalo, hasta una caja de fósforos vacía.

Un desgraciado de veras, porque procede del Asilo de Expósitos, el año pasado, teniendo cuatro años, fué obsequiado por otro mayor, de familia pudiente, con un hermoso traje de piqué, comprado en una de las más lujosas tiendas de la ciudad.

La bondadosa madre del niño protector no había hecho diferencia en la calidad de las prendas elegidas para el hijo y su pequeño protegido. Es de suponer la alegría de éste, cuando se le entregó el obse-

quio. Después de dominar la emoción que lo dejó mudo por un instante, dijo, refiriéndose al amigo, a quien familiarmente llaman Bocho: *"Yo, er ría re los Yeyes, re voy a yegalá toros los chiches que me pongan los Yeyes, a la Bocha"*. El niño mantiene la idea de que los Reyes se acuerdan de él, porque una vecina cariñosa, madre de otro alumno, le pide los zapatos, el 5 de enero, para colocarlos junto a los de su hijo.

Creyéndose él, por lo tanto, dueño de ese tesoro que seres ideales prodigan anualmente, dijo luego, pensando de buena fe, que con las palabras referidas, saldaba su cuenta de gratitud: *"Y si la Bocha no los quiede, son ota ves pada mí ¿si?*

Sólo admito que sin oirlo el interesado, se diga: ¡pobre! o ¡pobrecito!, en casos de miseria física o de orfandad como la de ese niño.

Así, por efecto contrario, pues desgraciadamente hemos de caer en los extremos cuando hacemos algo, tengo *pobres,* a quienes debo moderar el orgullo de serlo. Comprendiendo que su situación es accidental, no de inevitable destino, ellos tienen a veces altiveces temibles.

"Nosotros, los pobres, somos más inteligentes que ustedes" le dijeron un día, dos o tres de los típicos personajes de referencia, a otros dos o tres, que por la posición social de sus padres, figuran en planos altos de nuestra escala social; formando, en horas de recreo, por un trivial incidente de la escuela, la representación de los dos bandos que por mucho tiempo lucharán discutiendo deberes y derechos, en el amplio escenario mundial.

"Sí;—contestaron los otros, que no son tontos, — si ustedes tuvieran la educación que tenemos nosotros, *serían reyes*".

Esto pasó como una ráfaga anunciadora de

las tormentas que han de sembrar horrores mientras el sentimiento de piedad humille a quien no tiene más desgracia que la de pasar el primer período de la vida con escasez de recursos materiales; al que es pobre en dinero aunque sea rico en energías.

Yo habitúo a mis discípulos a que se consideren siempre ricos, pensando en el valor de sus aptitudes. Les relato a menudo y amplío el hermoso cuento, en que uno pregunta a otro:—"¿Te dejarías cortar una mano por $ 10,000?"

¿Pobre, un niño sano?—¡No, mil veces no! En alguna ocasión digo:—¡pobrecito! sintiéndolo hondamente. Es cuando veo enjutas, pálidas carnes, cubiertas de andrajos o con lujosos atavíos de nuestras tiendas infantiles. En estos casos, la desgracia impresiona tanto más cuanto más resaltan el buen gusto y la riqueza.

¡Pobre niño el que está condenado a no disfrutar los dones de fortuna que lo rodean, porque lleva en la sangre el germen de alguna tara que sus padres no pueden extirpar con esterlinas!

El que llamamos pobre debe educarse leyendo mucho la historia, considerándose en un período aventurero de su vida. El Estado y la sociedad tienen el deber de ampararlo o socorrerlo como a un náufrago, inspirándole fe en sus fuerzas para alcanzar la orilla.

Así como algunos hombres, por simple *sport* o sed ardiente de exploración, escalan montañas, cruzan océanos, penetran en territorios vírgenes, cazan fieras, buscan y encuentran caudales para aumentar los recursos que necesitan las grandes empresas, los de mañana, formados en escuela que desenvuelva energías en el sentido expuesto, vivirán contentos siempre, dondequiera y como quiera que los coloque el destino.

El que logre acumular caudales, sentirá la necesi-

dad de emplearlos en el mejoramiento de las industrias, en el progreso de las ciencias y las artes; el que no, estará satisfecho mientras pueda atender sus necesidades, viendo en torno suyo, miradas amorosas y caras sonrientes.

No será tan notoria la diferencia que hoy coloca a unos en la privilegiada situación de poder dar y a otros en la humilde de tener que recibir, si se enseña a ver sin mareos, el reflejo diabólico de las piedras preciosas y las perlas; a mirar en el oro y la seda, nada más que rasgos de belleza que pueden ser igualmente hermosos o más, sobre un palo tallado o una tela de lienzo, cuando un hábito de inspiración los mueve; a buscar en los mullidos divanes, tan sólo abrigo contra las rudezas del invierno o merecido descanso, en las horas enervantes de la siesta.

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

APRENDER ES CREAR —

Reflexiones sobre la enseñanza.

Hay en el fondo de toda organización de cultura, en esta época, un vicio fundamental que desvirtúa los grandes esfuerzos por el mejoramiento humano y hace de la enseñanza una máquina peligrosa cuyos efectos cuesta luego deslindar. No obstante, es claro y aceptado por los cerebros fuertes que el fruto de la grande labor cultural del Estado y de los particulares es muy pobre en progreso efectivo del espíritu humano; que abunda una falta cultura, que es perla negra en el océano del mundo la conciencia nutrida de medios ocupada en aprovecharlos para ennoblecer la pasta de los hombres; que el proceso de la enseñanza marca el proceso del olvido

de los conocimientos; que en el momento de prestar algún servicio la cultura debe ser adquirida *de nuevo*, etc., etc. En cambio, es muy grave la acusación que sobre ella pesa de provocar la indiferencia general por la ciencia, por la investigación, por la cultura mismo en fin, al punto de encender reacciones como ocurre con quienes después de haber cursado en forma el estudio de un arte o de una ciencia, no quieren ni oir hablar de ella; la repudian.

Falsa posición frente a la realidad, abulia, falta de iniciativa, cansancio, etc., son otros tantos frutos atribuídos a la vasta máquina de cultura universal que es, sin duda, una complicada invención de nuestro genio.

No es así extraño que siendo tan vasta esta invención dé resultados inesperados al ser aplicada al espíritu humano, infinito y desconocido.

La ineficacia de la cultura o su acción negativa, que es grande, no deben ser atribuídas, como lo son en general, solamente a cuestiones de método de enseñanza, de organización claustral, de funcionarios, sueldos o política estatal, sino a un principio más hondo casi siempre olvidado: la naturaleza del *saber*.

Para hacer luz en la gran penumbra de la enseñanza, se ha buscado el origen de sus instituciones, se ha estudiado la esencia de los métodos y las ventajas prácticas de su aplicación, y a raíz de estos y otros hechos se lograron reformas que han traído el desencanto al lugar que ocuparon esperanzas fundadas muy científicamente.

Una reflexión serena sobre la naturaleza del saber nos llevará, en cambio, a combatir el apremio de cultura que domina a la civilización, pues nos dará el convencimiento de que es preferible aprender a los cuarenta años una noción para saberla, que recibirla a los quince para no entenderla y—creyéndola sabida—olvidar luego hasta las palabras con que llegó sin vida ni razón de ser a nuestro cerebro.

La cultura es hoy impositiva y arbitraria. Sin embargo, nada más delicado y que infunda más respeto que el trato del entendimiento del hombre donde, con pequeños errores, pueden engendrarse males irreparables.

La experiencia nos enseña que ningún conocimiento se adquiere realmente sino en el momento de aplicarlo en la vida, ya sea en obras, ya en ideas, o en las manifestaciones del instinto. La necesidad señala la hora definitiva en que el espíritu se abre como una flor para ser fecundada, a la abeja del conocimiento; entonces éste ha llegado a su tiempo y el ser lo recibe bien en cualquier forma: racionalmente, empíricamente, con Tolstoy o Comenius, en la palabra del sabio o en el silencio de la meditación, lo mismo en la Sorbona que en una caverna ancestral. Es la hora del saber.

El tiempo ha madurado el cerebro, la vida ha templado el corazón; la experiencia nos dió su incomparable luz; hemos recibido la gracia de una chispa del genio: meditamos al pie de un manzano; la fruta cae a nuestros pies... la luna está allá arriba... ¡Catedráticos, pedagogos del mundo, corred a explicar a Newton por qué no cae la Luna!...

Hoy, para trasmitir tal creación a los hombres, se necesitan profesores muy versados, edificios monumentales, libros monumentales... para luego olvidarla o tenerla en la más humillante indiferencia. Es que se la ofrece en cualquier tiempo, en cualquier hora de la vida, a todo el mundo, a la fuerza aunque nadie lo necesite psicológicamente, ni tenga antecedentes espirituales para comprenderla (los estudios no son antecedentes en esa forma). Y pensar que sólo bastaría para los fines de la cultura en la adquisición de ese conocimiento: un árbol, la Luna, un hombre naturalmente preocupado, inquieto por la caída de la fruta y una voz sencilla y breve, por torpe que fuera, brotan-

do de entre las hojas, si no bastara la luz natural para comprenderlo todo.

La voz diría: Newton lo explicó de esta manera, y el hombre lo comprendería inmediatamente y para siempre, pues su comprensión llenaría el vacío que habría creado la necesidad de saber que inquietara su espíritu.

El hombre pasa por dos etapas bien distintas en su vida de estudios; al principio desde la escuela primaria el aprendizaje es un fenómeno espiritual centrípeto, de fuera a dentro. Después, cuando la vida nos inquieta y la necesidad nos obliga *a saber* el conocimiento (aún el recogido en los libros) parece creación nuestra, es su adquisición un fenómeno centrífugo.

El estudiante es generalmente centrípeto en el aprendizaje; el hombre, o el estudioso voluntario, espontáneo, es centrífugo en su instrucción; la necesidad deja entonces esa capacidad para inventar, que le permite reproducirlo todo como creación propia.

La idea de la gravitación enseñada en clase, por turno de otros temas, difícilmente hallará el espíritu en estado de gracia y de inquietud para comprenderla y admirarla para siempre.

Y podrá aplicarse aquí el caso del hombre que habiendo estudiado en el aula el conocimiento, lo olvidó, y un día frente a la manzana que cae y a la luna que rueda, lo comprendió y gustó de nuevo con maestro ocasional; se golpeó la frente y recordó que era lo mismo que le enseñaron en la universidad.

Ahora, a pesar de lo aprendido ya, el problema surgió de nosotros mismos, de dentro hacia fuera y fué una creación nuestra.

La adquisición forzada de ideas (en primaria, secundaria, etc.), produce la creencia de que sabemos, cuando en realidad todo ello es una comedia del ver-

dadero saber, siendo lo más grave que ese estado de *creer sinceramente que se sabe* inhibe la acción creadora de la necesidad, vr. gr., destruyendo la curiosidad, que es una necesidad de saber.

Y llamo forzada la adquisición de todo conocimiento de fuera a dentro, sin que la necesidad lo haya llamado por alguno de sus resortes bio-psíquicos, privándonos del placer de sentirnos creadores de lo que aprendemos.

El saber adquirido en momentos en que la necesidad convoca, por decirlo así, todas las facultades humanas y los más profundos y vitales instintos, sería objeto de grandes transformaciones, como lo fué en la antigüedad—creadora de todas las inquietudes—y no un *decantado* que estorba la originalidad y forma pedantes en vez de hombres de espíritu elevado, de inteligencia fecunda y abierta a la investigación, al progreso.

El saber es una creación que tiene siempre la originalidad propia del creador, que es el que aprende de verdad.

Un *hecho* observado y sentido por cualquiera de nosotros, aun cuando lo haya sido antes por otros, es nuestra obra, pues aparte de tener la forma original de cada uno, lo hemos creado en realidad, por haberlo comprendido, pues comprender es crear, lo que nos muestran haciéndolo, como dioses, a nuestra semejanza.

Aplicando estas reflexiones a la organización actual de la enseñanza "habría mucho que decir", sin dejar de recordar la voz de Ellen Key, anunciadora de un diluvio pedagógico que no dejará piedra sobre piedra, de este vasto y complicado edificio cultural que da carácter a nuestra civilización.

SABAS OLAIZOLA.

1923.

PENSAMIENTOS PEDAGOGICOS —

Para las que enseñamos.

1. Todo para la escuela; muy poco para nosotras mismas.
2. Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra.
3. Vivir las teorías hermosas. Vivir la bondad, la actividad y la honradez profesional.
4. Amenizar la enseñanza con la hermosa palabra, con la anécdota oportuna, y la relación de cada conocimiento con la vida.
5. Hacer innecesaria la vigilancia de la jefe. En aquélla a quien no se vigila se confía.
6. Hacerse necesaria, volverse indispensable: esa es la manera de conseguir la estabilidad en un empleo.
7. Empecemos, las que enseñamos, por no acudir a los medios espurios para ascender. La carta de recomendación, oficial o no oficial, casi siempre es muleta para el que no camina bien.
8. Si no realizamos la igualdad y la cultura dentro de la escuela ¿dónde podrán exigirse estas cosas?
9. La maestra que no lee tiene que ser mala maestra: ha rebajado su profesión al mecanismo de oficio, al no renovarse espiritualmente.
10. Cada repetición de la orden de un jefe, por bondadosa que sea, es la amonestación y la constancia de una falta.
11. Más puede enseñar un analfabeto que un sér sin honradez, sin equidad.
12. Hay que merecer el empleo cada día. No bastan los aciertos ni la actividad ocasionales.

13. Todos los vicios y la mezquindad de un pueblo son vicios de sus maestros.
14. No hay más aristocracia, dentro de un personal, que la aristocracia o selección moral—los virtuosos—y la aristocracia de la cultura, o sea la de los capaces.
15. Para corregir no hay que temer. El peor maestro es el maestro con miedo.
16. Todo puede decirse; pero hay que dar con la forma. La más acre reprimenda puede hacerse sin deprimir ni envenenar un alma.
17. La enseñanza de los niños es tal vez la forma más alta de buscar a Dios; pero es también la más terrible en el sentido de tremenda responsabilidad.
18. Lo grotesco proporciona una alegría innoble. Hay que evitarlo en los niños.
19. Hay que eliminar de las fiestas escolares todo lo chabacano.
20. Es una vergüenza que hayan penetrado en la escuela el *couplet* y la danza grotesca.
21. La nobleza de la enseñanza comienza en la clase atenta y comprende el canto exaltador en sentido espiritual, la danza antigua — gracia y decoro — la charla sin crueldad y el traje simple y correcto.
22. Tan peligroso es que la maestra superficial charle con la alumna, como es hermoso que esté a su lado siempre la maestra que tiene algo que enseñar fuera de clase.
23. Las parábolas de Jesús son el eterno modelo de enseñanza: usar la imagen, ser sencilla y dar bajo apariencia simple, el pensamiento más hondo.
24. Es un vacío intolerable el de la instrucción que, antes de dar conocimientos, no enseña métodos para estudiar.
25. Como todo no es posible retenerlo, hay que hacer que la alumna seleccione y sepa distinguir entre

la médula de un trozo y el detalle útil, pero no indispensable.

26. Como los niños no son mercancía, es vergonzoso regatear el tiempo en la escuela. Nos mandan instruir, por horas, y educar siempre. Luego pertenecemos a la escuela en todo momento que ella nos necesite.
27. El amor a las niñas enseña más caminos a la que enseña que la pedagogía.
28. Estudiamos sin amor y aplicamos sin amor las máximas y aforismos de Pestalozzi y Fröebel, esas almas tan tiernas, y por eso no alcanzamos lo que alcanzaron ellos.
29. No es nocivo comentar la vida con las alumnas, cuando el comentario critica sin emponzoñar, alaba sin pasión y tiene intención educadora.
30. La vanidad es el peor vicio de una maestra, porque la que se cree perfecta se ha cerrado, en verdad, todos los caminos hacia la perfección.
31. Nada es más difícil que medir en una clase hasta dónde llega la amenidad y la alegría y dónde comienza la charlatanería y el desorden.
32. En el progreso o el desprestigio de un colegio todos tenemos parte.
33. ¡Cuántas almas ha envenenado o ha dejado confusas o empequeñecidas para siempre una mala maestra durante su vida?
34. Los dedos del modelador deben ser a la vez firmes, suaves y amorosos.
35. Todo esfuerzo que no es sostenido se pierde.
36. La maestra que no respeta su mismo horario y lo altera sólo para su comodidad personal, enseña con eso el desorden y la falta de seriedad.
37. La escuela no puede tolerar las modas sin decencia.
38. El deber más elemental de la mujer que enseña es el decoro en su vestido. Tan vergonzosa como

la falta de aseo es la falta de seriedad en su exterior.

39. No hay sobre el mundo nada tan bello como la conquista de almas.
40. Existen dulzuras que no son sino debilidades.
41. El buen sembrador siembra cantando.
42. Toda lección es susceptible de belleza.
43. Es preciso no considerar la escuela como casa de *una* sino de todas.
44. Hay derecho a la crítica, pero después de haber hecho con éxito lo que se critica.
45. Todo mérito se salva. La humanidad no está hecha de ciegos y ninguna injusticia persiste.
46. Nada más triste que el que la alumna compruebe que su clase equivale a su texto.

GABRIELA MISTRAL.

Hispano-América

Páginas inéditas

VISIONARIA

A Ciana Valdés Roig.

Yo veo una luz; yo veo
una luz que nadie ve;
y escucho unas voces que
ninguno ha escuchado; y leo

un libro, en el cual no creo,
pero que afirma mi fe,
y que me despoja de
todo material deseo.

Siento como una mirada
que de mi noche estrellada
rasga el misterio profundo,

y que un poder sobrehumano
pone una antorcha en mi mano
para iluminar el mundo!...

MARIBLANCA SABAS ALOMA.

Santiago de Cuba, 1923.

MANOS HIPÓCRITAS

Son dos manos preciosas, cuyas galas
quiso que fueran sin igual el hado.
Pero manos hipócritas y malas...
Dos divinas arañas del pecado.
Manos blancas de finas perfecciones,
—luz, matices, blanduras y tibiezas,—
pero horribles de turbias voliciones
e infernales de insidias y bajezas.
Yo las he visto, temblorosas, llenas
de una piadosa y monacal pudicia,
dejar, como si fueran manos buenas,
sobre otras manos tristes, su caricia;
vibrar con los impulsos más cristianos,
prodigar las ternuras más sutiles
como si fueran impolutas manos,
como si fueran manos infantiles.
Y todo era mentira!... Manos bellas,
manos arrebatadas al amor,
pobres manos hipócritas!... De ellas
yo no sé cómo se olvidó el Señor...

ARTURO S. MOM.

Buenos Aires, 1923.

CONFORMIDAD

Déjeme Dios la alegría
que vivo en mi casa pobre,
comiendo mi pan, el mío,
lejos del mal de los hombres.

Nada más a Dios le pido,
no pido vanos honores,
no quiero lauros del mundo,
quiero lo que Dios esconde!...

En mi soledad no busco
placer ni vanos honores,
vivo conmigo en silencio,
dentro de mí, como un monje.

Tengo un cariño en mi claustro
que es el cariño más noble:
un niño que me sonríe
y que sonriendo me acoge.

Tengo, además, por mi dicha,
amor de dos corazones
que velan todas mis horas,
que su amor en todo ponen...

. . . . . .

¿Qué más quiero yo en la vida?
¡Pensar lejos de los hombres
y hablar con el alma misma
a Aquél, que al alma responde!

Déjeme Dios esta vida,
conserve mi casa pobre
y démé la paz serena
donde el alma se recoge...

ROGELIO SOTELA.

San José Costa Rica, 1923.

INTIMA

Tu imagen—carne pálida—entre las orlas grises
de la esquela mortuoria, tu cabeza adorada,
mirando indiferente los remotos países
de rosas y luceros próximos a la Nada.

¿Son cenizas tus labios morenos, encendidos
ayer por mis caricias? ¿Las pomas de tu pecho,

serán negros enjambres, soles desvanecidos...
y tus brazos de Diosa, frío mármol deshecho?

No puede ser. Tú asciendes, excelsa, las escalas
infinitas... Tus plantas desnudas dejan huellas,
de tus rotos panales siempre brotaron alas
y en el cielo nocturno ya fulgura tu estrella!

Ahora puedes — es tuyo — abrir mi corazón,
y buscar con tus manos en sus hondas entrañas,
ahora clara, pura, oirás mi oración,
si no rozan tus alas la nieve, en las montañas...

Si yo pudiera, al menos, atravesar el mar
helado, que bordea tu palacio sin nombre,
y ascender silencioso las gradas de tu altar
y dejar aquí, terco, mi sorda vida de hombre...

Y si lograra con mis besos, que tú sabes,
besar tu boca dulce, de un dulzor indecible
y seguir el gran vuelo de las divinas aves...
¡Oh sí! ¡yo sé que un día todo será posible!

Resplandecerá el mundo. Una piedad inmensa
habrá para mis ojos en tu mirar de paz,
cuando tu frente lea lo que mi frente piensa
y la yedra y tus rosas florezcan en un haz.

Melancólica amiga, mi barca está deshecha
¿no la miras vagar sin rumbo por el río...?
He arrojado a las aguas el carcaj y la flecha;
mas presto se ha de hundir al peso de mi hastío...

Y olvidaré mis quejas y olvidaré mi vida,
y olvidaré mi nombre, por esperar las olas,
la ola que me lleve con mi nave vencida
a tu país, imperio de las riberas solas...

OCTAVIO PINTO.

Córdoba, 1923.

JUNTOS, DETRÁS DE LA VENTANA...

Juntos, detrás de la ventana,
tu cabecita apoyada en mi hombro,
juntos y silenciosos,
miramos caer las hojas, en la tarde de otoño.
Dices: "Me había olvidado...
Pablo vino a buscarte..."

Y de nuevo callamos.

Luego, te vuelves sonriente
y vas a decirme algo.

Yo me inclino
y al fondo de tus ojos, despeinado, pálido,
—igual que en los retratos
que de mí conservas—
veo un hombre de luto
con un cigarro entre los labios...

PIENSO EN AQUEL CUARTO

Pienso en aquel cuarto nuestro
tan alto sobre la plaza y frente al río.
Tenía dos balcones, las paredes cubiertas de grabados
y era pequeño, tibio y pequeño como un nido.
Pasamos allí un otoño
y un invierno.
Tú estabas siempre a la ventana:
—"Cuánto coche — decías — y cuánto ruido..."
De pronto llamabas:
—"Ven, Alberto... ¿alcanzas a ver?"
Y señalaba una torre lejana
tu brazo extendido.
En las veladas, echada junto a mí como una gata
rubia y blanca, fumabas o leías.

Mirándote así, perezosa y lánguida,
temblando en tu nuca el fulgor de la lámpara,
yo pensaba, cargando mi pipa:
—"Decididamente, amigo Alberto,
la vida... no es mala, ni aburrida..."

A. Rojas Giménez.

Santiago de Chile, 1923.

CASAS DE LA ISLA MACIEL

Lindas, pintorescas,
casas de juguete.
Son rojas, rosadas,
y grises y verdes.

Entre el río de oro
y el cielo celeste,
bañadas de sol,
esta tarde tienen
un mágico encanto.
Viviendas de gnomos parecen.

Estas infantiles
casas de juguete,
debieron traerlas
los Reyes.

Pedro Herreros.

Buenos Aires, 1923.

EL HERMANO MUERTO

La tristeza es una cosa suave y leve.
Es como una pluma negra
que no pesa nada
en la frente del fuerte guerrero
y cudea negramente.

La tristeza es como una joya
de obsidiana,
de las que labra el viejo artista,
el viejo artista
que aún tiene el pulso firme.
La joya de obsidiana es suave y leve.
La tristeza es suave y leve.

Hoy he recordado
a mi hermano de sangre que murió en la batalla.
Vivió mucho antes que yo.
Guerreó mucho antes que yo.
Murió, mucho antes que yo.
Y, sin embargo, él es
mi hermano de sangre.
Hermano de guerra y de paz.
Hermano de brazo y de mente.
Hermano de vida y de muerte.

Mi hermano de sangre murió hace ya tiempo.
La herida la tuvo en el pecho.
No hablaba esta lengua extranjera
que hablo yo ahora.
No tenía la frente ultrajada.
No vivía en casas tapadas al sol.
Corría libremente colinas.

Creyó aun en Pitao Cozaana,
el dios que se engendra él mismo.
Mi hermano de sangre murió hace ya tiempo.
¡Quién fuera mi hermano de sangre!

ANTONIO ARRÁIZ.

Caracas, 1923.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La Buena Cosecha.—Por Alberto Lasplaces.—Montevideo.—1923.

La obra, ya bastante densa, en calidad y cantidad, no obstante su juventud, de este autor, acaba de enriquecerse con este nuevo volumen con el cual el señor Lasplaces vuelve a afirmar sus notables aptitudes, ya para el comentario ágil sobre el episodio de actualidad, como para la alta crítica filosófica o literaria.

Hombre muy inquieto, muy moderno y muy libre de prejuicios, parece amar sobre todo el choque con las ideas generales, con las costumbres rutinarias y con la ética común. Así, tiene algo este libro de simpático paladín que entra al combate, no a la manera del **snob**, sin otro escudo que la audacia, ni otro motivo que el de hacerse notorio por histerismos iconoclastas, sino bien abroquelado por la cultura y movido por la convicción.

Y diario sugestivo siempre, exteriorizado con arte y gracia, en una prosa donde se revela al escritor ya hecho, para quien el lenguaje es dócil como un corcel domado.

Nosotros hemos gustado este libro con la doble satisfacción de la bella palabra y del concepto generalmente compartido.

"Títulos", "Premios a la Virtud", "Cintas Policiales", entre los comentarios; las páginas dedicadas a estudiar la filosofía de D'Ors, la exégesis sobre arte autóctono, y casi todos los demás capítulos están llenos de verdades y pensamientos nuevos, cuyo influjo es difícil resistir, aunque, a veces, aquéllas nos duelan como el azote de un látigo, y éstos promuevan nuestra rebeldía.—**J. M. D.**

Anfora Sedienta.—Poesías por Rafael Heliodoro Valle.—México.—1923.

"El poeta del ánfora está loco de prismas. En sus ojos retiembla la embriaguez de las piedras preciosas... Mezcla él, con manos pródigas, los camafeos de Gautier, las perlas de Banville, los rubíes de D'Aurevilly, las esmeraldas de Lorrain, los diamantes traslúcidos en que se cuajaron las lágrimas alcohólicas del Pauvre Lelián"...

Así, con su estilo suntuoso, habla, prologando el libro de este poeta, Santos Chocano.

Parecería entonces Heliodoro Valle, un lírico indeterminado, sin

orientación propia, eco de otros númenes, lo que, sin duda, está muy lejos de la verdad, como el mismo gran poeta peruano lo reconoce cuando aconseja "beber de esa ánfora, porque en el fondo de ella y sin mezclarse al buen vino francés, está asentada una gota de sangre indígena."

En realidad, Heliodoro Valle es un bello temperamento lírico, un poeta poliédrico capaz de vibrar a las solicitaciones más diversas, y de responder a ellas utilizando distintos medios expresivos. Se le adivina, es cierto, una gran cultura y un conocimiento profundo de las técnicas y los efectos eufónicos; pero esta sabiduría, fruto, sin duda, de largas y exaltadas horas vividas junto con los grandes maestros, no lo descolora hasta el punto de mezclarlo en la fila de los acólitos, sino que le sirve para exteriorizar su propia y robusta mentalidad.

De las cuatro partes en que está dividido el libro, la titulada "Tierra Natal",—epígrafe por sí sólo bastante específico—nos parece la mejor, aquella en que Heliodoro Valle ha puesto si no más sinceridad, más originalidad. Y dentro de ella el poema "Río Cangrejal", emerge fascinado por su limpia frescura y su magnífica sencillez.—**J. M. D.**

"Ruy Barboza".—Conferencia en la Sociedad Uruguaya de Derecho Internacional.—Por José G. Antuña.—Montevideo.—1923.

En discreto folleto nos llega la notable conferencia de nuestro colaborador don José G. Antuña sobre la personalidad de Ruy Barboza y con motivo de su muerte.

Se trata de un trabajo serio, de positiva sustancia, que entraña un hermoso homenaje, y nos da la impresión de un bajo relieve hecho para la futura estatua del gran tribuno.

Bajo relieve que quisiéramos ofrendar a su memoria en nombre del Uruguay. He ahí nuestro elogio.—**T. M.**

Emilio Boutroux y la Filosofía Universitaria en Francia.—Por José Ingenieros.—Cooperativa Buenos Aires.—1923.

De todos los aspectos que caracterizan la personalidad proteica de Ingenieros, no es el menos interesante este de divulgador. Claro que nosotros preferimos al psicólogo de "El Hombre Mediocre", pero reconocemos que Ingenieros, con volúmenes en el orden de éste al cual se le acusa hoy recibo, hace un señalado servicio a la cultura del Plata.

Emilio Boutroux, sin duda, merece ser conocido y amado. Ingenieros define bien la figura del filósofo, enseñándonos el medio donde Boutroux se educa y definiendo el problema de la contingencia.

Ingenieros se vale de la gran figura francesa para hacernos ver la evolución de la Filosofía en los grandes centros intelectuales de París. Como libro de exégesis y documental, el volumen publicado por la "Cooperativa Buenos Aires" es precioso.—**V. A. S.**

"Del Movimiento Postumista".—D. Moreno Jiménez.—Santo Domingo.—1923.

D. Moreno Jiménez es uno de los poetas mayores de Santo Domingo, según la frase de algunos jóvenes dominicanos conocidos. Y hete aquí la sorpresa: los versos del poeta, que nos trae este librito de veinte páginas, no tienen ninguna diferencia de los doscientos mil poemas con que la juventud de todos los países está ahogando el mundo... Es el afán de renovar, estrujando, retorciendo, mordiendo... Y de ahí al desequilibrio vulgar o a la vulgaridad desequilibrada, no hay ni una cinta métrica.—**T. M.**

Amanecer (novela).—Por Angel E. Sforza.—Buenos Aires.—1923.

Sin muchas complicaciones episódicas ni psicológicas ha construído, sin embargo, el autor, una novela bien definida e intensa, en que los personajes diseñan fuertemente sus caracteres y los hechos se suceden bien ligados, manteniendo encendido el interés y, además, narrados con soltura, dentro de una corrección de lenguaje no muy fácil de hallar en obras de su género.

Es, no obstante, en la pintura de los paisajes y las costumbres donde el autor consigue destacarse netamente. La descripción del entierro de Don Vicente, la de una trilla, el cuadro, tan nuestro, de la tierra inundada por las tercas lluvias de julio, el del interior de un rancho, tienen tal fuerza típica que pueden considerarse notables por el colorido, la exactitud y la observación.—**J. M. D.**

Memoranda de revistas recibidas en "Pegaso":

Acción Cooperativista.—México.—D. F.
América Latina.—Cuenca.—Ecuador.
Adelante.—Salto.—R. O.
Athenea.—San José de Costa Rica.—C. A.
Ateneo de Honduras.—Tegucigalpa.—Honduras.
Armonía Social.—León.—México.
Astral.—Santiago de Cuba.
Atenas.—Habana.—Cuba.
Anales de Instrucción Pública.—Montevideo.—Uruguay.
Athéna.—París.—Francia.
Austral.—Cuenca.—Ecuador.
Acción Femenina.—Montevideo.—Uruguay.

Belles-Lettres.—París.—Francia.
Boletín de la Unión Panamericana.—Wáshington.—Norte América.
Billiken.—Caracas.—Venezuela.
Boletín del Palacio del Libro.—Madrid.—España.
Bibliografía.—Lille.—Francia.
Boletín de la Escuela Normal de Varones.—Tegucigalpa.—Honduras.

Cultura.—Guatemala.—C. A.
Cuba Contemporánea.—Habana.—Cuba.
Cuba y Canarias.—Zazá del Medio.—Cuba.
Cultura Venezolana.—Caracas.—Venezuela.
Cromos.—Bogotá.—Colombia.
Ciencias y Letras.—Guayaquil.—Ecuador.
Calibán.—Malvín.—Montevideo.—Uruguay.

Educación.—Montevideo.—Uruguay.
El Leucocito.—Rosario.—Rep. Argentina.
El Lazo Blanco.—Montevideo.—Uruguay.
Evolución.—Oaxaca.—México.
El Trovador de la Pampa.—Buenos Aires.—R. A.
El Maestro.—México.—D. F.
El Terruño.—Montevideo.—Uruguay.
El Convivio.—San José de Costa Rica.—C. A.
Estudios.—Buenos Aires.—R. A.
España.—Madrid.—España.
El Suplemento.—Buenos Aires.—R. A.
España y América.—Cádiz.—España.
El Libro y el Pueblo.—México.—D. F.
El Heraldo de la Raza.—México.—D. F.
El Universitario.—Buenos Aires.—R. A.
Educación.—Santiago de Chile.
El Magazine de la Raza.—Habana.—Cuba.

France-Amerique Latine.—París.—Francia.

Hermes.—Bilbao.—España.
Hispano América.—Tegucigalpa.—Honduras.
Higiene y Salud.—Montevideo.—Uruguay.
Heraldo de Cuba.—Habana.—Cuba.

Intentions.—París.—Francia.
Il Concilio.—Foligno.—Italia.

Juventud.—Santiago de Chile.
Juventud.—Unión.—Montevideo.—Uruguay.

La Pluma.—Madrid.—España.
La Falange.—México.—D. F.
La Reforma Social.—New York.—Norte América.
La Novela Semanal.—Buenos Aires.—R. A.
La Revue de l'Epoque.—París.—Francia.
La Rábida.—Huelva.—España.
Los Intelectuales.—Buenos Aires.—R. A.
La Nueva Democracia.—New York.—Norte América.
La Semana.—Salto.—R. O.
La Reforma Social.—Habana.—Cuba.
La Connaissance.—París.—Francia.
Los Tiempos.—Paysandú.—R. O.

Mercurio Peruano.—Lima.—Perú.
México Moderno.—México.—D. F.

Nosotros.—Buenos Aires.—R. A.
Nuestra América.—Buenos Aires.—R. A.
Nuestra Revista.—Buenos Aires.—R. A.
Naçao Portugueza.—Lisboa.—Portugal.
Noticias Literarias.—Buenos Aires.—R. A.

O Mundo Literario.—Río de Janeiro.—Brasil.

Paraguay.—Asunción del Paraguay.
Páginas.—Olivos.—Buenos Aires.—R. A.
Patria.—Guayaquil.—Ecuador.
Pensamiento y Acción.—San Salvador.—C. A.

Revista Histórica.—Montevideo.—Uruguay.
Revista de Revistas.—México.—D. F.
Repertorio Americano.—San José de Costa Rica.
Revista do Brasil.—San Paulo.—Brasil.
Revista Chilena.—Santiago de Chile.
Revista de la América Latina.—París.—Francia.
Revue de l'Amerique Latine.—París.—Francia.
Revista Parlamentaria de Cuba.—Habana.—Cuba.
Revista Bimestre Cubana.—Habana.—Cuba.
Revista de Revistas.—San Salvador.—C. A.
Revista de la Asociación Rural del Uruguay.—Montevideo.

Renovación.—Buenos Aires.—R. A.
Revista Castellana.—Valladolid.—España.
Revista de Educación.—La Plata.—Buenos Aires.—R. A.
Renacimiento.—Montevideo.—Uruguay.
Revista Proyecciones.—Guayaquil.—Ecuador.
Revista de Instrucción Primaria.—Asunción del Paraguay.
Revista Nueva.—Tegucigalpa.—Honduras.
Revista de Casa América Galicia.—La Coruña.—España.
Revista Dental.—Montevideo.—Uruguay.
Revista Martiniana.—Habana.—Cuba.

Smart.—Habana.—Cuba.
Solidaridad.—Monterrey.—México.

Trabajo.—Montevideo.—Uruguay.
Tentatives.—Grenoble.—Francia.

Variedades.—Guadalajara.—México.
Vida Femenina.—Montevideo.—Uruguay.
Vogue.—Buenos Aires.—R. A.
Verbum.—Buenos Aires.—R. A.
Vida Nuestra.—Buenos Aires.—R. A.

Zeus.—Salto.—R. O.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: SOLIS y PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

---

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 300 y de 5 % hasta $ 1.000.— Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

Mercurio Peruano.—Lima.—Perú.
México Moderno.—México.—D. F.

Nosotros.—Buenos Aires.—R. A.
Nuestra América.—Buenos Aires.—R. A.
Nuestra Revista.—Buenos Aires.—R. A.
Naçao Portugueza.—Lisboa.—Portugal.
Noticias Literarias.—Buenos Aires.—R. A.

O Mundo Literario.—Río de Janeiro.—Brasil.

Paraguay.—Asunción del Paraguay.
Páginas.—Olivos.—Buenos Aires.—R. A.
Patria.—Guayaquil.—Ecuador.
Pensamiento y Acción.—San Salvador.—C. A.

Revista Histórica.—Montevideo.—Uruguay.
Revista de Revistas.—México.—D. F.
Repertorio Americano.—San José de Costa Rica.
Revista do Brasil.—San Paulo.—Brasil.
Revista Chilena.—Santiago de Chile.
Revista de la América Latina.—París.—Francia.
Revue de l'Amerique Latine.—París.—Francia.
Revista Parlamentaria de Cuba.—Habana.—Cuba.
Revista Bimestre Cubana.—Habana.—Cuba.
Revista de Revistas.—San Salvador.—C. A.
Revista de la Asociación Rural del Uruguay.—Montevideo.

Renovación.—Buenos Aires.—R. A.
Revista Castellana.—Valladolid.—España.
Revista de Educación.—La Plata.—Buenos Aires.—R. A.
Renacimiento.—Montevideo.—Uruguay.
Revista Proyecciones.—Guayaquil.—Ecuador.
Revista de Instrucción Primaria.—Asunción del Paraguay.
Revista Nueva.—Tegucigalpa.—Honduras.
Revista de Casa América Galicia.—La Coruña.—España.
Revista Dental.—Montevideo.—Uruguay.
Revista Martiniana.—Habana.—Cuba.

Smart.—Habana.—Cuba.
Solidaridad.—Monterrey.—México.

Trabajo.—Montevideo.—Uruguay.
Tentatives.—Grenoble.—Francia.

Variedades.—Guadalajara.—México.
Vida Femenina.—Montevideo.—Uruguay.
Vogue.—Buenos Aires.—R. A.
Verbum.—Buenos Aires.—R. A.
Vida Nuestra.—Buenos Aires.—R. A.

Zeus.—Salto.—R. O.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: SOLIS y PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

---

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 300 y de 5 % hasta $ 1.000.— Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

BELLES - LETTRES

REVISTA MENSUAL DE LAS LETRAS FRANCESAS

DIRECTOR: MAURICIO LANDEAU

89 Boulevard Exelmans.—PARIS (16e)

Espejo fiel de toda actividad literaria, **Belles-Lettres** *es la revista indispensable para todos los que se interesen en la literatura.*

DE TODAS LAS GRANDES REVISTAS ES LA MAS ECONOMICA

PARA SUSCRIBIRSE:

FRANCIA:		EXTRANJERO:	
Un año . . .	20 fr.	Un año . . .	24 fr.
Seis meses . .	11 »	Seis meses . .	13 »

EL NÚMERO 2 fr.

"Mercurio Peruano"

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

DIRECTOR:
VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Precio del número en el extrajero · 1 Sol

Redacción y Administració:
Juan Pablo6 34 – LIMA (PERÚ)

"Cultura Venezolana"

La mejor Revista mensual que se publica en Venezuela

DIRECTOR:
JOSÉ A. TAGLIAFERRO

Cada número tiene más de 100 páginas

Caracas — VENEZUELA

Precio del número:
Frs 2.50

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS
Arte, Historia, Filosofía
y Ciencias Sociales

Fundada el 1.º de agosto de 1907

DIRECTORES:
ALFREDO A. BIANCHI
JULIO NOÉ

Precio de suscripción:

Por un año: **$ 7 o/a**

Dirección y Administración
Libertad, 543 — BUENOS AIRES

Revista do Brasil

MONTEIRO LOBATO & Cia.
EDITORES

SAN PAULO

Rua dos Gusmoes 70 - Caixa 2-B

UNA DE LAS MÁS
IMPORTANTES
PUBLICACIONES
DEL BRASIL

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1.º de enero de 1913

Director:

MARIO GUIRAL MORENO

Números de 96 a 136 páginas
Por un año:
Cuba: **$ 4.00** o/am.
Extranjero: **$ 5.00** o/am.

Redacción y Administración
O'Reilly, 11--Habana, CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa
española y extranjera

Hebdomadario publicado por

J. García-Monge

El número:
0.15 oro americano
El Tomo:
$ 4.00 oro americano

Apartado 533
SAN JOSE, Costa Rica, C. A.

LA PLUMA

REVISTA [illegible]

MANUEL AZAÑA — C. RIVAS CHERIF

Se publica mensualmente en fascículos de [illegible]

Hermosilla 24, duplicado — MADRID

LA REFORMA SOCIAL

REVISTA MENSUAL

Cuestiones sociales, económicas, políticas y parlamentarias.

Director:
CESTES FERRARA

PRECIOS EN EL EXTRANJERO:
Por año: $ 4.00
El ejemplar: 35 cents.

Dirección, Redacción y Administración:
[illegible] 49 Street, HABANA, CUBA

NUESTRA AMÉRICA

Revista Mensual

Para la difusión de la cultura americana

[illegible] 1.° de [illegible] de 1915

Director: R. [illegible]

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
Por año: $ [illegible]

Dirección y Administración
CALLAO 441-BUENOS AIRES

LA FALANGE

REVISTA DE CULTURA LATINA

Es la revista de la juventud mexicana

La suscripción vale 3 pesos por seis meses en la República de México y dos dólares en el extranjero

Avenida República Argentina, N.° 35.—Apartado 562
MEXICO—D. F.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Del Castillo Serapio, Paraguay 1267

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daquó Juan, Soriano 1370.

Gerona Héctor, 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120.

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufre 1649.

Scoseria José, Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo Eduardo, Colón 1392.

Gutiérrez César G., Sarandí 365.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto 1297.

Navarra María Inés, Canelones 2061.

LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

REDACTORES:

MANUEL AZAÑA — C. RIVAS CHERIF

Se publica mensualmente en fascículos de **80 páginas**

Hermosilla 24, duplicado — MADRID

LA REFORMA SOCIAL

REVISTA MENSUAL

Cuestiones sociales, económicas, políticas y parlamentarias.

Director:
ORESTES FERRARA

PRECIOS EN EL EXTRANJERO:
Por año: **$ 4.00**
El ejemplar: **35 cents.**

Dirección, Redacción y Administración:
Manrique 40 Street, HABANA, CUBA

NUESTRA AMÉRICA

Revista Mensual

Para la difusión de la cultura americana

Fundada el 1.º de octubre de 1918

Director: **E. ESTEFANINI**

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
Por año: **$ 3.00 oro**

Dirección y Administración
Caracas 440-BUENOS AIRES

LA FALANGE

REVISTA DE CULTURA LATINA

Es la revista de la juventud mexicana

La suscripción vale 3 pesos por seis meses en la República de México y dos dólares en el extranjero

Avenida República Argentina, N.º 35.—Apartado 562
MEXICO—D. F.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Del Castillo Serapio, Paraguay 1267

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daquó Juan, Soriano 1370.

Gercna Héctor, 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120.

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufre 1649.

Scoseria José, Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo Eduardo, Colón 1392.

Gutiérrez César G., Sarandí 365.

CIRUJANOS DENTISTAS

Csimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto 1297.

Navarra María Inés, Canelones 2061.

El emblema de

RAPIDEZ Y SEGURIDAD

en servicio telegráfico o cablegráfico á

TODAS PARTES

DEL MUNDO

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston, Texas. — Strand and 21st Street.
México — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico, San Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá. Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador. — Esmeraldas. Santa Elena. Guayaquil.
Perú. — Paita. Callao. Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N. 462. Valparaíso, Cochrane N.º 583. Santiago, Huérfanos N.º 1041. Tacna. Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383. Rosario, Calle San Martin N.º 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala.
Brasil. — Santos, Rua 15 de Novembro N.º 175. Rio de Janeiro, Rua 7 de Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.º 400 -- Montevideo

G. V. MARIÑO, Imp.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES: RODOLFO MEZZERA.
PABLO DE GRECIA. J.M. DELGADO.
SECRETARIO: TELMO MANACORDA.

MONTEVIDEO

JULIO 1923 NÚMERO 61

056.1
PE-
No 61

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

PEGASO

AÑO VII MONTEVIDEO, JULIO DE 1923 N.º 61

SUMARIO:

«Pegaso».	Grabados en madera, de Pedro Blanes Viale y Federico Lanau.
Pasteur	por Eduardo Blanco Acevedo.
Añoranza	» Luis V. Barbé.
Estaciones—Voluntad—El sábado en la aldea.	» Jaime Torres Bodet.
No me quiero morir.—Never more . .	» Carlos Zum Felde.
Final de primavera	» Juana de Ibarbourou.
Ella es todo el ritmo.	» Fernando Nebel.
Snobismo	» Atilio C. Brignoli.
Sobre Guillermo de Torre.	» Luisa Luisi.
Julio J. Casal.	» Correa Calderón.
Jahel	» Adriano M. Aguiar.

Hispano América: Carta de Gay-Calbó.

Crónica de Arte: Comentarios de Edmundo Prati.

Educación: **Museos Escolares**: por Enriqueta Compte y Riqué.

Notas Bibliográficas.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: SOLIS y PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

---

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 300 y de 5 % hasta $ 1.000.— Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

BELLES - LETTRES

REVISTA MENSUAL DE LAS LETRAS FRANCESAS

DIRECTOR: MAURICIO LANDEAU

89 Boulevard Exelmans.—PARIS (16e)

Espejo fiel de toda actividad literaria, **Belles-Lettres** *es la revista indispensable para todos los que se interesen en la literatura.*

DE TODAS LAS GRANDES REVISTAS ES LA MAS ECONOMICA

PARA SUSCRIBIRSE:

FRANCIA:		EXTRANJERO:	
Un año . . .	20 fr.	Un año . . .	24 fr.
Seis meses . .	11 »	Seis meses . .	13 »

EL NÚMERO 2 fr.

"Mercurio Peruano"

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

DIRECTOR:
VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Precio del número en el extrajero: 1 Sol

Redacción y Administració:
Juan Pablo6 34—LIMA (PERÚ)

"Cultura Venezolana"

La mejor Revista mensual que se publica en Venezuela

DIRECTOR:
JOSÉ A. TAGLIAFERRO

Cada número tiene más de **100 páginas**

Caracas — VENEZUELA

Precio del número:
Frs 2.50

EL PREFERIDO

DE LAS FAMILIAS

ACEITE "LIBERTAD"

ES EL MEJOR

PESQUERA Y Cía.

VALPARAISO, 1101 MONTEVIDEO

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique paraissant depuis le 1.er janvier 1922 a publié des poèmes, proses, essais, remarques, œuvres inédites notamment de:

Paul Claudel, Benjamin Crémieux, Lucien Fabre, Léon-Paul Fargue, André Gide, Jean Giraudoux, Ramón Gómez de la Serna, Max Jacob, Edmond Jaloux, James Joyce, Valery Larbaud, François Mauriac, Gabriel Miró, Paul Morand, Marcel Proust, Raymond Radiguet, Jules Romains, Philippe Soupault, Jules Supervielle, Paul Valéry, etc.

Chronique Musicale, par Darius Milhaud.

Directeur: Pierre André-May.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVII.e

Le Numéro:	France fr. 2	Etranger: fr. 2.50
Abonnement:	» » 20	» » 25

(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré à: VALERY LARBAUD.

PEGASO

Montevideo, Julio de 1923. N.° 61 — Año VII.

Grabado en madera de Federico Lanau.

EL PREFERIDO
DE LAS FAMILIAS

ACEITE "LIBERTAD"

ES EL MEJOR

PESQUERA Y Cía.

VALPARAISO, 1101 MONTEVIDEO

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique paraissant depuis le 1.er janvier 1922 a publié des poèmes, prosec, essais, remarques, œuvres inédites notamment de:

Paul Claudel, Benjamin Crémieux, Lucien Fabre, Léon-Paul Fargue, André Gide, Jean Giraudoux, Ramón Gómez de la Serna, Max Jacob, Edmond Jaloux, James Joyce, Valery Larbaud, François Mauriac, Gabriel Miró, Paul Morand, Marcel Proust, Raymond Radiguet, Jules Romais, Philippe Soupault, Jules Supervielle, Paul Valéry, etc.

Chronique Musicale, par Darius Milhaud.

Directeur: Pierre André-May.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe

Le Numéro: France fr. 2 Etranger: fr. 2.50
Abonnement: » » 20 » » 25
(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré á: VALERY LARBAUD.

PEGASO

Montevideo, Julio de 1923. N.º 61 — Año VII.

Grabado en madera de Federico Lanau.

PASTEUR

Conferencia dada en el Salón de Actos Públicos de la Universidad de Montevideo, bajo el patrocinio del Comité «France Amerique» del Uruguay.

Cerca de Alsacia, en el Departamento del Jura, hay una pequeña ciudad, serena y apacible, llamada Dôle, en cuyas estrechas y empinadas calles se pueden ver, entre simples casas paisanas, algunas vetustas y nobles construcciones que denuncian una arquitectura que nos es familiar. Es que la ciudad de Dôle, como todo el Franco Condado, fué dominada en nombre de su rey, por príncipes y soldados de España durante largos años, desde la abdicación de Carlos V hasta su unión con Francia, bajo Luis XIV. Y los vestigios de esa época se reconocen en la luz de otro sol, que hay en el mirar profundo de las mujeres, en la altivez con que los hombres siguen su destino en la paz y en la guerra, y en las clásicas rejas que lucen las ventanas.

El subsuelo de un viejo edificio es llamado aún el Reducto del Infierno, porque los burgueses de la ciudad supieron morir hasta el último antes de entregarse al enemigo.

Es el mismo rasgo de entereza, que se encuentra iluminado por el genio, en el carácter inflexible de un hijo de Dôle: Luis Pasteur.

Descendiente de paisanos trabajadores de la tie-

rra, y de obreros, familiarizado con el esfuerzo que una dura vida de fatigas sin tregua impuso a los suyos, Luis Pasteur tuvo por herencia las virtudes tradicionales de su raza, el espíritu de trabajo y de método, el sentido de la medida y de los matices, la tenacidad, el poder de observación, una alta probidad. Pero a todo ello, que recibió por cuenta de lo que tan justamente se ha llamado el sindicato ancestral, una diosa generosa y justa, agregó, en su cuna, como en las leyendas, en su humilde cuna de hijo de obreros, lo que no se hereda ni se adquiere: el Genio.

El padre de Pasteur, curtidor de oficio, había sido soldado del Imperio, en el 3.º de línea, en ese famoso regimiento bautizado "el bravo entre los bravos". Su bandera se cubrió de gloria en las campañas de Alemania y de España y en los combates de Bar-sur-Aube y de Arcey-sur-Aube, donde el sargento Pasteur ganó su Legión de Honor.

A la caída del Imperio el regimiento fué disuelto, y el sargento Pasteur volvió a su casa trayendo, con la amargura de la derrota, un poco de gloria de Austerlitz. Sin duda no presentía en su reserva altiva de *demi-solde,* que de esa casa iba a salir un genio más grande que el gran emperador, porque estaba llamado a hacer resplandecer días de gloria sobre su patria y sobre la humanidad entera, sin hacer derramar ni sangre ni lágrimas.

Luis Pasteur fué a París para seguir en un internato sus estudios. Modesto estudiante de provincia, recibió una profunda impresión al conocer por vez primera la gran ciudad, al cambiar la serena vida patriarcal de Arbois por la formidable trepidación de trabajo, de ambiciones, de placeres, de misterios y de dolores de la ciudad inmensa.

Dejadme narrar aquí un hecho que marca la sensibilidad del sabio, la misma dulce sensibilidad que

reconoceréis más tarde cuando lo veáis temblar por la suerte de sus enfermos o por el sufrimiento de sus animales de experiencia.

Pasteur extrañaba profundamente el medio familiar, y en plena nostalgia, decía a un amigo íntimo: "¡Ah, si pudiera respirar, aunque fuera una hora, el aire del taller de la calle des Tanneurs!" Su invocación no tardó en surtir efecto, y un día, en momentos que se dirigía a la puerta del internato, vió aproximarse un hombre de sencilla y noble figura, la levita negra cruzada, en la solapa la Legión de Honor. Era su padre, que movido por análogos sentimientos, venía a buscar al hijo. Sin darse explicaciones, traicionados ambos por el mismo hondo afecto, tomaron juntos el camino de Arbois.

Y la modesta casa del curtidor volvió a conocer las veladas de amor familiar, y una vez más a la luz del hogar, la madre infatigable continuaba su tejido y el soldado hablaba al hijo de las glorias pasadas.

Acaso en este puro hogar se encendió la llama interior que animó las decisiones de Luis Pasteur, que sostuvo sus fervorosos entusiasmos y que iluminó, con fuego sagrado, la senda de su vida fecunda.

Así lo pensó él mismo, evocando, un día de gloria y de reconocimiento nacional, a su padre y a su madre, en términos que voy a repetir ante vosotros respetando su noble belleza.

"¡Oh, mi padre y mi madre! ¡Oh, queridos desaparecidos que habéis vivido tan modestamente en esta humilde casa; es a vosotros a quienes os debo todo! ¡Tus entusiasmos, valerosa madre, los has hecho vivir en mí. Si siempre he asociado la grandeza de la ciencia a la grandeza de la patria, es que me sentía impregnado de los sentimientos que tú me habías inspirado! ¡Y tú, querido padre, cuya vida fué tan ruda como tu rudo oficio, tú has mostrado lo que puede

hacer la paciencia en los largos esfuerzos! Es a ti a quien debo la tenacidad en el trabajo cotidiano. ¡No solamente tú tenías las cualidades de perseverancia que hacen las vidas útiles; tú sabías, también, admirar los grandes hombres y las grandes cosas! ¡Mirar hacia arriba, aprender cada vez más, tratar de elevarse, he ahí lo que he aprendido de ti!

Sed benditos, uno y otro, mis queridos padres, por lo que habéis sido y dejadme ofreceros hoy el homenaje hecho a esta casa."

* * *

La obra de Pasteur, multiforme y diversa, se encadena, sin embargo, lógicamente. Empezada en el terreno de la química, se termina dando las soluciones definitivas a los más arduos problemas de la biología, de la medicina y de la cirugía, y en su curso ilumina, con el resplandor del genio, las industrias, la ganadería, la agricultura. Obra singular que no sólo marca una etapa en el progreso del conocimiento y una disminución del sufrimiento humano, sino que se traduce también en el orden material por millones y millones ganados para el bienestar del mundo.

Mientras los médicos de la época vivieron del concepto anatómico, mientras los hombres de laboratorio como el ilustre Claude Bernard, vivieron el concepto fisiológico, Pasteur, que no era ni médico ni fisiólogo, entra por la senda de la química en la biología, y estudiando, con impecable método, los seres infinitamente pequeños, descubre perspectivas insospechadas de la vida y de la muerte.

Lo que acaso sorprende más en Pasteur, es la modalidad profundamente humana de su genio. A pri-

mera vista no parece dotado de condiciones excepcionales; alumno, no fué precoz, y sus clasificaciones no fueron deslumbrantes; joven maestro, no buscó imponerse por un golpe de vista superior o por una prestigiosa originalidad verbal; gran sabio, coronó su vida laboriosa con esfuerzos generosos en bien de la humanidad. No es el semidiós que posee recursos inaccesibles a los mortales. No es ni Pascal, ni Buonarotti, ni Bonaparte. El genio de Pasteur se disimuló siempre en el trabajo, se manifestó siempre en medio de un esfuerzo tan sostenido, que jamás pudo decirse con más razón: "el genio es una larga paciencia". Motivo de más para estudiar su vida, no sólo para admirarla y rendirle el tributo que merece, sino también para imitarla, "porque de los grandes hombres que han marcado su pasaje con un rayo de luz perdurable, recojamos, piadosamente, para enseñanza de la posteridad, hasta los menores actos, hasta las menores palabras, a fin de conocer los estímulos que movieron sus grandes almas".

Los trabajos iniciales de Pasteur

Los más pequeños hechos tienen consecuencias incalculables. Los estudios de Pasteur sobre la cristalografía no podían a primera vista tener más consecuencia que enriquecer un capítulo árido de una ciencia especial. En realidad, constituyen la base de la doctrina científica más revolucionaria que haya salido del intelecto humano.

He aquí sucintamente expuesta la cuestión. Ciertas substancias tienen el poder de desviar el plano de la luz polarizada. Entre esas substancias, los tartratos, derivados del ácido tártrico, desvían el plano de la luz polarizada hacia la derecha. Era un hecho, y no había en él nada de anormal. Pero el problema se

hacía más complicado, cuando se vió que una substancia con análoga forma cristalina, con la misma composición química, el paratartrato, no desviaba la luz polarizada, es decir, era indiferente.

Esto era lo que, en química, se conoció con el nombre de problema de Misterlich, y los sabios de la época habían envejecido sin encontrar la solución clara del fenómeno. Después de serios y pacientes trabajos, Pasteur encontró la explicación: hay dos clases de tartratos, uno izquierdo y otro derecho. La mezcla de ambos es inactiva, y la diferencia entre ellos está en el tallado de sus facetas. Pero esa diferencia no sólo está en las formas cristalinas, sino que persiste en las moléculas mismas; de ahí que subsiste en las soluciones. A la asimetría cristalográfica corresponde la asimetría molecular.

Pasteur experimentó una fuerte emoción al darse cuenta que había encontrado la solución ansiada; y cuentan los viejos cronistas del Barrio Latino, que abandonó lleno de entusiasmo el laboratorio, y tomando del brazo al primer pasante del Jardín de Luxemburgo, de ese dulce jardín, testigo de tantas glorias y de tantas desilusiones, le narró con calor su triunfante hallazgo. Solamente después se decidió a comunicar sus resultados al gran químico Biot, venerable maestro, quien no quería salir de su escepticismo hasta que vió por sus propios ojos, y entonces, temblando de emoción, dijo: "Pasteur, he querido tanto la ciencia durante mi vida, que el corazón me salta en el pecho al comprobar este descubrimiento, que tanto había buscado".

* * *

Dejemos, señores, de lado las considerables consecuencias que en el terreno de la estereoquímica tuvie-

ron las constataciones de Pasteur, para seguir la vía gloriosa marcada por el sabio.

Acabo de decir que en los paratartratos que no desvían la luz polarizada, existen dos clases de substancias activas, una hacia la izquierda, la otra hacia la derecha. Esas substancias, como Pasteur lo había hecho, pueden ser separadas la una de la otra, por varios métodos; pero ese trabajo de separación puede ser también realizado por seres infinitamente pequeños, por fermentos figurados, por verdaderos microbios, para emplear una palabra más usual. Y al señalar este hecho, Pasteur franquea el umbral ante el cual se había detenido el genio de Lavoisier.

Comprended vosotros mismos la importancia de esta noción de los infinitamente pequeños, introducida por primera vez a la ciencia; pensad que esos minúsculos seres que separan los cristales son semejantes a los que presiden las fermentaciones, a los que producen la putrefacción, a los que producen las enfermedades del hombre y de los animales! He ahí la senda fecunda. Esas multitudes de seres infinitamente pequeños, de microbios, como los llamó Sedillot, eran completamente ignoradas. Diversos investigadores habían hablado, sin embargo, vagamente de su existencia —"porque no hay más ideas nuevas en el mundo que árboles sin raíces en una selva"— pero fué Pasteur, el gran animador de la nueva doctrina, quien demostró que esos microbios invisibles se encuentran en el aire, en el suelo, en el agua y que mezclando constantemente sus vidas a las de los demás seres, son capaces de originar conflictos cuyo resultado es la enfermedad y la muerte.

Pero dejadme agregar, para precisar el problema, que esos microbios no son exclusivamente nocivos, y que tienen otros empleos útiles en la armonía universal, independientemente de su accidental tarea de

muerte. A la existencia de esos seres, está supeditada la persistencia de la vida en la superficie del globo; ellos son los mantenedores invisibles del ciclo ininterrumpido de la materia; ellos son los obreros que sin cesar vuelven al reino mineral y a la atmósfera todo lo que ha cesado de vivir. Gracias a ellos la muerte no es más que una etapa en la evolución de la vida.

En sus estudios sobre las fermentaciones y la putrefacción, Pasteur había establecido la influencia de los gérmenes microscópicos y había presentido su intervención en la producción de las enfermedades transmisibles. Es en este período decisivo de sus investigaciones cuando Pasteur, certificando con una experiencia cada secreto arrancado a la naturaleza, niega la generación espontánea, conmoviendo así las bases de la ciencia de la época y haciendo estallar los dogmas que parecían mejor establecidos.

La suerte de los innovadores y de los hombres superiores está escrita en la historia de la humanidad. Antes que lleguen a imponerse tienen que luchar con un complot de resistencias que empiezan en los enemigos envidiosos y terminan en los rivales apasionados. Así, contra Pasteur, se elevaron, bajo la dirección de un miembro del Instituto Pouchet, los más crueles, los más injustos ataques. Los hombres que hacían autoridad y veían tambalear con su ciencia sus prestigios, emplearon todas las furias verbales de que eran capaces, para hacer caer al innovador, en medio de un coro de diatribas. Pero pasemos sobre estas lamentables miserias. "Esas resistencias también formarán un día en el cortejo de la gloria".

Luis Pasteur encontró, en esas horas de ardiente lucha, en su temple incomparable, las fuerzas necesarias para hacer triunfar la verdad, y con las pruebas concluyentes de sus asertos, con los matraces vírgenes de toda contaminación, en una esterilidad abso-

luta y continuada hasta el día de hoy, en que se conservan guardados como reliquias sagradas, pudo demostrar que en ninguna circunstancia conocida en la actualidad, los gérmenes pueden producirse sino provienen de otros gérmenes semejantes. "Aquellos que pretenden otra cosa, han sido el juguete de ilusiones o errores".

Al sentar ese principio que domina hoy la ciencia, y al cual se deben centenares de miles de vidas humanas, no se atacaba ninguna doctrina filosófica, ni se discutía el problema del origen de las especies, sino que se echaban los fundamentos de la higiene, de la profilaxis y de la medicina modernas.

Las enfermedades del gusano de seda

Los gérmenes llenan, pues, tareas fecundas en la superficie del globo, pero ellos producen también la enfermedad y la muerte!

En 1865, el gran químico Dumas, por el cual Pasteur tenía veneración y gratitud, vino a ofrecerle en nombre del Gobierno Francés una misión científica, con objeto de estudiar la peste que diezmaba la cultura del gusano de seda. En un año las pérdidas materiales sobrepasaron 100 millones de francos. Una de las más ricas industrias de Francia se encontraba al borde de la ruina. El sabio dudó; de un lado, sus trabajos en curso, su laboratorio en plena actividad, su programa de investigación bien afirmado; de otro lado, un tema que era para él completamente nuevo y que no parecía tener relación con su especialidad. La duda se explicaba, pero el interés del país estaba por medio. Pasteur fué a donde le llamaba su patriótico deber. No solamente no conocía la cuestión, sino que ni siquiera había visto un gusano de seda. Para otro hombre hubiera sido un obstáculo infranquea-

ble; para Pasteur fué un estímulo. Se aplicó de inmediato al estudio, con su método impecable, con su voluntad de hierro, con su tenacidad inflexible. Durante cinco años, trabajó con ardor, en investigaciones incesantes, y por haber tardado el triunfo, no fué menos brillante. Estableció que las dos enfermedades que hacían morir al gusano de seda, la pebrina y la flacherie, eran producidas por dos gérmenes patógenos diferentes. Las enfermedades se trasmitían de los animales sanos a los enfermos, y una de ellas, de los ascendientes a los descendientes. Por ser simple la conclusión no es menos capital: era la revelación del contagio de las enfermedades microbianas, era la noción de la herencia!

El cólera de las gallinas

Los conocedores en avicultura saben que ciertas aves son víctimas de una enfermedad desastrosa que es designada vulgarmente con el nombre de cólera de las gallinas. El animal presa de esta afección queda sin fuerzas, tambaleante, las alas caídas, las plumas arrolladas le dan un aspecto de bola. Una somnolencia invencible le ataca, parece entrar en un profundo sueño. Luego los párpados se cierran y la muerte llega, después de una agonía muda, sin que el animal haya cambiado de sitio. Tales hechos habían sido vistos mil veces, pero sin llegar a ninguna conclusión. Pasteur se aboca al estudio de la cuestión y aplica su método experimental con la escrupulosidad que pone en todos sus trabajos. Prepara con músculo del propio animal un caldo de cultura y siembra la sangre; el microbio de la enfermedad se desarrolla en abundancia, y esas culturas inyectadas reproducen la enfermedad con caracteres inconfundibles. ¡Qué simples parecen los hechos! Y sin embargo, en ese día

y a esa hora había nacido un método general de aislamiento, de identificación y de inoculación de los microbios, que permitiría a Pasteur y a sus continuadores descubrir los agentes de las enfermedades infecciosas y combatir éstas en sus causas. Como dice Duclau, había llegado la hora en la cual Pasteur iba a entrar por el camino que él mismo se había trazado, en la gruta encantada de la ciencia, llena de tesoros para la humanidad.

Las experiencias sobre el cólera de las gallinas fueron interrumpidas durante las vacaciones, y cuando Pasteur las reanudó, dos meses después, se produjo un hecho singular. El azar intervino de un modo favorable. Es el mismo azar que favoreció a Roetgen, el ilustre descubridor de los rayos X; azar feliz, que sólo cruza el camino de los trabajadores y de los empeñosos.

El hecho singular fué el siguiente: las culturas del microbio, que antes de las vacaciones producían, cuando se inyectaban, la infección y la muerte de los animales, no ocasionaron, cuando se reanudaron las experiencias, efecto alguno. De ese hecho aparentemente sin más consecuencias que la necesidad de empezar de nuevo las experiencias, Pasteur tomó base para nuevos y fundamentales estudios.

En efecto, con sorpresa para todos, Pasteur mostró que si a esos mismos animales, a los cuales se les había inyectado las culturas viejas, se les inyectaba luego culturas nuevas, no adquirirían la enfermedad. Era el descubrimiento científico de la inmunidad provocada. Era la generalización razonada del principio de la vacunación antivarióica de Jenner. Era la conquista definitiva de los principios que han dado a la medicina moderna las más bellas armas.

La vacunación anticarbunclosa

La ganadería francesa experimentaba anualmente pérdidas que podían avaluarse en millones, por concepto de animales muertos de carbunclo. Además, centenares de hombres eran víctimas del contagio de los animales. En algunos parajes la infección parecía inevitable, y la leyenda popular los reconocía con el nombre de campos malditos. Pasteur, siguiendo los métodos por él establecidos, había obtenido la cultura del germen productor y su identificación bajo las diferentes formas en que podía presentarse. Y yendo todavía más adelante, había preparado una vacuna que librara al animal de todo contagio. Por iniciativa de la Sociedad de Agricultura de Melun se organizó una prueba pública. Pasteur reunió a sus discípulos y les expuso el programa convenido. He aquí las bases de la experiencia: *25 carneros serían vacunados; cuando la vacuna hubiera hecho su efecto, esos 25 carneros serían inoculados con microbios de carbunclo al mismo tiempo que otros 25 carneros no vacunados. Los primeros deberían resistir; los segundos morirían de carbunclo.*

La experiencia se realizó en Pouilly-le-Fort, cerca de Melún. Los 25 carneros fueron vacunados; la inoculación de prueba fué practicada el 31 de mayo de 1881. Pasteur, siempre tan firme en su fe inconmovible, pareció por un momento arrepentirse de su audacia, como si su método fuera a traicionarle. Pero pronto tuvo motivo para recuperar su calma: el más extraordinario éxito vino a coronar sus predicciones. Los carneros vacunados se habían salvado; los no vacunados sucumbieron víctimas de la terrible enfermedad. Y dos hechos quedaban adquiridos para la ciencia: el uno, que el microbio aislado era sin duda el

del carbunclo; el otro, que la vacuna preparada era eficaz.

Los incrédulos y los retardatarios discutieron aún; pero la luminosa verdad no tardó en imponerse con resultados materiales tan formidables, que Huxley, el gran sabio inglés, pudo decir a Pasteur, algunos años más tarde, que con sus descubrimientos hubiera podido pagar los cincuenta mil millones de indemnización de guerra del Tratado de Francfort.

La rabia

Una horrible enfermedad cuyos síntomas, de por sí graves, eran aumentados en proporciones fantásticas por la imaginación popular, la rabia, dió lugar a memorables trabajos de Pasteur. La leyenda evocaba la visión siniestra de los rabiosos, maniatados, lanzando espantosos gemidos sofocados entre colchones. En realidad las cosas no son tan impresionantes; pero nada podía dar lugar a mayor prestigio en el público que el descubrimiento del modo de preservar a la humanidad del temido mal. El microbio de la rabia no se conocía, como no se conoce en la actualidad. Pasteur lo busca con perseverancia, pero sin resultado. Alguien con menos fe, con menos tenacidad, hubiera abandonado la partida. Pero Pasteur insiste. Si el microbio no puede ser identificado hay que buscar otro medio para llegar a la vacunación. Y Pasteur inventa un método. Si se practica la trepanación a un perro rabioso, se le extrae un fragmento de substancia cerebral y con él se inocula otro perro, se confiere a este último la rabia. El agente estaba ahí, pero no podía ser cultivado, por cuanto no podía aislarse. Fué entonces cuando Pasteur tuvo la idea genial de cultivar la rabia en animales vivos. Y, pasando la infección de un animal a otro, llegó a obtener un virus tan

fuerte, que la inoculación de la enfermedad sólo duraba seis o siete días. Es lo que se llama el virus rábico fijo. Es con ese virus que obtuvo la vacuna; pero para ello era necesario atenuarlo, es decir, reducir su virulencia, lo que se obtiene por disecación. A los 14 días la médula de conejo es inactiva. Es con esa médula inactiva que se empieza la inmunización. Después, cada día se inyecta médula más fresca y cuando se llega a la de un día, la vacunación es completa.

El principio estaba encontrado; la experimentación en los animales respondía en absoluto. Era necesario sin embargo, que pasara por la prueba de su aplicación al hombre. Considerad que si Pasteur hubiese visto erróneamente, se corría el riesgo de trasmitir la rabia en vez de evitarla y comprenderéis que el gran sabio esperaba con mezcla de impaciencia y de temor la oportunidad de ensayar el método. La oportunidad no tardó en presentarse. Un día llegó al laboratorio una madre desolada trayendo un niño horriblemente mordido por un perro rabioso. El pequeño paciente se llamaba Joseph Mestier, y venía de Alsacia. Es clásico recordar las dudas de Pasteur antes de someterlo al tratamiento, su intenso júbilo cuando lo vió librado del terrible mal y el paternal afecto que profesó a aquel a quien había salvado de una espantosa muerte.

* * *

Señores:

Os he hablado con demasiada extensión de los trabajos de Pasteur, de la repercusión extraordinaria que ellos tuvieron en la ciencia pura y en las ciencias

aplicadas. Os he hablado también de sus fecundas concepciones sobre los microbios, sobre las enfermedades infecciosas, sobre la vacunación, en suma, sobre todo lo que la medicina debe al sabio inmortal; pero no me perdonaría si no os hablara sobre lo que la cirugía debe a Pasteur.

Excusadme, pues, de reteneros unos instantes más; pero comprended que un cirujano no puede dejar la palabra sin rendir un homenaje especial a quien ha permitido el desarrollo magnífico del arte que practica.

La cirugía moderna, por medio de operaciones ordenadas hasta el más mínimo detalle, penetra en todas las regiones del organismo para reparar los males ocasionados por las enfermedades o por las heridas. Así, a diario, cerebro, pulmón, hígado, órganos digestivos, huesos, pasan por entre las manos del cirujano, y los resultados son tan extraordinarios, que con mi ilustre maestro Jean Louis Faure, creo que hoy día puede decirse: "nadie debe morir de una operación".

Este magnífico grado de adelanto se debe a Pasteur, quien, como ha dicho Pierre Delbet, ha hecho a la cirugía el presente más espléndido que ésta haya recibido en todos los tiempos: la seguridad operatoria.

Antes de la era pasteuriana, la infección diezmaba los desgraciados que acudían a las salas de cirugía, las heridas más simples daban lugar a los más grandes desastres. Y en frases siniestras las eminencias del arte resumían la triste verdad: una picadura con un alfiler —decía Velpeau— es una fuente por donde escapa la vida; cada operación —agregaba Denonvilliers— es una sentencia de muerte.

En una de las frías salas del viejo Hotel Dieu, de París, había un hilera de camas, la fila negra, en la

cual por memoria de hombre no se recordaba ningún operado que hubiese escapado al desastre.

Un famoso cirujano, Nélaton, hecho a todas las audacias y a todas las responsabilidades, repugnado por los desastres que la infección producía en los heridos durante el sitio de París en 1870, abandonó el bisturí, exclamando: "quien triunfe de la infección purulenta merecería una estatua de oro".

Tal era la angustiosa situación de la cirugía, tal era la desesperante impotencia de los cirujanos, cuando Pasteur iluminó la cuestión. Si los operados se infectaban era porque las manos del cirujano, los instrumentos, las compresas, las soluciones, eran vehículos de microbios, y Pasteur, con la claridad proverbial de su concepto y de su expresión, dictó entonces, lo que puede considerarse el evangelio de la cirugía:

"Si yo tuviera el honor de ser cirujano, — dijo, — penetrado como estoy de los peligros a que exponen los gérmenes esparcidos en las superficies de todos los objetos, especialmente en los hospitales, yo no utilizaría sino materiales de curación llevados a la temperatura de 130° a 150°, y no emplearía agua que no hubiese soportado una temperatura de 110° a 120°."

Son los principios de la asepsia que rigen la cirugía moderna y que permiten a diario las más audaces intervenciones.

Pero Pasteur no se detiene ahí; cuando aborda el estudio de un problema, no se contenta con una solución parcial, analiza sucesivamente todos los aspectos de la cuestión hasta disipar todas las sombras. Estudiando los microbios de las infecciones, descubre sucesivamente los agentes productores de terribles enfermedades, y llega al secreto de las más mortales complicaciones de las heridas.

Así, señala el microbio productor del antrax, y de

la osteomielitis; el de la erisipela, y el vibrión séptico, uno de los terribles agentes productores de las gangrenas gaseosas. No sólo descubre esos microbios, no sólo muestra los métodos para aislarlos y cultivarlos, sino también que, remontándose por el impulso de su genio, da las directivas fecundas para evitar su pululación en las heridas, eliminando de ellas los "coágulos de sangre, y los fragmentos de carne muerta, porque éstos servirán al desarrollo de los gérmenes". Principios éstos que en los comienzos de la Gran Guerra fueron olvidados, hasta que el dilema supremo de vida o muerte animó la voz que desde las trincheras gritó "¡debout les morts!" y acaso entonces el espíritu tutelar del sabio vino a inspirar a los cirujanos de Francia la técnica salvadora.

Señores, Pasteur no fué solamente un sabio inmortal y un benefactor de la humanidad: fué también una alta personalidad moral y un gran ciudadano.

Dió ejemplo a los hombres de ciencia, porque su saber fué honesto y desinteresado. Al emperador Napoleón III, que le preguntaba en las Tullerías por qué no sacaba un resultado material de sus descubrimientos, respondió: "Un sabio quedaría disminuído ante sí mismo si procediera de tal modo".

Dió ejemplo a los jóvenes con su vida hecha de tenaces esfuerzos, y al decir, dirigiéndose a ellos en una ocasión memorable: "Vivid en la paz serena de los laboratorios y de las bibliotecas. Preguntaos, primero, ¿qué he hecho por la instrucción? y luego, ¿qué he hecho por mi país? Hasta que podáis afirmar que habéis contribuído en algo al progreso y al bien de la humanidad".

Dió ejemplo de patriotismo al decir: "Si la ciencia no tiene patria, los sabios tienen la suya".

Dió ejemplo de valor en la adversidad, de espíritu generoso y de modestia, en el triunfo.

Dió ejemplo de solidaridad humana, al afirmar que no se debe preguntar al que sufre ¿de qué país eres? ¿cuál es tu religión? Bastará decirle: tú sufres, tú me perteneces, yo te aliviaré.

Por eso comprenderéis, señores, la veneración que los médicos, los cirujanos y la humanidad entera experimenta por el hombre inmortal de quien os he hablado, y reconoceréis justo, que en las salas de operaciones nuestra gratitud haya escrito: "Gloria a Pasteur".

EDUARDO BLANCO ACEVEDO.

AÑORANZA

Vieja calle de mi pueblo
Con tristeza como de alma,
Con sombras de paraísos
En la puerta de mi casa.

Te habrá dejado sin hojas
El fin de Otoño y la helada,
Y después los podadores
Te habrán dejado sin ramas.

Y ahora estarás triste y sola
Desolada como mi alma
Vieja calle que pasabas
Por donde estuvo mi casa...

Cuando me atreva a ir a verte
Voy a llorar de añoranzas
Juntando con mi tristeza
Tu tristeza como de alma.

LUIS V. BARBÉ.

ESTACIONES

PRIMAVERA.

Los días se van alargando.
Se quiere correr y besar...
Mañana, al colegio del pueblo,
más de un colegial faltará.

ESTÍO.

Es el sol en las bardas. Es el peso
del calor en la nuca y la mirada
sensual de las muchachas y, en las calles,
detrás de las ventanas,
el grito de un fonógrafo imprevisto
que gime una canción napolitana...

OTOÑO.

Suave estación de los crepúsculos
y de las horas elegantes...
La vida se pasea en automóvil
y toma el té en el parque.

Hay hojas secas en el patio del hotel
y pupilas de oro en el estanque
que mira, sin rencores,
el paso sin rumor de los amantes...

¡Otoño! Se adelgaza
la brisa, entre los sauces,
y el alma es como un libro no leído
en las manos abiertas de la tarde...

INVIERNO.

En un cuadro sin marco y desvaído
en una amarillenta ramazón...

Tiene el color que tendría el olvido
si hubiera tonos en el corazón.

VOLUNTAD

¡Oh! ¿quién me diera una cosa del mundo,
dicha, dolor, o quién sabe si amor,
que me volviera tranquilo y profundo,
como una rama que espera una flor?

¡Oh! ¿quién me diera un instante, ¡un instante!
verme agitado de un hondo temblor?...
Aunque, después, prosiguiera adelante,
ya sin fortuna, ni penas, ni amor...

EL SABADO EN LA ALDEA

Luna sobre la cañada.
Primeros días del mes...
¡Olor a tierra mojada
en la humedad de la mies!

Mañana será la fiesta
y el baile en la población...
Domingos: tardes con siesta...
Vida, Trabajo y Canción.

JAIME TORRES BODET.

México.

NO ME QUIERO MORIR....

No me quiero morir sin darte un beso...
¡"Y la muerte se llega, tan callando"!
Una urgencia febril insiste: ¿cuándo,
y mi fe: ya será, dice; por eso

Voy por la vida, el corazón opreso,
Quizás sin esperanzas, esperando,
Y una voz en el alma susurrando:
¡No me quiero morir sin darte un beso!

Y en lenta, sí, pero segura huída
El tiempo pasa, devastando todo,
¡Y se nos va la juventud, querida!

Lodo seremos por fatal proceso,
Y pues quiero ser luz antes de lodo,
¡No me quiero morir sin darte un beso!

NEVER MORE

Maldito sea el veneno
Que envenena y que no mata.

Machado.

Una noche no más. ¡Pero de pleno
Amor! Con cuánta sed, qué ávidamente
Bebí en tu boca — ¡La divina fuente! —
Tus besos que eran miel y eran veneno!

¡Traía mucha sed! Y tu sereno
Mirar fingióle a mi ansiedad doliente
El gesto compasivo y oferente
De la Samaritana al Nazareno.

Nuestro largo besar, callado y hondo,
¡Qué amargas heces me dejó en el fondo!
¡Qué angustia que me enerva y me arrebata!

¡Quién me diera a beber agua de olvido,
Para lavar del alma el maldecido
"Veneno que envenena y que no mata"!

CARLOS ZUM FELDE.

FINAL DE PRIMAVERA

La luna juega a la combra
En los yuyos de la cuesta
¡Santa María de marzo!
¡Qué final de primavera!

De pana parece el viento,
De seda parece el campo,
Con tal brisa y con tal luna
¿Quién piensa en que existe el llanto?

Oculta agüita serrana
Que invisible estás siseando:
¡Dios te bendiga el murmullo
Y lo haga en premio, más blando!

Rana escondida que cantas
Como un rústico flautista:
¿Acaso crees que es la luna
Redonda, una lagunita?

Corazón, corazón mío
A quien esta noche aniña:
Amor, olvido, tristeza,
Nostalgia, ¡todo es mentira!

Créelo así hasta mañana...
Duérmete en esa dulzura.
¡Quién piensa en las cosas malas
Con tal campo y con tal luna!

JUANA DE IBARBOUROU.

ELLA ES TODO EL RITMO...

(Del libro en preparación, titulado «De un amor escondido»).

Ella es todo el ritmo... y es toda la hermosura:
En crueldades podría triunfar de Lucifer,
Condenar muchas vidas a espantosa tortura
Llegara, si no fuera más santa que mujer.

Ella tiene en sus manos los hilos de las cosas;
El fuego de sus ojos da insomnios a Plutón,
Lograra desatar tempestades furiosas:
Pero más que mujer... es toda corazón.

Centro de seducciones, como las mariposas
En jardín milagroso: ¡todas en Ella están!
Tiene el brillo del astro, el temblor de las rosas,
Es la lira de Orfeo y la flauta de Pan.

¡Cuántas almas por Ella, de pasión inflamadas,
Irían al Calvario, arrastrando su cruz!
Con ansias consentidas... y después defraudadas:
Podría ser funesta: ¡pero es toda de luz!

FERNANDO NEBEL.

SNOBISMO

Exceso del afán humano por las reformas, reproductor de la especie de la evolución, el snobismo es un mal colectivo que, si tuvo similares en las pasadas edades, adquiere la mayor intensidad en la época contemporánea.

Nada resiste a su paso. Bajo el pretexto del progreso, todo lo derrumba: la realeza del pensamiento, el poder de la lógica, el imperio del buen decir, el reinado fortalecedor de la buena fe. A su conjuro caen las más hermosas creaciones de nuestros antepasados sin merecer el menor homenaje de la despedida. Enemigo de la piedad, reacio a las transigencias, no hace más que demoler, acosado por las furias y el ímpetu violento que en sí mismo lleva. Fuerza ciega, procede más por instinto que por reflexión.

Realiza la obra estupendamente humana de la imitación simiesca y se sabe satisfecho y vencedor, protegido por la ilusión sincera de conquistar la originalidad. Promete más de lo que puede dar y da más de lo que es necesario. Juega con el talento en vez de estudiar; se precia de sereno y es un apasionado vulgar. Tenorio vigoroso, rinde fácilmente por sus atractivos de modelador a la arcilla preparada para recibirlo.

Adula al patriotismo; se enamora de la cuestión social y menosprecia a los que no lo acompañan.

Hunde sus raíces en la legislación sin recabar de

la adaptación al ambiente los cánones y las proporciones que la ajustan y la conforman a la verdadera necesidad social.

Profundiza en apariencia, imita en realidad. Tiene la petulancia de los mediocres. Amado por la mayoría, es temido al mismo tiempo como buen déspota. No persuade, se impone.

El arte le presta encantos y ello contribuye a sostenerlo.

Arrogante caudillo de la acción, desciende en línea recta de la raza cobriza de los exitistas. Hábil simulador, se ha transformado en el enfermo distinguido de la Humanidad. Y con su piqueta de sugestión y contagiosa, desvirtuando la estirpe de los caballeros, ha invadido hasta el dominio de la cortesía, suplantándola por la ausencia de las formas o por el disfraz de lo inexpresivo, que es el sustituto civil de la cultura.

Racha misteriosa de la variación, colosal figurín de presuntas novedades, ¿qué potestad humana será capaz de detener su corriente?

ATILIO C. BRIGNOLE.

Colonia, 1923.

"HÉLICES"

(Versos de Guillermo de Torre)

Guillermo de Torre, que fué el alma de la fenecida revista "Cosmópolis", es hoy uno de los más eficaces adalides de la poesía ultraísta en España. Conocíamos desde hace tiempo algunos poemas suyos publicados en "Grecia", el órgano de aquel movimiento poético, en "Cervantes", hoy fallecida, y en la misma "Cosmópolis". Hoy recibimos, con muy gentil dedicatoria, un lujoso tomo de versos ilustrado por nuestro cubista compatriota Barradas y por Vázquez Díaz.

Los poemas de "Hélices" confirman la opinión que teníamos sobre el talento de nuestro joven amigo, y permiten, en un estudio más documentado, presentar las características facetas de su discutido arte, que cultivan en España, con el mismo talento, Gerardo Diego, Rivas Panedas, el chileno Vicente Huidobro, Del Vando Villar y algunos otros. Este arte, que pretende renovar la poesía por completo, tiene, entre muchas exageraciones, algunos positivos aciertos. En estudio más amplio que tengo hace tiempo comenzado, señalaré detalladamente sus tendencias. Hoy quiero poner de manifiesto solamente la gran revolución verbal que se ha empeñado en realizar y que, podemos decirlo, ha ganado en gran parte. Frente a la vacuidad absoluta, a la necedad, a la vul-

garidad de cierta poesía que sólo dispone para su arte de un limitado arsenal de lugares comunes, entre los cuales no son los peores ciertamente los claros de luna, los violines, los Trianones, las marquesas (¡desgraciada Eulalia, que dió a luz tan menguada prole!), los estanques, los cisnes, las Colombinas, los Pierrots, el injustamente mediocrizado Chopin, los pianos, los atardeceres, etc., etc., esta poesía algo brutal, con su léxico de manual de mecánica y sus imágenes de una fuerza de boxeador, nos produce el efecto de un atleta en una reunión de aficionados. Cierto, no es ese nuestro tipo ideal; pero frente a la falta de energía, de vigor, al hermafroditismo y a la asexualidad de los poetas que nacieron de la nefasta escuela de Rubén Darío, no podemos menos de otorgarle, por contraste, algo de nuestra simpatía. Por lo menos tiene lo que falta a los otros, los viles y simiescos remedadores del verdadero poeta: originalidad, valentía, fuerza, masculinidad. Son destructores, nihilistas, iconoclastas. Lo niegan todo para afirmarse ellos. Y sobre las ruinas de la vieja poesía pretenden echar los cimientos de la poesía nueva. Los aplaudimos en su faz negativa. Era indispensable la barrida de toda esa inmunda hojarasca, que ahogaba bajo la podredumbre de sus nervios, el brote vigoroso de la nueva poesía. El ultraísmo fué un pampero saludable. Pasó arrastrando en sus alas salubres los miasmas fétidos. ¿Qué nos trajo en cambio?

De los jóvenes poetas españoles afiliados a la nueva escuela, Guillermo de Torre es quien aporta acaso un contingente más valioso de teorizaciones, y, con estas "Hélices", de realización positiva. Aparece en ellas la misma característica que ya singularizó a este joven escritor en sus artículos de "Cosmópolis": una abundancia de léxico, un abuso tal de neologismos, de términos rebuscados, contorsionados, que

produce desde luego una especie de vértigo mental. Indudablemente, Guillermo de Torre conoce infinidad de términos técnicos: éstos no los ha inventado él: términos tomados en su mayor parte a la mecánica; pero pertenecientes también a la fisiología, a la medicina, a la química, a la física en general. Esto revela, desde ya, una suma de conocimientos científicos nada común en general, en los poetas, que piensan que, para escribir con originalidad y talento propios, cuanto mayor sea la ignorancia, mejor.

Nuestro joven ultraísta abusa de su tecnicismo y lo emplea, siguiendo la escuela de sus amores, *pour épater le bourgeois.* ¿No es ésta, acaso, la divisa de todos esos innovadores que alborotan a París con la estridencia de sus paradojas? Y lo esgrime como un arma, y lo arroja a la cabeza de los imbéciles para darse la satisfacción mefistofélica de contemplar su admiración por su talento incomprensible. En esto también es semejante a Francis Picabia, que, por burlarse de todos, acabó (o empezó) burlándose de sí mismo. De Torre lo confiesa claramente, sin ambajes, en uno de los poemas de "Hélices".

"(En los entreactos
con un gesto burlesco
de jugador experto
arrojo sobre los acéfalos
el cubilete de mi léxico.)"

No podía haber encontrado una imagen más exacta ni más feliz. Algunos de sus poemas son verdaderamente construídos según la conocida fórmula de Tristán Tzara, que de Torre reedita con la comparación felicísima del cubilete de dados.

Pero digamos ya los méritos de estos poemas, aun cuando no comulguemos con sus fórmulas.

La imagen cobra en esta tendencia modernísima un valor que había perdido casi por completo. Y Guillermo de Torre posee un don indiscutible de la imagen, que, aunque no siempre poética, en el elevado sentido de la palabra, es siempre vigorosa, audaz, nueva y original.

He aquí algunas, tomadas al azar: "El viento nos golpea con sus puños". "En la pizarra atmosférica— se dibujan los guarismos relámpagos". Todo "Pararrayos" es una feliz evocación visual de una tempestad.

"Y rítmicamente los élitros sonoros de las cigarras
[ebrias
polarizan la harmonía estival."

También todo el "Paisaje plástico" es notable. Véase esta otra imagen, tomada de la física, como la mayoría de las ultraístas:

"Se adivina a Dios que en su cabina
ante su térmico cuadro distribuidor
acumula trillones de calorías."

Otra:

"Los dedos de los árboles
rasgan los últimos velámenes nocturnos.

Sobre los railes del horizonte
gira el semáforo blanco
y el día pide vía libre."

Otra:

"Una caravana de pinos en éxtasis
iconifican el paisaje nómada."

"Aquel belfo prominente
de la colina lasciva
besa las mejillas de un astro libertino."

"Aviónicas hilanderas
tejen el lino nostálgico
de la neblina boreal."

Hay estelas de tus miradas
prendidas en las melenas del mar."

Y no cito más por no extenderme demasiado.

Una característica de esta poesía, es que carece de ritmo, de rima y hasta de ilación. Poesía a base de imágenes. Como que ya lo dijo L. Lasso de la Vega en una de sus teorizaciones sobre esta poesía; que su elemento primordial es la imagen y no la música, ni la anécdota. Pues bien, en todo el libro, sólo encontramos *dos* veces la palabra *amor*; ninguna vez *muerte*; el corazón está reemplazado por los términos: brújula cardíaca, vibración de tus diástoles. En un verso, habla del pericardio. Una declaración de amor:

"Amiga { *encarnación del encanto emotivo*
nombre de un relieve inédito
cruce de mi circuito evocativo."

"Y ahora
eres Tú
en fin la Presentida."

Hay algunos poemas en que la evocación está magistralmente conseguida. "Al volante" produce el mismo vértigo de velocidad que una desenfrenada carrera en automóvil. Las imágenes se suceden con una veracidad y fuerza evocativa poco comunes: "Tre-

panamos aldeas naufragadas — y campiñas que galopan.'' ''Pararrayos'', ya citado; ''Trapecio'', ''Paisaje plástico'', son, a mi modo de ver, las más felices de las realizaciones. Acaso por no pertenecer a esta escuela, no encuentro sentido alguno a las más ultraístas de las composiciones: ''Aviograma'', ''Ondulaciones + Multitud'', ''Sinopsis''.

Digamos, para terminar, que no creemos que esta poesía haya de perdurar en su forma actual.

Le reconocemos, ampliamente, una función purificadora, renovadora, vigorizadora. De ella ha de surgir la poesía nueva: sincera ante todo; múltiple, compleja, abarcando *todas* las manifestaciones del alma y del cerebro humanos, fuerte y original. Este ultraísmo, y sus descomposiciones, el *vulgarismo* que ha infestado con la banalidad antiestética de ciertas faenas domésticas y actividades que quieren ser humildes y sólo son triviales, están destinados a desaparecer. El ultraísmo ha realizado una verdadera misión de profilaxis poética. Sus cultores, como ya empieza a suceder, evolucionarán hacia una poesía más humana, que devolviendo a la sensibilidad, no a la cursilería, su importancia vital, la habrán vigorizado y humanizado en el choque fecundo con la vida *real*. Y entonces, como ya hay muy claros e inequívocos indicios en este libro, Guillermo de Torre dejará de ser un poeta de escuela limitada y discutida para transformarse en un poeta *humano* y universal.

Estamos convencidos que lo sería ya, si hubiera dejado libertad a su temperamento. En más de un verso aparece y se traiciona el alma de poeta verdadero que hay en este escritor; en la musicalidad *a pesar de todo*, de ciertos versos; en la originalidad y el vigor de todas sus imágenes, en la sensibilidad que se abre camino a través de las intransigencias de la Escuela.

LUISA LUISI.

LOS POETAS HUMILDES

JULIO J. CASAL

Solemos considerar a un poema como una gema, tantas facetas como versos.

Un libro de poemas, de bellos poemas, es una sarta de pedrería preciosa.

Como a gemas sometemos al fuego del crisol cada verso. Es bello y bueno aquel que resiste esta ponderación.

Un libro artificioso y frío, un collar de cuentas de vidrio, se licua tan pronto es sometido a esta prueba.

El libro *Cincuenta y seis poemas* de Julio J. Casal, no es de éstos.

Soterraña a la forma, circula por estos versos una emoción permanente.

He ahí el secreto que da la Eternidad.

Pero por sobre esta cualidad de la emoción, tienen dos características los versos de este poeta; la humildad del motivo y la sencillez de expresión. Y he ahí por qué él puede ostentar este lema del fuerte y delicado Walt Whitmam: "Creo que una brizna de hierba no es inferior a la jornada de las estrellas".

Entre mis inolvidables sugestiones del occidente africano, se encuentra el recuerdo de una pequeña tiorba moruna. Es el *gembrí*. Por viajeros de Argelia y Egipto he visto que este instrumento músico es común en todo el Norte de Africa, y quizá a la Ara-

bia y Turquía. El *gembrí* es una media cáscara de coco, con un largo mástil en el que están las clavijas de las dos cuerdas. El moro, espiritual y sensitivo, combina de continuo simples harmonías en este guitarrillo, y yo he escuchado las más gratas melodías interpretadas por las dos cuerdas del *gembrí*. Y quizá haya traído para este país en que llueve tanto, una de estas frágiles tiorbas, por el gusto de producir sencillas músicas sin pauta.

Julio J. Casal me parece el poeta que llevase por la vida un *gembrí* en la mano.

Como si hiciese poesía con esa leve tiorba, logra un tono menor, una intimidad delicada.

A semejanza de los versos de Francis Jammes, de Amado Nervo — es la misma tendencia aunque no la manera y el módulo — habría que leer los de este poeta en voz baja.

Uno de sus últimos libros, lleva de título esta palabra graciosa: "Humildad". En el último, Julio J. Casal ya no se atreve a verticalizar en una o en varias palabras titulares, todas las esencias diversas de un libro. Nada más artificioso ni nada más difícil que sintetizar en una, en varias palabras, las ideas, formas y emociones de un haz de versos. Y así, él enumera simplemente los poemas de su pequeño libro.

Humildad y sencillez decíamos. La forma no le importa, no se esfuerza por hallarla, en perjuicio de la emoción y de sus dos orientaciones cardinales. Si ella surge espontánea, como la floración, él no la desdeña. En todo poeta, que lo sea de verdad, la forma surge. En la poesía lo que ha sido, lo que es y lo que ha de ser, la forma tiene que existir. Es el armamento del que no puede prescindirse. El Dadaísmo tenía más de matemático que de lírico. Se construye una poesía desnuda, no escribiéndola. Quizá el verso que vivimos sea el más original. Sucede que al escribir, aun el que

trata de construir un verso de vanguardia, ordena sus ideas, da ilación a su pensamiento. Una excesiva arbitrariedad ficticia, no de temperamento, hace efímero el verso más intencionado.

Se me dirá que la poesía futurista—abarcamos todos los ismos—es amorfa. No una forma clásica, más sí *su forma,* una forma para nuestro tiempo y paralela a nuestra inquietud. Véase en Apollinaire, en Reverdy, en Huidobro.

Julio J. Casal ha vertido su emoción del modo más sencillo, del modo más nuevo y del modo más harmonioso también.

Un excelente crítico, Telmo Manacorda, escribía en "Prisma" de París, al hacer una tabla de valores poéticos de su Uruguay natal, que nuestro poeta "había domado los corceles rítmicos".

El verso de cadencia ajustada tiene, sí, el ritmo del caballo al galope, y quizá también el de la sístole y la diástole de nuestro propio corazón.

El verso libre es ya más el vuelo de la paloma, que ora bate las alas, ora planea en el cielo de serenidad, o el caminar de las mujeres de los frisos y de los vasos griegos.

¿Con cuál tropo describiríamos la lírica de los poetas últimos?...

Su descripción está en que no la tiene, porque no se ajusta a ritmo ni a medida. Inquieta, despreocupada y desigual.

Aunque es triste, los epígonos traen un atávico espíritu de secuacidad. Vicente Huidobro ha hecho innumerables imágenes sobre las estrellas. En él tenían gracilidad. Los poetas que aparecen nos hacen pensar si no habrá más tema que ese, tal es la saciedad con que lo prodigan. Habiendo tanto motivo inédito, tanto matiz lírico que recoger. Eso sin imitar los chirridos del *tranway* ni cantar el barómetro.

Julio J. Casal se ha amaestrado a sí mismo, lejos de los círculos viciosos de París, de Milán y de Madrid.

Y por eso su arte tiene aún una ingenuidad, una bondad de hombre alejado de los falsos ambientes literarios, en los que cada uno es un genio con halo de oropel.

En el silencio de su ciudad, aprende de los libros y escucha su corazón, y entonces escribe esos pequeños poemas de asunto, de forma humilde y sencilla.

Él ama la brisa, la margarita, el árbol pequeño, el pececito, la estrella, la esquila, los calendarios, el sendero, el atardecer, el paragüero, el emigrante, la vaca, la moneda de cobre, el picapedrero, los vendedores ambulantes, las gotas de rocío, las flores de papel, los apéaderos, las viejas canciones, el afilador, los juguetes, los jardines provincianos, el borriquillo, el circo, Caperucita, los farolillos, cosas ellas tan vulgares para uno de esos poetas enfáticos que tocan solos epopéyicos con su corneta de pistón...

Pero él, no. Ha hallado la emotividad de estas cosas deleznables y anodinas, y les ha dado la música antigua de aristón, una música de canción de niños, unida por la fruición y bondad con que desarrolla los sencillos temas a un misticismo panteísta.

"Plegaria" se titula uno de los poemas de su último libro. En él nos dice que hubiera querido ser

una fuente clara,
alguna nube, un nido,
un remanso, el oleaje
del mar, cualquier paisaje,
un árbol, un reflejo, un astro; ser
el misterioso y vago atardecer.

El poeta hubiera querido ser flor, oruga, reptil, "todo menos hombre."

Hemos de constar aquí el paralelismo entre el poeta y un artista de su patria: Barradas es también complicado y sencillo, ama la margarita y la *tour Eiffel*, es decir, todo; la eternidad y el futuro avizorante.

Es extraño que estos dos artistas sean nativos de un clima cálido, de una patria de flora gigantesca.

Carlos A. Castellanos, que deja en sus lienzos una visión fastuosa y luminosa del Uruguay, parece estar más localizado en su país.

Julio J. Casal, como Barradas, llevando en sí la savia nueva de su tierra uruguaya, dan a su arte un sentido de universalidad. Universalidad es decir alma, vaso, flor. El cosmopolitismo es ya el exterior pegadizo y pasajero.

Humildad, sencillez, misticismo panteísta, emoción, universalidad, arte eterno.

CORREA - CALDERÓN.

JAHEL

MUJER FUERTE DE LA BIBLIA

Su mano tendió a la estaca y su diestra al mazo de los trabajadores, y majó a Sisara. — "Los Jueces" Cap. V., Vers. 26.

Mirando hacia atrás, allá, muy lejos, una luz rojiza brota de la nebulosa del pasado.

A los destellos de esa lumbre bermeja, como la franja sangrienta con que incendian los crepúsculos vespertinos el horizonte del desierto, he abierto el libro inimitable que compendia la historia más remota de la humanidad, y en los anales agiógrafos que guardan sus páginas inspiradas y proféticas, he visto que la marcha del pueblo hebreo, el pueblo escogido de Dios, marca un rastro de sangre sobre el suelo blanco y polvoriento de Palestina.

Mientras persigue la conquista de la Tierra Prometida, acaudillado por sus jueces, sólo hay en él ansias de combate; sólo se escucha estridente fragor de pelea, y la guerra renace, sin cesar, de la guerra.

En la abrasada tierra de Canaán, junto a las turbias aguas del Megiddo, semejante a una voz atronadora que nos hablase al través de los siglos, nos habla, taciturna y sombría, la misteriosa ruina de Taanuk.

Y la imponente mole cuyos ciclópeos muros tostaron los soles ardientes de Arabia, la vetusta y deso-

lada ruina de la fortaleza que otrora ornaron altísimas columnas de pulido jaspe y enormes frisos de granito rojo, esmaltados de losas batraquitas, nos dicen de la grandeza y poderío de la que fué un día la soberbia Moab.

Bajo la bóveda obscura que sostienen inmóviles cariátides, toscas figuras humanas de alto relieve y formas desmesuradas, que demuestran el esfuerzo incipiente de una arquitectura rudimentaria y primitiva, dominada por la influencia poderosa del genio egipcio, como fuertes pasos que resonasen lúgubremente en el fondo de subterránea galería, vibran y repercuten sonoros los ecos misteriosos que recoge y repite la leyenda.

Y así, en la muda contemplación del Pasado, sabemos cómo la montaña desolada de Thabbor, tinta en sangre, clamó con lloro amargo a Jehová; cómo, madre heroica de un pueblo vagabundo, se alzó bajo la sombra azul de las palmas de Bethel y de Ramá la inspirada profetisa Débora, la enérgica mujer de Lapidoth, y cómo Barac, el vigoroso guerrero hijo de Abinoam, fué caudillo glorioso de Israel.

En el pueblo de Judá, que errabundo y fatigado busca el definitivo asiento de sus tiendas, las visiones proféticas en su ejecución y desarrollo terreno para afirmar su conquista, se completan por las armas.

El fervor religioso impulsa el coraje ciego; los místicos o alucinados alientan a los guerreros unidos por una sola aspiración, y, por eso, vemos que al lado de Samuel aparece Helí, y al lado de Débora, Barac.

Junto a la inspiración, el brazo ejecutor; junto a los profetas, los caudillos.

II

Como en el Sinaí, la tempestuosa montaña de Siria, donde el pueblo hebreo recibiera de su primer legisla-

dor las tablas de la ley, entre luces de relámpagos y fragores de tormenta, el oráculo ha hablado.

Y por la voz sibilina de la profetisa que gobierna a Israel anuncia el fin de la opresión cananea, porque Jehová, a su ruego, ha suscitado un vengador a los hebreos.

Pero Barac, el nuevo e improvisado caudillo, duda del éxito de su empresa y de que el ejército del rey Jabin, mandado por Sisara, sea entregado en sus manos. Vacilante, sólo consiente en subir a acaudillar su ejército acompañado de la que es Juez de sus hermanos.

Y díjole Débora: "Iré contigo; mas no serán tu honra y palmas de vencedor en la senda estrecha que vas, porque has dudado del triunfo. Por eso, en manos de mujer fuerte venderá Jehová a Sisara." Y levantándose Débora acompañó a Barac a Cedes de Nephtalí; y subieron con diez mil hombres bien armados al monte Thabbor.

A la aparición del enemigo opresor, el general de Israel descendió con su ejército, a paso de carga, las pendientes abruptas del monte, con ímpetus de avalancha y, lleno ya de confianza en el auxilio de Dios, acometió a los cananeos con sin igual ardor.

El encuentro fué terrible. En tal denodado empuje despalmáronse los vasos de los caballos por lo escabroso del terreno, la fuerza de las arremetidas y los brincos que les hicieron dar sus valientes jinetes al hacerlos saltar sobre sus enemigos.

Estos, no pudiendo resistir el ataque, huyeron en ignominiosa derrota, y en su fuga barriólos con impulso irresistible el torrente teñido de rojo con su sangre, el antiguo torrente de Cisón.

No cabía duda. Quien había hecho brotar agua pura de la peña de Horeb; quien había peleado por Israel ante los muros de Gabaón y había hecho que al son

de bélicas trompas cayeran, reducidos a menudo polvo, los muros de Jericó, los favoreció con su omnipotencia ese día. Y el soberbio enemigo, el ejército del rey Jabín, destrozados sus carros de guerra, perseguido sin descanso en su desatentada huida, fué, todo él, pasado a cuchillo.

III

En la noche, bajo la alta bóveda estrellada, por lo más recóndito y lo más hondo del valle Saanaím, hacia el blanco caserío de Cedes, Sisara, el general vencido, que ha abandonado su carro de guerra, tumbado en un barranco, huye a pie y su huida, con el pesar del vencimiento, tiene algo de hosco y trágico, como un gran delito o una gran vergüenza que para encubrirse necesitase el manto compasivo de las tinieblas.

Y así, huyendo a pie entre las medrosas sombras de una noche de desastre, el general derrotado, el fiero capitán de las huestes del rey moabita, corriendo al azar en busca de un refugio, corre a su muerte. El fugitivo fatigado, falto de aliento, sin fuerzas para continuar su marcha a tientas por la obscura senda, se acoge a la tienda de Jahel, mujer de Heber Cineo, y pídele un poco de agua para calmar su sed.

La varonil israelita, que ve en él un enemigo, hácele creer que está en seguridad, abre un odre de leche y dale de beber, cubriéndole después con una manta velluda para que descanse. Mas cuándo, cansado, se tendió en el suelo y sus ojos cargados de sueño se cerraron, ella, viéndole dormido, con calma siniestra tomó uno de los aguzados piquetes de su tienda y poniendo en su mano pesado mazo, vino a él calladamente y afirmándose sobre su testa, le metió la estaca por las sienes con golpes tan recios que enclavólo en tierra.

Así, doblemente quebrantado por un homicidio a

traición el derecho de asilo que en los tiempos patriarcales hacía inviolable al huésped bajo el dosel de la tienda, pereció el soldado nativo de Haroseth de las Gentes, y los hebreos vencedores, vueltos al verdadero culto de Jehová, quedaron firmes sobre la tierra de Canaán al igual que el sol cuando, haciendo rutilar la luz de un claro día, se eleva majestuoso hasta el cenit y parece fijo en un cielo sin nubes.

Desde entonces fué todo alegría exaltada en Israel, cantáronse himnos de alabanza a sus mujeres fuertes Débora y Jahel, y la tierra, como harta de la sangre de innúmeras matanzas, volvió a reposarse cuatro décadas.

ADRIANO M. AGUIAR.

Esta vieja y hermosa página la escribió Adriano M. Aguiar en 1910 y permaneció hasta ahora inédita, en archivo particular, de donde la obtuvimos para PEGASO.

HISPANO - AMÉRICA

UNA CARTA CORDIAL

"Cuba Contemporánea". La Habana, mayo 1923.

Mi amigo: Mucho agradezco a usted sus palabras cordiales de amistad y compañerismo. Y me siento impresionado por haber hecho "abrir su corazón a mi tierra". Créame que es mucho más de lo que yo podía desear, y es también la gloria mayor que usted podía darme. Yo he pensado siempre como Martí: "A los que nos la aman, les llamamos en una gran voz: ¡Hermanos! Y sólo son hermanos nuestros quienes nos la aman". Al fin, es de lo que estamos necesitados: de abrir nuestro corazón a cada uno de los países de la América, para comprenderlos mejor y amarlos más cada día. Y para emprender cuanto antes la tarea enorme de la unión. Hay algo más que pasiones e intereses en el abismo que nos separa: hay sobre todo incomprensión, ignorancia, prejuicio, imprevisión. Usted es ya un obrero del edificio futuro. ¿Quiere arreciar la campaña? ¿Puede hacerlo? Yo desde aquí, y los cubanos — más amenazados en la hora actual que ustedes — secundaremos sus esfuerzos. "Juntarse: esta es la palabra del mundo", dijo también Martí. Veremos quién puede con nuestra unión.

Acepto reconocido su ofrecimiento de servirme de intermediario para con la revista Pegaso, cuyo último

número trae unos cariñosos versos de Pablo de Grecia en elogio de Cuba.

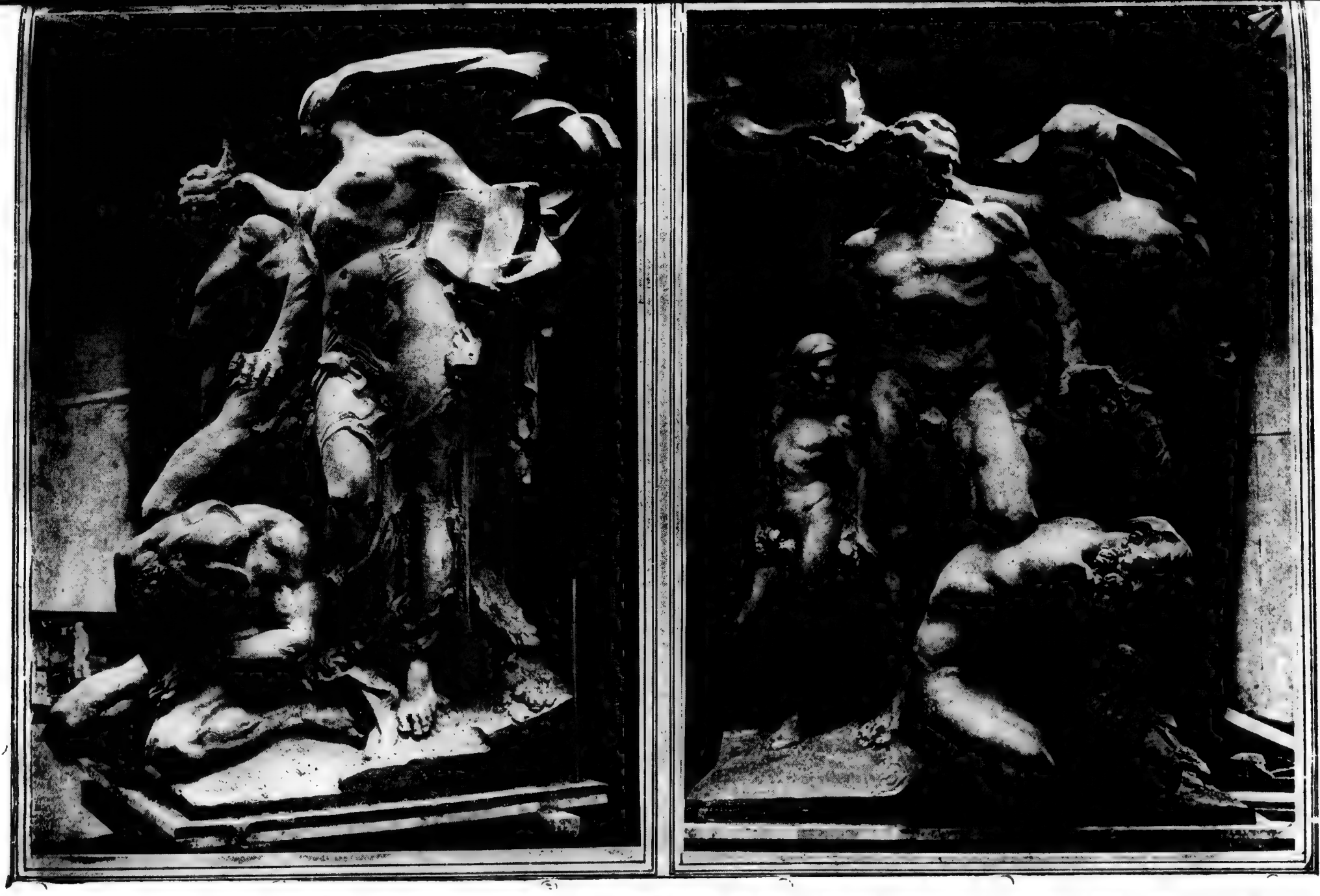
Tengo una gran simpatía por su país uruguayo. No solamente por la gloria de Rodó, que ya no es de ustedes, sino de toda la América, sino por los demás escritores y pensadores, por Vaz Ferreira, Pérez Petit, la Ibarbourou, la Agustini, Batlle y Ordóñez, Brum, Luis Alberto de Herrera; por todos los que han hecho algo en la literatura o en la política internacional. Cada día es mayor entre nosotros el afecto hacia su patria.

Y de la Ibarbourou, ¿qué decirle? Es una personalidad que van perdiendo ustedes por su misma grandeza. Aquí la dieron a conocer tres revistas: "Orto", de Manzanillo, primero; luego, "Cuba Contemporánea", y de esta redacción salieron para "Social" varias de sus poesías que causaron un deslumbramiento. No sé si la poetisa tiene detalles de esta historia, que le debe interesar. Y tampoco sé si han llegado hasta ella números de nuestra publicación, porque nunca nos ha enviado nada directamente. Le hemos mandado muchos ejemplares a Pegaso. Si usted puede enviarme su dirección actual, se lo agradecería.

Sírvanos de intérprete ante los uruguayos y trasmítales nuestros cordiales deseos de progreso y de paz, nuestro cariño por ese grande pueblo hermano.

Y usted cuénteme entre los amigos que acaso algún día se encontrarán juntos en la misma cruzada de ideal y de unión.

Enrique Gay Calbó.



GRUPOS LATERALES DE LAS ESCULTURAS DE GIANNINO CASTIGLIONI PARA EL PALACIO LEGISLATIVO Fotografías inéditas para "PEGASO"

Crónica de arte

Las esculturas de Giannino Castiglioni para el Palacio Legislativo de Montevideo.

He tenido ocasión de ver detenidamente las esculturas,—grupos y frisos—, que el escultor Castiglioni remitirá dentro de breves días a Montevideo, para que, traducidas al mármol, sean colocadas en el cuerpo avanzado de la fachada de la Cámara de Representantes, en el Palacio Legislativo.

Si se ha dicho que la obra de arte debe mirarse desde el punto de vista de la función que va a desempeñar, nunca tan acertado como en el presente, en que colocadas en su destino estas esculturas, completarán y ligarán magníficamente los espacios que el arquitecto Moretti dejó libres.

En verdad, se trata de obras decorativas, pero decorativas en el alto sentido del término, no en la expresión desnaturalizada con que se están acostumbrando las gentes de ahora.

Miguel Angel no hizo sino obras decorativas, y ¿qué sería de ellas si las sacáramos del medio en que orgánicamente viven?

Así Castiglioni, que tanto se acerca en el carácter al Maestro, ha comprendido la unidad y el detalle de su obra.

Esta comparación no es exagerada; se me ocurrió sin reservas, y puedo decir que hasta con entusiasmo.

***

Los dos grupos laterales del friso que va a ser colocado en la entrada, son gigantescos; figuras altas de más de cuatro metros, de realización sintética y fuerte, adaptadas perfectamente a la altura y distancia con que deberán ser apreciadas; una vez en el mármol tienen que resultar imponentes.

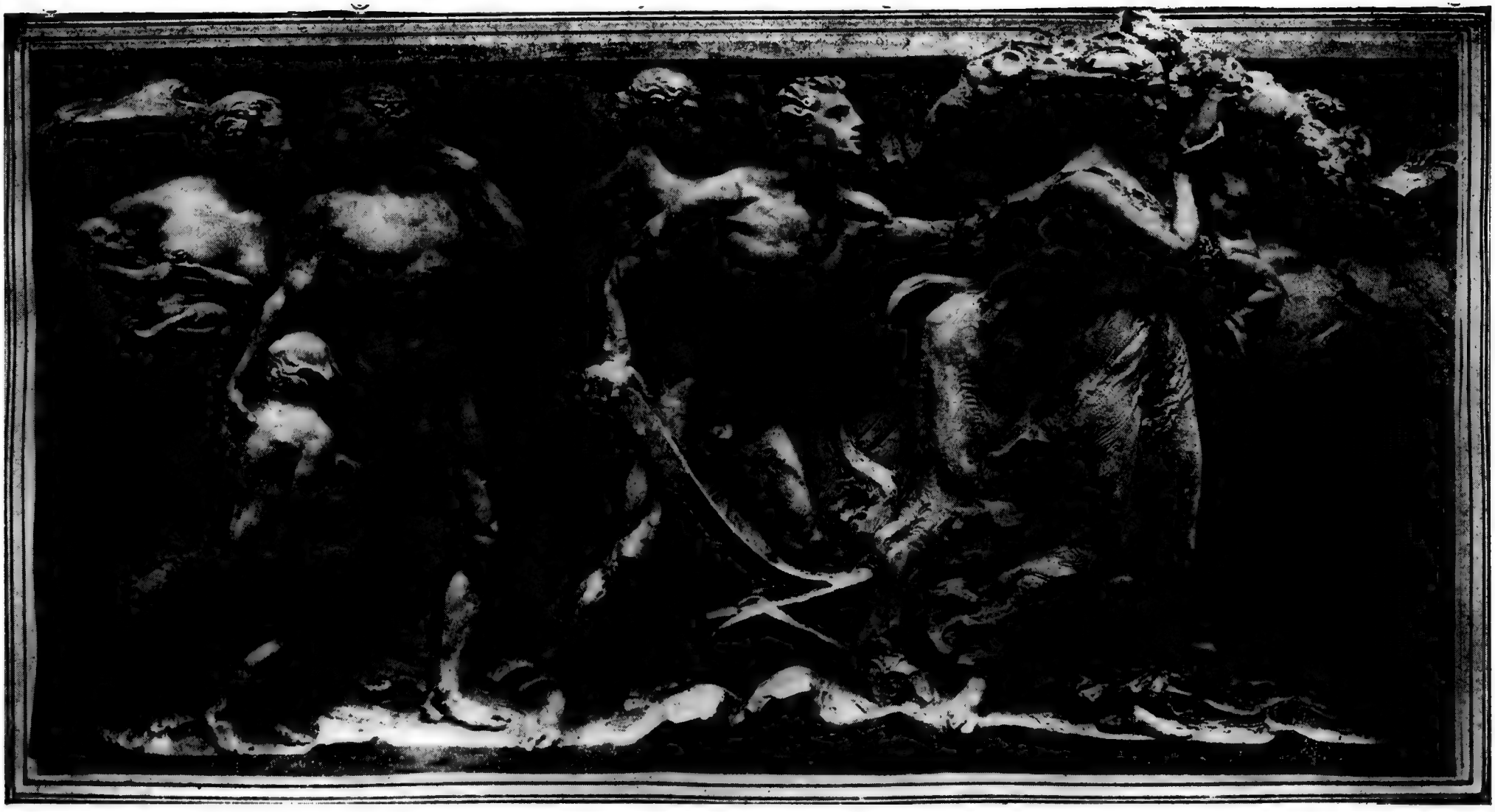
Y es notable señalar cómo dentro de la manera larga y viril que el escultor ha adoptado, se destaca la suavidad y morbidez de las figuras femeninas, junto a la expresión robusta y vibrante de músculos de las figuras varoniles.

El concepto que domina los grupos es claro, sano y elocuente. Casi ocioso resulta explicarlo. Es el representante nacional que tutela el trabajo de los campos, la industria y la fecundidad; es el agente que aparta escoria y traba, pasado y presente, para ayudar el avance de las fuerzas jóvenes y renovadoras por cuya virtud el mundo crece: la ciencia alza sobre el legislador la llama de su antorcha.

El friso, más reducido de proporciones que los grupos, pero ejecutado y concebido con el mismo vigor, ostenta en su mitad una fuerte y hermosa figura de sembrador: el parlamentario que siembra sus ideas. A la derecha, una serie de figuras armoniosas y bellas que simbolizan la preparación de la labor agrícola; a la izquierda, la cosecha, y a sus pies un conjunto de hermosísimos niños que ligan y completan el todo con un motivo de gracia de bonito efecto.

Mejor que mis palabras, hablan sin duda las fotografías que documentan esta crónica, y que el escultor obsequia a PEGASO por mi intermedio, con ánimo gentil y generoso.

PARTE DEL FRISO DE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES



ESCULTURAS DE GIANNINO CASTIGLIONI PARA EL PALACIO LEGISLATIVO

***

A los grupos y friso que se destinan a la sala del Senado, no me refiero, por cuanto recién termina Castiglioni los bocetos definitivos. Sólo quiero anticipar que van a diferenciarse en línea general de los que ya están construídos para la Cámara; y que, mientras aquéllos tienen un carácter dinámico y casi tumultuoso, como conviene al Parlamento joven, los del Senado se uniforman con solemnidad y rigidez apropiada, según es el carácter majestuoso de la Cámara alta.

***

El autor de estas esculturas magníficas, que serán pronto orgullo del Palacio Legislativo, es una simpática y joven figura de artista, que se considera y aprecia mucho en la Italia nueva. Estudió en Brera, con Butti, el maestro robusto y consciente. De carácter exuberante, espléndidamente organizado, Castiglioni es el tipo de artista puro que la vida aguarda para coronar de triunfos. Medallista, estatuario, dibujante, pintor, todo lo es y lo hace. No como diletante, sino como artista de verdad. Y tanto, y tan alto, que tiene ya algunas obras de reconocido valor.

Como trabajador, sus recursos son sencillísimos; no adopta poses ridículas ni se encierra en talleres olímpicos; trabaja con alegría y empuje; la efigie clásicamente latina; la palabra fácil; el gesto amplio.

Nosotros, que tuvimos la suerte de conocerle, podemos enorgullecernos de contarle entre los grandes escultores modernos que están enriqueciendo en arte y belleza la tierra uruguaya: Zanelli, Moretti, Bistolfi, Castiglioni...

EDMUNDO PRATI.

Milán, 1923.

EDUCACIÓN

Los Museos Escolares

Cada vez que me veo obligada a contemplar uno, siento una sensación semejante a la que produce la vista de un cementerio.

Cuando daba mis primeras lecciones de enseñanza froebeliana, solía decir a mis oyentes, que para mí, en la designación de esos acopios de materiales con que se enorgullecen algunas escuelas, sustituía por una B, la M. (1)

Pasaron años desde que eso se me ocurrió decir y tengo la satisfacción de saber que alguna de mis discípulas, maestras de entonces, acreditada profesora hoy, repite en clase, apoyándola, la simbólica expresión; pero poco valor dan los hechos al comentario verbal.

Los museos, no sólo se conservan; suelen tener períodos de gran esplendor, en que hay quien señala el mérito de lo coleccionado, como exponente del adelanto escolar.

Por raro contrasentido, ésto ocurre ahora con motivo de la interpretación diversa que se ha dado, en el ensayo de los nuevos programas, a la parte titulada "La Naturaleza", cuyo espíritu está reñido con todo

---

(1) Referencia al cementerio del Buceo.

lo que se refiera a la muerte, no siendo para explicar ésta como un fenómeno de renovación y evitar su llegada, todo lo posible, en el curso de la vida nuestra.

Me anima por eso el deseo de tratar el punto relativo a los museos, ampliando con tal motivo las Sugestiones que van escritas en los programas referidos, tocante al grupo de materias ligadas por la corriente de vida que surge de las energías del suelo, culminando, para nosotros, en las espirituales del humano pensamiento.

Es de sentir que maestras inteligentes consagren horas y días al archivo de plantas secas, a juntar pedacitos de madera, a ordenar y enfrascar semillas, colocar sobre cartones, con minuciosa prolijidad, retazos y hebras, que, mofándose, el tiempo pronto devora con los rayos ultraviolados, la humedad y el polvo, acabando por formar cultivos de microbios, que en el campo del microscopio tendrían magnífico lucimiento.

Como la desviación de rumbo pronto ofusca, se suele caer en el error de confundir el lujo de la caligrafía, del dibujo y del trabajo manual con las maravillas de la naturaleza.

Los que saben armar bonitos cuadros, si consiguen materiales, de verdadero valor, pueden hacer obsequio de ellos al Museo Pedagógico, cuyo fin especial requiere buen acopio para el estudio analítico. En ese establecimiento está todo dispuesto para exponer los objetos.

Aún prescindiendo de lo dicho, debemos considerar que se gasta dinero, material, tiempo y espacio para tener las cosas detrás de un vidrio y no mirarlas en oportunidad.

Con intención de enseñar, por ejemplo, cómo se saca provecho de la piel de los animales, se tienen en orden, bien recortados, pedacitos de cuero de clases

diversas. Los 50 o más niños de un grupo, en el curso de una lección, ¿pueden acaso ver todo eso como se pretende que sea visto? El cartón debería quedar en las manos de cada uno de ellos, durante más de un minuto, lo que exigiría, por lo menos, una hora dedicada tan sólo a la presentación del material. Agréguese el tiempo requerido por la explicación y se comprenderá fácilmente que la simple lección del curtido, para ser dada de acuerdo con lo que se propone el maestro al preparar el cartón, sin que las anotaciones puedan ser leídas, reclama una duración que, me atrevo a asegurarlo, ninguna libreta de lecciones concede.

Por ese motivo solamente, el museo escolar encierra una farsa mantenida por la rutina que a nuestro lado va siempre, buscando el escudo de nuestras debilidades.

Como la facilidad para conseguir y catalogar requiere un conjunto de habilidades no común, por desgracia, suele hallarse la inconsciencia de esos hechos, en distinguidos maestros que empiezan por perseguir bien un propósito, y luego se alucinan con la belleza aparatosa del trabajo manual.

Por la inevitable sucesión de las obligaciones reglamentarias, lo que una vez se hace mal en la escuela, casi siempre se repite antes de examinar debidamente los resultados y esto acaba por desvirtuar un buen criterio, en algunos casos; lo que da motivo a pedagogos eminentes para decir que, en prueba de mérito, cuando del maestro se trata, la práctica no basta.

En los museos escolares hay un peligro de cristalización para las facultades.

Las lecciones de "La Naturaleza" no deben darse con muestras procedentes de los armarios, a no ser,

en oportunidad de alguna cosa original, especialmente conservada.

Para enseñar que el producto industrial llamado cuero se obtiene curtiendo la piel de los animales, ¿puede haber algo mejor que un guante, modelado con la viva impresión de la última postura, el zapato de cada niño, las carteras de que está repleto el vestuario?

La expresión del rostro de los alumnos, donde se dé una lección, sistemáticamente preparada, a base de las muestras del museo y donde se use el procedimiento aconsejado, demostrará pronto la razón de lo que expongo, a quien experimente con la sincera intención de observar resultados.

La tendencia a coleccionar es un instinto humano. Los salvajes nómadas coleccionan, llevando sobre su carne dientes, plumas, conchillas, que van formando a la vez que prendas de adorno, sus museos de hallazgos y antigüedades, o amuletos, como los que, de tiempo en tiempo, la moda impone, como detalle de gracia, a las niñas elegantes.

¿Quién de nosotros no tiene ese instinto aplicado a alguna especialidad que extiende el yo hasta límites de imaginada representación, en objetos cuya propiedad nos atribuímos con derecho inviolable?

Figuras, libros, retazos, joyas, rarezas, según la edad, el sexo, la ilustración y las inclinaciones, ocupan un lugar, donde, en íntima concentración de espíritu, pasamos momentos placenteros, evocando recuerdos, imaginando obras, tejiendo pensamientos.

Comento este punto de psicología humana, porque veo en el museo escolar una parte de la obra del instinto; pero el valor que da la individualidad a lo que cada uno guarda, no existe en el museo de la escuela; queda en él lo insulso, lo superfluo, lo engañoso, lo vano.

Se piensa que los niños aprenden a interesarse por el bien común, contribuyendo a formar un tesoro para el progreso de todos; pero el mismo fin se obtiene por otro camino, con mejor resultado.

La inmensa satisfacción que siente el niño cuando entrega una piedra, un animal o una planta rara, un objeto cualquiera de los que se creen dignos de ser conservados, se extingue casi siempre poco después de haber pasado el obsequio de las manos del alumno a las del maestro, por mucho que sea el encomio con que éste enaltezca al donante.

El regalo pasa en seguida al armario. Se clasifica o no; pero en ningún caso, enseña ese día, debidamente, todo lo que puede interesar, mirándolo.

¡Qué distinto sería el resultado, si tan pronto como lo permitiera el horario de clase, se diera una lección improvisada, traspasando la que figurara en el plan preparado!

El maestro revelaría su erudición y su talento, lo que aumentaría su prestigio en la escuela; porque los alumnos, por pequeños que sean, saben comprender cuándo la capacidad profesional es superior, cuándo no se debilita en las sorpresas.

Dando la lección en la forma aconsejada, puede verse por la alegría del donante, por el interés de todos los oyentes, por los efectos, en días sucesivos, la diferencia que existe entre una piedra que va de mano en mano, poco después de su desprendimiento de la tierra madre y las que se muestran lujosamente rotuladas, engarzadas con vistosos cordoncitos, en los museos escolares.

En un número de la revista "Educación", leí últimamente, con placer, un artículo del inteligente profesor señor Hipólito Coirolo, destinado a desprestigiar las exposiciones, por lo que tienen de farsa.

Podemos asegurar que si la sinceridad difícilmente

encuadra en la exposición, la vida real, la ciencia de la naturaleza, la que anima a la industria y al comercio, la verdad de las cosas y de los fenómenos, tampoco entran en las vitrinas del museo.

Pero todo radicalismo es injusto. Seríamos impíos si procediéramos siempre con espíritu de indiferencia en lo que a conservación se refiere. Muchas veces debemos disimular la necesidad irremediable de dar fin a una cosa porque se trata de un liviano obsequio que el niño cree obra sólida, de mucho mérito; un insignificante dibujo, una flor marchita, la piedra referida, un trabajo de cartón sin base suficiente para sostenerse. Eso debe tener un lugar para lucir y extinguirse luego, sin amargar, con brusca desilusión, el alma del niño.

¡Qué hermosos y fecundos en enseñanza son el museo y la exposición formados con esos objetos imperfectos, pobres, deslucidos para los ojos del vulgo; magníficos para los de la inocencia que sueña!

ENRIQUETA COMTE Y RIQUÉ.

Notas Bibliográficas

"Voz de vida".—Poesías.—Por Julio Raúl Mendilaharsu.—Montevideo.—1923.

La lira de Julio Raúl Mendilaharsu, templada está para los cantos sonoros, que deben decirse en voz alta.

Este nuevo libro del poeta, no tiene ningún madrigal amoroso con gracia de picafior; no tiene tampoco aquellos otros cantos que arrullan como palomas; todo él es una "voz de vida", potente y rítmica, que grita su anhelo, de uno a otro confín.

Y como la voz, cuando es viril, rueda en el eco sobre la tierra y sobre el mar, así se expande a cielo abierto la amplia sinfonía de su canto, que lleva y trae tristezas y recuerdos, rebeldías y esperanzas, cosas humanas, comunes y contagiosas, que pueblan el mundo, y que al fin no sabemos de dónde salieron: si nacieron con nosotros, si están cayendo del cielo, si van surgiendo de la tierra...

Toda la rebelión, toda la fraternidad, toda la inquietud anímica de una voz popular, que expresa su idealismo y que sufre por todos y por todos recuerda y sueña: he ahí este libro grandilocuente, que parece compuesto, en la modernidad del siglo, no para el silencio de la biblioteca o la intimidad dulcísima de la mesa, sino para el alto parlante y el vasto auditorio.

Mendilaharsu orea siempre sus versos con el hálito lejano de las aguas salinas, con la brisa fuerte y dura de la tarde, con el airecillo que hace soñar cosas sabrosas...

Poeta sentimental y poeta intelectual: poeta dos veces, entonces, tiene los dos modos del conocimiento: el afectivo y el intelectivo. No desdeña uno por otro en la más despretensiosa de sus páginas, sino que los utiliza unidos, en todas ellas, para que la idea y la visión le den el doble aspecto de la vida.

Yo no sé seguramente, si ello conviene a al esencia del poeta; pero sé bien cómo Julio Raúl Mendilaharsu se diferencia de todos nuestros poetas. Su personalidad no tiene parentesco con los maestros de hoy, ni con los de ayer... Es libro impaciente, verbal y formal.

No hace guirnaldas enroscadas sino cuadros murales; no levanta cisnes de latón pintado, que semejen fuentes en el rincón en sombra del jardín, sino que planta árboles de cuello robusto y ramas verdeci-

das, en el margen de los senderos... No quiere ser el pájaro que llena de músicas el aire sin saberlo; pone su voluntad en afirmar su canto con bocina de bronce o de cristal, que requiere técnica.

Y con el alma intrépida, ardido en sueños y en recordaciones, rebelde y triste, va derrochando el oro ingénito, sin cuidarse de otra cosa que no sea vivir en el vaivén espiritual del mundo. Así es como todo le interesa y le golpea: el héroe que muere, la esperanza rota, el amigo que vuelve, el campo que cambia, la ciudad que acrece. Y entre el voltear de los días, deja caer sus ansias, con grave y ardiente fervor.

Mendilaharsu tiene también los dones máximos: cuida la estrofa y la pule y la cincela; siembra y vendimia todos los años, en la fertilidad de su granja, como un trabajador que no se cansa; ama al mar azul más que al entrecejo oscuro o a la postura vanidosa; y posee como pocos un hondo sentido del tiempo que pasa y que nos envejece, y que por eso mismo quisiéramos atrapar...

Si fuera obligada la cita con que certificar tanta alabanza, y demostrar de paso en qué página encontramos mejor el tono y más bella la harmonía, señalemos "A Shackleton", "La Bottiglieria", "En el Pier-Hotel", "Ante la rada"...

Y terminemos dándole el doble agradecimiento de la amical dedicatoria de "El agua de los torrentes", y el del bien sonoro y total de su libro, que nos dió una tarde poblada de juventud y estremecida de quimeras, frente al balcón humilde desde donde miramos desvairse el paisaje suburbano...—**T. M.**

Vidas.—Poemas de Carlos Sábat Ercasty.—Montevideo.—1923.

Es tarea bastante difícil concentrar en una pequeña nota crítica un juicio sobre el sentido estético y la manera absolutamente personal de este robusto poeta.

Estas "Vidas" están, en realidad, bastante fuera de la órbita vulgar de la vida; son una especie de símbolos humanizados, hijos de una fantasía violenta y pletórica de imágenes, en las que el poeta concentra los atributos de una modalidad de la belleza; no son carne florecida de bellos atributos, sino éstos mismos que han florecido en carne.

"La joven que danza y corre" es la alegría humanizada, "La joven del fuego" es la misma llama convertida en mujer adolescente, "El hombre del bosque", la misma selva animada.

Así, la mayor parte de estos seres, o, mejor dicho, de estas entidades, excepción hecha de "La joven de los campos", única realmente humana, piensan y andan un poco lejos del círculo habitual en que se mueven y andan nuestros pasos y pensamientos y, evidentemente, por el hecho de sernos distintos, no consiguen sacudir la emoción, aunque asombren por su fuerza, sus actitudes y su belleza.

Esta falta de humanismo ha sido el reproche que más insistente-

mente se ha hecho a la obra de Sábat Ercasty; hay en esto, a nuestro juicio, un poco de incomprensión del espíritu del poeta y de su genuino modo estético.

Quien tenga un concepto liberal del arte no puede exigir a nadie que sea lo que no ha querido ser, ni debe juzgar por lo que falta sino por lo que hay.

Por lo demás, "Vidas" vuelve a revelar las brillantes condiciones de este poeta, vastedad de concepto, amor a la naturaleza y al ímpetu de las fuerzas cósmicas, expresión magnífica, virtudes ya reconocidas por la crítica hispanoamericana y que hacen de Sábat Ercasty una de las figuras representativas de nuestra lírica.—**J. M. D.**

Campanas en los atardeceres.—Poemas por Luis Víctor Barbé Pérez.—Montevideo.—1923.

"Libro de mi corazón", así llama el autor a estos poemas, que no dedica a una novia, sin embargo, sino a Atahualpa, "pueblo querido, que tiene anchos caminos, con sombras de paraísos y sendas que huelen a rosas; que tiene una capillita blanca y una curiosa plaza verdecida; que tiene campanas en los atardeceres."

Puede decirse que así también se nos aparece el alma de este poeta, como el pueblo de su amor: simple, sombreada, aromada y verdecida, con un santuario soledoso, en donde tiemblan plegarias ingenuas y donde suenan leves campanas, más crepusculadas, no obstante, que crepusculares.

¡Libro de mi corazón!, así a todos los poetas del sentimiento les complace afirmar que es el suyo; pero ¡cuán pocas veces dejan la impresión—como en este caso—de que, en realidad, los versos vienen genuinamente de esa procedencia!

No pude caber duda alguna respecto a la calidad superior y al alto abolengo lírico de estos poemas. Estamos, en verdad, frente a un real poeta de la emoción, a ese tipo de aedas puros, bien difícil de hallar en esta hora de desorientación poética en que la lírica parece repudiar su cauce originario para lanzarse detrás de las ideas, de los símbolos, de las imágenes, de las complicaciones poemáticas, de los motivos dinámicos, con un frenesí absurdo y, frecuentemente, indescifrable.

Aquí todo es sencillo, claro y armonioso. Emoción y expresión parecen haber brotado juntas bajo el conjuro sentimental, con esa espontaneidad de la copla que sube a los labios ya música y letra hechas.

Cierto, sin embargo, que la mayor parte de estos poemas carecen de la profundidad emotiva que tiene el dolor y no lo románticamente dolorido; pero eso si les quita intensidad por inexistencia todavía de motivos trágicos e irremediables, no aminoran su valor lírico real y sólo indican la juventud de Barbé Pérez, cosa que no puede serle reprochada sino envidiada.

No ha surgido, en los últimos tiempos, mayor promesa dentro de

nuestra poesía, tanto que, para rendirle el mayor homenaje a este nuevo lírico, basta con desearle que responda a las esperanzas que permite alimentar este libro tan nítido y comunicativamente emocional.—**J. M. D.**

El Fascismo.—Ideario de Benito Musolini.—Por Vicente Clavel.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

En la biblioteca de actualidades políticas de la Editorial Cervantes, de Barcelona, acaba de aparecer este libro del prestigioso publicista Vicente Clavel.

Se trata de una exposición de los acontecimientos políticos que originaron el cambio radical y profundo en la vida oficial de la nación italiana.

El libro expone en forma clarísima y con abundancia de datos históricos, las ideas características del fascismo, la situación actual de Italia frente a la política europea, una silueta de Musolini y sus principales discursos.—**T. M.**

Coloniaje romántico.—Novela breve, por Angélica Palma.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

La Editorial Cervantes acaba de publicar, en su selección de novelas breves, la interesante novela de Angélica Palma, premiada en el Concurso Literario Internacional de Buenos Aires, en 1921.

La hija del autor de las "Tradiciones", prolonga aquí, con acierto y con fuerza, el nombre literario de su padre.

"Coloniaje romántico" evoca la vida colonial de Lima: el hogar, el gobierno, la familia, la sociedad, el amor...

La novela tiene interés, moralidad, belleza: se lee en una hora: atrae y conquista.—**T. M.**

La Máscara Heroica.—Por R. Blanco Fombona.—Editorial Mundo Latino.—Madrid.—1923.

Este último libro de Blanco Fombona, aunque catalogado por él entre las novelas, es, en realidad, una crónica de la baja tiranía de los Gómez, entronizada en Venezuela desde hace doce años y a la que el autor ya fustigara violentamente en dos libros anteriores: "Cantos de la prisión y del destierro" y "Judas capitolino".

Cuando se acaba de ver a un ilustre compañero peruano claudicando y entregándose a la dictadura, resulta doblemente grato que otro espíritu representativo del alma sudamericana salga a la palestra, lleno de coraje, "a cumplir su deber de ciudadano, escupiendo la cara de los bandidos y relatando las escenas feroces en que su cobardía se complace."

Sólo por una cosa, por sus contragolpes, puede ensalzarse la esclavitud. Nada como la tiranía, en efecto, ha encendido el heroísmo, ha hecho decir las palabras más candentes, ha inspirado las más audaces tentativas y los más sublimes sacrificios. La mayor contribución a la vida estatuaria la han dado, aunque parezca paradojal, esta especie monstruosa de hombres en los que parecen concentrarse

todas las sedes satánicas, la del dominio, la de la sangre, la de la avaricia, la de la crueldad.

Es cierto que la dictadura, en algunos momentos, puede ser un mal necesario y que es un fenómeno casi natural en la evolución de las democracias embrionarias, un episodio sociológico que es preciso estudiar serenamente. Pero la tiranía nunca justifica al ruin tirano. Usar la omnipotencia del poder para cometer estupros impunemente, para robar a mansalva, para matar por el simple hecho de que los ciudadanos anden por las calles después de las diez de la noche, tal como Blanco Fombona nos pinta en este libro al actual dictador de su patria, es algo verdaderamente repugnante y que indica un grado de anestesia profunda en el pueblo que lo soporta.

En verdad, las sociedades del Río de la Plata están constitucionalmente muy avanzadas y orientadas de modo definitivo en el camino del orden y la libertad. Ya no podrían estos pueblos ser manejados por hombres de esta clase y se nos hace casi imposible imaginarnos una tiranía.

Bien mirado, por lo demás, a excepción del Rosas argentino del año 39, el que, a pesar de todo, era el jefe de un partido político netamente orientado, el federal, no hemos tenido cerca representantes de esa clase, a la que el notable autor de "Dramas mínimos" bautiza con el nombre de bárbarocracia.

Latorre, considerado como el as de nuestros dictadores, en cierto sentido fué un civilizador, destruyó el caudillismo analfabeto, encargó a José Pedro Varela la reforma escolar, desinfectó de malhechores la República, frecuentemente hizo justicia a los débiles, encargó a ilustres jurisconsultos la redacción de nuestros códigos y personalmente fué un hombre de honestidad absoluta, que bajó pobre del poder. Y no hablo de los progresos materiales, no sólo porque éstos son de segundo orden, sino porque no hay tiranía que no pretenda justificarse con las obras públicas que ha realizado y que, en el fondo, no han sido más que bellos motivos de rapiña y de explotación para el autócrata.

¡Cuán lejos, pues, nuestro Latorre, con todos sus defectos, de este Gómez venezolano que Blanco Fombona muestra al desnudo en este libro, libro tanto más notable cuanto que el autor no se limita sólo a retratar al sátrapa, sino también la satrapía! Así aparecen en sus páginas una serie de tipos interesantísimos, no porque sean difíciles de hallar en cualquier parte, sino porque la tiranía agudiza violentamente sus rasgos. Recua de mercaderes, en donde se juntan el adulador que explota la vanidad del todopoderoso, el incondicional que trafica con su poderío, el descubridor de **complots** que comercia con su miedo, el proxeneta que saca jugo de sus vicios. Y, más abajo, el bloc social sobre cuya carne paralizada asienta sus pies el déspota, pero en el cual también se van acumulando lenta, fatalmente, las energías del rayo fulminador y libertador. Todo pintado y dicho de modo maestro, lo que hubiera sido innecesario añadir, tratándose de Blanco Fombona, estrella de primera magnitud en el cielo espiritual del continente.—**J. M. D.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuídas en la siguiente forma:

Pedro G. Silveira, PROTESIS.
Alejandro M. Osimani, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS
Oscar M. Aldecoa, ORTODONCIA y EXTRACCIONES.
Francisco Pucci, TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf.: «La Uruguaya», N.° 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

todas las sedes satánicas, la del dominio, la de la sangre, la de la avaricia, la de la crueldad.

Es cierto que la dictadura, en algunos momentos, puede ser un mal necesario y que es un fenómeno casi natural en la evolución de las democracias embrionarias, un episodio sociológico que es preciso estudiar serenamente. Pero la tiranía nunca justifica al ruin tirano. Usar la omnipotencia del poder para cometer estupros impunemente, para robar a mansalva, para matar por el simple hecho de que los ciudadanos anden por las calles después de las diez de la noche, tal como Blanco Fombona nos pinta en este libro al actual dictador de su patria, es algo verdaderamente repugnante y que indica un grado de anestesia profunda en el pueblo que lo soporta.

En verdad, las sociedades del Río de la Plata están constitucionalmente muy avanzadas y orientadas de modo definitivo en el camino del orden y la libertad. Ya no podrían estos pueblos ser manejados por hombres de esta clase y se nos hace casi imposible imaginarnos una tiranía.

Bien mirado, por lo demás, a excepción del Rosas argentino del año 39, el que, a pesar de todo, era el jefe de un partido político netamente orientado, el federal, no hemos tenido cerca representantes de esa clase, a la que el notable autor de "Dramas mínimos" bautiza con el nombre de bárbarocracia.

Latorre, considerado como el as de nuestros dictadores, en cierto sentido fué un civilizador, destruyó el caudillismo analfabeto, encargó a José Pedro Varela la reforma escolar, desinfectó de malhechores la República, frecuentemente hizo justicia a los débiles, encargó a ilustres jurisconsultos la redacción de nuestros códigos y personalmente fué un hombre de honestidad absoluta, que bajó pobre del poder. Y no hablo de los progresos materiales, no sólo porque éstos son de segundo orden, sino porque no hay tiranía que no pretenda justificarse con las obras públicas que ha realizado y que, en el fondo, no han sido más que bellos motivos de rapiña y de explotación para el autócrata.

¡Cuán lejos, pues, nuestro Latorre, con todos sus defectos, de este Gómez venezolano que Blanco Fombona muestra al desnudo en este libro, libro tanto más notable cuanto que el autor no se limita sólo a retratar al sátrapa, sino también la satrapía! Así aparecen en sus páginas una serie de tipos interesantísimos, no porque sean difíciles de hallar en cualquier parte, sino porque la tiranía agudiza violentamente sus rasgos. Recua de mercaderes, en donde se juntan el adulador que explota la vanidad del todopoderoso, el incondicional que trafica con su poderío, el descubridor de **complots** que comercia con su miedo, el proxeneta que saca jugo de sus vicios. Y, más abajo, el bloc social sobre cuya carne paralizada asienta sus pies el déspota, pero en el cual también se van acumulando lenta, fatalmente, las energías del rayo fulminador y libertador. Todo pintado y dicho de modo maestro, lo que hubiera sido innecesario añadir, tratándose de Blanco Fombona, estrella de primera magnitud en el cielo espiritual del continente.—**J. M. D.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1455 y 1459

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuídas en la siguiente forma:

Pedro G. Silveira, PROTESIS.
Alejandro M. Osimani, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS
Oscar M. Aldecoa, ORTODONCIA y EXTRACCIONES.
Francisco Pucci, TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf.: «La Uruguaya», N.° 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS
Arte, Historia, Filosofía
y Ciencias Sociales

Fundada el 1.º de agosto de 1907

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI
JULIO NOÉ

Precio de suscripción:

Por un año: **$ 7 o/a**

Dirección y Administración

Libertad, 543 — BUENOS AIRES

Revista do Brasil

MONTEIRO LOBATO & Cia.
EDITORES

SAN PAULO

Rua dos Gusmoes 70 - Caixa 2-B

UNA DE LAS MÁS
IMPORTANTES
PUBLICACIONES
DEL BRASIL

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1.º de enero de 1913

Director:

MARIO GUIRAL MORENO

Números de 96 a 136 páginas
Por un año:

Cuba: **$ 4.00** o/am.
Extranjero: **$ 5.00** o/am.

Redacción y Administración

O'Reilly, 11—Habana, CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa
española y extranjera

Hebdomadario publicado por

J. García-Monge

El número:
0.15 oro americano
El Tomo:
$ 4.00 oro americano

Apartado 533
SAN JOSE, Costa Rica, C. A.

LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

REDACTORES:

MANUEL AZAÑA — C. RIVAS CHERIF

Se publica mensualmente en fascículos de **80 páginas**

Hermosilla 24, duplicado — MADRID

LA REFORMA SOCIAL

REVISTA MENSUAL

Cuestiones sociales, económicas, políticas y parlamentarias.

Director:
ORESTES FERRARA

PRECIOS EN EL EXTRANJERO:
Por año: **$ 4.00**
El ejemplar: **35 cents.**

Dirección, Redacción y Administración:
Manrique 40 Street, HABANA, CUBA

NUESTRA AMÉRICA

Revista Mensual

Para la difusión de la cultura americana

Fundada el 1.º de octubre de 1918

Director: **E. ESTEFANINI**

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
Por año: **$ 3.00 oro**

Dirección y Administración
Caracas 440-BUENOS AIRES

LA FALANGE

REVISTA DE CULTURA LATINA

Es la revista de la juventud mexicana

La suscripción vale 3 pesos por seis meses en la República de México y dos dólares en el extranjero

Avenida República Argentina, N.º 55.—Apartado 562
MEXICO—D. F.

Rodolfo Mezzera

Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 4519, Central Cooperativa.

De 10 a 12 a. m.
De 2 a 4 p. m.

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO OCTUBRE 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días pares a las 23.

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días impares a las 23.

Línea Alto Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 23 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada.

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal. Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Del Castillo Serapio, Paraguay 1267

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daqué Juan, Soriano 1370.

Gerona Héctor, 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhcf Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufre 1649.

Scoseria José. Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo [illegible]

[illegible]lón 1[illegible]

G[illegible]tiérrez [illegible]

CIRUJANOS DENTIST[illegible]

Osimani Alejandro. Esp[illegible]
(Pyorrea alveolar [illegible]

Navarra Mar a Iné

2061.

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*

Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO OCTUBRE 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días pares a las 23.

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días impares a las 23.

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal. Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826

Del Castillo Serapio, Paraguay 1267

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daquó Juan, Soriano 1370.

Gerona Héctor, 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufre 1649.

Scoseria José, Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584

Blanco [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Navarro [illegible]

2061.

El emblema de

RAPIDEZ Y SEGURIDAD

en servicio telegráfico o cablegráfico a

TODAS PARTES

DEL MUNDO

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston, Texas. — Strand and 21st Street.
México — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico, San Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua. — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá. Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador. — Esmeraldas. Santa Elena. Guayaquil.
Perú. — Paita. Callao. Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N° 462. Valparaíso, Cochrane N.° 583. Santiago, Huérfanos N.° 1041. Tacna. Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383. Rosario, Calle San Martin N.° 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala.
Brasil. — Santos, Rua 15 de Novembro N.° 175. Rio de Janeiro, Rua 7 de Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.° 400 -- Montevideo

G. V. MARIÑO, Imp.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES: RODOLFO MEZZERA
PABLO DE GRECIA. J.M. DELGADO.
SECRETARIO. TELMO MANACORDA.

MONTEVIDEO

AGOSTO 1923 NÚMERO 62

056.1
PEG
No. 62

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

PEGASO

AÑO VII MONTEVIDEO, AGOSTO DE 1923 N.º 62

SUMARIO:

Pegaso	Grabados en madera, por Pedro Blanes Viale y Federico Lanau.
Soca	por Américo Ricaldoni.
La obsesión de la muerte	» Paul Minelli González.
Lo imprevisto	» Conrado Nalé Roxlo.
Graves errores educacionales . . .	» Gregorio L. Rodríguez.
Poemas Nativos	» Fernán Silva Valdez.—Con ilustración en madera de F. Lanau.
Las Fábulas de Montiel Ballesteros ..	por A Aller.
Déjame ver tus grandes ojos	» César Aguirrezabala.

Educación: Elogio de María S. de Munar, por Sentín Carlos Rossi.

El Arte y la Escuela, por Federico Orcajo Acuña.

Glosas del mes: Estímulos artísticos, por Alberto Briguole.

Notas Bibliográficas.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: SOLIS y PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

---

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 300 y de 5 % hasta $ 1.000.— Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

BELLES - LETTRES

REVISTA MENSUAL DE LAS LETRAS FRANCESAS

DIRECTOR: MAURICIO LANDEAU

89 Boulevard Exelmans.—PARIS (16e)

Espejo fiel de toda actividad literaria, **Belles-Lettres** *es la revista indispensable para todos los que se interesen en la literatura.*

DE TODAS LAS GRANDES REVISTAS ES LA MAS ECONOMICA

PARA SUSCRIBIRSE:

FRANCIA:		EXTRANJERO:	
Un año . . .	20 fr.	Un año . . .	24 fr.
Seis meses . .	11 »	Seis meses . .	13 »

EL NÚMERO 2 fr.

"Mercurio Peruano"

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letrás

DIRECTOR:

VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Precio del número en el extrajero. 1 Sol

Redacción y Administració:

Juan Pablo6 34—LIMA (PERÚ)

"Cultura Venezolana"

La mejor Revista mensual que se publica en Venezuela

DIRECTOR:

JOSÉ A. TAGLIAFERRO

Cada número tiene más de **100 páginas**

Caracas — VENEZUELA

Precio del número: **Frs 2.50**

EL PREFERIDO
DE LAS FAMILIAS

ACEITE "LIBERTAD"

ES EL MEJOR

PESQUERA Y Cía.

VALPARAISO, 1101 MONTEVIDEO

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique paraissant depuis le 1er janvier 1922 a publié des poèmes, prose, essais, remarques, œuvres inédites notamment de:

Paul Claudel, Benjamin Crémieux, Lucien Fabre, Léon-Paul Fargue, André Gide, Jean Giraudoux, Ramón Gómez de la Serna, Max Jacob, Edmond Jaloux, James Joyce, Valery Larbaud, François Mauriac, Gabriel Miró, Paul Morand, Marcel Proust, Raymond Radiguet, Jules Romains, Philippe Soupault, Jules Supervielle, Paul Valéry, etc.

Chronique Musicale, par Darius Milhaud.

Directeur: Pierre André May.

Rédaction et Administration: 4 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe.

Le Numéro: France fr. 2 — Etranger fr. 2.50
Abonnement: » » 20 — » » 25
(L'abonnement doit un part du 1er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré à VALERY LARBAUD.

PEGASO

Montevideo, Agosto de 1923. N.º 62 — Año VII.

Grabado en madera de Federico Lanau.

EL PREFERIDO
DE LAS FAMILIAS

ACEITE "LIBERTAD"

ES EL MEJOR

PESQUERA Y Cía.

VALPARAISO, 1101 MONTEVIDEO

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique paraissant depuis le 1.er janvier 1922 a publié des poèmes, proses, essais, remarques, œuvres inédites notamment de:

Paul Claudel, Benjamin Crémieux, Lucien Fabre, Léon-Paul Fargue, André Gide, Jean Giraudoux, Ramón Gómez de la Serna, Max Jacob, Edmond Jaloux, James Joyce, Valery Larbaud, François Mauriac, Gabriel Miró, Paul Morand. Marcel Proust, Raymond Radiguet, Jules Romais, Philippe Soupault, Jules Supervielle, Paul Valéry, etc.

Chronique Musicale, par Darius Milhaud.

Directeur: Pierre André-May.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe

Le Numéro: France fr. 2 Etranger: fr. 2.50
Abonnement: » » 20 » » 25
(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré á: VALERY LARBAUD.

PEGASO

Montevideo, Agosto de 1923. N.º 62 — Año VII.

Grabado en madera de Federico Lanau.

SOCA

Aquel día, un resplandor glorioso iluminó nuestra Facultad. En esta misma sala, vestida de fiesta, el ilustre profesor recibía el más alto de los títulos honoríficos que nuestros estatutos universitarios acuerdan. Desde la Francia inmortal había venido la palma, conquistada por su soberbio empuje, y la Facultad expresaba públicamente su satisfacción y su júbilo. Todos comprendieron la trascendencia de ese acto, y más de uno de los de esta casa, al recordarlo, experimentó el deseo de sobrepujarse y hacerse mejor.

Fué luego,—no mucho después,—cuando el doloroso acontecimiento se produjo... Sus energías físicas desfallecieron de pronto, — sin sorpresa para él, habituado a ser testigo de trances análogos, pero con cierta amarga desilusión de su espíritu, lleno aún de ardientes inquietudes y de vigorosas audacias. Señaló su propio mal como si hubiese sido el de un extraño, y al rendirse definitivamente sus labios, en un último aliento, murmuraron, no una protesta, no una queja, sino una explicación sabia y prolija de su estado de dolor.

Cumplida la inexorable ley, al paso de sus despojos, la Nación entera le tributó el homenaje de su admiración. El sordo redoblar de los tambores, como trayendo acentos de una oración lejana, decía de la tristeza de la irremediable despedida, pero el clarín,

con sus notas penetrantes, anunciaba, en un himno semejante al del amanecer, su entrada triunfal en el seno de la inmortalidad.

Porque, en efecto, algo de él,—inmaterial, pero de subyugante imperio,—sobrevive entre nosotros, para hacernos hablar en términos de reconocimiento y de justicia; términos que en este instante ya no se resienten de ninguna de las prevenciones que el rudo batallar diario suele introducir en nuestro juicio.

Sin duda, los que rondamos por estos mismos claustros en que él fué señor, merecemos más de un reproche. Absorbidos por el vivir presente, no acertamos a valorar las riquezas de nuestra propia historia; y de ello no tendríamos excusa si no alegáramos que nuestras tareas son de aquellas que no dejan paz y que atormentan sin compasión y sin tregua nuestra responsabilidad. Escasean todavía entre nosotros quienes, no obligados a tomar parte en las luchas, siempre penosas, de la arena, puedan observar, tranquila e imparcialmente desde lo alto, las cosas y los acontecimientos que nos rodean.

Felizmente, en este caso los ecos no han callado, y sus voces siguen resonando, empeñadas en que no se abandone a una generación futura el cometido que corresponde ineludiblemente realizar a la actual, — y no bastará que, como otras veces, nos limitemos a pronunciar un nombre al pasar; será preciso que concedamos forma perdurable al recuerdo, sirviéndonos del símbolo que explica y de la sentencia que afirma y enseña. El cumplimiento de este deber se impone, ante todo, a las instituciones oficiales; las que, — forzoso es confesarlo — a pesar de su misión educadora, han sido siempre demasiado tardas en saldar su deuda con los hombres que han dado lustre a la ciencia o al arte nacional.

Soca no será olvidado, y desde el pedestal en que

se le coloque extenderá su índice, urgiéndonos para que reparemos las pasadas omisiones. Al evocar, así, él mismo, la memoria de sus insignes predecesores, su figura, también insigne, adquirirá mayores proporciones aún.

Lo que para la Facultad de Medicina ha representado el mérito principal de Soca ha sido la dignidad que dió a la función del profesorado, haciendo refluir sobre su cátedra prestigios jamás superados. Si grande era el respeto con que se le escuchaba cuando, — algo vacilante el paso, erguida la cabeza y combado el talle, — avanzaba hacia el estrado, mayor era todavía cuando, entre aplausos, terminaba su lección. Es que cautivaba a sus oyentes; y cautivábalos, no sólo por lo mucho que sabía, y por la gallardía y la elegancia con que, en alas de las palabras, iba poco a poco dejando desplegar su pensamiento, no sólo por la eficacia con que reducía a términos claros y sencillos los problemas más arduos y confusos, sino también, y tal vez más, por disponer de ese don inexplicado que, descendiendo del Misterio, consagra a los predestinados.

Debajo de sus sienes pálidas latía sin descanso un mundo de ideas, las cuales, como las chispas de una fragua, brotaban rápidas y luminosas del hogar magnífico en que ardía la sustancia de sus estudios, de su experiencia y de su intuición. Su personalidad vivía de ese mundo, y nada más que para ese mundo, fuera del que sólo había, para él, movimiento e imágenes en la penumbra. He ahí por qué su mirar, aunque profundo, vagaba frecuentemente en el espacio, cual si fuera a perderse en el vacío, por qué solía equivocarse en el uso de las prendas que no eran las de su oficio y por qué no acertaba fácilmente con las justas reverencias o los saludos que impone el protocolo. Es la historia de todos los famosos distraí-

dos, desde Arquímedes, que no advierte la maza que ha de herirlo, hasta el simpático Paganel que, con sus inacabables trastrueques, llena de regocijo las páginas de la "Vuelta al Mundo".

La Medicina científica, que se precia de atenerse únicamente a las fórmulas exactas, decora con el nombre severo de "apraxia" lo que, en el parolar tierra a tierra, se llama "distracción", y la explica por un complicado desarreglo de ciertas y determinadas asociaciones mentales. Pero no ya, naturalmente, en este caso, de las asociaciones superiores que crean el pensamiento noble y fuerte, sino de aquellas que sirven, y a las mil maravillas, a la ociosidad amena o a la frivolidad enguantada. Y claro está: mal andan estos partiquines cuando el apunte tiene cosas más serias que atender.

Entre los pocos maestros con que entonces la Facultad contaba, Soca ocupó de inmediato su sitio prominente. Fueron los anfiteatros de la calle Maciel los que oyeron sus primeras disertaciones. Su voz, aunque siempre un tanto velada, poseía matices y modulaciones y fugas y toques de atención de una riqueza incomparable. De tiempo en tiempo una nota de entusiasmo ponía intensas sonoridades en su cuerda grave, y así marchaba su plática hasta que, en un arranque final, su soplo se magnificaba, pero para apagarse bien pronto y convertirse en un sordo y a veces apenas inteligible murmullo. Era como la cascada que, después de perder su impetuosidad en el rebote, ya no deja advertir sino su leve cuchicheo con los guijarros que en el fondo del cauce se mecen y espejan gracias al desliz de la corriente. Pero nada importaba eso, porque con tal limpidez desarrollábase el preámbulo, que las conclusiones, antes de enunciadas, se adivinaban, dejando creer al que las escuchaba, que él mismo las había encontrado sin esfuerzo.

Ciertamente, alguna vez fué duro e implacable con los que no lograban salir de los modestos rangos. Ciertamente, alguna vez fustigó con excesiva severidad la ignorancia o el error ajenos. Por esos motivos, ocasiones hubo en que se le temió más que se le admiró. Pero más tarde supo hacerse tolerante, y nadie entonces se sintió dolorido por su triunfo demasiado sólido y legítimo, por lo demás, para ser discutido desde otros aspectos.

Esta faz, que podría, de pronto, parecer poco simpática de su personalidad, tuvo, sin embargo, su lógica y no dejó de ejercer alguna influencia benéfica sobre el proceso de nuestra enseñanza profesional. Ha de considerarse que hace 30 años nuestra Facultad de Medicina se hallaba apenas en su período de ensayos, y que, no obstante el vigor que, por obra de sus abnegados fundadores, ya palpitaba en sus entrañas, todo era allí, en ese entonces, improvisación. Escaseaba el personal idóneo, y eran deficientísimos o nulos los laboratorios. El arte de curar tenía ya sus prácticos de mérito, pero la ciencia casi no conocía gente que le fuese devota, pues eran muy pocos los que, olvidándose del pan y del agua, a guisa de misántropos metíanse en oscuros rincones, para escudriñar detrás de espesas gafas, la médula de las cosas. En esas condiciones, no era fácil llevar a la incipiente Escuela profesores de apropiada y madura preparación. ¿Qué de extraño entonces que la prosa de la mayoría de las clases se redujese a un simple recitado, sin colorido personal que lo animase, de nociones elementales y no siempre bien hilvanadas, recogidas en cualquier parte,—y qué de extraño que en los pobres y limitados experimentos que se intentaban, reventasen profusamente los matraces o se invirtieran, provocando el alegre escándalo de un auditorio socarrón, los tintes de las reacciones?

La historia natural se enseñaba por medio de unas cartillas sinópticas, destinadas a ser repetidas de memoria, sin tomarles el sentido; la física consistía en extraer chispas de una torta de resina azotada con el cuero de un felino y la química en hacer girar, con fuego en los flancos, una bolilla de potasio dentro de una cuba a medio llenar de agua.

La anatomía, por su parte, no iba más allá de una excursión, practicada por un índice inseguro, por entre los surcos y prominencias de un cráneo que, día a día, — fuese por arte de un singular encantamiento o fuese por intervención de manos subrepticias, — se presentaba cada vez más desmantelado, hoy sin dientes, mañana sin pómulos y luego, al fin, reducido a dos cuencas heladas y sombrías. Era aquella la edad de oro para el alumno indisciplinado y travieso, dado a comentar con pitadas o con triquitraques de castañuelas las incidencias de la lección. Era en cambio la edad infernal para los desventurados institutores, que no podían volverse hacia el pizarrón sin que a espaldas de ellos no se desatase un huracán de ahullidos o improperios o no partiese una metralla compuesta de los más heterogéneos proyectiles.

Entretanto se preparaba la evolución. Docto y experto, Visca apareció, ungido con los prestigios de una ciencia de buena ley, adquirida en fuentes de primera calidad. Acatado por todos, bien pronto se le consagró como un patriarca, y no supo de aguijones ni de espinas. Además, amable por temperamento, fué, sin jamás desmentirse, dulce y paterno. Mereció su gloria y se extinguió como un justo. Su hora lo encontró firme y erguido; tuvo la buena fortuna de que el rayo lo hiriese, certero, en la frente, evitándole la tristeza del desmenuzamiento paulatino de su bella inteligencia. Vino luego Carafí, que, con férrea voluntad, impuso orden y trabajo, y vinieron

todavía otros, todos ya con garras de maestros, y todos a tiempo aún de tomar posesión del terreno sin batallas ni disputas.

Pero distinto era el ambiente cuando Soca, fresco discípulo de Charcot y de Potain, devorado por el fuego de nobilísimas ambiciones y consciente de su valer, ascendió a la cátedra. La Facultad, en efecto, había ya fructificado, y muchos eran los que entonces se consideraban con derecho a sus favores.

Se iniciaba la lucha, y, punzado Soca, arrogante y decidido la lucha lo encontró. Nadie dudaba de su saber, que su tesis de doctorado, sellando de un modo brillante y preciso uno de los capítulos fundamentales de la Neuropatología, acababa de poner en evidencia, pero se deseaba cordialmente (es una conjetura) su fracaso. Deseo humano, al fin, porque no hay quien no guste de lo cómico, y quien no ría del espectáculo de la montaña anunciando sus entuertos al son de mil trompetas para luego dar a luz a un minúsculo y espantado ratoncillo.

Puesto en ese trance, Soca no admitió concesiones. De frente a la tormenta, replicó quizá con aspereza. Pero a nadie debe sorprender que llamado el yunque a cantar, bajo el golpe del martillo, el yunque, sintiéndose fuerte, resueltamente cantase!

Por lo demás, la Facultad nada perdía con salir del período de las dulzuras pastorales. Ese alguien que traía la agitación, trae también preciosas emulaciones. Si él, después de estigmatizar a los innobles traficantes del diploma, que sólo obedecían a la voz de la codicia, menospreciaba también a los que, por pobreza de alcance, se limitaban, en su práctica, a deletrear un manual míseramente aprendido una vez, pero nunca luego revisado, era porque la profesión médica consistía en algo más que en un oficio vulgar y rutinario. Para los mercaderes cuya mácula es infamante, el látigo; para los otros de pecado redimi-

ble, el Jordán purificador. La medicina debía ser constantemente apliçada con espíritu científico, esto es, con espíritu que supiera, no sólo apreciar en su justo valor la experiencia ajena, sino también que supiera convertir la propia en una fuente inagotable de perfecciones. Puesto que, en el dominio de la enfermedad, nada es nunca exactamente igual a sí mismo, no se concibe el buen diagnóstico sin un trabajo en forma perenne, renovado.

Si nuestra asistencia ha de ser un sacerdocio, no bastará que lo sea bonachonamente: el sacerdocio es falaz cuando a las santas intenciones no se agrega la inquietud fecundante del que busca en las cosas el juego que las explique. Es esa la única manera de llevar al que sufre, además del consuelo moral, siempre necesario, todo el bien de que la ciencia hipocrática es capaz; la única manera de hacer decir al caso actual lo que tal vez sea útil al caso futuro. Sin dejar de ser humano, — que todo es conciliable, — el médico, ante el doliente que se le somete, ha de sentir las ansiedades del investigador, para quien es emoción suprema la que procura el descubrimiento de una nueva verdad. Pueden muy bien mostrarse los brazos en cruz, en un gesto de amparo y de piedad, al mismo tiempo que la mente se promete el regalo de un conflicto de premisas y deducciones. No importa que calle el corazón del sabio en los momentos en que su cerebro escucha; ya volverá aquél a latir, y con ritmo acelerado, cuando el segundo haya oído la señal que espera. El profesorado, por su parte, tiene mayores exigencias. Quiérase o no, la función de la cátedra va siempre más allá de la pura enseñanza técnica. Y si es lamentable que por ignorancia se expongan falsamente los hechos, mucho más lo es que día a día se inculquen defectuosas maneras de adquirir el conocimiento de esos hechos o de razonar sobre ellos. Para merecer el nombre de maestro, se necesi-

ta, en verdad, ser dueño de la chispa que vaya a encender, en los discípulos, el entusiasmo por la investigación: no hablo, naturalmente, de la investigación creadora, y que a ningún arcano teme, reservada a los genios, sino de la que, a todos accesible, consiste en hacer siempre pasar por el filtro de la crítica personal las nociones que se presentan como definitivamente demostradas. El progreso de la medicina, como el de las demás ciencias de observación, es, en su mayor parte, el resultado de esta crítica ejercida en todos los instantes y desde todos los sitios del espacio por los que a sus menesteres se dedican... En las tierras empinadas, son las pequeñas linfas que van brotando de sus heridas, las que de sendero en sendero se buscan y se reunen para formar los grandes e impetuosos torrentes.

Es, por lo tanto, difícil la tarea y es enorme la responsabilidad de enseñar. Es llevar todo el peso de un mundo sobre los hombros, como Atlas, el hijo de Júpiter. Piénsese, en efecto, que se entregan al maestro las más diversas inteligencias, y que si entre ellas habrá las que, tocadas por la gracia divina, escapan a cualquier traba y ganan las cimas sin un zigzag, también habrá, y en mayor número, las que, no poseyentes de ese privilegio, corren el riesgo de anularse o deformarse sin remedio cuando los primeros balbuceos han llegado a ser mal dirigidos. Y porque son muchos los que, por esta causa, llegan a creer que todo lo que se afirma desde el entarimado escolar es verdadero y que nada hay de lo que está escrito, que se deba rectificar, es que así va el montón de los ineptos, de los perezosos y de los atolondrados entorpeciendo con su peso muerto la marcha de la columna que avanza en busca del bienestar de la humanidad.

Es el concepto superior del maestro — del maes-

tro cuya frente debiera siempre aparecer encintada con las más puras de las aureolas — es ese concepto el que Soca tuvo particular cuidado en mantener. Se lo permitía su vigorosa mentalidad y le servía de acicate su pasión, exaltada hasta el frenesí, por la enseñanza. Abrir y abrir pupilas a la luz era su divisa. Y si alguna vez se le presentó algún rehacio, hubo de sentir, sin duda, la misma cólera que se apoderó de Apolo al contemplar al rey Midas negando torpemente la belleza.

Con sincero énfasis lo dijo él mismo y en este mismo sitio: Nada le producía satisfacción igual a la que experimentaba ilustrando a la juventud; ninguna dignidad, ni aun la tan codiciada que acaba de conferirle la Academia de Medicina de París, parecíale mayor que la que se contenía en su título de profesor honorario de esta Facultad. Si cada noche de todas las noches del año, permanecía en vela hasta la hora en que, una a una, comienzan a apagarse las estrellas, era para estudiar; si estudiaba era para poder pulsar mejor el sufrimiento de los enfermos y para revestir de más sólida autoridad su palabra de maestro. Se explica, pues, la extraordinaria reputación que adquiriera entre sus discípulos, quienes lo vieron durante largos años en su clínica, siempre discurriendo con sagaz sabiduría sobre los más diversos problemas de la medicina. Ni la fatiga de ciertos días, — de aquellos en que el médico ha probado la honda amargura de la derrota, unida, asaz a menudo, a la del injusto reproche, — ni la fatiga de ciertos días, llegaba a disminuir en él la certeza de su mirada, descubriendo en un instante el por qué de un gesto de dolor, ni la pericia de sus oídos, a los que eran familiares las más tenues y disimuladas desviaciones del tic tac del corazón, o la de sus manos, para las que no reservaba secreto alguno el te-

ma de las formas corporales. A los que asistían a sus lecciones pudo haberles dicho: "imitadme", — si la imitación hubiese sido cosa fácil sin las cualidades de excepción que él poseía, — pero si tal no les dijo, les dió a entender que sólo enaltecen a la profesión médica los que van hacia ella con el propósito decidido de enaltecerse a sí mismos mediante una persistente atención al rodar continuo de la Ciencia. Y los que así lo entendieron, los verdaderos discípulos de Soca, no son pocos. Muchos de ellos, que aquí me escuchan, han merecido la confianza de la Facultad, desde cuyos cargos docentes, rinden, con su actividad brillante, el mejor de los homenajes a la memoria del maestro. Pero, el que, entre todos, conquistó sus predilecciones ya no está: abatido mortalmente en pleno vuelo, reclama ahora la columna tronchada que expresa el triste y súbito marchitarse de la bella esperanza que él fué... Tuvo Dighiero la rara virtud de no lastimar con su saber y de mostrarse siempre respetuoso de la experiencia ajena. Porque era fuerte, no temió pasar por débil, a la inversa de aquellos que se imaginan disimular su nulidad valiéndose, como el asno de la fábula, de exterioridades vanas y pretensiosas. Sean también para ese profesor de mérito las ofrendas sentidas de la Facultad.

Justo es reconocer que el maestro que tan espléndidamente sembró, tuvo su premio. Su ejemplo no quedó perdido y llegó al final de su carrera colmado de aplausos y alabanzas. Y fué un espectáculo reconfortante, y digno del más culto y refinado de los pueblos, el que dió el Ejército de la Nación al realizarse sus exequias: no ignoraba entonces la alineada tropa, — solemne en su silencio, — que asistía al ocaso, no de un Dios, temible por su poder, no de un guerrero, celebrado por sus hazañas en los campos de batalla, sino, tan sólo, de un hombre de ciencia, de

sencillez austera, sin cetros centelleantes en las manos ni paramentos de oro cruzados sobre el pecho.

Lo que corresponde ahora es persistir, es mantener siempre vivo el calor del homenaje, en el que ayer nos acompañaron la América toda y la Francia civilizadora, la Francia maestra de nuestros ensueños. Hoy es el Brasil amigo, que se nos acerca otra vez con la piadosa siempreviva, y es a él que saludo invocando una representación, que honrándome sobremanera, me ha sido otorgada por esta Facultad, en virtud de mi carácter de profesor de la más antigua, actualmente, de las cátedras de clínica médica que en ella funcionan.

Quiso, pues, el Brasil, que de nuevo se ensalzase a Soca, y así, por mi parte, lo he hecho, pero tomando en consideración tan sólo los aspectos de su entidad moral que más interesaron a los que fueron sus colegas y a los que fueron sus alumnos. En estos últimos, sobre todo, he pensado, y suponiéndome en medio de una de nuestras salas de trabajo, he dejado a mi conversación seguir su curso sin medirla. Aunque tarde ya, pido ahora que me excusen y perdonen los que, dentro de este público selecto, no pertenecen al cuerpo de los oficiantes de nuestro templo.

No ha de sorprendernos el gesto del país de Osvaldo Cruz. No en vano allí, irradiando en un cielo nítido y profundo, todo es fulgor. No en vano allí no hay fe que desmaye ni entusiasmo que se pierda; ni hay allí nada que en realidad muera, porque lo que, en su aspecto de materia, se desintegra, revive luego, purificado en la poesía. Por eso su tradición es rica y de hablar continuo y elocuente, como son de hablar elocuente sus bosques, que jamás ponen fin a sus susurros y como lo son sus mares, que nunca dejan de mostrar al Sol el iris de sus espumas... Y ob-

servad sus rasgos; por todas partes veréis cómo asoman penachos altivos y seguros.

No hay cuidado que se ignore en el Brasil ninguna de sus glorias ni tampoco ninguna de las glorias extranjeras, a las cuales se admira, porque en todos los corazones late un amor ingénito hacia cuanto es bello y armonioso,— no importa de dónde surja, — y porque, por una avidez intelectual jamás saciada, se espían siempre, hasta donde alcanza el mirar, las lumbres que pueden aparecer en el horizonte.

Para nosotros el homenaje brasileño tiene el significado de una alta e indiscutible sanción. Representa, además, una valiosísima prenda de simpatía, que se agrega a las muchas otras, de igual procedencia, que nuestra Facultad ya ha recibido... La montaña es difícil, pero en su ascenso, una voz, que se distingue entre todas por su cordial acento, de tiempo en tiempo nos alienta y nos llama. Esa voz vibra en el valle, vibra en los picos, es ya de aplauso, ya de coraje, y si el día es pleno, resuena como un himno, pero arrecia con los clamores de un alerta cuando la bruma envuelve y oscurece los senderos. Nuestra respuesta será hoy como otras veces afectuosa, e irá donde debe, recogiendo, al pasar, el perfume de las flores que nuestra gratitud habrá colocado en el camino.

La palabra generosa que, atravesando nuestras fronteras geográficas, ha dado motivo a esta ceremonia, es tanto más digna de destacarse cuanto que ha sido pronunciada en un momento en que el mundo parece enfermo de un extraño mal, que amenaza con romper en mil pedazos los vínculos morales que hasta hace poco mantenían su unidad. Diríase que el incendio que devora a la Europa quiere avanzar con sus lenguas de fuego hasta nuestra América. Algo, sin embargo, impedirá el desastre: la cordura de sus hombres de trabajo, quienes, — no obstante no de-

jar ninguno de ellos de sentir el orgullo de su raza, y de amar, con pasión intensa, el solar en que recibiera la primera luz, — no saben de más "imperialismo" que el de la ciencia ni saben de más "nacionalismo" que el de la tierra en que la civilización florece. Las únicas murallas de defensa, los únicos reductos de fuego que se hacen necesarios son los que tienen por objeto contener el asalto del pesimismo y del odio o los instintos destructores, sean cuales fueren los disfraces con que estos malditos engendros de las Furias quieren presentarse.

Y así los hombres ilustres de una patria que no es la nuestra, no han vacilado un solo instante en reverenciar la memoria de Soca como si hubiese sido la muy apreciada de uno de los suyos. Es que para esos hombres, como para todos los que estudian en el libro de las angustias humanas, sólo un lenguaje es comprensible: el de la fraternidad y el amor, y sólo una fuerza es merecedora de respeto: la que se emplea en arrancar a la eterna Esfinge la Verdad.

Y la Facultad de Medicina de Montevideo quiere hablar ese lenguaje y quiere servirse de esa fuerza. Ella, como todas las de su especie y en particular como sus hermanas de América, aspira a la conquista permanente de ese bien supremo que se llama Paz. Es en nombre de esa diosa de son próvido y fecundo que, no ha mucho tiempo, en las campiñas francesas, el labrador hundía el arado en el agreste suelo, y sereno e indiferente se mostraba ante las armas mortíferas que una tras otra sin reposo, tronaban en los aires y esparcían la metralla a su alrededor... Y doquiera se trabaje, triunfa la paz. Obra de paz es la que realiza la medicina brasileña en este acto, porque obra de paz, y extensa y hermosa, fué también la que realizó el profesor nuestro que aquí recordamos.

El taller nos reclama, y a él hemos de volver, siguiendo el ejemplo y acatando la consigna de los obreros eximios que nos han precedido, de esos mismos obreros que al entregarse al postrer descanso tuvieron la conciencia clara y categórica del deber cumplido. Si ello se hace menester, redoblemos nuestros esfuerzos, y hagámoslo sin temores y sin pena, porque al fin el disiparse de energías es la razón y el encanto de la vida. ¡No importa luego que la meta anhelada sea el miraje que sin cesar se aleja! En su insana ambición, el hombre, al clavar sus pupilas en la bóveda profunda, inmensa, inacabable, en la que chisporrotea la vía láctea, piensa que su gloria debe ser y ha de ser también así.

Representa esto, sin duda, un absurdo ensueño, pero un ensueño que no ha sido del todo estéril, porque en su tesón por trocarlo en realidad, la sabiduría humana ha conseguido que los genios hostiles fueran alejándose en humillante derrota, de nuestro globo. Sólo falta que el hombre llegue a plasmar y animar la nada; pero cuando tal cosa suceda, ya no será él criatura sino Creador, ya no será hombre sino Dios. ¡Y desde ese milagroso instante, el mundo recomenzará!

AMÉRICO RICALDONI.

LA OBSESIÓN DE LA MUERTE

(De un «Diario» rítmico e íntimo).

(A José G. Antuña)

I

Pienso siempre en la Muerte, y no comprendo
la causa, que "a pesar del tiempo terco",
ésta mi juventud inextinguible
es un milagro lúbrico y fantástico!

Tengo el mismo cuerpo de los veinte años,
pero más erguido y más fuerte.

Tengo el mismo pelo de los veinte años,
pero más negro y más ardiente.

Tengo la misma piel de los veinte años,
pero de una palidez más viril.

Tengo la misma boca de los veinte años,
pero más sabia en el morder los frutos.

Mis ojos, solamente, ya están viejos...
Aparecen quemados y enrojecidos..
Están rojos de haber visto tantas cosas!
rojos de haber viajado tantas tierras!
quemados en el fuego de la Vida,
quemados en el polvo de las sendas.
Quemados en las fiebres del insomnio,
quemados en la luz de alguna estrella.

Son dos círculos rojos y pequeños...
Rojos de haberse mirado en tantos otros
—claros y oscuros ojos de mujeres,—
y de haber retenido tantas lágrimas,
y de esta angustia de esperar la Muerte!

II

Para el que ha amado mucho en esta Vida,
la Muerte es sólo el fin de un gran amor.

El Amor y la Muerte marchan juntos
por las rutas floridas y tortuosas.
El uno aroma y canta en los pensiles;
la otra acecha, escondida entre las sombras.

Amor y Muerte son el fin de todo...
El amor nos despierta y nos traiciona
y, atrás, viene la astuta Muerte...

Un día,
una carta de amor llegó a mi puerta...
Y yo pensé: "la Muerte me recuerda".

Luego, fueron dos cartas, y me dije:
"la Muerte ronda atrás de los perfumes".

Ayer fueron tres cartas... Yo pensaba:
"ya la Muerte se acerca".

Hoy me han llegado diez cartas de amores
y tiemblo: "¡Ay Dios, si moriré esta noche!..."

III

Pero una voz, que viene de las sombras,
me dice, en el silencio del retiro:
"Divagas y profanas. No se muere...

Eternamente ha de flotar tu espíritu,
que te ha de prolongar en toda cosa,
y te ha de prolongar en todo sitio.
Ya en el umbral de piedra de tu casa,
o en la reja de hierro del vecino,
en que, una noche antigua, a luz de Luna,
saboreaste el febril fruto prohibido...
O en el viejo sillón donde creaste
tu ensueño, — o el árbol que fué herido
por tu mano, marcándole en el tronco
con la cifra de un nombre femenino...
O en el trazo de tinta, ya borroso,
en la página lírica de un libro;
o en la copa que un día fué a tus labios;
o en el llanto de un niño,
—tu nieto o tu biznieto,—en cuyos rasgos
vivirán rasgos tuyos o tu instinto.
No se muere jamás. La Cruz Cristiana,
la Cruz de Dios, en lo alto, es el principio
de un abrazo, es el gesto... Y, las estrellas
son las flores de luz del Paraíso.
No se muere jamás. Nada es materia.
La materia es reflejo del espíritu.
La materia es el polvo y vuelve al polvo.
La materia es la carne y no el latido.
La verdadera Vida es incorpórea
y la Muerte es, no más, lo ya vivido.
No profanes las puertas del Misterio...
No pienses en morir.

Duerme tranquilo."

PABLO MINELLI GONZÁLEZ.

Bruselas, 1923.

LO IMPREVISTO

¡Oh Dios, nunca me des lo que te pida!
Me encanta lo imprevisto, lo que baja
de tus rubias estrellas. Que la vida
me presente de golpe la baraja

contra que he de jugar. Quiero el asombro
de ir silencioso por mi calle oscura,
sentir que me golpean en el hombro,
volverme y ver la faz de la ventura.

Quiero ignorar en dónde y de qué modo
la mesa del Amor está servida
por tu mano, Señor, y sobre todo,

dónde hallaré a la Muerte. Sorprendida,
sepa el alma a la vuelta de un recodo,
que un paso atrás se le quedó la Vida.

CONRADO NALÉ ROXLO.

GRAVES ERRORES EDUCACIONALES

LOS INVÁLIDOS UNIVERSITARIOS

No bastaría enunciar las funciones de la larga vida pública del doctor Rodríguez para exaltar la autoridad de su voz. Faltaría explicar algo superior: la sabiduría recogida en la vida por aquel hombre de inteligencia clara y firme, de gran corazón constantemente aplicado al bien.

Esa sabiduría predominaba entre los elementos constitutivos de su temperamento y de su carácter.

Ahí, más que en el brillo de las funciones que desempeñó, radica la autoridad con que esta voz podía dirigirse a la juventud.

* * *

Este artículo escrito para PEGASO lo terminó el doctor Gregorio L. Rodríguez pocos días antes de su muerte, inesperada y repentina.

Es, pues, un artículo póstumo, que tiene, además de sus altos valores, el sentido de una lejana voz que todavía se preocupa de nosotros.

No hay duda que el Uruguay, en los años que van transcurridos del presente siglo, ha dado un gran impulso a todo lo que dice relación con la instrucción superior y profesional.

Sumas millonarias han sido invertidas en la construcción de amplios y suntuosos edificios que con cierto orgullo se muestran a los destacados visitantes extranjeros, quienes quedan hasta cierto punto des-

lumbrados ante la magnificencia de aquéllos, pensando que una nueva Grecia se levanta sobre esta margen del Plata. En tantos palacios consagrados a la ciencia y a la sabiduría, por fuerza tienen que existir sabios, y a fe que sería injusticia negar que contamos con un buen núcleo.

Las facultades de Derecho, Medicina, Ingeniería, Preparatorios, escuelas de Agronomía, Veterinaria y Militar, así como ciertos institutos, se encuentran instalados dentro de majestuosas fábricas arquitectónicas.

Los laboratorios poseen un material completísimo, de lo más moderno y perfeccionado, cuya vista y utilización ha causado asombro a eminentes profesores europeos.

El profesorado nacional es numeroso, mostrando el Presupuesto General de Gastos de la Nación la buena parte de rentas públicas que se consagran a la instrucción superior.

Año tras año, millares de jóvenes se inscriben para seguir los cursos que se dictan en los liceos y en las precitadas Facultades, escuelas e institutos.

Hubiéramos querido hacer conocer la cifra exacta de los inscriptos en el último quinquenio, pero la Secretaría del Ministerio de Instrucción Pública, a la que por dos veces nos dirigimos por escrito, pidiéndole datos, no los posee completos, hecho curioso e inexplicable en tal organismo, pues no ha podido complacernos sino en parte, con los de Enseñanza Secundaria y Preparatoria. De las demás Facultades, sólo tiene los correspondientes al año 1922.

Los cuadros que debemos a la deferencia del Ministerio, son los siguientes:

Asistencia de alumnos reglamentados, a los establecimientos oficiales de Enseñanza Secundaria y Preparatoria de la República, durante el período 1919-1923.

ESTABLECIMIENTOS	AÑOS				
	1919	*1920*	*1921*	*1922*	*1923*
Sección Central . .	1,437	1,508	1,613	1,512	1,588
» Femenina . .	370	383	365	308	293
Liceo «José E. Rodó» .	438	540	510	559	555
» «H. Miranda» .	490	505	517	541	567
» Nocturno . .	—	336	108	118	125
Liceos Departamentales	1,410	1,394	1,646	1,557	1,737
Totales . . .	4,145	4,666	4,758	4,595	4,865

Estudiantes inscriptos en la Universidad, durante los cursos del año 1922

Abogacía	241
Notariado	205
Medicina	568
Farmacia	73
Odontología	186
Obstetricia	59
Ingeniería	130
Agrimensura	43
Arquitectura	110
Total	1,615

A los totales de estos dos cuadros habría que agregar los inscriptos en las escuelas de Agronomía, Veterinaria, Comercio, Militar, Naval, de Mecánicos, de Electro-Técnica, etc., que no es aventurado calcular en ochocientos, más o menos, lo que nos daría el

cómputo de los nuevos profesionales en embrión, que en el año 1922 han llegado a más de *siete mil.*

No puede caber duda de que, continuándose en estas progresiones, y ello es presumible, dadas las facilidades que se otorgan para poder seguir carreras de las llamadas liberales, el Uruguay será, antes de muy pocos años, el país que con arreglo a su limitada población, contará proporcionalmente, el porcentaje más alto en elementos titulados.

Es posible que muchos se enorgullezcan de un hecho semejante, afirmando que es una ventaja el que existan tantos ciudadanos excepcionalmente ilustrados.

A nuestro juicio, en cambio, todo ello implica *un grave error*, cuyas temibles consecuencias empiezan a sentirse, y que se ahondarán con funestos resultados económicos, tanto para el país como para los propios titulados.

En una encuesta que dispuso recientemente la Sociedad de Medicina, a fin de obtener datos exactos sobre los resultados materiales que logran individualmente los centenares de médicos que existen en toda la República, se ha podido constatar la situación desfavorable por que pasa un grandísimo número de aquellos profesionales, que apenas ganan lo estrictamente indispensable para vivir con suma estrechez y modestia.

Esto permite sospechar el porvenir que les aguarda a los 568 incipientes galenos inscriptos en 1922, y a los otros cientos que se hayan matriculado en el corriente año, y a los que sigan idénticas aguas en los sucesivos.

Mutatis, mutandi, análoga cosa ocurre con el gremio brillante de los abogados, buen número de los cuales tienen que vivir de *expedientes,* pero no en el sentido jurídico de la palabra.

Saneada casi totalmente la propiedad territorial

que otrora era fuente provechosa para los viejos estudios; entregado el arreglo de las sucesiones a los señores notarios, quienes generalmente suelen ser sobrios en los honorarios que conciertan con las partes, y siendo escasas las contiendas de importancia que surgen en la rama comercial, como raros son asimismo los juicios criminales en que el sujeto sea persona adinerada capaz de pagar con esplendidez la defensa del penalista que lo patrocine, los señores profesores de derecho tienen que aplicar sus inteligentes actividades a asuntos de menor cuantía, con los que de seguro no podrán jamás enriquecerse, teniendo que conformarse la mayor parte con salvar las apariencias de su decoro profesional.

Los arquitectos suelen reunirse hasta tres, a fin de instalar una oficina de construcciones, siendo pocos los que logran gran clientela, y muchos, los que apenas abordan dos o tres obras por año, conformándose con módicos beneficios.

Pueden contarse por los dedos, los ingenieros que, fuera de la administración pública, trabajan por su cuenta, desde que las grandes obras en las que se requiere la aplicación de las ciencias matemáticas no abundan entre nosotros, sin que esto quiera decir que no haya muchísimo que hacer, en puertos, ferrocarriles, canales, puentes y carreteras.

Pasemos sin mayor comentario lo concerniente a agrimensura, farmacia, odontología y obstetricia, pues siempre habrá campos y terrenos a medir, recetas que preparar, dentaduras a arreglar y criaturas a nacer.

Lo anterior se refiere a los profesionales que podemos llamar universitarios, pero existen aún otros titulados que no debemos olvidar; los que egresan de las escuelas de Veterinaria y Agronomía.

Con los médicos veterinarios ocurre algo análogo

a lo que sucede con los ingenieros; la casi totalidad de los egresados se hallan adscriptos a los servicios públicos y viven del sueldo que les paga la Nación. Son pocos los que aplican sus actividades en especulaciones de carácter privado.

En cuanto a los agrónomos, que tienen en el país muchísimo campo para ejercitar con provecho general los conocimientos científicos que han adquirido en la magnífica escuela de Sayago, y en las estaciones y campos de experimentación que sostiene el Estado, no siguen, infelizmente, la ruta que debían adoptar, a la inversa de lo que ocurre con los profesionales que forman la grande y soberbia Quinta Normal de Santiago de Chile, quienes en su inmensa mayoría se hallan dirigiendo y explotando los provechosos fundos que son orgullo de la república andina.

Es oportuno que recuerde aquí una curiosa referencia, que ha tiempo me hizo mi viejo amigo rural, el inteligente ingeniero don Carlos Arocena.

Había retornado de Europa, adonde había sido enviado por el Gobierno de la época con el fin de que perfeccionaran sus conocimientos visitando las escuelas similares de Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, etc., un grupo de selectos ingenieros agrónomos, algunos de los cuales, en representación de sus compañeros, se entrevistó con aquel compatriota, para pedirle que intercediera con el Ministro de Industrias doctor Eduardo Acevedo, de quien lo sabían muy amigo, a fin de que los incorporase al Ministerio o a alguna de sus grandes ramas, desde donde, según ellos, podrían aplicar útilmente su ciencia y sus conocimientos.

El ingeniero Arocena les significó: No haré lo que ustedes me piden, porque lo conceptúo un grave error, pero me ofrezco, en cambio, a poner a contri-

bución la influencia que ustedes creen que poseo con el Ministro, para que se ejecute el siguiente plan:

Se buscarán tierras adecuadas en alguno de los departamentos del litoral, y se fraccionarán en porciones de 200 o más hectáreas, sobre las que el Banco Hipotecario hará adelantos que permitan efectuar dentro de cada una de aquéllas las construcciones necesarias: casa habitación, galpones, porquerizas, establos, etc., etc., y comprar toda la maquinaria, herramientas, animales y semillas que requiera un estabecimiento agrícola modelo.

El Estado garantizaría los pagos, en los primeros años, ínterin los establecimientos no se encontraran en franca producción.

Ustedes, agregó el señor Arocena, son jóvenes y han de tener sus miras; pues bien, se casan, hasta como medio de estar tranquilos y se marcha cada pareja a su respectiva estanzuela, a trabajar con provecho, aplicando los conocimientos científicos adquiridos, teórica y prácticamente, y haciendo de ese modo, nuevas escuelas objetivas para todo el vecindario de la zona.

En algunos años de intensa labor, cada uno de ustedes habrá formado su capital y tendrá una posición independiente, fuera del bien enorme que habrán rendido a la República.

Como se ve, la idea del señor ingeniero Arocena no podía ser más noble, más práctica ni más eficaz.

¿Cuál fué la respuesta de los visitantes de mi distinguido amigo? Muchas gracias, señor, por su generoso ofrecimiento, pero no podemos aceptarlo; no hemos estudiado tantos años para irnos a soterrar al campo. Nosotros queremos permanecer en la ciudad y entendemos que lo que procede es que se nos dé la preferencia, en virtud de nuestros títulos, para ocupar los puestos que están actualmente desempeñados

por personas que no poseen nuestros conocimientos, y así serviremos útilmente al Estado.

Con triste desencanto, pero con toda la cortesía del viejo señor, el ingeniero Arocena puso término a la memorable entrevista.

Como se ve, en un país como el nuestro, de tierras fértiles y abundantes, la mayor parte de ellas, deficiente y rutinariamente explotadas, el Estado, a costa de sacrificios, forma agrónomos, que en vez de pugnar por el aumento de la producción y de la riqueza pública, y hasta de la propia personal de ellos, tienen, en cambio, por objetivo, acrecer la frondosa burocracia metropolitana.

Lo precedentemente narrado, no es una excepción sólo aplicable a los señores agrónomos, ni queremos sindicarlos como únicos en tales erróneas ideas.

Ello es un mal común, que se extiende a casi todos los elementos titulados. El sueldo en el Presupuesto General, es el primer punto de mira que se persigue, y de ahí el crecimiento fantástico de cargos y la constitución de nuevos organismos que proporcionen medios de vida fáciles, aunque modestos, a gran parte de los profesionales, que año tras año, van saliendo de las Faultades y de las Escuelas Superiores.

Todo esto nos revela que los efectos de nuestro sistema educacional no son aptos en el sentido de preparar actividades productivas, como las que está requiriendo nuestro país.

No sólo es triste, sino antieconómico, el que la comunidad se vea forzada a crear nuevas oficinas y empleos, para los universitarios, como si fueran otros tantos inválidos inutilizados en la lucha por la vida.

Los cuatro, seis u ocho años de estudios especiales que realice cualquier joven, deben servirle, no para instar al mundo a que le dé ocupación, sino para procurársela mediante sus propias aptitudes.

Estamos produciendo personalidades, que al término de sus estudios superiores, carecen de la confianza necesaria en sus propias fuerzas y no tienen las nociones precisas sobre la vida y sobre los problemas atinentes; poseen una brillante y seductora apariencia, por la diversa ilustración que han adquirido y, sin embargo, no están provistos de las armas que reclama el trabajo provechoso.

Hay que orientar la educación hacia otros rumbos, procurando disminuir la plétora de profesionales que no engrandece al país, ni se bastan a sí propios, y abriendo horizontes hacia el campo y hacia las industrias particulares que pueden ejercerse aún dentro del hogar doméstico.

Debe combinarse la educación intelectual con la manual, de modo que el sujeto adquiera el máximum de confianza en sus propias iniciativas.

Dice una gran verdad un escritor norteamericano, cuando afirma que "la división de los hombres en educados e ineducados, en eruditos e ignorantes, obedece a un falso concepto; que la verdadera distinción entre los seres humanos, reside en que sean interesantes o carezcan de interés", y cita casos de profesores eminentemente sabios, pero particularmente soporíferos.

No hay duda que ante el criterio práctico moderno, no sólo es más interesante, sí que también más útil, un constructor de máquinas, un electricista inventor, un gran agricultor, un pomólogo de hecho, un criador de aves, que muchos profesores eximios, de teorías ideológicas, ya que aquéllos engendran y dan a luz valores económicos descontables.

La generalidad de nuestros estudiantes profesionales recargan sus mentes de cosas que no necesitan saber, y no se les enseña el verdadero camino, ni se

les arma de los elementos requeridos para la lucha por la vida, que es más difícil cada día.

En los Estados Unidos, de donde se trajo la Reforma Escolar, de que nos hemos enorgullecido durante cuarenta años, ya se tiende a modificar el pernicioso sistema universitario, pues se mira con profundo descontento la clase de educación mental que se da a los jóvenes norteamericanos, en la que no se atiende como debiera, al mayor desenvolvimiento de la iniciativa personal.

Se quejan de que los catedráticos no sean gente práctica y, que los jóvenes universitarios reciban, durante los cuatro o seis años más impresionables en la vida, las lecciones e influencia de hombres de vasta educación, pero incompetentes en los negocios, y que tienen tan escaso interés y conocimientos financieros como sus mismos educandos.

Piensan que la Universidad ideal sería aquella que preparase a sus estudiantes para ganarse holgadamente la vida, y que les enseñara a responder satisfactoriamente a las preguntas que pudieren hacerles los jefes de industria.

Será prosaico y rudo, pero hay que reconocer que el valor de la erudición poco o nada agrega a la riqueza de las naciones, ni a las necesidades prácticas de la vida, que son las que deben atenderse de preferencia, en países nuevos como el nuestro, que se desenvuelve con dificultad por no tener más horizonte que el de su ganadería, horizonte, por otra parte, limitado a la venta de carnes, y de cueros y lanas en bruto, pues ni siquiera nos hemos habilitado para acrecer el valor de estos dos últimos productos, en forma industrial, con lo que hallarían ocupación provechosa muchos miles de ciudadanos y tal vez algunos centenares de los que entran a la Universidad, que podrían aplicar su inteligencia como directores

o jefes de industria, con más provecho general y propio, que siendo médicos, abogados, o veterinarios o agrónomos *urbanos*.

Es oportuno transcribir aquí la opinión de un hombre cuya palabra ha sido muy escuchada a raíz del Tratado de Paz de Versalles, y que tiene gran autoridad en los países sajones.

Dice Mr. Samuel Gompers:

"Cuando pienso en la educación que me asimilé en
" las calles de Londres, en las enseñanzas adquiri-
" das en el taller, en la disciplina creada por la nece-
" sidad de establecer una organización que produje-
" ra resultados definidos, en las fértiles ocasiones de
" cultura que ofrece el contacto con la humanidad,
" no puedo menos de comprender que he tenido ex-
" celentes oportunidades educativas.

Tales manifestaciones, hechas por un hombre de gobierno, eminente y respetado, están muy lejos de constituir un himno en favor de la enseñanza universitaria o facultativa, como la que se inculca en los tiempos presentes y, respecto de la cual, no se ve apuntar la menor reacción.

Es urgente evolucionar de modo que la educación profesional implique para el estudiante la capacidad de realizar obras de determinado carácter, que le permitan triunfar en la vida y no ser otros tantos fracasados en la lucha diaria, como infelizmente lo venimos constatando.

Apena ver a nuestra juventud ilustrada, — luego de haber, una parte de ella, comprometido su salud, durante los 10 o 12 años de estudios que se necesitan para obtener ciertos diplomas, — llegar al mundo de la realidad, experimentando crueles decepciones y tener que solicitar un empleo público para no morirse materialmente de hambre.

Traduce este sentir, uno de los decanos de la famosa

Universidad de Hawârd, cuando expresa que es difícil para un joven descubrir las ventajas de la educación universitaria, cuando encuentra que nada tiene que ofrecer con respecto a las demandas de los hombres de negocios.

No niego que sean encomiables las incursiones en los campos de las ciencias teóricas que no ofrecen remuneración, pero tan laudables gestos, reservados para espíritus selectos, no se transforman, por regla general, en hechos de interés público, como lo serían, en cambio, las lecciones prácticas que diera cualquier industrial o fabricante, sobre variados conocimientos, aprovechables en el mercado de los negocios y relacionados con la producción nacional.

No es aventurado afirmar que, debido a nuestro incurable optimismo, parece que aún no nos hemos dado cuenta de la transformación económica por que pasa el mundo entero, cuyos efectos nadie es capaz de prever y de ahí que se persista en encaminar a la juventud por las rutas gastadas de tiempos que no volverán.

El Uruguay, como muchos otros países, ha experimentado la más seria perturbación que se haya conocido en su historia económica y financiera, que ha afectado y afecta las más hondas raíces de su riqueza, por lo que se impone un serio cambio de orientación, que prepare a los hombres que, en un futuro cercano, sean llamados a regir sus destinos, preparación que implique una dotación de recursos de elasticidad efectiva e intelectual, necesaria para hacer frente a las rivalidades que ya se ven surgir en otras naciones.

Los grupos profesionales son los que más han sufrido en el cambio desfavorable que se ha experimenta-

do en la humanidad, pues se encuentran sin las defensas a que han podido apelar otros gremios. Es inconcebible, en consecuencia, que se mantenga la errónea preparación de aquéllos, que los conducirá a un franco desastre, con perjuicio para todos y especialmente para el país, que necesita de sus inteligencias, juiciosamente lastradas y encaminadas.

El porvenir hay que encauzarlo con criterio más práctico, ajustándolo a las exigencias materiales y teniendo en cuenta las nuevas relaciones que han surgido entre cada individuo, los objetos económicos que requiere, y el trabajo que debe efectuar para obtenerlos.

Se está realizando, en verdad, una nueva valorización de las aspiraciones, no tan sólo económicas sino también de otro carácter, pasándose, en consecuencia, por el proceso de establecer distintas condiciones y normas de conducta que correspondan a las necesidades y deseos de la humanidad, por lo que, sería funesto mantener los viejos patrones universitarios, de los que no podrán salir los elementos adaptables a las tareas del futuro.

Estas reflexiones tienden a demostrar la imperiosa e impostergable necesidad en que nos hallamos de dar nuevas orientaciones a la instrucción superior y profesional, mediante cambios radicales que hagan surgir aquellos elementos capacitados, que se requieren para la nueva vida, que la gran guerra ha impuesto a la humanidad entera.

"Los intereses creados" y la fuerza de las costumbres se revelarán para impedirlos o dificultarlos,

pues toda reforma radical halla más adversarios que adeptos, pero tengo confianza en que han de imponerse, pues las duras lecciones que estamos recibiendo en todos sentidos, concluirán por llevar el convencimiento al ánimo de los hombres superiores que existen en el Gobierno, de que se está malgastando el dinero en la preparación de sucesivas generaciones de inválidos universitarios.

Ha de perdonárseme la franqueza con que expongo mis ideas, fruto de un viejo convencimiento, en obsequio a las altas finalidades que persigo, para bien de los profesionales y del país.

Una firme voluntad será necesaria, para llevar por el mejor camino una reforma tan importante y fundamental como la que se requiere, que afectaría por igual, organizaciones, sistemas de enseñanza, programas, profesorado y educandos, pero no dudo que entre los múltiples cerebros ponderados que existen en nuestra Universidad, ha de hallarse el predestinado para conducirla a buen término, siempre que los Poderes públicos le presten el franco y completo apoyo que se necesita para obra tan magna.

GREGORIO L. RODRÍGUEZ.

Después de terminado este artículo, recibimos, enviados por el Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, los datos de la población estudiantil, correspondientes al quinquenio 1919-1923, cuyo resumen es el siguiente:

	AÑOS				
	1919	*1920*	*1921*	*1922*	*1923*
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales:					
Abogacía . . .	170	182	220	248	267
Notariado . . .	103	115	129	160	188
Facultad de Medicina:					
Medicina y Cirugía	435	455	598	591	734
Farmacia . . .	69	76	82	78	79
Obstetricia . .	49	49	55	56	63
Escuela de Odontología . . .	175	185	201	203	173
Facultad de Ingeniería:					
Ingeniería . . .	1 6	110	127	130	121
Agrimensura . .	66	57	46	43	25
Facultad de Arquitectura:					
Arquitectura . .	116	109	85	96	104
Totales . . .	1,289	1,338	1,543	1,605	1,754

Montevideo, 1.º de junio de 1923.

"FABULAS"

(Por Montiel Ballesteros)

He aquí un breviario de emoción.

Libro es este en que no brillan oropeles. Todo en él aparece sencillo, exacto, casi táctil a fuerza de ser verídico: la cigarra, *humilde, simple, ferviente;* los teruteros, *con su capa negra de seda tornasol, sus largas medias rojas;* la paja brava, *flaca, triste, amarilla;* el sauce, *verde lluvia de lágrimas;* los claveles del aire, *rojos, azules, florenciendo con una gracia inesperada y feliz en los troncos oscuros;* la viuda, *ese dulce pajarito blanco.*

Fábulas titula el autor a estas evocaciones campesinas; pero ¿lo son, realmente?

Al labrar sus páginas, acaso no haya tenido Montiel sino de una manera accidental, circunstante, la intención didáctica en que suelen aparecer inspirados — desde los remotos fabulistas orientales hasta Lafontaine o Samaniego, Roberti o Gay, — todos los cultores del apólogo. Ellas ofrecen escasa paridad con las ideaciones de Andersen, alto maestro en el arte de enseñar deleitando; no tienen tampoco el sedimento religioso de las leyendas indúes, en que la imaginación advierte, bajo la apariencia humilde del zorro, del gamo o de la ardilla, la suave tristeza búdica; menos se asemejan a las viejas tradiciones germanas, donde parece vibrar aún aquel impulso formidable con que el vendaval judaico desvaneció la claridad de Hélade; pero lo cierto es que llenan una

oquedad espiritual, porque en ellas alumbran Arte y Amor, encendidos en autóctona visión. ¡Penetradora visión, que vuela como un dardo, por encima del mar!

Así, recogiendo en los aspectos familiares, sencillos, de su tierra aquel fino latido que la rudeza estética de otros contempladores no supo descubrir, Montiel halla poesía en la voz del arroyo cantarín, en la irisación de un plumaje, en el reflejo sangriento de una nube, la envuelve en ingenuo artificio, y despierta entre quienes se deleitan con su libro esa simpatía vaga, sin forma, sin objeto, esa plenitud bondadosa por la cual todo hombre se acerca un poco a Dios. He aquí de qué modo el poeta ejerce una encumbrada misión de humanidad.

Sea, pues, fábula la narración que acaba en moraleja, o consistía ésta simplemente en el arte de poetizar la realidad, a la manera de Montiel, bien llegadas sean esas páginas, en cuya emoción castamente desnuda radica lo más bello y útil de su acción genérica.

Montiel—él lo afirma—anhela que sus ideaciones alcancen algún día cierto valor de mito. "No bebo en las fuentes de la tradición, — viene a decir — quisiera, en cambio, que la tradición abrevase en las mías". No ha de lograrlo, empero.

Asegúrase que el acto de someter la realidad a una imaginación cualquiera, es ya un fermento mítico. Tal vez; mas nótese que la leyenda gestada en un solo cerebro difícilmente cobra el recio valor afirmativo, el impulso racial formado por la acumulación paciente, lentísima, de anhelos, de inquietudes, de invocaciones supremas que van, paso a paso, tejiendo la urdimbre del mito, hasta convertirle en el crédulo fervor con que Grecia cantó la cólera de Zeus, la destreza de Apolo, la actividad ubicua de Mercurio.

Desde luengas tierras nos llega este libro americano. En Catania distrae ahora Montiel sus horas de

ocio — ocio fecundo de poeta — . Antes, creemos, vivió en Florencia, la ciudad tantas veces ilustre; pero vagando por Sicilia o recogiéndose en la serenidad augusta de la Santa Croce florentina, donde Miguel Angel descansa de su angustia genial, el poeta habrá sentido saudades de su tierra, de esta tierra donde todo ofrece una noble sencillez campesina. Así, tal vez, nació su bello libro.

¿Quiere esto decir que Montiel haya permanecido hermético, impasible, ante la sugestión artística de Italia? No; pero creemos que si alguna influencia experimentó su ánimo, no habrá sido, en verdad, la de los dos enormes renacentistas: Leonardo y Miguel Angel. En cambio, acaso lleve en el espíritu la estela primitiva de Giotto, llena de simple y cándida armonía.

Todo el amor a la Naturaleza que alienta en la obra de Montiel halla, sin duda, un eco fraterno, una simpatía acogedora en la tierra prócer de Italia. Allí, con Virgilio, acaso haya nacido el sentimiento puro, sin cendales, de cariño a la gran Madre Tierra. Más tarde, en la gaya campiña toscana, Francisco de Asis deleitóse escuchando al ruiseñor, acarició a la alondra, pactó con el lobo de Gubbio y, alzando en la paz de la mañana los brazos escuálidos, alabó al Señor *por el sol y la calma y el viento, hermanos suyos.*

Aún hoy, la inquieta sensibilidad italiana, encuentra en la Naturaleza, su maestra, un manantial perenne de verdad.

Montiel es, ante todo, un espíritu pleno de comprensiva tolerancia. En él la benevolencia es principio absoluto de moral, vehículo de simpatía, según aconsejaran Hutcheson, Comte, Adam Smith. Tal vez por ello nuestro autor esquiva, casi siempre, el tema heroico. Y a fe que no es pequeña virtud la suya.

Estilóse en América, hasta no ha mucho tiempo,

colocar sobre todas las cosas cierto halo de heroísmo; pero lo evidente es que, sin más hondos y duraderos valores, el continente nuevo no hubiera captado el don de universalidad merced al cual es algo más que constitución política y fuerza guerrera.

Urge aquí, como en todas partes, el advenimiento, cada vez más copioso, de espíritus serenos, que sientan en la épica lo que tiene de fuerza ejecutiva y útil, cuando un alto motivo la reclama; pero no la conviertan en áulico miraje interior.

El culto a lo heroico finca en el pasado. Es, pues, un valor histórico; y como en toda historia, precisamente por inactual, hay siempre una posibilidad de revaloración, dedúcese que no es la capacidad heroica de los hombres o de las épocas lo que universaliza la nacionalidad, aun cuando haya contribuído a formar su embrión, sino, en una paz laboriosa y fecunda, la sensibilidad, tensa, vibrátil, la sensación de humanismo que todos llevamos en potencia y que algunos — muy pocos — aciertan a expresar.

La figura arrogante del Cid, pasando con un rumor de hierro en busca de Valencia, o alzándose en la dura batalla, entre el galope altivo de los potros sin freno,

" tanta loriga falsa desmanchar,
" tantos pendones blancos ir bermejos en sangre
" tantos buenos caballos sin sos dueños andar":

se diluye, se apaga, ante aquel su dolorido sentir, contemplando los muros de la ciudad donde dejara tibiezas de nido:

" De los sos ojos fuerte-mientre lorando
" tornava la cabeza e estava-los cantando".

Y Roland no es grande cuando impreca:

" Le fer en sera sanglant jusq'a l'or de la garde"

sino cuando, solo ya en el valle todo lleno de silencio y de sombra, siente cómo se acerca la Invencible, y entonces, desnudando la diestra, ofrece a Dios su guante en rendida señal:

" Vrai Pèrè qui jamais ne mentis, guéris mon âme".

Estamos enfermos de heroísmo. El último huracán guerrero pasó abatiéndolo todo. El ímpetu sólo nos condujo a la tristeza; pero el ejemplo es estéril. Cerca de nosotros, en América, el viento pasa con un silbar agudo, como si cruzase entre lanzas erguidas.

Loemos, pues, a los hombres que, al modo de Montiel, sin desmayar la varonil entereza de su ánimo, atenúan el culto al denuedo puro, avivan el culto a la pura bondad y van así creando, con el dolor de todo alumbramiento, el alma de la patria.

A. Aller.

DÉJAME VER TUS GRANDES OJOS...

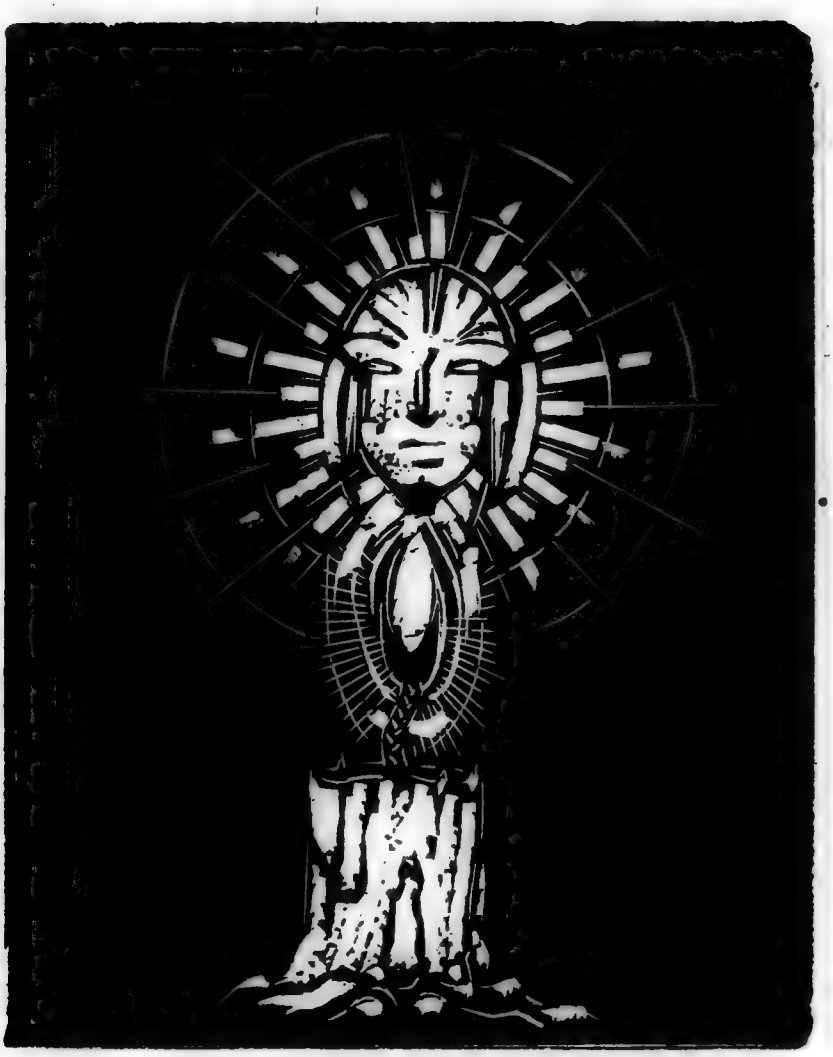
Déjame ver tus grandes ojos verdes...
piensa que, acaso, son la estrella de mi vida
que buscando vivo!
Por eso me ves triste y no me miras;
por eso me ves solo y sin amigos!

Déjame ver tus grandes ojos verdes...
verás qué tierna tengo el alma mía;
verás qué extrañas son mis ilusiones;
verás qué nuevas son mis alegrías!

Te contaré mis sueños, bajo el rosal
más viejo de mi heredad nativa,
donde hablaron de amores mis abuelos,
entre el perfume de las rosas níveas,
mirando cual se enlutan los crepúsculos,
tus labios silenciosos, tus manos en las mías!

Pero... mírame!
Quiero ver tus grandes ojos!
No creas que estoy triste...
es que busco la estrella de mi vida;
esa estrella, que dicen que tenemos
todos los que vivimos
y que a mí, me parece que me alumbra
desde tus verdes ojos pensativos!

CÉSAR AGUIRREZABALA.



Grabado en madera, para ilustrar «Poemas Nativos», de Federico Lanau.

POEMAS NATIVOS

Con el sombrero gacho puesto sobre los ojos;
por el campo, en la noche, sin saber hacia dónde,
voy andando, andando,
detrás de la estrellita roja de mi cigarro.

He pasado tres veces por el mismo camino;
y tres veces me he herido en las mismas espinas,
andando, andando,
detrás de la estrellita roja de mi cigarro.

Mañana, los vecinos dirán, y con razón,
— prendiéndole a la Virgen un cabito de vela: —
anoche, por el campo anduvo una luz mala;
anoche, por el campo anduvo un alma en pena...

FERNÁN SILVA VALDÉS.

EDUCACIÓN

Honrando a una maestra

(Discurso pronunciado en un homenaje dedicado a Misia María Stagnero de Munar).

Para sentir toda la justicia de este homenaje, es necesario evocar el ambiente en que surgió a la vida educacional María Stagnero de Munar.

Antes de 1870, nuestro país tenía algunas escuelas primarias, pero no tenía maestros. Los que enseñaban por aquellos tiempos las primeras letras, no tenían la culpa de no serlo, como tampoco la tenían los directores de la educación pública. Era la edad de piedra de nuestra historia, la que marca la adolescencia de todos los pueblos. Nuestro país era un adolescente: ¿qué son, para la vida de un pueblo, cuarenta años de independencia?...

El carácter nacional tenía dos moldes antagónicos: uno de oro, el hogar antiguo; otro de hierro, la guerra fratricida. El hogar le formaba el sentimiento; la guerra le deformaba el pensamiento. Y así se iba modelando nuestra juventud, un poco a lo "Don Ramiro": aptitud para amar en la sentimentalidad, necesidad de odiar en la mentalidad...

La escuela primaria era apenas el cuarto de suplicio donde escasos niños del pueblo aprendían a leer. Pero apareció el educacionista de la hora, aquel "personaje reinante" que, en la filosofía de Taine, exigen

en ciertas condiciones los ambientes que gestan una expresión colectiva. Y no apareció en un remanso de nuestra historia, sino en una noche de tormenta cívica, cuando más se hacía sentir la necesidad de educar al pueblo para afrontar la tarea de las sociedades civilizadas. El "personaje reinante" venía de Norte América, adonde fuera llevado más por las ideas del comercio que por el comercio de las ideas. Era José Pedro Varela, que acaso recogió en sus oídos la sugestión vecina del formidable Sarmiento: hay alguna leyenda al respecto.

Bajo el impulso superior de José Pedro Varela, fueron surgiendo escuelas nuevas, pero faltaban maestros nuevos. Y sin maestros, las ideas nuevas no serían más que fórmulas administrativas, porque el cimiento primordial e insustituible de la escuela de todos los tiempos no es el método pedagógico, ni el programa cultural, ni el texto instructivo: el cimiento fundamental de la escuela es el maestro. Yo me imagino a Varela, que acaso sentía ya en sus pulmones fatigados el furtivo paso de la muerte prematura, buscando con angustia a su alrededor alguien a quien pasar la antorcha de la hora, ella sí destinada a sobrevivir, porque estaba encendida con material más fuerte que la carne: la Idea. Me lo imagino —porque quería que su obra fuera de todos y para todos— temblando por el porvenir de la escuela nueva confiada a maestros viejos, que tornarían fatalmente a lo antiguo cuando el gran propulsor desapareciera... Varela tenía colaboradores tan creyentes y ardientes como él—colaboradores que no evoco porque no quiero cometer injusticias recordando sólo algunos nombres que registra mi memoria, y entre los cuales tendría que desfilar mi propia madre— pero era menester algo más, era menester formar maestros "varelianos".

Y he aquí que también ellos empiezan a surgir. Entre los primeros, se destacó una joven estudiosa y batalladora, que venía conquistando menciones y honores desde que era modesta ayudante, que siguió conquistando con pruebas brillantes títulos y direcciones de escuelas de segundo y tercer grado, primera entre las primeras, con aquella gallardía en el empuje ascensional que anuncia a los predestinados del laurel: era María Stagnero, y se impuso como la fundadora natural del primer Internato Normal de Señoritas.

Ahora sí, la sombra ansiosa de Varela podría descansar y sonreir; ya tenía asegurada la victoria. La escuela nueva tendría maestros, puesto que los formaría a su propia imagen doña María Stagnero de Munar, "Misia María". Y no creo cometer omisiones ni injusticias personificando en ella la obra de formar maestros, aunque hubiera en su época un instituto masculino también a cargo de manos dignas, porque tengo para mí, que no siento el menor prejuicio psicológico, que la función social del maestro primario pertenece por antonomasia a la mujer. El hombre es capaz de todas las abnegaciones —puesto que fué Jesús y no María de Nazareth quien murió crucificado— pero tal como hemos reglamentado la vida, quien heredó a Jesús fué la mujer. Yo me inclino con admiración ante el hombre que es maestro, pero sé que nuestra época, al exigirle a un hombre que sea maestro, lo condena a una mutilación y a un apostolado que ni siquiera le compensa ni le reconoce. Por eso prefiero personificar al maestro en la mujer, y al formador de maestros de nuestra era de gesta en misia María Munar.

¡Formar maestros!... ¿Hay tarea más compleja y sutil? Formar maestros es sacudir una por una las teclas todas de la inteligencia y la sensibilidad humanas, afinarlas, suavizarlas, sublimizarlas, y luego

reunirlas armoniosamente para una sinfonía casi sobrehumana, siempre orientada a elevar el tono, hecha de ciencia sin pedantería, de dulzura sin debilidad, de sencillez sin vulgaridad, de severidad sin dureza, de disciplina sin rigidéz, de libertad sin desorden... es decir, una sinfonía de todas las virtudes humanas que sólo son capaces de alcanzar las mentalidades de excepción y encauzar en el surco inasible de esa sinfonía compleja y sutil el vuelo del más incoercible de los pájaros: el niño! Y todavía hay que agregar la abnegación, palabra que debería borrarse del diccionario para ser definida en el capítulo de la madre... Por eso he dicho que el maestro de instrucción primaria debe ser esencialmente la mujer, que la naturaleza ha destinado a ser madre.

Y eso fué desde 1882 hasta 1912 doña María Stagnero de Munar: una formadora de madres. La historia de su actuación de treinta años en el instituto que dirigió no necesita más, o no necesita menos, que esa frase para juicio decisivo. ¿Comprendéis ahora la razón de este homenaje? ¿Comprendéis por qué al impulso de este homenaje partió de las maestras?... Misia María no fué "una" maestra ilustre, fué "la" Maestra. Y si este homenaje es cálido y expansivo, es porque alienta en él el hálito del amor filial. Otras y otras vendrán después que ella para seguir colocando, al ritmo incontenible del progreso, nuevas hiladas en el edificio siempre sin techo de la escuela nacional: la igualarán en esfuerzo, la superarán acaso, —como ella misma lo pedía en aquel su lema admirable "no basta ser buenas, es preciso ser mejores"— pero ella será siempre la madre, y es justo que se le ame y se le honre por encima de todas.

Yo, que suelo estar muy cerca de sus mejores discípulas, puedo advertir cuán noble y grande debió haber sido su mentalidad. Por eso he acudido esta no-

che a unirme a ellas en el fervor de este homenaje, y a celebrar respetuosamente un pasado de donde arranca directamente el porvenir de nuestra escuela primaria.

Nuestra escuela primaria ya no puede morir, porque tiene maestros. Yo tengo una fe profunda y una profunda esperanza en los nuestros, y creo que lo único que necesitan para su máximo rendimiento es un poco más de libertad. Tales como son, ya son buenos, pero para ser mejores deberían tener el derecho, acaso mismo la obligación de las iniciativas creadoras. Los pedagogos primitivos concibieron sus creaciones en libertad, y es lamentable ver que quienes se especializan en una técnica pierden el derecho de ensayar progresos cuando los reglamentos fijan su acción en el límite de lo ensayado triunfalmente por otros... Yo sueño con una escuela oficial de ensayo, especie de clínica libre pedagógica, que bien podría ser una sección de perfeccionamiento de algún instituto normal, donde la inquietud creadora de nuestro maestros sometiera al crisol de la experiencia las ideas viejas que no tuvieron éxito, o las ideas nuevas que no tuvieron ensayo, o las ideas futuras que no tuvieron principio,—clínica pedagógica libre, al uso de los que sintieran detrás de la frente aquella excusa para vivir que confesaba Chénier.

Y si me atreviera a concretar en una fórmula el destino final de esta cruzada de la gratitud y del afecto, yo diría que acaso la mejor materialización del homenaje a doña María Stagnero de Munar fuera la creación de esa clínica pedagógica libre, ofrecida, bajo la mirada maternalmente amiga de misia María, al ardor fecundante de cuantos —sintiendo el estímulo de los Pestalozzi, de los Tolstoy, de los Eslander— pidieran regar en nuestra escuela primaria

toda la experiencia del pasado con todos los ensayos del presente y todos los ensueños del futuro!

SANTÍN CARLOS ROSSI.

El arte y la escuela

Mi proverbial inclinación al estudio de los problemas sociales me llevó a la lectura de autores pedagogos, quienes, reconociendo la complejidad y trascendencia —como así un oneroso estancamiento contemporáneo— de la educación social, asignaban en un cientificismo unilateral e inconcluso la necesidad de ampliar los horizontes naturales de la misma, en forma que convenga a la sociedad y a la misma escuela.

Ciertamente que notamos la falta de dos recursos que podríamos llamar escénicos, de importancia e influencia decisiva, indudables como factor de provecho, los cuales nos han movido una vez más a tomar la pluma y llenar unas cuantas carillas en pro de una causa que ya desarrollamos en un breve estudio publicado en alguna parte.

Porque así lo exige la misma naturaleza del tema, daremos algún paseo por sus márgenes incontaminables, haciendo algunas variaciones de referencia formulista.

Ningún pueblo y ningún hombre podrá detener u obstaculizar a la escuela en su estoica y digna marcha como no sea de los que han prestado grandes servicios o grandes males a la humanidad.

Las corrientes de ideales son una lidia recíproca que sostienen los que luchan por el progreso y bienestar colectivo contra quienes con la insociable tolerancia del asceta, impiden que sean desatados los lazos que permitan volar sin obstáculos sobre las codiciadas alas de la libertad. Y los ideales, las esperan-

zas, son accesorios obligados. No se puede ni se debe vivir sin ellos.

Como ideal, la causa que nos ocupa no es menos categórica ni insuficientemente potente.

En el tradicional crisol en que se funde, como en el prisma en que se modela, muchas veces se encontraron esas partículas divisibles de gérmenes "diletantes" que permitían el desarrollo progresivo de alguna deformidad o incompetencia, las que luego constituían una seria y por lo mismo atendible nube.

Bien lo dijo Leibnitz: "La época actual, hija de la pasada, está preñada de porvenir."

En la hora actual en que la democracia viene abriéndose paso gradual y generalmente para terminar sin duda en una triunfal coronación definitiva, es exigible la redención de la escuela un tanto descuidada o incompleta, técnicamente.

Por ya haber tocado el tema desde este último punto de vista, nos concretaremos a lo que nos propusimos, o sea, "el arte y las profesiones en la escuela", como también el "comunismo", desdichadamente incomprendido, que debe unir en una inminente y justiciera inteligencia los lazos hoy disgregados virtualmente del Hogar y la Escuela.

Será para beneficio inmediato de la sociedad y la familia, que es hija de ella.

A ello nos remitimos, pues.

La función educativa moderna debe ser de tan variada naturaleza como lo son esas composiciones abstractas que insospechadamente se sustituyen y elaboran entre las tinieblas inquietantes de una algarabía ciclópea que les presta su complicidad. Las profesiones comerciales, industriales, artísticas o científicas, deben formar parte esencial de la misma, aun en la época en que recién comience a esbozarse el carácter

del educando, diseñándose su personalidad moral y perfilándose sus aptitudes físicas e intelectuales.

El mecanismo de por sí complicado de la educación no obvió, empero, para que, risueñamente, se la confundiera con esas indirectas políticas de ocasión que infunden e involucran en un espejismo rimbombante una remota inducción épica y esquiva.

Quizá resulte difícil y elástica la idea de llevar a la realidad la gestión que sustentamos, o sea la de abastecer en la medida fundamentalmente limitada, necesaria al mercado de la instrucción con la inclusión, en sus programas, de dos factores de potencialidad, como agentes medianeros, reconocida.

La preparación superficial de las profesiones debe ser tácitamente impuesta, cualquiera que sea su índole o finalidad. Los frutos que se cosechen en la alternativa, con relación a la economía del país, sus progresos, su estabilización, tambaleante hoy por la inhabilidad, privilegios o haraganería, serán acentuados marcadamente en el sentido de una evolución ventajosa y reaccionaria.

La compatibilidad del arte y la escuela es de todo punto de vista innegable. Sin embargo, a nuestra infancia ni a nuestra juventud se les da arte, ni aun se les inicia en el camino de su comprensión como medio de esparcimiento espiritual.

Hemos dicho en otra oportunidad que la influencia beneficiosa que en el arte y las ciencias en sí nos da a contemplar como digno corolario la fecunda función creadora de éstas, que se traducen en una ventajosa situación que concurre por partes, pugnando por hacer carne perdurablemente en las sociedades, que le ofrecen como marco de estímulo y vivificación una disposición capaz de destacar la fuerza plena que en sus entrañas fructifica y vive, podemos observarla abiertamente en los renovados pensamientos y actitudes

de las masas, hasta cierto grado positivistas, pero de fácil impresión en sus sentidos sensibles. Si el gusto artístico de éstas no se inclina a lo exquisito, a lo elevado, se debe a su incomprensión con respecto a las artes. Ello no les priva, con todo, que esa pequeña fuerza, simiente que encierran en lo más recóndito de sus fibras (la facultad aprehensiva, que hace posible concebir especies y modalidades sin que sea indispensable emitir juicios) pueda expandirse, dilatarse, y les dé la satisfacción de poder apreciarlas y extasiarse en la belleza que transporta su construcción y la armonía inspiral, que es su aliada.

Nada se hace con difundir la escuela si ésta no es capaz de llenar la necesidad de todos los pueblos y de todas las generaciones. En pleno correr del siglo XX, ha menester una reforma de importancia, lo que no hemos venido a descubrir nosotros, ya que mucho y capacitativamente se ha hablado sobre la materia.

Para fundamentar y abultar más las teorías, es costumbre arraigada citar una extensa lista de autores. Nosotros no tenemos necesidad de ello, pues creemos haber dicho en estas pocas helenas —valga la semiperífrasis— lo que sentimos y es esencialmente necesario expresar.

En cuanto a la unidad de la escuela primaria y la familia, es indiscutible su ejecución futura, verdadera.

El perfeccionamiento de la escuela, no es el de prolongarla, sino el de hacerla útil e inmediata.

La base del progreso está reducida al círculo inmaterial que se deriva de ella.

FEDERICO ORCAJO ACUÑA.

GLOSAS DEL MES

SOBRE FOMENTO ARTÍSTICO

Proyecto del señor Blas S. Genovese

En la Asamblea Departamental se han presentado varios proyectos para el fomento de la producción teatral, artística y literaria: uno de los señores Salgado y Pereda Valdés por el que se crean cuatro premios para las mejores producciones literarias y artísticas anuales —uno para poesías, otro para novelas, cuentos, libros de crítica o de investigaciones históricas, otro para cuadros y otro para esculturas—; un segundo del señor Blixén Ramírez para el fomento del arte dramático nacional y un tercero del señor Genovese que crea trece premios anuales destinados respectivamente a: novelas; novelas cortas o cuentos; poesías; serie de nueve artículos periodísticos; estudios históricos, sociológicos o de crítica; obra teatral; obra para el biógrafo; esculturas; cuadros; serie de ilustraciones de obra literaria; composición musical; construcción de casas o conjunto de casas; conjunto de arte industrial. Estos dos últimos proyectos tienen el gan mérito de establecer los recursos correspondientes para sufragar los gastos.

Habiendo decidido la Asamblea la creación de una Comisión Especial de Fomento Artístico, el señor Genovese ha presentado uno nuevo en el que ha procurado resumir las características esenciales de los an-

teriormente enumerados. Por este proyecto se establecen, además de los trece premios del primitivo, otro más para un concurso anual de orfeones. Se crean dos escuelas de cantos corales, dotándolas de presupuesto anual fijo; se destinan $ 30,000 como capital para la formación de una Compañía Nacional de Arte Dramático; $ 10,000 para estímulo de Compañías Nacionales Extranjeras; $ 22,000 para sostenimiento de la Orquesta Municipal y se dispone, finalmente, que el excedente del cálculo de recursos se destine a la construcción y fundación de un Conservatorio Musical.

Como se ve, este proyecto es de vastos alcances y abre magníficas perspectivas para el fomento y desarrollo de las actividades artísticas nacionales. Es indiscutible la necesidad de estimular, como lo dice el propio autor, "la tarea de producir en beneficio de la cultura nacional". Las satisfacciones espirituales deben ser pan cotidiano, tan necesario para la vida colectiva como la satisfacción de las necesidades materiales. En un país de civilización integral (¡oh, Grecia antigua!) los cuerpos sanos, bellos y fuertes, los atletas armoniosos, los efebos esbeltos han de alternar, o mejor, coincidir con las mentes ágiles y los espíritus abiertos a las sugestiones de belleza, de ciencia y de filosofía. Las Agoras y los Partenones son fruto de civilizaciones integrales, en que el cultivo de los *hombres* sea total: estómago, pulmones, cerebro y corazón. Sangre fuerte y células bien nutridas, para que el funcionamiento del órgano noble de la vida de relación sea perfecto. En un país así, de ideales realizaciones, suprimido el cendal de las pudibundeces neocristianas, ha de florecer la gloria de los cuerpos sanos en que se haya sabido hacer desarrollar, por el juego apropiado de sus ejercicios, la armonía de fun-

ciones de los sistemas vegetativos y los órganos de la vida de relación.

Todo esto para afirmar una verdad tan sencilla como desconocida en general por todo el mundo: la necesidad del arte para completar la vida; que si el hombre necesita de la actividad y trabajo muscular, de los alimentos y del aire para la vida física, no menos necesita de la actividad y el trabajo sensitivo y de los alimentos cerebrales para su vida intelectual. Y he aquí como si es imperativo, para la Comuna, hacer más fácil y mejor la vida material de la colectividad, no lo es menos procurar que su vida sensitiva y de relación sea lo más amplia, fácil y perfecta posible.

Bienvenido, pues, este proyecto en que al arte, en casi todas sus manifestaciones, y no solamente en algunas, se trata de dar alas, para que la belleza —que no es sino una forma de lo bueno— nos acompañe y nos circunde. Un reparo debemos hacerle, no obstante, desde ya, y es que él no presta una más amplia y decidida protección a las actividades industriales y científicas, dignas, como las artísticas, de emulación y estímulo. Reservándonos para insistir oportunamente sobre este punto, vemos así, junto con las artes, a las ciencias y a las aplicaciones útiles de ambas, eficazmente protegidas, para más ensanche del horizontes y mayor comodidad y encanto de la vida.

Sin hablar tampoco por el momento de mayores detalles, en cuanto a los premios y sus finalidades, y otras estructuras del proyecto, todas noblemente inspiradas —en que coincidimos y divergimos— queremos dejar constancia de que este proyecto debe contar con la aquiescencia de toda la gente que piense y sienta, y que él debería ser prontamente tratado y felizmente resuelto por la Asamblea. Responde a necesidades reales: la cultura nacional. Y puede llevar-

se a la práctica sin dificultades financieras ni perjuicios para nadie. Sus cálculos de recursos están basados en impuestos moderados a los espectáculos públicos, que no pueden suscitar resistencia, y que asegurarán ampliamente, según su autor, las finalidades a que serán destinados. Si esto es así, como parecen evidenciarlo las cifras que presenta ¿qué se espera para darle cima?

ALBERTO BRIGNOLE.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El comprador de haciendas.—Novela breve de Monteiro Lobato.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

He ahí que Monteiro Lobato trasciende los mares: ya está en Europa, luego de derramarse sobre América en las copiosas ediciones brasileñas y argentinas que conocemos.

La Editorial Cervantes, cuya dirección técnica conoce los golpes de éxito, ha destinado este volumen de su selección de novelas breves a la traducción de los emocionantes y vigorosos relatos que forman "El comprador de haciendas."—**T. M.**

Poesías.—De Alfonsina Storni.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

El último tomo de la serie "de los mejores poetas" que publica la Editorial Cervantes, de Barcelona, está dedicado a la poetisa argentina Alfonsina Storni, de resonante nombradía y de indiscutible valor.

Además de difundir en España y América la obra lírica de Alfonsina, la nueva edición tiende a presentarnos una selección de sus diversos libros.

El poeta Maristany ha sintetizado en cuatro páginas el estudio que le merece la poetisa y su hermosa vendimia.—**T. M.**

Regreso al Paraíso.—Por Texeira de Pascoaes.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

En hermoso tomito nos llega la traducción que del precioso poema de Texeira de Pascoaes ha hecho Fernando Maristany.

Prologa la obra un magnífico juicio de Leonardo Coimbra.

La obra poética de Texeira de Pascoaes ha acrecido gloriosamente con este poema, comparable a la "Divina Comedia" del Dante.

La traducción de Maristany nos parece encomiable y la elogiamos sin reservas.—**T. M.**

La India.—Por Pierre Loti.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

La Editorial Cervantes está publicando una serie de las obras de Pierre Loti, excelentemente traducidas por Diez de Tejada.

El nuevo tomo, "La India", es un libro interesantísimo. Narración de viaje, por tierras exóticas, hacia donde la curiosidad occidental se vuelve con frecuencia, encontramos en ella vivísima sugestión y clara belleza. Es, sin duda, uno de los mejores libros del autor de "Azigadé" y "Mon frère Ives".—**T. M.**

Castalia Americana.—Versos, por O. Quintana González.—León de Nicaragua.—1923.

Sería injusto no reconocerle al autor alguno que otro acierto; pero, evidentemente, tiene una opinión exagerada o, por lo menos, muy poco justificada de sus versos el señor Quintana González, cuando dice en uno de sus poemas "yo sé que son buenos". Tampoco el hecho de que "aunque fueran malos, van con los celestes aceites del parto", no es capaz de convencer a nadie, porque es necesario que los versos traigan algo más que espontaneidad. Por lo pronto, puede exigirse que traigan un poco de justeza en lo que dicen, aunque los alumbramientos vengan con menos olio.

Además, es necesario que sean escritos en un castellano menos revesado que éste: "Marina, los jilgueros su canto los he oído entonar—y su queja los tristes pajarillos marinos"... Y saber que la licencia poética no llega hasta tolerar que se diga vacia por vacía, como en esta lamentable cuarteta: "Si este soneto sin gracia —No te gustare, lector—Porque mi rima se vacia—Despiadada en el dolor."

Así tendríamos un largo capítulo de reproches que hacerle a este libro, lleno de santa intención, sin duda, que nos llega de Nicaragua. Preferimos no seguir aguzando el análisis, un poco por convencimiento de su inutilidad y otro porque nos duele ahumar estos lentes tan benévolos que nos ponemos para juzgar la cosecha ajena.—**J. M. D.**

Labios Sonámbulos. — Versos, de Miguel Angel León. — Ecuador. —1923.

"Mi libro será una sinfonía. Siempre quise hacer de mi vida una sinfonía. He cantado todo y quisiera cantar en todos los idiomas. Siempre voy de viaje. No me gusta ver lo visto. Entre las figuras la que más amo—a pesar de Azorin—es el Símil. El Símil es la figura, por excelencia, duplica el paisaje y exalta la emoción. El Símil es la fontana azul de la Sugerencia..."

Se adivina a través de estas palabras liminares con que el autor autoprologa este libro, un alma hermosamente joven y torturada por la más noble de las ambiciones: la de superarse continuamente.

Mucho puede esperarse de esa inquietud, cuando se aquiete un poco y halle su orientación definitiva, porque no hay cosa sólida edificada sino sobre la meditación serena. Este volumen, hermoso de verdad, poblado de imágenes felices y grandes deseos renovadores, es un bello anticipo que nos da el autor a cuenta de aquella esperanza.—**J. M. D.**

Una de ellas.—Novela por Carmen Luna.—Buenos Aires.—1923.

La creciente importancia de la literatura argentina presenta un aspecto orgánico. Lo decimos por ser tal su normalidad, que no crece en sacudidas espasmódicas, ni representando un paisaje de cumbres incoherentes. De cima a cima hay esta literatura placentera, en cuya consistencia no proliferan marañas psicológicas, crispaduras de nervios ni otros infundios temibles.

Ciertamente no es difícil adivinar desde la primera página cuánto va a sufrir Lorenza; pero eso no quita deseos de continuar. La trama es sencilla. Pudiera decirse que Doña Malvina y su esposo fueron algo recargados; la autora sabrá lo que ha hecho, y, además, Delacroix decía que **el arte es la exageración.** Pudiera reclamarse también que la tierra tucumana, pintoresca, típica, apareciera menos esfumada.

Pero no somos nosotros sino la señora Luna quien escribe.

Quedemos en paz. Hemos leído la novela con interés.—**E. S.**

Mi primera novia y Otras novelas.—Por Josué Quesada.—Buenos Aires.—1923.

Si negáramos al señor Quesada virtudes de escritor apreciable cometeríamos una deslealtad, pues en nuestra conciencia queda la imposición de méritos no vulgares; pero igualmente seríamos desleales no poniendo que observamos apresuramientos en la factura, que merman algo los méritos de estas novelas.

Decimos apresuramientos, atribuyéndolo a que el señor Quesada no sabe resistir a su imaginación. Esta le brinda motivos; a veces no es más que un lampo; el señor Quesada podría contralorear, ajustar, medir, y, sin embargo, cede a la facundia, urde su farsa y queda la novela con aire de madurez forzada.

Si el señor Quesada limitara el empleo de sus facultades, haría obra perdurable.—**E. S.**

Los mitos de la América precolombiana.—Por Adolfo Bonilla y San Martín.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

La Editorial Cervantes acaba de prestar buen servicio a la cultura ibero-americana, con la edición de este libro del eminente catedrático de la Universidad Central de Madrid.

Estudios completísimos de los mitos indígenas, de la cuna del descubridor, del carácter y evolución de los pueblos americanos, encierran estas páginas el saber de un erudito y la trascendencia de un estilo.

El curioso y el historiador tienen aquí una buena fuente.—**T. M.**

Libro de la patria.—Coloquios sobre tierras y cosas de España.—Por J. Pin y Soler.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1923.

Dedicando a "las niñas y niños del más hermoso país del mundo: España", este volumen de estudios españoles, el sabio profesor Pin y Soler, rinde un tributo más a su patria, cuyo amor prefiere entre todas las cosas...

Forma amena; estudios interesantísimos; libro curioso y bueno.

"Quien no sepa el valor ético,—dice,—artístico, histórico de lo que siempre ha visto en su tierra, es inútil que vea tierras nuevas."

De ahí su descripción de España: su amor y su conocimiento.—**T. M.**

Romances de ciego. — Por Salvador de Madariaga. — Publicaciones Atenea.—Madrid.—1923.

En estos "Romances" se presenta en forma a la vez tradicional y popular una idea de añejo abolengo en la poesía española: la que inmortalizó Jorge Manrique en sus "Coplas".

Prologa el libro don Miguel de Unamuno, hablando de la "poesía de verdad tenebrosa", y haciendo el elogio de Madariaga.

Las publicaciones Atenea presentan el volumen encuadernado en tela inglesa, con retrato y autógrafo del autor.—**T. M.**

Otros libros.—Hemos recibido, además, los siguientes envíos:

"Los derechos de Francia y los deberes de Alemania".—Edic. del Comité France-Amérique.—Montevideo.

"Primer Congreso Feminista de la Liga Panamericana de Mujeres".—Discursos.—México.

"Desgraciados".—Narraciones de Leonardo Stanchina.—Buenos Aires.

"Estatutos de la Liga Panmericana para la elevación de la mujer".—México.

"El arte de Figari".—Conferencia de Fernando Laroche.—Comité France-Amérique.—Montevideo.

"La Estatua".—Poema de Carlos César Lenzi.—Montevideo.

"Carlos Reyles"—Conferencia, por Alfredo S. Clulow, con presentación de V. Pérez Petit.—Montevideo.

"Catálogo general de librería española".—"Leer".—Madrid.

"Labor cultural.—De la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación".—Por Ricardo Leneve.—La Plata.

"Volanderas".—Segunda serie.—Por J. Paseyro y Monegal. — Treinta y Tres.—R. O.

"El Centenario de la Independencia de México en el Brasil". — México.

"Prontuario de Debate".—Sobre Ley Seca.—Prep. por Gabino Rodríguez.—Montevideo.

"Florilegio".—Editado por el Círculo Almafuerte.—Buenos Aires.

"Escritos de José Ignacio Escobar".—Biblioteca Repertorio Americano.—San José de Costa Rica.

"Madre".—Por Samuel Velázquez. —"El Convivio".—Edic.— San José de Costa Rica.

"Discursos".—Por M. Aramburo y Machado.—Repertorio Americano.—San José de Costa Rica.

"Avatar". — De Teófilo Gauthier. — Editorial Cervantes.—Barcelona.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 [illegible] anual

[illegible]

Los "Depósitos" [illegible] en cualquier [illegible]

[illegible] la garantía de los [illegible]

[illegible] el depósito y [illegible]

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten [illegible] contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1439, 1455 y 1459

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuídas en la siguiente forma:

Pedro G. Silveira, PROTESIS.
Alejandro M. Grimaut, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS.
Oscar M. Aldecoa, ORTODONCIA y EXTRACCIONES.
Francisco [illegible], TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf. «La Uruguaya», N.° 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

Forma amena; estudios interesantísimos; libro curioso y bueno.

"Quien no sepa el valor ético,—dice,—artístico, histórico de lo que siempre ha visto en su tierra, es inútil que vea tierras nuevas."

De ahí su descripción de España: su amor y su conocimiento.—**T. M.**

Romances de ciego. — Por Salvador de Madariaga. — Publicaciones Atenea.—Madrid.—1923.

En estos "Romances" se presenta en forma a la vez tradicional y popular una idea de añejo abolengo en la poesía española: la que inmortalizó Jorge Manrique en sus "Coplas".

Prologa el libro don Miguel de Unamuno, hablando de la "poesía de verdad tenebrosa", y haciendo el elogio de Madariaga.

Las publicaciones Atenea presentan el volumen encuadernado en tela inglesa, con retrato y autógrafo del autor.—**T. M.**

Otros libros.—Hemos recibido, además, los siguientes envíos:

"Los derechos de Francia y los deberes de Alemania".—Edic. del Comité France-Amérique.—Montevideo.

"Primer Congreso Feminista de la Liga Panamericana de Mujeres".—Discursos.—México.

"Desgraciados".—Narraciones de Leonardo Stanchina.—Buenos Aires.

"Estatutos de la Liga Panmericana para la elevación de la mujer".—México.

"El arte de Figari".—Conferencia de Fernando Laroche.—Comité France-Amérique.—Montevideo.

"La Estatua".—Poema de Carlos César Lenzi.—Montevideo.

"Carlos Reyles"—Conferencia, por Alfredo S. Clulow, con presentación de V. Pérez Petit.—Montevideo.

"Catálogo general de librería española".—"Leer".—Madrid.

"Labor cultural.—De la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación".—Por Ricardo Leneve.—La Plata.

"Volanderas".—Segunda serie.—Por J. Paseyro y Monegal. — Treinta y Tres.—R. O.

"El Centenario de la Independencia de México en el Brasil". — México.

"Prontuario de Debate".—Sobre Ley Seca.—Prep. por Gabino Rodríguez.—Montevideo.

"Florilegio".—Editado por el Círculo Almafuerte.—Buenos Aires.

"Escritos de José Ignacio Escobar".—Biblioteca Repertorio Americano.—San José de Costa Rica.

"Madre".—Por Samuel Velázquez. —"El Convivio".—Edic. — San José de Costa Rica.

"Discursos".—Por M. Aramburo y Machado.—Repertorio Americano.—San José de Costa Rica.

"Avatar". — De Teófilo Gauthier. — Editorial Cervantes.—Barcelona.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuídas en la siguiente forma:

Pedro G. Silveira, PROTESIS.
Alejandro M. Osimani, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS
Oscar M. Aldecoa, ORTODONCIA y EXTRACCIONES.
Francisco Pucci, TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf.: «La Uruguaya», N.° 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS
Arte, Historia, Filosofía
y Ciencias Sociales

Fundada el 1.º de agosto de 1907

DIRECTORES:
ALFREDO A. BIANCHI
JULIO NOÉ

Precio de suscripción:

Por un año: $ 7 o/a

Dirección y Administración
Libertad, 543 — BUENOS AIRES

Revista do Brasil

MONTEIRO LOBATO & Cia.
EDITORES

SAN PAULO
Rua dos Gusmões 70 - Caixa 2-B

UNA DE LAS MÁS
IMPORTANTES
PUBLICACIONES
DEL BRASIL

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1.º de enero de 1913

Director:
MARIO GUIRAL MORENO

Números de 96 a 136 páginas
Por un año:
Cuba: $ 4.00 o/am.
Extranjero: $ 5.00 o/am.

Redacción y Administración
O'Reilly, 11—Habana, CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa
española y extranjera

Hebdomadario publicado por
J. García-Monge

El número:
0.15 oro americano
El Tomo:
$ 4.00 oro americano

Apartado 533
SAN JOSE, Costa Rica, C. A.

LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

REDACTORES:

MANUEL AZAÑA — C. RIVAS CHERIF

Se publica mensualmente en fascículos de **80 páginas**

Hermosilla 24, duplicado — MADRID

LA REFORMA SOCIAL

REVISTA MENSUAL

Cuestiones sociales, económicas, políticas y parlamentarias.

Director:
ORESTES FERRARA

PRECIOS EN EL EXTRANJERO:
Por año: **$ 4.00**
El ejemplar: **35 cents.**

Dirección, Redacción y Administración:
Manrique 40 Street, HABANA, CUBA

NUESTRA AMÉRICA

Revista Mensual

Para la difusión de la cultura americana

Fundada el 1.º de octubre de 1918

Director: **E. ESTEFANINI**

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
Por año: **$ 3.00 oro**

Dirección y Administración
Caracas 440-BUENOS AIRES

LA FALANGE

REVISTA DE CULTURA LATINA

Es la revista de la juventud mexicana

La suscripción vale 3 pesos por seis meses en la República de México y dos dólares en el extranjero

Avenida República Argentina, N.º 55.—Apartado 562
MEXICO—D. F.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal. Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Del Castillo Serapio, Paraguay 1267

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daqué Juan, Soriano 1370.

Gerona Héctor, 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhcf Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120.

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufre 1649.

Scoseria José. Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo Eduardo, Colón 1392.

Gutiérrez César G., Sarandí 365.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto 1297.

Navarra María Inés, Canelones 2061.

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central	*De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa	*De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO OCTUBRE 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días pares a las 23.

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días impares a las 23.

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal. Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Del Castillo Serapio, Paraguay 1267

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daquó Juan, Soriano 1370.

Gerona Héctor, 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhcf Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufré 1649.

Scoseria José, Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo Eduardo, Colón 1392.

Gutiérrez César G., Sarandí 365.

CIRUJANOS DENTISTAS

Csimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto 1297.

Navarra María Inés, Canelones 2061.

El emblema de

RAPIDEZ Y SEGURIDAD

en servicio telegráfico o cablegráfico a

TODAS PARTES

DEL MUNDO

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston, Texas. — Strand and 21st Street.
México — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico, San Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua. — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá. Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador. — Esmeraldas. Santa Elena. Guayaquil.
Perú. — Paita. Callao. Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N 462. Valparaíso, Cochrane N.º 583. Santiago, Huérfanos N.º 1041. Tacna. Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383. Rosario, Calle San Martin N.º 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala.
Brasil. — Santos, Rua 15 de Novembro N.º 175. Rio de Janeiro, Rua 7 de Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.º 400 -- Montevideo

G. V. MARIÑO, Imp.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES: RODOLFO MEZZERA
PABLO DE GRECIA. J.M. DELGADO.
SECRETARIO: TELMO MANACORDA.

MONTEVIDEO

056.1
PEG
No. 63

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. **Avisos: convencional**

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

[illegible]

AÑO VII MONTEVIDEO, SETIEMBRE DE 1923 N.º 63

SUMARIO

Páginas [illegible] — Grabados en madera, por Pedro [illegible] Viale y Federico [illegible]
[illegible] sobre la Amistad — por Alberto [illegible]
Versos en prosa y prosa sin poesía — José G. Antuña
Ave, viaje — Julio Lerena [illegible]
[illegible] — José Pereira Rodríguez
Miguel [illegible] — José [illegible]
[illegible] del Mono — M. C. Isaac Barbat de Muñoz [illegible]
Bajo su balcón — [illegible]
Las [illegible] — B. [illegible] (hijo)
Educación: La mentira, por Enriqueta [illegible] y Riqué
Notas Bibliográficas

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

PEGASO

AÑO VII MONTEVIDEO, SETIEMBRE DE 1923 N.º 63

SUMARIO:

Pegaso	Grabados en madera, por Pedro Blanes Viale y Federico Lanau.
Ensayo sobre la amistad.	por Alberto Nin Frías.
Versos en prosa y prosa sin poesía.	» José G. Antuña.
Ave, viator	» Julio Lerena Juanicó.
«A onda verde», por Monteiro Lobato	» José Pereira Rodríguez.
Miguel Arriscaeta, capitán Sacrificio	» José Pedro Bellán.
La chica del Heno.	» M. C. Izcua Barbat de Muñoz Ximénez.
Bajo tu balcón	» Fernando Nebel Alvarez.
Las señoriales	» B. Caviglia (hijo).

Educación: La mentira, por Enriqueta Comple y Riqué.

Notas Bibliográficas.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

fundado por Ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: SOLIS y PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

---

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 300 y de 5 % hasta $ 1.000.— Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

BELLES - LETTRES

REVISTA MENSUAL DE LAS LETRAS FRANCESAS

DIRECTOR: MAURICIO LANDEAU

89 Boulevard Exelmans.—PARIS (16e)

Espejo fiel de toda actividad literaria, **Belles-Lettres** *es la revista indispensable para todos los que se interesen en la literatura.*

DE TODAS LAS GRANDES REVISTAS ES LA MAS ECONOMICA

PARA SUSCRIBIRSE:

FRANCIA:		EXTRANJERO:	
Un año . . .	20 fr.	Un año . . .	24 fr.
Seis meses . .	11 »	Seis meses . .	13 »

EL NÚMERO 2 fr.

"Mercurio Peruano"

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

DIRECTOR:

VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Precio del número en el extrajero: 1 Sol

Redacción y Administració:

Juan Pablo 634—LIMA (PERÚ)

"Cultura Venezolana"

La mejor Revista mensual que se publica en Venezuela

DIRECTOR:

JOSÉ A. TAGLIAFERRO

Cada número tiene más de **100 páginas**

Caracas — VENEZUELA

Precio del número: **Frs 2.50**

EL PREFERIDO
DE LAS FAMILIAS

ACEITE "LIBERTAD"

ES EL MEJOR

PESQUERA Y Cía.

VALPARAISO, 1101 MONTEVIDEO

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique paraissant depuis le 1.er janvier 1922 a publié des poèmes, proses, essais, remarques, œuvres inédites notamment de:

Paul Claudel, Benjamin Crémieux, Lucien Fabre, Léon-Paul Fargue, André Gide, Jean Giraudoux, Ramón Gómez de la Serna, Max Jacob, Edmond Jaloux, James Joyce, Valery Larbaud, François Mauriac, Gabriel Miró, Paul Morand, Marcel Proust, Raymond Radiguet, Jules Romains, Philippe Soupault, Jules Supervielle, Paul Valéry, etc.

Chronique Musicale, par Darius Milhaud.

Directeur: Pierre André May.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe

Le Numéro:	France fr. 2	Etranger: fr.	2.50
Abonnement:	» » 20	» »	25

(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré á: VALERY LARBAUD.

PEGASO

Montevideo, Setiembre de 1923. N.° 63 — Año VII.

Grabado en madera de Federico Lanau.

EL PREFERIDO
DE LAS FAMILIAS

ACEITE "LIBERTAD"

ES EL MEJOR

PESQUERA Y Cía.

VALPARAISO, 1101 MONTEVIDEO

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique paraissant depuis le 1.er janvier 1922 a publié des poèmes, proses, essais, remarques, œuvres inédites notamment de:

Paul Claudel, Benjamin Crémieux, Lucien Fabre, Léon-Paul Fargue, André Gide, Jean Giraudoux, Ramón Gómez de la Serna, Max Jacob, Edmond Jaloux, James Joyce, Valery Larbaud, François Mauriac, Gabriel Miró, Paul Morand, Marcel Proust, Raymond Radiguet, Jules Romais, Philippe Soupault, Jules Supervielle, Paul Valéry, etc.

Chronique Musicale, par Darius Milhaud.

Directeur: Pierre André-May.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe

Le Numéro: France fr. 2 Etranger: fr. 2.50
Abonnement: » » 20 » » 25
(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré á: VALERY LARBAUD.

PEGASO

Montevideo, Setiembre de 1923. N.º 63 — Año VII.

Grabado en madera de Federico Lanau.

ENSAYO SOBRE LA AMISTAD

A Telmo Manacorda, delicado amigo y cuyo ideal es ser un compañero perfecto de sus colegas.

Ningún asunto, si no es el mismo amor, ha hecho escribir a los hombres cosas más hermosas y sentidas.

Es asunto tan trillado, que aparentemente poco pudiera decirse de él. En efecto, en la clásica antigüedad, la amistad fué la reflexión obligada de los más grandes filósofos; la influencia de los griegos y de los latinos en la cultura del Renacimiento, tuvo por fin también, el popularizar el tema entre los ingenios de esa época sin par.

Deleitarse en la amistad, es una cosa; reflexionar sobre ella, buscarle su sitio entre los fenómenos sociales, otra.

Entre los inspiradores cuentos de Longfellow, llamados "Narraciones de una posada vecina al camino", hay uno que me explica la indecisión que embarga mi ánimo. Había un monje que desde largo tiempo atrás había aspirado y rezado por adquirir una vida mejor, vida que fuese digna de permitirle ver al Maestro Jesús mismo, en el curso de una visión radiante. Al cabo de algún tiempo le aconteció lo que tan ardientemente anhelaba. Tuvo una visión.

La humilde celda perdió de repente toda su desnudez y se llenó de una luz esplendorosa. En tanto

miraba extasiado el hermano a su Maestro y Señor, oyó el tintineo de la campana conventual. Llamábale al deber ineludible de ir a alimentar a los menesterosos que se agolpaban a las puertas del convento. Vaciló como es de imaginarse el místico joven. Temía, y con razón, no hallarse más con la sobrenatural escena. ¿Pues no se trataba en efecto, de abandonar el ideal de su alma, hecho sensible por una multitud de pobres hambrientos?

Sin desaprobar su conducta, oyó una voz que le decía: "Cumple con tu deber. Y deja que el Señor haga lo demás".

Inmediatamente fué a nutrir a los menesterosos, y, al regresar de su cristiana tarea, encontró intacta la visión que llenaba de goces a su alma.

Y entonces, volvió a oir otra vez la voz que le decía: "Si te hubieses quedado, yo me hubiese tenido que ir".

Así me pasa, señoras y señores: El lado poético, el aspecto sentimental de este afecto de los afectos, me llama hacia él a semejanza de la imagen de otra mundanalidad al piadoso clérigo, mas mi deber está en otra parte y quizás vosotros y yo seremos recompensados por atendernos antes que nuestra propia delectación.

El poder pernicioso de las malas compañías es tal, tantas vidas se han arruinado por el contacto con seres perversos que desde un principio no más debemos atenernos a la manera de definir la amistad.

Tal importancia tiene esta relación como elemento en la estructura social, que tiene su capítulo aparte en la ciencia de las sociedades.

El origen más elemental, casi diré biológico de la

amistad, descansa en las percepciones de semejanza y desemejanza entre los seres. Este sentir, muy primitivo, va agrupando a las personas naturalmente en clases similares.

De los principios generales, pasemos a los particulares, y veremos de qué modo gradual va desenvolviéndose este sentir tan poderoso que varía según su intensidad entre la acción expresada por la frase: "Me gusta tal persona", simpatía, camaradería, y su forma más alta, casi diré religiosa y que se ha dado en llamar: amor platónico, por ser Platón, el maestro de Atenas, quien con más acierto la precisó y la describió.

La amistad es uno de los temas que más fácilmente se presta a grandes divergencias de opiniones, pero a mi modo de ver, estas diferencias son únicamente respecto a los detalles del asunto.

Este pensamiento me trae al recuerdo esos temas ricos y espléndidos en su manejo, que los músicos suelen tomar de otros y alrededor de los cuales bordan sus propias composiciones, mas siempre a condición de volver a introducir el motivo prestado, el motivo inspirador.

Existe una clase de amistades como existe una clase de productos químicos denominada el oxígeno.

"Lo semejante atrae a lo semejante", era en el pensar de Empedocles, lo fundamental de este vínculo y creo que hallaréis ser este último el carácter permanente de las relaciones amistosas. Los que se quieren como amigos, notadlo bien, tienen potencialmente los mismos principios y sentidos. Podrán éstos no ser conocidos a primera vista pero seguid el curso de la amistad y veréis cómo ésta aumentará o disminuirá en proporción directa a las cosas en común, e indirecta, cuando vayan surgiendo las disidencias.

Sucede a veces que una secreta simpatía—y la ape-

llido así porque es inexplicable—nos impulsa a concebir la amistad de ciertas personas. Los sabemos distintos de nosotros, pero queremos si ello fuera posible, engañarnos a su respecto.

¿Qué sucede, qué acontece en estos casos, si nuestro sentir es el más puro, desinteresado o fuerte? Precisamente el atraer a esa alma hacia nuestro círculo de preocupaciones, hacia la esfera de nuestras creencias y de nuestras esperanzas.

Lo parecido busca a lo que se le asemeja y sólo en este distintivo puede basarse una amistad. Es su principio más general y constante y hasta me atrevo a afirmar su íntima esencia. Lo hallaréis así, por más vueltas que deis al asunto.

Hojeando en una ocasión el libro, diré casi íntimo, de un amigo a quien esperaba, leí unas frases tan hermosas, que le pedí me las dejase copiar.

Decían de este modo: "Tan profunda ha sido la impresión que su bella alma ha hecho sobre la mía, que no puedo pensar en nadie a quien puedan querer más sabia y más fielmente. Desearía vivir siempre cerca suyo porque siento en usted, a un hermano".

Se trataba aquí, a todas luces, de dos almas cuyo motor en la amistad era una aspiración hacia algo mejor de lo que podían haber logrado cada uno por su lado.

Recuerdo cual si lo estuviera oyendo ahora mismo, las palabras de unos viajeros alemanes acerca de dos jóvenes que se despedían en una estación trasandina. Ambos no habían podido contener sus lágrimas al separarse, porque habían batallado juntos en

la vida e ideado un plan que el viaje repentino debía destruir para siempre.

Una vez el tren en marcha, mudo y solitario, envuelto en su dolor el joven parecía la misma imagen de una desesperación que tenía muy profundas raíces en su alma.

"Este, — díjole uno de los viajeros al otro, — es aquel que tanto ha llorado por su hermano. "Dieser ist der für sein bruder so fiel geweine hal", un vínculo fraternal, que aún como en el caso que nos ocupa, es reconocido por personas ajenas a él.

Llevado por mis tareas de conferenciante, tuve la ventura de pasar en la Universidad de Cornell tres inolvidables días.

Al pasearme una divina tarde por el campo universitario, fuí gratamente sorprendido por un paisaje en verdad inspirador. El sol declinaba y teñía de grandes franjas rojas el horizonte vastísimo. Alguien, un espíritu bueno, llamante de la naturaleza, había colocado frente a él un escaño de piedra. Iba a sentarme, cuando leí una inscripción que no olvidaré mientras viva:

"Para aquellos que se sienten alegres aquí,
Para aquéllos que descansen tristes aquí
Deseamos simpatía y le damos bienvenida.
Así lo hicimos nosotros en nuestra época".

¿Qué mejor monumento elevado a la amistad, que esta inscripción, fruto de todas las ventajas y de todos los placeres brindados por el vínculo amistoso?

Ella es así, algo para los días de sol como para los días de lluvia, algo para las horas de fiebre, aburri-

miento o desesperanza, cual para las de triunfo y júbilo.

Hace pocos meses, asistí en Nueva York a la inauguración de un monumento tan sencillo como elocuente por las enseñanzas que sugería.

En el claro dejado por la intercepción de dos vías de las más transitadas del mundo, se ha colocado un banco romano y frente a él, una piscina rodeada de verde y de flores del tiempo.

En vez de colocar con vana y pasajera pompa la estatua de los esposos Ida Straus, muertos juntos en la catástrofe del "Titanic", por no quererse separar en esa hora fatal, hase hecho algo que viene a ser semejante a la enseñanza desprendida de esas vidas heroicas y serenas. En medio del tumulto, estos esposos reconocieron esa paz que flota por doquier en el seno del mar como al través de los gritos de la vía pública. Las cosas van y las cosas vienen. Los hombres nacen y los hombres mueren, pero esa serenidad que es el fondo de la vida misma, permanece y nos llama en todo momento.

La amistad se asemeja a ese oasis de la calle Broadway; la amistad procura esa paz.

¡Qué comentario mejor a esta faz sedativa de la amistad que un pensamiento del más sabio, entre los artistas del mundo, Wolfang Goethe:

"Feliz aquel que abandona el mundanal y vacío ruido y a su pecho aprieta un amigo".

Al mencionar a Hamlet, el desventurado príncipe de Dinamarca, "En Wilherlm Meister", caracterízalo de esta manera clara y bella:

"Como era puro de corazón, comprendía la lealtad y sabía apreciar el reposo con que se delecta un corazón sincero en el seno de un amigo".

"Es la imitación de Cristo" por Tomás A. Kempis, libro penetrante si lo hay en la literatura mística del mundo, leí unas pocas palabras que me quedaron grabadas como si fuesen a fuego.

Es la voz del amado que parla:

"Porque tú tienes en él a quien todo un mundo no podía darte".

Y aquí pasamos más allá de ese umbral que nos habíamos puesto por término de la amistad divina, del suprasensible amigo que no se equivoca ni puede equivocarse.

Refiérome a aquel a quien se ha definido con esta concisión digna también de lo divino:

"Cristo .. Es alguien que está cerca vuestro, porque os ama".

Descendiendo la sacra colina, a donde nos ha elevado la contemplación de la serenidad que transmite la amistad, ¿cuál definición puede abarcar mejor a esa amistad que es amor y de ese amor que es amistad:

"Alguien cerca vuestra porque os ama"

La raza helénica ha sido entre todo la que ha dado más nobles ejemplos de la amistad heroica. Fué no hay duda de ello, el vínculo amistoso, la causa directa del valor y hasta diré de la misma independencia de la Hélade.

No hay sino que pasearse por un museo de antigüedades griegas, para ver en la constante reproducción de armónicas juventudes, el culto hacia esa noble pasión.

Todo nombre de héroe en Grecia, ya pertenezca a

la época legendaria o a tiempos más recientes, va unido al de su compañero inseparable.

Así Aquiles, sugiere a Patroclo y su recuerdo vive más lozano en nuestra mente, no tanto por sus hazañas de guerras gloriosas, sino por la magnánima energía con que defiende el cuerpo del camarada muerto por el valeroso Héctor.

Hasta ese trágico suceso nada le ha ablandado el corazón, ni la querella con el rey Agamenón, ni las pérdidas de su propio pueblo. Una sola cosa le impulsa a tomar sus armas brillantes como el disco de Helios y la cimera de bronce, cuyos rayos enceguecen.

Cuanto más se estudia la historia de este pueblo maestro, más se comprende la imposibilidad de llegar a su alma mater sin admitir la fraternización como su base más estable.

Inspiró la vida política y la vida individual del cuerpo político.

¿Quiénes sino amigos fueron Harmodio y Aristogitón, cuyas tentativas de librar a la patria de la tiranía, tornólos héroes de la nación?

En este sentimiento fundó su filosofía el discípulo de Sócrates. En uno de sus diálogos más notables, titulado el Simposium o Convite, es donde la amistad y el amor son discutidos desde todo punto de vista, y llega de conclusión en conclusión hasta hacer de este sentimiento una iniciación para las cosas trascendentes del espíritu.

Divino don este de saber ser amigo; entusiasmo, que va en aumento hasta transformarse en la pura contemplación de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero. La idea madre denominémosla de esa manera, del autor de la "República", es sublime y consiste en afirmar: que el ejercicio o la práctica de la amistad o del altruísmo superior, según hoy lo lla-

maríamos, conduce a la visión de la Suprema Belleza. ¿No es ello, anticipándose al Maestro de Galilea en 400 años, decir que los puros de corazón verán a Dios?

¿Acaso puede uno imaginarse algo más desinteresado, más puro, más ético, que estas amistades constructivas?

No hay hombre sin hombre, ha dicho Jacinto Benavente, el príncipe incontestado de la actual literatura castellana, y pudiera haber completado su filosófico pensamiento, diciendo: No hay conocimiento de Dios, sin que él vaya unido al amor de alguien.

Amar, era para Platón desear el bien para el objeto amado. Aristóteles, menos poeta, pero quizás en nuestro moderno concepto más científico, llevó aún más adelante nuestras ideas.

Así leemos en su Ética: "La perfecta amistad o amor es la amistad o el amor de aquellas personas que son buenas o semejantes en virtudes; por razón de que estas personas se parecen al desearse el bien la una para la otra, en la medida de su excelencia. La gente que anhela el bien para sus amigos por ellos mismos, son los que, en el sentido más estricto, pueden llamarse amigos, pues es su amistad una consecuencia inmediata de su propio carácter, el cual no constituye un mero accidente, sino algo permanente.

"La amistad perdura cuanto su virtud y la virtud es una cualidad invariable".

En otro trozo de su célebre tratado, habla de que debiéramos anhelar el bien para nuestro amigo por su propio interés y no por el nuestro. Si queremos el bien de los demás en este sentido, se nos llama deseadores del bien, a menos que estos deseos no sean reciprocados; cuando estos últimos son mutuos, se dice de ellos que son amor o amistad".

No importa dónde nos conduzca nuestro amor al

saber; encontraremos unidas o vinculadas a la amistad, las más pujantes virtudes.

Cicerón, aquel ilustre y despejado varón, cuya elocuencia salvó por tres veces a la República Romana de ser el juguete de una juventud elegante y moralmente corrompida, tiene su derecho a nuestro recuerdo por su libro sobre la amistad.

No sólo le ha dado el mayor de los renombres, sino que le ha traído hasta nosotros a semejanza de un amigo inmortal.

"La vida no es más la vida, si a uno no le es permitido reposarse en el afecto de un amigo", escribe este demócrata con un alma de verdadero aristócrata.

Aristocracia en verdad, era la selecta compañía de los mejores, que cenaban con el genial abogado, consultaba sus papirus o practicaban en las terrazas de su magnífica villa, refrescados por la brisa del mar.

Gastón Boissier, uno de esos dos mil atenienses a que se refiere Hipólito Taine, en uno de sus Ensayos, ha escrito un libro sobre *Cicerón y sus amigos*.

Deleita su lectura y hace vivir por unos momentos, harto fugaces desgraciadamente, con hombres que por haber sabido cultivar la amistad llegaron hasta nosotros embellecidos y rodeados de esa suprema distinción que es para las personas, lo que la pátina para el mármol, el bronce o la piedra. El tiempo ennoblece y purifica.

Obscurecido por falsos ideales de ascetismo, la amistad no presenta en la edad media ese carácter escultural de líneas puras y armoniosas, ese perfil tranquilo que nos atrae con fascinación hacia la estatuaria griega. Pero, sin embargo, encontramos aquí y acullá leyendas de una ingenuidad cuyo encanto perdura aún. El Medio-Evo ilustró el aspecto inocente, pueril, ingenuo de la amistad. Si ella fué hija de

la razón en Roma y en Atenas, en los tiempos medioevales proviene directamente del corazón.

Amis y Amile con el David y Jonatán, el Orestes y Pílades, el Damón y Pitias, de los tiempos que precedieron al Renacimiento.

De esta leyenda existen unas treinta versiones en casi todos los idiomas europeos. "Amis y Amile, cuenta el Trovador, eran amigos abnegados, gemelos en el parecido y en sus vidas. Una vez se perdieron de vista durante dos años. Al volverse a encontrar se juraron mutua fidelidad, amistad y el propósito de no separarse nunca. Amis, tomó el lugar de Amile en un torneo para salvar su vida expuesta por un traidor. Así le ganó la mano de la hija del rey para esposa. No mucho tiempo después, cayó enfermo de lepra, acudió como era de suponerse a su hermano de armas y éste y su consorte le pusieron sobre una hermosa cama y se constituyeron en sus criados. Y aconteció una noche, cuando Amis y Amile descansaban, sin otras personas presentes que Dios, éste le mandó a Amis su arcángel Rafael. Díjole el celeste mensajero que el Señor había atendido a sus plegarias y juzgado necesario que Amile sacrificase a sus dos hijos para bañar al amigo en la sangre de ellos.

Chocó mucho a Amis semejante propuesta y rehusó transmitírsela a su amigo. Pero todo fué inútil, porque Amiles había oído también las palabras del arcángel. Después de reflexionar un poco, no vaciló el fiel caballero en degollar a sus dos niños y lavar el cuerpo de Amis con su sangre inocente. Curóse de esta suerte el caballero. Después retiróse el acongojado padre al dormitorio de su prole para llorar por su muerte, pero lejos de continuar con su lamentación echóse a reir; jugaban los pequeños, y por todo daño llevaban alrededor de su cuello, una señal carmesí por todo indicio de lo que había pasado.

Murieron los jóvenes héroes sobre el mismo campo de batalla y ni aún al ser sepultados lejos el uno del otro, pudieron mantenerse separados. En efecto, fueron encontrados juntos sus ataúdes a la mañana siguiente.

Despejad el ambiente extravagante tan propio de la exaltación religiosa de la época, y no se puede sino regocijarse en esta amistad sin par que no se detuvo ni ante el sacrificio de los más entrañables afectos.

Amis y Amiles figuran en el Santoral del Medio-Evo. El perfume de la amistad, se extrae sobre todo, de las memorias íntimas de los hombres célebres.

Hase dicho con encanto de verdad, que el romance más interesante del mundo es la novela de la vida íntima. Así, al descorrer el velo de la vida del gran San Agustín, vemos cuán delicado amigo fué. Era Agustín en extremo sensitivo y sufrió harto a causa de la envidia, del odio y de la incomprensión; por ello acaso, sintió con tanta poesía este afecto superior. Al morir su más querido amigo Nebridius, exclama: "y ahora vive al amparo de Abraham; cualquiera que sea el significado de ese amparo, allí vive mi Nebridius, mi dulce amigo". Y más adelante, en sus memorias escribe estas delicadas frases: "mi corazón quedó quebrantado de dolor: en todo descubría la muerte. Resultaba para mí un tormento el residir en mi país natal, y una extraña felicidad el hallarme en la casa paterna. Echándole de menos, cuanto había compartido con él, se convirtió en una tortura perturbadora. Mis ojos le buscaban en todas partes sin descubrirle; odiaba todos los lugares porque él no se encontraba allí. Tampoco podían decirme: ¡Volverá como cuando estaba ausente!... sólo las lágrimas me eran dulces, pues sucedían a mi amigo en la más cara de mis afecciones".

Ello demuestra no sólo maravillosa sensibilidad, sino una gran profundidad poética de alma.

Paralela a esta pasión de la amistad por un ser de excepción, corre el ejemplo de otro gran teólogo, Newman, que, al morir Ambrosio Saint John, su mejor amigo, pasóse toda la noche en la capilla ardiente, abrazado del cadáver.

Si estos grandes espíritus, de inmenso corazón y de maravillosa inteligencia, necesitaron renunciar a menudo con sencillez infantil a sus grandes poderes, ante seres muy inferiores a ellos, ¿qué no habremos de hacer nosotros? Como ellos, debemos amar la paz de la amistad; el bálsamo que representa para nuestra vida la presencia de los amigos queridos. Ellos son, para calificarlos con una bella frase del célebre Cardenal inglés: "la ondulación de la túnica de quienes ven a Dios en el Cielo".

El Renacimiento fué una era fecunda para la amistad. Y el motivo debemos buscarlo en la renovación de los estudios clásicos.

El sentimiento de la amistad dió origen a una escuela de poetas entre los que se cuentan los nombres ilustrísimos de Miguel Angel y de Sir Philip Sydney.

Sin embargo, el ejemplo más excelso del asunto, nos lo da Guillermo Shakespeare en su drama el Mercader de Venecia.

El sentimiento moderno de abnegación de un hombre por otro, la amplitud y hasta qué grado heroico puede llegar, no ha sido superado jamás por otra producción dramática.

Lo placentero, lo sublime y lo trágico de la amistad, están ahí descriptos con los más seguros acentos.

Antonio, el opulento príncipe mercante, ya resuelto a dar su vida por alcanzar la felicidad del amigo, pinta de este modo su situación:

Recordadme a vuestra honorable esposa;
Contadle el proceso del fin de Antonio:
Decidle cómo os amé, hablad bien de mí, en la hora de
[la muerte;
Y cuando sepa ya todo esto, rogadle sea el juez del
[asunto:
De si Basanio no fué amado una vez.
No lamentéis el haber perdido a vuestro amigo,
El no se arrepiente de haber pagado la deuda con-
[traída por vos.

A lo que Basanio responde:

"Antonio, yo estoy casado con una mujer,
que me es tan cara como la vida misma,
Pero aún la vida, mi esposa, y todo el mundo,
No los aprecio tanto cual la vuestra.
Todo lo perdería, lo sacrificaría todo a ella..."

Hace de ello, unos veinte años, cuando florecía alegre mi infancia, mi placer más intenso de niño era concurrir a las representaciones teatrales de cuentos de hadas. En Inglaterra dáseles el nombre de pantomimas y forma parte integrante del programa de los festejos de la Nochebuena.

Tengo muy presente una de ellas y sobre todo una escena que nunca he podido obliterar por completo de mi imaginación. Representaba la biblioteca de un poderoso gigante. Habíase introducido allí un pobre mozuelo, muy contra la voluntad de su dueño, hombre duro de corazón.

No sabré decir, por qué serie de circunstancias, ábrense los armarios de libros y de los estantes salen los personajes que ellos describen.

Esta es mi actitud ante los héroes de la amistad.

Los conozco a fondo y amo a cada uno, por un rasgo que en él fué peculiar.

San Agustín, cuyas confesiones le hacen un ser muy humano, parece decirme en las propias palabras de su narración: "Porque no relatas mi afecto por el amigo, cuya dulce intimidad fué más dulce que toda la dulzura de mi vida".

Veo a Montaigne, el maestro Shakespeare, el sabio más admirado en sus tiempos, y pienso en su amistad con Esteban de la Boetie y quisiera leeros una por una las frases en que no cesa de ponderar el mutuo coloquio de sus almas.

Y así podríamos ir peregrinando durante muchas horas de oro, pero no quiero privaros del placer de leer cuanto antes la vida de los grandes hombres y sabréis entonces qué cosa luminosa y bendita fué para ellos la amistad.

Nada para mi por lo menos, graba tanto un concepto como el que vaya asociado a una representación gráfica, y máxime cuando ello no es puramente una creación del artista, sino que sale viviente de la misma realidad.

Pocos meses después de estallar la actual guerra, salió en un diario ilustrado de Estados Unidos, la fotografía de dos jóvenes belgas en traje militar y aguardando a lo que parecía la salida de un tren. El más joven de ellos, estaba sentado en un banco, herido en la cabeza, mientras el otro le cuidaba, su faz vuelta al otro lado para esconder el gran dolor que le causaban los sufrimientos de su camarada.

Este cuadro simboliza admirablemente y define cuanto hemos dicho.

Nosotros también aguardamos una nueva era, como estos soldados viajeros, cuya única dicha, en el tumulto de tanto desastre, es la de saberse amigos.

Tan sólo cuando sea el amor de los camaradas, una perfecta institución social, podrá considerarse a la democracia como el más firme y el más divino de los gobiernos.

ALBERTO NIN FRÍAS.

VERSOS EN PROSA Y PROSA SIN POESIA

A propósito de ciertas orientaciones de última hora en la técnica del verso.

El ritmo fué, es y será mientras exista el verso, su propia alma. El verso sin ritmo es el cadáver del verso. Una "ley científica" lo establece; aquella "ley del ritmo" que según Tyndall y Spencer, "rige todos los movimientos; que cambia la agitación en ondulación regular"; es aquella "ley fisiológica" a que se refiere Guyau, según la cual se mueven u oscilan nuestras piernas en la impaciencia o en la inquietud; se agita nuestro cuerpo en el dolor físico o moral; saltamos en el júbilo vivo; vuélvese rítmica y musical nuestra palabra, a medida que el pensamiento se enriquece y se encumbra.

Y si ha de ser el verso la expresión natural de nuestras emociones, podrá prescindir de la rima que es su atavío, pero jamás del ritmo, en virtud de aquellas leyes fisiológicas y psicológicas que regulan su organismo y su vida, y a las que se refería aquel luminoso maestro, cuando afirmaba que la una proviene del otro, al punto de que la rima era llamada la *ritma* en el siglo VI por Joachin du Bellay.

Ahora y siempre la poesía no ha sido sino la traducción en ritmos de un estado de alma; música de las palabras, música de las ideas a las que el poeta se

abandona. Sólo se concibe la una sin la otra en los dominios de la prosa, y prosa han sido siempre en razón de ese mismo divorcio, tanto los versos clásicos de Boileau y Voltaire, ausentes de armonía y unción lírica, como algunos de esos versos no ya *blancos,* al decir de los poetas franceses, sino *descoloridos,* de ciertos poetas contemporáneos, unanimistas, ultraístas, etc., frente a los cuales resulta más poética la prosa, no digamos de la "Plegaria sobre el Acrópolis" o el "Apóstrofe de Silvestre Bennard" o de la del "Marqués de Bradomin", sino aún mismo, la que se hacina en la más pedestre columna de gacetilla...

Fué debido al acatamiento a la majestad del ritmo, que Verlaine y Albert Samain han perdurado por sobre el fárrago y la confusión de las tendencias finiseculares, venciendo el olvido que hiciera presa finalmente de la mayoría de sus camaradas de renovación, y ello a pesar de que tanto el uno como el otro, se apartaron bastante de la impecabilidad estatuaria de un Chenier o de un Moreas.

Quisiera formular un juicio sintético sobre esa arquitectura del verso de ciertos poetas franceses de la última data, ya que esa misma tendencia ha pretendido invadir también, aunque en forma tímida, el dominio de las letras hispano-americanas. Ante semejante novedad, Verhaerem y Regnier, malgrado todas sus "herejías", rimando singulares con plurales, reemplazando la rima por la asonancia, mezclando el femenino con el masculino, no resultan sino simples rutinarios; Vielé-Girffin y Kahn también se quedaron atrás; Mallarmé, el teórico revolucionario de "Divagation relativement au vers", resulta un desdichado miope, frente a las nuevas perspectivas líricas. No lo es menos Darío a pesar de sus disonancias y su amorfismo verbal, ni Jaimes-Freire introductor del verso libre en América y el Lugones de "Lunario Sentimental".

Las aberraciones actuales resultan intolerables porque por lo general son frutos del desequilibrio, la ignorancia o la imitación servil. El verso se ha transformado en prosa, pero en una prosa sin poesía. Y aquí radica lo más lamentable de la desviación.

Uno de ellos, Jean Cocteau, declara en el prefacio de su obra "Cap de Bonne Sperance", que el poeta no debe hacer ni versos regulares ni versos irregulares, debe someterse al "método individual" que su instinto le descubra y una vez descubierto le sirve para disciplinarlo. Se trata del reinado del instinto y de lo inconsciente. Las palabras están de más, pues basta la onomatopeya. De tal modo uno de ellos abraza su lira de manicomio y canta así: "Jeanne Jeannette, Ninette nini ninon Mimi mamour ma poupoul mon Perou, dodo dondon carotte ma crotte chouchou p'tit-coeur cocotte cherre p'tit-péché mignon concon coucon. Elle dort". Y luego el dadaísmo de los Picabia, los Bretin, los Tzara; y la teoría de la "constancia rítmica" de los Duhamel, los Charles Vildrac, según la cual los versos correctos, *antojos tipográficos* deben ser desdeñados, no teniendo ellos más que los efectos huecos "del plastrón y la elegancia vulgar de un hermoso adolescente". "Tres bien porté dans le Midi"; de aquí los poemas elásticos de Blaise Cendrars en forma de *videpoches,* dice un crítico, donde el autor amontona líneas de periódicos, versos de almanaque, viejos apuntes de su carnet y vestigios de la conversación.

Es necesario, sin embargo, reconocer que en medio a ese cúmulo de extravío y del seno de las mismas capillas, hermosos temperamentos se destacaron salvando la rara esencia de su numen, no obstante la extravagancia y el ridículo circundantes, Royer Allard, el autor de "Elegías Marciales", Lucien Fabre y aquel intenso Guillaume Apollinaire,

iniciado en la época simbolista, superior al numeroso conjunto de sus imitadores.

Pero lo que motiva este comentario no es precisamente el fondo de las tendencias, sino la transformación en los procedimientos que ellas mismas aparejan. No es precisamente el verso libre lo que hace temer por los destinos del verso. Es de advertir que el advenimiento en América y España del "vers-librisme" no constituyó después de todo la revolución que en Francia; primero, porque habiendo sido Francia por medio de sus escritores clásicos de la Corte de Luis XIV, los que impusieron los cánones de la Retórica y la Poética, sus primeras trasgresiones, la más débiles fueron consideradas tremendas herejías; y luego porque en España las nuevas normas no tuvieron las proyecciones que en Francia, salvo la eliminación del hemistiquio, la supresión de las pausas de sentido, la multiplicación de las cesuras, los nuevos metros y la copiosa variedad de las rimas.

Las nuevas tendencias anárquicas predominando concluirían por matar el verso. Yo sostengo que también la poesía. Es necesario proclamarlo así con claridad, por la circunstancia de que entre nosotros no ha faltado quienes defendieran esas funestas orientaciones.

Pierre Reverdy intenta la explicación de la nueva estética en su libro "Seelf Defense" y escribe cosas como ésta: la duración de una obra está en razón directa de lo inexplicable que ella encierra. Inexplicable no quiere decir incomprensible. Es natural que para tal literatura el verso está demás. El verso es un obstáculo. Por eso se transforman sus corifeos en hacinadores de palabras sin ritmo, ni medida, ni lógica, ni razón. Ni verso... ni prosa.

Mi distinguido amigo, el poeta Víctor Bonifacino, en una conferencia que ofreciera en el Ateneo, intentó

una justificación racional de aquéllos. "Las nuevas corrientes filosóficas, dijo, han dado margen a nuevas teorías, haciéndonos posible considerar realidad todo lo que el alma humana siente, presiente o intuye; dado que tan real es tomado a cierta altura de la apreciación filosófica un deseo, un sueño, y aún una interpretación metafísica de la vida, que un hecho material palpable y limitativo de la extensión". Efectivamente; al bergsonismo sobre todo, se le ha querido atribuir la causa de esa tendencia. Se trataría del bergsonismo, del *intuicionismo* literario. No sé si Bergson se haría de buen grado responsable de una consecuencia semejante de su filosofía. Pudiera ser también que considerara que ésta no ha sido sino un pretexto, ya que alguno debían tener las nuevas escuelas. La impresión producida por los versos de Samain sugería a un crítico la de los lienzos de Gustave Moreau; consecuencia directa de la mistificación cubista, ya abismada en el ridículo y el fracaso, se han supuesto a algunas de aquellas capillas. La analogía pudiera ser exacta; veamos si lo es también con la de filosofía que se ha invocado.

Como lo demuestra Guyau en sus consideraciones sobre el pensamiento y el verso en literatura, en poesía como en toda especie de arte, la revolución en la forma, ha sido precedida por la revolución en las ideas. Modificando el pensamiento de una época en virtud de sus movimientos filosóficos, religiosos o sociales, se modifica el ritmo y la armonía del verso, siendo así que porque Boileau no pensaba de la misma manera que Hugo y que Musset, las reglas métricas resultaron entre ellos diferentes: solemne y pausado el alejandrino del primero; ágil y pleno el de Chenier y el de Hugo.

El bergsonismo dando un nuevo sentido al alma humana, traduce en realidad para el poeta una forma distinta.

No he de negar, ciertamente, que tales corrientes del pensamiento refluyan sobre los actuales procedimientos líricos, transformando la estructura del verso al alterar el cauce de su dirección ideológica y emocional, transformación ésta que no puede diferir, por otra parte, fundamentalmente de aquélla a que aludía Pellissier refiriéndose al movimiento literario del último cuarto del pasado siglo, cuando afirmaba que el gran progreso de éste fué el de sustituir lo relativo por lo absoluto en todos los dominios del pensamiento, siendo el único peligro, la única cosa vituperable en literatura, como en moral, como en política, la intolerancia, el fanatismo, el dogma estrecho y coercitivo, repugnante al espíritu de nuestro tiempo.

No negaremos a aquellas corrientes ideológicas la virtud de modificar la técnica del verso. Lo dijo Rodó: "toda concepción particular de la poesía tiene derecho a crear su métrica". Pero no de acabar con el verso, agregaremos nosotros.

El jefe del romanticismo reaccionando contra los poetas oratorios y didácticos lanzó su proclama de rebeldía en el verso célebre:

"Guerre a la retorique et paix a la syntaxe"

pero estos nuevos iconoclastas se han alzado contra todo, incluso el buen gusto y el sentido común. Y esto no puede ser la consecuencia de la psicología de Bergson. ¿Qué puede sugerir ésta al artista del verso nuevo? ¿Las imágenes vagas, incoherentes, subconscientes, como en "la prosa del Transsiberiano y de la pequeña Juana de Francia", de Roger Allard? ¿Acaso toda esa vaguedad y confusión, candor e incoherencia no existía ya en *Pauvre-Lelian*:

" ¿A la chose envoleé
" Qu'on sent qui fuit d'une ame en allée
" Vers d'autres cieux..."?

¿Tuvo necesidad Verlaine de renunciar a su ritmo recóndito y divino para cantar así? ¿La manera sintética y esquemática para expresar la emoción y los más tenues movimientos del espíritu, es lo que comporta aquella descomposición del verso? ¿Rimbuau, en cuatro rasgos, sin largas descripciones ni enumeración de hechos, no nos describe su infancia, y con dos imágenes y la evocación de un detalle trivial, no remueve todas las ideas y ensueños dormidos en el alma"?

La sencillez primordial, la simplicidad que llega hasta rozar la animalidad, ¿es lo que acaso constituye la causa? ¿Francis Jammes no la ofrece en sus poemas, lejos del virtuosismo artístico y los recursos artísticos, antes del unanimismo y de Jules Romain, y antes que el pensamiento filosófico de Bergson nos planteara su tesis general de la vida y del universo: el intuicionismo, como medio de sorprender la vida en su más ingenua pureza considerando las cosas como en un estado de continuo devenir sin término ni detención, como nos lo recuerda sagazmente el conferencista del Ateneo?

Pero si inofensivos son el error, la extravagancia y la excentricidad, ídolos de los nuevos templetes que pasarán sin dejar ningún rastro perdurable como no sea el resplandor aislado de alguna vigorosa individualidad, peligrosa resulta, sin duda, la fobia, mejor dicho la endemia de virulencia temible que significan aquellos malabarismos verbales, que de triunfar acabarían irremediablemente con el verso.

No parece sino que en su aberración vesánica hayan decretado su exterminio, apuntalando aquellas predicciones de la escuela naturalista que lo equipa-

raba por la palabra de Zola a una rémora frente a la libertad y al dinamismo de la palabra, imprescindibles al pensamiento moderno. La poesía es eterna, se dijo entonces, pero el verso no lo es. Se planteaba como ahora un problema que preocupó tanto como a los poetas a los filósofos y a los hombres de ciencia. El admirable pensamiento de Guyau apoyándose en el Spencer de los "Ensayos" y en el Becq de Fouquières del "Tratado de versificación", hubo de demostrar que de acuerdo con la "ley científica", la "ley psicológica", la ley del contagio simpático, el verso es eterno también, pues que arranca su origen de la propia naturaleza humana. Teniendo por fin primordial la expresión de nuestras emociones, es la emoción su causa primera. Nuestros sentimientos y nuestros gestos tienden a adquirir una forma rítmica, al punto de que el verso pudo ser definido así: "la forma que toma nuestro pensamiento emocionado".

Brunetière ha dicho que no existiría razón de medir, de cadenciar, de modular el pensamiento, si no existiera en la modulación, en la cadencia y en la medida, una virtud propia y todopoderosa, semejante a la línea en la escultura y al color en la pintura. Cabe agregar, que de no ser así, la forma versificada, genuína expresión de las épocas primordiales, en las que la palabra canta espontáneamente en el júbilo, en el terror y en el sufrimiento, sería, en esta época, un juego pueril, dictado sólo por el instinto ancestral, indigno, por consiguiente, de figurar como ejercicio superior del espíritu y como exponente cardinal de la cultura de un pueblo. (1)

José G. Antuña.

---

(1) «Prosas», Pablo de Grecia.

AVE, VIATOR!...

Alza tu vaso por brindar al huésped
fraternal bienvenida:
pues es un hombre y, como tal, tu hermano
en la inmensa familia.
Y si ningún presente puedes darle
para sustento en la premiosa vía,
óblale el corazón dentro la mano
y el mejor pensamiento en las pupilas.
No le digas "¡Adiós!" sino "¡Hasta luego!".
... Y espera que retorne, todavía,
pues es tu hermano — no lo olvides nunca —
en la inmensa familia...

JULIO LERENA JUANICÓ.

"A ONDA VERDE", por Monteiro Lobato

El observador artista de "Urupês" y el narrador impresionista de "Cidades mortas", se convierte en "A onda verde" en el sociólogo, con sus facetas de patriota entusiasta y de hombre práctico, que ya habíamos apuntado en dos estudios anteriores. Surge periodista en el noble concepto con que aceptamos como un título de positivo valor, este calificativo. Periodista, esto es, perspicaz en la observación, sonorio en el estilo, gallardo en la censura, veraz en la acusación, valiente y honesto en el ataque, culto en el bagaje con que expone su pensamiento, limpio de prejuicios y rectilíneo en la intención.

Este libro, escrito al margen de la realidad, comentando sus acontecimientos o estudiando las causas de determinados efectos, completa la obra literaria de Monteiro Lobato y le da, al destacar nuevos rasgos, más auténtica personalidad.

Vivimos en países nuevos, donde se está gestando un porvenir promisor. Cada cual es responsable de lo venidero en la medida del impulso con que se haya entregado a la labor del presente. Monteiro Lobato siente hondamente esta responsabilidad. Su libro exterioriza su patriotismo en lo que el sentimiento de patria y de nacionalismo tiene de progresista. El anhelo de adelanto que inspira los capítulos fervorosos de "A onda verde" se mide por el entusiasmo con que se entrega el autor a la vivisección de las cosas

en que su dinamismo se desenvuelve en acción renovadora.

Ha dicho Monteiro Lobato que hay dos clases de escritores: los necesarios y los inútiles. Siguiendo su propia clasificación, debemos incluirlo entre los primeros. Este libro que comentamos es la mejor demostración. Como en "Terra Catharinense" de Chrispim Mira, que comenta, aquí aparecen entremezclados paisajes con estadísticas, anécdotas con visiones de sociología, historia con escenas de costumbres, sin que, en la aparente oposición de los temas, falte la absoluta unidad de la concepción que da integridad a la obra destacando su clara intención.

Disociador de las verdades de su hora, Monteiro Lobato no se detiene ante los resultados de su análisis reflexivo. Ahonda el comentario de las cosas circunstantes para exprimirles su significación verdadera. Cuando nota un defecto lo destaca con valentía, sin pesadumbre, porque se le adivina la firme confianza en el porvenir de su pueblo. No arrecia en los calificativos de censura; ni desvía sus ojos zahoríes de los lugares en que la obra realizada presenta los aspectos vulnerables. Con gran espíritu práctico se sobrepone a sus naturales predilecciones estéticas. Es que vive su tiempo. Así dice defendiendo las vastas plantaciones de eucaliptos: "... nossas mattas caracterizam-se pela abundancia desastrosa de especies misturadas. Num alqueire de terra crescem dois, tres mil vegetaes differentes, o que é lindo a luz da esthetica, optimo para tirar cipó, mas, do ponto de vista da utilidade economica, um desastre". Mas no ha de ser Calibán el triunfador siempre, ni a la utilidad ha de someterse perennemente la estética. Si la riqueza del Brasil depende del replanteo científico de las selvas arrasadas, la estupenda belleza de Río de Janeiro dependerá de la conservación de sus relieves na-

turales de prodigiosa esbeltez. De tal modo lo expone Monteiro Lobato, acreditando la mesura de su espíritu equilibrado.

Es indudable que en el fondo de los humoristas suele haber un pesimista desencantado. Monteiro Lobato en "A onda verde", que viene a ser en el desenvolvimiento de su producción literaria algo así como su ideario, ataca las normas directrices, puntales de nuestra ideología, y como revaluándolas, afirma que la inteligencia del "homo sapiens" es "una doença, una hypertrophia cancerosa do instincto. Só produz males. E'a mãe do soffrimento. A guerra, a fame, a peste são filhas suas, como são filhos seus todos os horrores que fazem odiosa a vida na Terra". Luego, tal cual si ironizase un nuevo manifiesto marxista, convencido de que "veste o lobo a pelle da velhice, mas fica con o rabo da mocidade de fora", ante el fracaso de la civilización, se acoge a esta regocijada esperanza: "Animaes todos da Terra, basta de submisão ¡Uni-vos!".

En esta fantasía irónica Monteiro Lobato revela su condición de artista. Pone al servicio de la verdad, por cuyo fiel cumplimiento trabaja con entusiasmo, su arte de obrero intelectual.

"Sem a intervençao da arte é imposivel trasmittir aos posteros a sensaçao exacta do que se passou. Só a arte sabe perpetuar o que foi vida". Tales premisas puestas al margen del afiligranado "Os sertoes", revelan la acuidad de su intento.

Paradojalmente sostiene luego, buscándole explicación al "irreductivel horror á leitura que caracteriza o brasileiro", que los libros fundamentales para el pueblo suelen ser las malas historias de amor, de guerra o de aventuras, caídas, por casualidad, en manos de los adolescentes. Es que el niño en su edad escolar adquiere la convicción de que leer es torturarse.

Los horrorosos libros escolares le han inculcado tal opinión con el eterno y resobado canto a los próceres divinizados. Cuando cae a sus manos un tomo de Escrich o un libro "prohibido", abre en su espíritu una brecha la emoción primeriza. Siente con nueva sensibilidad la psicología simple. Amplía su interés, y está salvado. Tiene razón nuestro autor. Del Pérez Escrich huirá de modo espontáneo, porque la cultura es un proceso eliminatorio de predilecciones realizado en lecturas sucesivas; y hay que crear el deseo de éstas para que pueda lograrse aquélla en toda su deseable amplitud.

Resulta interesante señalar que Monteiro Lobato no es un purista en el sentido casi toxicológico con que hablan del idioma los gramáticos. Espíritu abierto a la influencia del habla popular, hijo del Brasil renaciente, admite la necesidad de ir derecho a la creación de un lenguaje propio, desde que la corrupción idiomática es la evolución natural del habla madre. "Novo ambiente, nova gente, novas coisas, novas necessidades de expressão: nova lingua". Tal es el problema planteado por la evolución de los idiomas básicos, a los escritores de América. Hay que derribar muchos "idola fori". El prejuicio de las academias infalibles se yergue agresivo. La empresa es formidable. Para el profesor Francisco de Assis Cintra, que la emprendió con agudo sentido práctico al iniciar su "Diccionario Brasileiro", prodiga Monteiro Lobato sus elogios convencido de que la tarea programada será altamente provechosa.

"Persiste a lagarta rosada do bacharelismo".

"Sem cultura, impossivel opinião; sem opinião, impossivel política que não seja essa pyorrhéa que nos derranca, e cuja missão, no dizer d'um velho político ja morto, é desfazer de día os passos que as coisas dão naturalmente de noite". "O nosso problema

capital, é crear a cultura". De este modo plantea Monteiro Lobato su preocupación ante la evidente incultura. Es una inquieta página de honda preocupación la suya. Proclama la necesidad de crear escuelas que enseñen a leer y escuelas que enseñen a sacar partido de la lectura. Hay que hacer la obra completa de una vez para siempre. "Una sem outra é cartuchio sem espingarda", expresa pintorescamente. Y lo que le sugiere la observación del Estado Paulista, podría decirse del Brasil, y aún de toda la América.

Los capítulos de "A onda verde" se vertebran para formar un organismo completo, en el que los más simples detalles se vinculan por la idéntica finalidad que se inspira en un amplio concepto.

Es un libro sano y sincero, quizás un tanto apasionado; pero por la pasión de la verdad y de la justicia, firme en la esperanza de lo porvenir que brota de la decepción ante lo presente en un alma de energética voluntad.

José Pereira Rodríguez.

Treinta y Tres, mayo de 1923.

MIGUEL ARRISCAETA, CAPITAN SACRIFICIO

Ha tiempo que la Unión ha dejado de ser una localidad inmóvil, dormida ante las puertas de una ciudad. Cortada en dos por una vía de tránsito, que sigue el lomo de la Cuchilla Grande, el pueblo de Oribe, como aún le llaman algunos bajo el influjo de la antigua savia, no ha podido sustraerse al movimiento renovador, inquieto, febriciente, que Montevideo, al pasar por la Avenida 8 de Octubre, va arrojando como una simiente sobre las laderas silenciosas.

Los viejos caserones van muriendo. Muchos tienen ya los huesos al sol, carcomidos los frontispicios, quebrados por las cicatrices, sedientas bocas agónicas que están clamando el golpe certero de una pica. Hay edificios remozados, defendidos por la tradición solariega, de mármoles desgastados, de hieráticos aldabones, fachadas nobles, precisas, que soportan a regañadientes el coqueteo tímido de las fronteleras, acorazadas sus ventanas, con algo de baluarte y algo de mirador, donde ostentan, a través de los vidrios, las matronas olvidadas y las viejas solteronas que insisten todavía. Lo demás se altera, se transforma, se completa. Sobre los cimientos primitivos, el estilo moderno. A izquierda y derecha de la Avenida, bajo el paisaje arbolado, los barrios obreros se van formando. Centenares de construcciones multiformes, de arquitectura antojadiza o forzosa, manufacturada durante los domingos y días festivos, lucen a lata y

teja. Las quintas señoriales, ceñidas y cortadas por los caminos nuevos, desaparecen, digeridas por el tiempo. De algunas sólo queda la casa, cubierta por la enredadera que se adhiere al revoque pardo, verdusco, muda, silenciosa, acogida bajo el ramaje de los árboles añosos, esperando la muerte en un reposo augusto, como la veneranda cabeza de un patriarca.

A la vera del camino Corrales, subsisten aún los primitivos molinos que hoy sirven de albergue para la humilde gente y de depósito para los forrajes; algo más adentro, la plaza de toros, abandonada, en ruinas, vencida por la indiferencia del ambiente y que cuenta entre sus hechos gloriosos, la muerte de un torero bravo.

En Larravide y 8 de Octubre, un auriga de 75 años, con su breack y los dos jamelgos. Comunmente lee el diario, ocupando su asiento de trabajo, mientras los caballos duermen o bostezan. Rara vez hace un viaje. Cuando tiene compañero charla sus cuentos. Todo en su vida es ya un cuento largo que se repite. Y cuando alguien le indica la conveniencia de buscar otro sitio más ventajoso, donde no esté bajo la competencia del automóvil, él se resiste. ¡Ir a otro punto! ¡Nunca! Ahí empezó y ahí ha de acabar. Todos los episodios de su existencia, los felices, los dolorosos, la línea eterna que recorre cada ser le ha visto ahí, en esa esquina. Fué muchachón alegre. Dió serenatas y cantó bajo el balcón de su amada en las noches tibias. Se casó, tuvo hijos, tuvo nietos. Cerró los ojos vidriados de algunos seres queridos, cuyas vidas pasaron ante la suya, huyendo hacia la sombra. Y en los días veraniegos, de soles abiertos, como bajo las lloviznas murmurantes de los inviernos blancos, a su modo y con su espíritu, sudando o ateriido, pesó los problemas del mundo en sus ratos de ocio. No ha de irse sino cuando lo lleven.

Al Este, después de un pobre caserío, las canteras de la Unión, célebres desde la época del Gobernante corregidor, donde los engrillados elaboran la piedra; al centro, el Hospital Pasteur, ex Asilo Piñeiro Del Campo, ampliado recientemente, pero sin que se haya modificado en una línea el estilo austero de su masa; la calle Asilo, reducto del silencio, último refugio pueblerino, calle mañanera que el mediodía del verano adormece en la siesta; el mercado con su expresión de miseria, quemado por el tiempo, hostil y agresivo como un indio viejo. Y además, existe aún, un ser de infortunio, una máscara humana, una imagen de locura, angustiosa, espasmódica: Miguel Arriscaeta, Capitán Sacrificio.

Nació en la Unión y morirá en la Unión. Es popular, como una calle, como la Plaza, como los Molinos. Le sonríen los viejos y le temen los niños.

Miguel medirá un metro cincuenta de altura, acaso menos. Flaco, cuerdoso, bajo la garra de una crispatura que se acentúa al andar, su cuerpo culmina en una cabezota donde ha estallado la proporción humana. La cara es pequeña, chata, dividida en dos partes iguales: desde el nacimiento del pelo hasta las cejas y desde las cejas al mentón. Ojos, nariz y boca parecen apretujados, bajo el paredón vacío de la frente. Y el cráneo grande, abombado, que se echa hacia la base, después de dilatarse en redondo en una convexidad que amenaza reventar.

Presenta en la piel una cantidad innumerable de tumores, algunos del tamaño de una almendra, otros como cabezas de alfiler, la mayoría con el aspecto de simples berrugas. Son muchos, son cientos. La parte del cuello está erizada de neuromas. En el nacimiento de la nariz, tiene una excrecencia violenta, cárdena, como un parásito incrustado.

Cuando Miguel Arriscaeta camina, los movimien-

tos rotos de su organismo, completan su expresión torturante. El recorrido de su paso es menor que la longitud de su pie. Algo atáxico, una de sus rodillas, describe un ligero círculo antes de iniciar el ángulo de la marcha. Adelantando su lado izquierdo, se diría que éste arrastra al derecho. La lentitud de su camino exaspera. Avanza hacia la inmovilidad. Parece que de un instante a otro ha de quedarse para siempre, parado, petrificado, como una momia en la última mueca de la vida. Cuando va a la iglesia, bajo la ojiva de su entrada magnífica, su cuerpo es una estatua que espera un milagro de Jesús, un motivo escultural en la arquitectura de la casa de Dios.

Miguel Arriscaeta tiene en su rostro una expresión de angustia que no alcanzan a borrar ni la cólera, ni la sorpresa, ni la admiración, ni la alegría. Sus largos años de sufrimiento han formado como una pátina de dolor que lo cubre. Lleva en sí lo grotesco y lo ridículo: dos jorobas de bufo que matan la piedad. En sus caminos interminables le ha asaltado siempre la dentellada feroz de la risa. Es un juguete diabólico, de distintas faces. Desde cualquier punto que se le mire, presenta dimensiones inarmónicas y reflejos absurdos. Y mientras los demás ríen, él maldice. Como el Nabí de Moab, está seguro de su maldición. Ningún enemigo escapará a la venganza que arde en su cráneo atormentado. Conoce castigos horribles, sabe de suplicios mayores que los suyos. Nadie escapará. ¿Cómo? ¿Cuándo? No puede precisarlo, pero no le importa. Dispone de la eternidad. Podrá morir, pero sus maldiciones perdurarán. Si no cae el padre, caerá el hijo, de lo contrario el nieto. Sabe algo, vió algo. Más de cuatro se fueron llevados por las alas negras de su presagio. Alguien gime, torturado por el mal, llora y grita sin poder morir. Miguel sonríe. Miguel tiene sonrisas de espectador infernal. Su dios

le ayuda. En una mano la venganza, en la otra el perdón. Es dueño del destino de sus verdugos.

Miguel Arriscaeta, Capitán Sacrificio, siempre ganó su pan. Le repugna la dádiva caritativa y su espíritu tiene rebeldías honradas. No solicita la generosidad de nadie. Vende números de lotería y la ganancia de esta venta le da para vivir. Y es en esta lucha de todos los días, recorriendo las calles de la Unión, a cuestas con su pobre cuerpo, soportando la burla de los hombres, la insolencia de las mujeres y la algazara de los muchachos que paga su derecho a la vida. Brama y maldice. Le llaman Pisa huevos, Capitán Sacrificio, Desgonzado, Melón Frito. Pero Miguel se desquita. Poco le importan los nombres de las personas que trata. No quiere saberlos. El las bautiza. Posee el don de adivinar el interior de los individuos, de descubrir ese poco o mucho de ridículo que todos llevamos. Siendo un vendedor de radio fijo, de una memoria sosprendente, que conoce el movimiento social de su pueblo como si se tratara de su familia, que divulga cada vez que le viene en ganas la verdadera edad de las solteras de la Unión, no se hallará en su libreta de apuntes, un nombre propio que no sea inventado por él. Un tal Méndez le compra un billete, el 10320. Miguel anota esta venta. Sabe que el comprador se llama Méndez. No obstante escribe en el cuadernillo: 10320: Un Cataplasma. Un señor Rebollo, gordo, sudoriento, bufador, le lleva el 15618. Miguel escribe: 15618: Relleno Fermentado. Una señorita de cuarenta y cinco años, que cada vez que encuentra a Arriscaeta se apresura temerosa, adquiere por medio de su sirvienta, una tira entera: 12106: Gata Porfiada. Posee una fácil manera de diseñar. Es pintoresco, agresivo. No pierde un detalle. Tiene el sentido de la caricatura. Puntualiza el defecto, el vicio, es un observador socarrón que por inspirar una

excesiva confianza no se le oculta nada. La lectura de su cuadernillo provoca la risa. Entonces nos solidarizamos con Miguel. "Domador de Sillas", "Pera Angulema", "Mil Hojas", "La Vieja del Diente", "Un Granuja", "Cara Lánguida", "Destripa Microbios", "Poca Sangre".

No es fácil dar con la edad de Miguel. Está entre los cuarenta y cincuenta y cinco años. Tan pronto parece un ser avejentado por los sufrimientos, como da la impresión de un leño duro que resiste al tiempo. No hay en toda su existencia un episodio sentimental. Fuera de su fatal condición para provocar la risa y la burla, en su vida no hay historia. Su pasado le sigue de cerca. Se va haciendo y deshaciendo tras su marcha como la estela de un barco. Acaso hay en él el germen de lo grande y de lo bueno, ahogado por la forma. La acción le ha visto impotente, encadenado y pasó junto a él, fugaz, dejándole en la retina la ruta sensible del vuelo. Y si un día, un manto piadoso cubriese sus reflejos diabólicos, Miguel Arriscaeta se hundiría en la soledad. Lentamente iría acabándose y se le hallaría al fin, en cualquier camino, vacíos los ojos, vacías las manos, sin sus maldiciones, sin sus perdones, dé pie como un anatema, liviano, escamoso, muerto.

José Pedro Bellán.

LA CHICA DEL HENO

Del libro en preparación: «Frutal»

Va la chica fragante
Rellenita de gracia;
Carga un ato de heno,
Y salpican la bata
Filigranas maduras...
Pelusitas doradas...

Las palomas al verla
Se allegan en bandada;
Las palomas al verla
Se posan en la falda,
Y ella sigue aromando
Como un cacho de parvas,
Y parece que enjoya
Su boquita de grana
Dos pajaritos rojos
Que han bajado a besarla...

M. C. Izcua Barbat de Muñoz Ximénez.

Julio de 1923.

BAJO TU BALCÓN

En la hora aquella cuando las sombras
Triunfan del último resplandor,
Cuando a su nido vuelven las aves,
Cuando se inclina sobre su tallo
El girasol;

Yo estoy, mi bella, bajo tu solio,
Fijos los ojos en tu balcón
Hasta que se abren las celosías
Y tú apareces, como a la aurora
Asoma el sol.

¡Qué importa entonces que el día huyera
Si baña mi alma su resplandor!
Cuando hacia el nido vuelan las aves,
Mis pensamientos van presurosos
A tu balcón.

Y allí te cuentan nostalgias hondas,
Allí te arrullan con dulce voz,
Te hablan de todas las penas mías,
De mis insomnios, de mis profundas
Fiebres de amor.

Y tú que sabes cuánto te adoro,
Tú que conoces mi corazón,
Junto a tu seno les das albergue,
Porque para ellos eres el nido
¡Y eres el sol!

FERNANDO NEBEL ALVAREZ.

LAS SEÑORIALES...

(A Orestes Baroffio).

I

Las señoriales quintas de antaño,—sobre ese cauce ba-
[rroso y quieto,
Se van, se mueren, año tras año,—¡de un silencioso
[morir secreto!
¡Ni hay quien las plaña!... Tal vez el sauce
Vierta congojas—llore sus hojas, sueltas en lágrimas
Sobre ese cauce...
De agua dormida, morosa y verde,—donde se pierde
La luz vencida:

¡Penumbra glauca de catedrales!—¡bosque de tron-
[cos en columnata!...
¡Mohos de mármoles en los sitiales!—¡pátinas no-
[bles! ¡fuentes de grata
Música antigua,—pueril y exigua!...
¡Aroma intenso, del eucaliptos—zahumar de incienso
[de los pinares!
¡Respiro leve
De un jazmín límpido, color de nieve!...

Para los claros, el sol tamiza,—casi aureolándolos,
[otro paisaje:
¡Reir de céspedes! ¡Seda de cielos! ¡Sol de alegrías!...
De cerca, nombra—la sombra ¡en líricas algarabías,
Todos sus huéspedes!

II

Noches de luna del tiempo ido:

¡Toda una fatua fauna se cierne! todas las cosas
Muertas respiran:—¿Mueve una estatua,
Con ademanes lentos las rosas—que la han ceñido...
¿Y en ellas bebe?—y ellas ¿suspiran?

Mil pequeñísimas presencias hablan; mil prodigiosos
[insectos miran;
Mil nuevos seres—se creen los dueños—ya del jardín.
Hasta las flores ¿verdad o sueño? ya son mujeres
Y sus perfumes cuentan quereres!

Allá en un banco,—junto a una sombra,
La muselina de un ruedo blanco, se mueve apenas...

¡Noches serenas!

III

Las señoriales quintas se fueron,
Como las cosas del tiempo ido,
Como sus rosas, muertas de olvido...

Cuando en crepúsculo, se extingue el día,
En ellas sólo!
Pía—el chingolo—melancolía!

Ni hay quien le escuche... Tal vez el sauce
Llore congojas,—todas sus hojas!
Sobre ese cauce!

IV

. . . . . .

La luna viste, cuelga un tul blanco,
Para aquel banco, desierto y triste...

Y en esa noche que nadie alegra,
Toda crespones, hueco y vacío,—entre los árbo-
[les, más honda y negra,
Como si un alma sintiera frío,
¡Fríos de polo!
¡Como si un niño tuviera miedo!
¡Solloza un pío,—tímido y quedo...
Tímido! y, solo!

B. Caviglia (hijo).

Montevideo, 1908.

EDUCACIÓN

LA MENTIRA

En el lío enmarañado de la rutina legada por los sistemas antiguos y la que se va formando con los nuevos, está comprendida la creencia de que damos buenas lecciones para enseñar a no mentir, porque el día señalado para desarrollar el tema relativo o en ocasión propicia, hacemos prédicas emocionantes, tratando de conseguir que nuestros discípulos sientan aversión por la palabra cuyo significado expresa que lo dicho no está en consonancia con los hechos, en su fiel realidad.

Poco tiene que esforzarse la observación para ver repetido en todo lugar, variando forma y detalle, el caso relatado por el conocido chascarrillo: "Un padre acaba de castigar a su hijo porque ha mentido y llaman a la puerta.—¡Papá!—exclama el niño.—El señor Tal!—Dile que no estoy en casa—responde muy tranquilo, quien pocos momentos antes mostró severidad por un embuste infantil."

Por escrupulosa que haya sido la enseñanza recibida en los primeros años, todos hemos hemos formado nuestra conducta, razonando confundidos en medio de hechos que diariamente ocurrieron con dicho contrasentido.

Vemos mentir siempre que la ocasión pone en el caso de hacerlo, con alguna ventaja, porque mentir

es tanto el decir: ¡no! cuando lo cierto es decir: ¡sí!, como inventar una excusa para no asistir a la cita convenida, un cuento para ocultar la procedencia de una dádiva, el costo verdadero de una mercancía, cosas que los niños ven hacer día a día, sin contar en esa categoría de hechos, la mentira dorada por humanidad o cultura, porque ella, aliada con sentimientos de amor, entra en otro orden de juicio.

Antes de leer a Max Nordau, todos aprendimos que el término *mentira* es convencional en el uso diario. Hay quien se bate por oirse apostrofar con él, aunque su sentido coincida con la verdad de los hechos; no obstante, ella es ingenioso recurso para salir de una situación comprometida; a veces, adorno trivial de atributos que la sociedad perdona, solicita o impone; otras, inocente disfraz de fantásticas ilusiones; en unas ocasiones, vestidura poética; en otras, engaño que con el nombre de broma, se desvanece en seguida.

Continuamente la ve el niño, como recurso elástico, empleada por los que le señalan la vara inflexible de la verdad.

En el teatro y en la novela, el asunto de la verdad y la mentira, ha sido juzgado ya con tonos variados que no es del caso comentar; pero sí recordarlo, para tener en cuenta que el maestro inteligente y sincero, debe colocarse en una situación distinta de la que suele elegirse para buscar posición, cuando se enseña el hebraico mandamiento de: "No mentir".

Dos errores, sustancialmente, forman la médula de las lecciones que a este punto se refieren: 1.° el que prima en toda enseñanza moral, dar al precepto una importancia exclusiva o dominante; 2.° el que se deriva de la falsedad de criterio, como acabo de exponer, respecto al asunto en sí.

En mis apuntes de observación, tengo anotado el siguiente caso interesante:

Desempeñaba yo transitoriamente un cargo de inspección en los Asilos Maternales, que funcionaban bajo la dirección de religiosas. Llegué un día a una clase, cuando la maestra daba la enseñanza que me ocupa. Era el tema: "La mentira".

No debo hacer crítica comparada de los procedimientos que pertenecen a las tendencias de dos escuelas: la del dogma y la del libre pensamiento; porque la Hermana dió su lección sin mencionar los castigos del infierno ni las promesas del cielo; la dió como se daban en nuestras escuelas laicas; como se dan y se seguirán dando mientras la verdad y la mentira no sean vistas en la escuela, como lo son en la vida real, con las variantes de su relatividad o convencionalismo, en el orden filosófico o vulgar.

Ella dijo lo que dicen generalmente los maestros y los padres:—"¡Es muy feo mentir!" "¡Hay que decir la verdad!" "Al embustero, nadie le cree lo que dice", y a continuación hizo el relato de la fábula: "El niño y el lobo", que convence por egoísmo, cuando razones más nobles no han podido convencer.

Sobre este mismo tema, conozco lecciones desarrolladas como modelo, muy inferiores a la que acabo de describir; porque no hay obra más difícil, en la enseñanza, que la de pretender modernizar formas, manteniendo viejos los conceptos.

La verdad y la mentira, para entrañar en la escuela de nuestros días, deben ser vistas en lo que son desnaturalizadas por el error, el convencionalismo, la imaginación.

No siendo así, colocándose el que enseña, en una situación artificial, ¿qué puede enseñar más que la mentira, en realidad?

Desmenuzadas las lecciones que se dan sobre el tema que trato, en nuestras instituciones escolares modernas, resultan mucho más ridículas de lo que fué, como se verá, la que acabo de citar.

Eran más de 50 o 60 niños de 6 a 7 años de edad, los que la escucharon. Cuando se dió por terminada, me dirigí a ellos, diciendo:—"Piensen un momento; traten de recordar si alguna vez mintieron, y el que haga memoria de haber dicho una mentira, levántese."

No tardó mucho en ponerse de pie un niño: el único. Esperé en vano a que se levantara otro, incitando varias veces para que recordaran, diciendo que podían haber mentido antes de saber que es feo mentir.

Cuando tuve la convicción de que no había en la clase más niño sincero que el que se había levantado, me dirigí a él pidiéndole que hiciera el relato de lo que recordaba.

Oí entonces esta referencia, que, aparte de su valor en relación con el asunto que es materia de este artículo, denota cuál es la situación económica de algunos alumnos de los Asilos Maternales, a la que me he referido en otros: — "Mi mamá había guardado dulce en el aparador. Yo lo comí y cuando me preguntó si lo había comido yo, le dije que no, que había sido el gato."

Espontáneamente, porque lo habría hecho aun cuando no me encontrara frente a una clase, y a la vez con el fin de impresionar, dí al niño un apretón de manos, diciendo:—"Eres sincero; mereces confianza. Dices la verdad, pues que confiesas que dijiste esa mentira."

No sé lo que pensó la Hermana, de esa declaración mía; creo que la desconcertó. Ella habría preferido, probablemente, que todos se presentaran verídicos por virtud innata, sin darse cuenta del contrasentido que, en caso de ser así, significaría dar lecciones sobre la mentira.

Su desconcierto hubo de ser mayor, sin duda, cuando vió que, después de esa manifestación mía, el res-

to de la clase esperaba una insinuación, para levantarse en masa.

Apenas me dirigí a los que estaban sentados, diciendo: "¿Quién de ustedes ha recordado algo?" todos se pusieron de pie para merecer el título de sinceros.

¡Cuántas cosas escuché!

La vida infantil fué desarrollando el variado espectáculo de sus cuadros reales, ante la mirada sorprendida de la Hermana, y el deleite de la mía, tan grande como el que puede sentirse ante las mejores escenas de teatro.

Episodios como el que acabo de referir pueden presentarse cuando se quiera, porque la verdad y la mentira están encerradas dentro de un cristal irisado como el de las pompas de jabón, que, al romperse con el soplo de una pregunta dirigida al fondo del alma, las muestra en su verdadero color.

A pesar de la artificiosa monotonía con que ocurren los hechos diarios de la escuela, ¡cuántos sucesos podrían citarse como ejemplo de lo falsa que es la enseñanza sentenciosa del "¡no mentir!"

Pregúntese quién rompió un vidrio, quién escribió en la pared, quién destruyó la masilla fresca, quién derramó tinta, quien marcó con garabatos la tapa de un libro. Donde se presente un niño que diga: "¡yo!" sin insolente desvergüenza, ahí se enseña a decir verdad, aun cuando nunca figure en la Libreta de Lecciones, una de Moral dedicada a "La mentira".

Para que eso suceda, es preciso que el ambiente escolar presente los hechos en su derivación natural, sin desfigurarlos con imágenes falsas y que la mente infantil tenga entera libertad para expresar sus pensamientos y hacer franca manifestación de su sentir.

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

Bibliográfica

La casa.—Jaime Torres Bodet.—México.—Librería Herrero.—1923.

Este poeta mejicano, de quien nos hemos ocupado en otra ocasión, nos regala con un nuevo tomo de versos. No es la primera vez que un poeta busca la fuente de su inspiración en todo aquello que lo rodea íntimamente; en todo cuanto está a su lado, día a día, ya sea para alegrar serenamente la vida del hogar o para llenar las más modestas necesidades. Pero es justo confesar que Torres Bodet ha puesto al poema de "su casa" el sello inconfundible de una superior originalidad.

Es éste un libro en el que se advierte una constante suavidad; un continuo entusiasmo, un sereno optimismo y una sagrada pasión. Está toda adornada de rosas para dar la bienvenida a cuantos llegan, que es como decir, para ofrendar el saludo lírico de una bella amistad.

"¡Lo veis? La casa entera tiembla de amor profundo
¡Si para hacerla amable, la hicimos como el mundo:
Un vaso en que pudiera caber toda una vida!"

Pero este libro tiene un mérito superior. Son unos versos flúidos, claros y sencillos. Están ejecutados sin rebuscamientos. Son sonoros, son musicales, son bellos. No me resisto a la tentación de transcribir algunos ejemplos.

Dice en "El Agua":

"¡Es un agua tan honda el agua de la casa!
¡Tiene un sentido humano su claridad tranquila!
No es ya como la fuente una emoción que pasa:
por eso, más que el labio, refresca la pupila."

Y en "La Hermana":

"Y sin embargo, pienso que, al volver a la escuela,
cuando en las tardes de oro con que principia mayo,
el olor de las rosas, que entre las brisas vuela
llene su pecho núbil de un lánguido desmayo,

al sentir en la ola del viento sacudida
la misma flor que un día oliera en nuestra casa
hinchará un soplo tibio su corpiño de gasa
y latirá, más honda, en sus venas, la vida."

Es con gran placer que hemos leído este libro hermoso, al que agradecemos, no sólo una impresión de arte honesto, sino también la emoción de sus cuadros tan naturales y tan vividos.—**R. M.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de Bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuídas en la siguiente forma:

Pedro G. Silveira, PROTESIS.
Alejandro M. Ostmani, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS
Oscar M. Aldecoa, ORTODONCIA y EXTRACCIONES.
Francisco Pucci, TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf.: «La Uruguaya», N.° 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

Bibliográfica

La casa.—Jaime Torres Bodet.—México.—Librería Herrero.—1923.

Este poeta mejicano, de quien nos hemos ocupado en otra ocasión, nos regala con un nuevo tomo de versos. No es la primera vez que un poeta busca la fuente de su inspiración en todo aquello que lo rodea íntimamente; en todo cuanto está a su lado, día a día, ya sea para alegrar serenamente la vida del hogar o para llenar las más modestas necesidades. Pero es justo confesar que Torres Bodet ha puesto al poema de "su casa" el sello inconfundible de una superior originalidad.

Es éste un libro en el que se advierte una constante suavidad; un continuo entusiasmo, un sereno optimismo y una sagrada pasión. Está toda adornada de rosas para dar la bienvenida a cuantos llegan, que es como decir, para ofrendar el saludo lírico de una bella amistad.

"¡Lo veis? La casa entera tiembla de amor profundo
¡Si para hacerla amable, la hicimos como el mundo:
Un vaso en que pudiera caber toda una vida!"

Pero este libro tiene un mérito superior. Son unos versos flúidos, claros y sencillos. Están ejecutados sin rebuscamientos. Son sonoros, son musicales, son bellos. No me resisto a la tentación de transcribir algunos ejemplos.

Dice en "El Agua":

"¡Es un agua tan honda el agua de la casa!
¡Tiene un sentido humano su claridad tranquila!
No es ya como la fuente una emoción que pasa:
por eso, más que el labio, refresca la pupila."

Y en "La Hermana":

"Y sin embargo, pienso que, al volver a la escuela,
cuando en las tardes de oro con que principia mayo,
el olor de las rosas, que entre las brisas vuela
llene su pecho núbil de un lánguido desmayo,

al sentir en la ola del viento sacudida
la misma flor que un día oliera en nuestra casa
hinchará un soplo tibio su corpiño de gasa
y latirá, más honda, en sus venas, la vida."

Es con gran placer que hemos leído este libro hermoso, al que agradecemos, no sólo una impresión de arte honesto, sino también la emoción de sus cuadros tan naturales y tan vividos.—**R. M.**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuídas en la siguiente forma:

Pedro G. Silveira, PROTESIS.
Alejandro M. Osimani, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS
Oscar M. Aldecoa, ORTODONCIA y EXTRACCIONES.
Francisco Pucci, TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf.: «La Uruguaya», N.º 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS
Arte, Historia, Filosofía
y Ciencias Sociales

Fundada el 1.º de agosto de 1907

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI
JULIO NOÉ

Precio de suscripción:

Por un año: $ 7 o/a

Dirección y Administración

Libertad, 543 — BUENOS AIRES

Revista do Brasil

MONTEIRO LOBATO & Cia.
EDITORES

SAN PAULO

Rua dos Gusmoes 70 - Caixa 2-B

UNA DE LAS MÁS
IMPORTANTES
PUBLICACIONES
DEL BRASIL

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1.º de enero de 1913

Director:

MARIO GUIRAL MORENO

Números de 96 a 136 páginas
Por un año:
Cuba: $ 4.00 o/am.
Extranjero: $ 5.00 o/am.

Redacción y Administración

O'Reilly, 11--Habana, CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa
española y extranjera

Hebdomadario publicado por

J. García-Monge

El número:
0.15 oro americano
El Tomo:
$ 4.00 oro americano

Apartado 533
SAN JOSE, Costa Rica, C. A.

LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

REDACTORES:

MANUEL AZAÑA — C. RIVAS CHERIF

Se publica mensualmente en fascículos de **80 páginas**

Hermosilla 24, duplicado — MADRID

LA REFORMA SOCIAL

REVISTA MENSUAL

Cuestiones sociales, económicas, políticas y parlamentarias.

Director:
ORESTES FERRARA

PRECIOS EN EL EXTRANJERO:
Por año: **$ 4 00**
El ejemplar: **35 cents.**

Dirección, Redacción y Administración:
Manrique 40 Street, HABANA, CUBA

NUESTRA AMÉRICA

Revista Mensual

Para la difusión de la cultura americana

Fundada el 1.º de octubre de 1918

Director: **E. ESTEFANINI**

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
Por año: **$ 3.00 oro**

Dirección y Administración
Caracas 440-BUENOS AIRES

LA FALANGE

REVISTA DE CULTURA LATINA

Es la revista de la juventud mexicana

La suscripción vale 3 pesos por seis meses en la República de México y dos dólares en el extranjero

Avenida República Argentina, N.º 35.—Apartado 562
MEXICO—D. F.

[redacted]

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Del Castillo Serapio, Paraguay 1267

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daqué Juan, Soriano 1370.

Gerona Héctor, 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120.

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufre 1649.

Scoseria José, Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo Eduardo, Colón 1392.

Gutiérrez César G., Sarandí 365.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto 1297.

Navarra María Inés, Canelones 2061.

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO DICIEMBRE 1923

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días impares a las 23.

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días pares a las 23.

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Del Castillo Serapio, Paraguay 1267

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daqué Juan, Soriano 1370.

Gerona Héctor, 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120.

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufre 1649.

Scoseria José, Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo Eduardo, Colón 1392.

Gutiérrez César G., Sarandí 365.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto 1297.

Navarra María Inés, Canelones 2061.

El emblema de

RAPIDEZ Y SEGURIDAD

en servicio telegráfico o cablegráfico a

TODAS PARTES

DEL MUNDO

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston, Texas. — Strand and 21st Street.
México — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico, San Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá. Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador — Esmeraldas Santa Elena. Guayaquil.
Perú — Paita. Callao. Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N. 462. Valparaíso, Cochrane N.° 583. Santiago, Huérfanos N.° 1041. Tacna. Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383. Rosario, Calle San Martin N.° 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala.
Brasil. — Santos, Rua 15 de Novembro N.° 175. Rio de Janeiro, Rua 7 de Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.° 400 -- Montevideo

G. V. MARIÑO, Imp.

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES: RODOLFO MEZZERA
PABLO DE GRECIA. J.M. DELGADO.
SECRETARIO: TELMO MANACORDA.

MONTEVIDEO

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1923 AÑO VII Núms. 65-66

056.1
PEG
No. 65/66

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

PEGASO

AÑO VII N.os 65-66

MONTEVIDEO, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1923

SUMARIO:

Pegaso . . . . . Grabado en madera, por Pedro Blanes Viale.

Idilio . . . . . por José María Delgado.

Alejandro Manzoni . . . . . » Telmo Manacorda.

Cocos . . . . . » M. C. Izcua Barbat de Muñoz Ximénez.

Ruptura . . . . . » Mariblanca Sabas Aloma.

Brazos en cruz . . . . . » J. M. Benítez.

La poesía criolla . . . . . » Federico Orcajo Acuña.

Todo está perdido . . . . . » Delfín Chamorro.

La cumbre del titán . . . . . » Leopoldo Ramos Giménez.

Educación: Prosas de "Gusanito". . » Josefina Zendejas.

Notas Bibliográficas.

BELLES - LETTRES

REVISTA MENSUAL DE LAS LETRAS FRANCESAS

DIRECTOR: MAURICIO LANDEAU

89 Boulevard Exelmans.—PARIS (16e)

DE TODAS LAS GRANDES REVISTAS ES LA MAS ECONOMICA

PARA SUSCRIBIRSE:

FRANCIA:		EXTRANJERO:	
Un año . . .	20 fr.	Un año . . .	24 fr.
Seis meses . .	11 »	Seis meses . .	13 »

EL NÚMERO 2 fr.

"LA REVUE CONTEMPORAINE"

71 Años de existencia—Director: CHARLES RIVET

COMPLETAMENTE RENOVADA
APARECE EN PARIS LOS DIAS 1 y 15 DE CADA MES

Es la Revista Contemporánea por excelencia
Su difusión es mundial

Ha creado una REDACCION IBERO-AMERICANA
bajo la dirección de ALEJANDRO SUX

Oficinas: Rue Reaumur, N.° 53. París (2me)

Suscripción: 55 Francos por año

Revue de l'Amérique Latine

Paraît le 1er de chaque mois

Directeur: *Ernest Martinenche*

Redacteurs: *Charles Lesca - Ventura García Calderón*

Tous les américains doivent lire la

Revue de l'Amérique Latine

Chez Exprinter, 2, rue Scribe, Paris

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique

Directeur: PIERRE ANDRÉ-MAY.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe

Le Numéro: France fr. 2 Etranger: fr. 2.50
Abonnement: » » 20 » » 25
(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré à: VALERY LARBAUD.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 ½ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, redituan un interés mayor de 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuidas en la siguiente forma:

Pedro G. Silveira, PROTESIS.
Alejandro M. Ostmann, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS.
Oscar M. Aldecoa, ORTODONCIA y EXTRACCIONES.
Francisco Pucci, TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf.: «La Uruguaya», N.º 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

PEGASO

Montevideo, Noviembre-Diciembre de 1923. N.os 65-66—Año VII.

IDILIO

Este viejo de tarde se exalta como un halo,
Se le van las arrugas y bajo los ramajes
Se pierde, misterioso, con su pierna de palo...
Yo he dado con la clave de esos peregrinajes.

Es un inverosímil amor el que lo yergue
Y lo arrastra a un osario de tablas y ladrillos,
Refugio de una gata que allí encontrara albergue
A su vida asediada por piedras y colmillos.

Lo atisba ella lamiéndose el pellejo ulcerado,
Al verlo se electriza, despliega el cuerpo elástico
Y en el hueco del único ojo que le ha quedado
El alborozo enciéndele un ópalo fantástico.

Saltando va a enroscársele en la pierna de palo
Y es de ver cuántas cómicas acrobacias le fragua
A cambio de los dones que le trae de regalo:
Un pedazo de carne y una taza de agua.

También al verla el viejo en tal forma se excita
Que comienza a saltarle el corazón gastado
Y, dulcemente, empieza a llamarla—mi hijita,
Acariciando el asco de su dorso llagado.

José María Delgado.

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuídas en la siguiente forma:

Pedro G. Silveira, PROTESIS.
Alejandro M. Osimani, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS
Oscar M. Aldecoa, ORTODONCIA y EXTRACCIONES.
Francisco Pucci, TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf.: «La Uruguaya», N.° 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

PEGASO

Montevideo, Noviembre-Diciembre de 1923. N.os 65-66—Año VII.

IDILIO

Este viejo de tarde se exalta como un halo,
Se le van las arrugas y bajo los ramajes
Se pierde, misterioso, con su pierna de palo...
Yo he dado con la clave de esos peregrinajes.

Es un inverosímil amor el que lo yergue
Y lo arrastra a un osario de tablas y ladrillos,
Refugio de una gata que allí encontrara albergue
A su vida asediada por piedras y colmillos.

Lo atisba ella lamiéndose el pellejo ulcerado,
Al verlo se electriza, despliega el cuerpo elástico
Y en el hueco del único ojo que le ha quedado
El alborozo enciéndele un ópalo fantástico.

Saltando va a enroscársele en la pierna de palo
Y es de ver cuántas cómicas acrobacias le fragua
A cambio de los dones que le trae de regalo:
Un pedazo de carne y una taza de agua.

También al verla el viejo en tal forma se excita
Que comienza a saltarle el corazón gastado
Y, dulcemente, empieza a llamarla—mi hijita,
Acariciando el asco de su dorso llagado.

José María Delgado.

Alejandro Manzoni

ALEJANDRO MANZONI

(ENSAYO)

Dedicado a mi amigo el doctor Rodolfo Mezzera.

Imaginad a un hombre severo y puro, veraz y todo lleno de temblores divinos; dentro del pecho la zarza con que Dios habla a los hijos que quiere; en la frente un ensueño callado y un amor que le hace pálido; en los ojos una quimera ansiosa que le lleva tras la luz fugitiva; las manos, dos esponjas empapadas de dulzura y de caridad; la boca, que no habló jamás de sí, y que está llena de virtud, perfumada de amor, henchida de verdad, colmada de un fervor religioso que le empuja por el mundo, temblando y ardiendo como un santo...

Así, Alejandro Manzoni, poeta de la amistad y de la fe, historiador y filósofo, novelista de una novela inmortal encauzador del "Risorgimento Italiano", pertenece a ese género de tejedores de humanidad, de quienes es el oro sellado de la gloria, así en la tierra como en el cielo, lo mismo en el presente que en el porvenir.

Con una larga vida octogenaria, en cuya armazón hay una constante dignidad,—casi tanta como de profeta,—pudo decir el "patiens quia æterna" de la iglesia católica como el símbolo mismo de su vida.

Para él, Goethe,—amigo suyo,—escribió su verso:

"Vivir, según capricho, es de plebeyo:
el noble aspira a ordenación y ley."

Y es que por obra del espíritu, Manzoni fué esa misma cosa: el noble que aspira a la ordenación y a la ley; el noble que siente y que comprende su nobleza; dueño de sí, consciente de su destino, seguro de su valor, persuadido del premio y del castigo, responsable él mismo de su posición y de su ideal por entre los tumultos de la humanidad, pero bajo la vigilancia de Dios, que cuida de sus criaturas mirando las obras humanas con ojos de infinito.

Los transeuntes de Pavía saludan aún con reverencia el palacio Beccaria, doblemente famoso para el alma itálica porque allí vivieron algunos años, Antonio de Leyva y Alejandro Manzoni. Y dice con justicia la leyenda histórica, que por allí, en sus famosas salas y ventanas, aletean a veces las almas silenciosas y energéticas del viejo marqués de Beccaria, del guerrero español y del poeta milanés...

Cuando él surge, portando la antorcha, "l'ottocento" se abre sobre Italia con ansiedades desconocidas; clásicas eran la forma y la idea: de un extremo al otro "voce, voce e nulla piú"; Milán, después de Marengo, hervía de la nueva fuerza y de la esperanza nueva; volvían de las lejanas tierras extranjeras los deportados de la guerra; de París venía Vicenzo Monti, que había llamado "il peregrino apostolico" a Pío VI; de Génova "la superba", regresaba Hugo Fóscolo, autor ya de la oda a "Bonaparte libertador".

Las influencias convergen y exaltan: el ánima jovencísima de Manzoni se estremece de liberalismo, y aparejado por Monti y por Lomónaco, da en escribir esa admirable cosa de juventud que se llama "El triunfo de la libertad", — poema en tercetos, — que mantuvo siempre inédito y que aparece recién en 1878, cinco años después de su muerte.

Con una ardiente fe en la propia fuerza, y haciéndose el retrato de sí mismo, había terminado los versos del "Triunfo".

"Poco noto ad altrui, poco a me stesso,—
gli uomini e gli anni mi dirán chi sonno."

Pequeño rebelde que quería imponer su sueño a la posteridad innumerable, como no había querido escribir en el colegio de Lugano—Re, Imperatore, Papa,—con mayúscula, haciendo sufrir al buen padre Soave, que quiso dominar sus ímpetus al modo sedante del convento,—Manzoni leyó un día sus versos iniciales al grupo de amigos soñadores, y Monti habló por todos:

"Costui commincia com'io vorrei finire."

Se despierta entonces el enorme anhelo de ser nuevo, y como la paloma mensajera hace su redondel inquieto sobre la tarde clara antes de tomar rumbo fijo, aspiró a la renovación de los viejos cánones buscándose a sí mismo con un ardor insuperable.

En 1802 le dió a Lomónaco un soneto sobre el Dante; en el otoño de 1803 le escribió a Monti un idilio, "Adda", invitándolo a salir al campo.

Los elogios acrecieron, y Monti dijo otra vez "que en breve, siguiendo así, sería grande en el arte."

Pero la originalidad no se improvisa y el mundo es cosa antigua; el joven poeta se inflama de un grave fervor, quiere atravesar con una nueva harmonía la tierra milenaria, sueña rejuvenecer el crepúsculo y el mar y las estrellas...

Las constelaciones le estremecen, porque ya están creadas, y los clásicos le decepcionan, porque ya son ilustres, y el arte le tienta con misterioso afán, porque está cautivo y puede libertarse...

Un nuevo soneto dice que los héroes son muchos y muy altos; pero se afirma en que los que vendrán dirán de él, al menos: "sobre la horma propia yace".

A la jovencita genovesa de que se enamora, le escribe versos recónditos que loan su belleza como una guirnalda primaveral de flores enroscadas, pero que evocan los sonetos cincuecentistas que renovaba el Fóscolo.

En fuerza de distraerlo de aquel amor naciente que puede turbar su vida, la madre—¡oh sagrada y eterna labor de las madres!—le trasplantó a Venecia, en donde le retuvo hasta marzo de 1804.

En cuanto a la pasión balbuciente, el viaje surtió los efectos buscados: la musa de los sueños ligeros se desvaneció en la tarde azul como una visión de primavera: pero la ansiada originalidad que le angustiaba no apareció por cierto.

De viejo es sabido cómo los viajes influyen, — y nuestro Rodó lo elogia,—sobre el ánima inquieta.

Entre Venecia y Milán, tres sermones compone: "Panegírico de Trimalción" los rotula. El primero se ahoga bajo el cúmulo de las imágenes, como una cariátide que se inclinara por el recargo del ornamento: el segundo sonríe del esfuerzo estéril de los envidiosos, que ya en aquel tiempo eran bandadas: el tercero, confiesa el amoroso cultivo del verso satírico con el que tiene un sarcástico recurso para las costumbres antiguas y modernas.

En el ejercicio de la observación satírica está hoy la principal curiosidad de los sermones que dan tanto de sí en el estudio de "I promessi sposi",—de la que el autor estaba tan lejano todavía,—no sólo por el arte de expresar, cuanto por la idea directriz de la observación misma.

Por ventura para él, no era ese el poeta latente: las nueve musas le tentaban con sus rítmicas gracias

y misterios;—los ojos verdes de una, la boca sangrienta de la otra, "il riccioli" en la frente de "l'amica risanata":—he ahí la atracción diversa, la inquietud constante.

Los sucesos familiares intervienen como de consuno: muere en París, el 15 de marzo de 1805, Carlo Imbonati, "el más virtuoso de los hombres". A él compone Manzoni la oda célebre publicada en París en 1806, y cuyo origen psicológico acaba de aclarar en el onceno tomo de la "Storia letteraria d'Italia" el notable profesor Guido Mazzoni.

La sentencia final: "sentir, retener y meditar, —con poco estar contento,—no sacar más los ojos de la meta,—conservar puras la mano y el alma,—de las humanas cosas tanto probar cuanto te baste apenas,—no ser más siervo,—no hacer más tregua con los viles,—no traicionar más a la verdad, que es santa,—no proferir más ninguna palabra que aplauda al vicio o a la virtud denigre",—he ahí un noble programa para una vida, y una bella bandera de raso para el arte.

Ya estaba el poeta camino de la conquista y el vellocino de oro le esperaba como una novia.

La ronda filosófica y literaria de Auteuil le recibe en su seno con entusiasmo de cenáculo, y la amistad de su madre con la viuda de Condorcet, le hace alternar, con hechizo ávido, entre Schegel, Constant, Cabanis, Destutt de Tracy, Volney, Claudio Fauriel...

Fué natural que se embebiera de las doctrinas racionalistas francesas, como que se enamorara perdidamente de la hija de Destutt de Tracy...

Los viajes se repiten sin embargo, y a pesar de la correspondencia cordial de los amigos, sobre todo de Fauriel, que llegó a ser como un hermano, Manzoni no acierta todavía su rumbo, y con las manos puestas en ruda faena terrícola, mientras el pensamiento

zumba como una abeja de oro al sol y entre las viñas, canta a "Urania", en género simbólico que pronto le arrepiente.

Una carta a Fauriel lo dice: "haré versos peores, pero nunca más de esta clase: — se precisa que la poesía surja del fondo del corazón:—se necesita sentir y saber expresar el sentimiento propio con sinceridad."—(Abril de 1812).

Si no se puede estar seguro de que "Urania" alude al amor de la graciosa Enriqueta Blondel, con quien casó en Milán el 6 de febrero de 1808, por lo menos nos resta la hipótesis de que se refiere a Sofía Condorcet, cuyos ojos conoce y no olvida...

De Enriqueta Blondel sale el hilo de su obra:—mejor, en ella encuentra el nido antiguo.

Hija de un banquero ginebrino, pertenecía a la iglesia protestante, y en ella los casó el pastor Orelli, ilustre filólogo de su época.

Casi de inmediato, Enriqueta Blondel se convierte al catolicismo, siguiendo a sus amigos y parientes, inducida y llevada por Eustaquio Degola, cultísimo cura de la iglesia católica.

Alejandro no fué indiferente al cambio y hasta se interpuso, según los datos históricos más conocidos, a que cesara el rencor familiar.

El 15 de febrero de 1810 celebró matrimonio religioso con el rito católico, y el Pbro. Luis Tossi le decía, poco después, a su amigo Degola: "Alejandro ha traspuesto la carrera con extrema docilidad y sumisión: mañana tendré con él una larga conferencia, y si el Señor conserva y acrece en él su bendición, estará destinado a grandes cosas."

Los dos eclesiásticos dudaron todavía algún tiempo de que en aquel espíritu la fe anidara para siempre,—temerosos un poco de los amigos incrédulos, de las literaturas vulgares, del despertar inquieto de la mocedad.

No se dieron cuenta quizás que para él no era un pasaje violento de extremo a extremo:—Manzoni cambiaba sólo el deísmo filosófico por la observancia de la religión, en la que había nacido y en la que se había educado.

Era la vuelta a los antiguos cauces, casi casi como un regreso a la naturaleza...

Y estaba con él, además, la mujer del ensueño, la que no hay que olvidar porque lo puede todo,—la que tiene el alma musical y creadora como "una sorgente",—esa que es dulce y clara y que sólo se puede nombrar con un nombre íntimo.

La amistad con Goethe,—aquella purísima "amiccicia" que el bardo alemán acarició como "una estrella del cielo", y que duró hasta la hora de la muerte cuando le ofrece su postrer recuerdo en aquel retrato de la edad juvenil que tanto pidió que le llevaran,—aprobó el cambio espiritual "porque los hombres no son productivos sino mientras son religiosos"...

Pleno de un nuevo sentimiento se embarca entonces en los navíos empavesados que han de cruzar el ancho mar abierto, mientras dispone lira y alma a celebrar líricamente los fastos suntuosos de aquella religión que lo había recuperado.

El primer himno se titula "La Resurrección":—Manzoni proyectaba, según carta a Fauriel enviándole el primer ejemplar, escribir doce por lo menos, honrando así las doce solemnidades principales de la iglesia en lo que va de un año: Navidad, Epifanía, Pasión, Resurrección, Ascensión, Pentecostés, Corpus-Christi, San Pedro, la Asunción, el nombre de María, todos los Santos, todos los Muertos.

Hizo tan sólo cinco: publicó los cuatro primeros en Milán en 1815, pero recién en 1822, por la oportunidad de los tiempos, ellos se difunden ampliamente.

El sentimiento del amor por los humildes brota en

cada uno: la métrica está manejada con insigne maestría: la llama lírica es menor en "Natal", pero arde en "Resurrexit", se incendia magníficamente en "Pentecostés", esplende suavísima en "el nombre de María".

Goethe elogió con entusiasmo los himnos sagrados y Rosmini le pidió con insistencia que compusiera el de "Corpus Christi".

Otras actividades le distraen, y aunque hasta 1833 insiste en ellos, apenas si nos quedan cuatro estrofas de "Todos los Santos", y una estrofa para una "primera comunión".

Sismondo Sismondi, autor de la "Historia de la República Italiana", publicada de 1807 a 1818, ataca al clero católico, y Manzoni se vuelve hacia él exhortado por Tosi.

Publica en seguida la primera parte de sus "Observaciones sobre la moral católica", examinando de conjunto y de detalle las razones del historiador ginebrino y alegando que las prácticas lamentables no se podían imputar a las enseñanzas del catolicismo.

La altísima manera, el pensamiento elocuente, hacen de esta réplica un modelo de urbana discusión, y el mismo Sismondi se apresura a decir que "está admirado pero no convencido".

La segunda parte de las "Observaciones" quedó fragmentada, a pesar del nuevo reclamo de Rosmini, que invocaba otra vez su amistad y su admiración para exhortarlo a completarla.

Estalla el romanticismo de 1820: "Las Meditaciones" de Lamartine inician esa pasión desorganizada que Pierre Laserre, en un libro sugestivo y encantador, ha definido como una enfermedad, y que Charles Le Goffic estudia luminosamente en otro, parangonando los individualismos iniciales de Chateaubriand que procedía de Saint-Malo, y era celta, entonces, con

el de Madame de Staël, que era suiza y traía la inquietud protestante.

Las dos tendencias, como lo expone Le Goffic, llevaron al mismo extremo: la exaltación del "yo":—la escuela clásica cantaba la resignación, la sumisión del alma a las fuerzas sobrenaturales:—la escuela romántica es un plañido y un grito de rebelión.

Si en Francia, este movimiento espiritual e intelectual sacudió los árboles y las nubes, el mar y los ríos, con dolor amoroso y amarga imprecación, en Inglaterra el dulce Keats atacaba a los que confundían un caballo de madera con el Pegaso alado,—en Alemania Goethe dominaba magnífico,—y en Italia la discusión entre clásicos y románticos se exalta fieramente, y Césare Londonio polemiza con ardor con Ludovico Arborio Gattinara di Breme.

Manzoni no tomó parte públicamente en la contienda, pero él se sabía romántico de toda la vida, había soñado sus años mejores tras la verdad, forcejeando para voltear los clásicos caducos.

Está entonces entre los innovadores de alma pura y fervorosa que van a rescatar a la belleza en Lombardía, y que han de llamarse Giovanni Berchet, Ermes Visconti, Silvio Pellico, Giovan Battista de Cristóforis, Giovanni Torti, Pietro Borsieri, Luigi Lambertenghi.

Pronto deviene, y casi sin sentirlo, en jefe y en maestro.

Escribió para sí y para sus amigos "La ira de Apolo", oda irónica en la que el dios griego desciende sobre Milán que quiere destruir, pero deja con vida a Berchet, despreciador de todos los dioses, revolucionario de la nueva esperanza. Manzoni se adelanta a aplacar las iras de Apolo y le persuade de que castigue sólo al impío, para quien pide la pena capital de que no pueda valerse jamás de la retórica ni

de la mitología clásica.—"¡Santo Numen, él ya está despreciado!", exclama Manzoni en la terrible sentencia...

Bien sabía él,—y es Guido Mazzoni quien lo refiere,—que las batallas del arte no se ganan con las polémicas de la crítica:—y dejando así que discutieran los otros, alrededor de él y con violencia, se dedica a escribir "El Conde de Carmagnola", tragedia romántica que dedica a Fauriel y que publica Visconti en Milán, en 1820.

Manzoni mismo se encarga de explicarnos su génesis: en una carta a Fauriel le cuenta que ha leído bien a Shakespeare y que luego de pensarlo y sentirlo, va a hacer, él también, su tragedia.

Aquella "Sociedad del Conciliador" que Di Breme, Pellico, Borsieri, Berchet y Visconti habían fundado en Milán, con la compañía espiritual de la condesa de Albany, de Miguel Leoni y de Giordani, tiene la culpa indirecta del nuevo aspecto que el poeta va a dar a su obra:—traduciendo y editando, ese grupo compacto de realizadores divulga en Italia a Schiller, a Goethe y a Shakespeare.

En "El Conde de Carmagnola", que Manzoni situó entre febrero de 1425 y mayo de 1432, — cinco años después de la victoria de Maclodio,—el poeta defiende la inocencia de Francesco Bussone que estudios recientísimos niegan definitivamente.

"El Conde de Carmagnola" es una obra de arte selecta y pura, cuyo orden, lucidez y medida, le han dado un gran relieve en la historia del romanticismo europeo y un valor eminente en la historia de la poesía italiana.

La tendencia manzoniana hacia el pasado, siquiera fuese remoto y oscuro como el fondo de la noche, se completa en seguida con esa otra tragedia histórica que comienza a hacer en el otoño de 1820 con el título

de "Adelgiso" y que luego cambia por el de "Adelchi".

Visconti le aconseja en la dura labor, y el poeta no se ocupa ahora de la República: va a ir mucho más lejos todavía, a la caída de los longobardos y al papado de Adriano I.—Y es tanto y tan hondo su estudio, que no se contenta con la dramatización rimada de su historia, sino que le agrega un "Discurso sobre algunos puntos de la historia lombarda".

"Adelchi" tiene de lo patético que le recomendaba Goethe, y es mucho más viva y más movida que "El Conde de Carmagnola".

Todas las escenas son tan bellas que pudieran leerse, una a una, sin cansancio: la obra tiene, además, una harmonía total, un concepto único y algunas figuras tan admirables como la de Ermengarda.

La justicia de Dios que acepta el sufrimiento bien sufrido:—el derecho humano en continua pugna con la humana violencia:—una exhortación a recuperar la libertad perdida, con la propia virtud:—son los conceptos reflexivos que los dos coros de la obra consagran en lírica pura.

Los coros de estas tragedias se apartan enteramente de la acción, y en ellos, el poeta se atalaya para clamar con su propia voz y en nombre propio.

En 1822 la edita dedicada afectuosamente a su Enriqueta, mujer y madre:—los elogios le llenan de rosas rosadas y de verdes hojas la casa familiar en donde estudia y sueña.

Goethe el primero, — Fauriel, Stendhal, Ugonio, Montani, Mazzini, Tomásseo, Gustavo Modena, — todos hacen coro unánime que va cantando por Europa su triunfo resonante.

Saint Beuve, el maestro, compara el "Discurso sobre los lombardos" con las "Cartas Críticas" de Agustín Thierry,—y agrega luego que las dos trage-

días del poeta italiano quedan como dos hermosas columnas solitarias.

Mariani, el epigramático, rimó este augurio: — si Manzoni cambiara el arpa romántica por el cetro clásico, haría de Milán un Elyseo, ahora en que tantos otros, por extraño amor de brujas y demonios, han convertido al Pindo en un Averno.

De cualquier modo, y aún a pesar de las distancias que sólo el tiempo salva, los romances históricos que ensayó Manzoni antes de llegar a "I promessi sposi", fueron una admirable conquista del romanticismo italiano, por la popularidad de la intención artística, el amor de lo pintoresco, la evocación del pasado con el análisis de todas sus pasiones y costumbres, el deseo vibrante de encontrar la forma nueva.

No olvidemos, en honor de la verdad y de las circunstancias, que estamos en la época de la influencia de Walter Scott en Italia, cuya huella es decisiva,—con gloria y sin desmedro para el arte itálico.

Enteramente clásico es entonces también el himno patriótico—"Marzo 1821"—que dedica a la memoria de Kornes.

El 17 de mayo de 1821 se paseaba Manzoni por su jardín de la Villa de Brusuglio, cuando le llega de improviso la noticia de la muerte de Napoleón en Santa Elena. Se conmueve, se enciende, piensa la forma de saludar al gigante en su entrada por los portales amarillos de la inmortalidad, y escribe en tres días,—algunos dicen en uno solo,—la oda al "5 de Mayo", en cuyos sentimientos interviene su madre y a cuya técnica ayudó su mujer en las notas del pianoforte que dió en tocar...

Aquello fué como una viva y cálida improvisación genial,—la mejor oda a Napoleón que se conoce,—y que Lamartine no desdeñó en imitar, mientras se leía en la Corte de Weimar, y Goethe la vertía al ale-

mán, en su diario, y Pietro Soletti, en Lugano, la traducía en exámetros latinos.

Guido Mazzoni, en esta obra que es fuerza citar a cada instante por lo grandiosa y lo completa, sostiene que la oda al "5 de Mayo" es la obra maestra máxima que después del Dante y del Petrarca, existe en la lírica política italiana del siglo XIX.

Las traducciones castellanas que Pastor y Bedoya incluyó en su prólogo a "Los Novios", no dan ninguna la fuerza y la melodía del original: la mejor de todas ellas es, indudablemente, la de Rubí, vertida en verso libre,—aunque no se puede olvidar la de Hartzenbusch,—tomada casi palabra por palabra y engarzada en el mismo metro rítmico.

Entre España y América se han hecho veintitantas traducciones de la oda célebre:—Salvador Constanzo, Manuel Cañete, Leandro Mariscal, Ramón Sans y Rives, Juan Eugenio de Hartzenbusch, Eduardo de la Barra, Micaela de Silva, Martí y Folguera, Fernando Maristany, el colombiano Miguel Antonio Caro, el mexicano José Joaquín Pesado, el venezolano García de Quevedo, el cubano Palma, el chileno Matta, el ecuatoriano Llona.

Pero he aquí uno de los tantos fracasos de cristal:—el idioma, cuya dulzura intrínseca no puede aprisionar el clarín nuestro, convierte la oda manzoniana en la magnífica oración intraducible que va a resistir los siglos con intención atónita, desde la cumbre de su madurez.

En 1823, con motivo del juicio de Loyson sobre sus tragedias, Manzoni publica en París y bajo la égida de Fauriel, su "Carta a M. C. sobre la unidad de tiempo y de lugar en la tragedia".

Loyson, con la ayuda de Chauvet, había sostenido que la unidad de tiempo y de lugar era necesaria para la unidad de la acción y la coherencia de los caracte-

I

PROMESSI SPOSI,

DI

ALESSANDRO MANZONI;

STORIA MILANESE DEL SECOLO DICIASSETTIMO

FIRENZE,
FELICE LE MONNIER.
—
1845.

Facsímil de la edición de 1845

res:—Manzoni responde victoriosamente que si bien hay una convención por la que, cuanto más requiere de tiempo y espacio una acción, más se arriesga a perder esa íntima unidad que alientan las obras de arte, —no hay por qué sacrificar en un solo lugar y en pocas horas el desarrollo de la tragedia.

Ya trabajaba entonces en esa novela extraordinaria que da a la imprenta bajo el título de "I promessi sposi", y que apareció en 1827, contemporáneamente al "Cinco de Marzo" de Alfredo De Vigny.

La génesis de "Los Novios" está en la "Historia de Milán" de Ripamonti:—leyéndola lentamente deja volar su fantasía al encuentro de la página emotiva—donde la vida haya puesto mejor su impronta.—Y sobre aquel primer núcleo, — el escándalo que promueve el párroco que se niega a consagrar un matrimonio del pueblo, y la descripción de la peste que aflige a Milán del 1628 al 1630,—hila con gracia y veracidad maravillantes, la telaraña dorada que vendrán a completar, en círculo plácido y prolijo, la hija del gran señor hecha monja a la fuerza, el gentilhombre aventurero que concluye arrodillado a los pies del Cardenal Borromeo...

El desarrollo de la obra le entusiasma, y cuando el éxito responde a sus afanes, se siente nutrido de dicha, que la vida muy pronto se encarga de romper.

Manzoni se propuso, — lo establece su epistolario numeroso, — describir con verdad serena y pura por medio de una fábula fantástica cuyo hilo se devanara sobre el fondo de muchos hechos reales, el estado de la Lombardía bajo el dominio español en la primera mitad del siglo XVII.

Buscó también con esencial empeño sacar del telar una enseñanza de moral cristiana y cuidar la pureza de la lengua.

Todo fué como debía ser: la vida que imprimió a su

novela es intensa y cálida: el romance es suave y profundo: la historia se abre en él como un país de abanico, para que se deslicen las figuras: la moral afirma la fe en Dios, cree en la virtud, levanta el espíritu, confía en un pesimismo piadoso que es optimismo religioso.

La peste inmensa azotando la ciudad con sus dos alas membranosas y negras: los múltiples episodios y las variadas anécdotas: hasta la misma procedencia natal de Lucía y de Renzo, y hasta la misma identificación de Sor Gertrudis en aquella monja famosa emparentada con don Sancho de Leyva, el capitán de los tercios de Nápoles,—todas las páginas y las figuras tienen sangre de realidad y carne humana.

Algunos personajes,—Lorenzo y Lucía, Don Abundio y Doña Perpetua, los "bravi" y el "ignominato", —adquieren relieve extraordinario como si un soplo divino los moviera y a su impulso echaran a andar por el mundo, así sencillos y modestos como son, virtuosos a más no poder, claros y puros como si fueran arquetipos de la sencillez y de la claridad.

El trazo sobrio de una línea dice a veces más que un capítulo: la descripción de la peste es un monumento humano, inquietante, plástico, y lapidario y perfecto.

La obra logró en seguida la popularidad, y se afirmó después en los flancos del tiempo, y se hizo definitiva porque tenía el don perenne del espíritu creador y con ella se habían hecho nuevas muchas almas desaparecidas, muchos espíritus anónimos, muchas cosas viejas o envejecidas que recobraron la vida de un modo perdurable.

"E un vero furore",—le escribía su hija a Fauriel, su padrino,—mientras de un lado y otro convergían las miradas y las bocas.

Rosmini señala una nueva época en la literatura

italiana:—Monti sentía mejorado el corazón, después de haberla leído:—Monaldo Leopardi se la recomienda presuroso a su hijo Giácomo, el poeta, diciendo que es una obra inalcanzable no sólo por las letras sino por la religión y la moral:—Giordani clama para que esa cosa formidable se lea en todas las iglesias, en todas las hosterías, en todas las fábricas:—Tommáseo la cree capaz de renovar la moral humana, lo mismo que "Don Quijote de la Mancha", si es que un libro puede cambiar el corazón de los hombres....

Basilio Puoti, cuya escuela purista es tal vez la única que se puede comparar con la de Sócrates, se convierte en un apasionado y fanático admirador de "Los Novios".

Settembrini también la va a admirar, aunque señale, con ánimo purista, que en "vera lingua italiana" Manzoni debió escribir "Gli sposi promessi" en vez de "I promessi sposi"....

Del otro lado de los Alpes, Goethe va de la conmoción a la admiración y de la admiración a la conmoción.

En 1836, con la ayuda de la florentina Emilia Luti, hace Manzoni la primera revisión idiomática de "Los Novios", y con el apéndice de la prometida "Historia de la Columna Infame" la reedita en 1842.

Walter Scott, a quien Manzoni colmado por el elogio hubo de confesarle un día que—"toda es obra de usted"—, le respondió:—"Pues sea,—la acepto y la declaro mi obra maestra."

Desde París, entre el tumulto de las voces que le turban a veces de sencilla emoción, una le llega que le conmueve hondo:—es una carta de Don Pedro el Emperador del Brasil, aquel a quien Víctor Hugo llamó "el nieto de Marco Aurelio".

La traslación de la capital del reino de Turín a Florencia, en 1864, da lugar a que un Ministro mila-

nés, Emilio Broglio, le nombre presidente de una comisión de milaneses y florentinos que deben informar sobre la lingüística nacional,—obra que no puede llevar a cabo ni en cuatro años, porque, como él lo dijo al Ministro en su información de 1868, los componentes eran antípodas en el vocabulario y en el pensamiento.

Publica por entonces una obra menor: "La Revolución Francesa de 1789 y la Revolución Italiana de 1859".

Un día la emoción le sacude en el crepúsculo como un golpe de ala:—es Garibaldi que viene a visitarle con su Anita, y que el maestro, ya viejo, recibe todo trémulo, diciéndole que su nombre "es dulce, pero que tiene una cosa de heroico y de sagrado".

Y así, entre el homenaje de sus contemporáneos, y un vivir tranquilo, a veces doloroso pero lleno de creyente fortaleza, el dulce anciano que la gente venera, hace día a día su "passegiatta" al sol,—desde la apacible vivienda de la vía Morone,—a través de la ciudad querida...

El 22 de mayo de 1873,—casi nonagenario,—se entregó en brazos de la sombra infinita, que le estaba esperando para anegarlo de claridad...

Y Verdi compuso su célebre misa de Requiem, y la la ciudad nativa,—corporizada por cien mil personas entre las que iban el Príncipe Humberto y el ex Rey de España,—le acompañó hasta el sepulcro,—y toda Italia lloró como una sola mujer,—y Europa entera se volvió a estremecer de admiración.

He ahí al hombre, revivido con dilecto amor. Fué bueno y puro:—vivió su vida:—soñó, amó y creó:—pasó encendiendo luces:—fué seducido por lo bello y atraído por lo perfecto:—vivió con decoro y pensó con religión:—sirvió a la tierra y amó al cielo:—se dió para

sí una gran fuerza, que es la de la voluntad,—y un gran poder, que es el del amor.

En suma:—de pie en su época, vivió en ella y con ella,—vivió en las que le precedieron, y ha de vivir en las que van a sucederle.

TELMO MANACORDA.

COCOS

A los cocoteros
Me allegué cantando
Para cortar cocos
Velludos y sanos.

Fragante garrafa
Logré con la fruta,
Y escancié su leche
Divina y madura.

¡Chúpala, mi niño!...
—¡Es como una gracia!...—
Parece que fuera
Más fresca que el agua.

¡Chúpala, mi niño!...
Bebe este tesoro...
¡Qué cosa más santa
La leche en el coco!...

M. C. Izcua Barbat de Muñoz Ximénez.

RUPTURA

A Magda Portal,
mi amiga peruana.

Te vi tan triste, que bajé los ojos
por que no vieras asomarse a ellos
el llanto a duro esfuerzo contenido...

Tu confesión fué amarga: y sin sonrojos
la escuché en el crepúsculo, dormido
en la cuna de horror de tus cabellos...

¡Otra mujer!... Y desdeñaste entonces
el suave amor que circulé en tus venas,
el nardo vivo de mi mano blanca...

¡Y nuevamente clamoreó en tus bronces
la implacable Lujuria! La que arranca
en flor—Parca Brutal,—las azucenas!...

¡Otra mujer!... Y se crispó tu brazo
cuando su talle temblador ceñiste...
¡Oh, sus labios abiertos y sensuales!

¡Oh, la sierpe maligna de su abrazo!
... Y deshojando todos mis rosales
de ninfa pecadora la vestiste...

Calló el acento de tu voz amada.
Tu sombra larga, en el confín remoto
miré esfumarse, desolada y muda...

. . . . . .

¡Y la fragante luz de la alborada
así me sorprendió... Tal una viuda
alondra, en vela sobre el nido roto!...

MARIBLANCA SABAS ALOMA.

Santiago de Cuba, marzo del 23.

Inédito, para PEGASO.

BRAZOS EN CRUZ

Para "Pegaso".

Tienes los brazos abiertos
como los horizontes de los desiertos,
que fulgen en raro metal;
tienes abiertos los brazos de aurora
sobre el absurdo torreón de mi hora
letal.

Tienes abiertos los brazos de arcano
inmensos, azules y móviles como el oceano,
sobre mi flora sangrante y crüel,
y sobre mis garfios, y urnas, y lanzas,
y sobre los monstruos de mis esperanzas
y sobre mi curvo laurel!

Pasará mi poema violento
bajo tus rítmicos brazos de viento,
tal bajo el enigma de un signo de luz;
y habrá más radiar en tus brazos de arcano,
inmensos y móviles como el océano,
y solos, y en cruz.

CLAMOR DE MEDIA NOCHE

Hay un rumor lejano
como invasión de hordas
que blandieran racimos de esquilas
sordas.

Parece que llegan rugiendo cien tigres
a una ciudad abandonada,
perfilando sus lomos
en la nada.

Y ese rumor de media noche
blasfema en los ámbitos y araña la altura,
y mueve sus colas sonantes
como gallardetes, sobre la llanura.

Con recios afanes, la carne quisiera ser astro
volcándose en luz por el cielo cobalto,
esfumarse encantada en un ritmo,
en un grito, en la elipse de un trágico salto.

Pero inútil; la noche es un ruedo ciclópeo
y en él los jinetes del sueño rompen sus espadas,
y el alma se arrastra como escarabajo de ónix
en espera de alas doradas.

Y las uñas duelen de miseria,
y el Ser todo, arde como perro bañado en aceite,
y en la carne se estrujan rabiosas
negras orquídeas de sumo deleite...

Por fin, el clarín del silencio
hace rodar en la noche sus notas amargas.
Y la Muerte se integra en el escenario de la lejanía
y avanza,
lánguidas las alas sedantes y largas.

Y en el cielo, un ejército glauco
luce fosfóreas adargas.

NOCTURNO ARDIENTE

El bosque estaba negro y pálido,
cada hoja era un puñal,
rasgaban las ramazones
el plumaje de mi quetzal.

El bosque estaba negro y pálido
como de terciopelo de metal,
tu vaga inquietud de armiño
fluía como manantial.

El bosque estaba negro y pálido
y dormía sensual.
Ardían nuestras juventudes
y las mordían almizcle y sal.

El bosque estaba negro y pálido,
cada hoja era un puñal.

LANGUIDEZ

Hay muchas lunas en menguante
flotando en los ríos de mis venas;
lunas ingrávidas, como insectos
de maravillosas antenas.

Una mano ígnea y secreta
hizo puñado mis falenas,
y me han gritado los pescadores
—hirsutas las negras melenas—
que el mar degolló extasiado
y lúbrico, mis sirenas.

Lánguidamente se doblegan
en mi corazón, las hienas
estilizadas en la sombra
por manos puras y serenas.

Hay muchas lunas en menguante
flotando en los ríos de mis venas...

GÉNESIS

Bestia ardorosa, pura,
y extraña,
bajé del alma confusa
de la montaña.

Mi espíritu musical
reía sin pauta;
su caudal era un sol,
una ráfaga y una flauta.

Hubiera querido
invitarte a danzar...
como danza la primavera
con guirnaldas de espuma, en el mar.

Pero sólo conozco el ritmo del arco
tendido al horizonte fatal;
por ser cazador de espíritus
ignoro la línea triunfal.

Bestia ardorosa y pura,
decoré el paisaje cruel;
mi desnudez no tenía vestidura
ni mi frente ceñía laurel!

EL INSTINTO

—He roto el Círculo de Hierro—
me dijiste una noche dorada, en abril;
olías a bosques devorados
por una ansiedad juvenil...

Los Enigmas, pájaros pálidos,
te formaban cauda
que se desvanecía en marfil.
Traías la Manzana de Oro,
te seguían el León y el Reptil.

Yo estaba desnudo;
sin más blasón que mi crin
revuelta por manos de astros
y soplos del hondo confín.

De la noche vino el Instinto,
en turba desmelenada y sin fin;
pies y manos de espuma ardorosa
y largo canto de clarín.

El roto Círculo juntó sus brazos
como dos alas de carmín.
Sonrió la penumbra amarga.
El aire, era exótico bailarín...

Agosto 30 de 1923.

LLUVIA DE SANGRE

Eres rosas y música,
juventud y embriaguez;
lluvia de sangre que me baña
desde la frente hasta los pies.

Exprimes sobre mi boca
la violencia de tu corazón,
como el crepúsculo su escarlata
sobre la montaña en espectación.

Te espero tendido y laxo,
rayados los ojos por la emoción.
Esfinge dinámica,
en el pórtico de la sombra
espera las ráfagas el león.

Octubre de 1923.

ESTA NOCHE

Esta noche
vienes intensa,
profunda,
eterna...

Espantan
tus cabellos
ardidos
y ebrios.

Turban tus labios
secos,
lánguidos,
rectos.

Vienes erguida,
magna, sedienta.
a beber de la linfa
tremenda...

Está la noche tenebrosa
como tu loca sed eterna.

ALEGRIA

En círculo silba alegría el horizonte,
ábil alegría animal,
acre alegría de puma,
alegría triunfal!

La alegría, como un gorila,
alza mi cuerpo tropical
y es en su recia mano fusta,
sistro, pámpano, rosal!

Mi alegría quiere agitarte
sobre su casco de titán!

México, D. F., 30 de noviembre de 1923.

J. M. Benítez.

LA POESÍA CRIOLLA

Conferencia pronunciada en el Club Argentino de Montevideo.

Su valor literario

Cada vez que se evoca o se lee o se oye lo que se llama "poesía criolla", parece percibir el fino olfato olores de trigales rubios y espigados, de montes durazneros y de viñedos, o aire puro de inmensidad pampeana y el característico y agradable ahumado del "con cuero", o parece sentir el agudo oído el rítmico galopar de los "oscuros tapaos", de herrajes de plata, o se siente las tristes quejas acompañadas por la guitarra, que toman giros y expresiones más dulces o más trágicas, según revelen formas de queja amorosa o modalidades condenatorias por infidelidad o abandono, o adquieren acentuaciones más poéticas y más sencillas y simples y puras, según lo emotivo del ambiente y las imágenes o las circunstancias o la disposición del ánimo para recibir impresiones o describir las situaciones reales o imaginarias, o se siente uno transportado, como por arte de encantamiento, al pie del cerro donde se levanta el rancho que recibe sombra del indefectible ombú.

La poesía criolla tiene su valor literario, y de muy alta significación.

Posee, aparte de otras riquezas que encierran sus

propios defectos, otros méritos de exclusiva índole histórica, que en un principio fué su principal recurso. Decimos esto por cuanto en los poemas simplemente amorosos o en las "agarradas" de contrapunto, siempre se ensalzó la bravura proverbial de la raza, su indómita pujanza y sus triunfos, a la larga, sobre las leyes del hombre y la naturaleza, todo ello matizado de honda filosofía natural y de la más expresiva y valiente de las sencilleces.

Las composiciones criollas en verso fueron siempre en octosílabos y tenían naturales defectos, que es corriente observar en los principios de toda literatura, hasta que, en los comienzos de su decadencia, o sea, al eco de los primeros triunfos de la poesía artística nacional, evolucionaran en su modo aunque permaneciendo siempre asonantadas, las que si han ganado en su fondo retórico y gramático con el enriquecimiento de la fantasía y la mayor ilustración y el mayor dominio de los resortes poéticos, han perdido, en cambio, por la menor realidad de las imágenes y por los motivos cansados.

Es imposible vincularse a ella, aunque fuere momentáneamente, sin sentir el arrebato de los sentimientos y el bullir brioso de la sangre por las venas ante los giros de dolor y de terneza, de heroicidad y altivez, de admiración y de requiebro, de estímulo y alabanza, de provocación u ofensa.

Pensamientos nobles y sencillos como la propia sencillez del paisano, ideales modestos y pinturas sin más artificios que los de la propia naturaleza y de los hechos, sabia ingenuidad, inquietud sublime, temperamento rebelde o deslustrado, todo esto dimana de la armoniosa versificación de cuya fuente primitiva, de cuyo primitivo modo, ya no quedan ni vestigios.

En efecto: ante el triunfo de la poesía artística nacional, la que otrora fuera popular y tuviera sus épo-

cas de oro comenzó a decaer, abandonando sus antiguos moldes, pues los jóvenes pensaron que adoptando nuevos rumbos y nuevas formas podían seguir a la par de la que venía conquistando su progreso y desenvolviéndose de triunfo en triunfo, merced a la potencialidad y buena orientación poética de la generación que con sus ensayos nos legara los más gloriosos e imperecederos laureles.

En parte se ha vuelto al buen camino, al verdadero, al único, y esto es de elogiar, ya que la poesía criolla no ha muerto ni morirá jamás, aunque hubiera desaparecido el último gaucho y el último ombú y la última criolla de trenzas renegridas y labios húmedos y rojos como cerezas; y aunque el fogón de la amigable tertulia del paisanaje sea recuerdo remoto y no pase ya el cimarrón de mano en mano y el payador de la rueda no pulse la guitarra y entone al compás del cordaje llorón una vidalita, un cielito, un triste, nos quedan los poemas de nuestros mejores e inimitables poetas populares, que nos recuerdan las salidas del sol, allá en lo infinito del horizonte hasta donde alcanzan las pampas, las grandes extensiones de campo tantas veces atravesadas por la pareja, caballera del alazán ricamente enjaezado: él orgulloso y feliz; ella, en el anca, con un rojo clavel entre los labios más rojos, sonando a cristal la plata del apero y a cristal sus risas musicales.

Han desaparecido también los ancianos de blancas barbas y cabelleras melenosas, que, ante el corro admirado de las peonadas, en la cocina de la vieja estancia, narraran la bravura y las heroicidades, las más de las veces temerarias, de algún hijo del pago; o el cuento de aparecidos que entrelleva algún consejo o refrán.

Ahora sólo los libros nos lo cuentan.

El "pericón" y el "gato", no han podido sustraerse a la corriente del abandono, y sólo de vez en vez, y en momentos dados, nos es grato rendirles homenaje. Ellos son nuestros verdaderos bailes nacionales, no el tango, como se ha dicho; y la poesía criolla es y será siempre nuestra poesía nacional, aunque la artística conquiste el sitial de popular que el progreso y la evolución le tienen reservado. Es menester no confundir lo "nacional" con lo "popular": popular es lo difundido; nacional es lo difundido, arraigado o decayente que haya sido la fuerza primera en la rama.

Entre las manifestaciones poéticas, ninguna más ligada a la música que el verso criollo.

En virtud de razones fonéticas y auditivas, la uniformidad y el ritmo y los tonos y las modalidades de las escalas y los vocablos, unido al rico y sencillo material donde se surtiera la inspiración o las afecciones del gaucho, que ha sido su creador, adquiere mayores tintes de consonancia y melodía.

Se ha dicho que esos cantos tienen algo de oriental. Tal vez sea ello posible, ya que en la sangre española, como en la criolla, hay alguna partícula, algún átomo de árabe.

A pesar de la reducida, de la limitada ilustración de sus primeros cultivadores, de los que la crearon, llamó poderosamente la atención por el gran campo que ofrecía para el desarrollo de una nueva literatura, de un nuevo arte dentro del arte, y así fué como no escasearon las palmas y los aplausos para quienes, con más acierto, dieron las primeras intentonas.

Entonces como ahora, la principal fuente de inspiración fué la tradición; ahora más que entonces, desde el momento que la de hoy mira la tradición, el recuerdo, la historia, la crónica, para inspirarse, pues que el hecho ya no existe.

No se ha abandonado el género descriptivo ni el afectivo, ni la mezcla de ambos, que es más corriente observar en los poemas.

El gaucho, nacido en los desiertos inmensos, que tuviera por techo más que la paja y el barro del rancho el azul del cielo, era amigo de cabalgar sobre las nubes, además de hacerlo sobre el arqueado lomo del potro salvaje que su voluntad de rey de las pampas infinitas domeñara.

Amigo de la Naturaleza, que lo viera nacer, era de temperamento esencialmente melancólico, contemplativo y poético, sencillo, rústico, con una inteligencia que es un cierto modo de inteligencia, pues que el talento americano embrionario puede colocarse en sus límites, que son el genio y la ignorancia.

Lo que nos queda, en materia poética, de aquellos lejanos criollos, es lo más rico, bello y expresivo, dentro de la sencillez del medio desarrollado.

Estos versos criollos que nos tributara el anónimo, como tantos romances españoles y franceses que no conocen autor, están muy lejos de tener forma ni fondo artístico, y no es necesario expresar que nunca ocurrirá tal cosa, tal cambio, tal metamorfosis, que se llama de perfección y que tendrá la virtud de acrecentar su bancarrota, porque los sentimientos sencillos, las imágenes conocidas, los motivos netamente nacionales y tradicionales, son el secreto de su éxito.

Aun cuando en esta literatura no predomina ni debiera predominar la inteligencia, propiamente dicha, sino el genio, la experiencia que da el continuo errar y el trato rústico, su evolución está ligada a la cultura.

Como hemos dicho, no han cambiado las imágenes, los motivos, los paisajes, los accesorios: sí los sentimientos; y esto es producto del avance de la cultura.

A pesar de ser tan sencillos y expresivos, dentro de su sencillez, y sin salir del marco que recuadra su situación y el grado de su valor—y ese es uno de sus mayores méritos—dejan honda huella en los espíritus por donde pasan y una estela de perfumes campestres y de tibiezas de nido e impresión de lamentaciones y quejas de cisne, sin embargo de los sobresaltos en que eternamente fuéra envuelto el rudo gaucho, por los ataques regulares de la indiada y la persecución indebida, muchas veces sin razones plenamente justificativas, de los policianos.

A través de la poesía criolla se traslucen los tipos y costumbres antiguas de la campaña, y por esto es que ella es de un inestimable valor para la historia.

No sólo se desarrolló en el gaucho el sentimiento poético del verso, sino de la música, y con seguridad, de la conexión que existe entre ambas (dejando de lado la percepción ahora refinada y educada de los poetas que cultivan el verso criollo) ha nacido el no pequeño caudal melódico, ya que sería injusto negar el mutuo favorecimiento que se prestan, hallándose el canto tan íntimamente ligado a la música, ésta al verso, que hoy lo caracterizan.

Analizando los valores que pueda tener, además de los ya enumerados, podemos decir que son muchos.

Literaria y literalmente, el de la originalidad, proveniente de una raza nueva con costumbres y tipos nuevos y nuevos sentimientos, y el de la sencillez difícil, no difícil sencillez, que emerge de aquella orientación rústica, de ideales modestos entonces, y de aquella tradición victoriosa y rica en frutos morales y materiales, como la nuestra ha cosechado.

Cuando se habla de la poesía gaucha, ¿cómo no hablar de la patria?

La patria del gaucho son dos banderas hermanas, hijas de los mismos ideales, de los mismos sentimien-

tos, de las mismas necesidades, de los mismos anhelos; ambas con el color del cielo lleno de pureza y de las nubes errantes y sonorosas.

El gaucho argentino y el gaucho uruguayo tienen una sola denominación patriota: criollos. De las dos banderas, una sola, que son los Ideales emanados de la misma fuente, con las mismas necesidades y peligros para que afronte el músculo, con el mismo ambiente para el desarrollo de todas las actividades, con las mismas bellezas o idénticas esperanzas para solaz del espíritu.

En las leyendas, en los poemas inmortales de la revolución, se enaltece el concepto del patriotismo.

También la guerra, el combate cruento, ha tenido que ver con sus lanzas, sus fusiles de chispa y sus pesados cañones de bronce y sus generales y sus tropas, para formar una epopeya y para abrir un surco en la historia literaria, política y social, de los hoy pueblos independizados.

Se cantó a la Libertad en verso criollo, y dentro de la libertad, se desarrolló luego, evolucionando, la literatura, y con ella la política y la sociedad.

La Patria nunca estará mejor pintada sino simplemente bosquejada, que en él.

En suma: la poesía criolla tiene gran valor, ya que es la que engendró y preparó el camino a la hoy potente y alta literatura de estos pueblos americanos, y, para los mismos y por lo mismo, es de una cierta trascendencia invalorable.

Todo lo que sea verso criollo, nos traerá el grato recuerdo del pasado, de nuestros ascendientes, de quienes debemos respetar la memoria; y nos enseñará que ningún país nace con horizontes definidos, sino que tiene que ir venciéndoles paulatina y francamente.

Su historia.

La poesía gaucha apareció juntamente con los gauchos. Ya hemos dicho que éstos eran de temperamento poético, contemplativo, sentimental, melancólico.

Nuestra literatura, hoy potente, ha tenido, como la de cualquier otro país, modestos iniciadores y modestos recursos.

La belleza del suelo y los múltiples factores que pudieran hacer agradable la existencia, permitiendo un desarrollo próspero material y espiritual, y ese vario estado de ánimo y la fecundante labor histórica, pronto lo enfilaron hacia las regiones del pensamiento y le hicieron amar, tanto la música, como notas arrancadas a la naturaleza, como el verso, en hojas desprendidas del corazón, en narraciones y quejas, en torno a las cuales vuela el alma nacional.

Ha tenido el verso criollo tres períodos, cada uno de ellos vinculado a distintas fases de la vida, respondiendo a la evolución y a los progresos.

Los hemos dividido en esta forma: época del surgimiento, del florecimiento y de la decadencia.

La cualidad de poeta de los llanos iba preparando en la mente del gaucho el avance espiritual que luego constituyó la característica más saliente de la raza, al espejarse ese mismo sentimiento en los hijos de la ciudad, que localizaran el sentimiento poético de los llanos que la imaginación llevó al ambiente ciudadano.

Como toda otra poesía, ha tenido su origen en la fuente de la naturaleza, así entendiendo a la naturaleza madre y a la naturaleza hija, que es la segunda naturaleza, simplemente emotiva, la imaginativa, la creativa, del hombre.

En un principio fué un péndulo oscilante continuamente, concretado exclusivamente a su movimiento

interno, y no tuvo variaciones de rumbo hasta otro período de su desarrollo.

Es incuestionable que lo más real y verídico se encuentra en esas manifestaciones embrionarias, ricas y exactas en la expresión, aunque pobres en la forma.

La modestia y lo sencillo y la honestidad de ese arte primitivo, lo afianzaron en la opinión y en el gusto general, porque eran modestos y sencillos y honestos los artistas, así como agrada el canto del jilguero, no porque es del jilguero, sino porque es canto melódico, musical, armonioso.

También está ligado a la manifestación poética criolla ese instrumento que todos conocemos y que tan fielmente interpreta los sentimientos legítimamente genuinos: la guitarra.

En ella, la musicalidad netamente nacional, además de prestarle la dulzura de las cosas del terruño, le ha transferido la esencia propia de su sencillez y sentimentalidad, inspiradas en el honor de la tradición local y en lo modestamente espiritual y romántico de los motivos.

Doquier se posa la inquieta mariposa portavoz de los delicados cánticos autóctonos, nos es permitido observar inquietud, hondo arrobamiento, placer infinito como un prisma de ternura; nos arroba el alma y nos mata los sentidos la menor vibración acompasada por la melodía del cordaje y las notas de una garganta sonora y ruda. Ahora se les llama comunmente "estilo", a esas composiciones originarias que han variado algo de las legendarias, pero que aún conservan ese matiz de campo y de puro paisano por la pintura y por los rasgos principales.

La sola entonación del instrumento hace desfilar ante nosotros, como una bandada de pájaros en vuelo, todos los motivos camperos y sus bellezas prístinas y sus cálidos y silvestres perfumes y sus silenciosas soledades.

El verso se auna a él en humilde consorcio. Ambos forman un dueto formidable por la expresión.

El surgimiento espontáneo del verso gaucho marcó un surco, entonces, en la historia literaria de nuestros pueblos, surco que se ha ido engrandeciendo hasta ser hoy profundo cauce con ramificaciones vastas.

El florecimiento de esta poesía fué después de la Independencia nacional, no antes, como se ha dicho equivocadamente, y su décadencia comenzó, precisamente, en plena época de oro.

Escritores de vasta cultura obtuvieron nuevos e inesperados efectos con poemas que han inmortalizado a héroes como Santos Vega el payador, Martín Fierro, Juan Sin Ropa, Juan Moreira, Pastor Luna, Juan Cuello y otros.

Han conquistado merecida fama con estos poemas, Rafael Obligado, Ascasubi, Estanislao del Campo con su pseudónimo de Anastasio el Pollo, autor de "Fausto"; José Hernández, Echeverría, el Viejo Pancho, Elías Regules y Antonio M. Lussich, los tres gauchos orientales, etc.

Sarmiento, el genial autor de "Facundo", puso parangón al verso criollo, transcribiendo algunos en esa obra, con estas frases:

..."esta es la poesía culta, la poesía de la ciudad; *hay otra* que hace oir sus ecos por los campos solitarios: la poesía popular, candorosa y desaliñada del gaucho."

Y fueron estas dos clases de poesía gaucha las que lucharon: la una natural, sencilla, hija del mismo gaucho, la otra más culta y adornada, producto de los hijos de la ciudad.

No extrañemos entonces que en pleno florecimiento comenzara a decaer esta poesía, desde el momento que muchos jóvenes, con voluntad y entusiasmo, pero menos cualidades, se dieron de lleno a cultivarla.

Hemos tenido conocimiento de que hasta se pensó elegantizar la forma de estos versos y hacerlos libres.

No disponemos del tiempo necesario para hacer un análisis crítico, ni queremos caer en la inconveniencia de declararnos suficientemente capacitados para hacer tal cosa.

Pero podemos leer algunos versos que no hemos escogido sino tomado al azar:

En estos versos decadentistas se elogia el "cuatrerismo". Todos sabemos que el gaucho que nace "matrero" es un ser despreciable. La crudeza de la adversidad y la ensañada acción de la antigua policía de campaña, han hecho caer en el delito a estos padres de la raza, los cuales eran condenados a destierro voluntario para no sufrir el tormento de la persecución, y a vagar eternamente con la negativa de amparo en todos los labios, siendo, por regla general, inocentes:

"Fué un paisano rudo y fuerte que creció sobre el po-
[trero
donde vuelan los chimangos y vigila el lechuzón,
y que obtuvo en la grandeza de su gloria de matrero
palmo a palmo los laureles de su poncho y su facón.
Siempre a todos imponía la bravura de su estampa,
y arrastrando sus espuelas por los campos sin arar,
él creció como los potros más salvajes de la Pampa
siendo el último pedazo de una estirpe de jaguar."

"Gaucho estoico, con el ritmo de la estrofa más sen-
[cilla,
sus amores y sus sueños a la prenda le cantó,
y fué el soplo del pampero sollozando en la cuchilla
quien en noches de tormenta sobre el llano le adurmió.
Alma fuerte, siempre supo resistir las embestidas
con que el odio de los pueblos amargó su corazón;

y si un día pudo acaso desafiar a las partidas
fué por darles la enseñanza de su sangre de león."

Estos versos, cuyo autor no conozco, terminan así:

"Por la Patria dió su sangre con las rudas montone-
[ras
y en los recios entreveros se cruzó sin vacilar,
sin que nunca le domaran las charrascas patrioteras
ni las hordas del tirano lo pudieran degollar.
Pero al fin murió vencido por las rachas del destino
y su grito de agonía fué muriendo en la extensión:
¡árbol roto por un rayo sobre el polvo del camino
como un cíclope cayendo bajo el fuego del cañón!"

"De su nombre y de su fama sólo queda en el potrero
la tapera destrozada por el rápido huracán;
y en las Pampas adormidas sólo cantan al matrero
las calandrias que se quejan o los viejos que se van.
Gaucho rudo, ya no queda ni el recuerdo de su es-
[tampa,
pero vive en la grandeza de la patria tradición,
porque ha muerto ensangrentado sobre el suelo de la
[Pampa,
defendida por la gloria de su poncho y su facón."

Los poetas decadentistas siguen haciendo de las suyas, llamando "potrero" a los parques; "nobles" a los matreros; algo de las innovaciones veremos en este estilo, paisaje campero:

Sale el sol tras de la loma
en que descansa el ranchito,
y su faz burlona asoma
más allá de lo infinito;
nuestro sol es más gauchito

que el típico mate amargo,
pasan los patos de largo
orillando la laguna,
y hasta la hacienda vacuna
despierta de su letargo.''

''Un potro trota ligero
relinchando muy ufano,
y lo persigue un paisano
con su lazo tan certero;
relincha su flete overo
escarceador y travieso,
y la muestra del progreso
cruza por el terraplén
en la figura de un tren
rápido, brutal, expreso...''

''Y la vieja Celedonia
prepara su bindo mate,
Julián arregla el ''petate'',
con extraña parsimonia;
la linda chinita Antonia
se ha metido en el corral,
una alborada triunfal
envuelve el campo argentino
y se escucha un suave trino
más allá del pajonal.''

''El pulpero Don Nicola
despierta en su pulpería,
el perro mueve la cola
con singular maestría;
la gringa doña María
prende cantando el fogón,
aún hay en su corazón
el atavismo latino,

y en este suelo argentino
encontró su redención.''

Etc., etc.
En unas décimas encontramos estotro:

''Un vielo paisano canta
al compás del instrumento
y arranca del pensamiento
cada décima que encanta;
tiene potente garganta
y al modular sus canciones
da sensatas impresiones,
porque delata su estampa
a una gloria de la Pampa:
El Señor de los Fogones.''

''Hacen rueda en el fogón
todos los gauchos del pago;
el viejo, después de un trago,
pide presten atención,
y mientras va el cimarrón
corirendo de mano en mano,
ofrece nuestro paisano
hacer a ''twitos'' un cuento,
y pulsando el instrumento
arranca como baquiano.''

Este Señor de los Fogones puede serlo cualquiera de los héroes que mencionamos hace un rato, símbolos de la payada y de la trova, lo mismo que este otro "Juan de la Suerte Maldita", todos ellos versos contemporáneos:

''En la Pampa sobre un verde
al empuje del pampero,
se oye un estilo campero
que en el desierto se pierde.

No hay gaucho que no recuerde
que en esa voz infinita
hay un algo que se agita
bajo la brisa pampeana
donde cantó una mañana
Juan de la Suerte Maldita.''

''Cuando la aurora aparece
antes de aclarar el día,
se aleja la melodía
al par que la hierba crece.
La campiña se florece,
se abre al sol la margarita,
se oye un murmullo en la planta,
que todos dicen que canta
Juan de la Suerte Maldita.''

''Hay veces, por la oración,
cuando la luna se asoma,
vuelve a oirse por la loma
el eco de la canción.
Y al melancólico son
de apagada vidalita
sollcza una paisanita
con un nudo en la garganta,
porque se cree que allí canta
Juan de la Suerte Maldita.''

''Por la noche en la tapera
más vieja de aquel poblado
se oye un lamento apagado
que dura la noche entera.
Dice la gente campera
que en ese contorno habita,
que es el ánima bendita
de aquel que murió cantando.

Porque cantó agonizando
Juan de la Suerte Maldita.

"Se ve una sombra apartada
que camina lentamente,
pero ni un ruido se siente
ni deja huella marcada.
Toda la gente aterrada
y de manera inaudita
afirman que resucita,
o que en forma misteriosa
suele salir de la fosa
Juan de la Suerte Maldita."

"Al despertar de algún ave
cuando redobla el jilguero,
vuelve el estilo campero
con su melodía suave.
La calandria canta y sabe
que con sus trinos imita
al estilo que palpita
en el seno de la Pampa,
donde de sombra se estampa
Juan de la Suerte Maldita."

Es natural que estos versos que he recitado están en contraposición con los de los maestros. Son versos que tienen como base "lo personal", y, aunque ello no constituye un demérito, la sencilla riqueza del lenguaje, la unidad del pensamiento, los motivos, figuras retóricas, las humoradas honestas, no alcanzan, empero, a superar ni a igualar la producción de aquéllos, y aquí no incluímos a los grandes poemas, ya que ellos representan para nosotros una valiosa reliquia.

Comparar el verso criollo con lo antiguo, es lo mismo que hacerlo con lo clásico y lo contemporáneo, en

la poesía artística; podrá más movilidad y mejor lenguaje, pero nunca la misma realidad e imágenes ni los mismos sentimientos.

Para probar nuestro aserto, extractaremos de los poemas de los maestros, dignos de competir en estructura y substancia con los mejores de la Edad Media, y que, con toda verdad, como lo dijo el mismo Sarmiento, fueran el límpido lago en que se espejara, con su documentación de crónica, costumbres, historia y biografía, la vida en las Pampas de sus primeros pobladores.

Esa facultad de los primitivos cantores, abandonados a un estado anímico, propio del ambiente en que se deslizaran sus vidas; que les hacía caer en profunda contemplación erótica, manifestar su amor y admiración por todo lo que los rodeara, les hacía cantar a su valor en las revueltas y en los desafíos, a su pasión por la criolla que amaran, al "pingo" inolvidable e ineluctable, todos los hechos en que tomaron parte o les aconteciera, con ese dejo anodino de matiz, residuo del combate en que tomaran parte sus solitarias almas errantes, hicieron esta incipiente condición más potente, más dúctil a los moldes y a los crisoles de los purificadores del arte, los delineadores de lo magnífico (por fórmulas), de lo liróforo contemporáneo, sin otra filiación que la del milagro empírico, oprimido el estro por las castálidas ignígeras con sus fascinantes tropos y sus escuálidas dinámicas y sus repulsivas palpitaciones flébiles y sus preestablecidas hesitaciones vernáculas, y sus atributos versátiles, y sus compelidas exterioridades y sus absurdas sustentaciones diletantistas.

En aras de ese lirismo rústico y vehemente, lleno de concordia espiritual y de pureza constructiva, se soltaron los incontenibles trapos del velero heroico cuyos mástiles cimbraban ante los rugientes ataques

del viento. Los mares inmensos nos han devuelto los restos de esos troncos murmurantes, cuitivémoslos para no olvidarlos, pero veneremos su sagrada memoria.

Este breve bosquejo—no se puede llegar a más no disponiendo de tiempo—desborda quizá de entusiasmo; pero no está en nosotros reconocer la influencia y la opresión de la progenitura de la raza y de la literatura, únicos factores capaces de reproducir con fidelidad los caracteres, las modalidades espirituales; y los tipos, las formas, las costumbres, los hechos todos relacionados con éstas y de ellas derivados, materiales.

En estos mismos poemas, no es la verba prodigiosa; no trazan impecables líneas pinceles indiscutibles, ni dedos marfilinos producen maravillosa orquestación en la gloria del arpa, ni brazos fornidos de artífice dan forma en yunque.

Es todo sencillo y honesto como la misma sencillez y la misma honestidad en persona; es todo puro como el milagro de la Creación; todo sano como un canto patrio, todo bello, porque son bellos la tierra, el mar y el cielo lugareños, todo lleno de inmensidad y de luz y de colores y de murmullos undívagos, todo cálido como ese hálito del panorama que mueve a la inspiración, todo férreo como la voluntad audaz del gaucho mismo, todo fundamental, como los dogmas, y todo justificable, como la esencia.

Hay que hacer resaltar que nunca hubo en ellos humoradas chocarreras, ni situaciones picantes, ni intenciones secundarias.

Es todo liso, todo llano, todo de una sola cara, todo lleno de esa tibieza de plata de las noches de luna, y de ese blanco aroma como el blanco color de las margaritas silvestres, todo sonoro y repicante como el agua de la linfa.

Empezaremos por "Fausto", obra a la que cabe el honor de ser lo más genuino e iluminado de lo "criollo", que no sólo inmortalizó al autor, sino al gaucho.

En una edición de hace más de medio siglo, encontramos un prólogo, fragmento del cual leeremos, que dice más de lo que nosotros pudiéramos decir en todo este opúsculo.

Damos paso, pues, a este "introito".

"Las bellas obras son hijas de los buenos sentimientos, porque las mejores y más grandes ideas nacen en el corazón, llevando consigo la emoción en que nacieron. Su pobreza de poeta empeñado en aliviar dolorosos infortunios, ha apelado a la infatigable alquimista de la imaginación, que elabora los sueños de oro y fabrica los palacios en el aire, y ello, evocándole el Demonio, ha tenido el poder de ponerlo al servicio de la santa acción, con algo digno de la elevación del propósito.

"Fausto trae el mal por la acción poderosa del genio, a concurrir a la obra de la humanidad, y el mal no consigue triunfar de la altura de su alma, porque no alcanza a encontrarla satisfecha sino en las grandes y nobles aspiraciones.

"Su campestre guitarra, bien podía, sin ruborizarse, pedir un óbolo al arpa homérica de Goethe y, preciso es convenir en que la puerta del poderoso no se ha cerrado esta vez, como de costumbre, al llamado del mendigo.

"El genio del Norte ha permitido al payador argentino pasear a la rubia Margarita por la Pampa inconmensurable, en donde no había estampado jamás su divina sandalia la musa de la epopeya, y ella, soñando con sus amores y encaminándose a su desastre, se ha detenido un instante a orillas del Gran Río

"A ver las olas quebrarse
Como al fin viene a estrellarse
El hombre con su destino."

"En esta importación de la leyenda de la Edad Media, en esta nacionalización del poeta metafísico, dadas las respectivas distancias, su trova americana ha conservado los rasgos característicos de las fisonomías, los suaves matices del sentimiento, las caprichosas sombras de la fantasía, como los acordes de Mozart y las melodías de Bellini guardan su armonía o su cadencia al resonar en una vihuela.

"El mérito de su trabajo consiste para mí en haber comprendido y trasmitido en su relato los eternos tipos del Fausto: un artista vulgar no copia jamás los cuadros de Rubens o las telas de Murillo.

"Desnuda su bella composición del lenguaje gaucho, veo diseñarse en sus estrofas a la niña que "vivía entre las flores como ella", demandando a las margaritas los secretos del corazón, y se me presenta a la virgen de cera vestida de celeste, aérea visión de la Inmaculada, como la concibió su creador; imagen seductora de esa mujer querida del poeta, perdida en el mundo antes de ser hallada, que hay siempre la esperanza de encontrar algún día, bello ideal que un ángel proscrito traería de su edén a la tierra."

Pero, "el gaucho se va. Es una raza de centauros que desaparece. Hay en ellos grandes cualidades — ya lo hemos dicho — grandes pasiones, originalidades características, costumbres pintorescas, materiales abundantes para la poesía."

Este poema es un modelo entre los de su misma naturaleza:

"En un overo rosao,
Flete nuevo y parejito,
Caia al bajo, al trotecito,

Y lindamente sentao,
Un paisano del Bragao
De apelativo Laguna;
Mozo ginetazo ¡a'hijuna!
Como creo que no hay otro,
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la luna."

"¡Ah criollo! si parecía
Pegao en el animal,
Que aunque era medio bagual
A la rienda obedecía,
De suerte, que se creería
Ser no sólo arrocinao
Sino también del recao
De alguna moza pueblera:
¡Ah Cristo! ¡Quién lo tuviera!
¡Lindo el overo rosao!"

Al encontrarse el Pollo, que es el héroe de la obra, con el paisano Don Laguna, después de animoso abrazo, de la salutación y del intercambio de humoradas verbales que se estilan, indagó el segundo:

"Vean cómo le buscó
La güelta... ¡Bien haiga el Pollo!
Siempre larga todo el rollo
De su lazo...
—¡Y cómo no!
¿O se ha figurao que yo
Ansina nomás las trago?
¡Hágase cargo!...
—Ya me hago...
Prieste el "juego"...
—Tómelo.
Y aura le pregunto yo
¿Qué anda haciendo en este pago?"

"Hace como una semana
Que he bajao a la ciudá,
Pues tengo necesidá
De ver si cobro una lana;
Pero me andan con mañana
Y no hay plata y venga luego,
Hoy no más cuasi le pego
En las aspas con la argolla
A un gringo que aunque es de embrolla
Ya le he maliciao el juego."

Después de esto comienza el Pollo a narrar su viaje a la ciudad, y describe la perplejidad y la admiración y el asombro que le causó una visita al "tiatro principal", en el que se estaba representando "Fausto", cuya primer parte es una de las más bellas del poema. Son muy interesantes asimismo las comparaciones:

"Como a esa de la oración,
Aura cuatro o cinco noches,
Vide una fila de coches
Contra el tiatro de Colón."

"La gente en el corredor
Como hacienda amontonada,
Pujaba desesperada
Por llegar al mostrador."

"Allí a juerza de sudar,
Y a punta de hombro y de codo,
Hice, amigaso, de modo
Que al fin me pude arrimar."

"Cuando compré mi dentrada
Y di güelta... ¡Cristo mío!

Estaba pior el gentío
Que una mar alborotada.''

''Era a causa de una vieja
Que le había dao el mal...
—Y si es chico ese corral
¿Pa'qué encierran tanta oveja?''

''—¡Ahí verá!:—por fin cuñao,
A juerza de arrempujón,
Salí como mancarrón
Que lo sueltan trasijao.''

''Mis botas nuevas quedaron
Lo propio que picadillo,
Y el fleco del calzoncillo
Hilo a hilo me sacaron.''

''Y para colmo, cuñao,
De toda esta desventura,
El puñal de la cintura
Me lo habían refalao.''

''Algún gringo como luz
Pa'la uña ha de haber sido.
¡Y no haberlo yo sentido!
En fin, ya le hice la cruz.''

''Medio cansao y tristón
Por la pérdida, dentré,
Y una escalera trepé
Con ciento y un escalón.''

''Llegué a un alto, finalmente,
Ande va la paisanada,
Que es la última camada
En la estiba de la gente.''

"Ni bien me había sentao,
Rompió de golpe una banda,
Que detrás de una baranda
Me la habían acomodao."

"Y ya también se corrió
Un lienzo grande, de modo,
Que a dentrar con flete y todo
Me aventa, créamelo."

"Atrás de aquel cortinao
Un dotor apareció,
Que asigún oí decir yo
Era un tal Fausto, mentao."

"—¿Doctor dice? Coronel
De la otra banda, amigaso,
Lo conozco a ese cirollazo
Porque he servido con él."

"Yo también lo conocí,
Pero el pobre ya murió;
Bastantes veces montó
Un zaino que yo le di!"

"Déjelo al que está en el cielo
Que es otro Fausto el que digo,
Pues bien puede haber, amigo,
Dos burros del mesmo pelo."

"—No he visto gaucho más quiebra
Para retrucar ¡a'hijuna!...
Déjeme hacer, Don Laguna,
Dos gárgaras de ginebra."

"Pues como le iba diciendo
El Dotor apareció,
Y, en púbbico, se quejó
De que andaba padeciendo."

"Dijo que nada podía
Con la cencia que estudió,
Que él a una rubia quería,
Pero que a él la rubia no."

"Que al ñudo la pastoriaba
Dende el nacer de la aurora,
Pues de noche y a toda hora
Siempre tras de ella andaba."

"Que de mañana a ordeñar
Salía muy currutaca,
Que él le maniaba la vaca,
Pero pare de contar."

"Que cansado de sufrir
Y cansado de llorar,
Al fin se iba a envenenar
Porque eso no era vivir."

"El hombre allí renegó,
Tiró contra el suelo el gorro,
Y por fin en su socorro
Al mesmo Diablo llamó."

"¡Nunca lo hubiera llamao!
¡Viera sustazo, por Cristo!
¡Ahí mesmo, jediendo a misto
Se apareció el condenao!"

"Hace bien: persinesé
Que lo mesmito hice yo,
—¿Y cómo no disparó?
—Yo mesmo no sé por qué."

"¡Viera al Diablo! Uñas de gato,
Flacón, un sable largote,
Gorro con plumas, capote,
Y una barba de chivato."

"Medias hasta la berija,
Con cada ojo como un charco,
Y cada ceja era un arco
Para correr la sortija."

"Aquí estoy a su mandao,
Cuente con un servidor.
Le dijo el Diablo al Dotor
Que estaba medio asonsao."

"Mi Dotor, no se me asuste
Que yo lo vengo a servir:
Pida lo que ha de pedir
Y ordéneme lo que guste."

"El Dotor, medio asustao
Le contestó que se juese
—Hizo bien ¿no le parece?
—Dejuramente, cuñao."

"Pero el Diablo comenzó
A alegar gastos de viaje,
Y a medio darle coraje
Hasta que lo engatuzó."

"¿No era un Dotor muy projunáo?
¿Cómo se dejó engañar?
—Mandinga es capaz de dar
Diez güeltas a medio mundo."

"El Diablo volvió a decir:
Mi Dotor no se me asuste,
Ordéneme lo que guste,
Pida lo que ha de pedir."

"Si quiere plata tendrá:
Mi bolsa siempre está llena,
Y más rico que Anchorena
Con decir quiero será."

"No es por la plata que lloro,
Don Fausto le contestó:
Otra cosa quiero yo
Mil veces mejor que el oro."

"Yo todo lo puedo dar,
Retrucó el Ray del infierno,
Diga:—¿Quiere ser gobierno?
Pues no tiene más que hablar."

"No quiero plata ni mando,
Dijo Don Fausto, yo quiero
El corazón todo entero
De quien me tiene penando."

"No bien esto el Diablo oyó,
Soltó una risa tan fiera,
Que toda la noche entera
En mis orejas sonó."

"Dió en el suelo una patada,
Una paré se partió,
Y el Dotor, fulo, miró,
A su prenda idolatrada."

"—¡Canejo!... ¿Será verdá?
¿Sabe que se me hace cuento?
—No crea que yo le miento:
Lo ha visto media ciudá."

"¡Ah, Don Laguna! si viera
Qué rubia!... Créamelo:
Creí que estaba viendo yo
Alguna virgen de cera."

"Vestido azul medio alzao,
Se apareció la muchacha:
Pelo de oro, como hilacha
De choclo recién cortao."

"Blanca como una cuajada,
y celeste la pollera,
Don Laguna, si aquello era
Mirar a la Inmaculada."

"Era cada ojo un lucero,
Sus dientes perlas del mar,
Y un clavel al reventar
Era su boca, aparcero."

"Ya enderezó como loco
El Dotor cuando la vió,
Pero el Diablo lo atajó
Diciéndole:—Poco a poco."

"Si quiere, hagamos un "pato";
Usté su alma me ha de dar,
Y en todo lo he de ayudar
¿Le parece bien el trato?"

"Como el Dotor consintió,
El Diablo sacó un papel
Y le hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió."

"—¡Dotor y hacer ese trato!
—Qué quiere hacerle, cuñao,
Si se topó ese abogao
Con la horma'e su zapato?"

"Ha de saber que el Dotor
Era dentrao en edá,
Ansina es que estaba ya
Bichoco para el amor."

"Por eso al dir a entregar
La contrata consabida,
Dijo:—¿Habrá alguna bebida
Que me pueda remozar?

"Yo no sé qué brujería,
Misto, mágica o polvito
Le echó el Diablo y... ¡Dios bendito!
¡Quién demonios lo creería!"

"¿Numca ha visto usté a un gusano
Volverse una mariposa?
Pues allí la mesma cosa
Le pasó al Dotor, paisano."

"Canas, gorro y casacón
De pronto se evaporaron,
Y en el Dotor ver dejaron,
A un donoso mocetón."

"—¿Qué dice?... ¡Barbaridá!
¡Cristo padre!...—¿Será cierto?
—Mire: que me caiga muerto
Si no es la pura verdá."

"El Diablo entonces mandó
A la rubia que se juese,
Y que la paré se uniese
Y la cortina cayó."

"A juerza de tanto hablar
Se me ha secao el garguero:
Pase el frasco, compañero...
—¡Pues no se lo he de pasar!"

La sencilla impresión que les causa la contemplación plena de la naturaleza, se puede traducir en esto:

"—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita
Cuando agatas la puntita
Del sol comienza a asomar!"

"Usté ve a esa hora
Roncando la marejada,
Y ve en la espuma encrespada
Los colores de la aurora."

"A veces con viento en la anca,
Y con la vela al solcito,
Se ve cruzar un barquito
Como una paloma blanca."

El lenguaje de las olas rompientes esta pintado en esto:

"Y en las toscas es divino,
Mirar las olas quebrarse,
Como al fin viene a estrellarse
El hombre con su destino."

Luego de esto sigue el Pollo narrando a su paisano Don Laguna, las incidencias del segundo acto, sin dejar perder nunca el hilo del interés.

En estos versos desborda la emoción y la amargura:

"Al compás de este instrumento
De sonidos lastimeros
Van a escuchar, caballeros,
Del gaucho triste, el lamento;
Que un projundo sentimiento
En mi pecho hizo su nido,
Y siempre suelta un quejido
Y algunas gotas de llanto,
Cuando quiere alzar su canto
Mi corazón dolorido."

"Vide una vez una flor
¡Más bien nunca la mirara
Que hoy día no me quejara
Traspasado de dolor!
Era un "saumerio" su olor
Que con delicia gocé,
Mariposa que a ella jué
Nunca ofendió su cogollo,
Y hasta yo, Anastasio el Pollo,
Con veneración la amé."

A Estanislao del Campo se le pudo decir, como se le dijo, a justo título:

"Puesto que usted pudo conseguir y dibujar a Margarita, comprender y exhibir a Mefistófeles, es usted artista, tome la paleta inmensa de la Pampa y en rica tela de la imaginación, trace un cuadro de verdadera literatura americana."

Los poetas gauchos esencialmente de la naturaleza, cantan así:

"Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube a Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa Pampa misteriosa
Todavía para el hombre,
Que a una raza da su nombre
Que nadie pudo domar."

(Domínguez).

"Cerró la noche un momento,
Quedó la Pampa en reposo
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento!"

(Rafael Obligado).

Los de las escenas camperas cantan así:

"Este se ata las espuelas,
Se sale el otro cantando,
Uno busca un pellón blando,
Este un lazo, otro un rebenque,
Y los potros relinchando
Los llaman desde el palenque.

. . . . . .
. . . . . .

El que era peón domador
Enderezaba al corral
Donde estaba el animal''...

. . . . . .
. . . . . .

Y mientras domaban unos
Otros al campo salían,
Y la hacienda recogían,
Las manadas repuntaban.

. . . . . .

Y así sin sentir pasaban
Entretenidos el día.

(Martín Fierro).

Debemos comunmente lamentar que el tiempo nos impida hacer una exposición más detallada y que no nos permita recitar otros poemas criollos de grandes méritos, de los autores que hemos mencionado. Muy a nuestro pesar y para abreviar, pasaremos a tocar otro punto de la literatura gaucha, porque hubiéramos deseado poder hacerlo con mayor extensión.

Accesorios de la poesía criolla.

Así como existen las nubes y las estrellas y la luna, a nuestro modo de ver, para embellecer la noche y para facilitar el curso inspirativo de la imaginación, y así como hay la Nada, lo infinito, para justificar el Todo, los límites, así necesita, lo creado o no, puntos de apoyo, colaboradores, en quienes recostar la cansada, agostada existencia, frutos de la Naturaleza, hijos de la Vida, del espacio y de sus influencias eléctricas, o elaboraciones de menos consistencia y durabilidad, de estructura más débil y apocada, que

es la genitura del hombre, no por el camino de sus descendientes, sino el de sus actividades.

La literatura, cuyo fin es reflejar la vida, la naturaleza, necesita esta ayuda, esta colaboración. A los accesorios nos referimos.

En el verso criollo se ha aprovechado de todos los que bondadosamente están a su alcance. Pero tiene él sus límites, su perimetraje especificado, y no pueden éstos ser violados so pena de sacrificarlo, de alodarlo, ante avances de potencialidad decadente, porque ¿acaso ese sensualismo amorfo y singular que en estos días conocemos, de la poesía artística y esas situaciones y formas en que se sobrepasaron los límites preestablecidos, no es lo que ha motivado sus más de un mal paso en el terreno de la estabilidad?

No vamos a negar que la vida en las Pampas tiene sus encantos, sus atractivos, y que el deslizar por ella del gaucho sea poético. Pero nuestra imparcialidad y nuestra cualidad de americanistas, por sobre todo y para todo, que en estos momentos indecisos y apocalípticos nos discutirán, nuestra imparcialidad, decimos, no dejará de reconocer que se han exagerado algunos conceptos, lo que es perdonable porque es universal.

El lugar de honor en el verso gaucho lo ocupan las criollas. El amor de los gauchos es como el de Tagore, "sencillo como una canción". Por eso es que el gaucho ha vivido su vida sencilla eternamente cantando, muchas veces como la cigarra de la tan conocida fábula, y otras, a la vez que cantando, laborando penosa y arduamente como las hormigas, que tantos ejemplos de inteligencia y organización social y de paz dan a la desmoralizada humanidad, que se duele del dolor sin mitigarlo, que no tiene ojos para los errores, ni consuelo para los infortunios, ni aplausos para los triunfos; todo en ella es placer, lujos des-

medidos, pasión y descoco, ateísmos, espirituosidades amaneradas, frivolidad.

El amor del gaucho es fogoso y temerario, no reconoce vallas ni posiciones: se enamora y ama, canta y sufre, lucha y muere. Se dirá ¿cómo es que las criollas, sin haber nacido entre rosas, pueden competir y aún superar a éstas en belleza y en aromas? ¡Ah! Es que ha nacido en la naturaleza, ha crecido junto a los cardos y a las margaritas silvestres, tiene la sombra del ombú, la melancolía de la sierra, la altivez del enhiesto eucalipto, y que ha danzado, blanca doncella, con el croar músico de las ranas del charco y el grito del grillo chillón de los rincones.

Las dos trenzas de su china, caídas lánguida y perezosamente sobre la espalda o sobre las faldas, son dos brazos de fuego que encadenaran sus vidas; las vaporosas y flotantes percalinas de los vestidos, son como los velos o gasas de ilusión mística compitiendo en ondulaciones y en suavidad y en ligereza con la brisa matutina; sus ojos son dos luceros que lo mantienen encadilado durante el día y lo alumbran de noche y tienen para él más fuerza que el sol, siendo más débiles en luz; sus labios son guindas almibaradas, que besan tiernamente como la aurora, con abandono y pesadez, como los mediodías, melancólica, tranquila y poéticamente como los atardeceres, o con fogosidad y apasionamiento y fuego, como las noches; su continente bello y felino como las nubes, el mar, la montaña; ella toda, una flor, un perfume, una esperanza y una historia; él, un jardinero, muchas veces un podador.

Son poemas bravos y salvajes con melodías de selva y ritmos de soledad. Son alientos de un dios genial, porque es original y cristálido, que dormita sobre su propio seno. Son hálitos de esperanzas desvanecidas, de pasiones nacientes, de vínculos indescoli-

gables, fuerzas ocultas creadoras y poéticas, reconditeces de alma, luz y fuego y oscuridad de abismo.

El "pingo" y la guitarra ocupan los lugares inmediatos posteriores; luego en orden de sucesión viene el rancho o tapera, la siembra, la trilla, la cosecha, la hierra, la doma, las reuniones alrededor del clásico fogón o en la pulpería, las payadas, las vastas extensiones, el Sol de las Pampas, sus arroyos o el mar que le tira una línea como de "alambrao", con sus olas encrespadas o juiciosas, con sus orillas de roca o arenosas; el amanecer con el comienzo de las faenas camperas, la "oración" cuando finalizan, la calandria, la urraca, el jilguero, el cardenal, el mirlo, el chingolo, mistos y gorriones, son los accesorios. La escena son estos motivos panoramizados.

El mate o cimarrón, juega un rol principal en la vida del campo y la poesía criolla siempre lo recuerda. Cada pago tiene su "flor" y su cantor, así como cada estancia su fogón y cada gaucho su inseparable, su compañero de las faenas y de las penurias, de las alegrías y de las tristezas, de las correrías, el que padece sus mismos fríos y calores, y no digo su sed y su hambre, porque puede saciar éstas en las praderas y en los arroyos: el caballo.

El domador, el vaquero, el peón con sus boleadoras y lazos, el capataz, el payador, el pulpero, el "gringo", que es como se llama a los extranjeros, la "partida" o sea las policías, son los demás personajes; y queda la carreta la taba, las carreras cuadreras, los duelos a cuchillo, los raptos con sus correspondientes fugas, y los constantes peligros que, como buen "tigre de los llanos" lo acechan, ya que él no vacila ante ningún obstáculo, no deja de "carnear" una "res" ajena para su propia sustentación, ni deja de dibujarle en el rostro un "barbijo" natural a quien le ofende, o hacerle frente a los policías, cualquiera fuera su número.

Si la paleta, dentro de sí, encierra tantos colores, y hay tan buenos pinceles, ¡cómo no van a resultar los lienzos tan bellas obras de arte!

Señoras y señores: La literatura gaucha es ahora múltiple, es como se dijo de nuestros gauchos: "del linaje de Hércules, construída de tierra pampeana y de sol nuestro". Se ha extendido al cuento, a la novela, después de haberse posesionado del teatro y de haber conquistado al arte mudo.

Por los siglos de los siglos será para nosotros la gloria del pasado, porque también ella nos recuerda a los próceres de la Patria y a los que aportaron, con las primeras luces intelectuales, a formarle un porvenir vigoroso y lleno de altura.

He dicho.

FEDERICO ORCAJO ACUÑA.

Octubre de 1923.

TODO ESTÁ PERDIDO

Libre cual brisa de la mar un día
Las calles recorría
En suelta vaguedad;
Y en la mágica red de tu mirada,
Cual siempre despiadada,
Perdí mi libertad.

Luego, una chispa de sonrisa ardiente
Vino a encender mi mente
En llamas de ilusión;
Y soñando, inocente como un niño,
Al ganar tu cariño,
Perdí mi corazón.

Mas la hoguera también hase apagado
Acaso al soplo helado
De tu cruel desdén;
Y hoy la dicha soñada de tu seno
Perdida está también.

Sé que la rosa de tus labios pura
Jamás con su hermosura
Mis labios tocará.
Y hasta la luz de la esperanza mía
También desde este día
Miro perderse ya.

Otro amor en tu pecho inmaculado,
Holgándose a tu lado,
Su edén encontrará;
Yo sólo espero como bien la muerte,
Pues para mí, al perderte,
Perdido todo está.

DELFÍN CHAMORRO.

LA CUMBRE DEL TITÁN

A Leopoldo Centurión, admirador del héroe.

Iba López, no el verdugo, no el tirano,
Iba inmenso como El mismo, cual forjóle su ideal,
Conmoviendo iba el coloso todo el suelo americano
En su trágica derrota que cual grande fué triunfal.

Era un hombre que bajaba y un divino que ascendía,
¡Y qué dura esa caída para la gran ascensión!
Si fué sombra su derrota, toda noche gesta un día,
Y El, en medio de esa noche, era inmensa irradiación!

... Es el lúgubre momento... Se desprende la gran-
[deza
Más sublime y más divina del titán cuya cabeza
Como un Sol hacia el abismo fragorosamente va...

Desde entonces, de esa tumba, donde halló su cumbre
[el Fuerte,
Más hermoso y más terrible, más soberbio ante la
[Muerte
Su figura de protesta levantó Cerro-Corá.

LEOPOLDO RAMOS GIMÉNEZ.

EDUCACIÓN

PROSAS DE «GUSANITO»

RECIEN LLEGADO.

El gato que le trajeron a madre para que limpie de ratones la despensa, es tan pequeño que no puede tener ocupación. Sólo sabe llamar a su madre y enredar la bola de hilo con que la mía teje.

Es demasiado torpe para la caza, apenas sabe trepar, cogiéndose con las uñas, a las sillitas de mis hermanos gemelos. Sin embargo, se le ha recibido con entusiasmo. Mis hermanos se han encargado de él y, estoy segura de que lo creen ya un miembro de la familia.

POEMAS.

I

Todos hemos aprovechado hoy la mañana. Padre ha escrito un poema; madre ha planchado los manteles, y yo he hecho una plana de palotes.

¿Qué será un poema, Dios mío?

II

Me explicó abuelita que un poema es un trabajo. Pienso entonces, que todos los hombres hacen poemas, puesto que todos trabajan.

Yo me he derramado hoy la tinta en lós dedos, y madre ha trabajado lo indecible para dejármelos limpios otra vez. Madre ha dejado así un poema entre mis dedos, y dejará otro en el mantel que empapé con jugo de fresas.

¡Señor, los poemas que me dedica a mí mi madre!

Toda la tarde de ayer la vi remendando mis pantalones; hoy desmanchará mi delantal, esta noche tejerá el abriguito de estambre para uno de mis hermanitos gemelos, y los días todos, y la vida toda de mi madre, serán poemas para mis hermanos y para mí.

LAS HOJAS DEL PLATANO.

Le han cortado las hojas al plátano que está en el patio de la casa.

¡Sus brazos de un año! Porque padre dice que las hojas del plátano son brazos cubiertos por grandes mangas de tela verde.

El viento desgarró las mangas, y el plátano parecía ya un mendigo, por eso el jardinero le ha cortado los brazos, y lo ha envuelto en una camisa.

Cuando haga calor, le quitará la camisa y empezará a extender otra vez sus brazos cubiertos con mangas nuevas.

¿Por qué el Señor, no vestirá cada año a los mendigos, como viste los brazos del plátano?

CADENITA.

Cadenita de oro, ¡cuántos servidores has tenido en la vida! El minero negro y sudoroso, el químico que te ha dejado pura la carne como un sol, el joyero paciente, que ha labrado uno a uno tus huesos, que ha pulido, acariciándote, todas las piezas de tu cuerpo flexible.

¡Lo que habrá soñado ese hombre junto a ti; lo que te habrán dicho las yemas de sus dedos!

Cadenita, guardas el secreto de muchas vidas, conoces a los hombres más que un psicólogo. Algo de ellos ha quedado en tu forma y en tu brillo.

Cadenita, ¿los admiras? ¿a quién quieres, dí, de tus servidores?

¿A la mujer que te luce empeñosa sobre su garganta llena de esencias? ¿Al joyero? ¿Al químico?

—Quiero, al que has olvidado, al único que miró mi carne sin ambición: al servidor de las minas.

BAILE DE TRAJES.

Mamá me envió, con una amiguita, a un baile de trajes.

No sé si me divertí, porque yo no sé estar contenta en ninguna diversión, si no está conmigo mi madre.

Vi, sin embargo, cosas que no había visto nunca más que en los libros de cuentos: hadas pequeñitas, mariposas y caballos del diablo, grandes como un niño, flores que caminaban, y hasta niños pobres muy desgarrados, que bailaban cantando.

Yo no supe explicar la fiesta a mis hermanos, creo que tampoco la comprendí porque me aturdió su riqueza.

Esta tarde el cielo tenía tantos colores, que parecía un baile de trajes; sólo que era un baile al que podían asistir, sin boleto, todos los niños de la tierra.

LA MAESTRA.

No, maestra, tú no eres el tipo heroico que la literatura ha querido hacer de ti.

Tú no llevas las galas que el verso ha puesto en tus hombros ni el resplandor que llamea.

Si yo fuese a buscarte con esos datos, de seguro no te encontraría. Maestra, tú eres un tipo igual en todos los países. Tú eres una mujer pobre y triste. Caminas inclinada como si te pesase un gran silencio: piensas.

Eres ágil para el trabajo, sacas de tu delgadez una energía inconcebible cuando caminas por la calle cargada de libros.

Vas como un obrero, más aceleradamente que un obrero, porque te impulsa un ardor moral: dar ejemplo de anticiparse en la tarea.

Porque tú debes confesar con tus pasos y con tu vida, que el trabajo no es un castigo para el hombre, sino el mayor de los placeres.

Llevas humildes las ropas y lustrosos, hasta la nimiedad, los zapatos.

La coquetería femenina te ha encontrado sorda a sus insinuaciones y te ha dejado simple. Tienes dulce el habla y plagada de diminutivos, como si te empeñases en hacer que las cosas que enseñas entrasen al alma sin herir. Profesas el don de ser útil dando gozo.

Tienes el prestigio de la sabiduría frente a la parvada de pajaritos ciegos. Para su pasmo, llevas las botas de siete leguas junto al globo terrestre.

Tus ojos atraviesan los mares describiendo los pueblos lejanos, y dejas como tipos inmortales en la pizarra de todo corazón, el orgullo del pavo y la voz lamentable del cuervo.

Maestra, tú no eres ese personaje heroico que se ha querido hacer de ti, pero tienes toda la humildad triste del servidor no reconocido.

Se te confiesa a veces apóstol, y se te niega otras la nobleza de un obrero de la tierra o del metal.

Maestra, tú no eres otra cosa que una obrera en funciones de madre. Has habituado tus oídos al deli-

cioso barullo del deletreo. No haces tu obra con santidad melodramática, no; tu santidad es humana; está en la diaria paciencia y en la diaria dulzura; en la cotidiana virtud de la puntualidad y de la limpieza; en la minuciosidad cariñosa que llena tus manos de hojitas y de animalillos para tus lecciones, en la curiosidad con que has coleccionado las estampas en que se desarrolla la vida bajo la concepción pueril que nos encanta y de la que no querríamos salir jamás.

Maestra, no creas en la ingratitud, a tu derredor seguimos siempre, formas parte de nuestros recuerdos; estás en la calcomanía de nuestro primer libro, y en el consejo que damos al hijo o al hermano. Recordamos tu indulgencia y la deseamos en nuestra conducta. Sabemos tu nombre y miramos, cerrando los ojos, el primor de tus dientes y los lunares de tu mejilla.

Sentimos tus pasos y el toque de tu mano llevando la nuestra para enderezar un palote, o para clavar la aguja en el lugar preciso marcado por una huella roja de azarcón.

La seda de tus manos pasa, en nuestros sueños, rozándonos la frente o el cuello. Oímos tu voz mimosa de elogio, y conservamos tu letra en la dedicatoria de un cuento fabuloso, o en una máxima de aliento puesta en el primer renglón de una libreta.

No creas en la ingratitud, nadie hace ver su reconocimiento, pero tu perfil no se desvanece, y la inflexión de nuestras caricias se repite.

Apareces a nuestros ojos siempre que vemos a un chiquillo con la mochila al hombro, o a una mujer de tu mismo oficio que conserva tu misma simplicidad.

Maestra, la rudeza del vivir nos lleva mil veces a ti, y querríamos rodear aún tu mesa pletórica de golosinas y de cosas importantes: hebras de seda, botones, semillas de frutas y canicas.

Los detalles de tu vestido se han quedado en nuestros ojos. Recordamos tu prendedor y tu horquilla, galas de los días de premios.

Formas, en verdad, con la mano de nuestra madre, una doble tibieza que nos guarda el corazón de pasiones violentas.

No, tú no eres el tipo heroico y rígido, o tan blando que no tiene personalidad, que la literatura se empeña en darnos. Tú tienes la humanidad tibia de una mujer, que, por serlo, lleva en los ojos humedades de madre.

Caminas de prisa como todas las mujeres trabajadoras; te distingue de todas las dulzura que sólo alcanzan las madres de familia numerosa.

Eres una mujer obrera, sí, pero una obrera que ha probado las delicias dolorosas del pensar, y que inclina por eso la cabeza. Una obrera cuya fábrica tiene las apariencias de un grande hogar, y en el que no cierra nunca ni el raudal del consejo, ni el de la enseñanza.

Su trabajo es fácil y duro; fácil en el día, duro en los años.

Fácil en la hora que pasa en un recreo o en la construcción de una mesita azul...

Duro, a través de la jornada larga, al final de la que se mira el camino apretadito de cabezas que se han ido, y de las que no ha quedado ni un solo rizo al nivel de la cintura.

Fácil en el mar de vocecillas; duro en el silencio de la soledad que envuelve una vejez huérfana.

Fácil frente al entusiasmo de los miles de ojitos brillantes; duro en la opacidad del vivir de la maestra retirada.

Duro, cuando se mira que la construcción diaria de las manos, no fué hecha sobre arena ni con arena, sino con la levedad de una substancia espiritual que no alza castillos visibles.

Cuando el silencio de los que se llevaron el vigor de un habla, parece negación.

Duro cuando se reconoce que se ha hecho un trabajo de cruz leve, porque se hizo con sonrisa, y cuya pesadez se resiente en un solo instante, ya sin el paliativo del triunfo.

Duro en la vejez, sí, porque tú, maestra, no tienes para tus cabellos blancos el adorno de un rizo de espiga; porque te sientes abuela en el amor, y no tienes hijo; porque sabes, entonces, que adornaste mil huertos y que no sembraste una sola maceta para el balcón en que habían de tomar el sol los días de tu reposo.

¡Maestra, en la soledad, en tus brazos vacíos ya sin lucha; en tu mano sin báculo; en tus enfermedades sin mimos; en el haber de valerte hasta el último día sin amargura y con comprensión, está tu heroicidad!

¡En tu partida sin llanto en ojos algunos, está la hoguera en que te alzas *Símbolo!*

JOSEFINA ZENDEJAS,

(Mexicana).

1923.

Notas bibliográficas

Poemas Montevideanos.—Por Emilio Frugoni.—Montevideo.—1923.

Montevideo, esta "gran aldea,—con sus casitas chatas—de techos de azotea"—ha conquistado el alma de un poeta de alta estirpe; un poeta que la quiere a pesar de lo amarga que le hace la vida", acaso como puede amar el pájaro a su jaula, por la costumbre de verla, por el hábito de chocar con ella...

Es curioso cómo la amargura del medio en que se vive puede dar un Luis C. López que inmortalice al revés la aldehuela colombiana escupiéndole la ironía de un corazón que en ella se siente estúpidamente prisionero y dar un Frugoni que, no obstante haber sentido mucho en carne viva, por apostolado doctrinario, la hostilidad, cuando no el vacío del ambiente aldeano, lo canta hasta la melancolía, y el deseo de "quedarse toda la vida mecido por los brazos de esta ciudad, de la que el mundo quiere arrojarlo hacia quién sabe qué playas desconocidas."

Hay evidente armonía—revelación clara de sinceridad—entre los motivos que sugestionan su numen y las ideas a las que Frugoni rinde el caudal de sus singulares energías; en tal forma que, de vez en cuando, la voz del poeta se desvanece para dejar paso a la del luchador.

Así son los barrios pobres, las plazas, los cementerios, los mercados, los conventillos, los sitios en que se reune la masa anónima y apretada de los desheredados, aquellos que atraen la música de este lírico y a los que lleva un poco de piedad revelándole la poesía original y simple que hay en ellos.

Mótormans, mucamas, guardahilos, son los héroes que agitan las cuerdas de su sensibilidad poética y de su simpatía humana.

Por fuerza la mayor parte de estos poemas, surgidos en el contacto del pueblo y emocionados por el espectáculo de la humildad, de las faenas, las ternuras y los dolores vulgares, deben de ser difíciles de pasar al gusto exquisito y refinado de los aristócratas mentales; pero es éste, acaso, el mayor elogio que puede hacérsele a este libro, porque ello revela el vigor del poeta capaz de hacer una la trinidad del tema, la expresión y el sentimiento.

Estamos lejos, sin duda, del romántico que nos diera "El eterno cantar" y "De lo más hondo"; Frugoni ha evolucionado mucho, tanto en forma como en profundidad, su subjetivismo se ha ido para

afuera, ha dejado de ser de él para ser de todos, lo que es, seguramente, un avance en el sentido espiritual; se ha hecho vulgar, en fin, pero no en lo que el término significa como grosera modalidad, sino en lo que encierra de realismo, de hecho cotidiano, de vibración colectiva.

Y es indiscutible el acierto con que el poeta nos da sus impresiones de las cosas, los seres y los lugares urbanos.

"Música en la plaza"—para nosotros el más alto valor del libro—"El guardahilos", "Sugestiones de la calle", "El barrio pobre", y algunos otros, son poemas construídos sobre piedra indestructible.—**J. M. D.**

Amorim.—Enrique M. Amorim.—Editorial "Pegaso".—Montevideo.—1923.

Explicándolo con un acápite persa, Enrique M. Amorim ha reunido, bajo su apellido, una colección de cuentos. Sin dejar de reconocer que hay en ellos mucho de extraño y no poco de extravagante, no se puede negar que hay en todos un estilo feliz y una obsrvación sagaz. "Las Moscas", es un cuento muy bien constituído y lleno de una gran naturalidad, a tal punto que no es exagerado afirmar que la inglesita Mary ha sido copiada fielmente del natural. "Las Quitanderas" es de un realismo demasiado crudo, pero es, sin duda, de un gran valor narrativo y el mejor de la colección. El sólo bastaría para afirmar que Amorim tiene condiciones positivas para el género donde ha de descollar en días no muy lejanos.—**R. M.**

Tinieblas.—Por Elías Castelnuovo.—Editorial Tognolini. — Buenos Aires.—1923.

El autor no se cuida mucho de la trama, ni del enredo episódico, en sus cuentos.

Va por camino derecho y un tanto árido, no obstante lo cual consigue dar bastante interés a sus relatos por la novedad de los medios que retrata y la fuerza realista que les imprime.

Seres miserables, deformes, lugares de abyección o de esclavitud humana, saladeros, canteras del extremo sud brasileño, imprentas metropolitanas, todo subrayadísimo en negro, cruzan por este libro como en una visión de calvario.

Y es, precisamente, esta unanimidad sombría, esta excesiva cargazón lúgubre, esta mueca que jamás llega a trocarse en sonrisa, ni siquiera irónica, lo que debilita la impresión del libro y deja, al fin, a pesar de todo el naturalismo del lenguaje y de pintura acumulada en él, una impresión incompleta y algo arbitraria, de página escrita en período febril.—**J. M. D.**

Artistas del Uruguay.—Impresiones literarias.—Por Juan M. Filartigas.—Montevideo.—1923.

Estudia el autor la obra literaria de cinco de nuestros más altos representantes espirituales: Rodó, Herrera y Reissig, Agustini, Frugoni e Ibarbourou.

Es claro que respecto a algunas concepciones teóricas sustentadas por Filartigas pueden hacérsele serias réplicas, lo que no disminuye en absoluto la importancia real de este trabajo, hecho con gran amor y sinceridad.

El autor llegará, sin duda, a ser un excelente exégeta, si persiste en esa ruta y consigue enfriar su temperamento.

Tiene para ello muchas de las cualidades esenciales del crítico; orientación definida, espíritu anchamente comprensivo, vigor analítico, buen gusto, todo esto realzado por una expresión elocuente y bella.

Y hecho tanto más auspicioso para nosotros cuanto que en nuestro medio escasean los exégetas capaces de dar dignidad a su misión.—**J. M. D.**

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la ley orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: SOLIS y PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

---

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso de Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La Alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presente Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 300 y de 5 % hasta $ 1.000.—Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco, (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

Es claro que respecto a algunas concepciones teóricas sustentadas por Filartigas pueden hacérsele serias réplicas, lo que no disminuye en absoluto la importancia real de este trabajo, hecho con gran amor y sinceridad.

El autor llegará, sin duda, a ser un excelente exégeta, si persiste en esa ruta y consigue enfriar su temperamento.

Tiene para ello muchas de las cualidades esenciales del crítico; orientación definida, espíritu anchamente comprensivo, vigor analítico, buen gusto, todo esto realzado por una expresión elocuente y bella.

Y hecho tanto más auspicioso para nosotros cuanto que en nuestro medio escasean los exégetas capaces de dar dignidad a su misión.—**J. M. D.**

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: SOLIS y PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

---

El Banco recibe esta clase de depósitos èn la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso de Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado ganarán el 6 % de interés hasta la suma de $ 300 y de 5 % hasta $ 1.000.— Las cantidades mayores de $ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS
Arte, Historia, Filosofía
y Ciencias Sociales

Fundada el 1.º de agosto de 1907

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI
JULIO NOÉ

Precio de suscripción:

Por un año: **$ 7 o/a**

Dirección y Administración

Libertad, 543 — BUENOS AIRES

Revista do Brasil

MONTEIRO LOBATO & Cia.
EDITORES

SAN PAULO

Rua dos Gusmoes 70 - Caixa 2-B

UNA DE LAS MÁS
IMPORTANTES
PUBLICACIONES
DEL BRASIL

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1.º de enero de 1913

Director:

MARIO GUIRAL MORENO

Números de 96 a 136 páginas
Por un año:

Cuba: **$ 4.00** o/am.
Extranjero: **$ 5.00** o/am.

Redacción y Administración

O'Reilly, 11—Habana, CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa
española y extranjera

Hebdomadario publicado por

J. García Monge

El número:
0.15 oro americano
El Tomo:
$ 4.00 oro americano

Apartado 533
SAN JOSE, Costa Rica, C. A.

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO FEBRERO 1924

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días impares a las 23.

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días pares a las 23

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daqué Juan, Soriano 1370.

Geroha Héctor A., 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 120.

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufre 1649.

Scoseria José, Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo Eduardo, Colón 1392.

Gutiérrez César G., Sarandí 365.

Mezzera Haroldo, Bulevar Artigas 1155.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto 1297.

Navarra María Inés, Canelones 2061.

LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

REDACTORES:

MANUEL AZAÑA — C. RIVAS CHERIF

Se publica mensualmente en fascículos de **80 páginas**

Hermosilla 24, duplicado — MADRID

LA REFORMA SOCIAL

REVISTA MENSUAL

Cuestiones sociales, económicas, políticas y parlamentarias.

Director:
ORESTES FERRARA

PRECIOS EN EL EXTRANJERO:
Por año: **$ 4.00**
El ejemplar: **35 cents.**

Dirección, Redacción y Administración:
Manrique 40 Street, HABANA, CUBA

NUESTRA AMÉRICA

Revista Mensual

Para la difusión de la cultura americana

Fundada el 1.º de octubre de 1918

Director: **E. ESTEFANINI**

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
Por año: **$ 3.00 oro**

Dirección y Administración
Caracas 440-BUENOS AIRES

LA FALANGE

REVISTA DE CULTURA LATINA

Es la revista de la juventud mexicana

La suscripción vale 3 pesos por seis meses en la República de México y dos dólares en el extranjero

Avenida República Argentina, N.° 35.—Apartado 562
MEXICO—D. F.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s|n.

Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes 1387.

Arena Domingo, Convención y 18 de Julio.

Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de Julio.

Miranda César, Boulevar Artigas.

Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.

Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.

Pérez Petit Víctor, Agraciada 1754.

Prando Carlos M., Juncal 1363.

Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.

Caviglia Buenaventura, Rambla Wilson N.o 50.

Llovet Ernesto, Constituyente 1568.

Schinca Francisco A., Mercedes 826.

Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.

Carbonell Debali Arturo, Larrañaga 421.

Segundo José Pedro, Colón 1464.

Muñoz Ximénez Rafael, Canelones 672.

Grompone Antonio M., Miguelete 1739.

Mezzera Rodolfo, Sarandí 417.

Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.

Regules Dardo, Francisco Muñoz 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Daqué Juan, Soriano 1370.

Gerona Héctor A., 18 de Julio y Patria.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú 882.

Arias José F., Yaguarón 1436.

Delgado José María, 8 de Octubre 126.

Foladori José, Constituyente 1719.

Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.

Brignole Alberto, Cufré 1649.

Scoseria José, Maldonado 1276.

Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

Blanco Acevedo Eduardo, Colón 1392.

Gutiérrez César G., Sarandí 365.

Mezzera Haroldo, Bulevar Artigas 1155.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro. Especialista. Pyorrea alveolar. Salto 1297.

Navarra María Inés, Canelones 2061.

El emblema de

RAPIDEZ Y SEGURIDAD

en servicio telegráfico o cablegráfico a

TODAS PARTES

DEL MUNDO

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston, Texas. — Strand and 21st Street.
México — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico, San Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá. Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador. — Esmeraldas. Santa Elena. Guayaquil.
Perú. — Paita. Callao. Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N. 462. Valparaíso, Cochrane N.º 583. Santiago, Huérfanos N.º 1041. Tacna. Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383. Rosario, Calle San Martin N.º 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala.
Brasil. — Santos, Rua 15 de Novembro N.º 175. Rio de Janeiro, Rua 7 de Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.º 400 -- Montevideo

RISSO & AYALA, Impresores

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES: RODOLFO MEZZERA
PABLO DE GRECIA. J.M. DELGADO.
SECRETARIO. TELMO MANACORDA.

MONTEVIDEO

MONTEVIDEO - ENERO DE 1924 AÑO VIII NÚM. 67

056.1
PEG
No. 67

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

N.º 67

MONTEVIDEO, ENERO DE 1924

SUMARIO:

Grabado en madera, por Pedro Blanes Viale.

[illegible]

[illegible] de Mauricio Barrés — María Sara Rey.

[illegible] — Víctor Pérez Petit.

[illegible] — [illegible]

[illegible] — Alfredo S. Chalow.

[illegible] — [illegible] Riccardo.

[illegible] — [illegible]

[illegible] — [illegible]

Glosas del mes: Un discurso.

Notas Bibliográficas.

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

PEGASO

AÑO VIII N.º 67

MONTEVIDEO, ENERO DE 1924

SUMARIO:

Pegaso . . . . . Grabado en madera, por Pedro Blanes Viale.

In morte del poeta Giulio Raul Mendilaharsu . . . . . por Juan Púrpura.

La personalidad de Mauricio Barrés » María Sara Rey.

Jerez . . . . . » Víctor Pérez Petit.

El bailarín . . . . . » Fernando Pereda.

De crítica . . . . . » Alfredo S. Clulow.

Como un aro de sándalo . . . . . » Arturo Torres Rioseco.

Don Quijote. Idolos e ideales . . . » Manuel Aguiar.

La muerte de los trovadores . . . . » Carlos M. Princivalle.

Glosas del mes: Un discurso.

Notas Bibliográficas.

BELLES - LETTRES

REVISTA MENSUAL DE LAS LETRAS FRANCESAS

DIRECTOR: MAURICIO LANDEAU

89 Boulevard Exelmans.—PARIS (16e)

DE TODAS LAS GRANDES REVISTAS ES LA MAS ECONOMICA

PARA SUSCRIBIRSE:

FRANCIA:		EXTRANJERO:	
Un año . . .	20 fr.	Un año . . .	24 fr.
Seis meses . .	11 »	Seis meses . .	13 »

EL NÚMERO 2 fr.

"LA REVUE CONTEMPORAINE"

71 Años de existencia—Director; CHARLES RIVET

COMPLETAMENTE RENOVADA
APARECE EN PARIS LOS DIAS 1 y 15 DE CADA MES

Es la Revista Contemporánea por excelencia
Su difusión es mundial

Ha creado una REDACCION IBERO-AMERICANA
bajo la dirección de ALEJANDRO SUX

Oficinas: Rue Reaumur, N.° 53. París (2me)

Suscripción: 55 Francos por año

Revue de l'Amérique Latine

Paraît le 1er de chaque mois

Directeur: *Ernest Martineuche*

Redacteurs: *Charles Lesca - Ventura García Calderón*

Tous les américains doivent lire la

Revue de l'Amérique Latine

Chez Exprinter, 2, rue Scribe, Paris

INTENTIONS

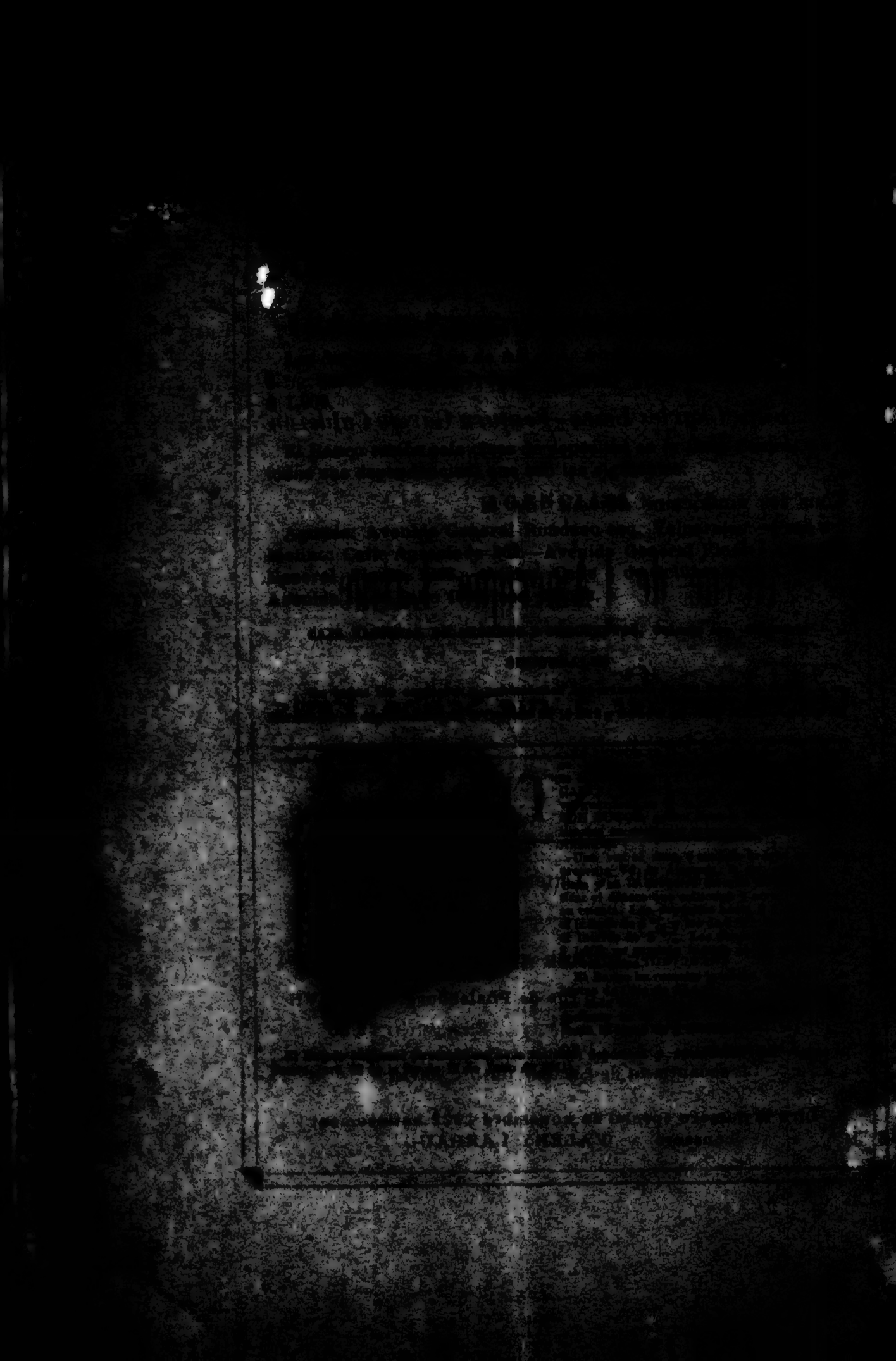
Revue mensuelle de Littérature et de Critique

Directeur: PIERRE ANDRÉ-MAY.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe

Le Numéro: France fr. 2 Etranger: fr. 2.50
Abonnement: » » 20 » » 25
(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré á : VALERY LARBAUD.



Junio de 1924

PEGASO

Montevideo, Enero de 1924. N.° 67 — Año VIII.

1.° - 12 de 1923

In morte del poeta Giulio Raul Mendilaharsu

Pensiero irrequieto con ansia di bellezza
mai soddisfatta, il core proteso come un arco
quando il dardo s'incorda,
tutti i sensi vibranti all'armonica ebbrezza
della vita, sereno, come eroe di Plutarco
nel tumulto dell'orda.

Una razza novella cantava nel suo canto
nostalgico di luce, di libertá, d'amore;
un canto proteiforme.
Il poeta é la voce del suo tempo; é suo vanto
ammonire ridendo; riso di redentore.
Ora il poeta dorme.

Dorme l'ultimo sonno; l'eterno, l'improviso
sonno che abbatte l'uomo con immane stanchezza,
segnandogli la meta.
E l'immane stanchezza che scoloró il suo viso,
ci scoloró le labbra, tremule dell'ebbrezza
del pianto. Oh no, il poeta,

Il poeta non muore; il suo corpo scompare;
la sua donna il suo bimbo vedon la sua figura
in lor sonno febbrile.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle SOLÍS esquina PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros, Alcancías, gozan de interés de 6 °/₀ hasta la cantidad de $ 300 y de 5 °/₀ por el exceso hasta $ 1,000.

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los depósitos hasta $ 300 ganarán el interés de 6 °/₀ y los de $ 301 hasta $ 1,000, el interés de 5 °/₀. Los depósitos mayores de $ 1,000 no ganarán interés por lo que exceda de esa suma.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 °/₀ hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

Junio de 1923

PEGASO

Montevideo, Enero de 1924. N.° 67 — Año VIII.

1.° - 12 de 1923

In morte del poeta Giulio Raul Mendilaharsu

Pensiero irrequieto con ansia di bellezza
mai soddisfatta, il core proteso come un arco
quando il dardo s'incorda,
tutti i sensi vibranti all'armonica ebbrezza
della vita, sereno, come eroe di Plutarco
nel tumulto dell'orda.

Una razza novella cantava nel suo canto
nostalgico di luce, di libertá, d'amore;
un canto proteiforme.
Il poeta é la voce del suo tempo; é suo vanto
ammonire ridendo; riso di redentore.
Ora il poeta dorme.

Dorme l'ultimo sonno; l'eterno, l'improviso
sonno che abbatte l'uomo con immane stanchezza,
segnandogli la meta.
E l'immane stanchezza che scoloró il suo viso,
ci scoloró le labbra, tremule dell'ebbrezza
del pianto. Oh no, il poeta,

Il poeta non muore; il suo corpo scompare;
la sua donna il suo bimbo vedon la sua figura
in lor sonno febbrile.

Ai suoi amici talvolta evanescente appare
lá dove egli soleva, l'alta sua fronte pura,
il sorriso gentile,

ed il suo dolce canto che ci vibra nel cuore;
il suo canto ch'é il canto d'una razza novella
nostalgica di luce,
nostalgica d'amore. Ah il poeta non muore!
Se la terra lo asconde, sorge in cielo una stella
che illumina e conduce.

JUAN PÚRPURA.

LA PERSONALIDAD DE MAURICE BARRÉS

Al analizar la personalidad de Maurice Barrés, se ha pretendido separar al político del escritor y colocarlos en actitud opuesta. ¡Vana tarea es tratar de disociar esos dos elementos armonizados tan substancialmente en movimientos inquietos y ondulatorios: tan infructuosa como obstinarse en demarcar precisamente el límite entre el pensador y el artista!

Su obra, su espíritu, originales y complejos, no admiten una etiqueta sin sentirse comprimidos, retaceados. ¿Cómo aprisionar en un nombre, en un sistema, la curva fugitiva y serpenteante de una sensibilidad? De un pensamiento *vivo,* añadiremos con Rodó.

¿Se le puede calificar, acaso, como clásico, como romántico? Procede de su época por reacción.

¿Filósofo? Su pensamiento independiente no sujeto a ninguna fórmula, a ninguna escuela, viste la túnica luminosa del arte. Sus ideas viven, todo su ser se estremece siguiendo el ritmo de las vibraciones cerebrales.

¿Novelista? ¿Qué importa si los personajes abandonan la vaga designación de su primer trilogía: el joven, la joven, para tomar un nombre propio, si el mundo exterior aparece sólo como un reflejo del universo interno, si la acción es sólo un desprendimiento del análisis íntimo? Aunque, como él mismo lo dice hablando de su método, diseca las almas sin pretender sacar ideas generales, sus figuras cobran a veces

la actitud y el valor de un símbolo. ¿El Bouteiller de "Le Roman de l'Energie Nationale", no es el símbolo de la razón fría, en "L'Ennemi des Lois". Andrés Malterre, el de la anarquía idealista; Clara, el de la mujer en quien la cultura cerebral "ha creado inquietudes de hombre, sin quitarle su melancolía femenina? ¿La tesis de "Le jardin de Bérénice" no establece la concepción barresiana del alma humana, con sus dos elementos masculino y femenino?

¿Poeta? El estilo pulcro, etéreo, su prosa musical, poseen los matices, la melodía poética.

¿Artista? El Oriente, la España y la Italia artísticas desfilan ante nuestros ojos deslumbrados coloreados por su paleta, reanimados por su sensibilidad. Es la visión subjetiva de un artista que define sus emociones

Esa fusión compleja creó el alma palpitante, la mirada de águila, la mueca irónica y desdeñosa del genial autor de "Le Culte du Moi". Prolijo en vivisecar las sensaciones, empaña su frase, casi toda su obra, en una bruma que es preciso perforar. La idea se envuelve en una obscuridad rebuscada, los finos hilillos se entretejen, se enredan; cuando se ha creído asir su pensamiento, ya se ha encubierto, nos es preciso volver sobre nuestros pasos, establecer concordancias. Esta característica perfila sobre todo "Le Culte du Moi". "L'Ennemi des Lois", "Du sang, de la volupté et de la mort". Con él estamos muy lejos de la claridad psicológica, de la precisión matemática, de un Bourget, de un Stendhal. Barrés—permítaseme la expresión—coquetea con el lector.

No basta leerlo, no basta entenderlo, no basta sentirlo; nos es preciso hallar en nosotros mismos un rasgo de su fisonomía interna para saber comprenderlo.

Maurice Barrés es un solitario. Es un alma que se

escucha y canta sus melodías sin preocuparse de la opinión.

"Soy un escritor que busca, que pretende crear un público para sus obras", escribe a Bourget. Si logró más, si llegó a ser ídolo de muchos espíritus escogidos que descubren, reflejados con diafanidad fosforescente, las sensaciones indescifrables de su propia alma, no descendió nunca a escribir para el público.

Preparada por el idealismo sinuoso y cálido de Taine y de Renán, ¿cómo acogería, la Francia intelectual, su obra de iniciación "Le Culte du Moi"? Las naturalezas jóvenes hallaban, en el desdén nostálgico de su individualismo estético y refinado, el verbo no aún pronunciado, y lo erigían en su maestro. Los reaccionarios sometidos a la regla y a los prejuicios se estremecen. Presienten el influjo encantador del novicio, que penetra en la carrera en postura de gigante, y hablan de anarquía, de desorden moral. ¿Es, acaso, posible, edificar una moral sobre la base del culto de sí mismo, sin ninguna ley, ninguna disciplina? Barrés no se erige moralista.

Desde la adolescencia, su espíritu dotado de una movilidad curiosa y meditativa, gustaba una secreta voluptuosidad en ahondar las sensaciones, las oscuras, las infinitesimales. Avido de vivir, de utilizar sus energías, busca desesperadamente la clave del enigma del propio yo. Ya hombre, dueño de sus impresiones, contempla con mirada melancólica el camino recorrido, adivina en los jóvenes de la generación presente las mismas crisis que han atormentado su alma, y emprende la tarea de alambicar objetivamente sus sensaciones para subir con ellos la cuesta y enseñarles a vivir.

Discípulo independiente de Renán, sin poseer la profundidad filosófica del maestro, lo acompaña cuando concede a cada uno "el derecho de forjarse a su

manera el romance del infinito", cuando dice: "La religión establecida sobre el dogma, no basta; ella comprime el espíritu humano." "La filosofía y la ciencia perseguirán inútilmente la verdad absoluta." Y se aparta del maestro cuando su absoluto en la intuición inmutable en el alma humana del bien y del mal.

"No hay ideas innatas, exclama Barrés. Somos una adición de fuerzas inconscientes y cambiantes. Es preciso descubrirse, cultivarse. Y derriba las fórmulas seculares de bien y mal, virtud y vicio, para consagrar *su dios, su verdad* en el culto del Yo.

"La única realidad tangible es el Yo." "La realidad no es inmutable, varía en cada uno de nosotros; es el conjunto de nuestro modo de ver, de sentir, de razonar." "El culto de sí mismo no consiste en aceptarse por entero. Esta ética, en la que hemos puesto nuestra ardiente y única complacencia, reclama de sus súbditos un continuo esfuerzo."

Y sustituye al deber como obligación; el deber como sentimiento estético: el bien por el amor de la belleza, por la civilización personal.

Barrés, se ha dicho, al escudriñar sus abismos interiores, halla un germen morboso y lo cultiva amorosamente; es el sensualismo más peligroso; el refinamiento de la sensualidad. ¿El "aficionado a las almas" desciende acaso a las sensaciones groseras? El animal inteligente esconde siempre el alma humana en la estatua de carne. Si se recrea en sentir palpitar dentro de su pecho "un corazón capaz de los más bellos desórdenes, jamás sofoca su idealismo, sabe conservar siempre la elegancia interna".

Su espíritu elástico posee vibraciones místicas para asimilarse a "las angustias de Pascal". Y llora con él "lágrimas que vienen de las ideas y no de las pasiones." "Lágrimas de una inteligencia que se emo-

ciona." Tiene acentos piadosos para sentir "la gran piedad de la Iglesias de Francia". Y los católicos estremecidos, pretenden descubrir una conversión donde existe solamente un alma dúctil y comprensiva, capaz de encontrar en sí misma el eco de la belleza de todos los sistemas.

Esa común tendencia a encerrar en un *"ismo"* cada concepción del pensamiento humano en oposición a todos los demás *"ismos"*, ha creado la fiección del renunciamiento de Barrés. Y se transforma su egoísmo en tradicionalismo.

El maestro ha descendido de su "mirador" y se mezcla a los gritos de la calle, gimen muchos discípulos del egotista. El rey depone su cetro, es nuestro, entona el coro reaccionario.

¿Por qué colocar a Barrés—repetiremos la gastada expresión—en la torre de marfil del misántropo? Barrés se aísla en una celda de cristal. La planta delicada se cultiva en invernáculo. La visión externa se refleja en la transparente pared protectora. La raíz desprendida de la tierra se anemiza, es preciso brindarle un alimento, un fortificante, arraigarla.

El contemplativo asomado a su ventana observa los movimientos grotescos y febriles de los Bárbaros; el hastío arquea sus labios, las pupilas siguen insistentemente los movimientos de la multitud anónima, buscan, bajo la envoltura, el alma, el sentimiento, el móvil, y exclama: "Ningún ser humano está desprovisto de poesía." El Yo sediento clama por la acción como "propulsora de energía." El contemplador de sí mismo entrega al ser activo el instrumento, lo acompaña con la mirada, ordena y rige sus volliciones. ¿Se despoja de su Yo o trata de enriquecerlo? Y es para muchos un Barrés desengañado de su egotismo, orgulloso y ficticio, el que publica algunos años

más tarde "Le Roman de l'Energie Nationale". Analicemos paralelamente sus dos trilogías. (1)

El protagonista de "Le Culte du Moi", presiente a los Bárbaros desde el colegio. La grosería de los compañeros, la trivialidad del ambiente del liceo, irrita su delicadeza de alma, y confiesa su placer en retirarse a un rincón del patio para llorar en silencio.

Su organismo reacciona, los gérmenes inconscientes empiezan a vivir; el Yo aspira a cultivarse armónicamente en contradicción con los que no pertenecen a su misma raza moral, ya fueren eruditos o letrados. Asoma una cabeza curiosa sobre las brutalidades de París; pero la contemplación le impide sumergirse en la cloaca. Bajo su mirada desdeñosa, la caravana de los Bárbaros pasa y se agita en grotescas contorsiones.

La soledad moral se agranda, el cerebro vacila, el Yo no se basta a sí mismo, llama el alma gemela. El poeta que hay en Barrés grita en las últimas páginas de "Sous l'oeil des Barbares": "Quisiera llorar, ser arrullado; quisiera desear llorar... ¡Ah! tener algo que desear, algo que deplorar, algo que llorar, para no tener más la garganta seca, la cabeza vacía, los ojos flotantes, en medio de los militares, los curas, los ingenieros, las señoritas y los coleccionistas!"

¿Halló nunca Barrés el otro sí mismo? ¿Fué un hombre, fué una mujer? Ni aún a su obra se da por entero, se desgrana en cada una de sus producciones; pero nos es imposible reconstruir al hombre. Barrés no se confiesa. Y puede exclamar con uno de sus discípulos, Francis Hermans: "Entreabro las persianas

---

(1) «Le Culte du Moi»: «Sous l'oeil des Barbares», «L'homme libre», «Le jardin de Bérénice», «Le Roman de l'Energie Nationale», «Les Deracinés», «L'appel au Soldat», «Leurs Figures».

de mi alma cerrada al mundo y que calcina un amor vehemente..." (1)

El Yo aspira al amor, a la fusión física y espiritual, sin enajenar su libertad interior. El amor barresiano es una cosecha de sensaciones, es la conciliación entre la vida sensitiva e intelectual.

El "hombre libre" advierte que sufría agitándose sin tradición. Se interroga, se analiza y descubre en sí mismo una especie de flotamiento. Ahonda la vivisección hasta las íntimas raíces de su ser, encuentra la génesis del instinto de asociación y "se comprende como un instante de algo que ha existido y continuará viviendo después de su muerte." El Yo se perfecciona y se aumenta, injertándose lo asimilable del pasado. "A fuerza de extenderse, el Yo se refunde en el Inconsciente, no para desaparecer, sino para aumentarse con las fuerzas inextinguibles de la humanidad, de la vida universal." El alma de los otros individuos, de la sociedad, del universo, se colorea ante sus ojos.

El Yo toma un nombre propio en el tercer volumen. Felipe encuentra un apaciguamiento a sus inquietudes interiores en "Le jardin de Bérénice". El Yo se sutiliza y sale de sí mismo. El cuerpo es sólo una envoltura. Sus miradas se pasean con serenidad idealista sobre las elegantes apariencias carnales de Bérénice para apropiarse de su alma melancólica y sutil. "El amor es el esfuerzo de dos almas para completarse, esfuerzo entorpecido por la existencia de nuestro cuerpo, que debemos procurar olvidar." La vida sentimental e intelectual ocupa siempre, para Barrés, el primer plano; el alma no sólo es más hermosa, sino *mayor* que el cuerpo.

---

(1) «Prières de Sang et d'allegresse», Prix Rohan de l'Academie Française 1923.

Felipe intenta conciliar las prácticas de la vida interior con las necesidades de la vida activa. Defiende su Yo de las intromisiones extrañas, a fin de entregar a la política "sólo aquella parte de sí mismo, apta para comunicarse con los demás hombres." Contempla desde su celda transparente Aiguesmortes, Arbes; y descubre bajo el aspecto visible la naturaleza etérea, la conciencia de las ciudades, de las cosas: son obras de hombres, irradiación de sí mismos, amasadas con lágrimas y afanes.

El "egotismo divino" de Barrés, como lo califica Anatole France, se alza en un vuelo metafísico, vibra al unísono en la universal armonía. El Yo se siente infinito.

Y pueden todos los adversarios, todos los ingenieros Martin, símbolo del espíritu geométrico, intolerante, cultivado a medias, contrariarlo, asaltarlo, sin lograr turbar su visión interna.

En "Le Roman de l'Energie Nationale", Sturel, el personaje a quien Barrés haya dado más de sí mismo, siente que una línea, un punto, la "ecuación personal" lo separan de sus compañeros de liceo. Reconoce que debe reservarse un fondo inmanente y saborea en el aislamiento el tumulto de sus sensaciones.

Bouteiller se figura crear individuos desarraigándolos de su tierra, de sus familias, para elevarlos a la razón universal. Incita a sus discípulos a evadirse de sí mismos, a inmolarse sin reservas a la sociedad, y empuñando la moral kantiana con la rigidez inmutable de un dogma, pretende imponerles *su verdad.*

Sturel se agita entre las sábanas de su lecho del liceo y siente surgir desde lo hondo de su alma, oscuras rebeliones. Inconscientemente intenta desasirse de la garra viscosa y helada del maestro. Se busca a sí mismo, quiere ser hombre, luchar, triunfar.

La planta lorena se trasplanta a París. La carava-

na de los Bárbaros se balancea, se precipita, entre las sombras del crepúsculo parisiense. Hombres pesados o ligeros a la casa de mujeres, toda la escala de la persecución al dinero, desde el comerciante millonario hasta el desgraciado que busca desesperadamente una moneda de cobre para pagar su cena. Cazadores y presas rozan, codean, sin alterar su tranquilidad ideológica, el Yo que se estudia y quiere afirmarse.

Sturel busca las vibraciones amorosas como un aumento de su personalidad; más por el placer de escucharse querer, que por el de sentirse querido. No es la pasión tirana que obliga a olvidarse de sí mismo, es el amor melodioso.

"Vivir para pensar", exclama Taine por boca de un discípulo. (1) "La vida contemplativa es un renunciamiento", responde Barrés por boca de Sturel. "Ser, ser plenamente, favorecer todas sus impulsiones internas, las intelectuales, las sentimentales y combinarlas con la vida activa."

Sturel advierte en la fiebre "boulangista", el despertar de la conciencia nacional. Descubre en sus estremecimientos un reflejo de su concepción de la República. Los oscuros abismos de su Yo se van clarificando. Bajo la estatua de Gambetta, surge ante los ojos de Sturel, el verdadero Bouteiller. Al chocar contra una masa reacia, el intelectual que, pálido e impasible imponía *su verdad* a unos muchachos indefensos, se congestiona, vocifera, insulta. Profesor y discípulo cambian una mirada provocadora de hombre a hombre. Sturel se siente libertado.

Recorriendo la Lorena, Sturel se asimila el rastro de sus antepasados, respira *su atmósfera* en las orillas del Mosela, palpa las huellas de la cadena de los

(1) «Les deracinés». El arbol de Paine.

seres que trasmitiéndose unos a otros algo de sí mismos, han contribuído a formar su personalidad.

Esa Lorena, esa "Francia inmortal", reflejo e irradiación de su Yo, es preciso defenderlas de la barbarie teutona.

Barrés, desde su sillón de la Cámara, escruta "Leurs figures". Su mirada atraviesa las máscaras y revela el verdadero rostro de los histriones. Su clarividencia irónica y despectiva, señala los móviles complicados y desmonta los engranajes del vergonzoso negocio de Panamá.

La crisis interna de ambos protagonistas no presenta las mismas fases: primero, la vida meditativa, la busca del Yo, después para calmar la sed de acción, entrega a la vida activa una parte de sí mismo y se vuelve todas las noches al retiro espiritual para afirmarse y comprenderse.

El egotismo de Barrés consiste en entregar a la sociedad una personalidad reacia a la sugestión del ambiente; no abandonarle una substancia plástica para modelar a su antojo. Cada uno debe esculpir su propia estatua con los materiales que ha recibido de la naturaleza. La cultura de sí mismo es una *"psico-ontogenia"* que se eleva a la *"psico-antropogenia"*, para substituir a las opiniones convencionales la propia concepción del universo, en oposición a la tendencia a recortar el propio pensamiento y encajarlo en una filosofía, un partido político. Religión, patria, moral, tradiciones, no son para Barrés entidades ciclópeas a las que sea preciso someterse, adorar de rodillas; son fenómenos sociales que cada uno debe llevarse a su gabinete de estudio para disecarlos, injertarse lo asimilable y arrojar los desperdicios por la ventana.

No responden unánimemente los dos trípticos al motivo de la exposición de "Le jardin de Bérénice": "¡Advertir a varios lectores incapaces de compren-

derlo fácilmente, que una afición por los oprimidos es el desarrollo lógico del desprecio de los Bárbaros y del culto del Yo?"

René Leroy.

María Sara Rey Alvarez.

Bruselas, diciembre de 1923.

JEREZ

Del libro «Cantos de la Raza», que aparecerá en breve.

Blanca, limpita, alegre, toda llena
de cantares y besos rumoreantes;
prendida de jardines lujuriantes
que la perfuman como una serena

noche del Ecuador; tibia, morena,
se aparece Jerez a los viandantes
coronada de vides coruscantes
como un trasunto de la tierra helena.

El murmullo solar de las guitarras
llena toda la paz de los vergeles;
racimos de oro tiemblan en las parras;

aroman por la noche los claveles,
y entre un gran bordoneo de guitarras
destrenza una mujer coplas de mieles.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

EL BAILARIN

Cada actitud tiende el arco triste del destino
más allá de las cosas de la noche y del día.
Cantaban los collares sobre el cuerpo adivino
y alegre. ¿De dónde viene su alegría?

Quise encontrar esa pura sabiduría,
ese puro misterio tembloroso y divino.
Mi corazón danzaba sobre mi mediodía
cuando oyó en las ajorcas el canto del destino.

Agil de gozo, libre, fuerte, en los triunfales
saltos en que sonaban címbalos y timbales
su cuerpo era una lámpara. ¡Su gran cuerpo profundo

bailaba entre las manos solitarias de Dios!...
Miré la curva triste de su torso veloz
como si revelase el misterio del mundo.

FERNANDO PEREDA.

1923.

DE CRÍTICA

Sobre "Crítica Negativa" de Nicolás Coronado

Dichosa orientación la que mueve a preclaros cultivadores del arte de "Clarín" a internarse por las vías rectas y simpáticas de la bien entendida crítica literaria, porque sirve para poner de relieve los verdaderos valores, de aquellos que, vagando detrás de una soberbia y alentadora quimera de superiorización espiritual, se han dado de lleno a cultivar el arte de Erato o de Talía, o se han internado en las quisicosas de la crítica militante o de las especulaciones históricas o sociológicas. Como muy bien me lo decía Daniel Martínez Vigil, un espíritu claro, el crítico, para juzgar a los autores de valía, debe sentirse con plusvalía propia; agregando, que para él, la crítica "era una de las actividades más difíciles del arte literario, pues lo es, a no dudarlo, aquella que consiste en extraer el oro de la belleza de la aleación de la poesía o de las escorias de la prosa." Muy simpáticas y atinadas son estas reflexiones del escritor amigo; esa sería la verdadera orientación que supone el dedicarse a la honrosa profesión a que diera fama el inmortal Leopoldo Alas. Pero, por desgracia nuestra, y de las letras en particular, no todos entienden que la misión del crítico debe ser ésa, y esgrimen la férula magisteriana como un bisturí, que tiene por única misión destruir, disecar, pulverizar la obra que ha tenido la desdicha de caer en sus manos. Ávidos de descubrir defectos y de solazarse con pretendidos errores, son incapaces

de comprender el viejo adagio que nos dice que es de humanos el error: pero para los Zoilos y los Hermosillas, no cabe esta sabia premisa. No conciben que, como producto del ingenio humano, toda obra tiene que ser necesariamente imperfecta, pues imperfectas son nuestras facultades intelectivas, ya que la naturaleza no ha dotado a todas sus criaturas con el mismo poder de asimilación de las realidades ambientes, ni ha colocado en sus organismos órganos igualmente perfectos. En el individuo todo es relativo; sus sensaciones, sus estados de espíritu, llevan inevitablemente el sello indeleble de sus respectivas personalidades. Ya lo dijo de otro modo, pero con impecable verdad y donosura, el clásico autor de "Las Doloras", en los conocidísimos versos: "Y es que en el mundo traidor, nada es verdad ni mentira", etc.

El doctor Ernesto Quesada, eminente historiador argentino, me decía no ha mucho, al disentir conmigo en una apreciación crítica: "Nada hay más interesante que la pintura de la vida, en su proteiforme variedad: ancho campo tienen todos los temperamentos para aplicar sus personalísimas condiciones a tan seductor estudio. Ciertamente el *homo sum* del viejo Terencio es exactísimo, por más que le confieso que gusto de ver concretadas las preferencias a lo propio como raza, como tierruca, como mentalidad. Pero, ante todo y sobre todo, la cualidad soberana en un escritor, antójaseme ser su sinceridad: en lo que el autor considere ser la verdad, en lo que el lector crea es el error, la sinceridad salva siempre al novelista, al crítico, al productor intelectual." Muy interesantes son, a mi juicio, estas líneas del doctor Quesada, pues de ellas se desprende que el factor individual, diferencial, debe ser tomado muy en cuenta en el decurso de una exposición literaria cualquiera. No es que las diferencias fundamentales ambientes, de individuo a individuo, de sociedad a sociedad, sean como una es-

pecie de salvoconducto para cometer las mayores abominaciones literarias y los más grandes delitos de lesa gramática; entiendo que las diferencias esenciales de la sensibilidad y de las condiciones intelectuales, emocionales y morales, que forman el alma o la psiquis de cada sujeto, los coloca en distintos puntos de mira, pues han debido colorir su retina con el reflejo de sensaciones igualmente diversas, a que se han visto expuestos en su paso por la vida.

El crítico no debe olvidar estas características personalísimas; como no debe olvidar que él, a su vez, es un producto del ambiente, y que va a aportar a los comentarios sobre las obras ajenas su manera de ver las cosas, también personalísima, que es laudable si tiene un valor primordial: el de la sinceridad. Pero cuando se critica con un propósito deliberado, con una mala fe evidente, entonces, los que a nuestra vez juzgamos de su labor, no podemos menos de decirnos que el crítico obra obedeciendo a móviles subalternos, ora sea por odio hacia el criticado, ora por medro personal, o para crearse una situación espectable en el coso de las letras, armando algazara y haciendo gracias, como el "clown" busca el aplauso fácil con sus piruetas estudiadas. Tal lo que acontece con la "Crítica Negativa" de Nicolás Coronado, que, según el decir del erudito crítico señor Juan Torrendell, "no se ha contentado más que con blancos de altura", para darse mayor tono y significación. En efecto: en ese libro se pone en la picota a muchos de los más significativos escritores del Río de la Plata, entre los que citaremos a Víctor Pérez Petit, Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Delfina Bunge de Gálvez y otros que considero ocioso nombrar. Agrega el crítico de "Atlántida", que "la tarea está preñada de dificultades, porque, en suma, esa clase de crítica, así reflejada, es vana y hasta cómica; fácilmente menospreciable en su pequeñez e insubstancialidad."

El reputado e inteligente escritor quiteño, mi estimado amigo Alejandro Andrade Coello, en su introducción al estudio sobre el artificioso Vargas Vila, expone su situación como procede: "Cortésmente lidiaré contra los que, no desposeídos de ılustración y bellas dotes intelectuales, quieren, por desvíos de escuelas, aparecer como corsarios de las letras... etc.". Yo, en este instante, me encuentro en el mismo caso que el escritor ecuatoriano. En nombre de la crítica honrada y serena, no puedo dejar pasar por alto este libro "negativo", que contribuye a concitar odios contra la crítica que en este caso llamaremos "positiva". Como mi concepto de lo que debe ser el crítico difiere en absoluto de lo que supongo entiende por tal el señor Coronado, creo de interés hacer algunas ligeras consideraciones sobre el asunto; no para disuadir al escritor argentino de que continúe cultivando el género o especialidad escogida, sino como una satisfacción de carácter íntimo, y en defensa de la crítica creadora y fecunda.

En el libro que lleva el sugestivo aunque ingrato título de "Crítica Negativa", raro es el títere que queda con cabeza: su autor, ya nos había sorprendido más de una vez con sus escritos, desde las columnas de "El Hogar" y "Nosotros", de Buenos Aires; digo sorprendido, puesto que a un escritor que sólo vive por y para la negación, poco o nada tienen que agradecerle las letras de su país, pues una obra negativa, en lugar de crear nuevos y eficaces valores, no tiende más que a demoler, lo que indudablemente es mucho más fácil que crear; y, lo que realmente nos decepciona, es que en este caso, el que cultiva la triste herencia de Fray Candil, no goza de personalidad suficiente como para colocarse al frente de los valores literarios de su país. No niego que el señor Coronado no carezca de inteligencia e ingenio: lo que creo a pies juntillas, es que el autor del libro en cuestión,

ha empleado muy mal sus dotes de escritor, dando un eficaz punto de partida a aquellos que se complacen en desprestigiar la crítica, basados, como en este caso, en comentarios como los del señor Coronado, escritos con una buena dosis de "parti pris" y con injusticia evidente los más de ellos; y otros, aunque acertados, no revelan al crítico habilitado para el "doble ministerio de justicia y orientación que le incumbe hoy día, quizás más necesariamente que en otros instantes de la evolución de la literatura ríoplatense."

Leyendo la "Divagación Preliminar" con que nos obsequia el escritor de "El Hogar", se echa de ver de inmediato, que no procede con sinceridad; pues nos dice, refiriéndose a su libro: "que en vano se buscará en sus líneas un rasgo de exaltación o de cólera..."; "Crítica Negativa" destila cólera por los cuatro costados, aunque endulzada, o diluída si se quiere, en sus páginas, por la aparente humildad que alienta en ellas, y que aparece a nuestros ojos como muestra de la más refinida unilateralización de criterio. En esa misma "divagación", el autor nos dice una gran verdad que es imposible desconocer, y que me complazco en poner de relieve, como muestra del talento del señor Coronado; dicen esas líneas: "Cada uno es como es, y hay que tolerarme. Mis pequeños desahogos literarios no alterarán el ritmo de la naturaleza, indiferente y fecunda. Los astros seguirán esparciendo su luz a pesar de todo." Es la única verdad que contiene todo el libro, según tengo entendido ya se le ha dicho al señor Coronado, y es en virtud de ella que quedan vindicados los escritores censurados por el autor.

Si el señor Coronado se concretase a comentar asuntos de su tierra y libros de autores argentinos, no hubiera preocupado nuestra modesta atención con el barbarismo que dice el señor Ricardo Rojas ha te-

nido la desgracia de cometer en las tres mil páginas de su obra, ni sobre el acendrado catolicismo de Hugo Wast, como tampoco nos hubiera interesado mayormente "La Tragedia" del señor Gálvez; dicen por ahí que al buen callar llaman Sancho, y yo, en este caso, no hubiera osado entrometerme en esos asuntos regionales: allá, en la Argentina, hay buenos críticos capaces de darle una rotunda lección al iconoclasta. Pero es el caso, que el señor Coronado arremete, lanza en ristre, contra uno de nuestros más prestigiosos literatos, el doctor Víctor Pérez Petit, en ocasión del reestreno de su "Príncipe Azul", en el teatro "Liceo" de la vecina orilla. Si Coronado se limitase a señalar defectos o a comentar virtudes, en su labor crítica, no hubiese hecho otra cosa que cumplir con un estricto y primordial deber de honradez literaria; pero no ha sucedido así; y so pretexto de hablarnos de "El Príncipe Azul", nos enzarza una serie de consideraciones fuera de lugar, que no tienen el más mínimo andamiaje que las fundamente, todo ello enhebrado de burlas, sátiras y ataques personales, que revelan hasta al más lego un inexplicable rencor contra la personalidad literaria del escritor uruguayo. El señor Coronado sabrá los motivos de malquerencia que tenga para con el doctor Pérez Petit; pero nosotros, a fuer de sinceros, vamos a decir, en honor a la verdad, lo que ese desahogo literario representa.

Coronado se permite dudar del "talento" del doctor Pérez Petit, y gusta representárselo, según propia confesión, "deambulando por las calles de Montevideo, joven y orgulloso de sus preocupaciones literarias... etc.", y agrega que, con el andar del tiempo, "estrenó "La Rondalla" y fué sucesivamente publicando versos, novelas, artículos y hasta fundó vagas revistas literarias..."

Este lenguaje despectivo, le sienta muy bien al crí-

tico: así, dudando del talento de los demás, él se nos presenta como un hombre de talento superior. Así también, reventando en globo a quien ha escrito versos, novelas, críticas, dramas, etc., él, que no ha escrito nada elogiable aún, parece un espíritu enciclopédico. Pero no nos detengamos en ello. El señor Coronado puede tener sus opiniones particulares, y, cuando su crítica disiente de la opinión que numerosos escritores han vertido sobre el doctor Pérez Petit, su varapalo puede resultar el aplauso consagratorio que faltaba. Vengamos a esa palabreja que parece encantar al crítico.

¿Qué entiende el señor Coronado por "vagas" revistas literarias? Empezaré por manifestarle que el doctor Pérez Petit no fundó "revistas", así, en plural, sino una sola, la cual seguramente el señor Coronado no debe conocer ni de vista, pues son muy raras las colecciones que se conservan de "La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales", que trasunta uno de los más intensos movimientos literarios que registran los anales de las letras americanas. Dice Torrendell a este respecto: "Audacia desde luego, se necesita para cometer la manifiesta injusticia de ocuparse despectivamente del notable escritor uruguayo, autor de excelentes obras de arte y crítica, literato de vastísima cultura y uno de los fundadores de la inolvidable "Revista Nacional", que no tuvo nada absolutamente de "vaga", puesto que caracterizó una época intelectual de Montevideo, etc.". "La Revista Nacional" acogió en sus páginas las producciones de los más brillantes ingenios de ambas márgenes del Plata y aún de Hispano-América. Desconocer esto, importa tanto como negar una verdad axiomática. Pero en esto también el crítico argentino puede permitirse un rasgo de originalidad, afirmando lo que contradiga el sentir de todos. Digamos solamente que en esa "vaga" revista, fueron insertas muchas de las

más brillantes páginas de su codirector, el eximio José Enrique Rodó, quien, más tarde, alcanzaría con ellas precisamente el renombre y la admiración universal. En esta "vaga" revista publicó el doctor Pérez Petit aquella serie de estudios sobre los nuevos escritores que entonces imponían su reyecía en el mundo intelectual, estudios que, reunidos luego en forma de libro bajo el título de "Los Modernistas", lograron para su autor el aplauso de algunos que saben un poco más de arte y de letras que el señor Coronado.

Por lo demás, el mismo señor Coronado se encarga de descubrirnos la sinrazón y temeridad con que ataca al doctor Pérez Petit, cuando nos da a entender que no hay nada que valga de lo que ha publicado en "un total de treinta volúmenes". ¿El señor Coronado ha leído esos treinta volúmenes? Pues ha realizado un estupendo milagro. Ni los más íntimos amigos del doctor Pérez Petit pueden vanagloriarse de haber leído esos treinta volúmenes. Y la razón de ello no puede ser más sencilla: el doctor Pérez Petit no ha publicado, entre libros y folletos, arriba de catorce volúmenes. Lo demás de su labor, lo conserva inédito.

Lo que ha pasado en realidad es esto: en uno de los últimos libros dados a publicidad por el escritor uruguayo, apareció en la anteportada la nómina completa de las obras de Pérez Petit; pero en la imprenta descuidaron distribuir los publicados y los que aún no habían sido dados a la prensa; y el señor Coronado, con esa buena fe que él mismo nos revela, dió por leídos todos ellos, y así, en bloc, los clasificó de malos. Este traspiés del crítico argentino basta para descubrir a los lectores el valor y significación de sus ataques y demasías.

El señor Coronado se admira también de que en algunos de esos volúmenes se hayan recopilado hasta tres obras de teatro. El crítico de "El Hogar" debe

ser muy mal observador: tengo al alcance de mi mano algunas obras de don Jacinto Benavente, y puedo anotar, que el insigne dramaturgo español ha publicado sus obras a razón de tres y aún más por volumen; Martínez Sierra, como Linares Rivas, los hermanos Alvarez Quintero, etc., acostumbran a publicar una sola comedia en un volumen; pero, al dar a las prensas la edición de sus obras completas, hacen lo que todo el mundo, y lo que ha hecho el escritor uruguayo, es decir, imprimir varias obras en un volumen. ¿Qué delito hay en ello?

Coronado afirma en párrafos posteriores que Pérez Petit "vive en literatura, que camina en literatura, etc., etc.". Esto me revela, de una manera definitiva, que el articulista no conoce al aplaudido autor de "Entre los Pastos". Nada más antojadizo y contrario a la verdad que esas aseveraciones. El doctor Pérez Petit es, precisamente, uno de los pocos escritores uruguayos que no "posan" para la literatura. Vive encerrado en su casa y muy pocos son los que llegan hasta él. No pertenece a círculos ni camarillas; no va al café literario siquiera; no habla jamás de literatura. Para verle, para arrancarle una opinión, para tratar con él de asuntos de literatura, hay que lograr primero su amistad y asediarle después. Hablará de arte con Vaz Ferreira, con Zorrilla de San Martín, con Martínez Vigil y otros así, como antes hablaba con Rodó; pero, créalo el señor Coronado, con las demás personas, con los coronados y no coronados, habla de cualquier cosa, menos de literatura. En cuanto al círculo de amigos íntimos, a ese núcleo de amigos que rodea al doctor Pérez Petit, sin estar constituído por un "chauffeur, un mozo de tienda, un anarquista y un vendedor de quinielas y redoblonas", como el del señor Coronado, según propia confesión, lo constituyen personas de nuestra sociedad, desvinculados por completo del movimiento

literario: esto en cuanto a sus amigos habituales. Pero aquí, antes de pasar adelante, se me antoja que el señor Coronado ha cometido un error imperdonable al contar entre sus amigos a "un vendedor de quinielas y redoblonas". Hasta ahora, yo conocía sólo corredores, e individuos que llevaban jugadas de quinielas y redoblonas, pero, debo confesar que ignoraba que las quinielas y redoblonas se vendiesen. En adelante, modificaré mi criterio al respecto. He hecho esta pequeña observación, que carece en absoluto de importancia, siguiendo la "vía" crítica del señor Coronado. Después de leer su libro, es indudable que se me ha "pegado" algo.

Para no hacer muy extensas estas ligeras consideraciones sobre la personalidad del doctor Pérez Petit juzgada por Coronado, diré, que a la opinión del crítico de "El Hogar", prefiero las de Julio Cejador, Miguel de Unamuno, Martiniano Leguizamón, Francisco Villaespesa, Juan Torrendell, Manuel Bueno, Mas y Pi, Eduardo Ferreira y tantos otros reputados escritores, que han juzgado con elogio la brillante personalidad del creador de "Los Modernistas".

Antes de terminar, me permitiré hacer algunas pequeñas observaciones de carácter general, que el señor Coronado me perdonará.

El léxico que emplea el crítico de "El Hogar", no es un dechado de perfección y de belleza. Dice, en su artículo sobre "La Ola", del poeta mejicano señor Médiz Bolio: "Entiendo por drama de ideas, *aquel, en el cual, el autor...*". Este giro no acredita a un crítico severo. Además, el señor Coronado hay veces que no puede sustraerse al censurable procedimiento de los lugares comunes, como en el caso de las "campiñas", que para él son siempre "rumorosas", y que para mí, valen tanto como los "murmurios", sean del tipo que fueren, con que nos obsequia el señor Vicente A. Salaverri en "El hijo del león" o en "El hijo

de El León''. El señor Coronado, además de lo de ''campiñas rumorosas'', que repite en la página 100 de su libro, nos dice que ''el valor intrínseco es la moneda de la inmortalidad''. Si Perogrullo viviera, es indudable que el señor Coronado reivindicaría para sí la gloria del descubrimiento. Y, para terminar, diré que el autor de ''Crítica Negativa'', bajo una actitud beatífica y a menudo ingenua, que pretende pasar por ironía fina y sutil, quiere, a nuestro entender, renovar la manera de los ''Paliques''. Pero, bien se advierte que no llegará, pues a pesar de que el señor Coronado no carece de ingenio, no tiene ni la preparación, ni la inteligencia, ni la autoridad que hicieron la gloria inmarcesible de 'Clarín''.

Y ahora, querido lector, vaya esta breve postdata: he escrito lo que antecede por puro ''dilettantismo''; no por odio personal, contra una persona que me es desconocida en absoluto, ni porque el señor Coronado me haya hecho el honor de apalearme alguna vez. Las cumbres no descienden a cultivar el trato de las lomas; pero, desgraciadamente, a veces se enceguecen con el brillo de las nieves eternas.

ALFREDO S. CLULOW.

Julio 11 de 1923.

COMO UN ARO DE SÁNDALO

Carne de las mujeres, fragante carne de oro,
hecatombe en que mueren mis dolientes sentidos;
entre mis dedos griegos gentilmente desfloro
como rosas de otoño los senos florecidos.

Amo la carne rubia más que todo el tesoro
que se encierra en las arcas de los favorecidos,
la carne me entristece, con ella sufro y lloro,
pero tras ella corro, como los poseídos.

Ante un cuerpo vendido mi dolor es profundo,
pero como ellos hacen la delicia del mundo
mi pobre carne flaca arde como un carbón.

Cuando supo mi boca de la miel femenina
me alcé vibrantemente y en la loca hornacina
como un aro de sándalo tiré mi corazón.

ARTURO TORRES RIOSECO.

DOS CAPÍTULOS

DON QUIJOTE

En toda la extensión de mis lecturas destaca la figura de Don Quijote como la de un semidiós, hijo de humana naturaleza, con su fuerte y original ideología. No conozco nombre alguno creado por la genialidad humana que represente y sugiera con más eficacia y precisión el verdadero carácter de los espíritus esencialmente idealistas, que el bueno y generoso personaje del ilustre Manco de Lepanto, en su simbolismo sublime. Con rasgos aislados podrá haber muchos que lo igualen y hasta superen. Veremos en unos más perfección estética; en otros, más exacto sentido limitado de la verdad, que representan, más concisión y poesía, y aún, menos difuso divagar por senderos no siempre acatados por la crítica; pero, ningún personaje novelado más humano y universal que Don Quijote; ninguno que sugiera más nobles ideales en su actitud de defensor de los derechos hollados y la justicia escarnecida; ninguno más intrépido y generoso que él—y con generosidad espiritual, que es la más grande de las generosidades—frente a todas las negaciones materialistas en pugna con sus ideales de loco iluminado y andariego.

"Ariel" es otra cosa; pues, aunque represente "en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu", como lo quiere Rodó, y aún cuando sea, asimismo, como lo es para él, "el imperio

de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado de la acción", su misma espiritualidad y su vaguedad ideológica lo alejan de las masas humanas que es el medio de acción de Don Quijote. Don Quijote es lo universal, el espíritu idealizado de la humanidad en sus más nobles aspiraciones é ideales, como Sancho es parte de la masa oscura de su pueblo con todos sus defectos y todas sus cualidades.

He dicho que "Ariel" es otra cosa, porque el sentido real, vivo y humano del Quijote, está más próximo, más encarnado en la arcilla humana que el simbólico y espiritual hijo de Shakespeare, al servicio del viejo mago de "La Tempestad". "Ariel" es todo simbolismo, todo vaga abstracción, ideológicamente concebido en un estético espiritualismo sin el caudal de humana y palpitante vida que nos ofrece Don Quijote; porque éste sí, es viviente realidad, carne viva; carne de nuestra propia carne y con nuestra propia naturaleza, aun cuando nosotros, en las prácticas de la vida, nos sintamos mil veces inclinados a practicar acciones que son la negación de todo noble y generoso ideal, pues por algo es él superior arquetipo de la humanidad.

Todas las evoluciones humanas han sido siempre el fondo de la visión de un espíritu idealista, en lo que hemos llamado un visionario; porque todas ellas antes de pasar a la realidad, antes de hacerse carne a los ojos de las incautas multitudes, y, desde luego, mucho antes aún de arraigar en el espíritu de los pueblos, han vivido, a veces, muchos lustros en el cerebro calenturiento y más de una vez menospreciado, del que hoy llamamos con admiración un idealista. No importa que muchos de ellos hayan practicado luego materialismos negativos; en su fondo, originariamente, todos ellos, los precursores, los visio-

narios, sintiéronse impulsados por un dinámico idealismo.

Un como fuego sacro anima a estos espíritus de selección, Quijotes enamorados de una idea, hasta conducirlos a la meta de sus aspiraciones. Lo que en la penumbra de las masas humanas es enigma impenetrable, se torna en estos cerebros, luz meridiana en la impalpable lejanía de los tiempos. Tienen el don de las prolongaciones espirituales en la historia humana y son ellos los únicos profetas de las civilizaciones superiores, aunque no los ilumine la luz divina cuando el genio decora sus cerebros. Y doquiera surja un idealista, veréis como siempre toma, consciente o inconscientemente, el sendero del iluminado Don Quijote, el que vivió con su escudero en un eterno diálogo sobre el ideal, el interés y la vida.

IDOLOS E IDEALES

Interesante página sería la que un pensador desposeído de estrechos sectarismos, podría darnos sobre ídolos e ideales. Son ídolos para una parte de la humanidad los sentimientos que son ideales para otra y viceversa. ¿No cabe, pues, fijar en qué radica la diferencia real de los unos sobre los otros? Francamente, tarea es esa cuya realización es imposible, porque todo lo que hoy es ideal viviente de nuestra cvilización—descartado, desde luego, el ideal religioso, que está con Jesucristo divino y humano, por encima de toda banal literatura—será mañana alternativamente valor caduco y valor positivo en la perspectiva inapreciable de los siglos, ya que la mayoría de aquéllos no representan más que un breve momento en la historia de los humanos.

¿Cabría argüir que el culto de los ideales conocidos, a veces gastados, repudiados otras, significa ca-

rencia de real personalidad, pues almas así espiritualmente formadas por extrañas influencias, poco pueden aportar a los más grandes ideales que van elaborando en los pueblos en permanente gestación, su verdadera personalidad colectiva? ¿Cabría negar eficacia a la contribución que cada uno aporta a la sociedad de que es parte? De ninguna manera; pues por el contrario, pienso que si es la ruta de los elegidos, de los que llevan en el cerebro la luz encendida de los inmortales, la que marca el derrotero a la mayoría de los humanos, en cambio, es de la diversidad de doctrinas y de la concepción de los más opuestos ideales que surge viva y palpitante esa personalidad colectiva.

* * *

La vida está hecha, indudablemente, de realidades e ilusiones, y acaso sería mejor aún decir, que se va desenvolviendo con ellas; pero como las unas y las otras, siguiendo una ley que los materialistas juzgan ineluctable en el sentido práctico y positivista de la vida, tienden a excluirse mutuamente, en saberlas combinar y darles cohesión más o menos forzosa o conveniente está el más trascendental problema para la dicha humana. Y aunque los desencantos lleguen haciéndonos amarga la existencia, el alma sedienta de ideales guardará siempre en su fondo, como violada caja de Pandora, una eterna esperanza. Y es que nunca es bueno vivir sin un pequeño caudal de caras y amables ilusiones, sin *ídolos* inofensivos que, si un día inesperado mueren, es casi siempre para ceder su puesto en el alma ingenua de las criaturas a un nuevo y pequeño dios terrenal que se yergue triunfante en las extensas latitudes del alma.

¿Por qué hemos de ocultar nuestra devoción o nues-

tro afecto a grandes y sencillos ideales que sentimos en la conciencia; a santas y puras ilusiones que nos animan y estimulan, si ellos—fuerza es confesarlo—forman el ánima imponderable de nuestras más caras y nobles inclinaciones y de una felicidad huraña e inconquistable casi siempre, pero no por eso menos anhelada y perseguida?

Afirma Maeterlinck en un interesante capítulo de su admirable obra "La Sabiduría y el Destino" que "el alma no es, sin duda, sino el más bello deseo de nuestra inteligencia. Y Dios a la vez, acaso no es, sino el más bello deseo de nuestra alma." Hay en este pensamiento de manifiesta incredulidad religiosa, un dejo de espiritual misticismo, una implícita confesión de la necesidad de forjar ideales para la vida, aunque los hombres se tilden con el mote de idólatras y fetichistas los unos, de escépticos, positivistas y retardatarios los otros. De lo que se deduce, que lo que importa es amar con altura y abnegación; creer, tener fe en el ideal escogido para la devoción y el sacrificio, no decir que se ama y conservar el alma fría, huérfana del noble sentimiento que todo amor o inclinación profundos engendra en las almas bien nacidas, porque, entonces sí, nuestro culto será un culto fetichista, y nuestra actitud la de un hipócrita impostor.

Forjemos, pues, ideales para la vida y animados por un soplo de propulsor dinamismo, sea nuestra suprema aspiración la conquista de los más nobles y puros.

MANUEL AGUIAR.

LA MUERTE DE LOS TROVADORES

Novela del siglo XIII

La historia de la conciencia americana es la historia de la conciencia europea, pero esta historia común sólo está en Europa.

CAPITULO I

El agua de vida

Maese Teodoro Rodelet era célebre por sus curas, no sólo en Tolosa, ciudad de su residencia, sino también en todo el Languedoc, tanto en el Languedoc propiamente dicho, como en la Provenza, el Lemusin, el Delfinado, la Auvernia, el Rosellón, la Guyena y esas demás tierras del Sur de Francia, unidas más que por una lengua común, por un común monosílabo: *OC*. Y era célebre Rodelet, desde Limoges a Carcasona, desde Tarves a Bezier, Foix, Nimes, Narbona y hasta la misma Montpellier, emporio de la medicina *ubi font est artis phisicae,* que ya se insinuaba heredera de Salerno, la *Civitas Hippocratica.*

Al igual de casi todos los sabios de aquel incipiente siglo XIII, era Rodelet un espíritu universal, sumergido en la suma de los conocimientos. Pudo decirse de él, como años más tarde había de decirse de Alberto el Grande: *magnus in magia, major in philosophia, maximus in theologia.*

Pero no era un estéril solitario de la sabiduría, un hermético. Estaba modelado en el reverso. Diríase un puerto abierto a todas las rutas; puerto de salud ha-

cia donde bogaban, impelidas por la esperanza, todas las barquillas de la humanidad doliente. Mezcla de charlatán y de conocedor real de algunos misterios de la Naturaleza; mago a veces; herborista casi siempre; docto en sangrías; partidario decidido de los purgantes suaves, según la escuela árabe; celebrando consultas a menudo con las sombras de Hipócrates y de Galeno; ya leyendo sus diagnósticos en las orinas, según las reglas de la uroscopía, ya penetrando los misterios de la enfermedad con un golpe genial de intuición clínica, Rodelet era una necesidad social.

Habitaba, como muchos de los burgueses enriquecidos de Tolosa, una casa-castillo, algo semejante a las fortalezas erigidas en los campos por el señor feudal. Tolosa, como las demás ciudades libres del Languedoc, abundaba en aquellas fábricas de piedra, coronadas de cuadradas torres, adarves, almenas y demás arreos de una arquitectura de fuerza. Moléculas del Todo urbano, células que se habían asociado para formar el cuerpo de la ciudad, esos castillos o casas-fuertes tenían energía propia, individual. No se sabría si se miraban torvamente, enseñándose los dientes, o si se habían congregado para constituir una fuerza de cohesión capaz de oponer un núcleo vigoroso contra comunes enemigos. Tal vez una y otra cosa. Para el enemigo de fuera casi bastaba la cintura de piedra que envolvía el conjunto de la urbe, muro donde se estrellaban el poder del rey de Francia y el poder moral del Papa, ese terrible poder de la Iglesia que abatía las cabezas de los emperadores. Dentro de la ciudad, el burgués tenía que defender fueros y prerrogativas de su carta-puebla, a que hoy llamaríamos *self-government*. ¿Contra quién? Contra el egoísmo virtual del burgués de enfrente, y hasta quizá del instinto ancestral del propio conde, cabeza coronada de la autoridad de la República. Y en la to-

rre del castillo de cada burgués, velaba el derecho con el arma al brazo.

Pero en la torre del castillo de Rodelet, en vez del centinela de hierro, velaba el genio de su dueño sobre la salud de la ciudad. Vedle allí, entre sus matraces y tubos de alquimista, entre sus herramientas de quirurgo, pues no desdeñaba cultivar el arte bastardeado por los barberos; vedle entre sus potes y redomas, embargado ahora en la contemplación de una nueva maravilla.

Sonríe.

Pero su sonrisa se ha cortado bruscamente. Es que acaba de penetrar en la torre, un severo censor. Porque Rodelet, oráculo de la ciudad, tiene un censor severo, un contradictor implacable. Y no es, como fuera de suponer, un sabio colega. Este censor es un ser dulce, delicado, de graciosa cabeza apenas asomada a la vida. Es Aurea, su hija Aurea.

Tení Aurea diez y ocho años. Pero contrastando con tanta juventud, ardía en sus grandes ojos negros, una llama singular, en la que parecían madurar prematuramente los frutos de su espíritu. Quizás el ejercicio continuado de las prácticas piadosas y su familiaridad con las cosas santas, era lo que imprimía a sus palabras una profundidad chocante.

Aurea miró silenciosamente a su padre. Luego detuvo la vista en un aparato extraño que estaba ante él. Era una retorta sobre un brasero encendido, y de la retorta emergía un largo tubo retorcido en tal forma que describía la línea arbitraria y loca de una serpiente epiléptica.

Rodelet fué el primero en hablar.

—Hija mía—dijo—llegas en un momento muy hermoso. ¿Ves ese líquido que cae gota a gota de la extremidad de ese tubo? Es *agua de vida.*

Era alcohol, que agua-de-vida llaman en lengua de Oc y lengua de oil. La joven replicó:

—Decid más bien *agua de muerte*, padre, porque estoy segura que eso también os lo han enseñado los judíos.

—Has adivinado, hija mía,—contestó Rodelet. Esto también lo debo a esos buenos y sabios amigos que tanto me han enseñado. Ya ves que no lo oculto. A lo mucho que les debía, es preciso añadir ahora el arte de la destilación. Y no sólo me lo revelaron con sus bocas, sino que me ayudaron con sus manos a aderezar este aparato que aquí ves, y al que llaman alambique.

—¡Esas mismas bocas colmaron de improperios al Hijo de Dios; esas mismas manos lo crucificaron! — exclamó la joven con exaltación. Abandona, padre — añadió suplicante — abandona la compañía de esos hombres, en la que endureces el corazón y pierdes la divina gracia!

¡Cuánto más grande hubiese sido el piadoso horror de Aurea, de saber que la ciencia de esos judíos no era cosa propia; que tenía una procedencia por la cual se duplicaba la impiedad! Los judíos, en efecto, no eran sino simples intermediarios, aunque aplicaban—fuerza es reconocerlo—gran celo en el comercio de esa mercadería intelectual, acicateados por la necesidad de defender su posición en tierra de cristianos. Su ciencia procedía del mundo árabe, extendido frente a Europa como una línea de batalla. Procedía, pues, de aquellos odiados sarracenos, adoradores de Mahoma: de aquellos malditos infieles contra los cuales la Europa cristiana había desatado desde un siglo atrás la tempestad trágica de las Cruzadas. ¡Las Cruzadas! ¿De qué habían servido a la cristiandad esas gigantescas aventuras guerreras organizadas por los propios Papas? A pesar de ellas, y tal vez ¡oh sarcasmo! debido a ellas, la Media Luna árabe había hendido con un haz de rayos la inmensa sombra proyectada por la Cruz sobre el suelo de Europa. Ver-

dad que la Media Luna irradiaba una luz tenue; pálido resplandor lunar; luz de satélite, en una palabra: el sol habíase hundido siglos antes con Grecia, con Pérgamo, con Alejandría, de cuya sabiduría la ciencia árabe era un reflejo. Pero esa tenue luz era luz al fin, y había herido el espíritu de muchos cristianos, particularmente en el Languedoc.

Uno de esos rayos había penetrado en la torre de Maese Rodelet. Un ojo perspicaz hubiese podido verlo escintilar en los intrumentos de cirugía, rudos hijos probablemente del acero de un alfanje o de una cimitarra; saltar luego de los potes de ungüento a las redomas de jarabe; quebrarse después en algún viejo infolio del griego Aristóteles, resucitado por los árabes, o en el canon del médico árabe Avicenes; y aguzándose un poco, ese mismo ojo hubiese podido ver, cabalgando en el rayo lunar, a un duendecillo, mensajero de la magia y la uroscopia, de la astrología y el ocultismo orientales.

Viendo que Rodelet, ante las últimas palabras de su hija se había encogido levemente de hombros, disponiéndose a atizar el fuego de su alambique, Aurea pronunció gravemente estas palabras:

—Padre, no sois un buen cristiano.

Rodelet se volvió lentamente y abogó con displicencia:

—¿Por qué? ¿No soy acaso de las pocas personas distinguidas de Tolosa que no se avergüenzan de cumplir con sus deberes piadosos? ¿No concurro ostensiblemente a todas las ceremonias del culto cuando mis ocupaciones me lo permiten? Y harto sabes que todo esto menoscaba mi fama, no sólo en Tolosa, sino también en Bezier, en Carcasona, en Albi, sobre todo en Albi! ¿Puedes decir con justicia que no soy un buen cristiano?

Lo exterior, lo físico de la religión alcanzaba entonces para llenar las necesidades espirituales del co-

mún de los fieles. El pan eucarístico se masticaba... Así Rodelet, había dado razones demasiado materiales para piedra de toque de celo religioso. Pero Aurea, quien a fuerza de volver los ojos y el corazón hacia el cielo, había adquirido el don de las alas, dijo a su padre:

—Todo esto destruye todo eso que habéis dicho.

Y señalaba, hablando así, los materiales de trabajo y los viejos infolios de Rodelet.

El médico replicó con calor:

—Pues te equivocas, te engañas profundamente! Todo esto me sirve para llenar de una manera excepcional mis deberes de cristiano. ¿No es la Ley del Señor amar al prójimo? Pues bien, hija mía, todos estos desvelos que yo me tomo, todos estos trabajos y estudios tienen una finalidad de amor al prójimo, pues gracias a ellos me es dado aliviar algunos males, curar algunas enfermedades de nuestros semejantes.

—Padre—replicó Aurea—el poder de curar no se adquiere así. Es don de Dios. Recordad cómo curaba Jesús. Le bastaba levantar la diestra y decir al paralítico: ¡anda!, al ciego: ¡ve!, al leproso ¡límpiate! Y el paralítico andaba, el ciego veía y el leproso se limpiaba de sus pústulas y lacras.

Rodelet inclinó la cabeza meditativo. Y dijo luego, como monologando:

—Al paralítico le curaré con ese espíritu pyrocético, que tal es el verdadero nombre del agua-de-vida; al leproso con esos ungüentos que allí están; y al ciego...

La palabra expiró en sus labios. Una sombra, como la que desciende sobre los ojos de los ciegos, anubló la frente de Rodelet. Y éste, después de un largo rato, dijo con acento de dolorosa impotencia:

—Al ciego, sólo lo cura Dios...

—¡Ay, padre, perdonadme, pero yo creo que nada podréis curar por vos mismo!—dijo Aurea con tanta

dulzura que parecía querer neutralizar mediante tan tierno acento, tan desconsoladoras palabras. Y añadió:

—Sólo Dios cura, padre; y si alguien en la tierra ha merecido algo de su divino poder, Dios lo ha legado a los santos varones que visten los sagrados hábitos. Por eso los sacerdotes son los únicos mortales que pueden curar nuestras dolencias.

Rodelet sonrió. Recordaba que cierta vez fué requerido para asistir al rey de Francia, quien se hallaba postrado por grave dolencia. Recordaba que cuando llegó a la Corte de Felipe Augusto encontró el lecho del encumbrado enfermo envuelto en una nube de sacerdotes-médicos, a cuyo frente se hallaba el célebre canónigo Rigord, a modo de médico de cabecera. Y habiendo relatado el episodio a su hija, cerró tal relato con estas palabras:

—El rey se moría... Y yo, yo solo, hice lo que todos aquellos ungidos del Señor juntos, no habían sido capaces de hacer. ¡Yo lo curé, hija mía!

—Os asistió la mano de Dios, padre,—dijo la joven con convicción.

—¿De manera—ironizó Rodelet—que Dios retiraba sus ejecutorias a aquellos santos varones, para distinguirme a mí únicamente, concediéndome, entre todos, el poder de curar al rey? ¿A mí, mísero seglar? ¿A mí, un discípulo de los judíos? No, hija mía. Cuando Dios quiere hacer un milagro, lo hace, pero nosotros—¡pobres hombres!—no somos nunca los instrumentos de su poder infinito. No nos necesita, ni para instrumentos!... Nosotros no podemos hacer más que aquello que hemos aprendido.

Inesperadamente la voz de Rodelet adquirió aquí mayor firmeza. Y exclamó con enérgico acento:

—¡Eso sí, podemos aprender mucho! No tiene límites lo que podemos aprender! ¡Y día llegará en que también aprendamos a hacer milagros!

Rodelet se irguió. Su alta figura parecía acrecentarse aún. Y un fuego que no era el de la fe religiosa; un fuego desconocido lo inflamaba. Era el fuego de una nueva fe que prendía en los espíritus fuertes de aquel caótico pero fecundo siglo XIII. Y prendía con fuerza extraordinaria, con vigor audaz. Era la fe en el hombre, en su grandeza moral, en la razón; era el Pensamiento que despertaba con la energía de la simiente caída en tierra virgen.

Aurea hizo un gesto que era de sorpresa y de consternación, al tiempo que exclamaba:

—¡Padre, he visto la soberbia brillar en vuestros ojos y la he oído restallar en vuestras palabras! ¡No olvidéis que Dios abate las cabezas que se yerguen y levanta las que se abaten!

No, no era soberbia la suya; era la expresión de un hondo sentimiento de dignidad. Y Rodelet contó a su hija, a manera de apólogo, de cierto siervo que había conocido en tierras de un barón. Era este siervo, modelo de su clase servil, trabajador y fiel. Y sobre dichas cualidades brillaba su humildad, como virtud específica de su condición de siervo. Pero un día este ser humilde levantó la cabeza, y fué un león. Acababa de saber que en sus venas bullía sangre de reyes.

Y comentó Rodelet:

—La humildad, su virtud de siervo, hubiese sido su baldón de señor. Su nuevo estado exigía una nueva cualidad: la contraria. Así yo, que conozco mi divino origen; que sé que esta llama que arde en mi cabeza es chispa de Dios, debo tener un profundo sentimiento de dignidad, de aprecio de mí mismo. No, no es soberbia la mía, querida hija; es la conciencia de lo que soy, de lo que puedo. Para que aprecies la omnipotencia de la razón, voy a recordar otro suceso del que también fuí testigo, y que ha dejado profundas huellas en mi corazón, tan profundas, que en las horas de desaliento, cuando siento flaquear las fuerzas de mi

cabeza, el recuerdo de aquel suceso me conforta y me sostiene.

Calló un instante Rodelet para aunar sus recuerdos. Luego preguntó:

—¿Sabes lo que es el *Sic-e-non?* Es el pro y el contra de las cosas, que maneja la razón según su voluntad soberana. Por el *pro,* la razón prueba que una cosa existe y que es de tal naturaleza; por el *contra,* si luego así le place, vuelve a probar con la misma evidencia que dicha cosa no existe, o que, existiendo, es de naturaleza contraria. ¿No es esto una prueba palpable del poder infinito y, por lo tanto, divino de nuestra razón?

Aurea abría tamaños ojos asombrados, y si creyó que un demonio se había metido en la cabeza de su padre, no se engañaba. Porque ese demonio hacía de las suyas en muchas cabezas de aquel tiempo, y era el mismo, seguramente, que siglos antes había tomado por asalto las cabezas de los sofistas griegos.

—Cuando estuve en París—prosiguió Rodelet—debido a la enfermedad del Rey Felipe Augusto, sentí curiosidad por oir a un tal Simón de Tournay, cuyo nombre era llevado y traído en lenguas de las gentes. Y concurrí a escucharlo en el Claustro de Nuestra Señora. Me parece que estoy viendo aquello. El claustro rebosaba de concurrencia, entre la que me indicaron a muchos extranjeros que habían ido a París desde lejanas tieras para oir la palabra de aquel célebre doctor.

Y contó Rodelet cómo el concurso hallóse suspendido de los labios del orador. Su palabra proclamaba la verdad de la religión de Cristo. Y jamás la verdad tuvo acentos más convincentes, ni el panegírico voces más sublimes.

—Cuando calló el orador—prosiguió diciendo Rodelet—reinaba tal silencio en el claustro, que un ciego

lo hubiese creído vacío. Todos nos sentimos transportados, suspendidos, deslumbrados.

Sin duda, el gran corazón cristiano de la multitud allí congregada, sintiéndose así tan magníficamente robustecida en su fe, latía con nueva confianza en sus destinos. Pero de pronto, rasgando aquel silencio como una espada hiende la carne, resonó de nuevo la voz del doctor. Y Rodelet, con el mismo fuego con que debieron salir de labios de Simón de Tournay, repitió éstas sus palabras:

—¡Oh, buen Jesús, buen Jesús, cómo he elevado tu Ley! ¡Pero si yo quisiera, podría con más facilidad rebajarla!

¿Cómo era posible tanta audacia resonando en las propias bóvedas de Nuestra Señora? ¿Cómo aquel auditorio cristiano podía tolerar que así se jugara con su fe, con aquella terrible fe que había hecho el sangriento milagro de las Cruzadas? Era que aquel doctor, si bien menoscababa la vieja fe, en cambio, robustecía una fe naciente; la fe en el poder de la razón humana. Y si una fe naufragaba en los mares de la dialéctica, en cambio se encendía un fanal sobre las olas, el que orientaba hacia un nuevo mundo espiritual.

Cuando Maese Rodelet hubo pronunciado las palabras rebosantes de soberbia de aquel audaz doctor, Aurea exclamó con acento de convicción profunda:

—¡Dios lo castigará, padre!

Nada respondió Rodelet; nada pudo responder. Al conjuro de las palabras de su hija cobró inesperado sentido en su conciencia, el fin lamentable que cupo al cerebro vigoroso de Simón de Tournay, quien se había vuelto idiota. Y a tal punto apagáronse las luces de su cabeza, que gran trabajo costó al hijo del célebre doctor hacerle aprender nuevamente el Padre Nuestro. Pero aquel desenlace, al que Rodelet no había concedido hasta entonces significado especial,

le acababa de presentar como un motivo torturante de duda. ¿Era el castigo de Dios del que había hablado Aurea? ¡Terrible sarcasmo el de Dios! Pero se guardó muy bien de hacerle saber a su hija este final; quería luchar solo contra la duda que casi le vencía... ¿A dónde había ido a dar su robusta fe en la razón humana? No olvidemos que Rodelet respiraba la atmósfera de aquellas épocas que hoy se ha convenido en llamar Edad Media, atmósfera saturada de religión, de sentimientos místicos, de preocupaciones supersticiosas, de terrores y beatitudes. Y aunque en su cerebro la simiente de la razón había germinado con fuerza, sus raíces eran demasiado superficiales, y la matilla audaz estaba a punto de ser arrancada de cuajo.

Rodelet callaba. Aurea, lejos de adivinar la tormenta desencadenada en la conciencia de su padre, atribuyó su silencio al deseo de dar por terminada aquella disputa, que no era más que un episodio en la larga y continuada acción en que chocaban sus espíritus. Pero no quiso abandonar el campo sin hacer un nuevo y tierno requerimiento. Entretanto el tubo sinuoso del alambique seguía vertiendo gota a gota, como con avaricia, el precioso espíritu.

Y dijo Aurea, lanzando al líquido que caía, una mirada de desprecio:

—¡Agua de vida, agua de vida...!

Y volviéndose a Rodelet:

—Agua de vida, padre, no existe más que una. Nuestro Señor la brindó a la Samaritana, diciéndole: "Aquel que beba de esta agua, no tendrá más sed por los siglos de los siglos..."

Y dejando tras de sí esas palabras, salió Aurea de la estrecha torre donde su padre se empeñaba en apartar de su boca el cántaro del Evangelio. Padre e hija no tenían otros motivos de desacuerdo. Una gran ternura los unía. Para Rodelet aquellos desacuerdos

eran solamente una pequeña cuestión de conciencia. Pero, sin embargo, ambos sentían que algo grande se iba interponiendo entre sus almas. Era que en aquel hogar se estaban librando las escaramuzas de una gran batalla: la batalla entre la fe y la razón, entre la religión y la ciencia.

CARLOS M. PRINCIVALLE.

GLOSAS DEL MES

Un discurso

Encuentro en páginas de tersura admirable—donde no anidará jamás el polvo del olvido—una frase hermosa como las diosas de Fidias; pura y plena de verdad como el alma blanca del niño, como la conciencia serena del bueno; fresca y lozana como flor de primavera recibiendo el beso del rocío bajo la diana del Sol.

"Amamos lo bello en su sencillez", afirmó un día radiante de entusiasmo el Genio de la Hélade Inmortal. Y el nuevo concepto—hostil a medida de tiempo y espacio—se esparció victorioso por el haz de la tierra e influye, aún hoy, en nuestro espíritu con la fuerza e integridad de las primeras horas.

Se diría que pasa sobre él—como sobre una estatua de mármol—el desplazar de los siglos: ennobleciéndolo sin destruirlo.

Yo invoco ese numen creador, *como expresión de causa* porque yo encuentro—dentro de los contornos nobles y sencillos de este acto—un alto significado de belleza, un alto exponente moral, que es mi anhelo destacar y enaltecer.

Sin negar el libre albedrío, creyente y devoto, por el contrario, de la actitud espontánea, yo os declaro, empero, señores, que es inclinación natural y necesidad de mi espíritu, percibir la razón de las cosas, hacer la filosofía de la voluntad, buscar el contacto con

el antecedente generador, con el elemento raíz e inicial de nuestra acción.

Es que, señalar atributos en la vida colectiva o individual es dar la razón de ser más profunda y sustancial de cada actitud. Es que detrás de cada hecho, detrás de cada acto, de cada página que enseña, o de cada palabra que exalta, aparece siempre como motivo determinante, lejano o inmediato: un pensamiento que crea, como aletazo de genio inspirador, o un corazón que palpita anheloso, como alma que se ensancha...

Así esta fiesta que ofrece el Colegio Nacional de Escribanos, conmemorando el 57.° aniversario de su fundación. Encierra, en la brevedad de sus líneas, un largo y prestigioso antecedente, que hunde sus raíces en la gesta de la Historia, vive las necesidades del presente e infiere hacia adelante en la medida en que lo actual puede influir y penetrar el alma incierta del Futuro. Y contiene, en contraste con la apariencia epicúrea que imprime formas a este acto, un inmenso caudal de valores morales; valores de una clase o gremio; el saber, la honradez, la verdad más absoluta,—triángulo sagrado del alto ministerio social que ejerce el escribano;—y valores de un carácter más general, numen y sustancia de una gran causa solidaria, síntesis perenne de armonía y amor, índice erguido por encima de las fronteras nativas, marcando un designio supremo y eterno: más fuerte que nuestra vida; más permanente que la vida de las generaciones: ¡la confraternidad argentino-uruguaya, señores!

Así, esta fiesta que ofrece el Colegio Nacional de Escribanos, tiene un significado particular y nacional: como exteriorización entusiasta del Notariado Argentino, que agrega, con júbilo, una página más al libro de oro de sus antecedentes ejemplares, estrechamente vinculados al progreso y engrandecimiento de esta gran República, honra y orgullo de todo un con-

tinente. Y representa, por la presencia en ella de la delegación uruguaya que tengo el honor de presidir, un exponente de mayor expresión moral, de exteriorización más comprensiva: la vibración intensa de nuestras almas hermanas, que modeló con gesto de dolor y sonrisa de gloria, la dura prueba de un mismo sacrificio; que nutrió y fortificó la conciencia de un mismo destino; que iluminó y guía como una antorcha siempre encendida, un ideal de grandeza y afirmación en el porvenir, palpitando al unísono en el corazón de nuestros pueblos!

Un ilustre argentino, que me honra con su amistad,—y con quien tengo establecida íntima convivencia espiritual, a través de sus libros y por virtud de mi afinidad para sentirlo y admirarlo—ha auscultado en lo hondo el alma de nuestro Pasado de Gesta y proclamado, con la alta autoridad de su palabra — que alcanza, como su pensamiento, elevaciones de cumbre—la unidad política y moral de los territorios, que constituyeron el antiguo Virreinato, bajo la égida del numen revolucionario de Mayo y del núcleo mayor, que representa, en el orden del tiempo y de la historia, su tradición heroica y su linaje principista.

Comprenderéis, señores, sin esfuerzo, que he hablado de don Ricardo Rojas, gloria Vuestra, gloria argentina y por argentina, gloria nuestra, gloria uruguaya; como vuestra y argentina también es la gloria de nuestro Rodó, el maestro de sano optimismo, el gran forjador de almas fuertes en la Juventud de América; el gran predicador de acentos cristianos con belleza y serenidad del mundo helénico, cual si hablase a sus discípulos, en una tarde del Pórtico, bajo el cielo de Grecia y el auspicio de Palas Atenea, la diosa de ojos azules...

Y bien, señores: Los hombres pasan. Las generaciones se suceden. El pensamiento se renueva. La vida de los pueblos, en cambio, es permanente.

Yo no sé qué suerte reservará el rodar incierto de los acontecimientos a la proposición del autor de "La argentinidad". Yo no sé si los ciudadanos del futuro de América, lo serán de una gran confederación que realice el sueño gigante de Bolívar; si los países de hoy, conservarán sus fronteras actuales; si la división territorial responderá algún día a la ley del determinismo histórico y serán reconstituídos, —formando grandes Estados—los núcleos que separó y caracterizó: primero, la conquista, y después el régimen colonial.

Yo no considero probable—ni menos próxima—la modificación del mapa político de América.

Mi credo actual es otro: creo en la unidad moral de América; creo en su futura grandeza y en su destino luminoso, cuando eje del mundo, cerebro pensante, nervio de toda actividad superior, sea el centro magnético de la civilización y el progreso universales; cuando su nombre señale un período de perfección en la vida de la sociedad; cuando su nombre se inscriba en el gran libro de la Historia, junto al de los pueblos escogidos,—directores de la Humanidad en su marcha incesante y eterna;—inmensa por el camino realizado, infinita por el espacio a recorrer.

La confederación política, desde Panamá al Cabo de Hornos, desde el Atlántico al Pacífico,—el sueño gigante de Bolívar—no la verán, quizás, realizada, las generaciones vivas. Si organizarla resultó difícil al Héroe epónimo, al genio inquieto del Libertador, y en la hora propicia de la infancia de América, porque obstáculo fué, ya entonces, el localismo que el régimen de los Cabildos nos legó y acrecentó la emulación de nuestros caudillos, la dificultad tiene que ser necesariamente mayor, en la época presente, cuando

al espíritu regionalista, — que aún subsiste y es *ley natural de accesión*—deben sumarse los intereses materiales creados por un siglo de existencia independiente.

Mi credo es otro: creo en la unidad moral de América; creo en nuestra tierra fértil, preñada de jugos nuevos; creo en nuestra cosecha abundante; creo en los trigales dorados de nuestros campos y en "el trigal divino de nuestro ensueño"; creo en nuestro patriotismo, en nuestra sensatez, en la conciencia de nuestra responsabilidad ante la historia; creo que no existen entre los pueblos de América más diferencias que las determinadas por una noble emulación de *ser* y *crear*: el que produzca más, el que trabaje mejor, el que aporte el caudal mayor de riqueza y prestigio a la causa del Progreso continental, será el preferido, el más digno, el más fuerte, el más respetado; para él serán nuestros vítores, nuestras palmas, nuestros homenajes; creo, en fin, señores, en la armonía superior de nuestras almas, en el concierto de nuestros intereses, en la paz inalterable de América, como en el reino de Dios...

Nuestro sentimiento de Patria es afirmativo: no niega ni excluye.

La unidad moral que proclamamos, el concepto de una magna Patria Americana, no son contrarios al espíritu nacionalista de cada región, al sentimiento de adherencia al suelo que evoca nuestro pasado — con su poesía del recuerdo;—que presencia nuestras luchas, nuestros dolores, nuestras ansias, nuestros afanes.

Es que, en el sentir uruguayo—y en el orden de su extensión moral en el espacio — la Patria se cierne por encima de la estrictez de las fronteras nativas,

para alcanzar y confundir, en una como gran confederación de espíritus, a todos los pueblos del Continente, hermanos por el origen solidario y el Ideal común, bajo el cielo sereno y sin nubes de América y el auspicio de la Cruz del Sur, abriendo sus brazos inmensos en prenda de Paz y Armonía!

Y si esta es la situación que ocupa el Uruguay en el concierto continental; y éste el sentir de mis compatriotas para los demás pueblos de América, ¿qué decir de nuestros sentimientos para con vosotros, hijos del noble pueblo de Mayo, ciudadanos de la gran Nación Argentina?

¿No son más profundos y más fuertes los motivos de nuestros impulsos fraternales? ¿No es más idéntica y más solidaria, la razón de ser de nuestra existencia política?

Las Piedras, las Misiones, Ituzaingó, — aurora y punto culminal de la independencia de mi Patria — ¿no son luces de primera magnitud en la brillante constelación de nuestra común historia?

"Todo lo que da fundamento real a esa idea de una Patria: la comunidad del origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos; y la contigüidad geográfica." ¿No existe entre nuestros dos pueblos, en forma más particular, más intensa, más definitiva?

Y en este caso, el lenguaje del corazón, ¿no influye y manda, borrando las marcas materiales, las divisiones artificiosas, los límites de los Tratados?

Argentinos-uruguayos: nuestra unidad moral, la solidaridad de nuestros pueblos, ¿no es una realidad absoluta, más eficaz, más poderosa que todas las fórmulas políticas? ¿No os sentís ligados por un pacto instintivo, inherente a vuestra propia naturaleza, que tiene raíces en vuestras propias entrañas?

Señores:

Leopoldo Lugones, gloria vuestra, gloria argentina y por argentina, gloria nuestra, gloria uruguaya, dijo un día: Que el Sol había salido por donde tenía que levantarse, por el lado del Oriente, por el lado de mi tierra.

Ese Sol que se levanta en el Oriente,—que es calor y vida, fuego y eternidad—es el que os traemos de mi tierra y os ofrendamos.

Es nuestro símbolo, Hermanos Argentinos: ¡representa la santa e imperecedera alianza de nuestros espíritus!

HÉCTOR ALBERTO GERONA.

BIBLIOGRÁFICAS

''Embriaguez roja de las águilas negras''.—Por Diwaldo Salom.—Génova.—1923.

Este ''libelo de propaganda antiépica'', acredita en su autor un adecuado conocimiento en el manejo del amplio alejandrino. El tema de la Gran Guerra—como la llamara Francisco García Calderón—ya comienza a hastiar, y sólo cabe elogiarlo—desde el punto de vista artístico—por las posibilidades que dió para inspirar o propiciar nuevas formas. Diwaldo Salom logra despertar la sonrisa amable por sus oportunos rasgos de humorista y consigue la simpática acogida, porque se adivina la buena intención de sentimental, que lo ha inspirado. Y como presumimos que ésta fué su intención, creemos que ha logrado su intento. Esperamos, sin embargo, una labor más duradera, menos circunstancial, para lo futuro.—**J. P. R.**

''Bajo la tapa comba...''.—Por Juan Calderón Escobar.—San Juan (Puerto Rico).—1923.

Creemos que este folleto ampara, bajo acogida juvenil y excesivamente benévola, una labor aún no madurada. La presión de los autores predilectos invade las páginas restándoles personalidad, o lo circunstancial y transitorio inspira motivos que no deben recogerse en la cosecha seleccionada que siempre ha de suponer la formación de un libro. Juan Calderón Escobar, o también, según él, Juan E. Calderón ensaya unas lamentables combinaciones de endecasílabos clásicos con otros creados por él, que evidencian, además de una forzada originalidad, una falta de condiciones auditivas para aceptar, sin violencia, unos contrastes tan inadmisibles en el ''enjambement'' regular y acostumbrado del endecasílabo. Además, Calderón Escobar suele caer en la tentación fácil de salvar las dificultades del verso, incluyendo neologismos innecesarios; y, cuando se usa la palabra nueva, sin necesidad, cuando se la crea para salvar obstáculos métricos, lo que se pone en carne viva es la impotencia para versificar correctamente. Menos mal que Calderón Escobar, cada vez que comete estos ''pecados'', desafía con valentía, las iras del lector paciente, destacando el barbarismo con caracteres pronunciados. ''Bajo la tapa comba...'', es un libro de tanteo, un paso inicial tras del que puede marchar un poeta, si serenado su espíritu inquieto, retiene el escarceo de su Pegaso apresurado y prefiere a la vana ilusión de un libro más, la serena madurez reflexiva de haber escapado a la comezón agradable de dar a la prensa una obra de la que, fatalmente, habrá de arrepentirse mañana... —**J. P. R.**

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central	De 10 a 12 a. m.
Cooperativa	De 2 a 4 p. m.

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO MARZO 1924

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" Vapor "Ciudad de Montevideo"

Saldrá los días impares a las 23. Saldrá los días pares a las 23.

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada.

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

BIBLIOGRÁFICAS

''Embriaguez roja de las águilas negras''.—Por Diwaldo Salom.—Génova.—1923.

Este ''libelo de propaganda antiépica'', acredita en su autor un adecuado conocimiento en el manejo del amplio alejandrino. El tema de la Gran Guerra—como la llamara Francisco García Calderón—ya comienza a hastiar, y sólo cabe elogiarlo—desde el punto de vista artístico—por las posibilidades que dió para inspirar o propiciar nuevas formas. Diwaldo Salom logra despertar la sonrisa amable por sus oportunos rasgos de humorista y consigue la simpática acogida, porque se adivina la buena intención de sentimental, que lo ha inspirado. Y como presumimos que ésta fué su intención, creemos que ha logrado su intento. Esperamos, sin embargo, una labor más duradera, menos circunstancial, para lo futuro.—**J. P. R.**

''Bajo la tapa comba...''.—Por Juan Calderón Escobar.—San Juan (Puerto Rico).—1923.

Creemos que este folleto ampara, bajo acogida juvenil y excesivamente benévola, una labor aún no madurada. La presión de los autores predilectos invade las páginas restándoles personalidad, o lo circunstancial y transitorio inspira motivos que no deben recogerse en la cosecha seleccionada que siempre ha de suponer la formación de un libro. Juan Calderón Escobar, o también, según él, Juan E. Calderón ensaya unas lamentables combinaciones de endecasílabos clásicos con otros creados por él, que evidencian, además de una forzada originalidad, una falta de condiciones auditivas para aceptar, sin violencia, unos contrastes tan inadmisibles en el ''enjambement'' regular y acostumbrado del endecasílabo. Además, Calderón Escobar suele caer en la tentación fácil de salvar las dificultades del verso, incluyendo neologismos innecesarios; y, cuando se usa la palabra nueva, sin necesidad, cuando se la crea para salvar obstáculos métricos, lo que se pone en carne viva es la impotencia para versificar correctamente. Menos mal que Calderón Escobar, cada vez que comete estos ''pecados'', desafía con valentía, las iras del lector paciente, destacando el barbarismo con caracteres pronunciados. ''Bajo la tapa comba...'', es un libro de tanteo, un paso inicial tras del que puede marchar un poeta, si serenado su espíritu inquieto, retiene el escarceo de su Pegaso apresurado y prefiere a la vana ilusión de un libro más, la serena madurez reflexiva de haber escapado a la comezón agradable de dar a la prensa una obra de la que, fatalmente, habrá de arrepentirse mañana... —**J. P. R.**

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio
en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO MARZO 1924

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — **Vapor "Ciudad de Montevideo"**

Saldrá los días impares a las 23. — **Saldrá los días pares a las 23**

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

REDACTORES:

MANUEL AZAÑA — C. RIVAS CHERIF

Se publica mensualmente en fascículos de **80 páginas**

Hermosilla 24, duplicado — MADRID

LA REFORMA SOCIAL

REVISTA MENSUAL

Cuestiones sociales, económicas, políticas y parlamentarias.

Director:
ORESTES FERRARA

PRECIOS EN EL EXTRANJERO:
Por año: $ 4.00
El ejemplar: 35 cents.

Dirección, Redacción y Administración:
Manrique 40 Street, HABANA, CUBA

Revista do Brasil

MONTEIRO LOBATO & Cia.
EDITORES

SAN PAULO
Rua dos Gusmoes 70 - Caixa 2-B

UNA DE LAS MÁS
IMPORTANTES
PUBLICACIONES
DEL BRASIL

LA FALANGE

REVISTA DE CULTURA LATINA

Es la revista de la juventud mexicana

La suscripción vale 3 pesos por seis meses en la República de México y dos dólares en el extranjero

Avenida República Argentina, N.° 35.—Apartado 562
MEXICO—D. F.

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1.º de enero de 1913

Director:

MARIO GUIRAL MORENO

Números de 96 a 136 páginas
Por un año:

Cuba: $ 4.00 o/am.
Extranjero: $ 5.00 o/am.

Redacción y Administración
O'Reilly, 11--Habana, CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa
española y extranjera

Hebdomadario publicado por

J. García-Monge

El número:
0.15 oro americano
El Tomo:
$ 4.00 oro americano

Apartado 533
SAN JOSE, Costa Rica, C. A.

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuídas en la siguiente forma:

Pedro G. Silveira, PROTESIS.
Alejandro M. Osimani, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS
Oscar M. Aldecoa, ORTODONCIA y EXTRACCIONES.
Francisco Pucci, TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf.: «La Uruguaya», N.º 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 ½ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los [illegible] en "Títulos Hipotecarios", [illegible] 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan [illegible] cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la [illegible] tirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y [illegible] los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño [illegible].

Entrega [illegible] para el depósito y [illegible] de los [illegible].

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del [illegible].

Los "Títulos Hipotecarios" [illegible] garantía [illegible] y [illegible].

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1420, 1435 y 1439

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga, 150.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes, 1387.
Arena Domingo, Rincón, 688.
Delgado Asdrúbal, Rincón, 688.
Miranda César, Bulevar Artigas: Punta Carreta.
Blengio Rocca Juan, Juncal, 1363
Pérez Olave Adolfo H , Río Negro, 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada, 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.
Caviglia Buenaventura, Juan Carlos Gómez, 1459.
Llovet Ernesto, Constituyente, 1568.
Schinca Francisco A., Canelones, 1135.
Frugoni Emilio, 18 de Julio, 979.
Carbonell Debali Arturo, 18 de Julio, 914.
Segundo José Pedro, Colón, 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Berro, 632.
Grompone Antonio M., Miguelete, 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí, 417.
Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.
Regules Dardo, Francisco Muñoz, 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones, 1430.

ESCRIBANOS

Daquó Juan, Soriano, 1370.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú, 882.
Arias José F , Yaguarón, 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre, 120.
Foladori José, Constituyente, 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay, 1884.
Brignole Alberto, Cufré, 1649.
Scoseria José, Maldonado, 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim, 1584.
Blanco Acevedo Eduardo, Washington, 313.
Gutiérrez César G., Sarandí, 365.
Mezzera Haroldo, Bulevar Artigas, 1155.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Aljandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto, 1297.
Navarra María Inés, Canelones, 2061.

Baltasar Brum

Abogado

Estudio en: Rincón, 688 **MONTEVIDEO**

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en ''Títulos Hipotecarios'', los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos ''Títulos'' se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los ''Depósitos'', mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el ''Cupón'' corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los ''Cupones'' por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los ''Títulos Hipotecarios'' se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga, 150.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes, 1387.
Arena Domingo, Rincón, 688.
Delgado Asdrúbal, Rincón, 688.
Miranda César, Bulevar Artigas: Punta Carreta.
Blengio Rocca Juan, Juncal, 1363
Pérez Olave Adolfo H , Río Negro, 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada, 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.
Caviglia Buenaventura, Juan Carlos Gómez, 1459.
Llovet Ernesto, Constituyente, 1568.
Schinca Francisco A., Canelones, 1135.
Frugoni Emilio, 18 de Julio, 979.
Carbonell Debali Arturo, 18 de Julio, 914.
Segundo José Pedro, Colón, 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Berro, 632.
Grompone Antonio M., Miguelete, 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí, 417.
Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.
Regules Dardo, Francisco Muñoz, 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones, 1430.

ESCRIBANOS

Daquó Juan, Soriano, 1370.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú, 882.
Arias José F , Yaguarón, 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre, 120.
Foladori José, Constituyente, 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay, 1884.
Brignole Alberto, Cufré, 1649.
Scoseria José, Maldonado, 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim, 1584.
Blanco Acevedo Eduardo, Washington, 313.
Gutiérrez César G., Sarandí, 365.
Mezzera Haroldo, Bulevar Artigas, 1155.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Aljandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto, 1297.
Navarra María Inés, Canelones. 2061.

Baltasar Brum

Abogado

Estudio en : Rincón, 688 **MONTEVIDEO**

El emblema de

RAPIDEZ Y SEGURIDAD

en servicio telegráfico o cablegráfico a

TODAS PARTES

DEL MUNDO

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston, Texas — Strand and 21st Street.
México — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico, San Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador — Esmeraldas Santa Elena. Guayaquil.
Perú. — Paita. Callao Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N 462. Valparaíso, Cochrane N.° 583. Santiago. Huérfanos N.° 1041. Tacna. Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383 Rosario, Calle San Martin N.° 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala.
Brasil. — Santos, Rua 15 de Novembro N.° 175. Rio de Janeiro, Rua 7 de Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.° 400 -- Montevideo

RISSO & AYALA, Impresores

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES: RODOLFO MEZZERA
PABLO DE GRECIA. J.M. DELGADO.
SECRETARIO. TELMO MANACORDA.

MONTEVIDEO

ONTEVIDEO - MARZO DE 1924 AÑO VIII NÚM. 69

PEG
No. 69

PEGASO

AÑO VIII N.º 69

MONTEVIDEO, MARZO DE 1924

SUMARIO:

Pegaso	Grabado en madera, por Pedro Blanes Viale.
Maurice Barrés	por J. M. Vargas Vila.
Boca a boca	» Delmira Agustini.
Te confieso que...	» Asdrúbal E. Delgado.
Getshemani	» Buenaventura Caviglia.
José Martí.	» Ventura García Calderón.
Anthrôpos	» Julio Lerena Juanicó.
Baladas	» Juana de Ibarbourou.
Crónica de arte.	» La Redacción.
Los cerezos.— Nube	» Julio J. Casal.
Notas.	» La Redacción.
¡Mujer!	» Edgardo Ubaldo Genta.
Los poemas nativos de Fernán Silva Valdés	» Norberto A. Frontini.
Dibujos	» Rafael Barradas.

Notas Bibliográficas.

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

PEGASO

AÑO VIII N.º 69

MONTEVIDEO, MARZO DE 1924

SUMARIO:

Pegaso	Grabado en madera, por Pedro Blanes Viale.
Maurice Barrés	por J. M. Vargas Vila.
Boca a boca	» Delmira Agustini.
Te confieso que	» Asdrúbal E. Delgado.
Getshemaní	» Buenaventura Caviglia.
José Martí.	» Ventura García Calderón.
Anthrôpos	» Julio Lerena Juanicó.
Baladas	» Juana de Ibarbourou.
Crónica de arte.	» La Redacción.
Los cerezos.— Nube	» Julio J. Casal.
Notas.	» La Redacción.
¡Mujer!	» Edgardo Ubaldo Genta.
Los poemas nativos de Fernán Silva Valdés	» Norberto A. Frontini.
Dibujos	» Rafael Barradas.

Notas Bibliográficas.

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

REDACTORES:

MANUEL AZAÑA — C. RIVAS CHERIF

Se publica mensualmente en fascículos de **80 páginas**

Hermosilla, 24 duplicado — MADRID

LA REFORMA SOCIAL

REVISTA MENSUAL

Cuestiones sociales, económicas, políticas y parlamentarias.

Director:
ORESTES FERRARA

PRECIOS EN EL EXTRANJERO:
Por año: **$ 4.00**
El ejemplar: **35 cents.**

Dirección, Redacción y Administración:
Manrique 40 Street, HABANA, CUBA

Revista do Brasil

MONTEIRO LOBATO & Cia.
EDITORES

SAN PAULO

Rua dos Gusmoes 70 - Caixa 2-B

UNA DE LAS MÁS IMPORTANTES PUBLICACIONES DEL BRASIL

LA FALANGE

REVISTA DE CULTURA LATINA

Es la revista de la juventud mexicana

La suscripción vale 3 pesos por seis meses en la República de México y dos dólares en el extranjero

Avenida República Argentina, N.° 35.—Apartado 562
MEXICO—D. F.

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1.º de enero de 1913

Director:

MARIO GUIRAL MORENO

Números de 96 a 136 páginas
Por un año:

Cuba: **$ 4.00** o/am.
Extranjero: **$ 5.00** o/am.

Redacción y Administración

O'Reilly, 11--Habana, CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa española y extranjera

Hebdomadario publicado por

J. García-Monge

El número:
0.15 oro americano
El Tomo:
$ 4.00 oro americano

Apartado 533
SAN JOSE, Costa Rica, C. A.

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuídas en la siguiente forma:

Pedro G. Silveira, PROTESIS.
Alejandro M. Osimani, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS
Oscar M. Aldecoa, ORTODONCIA y EXTRACCIONES.
Francisco Pucci, TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf.: «La Uruguaya», N.º 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

PEGASO

tevideo, Marzo de 1924. N.º 69 — Año VIII.

MAURICE BARRÉS

Expresamente para "PEGASO".

¿Es una lira que se rompe?
¿es un clarín que se calla?...
ambas cosas a la vez...

con Maurice Barrés, desaparece un artista admirable, y un Político, por no decir que un Cómico, deplorable...

Su prosa, grácil y atesticulada, llena de la gracia mórbida y el encanto equívoco de un efebo de Adriano, hacían de él un delicioso escritor de Decadencia;

La gracia era el encanto de su prosa, no la fuerza;

tuvo es verdad — el culto de la Fuerza, — como todos los débiles — y vivió de rodillas ante la espada, con el histerismo funambulesco de un cortesano de Atila;

amó la Fuerza, sin ser un fuerte, y odió la Libertad, a pesar de haber escrito esas páginas de oro y de acero, que son:

"Un Homme Libre";

el patrioterismo cascabelero, un patrioterismo enfermizo y locuaz, fué su profesión, y sobre ese tinglado, un poco arlequinesco y charlatanesco, obligó la pureza de su prosa inmaculada al mostrarse desnuda ante los legionarios de la Reacción, ébrios de ese Misticismo, violento, que ahora se

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

BELLES - LETTRES

REVISTA MENSUAL DE LAS LETRAS FRANCESAS

DIRECTOR: MAURICIO LANDEAU

89 Boulevard Exelmans.—PARIS (16e)

DE TODAS LAS GRANDES REVISTAS ES LA MAS ECONOMICA

PARA SUSCRIBIRSE:

FRANCIA:		EXTRANJERO:	
Un año . . .	20 fr.	Un año . . .	24 fr.
Seis meses . .	11 »	Seis meses . .	13 »

EL NÚMERO 2 fr.

"LA REVUE CONTEMPORAINE"

71 Años de existencia—Director: CHARLES RIVET

COMPLETAMENTE RENOVADA
APARECE EN PARIS LOS DIAS 1 y 15 DE CADA MES

Es la Revista Contemporánea por excelencia
Su difusión es mundial

Ha creado una REDACCION IBERO-AMERICANA
bajo la dirección de ALEJANDRO SUX

Oficinas: Rue Reaumur, N.° 53. París (2me)

Suscripción: 55 Francos por año

PEGASO

Montevideo, Marzo de 1924. N.º 69 — Año VIII.

MAURICE BARRÉS

Expresamente para "PEGASO".

¿Es una lira que se rompe?
¿es un clarín que se calla?...
ambas cosas a la vez...

con Maurice Barrés, desaparece un artista admirable, y un Político, por no decir que un Cómico, deplorable...

Su prosa, grácil y articulada, llena de la gracia mórbida y el encanto equívoco de un efebo de Adriano, hacían de él un delicioso escritor de Decadencia;

La gracia era el encanto de su prosa, no la fuerza:

fuyo es verdad — el culto de la Fuerza — como todos los débiles — y vivió de rodillas ante la espada, con el histerismo funambulesco de un cortesano de Atila;

amó la Fuerza, sin ser un fuerte, y odió la Libertad, a pesar de haber escrito esas páginas de oro y de acero, que son:

"Un Homme Libre";

el patriotérismo cascabelero, un patrioterismo enfermizo y locuaz, fué su profesión, y sobre ese tinglado, un poco arlequinesco y charlatanesco, obligó la pureza de su prosa inmaculada al mostrarse desnuda ante los legionarios de la Reacción, ébrios de ese Misticismo, violento, que ahora se

extiende como una mortaja sobre el Espíritu de Francia, sepultado bajo los escombros de su antigua Civilización,

le Culte du Moi, obra de exquisitos refinamientos mentales y de sutiles elegancias de estilo, reflejando por igual las sensualidades artísticas de Paul Bourget y las voluptuosidades solitarias de Blas Pascal, fué la Biblia de su Diletantismo exquisito y refinado;

porque eso fué él; un dilettante, hasta la médula de sus huesos;

dilettantismo, su Literatura sensitiva y ensoñadora, como un minuto de fiebre, y dilettantismo su Política atrabiliaria y clownesca, enchamarrada con los oropeles altisonantes de su dialéctica, eminentemente sulpiciana, como aprendida al pie de la cátedra de Renán;

la Tradición, de la cual fué cultor, lo llevó a la Reacción, de la cual se hizo Apóstol, y poseyó casi hasta el delirio, ese romanticismo de la Servidumbre, el cual se empeñó en hacer elegante, como Charles Maurras lo ha hecho sonoro;

pastor de esclavitudes, él se encargó de seducir y conducir las mesnadas de jóvenes reaccionarios y absolutistas, si nó con tanto brío populachero, como León Daudet, sí con un tesón ostentoso y pueril, en el cual, puso todo el encanto de su talento delicioso y seductor;

demasiado culto para ser un espíritu religioso, permaneció pagano, a pesar de sus defensas líricas de cosas del catolicismo, al cual dió su verbo sin dar su corazón;

entregó su pluma a la Religión, pero, no le entregó su alma;

fué el mercenario de la Iglesia; no fué su Sacerdote;

permaneció artista y pagano, digno de dialogar con la sombra de Sócrates, bajo el follaje susurrador de los plátanos de Academus, y de escuchar pensativo, bajo los Propileos, la voz armoniosa de Platón; leer fragmentos del Timeo, al coro admirativo de sus discípulos...

porque si en Barrés, la Política es despreciable, su Literatura es siempre admirable...

poseyó como nadie el sibaritismo opulento de la expresión, y la pasión cuasi orgiástica del colorido y de la música del verbo;

pero no fué, sin embargo, y a pesar de esta pasión, sino un miniaturista exquisito de los paisajes espirituales, y un esmaltista delicado de bellezas evanescentes;

alguien lo llamó:

el *Magnífico.*

ese adjetivo de magnífico, es bien barresiano;

está bien para Barrés;

pero a condición de limitarlo, de darle sus verdaderas proporciones de Ecuanimidad;

el *magnífico* de Barrés, es un *magnífico* versallesco, de acuarela y medallón; *magnífico* de *Le Notre;* un *magnífico* de academicismo vetusto, de una voluptuosidad simbolista, sin fuerza, y sin ese soplo de Infinito, que vive en las creaciones del Genio; pastiches sin emoción; *natures mortes*, a las cuales él se esforzaba en darles la policromía cantante de los rosales de Esmirna, y el encanto soñador de un jardín de Cachemira; ¡cuán lejos todo eso, de los paisajes luminosos de un Flandrin o de los bosques tropicales de un Gauguin!...

Barroquismo oriental, desalentador;

pinturas de alfombra marroquín, carioladas

a outrance, y cargadas de vermellones violentos, involuntariamente bárbaras, hechas como para encanto de un Aduar, en un día de público jolgorio;

ese orientalismo de Barrés, no es sino *pierrelotismo* bastardo, antiespontáneo y tartufesco, del peor *aloi* posible;

el orientalismo del *"Jardin Sur l'Oronte"*,

deliciosamente ambiguo, impreciso, sinuoso, como la perspectiva de esas colinas efímeras, a la entrada del Desierto;

es imposible negar toda la cantidad de encanto, que hay en las obras de Barrés, porque es imposible prescindir de la enorme cantidad de Poeta que hay en él;

¿de Poèta Místico?

no,

de Poèta Clerical;

lo cual da a sus libros ese sabor de vicio oculto, de perversión refinada y morbosa, perfumada a veces, como el Camarín de una Artista, y fétida en otras, como la celda de un monje;

la Voluptuosidad que se respira en sus libros, es una voluptuosidad enfermiza, que inspira el enervamiento del Vicio, aún antes de llegar a él, como el vaho que se escapa de las Lagunas Pontinas enferma de fiebre los hombres y los rebaños, en un largo perímetro del Agro Romano;

Como todo Escritor Religioso, Barrés es un escritor voluptuoso; pero de una Voluptuosidad anormal y perversa, que centuplican la Emoción, a causa de lo infinito de su profundidad;

en la Literatura francesa, su Obra de Arte evoca el arca de la Alianza, en torno de la cual pulularon las liviandades de todos los levitas...

Pascal, fundido en Oscar Wilde (eso fué este Escritor Jansenista), encantadoramente atracti-

vo, como una hembra vista tras de las celosías de un coro de novicias;

un *poncif* de adolescentes; porque en Barrés el efebismo no murió nunca; fué el eterno adónico; conservó su alma de Efebo perturbado y perturbador, llena de inquietudes precoces y de tristezas prematuras;

el alma de un César adolescente, en perpetuo sueño; *du Sang de la Volupte, et de la Mort;*

por eso Maurice Barrés será siempre el autor querido a las adolecencias soñadoras, trabajadas por el morbo voraz del análisis instrospectivo, devoradas por la sed de amar, y enfermas del divino tormento de pensar;

los libros de Barrés serán siempre una Pasión de Pubertad;

y conservarán siempre ese poder de seducción, porque hasta en los últimos, escritos ya en el Pórtico de la Vejez, conservó intacta la belleza de su prosa, capciosa y musical, y sus actitudes edónicas, llenas de un perverso encanto;

libros de sensibilidad exquisita y exuberante...

serie de mirajes y de paisajes de un panteísmo anonadado y anonadador, llenos de un perfume de Pecado bíblico y violento, y de la suave y dolorosa Melancolía de un jardín de camelias, abiertas en el candor de la Noche.

VARGAS VILA.

Montevideo, Febrero de 1924.

Dibujo de Barradas.

TE CONFIESO QUE...

Aun mi alma destella
Enfrente a una mujer
Y pienso en mil locuras
Y todo quiero ser.

Antes, sólo por ella,
Al mirar una estrella
Fugaz,
Pensaba en Napoleón,
Hoy, frente al astro errante,
Trócanse mis visiones.
Anhelo ser capaz
De llevar adelante
Una noble faena.

Corro, sin batallones,
Al Dolor y la Pena
Y me voy con el Mundo
A un sitio sin igual,
Que descubrí yo mismo,
En el hueco profundo
Del antro sideral,
Donde no hay un abismo
Ni la sombra de un mal;

Grandioso paraíso
De amor y de placer,

Dibujo de Barradas.

MISSING PA

TE CONFIESO QUE...

Aun mi alma destella
Enfrente a una mujer
Y pienso en mil locuras
Y todo quiero ser.

Antes, sólo por ella,
Al mirar una estrella
Fugaz,
Pensaba en Napoleón,
Hoy, frente al astro errante,
Trócanse mis visiones.
Anhelo ser capaz
De llevar adelante
Una noble faena.

Corro, sin batallones,
Al Dolor y la Pena
Y me voy con el Mundo
A un sitio sin igual,
Que descubrí yo mismo,
En el hueco profundo
Del antro sideral,
Donde no hay un abismo
Ni la sombra de un mal;

Grandioso paraíso
De amor y de placer,

En que todo se hizo
Tal como debía ser,
Hasta la serpiente,
Exclusivamente,
Para la mujer.

. . . . . .
. . . . . .

Mas, desgraciadamente,
Y desde ya te imploro
Me abras el tesoro
De tu santo perdón,
No será toda oro,
Niña, mi confesión.

Ante la exhalación
Del astro exorbitado,
Cuando vuelo tras él,
En pos de ese verjel
Que mi afán ha creado,
No puedo resistir
A la obsesión sin nombre,
(¡Oh, mi inmenso pecado!)
De querer y pedir
Que en aquel Eldorado
Yo sea el único hombre.

ASDRÚBRAL E. DELGADO.

GETHSEMANI

"¡Ya no! ya no! — ya desataste al viento
Sembrador, el volar de la semilla;
Ya en la gleba su flor de maravilla
Sonríe de esperanza al sufrimiento.

¿Oyes? — Te aclaman: — Llega un movimiento
De palmas verdes y ante ti se humilla,
"¡Hosanna, Salvador!" *y una traílla*
De pies desnudos sobre el pavimento:

"¡Hay pan y peces para toda el hambre!"

Mas ya tú sufres tu agonía huraña.
"Es muy poco una flor para un enjambre".

Y se obsede en tus ojos pensativos
Jesús; el del Sermón de la Montaña,
¡El Hombre del Jardín de los Olivos!

1916.

BUENAVENTURA CAVIGLIA.

JOSE MARTI

Sólo se puede hablar de él, imitándole. Para bendecirlo en prosa, se quisiera tener, como él, apóstol de Cuba, nervios de hombre y entrañas de madre.

Antes de Martí, nadie vió santos a caballo.

—¿El Quijote? Pudiera ser; mas aquél nunca apunta con la carabina a los molinos. Interrumpe un párrafo de escritura sagrada y de testamento para retozar con Ismaelillo; o, sobre las tumbas amigas, le duele el corazón de mujer; o aparta la mochila del pecho izquierdo para mejor estrechar al compañero — si no se tiende al suelo de los niños para enseñarles a silabear su consigna santa porque ellos han de ver la patria que les está deparando el padre triste; y los condecora con flores como a futuro regimiento y les besa las manos que llevarán fusiles y los quiere consolar, como excusándose, porque no nacieron libres...

Santo, pero como Teresa de Jesús, Santo que está a Dios rogando... y con el máuser dando. Los otros libertadores quedan lejos como bisabuelos; éste es el padre hacendado o estanciero que conquistó el "ingenio" para todos. En un inmenso ingenio vive: cañas de azúcar, carrizos del viento marino donde la música y la dulzura se adunaron. Sabe, no sólo retóricamente, cómo se desfleca una crin al viento, y el trono errante que es la silla de montar y cómo se ve mejor el mundo con la sangre avivada por el galope. Ha querido a mujeres de carne, pero su novia se llama Cuba.

Lleva en sí a cada instante su imagen sangrienta: los cabecillas ante la tapia con la bala española que atravesó la chamarreta, los cañaverales incendiados para carbonizar al fugitivo, la cabeza del negro tinto en la bayoneta. Y mientras tanto suenan los vastos órganos del cañaveral y las rumbas en los villorrios y el corro de los niños en el batey con su alfabeto de España.

Por eso está triste y tan alegre al evocar la patria, ausente siempre. Su vida es el retorno perpetuo de un Eneas de América. Del tablado de un teatro de Nueva York pasa al fogón de las campiñas cubanas; y sólo conocemos el discurso famoso pero no las improvisaciones de la noche ante mulatos de dril que sueltan poco a poco la brida de los caballos para venir a escuchar al San Pablo de la tórrida gente. Parece una escuela al aire libre este curso de patriotismo que una refriega interrumpe para seguir más lejos, con menos discípulos ahora, porque veinte cimarrones murieron sin que haya sido posible enterrarlos. De las indignaciones universales, condenación hebrea y sátira latina, rencor de Dante y "castigo" de Hugo, lleva la herencia en los labios hirvientes que sólo quisieran perdonar. Porque, semejante al africano San Agustín, conserva junto a sí la dulzura de Mónica.

¡Cómo hubiera amado exclusivamente si no tuviera que odiar también! Aborrece para que Cuba sea libre y lo expresa todo con iracundia elegante. Las almas frías se funden entonces al calor de su palabra como en el cercano *gulf-stream* catedrales de témpanos. Es el Viejo de la Montaña, el mago verbal de las maldiciones, pero no todo en él es cólera: Francesca le conoce y el balcón de Verona le ha visto. ¡Hombre completo, quién lo fué más extraordinariamente! Caballero de acción y devoción, docto en rimas y vados, en palabras hermosas y calibre de carabinas...

Excúsanos, Bolívar, y tú, lugarteniente de la gloria, San Martín, si en la capilla de los libertadores elegimos por más cercano intercesor a este hombre de letras que lleva terciado el fusil a la espalda como un gajo de cruz. Es nuestro santo predilecto porque la voluntad y la inteligencia trataron de curar en su cuerpo exiguo el desequilibrio de que morimos. No se armoniza generalmente el apetito de la acción con la capacidad mental para meditarla ni el inquieto humanismo de una mente predestinada se tradujo, si no fué durante la Italia renacentista, en la actitud de un Cid letrado. Sutil escuela de epicúreos puede ser la de esos literatos friolentos que entre el gato casero y la rejuela tibia del sedentario, se rieron del "viento que sopla afuera"; y hasta podrá compararse tal reclusión con la santidad del monje antiguo en su claustro del monte, hostil al valle de lágrimas; pero más hermoso, porque más humano, fué siempre el espectáculo de la lid abierta por quien aprendió en los libros viejos, los entusiasmos jóvenes. Si a un monje se parece el cubano insigne será a los curas de boina que sólo querían rezar a Vírgenes carlistas. El patriotismo que tuvo sus ergástulas cuando era un temor de esclavos a la luz, ha tenido también su santoral cuando es, como en el caso de Martí, un género de caballería que limita sus favores a una sola dama por el temor delicado de querer menos si se quiere a todo el mundo. Pero, ¿a qué estar buscando sutilezas para explicar su arranque impensado y filial? Se yergue y enrojece al oir mentar el nombre de Cuba como si tocaran a botasilla. Así sumados el intelecto de amor con el apetito sublime de la vida heroica, su resultante es el caballero latino, o por mejor decir, el místico humano que se queda en la tierra para cantarla y mejorarla. Todos son semejantes en la raza solar. A través de los tiempos parecidos y de las derrotas útiles, se siguen en el

friso de nuestra gente, el Quijote y el Cid, Bayardo y Juana, Garibaldi y Bolívar, corazas y petos de algodón, un cendal azul con una camisa roja y el entorchado frac con nuestro poncho criollo en cuyos pliegues de tempestad va por oteros y cañadas — humilde santo y caballero de salvación, con zapato de baqueta y calañés —, el último libertador de América. No sé cuál es mejor, ni veo sino rasgos fraternales en ese desfile de abnegados, ni le hallo parangón a Martí en otras tierras, pues sólo con Juana la Santa merecería un altar si España permitiera la canonización de los cabecillas. Un altar de la República: la Virgen de gorro frigio y el tercer mago redimido de sus cadenas. Os aseguro que no sería ridículo. Lo que hoy parece envejecido y oxidado, ese frenesí de libertad de los abuelos, esa sublime inmolación de prebendas para que el negro y el indio pudieran comer en la mesa de todos, lo comprendemos mejor, merced a Martí, que ha rejuvenecido los tropos republicanos. Los ha rejuvenecido, por su genio, el mejor poeta de la oratoria castellana.

Su anhelante frase embriaga como el alcohol mezclado con pólvora que beben los soldados en la batalla. Se descoyunta por las exigencias del rapto lírico, se colora con humaredas de poniente y, en su delirio verbal, continúa el jadeo del galope. Nadie meditó así peleando; nadie luchó así con el fusil apuntado a la tierra, pero los ojos al infinito. El panorama lírico de Martí resume las nubes del cielo y los enemigos del horizonte. A sus pies está la Isla de miel con sus carrizos dorados y la piña y la palma y el arco-iris de los guacamayos. Parece que no pudiera pedírsele sino pindárico desorden cuando de pronto, en la orilla, sofrena a su caballo y, con el sombrero de libertador, saluda al mar. Así le ve la imaginación en el futuro zócalo de bronce, ya serenado por los siglos, con toda

su prole americana abajo. Está la mano en alto ofreciendo el tirso a los dioscuros; pero la espuma del potro se junta con la espuma salada. Todo fué, para el arábigo jinete, una fantasía de pólvora. Tú sabes, Caballero latino, sofrenar el delirio cuando quieres, para escuchar en el ritmo gemelo de tus venas y el mar, tu alma sólo comparable al abismo.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

ANTHROPOS

A Emilio Frugoni.

Horada los estratos de tu alma
lo mismo que el geólogo
perfora la corteza de la Tierra.
Sin cesar, poco a poco,
sin cesar, cavà y cava
siempre y siempre más hondo;
cava y cava, constante,
en busca de tesoros...
Acaso nunca encuentres
ninguna veta de oro,
de plata, de diamantes,
de cobre ni de plomo.
Pero hallarás, sin duda,
un día, un día, manantial copioso
de agua incontaminada.
Cáptalo con amor y ábrele cómodo
cauce para que suba y que se vierta.
Y haz que beban, del chorro,
tus hermanos y amigos
y aun tu huésped incógnito,
y aquél a quien apenas
pudieras llamar prójimo:
que quien su sed no apaga
siquiera con un sorbo
de tal néctar, no es Hombre;

no es ampliamente Anthrôpos.
Es la Bestia que come,
respira y marcha, solo:
resultante fatal y agente ciego
de las leges del Cosmos...
Ha de arrancarle, el agua
de ese interior Eunoo, (1)
codicias y egoísmos
genitores del odio.
Y ha de enseñarle, en cambio,
el Amor omnimodo
que, ante las risas, ríe,
y llora con los lloros...
Amor que nos depara
la plenitud del gozo:
el gozo de sentirnos
divinamente Anthrôpos.

JULIO LERENA JUANICÓ.

(1) Eunoo, o Eunoe. Río del Paraíso Terrestre cuyas aguas exaltaban la virtud, según la mitología dantesca.

MISSING PA

AMADO NERVO

Busto en bronce de Lila Pujadas.

Penas domésticas la alejaron de golpe de nuestr ambiente, y ahora, en que nuevamente volvía a acer carse a él, llena de entusiasmo y encendida de espíritu la muerte troncha el gajo florido y triste de su vida donde los pájaros cantaron alegres y cándidos, y dond la luna enredó más de una noche su serpentina d plata, desvaída de ensueño y de tristeza...

Mientras su llama se deshace en el viento, y de s no quedan más que una docena de ensayos, — a los qu el tiempo morderá, — PEGASO saluda su espírit inflamado de idealidad y dice a las autoridades de Museo Nacional de Bellas Artes que ella también me rece un lugar en el seno de ese sagrario donde ha d ir quedando para los siglos el esfuerzo nativo, que n tiene más pretensiones que el amor que ardió en él que, sin duda alguna, más valdrá a los ojos del pue blo que todas las extrañas y extranjeras obras de art con que a veces solemos pagarnos...

MISSING PA

NOTAS

"PEGASO"

Razones ajenas a nuestra voluntad, han retrasado algunos días la salida de PEGASO, que se propone aparecer normalmente desde este número.

JULIO RAUL MENDILAHARSU

El poeta Juan Parra del Riego ha editado un magnífico libro recordatorio de aquel luminoso espíritu de Julio Raúl Mendilaharsu, arrebatado a la vida en la plenitud solar de su poesía.

Nos proponemos ocuparnos *in extenso* de Mendilaharsu y su obra.

DELMIRA AGUSTINI

Aparecerán en estos días las "Obras Completas" de la gran poetisa uruguaya, edición que viene integrada por una serie de poesías inéditas que conservaba la familia y que llamarán justamente la atención.

Los públicos intelectuales de América van a recibir esta obra como una hermosa primicia.

"TIERRA"

Así se titula el nuevo libro de poesías que ha dado a la imprenta, uno de los nuestros, el doctor José María Delgado, cofundador y director de PEGASO.

Aunque estamos inhibidos de anticipar todo juicio al respecto, anunciamos la aparición del tercer volumen de versos de nuestro poeta, con justificado regocijo.

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ

Este compañero en letras nos anuncia desde Treinta y Tres, en donde vive, la publicación de una serie de importantes estudios críticos de la literatura contemporánea americana.

Con el renombre que Pereira Rodríguez se ha hecho, a pesar de su juventud, estamos seguros de que su primer libro será agasajado con entusiasmo en el país.

LAS REVISTAS

El canje de PEGASO se ha visto últimamente reforzado con numerosas revistas de América y Europa, entre las que nos place acusar recibo de:

Alfar, de La Coruña, España; *Revista de "El Círculo",* de Rosario, República Argentina; *Catalonia,* de Buenos Aires; *El Libro y el Pueblo,* de México; *Le Futurisme,* de Milán; *Revista do Brazil,* de San Pablo; *Valorizaciones,* de La Plata; *Mercure de Flandre,* de Lille, Francia; *Belles Lettres,* de París; *Informaciones Sociales,* de Madrid; *Motivos Colombianos,* de Panamá; *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas,* de Buenos Aires; *Gaceta de Bellas Artes,* de Cuba; *La Enseñanza,* de Madrid; *Mujer,* de San Juan de Puerto Rico; *Martín Fierro,* de Buenos Aires; *Revista Universitaria,* de Cuzco, Perú; *Studium,* de Guatemala; *Tentatives,* de Grenoble, Francia.

SECCION EDUCACION

Terminado el plazo de descanso que se impuso la distinguida señorita Enriqueta Compte y Riqué, cuyas notas sobre Educación han justificado plenamente el nombre pedagógico de su ilustrada autora, PEGASO volverá a publicar con singular interés estas colaboraciones, tan buscadas ya por todos nuestros lectores de América.

¡MUJER!

Cerca de la fronda donde canta el viento
con las siete notas de su caramillo,
delante la linfa de plácido argento
que lame las torres del viejo castillo,
sobre un tronco pétreo como pedestal,
manos impulsadas por el sentimiento
de las horas de opio, con sus sueños raros,
de desnuda diosa, toda virginal,
pusieron la estatua de mármol de Paros
¡delante la linfa de plácido argento,
cerca de la fronda donde canta el viento
su canción eterna, su canción triunfal!

Y se conmovieron
en cuanto la vieron
las demás estatuas de obscuro granito,
que en sus pedestales
adornan del parque los sitios ideales
que besan los astros desde el infinito...
Por la oculta vida que en la piedra existe,
así la miraron — toda deslumbrante —
un viejo y musgoso Filósofo triste
y un busto del Dante
y un Sátiro rojo, músico y cantor...
Y yo, navegando cerca de la fronda,
con una tristeza muy honda, muy honda,

sintiendo esa noche sus voces vecinas
detuve la barca y escuché el rumor..
¡Qué cuadro más bello mostraba la luna!
Dormía en sus ondas la blanca laguna,
suspensas callaban las viejas encinas,
y las esculturas, vibrando una a una,
y yo — de rodillas, para orar mejor —
frente a aquel milagro de formas divinas,
de diversos modos
conjugamos todos
el eterno verbo de la vida: Amor!

* * *

Y dijo el filósofo de severa figura:
¡Mujer! ¡vana escultura!
¿por qué turbas el suave palpitar del santuario?
¿por qué — si tu belleza pasional nos tortura,
si no es cierta tu gracia ni tu amor necesario—
nos nublas la razón?...
¡Oh mujer! ¡barro infame del placer y el hastío,
lo supérfluo y vacío
de ese inmenso enemigo del hombre: el corazón!

¡Vete y déjame seguir los movimientos
de las constelaciones y de los pensamientos;
reconocer los músculos de una mano de artista,
estudiar—sin amarla—la vida de la flor!...
¡Yo no sé comprenderte,
hermana de la muerte,
vulgar protagonista
de la eterna comedia que se llama el Amor!

* * *

Y el sátiro rojo, trémulo y doliente
dijo a la marmórea forma con pasión:

¡Dante se equivoca! ¡Schopenhauer miente!
¡sólo yo comprendo tu perfume ardiente,
flor de los jardines de la sensación!
¡Eres siempre hermosa, lo demás... mentira!
¡todo es idealismo, todo es fantaseo!
Sólo yo te veo
como flor de carne que el deseo aspira
y que se marchita si falta el deseo,
¡si falta el deseo carnal!

¡Rompe de la piedra los encantamientos,
mujer, eternamente bella y pasional!
¡y pulsando el arpa de tus formas bellas
nos acostaremos bajo las estrellas,
en tanto la fronda nos dé sus acentos
y el manto de flores, un lecho nupcial!...
Después, cuando el ansia de mi ardor se extinga
y hasta que otra fiebre a tu fiebre responda,
al son de mi suave y doliente siringa
cantarás, danzando
por entre los claros tibios de la fronda,
hasta que me duerma, tu cuerpo besando.
¡Y entonces, tus blancas manos amorosas,
de lirios y de rosas
me arropen, tejiendo mi blanca corona triunfal!
¡Mujer! ¡eternamente hermosa y pasional!

* * *

Y dijo la augusta cabeza del Dante:
¡Adorables formas de nívea pureza
que sigo en mis ansias de espíritu amante
más allá de toda la naturaleza!
¡Mujer! ¡alma blanca! ¡paloma bendita
que llenas la vida de sueños y flores,
que vuelas buscando la esfera infinita

donde Dios te envuelve con sus resplandores,
donde la sustancia jamás se marchita,
donde van los buenos y los soñadores!

¡Mujer, que idealizas la carne doliente:
¡madre inmaculada! ¡novia eternamente!
¡luz de la humanidad!
¡Ven, corona mi frente
de mirtos y de rosas!
¡Ven, que mientras suspira
la brisa perfumada de esencias milagrosas,
sobre tus labios tibios, sobre tus senos tersos,
sobre tu blanca, tu serena beldad,
estrechada en los brazos sedantes de mi lira,
y en alas de mis versos
subiremos ¡en busca de la Inmortalidad!

¡Ven, mujer! Tú no eres de mármol, tú no eres
la materia plasmada de los bajos placeres:
así como en las cuerdas donde el amor te imploran
no es la música el bronce de las arpas que lloran;
ni hace bella la forma la piedra en que se labra,
ni es tristeza la sombra que en las noches contemplo,
ni es Poema artificio de la dócil palabra,
ni Dios es la materia de la imagen del Templo!

¡No! ¡no eres de mármol! — Serenamente hermosa
tú eres el perfume bendito de la rosa,
las alas del gusano que se hace mariposa,
la razón de la Vida, desgraciada o feliz...
¡No! ¡no eres de mármol! ¡eres la vaporosa,
la pura, la armoniosa,
la divina Beatriz!

* * *

. . . . . .

Delante la estatua de formas divinas
¡qué cuadro más bello me pintó la luna!:

Suspensas callaron las viejas encinas,
dormida en sus aguas quedó la laguna...
Y yo, que escuchara las voces vecinas,
delante la estatua, callado quedé...
"¡Mírala en los ojos!" suspiróme el Dante;
me dijo el filósofo: "¡tócala en la frente!"
"¡sórbele los labios!" me gritó el ardiente
sátiro anhelante.
¡Y ante la sorpresa de aquellos tres sabios,
la besé en la frente, la besé en los ojos,
la besé en los labios!
¡Toda, toda, toda, toda la besé!

EDGARDO UBALDO GENTA.

LOS POEMAS NATIVOS DE FERNAN SILVA VALDÉS

(Conferencia radiotelefónica, trasmitida desde la Radio-Cultura de Buenos Aires).

Quizá sorprenda el empeño mío de difundir el conocimiento de poetas nativistas. Tal vez, los más ingenuos me atribuyan la intención de realizar una labor de proyecciones patrióticas. Acaso los nacionalistas de buena fe, imputen mi intención a un superior criterio de integración de los valores psico-sociales argentinos, y por incomprensión de la ética histórica y actual hispano-americana, en sus elementos caracterizantes y esenciales, confundan la significación continental, que, en atención a ella, es imprescindible acordar al término "nativo".

El término "nativo", aplicado a los problemas artísticos, mal encasta en la circunscrita ideación política nacionalista, sin un preconcepto de igual índole, que desatiende el llamado étnico hispanoamericano, aborigen y de trasplante americanizado, y la fundición de un tipo nuevo, aleación del bronce y el oro de ambos, por virtud de las trasmutaciones raciales y

los característicos surcos que han grabado las exigencias afines a toda la tierra de América.

Nativo es, en mi genérico concepto, todo aquello que está abonado por lo indígena, como elemento humano primordial, común a todo el continente, en forma directa; o por filtración filogenética mestizada de abundante simiente europea, particularmente española, y transfunción sociogenética; y la colonial civilización, también común, y todo aquello que ha recibido la bendición adaptativa del suelo americano, más o menos uniforme.

Mal haría, pues, quien me pensare restringido a aquel intento, tanto más cuanto que, juzgado por su origen con criterio nacionalista, el poeta sería uruguayo y no americano, como yo lo pretendo y como surge del contenido de sus propios poemas nativos.

El hombre que hay en Fernán Silva Valdés es uruguayo, porque el Uruguay ha sido su cuna material. El poeta que es Fernán Silva Valdés, es americano, porque América, *hoc-sensu,* ha sido la cuna de sus sentimientos estéticos.

Lo que en realidad de verdad guíame en el caso, es exclusivamente un propósito artístico, y una idea cultural que anhela incrustar en la conciencia individual, con el vigor del raciocinio, la emoción aborigen que trasciende de los poemas del vate, como penetrante aroma de selva; y también, producir una robusta conjunción de armónica simpatía, con cierta desleída impresión histórica de primitivismo americano, que, sin duda, existe en las mentes de quienes recogen mis palabras.

Y, además, si me fuere posible cosecharlo, un elemento de razón, contributivo de fraternal solidaridad humano-continental, que no implica, desde luego, injustificable pretensión de identidad.

El indo de latino-América—llámese azteca, quichúa,

aimará, guaraní, araucano, o sea, componente de los grupos chaquenses o fueguinos, o haya formado parte de alguno de los innumerables totems, desaparecidos como núcleos típicos, con su delicada intuición de ambiente,—y el español, altivo y aventurero, y el mestizo, heredero común de estas dos sangres, plinto de granito que sostiene en la Historia, el monumento de los pueblos de América, plasmados de nuevo por el espíritu de la tierra, vario en su regionalismo, común en la extensión del continente por cierta esencial similitud topográfica: el indio, el mestizo, el español y europeo americanizado, sazonan el contenido de lo nativo. La identidad esencial del espíritu de la tierra de América, se manifiesta en la obra del hombre: la similar arqueología de los grupos indígenas; la analogía de sus instrumentos musicales precolombianos; sus canciones, y las de los pueblos posteriores, tocada de su influencia, que son, por lo general, un florilegio de cuitada tristeza; y las danzas, mortecino borbotón de instinto, cuando un cierto delicado recato cristiano no vela su crudeza.

Fernán Slva Valdés es, en ese sentido de lo nativo que he señalado, un poeta de arte americano.

Fernán Silva Valdés nos dice de su vida: "nací en Montevideo en el año 87. Ingresé a la Universidad a los 15, y antes de cumplir el año de estudios los abandoné. Viví largas temporadas en el campo y en Montevideo, más aún, a pesar mío, en Montevideo que en el campo. Eso sí, cuando estaba en la ciudad, mi espíritu seguía viviendo entre mis ríos y mis cerrilladas.

"Aprendí—por pura afición—los trabajos más rudos y las cosas más típicas: yo he enlazado toros bravos y he payado en las pulperías del pago. Luego me conquistaron los libros, la literatura francesa; me envenené de vicios literarios. Yo he conocido has-

ta los paraísos artificiales. Reflejo de esa vida, son mis dos libros primeros: "Anforas de barro" y "Humo de incienso". Naturalmente, la ciudad, el tango, la vida nocturna del poeta exquisito, me enfermó. Volví al campo a curarme. Me curé; vencí todo artificio; tiré los libros refinados, viví junto a la tierra, a la naturaleza; tomé nuevamente — maduro ya — mi vieja guitarra, y todas aquellas cosas que amé y canté a los veinte años, las canté otra vez del natural en una forma nueva: en la forma ruda y varonil que yo le veía a los propios temas que cantaba. *Motivo de Vidalita* es la historia de esta vida que le cuento, porque verdad es que, además del campo, mi madre y mi novia me ayudaron mucho a curarme."

He ahí contada sencillamente la vida del poeta. Verdad es, que la confesión que encierran sus últimas palabras, hablan elocuentemente de la nobleza de tres corazones.

Fué, pues, en el campo, donde ha ido modelando su espíritu de artista; fué junto a la tierra, donde temperó la reciedumbre de su temperamento poético; fué en sus llanuras abiertas, limitadas sólo de horizontes esfumados, donde elaboró su libertad de concepción; fué sobre las pampas vestidas de pastos aromáticos, donde adquirió ese exquisito sabor agridulce que brindan sus poemas; y entre los riscos de los lugares montañosos y cerriles, donde se impuso la hermosa y fecunda belleza que los señala. Fué, pues, la naturaleza, que en nupcias de belleza, impresionó su espíritu de su lujuria y de su salvajismo, con su propio ritmo, con su propio canto, con su propia música, tipificando en él la vigorosa poesía agreste.

Y fué también junto al calor de dos afectos y de dos caricias, que se purificó el hombre, para dar paso al poeta admirable.

Hechas las facultades intelectuales del poeta en una adelantada civilización urbana, y templada su sensibilidad en la conyugal convivencia con la tierra, pudieron aquéllas, con la emoción de ésta, hallar un ritmo poético nuevo, que espeja con espontánea frescura, la armonía aparentemente desarmónica que fluye de las cosas de la tierra nativa.

El ritmo podrá estar, pero no es la repetición isócrona de una igual medida, ni el pueril ajuste al lugar común de la preceptiva tradicional. La literatura normática es un horrible museo de antiguallas. En el ritmo existe esencialmente una cuestión de emotividad. Es, desde el punto de vista subjetivo, una vibración del alma provocada directa o indirectamente, por la euritmia de las cosas materiales o abstractas. El poeta que lleva en su alma su propio ritmo, como un tesoro, le crea el cuño de oro de una nueva forma y regala al mundo una nueva belleza. Así, Fernán Silva Valdés. Es aquí donde el poeta valientemente realiza el milagro de cantar las cosas de la tierra, en un ritmo nuevo, que es todo una enjundia de hermosura y un trasunto puramente emocional, en cuanto a él, de idiosincrasia americana. De esta manera se aparta bruscamente y con aliento renovador, de las hueras y simplistas décimas con que nos abundaron desmayados troveros.

Ese fenómeno de la forma despareja y hasta caprichosa, pero esencialmente rítmica, he podido observarlo parecido, en algunos poetas de lejanas regiones de Europa oriental, cuyos poemas traducidos al francés, nos han sido proporcionados por la revista "Clarté".

En los poemas nativos que compondrán el próximo libro de Silva Valdés, que se titulará simplemente "Poemas Nativos", según nos lo hace saber el autor, el ritmo se ha suavizado un poco. No dan la impresión de arisca rudeza de los contenidos en su libro "Agua del Tiempo". De ello son ejemplo: "Brujería", "Piedra indígena", "Alma en pena", "La carreta", "Los potros", etc.

El hombre primitivo debió adquirir primero las vagas nociones de las cosas inmediatas, particularmente de aquellas que estaban en natural e íntima relación con su necesidad generativa, y con su necesidad alimenticia, que es garantía de aquélia, y por ende de supervivencia específica. Así debió adquirir el insignificante acervo de un lenguaje onomatopéyico.

Cuando el mundo le deparó la sorpresa de un nuevo acontecimiento, más o menos alejado de sus necesidades primordiales, se produjo en la conciencia individual y colectiva un doble fenómeno: en el orden moral, una borrosa idea de Dios, que posteriormente hace producir variados sistemas cosmogónicos; y en el orden del conocimiento, el más rudimentario silogismo comparativo. El método fué indudablemente sencillo: una idea de cosa desconocida contribuyó a dar la noción de una desconocida. Esforcémonos, y comprenderemos la conquista de la idea abstracta por igual proceso. Así nació la metáfora como producto biológico. Los textos antiguos, la Biblia entre otros, nos dan la adveración de este aserto.

Ahora bien: la segunda mitad del siglo pasado, fecundo en filosofía positivista y nutrido de afanes científicos, imprime una nueva estructura mental. La inteligencia humana se hace escuetamente analítica, minuciosa, pesadamente causalista. La humanidad entra

en un complejismo desesperante. Se hace casi imposible llevar en nuestro archivo mental un universal patrimonio de ideas directas. Se vive demasiado a prisa. Surge la reacción, y con ella la imprescindible necesidad de sintetizar; y de aquí nuevamente el reinado de la metáfora, como producto biopsíquico y social.

El hombre actual, y con más acierto el de mente medianamente cultivada, al observar un fenómeno desconocido, recibe una doble percepción: una, correspondiente al fenómeno desconocido, vaga, imprecisa, de espectación; y otra, contigua, consciente, precisa y comparativa, traída por necesaria proclividad pedagógica del cerebro. Es decir: se forman simultáneamente dos planos mentales: semiconsciente o subconsciente uno; consciente el otro. De tal modo que para llegar a la armonía racional que supone la comprensión, o a la armonía emocional que implica la belleza, se debe pasar primero por el plano mental consciente. Así despierta la vaga idea del plano subconsciente o se vivifica su indefinible emoción estética.

Fernán Silva Valdés, produce esta casta de emociones de una manera insuperable. Es un maravilloso artífice de la metáfora. De la metáfora necesaria y preciosamente galana a la vez. El tiene la poderosa intuición de simplificar en una sola frase, un rasgo esencial de la vida de América, causando esa impresión de imponente robustez que se recoge contemplando el macizo de una montaña.

Fernán Silva Valdés lleva en sí, como una microvida, el estado de ánimo de la actual psicología humana, que es de necesaria sintetización. Realiza la obra magnífica de una poesía, que encierra en sí una candente fuerza de actividad intelectual. Pero para vigorizar más la impresión de nativismo que causan sus poemas, construye sus tropos con elementos también novedosos. No con el lenguaje popular y campe-

ro, sino con la palabra hispana y culta, pero que tiene una fértil vitalidad de regionalismo americano, lleno de encanto sabroso y rudo. El hace revivir en una sola frase un rico filón de la gesta de América.

En él, el sustantivo se ha engalanado orgulloso y soberbio, con una amante que lo adjetiva y refresca de juvenil savia americana.

Veamos algunas de sus metáforas:

De guitarra:

Con tus cuerdas rotas y revueltas
pareces una de esas mujeres indolentes
que ya ni se peinan de desengañadas.

Del indio:

Curtido de intemperie,
—Rojo de sol o húmedo de tormentas—
en los días rayados de chicharras
o en las noches tubianas de relámpagos.
Y moría sin ruido, cuando mucho
con un temblor de plumas como mueren los pájaros.

Del rancho:

Y se encorva de miedo cuando aúllan los perros
—con las cerdas del lomo despeinadas—
porque pasa la Muerte, chúcara e invisible,
Montada en pelo
en la yegua sin freno de la leyenda.

Del poncho:

Húmedo y estirado, como si el viento se lo hubiera [puesto.

De un río:

Río
condenado a jadear como los pechos,
cuando cantas no sé si estás colérico o alegre
Pues siempre lo haces mostrando tu espuma.

Eres como los hombres cuando enojan
Y eres como los hombres cuando ríen,
Que siempre lo hacen mostrando los dientes.

De calandria:
Calandria.
Cada vez que te oigo cantar
me parece que pena una india.

De las manchas:
De las ancas lustrosas
le caía lo cola
como una cabellera que se desmorona.

Y este hallazgo maravilloso:
Un nido es una flor con pétalos de pluma,
un nido es una flor color de pájaro.

Cuando el hombre sale de su prehistoria, con su primero y rudimentario caparazón intelectivo, ya viene munido de un pequeño bagaje técnico de defensa contra el medio. Dejando de ser parte pasiva de la naturaleza, abandonando parcialmente su condición de cosa y elevándose a una mínima concepción suprasensible respecto de sí mismo y de lo que le rodea, comienza casi conscientemente su proceso de adaptación. El espíritu de la tierra hace suyo al hombre, pero de un modo distinto que el primitivo, porque se ha apoderado de él en una copulación de consciente convivencia.

La naturaleza ama al hombre como a hijo y lo ordena como dueño. Y el hombre, con una empírica noción de determinismo fenoménico, pero considerándose eje, pues que se siente librearbitrista, se yergue frente a la naturaleza como hijo y dueño también. Y prosigue su lucha eterna.

El hombre se reviste de una protección formidable. El tecnicismo industrial es preocupación fundamen-

tal. Es con esa capacidad técnica que pugna por su perduración en individuo. Y son sus primeros utensilios, y la vivienda, como primer feliz resultado de sus rústicas ideaciones arquitectónicas, carne de su carne y alma de su alma. El hombre es entonces la unidad cohesiva que hacen él, sus cosas y sus armas. El hombre domina al medio. Este es el estado etnogenético que presentan las menos civilizadas de las oriundas poblaciones de América, cuando llega el conquistador ibérico. Una fusión racial se opera posteriormente. El indio ha adquirido marcada tonalidad europea. El europeo tonalidad indígena. Surge como brote espontáneo, la magnífica y formidable figura del mestizo. Pero fué el tecnicismo del indio y del mestizo, y no el del extranjero, que hizo posible la adaptación de los pueblos de América, en un momento determinado de su evolución; puesto que no el español, sino el aborigen y el mestizo, tenían el delicado sentido del ambiente. Corren los siglos, y hasta el europeo puro se ha americanizado. Ha recibido la impregnación y el timbre de la tierra. Se comienza a vivir una civilización mejor organizada y de más perfeccionada cultura.

Es entonces cuando las cosas del hombre primitivo, que han perdurado, y que habían recibido el bautizo de su vida y la saturación de su propia alma, se muestran en su verdadera importancia y significación históricas. Las cosas tienen así el valor sustancial de un símbolo humano. Nos hallamos, pues, en América, en el último período que la gradación hegeliana señala para la *poesía épica*.

La epopeya de los grupos particulares de América ya se ha realizado en parte. Martín Fierro es, acaso, la de los pueblos del litoral en un momento indeciso de su formación. La epopeya de América es todavía una esperanza. Fernán Silva Valdés, hijo de una civilización superior, dueña de un idioma rico y per-

fecto, *prepara fragmentos de la epopeya de América en una forma nueva y originalísima.*

El nos ha cantado la rústica vivienda del hombre americano, en frases definitivas. Y esa vivienda, llámese rancho o choza en el litoral o en las pampas argentinas, ruca en las regiones neuqueñas, o churuj'-cha en las poblaciones quichuizadas del continente, es siempre la misma y realiza idéntica finalidad. El rancha se ha impregnado, por ósmosis secular, del espíritu del hombre de América, y es un estoico peregrino que sabe del secreto de las cosas íntimas de aquél.

El ha cantado el puñal, un dedo más pero con filo en la mano del gaucho, y que en las tierras de América llamólo el portugués facón, porque era más largo que el puñal común y menor que el sable del conquistador, pero semejante a la faca morisca.

El ha referido las supersticiones de América en las cosas que canta, y que toma como personalización de psicologías colectivas. También ha cantado alguno de sus mitos, que como las leyendas de América, son más o menos comunes a las distintas agrupaciones indígenas del continente.

El ha cantado un río, dinámica grieta cristalina de la tierra, que tipifica todos los ríos de América, y primer espejo que dijo al hombre de la hermosura de su cuerpo.

El ha cantado la carreta, de estirpe española, que ya rarea su existencia por causas de simple explicación, pero que ha ido dejando en el alma de América el surco profundo de su paso.

El ha cantado la boleadora, india y gaucha, diminuto y temible broquel de piedra, que hacia de la garra humana, un puño más grande, certero y mortal.

El ha cantado aquello que estando fuera del hombre de América, es, sin embargo, del hombre, y forma parte integrante esencial de su vida y de su alma.

Y todo lo ha cantado con extraordinaria limpieza idiomática y con instinto épico exacto, enérgico, puro e insuperable.

Pero, como lo he venido afirmando, los poemas nativos de Fernán Silva Valdés son de arte americano. El mismo poeta nos reafirma al decirnos: "En mis nuevos poemas entro más en lo indígena y más en América."

He tratado de bosquejar los rasgos generales que perfilan el empaque viril, rebosante de fortaleza y de salud de Fernán Silva Valdés, como poeta de Hispano-América. Ante su obra, no trepido en reconocerlo como uno de los más grandes poetas del continente en el arte americano, cuya originalidad radica en esta trilogía: la prestancia de una forma y de un ritmo nuevo; una metáfora, jugosa como una fruta salvaje en sazón; y una asombrosa fidelidad épica.

En síntesis: un canto nuevo y un gran poeta.

NORBERTO A. FEONTINI.

Dibujo de **Barradas.**

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Histoire du Peuple Américain.—Por Woodrow Wilson. Traduit par Désiré Roustan. Préface de Emile Boutroux. Paris. 1924.

Casi junto con la noticia de su muerte nos llega esta obra de Wilson, esmeradamente traducida y editada en París, por la casa Bossard, obra digna, sin duda, por su latitud y profundidad, del hombre que ocupara el primer puesto en el escenario mundial contemporáneo.

No hay ninguna rama del saber cuyo conocimiento necesite ahondar más el estadista, que la historia, vastísimo campo de enseñanza donde los errores y las virtudes, las causas de la grandeza o de la decadencia se transparentan, dejando el invalorable tesoro de la experiencia.

Naturalmente que para esto es necesario ir hacia la historia, no por simple curiosidad, sino con ánimo analítico, con deseo de buscar la dinámica verdadera de los sucesos, de estudiar su significado y sus proyecciones, de extraer normas y corolarios.

Así, en esta obra de Wilson, la historia está lejos de ser un acumulamiento cronológico de episodios, es un verdadero tratado de ciencia social, en la que el autor parece estar colocado frente a los hechos como el sabio ante los fenómenos físicos.

Y es claro que en esta vasta tarea el claro talento de Wilson tiene mil ocasiones de admirarnos, por el equilibrio y la lógica de sus juicios, por la claridad expositiva y, sobre todo, por su poderoso sentido de orientación que lo lleva a desbrozar de la maraña histórica los motivos centrales o culminantes.—**J. M. D.**

Cantos de la Raza.—Por Víctor Pérez Petit.—Montevideo.—1924.

El celebrado autor de "Joyeles Bárbaros", ha puesto gran originalidad en la construcción de este libro. Su alma poeta, a orillas del solar nativo, reza tal ardiente oración a la madre patria transatlántica, que aquélla le contesta, emocionada en sus entrañas, y hace aparecer a su lado dos formas aéreas, las que enlazan al poeta y lo arrastran, en un vuelo milagroso, hacia la tierra invocada.

El lector va también sin esfuerzo detrás de él, de tal modo, que cuando el vuelo se termina, se tiene la impresión de haber hecho un viaje encantador, al lado de un compañero encendido y apasionado

que ha ido revelándonos, con lenguaje rítmico, la belleza panorámica o histórica de los lugares, la originalidad de las costumbres, el sentido de las joyas arquitectónicas, y, en fin, todo aquello que sea capaz de sugerir en el peregrino una emoción estética.

Lírico de mucha fuerza debe ser el que se atreve a lanzarse por el camino descriptivo, y puede dar en notas sintéticas sus impresiones con la justeza y el relieve del autor.

Pérez Petit parece haberse complacido en acumularse obstáculos, eligiendo una forma tan estricta para expresarse, como el soneto clásico, y es justo consignar que vence con singular maestría las vallas de esa forma métrica, consiguiendo, no sólo encerrar en ella una idea o un panorama, sino engarzarlos primorosamente.

La invocación a la "casona familiar de los abuelos", que inicia el libro, es un poema francamente admirable por la soltura con que corre el verso y por el alma que lo anima.

Cierran el volumen un "Canto a América", de tono épico, fechado en 1892, y el "Himno del Mar", vasta y original sinfonía, en la que el piélago canta su propia loa, a la manera libre del verso moderno, con tal potencia en las imágenes y grandeza en la concepción, que hace recordar la voz formidable de Walt Whitman.—**J. M. D.**

Kindergarten.—Poemas de Francisco Luis Bernárdez.—Estampas de Fernández Mazas.—Madrid.—1923.

Libro de poesía moderna en el que el espíritu renovador se muestra, por fortuna, menos enamorado de la revolución formal y tipográfica que de la novedad imaginativa y la visión nueva de los paisajes internos y externos.

Bernárdez siente el encanto del ritmo y las rimas, por lo que, a pesar de sus audacias y sus evidentes arranques ultraístas, queda siempre un poeta esencialmente musical.

Así puede darnos poemas como "Ronda", "Viñeta Gris" "Nublado", "Maitines", y muchos otros, que, a un tiempo, tienen la frescura de una fruta nueva y el arrullo de las viejas canciones.—**J. M. D.**

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

que ha ido revelándonos, con lenguaje rítmico, la belleza panorámica o histórica de los lugares, la originalidad de las costumbres, el sentido de las joyas arquitectónicas, y, en fin, todo aquello que sea capaz de sugerir en el peregrino una emoción estética.

Lírico de mucha fuerza debe ser el que se atreve a lanzarse por el camino descriptivo, y puede dar en notas sintéticas sus impresiones con la justeza y el relieve del autor.

Pérez Petit parece haberse complacido en acumularse obstáculos, eligiendo una forma tan estricta para expresarse, como el soneto clásico, y es justo consignar que vence con singular maestría las vallas de esa forma métrica, consiguiendo, no sólo encerrar en ella una idea o un panorama, sino engarzarlos primorosamente.

La invocación a la "casona familiar de los abuelos", que inicia el libro, es un poema francamente admirable por la soltura con que corre el verso y por el alma que lo anima.

Cierran el volumen un "Canto a América", de tono épico, fechado en 1892, y el "Himno del Mar", vasta y original sinfonía, en la que el piélago canta su propia loa a la manera libre del verso moderno, con tal potencia en las imágenes y grandeza en la concepción, que hace recordar la voz formidable de Walt Whitman.—J. M. D.

Kindergarten.—Poemas de Francisco Luis Bernárdez.—Estampas de Fernández Mazas.—Madrid.—1923.

Libro de poesía moderna en el que el espíritu renovador se muestra, por fortuna, menos enamorado de la revolución formal y tipográfica que de la novedad imaginativa y la visión nueva de los paisajes internos y externos.

Bernárdez siente el encanto del ritmo y las rimas, por lo que, a pesar de sus audacias y sus evidentes arranques ultraístas, queda siempre un poeta esencialmente musical.

Así puede darnos poemas como "Ronda", "Viñeta Gris" "Nublado", "Maitines", y muchos otros, que, a un tiempo, tienen la frescura de una fruta nueva y el arrullo de las viejas canciones.—J. M. D.

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio
en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO JUNIO 1924

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" Vapor "Ciudad de Montevideo"

Saldrá los días pares a las 22. Saldrá los días impares a las 22.

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga, 150.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes, 1387.
Arena Domingo, Rincón, 688.
Delgado Asdrúbal, Rincón, 688.
Miranda César, Bulevar Artigas: Punta Carreta.
Blengio Rocca Juan, Juncal, 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro, 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada, 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.
Caviglia Buenaventura, Juan Carlos Gómez, 1459.
Llovet Ernesto, Constituyente, 1568.
Schinca Francisco A., Canelones, 1135.
Frugoni Emilio, 18 de Julio, 979.
Carbonell Debali Arturo, 18 de Julio, 914.
Segundo José Pedro, Colón, 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Berro, 632.
Grompone Antonio M., Miguelete, 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí, 417.
Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.
Regules Dardo, Francisco Muñoz, 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones, 1430.

ESCRIBANOS

Daquó Juan, Soriano, 1370.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú, 882.
Arias José F , Yaguarón, 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre, 120.
Foladori José, Constituyente, 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay, 1884.
Brignole Alberto, Cufré, 1649.
Scoseria José, Maldonado, 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim, 1584.
Blanco Acevedo Eduardo, Washington, 313.
Gutiérrez César G., Sarandí, 365.
Mezzera Haroldo, Bulevar Artigas, 1155.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto, 1297.
Navarra María Inés, Canelones, 2061.

Baltasar Brum

Abogado

Estudio en: Rincón, 688 **MONTEVIDEO**

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle SOLÍS esquina PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros, Alcancías, gozan de interés de 6 °/o hasta la cantidad de $ 300 y de 5 °/o por el exceso hasta $ 1,000.

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205.—Cordón Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES:

Aiguá, Artigas, Canelones, Cardona, Carmelo, Castillos, Colonia, Dolores, Durazno, Melo, Mercedes, Minas, Minas de Corrales, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Olimar, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Río Branco, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San Gregorio, San José, Santa Lucía, San Ramón, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí, Sarandí del Yí, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad y Vergara.

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los depósitos hasta $ 300 ganarán el interés de 6 °/o y los de $ 301 hasta $ 1,000, el interés de 5 °/o. Los depósitos mayores de $ 1,000 no ganarán interés por lo que exceda de esa suma.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 °/o hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

Revue de l'Amérique Latine

Paraît le 1er de chaque mois

Directeur: *Ernest Martinenche*

Redacteurs: *Charles Lesca - Ventura García Calderón*

Tous les américains doivent lire la

Revue de l'Amérique Latine

Chez Exprinter, 2, rue Scribe, Paris

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique

Directeur: PIERRE ANDRÉ-MAY.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe

Le Numéro: France fr 2 Etranger: fr. 2.50
Abonnement: » » 20 » » 25
(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré á: VALERY LARBAUD.

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 1/2 % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1455 y 1459

Revue de l'Amérique Latine

Paraît le 1er de chaque mois

Directeur: *Ernest Martinenche*

Redacteurs: *Charles Lesca - Ventura García Calderón*

Tous les américains doivent lire la

Revue de l'Amérique Latine

Chez Exprinter, 2, rue Scribe, Paris

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique

Directeur: **PIERRE ANDRÉ-MAY**

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVII

Le Numéro France fr. 2 Etranger: fr. 2.50
Abonnement: » 20 » 25
(L'abonnement de 1 an part du 1er janvier)

Lire le numéro special de novembre 1922 entièrement consacré à: VALERY LARBAUD.

El emblema de

RAPIDEZ Y SEGURIDAD

en servicio telegráfico o cablegráfico a

TODAS PARTES

DEL MUNDO

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston, Texas. — Strand and 21st Street.
México. — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico, San Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá. Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador. — Esmeraldas Santa Elena. Guayaquil.
Perú. — Paita. Callao. Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N 462. Valparaíso, Cochrane N.° 583. Santiago, Huérfanos N.° 1041. Tacna. Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383. Rosario, Calle San Martin N.° 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala
Brasil. — Santos, Rua 15 de Novembro N.° 175. Rio de Janeiro, Rua 7 de Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.° 400 -- Montevideo

RISSO & AYALA, Impresores

MISSING

ISSUES(S

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES: RODOLFO MEZZERA
PABLO DE GRECIA. J.M. DELGADO.
SECRETARIO: TELMO MANACORDA.

MONTEVIDEO

MAYO DE 1924 AÑO VIII - N.° 71

056.1
PEG
No. 71

PEGASO

AÑO VIII N.º 71

MONTEVIDEO, MAYO DE 1924

SUMARIO:

María Eugenia Vaz Ferreira . . . por La Redacción.
"La Epístola Moral". . . . . » Eustaquio Tomé.
Ática.—Antígona (sonetos) . . . . » Abel de Fuentes.
El Ombú . . . . . » Julio J. Casal.
Un grillo en la noche . . . . . » Rafael Heliodoro Valle.
El Viaje (versos) . . . . . » Jaime Torres Bodet.
Versos a Florida . . . . . » Antonia Artuccio Ferreira.
Don Quijote liberal y democrático . » Lorenzo Torres Cladera.
De lo fugaz (versos). . . . . » Sabas Olaizola.

Sección Educación:

«Las lecciones sobre objetos». . . . por Enriqueta Compte y Riqué.

Sección Hispano-América:

«Los Poetas Nuevos»

Composiciones inéditas de María Mouvel, Rafael Lozano, Alberto Guilfén, Rogelio Sotela, Arturo S. Mom, María Enriqueta, Salvador Novo, Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Arturo Torres Río-Seco, R. Meza Fuentes.

Notas Bibliográficas.

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

PEGASO

AÑO VIII N.º 71

MONTEVIDEO, MAYO DE 1924

SUMARIO:

María Eugenia Vaz Ferreira . . . por La Redacción.
"La Epístola Moral". . . . . » Eustaquio Tomé.
Ática.—Antígona (sonetos) . . . . » Abel de Fuentes.
El Ombú . . . . . » Julio J. Casal.
Un grillo en la noche . . . . . » Rafael Heliodoro Valle.
El Viaje (versos) . . . . . » Jaime Torres Bodet.
Versos a Florida . . . . . » Antonia Artuccio Ferreira.
Don Quijote liberal y democrático . » Lorenzo Torres Cladera.
De lo fugaz (versos) . . . . . » Sabas Olaizola.

Sección Educación:

«Las lecciones sobre objetos». . . . por Enriqueta Compte y Riqué.

Sección Hispano-América:

«*Los Poetas Nuevos*»

Composiciones inéditas de María Mouvel, Rafael Lozano, Alberto Guillén, Rogelio Sotela, Arturo S. Mom, María Enriqueta, Salvador Novo, Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Arturo Torres Río-Seco, R. Meza Fuentes.

Notas Bibliográficas.

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por Ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la Ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle SOLÍS esquina PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros, Alcancías, gozan de interés de 6 % hasta la cantidad de $ 300 y de 5 % por el exceso hasta $ 1,000.

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso —Paso del Molino: Calle Agraciada 963 —Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Unión: Calle 8 de Octubre 205 —Cordon Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES:

Aiguá, Artigas, Canelones, Cardona, Carmelo, Castillos, Colonia, Dolores, Durazno, Melo, Mercedes, Minas, Minas de Corrales, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Olimar, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Río Branco, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San Gregorio, San José, Santa Lucía, San Ramón, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí, Sarandí del Yí, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad y Vergara.

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los depósitos hasta $ 300 ganarán el interés de 6 %, y los de $ 301 hasta $ 1,000, el interés de 5 %. Los depósitos mayores de $ 1,000 no ganarán interés por lo que exceda de esa suma.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

BELLES - LETTRES

REVISTA MENSUAL DE LAS LETRAS FRANCESAS

DIRECTOR: MAURICIO LANDEAU

89 Boulevard Exelmans.—PARIS (16e)

DE TODAS LAS GRANDES REVISTAS ES LA MAS ECONOMICA

PARA SUSCRIBIRSE:

FRANCIA:		EXTRANJERO:	
Un año . . .	20 fr.	Un año . . .	24 fr.
Seis meses . .	11 »	Seis meses . .	13 »

EL NÚMERO 2 fr.

"LA REVUE CONTEMPORAINE"

71 Años de existencia—Director; CHARLES RIVET

COMPLETAMENTE RENOVADA

APARECE EN PARIS LOS DIAS 1 y 15 DE CADA MES

Es la Revista Contemporánea por excelencia

Su difusión es mundial

Ha creado una REDACCION IBERO-AMERICANA bajo la dirección de ALEJANDRO SUX

Oficinas: Rue Reaumur, N.° 53. París (2mo)

Suscripción: 55 Francos por año

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1.º de enero de 1913

Director:

MARIO GUIRAL MORENO

Números de 96 a 136 páginas
Por un año:

Cuba: $ 4.00 o/am.
Extranjero: $ 5.00 o/am.

Redacción y Administración
O'Reilly, 11--Habana, CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa
española y extranjera

Hebdomadario publicado por

J. García Monge

El número:
0.15 oro americano
El Tomo:
$ 4.00 oro americano

Apartado 533
SAN JOSE, Costa Rica, C. A.

CLINICA DENTAL DE ESPECIALISTAS

La finalidad de esta Clínica es proporcionar a los pacientes el mejor servicio posible por medio de la división del ejercicio profesional.

Cada especialista ejerce única y exclusivamente su especialidad.

Las especialidades están distribuídas en la siguiente forma:

Alejandro M. Osimani, PIORREA ALVEOLAR y PROFILAXIS
Francisco Pucci, TRATAMIENTO DE CANALES, OBTURACIONES, RAYOS X y NIÑOS.

Teléf.: «La Uruguaya», N.º 2573 (Colonia)

CONSULTAS DE 8 A 12 Y DE 2 A 6 P. M.

Calle SALTO 1297, esq. Constituyente

PEGASO

ontevideo, Mayo de 1924. N.º 71 — Año VIII.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

La noche ha corrido la cortina tras breve amenaza. La mano invisible lo dispuso con un rencor escondido, antes de que llegara la tarde, y sin darnos tiempo para concitar contra ella las fuerzas ignotas. María Eugenia Vaz Ferreira, la poetisa vibrante y bohemia, que fué como la alondra de las musas nativas, se ha ido para siempre, quemada en el ardor de su llama, que aún palpita y se estremece como una antorcha desflecada...

Pegaso rendirá el número próximo a su memoria y hará por que, en la pobreza de su homenaje, ardan los siete candelabros de la vida...

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^1/_2$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1459

PEGASO

ontevideo, Mayo de 1924. N.º 71 — Año VIII.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

La noche ha corrido la cortina tras breve amenaza. La mano invisible lo dispuso con un rencor escondido, antes de que llegara la tarde, y sin darnos tiempo para concitar contra ella las fuerzas ignotas. María Eugenia Vaz Ferreira, la poetisa vibrante y bohemia, que fué como la alondra de las musas nativas, se ha ido para siempre, quemada en el ardor de su llama, que aún palpita y se estremece como una antorcha desflecada...

Pegaso rendirá el número próximo a su memoria y hará por que, en la pobreza de su homenàje, ardan los siete candelabros de la vida...

LA EPISTOLA MORAL

(Continuación)

II

Conocemos ya los anhelos del poeta (Estrofa 43), su criterio sobre la vida cortesana y sobre el retiro propio del sabio. Encariñado con el asunto, lo desarrolla con nuevas galanuras en el penúltimo fragmento del poema, que viene a constituir algo así como la *confirmación* de ciertas piezas oratorias.

En el terreno de las confidencias, el autor nos abre su corazón y con subido lirismo, nos confiesa sus intenciones:

> 56. Quiero imitar al pueblo en el vestido
> En las costumbres sólo a los mejores
> Sin presumir de roto y mal ceñido.

¡Qué sencillez encantadora respiran estos versos!! ¡Qué perfume de tolerancia impregna la frase, gracias a la discreta manera de aminorar la fuerza del pensamiento, artificio con justicia calificado por Campillo, de insuperable modelo de atenuación!

Contrasta el simplismo de nuestro poeta con el ligero énfasis que empaña los párrafos de Séneca, donde se vierten las mismas ideas:

"El sòlo nombre de filósofo llama ya bastante la atención, aunque lo lleve persona modesta; ¿qué será si nosotros mismos nos separamos de las costumbres de los demás hombres? Procuremos que nuestro exterior esté conforme con el pueblo y que el interior no se le parezca en nada. Que nuestra toga no sea espléndida ni sórdida. No tengamos platos de oro cincelado, pero no creamos que es prueba de temperancia privarnos de oro y plata en nuestra mesa. Procuremos solamente que nuestra vida sea mejor, pero no distinta de la del vulgo; no obrando así alejaremos de nosotros a todos aquellos que queremos corregir y conseguiremos que no nos imiten en nada por temor de verse obligados a imitarnos en todo."

(Epístola V. "De la ostentación de la Filosofía y de la verdadera Filosofía").

Derivan, también, del pasaje copiado, los versos del

57. No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Significativa dualidad se descubre investigando el origen ideológico del terceto:

58. Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.

feliz fusión de una máxima de Horacio

"Teniendo lo suficiente, no aspires a más."

("Epístolas", Libro I. Epístola II. "A Lolio").

con severas enseñanzas del filósofo hispano-latino.

"Con facilidad se encuentra lo necesario; colocado está delante de nosotros; solamente se trabaja por lo superfluo; esto es lo que nos hace desgastar nuestras togas, lo que nos envejece en los campamentos y nos lleva a países extranjeros. Tenemos en las manos lo que nos basta. El que se acomoda a la pobreza es rico."

(Séneca. Epístola IV. "Del miedo a la muerte").

La transformación de las ideas de los dos célebres escritores latinos, es manifiesta y ¡cuánto ganan al pasar a los delicados endecasílabos del poeta andaluz, que vibran acordes con los de la trigésimanovena estrofa!

Considerados así, en su conjunto, los nobles consejos contenidos en la Epístola, comprendemos que de la Puente y Apezechea, haya dicho que ésta contiene "más tesoros para la vida, que todos los escritos de los pretendidos reformadores de la humanidad".

Otra reminiscencia de la época latina, contiene el terceto inmediato:

59. En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso múrino preciado;

Los vasos fabricados con piedra murina, eran estimadísimos por los romanos. Quien haya leído el *"¿Quo Vadis?"*, recordará que Petronio, antes de suicidarse, hizo añicos su copa murina para que otros labios no bebiesen en ella.

Cuando el verso, escribe Campillo, nos recuerda personas bebiendo en humildes vasos de barro como si fueran del preciado mineral traído de Oriente, quiere significarnos, ingeniosa y delicadamente, que a veces, los pobres, tienen igual ambición que los próceres o magnates.

Séneca ha contribuído a este brillante pasaje, muy parecido a una de sus Epístolas:

"Grande es aquel que usa platos de barro de la misma manera que los de plata; pero no es más pequeño aquel que de la misma manera usa la plata que el barro. De ánimo enfermo es no saber soportar las riquezas."

(Epístola V. "De la Ostentación de la Filosofía y de la Verdadera Filosofía").

Un dejo de ironía encubre la dulzura de las cláusulas siguientes:

60. Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal transparente y luminoso.

El ilustre crítico Lista, participando del común error sobre la paternidad de la "Epístola Moral", encerraba sus anhelos literarios en una fórmula: *pensar como Rioja y decir como Calderón.* La síntesis de la ética del "célebre anónimo", nos la brinda el terceto que copiaremos en seguida, advirtiendo antes, con verdadero sentimiento, que los primores de forma no acompañan debidamente la hermosura de las ideas.

61. Sin la templanza ¿viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta.

Vivir sin caer en viciosos extremos, no por un preconcepto de medianía, justificable en un moralista estóico y pagano, sino por la cristiana virtud de la templanza; y esperar la muerte inevitable en el silencio de un crepúsculo pleno de sabiduría, fué la suprema ambición del gran sevillano desconocido.

Al escribir los versos que nos ocupan, opina Menéndez y Pelayo, que su autor debió acordarse de una copla del comendador Escrivá, popularizada por Cervantes (1) y por Calderón (2) si bien no en su forma original, por reproducir ambos eximios ingenios la versión del Romancero General:

---

(1) "Quijote". Parte 2.ª. Cap. XXXVIII.

"Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir;
Porque el placer del morir
No me torne a dar la vida." (3)

(2) El Tetrarca de Jerusalén o El Mayor Monstruo los celos.

(3) El texto más antiguo y autorizado de la canción a que pertenece la copla, la trae así:

El último verso imita el vuelo de la saeta, portadora de la muerte que el poeta desea, y

62. No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Dos detalles vamos a destacar del terceto. La atenuación empleada para denunciar la pobreza de su pórtico, y el empleo del adjetivo doblados en su acepción poco usual, de gruesos.

63. Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

Con esta ráfaga de platonicismo, concluye la "confirmación" de la tesis del moralista.

Se compone, quiere significar se aviene, se acomoda, llevando el verbo componer a los otros dos la ventaja de su valor gráfico.

Próximo al final de su carta en verso, un temor asalta el espíritu del poeta, las ideas se agolpan en tropel a su mente, de igual manera que los instrumentos de una orquesta vibran juntos en los concertantes, alcanzando grandioso efecto.

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta conmigo,
Porqu'el gozo de contigo
No me torne a dar la vida.

El comendador Escrivá floreció, según parece, a principios del siglo XVI. El texto de su canción, aludido en la presente nota, lleva la fecha de 1511.

Los consejos dados a Fabio, ¿no lo convencerán, más que por su verdad y pureza ética, por las galas de que ha sabido revestirlos su dador? Contra semejante supuesto se indigna y exclama:

64. No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir, vana y pomposa,
El ardor atribuyas de este brío.

Valores de orden superior, despertaron el estro del poeta, y ante la sospecha de que su cortesano amigo no lo piense así, le interroga con viril vehemencia:

65. ¿Es, por ventura, menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

A cuánto es capaz de llegar el vicio, nos lo dirá en seguida en un terceto citado a menudo a guisa de ejemplo de prosopopeya, de personificación de ideas abstractas que accionan como si estuviesen dotadas de actividad y movimiento.

66. La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira a las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte.

¿Las virtudes no han de llegar a iguales extremos y con gloria en vez de oprobio? De ahí la postrera interrogación:

67. Y ¿no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

La "Epístola" concluye con un cuarteto de inspiración casi beatífica:

68. Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos.
Ven y verás al alto fin que aspiro
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

Así, en el cuarteto final, ausente todo artificio, se manifiesta el verdadero y único anhelo del poeta: libre su alma de terrenos lazos, concluída la simpleza del vivir, el espíritu se eleva a lo infinito para contemplar por los siglos de los siglos, la absoluta belleza, el supremo bien, la eterna verdad. No es Fabio el único a quien se dirige el filósofo, ni cantó el poeta sólo para su época; ciencia y belleza son dos altísimos valores en el acervo de la humanidad entera. La "Epístola Moral", con sus tesoros ideológicos y sus maravillas de expresión, es hoy una obra maestra de la literatura universal, y Lasso de la Vega tiene razón al preguntarse: "¿Quién que una vez haya tenido en sus labios aquellos versos en que rebosan imágenes excelentes, pensamientos profundos, sanas máximas y esmerada dicción, ha podido olvidarlos jamás?"

Sánchez de Castro remata su estudio sobre la "Epístola" con estas palabras: "la gran unidad que en ella resplandece, la elevación de su filosofía, el verdadero sentido cristiano que la informa, serían hasta profanados sometiéndolos al minucioso análisis del pormenor". No hemos seguido su opinión, y ello no nos pesa. Admirar no es, no puede ser nunca, una profanación. Destacar las perfecciones en el detalle, cotejarlas con las de otros ingenios, dar a cada elemento el valor efectivo mediante la búsqueda de sus antecedentes, es una forma de admiración no menos respetuosa que la inspirada por el conjunto de la creación artística. En pintura, los estudios del artista para la composición definitiva del cuadro, y las reproducciones parciales del mismo para destacar determinados fragmentos, contribuyen a la mejor apreciación de la figura íntegra.

Cubrir la aridez expositiva de los principios éticos y científicos con las galas retóricas, es la única finalidad de la poesía didáctica. Difícil, muy difícil es, llegar a

la perfección en ese género: la breve revista del didactismo español que hicimos al iniciar nuestro estudio, nos lo demuestra con sencilla elocuencia. Aquellos balbuceos anunciaban, sin embargo, la aparición de la obra definitiva, de la poderosa creación capaz de aunar en sus rimas, los más elevados principios de moral y la más excelsa poesía que resonó en la edad de oro de las letras hispanas.

En Andalucía, se realizó el milagro, y en las gallardas estrofas de la "Epístola Moral", hallaron eterno asilo en radiante conjunción, como dos astros de primera magnitud, dos ideas directrices de la humanidad: la idea del bien, expresada en sabia enseñanza, y la idea de belleza, en la más pura de sus manifestaciones: la poesía.

EUSTAQUIO TOMÉ.

Principales obras consultadas

Alcántara García Pedro. Historia de la Literatura Española.
Barcia Roque. Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana.
Blanco y Sánchez Rufino. Elementos de Literatura Española.
Callejón y Asme José. Compendio de Literatura Preceptiva.
Campillo y Correa Narciso. Retórica y Poética. Florilegio Español.
Cejador y Frauca Julio. Historia de la Lengua y Literatura Castellana.
Coll y Vehí José. Elementos de Literatura. Diálogos Literarios.
Covarrubias y Horozco Sebastián de. Tesoro de la Lengua Castellana.
Castro Adolfo de. Su colección de Poetas Líricos de los siglos XVI y XVII en la Biblioteca de Autores Españoles.
Discursos de la Real Academia Española. Tomo 1.°.
Fernández Guerra Aurelio. La Canción a las Ruinas de Itálica, ya original, ya refundida, no es de Francisco Rioja. (Memorias de la Real Academia Española. Tomo 1.°,

con las cinco lecciones de la Canción y el soneto de Ric
ja "A Itálica").

Gámez Marín Francisco y *Agustín A. Musso.* Curso teóric
práctico de Idioma Castellano.

García de Diego Vicente. Su edición de las poesías de Fer
nando de Herrera, con notas.

Gil de Zárate Antonio. Manual de Literatura.

Gómez Hermosilla José. Arte de hablar en prosa y verso.

Lasso de la Vega y *Argüelles Angel.* Historia y juicio crític
de la Escuela Poética Sevillana.

Lauxar. Lecturas Literarias y Ejercicios de Castellano.

Menéndez y Pelayo Marcelino. Noticia sobre la vida y escr
tos de Rodrigo Caro, en Crítica Literaria. Tomo 1.º An
tología de Poetas Líricos Castellanos. Prólogo a los to
mos I, IV y VI. Las Cien Mejores Poesías (Líricas)
Carta a D. Angel Salcedo Ruiz, publicada como prólog
a la segunda edición de La Literatura Española. Resu
men de Historia Crítica del citado autor.

Milá y Fontanals Manuel. Principios de Literatura Genera

Navarro y Calvo Francisco. Su traducción de las Epístola
Morales de Lucio Anneo Séneca.

Quintana Manuel José. Colección de Poesías Selectas Caste
llanas. Introducción histórica y notas.

Rodríguez Marín Francisco. Edición crítica de "El Ingenio
so Hidalgo Don Quijote de la Mancha".

Salinas Germán. Su traducción de las Sátiras y Epístolas d
Horacio.

Sánchez de Castro Francisco. Lecciones de Literatura Gene
ral y Española.

Sayagués Laso Faustino. Gramática de la Lengua Castellana

Torres Amat Félix. Su traducción de la Sagrada Biblia y no
tas ilustrativas.

ÁTICA

En la oquedad del tronco se esconde la colmena;
Y entre la plateada fronda del viejo olivo
Incansables prosiguen, bajo el ardor estivo,
Todo el día las moscas de oro su faena.

Volando de la anémona, la viola o la azucena,
Del zumbar de las alas late aquel árbol vivo
Que, nimbado de luz, inclina pensativo
A las brisas del cielo su vetustez serena.

¡Feliz quien cela un nido, en el hogar da llama,
Al peregrino tiende los frutos de su rama,
Y de su leño un báculo para el abuelo ha hecho,

Y oye a la tarde, en torno de sus grises guedejas,
Con rumor memoroso las divinas abejas
Escapar del panal que palpita en su pecho!

ANTÍGONA

Allí, piadosa y fuerte, ante el muro thebano,
Contra la iniquidad que sólo al vil obliga,
Ella alzó entre los lirios la pira del hermano
Y al errante infortunio dió un brazo sin fatiga.

El don filial brotaba de su férvida mano
Púdicamente ungido de la palabra amiga,
Como junta en los campos el cálido verano
La amapola de púrpura al oro de la espiga.

Nada tan pulcro el polvo holló del suelo griego.
Quien la vió, por los astros de aquella faz suspira
Que en el dolor guiaban al fatídico ciego...

¡Así va, por los mirtos de la inmortal penumbra,
Rozando con sus velos una invisible lira,
Pálida en el relámpago fúnebre que la alumbra!

ABEL DE FUENTES.

EL OMBÚ

En las manos inquietas
del espíritu,
aún queda
fuertemente adherido
el olor de salud de tu corteza.

Eres, ombú, la ola
que me salpica el rostro
con la esencia
más pura del pasado...

Tu corazón de muchachote bueno
palpitando en la curva del camino,
detenía el correr-jadear de hierros
de la pesada y tosca diligencia,
anunciando la casa
que pronto extendería hacia nosotros
el júbilo encendido de sus tejas
y aquella verde risa de ventanas...

Nos ata a ti la aurora
del columpio infantil,
que alborozadamente
hemos colgado un día
de tus ramas...

Se nutre tu raíz
de tradiciones.
Debe tener tu tronco
sangre y huesos de indio.

Tu sombra está trenzada
con canciones de gaucho
y cuerdas de guitarra...

Y entre tus brazos de gigante, hay
hueco para la frente del recuerdo.

JULIO J. CASAL.

UN GRILLO EN LA NOCHE DULCE...

Apenas la noche se destiñó de olvido, vino a pedirme posada, con su chirrido lamentable, el pobre grillo de la vecindad. ¿De dónde venía aquel viajero, a aquella hora, con aquellas alas que eran hechas con el polvo de todos los caminos? Era suplicante su manera de implorar permiso para pasar la noche tras la cancela de mi cuarto; un tímido temblor de viejecita muy cansada de recorrer el mundo, un temblor de amor que hería la dolencia del aire. Y como ya estaban dormidos todos los grillos de aquel rumbo, y hasta las luciérnagas habían apagado sus lámparas para no perturbar el sueño de los niños pobres, el grillo que llegaba en mi busca se acurrucó en un rincón, puso el sobretodo de ceniza en el borde de mi cama y cuidando de reposar bien el ala más estropeada escondió su cajita de música.

A la media noche todos los grillos empezaron a roncar. Se habían dormido profundamente, pensando en sus aventuras diurnas, y mi amigo se olvidó de que estaba durmiendo en casa ajena y se despertó para salir al jardín. La luna de oro sepultaba su corazón en el estanque de plata. Una mariposa cambió de postura en el lecho blanco, y en el hilo de ópalo del plenilunio hacían prodigios de cabriola los insectos funámbulos. El grillo vió de repente la claridad

de afuera, y reanimado por aquella tibieza, se fué de parranda, mísero guitarrista con una sola cuerda, a cantar su cancioncilla barata, su miseria sentimental, junto al palacio de la noche dulce...

Cuando me desperté, encendí la lámpara y fuí a buscarle hasta su rincón, guiado sólo por el hilo de su chirrido, pero como no hallé más que el eco, fuí a ver si estaba asomado a la ventana en espera de la luz que venía, y como el postigo estaba abierto comprendí que mi huésped ingrato se había marchado a buscar fortuna en la delicia tibia del aire. En vano le estuve esperando hasta el pleno amanecer para exigirle una indemnización por el mal rato que me había hecho pasar; los relojes se habían cansado de dar las horas y los ángeles que todas las noches llegan a mi cuarto con los violines trasnochados y los bucles áureos en desorden, contra su costumbre, esta vez se quedaron dormidos sobre mis débiles rodillas.

Y yo pensaba en mi amigo doliente, en el lamentable grillo gris, que con el ala despachurrada y el pecho que se había hundido en el polvo de todos los caminos, se marchó sin despedirse, y ahora iba de ventana en ventana, a la buena de Dios, comiendo migajas de corola, bebiendo rocío sereno, sin saber hasta cuándo ni hacia dónde, sin su abrigo que parecía tejido con el amor y el dolor de la noche, y echando sin cesar, sólo para distraerse en el ocio, la moneda de cobre de su chirrido en el pozo del más allá.

Mi señor el platero ciego, que siempre viene a verme, y que está encaprichado en engarzar en un anillo de silencio el lucero de la tarde, me ha pedido, con voz de súplica, que le consiga los ojos de un grillo ingrato para adornar con ellos tal joyel verde luz, que bien podría florecer de milagro en las manos húmedas de Nuestra Señora de las Lluvias.

RAFAEL HELIODORO VALLE.

EL VIAJE

Ibas a mi lado, soñando,
y el tren minúsculo corría,
en un rodar siempre más blando,
como un tren de juguetería.

Por la ventana entraba, en ondas
de luz amarilla y cansada,
el movimiento de las frondas
que saludaban de pasada.

Y en el fondo de ese paisaje,
siempre idéntico y siempre móvil,
iba corriendo un automóvil
que jugaba también al viaje.

Las vías y las estaciones
parecían sólo un motivo
de infantiles decoraciones
para nuestro amor pensativo,

y la luna de los amantes,
la luna triste y rencorosa,
deshojaba en esos instantes
la flor de su inquietud morosa.

Todo era primitivo y complejo
para nuestros intentos frustrados
de imitar el aire perplejo
que asumen los recién casados.

Y el verdadero amor hacía
demasiado contraste a esa
severidad un poco fría
del pullman vestido a la inglesa.

El tren, el paisaje y el sueño
de la luna sobre los montes,
restringía los horizontes
hasta el diámetro más pequeño.

Las cosas eran demasiado
sencillas para nuestro anhelo
de amor profundo y refinado;
y sólo, a ratos, en el vuelo

del vagón sobre la pradera,
un olor de tierra llovida
nos daba la impresión verdadera
de la realidad de la vida.

JAIME TORRES BODET.

VERSOS A FLORIDA

Bajo la transparente blancura de la luna,—
Desde un lugar distante,—contemplo la ciudad
Donde he pasado todos los años de mi vida,
Y una parcela tengo, que es todo mi caudal.

Las torres de la Iglesia, en la blancura inmensa
Que tendieron los cielos esta noche estival,
Como unas desposadas divinas se destacan
Entre miles de estrellas ansiosas de brillar...

Una nube de polvo,—como un plumón inmenso—
De improviso se eleva en el camino real,
Por donde un automóvil se aleja a la carrera
Y unas voces repiten una canción vulgar.

Al margen del camino, en las malezas, brillan—
Con suaves tentaciones de infantil ensoñar,—
Bichos de luz que tiemblan como polvo de estrellas
Que en su fiesta celeste hizo Dios *derramar...*

Al mirar el arroyo—donde el agua murmura
La silvestre tonada que remeda el sausal,—
Veo un jirón perdido del manto de la luna
Fluctuando sobre el agua como un traje nupcial.

Aspiro un fuerte aroma de flor de manzanilla,
Y una frescura rica de agua de manantial;
¡Cómo me gustan estos paisajes de mi tierra
Donde viví mis años, donde me dí en soñar!

Antonia Artucio Ferreira.

Florida, 8 de mayo de 1924.

DON QUIJOTE LIBERAL Y DEMOCRÁTICO

Suplico al lector que se despoje de maliciosa su
sición. No pretendo ni por asomo presuntuoso, ec
melas de "cervantista". Después de tanto sabio
mo ha pasado su vida hurgando en el Quijote, en
innumerables padres los libros de caballería, en
historia y el romance españoles, no sería yo, le
apenas, lector fervoroso eso sí, de la magna o
quién se metiera en camisa de once varas. "No
voy", como dicen en el frondoso léxico ríoplate
tanto el compadrito de la orilla como el orador p
lamentario, el autor teatral o el cronista de policí

Voy solamente a decir que Don Quijote fué, c
en muchas cosas, un precursor subconsciente de
de una teoría que luego, siglos más tarde, algún
dante lanzó como suya. Voy a demostrar que
Quijote, y al nombrarlo envuelvo a su "historiad
don Miguel, el manco glorioso, fué un espíritu libe
que unas veces francamente, a pesar de la censura
quisitorial, otras usando de una ironía capaz de
dentera al propio France, cuyo nombre no pu
verse separado de esa palabra, se muestra liberal,
mocrático, y aún anarquista para los tiempos leja
de sus correrías.

Ni el inglés Juan Bowle, que se pasó catorce a
para dar a luz sus comentarios sobre el Quijote
don Juan Antonio Pellicer, ni don Gregorio May

ni el nimiamente prolijo don Diego Clemencín, cuyas notas al Quijote son un monumento de erudición en materia literaria e histórica, dieron con esta modalidad del ingenioso hidalgo. Es muy sencillo. Tenían su conservadorismo pegado como la carne al hueso, y eso les obnubilaba la visión, al punto que don Diego censura en su capítulo a Cervantes porque elogia a uno de los verdugos de los moros, del cual nos ocupamos en seguida. La simpatía puede descubrir a veces más que la observación prolija y científica.

Leí por azar una nota de Clemencín donde se critica a Cervantes por un pretendido elogio hecho a don Bernardino de Velazco, "el hombre de corazón más duro y de rostro más feo que haya producido el reino de España", encargado por el rey Felipe III de la expulsión de los moros.

Me dolió este ataque al objeto de mi admiración, pues admirador soy y sincero de la personalidad moral de don Miguel el de Lepanto, que iguala a mi ver a la literaria. Busqué la frase que mereció el latigazo de don Diego Clemencín y me encontré: "¡Heroica resolución la del gran Filipo Tercero e inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino..."

Está saltando la ironía; bastante atrevido fué Cervantes llamando al ejecutor de las órdenes reales "el tal don". Figúrense ustedes a un quídam cualquiera diciendo en Moscow: "el tal don X. Lenine", un día de éstos, a las cuatro de la tarde o de la madrugada!...

Leo el Quijote sin orden, pero desde ese día me dió por anotar, cuando me encuentro con algún gesto liberal o democrático del caballero de los Leones. Su democracia canta en cada acto con su escudero, su amor a la libertad, en mil sitios. "Libertad te da el que sin ella queda", suspira un día el flaco hidalgo, dejando en libertad de pastar a su Rocinante. Es Don

Quijote quien habla, pero es Cervantes que se que
doblado por sus prisiones en Argel, por azares de
guerra, y en su patria por achaques de pobreza. S
duda añoraba la superior libertad de que gozan
animales sobre los hombres.

En cierta ocasión se nos muestra el hidalgo ma
chego hasta anarquista. Pone en libertad a los gal
tes, los forzados del rey, porque le parecía duro "q
se hiciera esclavos a los que Dios hizo libres."

Una frase que, borrando "Dios", se encuentra
cualquier cartel de esos que pegan en las esquinas
señores de la enseña rojinegra.

Luego a golpes de lanza, se sale con la suya "an
tinándose" contra las regias leyes.

Anticlerical aparece a cada rato: "Como por sab
como saben todos,—dice "cabrero al eclesiástico q
halla en casa de los duques, que las armas de los
gados son las mismas de la mujer, que son las le
guas"... a riesgo de que le tostaran los pies los
calesín verde, si alguno de los sutiles censores hub
ra reparado en tamaña blasfemia, y no digo más p
no ser prolijo.

En cuanto a liberal, ¿qué os parece este parraf
que aparece en boca de Ricote el moro, expulsado
lugar de Sancho?... "llegué a Alemania y allí
pareció que se podía vivir con más libertad, porq
sus habitantes no miran en muchas delicadezas; ca
uno vive como quiere, porque en la mayor parte
ella se vive con *libertad de conciencia.*"

¿Qué tal? Si esto no es ser casi librepensador, q
venga la esponja y se borre la palabra del pi
rrón!... No doy dos higos viejos por la libertad
Cervantes, si esta denuncia mía llega a tiempo a
oídos de un familiar del Santo Oficio.

Y, para terminar, su magnífica definición sobre
verdadera división de las clases sociales, dejada ca
como al descuido, una chispa de radio, luz inapag

ble: "Y no penséis, señor, que yo llamo vulgo solamente a la gente plebeya y humilde, que *todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en el número del vulgo*", garrotazo formidable y reducidor para la nobleza de su tiempo, casi toda analfabeta o poco más.

¿Está o no demostrado que Don Quijote fué un señor de ideas avanzadas, aun para los tiempos que corremos?... Para muestra de una pieza de paño basta un retacito, y yo creo haber dado unos cuantos.

LORENZO TORRES CLADERA.

DE LO FUGAZ

Edad

Era mi alma pequeña como un pájaro
y se posaba sin temor en todas
las ramas florecidas del jardín.
Los astros eran familiares rosas.
El mundo era risueño y paternal
y no me daba miedo andar a solas
porque siempre había luz...
La luz del sol que me daba la sombra
del árbol para jugar; y la luz
del candil vacilante de mi alcoba.
Había luz en todos los ojos humanos;
y en mi corazón una voz luminosa
alzó, después, una canción de amor;
y fué luz el amor, y la caricia
de la novia.
Pero un día,
al despertar, no pude ver la aurora;
estaba aterido, caído, en un rincón siniestro.
Un viejo absurdo, menos que una sombra,
por los cabellos me arrancó del jardín
donde mi alma no era más que una alondra,
y me arrojó de sí, lejos, al viento,
en medio de la soledad más honda...
Todas mis luces se apagaron,
la luz del sol, la de mi alcoba;
y las estrellas se apagaron
y fueron sombras.
Y tuve miedo. Reviví
gracias al tacto, entre las cosas.

Y sentí que estaba en la vida,
en una encrucijada lóbrega
y no era más un niño jugando
con las estrellas y las rosas.

Brevedad

Día el más claro de esta primavera,
el más tibio, el más azul.
Reconciliémonos con lo fatal.
Nunca fué más alegre la lechuga
en la mesa, ni tan
apasionada y blanca fué la luz
para encender aquel rosal.
Como un pájaro en medio de la fronda
hallo aquí el nunca hallado bienestar:
en nuestro comedor que da al jardín
y en el jardín que da a la inmensidad.
Hasta he pensado hoy, que bien valiera
de aquí a cien siglos despertar,
y vivir otra hora como esta
a tu lado y entre la flora familiar.

Olvido

Quise decirte algo,
un pensamiento juguetón, sencillo,
(acaso no valía nada)
que apareció en la mente por sí mismo,
y como todo te lo contaría;
mas, ¿dónde está? Corriendo como un niño
llegó al jardín azul de la memoria
— jardín, oasis en lo incognoscido, —
saltó a los labios, para darse a ti,
pero... cayó al abismo...

SABAS OLAIZOLA.

SECCION EDUCACION

LAS LECCIONES SOBRE OBJETO

La Ley de los Objetos

Dice José P. Varela en "La Educación del P
blo", tratando el título primero de este artículo: "
timamente, la Sociedad de Amigos de la Educac
Popular de Montevideo, publicó bajo sus auspicios
Manual de Lecciones sobre Objetos, escrito en in
por M. Kalkins y vertido al castellano por el se
don Emilio Romero y por nosotros. La edición,
2,000 ejemplares, que se hizo, se agotó en breve, g
cias a la suscripción de los Gobiernos Oriental y
gentino y de la Municipalidad de Buenos Aires. Ad
tado como texto en las escuelas de la vecina Repúb
y repartido en las de nuestro país, es de esperar
empiece a ponerse en práctica y a vulgarizarse, la
señanza de las "Lecciones sobre Objetos".

Poco después, en la época de vertiginosa evolu
cuyo recuerdo evoca ese párrafo, el doctor Franci
A. Berra, uno de los Amigos que forman radia
constelación en el sombrío momento histórico de r
rencia, escribía los "Apuntes para un curso de Pe
gogía", con intención de dar carácter científico al

junto de sentencias empíricas proclamadas por sus compañeros de causa; y buscando en el orden natural de las funciones mentales, el origen de la necesidad que imponía esa enseñanza de Lecciones sobre Objetos, encontraba, entre 17 leyes que según él, debían cumplirse para lograr la cultura del espíritu humano, la Ley de los Objetos.

Si José P. Varela y Francisco A. Berra hubieran pasado del bufete a la sala de clase, dando allí, ellos mismos, Lecciones sobre Objetos o presentando objetos para imprimir el conocimiento, los resultados habrían sido muy diferentes de lo que fueron.

Objetivando como se debe objetivar, viendo al niño cuando mira, escucha, toca; siempre que espontáneamente pone sus sentidos en contacto con la realidad, habrían observado lo que muchos maestros no han observado todavía y habrían modificado muchos conceptos categóricos del detalle de sus escritos.

La minuciosidad con que están hechas las afirmaciones, en el arrebato de una verdadera convicción, hizo que los maestros, siguiendo sus normas al pie de la letra, no miraran ni escucharan al niño, ese grande, magnífico objeto que tenemos delante, presentando problemas de interesante interrogación.

El alumno de entonces quedó deslumbrado por la entrada del mundo en la sombría sala de clase, donde sólo se habían visto, hasta el momento de la revolución escolar, casas severas en un marco formado por bancos oscuros, negros pizarrones, libros pesados y cuadernos borrosos; pero, poco a poco la enseñanza del objeto llegó a ser tan insulsa como la del catecismo.

¡Cuánta nimiedad, cuánta exageración, cuánto desatino resultó, de la Lección sobre Objetos, dada con la fe del que se somete a la voz de un profeta o al mandato imperativo de la ley!

Con todo el respeto debido a la memoria de los
hombres que marcaron distintas tendencias comp
mentarias a la enseñanza pública nacional, los
hemos recogido el bien que de ellas surgió, sintie
en nosotros mismos, los efectos del impulso primiti
con los de la degeneración inevitable que sufren to
los procedimientos que quieren encauzar en lo ab
luto, hemos de convenir en que no es necesario p
sentar siempre a los sentidos, el objeto cuya en
ñanza constituye la lección.

Para que los maestros se detengan a considerar
errores de principio y de interpretación, progresi
mente formados en la práctica de lo que en el tiem
a que nos referimos, constituyó la parte más sim
tica de nuevas orientaciones, formulo estas pregunt

Todo lo que debe constituir el conocimiento de
hombre civilizado, ¿puede llegar directamente al
píritu, por la impresión del órgano del sentido?

Aún en el caso de limitar la enseñanza a lo que p
de ser palpado, ¿lograríamos que la inteligencia
tuviera más ideas que las que, cuidadosamente, hu
ramos querido limitar, velando por el concepto
tenemos de la realidad?

Al espíritu investigador del doctor Berra no d
de presentarse la objeción que encierra la primera p
gunta. Como prueba, transcribo uno de los párra
de su comentario sobre la Ley de los Objetos.

Dice: "A fin de no condenarlos a esta impoten
" debe la escuela enseñar al niño a comprender
" libros, por medio de ejercicios graduados que lleg
" hasta emplear el libro como objeto, no exclusi
" pero sí principal, de la enseñanza".

¡Ingeniosa manera de llegar a una demostraci
preconcebida, contra la evidencia de los hechos!

¡Y fué un hombre de rectitud invariable en to
sus actos y pensamientos, quien, inconscientemen

trazó la curva que conduce a esa conclusión, en cuyo profundo sentido está la verdad; pero tan a fondo, que, me atrevo a asegurarlo, aún no se ha entendido bien; porque estamos lejos, muy lejos de enseñar, "por medio de ejercicios graduados", "a comprender el libro"!

Al fin indicado no se podrá llegar debidamente, mientras se crea que para dar una lección sobre el azúcar, hay que llevar a la clase terrones de azúcar; que para hablar del agua hay que presentar un vaso lleno de agua, y que para hablar de mil bagatelas conocidas, conviene exponer cartones llenos de pedacitos, a semejanza de los monótonos muestrarios de una casa industrial.

Tratando este punto, en un trabajo que presenté al 3.er Congreso Americano del Niño, que se celebró en Río de Janeiro en 1922, "Comentario del proyecto sobre Facultad de Pedagogía, presentado al Consejo de Enseñanza P. y Normal, en 1918", dije: "Ridículas resultan, miradas desde las alturas de nuestros días, aquellas preguntas y respuestas, que entre nosotros comentó con gracia, uno de los compañeros de José P. Varela, don Emilio Romero, citando el caso de un examen que empezó con la siguiente interrogación: "¿Y qué sucedió después?", la que fué contestada de inmediato: "Subió a los cielos, etc."; pero, si se juzga con criterio desenmarañado del tejido pedagógico puramente libresco, también se encontrará ridículo que a niños de seis años, se les quiere formar hábitos de observación, presentando cosas que ya pasaron, por conocidas, a la categoría de lo desdeñado, donde, a pesar de todos los empeños del maestro, quedarán, hasta el momento en que otro grado de comprensión, descubra, en el mismo objeto, nuevas proyecciones.

Sea una lapicera ejemplo de uno de los muchos asuntos que en tal concepto suelen formar tema para niños

de 6 a 7 años, ya considerando el objeto industrial, y queriendo motivar el interés de la lectura.

El mayor interés por ese objeto, pasó desde el d en que, para aprender lo que ningún maestro ser capaz de enseñar, el niño, párvulo, trepó silencioso s bre una silla, quizá con el sobresalto de una posib amonestación".

Debemos presentar todo lo que sea posible prese tar, real o figurado; pero, debemos cuidar de no s más ingenuos que el niño, dando lecciones sobre que ellos nos las pueden dar; porque, pese a nuest credo en materia pedagógica, las ideas no se sucede en el entendimiento ni se asocian, en los primeros añ de la vida, como se relacionan los números de u progresión ascendente.

El alma del niño vuela tanto o más que la nuestra pues hace interrogaciones de problemas metafísico antes, mucho antes de que el cuerpo sea capaz de so tener, con firmeza, su marcha sobre el suelo.

El pensamiento tiene amplia tela formada cuand creemos que la escuela empieza a tejerla.

Tengamos en cuenta, también, que la riqueza y v riedad de los conocimientos, libremente adquiridos, a menta día a día, por la transformación que sufre ambiente, con los grandes y pequeños inventos y l reformas de organización social.

En otro tiempo, el objeto, en la sala de clase, fu para el espíritu, como el aire que llega al pulmón cua do se asfixia en sitio confinado; hoy, el objeto pue compararse, muchas veces, al escombro que no de pasar.

Varios niños de mi escuela, con motivo del come tario hecho en clase, al capítulo de lectura "El ga cho", del libro 3.° de Figueira, días pasados, explic ron con lujo de detalles, la diferencia entre un gauc y un *cow boy*.

Ellos no han visto, real, a ninguno de los dos; pero, han visto la figura de ambos en láminas y vistas de biógrafo y con tales elementos han dado vida, al cuadro de los campos que baña el Missisipí y a los que llevan sus mansas corrientes al Uruguay.

La imaginación, cuando tiene punto de partida, va más allá de la más lejana estrella. Si pretendemos contenerla con nimias enseñanzas, rompe las cadenas y se va.

Debemos acompañarla en su vuelo, guiando cuando es preciso, marcando rumbos también; pero, nunca obligando a bajar.

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

HISPANO AMÉRICA

LOS POETAS NUEVOS

Páginas inéditas enviadas a PEGASO por sus auto

MI HIJA JUEGA EN EL JARDIN

Mi hija juega en el jardín
y yo la miro, quieta y triste,
triste de tanta dicha, triste
porque la dicha tiene fin.

Viene corriendo, y se va luego,
me deja un beso o una flor.
Su voz musita a vez un ruego,
a vez un mimo encantador.

Es la más linda de las flores.
En ella están dicha o dolor...
¿Qué han sido todos mis amores
comparados con este amor?

No pienso en destinos amargos,
ni en que las cosas tienen fin,
¡pero quisiera largos, largos
estos momentos del jardín!

MARÍA MONVEL

Santiago de Chile.

ORIENTAL

Motivo musical de César Cui a Armen Ohanian

El riente patio de la fuente de los espejos
brilla, en la maravilla de reflejos bermejos,
vestigios de prodigios de la tarde en litigios
con el sol, cuyos dejos quiebra en los azulejos.

Y, mientras dice el chorro su canción cristalina
y el ambiente fascina,—tal un agua marina
que encerrara en su acuario milagroso las cosas
con los alucinantes cambiantes que combina—

en el fondo del patio, sobre un diván, se ofrece
una mujer desnuda que se anuda y se crece.
Unos músicos tañen cítaras y dulzainas.
Y, en esta escena llena de aromas, enloquece

el shah—túnica blanca, rostro cenceño y
negra barba que esconde la herida de un rubí—
que, arrojando el alfanje lejos de sí y el peto,
cabe el diván murmura, débil, ante la hurí:

Se humilla en tu presencia, como esclava, la rosa
y el lánguido narciso contemplarte no osa.
¿Cómo podrá una flor decirse soberana,
si su brillo es del astro lunar que el tuyo glosa?

La música apostilla férvida el rubayá
de Hafiz, el Divino, mientras lo entona el shah,
y los platillos, graves, sencillos y perfectos,
transponen los efectos que el consonante da.

La música prosigue, aunque termina el canto,
como una exauda cauda rítmica del encanto
de la voz del poeta, en la voz del amante
que vibra con la fuerza con que él vibrara tanto!

Y la odalisca escucha la voz que clama. Luego
la música, agitándose como un sagrado fuego
cada vez más nutrido, más torcido y más alto:
¡Tal vagido sufrido que se ahoga en un ruego!

Y se levanta, grácil, igual que una gacela.
Toma, entonces, tres velos y con ellos se vela.
La música se apaga; mas reanuda la maga,
su aliento: como viento que, por el patio, vuela

y hace tremar los velos de la danzante muda
que gira y, mientras gira, con los velos se escud
Pero, de pronto, canta y, al cantar, se despoja
de los velos, quedándose, en un giro desnuda.

Al ir girando surgen otra vez las palabras
de Hafiz, cual rebaño dócil de lindas cabras
o como un agua pura que del corazón brota
porque el amor ha abierto en él múltiples abras:

Uno a uno, quitóse hasta el último velo
y apareció, radiosa, su frágil carne en celo
que su corazón rojo mostraba en transparencia,
como un rubí ensangrienta las aguas de un riach

Queda inmóvil, divina, la bella danzarina.
La música termina. La noche se avecina.
El shah guarda un instante un silencio anhelant
En tanto, dice el chorro su canción cristalina.

Y, cual leopardo dócil a la fuerza del amo,
o cual torcaz que busca, plañidera, el reclamo,
la hurí se echa a las plantas del shah que, en un ar
de pasión, le musita al oído:—¡Te amo!
Y, ofreciéndole él mismo una copa, le vierte

bermejo vino añejo—lo mismo que la Suerte,
al nacer, nos rebasa la copa del Destino—
y, con un rubayá de Omar Khayán, le advierte:

Mira este vino añejo en tu copa encarnada
y bebe, ¡oh, mi luna de gracia bien amada!,
que la luna del cielo volverá muchas veces
buscando nuestras formas, ¡y no encontrará nada!

RAFAEL LOZANO.

México.

CARTAS A FRAY LUIS

A Juana de Ibarbourou.

Qué descansada vida, qué descansada
la del que huye el mundanal ruido
y se adereza, con laurel florido
y con sueños de gloria, una ensalada.

Qué descansada vida, qué descansada
la del que teje sobre el árbol nido
y se consagra a ser padre querido
de numerosa prole bien cebada.

Qué descansada vida, qué sabrosa
la del que deja al verso y a la rosa
para sembrar su huerto de lechuga;

qué descansada vida, qué dichosa
la del que deja el verso por la prosa
para arrastrar su vida como oruga.

ALBERTO GUILLÉN.

Lima (Perú).

OPTIMISMO

Ten el noble optimismo que no engaña;
si el corazón en todo bien se sume
en tu alma verás que se resume
la fe que hace mover una montaña.

El vaho calumnioso que se empaña
se hará, por tu fervor, suave perfume,
y el dardo venenoso que consume
se hará, por tu poder, flor que no daña.

Y te herirán los hombres, y en la vida
sabrás cuánto más dulce es una herida
si bajo de tu fe vas a ponerla.

Y verás que tu alma, siendo fuerte,
saldrá del cuerpo que rompió la muerte
como de la ostra gris sale la perla!

ROGELIO SOTI

San José (Costa Rica).

MOMENTO

Junto a su carne virginal y tibia,
carne de amor intensamente amada,
yo me erguía crispado de lascivia
y no veía nada...
Ella estaba a merced de mi locura
y temblaba de horror bajo mis manos.
¡Ah, temblaba, querida criatura,
como una florecilla, entre mis manos!
Muda de angustia y desesperación
me miró, me miró hasta el corazón

con sus ojos azules, de cielo,
con sus ojos, brillantes tras el velo
de un doliente mador,
con sus ojos queridos, profundos,
empapados de amor y de dolor,
de amor y de dolor, como dos mundos...
Nadie, nadie en la vida me ha mirado
con pupilas humanas, de ese modo.
En su mirada me lo dijo todo
y yo quedé como petrificado.
Y así, bajo el influjo de esa lumbre,
lleno ya de mi innata mansedumbre,
sollocé con desconsuelo... Después,
como un crisma de íntimo fervor,
lo mejor de mi alma, lo mejor,
¡se derramó a sus pies!

ARTURO S. MOM.

Buenos Aires.

LEJANO RECUERDO

Haciendo remembranzas
de cuando fuimos niños:
—¿Recuerdas,—me pregunta
sonriendo mi amigo,—

de aquel miedo salvaje,
de aquel miedo exquisito
que nos daban los gansos
al cruzar el molino?...

En bélica bandada,
con los cuellos tendidos,
con las alas abiertas
y dando agudos gritos,

corrían tras nosotros
por la orilla del río,
hasta que el molinero
iba a darnos auxilio

poniendo en retirada
el tropel enemigo...
¿Recuerdas? Temblorosos
por el miedo, y rendidos,

debajo de algún árbol
tomábamos respiro,
hasta que al fin calmaban
sus violentos latidos

tus sienes y mis sienes,
tu corazón y el mío...
—¡Lejano está ese tiempo!—
dije, triste, a mi amigo;—

ya no nos acobardan
los gansos del molino...
—Es verdad,—él responde
con un largo suspiro;—

hoy a mí no me asusta
nada...
—¿Nada?...—repito.—
—Sí; hay algo: la Muerte,—

dice presto mi amigo.
Y entonces yo respondo
en tono pensativo:
—¿Te intimida la Muerte?...
A mí... ¡sólo el Olvido!.....

MARÍA ENRIQUETA.

Habana (Cuba).

ALMANAQUE

I

Tenemos doce lugares
para pasar las estaciones:
el verano se puede pasar en Junio
el otoño se debe pasar en Octubre.

El tiempo nos conduce
por sus casas de cuatro pisos,
con siete piezas, Sala, dos recámaras,
comedor, patio, cocina
y cuarto de baño.
Cada día cierra una puerta
que no volveremos a ver
y abre otra sorprendente ventana.

El aire derribó
dos cuartos del último piso
de Febrero.

El aire se serena
y seguimos buscando casa.

II

La Guadaña del minutero
hizo centro de su compás
en el centro de nuestro vientre.
Para los buzones de la vida
necesitábamos certificado.

Adress your mail to street and number
y estamos en la poste restante
sin hallar en Diciembre ni en Marzo
la plegadera de una sonrisa.

¡Nuestro ombligo
va a ser para los filatelistas!
y seremos devueltos al remitente
ajados, con cicatrices
y llenos de noticias atrasadas...

SALVADOR NOVO.

México.

UN MAL VIENTO ME CURVA...

Vago. La tarde me habla como enemiga.
Nadie me reconoce... Debo de estar muy triste.
Un mal viento me curva como curva una espiga...
¡Ya no soy ni la sombra de lo que conociste!

Han bastado seis meses para cambiarme tanto.
De aquel amor absurdo ya no queda una huella.
Sobre mi corazón sólo siento el quebranto
que sentí cuando niño por coger una estrella.
Estoy bien. Pero, ¡mírame! Soy el que te quería,
el que sembró en tu vida tanto verso de amor...
Una mujer fatal se atravesó en mi vía...
La llevo en brazos como si llevase un dolor.

Esto es triste, ¿no es cierto? Pero es bien de la vida...
nos amamos... nos olvidamos... ¡La historia vieja!
Comenzaremos ambos una nueva partida,
y el corazón transido no lanzará una queja.

¿Para qué? Simplemente fueron jugadas malas...
A nuestros pies la vida canta cosas extrañas.
El corazón extiende sus más potentes alas
para emprender un nuevo vuelo hacia las montañas.

Esta es la verdadera filosofía... Santa
quietud, santo reposo, no maldecir la suerte...
¡Que si la vida siempre nos cargó con su planta,
nadie sabe qué dicha nos espera en la muerte!

JOAQUÍN CIFUENTES SEPÚLVEDA.

Santiago de Chile.

¡OH, MARAVILLA!

La altivez de la vela,
la firmeza en la quilla,
y el blancor de la estela:
¡Oh, maravilla!
El aliento yodado
que trasciende a la orilla,
y este oro derramado:
¡Oh, maravilla!
La emoción del poeta,
con su alma sencilla
en la tarde violeta:
¡Oh, maravilla!
Y en esta hora musical
bajo la luna el agua brilla
en un estuche de cristal:
¡Oh, maravilla!
¡Oh, maravilla elemental!

ARTURO TORRES RIOSECO.

México.

POEMAS

AMOR...

Amor, mago maldito de tragedias siniestras.
cambia el adusto ceño y déjame pasar:
va dormida en mis brazos y trasciende a florestas,
es una joya viva y perfuma a arrayán.

Su corazón desnudo va regando el sendero.
(Su cuerpo es un manojo de yerbas sin hollar).
En sus labios de cera nadie sembró veneno.
Amor, abre la puerta y déjame pasar...

Un gajo de oro vivo llevo en los brazos sanos.
(Dejé la neurastenia prendida en la ciudad).
Saturándome de ella cruzaré los vallados,
treparé las montañas, me perderé en el mar...

Tú, guardián implacable, ¿no me abrirás la puerta?
Mi planta cruzó abismos para llegar a ti.
Tuve los ojos ciegos para la tierra en fiesta.
Busqué, como un regazo, tu umbral para dormir.

Me rasgaré los huesos golpeando en tus barrotes
y dejaré los nervios en tus cerrojos fríos:
las alas de los cuervos nadarán en la noche,
como un timón, llevando mi corazón vacío.

Implacable y hostil, consientes el martirio
de esa joya de seda, que me enloquece aún,
y mientras en la cárcel de mi fiebre deliro
su angustia vuela al cielo en una llama azul...

TÚ...

Tu corazón es un célico fruto:
en tus labios se bebe su jugo,
como en una azucena el rocío
matinal de jardines divinos.

Tu regazo y tus manos se han hecho
para llenarse de flores y besos,
como se llena la fuente de cantos
y la pradera de aromas lejanos.

En la flor inmortal de tu seno
alentará su fracaso mi ensueño,
y en su sombra hallará su refugio
la dulcedumbre de nuestro hijo rubio.

CANTO EN LA NOCHE.

Mano de terciopelo del futuro,
perla de nuestra sangre florecida,
¿eres tú quien araña el agrio muro
de zarzas en el yermo de mi vida?

¿Es tu mano de seda la que llama
con voces nuevas a mi corazón?
Tu mirada celeste me derrama
en el abismo una constelación?

¡Es la lluvia que cae, la que pasa
rozando con su llanto los cristales
y deja en las paredes de mi casa
sus diáfanos diamantes musicales!

La mano de agua de la lluvia lenta
golpeó la puerta de mis avatares
y prendió en mi mañana soñolienta
una canción venida de los mares.

Prendió el hilo de seda de su canto
en el gris manto de mi soledad
y en los velos opacos de mi llanto
vertió las ánforas de su claridad.

Pero no llega la mañana, lluvia,
siempre sigue la hilacha de neblina:
¡me falta el sol—su cabellera rubia—
para ser la pradera cristalina!

CANTA MI CORAZÓN COMO UNA FUENTE...

Mi corazón, como mi verso, es claro:
hallé en mi sangre férvida el veneno
en que ha de constelarse el desamparo
de la rubia mujer, que ya no espero...

(Hada inefable, que doró mis sueños
con la dulzura de su cabellera
y que guardó, en sus párpados sedeños,
la visión ruda de mi primavera).

Caen las lunas sobre mi tortura
con una igual indiferencia, fría,
en el silencio de la noche oscura.

Ya la he perdido, irremediablemente,
y ante el abismo de la lejanía
canta mi corazón como una fuente...

GRITO.

Ahogar el delirio que me muerde
sin una lágrima, sobre el campo verde.

Pastorear un rebaño por los cerros
y entregarle el cadáver a los perros.

Perderse por las cóncavas montañas
con el miedo temblando en las entrañas.

Ser una sombra errante (¡hasta la muerte!),
y ahogar la locura de quererte.

Y cortarle, como a un dragón infernal,
las siete cabezas a este amor inmortal!

R. MEZA FUENTES.

Santiago de Chile.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Los Rostros Pálidos.—(Cuentos europeos).—Por Montiel Ballesteros. —Montevideo.—1924.

No hay nada como perderlo para hacernos conocer el precio de un tesoro, seguramente muchas veces se habrá repetido Montiel, pensando en su terruño, esta salobre reflexión.

Pero la lejanía tuvo en él la virtud paradójica de acercarlo a su solar, de verlo como nunca lo había mirado. Los recuerdos, los parajes cobraban una vida imprevista, las costumbres una gracia singular. Fruto de esas violentas saudades fueron los tres robustos libros "Cuentos Uruguayos", "Alma Nuestra" y "Fábulas", con que enriqueció nuestra literatura narrativa autóctona, y que han colocado a Montiel entre los escritores continentales de más renombre.

Ahora Montiel nos narra cosas del ambiente extranjero en que ha vivido. Son cuentos pertenecientes casi todos a la literatura picaresca, en los que el buen humor se solaza y corre, dentro siempre de un concepto artístico superior.

Ya en algunos relatos de sus libros anteriores (grabado se nos ha quedado el de aquella mujer que había resuelto el problema de vivir de arriba), Montiel nos había dejado la impresión de poseer aptitudes excepcionales para el cultivo de este género literario, tan lleno de profunda filosofía en su aparente frivolidad y de dificultades en su fácil parecer.

Ahora nos afirmamos en la vieja opinión: Montiel es uno de los primeros humorísticos continentales. Manera de amasar, soltura fina en el lenguaje, conocimiento de lo que se debe dejar suponer y no decir, ironía preñada de sentido filosófico, tolerancia de hombre que ha vivido mucho y para quien la mayor parte de los pecados capitales son mirados sonriendo, como si fueran simples travesuras, todo dicho de modo interesante, vigilando la elegancia de la frase y guiñando los ojos inquietos de picardía: tales son, en esencia, las cualidades que el autor hace resaltar en este libro y en las cuales basamos nuestro juicio.—**J. M. D.**

Les Frères Karamazov.—Por Fiodor Dostoïevski.—Traduit par Henri Mongault y Marc Laval.—Editions Bossard.—Paris.—1923.

No hay nada que añadir a lo dicho sobre esta notable novela rusa, considerada como una de las mejores que nos legara el genio de Dostoïevski.

Afirma la casa editora—y acaso no le faltan razones—que esta obra fundamental de todas las literaturas, "seguirá siendo desconocida para toda persona que no la haya leído en ruso o en la traducción francesa que presenta, única íntegra y conforme al original."

Lo cierto es que la traducción está prolija y esmeradamente hecha, motivo por el cual nos complacemos en recomendarla a los innumerables admiradores del gran escritor eslavo.—**J. M. D.**

El Paraguay en la Unificación Argentina.—Por Juan E. O'Leary.—Asunción del Paraguay.—1924.

El deseo de rehabilitar en el extranjero la memoria del mariscal Solano López, en que están ardientemente empeñados los escritores paraguayos, nos ha dado este nuevo libro de O'Leary, en el que se estudia la actuación diplomática del vencido de Cerro Corá, como mediador del conflicto civil argentino, que terminó con el Pacto de Unión del 10 de noviembre de 1859.

Es un libro esencialmente histórico, pues, pero al que las notables aptitudes de escritor y publicista que posee el autor, dan altos valores literarios también.

O'Leary consigue victoriosamente el objeto que se propone: demostrar hasta la evidencia que el mariscal López era un tipo superior, un exponente, no sólo del valor y del genio militar, cosa que nadie niega ya, sino un soldado del idealismo, un amante de la paz americana, dotado de cualidades extraordinarias para la diplomacia, a quien la Argentina debe una parte primordial en su unificación confederada.

Sería ciego quien negara la fuerte reacción que en el ambiente del Río de la Plata se está operando respecto a la guerra de la Triple Alianza y a la figura histórica del mariscal López, por lo cual no se necesita ser vidente para adherir a la opinión de O'Leary, llamado a justo título el infatigable vindicador del Paraguay calumniado, que así como ellos han venido a acompañar a los argentinos en la apoteosis del general Urquiza, espera que éstos todavía han de participar en el júbilo paraguayo, cuando inauguren el grandioso monumento que ha de perpetuar en Asunción al héroe nacional de la república guaranítica.

Ya en nuestra Plaza Independencia, ante la estatua del General Artigas, otro gran calumniado de la oligarquía porteña, banderas y soldados argentinos se inclinaron admirativamente...—**J. M. D.**

Libro Póstumo.—Poesías de Lucio F. Castellanos.—Montevideo.—1923.

Devotos amigos y admiradores de este lírico, muerto en flor de juventud, han seleccionado y editado sus mejores poemas, rindiendo un doble homenaje de simpatía al hombre y al poeta.

Parra del Riego, en hermosas páginas prologales, ilustra sobre la vida lamentable y dolorosa de Castellanos, una vida quemada totalmente en tributo a un ideal estético.

No tuvo tiempo el poeta de definirse de una manera neta, de mostrarnos lo que había en él de esencial y orgánico; no obstante sus poemas encierran tal calor emocional, tanto espontáneo fervor que, en verdad, no sólo el libro apena porque se lee con los ojos puestos en el espectáculo de una juventud repentinamente truncada, sino por la cantidad de esperanzas que esa muerte se ha llevado.—**J. M. D.**

La poesía de Enrique González Martínez.—Por Luisa Luisi.—Montevideo.—1923.

Ya había revelado la aplaudida autora de "Inquietud", en artículos y juicios críticos, sus notables aptitudes para la exégesis y las meditaciones ideológicas. Este opúsculo las confirma más acabadamente.

Con mucho amor, gran hondura y valiente sinceridad, la autora estudia los valores de la poesía americana en general y particularmente la de González Martínez, al que concluye por clasificar como el más grande poeta de América.

Naturalmente, no es posible acompañar siempre a la autora en sus maneras de sentir, éstas son resultado de una sensibilidad íntima y absolutamente idiosincrásica; pero tampoco es posible desconocer y aplaudir sin reservas la franqueza con que Luisa Luisi nos expone sus opiniones, el fuerte material con que las edifica, el espíritu superior que pone en la tarea y la forma sugestiva y noble en que las expresa.

Evidentemente la celebrada autora de "Sentir", es una de las figuras más completas de nuestro escenario mental.—**J. M. D.**

Le sang d'Asmodée.—Roman par Marcel Barrière. Paris. 1924.

Argumento de una audacia fisiológica sin precedente plenamente justificado por las recientes teorías del filósofo Freud, sobre la sexualidad, "Le sang d'Asmodée", escrito en el lenguaje de los novelistas del siglo XVIII, que sólo permite encubrir con una forma conveniente la inevitable licencia del fondo, expone el caso de un gran seductor otoñado, Jean Gonzague de Saint Chéron, enamorado de una jovencita, Lilith de Mouglane, a quien su temperamento extraordinario y su excepcional manera de comprender el amor, llevan a una extrema perversidad de sensaciones, a la cual, muy a pesar de él, arrastra poco a poco a su amante.

Tras las curiosas peripecias de esta alianza, cuando Jean Gonzague se ve obligado a romperla, no está lejos de llegar al término de su vida. Jean Gonzague muere, Lilith encuentra, a su vez, un fin trágico en el seno del ambiente vicioso, al que no pudo deshabituarse; y Marcel Barrière muestra que un tal drama es el final lógico de la mayor parte de las existencias exclusivamente dedicadas a la busca del placer.—**A. M.**

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

No tuvo tiempo el poeta de definirse de una manera acabada de mostrarnos lo que había en él de esencial y orgánico: no obstante sus poemas encierran tal calor emocional, tanto espontáneo fervor que, en verdad, no sólo el libro apena porque se lee con los ojos puestos en el espectáculo de una juventud repentinamente truncada, sino por la cantidad de esperanzas que esa muerte se ha llevado.—**J. M. D.**

La poesía de Enrique González Martínez.—Por Luisa Luisi.—Montevideo.—1925.

Ya había revelado la aplaudida autora de "Inquietud", en artículos y juicios críticos, sus notables aptitudes para la exégesis y las modificaciones ideológicas. Este opúsculo las confirma más acabadamente.

Con mucho amor, gran holgura y valiente sinceridad, la autora estudia los valores de la poesía americana en general y particularmente la de González Martínez, al que concluye por clasificar como el más grande poeta de América.

Naturalmente no es posible acompañar siempre a la autora en sus maneras de sentir, éstas son resultado de una sensibilidad íntima y absolutamente idiosincrásica; pero tampoco es posible desconocer y no admirar sin reservas la franqueza con que Luisa Luisi nos expone sus opiniones, el fuerte material con que las edifica, el espíritu superior que pone en la tarea y la forma sugestiva y noble en que las expresa.

Evidentemente la celebrada autora de "Sentir", es una de las figuras más completas de nuestro escenario mental.—**J. M. D.**

Le sang d'Asmodée.—Roman par Marcel Barrière. Paris. 1924.

Argumento de una audacia fisiológica sin precedente plenamente justificado por las recientes teorías del filósofo Freud, sobre la sexualidad. "Le sang d'Asmodée", escrito en el lenguaje de los novelistas del siglo XVIII, que sólo permite encubrir con una forma conveniente la ineludible licencia del fondo, expone el caso de un gran seductor otoñal, Jean Gonzague de Saint Chéron, enamorado de una jovencita, Lilith de Mouglane, a quien su temperamento extraordinario y su excepcional manera de comprender el amor, llevan a una extrema perversidad de sensaciones, a la cual, muy a pesar de él, arrastra poco a poco a su amante.

Tras las curiosas peripecias de esta alianza, cuando Jean Gonzague se ve obligado a romperla, no está lejos de llegar al término de su vida. Jean Gonzague muere, Lilith encuentra, a su vez, un fin trágico en el seno del ambiente vicioso, al que no pudo deshabituarse; y Marcel Barrière muestra que un tal drama es el final lógico de la mayor parte de las existencias exclusivamente dedicadas a la busca del placer.—**A. M.**

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*

Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Lda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO JULIO 1924

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" **Vapor "Ciudad de Montevideo"**

Saldrá los días pares a las 22. **Saldrá los días impares a las 22.**

Línea Río Uruguay

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañía Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

LA PLUMA REVISTA LITERARIA

REDACTORES:

MANUEL AZAÑA — C. RIVAS CHERIF

Se publica mensualmente en fascículos de 80 páginas

Hermosilla, 24 duplicado — MADRID

LA REFORMA SOCIAL

REVISTA MENSUAL

Cuestiones sociales, económicas, políticas y parlamentarias.

Director:
ORESTES FERRARA

PRECIOS EN EL EXTRANJERO:
Por año: $ 4.00
El ejemplar: 35 cents.

Dirección, Redacción y Administración:
Manrique 40 Street, HABANA, CUBA

Revista do Brasil

MONTEIRO LOBATO & Cia.
EDITORES

SAN PAULO
Rua dos Gusmoes 70 - Caixa 2-B

UNA DE LAS MÁS IMPORTANTES PUBLICACIONES DEL BRASIL

DISPONIBLE

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: **$ 0.50.** Avisos: convencional

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Revue de l'Amérique Latine

Paraît le 1er de chaque mois

Directeur: *Ernest Martinenche*

Redacteurs: *Charles Lesca - Ventura García Calderón*

Tous les américains doivent lire la

Revue de l'Amérique Latine

Chez Exprinter, 2, rue Scribe, Paris

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique

Directeur: PIERRE ANDRÉ-MAY.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe

Le Numéro: France fr. 2 Etranger: fr. 2.50
Abonnement: » » 20 » » 25
(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré á : VALERY LARBAUD.

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larr. ñaga, 150.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes, 1387.
Arena Domingo, Rincón, 688.
Delgado Asdrúbal, Rincón, 688.
Miranda César, Bulevar Artigas: Punta Carreta.
Blengio Rocca Juan, Juncal, 1363
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro, 1437.
Pérez Petit Víctor, Agraciada, 1754.
Prando Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.
Caviglia Buenaventura, Juan Carlos Gómez, 1459.
Llovet Ernesto, Constituyente, 1568.
Schinca Francisco A., Canelones, 1135.
Frugoni Emilio, 18 de Julio, 979.
Carbonell Debali Arturo, 18 de Julio, 914.
Segundo José Pedro, Colón, 1464.
Muñoz Ximénez Rafael, Berro, 632.
Grompone Antonio M., Miguelete, 1739.
Mezzera Rodolfo, Sarandí, 417.
Carnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.
Regules Dardo, Francisco Muñoz, 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones, 1430.

ESCRIBANOS

Daquó Juan, Soriano, 1370.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú, 882.
Arias José F., Yaguarón, 1476.
Delgado José María, 8 de Octubre, 120.
Foladori José, Constituyente, 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay, 1884
Brignole Alberto, Cufré, 1649.
Scoseria José, Maldonado, 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim, 1584.
Blanco Acevedo Eduardo, Washington, 313.
Gutiérrez César G., Sarandí, 365.
Mezzera Haroldo, Bulevar Artigas, 1155.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto. 1297.
Navarra María Inés, Canelones, 2061.

Baltasar Brum
Abogado

Estudio en: Rincón, 688 **MONTEVIDEO**

Revue de l'Amérique Latine

Paraît le 1er de chaque mois

Directeur: *Ernest Martinenche*

Redacteurs: *Charles Lesca - Ventura García Calderón*

Tous les américains doivent lire la

Revue de l'Amérique Latine

Chez Exprinter, 2, rue Scribe, Paris

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique

Directeur: PIERRE ANDRÉ-MAY.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe

Le Numéro: France fr. 2 Etranger: fr. 2.50
Abonnement: » » 20 » » 25
(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré á : VALERY LARBAUD.

El emblema de

RAPIDEZ Y SEGURIDAD

en servicio telegráfico o cablegráfico a

TODAS PARTES DEL MUNDO

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston, Texas. — Strand and 21st Street.
México — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico, San Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua. — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá. Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador. — Esmeraldas Santa Elena. Guayaquil.
Perú. — Paita. Callao. Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N. 462. Valparaiso, Cochrane N.° 583. Santiago, Huérfanos N.° 1041. Tacna. Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383. Rosario, Calle San Martin N.° 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala.
Brasil. — Santos, Rua 15 de Novembro N.° 175. Rio de Janeiro, Rua 7 de Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.° 400 -- Montevideo

RISSO & AYALA, Impresores

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES: RODOLFO MEZZERA
PABLO DE GRECIA. J.M. DELGADO.
SECRETARIO. TELMO MANACORDA.

MONTEVIDEO

JUNIO DE 1924 AÑO VIII - N.° 72

056.1
PEG
No.72

PEGASO

AÑO VIII N.º

MONTEVIDEO, JUNIO DE 1924

SUMARIO:

Número dedicado a la memoria de María Eugenia Vaz Ferreira

María Eugenia Vaz Ferreira . . . por La Dirección.
María Eugenia Vaz Ferreira (Apuntes biográficos) . . . . . » Telmo Manacorda.

Poesías inéditas de María Eugenia Vaz Ferreira. — Barcarola de escéptico. Liberatoria. Con sombra de duda. Sólo tu. Balada de dulces perlas. El regreso. Hacia la noche. Invocación.

Prosa inédita de María Eugenia Vaz Ferreira. — La Corona de Jesú

Estudios críticos y literarios de Lauxar, Guzmán Papini, Alberto N Frías, Carlos Sabat Ercasty, Ernesto Morales, Eustaquio Tomé, Sab Olaizola, Blas Genovese, José Pereira Rodríguez.

Conferencias literarias de Emilio Frugoni y de José G. Antuña.

Retratos inéditos de María Eugenia Vaz Ferreira.

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

PEGASO

AÑO VIII N.º

MONTEVIDEO, JUNIO DE 1924

SUMARIO:

Número dedicado a la memoria de María Eugenia Vaz Ferreira

María Eugenia Vaz Ferreira . . . por La Dirección.
María Eugenia Vaz Ferreira (Apuntes biográficos) . . . . . » Telmo Manacorda.

Poesías inéditas de María Eugenia Vaz Ferreira. — Barcarola de escéptico. Liberatoria. Con sombra de duda. Sólo tu. Balada de dulces perlas. El regreso. Hacia la noche. Invocación.

Prosa inédita de María Eugenia Vaz Ferreira. — La Corona de Jesú

Estudios críticos y literarios de Lauxar, Guzmán Papini, Alberto N Frías, Carlos Sabat Ercasty, Ernesto Morales, Eustaquio Tomé, Sab Olaizola, Blas Genovese, José Pereira Rodríguez.

Conferencias literarias de Emilio Frugoni y de José G. Antuña.

Retratos inéditos de María Eugenia Vaz Ferreira.

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

errera Luis Alberto, Larrañaga, 150.
oratorio Eduardo L., Julio Herrera y Obes, 1387.
rená Domingo, Rincón, 688.
elgado Asdrúbal, Rincón, 688.
iranda César, Bulevar Artigas: Punta Carreta.
engio Rocca Juan, Juncal, 1363.
órez Olave Adolfo H., Río Negro, 1437.
órez Petit Victor, Agraciada, 1754.
rando Carlos M., Juncal 1363.
odríguez Antonio M., 8 de Octubre, 274.
viglia Buenaventura, Juan Carlos Gómez, 1459.
ovet Ernesto, Constituyente, 1568.
hinca Francisco A., Canelones, 1135.
ugoni Emilio, 18 de Julio, 979.
rbonell Debali Arturo, 18 de Julio, 914.
gundo José Pedro, Colón, 1464.
uñoz Ximénez Rafael, Berro, 632.
ompone Antonio M., Miguelete, 1739.
ezzera Rodolfo, Sarandí, 417.
rnelli Lorenzo, 21 de Setiembre.
Regules Dardo, Francisco Muñoz, 20.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones, 1430.

ESCRIBANOS

Daquó Juan, Soriano, 1370.

MEDICOS

Imhof Francisco, Paysandú, 882.
Arias José F., Yaguarón, 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre, 120.
Foladori José, Constituyente, 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay, 1884
Brignole Alberto, Cufré, 1649.
Scoseria José, Maldonado, 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim, 1584.
Blanco Acevedo Eduardo, Washington, 313.
Gutiérrez César G., Sarandí, 365.
Mezzera Haroldo, Bulevar Artigas. 1155.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro. Especialista. (Pyorrea alveolar). Salto, 1297.
Navarra María Inés, Canelones, 2061.

Baltasar Brum

Abogado

Estudio en: Rincón, 688 **MONTEVIDEO**

LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

REDACTORES:

MANUEL AZAÑA — C. RIVAS CHERIF

Se publica mensualmente en fascículos de **80 páginas**

Hermosilla, 24 duplicado — **MADRID**

LA REFORMA O CIAL

REVISTA MENSUAL

Cuestiones sociales, económicas, políticas y parlamentarias.

Director:
ORESTES FERRARA

PRECIOS EN EL EXTRANJERO:
Por año: **$ 4.00**
El ejemplar: **35 cents.**

Dirección, Redacción y Administración:
Manrique 40 Street, HABANA, CUBA

Revista do Brasil

MONTEIRO LOBATO & Cia.
EDITORES

SAN PAULO

Rua dos Gusmoes 70 - Caixa 2-B

UNA DE LAS MÁS
IMPORTANTES
PUBLICACIONES
DEL BRASIL

DISPONIBLE

Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $^{1}/_{2}$ $^{0}/_{0}$ anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en ''Títulos Hipotecarios'', los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o|o anual.

Los intereses de esos ''Títulos'' se pagan trimestralmente el 1.° de Febrero, el 1.° de Mayo, el 1.° de Agosto y el 1.° de Noviembre de cada año.

Los ''Depósitos'', mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el ''Cupón'' corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los ''Cupones'' por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancías para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

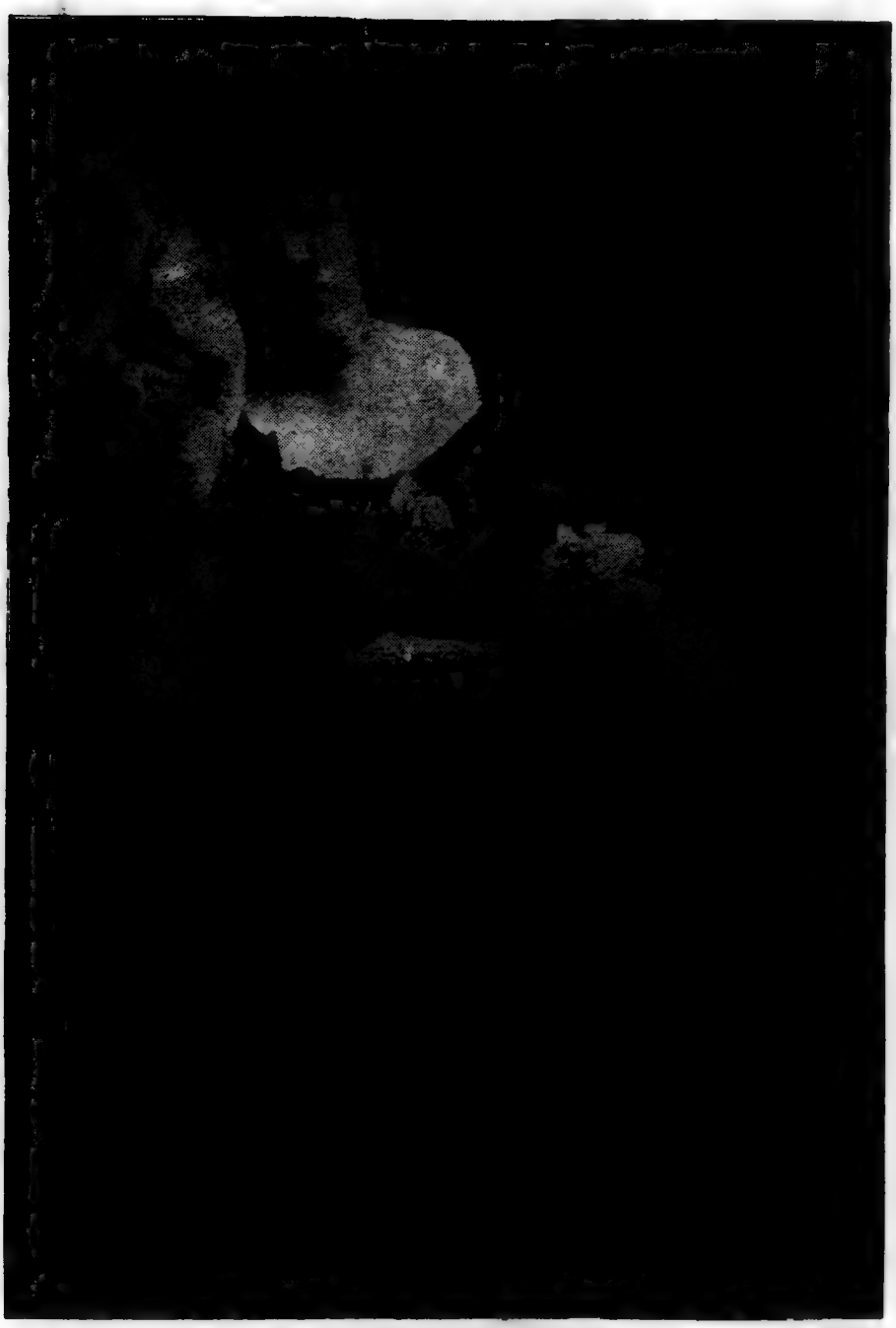
Los ''Títulos Hipotecarios'' se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1435 y 1439

afetado

$ 50



MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Apunte original de Carlos Castellanos

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

Fundado por ley de 13 de Marzo de 1896 y regido por la ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle SOLÍS esquina PIEDRAS

Caja de Ahorros - Alcancías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros, Alcancías, gozan de interés de 6 o|o hasta la cantidad de $ 300 y de 5 o|o por el exceso hasta $ 1,000.

El Banco recibe esta clase de depósito en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son lás siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esquina Valparaíso.—Paso del Molino calle Agraciada 963. — Avenida General Flores 2266.—Unión: calle 8 de Octubre 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esquina Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq Ciudadela

SUCURSALES:

Aiguá, Artigas, Canelones, Cardona, Carmelo, Castillos, Colonia, Dolores, Durazno Melo, Mercedes, Minas, Minas de Corrales, Nueva Helvecia, Nueva Palmira, Olimar, Pando, Paso de los Toros, Paysandú, Río Branco, Rivera, Rocha, Rosario, Salto, San Carlos, San Gregorio, San José, Santa Lucía, San Ramón, Santa Rosa del Cuareim, Sarandí, Sarandí del Yí, Tacuarembó, Tala, Treinta y Tres, Trinidad y Vergara.

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la Capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.

La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Vd. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCIA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Vd. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Vd. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los depósitos hasta $ 300 ganarán el interés de 6 %, y los de $ 301 hasta $ 1,000, el interés de 5 %. Los depósitos mayores de $ 1,000 no ganarán interés por lo que exceda de esa suma.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 1/2 % hasta la suma de $ 50.000.

El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911).

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Apunte original de Carlos Castellanos

PEGASO

Montevideo, Junio de 1924. N.º 72 — Año VIII.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

Pegaso rinde este homenaje a la memoria de María Eugenia Vaz Ferreira con la convicción de que la noche que la envuelve, trae muy cerca la aurora que la consagra.

Con una juventud grave y profunda, murió prematuramente del mal de su inquietud, que es como si dijéramos, del presentimiento de su grandeza.

Aún estamos en el estupor de su muerte.

Ella fué entre nosotros, la primera en el tiempo y la mejor en el vuelo.

Las composiciones inéditas que damos en las páginas siguientes, dicen bien de su espíritu genial y de su corazón en llama.

Con estas letras iniciales, entiende Pegaso haber abierto la portada de este número.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

APUNTES

Al doctor Carlos Vaz Ferreira debo la exactitud de los datos de este esquema biográfico.

María Eugenia Vaz Ferreira nació en Montevideo el día 13 de julio de 1875.

Su padre: don Manuel Vaz Ferreira, de nacionalidad portuguesa, y de profesión comerciante, que se había hecho una cultura autodidacta muy completa.

Su madre: doña Belén Ribeiro, de las familias portuguesas de Ribeiro y Freire, y española de Navia.

De niña, María Eugenia Vaz Ferreira no recibió ninguna instrucción reglada, sino el poco de enseñanza del hogar y algún tiempo de maestra privada.

No asistió a escuelas públicas ni a colegios particulares.

El único estudio que hizo regladamente fué el de la música, con su tío León Ribeiro, que era un excelente ejecutante y compositor.

María Eugenia dominó de inmediato el alma sonora del piano, ejecutando con técnica suficiente y con expresión excepcional, desde muy joven.

El sonido y el colorido que ella sabía arrancar al teclado, fueron desde el principio cosa propia, de matiz y de vibración suyos, como expresión de un alma.

Tuvo desde las horas iniciales del piano, la ansie-

dad de interpretar hondamente y de componer música a su antojo.

Así llegó con ímpetu y genio a sorprender a sus familiares con composiciones musicales, que en cierta época, alcanzaron, por su valor, a ser equivalentes a sus poesías.

Eran piezas finas, de una fineza extraña, y expresivas, de una expresión que en todo caso podría dar idea el género musical de Schumann, por más que sus autores favoritos fuesen siempre y sobre todo Chopin y Wagner.

El gran número de estas composiciones de María Eugenia se ha perdido lamentablemente, y sólo si apenas quedan a salvo dos o tres cosas de las de menor importancia.

Generalmente, María Eugenia no escribía sus composiciones, y el tumulto harmonioso de su alma las guardaba en secreto para volcarlas a capricho en magníficas explosiones de genio que fueron con frecuencia una característica personal.

Las otras, las que escribió, se perdieron poco a poco, puesto que nunca las quiso publicar.

Del mismo tiempo, son sus estudios pictóricos con su tío Julio Freire. No perseveró en ellos, pero tenía naturales disposiciones artísticas, y ensayó motivos bellísimos con brochazos de color y de vida extraordinarios.

En literatura nunca hizo ningún estudio ni casi lectura de joven.

Todo fué espontáneo y natural como un canto alado, salvo los muy primeros ensayos de niñez en que ligeras influencias de Lamartine y Bécquer se transparentan a menudo.

Su primera presentación pública fué la lectura de un monólogo en un festival del Club Católico, cuando recién tenía diez y ocho años.

Desde entonces, comenzó a producir con profundo

concepto, como si en cada una de sus páginas pusiese belleza concentrada.

Nunca hizo libros, por más que insistentemente los proyectaba y rotulaba, pero al fin no se decidía a ello.

Sus poesías se fueron publicando como estrellas dispersas que la solicitud de los amigos recogía en las hojas impresas antes de que cayeran al vacío.

Así se conocieron por parte del gran público, los versos de María Eugenia y así ejercieron su influencia.

Cuando se creó en Montevideo la Universidad de Mujeres, su persistente inclinación a la independencia la llevó a aceptar los cargos de Profesora de Literatura y de Secretaria.

El ejercicio de esta última función administrativa le fué muy penoso y su temperamento resintióse pronto de aquella disciplina rutinaria, agravando su salud y dañando, sin duda alguna, su jardín interior.

En cuanto al cargo de Profesora, lo desempeñó de un modo excepcional. A pesar de tratarse de una clase de enseñanza secundaria, María Eugenia la dictaba como una clase de Facultad, a base de explicaciones propias y previa lectura personal y directa de todos los autores.

El estado precario de su salud la obligó prematuramente a acogerse a la ley de jubilaciones, dejando la cátedra con mucha pena, ya que en ella había puesto singular dedicación y cariñoso empeño.

Su obra literaria, después de los primeros ensayos muy juveniles, puede tal vez divisionarse en tres grandes períodos:

Un primer período, bastante largo, que correspondería a la mayor parte de su producción publicada, — período muy personal y muy independiente, donde su genio abrió las alas y ensayó el vuelo libre de toda influencia.

Un segundo período, bastante breve, en que sufriera la influenciación del momento, sugestionada por el es-

tro de Armando Vasseur y algunos otros poetas de la hora, a quienes ella admiró.

Y un tercer período, cuya producción sólo es conocida en pequeña parte, absolutamente personal y original, y en cuyo tiempo, su genialidad completada y exaltada por la vida y por el sufrimiento, llegó a un grado supremo.

De ese período saldrá su libro póstumo y con él, la consagración de su figura literaria.

Entre los autores que más admiró María Eugenia, figuraron siempre muchos de los grandes poetas alemanes, que conoció últimamente, cuando estudió sola el idioma para ir a leerlos, comprenderlos y traducirlos, de las fuentes originales.

Nunca como en estos últimos meses María Eugenia había llegado tan lejos en el antiguo deseo de publicar poesía en libro: un día alcanzó hasta hacer tirar pruebas de su primera selección, a la que puso por título "La isla de los cánticos".

Por este último título, María Eugenia abandonaba otros preferidos, como "Fuego y mármol", que habían servido para agrupar sus proyectos.

Una instintiva y suprema genialidad la hacía retroceder siempre ante la publicación de un libro suyo: quizás como nadie, sintió la repugnancia a ciertas manifestaciones de la publicidad, por ejemplo: a la exhibición de su libro en las vidrieras.

Para ella hubiera sido tortura angustiosa ir una vez, distraída en su celeste música de ensueño, a encontrarse con un libro suyo en el escaparate ruidoso de la librería, acechado por las miradas que pasan u olvidado de la curiosidad enfermiza de la gente.

Con un hondo sentido de su estado, resolvió en el último período de su enfermedad, la publicación definitiva que acariciara tanto tiempo, y encargó de ella, para el caso en que no pudiera hacerla con sus manos, al alto espíritu de su hermano el doctor Carlos Vaz Ferreira.

El tiene en su poder, — y así nos lo decía con desgarrante emoción la tarde que fuimos a verle, — las pruebas originales de aquella ocasión que recordamos, y entre ellas están "El Regreso", "Invocación a la noche", y otras que publicamos hoy y que son inéditas.

El doctor Carlos Vaz Ferreira va a hacer muy pronto, apenas encalmado el espíritu dolorido, la publicación del libro que María Eugenia dejó dispuesto para entrar con él en la inmortalidad.

Sería de desear, y lo expresamos con el corazón abierto y con todo el respeto que la obra de la gran poetisa nos merece, que el criterio con que está hecha esa selección por la misma autora, fuera tenido en cuenta para las futuras antologías y para la apreciación.

Acaso, en el tributo de justicia póstuma, esto valiera tanto como mantener cotidianamente frescas las rosas rosadas que la admiración y la amistad pongan todas las mañanas sobre la parcela de tierra que compró a la vida.

*
* *

De exprofeso y sin ánimo de ofrenda lírica, — que eso será para otra ocasión, con el espíritu en orden y el pensamiento claro, — hemos anotado, línea a línea, en lo que va leído, los hilos de seda y luz que componen el telar de la existencia de María Eugenia Vaz Ferreira, como si hubiéramos devanado sobre el fondo de un telón la madeja amarilla y blanca de su vida.

Con esos hilos brillantes, mañana o pasado tendrá la posteridad cómo recomponer su figura inmaterial, digna ya de la gloria inmóvil de las estatuas que en actitud votiva hubiesen prodigado sus tesoros y no tuvieran sino blancura de mármol en las manos vacías...

Al menos, así, habríamos dado con alma, nuestra contribución, más humilde y sencilla que ninguna, a la gloria pertinaz y dorada de su inmortalidad.

TELMO MANACORDA.

POESÍAS INÉDITAS DE MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

BARCAROLA DE UN ESCÉPTICO

Alma mía
Que tornas al viejo lar,
Con la red seca y vacía,
De las orillas del mar,
Con la red seca y vacía,
Que en la plenitud del día
No te atreviste a arrojar.

Yo he visto a los pescadores
Pescando gloria y amores
Que disiparon después,
Unos llevan cosas muertas,
Otros las llevan desiertas.
Lo mismo es.

Alma mía
Que la red seca y vacía
No te atreviste a arrojar,
Entre la arena y las olas
Existen dos cosas solas:
Morir o matar.

Alma mía
Que traes la red vacía
De las orillas del mar.

LIBERATORIA

Acordeón de raudas voces,
Que cerca del puerto suenas
Tu canción hecha de adioses
Sin alegrías ni penas.

De adioses de tierra y mar,
Polvo y nube, luna y cielo,
En perpétuo ritornelo
De pasar, pasar, pasar...

Los eternos navegantes
Dejan su ruta infinita
Como los fieles amantes
Tienen contigo una cita.

Y las manos marineras
Te dan sus caricias vanas
Entre rotas cantineras
Y perfumados nirvanas.

Te cantan vagas canciones
Con la mirada perdida,
Por eso tienen tus sones
Clamorear de despedidas.

Tienen cosas peregrinas
Que se van entre las brumas,
Gritos de albatros marinos
Y evanescencia de espumas.

Acordeón de raudas voces,
Tu corazón es de viento,
Y tu musical acento
Polifonía de adioses.

¡Oh! quién pudiera imitar
El alma tuya viajera,
Quien pudiera
Irse sin cesar...

CON SOMBRA DE DUDA

Pajaritos que vinisteis
A llamar en mi ventana
Prisioneros en las celdas
Volantes de las palabras.
Mensajeros melodiosos,
Vuestros gorjeos exhalan
Tristeza de tiempos idos
Y de remotas distancias.
¡Ay, quién tornarse pudiera
Una pastora de Arcadia!
¡Quién fuera una reina rubia
De las silvestres moradas!
Mis blancas manos podrían
Acariciar vuestras alas,
Y por si acaso trajisteis
Hambre y sed de alguna dádiva
(Cantares de tiempos idos
O de remotas distancias),
Yo de mi tesoro mismo
Sabrosa ofrenda os brindara,
Con trigos de mis cabellos
Y con agua de mis lágrimas...
Cantares de tiempos idos
Y de remotas distancias,
Pajaritos que vinisteis
A llamar en mi ventana...

SÓLO TÚ

Mi corazón ha rimado
con el corazón del día,
en un palpitar flameante
que se convirtió en caricias.
Mi corazón ha rimado
con las rosas purpurinas,
y se cayeron los pétalos
de las corolas marchitas.
Con el vaivén de los mares
mi corazón hizo rima,
y se quebraron las olas
en espumas cristalinas.
Sólo tú, noche profunda,
me fuiste siempre propicia,
noche misteriosa y suave,
noche muda y sin pupila,
que en la quietud de tu sombra,
guardas la inmortal caricia.

BALADA DE LAS DULCES PERLAS

En el crisol de tu boca
Quisiera verter mis lágrimas.
Esas derretidas perlas
Del hondo mar de mis ansias.
Sólo tú sabes ser bueno
Y envolver con tus palabras
La inquietud de mis caprichos
Y el vaivén de mi esperanza.

Aunque estés lejos, te siento
Tan cerca, que no hay distancia
Cuando en la noche profunda
Se llora sin tener causa.
Y en el crisol de tu boca
Quisiera verter mis lágrimas.
Yo sé que me las darías
En dulces dichas trocadas,
Esas derretidas perlas
Del hondo mar de mis ansias...

EL REGRESO

He de volver a ti, propicia tierra,
Como una vez surgí de tus entrañas,
Con un sacro doler de carne viva
Y la virginidad de las estatuas...
He de volver a ti, gloriosamente,
Triste de orgullos nobles e infecundos
Con la ofrenda vital inmaculada!

No sé cuando labraste el signo mío,
El crisol armonioso de tus gestas
Donde estaba;
Donde, la proporción de tus designios.
Tú me brotaste fantásticamente,
Con la quietud de la serena sombra
Y el trágico fulgor de las borrascas...

Tú me brotaste, caprichosamente,
Alguna vez en que se confundieron
Tus potencias en una sola ráfaga!...

Y no tengo camino.
Mis pasos van por la salvaje selva

En un perpetuo afán contradictorio.
La voluntad incierta se deshace
Para tornasolar la fantasía
Con luz y sombra, con silencio y canto...

El miraje interior dora sus prismas,
Mientras que siente desgranarse afuera
Con llanto musical los surtidores...
Siento crujir los extendidos brazos
Que hacia el materno tronco se repliegan.

Temor, fatiga, solitaria angustia,
En un perpetuo afán contradictorio
Mis pasos van por la salvaje selva...

¡Ah, si pudiera desatar un día
La unidad integral que me aprisiona!
Tirar los ojos con los astros, quietos,
De un lago azul en la nocturna onda;
Tirar la boca muda entre los cálices
Cuyo ferviente aroma sin destino,
Disipa el viento en sus alas flotantes...

Darle el último adiós
Al insondable enigma del deseo;
Cerrar el pensamiento atormentado
Y dejarlo dormir un largo sueño,
Sin clave y sin temor de redenciones.

¡Alguna vez me llamarás de nuevo!...

Y he de volver a ti, tierra propicia,
Con la ofrenda vital inmaculada,
En mi sayal mortuorio toda envuelta
Como en una bandera libertaria...

HACIA LA NOCHE

¡Oh noche, yo tendría
Una palma futura, desplegada
Sobre el gran Desierto!
Si tú me das por una sola noche
Tu corazón de terciopelo negro.
Y yo, al compás de su morena sangre,
Canto con las ondas beatas el sacro silencio.

Mi canto será vivo
Sólo por el deseo
De serenar la cotidiana angustia...

¡Oh noche!, yo te quiero
Sin el fulgor de luminosos astros
Sin marinos clamores,
Y sin la voz que finge
En los cráneos sonoros el rumor de los vientos...

¡Oh, dulce noche mía!, ¡oh, dulce noche!
Aunque el glorioso pájaro del alba
Rompa después mi lapidario ensueño;
Y un polvo de inquietud arda en mis ojos,
Y me seas de nuevo,
Sólo una palma antigua, replegada
Sobre el gran Desierto.

INVOCACIÓN

¡Oh, noche embriagadora,
hecha de soledad y de desesperanza,
que brindas en tu copa de azabache y de estrellas
sobre la tierra ardiente en quietud derramada!

Noche de las delicias mudas y negativas
de que gozan los muertos, vivos como fantasmas,
abrochando en la sombra su carnal vestidura
marchita de enflorar la fiesta meridiana.

Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
perdón de penitentes que nunca hicieron nada
más que cargar a solas el pesado madero
sobre la ligereza cautiva de sus alas...

Te espero día a día,
para esconder mis horas en la paz de tu lápida,
cuando las ondas vivas su vibración aquietan
bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas.

Y en invisibles soplos
del numen secular su inspiración levanta
del fondo de los tiempos para siempre extinguido
aunque la rueda cósmica traiga sus añoranzas.

Yo no sé lo que dice tu boca abierta y muda,
al que doró su tienda con oro de esperanza,
pero yo sé que sabes, con amorosa ciencia,
tenderte suavemente sobre el alma cansada.

Tu voz dice en silencio tu eternidad futura;
la rúbrica del "Fin" está en tu oscura mancha,
aunque a besarte vengan en sus carros sonoros
con sus aureolas rubias las doncellas del alba.

Todavía los mundos
relucen en la bóveda de tu urna sagrada,
un viejo tesorero se ha dormido en los tiempos
y ha olvidado en tu fondo sus últimas alhajas.

Dale a los beneditos que todavía sueñan
tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata,
y a mí, que te deseo inextinguible y única,
dame la eternidad de tu silencio, ¡oh Hermana!

María Eugenia Vaz Ferreira.

LA CORONA DE JESÚS

Página inédita, leída por María Eugenia Vaz Ferreira en el Instituto Verdi, con motivo de la Coronación de la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús de la Iglesia de las Salesas, y que gentiles manos femeninas proporcionan para este número de homenaje.

"No me he sentido nunca tan indigna de una cosa como de esta misión que se me ha confiado, ya que yo, imperfecta y deficiente como toda obra humana, debo mezclarme en ella al más sublime y venerable de los acontecimientos, repitiendo una vez más, lo que ya resonó por sí mismo en todos los ámbitos de la tierra, cuando la voz de Dios habló por los labios de su Hijo, enseñando a los hombres y a las cosas que éste era el Rey del Mundo.

Coronar a Jesús, no es, pues, una misión difícil, porque sea necesario enaltecerle, sino porque uno desearía que todo aquello que en cualquier forma le concerniera, fuera excelso y sin mácula.

Afortunadamente, al tratarse de Aquél, para cuya coronación no habrían manos suficientemente puras ni palabras bastante divinas, trátase asimismo de Aquél cuya misericordia infinita, da vida a la esperanza, aliento al buen deseo y a la osadía perdón.

Afortunadamente, la corona de Cristo, con ser la más augusta, no es símbolo de orgullo, sino de ternura y caridad; con ser la más triunfal, no es en Él atributo de soberbia, sino de tolerancia y beatitud; y luce en ella la más modesta gema.

Amasada con oro, con sudor y con sangre, con rosas y espinas, ella encarna todo el poema del sentimiento y de la mente; lleva en su oro sagrado, el fulgor que ilumina las tinieblas; en su sangre, mies de redenciones; en su sudor, riego de perseverancia; en sus espinas, dolor de sacrificio y en sus rosas perfumes de pasión.

Ungida con los más altos dones, el roce de veinte siglos no ha podido deslustrarla; resplandece al través de las evoluciones, en la luz y en la sombra, en la vida y en la muerte, en las albas gloriosas y en la noche de los desamparados...

Porque lleva en su forma la eficacia de una armonía superior, porque si una mancha la empaña, una gota de sangre justa la purifica; si un golpe la profana, un homenaje digno la ennoblece; porque siendo sólida e invariable en su bondad perfecta, es dúctil como el corazón humano; suave para el propio corazón humano, y bajo cualquier nombre, y bajo cualquier prisma, regirá original y eternamente a la conciencia universal.

Así es la corona de Jesús; así está sobre su frente; ofreciéndose a todas las cabezas; accesible para todas las manos; brillando para todas las pupilas, como una estrella inmortal de sabiduría y de esperanza.

Por eso, con la humildad de mis miserias, pero con la confianza de un grande amor, yo digo: —Jesús, Rey del mundo; Rey del cielo; Rey de los piélagos y los astros; —Jesús, Rey del Universo; — en pasado, en presente y en futuro; ahora y siempre, por todos los siglos de los siglos".

María Eugenia Vaz Ferreira.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Me es difícil escribir algo sobre María Eugenia Vaz Ferreira. Tal vez podría contar acerca de la poetisa algunas anécdotas curiosas; en cambio, de sus versos, estoy seguro que no acertaré a decir nada interesante. Como todo el mundo, sólo conozco de ellos los que han corrido y permanecen dispersos en diarios y revistas. Eso es evidentemente poco para hacer una apreciación de conjunto. Temo además no conocer lo mejor. La última vez que María Eugenia Vaz Ferreira habló conmigo, acababa ella de componer la poesía que, en ese momento, consideraba superior a todas las otras suyas. Es la que se titula *El regreso*. Me dijo que me la recitaría con la condición de que a nadie se la repitiera, porque rodando y rodando referencias sobre la misma, alguien podría robarle sus ideas y publicarlas como cosa propia antes que ella. No quise, naturalmente, ni consentí que me dijera los versos: medio en serio, medio en broma, como siempre conversábamos, le advertí que ciertamente ella habría comunicado y comunicaría a muchas personas su producción más estimada, y que yo no quería tener parte en sus reproches y sospechas si llegaba a cumplirse el robo recelado.

—Ahora, me contestó, se la recito, porque estoy segura de que no repetirá nada.

—Pero, le contesté, yo no quiero saber nada de la composición hasta que salga en letras de molde.

Ni entonces ni después supe otra cosa de *El regreso.* (1) ¿Cómo hablar así, de una poetisa, ignorando quizás lo mejor de su producción, y conociendo en todo caso, y malamente, sólo una escasa parte de ella?

Fuí yo uno de los tantos que instaron siempre a María Eugenia Vaz Ferreira a que por fin, después de una eterna espera inacabable, publicara en libro sus versos. Todos alrededor de ella se hacían lenguas para alabarlos. ¿Hubo realmente alguien que los conociera bien? El excelente librero Manuel Pérez y Curis me había pedido alguna obra para editar. Yo lo dirigí a María Eugenia Vaz Ferreira. Sé que hablaron varias veces del asunto y que desde las primeras palabras estuvieron de acuerdo en hacer la publicación del libro tan deseado. Ella, según afirmaba, tenía ya recogidas en cuaderno sus composiciones selectas. El no hacía

---

(1) Debo a la amabilidad del señor Telmo Manacorda, el conocer, después de escritas estas páginas, *El regreso.* Es probablemente la composición más personal de María Eugenia Vaz Ferreira. Dice en ella su alma y el tormento de una inquietud perpetua sin orientación y sin objeto, su orgullo noble y triste de sentirse superior y aislada. "No tengo camino" — exclama, y pide el reposo, la pacificación definitiva de la muerte. Ella quisiera

Cerrar el pensamiento atormentado
Y dejarlo dormir un largo sueño
Sin clave y sin temor de redenciones.

Hay en esta poesía una contestación altiva de mujer al desenfreno pasional de las poetisas que se entregan a trasportes báquicos. Delmira De Agustini compadecía la insensibilidad de las estatuas. María Eugenia Vaz Ferreira ofrece soberbiamente a la tierra del sepulcro, su virginidad de estatua. No es una simple coincidencia de expresiones. En la identidad de las palabras está marcada la oposición del sentimiento: allá sensualidad frenética, aquí austeridad valiente.

más que pedirlas y esperarlas. Uno, entre los muchos y largos días de las tratativas inútiles, María Eugenia Vaz Ferreira me dijo que estaba dudando entre dos títulos: *¿Las islas de oro* o *Mármol y fuego?*

—*¿Las islas de oro?*, le pregunté. *Las lunas de oro, Las montañas del oro;* es mucho oro para el Río de la Plata.

—¡A la verdad!, repuso ella, riéndose, como siempre, con sus carcajadas estrepitosas y rápidas.

Dicen que se inclinó después al otro título; pero el libro no se hizo nunca.

¿Mármol y fuego? Todos los comentadores de su obra han hallado, como Dios cuando en el paraíso Adán llamaba a las aves del cielo y a las bestias de la tierra con las palabras que debían designarlas, que la poetisa estuvo feliz en esa elección del nombre. Todos han opinado que el mármol simboliza la pulcritud noble de una labor perfecta, y el fuego la pasión entusiasta y sublime. Para ellos María Eugenia Vaz Ferreira ha sido una parnasiana sobresaliente. Hay quien ha dicho que no tuvo la frialdad impasible de la escuela, y quien ha dicho que la escuela no fué impasible ni fría, sino vívida y ardorosa, pero dominada por el celo de una forma serena de perfección insuperable, como la poetisa.

Confieso que no me gusta el título *Mármol y fuego* y que no sé ver en María Eugenia Vaz Ferreira, nada, nada absolutamente, del parnasianismo. El título *Mármol y fuego* me parece artificial: él une, pero no asocia, no compenetra sus dos elementos dispares; da el mármol y el fuego separados y es incapaz de sugerir una imagen activa de emoción y pensamiento en que ellos se fundan. Pienso, por contraste, en aquel símbolo maravilloso con que D'Annunzio representaba el espíritu lúcido y sensual de Venecia con una llama ardiente en la frescura del agua.

Es probable que la admiración vivísima de María Eugenia Vaz Ferreira por los parnasianos haya inducido, más que su misma obra, a calificarla dentro de esa escuela. Una vez la oí decir con la arrogancia propia de su carácter irreprimible: "Si yo no fuera la autora de mis versos, querría haber hecho los sonetos de Heredia". Nada, sin embargo, más contrario a su manera que la poesía de Heredia, objetiva y serena, rica de estudio y trabajada con arte insuperable.

En la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira no se da nunca el contacto con la realidad. Ella no se acomoda jamás a un motivo exterior; antes al contrario, es como la protesta del espíritu herido por cuanto lo rodea, que se recoge en sí mismo o se levanta, desdeñoso de la tierra y de los hombres, en alas de una arbitraria voluntad de exaltación quimérica. Todo su amor está puesto en lo imposible *(Heroica);* tiene sueños "de púrpura y de oro" *(Triunfal);* quiere ser como la roca erguida sobre el oleaje inútil de los mares y como la cumbre altísima arrobada en el esplendor de los astros *(Invicta);* desilusionada y resignada, nada solicita, nada acepta de la vida *(Balada del escéptico.)* Sólo anhela para las cosas del mundo la paz del olvido, y sin embargo, no es tranquila. Su canto grita con entusiasmo la soledad orgullosa de su alma altiva. Se siente resucitada en la embriaguez del verbo alucinante *(Desurrección);* cuando llama al amor toma actitudes bélicas de amazona y prorrumpe en retos de lucha *(Rendición);* amenaza al amado con terrores apocalípticos de las más celosas fiebres *(¡Yo sola!);* busca para sus trasportes violentísimos una tregua en la noche y el aquietamiento definitivo de la muerte:

¡Oh, noche embriagadora,
Hecha de soledad y de desesperanza!
Dale (sic) *a los beneditos* (sic) *que todavía sueñan*

Tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata;
Y a mí, que te deseo inextinguible y única,
Dame la eternidad de tu silencio, ¡oh Hermana!

(Invocación).

Intima y agitada, María Eugenia Vaz Ferreira, sin las cualidades de fondo de los parnasianos, fué también por la forma de su producción, lo más opuesta posible a esa escuela literaria. Ningún verso más irregular, más libre y más caprichoso que el suyo. Hizo del ritmo y de la rima, lo que su antojo del momento quería. Lejos de respetar en el lenguaje las exigencias de una tradición clásica o de un gusto difícil, lo amoldó a sus propias y personalísimas voluntades sin despreciar siquiera los errores y licencias del vulgo.

Nada tuvo de los parnasianos, ni el pensamiento lúcido, ni la imaginación plástica y precisa, ni la objetividad perfecta, ni la curiosidad arqueológica, ni el dominio de sí, ni el celo de la forma exacta y equilibrada. Los poetas parnasianos casi siempre describen y alguna vez narran: se dice que pintan, modelan o esculpen. María Eugenia Vaz Ferreira no tiene en toda su obra conocida un solo cuadro ni una sola escena. Su modo en la poesía es el canto que invoca y evoca. Ella canta su pasión con fervores de arrebato. Su *Oda a la Belleza,* lo mejor entre lo que de ella se ha publicado, es el himno de la adoración extática:

¡Oh Belleza, que tú seas bendita!

Límpida, firme, sana e impoluta.

Oasis infinito,
Que prodigas los éxtasis beatos
Y las románticas contemplaciones.

Fluye de ti maravillosamente
Una gloria serena y luminosa,
Una fruición serena e inefable.

Crisol de místicas depuraciones

Eres inaccesible.
Eres pasiva y sola,
Sencilla y sobrehumana.

La actitud poética en María Eugenia Vaz Ferreira es la entrega entusiasta del alma en una total suspensión de los sentidos. Se la ha llamado cerebral tal vez a falta de otra palabra que exprese de mejor manera el desprendimiento de toda impresión física. Su expresión más personal y genuina es la que pierde el pensamiento en la indeterminación de algo vago o inabarcable; así la que invita la esperanza a que

... otra vez abrazadas nos durmamos
en el sepulcro vivo de la tierra;

así las que dicen la "nebulosa trágica del tedio" o "la desolación de una esperanza ciega" y "los maravillosos poemas estelares" o "el ciprés del silencio, largo y mudo".

"Si yo no fuera la autora de mis versos, querría haber hecho los sonetos de Heredia". ¡Palabra ambiciosa y justa! Nada importa lo que valga la producción de María Eugenia Vaz Ferreira comparada con *Los Trofeos* sin par. La poetisa, fiel a su idiosincrasia, no podía realizar sinceramente sino lo que sinceramente había hecho. La poesía que ella admiraba sobre todas las demás en los otros autores, por lo mismo que era ajena, aunque admirable, no podía ser suya. Ella estaba contenta con su obra, y tenía en esta satisfacción la más alta recompensa que puede alcanzar el trabajo del hombre en la tierra.

"Fuí más artista que mujer", declara en una de sus poesías; pero no hay que dar a estas palabras un sentido que no tienen. No ha querido María Eugenia Vaz Ferreira expresar con ellas que el arte fué todo o lo más importante en su vida. Habla sólo de un momento pasajero. En su ficción poética, junto al hombre que ella acaso pudo amar, la artista eclipsó en ella a la mujer, y el arte venció al amor. (Perdónese que altere un poco las cosas: en la *Berceuse* el efecto del arte que vence al amor no es la admiración, sino el sueño; pero de todas maneras, lo que triunfa del amor es el arte). María Eugenia Vaz Ferreira fué muy superior a su obra; no sé encontrar en ésta el encanto singular que tenía su persona. Oirla conversando, tratarla con la amistosa confianza que ella imponía con su natural desenfado, era un deleite continuo. Me parecería una traición a su amistad decir que prefiero a sus charlas, tan amenas siempre, y tan locas a ratos, las composiciones contadísimas que de ella conservo. Yo hubiera querido reconocer en sus versos lo que tan simpática la hacía en su trato: la espontaneidad libre, una alegría franca y reidora, su viva inteligencia, el desprecio de las gentes sin personalidad, el amor de toda grandeza. Su poesía no es ella. Sin duda está hecha con sus mayores entusiasmos; pero no tiene su carácter. Ofrece, a lo más, un poco de lo que la poetisa reservaba encerrado en lo más oculto de su espíritu. Antes me he referido a las raras composiciones en que me parece reconocerla más o menos vaga o indirectamente. ¡Cuán borrosa y pálida entrevemos apenas, en esas poesías, la imagen inolvidable de la que fué entre nosotros María Eugenia Vaz Ferreira! Su arte, su literatura, no fué para ella más que una escapatoria contra el tedio. Desde muy joven debió sentirse asfixiada en el mundo de las personas respetables. No podía reducirse a vivir en el contento de las aparien-

cias frívolas. Era, por otra parte, demasiado noble para conservar esas apariencias despreciándolas. Tengo aún presente en mis recuerdos, como una cosa de ayer, su primera aparición de gracia ante mis ojos. Yo no la conocía y ella era ya célebre. Una tarde, al anochecer, me crucé en la calle con ella; me acompañaba una persona de su relación, que la detuvo. Ella era muy joven; estaba contenta; acababa de realizar una hazaña inocente, y la contó riéndose como siempre se reía, con toda su alma, con todo su sér feliz. Había llegado sola en tranvía a las afueras de la ciudad; había descendido sola del tren, entre un montón de gentes severas; y en medio de la calzada, sola, imperturbable ante la estupefacción de todos, había esperado y tomado, sola, para regresar, el primer tren que volvía al centro. Había sido como la travesura de una colegiala que se aburre en la austeridad monótona de la clase pesada y la rompe con el grito de su fatiga rebelde a la disciplina. —"¡Vengo de *épater le bourgeois!*", nos dijo triunfalmente. Toda María Eugenia Vaz Ferreira está en esa anécdota. Ella fué siempre la mujer que no se aviene con la rigidez inútil. En un mundo en que todos se defienden escondiéndose, ella se mostró siempre cual era, natural, alegre, expansiva, inquieta, turbulenta. Tuvo la superioridad de la franqueza. Entre mujeres que hacen del artificio una coquetería, ella, que fué mujer de alma grande, tuvo la coquetería de mostrarse, abierta de corazón, con el encanto supremo de una personalidad original y fuerte. Pareció rara. Las señoras graves fruncían ante ella el entrecejo mientras los hombres y las niñas la rodeaban con aplauso y con mimo. A todos seducía su gracia, a todos imponía la rectitud de su espíritu. Para los más fué la poetisa, la literata, ella que tal vez sólo hubiera querido ser, en toda la plenitud de su alma sincera, la mujer de gran corazón y gran inteligencia que asomaba entre sus risas.

Le dieron un buen día la cátedra de literatura en la Universidad de Mujeres. El profesorado, que a tantos hace odiosos, a ella la hizo simpática. Fué la única en reirse de su profesorado. Lo ejercía con la libertad más absoluta; sus discípulas, a quienes en cada uno de sus gestos daba una lección de vida propia, la adoraban. Recuérdese cómo, contra toda costumbre, acompañaron su cadáver al cementerio, y cómo hablaron después, por boca de la señorita Sofía Alvarez Vignoli, en el acto de recordación celebrado en la Universidad. Nada sabía de cursos ni pedagogías, pero realizó, sin proponérselo, el ideal del mejor magisterio: fué un fermento, un estímulo vivo de la juventud femenina er las aulas. Durante un tiempo, encantada y burlona, preguntaba a sus amigos si sabían qué es la polipote: ella acababa de descubrirlo y sonreía a la sorpresa del nombre ignorado para la cosa archiconocida. La oí interrogar, en exámenes de tercer año de bachillerato, a una jovencita cubierta de cintas y flores artificiales, sobre las diferencias del escepticismo (sic) en Manrique, Larra y Bécquer. Ante la pregunta, la examinanda y yo quedamos estupefactos, ella de boca cerrada, yo de boca abierta. María Eugenia Vaz Ferreira, impertérrita, pasó a otro tema con la tranquilidad segura de quien sigue su habitual camino. Así era ella, desconcertante y naturalísima.

Así a lo menos la he visto y la veré yo siempre que la recuerde, con su figura bohemia y soberana: el rostro amplio y atezado, de frente enérgica, de fuerte mandíbula, con la boca de labios gruesos pronta para la risa fácil y cordial, con las dos ascuas vivas de los ojos lucientes, bajo la maraña, con reflejos cobrizos, de su pelo oscuro; el cuerpo grande, que pudo ser el de una diosa y que fué, no más, la caja de un corazón impetuoso y el soporte de su cabeza soberbia; la mano y el brazo inquietos en ademán intenso de fiebre nerviosa.

Ella dijo a la Belleza:

Entre la suficiencia que te alaba
Y la interpretación que te traiciona,
Tú te levantas religiosamente.

Yo quisiera que estas páginas, que no pretenden alabar a la poetisa como ella se merece, ni interpretar su obra preclara, tuvieran la virtud de evocar en el lector una sombra siquiera de su espíritu y su genialidad.

LAUXAR.

Julio 20 de 1924.

SONETO

(En memoria de María Eugenia Vaz Ferreira)

Has entrado en la muerte, como un barco en el mar
que buscara entre sombras una hermosa ribera.
Has partido del mundo como una primavera,
como una melodía que se suelta a volar...

Sufriste hasta la angustia la locura de amar;
consumía el ensueño tu corazón de cera;
y cerrabas los ojos para que nadie viera
que, ante tus desventuras, estabas por llorar.

Amazona de nubes, que en pos de la quimera
de lo bello, dejabas que tu vida corriera,
¿cómo de tantos viajes no te ibas a cansar?

Hoy hallas en el sueño de la noche postrera,
el silencio divino que tu alma quisiera,
y la paz infinita: —ya puedes reposar...

PEDRO MIGUEL OBLIGADO.

MARIA EUGENIA

(Versión taquigráfica del discurso del doctor Emilio Frugoni en la Universidad de Montevideo).

Me sobrecoge la responsabilidad de poner fin a este acto en el que acabamos de escuchar voces tan elocuentes y conmovedoras. ¿Qué podría decir yo ahora que fuese digno de esas voces y de la inteligente atención de este auditorio? Sólo me queda dejar hablar sencillamente a mi corazón.

María Eugenia Vaz Ferreira se fué de la vida inesperadamente, sin que muchos de sus amigos pudiésemos acompañar sus restos hasta la tumba. ¡Triste destino el suyo! Siempre es gran desgracia morir joven cuando se ha nacido con dones de excepción que podrían aún deparar — el tiempo mediante — los mejores frutos de oro para las cosechas del espíritu. Y ese es el caso de María Eugenia. Murió en plena juventud; su barco encalló en las sombrías costas de la muerte cuando aún llevaba las velas ampliamente desplegadas, abiertas como alas al viento de la tarde, antes de la hora crepuscular en que los barqueros buscan el refugio de las ensenadas tranquilas y dejan caer lacias las lonas de los mástiles como brazos fatigados a lo largo del cuerpo... Antes de morir del todo, unos meses antes, la había apartado de nosotros esa ola siniestra que bate a intervalos el cerebro de ciertos ele-

gidos procurando el instante de abandono o de cansancio que le permita arrebatar traidoramente un espíritu hacia los abismos de la inconsciencia, donde se disuelve y extingue la personalidad. Y eso es, sin duda, más triste todavía, si ha de ser irremediable y definitivo, que la misma muerte total. Pero no pensemos que ésta ha de ser saludada como una liberación o tolerada como una terminación prevista y hasta deseable, cuando lo que consideramos es la desaparición, en una u otra forma, de un bello espíritu, fecundo y fulgurante, y esa desaparición significa una desgracia muy grande para todos nosotros, porque empobrece nuestra vida y apaga un astro en nuestro firmamento.

En la historia literaria del Uruguay, María Eugenia Vaz Ferreira ocupa un sitio que no puede serle disputado por nadie. Es cronológicamente nuestra primera poetisa. Es la primera voz femenina que se alza en nuestro medio con un claro timbre de lirismo noble y puro, tan distinto del acento balbuciente y opaco de quienes hacen versos sin poesía. Antes que ella, otras mujeres hubo, muy pocas, que cantaron, pero sin conseguir poner en el coro de poetas de su tiempo, una nota saliente e inconfundible. Ella hizo oir por primera vez en la lírica nacional un hondo y desnudo grito de mujer, abriendo la senda por donde habrían de lanzarse con más audacia y más avasallador impulso instintivo, aunque no con más conciencia artística, otras jóvenes musas nacionales. Surgió cuando tras Zorrilla de San Martín y Roxlo, cuyo estro romántico, reaccionando sobre la chatura anterior, marca una época brillante de la poesía uruguaya, una nueva generación de poetas venía a renovar formas y ritmos. Hubo en esa generación quienes, rodeando la destacada figura de Herrera y Reissig, el mayor de todos en edad y potencia creadora, hicieron flamear en son de guerra los estandartes suntuosos del modernismo, adoptando

la paternidad de Rubén Darío, de Verlaine, de Samain, de Laforgue y siguiendo las huellas del argentino Lugones, altos númenes que en el cerebro de Herrera y Reissig se transfiguraban como metales preciosos en un crisol de alquimia y salían transformados en sustancia de nuestro poeta, en un nuevo metal para la impresión de su propio sello característico. Otros, acaso los más jóvenes, hacían su obra sin enrolarse en capilla alguna, pero renovando también de verdad el espíritu y los modos de nuestra poesía. Entre éstos, María Eugenia Vaz Ferreira, diestra amazona de Pegaso, Walkyria delicada y soberbia, hacía oir su canto de juventud; y casi en seguida, otra gran poetisa, una adolescente genial, Delmira Agustini, se lanzaba tras ella en un vuelo magnífico que fué asombro y maravilla de las almas espectadoras.

Delmira Agustini en una como embriaguez de sinceridad femenina, desnudó por completo su alma amorosa y produjo en los ojos atónitos el deslumbramiento de Friné, sagrada e intangible en la sublime impudicia de su belleza sin velos. Ella se atrevió a decir con estupenda exaltación lo que las poetisas habían callado hasta entonces. Ella realizó en el campo de la poesía una revolución política, una afirmación enérgica de feminismo literario por la cual quedó proclamado el derecho de la mujer a expresar, como el hombre, las más recónditas inquietudes de su vida sentimental, los estremecimientos reales de su sensibilidad y de su carne, la confesión de sus vitales dichas de amor y de la turbación alucinante de sus sentidos. Ella gritó todo eso con una exultante osadía y una fuerza inesperada. Pero injusto sería desconocer que, precediéndola, María Eugenia Vaz Ferreira había dicho su palabra de mujer iniciando esa tendencia a la sinceridad de la emoción femenina, que la otra había de llevar a las más intensas expresiones con el arrebato erótico de su

estro. Además, ¿quién podía aventajarla en hondura reflexiva de pensamiento poético y en trascendencia espiritual, a ella que había sabido aliar, en algunas de sus composiciones más características, cierta gravedad sentimental de estirpe germana — con algo de Heine y de Goethe — a las líneas severas de una forma casi parnasiana?

Ella cantó gallarda y serena su admiración de mujer al varón fuerte que supiese clavarle en el pecho su oriflama de conquistador. Ya habéis oído el vigoroso soneto que tan magistralmente recitó hace un instante el doctor Prando.

Nadie, tampoco, ha dado como ella la impresión atormentada de una inquietud profunda bajo la serena majestad de los contornos estatuarios. El doctor Schinca nos ha recordado aquí, muy oportunamente, que había pensado titular *Fuego y mármol* su libro, este libro cuyos originales no dejó caer de sus manos celosas hasta que las aflojó la muerte; y ese título expresa bien la característica individual de su noble poesía. Noble poesía — eso es — por la elevación de los temas — el Amor, la Belleza, el Verbo, la Noche, la Vida y la Muerte — y por el tono austero, la dignidad clásica de las imágenes y la magistral aplicación del léxico, que sus manos pulsaban como un arpa, arrancándole sones graves y poderosos cuya vibración envuelve los sentidos y la muerte en una onda de sugestiones infinitas. Su voz, algo sombría, traduce angustias hondas, mientras los versos se alzan con cierta fuerza masculina, imponentes, augustos y terriblemente castos como las estatuas pensativas que velan con su sombra de eternidad el misterio infinito y el sueño inviolado de los mausoleos. Recordemos sus cantos a la noche, y sobre todo este:

HACIA LA NOCHE

¡Oh noche!, yo tendría
Una palma futura, desplegada
Sobre el gran Desierto,
Si tú me das por una sola noche
Tu corazón de terciopelo negro.
Y yo, al compás de su morena sangre,
Canto con las ondas beatas el sacro silencio.

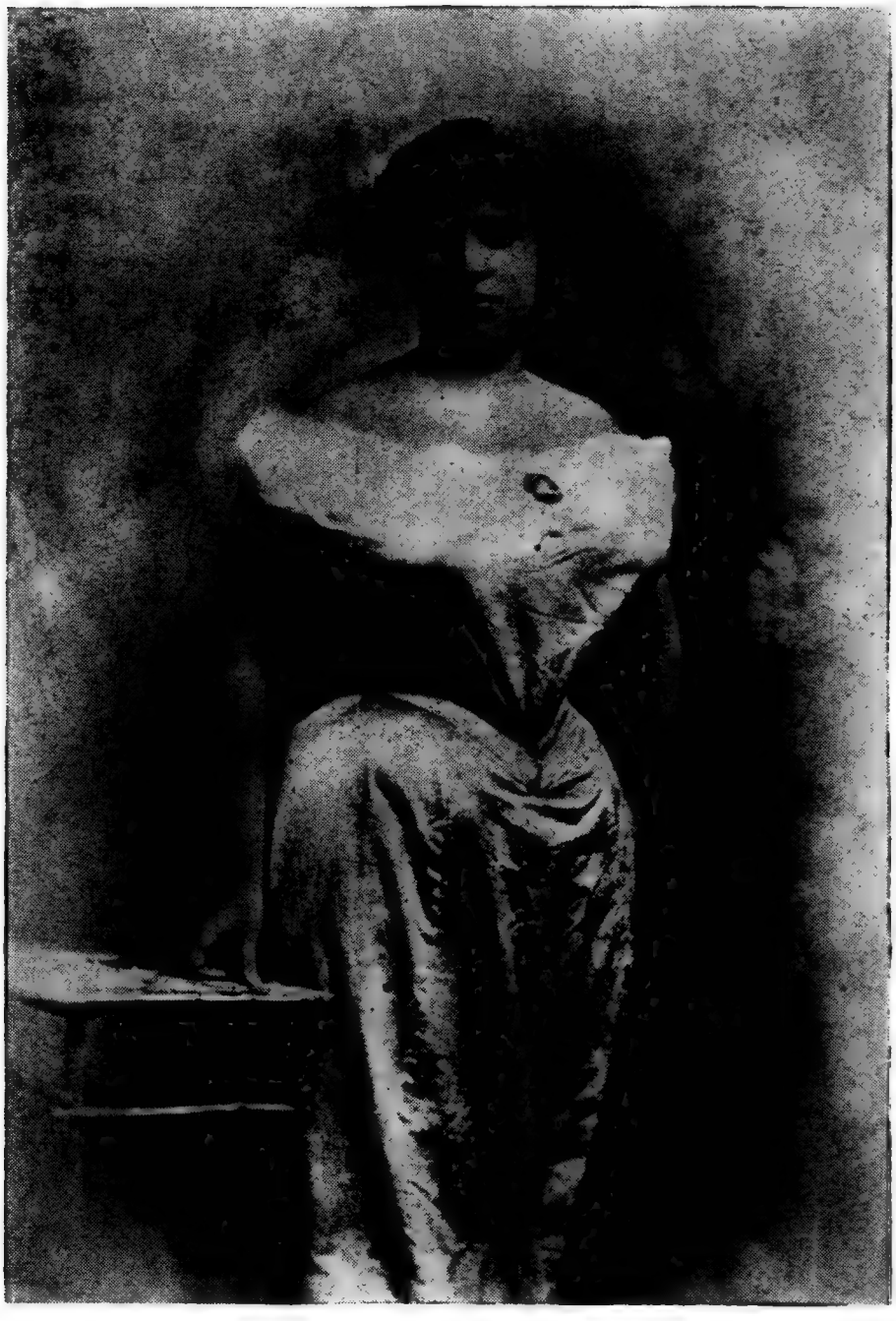
Mi canto será vivo,
Sólo por el deseo
De serenar la cuotidiana angustia...

¡Oh noche!, yo te quiero
Sin el fulgor de luminosos astros,
Sin marinos clamores,
Y sin la voz que finge
En los cráneos sonoros el rumor de los vientos...

¡Oh dulce noche mía! ¡oh dulce noche!
Aunque el glorioso pájaro del alba
Rompa después mi lapidario ensueño,
Y un polvo de inquietud arda en mis ojos,
Y me seas de nuevo
Sólo una palma antigua, replegada
Sobre el gran Desierto.

Por otra parte, era la suya de esas almas que sienten la voluptuosidad de sus punzadores afanes y hallan en esa tortura una virtud y una razón de vivir. Ella podría, acaso por eso, suscribir en cierto modo y desde cierto punto de vista, aquellos versos de Giordano Bruno, el filósofo, poeta y mártir:

"Eli bench'il fin bramato non consegna
E'n tanto studio l'alma si dilegna
Basta che sía si nobilmente accesa".



MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Retrato de 1914

Aunque no consiga el fin deseado y de tanto arder el alma se consuma, basta que sea tan noblemente encendida.

Pero, ¿por qué se asocia en mi mente el recuerdo de Giordano Bruno al de María Eugenia? No es, como pudiera parecer, una aproximación fortuita de dos nombres en esta hora de solemne recordación. Yo tengo una razón especial, personalísima, muy mía, para introducir en este discurso la sombra de aquel gran mártir de la libertad de pensamiento. Es un episodio que vive en mi memoria como una estrella inapagable. Séame permitido relatarlo aquí.

Daba yo en este mismo recinto una conferencia sobre Rodó. Entre la concurrencia, sentada en una de las primeras filas, en el extremo de una hilera de asientos, — me parece estarla viendo allí todavía, — se hallaba María Eugenia. A cierta altura de mi disertación, comentando las ideas de Rodó en su *Liberalismo y Jacobinismo*, traje a colación el gesto de Giordano Bruno, cuando momentos antes de cumplirse la bárbara sentencia, un fraile le acercó a los labios un crucifijo para que lo besara, y él dió vuelta el rostro con desdén, porque veía en el crucifijo, no la imagen del sublime Jesús, sino el símbolo de la alucinación de la iglesia que lo condenaba a la hoguera.

María Eugenia — la estoy viendo — se levantó en señal de desagrado y se retiró, altiva, del salón. Otras señoras, sobre todo en las galerías, se creyeron entonces obligadas a protestar también, retirándose. Su actitud fué propicia al menguado interés de mi conferencia, porque gran parte del público, reaccionando contra la muda protesta, estalló en calurosos aplausos de desagravio. Pero, allá — también me parece estarla viendo — en aquellas localidades altas del segundo plano, estaba mi madre, que había venido a escucharme con ansiedad y ternura, y tal vez, hasta ese instante, con

alegría. Mi madre era católica ferviente. Quizás mis palabras, que no encerraban — lo aseguro con energía — agravio alguno para ningún sentimiento religioso sincero, le hubiesen pasada inadvertidas o las hubiese comprendido en su respetuoso alcance real. Pero el gesto de María Eugenia y el movimiento de retirada provocado por ésta, le hizo pensar, sin duda, que yo era un blasfemo y me vió despreciado por los corazones devotos como un delicuente sin perdón.

Y al día siguiente, cuando fuí a verla, mis hermanas me enteraron — porque ella nada me dijo ni yo pude decirle nada — de que se había pasado toda la noche desvelada y llorando. La acongojaba probablemente la visión de su hijo hereje, del cual se apartaban con horror las almas piadosas. Y acaso se creía un poco responsable, por ser mi madre, de las blasfemias abominables brotadas de mis labios.

No pude menos de sentir un sentimiento de rencor contra María Eugenia. Ella había provocado esa crisis creando la situación teatral que había sumido en la angustia el corazón de aquella santa mujer para quien su hijo fué tanto un amor entrañable como una preocupación dolorosa...

A los pocos días, María Eugenia trató de verme y fué con ese fin a una casa donde sabía habría de encontrarme.

¿Está muy enojado?, me preguntó.

—Debiera estarlo, le respondí. Pero ya no lo estoy.

No supo que ella había sido la causa ocasional de uno de mis grandes sinsabores. Desde entonces, como si tuviese el presentimiento de haberme hecho daño, de haber agregado un poco de dolor al drama íntimo de mi vida, se me acercó espiritualmente, hizo más ceñida y bondadosa su amistad, que caldeaba con el fuego tranquilo y próximo de las confidencias literarias.

Adiviné, así, su amargura cuando se la relegó un poco al olvido, sobre todo ante la aparición gloriosa de un astro que acrecentó de golpe la luz del mundo, cerniéndose sobre nuestro espíritu con las alas vibrantes de un pájaro ebrio de azul y de sol. Era la irrupción alada de Juana de Ibarbourou, que nos traía una música ingenua e inmortal, hecha del rumor de los árboles, del alborozo de las aves, del murmullo de los arroyos, de la canción de los vientos, y nos inundaba el alma de un perfume de praderas en flor, de pasto verde, de campo fresco y de mañanas de primavera.

La indiferencia de que se creyó objeto, la desconcertó un instante y la hizo dudar del valor de su obra. Hoy ya no tienen importancia sus dudas y vacilaciones. Allí están sus versos. Sus dudas no alteran el ritmo firme de esas estrofas que por encima de ella, abatida por la muerte en mitad de la vida, siguen su vuelo seguro a través de las almas con esa su ardiente carga de afanes espirituales que se agitan como llamas al viento en la atmósfera de la inspiración creadora del poeta.

En esas estrofas vive la esencia inmortal, contradictoria y única de esa extraña mujer que al lado del culto pagano de la belleza encendía en su corazón la lámpara votiva de los fervores cristianos, y cuyo espíritu recordaba, por lo mismo, a una de esas epopeyas del Renacimiento en que la fantasía del poeta mezclaba los dioses gentiles del Olimpo con las figuras de la leyenda cristiana, haciendo alternar a Venus o Minerva con la Virgen María y a Apolo con Jesús.

Ya han hecho notar aquí los oradores que me precedieron, que hay en sus últimos tiempos un *leit-motif* wagneriano, una invocación predominante al silencio eterno, al sueño sin fin. Clama por su "hermana" la Noche y pide el regazo de la tierra para echarse en él a descansar para siempre. Ese sentido y ese afán

de eternidad que puso en todos sus versos, se vuelve casi obsesionante en sus últimas composiciones.

Ya está en ese regazo. La "hermana Noche" le ha dado "la eternidad de su silencio", que ella le pedía con el canto más puro lanzado a los aires por su maravilloso "árbol nocturno", como ella llamó a su propia alma soñadora e insomne. Y ahora sólo nos queda inclinar con pesadumbre la frente porque ella pasa ya ante nosotros, tendida de espaldas, mirando al cielo, sobre el silencioso carro de la Noche, que está hecho de sombra, pero se desliza incesantemente por los caminos del espacio y del tiempo sobre las ruedas luminosas de las constelaciones.

Y de hoy más, al levantar nuestros ojos a la bóveda nocturna, nuestro pensamiento no podrá menos de volar a la poetisa muerta que pegó sus labios febriles a la ancha copa de la Noche para embriagarse de silencio y apurar hasta las heces el vino quimérico de las estrellas sonámbulas.

Entretanto, apretemos sobre nuestro corazón su recuerdo y que él nos sirva de amuleto en nuestras andanzas por la belleza y por el ideal.

EMILIO FRUGONI.

GESTA DEL MAR

Consagro estos versos a la clara memoria de María E. Vaz Ferreira.

J. L. J.

¡Sangre del Mundo, Mar, sangre del Mundo;
plasma fecundo,
inmortal,
donde el germen está de la Existencia,
que luego es planta y luego es animal,
y luego instinto y luego acción consciente,
y rumor y bramido y llanto y voz,
más tarde inteligencia,
y, arriba, genio, y, así, casi Dios!...

Sapiente
y sumo destructor y sumo autor
de cosas y de seres, creador:
(pues en tu seno está la fuerza eterna
que al Gran Todo gobierna,
como en el Aire — el Aire, que es tu hermano —,
como en el Eter vano
y fraternal está; como en el Fuego...).

Minero formidable ¡cómo cavas,
cómo cavas la roca y, en tus babas,
— formidable minero —, en tu saliva
áspera y corrosiva,
la desintegras y disuelves, luego...

... Y, en ciclos infinitos,
bajo el ritmo callado de tus normas,
integras, otra vez, con los detritos,
un órgano vivaz, o muertas formas!...

En avance de grado, y no de salto,
tú, al igual,
elaboras,
— sin contar más los siglos que las horas —
feérico palacio en el basalto
y primorosas gemas de cristal.

Arquitecto, estatuario
y pintor,
(¡Oh energía genésica del Agua!):
el abismo
donde bates tu inmenso dinamismo
es matriz, es crisol, taller y fragua.
El material que mueles es tan vario,
tan varia es su estructura y su color,
como el designio de la Omnipotencia.
Es vario, como vario es el amor
sin límite ni nombre
de la Suprema Esencia,
que va desde la mónera hasta el hombre;
como es varia y sin límites su ciencia...

Cual artista que fueses — inconsciente —,
tú te complaces en los esplendores
de todo lo creado; y eres campo
con tus sargazos rudos; cordillera
con tus témpanos lucios; y torrente
con tus ríos sin fin, reguladores.
Y eres toda la Esfera
si el Zodíaco rueda en tus espejos;
y lo eres, asimismo, cuando el lampo,
con su gladio de cárdenos reflejos,
te hiende fugazmente...

Se diría que, bajo el sol, te alegras
y que te encolerizas bajo el viento;
que amenazas en medio de las negras
noches sin astros; que los astros mismos,
— cual desinteresado pensamiento —
aplacan tus furiosos paroxismos.

Fatal y necesariamente bueno:
tú distribuyes el calor y el frío
en el orbe terreno,
como si te sintieses justo y pío.
En tus azules brazos que palpitan,
tal cual un vivo músculo que fuera,
el Ecuador y el Polo se visitan.
Por ti, ablanda los hielos Primavera,
y es por ti que desciende hasta la hoguera
del Trópico, el Otoño aplacador.
Por ti prospera, en el glaciar, la planta;
y, allí, vive prolífico el Amor.
Y por ti, en el flamígero Ecuador,
hay fosca selva y húmeda pradera,
y hay pájaro que canta,
y hay aromada flor.

Tú mismo,
también acaso tengas voluntad
y hayas, acaso, amor;
pienses y sientas como piensa y siente
la humana gente...
Y tal vez, con dolor,
en tu matriz deforme, (y el abismo
¿será como es la entraña?), tú concibas...
...Si es vibrar, el vivir, y afinidad
es tanto como amor... acaso vivas...

Sí, vives, sí, cual la ciudad enorme,
como viven los mundos:

con multánime vida multiforme,
que igual alienta y crece en tus profundos
légamos y en las flores de tu espuma;
y en todos planos y de todas suertes;
y es incontable suma
de individuales vidas y de muertes
individuales, en fatal secuencia,
pues, así, de biocosmos es tu esencia.

El hombre, tu remota criatura,
matando a Poseidón, supo el secreto
de tu abundancia, fuerza y hermosura
y lo redujo a logaritmo escueto...
a cinemáticas... biogenias... prismas...
Y tú, como en venganza,
ofreces, cual cimbel, a su esperanza
falaz, y a su engreído y loco ardor:
ya el sortilegio aciago de tus olas,
ya la enervante paz de tu bonanza,
ya un voraz horizonte promisor...
... Y alguna vez lo inmolas
a su codicia y a su audacia mismas.

Pero nada perdió tu poesía
con la nueva verdad, *grande Oceano.*
Ella está en tu magnífica energía;
está en lo manifiesto y en lo arcano;
y está en lo nimio y en lo formidable;
en la materia muerta y la viviente;
en lo estable y fugaz y en lo durable,
y está en lo cierto y en lo contingente...
. . . . . .
Y en que fascinas, por diversos modos
y en todos tiempos, a los hombres todos...

Aquí el joglero terminó el «Cantar de la Gesta del Mar».

JULIO LERENA JUANICÓ.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Cuando en nuestro ambiente literario aún restaba, con predominancia irrebatida, un conjunto de anticuarios de la frase, de ropavejeros de la estrofa indumentada con los harapos últimos y desvaídos del romanticismo ya vetusto, María Eugenia Vaz Ferreira halló una vida nueva y rizó con brisas recientes los lagos donde botó, como esquifes con talla de marfil, la flotilla de sus cisnes indolentes. Oyó voces desusadas, de una mocedad opulenta, y en su alma acústica tuvo resonancia límpida la dicción de los poetas acaudillados, sobre las tierras surianas, por Rubén Darío, y, sobre las tierras francesas, por los Duces de la rima fastuosa, la renovación extraña de las imágenes y las afirmaciones de un esteticismo sorprendente. El viejo galeón del clasicismo español, cuyos versos paralelos, ajustados a ritmos severos, a un compás majestuoso, son como remos fraternales, de longitud similar y vuelo parsimonioso, con sus estivaduras de oro antiguo, estaba anclado entre el rumor de las oleadas líricas de su escuela valiosísima; y la intrepidez romántica, de espadín al cinto, melena volante y capa de raso abundoso en pliegues largos y con una profusión de orientes como un nácar tornadizo, había, en donde las jóvenes tendencias triunfaban, descolgado de los balcones la escala idílica que en sus ascensos siempre parecía dirigirse al cielo, acaso porque Víctor Hugo dijo que el Arte es el azul...

Entre ese término y ese principio de modalidades, surgió la poetisa. — Surgió así como con el desgano de su destino superior, sin rendirle a éste una lealtad cotidiana, sin darle a su obra una continuidad, un método o una finalidad prevista. Empezó a deshojar, con cierta displicencia, sin apresuramiento, la margarita de su alma. Y así, interrogando con esa celeste pereza a la Gloria, la Muerte la sorprendió, surgiendo ésta de entre los pétalos de plata de la flor oracular, como una respuesta tremenda y definitiva. La soñadora, de vez en vez, abría el ventanal de su castillo interior, y, entonces, hacia la calle surgía el esplendor de la fiesta íntima, surgían el matiz y la luz, esos atributos de la piedra preciosa; y después del instantáneo lumbrarazo el silencio corría nuevamente su visillo negativo, su cortina insonora y misteriosa. Por eso, la obra de María Eugenia Vaz Ferreira ni es abundante ni está unificada por una premeditación centralista. No dió un eje unánime a la radiación de sus energías mentales. Su obra fué una dispersión de perlas carentes del hilo promiscuo que las anillara, que les diera la unidad de la joya única. Colores varios, músicas dispares, albas ruborosas, ponientes de amapolas, con azul y rojo. Es porque ella misma no encontró, para fundamento de una disciplina, su definición, su riel decisivo, su propósito con lejanías de meta alucinante. Por no haberse encontrado ella misma, cruzó el espacio del arte nacional como un meteoro sin ruta celeste previamente determinada; como una de esas estrellas errantes que, sin el espíritu gregario de las demás estrellas, se apartan de las poblaciones de los astros, y en una deserción esplendorosa, plenas de un fulgor solitario, cruzan por el aire desgranando su espiga de oro en chispas fugitivas.

Se sondeaba en un cateo del espíritu. Se adentraba en sí buscando la veta oculta; y de esas inquisiciones

íntimas, brotaban chorros diáfanos y sonoros. Sus estrofas están llenas de dulces jugos, como naranjas amieladas por la madurez. Y, como éstas, tienen corteza de sol. Sobre sus estrofas, como la bruma perfumada, como el humo florido de enrulamientos sobre la cazoleta del incensario, flota un ansia vaga, un deseo impreciso, un humo fragante. Y la estrofa mórbida, con vitalidad excedente, como un seno virgíneo y sano sobre un pecho de Madona del Renacimiento, contrasta, en su plenitud ilustre, con esa niebla sutil, inasible, leve y olorosa. Ante ese contraste se cree ver el aleteo lento, sobre una estatua de mármol robusto, de un velo inquieto prendido a ella como un alado cautivo. Esa vaguedad sugerente, esa niebla de jardín, es lo indefinido de la personalidad literaria de esta rimadora, flotando sobre lo concreto, sobre lo eterno y admirable de sus realizaciones artísticas.

En la acción verbal de María Eugenia Vaz Ferreira hay algo que no es femenino ni acusa varonía. Para femenino es demasiado enérgico, rotundo, valeroso. Para másculo no tiene el brazo capaz de embrazar la adarga de la justa. Es que la escritora, dentro de una modalidad particular, se salía de la mujer, como de un huerto de gardenias, sin entrar al áspero reino de los hombres. Vivía entre una y otros, como en un androginismo espiritual, con fronteras castas y resplandecientes. El lirio blanco en sus manos parecía, más que una flor angélica, una campana de plata: es porque sus manos más estaban construídas para convocar los espíritus para las "Oraciones a la Belleza", que para perfumar, con ritual dulzura, un éxtasis ante los altares silenciosos.

Fué amazona del Pegaso brioso, espumescente, de alas cual llamaradas de color de rosa, a la manera de las de aquel caballo sagrado que azota al cielo claro en el soneto herediano. El jerifalte y el azor supieron

de su puño hábil con el que los sacaba de la alcántara para, en las horas de las cetrerías divinas, dar caza a las palomas blancas del sentimiento. Y esas palomas sangrantes, sobre la brasa tibia de la herida, con las alas llorosas de rocío fueron presentadas por María Eugenia, como sobre la impasibilidad de un ara, en la exhibición formal de alguna estrofa. La lágrima no fué de su predilección. Con ella no iluminó, como con un diamante dócil, el fondo de su cántaro. Llenó su vaso sin grieta o con aguas de torrente arisco o con aljófares que, sin claudicar el orgullo de su fulgor, atravesaron, exentos de miedo, las tinieblas de la noche. No la veis llorar. No la veis reir, tampoco. La veis en la posición majestuosa de las frentes que crean astros, como crean planetas los cielos sin nubes lacrimosas y sin auroras rientes...

La barca de Caronte izó el remo. El alma errante de la poetisa se fué con el lúgubre marino. Los versos de ella la escoltan como sirenas impotentes que, no obstante sus cantos obstinados, no detienen a la viajera ni consiguen interrumpir la doliente travesía. Como un trigal que se inclina hacia el lado por donde se va el viento que lo pobló de susurros, nosotros nos inclinamos hacia la lejanía por donde se va esa alma que, como un viento, al trigal de nuestros espíritus lo estremeció poblándolo de divinas armonías.

GUZMÁN PAPINI.

LA PEREGRINA MISTERIOSA

(Recordando a María Eugenia)

Cruzó por la vida al galope,
Asombrando los quietos llanos,
Un halo fantástico al tope.

Alma india, sólo sensible
Al soplo polar de la Esfinge
O a los iris del Imposible.

El Arquero que nunca erra
Tiróle, emboscado, cien dardos;
Los cien dieron blanco en la tierra.

Así, en su yegua fogosa,
Pasó tan extraña, que dúdase
Si era mujer o diosa.

Tal vez fué una frase secreta
Que nos debe ser revelada
Algún día en otro planeta.

Gloria, en tanto, a su voz salvaje,
Antorcha encendida a palabras
Sobre la noche de un paisaje...

JOSÉ MARÍA DELGADO.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Tenía nuestra mejor poetisa como don dominante de su espíritu, la intelectualidad; y el extraño mérito de su facultad poética se resume en una palabra: energía.

Su musa es fantástica a lo germánico, desigual, melancólica; siempre extraña, cuando no enigmática; el límpido y sereno sol de Grecia no alumbra sus versos: es más bien la "casta y pálida Selene" que daba luz a las danzas de los gnomos y las hadas entre las brumas tenues del otoño.

De ahí que el gran inspirador de la poetisa sea principalmente lo triste, aquello inevitable de desilusión que llevan como gérmenes fatales todas las cosas humanas.

Para expresar esos pesares que las almas selectas conocen a fondo, esa suprema neurastenia, ese hastío más o menos pronunciado que llevan de la vida todos los hipersensibles, acude nuestra autora en primer término a la *sinceridad de oro* de su corazón, fuente de la energía y de las emociones intensas que produce su verbo poético, y, en segundo, a la naturaleza, hermosa y serena promesa de un más allá más justo para la poesía y sus cultores.

Mi predilección por el arte de esta ilustre alma, deriva de que se acerca a mi ideal poético, que lo encuentro de manera cabal en la literatura inglesa, que hallo en esto la primera del mundo.

¡Cuánta altivez displicente, qué serenidad de las altas cumbres en las ideas; qué helado y duro corazón de princesa cautiva revelan los versos elegantes y fuertes de "Invicta", poema vibrante en que el talento de María Eugenia ha llegado a lo hondo de sí, a la suprema belleza de la inspiración.

Puso al libro que contuviera sus poemas, *Mármol y Fuego*. Con ello dió ella misma el mejor juicio sintético de su numen hecho de arrebatos sentimentales y de aspiraciones hacia un ideal inasequible.

Guardo entre mis más hondos recuerdos, muchas cartas que me escribiera a propósito de mi estudio sobre sus poesías; ellas la retratan como ella fué siempre: un puro corazón de mujer, un alto y divino espíritu fuera de su centro y huérfano del inapreciable estímulo de un ambiente altamente civilizado. Si hubiera nacido en Francia, Inglaterra o Italia, a qué cumbre no hubiera llegado; pero nació en América, que aún no se preocupa de gloria estética ni le importa la justicia literaria.

ALBERTO NIN FRÍAS.

Especialmente para «PEGASO».

LA ISLA DE LOS CANTICOS

Hubiera sido bello como un sueño en la más fina altura de la noche, haber oído de la propia voz de María Eugenia Vaz Ferreira, el relato de su estado de espíritu en el momento en que concibió para título de su libro de poemas el de "La Isla de los Cánticos". Hacen soñar estas cinco palabras con el alma errante y atormentada de todos los viajeros y con lo que tiene de maravilloso y profundo el viejo mar océano, entre cuyas olas asoma su frente de música la isla de vírgenes piedras donde cantan las bocas de la tempestad y las orquestas crispadas del viento. Allí la aspereza de la sal y la suavidad del musgo marino se unen hasta las más terribles honduras. Allí el coro de las estrellas y el coro de los caracoles de entrañas musicales, evidencian la misteriosa armonía del Universo. Allí los pájaros de armónicos vuelos y las grandes aves de los sueños giran en divinos círculos, cada vez más altos y perfectos. Allí, las mañanas se levantan como himnos, los crepúsculos se pliegan como los deseos demasiado grandes, y las noches ascienden desde las viejas piedras del mundo hasta desbordarse por encima de los abismos. ¿No es, acaso, la Isla de los Cánticos la propia alma de la poetisa? Diríase por momentos, frente a esa isla de música y de ensueños, que los recuerdos se nos dispersan por las doradas islas de Grecia, visitadas por los más hermosos dioses que han he-

cho nacer los hombres y vestidas por la más pura luz que hasta ahora ha tocado nuestro mundo. O que, ya en el otro seno del Mediterráneo, en la fogosa costa italiana, recorremos el contorno de las islas llameantes, cuyas entrañas alimentan los volcanes con la pasión de los locos incendios. O si no, en los mares del Norte, cerca de los témpanos blancos como la muerte, nos detenemos en las purísimas islas del hielo, donde el espíritu ejercita su voluntad y su dureza. Unas son las islas del divino Odiseo, sonrientes como los días primeros del mundo, y otras son las islas de Ossián, que tienen la declinante tristeza de un astro que agoniza bajo las nieves estériles. Si con todas las islas mediterráneas y oceánicas hubiéramos hecho una sola isla, acaso lograríamos simbolizar la gran alma de fuego y nieve de María Eugenia Vaz Ferreira. Tal, acaso, habría sido su pensamiento solitario y puro, cuando los labios de su espíritu articularon estas cinco palabras: "La Isla de los Cánticos".

Carlos Sabat Ercasty.

COPLA

A María Eugenia Vaz Ferreira.

Lo que la vida nos quita,
nos lo devuelve el morir,
y ahora que te moriste
nos acordamos de ti...
honores después de muerta
¡para qué te han de servir!

FERNÁN SILVA VALDÉS.

Montevideo, 1924.

UN RECUERDO SOBRE MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Mucho me regocija que PEGASO, en este número homenaje, me brinde la ocasión de poder hablar de esta excepcional mujer de fuerte talento y sensibilidad maravillosa. Me temo, sin embargo, que a causa del dislocamiento de su propia vida, no nos halla dejado la obra grande que pudieron forjar su sensibilidad y su talento; y digo tal cosa, no en menoscabo de su labor poética, que sólo conozco fragmentariamente, sino porque estos seres así, como ella fué, están como impulsados por una fatalidad que les impide cumplir la misión que les estuvo destinada: despilfarran talento y sensibilidad, muchas veces en conversaciones fugaces; y así, agrandados en el recuerdo de aquellos que les conocieran, no pueden ser comprendidos por las generaciones que han de analizar más fríamente su obra escrita. Y, por fuerza, estas generaciones no se hallan capacitadas para ver la personalidad total, desaparecida ya, y desaparecida llevándose a la muerte buena parte de lo que pudo ser áurea cosecha lírica.

En un viaje a Montevideo, durante el verano de 1918, fuí a visitar a María Eugenia Vaz Ferreira, a fin de saludarla y recoger algunos versos para la revista *Hebe* que entonces codirigía. ¡Inolvidable visita! La poetisa se me apareció como un ser fuera de lo común, ¡y lo estaba! Hablamos de tópicos artísti-

cos; ella opinaba rotundamente y tenía desconcertantes salidas de tono; gustábale colorear pintorescamente su conversación abundante y poco armónica con vocablos criollos. Recitó con voz bien timbrada versos suyos, muchos de ellos inéditos, y que escondía con avara fruición. Uno principalmente, me admiró por la fuerza de su sinceridad. Comenzaba, si mal no recuerdo, así:

He de volver a ti, propicia tierra,
como una vez surgí de tus entrañas,
con un sacro doler de carne viva
y la virginidad de las estatuas...

También tocó el piano e interpretó a Wagner y a Chopin, de manera personalísima.

Volví al otro día, llevando a un amigo poeta y compañero de viaje, a quien María Eugenia mostrara deseos de conocer, pues ya sabía de su labor de artífice admirable.

La tarde se nos fué agradablemente y prometimos regresar al otro día para efectuar un paseo al Prado. Llegamos puntuales y ya la poetisa nos esperaba; salimos, y me llamó la atención su desgaire en el vestir, tanto como su acariciado, queridísimo proyecto—que durante el viaje nos fué explayando—de hacerse una casa subterránea a la que llamaba "la casa del silencio". Allí nadie perturbaríala; y allí hundiría sus terribles noches de insomnio.

Como botín de nuestras entrevistas, le arranqué algunas composiciones, entre ellas un soneto inédito que me entregó, imponiéndome la condición de que no habría de publicarlo. Se trata de una poesía honda y delicada, y hacia la que mostraba una predilección manifiesta. Hela aquí:

EMOCIÓN PANTEÍSTA

Señor, te diré que la sabrosa belleza
De esa tu carne pálida me hace llorar de amor.
Lloro por la magnolia de tu cara, por esa
Cara que está desnuda sobre su tallo en flor.

Laureando con tu gracia mi gloriosa tristeza,
Con hojas de tus ojos de cambiante verdor,
Vas hasta el fondo mismo de mi naturaleza
Por todos mis jardines, y siempre vencedor.

Señor, quizá tú eres suavemente fuerte;
Quizá tu cáliz dona consolación de muerte,
A tiempo que florece tu espléndido fervor.

También yo soy ambigua; por eso es que te siento,
Y lloran cuando abres bajo mi pensamiento,
Mi aurora y mi crepúsculo su rocío de amor.

La última vez que la vi fué en Buenos Aires; entró a la oficina donde yo trabajaba, provocando la torpe curiosidad de mis compañeros, a causa de su desaliño de vestimenta y tono. Conversamos largamente. Al despedirse, me prometió unas poesías inéditas... y esperé inútilmente. No la vi más...

Y al recibir la noticia de su muerte, en medio del torrencial vértigo de esta vida de la urbe febril que nos lleva y lleva implacablemente, me detuve a recordarla... Y, con tristeza, evoqué su original figura, su sensibilidad, casi hiperestésica, su talento innegable. Luego proseguí... Ah, pero tengo la sensación precisa de que nunca he de olvidarla, porque los seres de excepción, ¡que ella lo fué!, los espíritus de selección, ¡que lo fué el suyo!, no pasan totalmente, no se olvidan del todo.

ERNESTO MORALES.

Buenos Aires.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

La predilección de las musas por el sexo fuerte es tan antigua como la poesía. Mas las nueve musas, no por ser diosas, dejan de pertenecer a la feminidad; de ahí, que todas las literaturas se enorgullezcan con alguna poetisa comparable, o al menos cercana en inspiración, a los grandes genios del verso. La historia literaria de cualquier nación comprueba el aserto.

Cúpole a María Eugenia Vaz Ferreira, en su doble carácter de mujer y de inspirada, la honra de integrar las letras uruguayas con una poetisa capaz de resistir el parangón con los más eximios de nuestros vates.

Bastaría esa circunstancia para justificar el homenaje póstumo que le rinde la intelectualidad de su patria, reconociendo las dotes privilegiadas que adornaron a la gran escritora desaparecida. La crítica debe ir más lejos aún, y señalar el puesto que ocupa en las letras americanas y en la evolución de la poesía en el nuevo continente. Desde Gertrudis Gómez de Avellaneda hasta nuestros días, ninguna mujer de habla castellana ha pulsado la lira con mayor energía y ninguna, tampoco, ha sabido arrancar a sus cuerdas notas más dulces y acariciadoras que las prodigadas por María Eugenia Vaz Ferreira en multitud de páginas rítmicas.

Cuando se lleve a cabo la total recopilación de sus poesías, — actualmente dispersas, a semejanza de las

Rimas del Petrarca antes de que el autor de "Laura" las dispusiera en el cuadro artístico de su Cancionero, — recién apreciaremos el valor absoluto de aquéllas, y entonces no serán nuestras plumas las únicas que proclamen la indiscutible superioridad de la poetisa uruguaya.

EUSTAQUIO TOMÉ.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Nuestra adolescencia, precoz en el afán del ritmo, formó su atmósfera de idealidad con la lectura de un libro sencillo y fecundísimo, "El Parnaso Oriental", de Montero Bustamante. Nuestra niñez halló en él una amorosa entrada a la ciudad del pensamiento.

María Eugenia Vaz Ferreira fué entonces dueña absoluta de nuestra admiración; para nosotros, en su verso terminaba la poesía.

Después hemos escuchado el canto de todos los nombres: desde la sirena de Homero hasta la vibración desconcertante del novecentismo.

Ya de regreso, con el escepticismo que infunde el implacable fragor de la lucha por la supremacía mental de cada uno, amamos íntimamente esa canción para nosotros humana como un arrullo maternal que ha dejado María Eugenia Vaz Ferreira en nuestro oído. Esa canción familiar que sube en días de recogimiento, junto al hogar; junto al hogar de lo pasado, combatido por los cierzos de la razón que nos dispersa; por las heladas sombras que llegan de los caminos de la verdad.

No sabemos discutir a María Eugenia. Sólo sabemos sentirla y darle gracias por el bien que nos hizo al ofrecernos su canción romántica, a nuestra entrada en la vida.

SABAS OLAIZOLA.

1924.

MARIA EUGENIA

¡Extraño sino este del Uruguay, condenado a presenciar la desaparición de sus pájaros maravillosos en la plena gracia de su canto! Parece que su luminoso cielo azul no fuese propicio a los trinos y a los gorjeos! En goce de juventud callaron Rodó, Florencio Sánchez, Delmira Agustini, Ernesto Herrera, Raúl Mendilaharsu... Y como si el tributo propio no colmase exigencias, bajo este mismo cielo hondo y luminoso también calló el hermano Amado Nervo.

Ahora el dedo fatal ha elegido otra vida joven: otro pájaro que se deslizaba armoniosamente, que posaba de cuando en cuando para darnos la inefable sensación de la belleza en las estrofas de su cantar jugoso, lleno, personalísimo, extraño, exótico, hecho de nébulas y de música y de cerebro. Es ahora María Eugenia Vaz Ferreira quien vivirá en su obra. La multifonía de nuestras selvas ha perdido una de las voces mejor timbradas, uno de los cantores más personales.

Por las poesías que de ella se conocen, bien se ve que los aires de las nuevas tendencias literarias no la habían influído gran cosa. Quedó un poco a la zaga entre los contemporáneos. Pero esto mismo parecía obedecer a modalidad de espíritu, a sinceridad, a honestidad. No podría decirse, sin embargo, que no haya modernidad en su poesía. Cabe reconocerle, por lo menos—aun cuando a las veces preste acatamiento a los cánones de la Poética—audacia en la estructura

de la estrofa, en el desprejuicio de las combinaciones, en la libertad de la forma y en la valentía y la fuerza con que decía su íntimo, su orgulloso pensamiento. Pero andaba con cautela: Dentro de la libertad que se permitía, jamás atentó contra el ritmo y no escapa que la expresión del concepto la preocupó especialmente. En efecto: cada uno de sus versos tiene vida propia, vive por la vida que lleva en sí mismo y uno como acorde musical surge de esa vida y de la sutil sonoridad del ritmo.

Por virtud del conocimiento íntimo del lenguaje, a menudo las palabras lucen matices nuevos: se las ve ennoblecidas por el papel que se las hace jugar en la construcción. Y no por ello deja de haber sencillez en la expresión; antes, por lo contrario, podríase decir que se gusta en la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira una esencia de poesía popular—no folklórica, entiéndase—accesible a todo lector. Era ésta una manera propia de la poetisa: su sentir se transparenta en un cantar diáfano, flúido, manso y hondo a la vez. Y también desde este punto de vista era moderno su cantar, aún cuando gustase trabajar en toda ocasión con piedras preciosas: las de mejor agua, las de mayor pureza, las que se prestaban para el engarce más delicado.

Lo que no se comprende con claridad, a través de la poesía de "María Eugenia" — como familiarmente había llegado a designarla el pueblo... y tal vez sea éste el mejor elogio de la poetisa, puesto que el pueblo no familiariza más que con aquellos a quienes comprende y le hacen sentir—lo que no se comprende con claridad—decíamos—es la naturaleza de su alma femenina, diferencia fundamental con la poetisa Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou. Las poesías amatorias son, desde luego, las que dan lugar a la indecisión. Unas veces la preocupa y hasta la atormenta la idea y el ansia del que ha de vencerla:

"Quebrantaré en tu honra mi vieja rebeldía
. . . . . .
Y brotaré una selva de cósmicas extrañas
*Cuyas salvajes frondas románticas y huraña*s
Conquistará tu imperio si sabes ser león;"

otras, en cambio, es inaccesible, inhumana, antójase carne de estatuas:

"Las pupilas de fuego con que abrasas,
Apagará sus bélicos ardores
El frígido metal de mis corazas."

"Yo tengo un corazón helado y duro
Como la blanca nieve de las cimas."

Varios son los cantos que dedica al hombre; pero, dada la altivez, el impersonalismo con que le canta, hace pensar que el hombre fuese tan sólo motivo y acicate para las poetisa, pues que siempre, por encima, de todo, se complace en ser artista:

"¿Fué real su sueño? ¿fué un elogio?
Aún hoy lo ignoro. Sólo sé
Que yo me dije sin despecho,
Fuí más artista que mujer."

"Rendición", "Invicta", "Desde la Celda", "Impecable", "Heroica"... alcanzan efectos líricos de gran fuerza entre las composiciones de aquel género, pero es indudable que el poeta se valoriza más aún y culmina en la poesía objetiva. Es que éstas permiten al artista el juego libre de sus facultades. En aquéllas el sentimiento personal, íntimo, femenino, figura en segundo término por las imposiciones artísticas a que la poetisa sometía sus producciones, y aún por la falta de seguridad que dejan respecto de un estado

espiritual permanente del autor. "Invocación", "El Ataúd Flotante", "Resurrección", "Oda a la Belleza"..., están entre las segundas: marcan la personalidad artística de la poetisa e imponen su nombre entre los más altos valores literarios del Uruguay.

Con frecuencia la poesía de María Eugenia deja escapar gritos de desesperanza y de pesimismo. Es, a las veces, una escéptica, pero en estos casos prefiere enfrentarse a la causa y se aviene a ella, sin gimoteos ni resignaciones místicas: Ni apura la copa, ni la arroja lejos de sí, a la manera de Ada Negri:

"No llores, porque sé, los ojos míos
Saben vivir en lontananzas huecas,
Míralos secos y tranquilos, márchate
Y el flotante ataúd reposar deja
Hasta que junto a ti también tendida
Nos abracemos como hermanas buenas
Y otra vez abrasadas nos durmamos
En el sepulcro vivo de la tierra."

Y siempre—con excepción de muy pocas composiciones—ya le pida a la noche

"Dame la eternidad de tu silencio, ¡oh hermana!"

ya cuando, estrella de mar,

"va siguiendo el silencio hora tras hora
la misteriosa estela de tu nave"

siempre es bellamente serena, hondamente artista, ya cante a la belleza, ya cante a la desesperanza... ya cante a la muerte... que también eran para ella motivos de arte, y desde luego motivos de arte magnífico, como suyo.

He dicho que era el suyo un cantar extraño, exóti-

co, hecho de nébulas, de música y de cerebro... Y efectivamente es así. A las veces nos sorprende: estamos ante un poeta que evidentemente nada tiene que ver con nosotros, ni con nuestra raza siquiera. A las veces tiene ritmos apagados del Danubio... acentos nórdicos que parecen ponernos en contacto con un alma en continua tragedia. ¡Y quién sabe si los versos realmente sentidos por María Eugenia no son aquellos en que más renunciamiento hace de la vida!

"Alma mía
que tornas al viejo lar
con la red seca y vacía
de las orillas del mar!..."

. . . . . .

. . . . . .

"Ay del que fuera un día
novio de la soledad...
Después de este amor supremo
a quién amará?"

...A menos que convengamos en que obra tan bella, pero tan desarticulada, fué hecha, vértebra por vértebra, bajo la influencia de impresiones repentinas.

Blas S. Genovese.

BOCETO CRITICO

Fuí más artista que mujer...
«Berceuse». M. E. Vaz Ferreira

Ya se hizo el silencio en la vida de María Eugenia. Calló el fervor de esa existencia roída por las "larvas metafísicas" que, como lo dijera en verso, hacían su cosecha en la dulce carne de su esperanza. Entró en la eternidad silenciosa, que era su hermana bien amada. Ahora, sobre ese vasto paréntesis, ausente de rumores, se levanta el coro unánime. Siempre la voz justiciera que llega tarde... Latió su corazón, enloquecido de vitalidad; pasaron sus ojos, intimidantes de negros; murió su sonrisa, mordida de indiferencia... Y recién se congregan las voces laudatorias... Triste destino el de la justicia humana, obligada, siempre, a ser la que presida el fúnebre desfile de los grandes...

María Eugenia Vaz Ferreira murió materialmente, poco después de su muerte espiritual. Desde tiempo atrás, su paso despreocupado ya iba, inseguro, sobre el bisel del desequilibrio mental. Andaba su cuerpo entre los hombres, mas su alma ya escintilaba entre el enjambre luminoso de las lejanas estrellas. Sus ojos abismales, perdidos, miraban sin mirar, con esa mirada indiferente o distraída de los que sienten la incomodidad de todo lo circundante. Sus manos se habían vuelto torpes para todo arreglo de su vestimenta, como si ésta cubriera un cuerpo en donde no anidase un

alma. Las gentes superficiales no adivinaban esto, y se sonreían ante el paso de esa envoltura carnal de la que se había desprendido la inquieta mariposa de la vida del espíritu.

Revolvamos, con manos febriles, bajo la dirección del afecto admirativo, en la producción dispersa — que no ha de ganar más en las páginas duraderas del libro — para aislar, un poco, algunos motivos que dan resplandor a la existencia de esta mujer singular.

Supo vivir en "lontananzas huecas" y sintió el horror de ver, allá en el fondo de su alma, a la esperanza muerta. De aquí la falta de emoción tierna que trasuda la casi totalidad de sus versos.

Sobre el cadáver de sus ilusiones levantó un castillo de desesperanzas. Y si triunfó la fortaleza de su espíritu másculo, fué porque, en ella, la voluntad era su optimismo, y la clara consciencia de su energía, su única esperanza.

Su musa ni vistió sedas, ni se cubrió de rosas. Como una amazona rebelde corrió por la selva virgen, segura de sí misma, con el bárbaro impudor de su primitivismo, desafiante y gallarda, porque sabía la trascendencia de aquel su espléndido grito de victoria:

"Pero sé que el corcel de tus deseos
Marcha inminente a su primer derrota;
Que al preciado joyel de tus trofeos
No podrás engarzar mi vida rota".

Cargada de ciencia, cayó en la misantropía. Reconcentrándose vió en su propia alma toda la negrura de su abismo, y se lanzó a la sima, desengañada de todos y de todo. Por esto el escepticismo redobla, con un mortificante repiqueteo, al paso de sus ritmos.

Fué la mujer fuerte. Es en vano ir a su alcázar — más que alcázar, sobrio rincón de ermitaño — en busca del encanto de la feminidad.

El molde en que vertió el bronce resplandeciente de sus versos, fué batido sobre el yunque de un persistente esfuerzo. Su poesía da una impresión de solidez imperecedera. No es la insensibilidad parnasiana: es el esfuerzo doloroso que materializa de modo magistral, "Le Penseur", de Rodin. Es este mismo gesto, mezcla de ventura y de sufrimiento, el que asoma en su poesía.

En el amor hubiera sido una dominadora, ya que su anhelo era querer

"...un vencedor de toda cosa;
invulnerable, universal, sapiente,
innaccesible y único".

No porque, según propia expresión, tuviera

"...un corazón helado y duro
como la blanca nieve de las cimas";

sino porque no podía someterse al vencimiento natural, nervio y sangre vitales, de lo eterno femenino. Concretaba su ilusión amorosa en el ensueño amazónico de imaginar la hora

"cuando el gran vencedor doble y deponga
cabe mi planta sus rodillas ínclitas".

El clamor de gacela herida, que hace gemir a Juana de Ibarbourou: "¡si yo fuera hombre!", María Eugenia Vaz Ferreira, por imposición del hado impenetrable, lo trocara por un paradojal: ¡si yo fuera mujer! Tal la impresión de vigorosa hombría que producen sus composiciones más destacadas.

Invicta, triunfal y heroica, para decirlo con sus títulos de bronce, no hay en la obra de María Eugenia resplandores bélicos. No la tienta la acción proseli-

Hacia la noche

Oh noche, yo tendría
Una palma futura, desplegada.
Sobre el gran Desierto
Si tú me das por una sola noche
Tu corazón de terciopelo negro.
y yo el compás de su morena sangre
Canto con las ondas beatas, el sacro silencio
Mi canto será vivo
Solo por el deseo
De serenar la cuotidiana angustia.
Oh noche, yo te quiero
Sin el fulgor de luminosos astros
Sin clamores marinos
y sin la voz que finge
En los cráneos sonoros el rumor de los vientos
Oh dulce Noche mía, Oh dulce Noche!
Aunque el glorioso pájaro del alba
Rompa después mi lapidario ensueño,
y un polvo de inquietud arda en mis ojos.
Y me seas de nuevo
Solo una palma antigua, replegada
Sobre el gran Desierto.

Autógrafo de María Eugenia Vaz Ferreira, de su composición «Hacia la noche», que publicamos.

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

El molde en que vertió el bronce resplandeciente de sus versos, fué batido sobre el yunque de un persistente esfuerzo. Su poesía da una impresión de solidez imperecedera. No es la insensibilidad parnasiana: es el esfuerzo doloroso que materializa de modo magistral, "Le Penseur", de Rodin. Es este mismo gesto, mezcla de ventura y de sufrimiento, el que asoma en su poesía.

En el amor hubiera sido una dominadora, ya que su anhelo era querer

"...un vencedor de toda cosa;
invulnerable, universal, sapiente,
innaccesible y único".

No porque, según propia expresión, tuviera

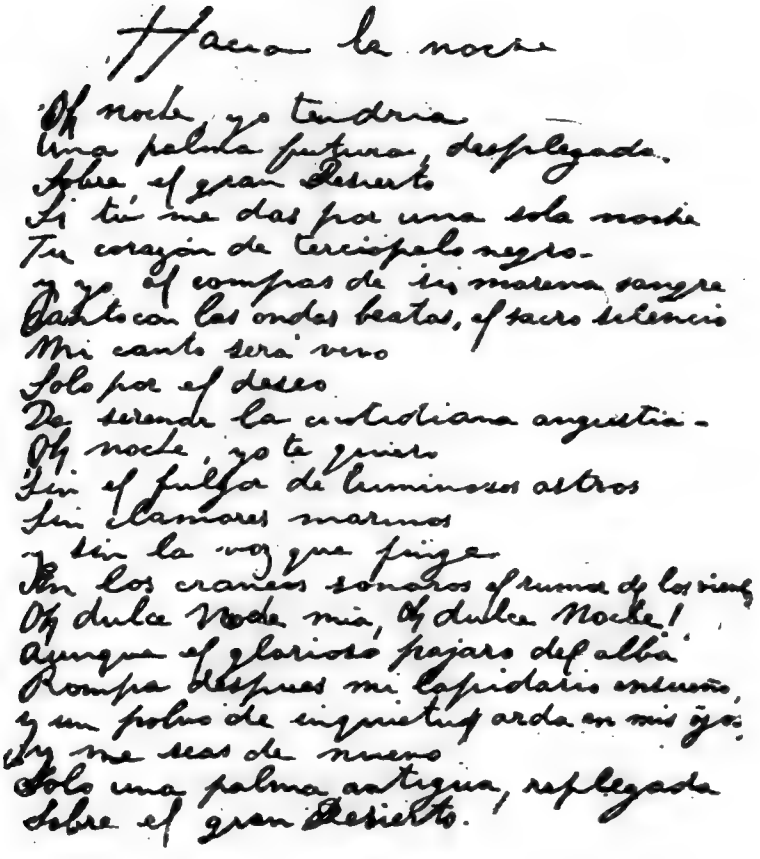
"...un corazón helado y duro
como la blanca nieve de las cimas";

sino porque no podía someterse al vencimiento natural, nervio y sangre vitales, de lo eterno femenino. Concretaba su ilusión amorosa en el ensueño amazónico de imaginar la hora

"cuando el gran vencedor doble y deponga
cabe mi planta sus rodillas ínclitas".

El clamor de gacela herida, que hace gemir a Juana de Ibarbourou: "¡si yo fuera hombre!", María Eugenia Vaz Ferreira, por imposición del hado impenetrable, lo trocara por un paradojal: ¡si yo fuera mujer! Tal la impresión de vigorosa hombría que producen sus composiciones más destacadas.

Invicta, triunfal y heroica, para decirlo con sus títulos de bronce, no hay en la obra de María Eugenia resplandores bélicos. No la tienta la acción proseli-



Hacia la noche

Oh noche, yo tendría
una palma futura, desplegada
sobre el gran desierto
si tú me das por una sola noche
tu corazón de terciopelo negro
y yo, al compás de mi morena sangre
hablo con las ondas beatas, el sacro silencio
mi canto será verso
solo por el deseo
de serenar la cotidiana angustia.
Oh noche, yo te quiero
sin el fulgor de luminosos astros
sin clamores marinos
sin la voz que finge
sin los cráneos sonoros del rumor de los vientos
Oh dulce Noche mía, Oh dulce Noche!
aunque el glorioso pájaro del alba
rompa después mi lapidario ensueño,
y un polvo de inquietud arda en mis ojos.
Oh no me seas de nuevo
solo una palma antigua, replegada
sobre el gran desierto.

Autógrafo de María Eugenia Vaz Ferreira,
de su composición «Hacia la noche»,
que publicamos.

tista, aunque considerase a la Belleza como un culto sagrado; pero, en la áspera soledad de su aislamiento, construye su celda lírica como para desafiar al tiempo tornadizo.

La obsesión de la forma "que no alcanza el estilo"; la búsqueda de expresiones desusadas o deslumbrantes; la riqueza léxica; el colorido verbal; los matices emocionales; nada de eso que integra la aspiración de un alma lírica, la preocupan fundamentalmente en la forja de su obra. En ésta no hay más originalidad destacada que la que se deriva del contrasentido sexual que dejamos enunciado. Su verso no traduce el misticismo de Sor Juana; ni la ardentía enfermiza de Santa Teresa; ni la desolación de Gabriela Mistral; ni la sensualidad violenta de Delmira Agustini; ni la ingenuidad campesina de Juana de Ibarbourou; ni la preocupación romántica de María Enriqueta; ni la polifonía de Rosalía de Castro, para citar mujeres representativas de diversas modalidades en la literatura hispanoamericana. Y es por esto mismo que su obra — becqueriana en los comienzos y modernista en la plenitud — resulta vencedora del olvido.

No hay en Hispano-América ninguna obra literaria de mujer que pueda comparársele. Alguien la ha enfrentado a la Mistral. Ha sido un lamentable error. La grande escritora chilena es una mujer desolada, que llora su amor, desesperadamente, y siente la maternidad como un privilegio divino de la carne femenina. En María Eugenia Vaz Ferreira, lo femenino está ausente de su producción cotizable; el amor huye perseguido implacablemente por las flechas certeras de su escepticismo. Ella no lamenta su derrota, no llora su vencimiento, como Gabriela. Ella, a la orilla del vasto mar de la existencia, le enseña al alma la desesperante verdad del dilema inevitable, mientras vuelve al lar con las redes intactas.

"Alma mía,
que la red seca y vacía
no te atreviste a arrojar;
entre la arena y las olas,
existen dos cosas solas,
MORIR o MATAR".

Y así, escéptica convencida de la imposibilidad de huir a la precedente fatalidad en que se bifurca nuestra posibilidad de acción, donde puso su planta clavó su voluntad heroicamente, sonriendo, quizás, al comprender que era, como la Belleza que cantara:

"...perfectamente triunfadora
sobre la indiferencia de los necios
y la conjuración de los apóstatas".

José Pereira Rodríguez.

Treinta y Tres.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

Conferencia leída en el «Club Uruguay».

Este acto significa, señoras y señores, mucho más que el motivo de una conversación literaria, que por tratarse de mi palabra, sólo podría adquirir importancia por la exclusiva virtud del prestigio de la institución que lo auspicia, y de la gentilísima benevolencia de todos vosotros.

Mucho más significa, he dicho, porque constituye este acto el homenaje a la gran poetisa muerta. El más justiciero y el más alto, el que reclamaba de la sociedad de su país el estro prodigioso de María Eugenia Vaz Ferreira.

Tanto por la indiferencia general de este ambiente nuestro, frente a las más altas cosas del espíritu, como por el orgullo natural y olímpico de su temperamento, la radiante figura de la poetisa se venía esfumando desde tiempo en el silencio y la sombra.

No porque se abatiera la llama de su numen, "la flámma viva", que dijera el latino; no porque en su profunda pupila lírica palideciera el panorama infinito; ni porque su cántico postrero hubiera perdido el cósmico diapasón familiar de su lira, ni porque el color y la forma y la armonía abandonaran al mármol y al fuego de su estrofa. No. Ya hemos de ver cómo ella fué grande hasta en su última hora.

Sola en su imposible aventura, heroicamente sola en su impulso visionario, quiso abismarse en el claro refugio de su propio espíritu. Y si nunca poseyó el afán utilitario ni el de la fácil y pomposa notoriedad, ni el de la conquista del admirador innumerable, en los últimos tramos de su vida, ella, junto con su indiferencia se aisló en su Torre, encumbrada torre de meditación y dolor, iluminada por la remota constelación de su alma, circundada de horizontes quiméricos, mudos ante la inquietud de su pupila, clavada en el velamen de la duda y la fatalidad.

¡Qué mucho entonces que por su voluntaria proscripción del mundo, sus contemporáneos hubiéranle decretado el transitorio olvido? ¿Qué mucho que a su aristocracia intelectual la haya castigado el silencio del rebaño igualitario? ¿Qué mucho que su desprecio por la publicidad y por el éxito, haya provocado el vacío del "snobismo" literario y de la única crítica de nuestra actualidad, empresa de grafomanía y mutua réclame con sede en el café? ¿Qué de extraño que eso haya ocurrido con nuestra poetisa, cuando se piensa en el caso análogo de madame Rachilde, considerada la primera de las mujeres de letras de hoy, y que, por idénticas razones y circunstancias no ocupa en los dominios del éxito literario el puesto que le correspondería?

Hemos venido aquí, señoras y señores, para reparar la injusticia, para poblar aquel vacío hostil con la música soberana de sus cantos y para proclamar a María Eugenia Vaz Ferreira, no solamente la excelsa poetisa uruguaya, la primera en el tiempo y la primera en la majestad del genio lírico, sino que también la suma artífice de la palabra y de la forma. cuyo nombre debe figurar, a justo título, en el luminoso elenco que en este primer cuarto de siglo ha reflejado honor y gloria en las letras de América.

¡Soberbio tema éste para una de sus habituales paradojas! Su muerte empieza, en efecto, a resultar su resurrección...

Fué María Eugenia Vaz Ferreira una poetisa absoluta. Baladí, imposible, absurdo sería tentar la definición o la clasificación de su musa cambiante, atrevida y rebelde. Baladí, efectivamente, el gesto de quien, escalando el empinado picacho de su montaña, se dispusiera a medir sus alas y a catalogar su impulso ideal.

Un distinguidísimo crítico francés de nuestros días, Eduard Schuré, divide a los grandes poetas en dos únicas categorías, por sobre la intrincada urdimbre de escuelas, modos y capillas. En el primer plano coloca a aquellos que representan a las grandes épocas y las blasonan con su genio. Ellos son dueños, afirma, de una estética y una filosofía de precisos contornos, y en los mismos la humanidad realiza una forma del pensamiento y de la vida. Son los poetas de la *plena luz y el mediodía.*

Los siguen los poetas que denotan los períodos de transición, bardos errantes y dolorosos, precursores, anunciadores y divinos. Su *estética es vaga*, y su *filosofía flotante.* Son los *poetas de la aurora y del crepúsculo.* Y nuestro crítico ha sorprendido con deleitoso asombro que en sus almas crepusculares o auroreales preludian las formas del pensamiento de la Vida. Así, Lamartine, Víctor Hugo, Alfredo de Vigny, encuadran en la primera clasificación, porque canta el primero al amor puro que encuentra *su Dios en el sentimiento soberano y absoluto;* Hugo, porque afirma sin pausa su energía indomable, los principios y las verdades eternas; el último, por su lucha titánica frente a frente a la duda, en la palestra de su "tour

d'ivoire". Estos, dice Schuré, no pueden ser comprendidos sino después de muertos. Fué así que su estrella se levantó radiante sobre el crepúsculo del siglo XIX para resplandecer victoriosamente en todo el siglo XX. Baudelaire y Verlaine, son los poetas de los crepúsculos y las auroras. Artista y pensador el primero; melodioso, sensitivo y doliente el segundo, son los que anuncian las cosechas ideales del porvenir.

A María Eugenia Vaz Ferreira, hija de su tiempo, cantando en medio al torbellino ideológico y emocional de su hora, no podríamos contenerla con justeza en ninguna de ambas clasificaciones. Fué poeta de la luz y el mediodía, y también del crepúsculo y la aurora. Fué alondra y fué águila; cisne y sirena; ruiseñor y serpiente; ninfa y walkiria. Cantó en el harpa de cristal y oro, el área femenina, y sostuvo sobre su corazón de hombre la lira de hierro.

Una vez es la voz de ruego, de terciopelo y de fuente:

"¡Ay de las melodiosas serenatas, aquellas cuyas pá-
[ginas no abrieron—junto
"a las harpas mudas y enmohecidas—bajo los empol-
[vados terciopelos!
"¡Ay del rosario cuyas cuentas mudas no sintieron
[glisar místicos dedos!
"¡Ay de aquellas palabras que tus labios no engarza-
[rán jamás en mí silencios!

Y luego la cláusula de bronce fundido en el crisol de su fuerte pensamiento. Así la "Oda a la Belleza":

"¡Oh! Belleza, que tú seas bendita—más la sabia legión de tus apóstoles—La entraña que te crea—El Sol que te ilumina—El prisma que te agranda—La plancha que te copia—el áureo pedestal que te enaltece—Y el soberano lis que te corona—Por eso sobre el

plinto de tu imagen—sobre la majestad de tu hermosura — sobre el fulgor joyante de tus iris — sobre la egregia línea de tus curvas—Pongo la rendición del canto mío—A tu gracia inmortal—Loa fecunda "

Surgió María Eugenia Vaz Ferreira a la vida literaria cuando se operaba en nuestro ambiente artístico nacional una fuerte reacción contra las viejas normas retóricas, que defendían aquí, como en todas partes, desde sus últimos reductos, su hermético despotismo secular.

El "núcleo pórtico" que iniciaba el impulso congregábase en la "Torre de los Panoramas" y era su gran sacerdote, el maravilloso Julio Herrera y Reissig. ¡La Torre de los Panoramas! No vayáis a suponer, señoras y señores, que fué ella el pináculo de algún castillo feudal transportado a la tierra charrúa en alas de la Fantasía desmesurada de sus moradores. ¡No, ciertamente! Ni siquiera ella perteneció a alguno de esos "chateau en Espagne", tan fáciles de levantar en todos los dominios de la imaginación. Fué la Torre la destartalada bohardilla de la casa del poeta, sin más decoración en sus paredes que algunas copias de Gustavo Doré, "arrancadas a alguna Biblia familiar", y más allá la inmediata perspectiva del mar... Allí se reunía nuestro primer cenáculo revolucionario, no como los de ahora, para la preparación del bombo mutuo y las improvisadas consagraciones, sino para trabajar, para luchar, para debatirse heroicamente contra la imperturbable hostilidad de afuera.

No fué María Eugenia una contertuliana asidua de la Torre, pero su espíritu siempre estuvo allí, y por estarlo hizo sus primeras armas líricas, colaborando en "La Revista", que así se titulaba la publicación que era, por así decirlo, el órgano oficial del cenáculo. Desde sus primeros arrestos exhibió la extraña potencialidad de su canto. Ella no conoció el tanteo ini-

cial ni el tímido ensayo. Trajo su musa del fondo del misterio, una música profunda y exótica, y un temperamento extraordinario dominó, desde niña, a su instrumento personal.

Pero por mandato de su propio temperamento debía de ser breve su tránsito por los dominios estéticos de la Torre, y efectivamente, de ella no quedó, al poco tiempo, en su seno, sino su inquietud y su solidaridad moral con la causa común. Fueron más impetuosos los vientos que agitaron su bandera de ensueño, más heroico su emblema, más profundo su símbolo. No habían sido construídos sus labios para la flauta de Samain, sino para la proclama triunfal; no eran sus manos para pulsar la cítara de "Pauvre Lelian", sino para empuñar la fusta de las amazonas.

Por esto yo he podido imaginarme a la poetisa de entonces tal como aquella hermana suya, Ada Negri, la gloriosa italiana, hasta en la propia representación gráfica de su juventud: las dos manos frágiles sosteniendo reciamente el mentón, como agobiado por el firmamento de su genio y la hoguera palpitante de sus ojos. Yo imagino gemelas la juventud de las dos, cuando recuerdo el emocionado relato que Ada Negri ha hecho de sus primeros años, predestinada para el martirio de la belleza; enferma de una "penosa dolencia anímica" que la hizo distinta de las muchachas de su edad; llenando de versos sus cuadernos de colegiala, al tiempo que el viejo maestro la observa y le predice la gravedad de su mal, al sorprender la palidez divina en que la sume el inefable transporte de su inspiración.

Yo he constatado la similitud de ambos temperamentos, aunque no la concordancia de sus producciones. Porque es igual el ritmo del canto de las iniciadas, aunque siempre no lo sea su contenido humano. Ada Negri, en la visión de la miseria material de su adolescencia, forjó las estrofas de "Fatalitá" y

"Tempesta", clamando por la igualdad y la justicia universales, y esto no fué óbice, sin embargo, para que la "aristocrática pagana" acabara por transformarse en la musa doméstica de "Maternitá" y "Orazioni", en "cuya voz se amalgaman las voces de todas las mujeres", porque, como lo expresa ella misma en versos de granito: "Pulsar senti nel mio fraterno cuore — il cuore enorme dell'umanitá".

Un acontecimiento contribuyó a acentuar en María Eugenia el tono varonil de su poesía.

Volvía de Buenos Aires para radicarse en su país, Alvaro Armando Vasseur, al apuntar el año 1900. Regresaba con un precioso bagaje lírico y definida su estética personal y nueva, de la que, entre el fuego de sus imágenes se veía zigzaguear, como él mismo lo afirmaba, un relámpago de trascendencias mesiánicas.

Era la nota insólita y desconcertante, acaso más propia del clarín que de la lira. De su intimidad con Almafuerte, de su fácil interpretación de la musa de Walt Wittman, derivaba esa sonoridad de epopeya que aparte del humanismo y el "devenirismo" que la anima, tanto se asemeja por su idea mesiánica y su impetuoso acento a la de los grandes poetas románticos de Polonia.

Subyugó de inmediato a María Eugenia la nueva modalidad. Y ya preparado su temperamento artístico por razón de su ingénita contextura, ensayó en harpa de bronce la cláusula épica y el ritmo victorioso. Sólo inspirada por la sugestión fatal y hasta por el continente físico del poeta anunciador, pudo ella construir su poema: "Triunfal".

"Bardo gentil de rimas aurorales,
De plectro de oro y de gloriosa mente,
Que al entonar tus cánticos triunfales
Tienes nimbos de luz sobre la frente.

Yo soy la musa de candentes ojos,
La de ritmos fantásticos y bellos,
La que en el soplo de sus labios rojos
Tiene chispas y fúlgidos destellos.

Tú vas de las gigantes espirales
Tras el fuego sagrado en que te inspiras,
Para encender estrofas inmortales
En las cuerdas sonoras de tus liras.

Yo soy la de las fúlgidas miradas,
La que entre choques de armoniosas notas
Arranca del laúd despedazadas,
En arpegios de luz, las cuerdas rotas.

. . . . . .
. . . . . .

Yo haré latir tus fibras más hermosas
Con mis hondas y ardientes fantasías;
Tú me darás en rimas vigorosas
De tu voz las soberbias melodías.

Y mientras luzcan su brillante hechura
Tu clámide y mis galaş imperiales
Nuestras canciones rasgarán la altura
Como alage de cóndores triunfales.

Serán cual ondas de cendal brillante,
Suelto al aire, entre bálsamos y efluvios,
De nuestras glorias el pendón flotante,
Mis trenzas negras y tus bucles rubios.

Y encendiendo los mustios arreboles
Con nuestros rayos, fuertes y fecundos,
Viviremos los dos como dos soles
Alumbrando las almas y los mundos.''

La influencia del aeda de "Cantos augurales" se descubre fácilmente en este poema. El nuevo modo no fué abandonado más por nuestra poetisa. Pero es evidente que de la lírica humanista, rebelde, revolucionaria y futurista, ella sólo adoptó para sus cantos el aspecto puramente artístico, simbólico y verbal. En este sentido pudiera comparársele a una de esas mujeres inspiratrices que el ensayista galo coloca frente a los bardos anunciadores. No corre nunca por la encendida arteria de sus versos el dinamismo de la acción, ni el verbo de la proclama o de la arenga. Jamás divisaremos en el horizonte de su pensamiento, a la llama tumultuosa de una Jorge Sand, ni bajo la corriente de su estrofa el reclamo de una reivindicación, como en Ada Negri. Se diría una estatua de mármol o de bronce, en la que canta un corazón de mujer. Estatua imperturbable bajo un cielo pagano, a la que el cristianismo hubiera animado con un soplo celeste. Porque María Eugenia Vaz Ferreira, que fué cristiana y católica por educación, por convicción filosófica y fe religiosa, supo también aventurarse en el enorme piélago de las antiguas fábulas y llegar a golpe de remo y de pasión, a todas las riberas de los viejos símbolos, confundiendo su espíritu en la gran muchedumbre de los mitos.

"Fuego y mármol", hubo de llamarse su nunca llegado libro, título fiel a la dualidad de su numen, tan presto para precipitarse en la hoguera del sacrificio, como para confundirse con el bloque luminoso y sereno. La "Isla de los Cánticos" era otro de los nombres preferidos, no menos hermoso y evocador que el primero. Pero más bien que la isla maravillosa que en el poema de Camoens extrae Cipris del seno del océano, oasis del beso, hogar de Tethys y la paloma venusina, teatro de la fiesta dionisíaca, puerto feliz de los bateles floridos, más bien que esta isla de encan-

to, fuera la suya la turbadora que pintara Boecklin, alucinante de Nereidas y negra de peñascos.

Nueva corroboración ésta del paradójico y providencial consorcio que Gabriel Alomar estudiara en uno de sus ensayos titulado "El Helenismo de los románticos" por gracia del cual se unen Fausto y Helena en la creación de Goethe; corre el alma de Byron a luchar por Grecia como una "alianza alegórica entre la libertad y la belleza; Víctor Hugo pone en "Le Satyre" de "La Leyenda de los Siglos", la pauta genuina del helenismo romántico.

Es por esto que el verso de nuestra gran artista resulta plástico y sensitivo a la vez. Fiel a las normas helénicas, como el de un parnasiano, impetuoso como una cascada sinfónica, y tenue como la lluvia sobre el ciprés.

Pero lo que nunca ha faltado a su verso es la gallarda musicalidad. Podrá el retórico excesivamente escrupuloso señalar lagunas en la técnica de su versificación. Nunca sintió ella demasiado respeto por las reglas establecidas. Pero su verso dista mucho de asemejarse a esa prosa desarticulada, insonora y pedestre de algunos de los poetas del día, perdidos en el torbellino de las últimas y caducas tendencias. Dista mucho, porque jamás abandonó su música prodigiosa saturada de ritmos ricos, abundantes y límpidos. Ya lo había dicho el vate augural: "Me place en pau-
" sas arbitrarias—de sencillez y majestad de espejo
" —que en su oratorio sin altar ni imagen—sangra
" el vidente, lapidando el verbo—mezcla de acorde
" de los grandes salmos—música libre, para cantos
" nuevos." Música libre, si se quiere, pero música siempre, para que el verso sea noble y perdurable. La poesía es canto verbal, el más primitivo de los lenguajes, el más venerable y el más sagrado, se ha dicho, y por eso, la "poesía musical es la más alta de

todas porque es la más fiel a su origen y a su naturaleza."

Música consumada ella misma, pudo realizar sin esfuerzo María Eugenia el alto consorcio del verso y la imagen sonora. Esta hubo de brindarle, sin duda, el ritmo quejumbroso de alguno de sus cantos, de inquietud, de duda y desesperanza; los temas líricos sombríos en los que parece que la fe naufraga y la nostalgia se agiganta, constituyendo esta modalidad uno de los aspectos de su temperamento dual.

No es el suyo, sin embargo, el pesimismo de un Leopardi, ni el de un Byron; ni siquiera el escepticismo de Heine, o de Alfredo de Vigny. Que no es de su mismo linaje, lo demuestra las súbitas reacciones de su temperamento galvanizando, por así decirlo, a los nuevos períodos líricos. De aquel intimismo exacerbado pasa de pronto al jubiloso objetivismo, que parece trascender de alguna divinidad sonriente, olímpica y esencial, descendida presurosamente a una cita en el jardín d'annunziano. Irrumpe de repente la Vida en el corazón de sus cantos; parece abandonarse su musa a un vértigo cósmico, suntuosamente ataviada, en la diestra la lámpara de las victoriosas alegorías. Maduro y trascendente el estro, firme el pensamiento, la voluntad rectilínea. Y entonces la nostalgia y la duda se transforman en afirmación y alborozo.

Fué el amor el asunto dominante de los mejores poemas de María Eugenia Vaz Ferreira, y la observación del plano espiritual en que se situó para cantarlo, nos presenta la faz más extraordinaria de su personalidad.

¿Cantó al amor inmaterial y beato, a la manera de la Santa de Avila, o al amor angustiado como una flor crepuscular de Otoño de la Condesa de Noailles de la

última modalidad de "Los Vivos y los Muertos": "Tu dormiras d'un long, epouvantable somme—qu'aucun songe n'emeut—Tes yeux qui se couchaient dans le regard des hommes—seront seuls tous les deux"? ¿Cantó a tono con la roja sinfonía sensual, el tono de Mme. Lucie Delarue Mardrus, el de nuestra Delmira Agustini: en los labios abrasados de sed "la copa de llamas" y la "estrella dormida en el corazón"? ¿Cantó, acaso, al amor sereno, inefable y confidencial de los tibios recogimientos domésticos, como la Ada Negri de "Maternitá" y la chilena Gabriela Mistral?

Podrá haber tentado María Eugenia alguna de estas modalidades, pero de manera demasiado fugaz. Su férrea contextura lírica, hierática, y a las veces emocional, la llevó cantando al amor hacia los habituales cauces de su inspiración, desmesurados y caudalosos, ora desembocando en cataratas de pasmosa armonía, ya en espejos lacustres de atormentados mirajes o en desconcertantes abismos de luz. Adquiere el Amor en sus poemas una representación maravillosa y a veces paradojal; abstracta y cerebral; ardiente y marmórea. Adquiere el Amor en sus poemas, un significado heroico, y a él se adelanta como para combatir, con armadura y luminosa espada, las crenchas flotantes al viento de la leyenda, como si fuera desplazada su figura de algún mito germánico.

Alguien la definió como a una greco-romana de la poesía. Griega en el sentido religioso de la forma, plena y clara. Germana por su representación heroica y grandiosa del Universo y de la Vida." Exactísima esta interpretación, que surge espontánea cuando se analiza el plano de su personalidad que ahora comento. Canta al amor con los acentos de las antiguas tragedias y adopta la apostura de los mármoles inmortales. Poco le importa la técnica de su verso; si el cincel le resulta esquivo, ella sabrá modelarlo con

sus propias manos de combatiente. Nada espera de la esperanza y el consuelo, que ella los mira desde la constelación de su genio, como a los diminutos sentimientos de la "via smarrita". Aparta su cuerpo con violencia de la inmediata sensualidad de los hombres; ahuyenta de sí a la sombra doliente del amor nazareno, y se complace en trocar la delicia sensitiva de la confidencia o del hogar, por esa renunciación altanera de su pensamiento y de su amor, que no es resignación, por cuanto afirma su capacidad superhumana para la soledad y el dolor.

"Tú quisiste venir audaz y altivo
Envuelto en la epopeya de tus glorias,
Y llevarme cual pájaro cautivo
Al palacio nupcial de tus victorias.

Pero sé que el corcel de tus deseos
Marcha inminente a su primer derrota;
Que al preciado joyel de sus trofeos
No podrás engarzar mi vida rota.

Sé que si enciendes en la lid de amores
Las pupilas de fuego con que abrasas
Apagará sus bélicos ardores
El frígido metal de mis corazas.

Sé que no apresarán tus recios bríos
De mi alma libre la triunfal bandera
La que ostenta la flor de mis desvíos
Cuando hago tremolar su faz guerrera.

Es inútil que el ritmo de tus sienes
Marque el vigor de tu viril arrojo.
Y atado al eslabón de mis desdenes
Los dientes hinques en tu labio rojo.

Es inútil que henchido de coraje
Suelta la garra en pos de tu quimera,
Como el león que acecha entre el boscaje
Des al aire la ondeante cabellera.

Yo soy como la firme roca erguida
Que el oleaje amenaza en su bravura
Y eternamente ante la mar vencida
Su cresta eleva en la gigante altura.

Como la cumbre hundida entre los cielos
Más allá de los astros inmortales,
Que no pueden tocar los raudos vuelos
De las más fuertes águilas caudales.

Es inútil que rujas y seguro
Contra mi pecho tu potencia esgrimas.
Yo tengo un corazón helado y duro
Como la blanca nieve de las cimas.''

El invariable enigma femenino se manifiesta de tal modo en su canto en uno de sus aspectos más hondos e imprevistos. Y para equiparar la magnitud y la sensación de su misterio, viene a mi memoria el caso de aquella admirable rusa, María Baskircheff, no porque el ejemplo resulte análogo, ni por el modo literario de una y otra artista, ni tampoco por la posición moral de ambas frente al tema amatorio. Lo evoco, aunque diferente, por el espectáculo desconcertante que él también representa. María Baskircheff, proclamada junto con Jorge Sand y Ada Negri, como al tipo completo de la mujer intelectual, fué algo así como ''una Santa Teresa de la carne''. Vivió para la devoción y el éxtasis de su propio cuerpo. Idolátricamente ante su cuerpo, virginal y joven, prosternó su espíritu en todos los instantes de su vida, como si fuera una divinidad antigua. Y cuando presintió que llegaba el

momento supremo de su existencia, vistió de rosas a su frente inspirada y de blanco a su cuerpo, para desposarse con la muerte.

Nuestra heroína cantó el amor muy lejos del simplicismo hoy de moda, y que detrás de su ingenuidad muchas veces "voulu", no se oculta otra cosa que la medianía y la pobreza líricas. Cantó al amor en sonoridades ignotas y relampagueantes, coincidiendo a menudo su filosofía con la del lema wagneriano puesto al frente de uno de los dramas sinfónicos: "grande es la fuerza del que desea, pero más grande es la fuerza del que renuncia." Cantó al amor nuestra heroína y al amante supremo. No lo hizo, por cierto, con el acento y con el gesto de aquellas criaturas de Scherezada, profundas en la ciencia de amar, dueñas del filtro de la voluptuosidad y la sabiduría, protagonistas de las más extrañas historias, mil y una noches resistiendo los torvos embates del Destino, pero esclavas, al fin, de los amos de la sangrienta cimitarra. Cantó al amor extraordinario y no parece sino que llegara su canto como una floración de tragedia del fondo del océano de la sinfonía wagneriana. Llega jadeante el ritmo de su verso. Espacios inconmensurables, él ha debido trasponer. Salvando abismos en misterioso vuelo, ha llegado a los lindes de la expresión armónica. Y es fuerza acompañar sus ritmos con la orquesta de Bayreuth. Como en las representaciones geniales del maestro, pudiera con ellos cantarse por sobre al Amante humano a la "conciencia y a la voluntad del amor heroico."

Ella reclama para musicar su estrofa el rumor de la selva primordial. Y antes que el espectáculo de los dioses impasibles del Mediterráneo, parece ser Wotan el señor de su universo: ebriedad de luz, de poderío y de vida. Inflamada en la magia de las profetisas, dándose impetuosa a su ideal infinito, elevar pudiera

su numen y confundir su impulso con el de la propia hija del Dios formidable. Al galope del corcel de Brunhilda, pudiera proclamarse su pasión, bebida a sorbos de llama en el filtro de Isolda. Llega su poema de amor como un torrente precipitado de una cumbre.

Yo quiero un vencedor de toda cosa;
Invulnerable, universal, sapiente,
Inaccesible y único.

En cuya frágil mano
Se quebrante el acero,
El oro se diluya
Y el bronce en que se funden las corazas;
El sólido granito de los muros,
Las rocas y las piedras,
Los troncos y los mármoles
Como la arcilla modelables sean.

A cuyo pie sin valla y sin obstáculo
Las murallas amengüe,
Se nivelen los pozos
Las columnas se trunquen
Y se abran de par en par los pórticos.

Que posea la copa de sus labios
El licor de la vida,
El virus de la muerte,
La miel de la esperanza,
Las beatas obleas del olvido
Y del divino amor las hostias sacras.

Que al erótico influjo de sus ojos
Se empañen los cristales,
La nieve se calcine
Se combustione el seno

Virginal de las selvas
Y se empenache con ardientes ascuas
El corazón de la rebelde fémina.

Que al rayar de su testa iluminada,
Resbalen de las frentes
Las más bellas coronas,
Los lábaros se borren,
Repliegue sus insignias
La faz del estandarte
Y vacilen los símbolos ilustres
Sobre sus pedestales...

Yo quiero un vencedor de toda cosa,
Domador de serpientes,
Trasponedor de abismos,
Encendedor de astros;
Y que rompa una cósmica fonía,
Como el derrumbe de una inmensa torre
Con sus cien mil almenas de cristales,
Quebrados en la bóveda infinita,
Cuando el gran vencedor doble y deponga
Cabe mi planta sus rodillas ínclitas.

He aquí a su héroe. He aquí al caballero de su enorme aventura. El arquetipo al que "ofrendara la sangre de sus venas para su idolatría".

Pero, señoras y señores, ¿habéis pensado alguna vez en lo que significa el retorno de estas almas errantes a la realidad cotidiana, después de sus maravillosas ascensiones? "¡Inexorable fatalidad de la belleza! ¡Nacer sensible es nacer herido!" Y cuanto más honda la herida, más honda la majestad del canto. Así la enfermedad de la madreperla y la ceguera del ruiseñor. Y después del canto, la noche infinita del pájaro divino.

Se afirma de Wágner que a pesar del arresto impulsivo de su temperamento y del trágico exclusivismo de su ideal, era tan profunda su sensibilidad, que palidecía frente a una flor tronchada, o ante el sufrimiento de una bestia. María Eugenia, lo sabéis bien los que fuisteis sus amigos o amigas, "sufría" también una sensibilidad quebradiza y enferma. Su lira exaltada, silenció demasiado el acento humilde, el ritmo íntimo y emocionado, el acorde "normal" con que se expresa el sentimiento básico de los humanos y la sociedad. La épica de Ada Negri, por ejemplo, no se desmedró sino que se complementó con ese acento. ¡Lástima de nuestra poetisa! Pero fué víctima principal la propia inspirada. Su excepcionalísima idiosincrasia personal, la impelió hacia rumbos helados. Yermos a los que sólo atemperaba el lejano resplandor de su genio. Multiplicaron su sacrificio el decoro, la dignidad y la nobleza, que fueron también características ingénitas de su idiosincrasia. Se acorazó de rebeldía lírica y paseó por las calles su inflexible desdén de inadaptada.

Cierta ocasión un poeta joven pretendió cortejarla y con rimas intrépidas atrevióse a modular sus cuitas. Pero he aquí que el rendido madrigalista se encontraba en el caso de abandonar a su antigua prometida para consagrarse a la "Dea", como él gustaba llamar a la poetisa. Indignó a María Eugenia la situación de competidora en que la colocaba el cuitado y al impulso de su soberana lealtad íntima, envióle, con la firma de su prometida, este soneto:

"Deja dormir en paz el alma de la "Dea"—Sobre la torre augusta de su melancolía,—Deja que surque sola su trágica odisea—Y tú, marcha conmigo sobre la misma vía.—Ofrenderá su sangre para tu idolatría —mi corazón humano donde el amor flamea...—Yo guardo entre mis labios la dulce miel hiblea—ella, no

puede darte la sabrosa ambrosía!—Su pecho está sepulto bajo una áurea coraza—el mío fervoroso, conservará tu raza—su "hermosura" es de sombras—mi belleza es de luz.—Las dos vamos prendidas por un azar distante—Yo de tus brazos entre la carne palpitante,—ella, de la quimera, sobre la eterna cruz".

Efectivamente, fué la quimera su cruz. Quimera luminosa de estrellas, perfumada de castos efluvios, trémula de canciones, insondable de meditación, millonaria de angustias. Fijo el numen en su inmutable predestinación: Ananké de su gloria, impávido en el término de su calle de amargura, paso a paso la recorrió por entero al ritmo de su inmensa nostalgia...

¡Y se perdió en una sombra de astros! La tierra propicia la llamó de nuevo y apresuró el regreso. Cumpliéndose así la previsión de sus versos, (1) volvió a la tierra "triste de orgullos nobles e infecundos y con la virginidad de las estatuas." La tierra la había "brotado caprichosamente alguna vez en que se confundieron sus potencias en una sola ráfaga." Fué así cómo hubo encontrado su senda, después de perderla en la "salvaje selva de su perpetuo afán contradictorio." Fué así cómo pudo, "tirar los ojos entre los astros quietos; tirar la boca entre los cálices de ferviente aroma." Fué así cómo dió su "último adiós al insondable enigma del deseo", invadiendo el imperio de la entraña materna,

"Con su sayal mortuorio toda envuelta
"Como en una bandera libertaria"...

¿Perdurará todavía en sus ojos el miraje de oro, en su garganta el trino, la desazón profética en su espíritu de sangre y mármol y en sus venas los heroicos rubíes, y el incendio solar de su corazón?

JOSÉ G. ANTUÑA.

---

(1) «El Regreso».

NOTA

Exigencias de espacio nos hacen postergar para los números siguientes las acostumbradas secciones "Glosa del mes", "Educación", "Crónica de arte", y "Notas Bibliográficas", de cada una de las cuales la Dirección tiene ya dispuestos los originales que se publicarán.

"RUBEN DARÍO y
JOSÉ ENRIQUE RODÓ"

ÚLTIMO INTERESANTE LIBRO DE LAUXAR

Palacio del Libro - Montevideo

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

"RUBEN DARÍO y
JOSÉ ENRIQUE RODÓ"

ÚLTIMO INTERESANTE LIBRO DE LAUXAR

Palacio del Libro - Montevideo

Rodolfo Mezzera
Feliciano Viera

ABOGADOS

Han abierto su consultorio
en la calle SARANDI 417.

Uruguaya 1519, Central — *De 10 a 12 a. m.*
Cooperativa — *De 2 a 4 p. m.*

Compañía U. de Navegación Ltda.

Administración: PIEDRAS 351

ITINERARIO DE NOVIEMBRE DE 1924

Línea entre Montevideo y Buenos Aires

Vapor "Ciudad de Buenos Aires" — Saldrá los días pares a las 23.

Vapor "Ciudad de Montevideo" — Saldrá los días impares a las 23.

Línea Río Uruguay:

Vapores Nacionales «General Artigas» y «Eolo» saldrán de Montevideo todos los lunes a las 22 horas y viernes a las 18 horas, respectivamente.

El «General Artigas» tocará en Buenos Aires de subida y bajada

Agentes generales de la

Compañia Argentina de Navegación (N. Mihanovich)

PIEDRAS 351 — MONTEVIDEO

BELLES - LETTRES

REVISTA MENSUAL DE LAS LETRAS FRANCESAS

DIRECTOR: MAURICIO LANDEAU

89 Boulevard Exelmans.—PARIS (16e)

DE TODAS LAS GRANDES REVISTAS ES LA MAS ECONOMICA

PARA SUSCRIBIRSE:

FRANCIA:		EXTRANJERO:	
Un año . . .	20 fr.	Un año . . .	24 fr.
Seis meses . .	11 »	Seis meses . .	13 »

EL NÚMERO 2 fr.

"LA REVUE CONTEMPORAINE"

COMPLETAMENTE RENOVADA

APARECE EN PARIS LOS DIAS 1 y 15 DE CADA MES

Es la Revista Contemporánea por excelencia

Ha creado una REDACCION IBERO-AMERICANA bajo la dirección de ALEJANDRO SUX

Oficinas: Rue Reaumur, N.° 53. París (2me)

Suscripción: 55 Francos por año

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1.º de enero de 1913

Director:

MARIO GUIRAL MORENO

Números de 96 a 136 páginas
Por un año:
Cuba: $ 4.00 o/am.
Extranjero: $ 5.00 o/am.

Redacción y Administración
O'Reilly, 11--Habana, CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa
española y extranjera

Hebdomadario publicado por

J. García-Monge

El número:
0.15 oro americano
El Tomo:
$ 4.00 oro americano

Apartado 533
SAN JOSE, Costa Rica, C. A.

Revista de Occidente

Publicación mensual

Director:
José Ortega y Gasset

MADRID
Apartado 12206

La más importante
y moderna
de las revistas españolas

Ornamentaciones
de
RAFAEL BARRADAS

ALFAR

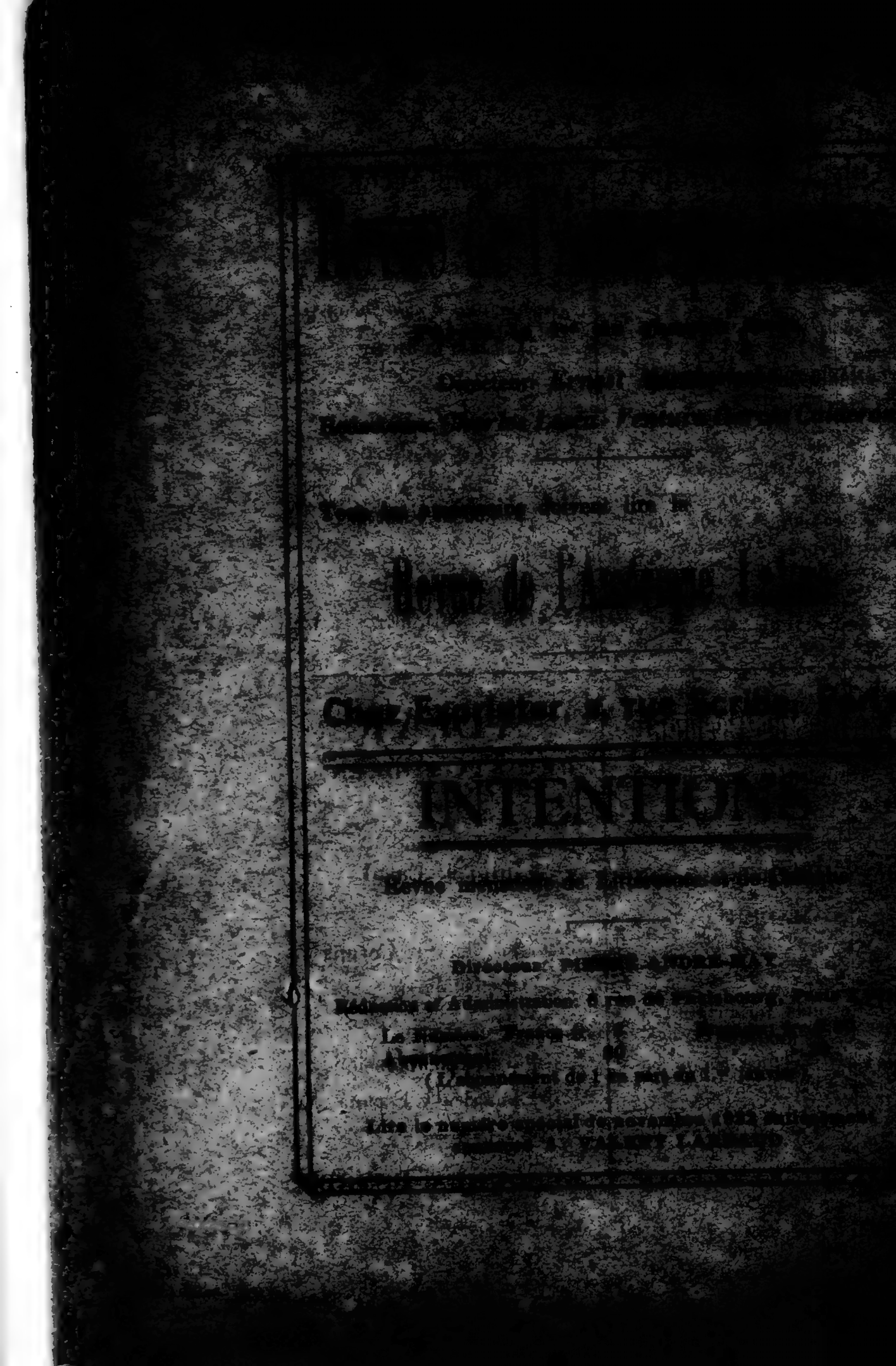
REVISTA MODERNA

La dirige
Julio J. Casal

Aparece en la Coruña
mensualmente

Las mejores colaboraciones
de América y España

BÚSQUELA USTED



"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. **Avisos: convencional**

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

Revue de l'Amérique Latine

Paraît le 1er de chaque mois

Directeur: *Ernest Martineuche*

Redacteurs: *Charles Lesca - Ventura García Calderón*

Tous les américains doivent lire la

Revue de l'Amérique Latine

Chez Exprinter, 2, rue Scribe, Paris

INTENTIONS

Revue mensuelle de Littérature et de Critique

Directeur: PIERRE ANDRÉ-MAY.

Rédaction et Administration: 6 rue de Phalsbourg, Paris XVIIe

Le Numéro: France fr. 2 Etranger: fr. 2.50
Abonnement: » » 20 » » 25
(L'abonnement de 1 an part du 1.er janvier).

Lire le numéro spécial de novembre 1922 entièrement consacré à: VALERY LARBAUD.

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

PUBLICACION

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores

8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a

San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: $ 0.50. **Avisos: convencional**

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

El emblema de

RAPIDEZ Y SEGURIDA

en servicio telegráfico o cabl
gráfico a

TODAS PARTES

DEL MUND

OFICINAS PRINCIPALES:

Washington, D. C. — 1126 Connecticut Ave., N. W.
New York City. — 89 Broad Street.
Galveston, Texas. — Strand and 21st Street.
México — Vera Cruz, Calle de la Independencia. City of Mexico
Juan del Letrán y Av. Independencia. Puerto México. Salina Cruz.
Guatemala. — San José
Salvador. — La Libertad.
Nicaragua. — San Juan del Sur.
Panamá. — Panamá. Colón.
Colombia. — Buenaventura. Cartagena. Barranquilla.
Ecuador. — Esmeraldas Santa Elena. Guayaquil.
Perú. — Paita. Callao. Lima, 266 Villalta. Barranco.
Bolivia. — Corocoro. La Paz.
Chile. — Iquique, Serrano 150. Antofagasta, Calle Washington N.
Valparaíso, Cochrane N.° 583. Santiago, Huérfanos N.° 1041. T
Arica.
Argentina. — Mendoza, Calle 9 de Julio 1383. Rosario, Calle San
N.° 625. Buenos Aites, Calle San Martin y Sarmiento.
Uruguay. — Montevideo, Calle 25 de Mayo esquina Zabala.
Brasil. — Santos, Rua 15 de Novembro N.° 175. Rio de Janeiro, Ru
Setembro, esquina de Rodrigo Silva.

ABIERTO DIA Y NOCHE

25 de Mayo N.° 400 -- Montevi

RISSO & AYALA, Impresores

END

OF

TITLE

PRECISION℠ RESOLUTION TARGETS

Century

A4

A5

150 mm

100 mm

1.0 mm

1.5 mm

2.0 mm

2.5 mm

ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ
abcdefghijklmnopqrstuvwxyz1234567890

ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ
abcdefghijklmnopqrstuvwxyz1234567890

ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ
abcdefghijklmnopqrstuvwxyz
1234567890

ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ
abcdefghijklmnopqrstuvwxyz
1234567890

END OF REEL

PLEASE REWIND